61
REN
lis

ANT
XIX
865

HISTORIA DE LA MEDICINA.

23 ans.
R 72965



HISTORIA
DE LA MEDICINA
DESDE SU ORIGEN HASTA EL SIGLO XIX,

POR EL DOCTOR

P. V. RENOUARD.

Las ciencias se forman por crecimientos sucesivos. Solo remontándose al conocimiento de lo acaecido en los siglos pasados es como se pueden determinar las leyes de su desenvolvimiento.

TRADUCIDA AL CASTELLANO, ADICIONADA Y ANOTADA

POR

D. Pablo Villanueva,

DOCTOR EN MEDICINA.

SALAMANCA:
Imp. de D. Sebastian Cerezo, Isla de la Rua, núm. 1,
1871.

El derecho de traducir esta obra al español es propiedad exclusiva de D. Pablo Villanueva, por autorizacion del autor.

DOS PALABRAS PARA JUSTIFICAR LA TRADUCCION DE ESTE LIBRO.

> En todos los organismos hay una fuerza viva, una potencia conservadora formatriz y medicatriz á la vez que los pone en accion. Sin esta fuerza y sin sólidos ni líquidos que la acompañen no puede admitirse su existencia.
>
> *Obras de Hipócrates.*

Lucha entre todos los intereses, entre todos los conocimientos, entre todas las ideas que sin cesar se renuevan: he aquí el carácter de los tiempos que atravesamos, carácter producido por la *duda*, criterio universal hoy de todos los sábios que no aciertan, por esta circunstancia, con una idea que armonice las creencias que se disputan la supremacia en el estado social que alcanzamos. La ciencia médica no está libre de estas tendencias avasalladoras; la escuela orgánica trata de abrirse paso por todas partes y ocupar el lugar que antes era propio de su antagonista débil y quebrantada por el lamentable olvido con que ha tratado á los elementos con que la primera ha contado. Ninguna, empero, ha adoptado el principio que Hipócrates consignó en sus libros, y ninguna ha podido crear nada fundamental, nada permanente, nada que reuna condiciones de perpetuidad por ser incompleta la base en que descansan, y solo se han ocupado en ver de aniquilar á su contraria que á su vez espera la muerte por su falta de fundamento.

Epoca es esta en que la ciencia se vé obligada á

buscar un principio comun bajo el cual puedan manifestarse y desarrollarse todas las legítimas aspiraciones, todos los fines de sus cultivadores, acabando así con las vacilaciones que los dominan. Este principio existe y inspira á todo médico desapasionado veneracion y respeto, tanto mayor, cuanto mas se empeña en parangonarlo con los desvarios que despues han aparecido en el campo de la ciencia como la última palabra pronunciada por ella.

Los innovadores posteriores á Hipócrates, mas atentos al triunfo de su propia idea que á la establecida por este, no han reparado en menospreciar la obra del venerable anciano para dar paso á sus elucubraciones, basadas siempre en la adopcion parcial de los fundamentos que han servido de base á la constitucion del edificio médico. Han desacreditado su principio sin haberse tomado el trabajo de desentrañar, mediante un estudio reflexivo, su verdadero valor, aquilatado en los XXIII siglos que lleva de existencia, durante los que ha sufrido las embestidas de todos los sistemáticos habidos en este largo trascurso de tiempo. Todas las teorías que se han sucedido despues, han cedido el puesto unas á otras ó se han anulado así propias, quedando únicamente aquella mas dispuesta que nunca á llevar el cetro de la ciencia á donde quiera que el espíritu práctico pretenda conducirle. Cada gefe de secta ha descartado del dogma hipocratico alguno de sus elementos constituyentes y sometido á este criterio lo que las pasadas edades habian mirado con el mas profundo respeto, echando asi los cimientos de una nueva doctrina. Espíritus fuertes que desdeñan el conocimiento fisiológico del hombre, se atreven á llamar autómatas á cuantos no se someten á sus decisiones, sin tener en cuenta que alcanzan á ser ellos mismos víctimas de su preocupacion.

Todos cuantos se interesan por los progresos de la

ciencia, saben ya que no basta talento y habilidad para hacerla que adelante, sino que es preciso que los elementos de que dispongan estén basados en la contemplacion del organismo, contemplacion digna de respeto y merecedora de alcanzar su cumplimiento por el camino trazado por la misma naturaleza. Cuando por error, por cálculo ó conveniencia prescinden de alguna de las condiciones anejas á él, se hacen dignos del desprecio de los Médicos sensatos, y mas tarde del castigo de la historia. La ciencia no progresa con someterla de grado ó por fuerza á un criterio que entraña parcialidad, con sentar principios que están en lucha con lo que la observacion y la esperiencia dictan, con estudiar por separado elementos que sin cesar producen fenómenos dependientes del conjunto. Esto solo se obtiene con el estudio solidario de todo cuanto concurre al fin de la vida, de las leyes que de ella emanan en armonía siempre con sus necesidades. El que haga lo primero, no edificará, no enseñará; para esto basta y sobra algo de talento, bastante audacia y poco apego á la verdad; el que lo segundo, deberá inspirarse en los resultados de la contemplacion fria de la naturaleza en general y del organismo humano en particular, sentando así, como Hipócrates lo hizo, los verdaderos principios, de los cuales se desprenden legítimas consecuencias. La fórmula hipocrática es la que hasta ahora ha salvado á la ciencia de las aberraciones de los sistemáticos, la única capaz de descartarla de tanta exigencia descabellada.

Si con arreglo á esta fórmula, cuya verdad no puede menos de conocerse á primera vista, juzgamos á los innovadores, seguro es que formaremos un juicio desfavorable de sus elucubraciones, no alcanzaremos la razon de su existencia ni podremos hacernos cargo de los males que han ocasionado si el instinto no rechazára desde su principio la apreciacion errónea que del

organismo concibieron. Los Dogmáticos, los Empíricos, los Metódicos, los Eléctcos, los Alquimistas, los Místicos y cuantos han dejado rastro alguno de su existencia, han prescindido de lo mas importante, de lo mas fundamental, *del conjunto orgánico*, falseando al paso su doctrina los que les han sucedido hasta un estremo tal, que no es de estrañar que la lleguen á desconocer hasta los mas inteligentes.

Sistemas que no cuentan con elementos que abracen todas las manifestaciones de la vida, no merecen tal nombre, no son dignos de la consideracion de los sábios, de ocupar un lugar en la historia. Las dificultades y tropiezos que los rodean, los escollos que pretenden vencer, retraen á la mayoría de los Médicos á tenerlos en cuenta en su aplicacion práctica, esperando salvarse con el auxilio del principio del anciano griego. Nada de estraño será que siguiendo la fatal pendiente porque ha siglos marchan, lleguen mas pronto al término natural de su camino que no puede ser otro que el completo olvido y nada tampoco, en fin, que los que no esten divorciados con su razon y con la ciencia exijan que abandonen su puesto y dejen paso al que hasta ahora ha llenado mejor la mision que á sí propio se encomendó desde la Olimpiada octogésima tercera.

La historia de la Medicina es un estudio indispensable para aquilatar el valor de tanto sistema, pues sin el conocimiento de su desarrollo en el tiempo y apreciacion exácta de sus fundamentos filosóficos no se pueden justipreciar sus luchas, sus evoluciones, su valor con aplicacion directa al tratamiento de las enfermedades. Bueno es tener delante el cuadro exacto del saber médico desde los tiempos mas remotos hasta nuestros dias, pero no me parece indispensable estudiar detalladamente sus mas prolijas parcialidades, considero suficiente el conocimiento de los sistemas

y el relieve de las épocas históricas mas notables, y esto puede conseguirse dejando á un lado las minuciosidades de narracion, fijándose solo en los puntos mas culminantes que de suyo se manifiestan en la Obra que tengo el gusto de dar á conocer en nuestra lengua á mis compañeros y á los alumnos de las Escuelas.

P. V.

Salamanca Marzo de 1871.

INTRODUCCION.

«Para estudiar y practicar convenientemente la Medicina es menester conocer su importancia, y para conocer su importancia verdadera es menester creer en ella» (1) Estas palabras de un Médico filósofo, cuya vida y escritos respiran una sincera filantropía, encierran un sentido profundo, que constituye, à mi parecer, la base moral de toda la práctica de la ciencia. En efecto, es evidente que el práctico que no tenga fé en la eficacia de su arte, no sabrà llevar á su estudio y ejercicio el celo, la atencion, el desinterés y la perseverancia necesarias. Pero no basta que el Médico esté convencido de la utilidad de los remedios que ordena, todavía se precisa para el buen éxito del tratamiento que el enfermo tenga confianza en él. A todos, pues, nos importa tener una opinion razonada sobre el grado de certidumbre que puede alcanzar la Medicina, y en ninguna parte mejor podemos hallar los fundamentos de semejante opinion que en la historia misma de esta ciencia.

Otra cuestion, que sin ser tan importante, no carece, sin embargo, de interés, es el orígen del arte de curar. Este orígen, ¿es debido à una necesidad natural del hombre, ó bien, como han pretendido ciertos filòsofos antiguos y modernos, es solo un producto y un indicio de la degeneracion de la especie humana? Solo á la historia corresponde resolver esta cuestion de una manera perentoria.

Porque si de las tradiciones mas irrecusables resulta que no existe y no ha existido jamás un pueblo, sea salvaje ó civilizado, que no haya tenido una especie de Medicina cualquiera, estaremos autorizados para concluir que este arte está destinado á satisfacer una necesidad natural, imperiosa, irresistible; no una necesidad ficticia producto de hábitos afeminados ó de algun otro vicio de la civilizacion.

La Medicina cuya historia voy á ensayar de trazar se definía en su orígen, *el arte de curar*. Consistía entonces en la descripcion sucinta de las enfermedades que habían observado, y la indicacion de los re-

(1) Cabanis, Del grado de certidumbre en Medicina. Prefacio, pàg. 1.

medios empleados para combatirlas; partes ambas que corresponden hoy á la nosología y á la terapéutica. Consideraron, pues, al hombre, solo en el estado de enfermedad, pero los que sucesivamente se dedicaron al ejercicio del arte, ensancharon poco á poco el campo de sus observaciones, hicieron mas completas y numerosas las descripciones nosológicas y mas precisas las indicaciones terapéuticas, y no contentos con esto, le estudiaron en el estado de salud para conocer mejor sus enfermedades. Desde entonces la anatomía ó el conocimiento de las partes del cuerpo humano y la fisiología ó el conocimiento de las funciones orgánicas, llegaron á ser dos ramas importantes de la ciencia médica. La esperiencia enseñó igualmente á los hombres que es siempre mas ventajoso, y con frecuencia mas fácil, prevenir el desarrollo de ciertas enfermedades, que detener sus progresos cuando una vez se presentan. Los Médicos fijaron su atencion en esto, trazaron reglas para la conservacion de la salud, formaron con ellas un cuerpo de doctrina que dió orígen á una nueva rama del arte llamada *higiene*. Estos aumentos sucesivos exigieron un cambio en la definicion de la Medicina, y puesto que la primera no abarcaba de una manera completa todas las partes de esta ciencia, hubo necesidad de adoptar, casi por unanimidad, la siguiente: «*La Medicina es una ciencia que tiene por objeto la conservacion de la salud y la curacion de las enfermedades.*»

Así estuvo largo tiempo limitado el horizonte de la ciencia, sin que entonces desconocieran la inmensa estension que ofrecía á las investigaciones de los que la cultivan. Todavía esperan á estenderla. ¡Tanto es lo que se burla el génio del hombre de los límites que pretenden asignarle!

Dos importantes ramas se han separado recientemente de su tronco magestuoso. La primera llamada *Ortopedia*, enseña á corregir ciertas deformidades esteriores, ya congénitas, ya accidentales; los resultados que obtiene y la estension que ha adquirido, la asignan ya un lugar aparte entre las otras ramas del arte. La segunda se llama *Frenología*, palabra griega que significa *discurso sobre la inteligencia ó sobre las facultades del alma*, mas en esta se toma á la inteligencia como un órgano que sirve especialmente á su manifestacion. Es pues, del órgano de la inteligencia, es decir, del encéfalo del que trata la Frenología.

Los que se han dedicado al cultivo de esta parte de la ciencia, créen que el desarrollo de estas facultades depende del volúmen y la forma de ciertas partes del cerebro, y pretenden determinar por el

exámen esterior de la bóveda craniana este volúmen y esta forma y por consecuencia el grado de desarrollo de estas facultades. Aun cuando jamás puedan realizar sus promesas, es lo cierto que podrán llegar á ser un gran recurso para la educacion física y moral del hombre. Valgan lo que quieran las pretensiones de los frenólogos, nos parece, en vista de lo espuesto, bastante restringida la definicion que hemos dado de la ciencia y que podria reemplazarse con ventaja por esta tercera:

«*La Medicina es una ciencia que tiene por objeto la conservacion de la salud, la curacion de las enfermedades y el mejoramiento físico y moral del hombre.*»

Por la simple enumeracion del objeto que la ciencia médica se propone, se vé, cuanto llama la atencion, no solo de los que á ella se dedican de una manera especial, sino tambien del filósofo, del hombre de Estado y de cualquiera que sepa apreciar las ventajas de una buena salud, así como la influencia de lo físico sobre la moral del hombre.

Para el historiador, la medicina se presenta bajo tres fases principales, à saber: como profesion, como arte y como ciencia. Como profesion la han ejercido en su principio los gefes de familia, de tribu, de nacion, los generales y legisladores; mas tarde los sacerdotes, en fin, constituye hoy un aspecto de la ciencia dividido en muchas secciones.

Como este, es decir, como complemento de las reglas establecidas en diferentes épocas para la curacion de las enfermedades y la conservacion de la salud, me parece que la Medicina ha seguido siempre una marcha progresiva desde su orígen hasta la muerte de Galeno, despues permaneció estacionaria y aun retrógrada, al menos en Europa, hasta la conclusion del siglo XIV de nuestra era. Desde esta época volvió á progresar con rapidéz, adquiriendo notables adelantos por las generaciones que se sucedieron. Basta leer con atencion su historia, para que no haya quien niegue ni ponga en duda su progreso. Si es verdad, como no puede negarse, que la terapéutica, sea en realidad la parte activa de la ciencia, si en definitiva, reasume todos los conocimientos que esta atesora, no es de estrañar que los antiguos se hayan quedado muy atrás de los modernos. Para convencerse de esto, basta dirigir la vista sobre una clase cualquiera de afecciones, comparar los tratamientos empleados entonces con los de ahora y decidme si la terapéutica de los antiguos en las enfermedades agudas, tales como las calenturas intermitentes, las apoplegías, la mayor parte de las lesiones anatómicas etc., puede ser puesta en parangon con la de los modernos. Lo mismo

acontece con las crónicas, tales como las escrófulas, la tisis, las tiñas etc., etc. Visto esto, hay mucha ingratitud ó ignorancia en pretender que la Medicina ha permanecido estacionaria en medio del progreso universal. El hombre se olvida pronto del bien que se le hace, sé dirá que no tiene memoria sinó para el mal; la tempestad que destruye en un instante la esperanza del labrador, deja en su alma señales indelebles, mientras que pasa desapercibida la benéfica lluvia que fecundiza sus tierras. Así es que el descubrimiento del Sulfato de quinina ha hecho menos ruido en el mundo que la invencion de los cohetes á la Congreve; así es que el nombre de Jenner es menos conocido que el de Atila.

Como ciencia, es decir, como teoría, la Medicina ofrece la imagen de una Repùblica dividida en muchas fracciones que dominan alternativamente sin reinar jamás por completo. La teoría es una arena de discusiones interminables, una verdadera Torre de Babel; es, para los Médicos, la manzana de la discordia. Nadie puede lisongearse de mantener el peso igual entre tantas y tan diversas opiniones, de distribuir con acierto la alabanza ó el vituperio, de marcar con precision los límites donde principia para cada una de ellas la verdad ó el error. Yo he intenta do esta empresa, aunque difícil, no en vista de la instruccion de otro, sinó de la mia, no con el propósito de publicar el fruto de mis investigaciones, porque ignoro adonde me llevarian; sino aguijoneado por el deseo de saber, *si; hay en Medicina alguna cosa útil y cierta, algun principio cuya evidencia se parezca á un axioma de Matemáticas; alguna regla práctica cuya utilidad sea incontestable.* Me parece que un Médico animado del sentimiento de sus deberes no puede permanecer indiferente á estas cuestiones y que debe examinarlas atentamente, al menos, una vez en su vida. Me he preguntado que, si alguna cosa de estas existe, nos las dará á conocer la historia y por ello he comenzado con ardor y perseverancia su estudio. Al decidirme á publicar hoy lo que he aprendido, fruto de mis elucubraciones, no tengo otro objeto que ahorrar á mis compañeros la mayor parte del trabajo que me ha costado y acortarlos el camino que he recorrido.

Kurt Sprengel que es el único historiador que ha ensayado poner en claro el caos de teorías médicas desde el principio de la ciencia hasta una época cercana á la nuestra, ha sacado esta conclusion «que el escepticismo en Medicina es *el desideratum* de la ciencia y que el partido mas prudente consiste en ver con indiferencia todas las opiniones

sin adoptar ninguna:» (1) máxima que yo tengo por errónea, desconsoladora y aun por inegecutable en la práctica.

No; diga lo que quiera el erudito historiador de la Medicina, la duda no es la última palabra de la ciencia, es su principio, su punto de partida. Constituye una disposicion favorable para llegar al saber, á la certidumbre, ó al menos á la conviccion. Así lo enseñaba Aristóteles, así lo proclamaba Descartes y así lo confirma el sentido íntimo de cada uno de nosotros. Cuando uno se dirige en busca de la verdad, lo hace con el interés y la esperanza de alcanzarla, y si llega á persuadirse que son vanos este interés y esta esperanza, como pretende Sprengel, debe vivir en la ignorancia y la inercia mas bien que fatigarse inutilmente en perseguir una quimera. Sin embargo, puede suceder que nuestras investigaciones nos conduzcan á un resultado negativo que nos dejen en la ignorancia ó la duda que hemos deseado salir, pero esto no será mas que un resultado particular y fortuito, no el término general y necesario adonde deban dirigirse indeclinablemente las investigaciones de todos los hombres. De ordinario llegamos á esta conclusion negativa mediante un método vicioso de razonar, de la misma manera que un camino distinto conduce al viagero lejos del verdadero término de su viage.

Pero, si en rigor, es permitida la duda con relacion á las verdades especulativas, no acontece lo mismo con las proposiciones destinadas á regular nuestra conducta. Estamos obligados, con relacion á estas últimas, á tomar un partido, es decir, á decidirnos despues de una conviccion mas ó menos arraigada; por ejemplo, un Médico puede dudar en su gabinete si la dificultad de respirar que esperimenta un asmàtico proviene de una lesion del corazon, de los grandes vasos ó de una coleccion de pituita ó de un vicio reumático fijo en los músculos ó en los nérvios del pecho. Pero cuando este Médico esté en presencia del enfermo y despues de haberle examinado, formule alguna cosa, no le es permitido dudar. Ahora bien, aun en el caso de no formularla, toma un partido, llena una indicacion y toda indicacion supone un fundamento mas ó menos poderoso. Es, pues, imposible que el práctico sea escéptico en el momento que se vea obligado á tomar una decision de la cual dependa la vida de su semejante, y si nó sabe mantenerse en esta indiferencia escéptica de que hace alarde el historiador cita-

(1) Historia de la Medicina. Trad. por A. I. Jourdan Paris 1815 T. I. Introduccion pag. 10 y 11 vease tambien el prefacio del traductor pag. XXII y siguientes.

do, debe hacer los esfuerzos posibles para salir y llegar á formar una conviccion razonada.

Con esta disposicion de ánimo me he dedicado al exámen de las doctrinas médicas antiguas y modernas; las he estudiado y comparado con toda la atencion de que soy capaz, porque he deseado formarme una opinion concienzuda sobre el valor absoluto ó relativo, sobre la influencia favorable ò adversa de cada una de ellas. Ahora bien, no chocará que en el curso de esta historia emita con frecuencia y de una manera esplícita mi opinion sobre las teorías que esponga. Mas, á fin de que el lector estè en el caso de apreciar por sí mismo estas teorías y el juicio que forme, me he esforzado á presentarlas con la mayor exactitud posible, empleando al efecto, el testo mismo de los autores que han escrito en nuestro idioma y el de los mejores estrangeros traduciéndolo yo mismo cuando han faltado interpretaciones de otros. Estoy persuadido que un hombre que hace un estudio particular y profundo de una obra, que la traduce por completo, debe penetrarse del espíritu del autor mucho mejor que el que solo traduce algunas páginas. Así espero evitar el cargo que pudiera hacérseme de haber desfigurado las opiniones de otro sin conocerlas ó adrede, por lo que procuraré conservarlas, en cuanto de mi dependa, su color y formas primitivas.

Los Médicos célebres no solo influyen con sus escritos en la marcha de la ciencia y la consideracion del arte, sinó tambien con su enseñanza, con su carácter y con su conducta: su vida ofrece á menudo modelos que imitar y algunas veces faltas ó escollos que vencer. La primera educacion de un hombre, las circunstancias que le rodean nos esplican el cámbio de genio, nos dan la clave de sus adelantos ó de sus reveses. Por todas estas razones no he olvidado por completo los detalles biográficos relativos á los Médicos mas famosos, sobre todo cuando tienen alguna conexion con la historia general del arte ó encierran alguna moralidad.

Las ciencias no pueden separarse las unas de las otras, se dan, por decirlo así, la mano, y es raro que no sean simultáneos sus progresos. Sin embargo, se presenta una escepcion à esta regla en la marcha del espíritu humano en Europa. En la edad media se cultivaron con esmero la dialéctica y la teología, mientras que las demás ramas de los conocimientos humanos vegetaban en un profundo abatimiento y fué preciso llegar á fines del siglo XIV, para que despertaran de tan largo sueño. Por una parte, se regulariza la organizacion política y civil de las naciones, se aumenta su bienestar: por otra se desenvuelven las faculta-

des intelectuales y morales de los individuos, la inteligencia toma nuevos y atrevidos brios y una direccion mas acertada.

Me parece que cualquier historiador de la Medicina faltaría á una de sus mas sagradas obligaciones, si no echase de cuando en cuando una ojeada sobre el estado general de la sociedad. Por eso lo hago yo al principio de cada una de mis divisiones cronológicas, y espongo á grandes rasgos el aspecto que ofrecía entonces la civilizacion.

Otro hecho en estremo notable y de un interés capital en la historia de las teorías médicas, es, que proceden mas ó menos inmediatamente de algun sistema filosófico, circunstancia que obliga al conocimiento del orígen de donde emanan, si es que no se quiere tener una idea incompleta de ellas. Verdad es que no conviene tampoco dar demasiada importancia á estas analogías, ni pretender juzgar por el valor de ellas del de las teorías que engendran, porque es preciso tener presente que un sistema filosófico puede ser falso en su generalidad y verdadero en la aplicacion particular que se hace á la medicina; de la misma manera que de uno irreprochable se puede deducir mediante un falso razonamiento una teoría médica errónea. Una vez que haya indicado las ideas filosóficas con las que parezca estar ligada una doctrina médica, juzgaré esta en sí misma y con relacion á su aplicacion práctica.

Los principales sistemas de la antigüedad relativos á la cosmogonia ó á la física general, pueden dividirse en tres secciones.

1.° Los unos á la cabeza de los que se coloca *el Pitagorismo*, representan el universo como poblado de principios activos é inteligentes que animan, adornan, gobiernan cada sustancia material con un objeto determinado y con un fin preconcebido. El animal, la planta, el mismo mineral tienen cada uno su espíritu vivificador, y por cima de estos principios secundarios se asienta uno Supremo que vela por el conjunto, armoniza las individualidades y las hace concurrir á un objeto comun.

2.° Otra clase de filósofos, cuyos jefes parecen ser Leucipo y Demócrito, dicen que la formacion del universo es debido á la casualidad, á la cual atribuyen todos los fenómenos naturales sin necesidad de que intervenga ningun principio supremo. Para ellos el mundo todo, y cada ser en particular, existen por una consecuencia necesaria de las leyes eternas de la materia; niegan que las diversas sustancias, los animales, las plantas hayan sido creadas con un fin preconcebido, se burlan de lo que en el lenguage filosófico se conoce con el nombre de *causas finales*.

3.° En fin, Parmenides y Pirron, fundadores de una tercera secta, creyendo encontrar en los movimientos naturales de los cuerpos, en sus generaciones, en sus infinitas metamórfosis, poderosos motivos para admitir ó rechazar la existencia de principios inmediatos inmateriales é inteligentes; concluyen de esta ambigüedad que la sabiduría consiste en *la Duda*. De nada sirve, dicen los sectarios de esta doctrina, atormentar el espíritu para comprender lo que no está al alcance de nuestra inteligencia; la investigacion de los principios ó causas primeras solo ha producido hasta ahora disputas tan inútiles como interminables. «No tenemos, dicen, mas conocimientos reales que nuestras sensaciones, cuya exactitud objetiva nada nos garantiza por fuera.»

Tal es, en resúmen, el lenguage de esta secta que tomaba unas veces el nombre *de escéptica* para designar la duda perpétua de que hacía alarde, otras el *de zetética* para indicar que buscaba siempre la verdad sin lisongearse de haberla encontrado. A estos tres sistemas filosóficos corresponden en la antigüedad otros tres de Medicina, cuyos caractéres principales voy á indicar.

El primero, atribuido á Hipócrates es el *Dogmatismo*; y cuyo pensamiento culminante es el siguiente: «Hay un principio único y múltiple en sus efectos, que preside á toda la economía y produce los contrarios, que anima el todo y las partes; (Hippocr. de l'Aliment § 7), pensamiento que está repetido muchas veces en el mismo libro y en otros del mismo autor. Constituye el fondo del hipocratismo moderno ó vitalismo, doctrina que ha espuesto Mr. Cayol con toda claridad en su introducion á la Clínica médica, y que Mr. Gibert ha sostenido con el vigor y la lógica que le distinguen (1).

Uno de los mas célebres nosólogos del último siglo, Pinel, ha dado una idea de la enfermedad conforme á esta doctrina cuando dice: «la enfermedad debe considerarse siempre como un cuadro que se mueve sin cesar, un conjunto incoherente de afecciones que se renuevan continuamente, y que es preciso combatirlas sin tregua por los remedios, cuadro indivisible desde su principio hasta su terminacion, con un aparato regular de síntomas característicos y una sucesion de períodos con tendencia favorable de la naturaleza, las mas veces, funesta algunas.» (2) Esta definicion que nos presenta la enfermedad como un conjunto re-

---

(1) Consideraciones sobre el hipocratismo y el anatomismo. Paris 1833, en octavo. Doy las mas cordiales gracias á Mr. Gibert por los ilustrados consejos que me ha dado en mas de una ocasion.

(2) Nosografía filosófica, primera edicion. Introducion, pag. 7.

gular de acciones y movimientos suscitados por el principio vital con una intencion manifiesta, pone ya en claro la conecsion que existe entre la doctrina de Hipócrates y la filosofía pitagórica, cónecsion que se hará cada vez mas patente segun vaya consignando los detalles en el curso de esta história. Sería, pues, un engaño grosero sinó espusiera en lo sucesivo los pasages de la teoría del Mèdico de Cóos como resúmen de su doctrina, aun cuando no lo haga más que de una de sus principales fases, de uno de sus dogmas que mas la caracterizan, el único que ha llegado hasta nuestros dias tal cual lo enunció el ilustre anciano, ya que en lo demás participaba de las ideas y preocupaciones de su tiempo en todo cuanto concierne á la física, haciéndola entrar en sus esplicaciones fisio-patológicas.

El segundo que tiene por fundadores á Asclepiades y á Témison es el *Metodismo*. El primero de estos médicos habia estudiado con preferencia las enfermedades crónicas en las cuales se manifiesta poco la fuerza medicatriz de la naturaleza, viéndose por esto obligado á negar su existencia y á poner en tela de juicio el valor de los dogmas hipocráticos. Seducido, por otra parte, con la sencillez de la doctrina atomística de Demócrito que Epicuro habia desenvuelto y rejuvenecido, se apresuró á hacer aplicacion de ella á la Medicina. Admitia en el cuerpo humano una infinidad de poros al traves de los que pasan sin cesar átomos de diversa forma y magnitud, átomos escesivamente ténues destinados á moverse solos á impulso de las fuerzas inherentes á la materia. El hombre estarà bueno, decía, mientras guarden exacta proporcion los átomos y los poros por donde pasan, y enfermo cuando se alteren estas condiciones, que, segun este Médico, solo pueden hacerlo de dos maneras, ó por ser muy estrechas ó por ser muy anchas las aberturas del organismo. A este se le considera como enteramente pasivo, puesto que no produce reacciones, actos espontáneos ó tendencias naturales, correspondiendo al Profesor dirijirle convenientemente mediante los modificadores que el arte pone à su disposicion.

Como se ve, los dos sistemas citados son diametralmente opuestos; el uno jamás pierde de vista la actividad natural del organismo en las enfermedades, el otro le considera como pasivo. Pero observando atentamente los fenómenos patológicos, se advierte que unas veces es activo, otras pasivo; tal sucede en el momento en que se hace una herida grave en un miembro, poco tiempo despues se inician síntomas que afectan á todo el organismo, como fiebre, delirio, convulsiones. Entonces es pasivo y activo á la vez; pasivo con relacion á la lesion lo-

cal, al dolor, á la commocion resultantes; activo con relacion al trastorno general de las funciones, efecto de la reaccion vital. Permítaseme mencionar aquí una imágen vulgar tomada de la antigüedad, para demostrar el doble papel de la economía en la generacion de los síntomas; es la figura de una serpiente que se muerde la cola; el reptil es en este caso el principio y el fin.

Los dogmáticos no estaban de acuerdo en considerar pasivo al organismo en el momento que recibe la impresion de un modificador nosológico, sí consideraban á esta impresion como una simple causa ocasional; decían que la enfermedad no empieza en realidad sino cuando reacciona el principio vital; para ellos la reaccion es el fenómeno primitivo, esencial, la causa próxima ú oculta de la afeccion morbosa. Los Metodistas, al contrario, consideraban la reaccion vital como una cosa secundaria, una especie de movimiento oscilatorio, cuya causa próxima ó motor primitivo era la misma impulsion producida por el agente morbífico.

Una tercera secta que tiene por gefes á Filino de Cóos y á Serapion de Alejandría, dice que la causa próxima ó el fenómeno primitivo de las enfermedades es innacesible á la observacion, y de esta idea deduce, que todo lo que se afirma con este motivo es arbitrario, hipotético, imposible de tenerse en cuenta cuando se quiere elegir un tratamiento racional. Solo aprecia los fenómenos ostensibles en la descripcion de las enfermedades, que son, á sus ojos, toda la enfermedad, ó al menos todo cuanto se puede conocer ó afirmar de ella. Para curarla, dice, que debe emplearse en cada caso clínico los remedios que han dado buenos resultados en casos análogos, sin tener en cuenta para nada la causa próxima esencial ú oculta cuya manera de obrar, segun ella, nada revela. No tenía, pues, otro criterio que *la esperiencia*, y por ello tomó el nombre de *Empírica* que significa esperimentacion. A sus adeptos se les llamaba esperimentadores y se les asimilaba á los filósofos escépticos que solo tenían como cierto y positivo á las sensaciones.

Otra série de Médicos no adopta ninguno de estos dos sistemas exclusivamente, pero toma de cada uno de ellos lo que la parece mas conforme á la razon y á la esperiencia. A estos se les conoce con el nombre de *Eclécticos*, palabra griega que significa *eleccion*. Preciso es convenir que era un deseo muy laudable y acaso una pretension algo atrevida, pero al menos debían decir cuales eran las reglas para esta eleccion y que criterio les servía de guia para discernir, entre tantas doctrinas encontradas, la verdad del error, la realidad de la apariencia engañosa, del

bien y del mal, cosa que no hicieron ni han hecho hasta ahora. Se contentan con decir que siguen la voz de la razon y la esperiencia, sin dejarse dominar por preocupacion alguna, por ninguna idea sistemática. Como no tienen ó emiten axioma alguno que les sea propio, es necesario creerles bajo su palabra.

En realidad, el *Eclecticismo* no es, ni una teoría, ni un sistema, sino el autocratismo individual erigido en dogma; cada ecléctico no tiene mas guia de su conducta que su gusto particular, su razon ó su fantasía; dos titulados ecléctico no se parecen mas que en el nombre. El ecléctico reuye las discusiones de principios, le gustan poco las abstracciones, las crée inútiles, por no decir peligrosas, al ejercicio y progresos de la ciencia; en una palabra, en el momento que un hombre se declara ecléctico dá una pobre idea de la fijeza de sus principios filosóficos, pero puede ser, y con frecuencia lo es, un escelente práctico. Cuando dirige su atencion sobre los principios fundamentales de la ciencia, solo la fija en los detalles, en los particulares, y sabido es que la habilidad práctica se compone sobre todo de nociones especiales; puede decirse de él, con alguna apariencia de razon, que es un buen práctico, pero un mal teórico, no desprovisto de conocimientos científicos, porque esto es imposible, sino porque no constituyen un sistema, solo se atienen á uno ó dos principios generales. En él, el tacto médico, es decir, el instinto perfeccionado es casi innato. Tal fué el erudito Barckausen que al hacer la esposicion de las doctrinas médicas, encuentra en todas ellas algo que censurar ó algo que alabar sin dar marcada preferencia á ninguna. Es, pues, el ecléctico de nuestros dias un empírico con nombre disfrazado, pero un empírico en la acepcion mas honrosa de la palabra; es decir, un hombre que basa sus juicios en la admision pura y simple de los hechos estudiados y comparados con esmero, un hombre, en fin, cuyas ideas teóricas no van mas allá de los fenómenos sensibles, ideas que solo las falta para constituir un sistema, que estén unidas entre sí bajo el patronato de un principio filosófico. Siempre he dicho que no hay práctico alguno desprovisto de teoría, sea de la clase que quiera. El Profesor Bouillaud dice que esto es un axioma que no necesita demostracion. (1) Lo mismo afirma el Doctor Auber que se espresa de esta manera: «estamos convencidos de una cosa; de que no hay práctico que no tenga un poco de teoría y que esta

(1) Ensayo de filosofía médica y sobre las generalidades de la clínica médica. Paris, 1836, pág. 302.

no influya en su ánimo á la cabecera del enfermo, porque es una necesidad que la tenga mala ó buena, prudente ó necia, científica ó vulgar, antes de decidirse á obrar de una manera mas bien que de otra; y esto que es verosimil ha hecho decir con mucho fundamento que la práctica sufre casi siempre el yugo y las exigencias de las teorías por mezquinas que sean. *(1)*»

No faltará quien me censure porque doy demasiada importancia en este libro al exámen de las teorías, pero á los que esto hagan, les responderé, que las teorías han sido, lo son y lo serán siempre la brújula de la práctica.

Antiguamente la filosofía abrazaba la universalidad de los conocimientos humanos, Física, Historia natural, Medicina, Matemáticas, Moral, Metafísica, Teología etc.; la Filosofía no debía ser estraña á nadie. Hoy se han separado la física, la historia natural, la medicina y otras muchas ramas para constituir ciencias aparte, resultando de esta separacion que la Medicina de nuestros dias ha tomado menos prestado de la filosofía, pero en cambio se ha dejado influir por otras ciencias, como la física y la química. Desde los últimos años del siglo XIV hasta el actual se cuentan en Medicina cinco clases de teorías principales, que son: el humorismo antiguo ó galenismo, el yatro-quimismo, el yatro-mecanismo, el animismo ó vitalismo que se confunde con el hipocratismo moderno y el órgano-dinamismo.

Para su estudio y el de otras menos importantes he creido oportuno seguir el órden cronológico que vá á continuacion. Divido en tres edades todo el tiempo pasado hasta nosotros. La primera empieza en la infancia de la sociedad tan lejos como pueden alcanzar las tradiciones mas remotas, y concluye en los últimos años del siglo II de nuestra era en la muerte de Galeno, bajo el reinado de Septimio Severo. Este espacio de tiempo le podremos denominar *edad de fundacion*. El arte de curar reducido en su principio al instinto de conservacion, se vá desenvolviendo con lentitud; y de su engrandecimiento resultan sus bases y sus principios. Muchas ramas de él, tales como la sintomatología y el pronóstico, llegan á un grado de perfeccion considerable. El segundo espacio de tiempo que principia desde la muerte de Galeno hasta el siglo XV ofrece pocos materiales para la historia de la ciencia, no se advierten en él luchas, discusiones entre los sectarios de las diferentes doctrinas que concluyen por confundirse entre sí, dando lugar á que

(1) Tratado de filosofía médica. Paris 1839, pág. 185.

el arte retrogradara poco á poco. A este espacio de tiempo le llamaremos *edad de transicion*, la cual podemos compararla á la vida de un insecto en estado de ninfa. Mientras que, al parecer, nada cambia en su esterior, dentro se opera una metamorfosis admirable desconocida por el observador; el ojo de este nada percibe hasta que no se ha realizado la maravilla.

El tercero y último espacio de tiempo que principia en el siglo XV, que concluye en nuestros dias y que ofrece un espectáculo de que no puede darnos una idea los mas hermosos tiempos de Roma y Grecia, es el que denominamos *edad de renovacion*. Parece que desde entonces se ha infundido una nueva idea en Europa; ciencias, bellas artes, comercio, industria, religion, instituciones sociales, todo se cambia ó va serlo bien pronto, aparecen por todas partes establecimientos sin ejemplo en los pueblos antiguos para estender los beneficios de la ciencia á las clases pobres; la ingeniosa actividad de los cristianos modernos todo lo esplora, á todo alcanza.

Pero estas tres grandes divisiones cronológicas no son bastante para conservar en la memoria las fases principales de la historia de la Medicina, y por ello he subdividido cada edad en un pequeño número de secciones fáciles de retener, á las que doy el nombre *de periodos*. La primera se compone de cuatro, la segunda y la tercera de dos. Voy solo á indicar cada una de estas, sin detenerme á justificarlas, porque esta justificacion tendrá lugar en el curso de esta historia.

El primer período, que llamaremos *período primitivo de instinto*, se termina en la guerra de Troya como doce siglos antes de la era cristiana. El segundo, que llamaremos *Místico ó sagrado*, se estiende hasta la dispersion de la sociedad pitagórica como quinientos años antes de Jesucristo. El tercero, que llamaremos *filosófico*, hasta la fundacion de la biblioteca de Alejandría, 320 años antes de Jesucristo. El cuarto, que llamaremos *anatómico*, hasta el fin de la primera edad, es decir, hasta el año 200 de la era cristiana.

El quinto le llamaremos *período griego*, alcanza hasta la destruccion de la biblioteca de Alejandría, el año 640 de nuestra era. El sesto le llamaremos *arábigo* y termina en el siglo XIV.

El sétimo que corresponde á la tercera edad y abraza los siglos XV y XVI le llamaremos *erudito*. En fin, el octavo y último que estudia los siglos XVII y XVIII le nombraremos *reformador*.

En este reparto de tiempo falta la parte del siglo XIX que llega hasta nuestros dias, parte que no he comprendido por las consideracio-

HISTORIA DE LA MEDICINA.

LIBRO PRIMERO.

EDAD DE FUNDACION.

Comprende desde el origen de las sociedades hasta la conclusion del siglo segundo de la era cristiana.

1.° PERIODO PRIMITIVO.

DURACION INDETERMINADA EN LOS DIVERSOS PUEBLOS.

Consideraciones generales.

Este periodo que corresponde á la infancia de las sociedades, está rodeado de una profunda oscuridad y mezclado de una multitud de fábulas. Abraza un espacio de tiempo indefinido durante el cual la Medicina no constituye una ciencia propiamente dicha, es decir, un conjunto de conocimientos ordenados, sinó mas bien una coleccion indigesta de nociones sugeridas por la esperiencia, mal descritas y con frecuencia desfiguradas por una série de tradiciones incompletas.

Se comprende que tal estado ha debido durar mas ó menos tiempo en las diferentes partes del globo en proporcion de los progresos mas ó menos rápidos que los habitantes de estas comarcas han ido haciendo en la carrera de la civilizacion: Qué digo?, este estado dura todavia entre ciertos pueblos del centro del Africa, en algunas regiones de América, y sobre todo, en la Occeanía. Pero este periódo concluye para la Grecia que nos ha legado los mas bellos y mas preciados monumentos de la Medicina antigua, en la destruccion de la ciudad de Troya, 1200 años antes de nuestra era. Por eso estudiaremos primero la marcha del arte de curar en otras naciones que precedieron á los Helenos en el camino de la civilizacion y que le suministraron variados modelos que seguir y que imitar. Haremos una reseña general de la antigua Medi-

cina de los Egipcios, de los Judios, de los Indios, de los Chinos, de los Japoneses, de los Escitas, de los Celtas, de los Españoles, despues de la de los Griegos antes de la ruina de Troya, y por fin de la de algunos pueblos mas ó menos célebres del antiguo y nuevo mundo.

CAPÍTULO PRIMERO.

Medicina de las naciones antiguas.

§. 1.º MEDICINA DE LOS EGIPCIOS.

Si concedemos un lugar preferente en esta historia á la Medicina Egipcia es con motivo; primero por su antigüedad probada con monumentos los mas auténticos, segundo por haber sido el manantial de donde tomaron los Griegos los primeros elementos de esta ciencia, y tercero porque la nacion egipcia puede considerarse como la instructora del género humano. En los libros sagrados de los Judios se leé: «José despues de muerto su padre, mandó embalsamar su cuerpo á los Médicos que le asistian:» mandato que cumplieron, durando la operacion cuarenta dias, porque tal era la costumbre de aquel tiempo. (1) Se vé, pues, que en la época de la muerte de este Patriarca, 1700 años antes de Jesucristo, habia en Egipto hombres que ejercian la profesion médica.

Este pasage de los libros de Moises es el mas antiguo y auténtico monumento del arte de curar que conocemos, porque todo cuanto corresponde á una época mas atrasada en la historia de Egipto y de otras naciones, está lleno de incertidumbre y oscuridad, al menos en lo que atañe á la Medicina. Sin embargo, está probado que mucho tiempo antes que emigraran de aquel país los hijos de Jacob, las ciencias y las artes habian llegado á un grado considerable de perfeccion, fruto de una larga esperiencia que supone muchos años, ó más bien muchos siglos de observacion y estudio. Los libros de los Hebreos nos proporcionan todavía preciosos datos para la historia de nuestro arte: se lee en ellos que cuando Abraham se vió obligado por el hambre á abandonar el país de Canaám, vino á Egipto donde encontró provisiones con que sostener á su familia y ganados. En este tiempo, 230 años antes de la

(1) Genesis, Capítulo I, Traduccion de Lemaistre de Sacy.

muerte de Jacob, el Egipto estaba muy civilizado; la agricultura, la geometría, la arquitectura, la metalurjía, habian progresado mucho; existía Tebas, la ciudad de las cien puertas, así como algunos de esos edificios gigantescos destinados á trasmitir á la posteridad el recuerdo del poder y sabiduría de los Faraones. (1)

La nacion egipcia tuvo que sufrir muchas trasformaciones antes que su inteligencia y su industria hubieran adquirido semejante crecimiento; muchos siglos debieron pasar antes que los hombres poseyeran los medios de perpetuar la memoria de los grandes acontecimientos y de las invenciones provechosas; la palabra y la escritura, estos dos instrumentos indispensables de la trasmision de las ideas se han creado sin saber como y han adquirido la claridad precisa para reproducir con exactitud la imágen del pensamiento. La ciencia de Champolion enmudece, los libros santos resuelven la dificultad diciendo que «Dios enseñó á los hombres los nombres de las cosas animadas é inanimadas.» Asi, pues, las generaciones que dotaron al género humano de los mas útiles descubrimientos han desaparecido sin dejar ninguna otra señal de su existencia, y los que, en su virtud, se ocuparon en recojer los fastos de la humanidad, en lugar de trasmitir puros é intactos los pocos documentos que recogieron, los llenaron de ficciones y alegorías que dificultaron mucho mas el conocimiento de las verdades que contenian. Sin embargo, preciso es decir en obsequio de estos cronistas, que tuvieron grande empeño en inculcar á los hombres principios de sociabilidad, de moral y religion, objeto que llenaron más cumplidamente con sus maravillosos ó alegóricos relatos que con haber dicho la verdad desnuda. Sin duda á esta circunstancia es debida que colocáran en el cielo el orígen de las ciencias y de las artes y que atribuyeran á los dioses ó á los hombres divinizados por ellos los grandes descubrimientos. Pasaré por alto esta Mitología médica, que no pudiendo interesar hoy á nadie ni proporcionar dato alguno nuevo sobre el estado de la ciencia en los primitivos tiempos, solo constituye un lujo de erudicion estéril é impropio de un libro elemental, pero á pesar de esto, diré lo que es preciso saber para no pasar por ignorante á los ojos de los hombres que tienen alguna tintura de la historia de nuestro arte.

Thôth ó Theyt que los Griegos llaman Hermes, y los Latinos Mercurio, pasaba entre los Egipcios por el inventor de todas las ciencias

(1) Véanse las cartas de Champolion jóven, relativas al museo egipcio de Turin, página 23 y siguientes.

y de todas las artes, se le consideraba como el autor de una coleccion enciclopédica en la cual, se dice, estaban comprendidos todos los conocimientos de los antiguos sacerdotes de este país, coleccion que se ha perdido sin saber como ni cuando. Ningun escritor que la menciona, asegura haberla visto, únicamente hablan de ella por tradicion, variando tambien el número de libros de que se componía; unos le hacen subir á veinte mil, otros á treinta y seis, otros al contrario, se contentan con cuarenta y dos volúmenes. Parece difícil, por no decir imposible, conciliar opiniones tan divergentes, sin embargo, lo han ensayado algunos, entre ellos Galeno, Hornius y Bochard. Tampoco están de acuerdo sobre la personalidad de Hermes, ni sobre el tiempo en que vivió; solo por congetura se dice que este personage es el mismo que Baco, Zoroastro, Osiris, Isis, Serapis, Orus ó Apolo, Cam hijo de Noé. Tambien hay quien opina que Hermes era un Dios al que dedicaban todas sus producciones los sacerdotes egipcios, poniendo su nombre à la cabeza de ellas. Benjamin Constant emite una opinion muy verosimil, sí no verdadera; dice «que en las grandes corporaciones religiosas su propio instinto las aconsejaba de no permitir jamás dar á conocer ninguna individualidad, y lo que nosotros hemos tomado por nombres propios de escritores caldeos, fenicios etc., no es probablemente mas que la designacion de una clase. La palabra *Sanchoniaton* significaba entre los Egipcios un sàbio, un filósofo, es decir, un sacerdote. Muchos indios han asegurado al caballero Jonnes que Boudda era un nombre genérico. En Egipto todas las obras sobre ciencias y religion llevaban el nombre de Thòth ó Hermes (1) »

Mr. Houdart que opina de este último modo, y que refuerza su opinion con pruebas, á la verdad, mas numerosas que decisivas, da detalles muy minuciosos sobre el contenido de la enciclopedia hermética. Hè aquí sus palabras: «A fin de que juzgue el lector de la gran copia de conocimientos de los sàbios del antiguo Egipto, voy á citar el título de los cuarenta y un volúmenes de la enciclopedia hermética. Trataban: el primero, de los himnos á los Dioses, el segundo, de los deberes de los reyes, los cuatro siguientes del órden de las estrellas errantes, de la luz, de la salida y puesta del sol y de la luna; los otros diez daban la clave de los geroglíficos, la descripcion del Nilo, los ornamentos sagrados y lugares santos donde se enseñaba la astronomía, la cosmografía, la geografía y la topografía. Otros tantos se ocupaban de

(1) *De la religion*. Paris 1824, t. II, p. 120.

la eleccion de víctimas, del culto divino, de las ceremonias religiosas, de las fiestas y regocijos públicos. Un número igual, tenido como sagrado, se ocupaba de las leyes, de los dioses y de la disciplina, de los sacerdotes, y en fin, los seis últimos de la Medicina.» Dejemos al lector el cuidado de sacar todas las consecuencias del contenido en tales volúmenes, solo le advertiremos que los seis que tratan de Medicina encierran un cuerpo de doctrina completo y acabado. «El primero habla de anatomía, el segundo de las enfermedades, el tercero de los instrumentos, el cuarto de los medicamentos, el quinto de las enfermedades de los ojos y el sesto de las de las mujeres. Semejante distribucion no nos parece muy metódica, pero vemos que principia describiendo el cuerpo humano, manifestando de este modo que es preciso empezar por conocer el sugeto objeto de su estudio, despues sus enfermedades en general, los medicamentos é instrumentos para curarlas, y por último las de las mujeres y las de los ojos que exigen por su frecuencia un estudio especial.» (1)

Este es un cuerpo de doctrina médica completo y acabado, cuya importancia nadie se atreverá á negar, lo que si podrá negarse es que un plan tan bien distribuido corresponda á una época tan remota como dice Mr. Houdart. No entraré ahora en una discusion tan delicada, contentaréme tan solo con hacer notar que la coleccion hipocrática posterior en un millar de años á la fecha que se supone á la enciclopedia egipcia, no presenta, ni con mucho, un cuerpo de doctrina tan completo ni tan metódico. Cuesta trabajo admitir que los sacerdotes dieran una grande importancia á la anatomía, cuando se sabe que la escuela de Coós iniciada en la doctrina egipcia y mucho mas adelantada que esta en todos los ramos de la ciencia médica, no poseía, á pesar de todo, mas que nociones muy vagas y poco estensas acerca de la conformacion del cuerpo humano, si se esceptúan los huesos.

Todo hace sospechar que el plan de educacion médica con que se vanagloriaban los sacerdotes de Egipto, era obra de algun escritor de la Escuela de Alejandría, porque casi al mismo tiempo de la creacion de esta Escuela principiaron á florecer los estudios anatómicos y la filosofía médica. A pesar de todo, es muy instructiva é interesante la descripcion que hace Mr. Houdart de la marcha progresiva de las ciencias en Egipto y en particular del método seguido por los sacerdotes

(1) Estudios históricos y críticos sobre la vida y doctrina de Hipócrates y sobre el estado de la Medicina, antes que el, por Mr. Houdart. Paris 1840. pág. 135.

en la práctica de la ciencia; por eso le cito á menudo, aunque haciendo mis reservas sobre la apreciacion que hace este escritor de los resultados obtenidos por la escuela egipcia, á pesar de aconsejar por fin que no debe creerse que haya llegado la Medicina en aquel país repentinamente á este grado de perfeccion.

Strabon nos dice que allí había, como en los demás pueblos de la antigüedad, la costumbre de esponer los enfermos al público, estando obligados los transeuntes que antes habían padecido alguna enfermedad á decir con que remedios habían sanado. (1) Mas tarde se creyó, que este medio era muy á propósito para acelerar los progresos del arte, y á todos los que habían estado enfermos se les obligó á inscribir en los templos los síntomas de su padecimiento y los medios que emplearon para curarle. Los templos de Canope y Vulcano en Menfis llegaron á ser los depósitos principales de estos saludables registros que se conservaban con el mismo esmero que los archivos nacionales. Por mucho tiempo tuvo cada uno la libertad de irlos á consultar y elegir para su mal aquellos remedios que había sancionado la esperiencia.

Cuesta poco trabajo en creer que este método, á pesar de sus inconvenientes, era el mas á propósito para hacer adelantar la ciencia, porque todos sus datos eran producto de la observacion, datos de los cuales se propusieron sacar los principios fundamentales para el ejercicio del arte, y esto precisamente sucedió. Los encargados de dirigir las observaciones que eran los mismos sacerdotes, se apoderaron poco despues del ejercicio del arte, y con el gran número de datos que reunieron formaron su código médico llamado por Diodoro de Sicilia *el Libro sagrado* del cual no era permitido separarse, código que despues le atribuyeron á Hermes y que sin duda formó parte de la coleccion de que habla Clemente de Alejandria y de que se valieron los Pastóforos (2) para ejercer la Medicina. El mismo Diodoro dice, que eran responsables y castigados con la pena capital aquellos que se separaban de sus preceptos, mientras que eran protegidos los que se sujetaban estrictamente á sus prescripciones.

Sin duda alguna que ley tan atroz era mas propia para retardar los adelantos ulteriores de la ciencia que para favorecerlos, ley que se estableció despues de haber reconocido la solidez de los principios que le sirvieron de base. El mismo Diodoro, que nos la ha dado á conocer,

---

(1) Segun Herodoto y Strabon habia la misma costumbre ente los Babilonios y los Lusitanos.

(2) Nombre de los sumos sacerdotes de la antigüedad.

dice, que el principal motivo de su severidad estaba basado en una práctica confirmada por una larga esperiencia y apoyado en la autoridad de los mas grandes maestros mucho mas preferible que la esperiencia de cada uno en particular.» (1)

Hasta aquí Mr. Houdart, vea este autor si es justa nuestra censura por las exageraciones que hace de los adelantos de la medicina egipcia en los pasados siglos. Añadiremos á lo dicho la siguiente pregunta: una vez que tratais de justificar la locura é iniquidad de la ley egipcia, apoyado siempre en la autoridad de Diodoro de Sicilia, sobre la práctica del arte de curar ¿qué juicio formariais de un soberano ó un congreso que intentára poner en vigor una ley semejante, á pretesto de que nuestro código médico *es el fruto de la esperiencia de los siglos, y que se ha reconocido suficientemente la solidez de los principios que le sirven de base*? Es casi seguro que no hallaríais bastantes anatemas para castigar una tiranía tan insensata, tan contraria á los adelantos de la ciencia y al interés bien entendido de los enfermos. Aun todavía mas: ¿cómo se comprende que os hayais formado una idea tan elevada de la Medicina egipcia, apoyada tan solo en algunas tradiciones vagas ó sospechosas y seais tan severo con la doctrina hipocràtica, de la cual poseemos documentos irrecusables que han escitado siempre la admiracion de los mas grandes Maestros? Contestad.

Hemos dicho al principio de este capítulo que los sacerdotes egipcios tenían la costumbre de practicar embalsamamientos, costumbre que se remonta á una época muy lejana y que ha debido familiarizarlos con las investigaciones anatómicas. Pero Sprengel observa, y con razon, que eran muy groseros los procederes que empleaban para alcanzar con ellos algun nuevo conocimiento. Añade que, segun Herodoto, al pueblo le repugnaban las maniobras que empleaban en tales casos y que apedreaba al encargado de practicar la incision por la cual tuvieran que introducir los ingredientes destinados á desecar y conservar los cadáveres, viéndose obligado á huir momentos despues de haber practicado la operacion para no ser víctima del odio de los asistentes. Cuando Plinio asegura que los Reyes de Egipto habian decretado la abertura de los cadáveres con el objeto de indagar la causa de las en-

(1) Estudios históricos y críticos sobre la vida y doctrina de Hipócrates, pág. 135 y siguientes.

fermedades, alude sin duda alguna á los Tolomeos, bajo cuyo reinado llegó la anatomía á su mayor perfeccion. (1)

Segun estos dos autores, habia tres clases de embalsamamientos, á saber: los de primera clase reservados para los nobles y ricos, que costaba un talento; los de segunda para la clase media, que costaba veinte minas, y los de tercera para los pobres, que consistía en labar simplemente el cadáver y dejarle macerar durante setenta dias en una legía alcalina. En los de primera y segunda clase se hacían dos aberturas, una en la parte superior y central de las fosas nasales para vaciar el cráneo, otra en el lado izquierdo del addomen para separar los intestinos é introducir en él especias y aromas mas ó menos preciosos, despues se tapaba y se lavaba el cadáver, se le barnizaba con una capa de goma y por último se le envolvía con vendas de hilo ó algodon (2).

Desde la mas remota antigüedad el pueblo egipcio estaba dividido en seis categorías: el Rey y los príncipes constituian la primera; el clero la segunda; los soldados la tercera; los artesanos, jornaleros y pastores las tres restantes. La categoría sacerdotal, la mas poderosa y respetada, era la depositaria de las leyes, de la ciencia y de la religion; el Soberano antes de principiar á reinar está afiliado á ella é iniciado en sus misterios. Los sacerdotes guardaban con esmero su doctrina, tenian una escritura y un idioma propio llamado *Geroglifico* ó *Sagrado*, diferente del idioma comun, admitian y adoraban un principio invisible, eterno, supremo ordenador del universo, lo contrario que el vulgo que lo hacía á groseras imágenes, emblema de los atributos de la divinidad ó de las maravillas de la naturaleza. *A esta casta instruida correspondian los Médicos, formando parte de ella ó iniciándose en sus misterios. Cultivaban con ardor las ciencias, y desde muy antiguo tenian nociones bastante estensas de botánica. Adoraba el pueblo á Osiris, dios de la Agricultura y de la Medicina, Isis hermana y mujer de Osiris, Apolo hijo de Isis, Apis maestro de Esculapio, nombre que significa dulzura ó práctica de la caridad y beneficencia. A cada una de estas divinidades la atribuian una especialidad, á Apolo el conocimiento de los signos de las enfermedades, á Isis el de los remedios heróicos para los niños, etc. Tambien aconsejaban preceptos higiénicos para la conservacion de la salud, como los baños, las lociones, prohibian el uso

(1) C. Sprengel. Historia de la Medicina, Traduccion de Mr. Jourdan, tomo I, pág. 60 y siguientes.—Véase tambien la Historia de la Anatomía por Th. Lauth, Strasbourg, 1815. Lib. I., en donde se ventila la cuestion de si los Egipcios poseian ó no conocimientos, resuelta negativamente.

(2) C. Sprengel *ibidem*—Herodoto lib. II, cap. 84-86.—Diodoro cap. 91.—Pariset, *Memoria* sobre las causas de la peste. París 1837, pág. 4 y siguientes.

de ciertas carnes; en una palabra, todo cuanto les habia enseñado la esperiencia que fuese perjudicial.*

§. II. MEDICINA DE LOS HEBREOS.

La historia sagrada nos enseña que Moises salvado de las aguas por una de las hijas de Faraon, fué llevado á la Córte de este Príncipe é instruido en todas las ciencias de los sacerdotes egipcios en las cuales sobresalió; por eso cuando se presentó ante el soberano á reclamar en nombre del Dios de Israel la libertad de sus hermanos reducidos á una servidumbre tan cruel como injusta, no se dejó deslumbrar por el prestigio de los mágicos que Faraon habia hecho venir de distintos puntos; confundió el orgullo de estos con prodigios mucho mas brillantes que los suyos, probando de esta manera la legitimidad de su mision, y en fin, venció la obstinacion de este Príncipe dando libertad á sus hermanos subyugados por él cerca de dos siglos. Sabido es que tuvo que vencer numerosos obstáculos para que volvieran al país de sus antepasados y como aprovechó los consejos de una larga y penosa esclavitud para darlos una constitucion política y preceptos morales inspirados por Dios.

Los escritos de este legislador constituyen un monumento precioso para la história de nuestro arte, contienen reglas higiénicas de una alta sabiduría que pueden considerarse como separadas ó arrancadas de la ciencia egípcia. Este legislador profeta ha coleccionado en el Levítico un gran número de reglas que constituyen casi un tratado de higiene tan completo como los que hoy conocemos.

El capítulo once contiene una larga lista de los animales tenidos por impuros, esto es, mal sanos, entre los que se encuentra el conejo, el cerdo cuya carne es provechosa en nuestros climas europeos, pero que acaso no lo fuera entre los habitantes del Egipto y de la Judea, cuyas costumbres difieren tanto de las nuestras ó acaso tambien no fueran las mismas las especies que hoy conocemos, designadas por ellos. Tambien es posible que Moises, al prohibir estas carnes, obedeciera á distintas miras que hoy se tienen.

Los capítulos doce y quince estàn destinados á reglar las relaciones de los casados y cuando se leen, no puede uno menos de sorprenderse de la prevision y sabiduría con que las ha establecido y elevado à la categoría de un deber religioso. Juzgue el lector por el pequeño estracto que sigue:

1 El Señor habló à Moises y le dijo.

2 Habla á los hijos de Israel y diles: Si una muger que haya cohabitado pare varon, serà impura por siete dias, segun el tiempo que esté separada à causa de la purgacion de costumbre.

3 El niño será circuncidado al octavo dia.

4 Todavia permanecerá separada treinta y tres dias para purificarse. No tocarà cosa alguna sagrada ni entrará en el santuario hasta pasados los dias de su purificacion.

5 Si pare hembra, permanecerà dos semanas impura y dejará pasar despues del parto sesenta y seis dias.

6 Cumplido que sea el tiempo de su purificacion, ya de varon, ya de hembra, llevará á la entrada del templo como testimonio, un cordero de un año para ofrecerle en sacrificio y dará al sacerdote un pichon ó una tórtola en premio de su pecado.

8 Y el sacerdote pedirá por ella y será purificada (1).

19 La muger se separará del marido todo el tiempo que durasen las reglas.

20 El que la toque quedará impuro hasta la tarde.

24. Si un hombre se aproxima á ella durante los menstruos quedará impuro por siete dias y será inmundo aquello en que durmiere.

25 La muger que fuera del período tiene flujos, permanecerá impura en tanto que está sufriendo este desarreglo.

28 Si este accidente se detiene y no vuelve á presentarse, dejará pasar siete dias para purificarse.

29 Y al octavo dia ofrecerá dos tórtolas ó pichones á la entrada de tabernàculo en testimonio de su purificacion (2).

Aparte de lo que tiene relacion con las ceremonias religiosas cuya utilidad no puede negarse, puede decirse que estas proposiciones estàn sacadas de un tratado moderno de higiene. Porque ¿puede haber una cosa mejor que la separacion momentánea de los esposos durante las reglas de la muger que puede considerarse como enferma? ¿Que cosa mejor pensada para prevenir el disgusto que puede originarse de la interrupcion del coito? Igual consejo ha dado el autor del Emilio mas de tres mil años despues.

La Biblia prescribe tambien frecuentes abluciones, costumbre necesaria en los paises cálidos y secos y entre los pueblos que no conocen

(1) Capitulo 12, traduccion de Lemaire de Sacy.
(2) Cap. XV.

el uso del lienzo. Pero lo que mas ha llamado la atencion de los Médicos es el cuadro que ha trazado Moises de la lepra blanca y las ordenanzas que estableció para impedir su propagacion. He aquí los carácteres que asigna á esta enfermedad en el capítulo XIII del Levítico.

2 El hombre en cuya piel ó carne apareciese color diverso ó postilla ó alguna cosa como reluciente parecido á la llaga de la lepra, será llevado al sacerdote Araon ó á alguno de sus hijos.

3 Y si se le vé aparecer la lepra en la piel, los puntos inmediatos á ella mas hundidos que el resto de la cubierta general, cambiar el pelo de color, volviéndose blanco; llaga de lepra es y será separado de los demás. Pero si hubiese sobre la piel una blancura reluciente y no estubiere mas hundida que la carne restante y los pelos sin cambio de color, le encerrará el sacerdote por espacio de siete dias.

Los autores antiguos han confundido bajo el nombre de lepra una multitud de afecciones diversas, resultando de esta diversidad que sus descripciones no se parecen entre sí ni á las de Moises. La patología cutánea era un verdadero caos que ha durado hasta nuestros dias, de suerte que hoy no podemos juzgar del valor de los signos indicados en el Levítico. Algunos creen ser la lepra blanca de los dermatologos modernos, otros no. Lo que aumenta nuestra incertidumbre es la opinion universalmente admitida y muy probable, por otra parte, de que muchas enfermedades han desaparecido ó se han modificado hasta el punto de desconocerse por la influencia de condiciones higiénicas completamente diferentes, mientras que han podido surjir otras nuevas. Sin las consideraciones que anteceden fuera poco menos que imposible legar al rango de las preocupaciones, bien escusables por cierto en una época tan nueva para la ciencia, lo que Moises refiere de la lepra, que se pegaba á los vestidos, á las paredes de las habitaciones y que se manifestaba con caracteres indelebles. (1)

Despues del promulgador del Decálogo, Salomon es uno de los hombres cuya ciencia alaban mas los sagrados libros. Dicen que este monarca era mas sábio que todos los orientales y egipcios, que habia compuesto quinientas paràbolas y tres mil cantares, que habló de todas las plantas desde el cedro del Líbano hasta el humilde hisopo y que tambien escribió sobre los animales, los pájaros, los reptiles, los pescados. (2) El historiador Josefo añade que Dios habia dado á este

(1) Rois lib. III. Cap. IV. v. 30, 32, 33.
(2) Levítico. Cáp. 13 y 14.

Príncipe un conocimiento perfecto de todos los productos naturales de los cuales se servia para hacer útiles remedios, algunos de los que los destinaba á espantar á los demonios (1)

Moises, pues, dá solo á los sacerdotes las instrucciones precisas para la lepra y demás enfermedades, siendo los Levitas los verdaderos Médicos, á los que sucedieron despues los Profetas. Conservaron mucho tiempo este privilegio porque en el *Eclesiástico* solo se hace mencion de los Médicos laicos entre los Judios cuyo autor vivia en el siglo III antes de Jesucristo. He aquí lo que dice.

«Honrad al Médico por la necesidad, porque es Dios quien lo ha creado.

Porque toda Medicina viene de Dios y ella recibirá los presentes de los Reyes.

La ciencia médica exaltará su cabeza y será respetado entre los poderosos.

Dios crió los medicamentos en la tierra y ningun hombre prudente los despreciará. (2)

§. III. MEDICINA DE LOS INDIOS ORIENTALES

Bajo el nombre de Indios comprendemos todos los pueblos que habitan la vasta estension de paises limitados al Oriente por la China, á Occidente por la Persia, al Norte por el grande y pequeño Thibet y al Mediodia por el mar. Los moradores de estas lejanas comarcas divididos hoy en muchos reinos y principados, parecen haber tenido en la antigüedad un mismo origen, un mismo culto y unas mismas instituciones. La dulzura de su clima y la fertilidad de su suelo que produce en abundancia lo necesario para vivir, ha inclinado á los hombres á fijar su residencia en estas comarcas. Monumentos auténticos atestiguan que la India disfrutaba entonces de los beneficios de la civilizacion, cuando la Europa estaba sumida en la mas crasa ignorancia. No faltan escritores que dicen que la luz de la ciencia ha venido de las orillas del Ganges á las del Nilo, pero esto no pasa de ser una congetura desprovista de pruebas.

Los indios están divididos en muchas castas de las cuales la mas noble es la de los sacerdotes ó *Brammas* encargados exclusivamente del ejercicio del sacerdocio y la Medicina, solo ellos aprenden el Sans-

(1) Lib. 8 cap. 2.—Leclerc *História de la Medicina* 1.ª parte, lib. 2, cap. 3.
(2) Eclesiástico cap. 38, ver. 1, 2, 3, 4.

crito que es la lengua sabia del país y en la que están escritos todos sus libros. Los conocimientos médicos están reunidos en uno que llaman *Vagadasartir* del cual vamos á citar algunos fracmentos sin que por eso respondamos de su autenticidad, porque á juzgar por su contenido, dan una pobre idea del saber y criterio de los doctores indios. Este *Organum* de la Medicina india se compone de ocho partes: la primera trata de las enfermedades de la infancia, la segunda de la mordedura de los animales venenosos, la tercera de las enfermedades del alma que creian producidas por el diablo, la cuarta de las enfermedades de los órganos sexuales, la quinta de la higiene y de la profilaxia, la sesta de cirujía, la sétima de la terapéutica de las enfermedades de la cabeza y de los ojos, la octava da reglas para retardar la vejez y el cuidado necesario para conservar el pelo y las cejas.

A simple vista se advierte que no ha precedido ningun pensamiento filosófico á la distribucion de esta enciclopedia. Admiten tres orígenes principales en las enfermedades internas; los vientos ó flatuosidades *Wodum*, los vértigos *Bittum* y los humores impuros *Tchestum*. Creen que todas las enfermedades de la piel proceden de parásitos; dicen que hay en el organismo cien mil partes, de las que diez y siete mil son vasos, que cada uno de estos está compuesto de siete tubos que dan paso á diez especies de vientos que pugnan entre sí y engendrán una multitud de enfermedades.

Colocan el principio del pulso en un reservorio situado por bajo del ombligo, reservorio que tiene cuatro dedos de ancho por dos de largo y se divide en setenta y dos mil canales que van á distribuirse por todo el cuerpo. Cuando un Médico indio toma el pulso á un enfermo, examina con atencion su cara, porque cree que à cada latido de la arteria corresponde un cambio en la fisonomía; los escrementos, las orinas, consulta los astros, el vuelo de los pájaros, los encuentros casuales que halla en su camino, en una palabra, se valen de mil cosas para formar su pronóstico, escepto acaso, de lo que mas importa, de los síntomas.

El siguiente hecho pinta graficamente la inocente credulidad ó la insigne charlatanería de los Médicos indios. Dejan caer del estremo de una paja una gota de aceite en el vaso que contiene la orina del enfermo; si va al fondo del vaso, pronostican un fin fatal, si por el contrario, sobrenada, anuncian un éxito favorable. Semejante práctica parece que debería dar lugar á una terapéutica ridícula en consonancia con las ideas que se formaban de la generacion y diagnóstico de las enfermedades; pero no es así, pues hicieron observaciones bastante exactas sobre

la eleccion de los medicamentos, sobre el tiempo mas oportuno de emplearlos, y sobre el modo de prepararlos y conservarlos.

Se dice que poseian un ungüento con el cual hacian desaparecer las cicatrices de la viruela y que curaban muy bien las mordeduras de animales venenosos con un remedio desconocido á los Europeos. El régimen, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad era para ellos muy importante pues hacian tener á los enfermos y los que les asistian una limpieza escesiva, quizá pueril. Todavia se encuentran en estos paises, como en el antiguo Egipto, muchas categorías de Médicos dedicados á curar una sola clase de enfermedades; estos creen que su ciencia ha venido del cielo, sin duda porque no la han hecho progresar nada despues de millares de años.

§. IV. MEDICINA DE LOS CHINOS Y DE LOS JAPONESES.

Los chinos ofrecen á nuestra observacion el espectáculo de un pueblo, único en los fastos del género humano, (1) que conserva despues de cuatro mil años sus costumbres, sus leyes, su religion, su literatura, su idioma, su nombre y su territorio. Este notable fenómeno es debido á un concurso estraordinario de circunstancias muy digno de meditarse por los filósofos y publicistas, pero de las que no nos haremos cargo aun cuando poseyéramos los documentos que nos faltan. Nos contentaremos solo con hacer ver que los soberanos de la China han cuidado evitar todo contacto ó cambio de ideas entre sus súbditos y los estrangeros.

Reglamentos de policía, costumbres, educacion, preocupaciones nacionales, todo tiende á aislar á los Chinos del resto del mundo. El idioma y la escritura de los mandarines ó sus cartas son tan difíciles de comprender que se precisa casi toda la vida para conocer su contenido, y solo á fuerza de paciencia y venciendo numerosos obstáculos y arrostrando grandes peligros, es como han llegado algunos intrépidos misioneros á descorrer algo el velo en que están envueltas la ciencia y la história de este país. Al celo apostólico de estos debemos lo poco que sabemos en estas materias. (2)

(1) Una nueva era empieza: las barreras que impedian la entrada en el celeste Imperio á los Estrangeros acaban de caer á impulsos del cañon británico. No está lejano el dia en que la sabia curiosidad de los Europeos pueda examinar atentamente los monumentos chinos. N. del A.

Mr. Armand, Medico que acompañó á la espedicion franco-inglesa á la China, en estos últimos años, ha publicado en la Gaceta Médica de Paris, unas cartas sobre la Medicina China, dignas de leerse. Años 1860, 61, 62, 63 y 64. N. del T.

(2) La descripcion y la história de la China por el padre du Halde; los fragmentos de la Medicina china traducidos en latin por el padre Miguel Boym y publicados por Cleyer han suministrado materiales para casi todo cuanto se ha escrito sobre este país.

La antigüedad de los Chinos como la de los demás pueblos orientales está llena de tradiciones mas ó menos ciertas, mas ó menos fabulosas, pero el Padre Ilalde dice que se conoce perfectamente su cronología desde el año 2,357 antes de Jesucristo; en ella se encuentran referidos con sencillez, pero con detalles bien circunstanciados y sin mezcla alguna de sobrenatural, los nombres de los Emperadores, el tiempo que reinaron y los principales acontecimientos de su reinado, sus revoluciones, sus interregnos. Esta cronología está apoyada además con observaciones de eclipses, cuya fecha coincide exactamente con los cálculos de los mas célebres astrónomos de Europa. En fin, Confucio, el primero de los filósofos chinos (1) autoridad muy respetable para estos afirma, lo mismo que el historiador citado.

Segun ellos Hôam-ti, tercer emperador de la primera dinastía, fué el inventor de la Medicina; reinó el año 2,687 antes de la era cristiana, muchos siglos antes del diluvio universal en una época en que su historia no presenta carácteres tan auténticos como los indicados mas arriba. Se le considera como el autor de una obra cuyo título es *Nuy'-Kim'* y sirve todavía de regla en la práctica médica. Este libro contiene una teoría del pulso estremadamente sútil que recuerda la *Sphimica* de los sucesores de Erasistrato, porque es probable que los discípulos de este Médico establecidos en la Batriana despues de la invasion de Alejandro el Grande comunicarán á los doctores chinos sus ideas sobre el pulso. Las crónicas de los mandarines confirman esta congetura, porque se refieren á la época en que vinieron á vivir entre ellos sábios de Samarcanda. Es, pues muy verosimil que sea aprocrifo el libro *Nuy'-Kim'* ó mas bien una coleccion de trozos correspondientes á diversos autores y tiempos. Cleyer ha hecho el resúmen que sigue estractado de las piezas inéditas. (2)

Hay dos principios radicales ocultos; el calor y la humedad que dan movimiento y vida á todas las cosas. Los espíritus son el vehículo del calor, la sangre de la humedad. La armonia ó desarmonía de estos dos principios, su esceso ò su defecto, en una palabra, sus combinaciones diversas, sus proporciones, producen esta variedad infinita de fenómenos que observamos en el mundo y tambien la buena ó mala constitucion, la salud y la enfermedad, la vida ó la muerte. Un calor escesivo produce el frio y reciprocamente, así como el otoño sucede al

(1) Obra citada T. I. pag. 264.
(2) Vease particularmente el fragmento núm. 2 titulado, *Tractatus de pulsibus*.

estío y la primavera al invierno. El calor sube á la region superior, se agita sin cesar, se estiende, se dilata, se enrarece y penetra los poros, al contrario de la humedad, que baja, se está quieta, se condensa y los cierra.

En el universo hay tres sustancias primordiales, el cielo, la tierra y el hombre, que colocado en medio de las dos participa de ambas naturalezas. En este hay tambien tres regiones principales, una superior que se estiende desde la cabeza hasta el epigastrio y contiene el corazon, pericardio, los pulmones y cuanto hay por cima del diafragma, otra media hasta el ombligo y contiene el estómago con sus dependencias, el bazo, el hígado con su vegiga y otra inferior que contiene los riñones, los intestinos, la vegiga y las estremidades inferiores. A cada una de estas regiones corresponden tres pulsos diferentes, uno superior, otro inferior y otro medio. El superior ó celeste colocado por cima de la articulacion de la muñeca, es lleno, eleyado, ondulante, el calor domina allí; el del lado derecho marca el estado del pericardio y del corazon; el del izquierdo el de los pulmones y mediastino. El inferior ó terrestre situado mas abajo de la articulacion de la muñeca está dominado por la humedad radical. El de la mano derecha indica la buena ó mala disposicion del riñon y ureter correspondiente y de los intestinos delgados, el de la izquierda la del riñon y ureter del mismo lado y los intestinos gruesos. En fin, el pulso medio ó el del hombre propiamente dicho situado en medio de los dos, como en la mitad del carpo, resultado de la mezcla del calor y la humedad, es templado y mediano. El de la mano derecha marca el estado del estómago y bazo, el de la izquierda el del hígado y diafracma.

Estas tres clases de pulso se han comparado á un árbol, cuyas ramas y hojas figuran el superior, las raices el inferior y el tronco el medio. El exámen del pulso sirve á los médicos chinos para reconocer el sitio del mal, su gravedad y duracion, exámen que hacen por un método esclusivamente suyo; colocan ó hacen colocar el brazo del enfermo sobre una almohada, aplican despues los dedos índice, medio y anular sobre la cara anterior de la muñeca, de tal manera, que el dedo indicador esté mas próximo al antebrazo y el anular al estremo de la mano, levantan y bajan alternativamente cada dedo como cuando se toca el órgano, apretando ó aflojando á voluntad. Al mismo tiempo observan con gran cuidado el estado de la respiracion, porque estan persuadidos que hay una conexion íntima entre los movimientos respiratorios y los latidos arteriales, examinan durante un número limi-

tado de inspiraciones cada uno de los nueve pulsos, que, segun su doctrina, se encuentran en la muñeca y deducen al instante y sin vacilar el diagnóstico y pronóstico que dan á conocer á los asistentes; recetan ó dan por sí mismos los remedios, cobran los honorarios y se marchan para no volver, á menos que no los vuelvan á llamar.

Ademas de los dos principios activos que hemos citado, admiten los Médicos chinos cinco elementos, á saber: el agua, la madera, el fuego, la tierra y el hierro. El agua segun ellos produce las plantas, estas cuando se secan, se inflaman, y producen el fuego ó los espíritus igneos, y sus cenizas la tierra que á su vez engendra los metales; créen ver una multitud de estravagantes relaciones entre las vísceras, los elementos, las estaciones, los astros, los colores, las variaciones del pulso y otro sinnúmero de objetos no menos estraños.

Citaremos un ejemplo:

El corazon es para ellos parecido al fuego, al planeta Marte, al verano, á la primavera; procede del hígado, engendra el bazo, y el estómago, está reñido con los riñones y tolera bien su proximidad con los pulmones; su pulso es ondulante, lleno y grande, pero si se le comprime se debilita y desaparece, tiene por antagonista al pulso profundo; en la primavera parece una cuerda tirante, en el verano flojo y blando, en el otoño fluctua y en el invierno está algo profundo y concentrado; tiene grande influencia sobre la sangre, la frente, la lengua y las palmas de las manos, simpatiza con los olores, con el color encarnado parecido á la cresta de gallo, con los sonidos alegres, risueños, con los vapores del asado, el sabor amargo y los humores de la traspiracion. El calor, la alegría escesiva, la inquietud, la atencion sostenida, los amargos dañan al corazon y á la sangre. La lengua negra, abultada, la hinchazon de las palmas de las manos son los signos naturales concomitantes. La inclinacion de los ojos hácia atrás, el pulso flotante anuncian la muerte de este órgano.

A los Médicos chinos se les ha atribuido el descubrimiento de la circulacion de la sangre, á pesar de creer por circulacion una cosa ridícula; dicen que los espíritus y la sangre son los vehículos que en veinte y cuatro horas recorren todas las partes por conductos imaginarios, empiezan por el pulmon á las tres de la mañana y concluyen veinte y cuatro despues en el mismo sitio. El conocimiento de estos conductos constituye á los ojos del Médico chino el máximun de conocimientos anatómicos. Admiten treinta y cinco canales de los que seis se dirigen de arriba abajo, otros seis de abajo arriba, ocho que atra-

viesan directamente el cuerpo y quince oblicuamente. Pleyer ha publicado una memoria con làminas que representan la manera grotesca con que los chinos representan estos canales imaginarios y las principales visceras del cuerpo humano.

Estos Médicos dicen que uno de sus antiguos emperadores habia mandado abrir los cadàveres de los ajusticiados para estudiar la conformacion interior del cuerpo humano. Sea lo que quiera de esta tradicion algo sospechosa, parece cierto que desde tiempo inmemorial los chinos no permiten se haga ninguna inspecion ya en el hombre ya en los animales, circunstancia que explica su profunda ignorancia sobre la estructura de nuestros órganos y el largo reinado de un sistema físico-patológico tan lleno de hipótesis ridículas y de errores groseros. Sin embargo uno de sus Emperadores mandó traducir á Mr. Parrenin el *Tratado de Anatomía de Dionís* (1) pero esta obra, una de las mejores del siglo XVI es hasta el presente, para los Doctores chinos, una letra muerta.

Dividen las enfermedades en dos grandes clases, unas que afectan á órganos situados en el centro del cuerpo, como el corazon, el pulmon, el estómago, otra á otros mas inmediatos á estos, como los riñones, la vegiga, los miembros, la piel; despues las subdividen en un número infinito de especies; cuentan cincuenta y dos especies de viruelas que distinguen por señales fugaces é insignificantes, tales como el sitio, el color, la forma y el número etc. viruelas del ala de la nariz, rojas, negras, trasparentes, puntiagudas, aplastadas, separadas, acumuludadas etc.

Tal es el sumario de la doctrina contenida en el Nuy' Kim'. Los Médicos la tienen por infalible y cuando se engañan en su pronóstico, cosa que sucede con frecuencia, lo atribuyen así mismos ó los asistentes y de ninguna manera á los preceptos del *Nuy' Kim'*.»

Apesar de los vicios manifiestos de su clasificacion patológica y de los disparates de su teoría han debido hacer en el espacio de cuatro mil años algunas buenas observaciones sobre la marcha, los síntomas y pronóstico de las enfermedades y sobre los medios de curarlas. Posible es que en sus voluminosas colecciones se encontrarán, como lo presumen algunos juiciosos escritores, muchos materiales tanto para la história como para el conocimiento del modo de tratar ciertas enfermeda-

(1) Dionis era Profesor de anatomía y medicina operatoria en el jardin del Rey, en el año 1677.

des, (1) por ejemplo, se sabe con seguridad que la inoculacion de la viruela se usaba entre ellos mucho tiempo antes que en Europa.

Dicen haber cultivado particularmente la materia médica y la farmacología si es que tenemos en cuenta el número de obras que han escrito sobre esto; poseen mas de cuarenta de las que una sola se compone de cincuenta y dos volúmenes en cuarto de los cuales se han hecho un resúmen que solo contiene una larga lista de las sustancias empleadas en Medicina, pero nada dice de los caracteres que las distinguen ni la manera de prepararlas. No hay farmacéuticos ni boticas, los mismos Médicos tienen la costumbre de preparar y administrar los remedios, algunos que se dan mas importancia, dan á preparar sus fórmulas á otros de rango mas inferior, todos los dias hacen un gasto considerable de drogas cuya eficacia alaban contra una multitud de males. Una de las mas renombradas es la raiz del *gin-seug* (2) à la que atribuyen estraordinarias virtudes, como el prolongar la vida, reanimar las fuerzas y retardar los achaques de la vejez. El pueblo que cree á ciegas en estas propiedades fabulosas, la compra á peso de oro, abusa del opio, poseen pocos conocimientos quirúrjicos por lo mismo que la anatomía está muy atrasada, no se atreven á hacer operaciones cruentas, no conocen la reduccion de las hernias, creen que la cura de la catarata es superior á los recursos del arte, casi no saben sangrar, emplean con frecuencia las ventosas, la acupuntura hecha con agujas de oro y plata introduciéndolas á golpes con un mazo, usan mucho el fuego por medio de moxas ó el hierro candente, emplean fomentos, emplastos de todas clases, lociones y baños. Tambien tienen sus magnetizadores que el autor de las cartas chinas los compara á los convulsionarios de San Merardo. En una palabra, su terapèutica se parece á la de los Europeos en los mejores dias del feudalismo. Cuentán que habia en Pekin escuelas de Medicina y que nadie podía ejercerla sin haber estudiado en alguna de ellas y haber sufrido exámen; habia un Médico encargado de la instruccion de los profesores de partido. Nada de esto hay hoy, todos están facultados para vender, prescribir y administrar medicamentos sin autorizacion ni estudio alguno.

No es posible concebir tanta incuria en un gobierno para no exigir garantía alguna de saber y moralidad á aquellos que son á cada mo-

---

(1) Vease la escelente *Disertacion sobre la Medicina de los Chinos* de Mr. Lepage París 1815, y el art. del *Dicc.* de ciencias médicas por Mr. Bricheteau sobre la Medicina de los chinos.

(1) Véase Merat y Delens. *Dict. universal de materia médica*, Paris 1831 T. 3 p. 356.

mento árbitros de la salud y la vida de sus semejantes, y quienes son, por razon de su profesion, depositarios de los mas íntimos secretos de las familias. Se dice que los médicos chinos son poco considerados en su país, y se dice además que no son acreedores á otra cosa, escepto algunos que ejercen el arte de padres á hijos, pero no debe estrañarnos este descrédito del arte, ó mas bien de los que le ejercen, porque es hijo de la falta de una ley que reglamente su ejercicio. Lo mismo ha sucedido en los pueblos dotados de iguales condiciones.

Aconsejamos al lector vuelva la vista al cuadro que traza Galeno de la anarquía que habia en Roma en su tiempo, en él relata el deplorable estado de la ciencia durante los primeros siglos del feudalismo antes de la creacion de las universidades. Pero no hay necesidad de ir tan lejos, basta poner de manifiesto las reflexiones que inspira un estado de cosas parecido al que espone el relator de la Ley del 19 de ventoso del año XI (10 Marzo de 1803).

«Los hombres reunidos en sociedad, dice Thouret, han estado sujetos siempre á los males que produce la asociacion, lo que ha hecho decir á los filósofos que este estado es mas perjudicial que útil. Sin embargo, las naciones han encontrado constantemente en la Medicina, sinó remedios seguros contra las enfermedades, al menos multiplicados auxilios y alivios duraderos. Todos los pueblos y todos los siglos conocen la utilidad de este arte consolador, no hay gobierno alguno que no le apoye y que no se interese mas ó menos en sus adelantos; solo la anarquía, que no reconoce institucion alguna, ha podido desconocer su importancia. A los gobiernos reparadores corresponde volver á su antiguo esplendor á este ramo de la instruccion y para ello os presenta un proyecto de ley que regulariza la práctica de la ciencia de curar, porque está profundamente persuadido de la necesidad de poner órden al ejercicio de un arte tan importante.

Despues del Decreto del 18 de Agosto de 1722 que suprimió las universidades, las facultades y las Academias, no se confieren como debian, grados de Médico y Cirujano. Hoy reina una espantosa anarquía, la vida de los ciudadanos se halla en manos de hombres tan atrevidos como ignorantes, el empirismo mas peligroso, el charlatanismo mas desvergonzado abusa por doquier de la credulidad y de la buena fé, no se exigen pruebas de saber y habilidad, los pueblos y las ciudades están llenos de intrusos que distribuyen brevajes y la muerte, con una audacia que las leyes antiguas no alcanzan á reprimir; las prácticas mas mortíferas se reemplazan á los principios del arte de partear y bar-

beros imprudentes hacen las veces de cirujanos. Nunca ha sido tan numerosa la coleccion de remedios secretos ni mas peligrosa su influencia que despues de la supresion de las facultades de Medicina, muchos gobernadores buscan remedio para este malestar creando jurados médicos encargados de examinar á todos aquellos que quieren ejercer el arte médico en sus departamentos. Pero estas instituciones provinciales además de ofrecer el inconveniente de valerse de diversas medidas, abre la puerta á nuevos abusos debidos à la mayor ó menor severidad de los exámenes y algunas veces á un orígen menos noble. El ministro de la Gobernacion se ha visto obligado á disolver algunos de estos jurados, con frecuencia tan irregulares como abusivos. Para destruir todos estos males á un tiempo, conviene organizar de un modo uniforme y regular los exámenes para los que se dedican á cuidar de los enfermos (1).»

* La obra de Medicina legal que goza de mas reputacion entre los chinos puede decirse que es el libro titulado *Si-yuen*. En todos tiempos se ha buscado con empeño el medio de hacer constar los homicidios y justificarlos inspeccionando los cadáveres. Despues del incendio y destruccion de la Biblioteca por el famoso *Sing-che-vang*, la obra mas acabada de Medicina legal no alcanza mas allá de la dinastía de los *Song* que empezó en el año 960 de nuestra era. La dinastía de los *Ynen* que le sucedió, mandó refundir la obra y la aumentó con muchas prácticas antiguas que la tradicion habia conservado en varios tribunales del imperio. Despues la dinastía de los *Ming* dispuso que se hicieran investigaciones, que se descutiera sobre esta importante materia, y para lo sucesivo, mandó publicar algunas obras. La dinastía *Manchú* ha publicado una nueva edicion del *Si-yuen*. Segun este libro, para descubrir las señales de los golpes y heridas en los cadáveres, se debe proceder de este modo: se lava el cadáver con vinagre y luego se le espone al vapor del vino que sale de una profunda fosa; *Si-yuen* significa lavado de la fosa; esta se abre en terreno seco y arcilloso, de cinco á seis pies de larga, tres de ancha y otros tres de profunda, se la llena de leña y maleza, se enciende y se activa el fuego hasta que las paredes y el fondo esten casi incandescido. Entonces se retira la lumbre y se vierte una gran cantidad de vino de arroz; la abertura, se cubre con un tejido fuerte de mimbre donde se coloca el cadáver y se cubre

(1) Jurisprudencia de la medicina, de la cirujía y de la farmacia en Francia, por Mr. Adolfo Trebuchet. Paris, 1834, páginas 408 y siguientes.

con tejas colocadas en forma de bóveda para que no se marche el vapor del vino y obre sobre las diferentes partes del cadàver. A las dos horas aparecen con claridad las señales de los golpes y las heridas. El *Si-yuen* asegura que puede hacerse la operación solo con los huesos y obtener los mismos resultados.

El *Si-yuen* pasa en seguida revista á todos los modos imaginables de dar la muerte y esplica el modo de descubrirla en los cadáveres, pero por hábiles y vigilantes que se suponga á los magistrados, se concibe que todas estas prácticas deben ser casi siempre insuficientes, no pudiendo reemplazarlas la autopsia que se prohibe entre ellos por rancias é inveteradas preocupaciones.

La Medicina de los Japoneses se parece mucho á la de los chinos. La ejercen los Ermitaños, los Sentoicos y los Jambayos que emplean las mas veces remedios inútiles. Pretenden curar á los enfermos de viruelas colocándolos en habitaciones revestidas de color encarnado, práctica que hoy se conserva en los pueblos donde envuelven á los enfermos en ropas de dicho color. Temen á la sangría, inspeccionan detenidamente el pulso en ambos brazos, abusan de los cauterios y de las moxas aplicándolas en la cabeza de los epilécticos, tienen láminas que marcan los puntos donde deben aplicarse, usan la acupuntura en las didimitis que, dicen, son endémicas en su pais, dan en los cólicos una bebida llamada *Saqui*; son supersticiosos como sus vecinos, tienen májicos encargados de escribir el mal de los pacientes, colocan estos apuntes en el altar de sus ídolos, los queman despues y hacen píldoras con la ceniza, que dan al enfermo.

Los Escitas; á quienes algunos consideran como los autores de donde tomaron los griegos sus primeras noticias mitológicas; descendientes del Caucaso, ocupaban la parte meridional de la Rusia y tenían relaciones comerciales con los Griegos. Reinaban en aquel pais tradiciones increibles acerca de ellos, de sus costumbres, de sus leyes, de su religion etc. Sus sábios no eran mas que unos hombres mas instruidos que los demás, á quienes por esta circunstancia se les tenía por mágicos, se distinguían por su abstinencia y santidad, y por los medios misteriosos que empleaban en sus relaciones, simulaban convulsiones epilécticas con las que hacían creer al pueblo sus adivinaciones. Los mas notables son Abaris, que fué sacerdote de Apolo Hiperboreo, contemporáneo, segun unos, de Orfeo, de Creso y Pitagoras, segun otros; de èl se dice que construyó el templo de Apolo en Lacedemonia y que libertó á muchos pueblos de la Grecia de los males que los de-

solaban; Anacarsis, quien despues de haber viajado mucho, especialmente por la Grecia, enseñaba el régimen de las enfermedades; Tarsaris, que se dice, acompañó al anterior á Atenas, y le atribuyen haber hecho desaparecer una peste despues de muerto. Los Celtas que comprenden á los habitantes desde los Pirineos hasta Inglaterra, se dividieron en dos secciones, llamados los de la primera, Galos, que llegaban hasta el Sena, y Belgas los de la segunda. Sus sábios se llamaban *Druidas* y son los que bajo el nombre de *Eubagos* ejercian la Medicina, pues los verdaderos sacerdotes ó druidas se ocupaban de los asuntos religiosos, mientras que los llamados *Bardos* cultivaban la poesía y la historia. Los sacerdotes druídicos consultaban los oráculos en los bosques ó las selvas de la isla de *Glisen*, donde tenían altares rústicos que todavía llevan el nombre de druidicos, en los que hacían sacrificios en honor de los Dioses. Tenían como una panacea á la raíz de la verbena y la atribuían la especial virtud de curar las enfermedades mentales.

§ V. MEDICINA DE LOS ESPAÑOLES

Segun algunos autores, entre ellos Mendez de Silva, los primeros pobladores de España, obedecian á un inculto empirismo y no se contaminaron con la introduccion de los dioses, semidioses, monstruos, génios y fábulas de los demas pueblos hasta que penetraron en la península los estranjeros, XVI siglos antes de Jesucristro, concluyendo allí la medicina sencilla, empírica, reemplazada por la que importaron los respectivos pobladores del territorio. Segun este, el orígen de la Medicina española no está manchado con encantos ni supersticiones, ni desfigurado con divinidades como la de los demás pueblos; el rudo empirismo á que estaban sujetos es el primer paso que dá la inteligencia humana para adquirir conocimientos, conocer su valor, su naturaleza, su estension y las reglas que los juzgan para que el hombre pueda hacer aplicacion de ellos á las diversas necesidades de la vida. El instinto de conservacion innato en él, mas vivo en los primeros pobladores de España que en los demás pueblos incultos de la antigüedad, segun afirma Bordeu, poderoso hasta el estremo de obligarle á echar mano de medios que la razon reprueba para conservar la vida y recobrar la salud que con frecuencia pierde, es la religion natural de la Medicina, es el principio de donde emanan todos los medios destinados á volver al organismo la armonía funcional alterada por el sin número de causas

que sin cesar le asedian. Este sentimiento instintivo que constituye una de las bases mas importantes de la terapéutica natural, sugirió á los primitivos españoles la idea de exponer á los enfermos en la via pública para que los transeuntes les dijesen algun remedio que habia dado buenos resultados en casos semejantes. El mismo Mendez de Silva que esto dice, afirma que tenian despues la costumbre de hacer lo mismo con los remedios que habian curado á algunos, costumbre que llevaron los griegos á su país y que dió lugar á que Hipócrates se valiera de los escritos depositados en los templos y en los gimnasios para componer sus libros inmortales. De lo expuesto saca la consecuencia que la verdadera medicina, la medicina filosófica tuvo su principio en España, opinion que acoje Alibert como verdadera. Nada mas honroso para nuestro país que las opiniones de estos autores, si antes se tomáran la molestia de probar de una manera conforme al rigorismo histórico el orígen del pueblo español, cosa que no hacen ni han hecho ninguno de los historiadores conocidos. Los mas diligentes no han conseguido establecer mas que simples congeturas, ningun dato positivo acerca de las varias gentes que vinieron á España, ya para conquistarla, ya para fijar su residencia. Oscuro como es el orígen de los primeros iberos, oscuro será tambien el de las artes y las ciencias que poseyeran para hacer mas llevadera la vida. La Medicina tenia que ser solo el instinto, pero el instinto con su secuela de divinidades, de génios, de misterios y de fábulas supersticiosas, ni mas ni menos que la de los demás habitantes del globo.

Entonces desconocian la religion que mas tarde habia de acabar con todas las creencias idólatras y con todas las reminiscencias de divinidades que figuraron en sus costumbres. La Medicina española debió sufrir la misma suerte que la de los demás pueblos primitivos, que faltos de conocimientos, sin convicciones propias ni adquiridas, por fuerza tenían que esperar mas de sus dioses gentílicos, de sus prácticas misteriosas, que de sus doctores; deberia ser instintiva ó mas bien mística, como lo fué en los demás pueblos, incluso el elejido por Jesús, para convertirse despues en higiénica y natural. Porque es preciso admitir mayor cultura en los primitivos españoles que en los demás vivientes para concederles una Medicina mas adelantada, mas en armonía con esta instruccion que tan gratuitamente se les concede y de no hacerlo así, porque no tenemos datos para diferenciarlos de los demás pueblos, hay que contentarse con los atributos que hemos asignado á su Medicina, desfigurada despues por la presencia de los Fenicios y de los Carta-

gineses en varios puntos de la Peninsula. Lo cierto es que los primeros españoles rindieron culto á Hércules en Santi Petri, à Serapis y á Ysis en Tarragona y Valencia, á Esculapio en Barcelona y á otras divinidades en otros puntos del territorio, haciéndose politeistas como los Fenicios y demás colonias que vinieron á España. Morejon dice que apesar de esto, fueron bastante cuerdos para no adoptar la bárbara costumbre de los Fenicios de sacrificar hombres vivos à Saturno en las epidémias y las pestes, aprovechándose al paso de su ilustracion y de su cultura para sobreponerse á las demás naciones occidentales y septentrionales de Europa. Semejante optimismo es muy lójico en un historiador que tiene á los primitivos españoles como superiores en conocimientos á los demás, pero ya dejamos dicho que carecemos de datos para poder asentir á la opinion del sabio Profesor. Hasta aquí lo que se refiere á la primitiva medicina de nuestro país; vamos à ocuparnos de otra que tanto ha influido en los adelantos de esta ciencia.

§. VI. MEDICINA DE LOS GRIEGOS.

La Grecia que debia suministrarnos interesantes datos del arte de curar entre los antiguos, solo nos ofrece durante los siglos que precedieron á la guerra de Troya, trozos informes, tradiciones fabulosas, la mayor parte tomadas de otros pueblos. El sábio y modesto Daniel Leclerc espone estensamente esta mitología mèdica, nombra mas de treinta dioses y diosas, héroes ó heroinas que cultivaban con provecho alguna de las ramas de la Medicina; pregunta de vez en cuando á toda clase de monumentos, historia, crónicas, inscripciones, poesías; nada omite con la esperanza de arrojar alguna luz en este caos de tradiciones inverosímiles ó contradictorias, pero sus esfuerzos tan loables como infructuosos, no han podido establecer verdad ni cosa alguna importante. Tampoco Sprengel, que se ha dedicado doscientos años despues á esta misma investigacion con una paciencia verdaderamente germánica, ha conseguido mas que hacer gala de una erudicion (1) tan vasta como confusa. Sería en mi una temeridad engolfarme ahora en un dédalo en que se han perdido hombres tan sabios, me contentare con citar algunas anécdotas y algunos nombres mas conocidos de esta leyenda fabulosa porque son del dominio público y no puede dejar de saber Mèdico

(1) Véase tambien la historia de la cirujía, comenzada por Dujardin y continuada por Peyrilhe. Paris 1774—1780, 2 vol. en 4.°

alguno que no quiera parecer estraño á la história de la ciencia; mas antes de hacer esta esposicion, diré dos palabras sobre los primeros pobladores de la Grecia.

Segun los historiadores mas verídicos, Deucalion al frente de los *Curetas*, y Cadmo de los *Caviras*, uno y otro procedentes de la Frigia, fueron los primeros que al frente de una colonia fijaron su residencia en la Grecia y llevaron la civilizacion. Sus primeros habitantes llamados *Pelasgos* (nombre, á lo que parece, derivado de Pelasgus Rey de Argos), se alimentaban con bellotas, se vestian de pieles, vivian en cuevas en época en que el Egipto, la Fenicia y la Caldea gozaban ya de los beneficios de la civilizacion. Colonias sucesivas venidas de Samos, Tiro y Menfis llevaron á la Grecia los gérmenes de las artes y de las ciencias. Inaco víctima de una revolucion echó los cimientos de la ciudad de Argos el año 1356 antes de Jesucristo. Muchos siglos despues Cecrope obligado á abandonar las márgenes del Nilo desembarcó en las costas de Atica y fundó á Atenas sobre 1600 años antes de Jesucristo dedicándola á Minerva. Cadmo llegó de Tiro con una porcion de Fenicios, se estableció en la Beocia y levantó los muros de Tebas cuya ciudadela tomó el nombre de Cadmea.

La mayor parte de los naturales adoptaron de grado ó por fuerza las nuevas costumbres de los recien venidos, los menos prefirieron la independencia de la vida nómada, y formaron tribus que desvastaban los campos, robaban los ganados y despojaban y maltrataban á los viajeros. Los gefes, fundadores de estas colonias, se hicieron una guerra á muerte, y los mas valientes fueron tenidos como héroes ó bienhechores de la humanidad, ó mas bien semidioses, pero poco á poco fué debilitándose su recuerdo, porque no habia quedado escrito alguno de ellos. Con el tiempo se fueron confundiendo las aventuras de los héroes del país con las de los dioses estranjeros, se alteraron los nombres y las fechas, se les dió nombres griegos y se consideró á la Grecia como el teatro de todos los acontecimientos célebres.

Los primeros cronistas se hicieron eco de las creencias populares sin tomárse el trabajo de averiguar su orígen. Por esto la Mitología griega ofrece mas incertidumbre y oscuridad que la de otros pueblos mas antiguos. Esta misma Mitología cita por su órden cronológico á *Melampo*, pastor de Argos, como el primero de los Griegos que se ha inmortalizado por sus extraordinarias curas, y á quien se le ha tributado culto en los altares. Vivia en tiempo de *Pretus*, rey del país, doscientos años antes de la guerra de Troya. De él se dice que, le ha-

bian mordido las orejas las serpientes y por eso sabia tanto, porque creian que estos reptiles lo presentian todo, así es que no las maltrataban. Curaba con cierto misterio; para curar á Ificus de una impotencia le dijo que un jilguero le habia dicho que se comiera una espada roñosa, relacion que debe ponerse en duda, si se tiene en cuenta que Ificus tomó parte en la expedicion de los Argonautas, que tuvo lugar 150 años despues. Pero la curacion mas famosa que se atribuye á Melampo fué la de las hijas de *Pretus*. Estas princesas que habian hecho voto de castidad, padecian lepra, segun unos, ataques de histerismo ó de monomanía, segun otros, durante los que se creian convertidas en vacas huyendo de la casa de su padre y yendo á los bosques donde daban gritos parecidos al mugido de estos mamíferos. Esta afeccion nerviosa se propagó á otras mujeres que siguieron é imitaron á las primeras. Melampo habia notado que las cabras se purgaban comiendo eleboro blanco, lo dió á las enfermas cocido con leche, luego mandó que las siguiesen jóvenes robustos hasta Scione, donde llegaron cansadas y se bañaron en una fuente llamada *Clitorina*, consiguiendo su curacion. Por tan señalado servicio le concedió *Pretus* la mano de una de sus hijas con la tercera parte de su reino, pero el pastor dió muestra de desinteres y perspicacia médica, porque no quiso aceptar los beneficios del monarca sinó á condicion que su hermano Bias obtuviera una recompensa igual à la suya.

Sus descendientes heredaron el arte adivinatorio y los hechos atribuidos á ellos dieron orígen á los cantos de Homero y muchas alegorías mitológicas que han ejercido grande influencia en el progreso de las ciencias. Las divinidades principales eran Apolo, médico de los dioses, tenido como autor de las muertes naturales en los hombres, y Juno, por sobre nombre Diana, Lucina, Ilitia ó Natalis, abogada de los partos, reguladora de la educacion de los niños y encargada de las muertes naturales en las mujeres. (1)

Habia ademas semidioses, los que por su virtud, se creia iban á ocupar un lugar distinguido en el Olimpo. El mas notable fué el Centauro *Chiron ó Quiron*, hijo de Saturno y de Filira, hija del Occeano, no tanto por las cosas que hizo, como por los discípulos que educó. Se le considera como el inventor de la Medicina y como el Maestro de Esculapio. Segun los poetas homéricos, Quiron era el mas justo y el mas

(1) Malgaine, *estudios sobre la anatomía y fisiología de Homero. Boletin de la Academia real de Medicina*. Paris, 1842, p. 1006 y siguientes.

piadoso de los Centauros, habitaba una gruta en el monte Pelion de la Tesalía antes de la espedicion de los argonáutas donde daba lecciones de medicina. La crónica refiere que ningun filósofo de la antigüedad, ningun profesor de los tiempos modernos ha reunido mayor número de discípulos célebres. La mayor parte de los que fueron á la conquista del vellocino de oro ó á la guerra de Troya, se gloriaban de haberlo sido. Hércules, Jason, Teseo, Castor y Polux, el artificioso Ulises, el fogoso Diomedes, el prolijo Nestor, el piadoso Eneas y el invencible Aquiles. Sus lecciones versaban sobre la filosofía, la música, la astronomía, la medicina, el arte de reinar y el de la guerra. Curó á Fenix de una ceguera que se creyó irremediable, y su reputacion era tan grande para la curacion de las úlceras rebeldes y perniciosas, que se llamaron *quiróneas* por esta circunstancia. Los etimologistas hacen derivar la palabra *Centaura* ó *Centaurea* de la de Centauro para ser fieles á la tradicion mitológica, á falta de otra mejor. En fin, se dice que este semi-Dios ó héroe, tan hábil en la curacion de las heridas de toda especie, murió de una producida por una flecha envenenada con la sangre de la Hidra de Lerna.

El mas célebre de los discípulos de Chiron es *Esculapio*, hijo de Apolo y de la Ninfa Coronis segun unos, de Arsinoe, segun otros. Muchas ciudades de la Grecia se disputan la gloria de haberle visto nacer; su madre ocultó su nacimiento y despues tuvo que arrojarlo á un monte donde lo crió una cabra; pero la opinion mas admitida es que nació en Epidauro, ciudad de la Argolida, donde habia un templo y un oráculo famosos. Los gemelos Castor y Polux lo llevaron á la espedicion de los argonáutas, circunstancia que prueba era ya conocido como Médico ó mas bien como Cirujano.

* Los símbolos con que generalmente se representa á Esculapio, ya de pié, ya sentado, son su baston nudoso en una mano, una serpiente en la otra y un perro echado á los pies, otros le representan bajo la forma de un anciano con mucha barba, con una corona de laurel en la cabeza, apoyando una mano en la cara, sosteniendo con la otra el baston nudoso rodeado de la serpiente, y un gallo y una cabeza de carnero á los piés; tambien se le representa con capa echada hacia atras, dejando ver el pecho y teniendo un buitre y un mochuelo á sus plantas. De todos estos símbolos, parece que el principal es la serpiente, pues se halla en todas las vasijas, medallas y monumentos antiguos que se refieren á Esculapio, por ser la forma que suponian se aparecia este Dios. Con este objeto alimentaban en los templos de Epidauro y

Atenas *el coluber Esculapii de Linneo* que es de color amarillento rojizo y en otros *el coluber cerastes* que es negruzco, con el vientre verde tres filas de dientes, la barba amarillenta y un penacho de pelos sobre los ojos.*

Se atribuye á Esculapio una familia completamente mitológica, cuyos nombres simbólicos corresponden á ciertos atributos médicos. A su muger se la llama *Epione* que significa dulcificante y á sus hijas *Hygea* y *Panacea* ó remedio de todos los males. Tuvo tambien por hijos á Machaon y Podaliro, entre los cuales dividieron el ejercicio de la Medicina. Su biografía es una mezcla de cuentos fabulosos y narraciones inverosímiles. Los cantos homéricos y otros escritos antiguos los representan como valientes capitanes y hábiles Médicos que tomaron una parte muy activa en el sitio de Troya. Su genealogía no inspira igual confianza como su existencia, á causa de ser muy problemática la de su padre. Machaon era el mayor de los hermanos, curó á Menelas cuando Pandaro le hirió traidoramente, á Filolectes que habia quedado cojo por haberse clavado en un pié una de las flechas de Hércules. Sirvió el resto de su vida al lado de Nestor y murió en un combate singular bajo los muros de Troya. Podaliro le sobrevivió y asistió á la ruina del reino de Priamo, pero una tempestad le arrojó á una isla en las costas de Caria, le recojió un pastor, y llegando á saber que era Médico, lo llevó á casa de Damètes, rey del país, cuya hija habia perdido el conocimiento por una caida. Los asistentes la creyeron muerta, pero el hábil Cirujano la hizo dos sangrias de ambos brazos y la volvió á la vida, casándose despues con ella. Este es el primer ejemplar de unas sangrías hechas para curar á un enfermo, pero por desgracia no es muy auténtico. Esteban de Bizancio que lo refiere, escribió en el siglo V, es decir 1,600 años despues del acontecimiento, mas no dice de donde tomó la noticia. Sea lo que quiera, el uso de la sangría es muy anterior á Hipócrates, porque este Médico habla en diversos parages como de una cosa frecuente en su tiempo.

El Esculapio de los Helenos, posterior al Hermes de los Egipcios, tiene entre si muchos puntos de semejanza, por lo que ciertos autores han creido que el primero es una copia del segundo. Han negado la existencia del Dios de Epidauro y le han acusado de ser una reminiscencia de su colega de Menfis. Lecler, despues de haber estudiado esta grave cuestion en todos sentidos, no se atreve á decidir; yo soy del mismo parecer. Sea lo que quiera, Esculapio obtuvo en la antigüedad una veneracion casi universal. Su culto que pasó de los Griegos á los

Romanos, se estendió á todos los paises conquistados por ellos. Mas adelante hablaremos de los principales templos erijidos en honor suyo, de los sacerdotes que los servian y de los progresos de la ciencia. Por ahora, nos contentaremos con referir algunas de las curas que se le han atribuido y echar una ojeada sobre lo que opinaban los antiguos con relacion á su manera de tratar las enfermedades.

Se dice que resucitó á Hipólito, hijo de Teseo, un Capaneo, un Licurgo, un Erifilo y algunos mas. Júpiter le mató con un rayo por haberse quejado su hermano Pluton, dios de los infiernos de que impedia que fueran mas muertos allí. Un festivo escritor dice à esto que por eso los hijos de Esculapio se abstienen de hacer milagros, pero de paso se olvida que nunca han faltado médicos poco aprensivos que dejen de hacerlos. A estos se les llama *Charlatanes*, *Teosofos*, *Taumaturgos*. Tales fueron, entre otros, Asclepiades de Bitinia que resucitó en medio del dia un muerto á la vista del público, Paracelso que se alavaba de conservar en una redoma un muñeco vivo fabricado por él, Roberto Flum, el oràculo de los teosofos modernos, Mesmer el magnetizador y sus adeptos.

En cuanto al método que seguia Esculapio en el tratamiento de las enfermedades, como lo demás que concierne à este Dios, poseemos documentos poco fidedignos. El poeta Píndaro que vivió siete ú ochocientos años despues, ha sido el primero que lo ha descrito en los siguientes términos. «Dice que, Esculapio curaba las ùlceras, las heridas, las fiebres y los dolores con encantos, pociones calmantes, incisiones y aplicacion de remedios al esterior.» (1) Del mismo parecer son la mayor parte de los escritores posteriores al poeta de la Beocia tales como Galeno, Plutarco, Pausanias, Plinio y otros. Platon compara la Medicina de Esculapio á la de sus contemporáneos dando la primacia á la primera por las razones siguientes.

En el tercer diálogo de su Repùblica, Glaucon pregunta á Sócrates y este contesta lo que sigue: «Me parece que es vergonzoso recurrir al arte médico, no para curar heridas ni alguna otra enfermedad producida por la estacion, sino para obligar á sus hijos á que inventen palabras nuevas, de fluxiones, catarros, que den razon de los males que engendra nuestra molicie, ¿no te parece esto una cosa vergonzosa?

En efecto Sócrates, estos son los nombres de las enfermedades nuevas y estraordinarias.

(1) Tercera oda pítica.

Pienso que esto no sucedío en tiempo de Esculapio, lo que me hace creer que sus hijos no reprendieron en el sitio de Troya á la muger que dió á beber vino de Pramma á Euripilo que estaba herido, en el cual echó harina y queso, cosas ambas muy á propósito para engendrar la pituita; ni á Patroclo que le curó su herida con remedios sencillos.

Sin embargo era estraño dar tal bebida á los heridos.

No lo era, si tienes en cuenta que antes que Heródico, no se habia puesto en práctica por los discípulos de Esculapio la manera de curar las enfermedades como se hace en la actualidad. Heródico tenia un gimnasio y durante su estado valetudinario hizo una mezcla de la Gimnasia y la Medicina que sirvió para atormentarse á sí y á los demás.

¿Pues como?

Produciéndole una muerte lenta, porque como su enfermedad era mortal, lo olvidaba todo por atender á ella y evitar sus agravaciones, de manera que á fuerza de arte llegó á viejo, pero agonizando siempre.

¡Su arte le hizo un buen servicio!

Bien lo merecía por no haber comprendido que, si Esculapio no enseñó á sus descendientes esta Medicina, no fué por ignorancia ni por falta de saber, que en todo Estado bien gobernado, todo ciudadano tiene alguna mision que cumplir y que ninguno está libre de verse enfermo toda su vida y de trabajar en recobrar su salud. Comprendemos lo ridículo que es este método en los pobres y no vemos lo mismo en los ricos ó pretendidos felices de este mundo.

Esplícate.

«Que un carpintero enferme, le parece bien que un Médico le de un vomitivo ó un purgante ó le aplique un cauterio, pero si le prescribe un réjimen que dure mucho, al instante dice que se levanta, que no le conviene vivir así y en seguida se va á trabajar. Si tiene fuerza bastante para oponerse á los progresos del mal, recobra la salud, de lo contrario, la muerte acaba con su vida. Por esto Esculapio solo ha establecido un réjimen para aquellos que accidentalmente enferman, pero que habitualmente estan buenos y son morigerados, pero en los enfermizos no ha querido prolongar su vida con inyecciones ni evacuaciones ni ponerles en el caso de ocasionarles otros males. Cree que es mejor abandonar á sí propios á los que no pueden llegar al término marcado por la naturaleza, porque esto es mas ventajoso á ellos y al Estado.

¿Segun eso, Esculapio es un político?

«Es claro que lo es y sus hijos nos suministran la prueba. ¿No ves tu que se batian con intrepidez bajo los muros de Troya al mismo tiempo que ejercian la Medicina, como te acabo de decir? (1)»

Toda esta argumentacion que tiende á probar que la Medicina no debe ocuparse de los valetudinarios ó de constitucion débil se desvanece ante la sencilla reflexion de uno de los interlocutores: «segun eso ¿Esculapio es un político?» En efecto, es una injusticia en Sócrates ó Platon el querer que el Médico sacrifique sus sentimientos naturales y los derechos de la humanidad doliente á las exigencias de un político inhumano. No, digan lo que quieran estos sabios, el hombre del arte no debe averiguar si el enfermo que asiste es ó no oneroso al estado. En las repùblicas antiguas se ha podido considerar como muy patriótica esta conducta, pero nuestras costumbres la rechazan, no permiten al Médico erijirse en juez de sus enfermos; este papel está solo reservado à la Providencia. Tal es la manera con que los Médicos franceses han comprendido sus deberes en todas las fases de sus frecuentes disensiones. No ha mucho que dieron una prueba de ello. Cuentáse que en uno de los motines qne han ensangrentado las calles de la Capital en los primeros años del reinado de Luis Felipe, un inspector de policía quiso obligar á los Médicos á que declarasen el nombre de los heridos que asistian. Aquel funcionario veia en esta medida un medio sencillo de descubrir algunos enemigos del Gobierno, pero los Médicos y el público un nuevo modo de quebrantar un secreto que se les confiaba: ¡la delacion bajo la capa de la caridad! La política viose obligada á doblegarse ante la moral y esta es una de las mejores glorias de nuestra época. No hubiera sucedido lo mismo en tiempo de Platon porque la opinion que combatimos, de la qne él participaba, imperaba en todas las antiguas repúblicas antes de la venida de Jesucristo.

CAPITULO SEGUNDO.

Medicina de algunos otros pueblos del antiguo y nuevo mundo.

La história médica de otras naciones ofrece poco interés para el Médico. Lo único que puede decirse es que siempre se encuentran vestigios del arte de curar por remoto que sea el tiempo que se consulte. Hipócrates menciona ciertas prácticas entre los Escitas y mas arriba

(1) De la República Libro III Traducion de Mr. Coussin pag. 167 y siguientes.

hemos referido la costumbre que tenian los Lusitanos y los Babilonios de poner los enfermos à las puertas de las casas á fin de que los transeuntes dieran su parecer. Lo mismo sucedia en los pueblos del nuevo mundo que no tenian comunicacion con los habitantes del antiguo. El historiador D. Antonio Solís refiere que Motezuma, emperador de Méjico, tenía jardines donde ocultaba una multitud de plantas cuyas virtudes conocian los Médicos del país. Habiendo enfermado de gravedad Hernan-Cortés, el Emperador llamó á los Médicos mas hábiles del país los que le curaron con sus remedios.

En Santo Domingo los sacerdotes llamados *Bucios* eran á la vez Médicos y Boticarios. En los Apolochitas, pueblos de la Florida, solo los sacrificadores del Sol egercian el arte de curar. En fin, hoy que han sido esploradas todas las partes del globo accesibles al hombre, podemos repetir con seguridad esta sentencia de Plinio el mayor: «no existe pueblo alguno sin medicina, aun cuando haya alguno sin Médicos.»

CAPITULO TERCERO.

Origen y utilidad de la medicina. (1)

Si se nos hiciese esta pregunta, ¿Quién ha enseñado á los hombres á proveerse de las cosas mas indispensables á la vida, vestirse, construir abrigos contra el rigor de las estaciones, preparar sus alimentos, etc. etc? Contestariamos sin vacilar, la necesidad, el instinto de conservacion. Si se nos volviese á preguntar ¿Quién ha inspirado á

(1) Las opiniones respecto al origen de la Medicina pueden reducirse á dos, la de Platon y la de Plinio; el primero cree que la Medicina es muy posterior á la creacion y nació por los escesos que la civilizacion introdujo en el régimen. Dice que el hombre en el estado primitivo debia morir en el plazo asignado á su naturaleza; el segundo afirma que ha existido la Medicina desde la creacion, aun cuando no hubiera verdaderos Médicos. Opiniones tan diversas están basadas en la manera distinta con que aprecian al hombre en los tiempos primitivos. Los que siguen la opinion de Platon le suponen dotado desde el principio de una constitucion robusta capaz, de resistir á todas las estaciones, sóbrio, alimentado únicamente de raices, yerbas y bellotas, sin necesidad de trabajar, pues tomaba estos productos y el agua de donde los hallaba, cobijándose en cualquier sitio por la noche ó durante las tempestades. Estaba además exento de pasiones.

Los que opinan con Plinio, dicen, que necesita del ausilio de sus padres hasta los doce años lo menos, pues su piel desnuda, su carencia absoluta de armas naturales ofensivas y defensivas, su sistema dentario y su conducto digestivo revelan la necesidad de los cuidados de sus mayores, ya para preparar los alimentos mas precisos á su sosten, ya para libertarse de las numerosas causas que pueden dañarle y concluir con su vida. Lo primero que precisa es buscar cubierta para la piel, abrigo mas seguro que las concabidades de las peñas. La misma causa que les enseñó á satisfacer estas necesidades, les indujo á inventar los medios de atender á otras no menos apremiantes y calmar el dolor á que se hallaban tan espuestos por su esposicion á las numerosas causas que de ordinario le rodean, siendo la esperiencia lo que les hiciera preferir unos medios á otros para aliviar sus dolores físicos.

N. del T.

estos mismos hombres la aversion al dolor, el temor á la enfermedad y á la muerte, el deseo de alejar estos azotes, no solo de sí, sino tambien de su familia? Contestariamos con la misma seguridad: un instinto natural irresistible, instinto que tiene el salvage y el ciudadano civilizado, el pobre y el rico, el filósofo y el ignorante en todas las zonas y en todas las latitudes. De esto á la invencion de la Medicina no hay mas que un paso, y vamos á ver como ha sido franqueado, cosa que nos será fácil, pues poseemos un libro muy antiguo que contiene sobre esta materia documentos muy positivos y muy esplícitos. Citemos el mismo texto: «En su orígen no sería este arte ni hallado ni buscado porque no se haría sensible su necesidad si los hombres se aliviaban en sus padecimientos con comer y beber y continuar con el mismo régimen que usaban estando buenos, sin tener otra cosa mejor que hacer. Pero la misma necesidad obligó á los hombres á buscar é inventar el arte médico, porque se persuadieron de que el régimen de la salud no convenía á la enfermedad como no conviene hoy. Y aun remontándonos á los siglos pasados, juzgo que el método de vida y alimentacion de que en el dia usamos, no hubiera sido descubierto si al hombre le hubiera podido bastar para comer y beber lo que es suficiente al Buey, al Caballo y los demás séres que le rodean; á saber: las simples producciones de la tierra, los frutos, las yerbas y el heno. Los animales con esto se nutren, crecen y viven sin tener necesidad de ningun otro alimento. Sin duda que el hombre no tuvo otro en los primeros tiempos, y el que usamos hoy, parece una invencion perfeccionada en el largo trascurso de los siglos, pues resultaban muchos y graves padecimientos de una alimentacion fuerte y agreste, tales como las esperimentaríamos en la actualidad si continuase la misma causa, pues sobrevenían dolores fuertes, enfermedades graves y una muerte pronta á todos los que se sustentaban con alimentos crudos, activos é indigestos.

Acaso la costumbre hiciera padecer menos á los hombres; pero sin embargo los males eran muy grandes y la mayor parte perecian, máxime si eran débiles y enfermizos, los robustos resistian mas, lo mismo que sucede hoy, que unos dijieren alimentos fuertes con facilidad, mientras que otros lo verifican con gran trabajo y dolor. Esta, me parece, que fué la causa que obligó á los hombres á buscar alimentos conformes con su naturaleza, encontrando los que usamos al presente. Pero los hombres que buscaron y encontraron la Medicina, guiados por las mismas ideas que aquellos de quienes he hablado mas arriba, creo que disminuyeron algo de lo que habitualmente comian y en vez

de permitir que se comiese mucho, hicieron comer poco. De este régimen reportaron ventaja muchos enfermos, mas no bastaba á todos, hallándose algunos en tal estado que no podian digerir la mas mínima porcion de alimentos. Para estos se inventaron cosas suaves, como caldos en los que se mezcla un poco de sustancia con mucha agua, separándose con la mezcla y la cocion lo que hay de mas sustancioso; en fin, á los que aun no podian soportar el uso de los caldos, se les suprimió, dándoles bebidas solamente en cantidad y temperatura proporcionadas á su estado.

«El que se llama, pues, Médico, el que por confesion de los demás posee un arte y descubrió el régimen y alimentacion de los enfermos, parece regular que haya seguido otro camino que el de cambiar en su orígen el género de vida salvage y brutal de los hombres, atrayéndoles al modo de alimentacion que tenemos en el dia. En mi opinion, el método es el mismo, el descubrimiento idéntico.» (1)

Este cuadro, notable por su sencillez y exactitud nos dice como ha llegado el hombre á echar los primeros fundamentos de la ciencia; le bastó observar que ciertas cosas eran buenas y otras malas para deducir de ahi, que debia abstenerse de unas y valerse de las otras. Así, supongo que el alivio producido por la aplicacion de una cataplasma sobre un dolor pleurodínico que padecia Trasimeno condujo á creer que el mismo medio produciría igual resultado á Eurimedon acometido del mismo dolor, así la sangría hecha á la hija del Rey Damètes para curarla los efectos de una commocion despues de una caida, debería curar á cualquiera otra persona que se encontrase en igual caso. El razonamiento es muy sencillo; en casos como este, no se desea saber como y porque cura un remedio, basta solo saber como lo hace para creerse uno autorizado á ensayarle de nuevo. La observacion y la memoria que constituyen la esperiencia, eran entonces las dos facultades puestas en ejercicio, el razonamiento participaba muy poco de la invencion y aplicacion de los remedios terapéuticos.

Tales fueron los primeros pasos del espíritu humano en la carrera médica, que consiste en haber sustituido las luces de la esperiencia á las inspiraciones brutales del instinto, sustitucion tradicional y ventajosa como lo vamos á demostrar ahora.

---

(1) Obras de Hipócrates, traducion de Mr. Littre. Tratado de la Medicina antigua T. I, §. 3, 5 y 7. N. del A.
El Catedrático Santero, ha traducido al castellano este y otros tratados. N. del T.

Los que alaban la certidumbre y perspicacia del instinto, los que quisieran que el hombre á imitacion de los animales siguiese sus apetitos, tanto estando sano como enfermo, jamás han reflexionado en los graves y funestos errores que ocasionarían estos mismos apetitos abandonados así mismos. Bastará citarlos algunos ejemplos para desvanecer tal preocupacion y convencer al lector que las luces de la esperiencia son menos defectuosas que nuestros gustos instintivos, sobre todo estando enfermos.

I. Que un viagero cubierto de polvo y de sudor se acerque á un manantial fresco y trasparente despues de una marcha larga y penosa bajo un sol abrasador, el instinto le instigará á beber mucha agua; ¡desgraciado de él si no resiste á esa tentacion! Sin tener necesidad de referir aquí lo ocurrido á Alejandro el Grande detenido en su marcha triunfal por haber cedido á una tentacion semejante bañándose en las aguas del *Cydno*, no hay persona alguna sensata que no sepa por esperiencia propia ó por haberlo oido decir, cuán peligrosa es esta conducta y cuán fatal en muchas ocasiones.

II. Un desgraciado naufrago atormentado por el hambre es recojido, al fin, por un buque perfectamente provisto. ¿Cree V. que el comandante le dejará comer y beber todo cuanto quiera? Ciertamente que no, se contentará con satisfacer en parte la inclinacion ciega é imperiosa que le domina.

III. Una parturiente es víctima de convulsiones, de una hemorragía ó de una posicion viciosa del feto. ¿Se abandonará á la enferma á solo los esfuerzos de la naturaleza? Ciertamente que no; hay mucho qué temer que en este caso sucumban la madre ó el feto ó ambos á la vez si el arte no viene en su auxilio, mientras que por una maniobra tan sencilla como poco dolorosa, hecha por un comadron hábil, se salvará, las mas veces, la vida de los dos.

IV. A un individuo acometido de una calentura intermitente le aconsejará su instinto que se tape durante el frio, se destape durante el calor, beba mucha agua para apagar su sed. Despues del acceso, volverá á su costumbre sin tomar precaucion alguna, porque solo sentirá un ligero malestar; á cada accesion y á cada apirexia hará lo mismo poco mas ó menos. Veamos ahora lo que sucederá. Si la afeccion es benigna, la estacion propicia, saludable el clima y el acometido de buena constitucion, se curará por solo los esfuerzos de su naturaleza despues de un corto número de accesiones, pero lo comun es que falte alguna de estas condiciones y entonces canbiará la escena, los

resultados serán completamente diferentes; unas veces sucumbirá en algunos dias, otras se renovarán sin cesar las accesiones que, á la larga, producirán congestiones, inflamaciones crónicas, degeneraciones incurables; en fin, en los casos menos frecuentes terminará la enfermedad por imposibilitar al paciente por algun tiempo ó por una larga convalecencia.

Gracias á los adelantos de la ciencia, estas afecciones tan frecuentes y tan desastrosas otras veces, hoy son raras y poco temibles.

V. Un hombre se disloca un brazo, se rompe una pierna; ¿qué le aconseja el instinto? Que se esté quieto, no mueva el miembro, porque el menor sacudimiento escita dolores muy vivos, pero la esperiencia nos enseña que si este hombre no se sujeta á sufrir los agudos y pasageros dolores que han de ocasionarle las manipulaciones del Profesor, perderá con seguridad su uso ó sufrirá largo tiempo. Así es que las sugetiones del instinto son defectuosas y perjudiciales en una multitud de circunstancias, y esto no se aprende sinó despues de haber visto muchas veces lo peligroso que es fiarse de este guia infiel.

Los primeros descubrimientos que produjo la esperiencia, parecieron tan útiles y tan buenos, que se consideraron como invencion divina y como dioses á sus autores ó propagadores. Esto dió lugar á verdaderos adelantos, á mejoras positivas: se reemplazaron las inspiraciones ciegas del instinto con las luces de la esperiencia; el estado salvaje con aquel en que principió la Medicina.

A la filosofía médica y á la historia corresponde comprobar estos hechos que consagran y justifican los primeros esfuerzos del género humano para echar los fundamentos del arte de curar, cesando ante un exámen sério todas las frias declamaciones mas ó menos elocuentes de los filósofos que, al compararnos con los animales, alaban la sagacidad del instinto; así se glorifica la aparente profundidad de las siguientes palabras que J. J. Rousseau pone en boca de su discípulo Emilio cuando escribe á Sofía: «que si cae enfermo, cosa rara en un hombre de su temperamento y de sus costumbre, que no tiene disgustos, estará tranquilo sin pensar en curarse ni acordarse de la muerte. El animal que enferma, no come, se está quieto, se cura ó se muere, yo hago lo mismo y me encuentro bien.» (1)

Preciso es convenir que no habia tenido en cuenta el filósofo de Ginebra los graves inconvenientes de este método espectante en una

(1) Tratado de la educacion. Segunda carta de Emilio á Sofía.

multitud de casos, entre los que hubieran sido fatales muchos de los citados mas arriba. A su autoridad podemos oponer la de Voltaire tan célebre como él y contemporáneo suyo. Dice que, es una verdad que, un buen Médico puede salvarnos la vida en muchas ocasiones y volvernos el uso de nuestros miembros. A un hombre le dá una aplopleía, seguramente que no llamarán á un Capitan de artillería para curarle, ni tampoco á un Magistrado. Tengo cataratas, mi vecino no me las quitará, en esta ocasion no distingo al médico ni al cirujano, ambas á dos profesiones son inseparables. Hombres que se ocuparan de dar la salud à otros hombres por caridad, serían superiores á todos los grandes de la tierra, serían semidioses. Conservar y reparar es siempre casi tan hermoso como crear. El pueblo romano se pasó mas de cincuenta años sin Médicos; ocupado en matar, hacía poco caso de la salud y la vida. ¿Cómo, pues, se gobernaban en Roma cuando uno tenía fiebre, otro una fístula grave, otro una hernia estrangulada, otro una fluxion de pecho? Le dejaban morir. (1)

Pero la mayor parte de los detractores de la Medicina no niegan su utilidad en muchas ocasiones, por ejemplo, en ciertos casos que la necesidad obliga á practicar operaciones, en el régimen de las enfermedades agudas, pero sí reprueban, por lo comun, la Medicina sábia, la Medicina de los Médicos. Caton el viejo perseguía con su acostumbrada obstinacion, á los filósofos, á los retóricos y á los Médicos de la Grecia, acusados de corromper las costumbres de los Romanos; solo contra los dos primeros obtuvo un decreto de espulsion, pues apesar de sus esfuerzos, los Médicos fueron esceptuados de esta. El mismo Caton había escrito un libro de Medicina doméstica y veterinaria, trataba á su familia y á los animales con remedios preparados por él, y aun la crónica refiere que su mujer murió víctima de sus preocupaciones médicas. El Enciclopedista Plinio que ha escrito una materia médica tomada de los autores griegos, no disimuló la profunda envidia que le inspiraba la superioridad de esta nacion en las ciencias y en las letras; se ciega contra los médicos extranjeros y llega hasta comprender en tal proscripcion las plantas exóticas y su uso.

Aquí viene bien contar una anécdota que he oido referir muchas veces á un viejo Doctor, cosa que haré en los mismos tèrminos. «Dice que estaba un dia en casa de uno de sus clientes enfermo de bastante gravedad, cuando entró á visitarle un provinciano rico, recien venido

(1) Diccionario filosófico.

á París. Despues de los primeros saludos, recayó, como era de suponer, la conversacion sobre la Medicina y los Médicos. Yo, dice el provinciano, no tengo ninguna fé en la Medicina, creo que se cura tan bien con ella como sin ella, por lo demás, nunca he estado enfermo de gravedad.» Vuestra incredulidad, le contesté, parte de un principio bueno y por lo mismo hareis bien en perseverar en ella. «Yo no hablo mas que de mí, me replicó, porque á los demás soy el primero en aconsejarles y aun darles remedios. Como habito en un sitio distante de toda residencia de médico, tengo un botiquin que cuido con esmero, y cuando alguno de mi casa ó algun vecino cae enfermo, le proporciono los primeros ausilios y les curo muchas veces antes que venga el médico.» Pero entonces, le dije, si V. hace uso de la medicina, es porque V. tiene alguna fé en ella. «¡Oh! sin duda, me respondió, tengo fé en esta medicina, porque es sencilla y natural, porque no echa mano de remedios heróicos ni de instrumentos.»

Que diferencia habia, pues, entre la medicina de Caton el censor, de Plinio el naturalista, de nuestro Provinciano y la medicina de los prácticos de su tiempo, ó hablando con mas propiedad; que diferencia hay entre la medicina de los Médicos y la del vulgo? Una sola; heia aquí; esta es ignorante y tímida, la otra es relativamente mas ilustrada, mas animosa y por lo tanto mas eficaz.

Hay además otra clase de incrédulos que se les debe compadecer mas que temer y son los que sufren alguna enfermedad crónica é incurable y han agotado todos los recursos de la ciencia contemporánea, sin haber conseguido alivio alguno; tal sucede con nuestro escéptico Montaigne, que padeciendo un cálculo vexical en tiempo en que la Cirujía era pusilánime por ignorancia, disimulaba su mal humor con epígramas sobre la impotencia del arte. ¡Hay de mí! Cualesquiera que sean los adelantos que alcance este, siempre habrá casos en los que serán ineficaces todos sus esfuerzos y entonces el que padece y nos pide le libremos de sus sufrimientos y aun de la muerte, por despótica que sea la ley que le condena á sufrir y morir, viendo la imposibilidad en que nos hallamos de hacerlo, nos acusará de este resultado, se desencadenará contra nosotros, á no ser que se haga superior á su desgracia y se resigne á morir.

RESUMEN DEL PERIODO PRIMITIVO.

Hemos visto que las primeras nociones de la ciencia médica cor-

responden á la infancia de las sociedades, de manera que hoy podemos repetir con toda seguridad esta sentencia de Plinio que «si existe alguna nacion que se haya pasado sin médicos en ciertas épocas de la história, en cambio no hay ninguna que deje de haber tenido vestigios de medicina. Diremos, pues, en contra de la opinion de Platon y otros filósofos, que los primeros elementos de la ciencia, ó la ciencia misma, de ninguna manera es debida á la degeneracion de la especie humana ocasionada por el lujo y la molicie, sinó que lo es al instinto natural que obliga al hombre á huir del dolor y de la muerte y á compadecerse de los males de sus semejantes. Despues nos hemos visto obligados á profundizar mas de lo que se ha hecho hasta aquí en el mecanismo de las operaciones del entendimiento humano, mediante el cual han sido preparados los primeros materiales del arte médico, mecanismo que está basado en la asociacion de las luces de la esperiencia con los impulsos ciegos del instinto. En fin, al tratar de apreciar los resultados de esta antigua revolucion, hemos probado, por medio de un severo análisis, que estos han sido muy ventajosos á la humanidad. Ahora seguiremos á la ciencia á traves de nuevas fases, la veremos como se engrandece con nuevos refuerzos, al paso que se aleja de su origen, de la misma manera que lo hace un rio que recibe muchos afluentes. Mas de una vez señalaremos los abusos que la han alterado, estraviado y hecho retrogradar su curso. Sea lo que quiera, vamos á engolfarnos en este laberinto de opiniones contradictorias, llevando por divisa esta máxima de Mr. Max Simon; *verdad en la ciencia, moralidad en el arte.* (1)

PERIODO MÍSTICO. (2)

Abraza el espacio de tiempo trascurrido desde la guerra de Troya el año de 1184 antes de Jesucristo, hasta la dispersion de la sociedad pitagórica el año 500 antes de la era cristiana.

CONSIDERACIONES GENERALES.

La guerra de Troya cantada por Homero aparece en la antigüedad

(1) Deontologia Médica, Dedicatoria. Traducido al castellano por el Sr. Ramos y Borguella.

(2) La Medicina ha pasado de natural á mística porque es una necesidad en el hombre el reconocimiento del Ser Supremo, al que todos atribuyen la creacion y le suponen el poder juzgar nuestras acciones y hasta el de regir nuestros destinos. Por otra parte, multiplicándose como se multiplicaban los hechos de modo que ya era imposible retener-

griega como un punto luminoso en medio de una noche oscura. Antes de esta memorable contienda y mucho despues, la história de la ciencia está llena de tradiciones falsas, de descripciones fabulosas. La nacion helénica que debia de ser un dia la instructora del género humano, no habia sacudido todavía el yugo de la barbarie. El Egipto, la Fenicia, la Caldea marchaban á la cabeza de los paises civilizados. Pero despues que los héroes griegos hubieron destronado á Priamo y destruido su capital, quedó espedita la navegacion, sus bageles pudieron cruzar libremente desde el Palo-Meotides hasta el estrecho de Gibraltar. Desde esta época los Helenos empezaron á colonizar las costas del Asia menor, las islas del Archipiélago, el mediodía de Italia y envian inmigrantes hasta las Galias, España y costas de Africa. Sus navegantes se atreven á franquear las columnas de Hércules y aventurarse en el Occeano.

No es solo la ambicion de riquezas y de mando lo que les obligó á hacer peregrinaciones tan largas; un estímulo mas noble, cual es el de la ciencia y la sabiduría, anima á algunos de aquellos viageros que abandonan su familia, sus amigos por muchos años y vuelven despues á repartir entre sus conciudadanos los tesoros de saber que han acumulado en los paises que han recorrido. Por esto Licurgo y Solon merecieron dar leyes á su pátria, y plantaron, en las constituciones que todavía se admiran hoy, los fundamentos del esplendor de Esparta y Atenas; por eso Tales, Pitágoras, Demócrito, etc., llegaron á ser gefes de escuela.

Sin embargo, en la Grecia progresaron muy poco las ciencias y las letras durante los siete siglos que mediaron entre la guerra de Troya y la dispersion de los Pitagóricos. Solo un pequeño número de hombres se dedicaban al estudio de las artes liberales y á escepcion de las poesías de Homero y Hesiodo, no nos ha quedado monumento alguno de este largo período.

La Medicina compartia su destino con otras ciencias; estaba relegada al interior de los templos de Esculapio y si hizo progresos, pasaron desapercibidos á las investigaciones del historiador.

---

los en la memoria, solo los mas despejados eran depositarios de ellos, los cuales para darse y para darlos mayor importancia, suponian la intervencion de la divinidad en la produccion de las enfermedades, deduciendo tambien la necesidad de ella para recobrar la salud. De esto resultó la amalgama de los consejos médicos con los medios mas á propósito para calmar la cólera de los dioses. Además los primeros hombres que se dedicaron al ejercicio del arte fueron considerados por sus contemporáneos como superiores á los demás y la posteridad exagerando sus hechos ha aumentado su reputacion hasta el punto de considerarlos como héroes y aun como dioses.
Nota del T.

CAPITULO PRIMERO.

Ejercicio de la Medicina en los Templos.

El primer templo levantado en honor de Esculapio fué en Titana, ciudad del Peloponeso, cincuenta años despues de la destruccion del reino de Priamo. Al instante se estendió por toda la Grecia el culto de este dios, de allí pasó al Africa, al Asía y á Italia. Entre los numerosos templos que se citan, los mas notables son el de Epidauro, en el Peloponeso, el de Pérgamo en el Asia menor, el de Cós, el de Cirene en la Libia. Habia en el templo de Epidauro una estátua colosal de oro y marfil hecha por Trasimedes representando este dios bajo la forma de un anciano sentado en su trono con un baston en la mano y la otra apoyada sobre la cabeza de una enorme serpiente y un perro á los pies, emblema de vigilancia. Socrates en su último discurso á sus amigos les recomendó inmolar en su obsequio un gallo á Esculapio, de donde se ha inferido que este animal debia consagrarse al dios de la medicina. (1) Los sacerdotes consagrados á su culto se llamaban *Asclepiades*, palabra que significa descendientes de Esculapio, formaban una casta particular gobernada por estatutos secretos como los sacerdotes de Egipto. Una de sus antiguas leyes decia que «solo era permitido á los elegidos revelar las cosas secretas y que los extranjeros no deberian ser admitidos á este conocimiento, sinó despues de haber sufrido las pruebas de la iniciacion.»

Por lo general, los templos estaban situados en lugares muy saludables, en bosques, en sitios elevados, con aguas corrientes, á alguna distancia del mar, rodeados de árboles, de paseos anchos y bellos, y de sitios retirados y solitarios. De todas partes venian en peregrinacion á visitar al dios de la salud, encontrando los enfermos y los convalecientes en aquellos sitios distracciones tan útiles como agradables, que unidas al buen régimen á que se sometían, al aire puro que respiraban, á la fé y la esperanza que abrigaban y á las milagrosas curas que presenciaban, influían felizmente sobre su organismo.

Además de estos medios higiénicos, los Asclepiades empleaban remedios especiales apropiados á la índole de mal segun la idea que formaban de él. Sangraban, purgaban, daban vomitivos, aconsejaban aguas y baños minerales y demás segun las necesidades, en una pala-

(1) Diálogo de Platon. El Fedon.

bra, no omitian medio alguno de cuantos poseía la terapéutica de aquellos tiempos. Estos sacerdotes médicos que conocian la grande influencia que la parte moral ejerce sobre la física, ponían todo su empeño en apoderarse de la imaginacion de los enfermos, á los que no se les admitía á consultar al oráculo sinó despues de quedar purificados por la abstinencia, los ayunos, las oraciones y los sacrificios. Despues de cumplir con estas prescripciones, eran admitidos á escuchar su respuesta, obligándoles alguna vez á dormir en el templo una ó mas noches.

Unas veces hablaba el dios sin ser visto, otras se aparecia bajo la forma de una serpiente que venia á comerse las tortas colocadas en el altar, otras manifestaba su voluntad por sueños que interpretaban los sacerdotes. Los enfermos que se curaban, volvian á su casa bendiciendo al dios autor de este beneficio, dejando alguna cosa como recuerdo de su gratitud. Los que no se habian curado ni obtenido respuesta favorable, redoblaban su celo por creer que sus ofertas habian sido rechazadas como insuficientes, de manera que los reveses y los triunfos redundaban en gloria del dios y provecho de sus ministros.

En el territorio de Epidauro y en otros puntos se criaban serpientes amarillo-rojizas, cuya mordedura no era venenosa y que se domesticaban con facilidad. Los sacerdotes ejecutaban con ellas cosas que sorprendian y aumentaban la supersticion de la multitud. Aurelio Victor, refiere que «en el año 350 de la fundacion de Roma, se padecia en la ciudad una peste horrible y el Senado envió una comision de seis diputados á consultar con el oráculo de Epidauro. Cuando llegaron al templo se pusieron á contemplar la estatua del dios y de repente salió debajo del pedestal una enorme serpiente que les infundió miedo. Atravesó con toda tranquilidad por medio de la multitud y se fué al buque de los Romanos, colocándose en la cámara de Ogulnio presidente de la Embajada. El buque llevó respetuosamente al reptil sagrado y en el momento que se acercó á la ciudad de Rómulo, se arrojó al mar y fué á parar á una isla del Tiber donde se levantó un templo á Esculapio y la peste cesó.»

Otros muchos y muy graves historiadores de la antigüedad refieren prodigios obrados por la intervencion del dios de la medicina, pero no todos los dan fé; testigo aquel criado á quien Aristófanes hace decir en una de sus comedias las siguientes palabras «el sacrificador del templo de Esculapio, despues de apagar las luces, nos mandó que nos echáramos á dormir, añadiendo que nadie se moviera aunque oye

se un silvido que indicaba la llegada del dios. Todos permanecimos quietos y silenciosos, pero yo no podia quedarme dormido, porque me escitaba fuertemente el olfato, el vapor de una holla llena de escelente potaje que tenía cerca de mi una vieja; quería cogerla, levanté con sigilo la cabeza y entonces vi al sacristan cojer las tortas y los higos del altar y echarlos en un saco. Me creí autorizado á hacer lo mismo con la holla de potaje y lo hice.»

No solo se egercía la ciencia en los templos, sinó que los sacerdotes formaban una familia separada, depositaria de los conocimientos médicos de aquella época, conocimientos que trasmitían por herencia. Galeno dice que ningun laico podia antes y entonces ser participante de la ciencia sagrada. Pero despues se relajó la severidad del secreto, se consintió revelarlo á los estrangeros mediante haber sufrido las pruebas de la iniciacion. Había, pues, segun todas las probabilidades, una especie de enseñanza médica en los templos; la historia nos ha conservado el recuerdo de tres escuelas que han gozado de una grande reputacion; la de Rodas la mas antigua de todas, anterior á Hipócrates, y de la cual no poseemos dato alguno, la de Cnido *(1)* que fué la primera que publicó un libro bajo el nombre *de sentencias cnidianas* y la de Coós la mas célebre de las tres, que ha producido un gran número de Médicos ilustres, cuyos escritos constituyen uno de los mas bellos monumentos de la ciencia antigüa.

Entre los manantiales de instruccion de que disponian los sacerdotes de Esculapio, hay uno que merece nos detengamos un momento, porque constituye una especialidad en el período histórico que estudiamos. Hablo de las *tablas votivas* que se acostumbraban á colgar de las paredes ó columnas de los templos, cuyo uso fué importado del Egípto, tablas donde de ordinario se escribía el nombre del enfermo, la enfermedad que habia tenido y los remedios con que se había curado. Una de estas vuelta á encontrar en la isla de Tiber en el sitio que ocupaba el antiguo Templo de Esculapio, tenia las siguientes inscripciones en letras griegas.

«Estos últimos dias, un cierto *Cayo*, ciego, vino á consultar al

(1) Efectivamente no se conservan mas que nociones vagas sobre las escuelas fundadas por los hijos de Podaliro. Sin embargo se sabe que los Médicos de la Escuela de Cnido eran esclusivamente empíricos y que empleaban una polifarmacia indigesta desprovista de ciencia alguna. Pero para ser justos con ellos, deberemos decir que anotaban con gran esmero todos los síntomas, aun los mas indiferentes en apariencia y que sobresalian en el arte de observarles y clasificarles, distinguiéndose en particular Chrisipo y Eudoxio. A Eurysfon se debe el libro de las sentencias cnidianas libro famoso para aquella época. N. del T.

oráculo, el dios le dijo que se aproximara al altar sagrado para adorarle, que se paseara despues de derecha á izquierda, que pusiera la mano sobre el altar, la levantase y la aplicase á los ojos. Al instante recobró la vista en presencia del pueblo que se regocijaba en verle bueno y en que semejantes maravillas se hacian bajo el reinado de nuestro augusto Antonino.

Todos creian que se moría *Lucio* acometido de una pleuresia. El dios le mandó que tomára ceniza del altar, la mezclara con vino y se la pusiera al costado. Obedeció el mandato, se puso bueno y el pueblo le felicitaba cuando ante él le dió las gracias.

Julian echaba sangre por la boca y parecía perdido sin remedio. El oráculo le mandó tomára piñones del altar, los mezclára con miel y los comiera durante tres dias; lo hizo y se curó. Dió gracias al dios solemnemente y se marchó.

El dios ha hecho esta declaracion á un soldado ciego llamado Valerio Aper; «toma sangre de gallo blanco, mézclala con miel, haz un colirio, úntate con él los ojos por tres dias. El soldado lo hizo, recobró la vista y dió públicamente las gracias al dios.»

Sin duda alguna que estas relaciones eran mas propias para fortificar la piedad de los fieles que para los progresos de la ciencia. Los escritores que han aplaudido este método de instruccion, no han reparado en lo defectuoso que es.

¿Qué significa, por ejemplo, la esposicion de la primera tabla; «Julian echaba sangre por la boca y se creia perdido sin remedio? ¿Qué Médico se atreveria á pronosticar ó á establecer un tratamiento con una indicacion tan vaga? O es que se puede tratar de la misma manera, un anciano, un adulto ó un niño, un pletorico ó un anemico, una hemoptisis, una hematemesis ó una hemorragia escorbútica de la mucosa bucal? (1)

Para diagnósticar un mal, no basta conocer uno ó dos síntomas, es además preciso hacer lo mismo con todas las circunstancias que han contribuido directa ó indirectamente á provocarle, tales como la edad, el sexo, el temperamento, el género de vida del sujeto etc., describir su estado actual, esforzándose en precisar lo mejor posible el órgano primitivamente afecto y la clase de lesion que sufre.

---

(1) He visto á una muger acometida de una hemorragia de este género que echaba sangre á boca llena. Habia llenado ya muchas cofainas. Se veia al líquido derramarse lentamente por toda la superficie de las encias. Esta temible afeccion condujo á la enferma á dos pasos del sepulcro y no cedió sino á cauterizaciones repetidas con nitrato de plata.

De presumir es que los Asclepiades redactasen en secreto la historia circunstanciada de cada enfermedad y de los médios empleados para combatirla, pero ignoramos por cuantas gradaciones ha debido pasar la ciencia antes de llegar al grado de prosperidad que la vemos en los libros hipocráticos. Puede juzgarse de la costumbre que habian contraido los Asclepiades en observar bien y describir las enfermedades, por el gusto esquisito y la precision que reinan en algunos de estos libros.

CAPÍTULO II.

De los sueños.

Toda la antigüedad ha creido en los sueños; Profetas y filósofos, espíritus fuertes ó espíritus débiles han pensado que la divinidad se valia de este medio para revelarnos el porvenir y instruirnos sobre sus designios para con nosotros. La história sagrada y la profana estan llenas de ejemplos que atestiguan la universalidad de esta creencia. Es, pues, casi cierto, que los Asclepiades tenían interés en sostenerla con piadosos fraudes para utilizarlos en su provecho, y que mientras se esforzaban en sacar de ellos una indicacion natural, fingian un orígen fuera de las leyes naturales, es decir, divino.

En todos tiempos la semeyotica se ha aprovec hado de los signos suministrados por los enfermos, y bajo este punto de vista, los ensueños tienen sin duda una importancia que los antiguos han exagerado demasiado, pero que los modernos han descuidado por completo. Presumo que mis lectores no llevarán á mal encontrar aquí algunos estractos del tratado mas antiguo que existe sobre esta materia. «Cualquiera, dice su autor, que quiera saber los signos que se pueden sacar de los sueños, verá que desde luego, guardan relacion con muchas cosas de la vigilia. El alma, durante el sueño, funciona con libertad, su existencia es á medias, mientras está distraida en las funciones corporales; no se pertenece entonces á sí misma, sino al cuerpo; ella dirige los sentidos, los movimientos voluntarios, las diversas operaciones que exige el cuidado de los negocios, se presta á todo, necesita alguna inteligencia de parte del cuerpo, de manera que en cierto modo, puede pensar por si misma. Cuando, durante el sueño, el cuerpo la deja en paz, anda con libertad, por donde quiere y lo arregla á su manera; ella vela, ve, oye, toca, marcha, se aflige, se irrita, posee toda la fuerza; mientras el cuerpo duerme, trabaja por ambos, y el que alcanzára á

conocerla en estos momentos sería casi un verdadero sábio. Hay aficionados á estos estudios que dicen, que conocen y distinguen los sueños enviados por los dioses para anunciar con anticipacion los males que amenazan á las poblaciones ó á los particulares, acertando algunas veces, engañándose otras. Sin embargo se ignora el como y el por qué sucede ni el por qué se mira este estudio con tanto desden; se dice que es preciso librarse de ciertos males y sin conocer los medios, se ordenan oraciones á los dioses, lo que sin duda es bueno y muy á proposito, pero conviene tambien hacer algo por sí, al invocarlos. (1)

Desde luego se advertirá que el autor de los pasages que acabo de indicar, no niega la posibilidad de los sueños enviados por los dioses, pero si pone en duda la pericia de los encargados de interpretarlos. Conviene, pues, hacer observar juiciosamente que estas personas encuentran algunas veces justa y otras no su prediccion, sin saber el cómo y porque sucede esto.

El autor espone una teoría de los sueños que el cree muy racional, teoría que puede reasumirse en los siguientes términos; «el alma ó el principio vital, ó para valernos del lenguage de los anatómicos, el cerebro, cuando no está distraido por ninguna impresion esterna durante el sueño, percibe mejor las internas y las trasmite con mas cuidado y claridad.»

He aquí una teoría que podrá no estar conforme y aun oponerse á la observacion, pero que de seguro á primera vista nada tiene de absurda ni inverosimil. Por desgracia su autor no conserva el mismo espíritu de crítica prudente en las aplicaciones particulares que hace, admite como verdades de observacion los delirios mas estravagantes, dignos, cuando mas, de un teósofo del siglo XVI. Citaré un ejemplo del mismo que dice «que cuando se ven en sueños el Sol, la Luna, el Cielo, ó las Estrellas puras y serenas, es un buen signo, pues indica la salud del cuerpo.

La observacion, dice, le ha enseñado que el Firmamento corresponde á la superficie del cuerpo, el Sol á la carne, la Luna á las cavidades que alojan las vísceras. Cuando se altera oscurece ó se detiene en su marcha alguno de estos astros, el mal está en la parte á que cada uno corresponde. Si aparece en el cielo algun desorden ocasionado por el aire ó por las nubes, el mal es menor que si se produgera por las aguas ó por el granizo, este marca la separacion de los humores acuosos

(1) Obras de Hipócrates Gardeil, T. III., sueños §. I.

y pituitosos que se dirijen á la piel. En este caso conviene pasearse vestido, primero con calma, despues de priesa hasta sudar mucho, limpiar despues la piel, puesto que el mal está en la circunferencia, pasear mucho en ayunas despues de salir del Gimnasio, suprimir la tercera parte de los alimentos, para volverla á tomar en el espacio de cinco dias y tomar fumigaciones en el caso de ser bueno el signo. Los alimentos que se han de usar serán secos, amargos, astringentes, fuertes, acompañados de ejercicios propios para secar.» (1)

El tratado de donde he sacado estos fragmentos, pertenece al periodo histórico que sigue, pero los he insertado en este capítulo para completar lo que habia dicho sobre los sueños, de los que ya no volveré á ocuparme. Los grandes Médicos de los siglos siguientes han dirigido sus investigaciones hácia otros objetos mas propios para ilustrar el diagnòstico de las enfermedades, y han estudiado á la ligera estos elementos.

CAPITULO III.

Terapéutica.

Llevamos dicho que los Médicos de los tiempos primitivos se contentaron con observar cuales eran los medios que habian dado buenos resultados en ciertas enfermedades para emplearlos en otras análogas, teniendo en poco el estudio de los síntomas y los efectos de los medicamentos. Pero en el periodo que estudiamos no se siguió semejante método. Hipócrates, Celso, Galeno y todos los historiadores de la medicina están contestes en decir, que antes de la introducion de la filosofía en la ciencia, esto es, antes del siglo de Pitágoras, no habia mas regla que el empirismo. Mas estos historiadores no hablan del empirismo razonado que nació mucho mas tarde en la escuela de Alejandría, sinó que quieren hacerlo del empirismo natural é instintivo que hemos mencionado en el periodo primitivo, y que todavia siguen las personas estrañas al arte cuando se meten á curar enfermos. Estas personas no dejan de la boca las palabras siguientes: He visto una enfermedad muy parecida curada con este remedio.

Por grosero que nos parezca su razonamiento, està basado en un principio incostestable que se puede formular de esta manera: «*Toda*

(1) Ibidem, §. III.

medicacion que ha curado una enfermedad, deberá curar todas las que sean análogas á la primera.» Nada hay mas claro ni mas verdadero que este aforismo, tiene toda la infabilidad de un axioma de matemáticas, y en él descansa toda la práctica de los primeros tiempos. Por eso un autor, cuyo testimonio ya he invocado, ha dicho con mucha razon: «Pero la medicina ha mucho tiempo que existe y posee un *principio* y un *método* que ha encontrado, con cuyo ausilio se han hecho importantes adelantos en el trascurso de los siglos, y adelantará mas todavia, si los hombres capaces é instruidos en los descubrimientos antiguos, los toman por punto de partida en sus investigaciones. Pero los que desechando y menospreciando estos inventos buscan otros métodos y abren nuevos caminos presumiendo haber hallado algo de nuevo, han sido engañados y engañan á los demás.» (1) Apesar de esto, no cesan de quejarse de la incertidumbre é instabilidad de la medicina, se la acusa de no haber creado ningun principio estable, al abrigo de los caprichos de la moda y de las vicisitudes de los sistemas. Los mismos Maestros del arte dan con frecuencia el ejemplo de estas declamaciones.

Pinel asombrado de las dificultades de la práctica médica, afea con justicia la presuncion de un escritor del siglo último (2) que prometía nada menos que la resolucion de este problema general: «Dada una enfermedad, hallar su remedio.» Pero Pinel cayó en el estremo opuesto; este autor ¿no desconocía el verdadero destino de la medicina cuando se propuso por objeto de sus trabajos resolver la siguiente cuestion: «Dada una enfermedad determinar su verdadero carácter y el lugar que debe ocupar en el cuadro nosológico? (3) Pretender, esto es lo mismo que querer borrar de la ciencia la parte mas esencial, la que es el complemento de todas las demás; la terapéutica.

Bichat, al ocuparse del mismo asunto, se espresa así: «conjunto incoherente de opiniones tambien incoherentes, la materia médica es acaso de todas las ciencias fisiológicas aquella en que se pintan mejor las estravagancias del espíritu humano. ¿Qué digo?, no es una ciencia para un talento metódico; es un monton de ideas inexactas, de observaciones, las mas veces, pueriles, de medios ilusorios, de fórmulas tan caprichosamente concebidas como fastidiosamente agrupadas. Se dice que la práctica de la medicina es repugnante, yo añadiré, que es impro-

(1) Obras de Hipócrates. Tratado de la medicina antigua p. I, traduccion de Mr. Littre, 1839, t. I.
(2) Picairsi.
(3) Nosografía filosófica. Introduccion p. IV.

pio de un hombre de razon el que vaya á buscar los principios en la mayor parte de nuestras materias médicas.» (1)

Brousseais es tan esplícito y tan vehemente en sus recriminaciones á la terapéutica como sus predecesores. Véase entre los capítulos del *Examen de las doctrinas médicas* el XV titulado de la *Certidumbre en medicina*.

Lamentos tan unánimes tienen una causa que corresponde poner en claro al historiador. Ciertamente que los que les proferian, no ignorarian el axioma formulado mas arriba, que es del dominio del sentido comun. Asi es que, no es por falta de un principio de medicina práctica, como lo cree el vulgo, el declamar contra la terapéutica, sino por las dificultades siempre grandes, y muchas veces insolubles, que se encuentran en su aplicacion. Echemos una rápida ojeada sobre uno de los casos mas sencillos de la práctica medica y así formaremos una idea mas ó menos aproximada de estas dificultades.

Un individuo padece palpitaciones de corazon, al instante y sin mas datos, no titubeará un medicastro ó un charlatan en administrarle la dijital, el tridacio ó cualquier otro medicamento incluido en los formularios, y destinado á do combatir este síntoma. No obrará así el verdadero médico, este tardará mas en decidirse, querrá, primero; conocer todas las circunstancias conmemorativas, segundo; examinar al enfermo, empezando por el órgano cuyo trastorno funcional es mas manifiesto y concluyendo por las demás funciones, despues de este examen, es cuando se creerá autorizado á formular un tratamiento. El médico práctico sabe perfectamente que el padecimiento oculto de un órgano lejano del corazon produce muchas veces palpitaciones, de manera que de diez individuos que se quejan de ellas, rara vez se encontrarán dos á quienes convenga igual medicacion.

El práctico no concluye con su mision despues que formula un diagnóstico, todavía tiene que elejir los medios mas apropiados á llenar las indicaciones curativas, es decir, que debe tener presentes todos los recursos conque cuenta la terapéutica y hacer que los enfermos y los asistentes ejecuten fielmente sus órdenes y observen con esmero sus efectos. Si pues la práctica ilustrada y concienzuda ofrece tantas dificultades en los casos mas sencillos, ¿que no deberá acontecer cuando se trata de una de tantas afecciones complexas é insidiosas, como la si-

(1) Bichat. Anatomía general. Consideraciones generales, pár. II.

filis constitucional, las afecciones de la piel, las escrófulas, la lepra, etc. que latentes en el cuerpo muchos meses ó años, se propagan, alteran los líquidos orgánicos, apareciéndose las mas veces de una manera ambigüa despues de haber invadido sistemas enteros, de donde apenas se las puede echar ya?

Pero estos casos, por graves que sean, permiten, al menos, al profesor, observar, reflexionar, echar mano de los conocimientos de otros, y ensayar diversos medios, cosa que no puede hacer cuando se encuentra frente á esos azotes que caen como un huracan sobre las poblaciones, arrastrando en su ruina, á los jóvenes, viejos, débiles y robustos: tal sucede con la peste, el cólera, el tifus etc. Males que principian por trastornar todas las funciones, tomar las formas mas variadas y acometer con tal furia, que apenas dejan tiempo al médico para reflexionar, para coordinar sus ideas y hacer esperimentos. En estas lamentables situaciones, el profesor no solo tiene necesidad de ciencia, de atencion y discernimiento, sinó tambien de sangre fria, de valor y desinterés para disputar á la muerte algunas víctimas y si por acaso acierta con un tratamiento, suele cambiar la constitucion epidémicas y tiene que empezar de nuevo sus investigaciones.

En otras ciencias como la física, la química, es dueño de repetir el mismo esperimento tantas veces cuantas crea oportuno; los agentes de que se vale están á su disposicion y puede aislarlos de manera que produzcan sus efectos sin que ninguna fuerza estraña venga á interrumpirle é influir en sus decisiones, al contrario de lo que sucede en medicina; en esta todo es diferente, la naturaleza y el azár le proporciona la ocasion de esperimentar, pero ignora el momento en que puede repetir sus esperimentos, pues acaso se pase mucho tiempo antes que pueda hacerlo porque varien los elementos de la esperiencia.

Tambien es imposible sustraer á los enfermos de una multitud de influencias que alteran los resultados terapéuticos, de donde se sigue que, en rigor, es imposible sacar conclusion alguna de dos hechos de medicina práctica. Por eso es de necesidad recoger muchas observaciones por distintos observadores en épocas y en climas diferentes, para llegar á descubrir un método curativo, un principio terapéutico.

Estas dificultades han ocasionado siempre la desesperacion de los grandes prácticos y han inspirado á uno de los mas ilustres esta sentencia tan profunda como melancólica: «*el arte es largo, la vida corta, la ocasion fugaz, la esperiencia engañosa, el juicio difícil.*» Es necesario que el médico no solo mande y haga lo que conviene en ta-

les casos, sino que á ello coadyuven el mismo enfermo, los asistentes y los que le rodean (Hipócrates. Af.° 1.°, lib. I.)

Apesar de tantos obstáculos, al parecer insuperables, el hombre á llegado á fuerza de trabajo, de perseverancia y de génio á hallar algunos remedios de una eficacia sorprendente en varios casos y á trazar algunas reglas que asemejan la terapéutica á una ciencia exacta, como veremos en lo sucesivo.

CAPITULO IV.

Origen de los sistemas y de las clasificaciones en patología.

Llevamos dicho que una de las mayores dificultades, acaso lo mayor que se ha encontrado en la aplicacion del axioma fundamental de terapéutica, era la imposibilidad de comparar un hecho terapéutico pasado con uno mas próximo, ó en otros términos; por exacto que sea el diagnóstico, por parecidas que sean dos enfermedades, nunca hay identidad en ellas, de donde se desprende, que una medicacion que en el primer caso ha dado buen resultado, puede faltar en el segundo. Es claro que el medio mejor de evitar, ó mas bien atenuar esta causa permanente de errores, consiste en perfeccionar cada vez mas el diagnóstico haciéndole llegar al mas alto grado de exactitud posible, y así se logrará evitar la confusion de estados morbosos esencialmente diferentes y separar otros que solo están unidos por apariencias superficiales. Los médicos de todas las edades han reconocido su importancia y no han omitido medio alguno para hacer que alcance la perfeccion conveniente.

Lo primero de que se ocuparon fué del estudio de los síntomas y los iban anotando unos despues de otros à medida que se presentaban, formàndose de este modo cuadros nosográficos destinados á comparar los de un mal con los de otro, para deducir de esta comparacion el tratamiento mas conveniente. Este método, tan sencillo y natural, á primera vista, es en el fondo muy defectuoso, pues tiene el grave inconveniente de dar un valor igual á todos ellos, á pesar de las diferencias que todos los dias vemos, los separan. Los síntomas consignados al azar, sin órden ni concierto, no pintan, cual es preciso, una enfermedad, como tampoco las pinceladas y colores esparcidos acá y allá, el retrato de una persona. En fin, con este sistema es imposible una buena clasificacion, porque antes de usarla, es preciso preguntar antes;

¿cuándo serán iguales los síntomas para colocar dos enfermedades en una misma clase y curarlas con los mismos medios? En la hipótesis actual es imposible contestar á esta pregunta.

No hay, pues, clasificacion patológica posible basada en la simple enumeracion de estos fenómenos, y por lo tanto la práctica médica que solo cuente con estos elementos, será un mero tanteo que no merece el nombre de arte y el médico un ciego que dé palos á diestro y á siniestro, esto es, al enfermo y á la enfermedad. Hipócrates había conocido bien los vicios de esta manera de observar y describir las enfermedades, cuando censuraba á los Asclepiades de Cnido el haberla seguido, dando lugar con ella á que se multiplicaran las especies morbosas. «Los que han recogido ó coleccionado las sentencias Cnidianas han descrito bien los síntomas, así como el modo de terminar de ciertas afecciones, cosa que puede hacerse sin ser médico, con solo preguntar al enfermo lo que le pasa. En ellas se ha olvidado mucho de lo que el médico necesita saber sin molestar al enfermo, por ser indispensable para la mas exacta apreciacion del mal... Algunos conocían, sin embargo, los síntomas de cada enfermedad y las diferentes formas que revestían y lo han tenido en cuenta para hacer un reparto metódico, porque es fácil equivocarse cuando la enfermedad se distingue solo por ligeros caractéres y sé la dá un nombre distinto á todas las demás que difieran algo entre sí (1).» Es una verdad casi trivial para los médicos que todos los síntomas de una enfermedad están lejos de tener igual importancia. Hay oscuros pensadores y estúpidos adeptos que han comparado un fuerte dolor de cabeza con una ligera arruga de la piel de la frente, una gastralgía intensa con una comezon del lóbulo de la oreja. La posterioridad no querrá creer tales aberraciones de la inteligencia, si documentos auténticos no lo atestiguaran. (2).

Desde el instante que hubo necesidad de elegir entre los síntomas, se les dividió en permanentes y transitorios, en esenciales y secundarios, en primitivos y consecutivos etc. Desde entonces empezaron las discusiones sobre la esencia de las enfermedades, sus causas, sus síntomas, su curso y sus terminaciones; desde entonces nació la crítica ó filosofía médica y con ella los sistemas, desde entonces, en fin, sujirió la idea de ayudar á la memoria en sus investigaciones para recordar con mas facilidad las muchas observaciones clínicas recogidas, y dispo-

(1) Tratado del régimen en las enfermedades agudas, § I, Trat. de Gardeil.
(2) Parecidas simplezas y mayores aun se encuentran en el tratado de *Materia médica* de Hahnemann.

nerlas de modo que se recordáran fácilmente y se las encontrára á la primera ocasion. Porque debió esperimentarse cierto embarazo cuando se hubieron recogido gran número de hechos clínicos, dispuestos inconvenientemente y sacar partido de ellos en medio del desórden con que estaban colocados. En este caos era imposible encontrar el documento que se quería consultar, el cuadro que se aproximaba mas al de la enfermedad que se había visto. La memoria mas feliz no podía alcanzar á este conocimiento. A medida que las observaciones clínicas se multiplicaban, se hacía cada dia mas urgente, disponerlas metódicamente para poderlas recordar mejor y para ayudar á encontrarlas à la primera ocasion. Tal fué el orígen de la primera clasificacion patológica. Como se vé, la idea fué sujerida por la necesidad de favorecer á la memoria y el deseo de facilitar las investigaciones.

Se ignora cual fué el primer método de clasificacion empleado, la primera vez solo se sabe que desde el principio del periodo filosófico, las enfermedades estaban clasificadas por grupos segun el sitio que ocupaban, escepto las fiebres y otras afecciones que atacan toda la economía ó un gran número de partes à la vez que los formaban por separado, disposicion que se encuentra ya en los libros hipocráticos y que ha sido adoptada con algunas variantes y mejoras en épocas muy inmediatas á la nuestra.

Los primeros hombres que discurrieron sobre los fenómenos naturales, que sondearon sus causas, su principio, su fin, nada mejor pudieron imaginar para esplicar los movimientos de los cuerpos y sus trasformaciones sucesivas, que poblar el mundo de espíritus, es decir, de sustancias invisibles é impalpables dotadas de fuerza, voluntad é inteligencia en grados muy diversos. Cada cuerpo estaba obligado á contener, cuando menos un espíritu, este presidia y daba impulso á todos los cambios, á todos los fenómenos automáticos que sobrevenian en el cuerpo. El hombre cuya organizacion es tan complicada, cuya inteligencia se eleva á las mas puras abstracciones, á la idea de lo infinito, que se pierde en la interpretacion del fenómeno mas sencillo, cuya voluntad contiene los elementos, pero no puede impedir que blanquee en sus cabellos; el hombre, digo, pareció á los primeros pensadores un ser múltiple, una pequeña imágen del universo. Pensando así, dividieron su cuerpo en muchas regiones que suponian gobernadas por espíritus diferentes. El sistema de Pitágoras, que espondremos mas adelante, ofrece el primer ejemplo de esta poligarquia fisiológica y ha dado orígen á una multitud de teorías antiguas y modernas.

RESÚMEN DEL PERIODO MÍSTICO.

Durante los setecientos años que abraza este periodo, la medicina sufrió en la Grecia su primera trasformacion. De doméstica y popular que había sido, se hizo sacerdotal y algun tanto misteriosa. Hasta entonces se veian príncipes, capitanes y aun pastores adquirir reputacion médica, pero despues de la guerra de Troya no se oyó hablar mas que de consultas dadas en los templos à nombre de la divinidad, ó sitios célebres como el de Trofonio y Caronio. Esto no hubiera sucedido sino se hubieran intrusado algunos hombres del pueblo á visitar enfermos y vender remedios. Mas la medicina científica, si pudieramos llamarla así, á pesar de las pequeñas nociones que poseia, la ejercian los sacerdotes y la perpetuaban por tradicion entre ellos, desarrollándose lentamente en la oscuridad y el misterio.

«Mr. Aug. Gauthier dice que el ejercicio de la medicina en los templos de Esculapio puede dividirse en dos épocas. En la primera que alcanza hasta Hipócrates, los Asclepiades la han prestado grandes servicios por su buen método de observacion, y eso que empleaban muchas veces medios supersticiosos. Hay que convenir que en aquellos tiempos tan atrasados, la medicina progresó mas con estos que con los medicastros y charlatanes populares, y hubiera sido muy difícil en aquel tiempo en que las ciencias y las artes estaban casi en su infancia, que apareciera de repente un hombre de génio que elevara á la medicina al rango de ciencia. En la segunda que, desde Hipócrates alcanza hasta la aparicion del cristianismo, fué decayendo poco á poco la medicina de los templos para convertirse en una repugnante truhanería. (1)

Mas adelante añade. «Hoy es muy difícil de apreciar lo que sabian los Asclepiades y lo que hicieron progresar á la ciencia. Como nunca faltan hombres dispuestos á aplaudir todo lo antiguo, no debe sorprendernos encontrar en todas épocas escritores que hayan ensalzado la medicina delos sacerdotes, aunque tambien hay otros que les niegan toda instruccion, siendo uno de ellos Malgaine, que asegura podíamos pasarnos bien sin sus conocimientos, opinion que confirma Littré y propone

(1) Investigaciones históricas sobre el egercicio de la medicina en los templos etc. por Augusto Gauthier 1844 cap. II.

(2) Cartas sobre la história de la Cirujia insertas en la Gaceta de los Hospitales 1842, Mr. Malgaine, funda principalmente su opinion en las cuatro inscripciones votivas que hemos referido, pero estas inscripciones son de la época de los Antoninos y no pueden servirnos de modelo si las comparamos con las que se encuentran en los templos de los antiguos Asclepiades ni sobre todo las notas clínicas que estos sacerdotes redactaban para su gobierno.

sean borrados de la História de la medicina y de la cirujía. (1) Creemos que ambos médicos pecan por esceso, porque es probable que la lectura de las tablas, el hábito de ver enfermos les hiciera aprender algo.»

Me parece que lo mejor que pudiera decirse de esta parte de la História de la medicina, es que está envuelta en una grande oscuridád. La imaginacion se despacha á su gusto allí donde faltan documentos justificativos, pero se advierte que en casos tales no son estériles los esfuerzos de los sabios. Mas repito que en medio de tantas y tan diversas opiniones sobre el verdadero saber de los Asclepiades, la de Mr. Gauthier me parece la mas verosimil, la mejor fundada y la mas universal.

Por último nos aproximamos à una época en que el arte va á esperimentar una metamórfosis interesante para el filósofo y para el historiador y ventajosísima para la humanidad. En efecto, hasta ahora el edificio médico estaba formado de materiales tomados de acá y allá y agrupados las mas veces sin gusto y sin método; ningun pensamiento concreto, ningun cálculo premeditado había dirigido las investigaciones de los hombres que habían hecho los primeros descubrimientos. Pero desde ahora, la razon y el génio van á estender y á perfeccionar lo que el azár y el instinto ha bosquejado; el monumento científico de este arte tan difícil va á elevarse grande y magestuoso para que vayan armonizándose poco á poco todas sus partes. Ahora estudiaremos sus adelantos, apoyados, no en vagas congeturas, sinó en monumentos auténticos y restos mas ó menos bien conservados. Así no nos veremos obligados á adivinar los pensamientos mas recónditos de sus trabajadores en las diferentes fases de su edificacion, sinó que los leeremos en caractéres claros, sobre fragmentos que nos quedan de sus mismos trabajos.

PERIODO FILOSÓFICO.

Comprende el espacio de tiempo trascurrido desde la dispersion de la sociedad pitagórica, el año 500 antes de Jesucristo, hasta la fundacion de la Escuela de Alejandría, el año 320.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Hasta aquí hemos marchado como á tientas, no contando para

(1) A Gauthier, obra citada cap. IV.

guiarnos en la oscuridad de los siglos mas que con algunas luces esparcidas acá y allá y á grandes intérvalos. Pero ahora llegamos á una época en que la ciencia se despoja de su velo místico y revela con entusiasmo sus secretos. Los sacerdotes que por tanto tiempo habían estado en posesion de la doctrina de los pueblos, se dejan arrancar el cetro científico por los filósofos, estos les dejan solo el depósito esclusivo de los ritos sagrados, el monopolio de las ceremonias religiosas. Jamás se ha llevado á cabo con tanta paz una revolucion, jamás la inteligencia humana se ha detenido con mas satisfaccion á considerar las circunstancias que la han preparado y acompañado.

Es un hecho digno de tenerse en cuenta, y que no se ha escapado á la penetracion de los antiguos observadores, que los habitantes del Asia, despues de haber inventado los primeros elementos de las ciencias y de lás artes y haberlas hecho adelantar bastante, se mantuvieron estacionarios y aun retrógrados, mientras que los Europeos, civilizados mas tarde, han sobrepujado con rapidéz á sus mayores, elevándose á una altura que jamás podían estos esperar. Hipócrates indica este notable fenómeno en su libro de los *Aires, Aguas* y *Lugares* y lo atribuye con admirable sagacidad á influencias combinadas del clima, costumbres y gobierno. Un clima suave é igual, que no espone al hombre á los cambios bruscos de temperatura, un suelo llano y fértil, alimentos frugales, un gobierno despótico, en fin, instituciones civiles y religiosas que tratan á los hombres como bestias y asignan á cada uno su puesto, del cual no puede salir, desde que nace; todas estas circunstancias parecen al filósofo de Coós muy á propósito para enervar la constitucion física de los pueblos, apagar su inteligencia y concluir con su energía moral, mientras que condiciones opuestas, tales como un clima variable, un suelo accidentado, un gobierno liberal producen, tanto física como moralmente, efectos contrarios. Así esplica la superioridad de los Europeos sobre los Asiáticos.

A estas consideraciones, sacadas de lo mas íntimo de la naturaleza del hombre, añaden los fisiólogos otra muy importante relativa á su conformacion primitiva; dicen que el desarrollo de la inteligencia está en proporcion del volúmen de los hemisferios cerebrales, sobre todo, de los lóbulos anteriores; añaden, fundados siempre en numerosas observaciones y en datos de anatomía comparada, que esta ley no solo abraza al hombre, sinó tambien á los animales. Por esto la raza mongola, á la que corresponden los naturales del Egipto, de las Indias orientales y de la China, es inferior á la caucasiana, madre comun

de la mayor parte de los Europeos, de lo cual deducen que la inferioridad intelectual de los primeros comparada con la de los últimos, es debida, tanto, al menos, á esa disposicion orgánica innata, como á las influencias esteriores.

Hipócrates dice que la Grecia con las islas de Rodas, Creta, Sicilia etc., y un estenso litoral en Europa, Asia y Africa, se encontraba al principio de este periodo en las mejores condiciones para el desarrollo de las facultades intelectuales. Mas pequeña que la mitad de la Francia, tiene un suelo desigual, temperaturas estremas, elevadas montañas con nieves perpétuas, estrechas gargantas atravesadas por torrentes, llanuras muy fértiles, valles deliciosos, laderas áridas y agostadas por un sol abrasador, un mar proceloso, una costa erizada de escollos y golfos profundos; en fin, si nos atenemos á las obras maestras de sus estatuarios, esta nacion está dotada de formas físicas las mas ventajosas, habiendo resultado de ellas, segun los modernos, la belleza, la fuerza y el genio.

Las instituciones políticas que disfrutaban la mayor parte de estas comarcas estaban en armonía con este concurso feliz de circunstancias. En todas ellas el poder despótico de los reyes había sido reemplazado por un gobierno democrático ó una monarquía templada. Todos los habitantes se conocían, se ausiliaban y juzgaban mútuamente, la opinion estaba menos espuesta á estraviarse, se premiaba el mérito; para ser considerado, era indispensable hacerse merecedor por algun hecho brillante, tal como la habilidad en los consejos, un talento privilegiado ó una honra sin mancilla; había concluido el tiempo de la fuerza bruta, de los combates cuerpo á cuerpo con los monstruos ó los bandidos, para dar paso á la inteligencia. A los héroes, cuyos sorprendentes trabajos aplaude la Mitología; á un Homero, un Perseo, un Beleferonte, reemplazan los grandes hombres, cuyos altos hechos ha referido la historia, tales como un Leonidas, un Milciades y un Temistocles.

Los gimnasios no eran ya, como otras veces, lugares consagrados á los ejercicios corporales, eran los sitios donde se reunían los filósofos, los retóricos, los artistas y los médicos á tratar de las cosas de su arte. Los espectáculos públicos se resentian de esta trasformacion, la fuerza y la destreza no tenían ya el privilegio de escitar la admiracion de la multitud, que solo gozaba con las producciones del espíritu.

Nos aproximamos á una época en que los asistentes á los juegos olímpicos escuchaban entusiasmados los libros de Herodoto, dando á cada uno de ellos el nombre de una de las nueve musas. Si Crotona

se enorgullecía con enviar los mas vigorosos atletas á estas solemnidades nacionales, que atraían el concurso de toda la Grecia. Atenas no lo estaba menos con las coronas concedidas à sus poetas, sus pintores y sus escultores, en cuyas obras maestras resplandecen la hermosura, la fuerza y el génio. La ciencia se iba despojando poco á poco de las formas simbólicas y misteriosas del Oriente para cubrirse con un adorno mas ligero: de taciturna que era en Egipto, se iba haciendo mas comunicativá y hasta locuaz. Insensiblemente se iban borrando los vestigios de esta antigua civilizacion egipcio-indica, que había servido de modelo á la cultura griega; pronto sus sàbios no irán á buscar á paises estraños los conocimientos que necesitan, su patria va á ser un foco que alumbrará á las demás naciones. Los filósofos reemplazan á los sacerdotes que por tanto tiempo habían estado en posesión de la doctrina de los pueblos, los cuales quedan encargados de conservar solo el depósito sagrado. Muchos de estos, anteriores á Hipócrates, merecen una mencion especial, siquiera por la influencia que han egercido sus doctrinas en los progresos de la ciencia médica.

* *Tales de Mileto* es el primero de los filósofos que mas ha influido en la marcha progresiva del arte. Suponia dos causas en el universo, una eficiente, *Dios*; otra material, *Agua*; de que están formados todos los cuerpos; es la fórmula verdadera de la naturaleza, de los alimentos, de las semillas etc. Creia que la causa del movimiento general, era *un génio, una alma*, de manera que á cada cosa que se mueve por sí y no por efecto de un choque, la concedía un alma, y así está lleno el mundo de espíritus divinos inmateriales y eternos. Esta doctrina influyó mucho en la Jonia donde la modificaron diciendo que los efectos visibles de la naturaleza dependen de una sola causa invisible, la cual suponian material. La variedad de cuerpos y de fenómenos naturales la esplicaban por la proporcion y mezcla de los elementos. Los filósofos griegos admitieron este principio dando orígen á una secta conocida con el nombre de *sensualista* ó como hoy se la llama, *materialista*. Las doctrinas de estos sábios eran opuestas á las del pueblo y por eso se limitaban á enseñarlas en secreto, aparentando en público pensar como la generalidad, que creia en la pluralidad de sus dioses.

Demócrito, de Abdera, debió sus conocimientos á los sacerdotes de Egipto y adoptó los principios de Leucipo, siendo por esto considerados estos dos filósofos como los fundadores de la *escuela atómica*. Tomó de este *Su sistema de los átomos*, que suponia indivisibles, sin co-

lor, sin dureza, y que por su forma, posicion y colocacion daban lugar á la diversidad y variedad de cuerpos. Dotados desde su creacion de un movimiento contínuo, pero siempre en una misma direccion, chocaron entre sí y adquirieron un movimiento de rotacion, durante el cual se combinaban los de naturaleza homogenea. Admitía *una alma*, agente principal de las funciones animales, esparcida por todo el cuerpo y formada de átomos esféricos, de naturaleza ignea é indivisible. Las sensaciones eran, para él, el resultado de la asimilacion de las emanaciones de los cuerpos con el alma, por el intermedio de los sentidos; el sueño la continuacion del movimiento de estas mismas emanaciones en los sentidos, despues de pasada la impresion. Consideraba á la respiracion como esencial para el sosten de la vida, pues dice que hay en el aire muchas sustancias de naturaleza especial, que impiden que el alma se separe del cuerpo. Dice que el semen es de naturaleza aerea y procede de todas las partes del cuerpo; que en la fecundacion se forman, primero, las partes esteriores, despues las interiores; las monstruosidades son debidas á la repeticion del coito, porque encontrándose el nuevo semen con el preexistente en la matriz, las determina. Los modernos le suponen muy instruido en química y en el arte adivinatorio y le atribuyen algunos tratados de medicina.

Eráclito de Efeso suponia que los cuerpos deben su existencia á la condensacion ó rarefaccion *del fuego*; su condensacion produce el aire, la de este, el agua, y la de esta, la tierra. El fuego es el principio del movimiento, y como penetra en todas partes, hace que el universo no pueda permanecer en reposo. Atribuye á la enemistad de los principios homogeneos la trasmutacion que á acontecido en los cuerpos y que necesariamente tiene que acontecer. Del fuego proviene directamente el alma del mundo; como una emanacion de la de este, la del hombre, y su inteligencia está en razon directa de su naturaleza ignea, é inversa de las relaciones de los órganos y de los humores. El alma del universo está en el aire y tomamos parte de ella cuando respiramos. De lo dicho, concluia, que solo llegamos á conocer la verdad por nuestra participacion con el alma general, pudiendo engañarnos los sentidos.

Pitágoras, el mas célebre de los filósofos griegos, el que mas deseó arraigar en su país las tradiciones de la escuela egipcia, nos ofrece el mas palpable ejemplo de esas peregrinaciones lejanas con el objeto de instruirse, siendo quizá, el último sábio que ha trasmitido su doctrina en caracteres simbólicos. Nos interesa mucho conocer su biografía y la sociedad que fundó, porque nos pondrá de manifiesto el contraste del

paso de un estado social antiguo á uno nuevo mas perfecto. Nació en *Samos*, una de las islas mas florecientes del mar de Egea, el año 530 antes de Jesucristo. En su juventud fué atleta, pero habiendo oido hablar un dia al filósofo Berecides (de quien, se dice, admitía tres principios eternos, *Dios*, el *tiempo* y el *caos*) sobre la inmortalidad del alma, le gustó tanto, que renunció á su oficio para dedicarse esclusivamente á la filosofía. Siguió por mucho tiempo las lecciones de este, quiso conocer por sí las costumbres de otros paises y viajó por Egipto, la Fenicia, la Caldea y aun se dice que llegó á la India donde disputó con los *Brammas* y los mágicos que le iniciaron en su culto, sus leyes y su doctrina. Despues de muchos años que pasó ocupado en templar su alma para el bien y enriquecer su inteligencia con muchos y variados conocimientos, volvió á su patria donde fué recibido con aprecio por el tirano Polícrates que gobernaba con dulzura, y sin embargo reusó la hospitalidad que le ofrecía, yendo á buscar un asilo á un país estraño y libre, porque no podia habituarse á la servidumbre de sus hermanos. Marchó al Peloponeso, asistió á los juegos olímpicos donde fué reconocido y aclamado por la multitud. Desde allí, dicen sus biográfos, fué á la parte meridional de Italia llamada *la gran Grecia*, desembarcó en Crotona y fué á parar á casa del atleta Milon con quien le unian lazos de amistad. Allí empezó su mision de reformador, teniendo sus discursos tal éxito que en poco tiempo reunió muchos discípulos á quienes sometía á un noviciado que duraba de dos á cinco años, durante los que debian guardar un silencio casi absoluto, comer en comunidad alimentos muy frugales, asistir á las lecciones que daba, egecutar sin replicar sus órdenes, en una palabra, tener una vida pura, modesta y arreglada, y los que se hacían mas dignos, eran admitidos despues á la participacion de los misterios. Era tan grande el respeto al Maestro, que muchos vendian sus bienes y le entregaban su valor, en una palabra; toda discusion entre ellos acababa con las siguientes palabras: *el Maestro lo ha dicho*. Su saber era inmenso, su locucion fácil y arrebatadora; se dice que inventó el teorema del cuadrado de la hipotenusa, que fué el primero que dividió el año en 365 dias y 6 horas, que sospechó el movimiento de la tierra y de los demás planetas al rededor del Sol, aserciones todas sin fundamento sólido. Fundó por fin una secta que se conoce con el nombre de *itálica*, del nombre del país que la dió orígen y tambien de *matemática* porque su teoría descansa en los números.

En sus peregrinaciones recorrió la mayor parte de las ciudades de

la gran Grecia, tales como Heraclea, Tarento y Metaponte, visitó los templos y fué iniciado en los misterios de Baco, Ceres y Eleusis; despues estableció en cada una su regla que ejerció poco despues una feliz influencia en las costumbres algo licenciosas de sus habitantes; ganándose el aprecio de los magistrados populares que le consultaban los negocios difíciles por la confianza que tenian en su ilustracion y su desinterés. Algunos de sus discípulos poco emprendedores, á pesar de los escelentes resultados de la doctrina del maestro, gustaban mas de intrigas y cabalas que del estudio y la meditacion, teniendo en poco al encargo especial que les hacia sin cesar: diciéndoles *Huid de lae judias*, alusion que se refiere á la costumbre de depositar una de estas en la urna, cuando se emitian sufragios en las asambleas populares. Los ambiciosos, á quienes su presencia contrariaba sus proyectos, le acusaban de aspirar á la dominacion universal; los sacerdotes lo anatematizaban porque no creia en las preocupaciones de la multitud; se censuraba la sencillez de sus costumbres, lo estraño de su lenguage, su habitual silencio, su alejamiento de las fiestas y los placeres, se le insultaba, amenazaba y perseguia viéndose obligado á ocultarse para salvar su vida. La mayor parte de sus discípulos se fueron por esto del país, viéndose obligados á disolver su sociedad, que no volvió á constituirse aun en vida de su fundador.

Vamos á hacer un resùmen de la doctrina pitagórica, porque es muy del caso para la historia de la filosofía y de la medicina. De ella emanan bastantes teorías que han influido mucho en la marcha del espíritu humano y dan la clave de las pretendidas ciencias ocultas, cuyo reinado concluyó al terminar el siglo XVIII. Despues espondremos los resultados de la dispersion de sus adeptos.

CAPITULO PRIMERO.

Doctrina de Pitágoras.

De los monumentos de la antigüedad solo nos queda un fragmento incompleto y oscuro de la doctrina pitagórica; es una coleccion de sentencias atribuidas á Lysis, filósofo pitagórico, amigo y preceptor de Epaminondas. Pero seria difícil ó imposible sacar partido alguno de este precioso documento sin el sábio comentario de Fabre d' Olivet, á

cuyo talento es debido el que podamos descorrer una punta del velo que cubre los dogmas tan famosos del filósofo de Samos. (1)

Este comentador, queriendo dar una idea de su trabajo se espresa así: «En mi traducion he seguido el texto griego tal como se vé á la cabeza del comentario de Heriocles, comentado por el hijo de Causabon, é interpretado por Carterio; edicion de Londres, 1673. Esta obra, como todas las que nos quedan de la antigüedad, ha sido objeto de un gran número de discusiones críticas y gramaticales. Ante todo; se ha debido asegurarse hoy de la parte material y esta lo es tan auténtica y correcta como puede ser, y aun cuando todavía conserva algunas variantes, tienen tan poca importancia que no merece la pena nos entretengamos en su exámen. Esto á mi no me importa, y por otra parte, cada uno debe cumplir con su cometido. Este ha sido desde luego el de los gramàticos, concluirlo ó darlo por concluido. Pero el medio de no acabar nunca, es volver á empezar la misma cosa sin querer referirse á trabajo alguno de otro.» *(1.er exámen*, pág. 190.)

He copiado literalmente del comentario de Olivet todo cuanto se refiere al sistema; mas por abreviar, me he contentado en algunos casos con analizar ciertos pasajes, circunstancia que doy à conocer por la supresion de las comas.

«Pitágoras considera el universo como un todo animado, cuyos miembros son las inteligencias divinas, colocadas cada una segun su perfeccion en la esfera universal. Él fué el primero que dió á este todo el nombre griego *Kosmos* para designar con él, la hermosura, la regularidad y el órden con que se rije. Los latinos traducen esta palabra con la de *Mundus*, de la cual se deriva la francesa *Monde* (y la española *Mundo*) De esta unidad considerada como principio del mundo se deriva la palabra *Universo* que le damos. Esta misma unidad es para Pitàgoras el orígen de todas las cosas. Dios es el número 1, la materia el número 2 y el universo el número 12, como el resultado de la aproximacion de las cifras 1, 2, etc. (3.er *exámen*.)

Como, por otra parte, el número doce resulta de la multiplicacion de 3 por 4; dice este filósofo, que el mundo universal se compone de tres mundos particulares unidos entre sí, y que cada uno se mueve en cuatro esferas concéntricas. Dios es el ser inefable que colocado en el

(1) He aquí el título de la Obra de Mr. Olivet. *Versos dorados ó poesías sentenciosas de Pitágoras*, esplicados y traducidos al francés en versos eumolpicos. Paris 1813, un volúmen en 8.° Cada sentencia va acompañada de un comentario que el autor llama exámen.

centro de estas doce esferas, las llena, sin que por eso deje de gozar de libertad. Las cuatro esferas, de que se compone cada mundo particular, corresponden á las cuatro modificaciones elementales de la materia inerte ó amorfa, modificaciones que constituyen toda la materia viva y son el *aire*, el *agua*, el *fuego* y la *tierra*.

La aplicacion del número 12 al universo no es una invencion arbitraria de Pitágoras, la conocian ya los Caldeos, los Egipcios y los principales pueblos de la tierra, aplicacion que dió orígen al Zodiaco, cuya division en 12 asterismos se conocía de tiempo inmemorial (*3.er exámen.*)

Segun este sistema, Dios es la unidad, el alma del mundo, el principio de la existencia, la luz de las luces. Entre Dios y el hombre hay un número infinito de séres intermedios cuya perfeccion disminuye á medida que se alejan del principio creador. (*3.er examen.*) *(1)*

Al considerar el filósofo como una proposicion geométrica esta gerarquía espiritual, contempló á los séres armónicamente situados y fundó por analogía sobre las leyes de la música, las del universo. Llamó armonía al movimiento de los cuerpos celestes y se valió de los números para espresar las facultades de los diversos séres, sus relaciones y sus influencias. (*3.er exámen*).

Todas las cosas existentes por sí, provienen de la reunion de tres modalidades, así el universo ó el gran-todo, el *macróscomo*, contiene tres mundos secundarios; el hombre ó el pequeño mundo, el *microscomo*, está compuesto de cuerpo, alma y vida, condiciones que corresponden á tres facultades diferentes, la sensibilidad, el sentimiento y la inteligencia constituyendo una triada. Cada triada, por otra parte, desde la que abraza la inmensidad hasta la que constituye el indivíduo mas sencillo, concurre á formar el cuaternario ó la tetrada. (*3.er y 12 exámenes*).

En su consecuencia, el número 1 representa el principio activo y oculto de toda sustancia, el 2 el pasivo ó la materia, el 3 el conjunto de estas facultades y el 4 la plenitud de su esencia. El 4 (el cuaternario ó tetrada) es por fin, el emblema de todas las cosas existentes por sí, puede servir para representar á cualquier ser, pero de ordinario se aplica al hombre. (*3.er y 12 exámenes*).

Hoy se ha perdido el lenguage de los números de que se valió Pitá-

---

(1) El autor esplica la razon del porque se daba á los espíritus secundarios los nombres de ángeles, ó de espíritus intermedios ó de inteligencias ó de demonios.

goras á ejemplo de los sábios antiguos; los fragmentos que nos restan, mas bien sirven para probar su existencia, que para suministrar datos sobre sus elementos, porque los que los han arreglado escribian en una lengua que suponian conocida, de la misma manera que hacen ahora nuestros sábios, cuando emplean el álgebra. Sin duda que parece ridículo esplicar por estos signos un problema sia tener conocimiento alguno del valor y empleo de ellos, ó lo que todavía es peor, servirse de una cosa para esplicar la cosa misma; con estas fórmulas numéricas no solo se ha pretendido esplicarlo todo, sin comprenderlas ni aun saberlas escribir, lo que parece increible; sino que los sábios, al verlas desfiguradas, las han despreciado, pero como no tiene fundamento alguno su desprecio, las han hecho aparecer en el mismo idioma que habian empleado los antiguos, obrando en esta ocasion como en otras muchas y creando así la ignorancia de las ciencias antiguas, para decir despues «la antigüedad es ignorante.» (*3er examen.*) (1)

El filósofo de Samos admite dos esencias, eternas, increadas, *el espíritu* y *la materia*; con ellas esplica los diversos fenómenos de sensibilidad, sentimiento é inteligencia. «El que pretenda ó haya pretendido fundar el universo en la existencia de una sola naturaleza, ya natural, ya espiritual y esplicar por ella los fenómenos del mundo, se espondrá á encontrar siempre dificultades insuperables y al preguntar cual es el orígen del bien y del mal, no podrá evitar se hundan todos los sistemas desde aquella época hasta la nuestra; desde Mosco, Leucipo y Epicuro, hasta Espinosa y Leibnitz; desde Parménides, Cenon de Elea y Crisipo, hasta Berkeley y Kant. (*3l evamen*).

Uno de los mayores secretos de sus misterios es la unidad de Dios con la homogeneidad fundada en la unidad del espíritu que la anima y de la cual nacen nuestras almas. Los sabios de la antigüedad (los caldeos y los sacerdotes de Egipto) habian consignado ya este dogma, segun dicen Stanley y el juicioso Beausobre. Los mismos admitian una armonía entre el cielo y la tierra, entre lo sensible y lo inteligente, entre lo divisible y lo que no lo es, de suerte que lo que pasaba en la triada primordial, es exactamente igual á lo que pasa en las demás. Por lo demás, debo decir que la teurgia, la astrología, la mágia y la química corresponden al cuaternario ó la tetrada humana y se fundan

---

(1) El pequeño resumen que hemos hecho arriba del lenguage de los números, servirá, aun cuando es imperfecto, para hacer comprender la importancia que los antiguos daban á los periodos ternarios y cuaternarios en la determinacion de los dias críticos.

en la homogeneidad natural, de la que parece parten las ciencias ocultas.» (28 *examen*).

En este sistema, el hombre es un intermedio entre la inteligencia y la sensibilidad, el último de los séres superiores, el primero de los inferiores, libre para unirse á Dios ó para volver al punto donde vino hasta el estremo de perder su dignidad. En este principio espuesto de diversos modos, se funda la trasmigracion de las almas, dogma admitido por todos los pueblos antiguos y desfigurado por los modernos en lo que llaman *Metempsícosis*.

Traspasaríamos demasiado los límites que nos hemos trazado en este exámen, si fuéramos á dar una amplia esplicacion de esta diferencia (37 *examen*).

«El mismo dice que el alma está unida á un cuerpo bueno ó malo por el intermedio de sus facultades, llama á este cuerpo la carne sútil del alma, y dice que el cuerpo perecedero no es mas que una cubierta grosera.» (37 *examen*). (1)

Otro de los dogmas de la doctrina pitagórica, es creer en la perfectibilidad indefinida de la naturaleza fundada en la homogeneidad de su esencia, dogma que se han apropiado los modernos y robustecido con consideraciones de gran valor. De él se han ocupado con mas ó menos acierto Leibnitz, Lecat, Ch. Bonet, Buffon, Linneo, Kant, Schelling y en fin el autor de los artículos *Naturaleza animal del nuevo diccionario de historia natural.* (35 *examen*).

El autor de ellos se espresa así. «Todos los séres organizados son modificaciones de uno universal, primitivo, animal ó vegetal. El hombre es un intermedio entre la divinidad y la materia, entre el cielo y la tierra, su inteligencia brilla en el mundo, es la cadena de comunicacion entre todos los séres. (2) Ha podido haber un tiempo en que un insecto, una concha, un reptil inmundo no conocian superior en el universo y se encontraban á la cabeza de los séres organizados. ¿Quién sabe si en la eterna noche de los tiempos, el cetro del mundo no pasará de las manos del hombre á las de otro ser mas perfecto y mas digno de llevarle? Acaso la raza negra, hoy tan secundaria, ha sido la reina de la tierra antes de que existiese la raza blanca; y si la naturaleza ha concedido sucesivamente el poder á las especies mas perfectas; porque ha de

(1) Pondremos de manifiesto en su tiempo y lugar la grande analogía hay entre esta doctrina y la de las nomadas inventada por Leibnitz.

(2) Vease el *nuevo Diccionario de História natural* la palabra Naturaleza.

detenerse hoy? ¿Quién establecerá los límites de su poder? Esto nos revela un solo Dios y su mano poderosa la que gobierna. (1)»

He dado á estos estractos sobre la doctrina de Pitágoras, mas estension que lo que queria, arrastrado por la sublimidad de su belleza y encadenamiento de ideas y espero que las preciosas aclaraciones que en ellos he encontrado sobre un gran número de cosas y opiniones, indemnizarán al lector hoy, como lo harán en lo sucesivo. Un sistema que une por un lazo comun á Dios, al universo, al tiempo y á la eternidad; que dá una esplicacion de los fenómenos naturales, sino verdadera, aceptable al menos, en una época en que se le comparaba con la mitología grosera de los sacerdotes paganos; tal sistema, digo, es muy á propósito para deslumbrar á la vez la imaginacion y la inteligencia. Ahora se concibe sin esfuerzo la admiracion y el entusiasmo de sus adeptos á medida que abanzaban en el conocimiento de sus misterios. Era pues muy natural, su sumision, su respeto, su reconocimiento al hombre superior que les inició en estas altas concepciones.

Disuelta que fué la sociedad pitagórica, sus miembros marcharon á diferentes puntos de la Grecia, donde algunos revelaron los secretos de su doctrina. Muchos se hicieron célebres en diversas carreras, pero nosotros nos ocuparemos solo de algunos dedicados al ejercicio de nuestro arte que introdujeron la costumbre de ir de ciudad en ciudad á visitar los enfermos á domicilio, lo que les valió el nombre de *periodeutas* ó ambulantes, en oposicion á los Asclepiades que los visitaban en los templos. Los charlatanes que despachaban sus drogas en las plazas ó en las tiendas, nunca han ocupado sitio alguno en la gran gerarquía médica, por numerosos que hayan sido en algunas épocas.

* *Almeon de Crotona* (2) es uno de los pitagóricos que mas se distinguieron en el ejercicio del arte, del cual se hace especial mencion porque se supone que estaba muy instruido en anatomía y fisiología. Los que le atribuyen conocimientos anatómicos y fisiológicos se fundan en la suposicion que hace de que las cabras respiran por las orejas. Esto, cuando mas, probará que se dedicó al estudio de la anatomía comparada y que descubrió la trompa de Eustaquio en alguna cabra que tuviera perforado el tímpano. En fisiología cree que el asiento del alma reside en el cerebro, que la audicion es dependiente de la forma del oido porque todos los cuerpos huecos trasmiten bien los sonidos,

(1) Dicionario de História natural. La palabra Animal.
(2) Lauth. *Historia de la anatomía.* Strasbourg, 1815, lib. II.

que el semen emana directamente del cerebro; que lo primero que se desarrolla en el feto es la cabeza por ser el asiento del alma; que el feto se alimenta por la superficie, como el embrion de las aves de la clara, es decir, por imbibicion; que la pubertad es análoga á la inflorescencia de las plantas. A este médico se debe la primera teoría sobre el sueño, que segun él, consiste en retrogradar la sangre á los vasos gruesos, cesando cuando se dispersa de nuevo, y produciendo la muerte cuando se estanca. La salud consiste en la armonía funcional, la enfermedad en la discordancia.

Empedocles de Agrigento fué mas famoso que el anterior. Filósofo, poeta, legislador, hombre de Estado y adivino, como son la mayor parte de los médicos de la antigüedad, no recibió por completo las lecciones del Maestro, ó las modificó á su manera. Su físico imponente, su elocuencia, su moralidad y sus curas tenidas por milagrosas, le hicieron considerar como el confidente de los dioses. Fué el primero que introdujo en la medicina la teoría de los cuatro elementos con lo que llegó á conciliar los sistemas de sus predecesores, el de Tales, que todo lo atribuye al *agua*, el de Anaximeno, al *aire*, el de Pitàgoras, al *fuego* y el de Xenofanes, á la *tierra*, y da á los cuatro unidos parte igual en la formacion del universo. A las causas activas que determinan la accion de los elementos las llama *amistad y enemistad*. Los elementos son, segun él, eternos; su union, debida á la casualidad, ha dado orígen á todas las cosas; sus diferentes combinaciones, la variedad y distincion de ellas; y su desunion originará algun dia el caos de donde todo procede, así como del caos saldrá un nuevo universo despues de un tiempo indeterminado. Aplicó esta teoría de la creacion á la de los animales, cuya formacion no estaba, segun él, sujeta á reglas, ni bajo la influencia de un ser inteligente. El azár habia reunido los elementos y producido monstruos incompletos que carecían de los órganos necesarios á la vida y otros completos cuyas especies se han propagado, mientras que los primeros no. Suponia el mismo orígen á las plantas, á las cuales concedía una alma y por consiguiente la facultad de querer y percibir sensaciones. Esta mutualidad de relaciones entre los animales y vegetales le obligó á emplear las mismas espresiones para ambos, pues llamaba huevos á las semillas y gestacion á la fructificacion; decia que el embrion se producia por la mezcla de los licores prolíficos de los dos sexos, debiendo su forma al predominio de uno de ellos ó á la imaginacion de la madre; el sexo al grado de calor de la matriz; los gemelos á la abundancia del licor; los monstruos á la falta ó estra-

vio de él. Aseguraba que el feto se hallaba formado á los cuarenta y cuatro dias. Su teoría servía tambien para esplicar la formacion de los órganos; los músculos resultaban de la mezcla de partes iguales de los cuatro elementos; los tendones de un esceso de fuego y tierra; los huesos de un esceso de esta y de agua etc. Dió el nombres de *Amnios* á la membrana qve encierra el feto y *amnioticas* á las aguas en que nada. Por la misma teoría esplicaba las sensaciones; de la afinidad entre los elementos predominantes de los objetos esteriores y los órganos de los sentidos resultaban estas. El sueño es, segun este filósofo, producido por la disminucion del calor y la muerte por la estincion de éste. La respiracion se debe al vacio que resulta en el feto en el momento en de nacer, la espiracion al calor que espele el aire que ha penetrado los pulmones. Esta es su fisiología.

Hemos dicho que por sus curas y hechos estraordinarios le hacían ser el confidente de los dioses, y vamos á referir entre otras, una que pone de manifiesto su gran sagacidad. Hacía mucho tiempo que las fiebres palúdicas ocasionaban grandes estragos en su pais natal, observó que su aparicion coincidía con la presentacion de un viento llamado *Siroco* (Sub-Este,) que viene de Sicilia: aconsejó hacer una tapia en la parte de la poblacion correspondiente al viento y ejecutado su mandato, no volvió á presentarse la peste. Algunos viajeros modernos han confirmado esta asercion, entre otros, el Dr. Brayer en su obra *Nueve años en Constantinopla*.

Los habitantes de Selinonte padecían una enfermedad endémica por causa del agua de un rio que en ocasiones inundaba la ciudad y dejaba charcos que desprendían vapores mal sanos El filósofo y médico á la vez llevó dos manantiales de agua clara que arrastró la detenida y la endemia desapareció (1.). *

En la misma época florecia en Agrigento otro médico llamado *Acron* que no era pitagórico. Este rechazaba toda teoría médica y quería que se atubieran solo á la esperiencia pura. Por eso muchos le han considerado como el Jefe de la *Secta empírica*. No sabemos que valor puede darse á esta opinion, porque no poseemos fragmento alguno de sus obras. Todo lo mas que se puede decir, es que la division de los médicos en muchas sectas, con sus principios, sus reglas, y en cierto modo, su símbolo distinto; no tuvo lugar hasta dos siglos mas tarde, despues de la fundacion de la biblioteca de Alejandría.

(1) Dió. Laert. *Empedocles. Las Ciencias ocultas* por Eus. Salverte. Paris 1843, pág. 334.

* Hay otro filósofo contemporáneo de Empedocles, muy conocido por su teoría de las *homeomerías*, es *Anaxágoras* de *Clazómene*. Segun él, la materia primordial es un conjunto de átomos infinitamente pequeños fuera del alcance de los sentidos. Unos son similares, otros no, estos se unieron y dieron lugar á la formacion de los cuerpos, cuyos elementos *homeomerías* tienen la misma naturaleza y propiedades, aunque difieren del mismo cuerpo que resulta de su asociacion. Admite una alma inmortal, de naturaleza ignea ó etérea, repartida en todas las partes de los séres organizados. Para Anaxagoras, la manos distinguen al hombre de los demás séres y el mayor ó menor desarrollo de su razon depende de ellas. Dice que el embrion procede únicamente del licor del macho, que la madre no hace mas que recibir; y la diferencia de los sexos consiste en el sitio que vaya á ocupar el feto en la matriz. Concluye con decir que la bilis entra en los pulmones y es la causa de la mayor parte de las enfermedades. *

Llevamos dicho que los Asclepiades enseñaban la medicina y visitaban los enfermos en los templos, tambien se enseñó y egerció en los gimnasios, aun antes que estos hubiesen revelado los secretos de su doctrina. (1) En estos establecimientos había tres clases de médicos un Director ó *Gimnasiarca* encargado de enseñar á los atletas y personas que acudían á estas escuelas; un Vice-director ó *Gimnasta* de administrar los medicamentos á los enfermos, y bastante número de subalternos llamados *Jatraliptas*, de ejecutar las prescripciones del director y vice-director; tales como hacer sangrías, curar heridas, úlceras, reducir fracturas y luxaciones, dar fricciones, unturas etc. Se refieren maravillas de la sagacidad de los directores de estos establecimientos; se dice que conocían las menores infracciones del régimen de los enfermos ó si habían ó no dado el paseo de costumbre ó entregado á los placeres de Venus. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que estos Médicos gozaban de grande reputacion y de no escasa habilidad. (2)

La historia conserva los nombres de dos gimnasiarcas contemporáneos á Hipócrates, pero mas viejos que él, el primero es *Icos de Tarento*, célebre por su sobriedad y su continencia, tanto que llegó á ser proverbial. El otro es *Heródico* ó *Prodico de Selimbria*, el mismo que cita Platon en el pasage de su república (véase pág. 31.) Este fi-

---

(1) Veáse—Platon—*De las leyes*—Daniel Lecler, *Historia de la Medicina*. C. Sprengel' *Historia de la Medicina*.—H. Houdart. *Estudios históricos y críticos sobre la doctrina de Hipócrates*. Paris 1840, en 8.°

(2) Obras de Hipócrates, Libro 2.° de los Prorreticos en su principio.

lósofo dice que Heródico fué el primero que empleó la gimnasia para curar los enfermos, reprendiéndole mucho por querer prolongar de este modo la vida de los achacosos. Hipócrates añade, que mataba á los febricitantes por el escesivo egercicio que empleaba para curarlos (1) pues cuenta que les obligaba á recorrer sin descansar la distancia que hay desde Atenas á Megara, como unos 360 estadios, (próximamente 9 leguas francesas,) y volver. Ambos cargos, por contradictorios que parezcan, se esplican bien, si no olvidamos que un trabajo tan violento conviene á los crónicos y perjudica á los que padecen una enfermedad aguda.

CAPITULO II.

Escuelas Asclepiadeas.

Llevamos dicho que había dispensarios en la mayor parte de los templos de Esculapio donde consultaban los enfermos, se dadan remedios y los jóvenes aspirantes al sacerdocio se iniciaban en la práctica médica. Hasta esta época los Asclepiades habían conservado las tradiciones de la escuela egipcio-indica, es decir, que solo trasmitían su doctrina á los miembros de su familia ó á algunos estraños que habían satisfecho á las pruebas de la iniciacion. Pero desde que los discípulos de Pitagoras revelaron sus misterios médico-filosóficos, desde que los filósofos se atrevieron á discutir y enseñar públicamente los principios de la física, la teología y la moral, desde que los médicos periodeutas y los gimnasiarcas adquirieron la confianza del público; los sacerdotes no pudieron guardar por mas tiempo silencio, sopena de perder para siempre el cetro de la ciencia que habían tenido hasta entonces, viéndose obligados á arrojar al campo de la discusion los principios y reglas de su práctica. Así es como la medicina salió de la oscuridad del santuario y tomó en poco tiempo incremento tan rápido con las nuevas luces de la publicidad. Los sacerdotes del templo de Cnido fueron los primeros en seguir el impulso del siglo, publicando la pequeña coleccion de sentencias cnidianas. Los del templo de Coós no tardaron en seguir el ejemplo de los de Cnido, pues publicaron una série de tratados, que reunieron mas tarde bajo el nombre de *Obras de Hipócrates*. Esta coleccion que abraza todas las publicaciones médicas

(1) Prorreticos. Lib. 6.°, seccion 3.a § 18. Edicion de Mr. Littré.

de este periodo, constituye uno de los mas preciados monumentos de la medicina antigua. Pero antes de hablar de las materias de que se ocupan, vamos á decir algo del personage cuyo nombre llevan.

ARTÍCULO I.—HIPÓCRATES (1).

Hipócrates nació en la isla de Coós, hácia el año 460 antes de Jesucristo, de una familia de Asclepiades. Pretende descender de Esculapio por su padre, y de Hércules por su Madre. Cuéntanse (2) siete parientes con este nombre, pero el mas célebre es el segundo. Se conocen pocas particularidades de su vida y se ignora cuando murió; unos creen que vivió 110 años, otros 82, otros 80. Segun las citas que hace en alguna de sus obras, viajó por el Asia menor, la Tracia, la Macedonia, la Tesalia, y otros paises. Contemporáneo de Sócrates, aunque mas jóven que él, vivió en el siglo de Pericles, en el que las ciencias y las artes llegaron al mayor grado de perfeccion que entonces se conocía.

La isla de Coós, hoy Stancio, situada entre Mileto y Rodas, cerca de las costas de la Jonia, tiene un clima benigno y pasaba entonces por uno de los puntos mas salubres, pero ha perdido su antigua reputacion desde que está bajo la dominacion turca. Entonces tenía un templo dedicado al dios de la salud y una Escuela de medicina la mas célebre de todas.

Hipócrates se hallaba en medio de las mejores condiciones para recibir una educacion médica completa, mas, descontento aun con esta especie de enseñanza doméstica, visitó las principales ciudades de la Grecia, de Asia y Europa, disputó con los filósofos, visitó los gimnasios, prestó los auxilios de su ciencia á cuantos se valian de él, recogió observaciones, tanto sobre las enfermedades y constituciones médicas, cuanto sobre la influencia de las costumbres, de los climas, del régimen de vida etc. Volvió á su pátria y con los materiales que habia recojido y con los que le habian dejado sus antecesores, compuso sus obras inmortales que admiró el mundo é hicieron de la medicina una de las

---

(1) El que quiera estudiar con estension la biografía de Hipócrates, puede hacerlo consultando la escrita por Luis Figuier en el tomo 1.º de su obra *Vidas de los sábios de la antigüedad.*

(2) He aquí la lista de los antepasados de Hipócrates tal cual la espone su biográfico Clercio. Esculapio,-padre de Podalirio,-padre de Hipòloco,-padre de Sòstrates,-padre de Dardano,-padre de Crisamo,-padre de Chomitades,-padre de Teodoro,-padre de Sostrates II,-padre de Crisamo II,-padre de Teodoro II,-padre de Sostrates III,-padre de Nebro,-padre de Gnosodico,-padre de Hipócrates I,-padre de Heráclito, y éste de Hipócrates II, cuyo nombre se ha hecho inmortal. N. del T.

ramas mas importantes de la filosofía natural. Durante su vida adquirió gran celebridad, y en su autoridad se apoyan, cuando hablan de la organizacion humana, su contemporaneo Platon y hasta el mismo Aristóteles.

Poco á poco se fué perdiendo la costumbre de llamar à la medicina la ciencia de Esculapio, desde entonces los sabios principiaron á llamarla la ciencia de Hipócrates. Sus hijos, nietos y yerno fueron tambien médicos y le ayudaron y aun escribieron algunos libros, poniéndolos bajo su egida, ya para honrar su memoria, ya para dar mas valor á sus opiniones y preceptos, ya, en fin, para conformarse con el uso establecido desde muy antiguo entre las familias sagradas ó por todo á la vez; si bien poco despues de su muerte era muy dificil distinguir las obras suyas de las de sus discípulos, dificultad que fué aumentándose en lo sucesivo por la ignorancia ó inexactitud de los copistas que alteraban el testo ó por la mala fé de los bibliofilos. Galeno dice que estos no tenian reparo en poner el nombre de Hipócrates en la portada de los libros que no eran suyos ó que llebavan el de un autor poco conocido para darlos valor con esta superchería; añade, que los comerciantes se valian de este medio para aumentar su precio, sobre todo en la época en que varios soberanos de Egipto y del Ponto Euxino rivalidaban por aumentar sus bibliotecas mandando traer libros de todas partes y pagándolos á precios proporcionados á la reputacion de sus autores.

Los sàbios adjuntos á la biblioteca de Alejandría no tardaron en descubrir el fraude; desde la fundacion de esta tuvieron cuidado de colocar en carpeta separada, los escritos que les parecieron originales del mismo Hipócrates, designándolos con el nombre de *Volúmenes* de la *Tabla chica*, disposicion que aun existió en tiempo de Galeno.

Un gran número de comentadores se han entretenido en distinguir las producciones legítimas de Hipócrates, pero como han tomado distintos caminos y se han apoyado en documentos diferentes, ha variado completamente su número. Galeno trae una lista de todos, distinta de la de los demás, lista que han modificado tambien los modernos. Segun las sábias investigaciones de Mercurial, Foés, Grimm, Grunnér, Ackermann Sprengel y otros muchos, podía creerse que está agotado este punto, pero ahora se está publicando una edicion *de las obras de Hipócrates* con el texto francés en frente, cuyo autor Mr. Litré, en una notable introduccion que ocupa casi el primer tomo, pasa revista á todas las opiniones relativas á la autenticidad de los libros hipocráticos, y hace

brotar de un fondo tan rebuscado, y en apariencia estéril, una nueva luz, indicaciones profundas é ingeniosas que uno estaba lejos de esperar. «¡Tan cierto es que en materia de antigüedades, como en materia de ficciones, no se espiga tan bien un campo que no encuentren algo que recoger los que vengan detrás!»

El moderno traductor *de las Obras de Hipócrates* no ha recogido solo algunos manojos de espigas, sinó una excelente y abundante cosecha; examina, á ejemplo de sus antecesores, el catálogo de los escritos atribuidos al padre de la medicina griega, y añade nuevas variantes á las ya existentes. Sin engolfarme en investigaciones ó disertaciones agenas al plan que me he propuesto, he adoptado la siguiente regla para que me sirva de guia en este dedalo de opiniones divergentes. Admito como legítimos los escritos reconocidos como tales por los principales críticos y considero los demás como dudosos ó apócrifos. Esta regla me parece la mas segura para aproximarse á la verdad, tanto como es dable en semejante materia, puesto que los intérpretes ó comentadores propenden, por lo general, á estender el dominio de su autor favorito mas que á restringirle. He aquí, pues, los que me parecen ser los escritos auténticos de Hipócrates segundo.

El Pronóstico.
Algunos aforismos.
Las Epidemias, 1.er y 3.er libros.
Del régimen en las enfermedades agudas.
De los aires, aguas y lugares.
De las articulaciones ó de las luxaciones.
De las fracturas.
Del Mochilo ó de los instrumentos de reduccion.

Esta lista no abarca la cuarta parte, pero, aun reducida como es, basta, si nos atenemos á la época en que fueron escritos, para justificar el entusiasmo de los contemporáneos y la admiracion de la posteridad.

ARTÍCULO II.

Coleccion hipocrática.

Mr. Littré prueba de una manera convincente que esta coleccion, tal cual hoy la conocemos, no se publicó por completo sino en tiempo de la fundacion de las grandes bibliotecas de Alejandría y de Pergamo. Hasta entonces circulaban pocos escritos de Hipocrátes, pues la

mayor parte de ellos estaban en poder de sus sucesores que únicamente se los daban á sus discípulos. Esta coleccion encierra un pequeño número de tratados completos, y otro mayor, pero truncado, formado de estractos, fragmentos, notas y pensamientos sueltos cuya misma imperfeccion atestigua por algunos de estos trozos que no estaban destinados á publicarse; correspondiente la mayor parte á escritos de diversos autores, con algunos fragmentos de Platon y Aristóteles. La coleccion hipocrática es el mas antiguo y auténtico monumento de la ciencia médica, es el primer anillo conocido de la cadena que une las doctrinas y los descubrimientos de la medicina antigua con las doctrinas y descubrimientos de la moderna. Solo por esto ya merece nuestra atencion, aunque tambien ayudan à esta la exactitud de sus observaciones, la estension de sus ideas y la delicadeza de las indicaciones que brillan en alguna de sus partes.

§. I. ANATOMÍA Y FISIOLOGÍA.

Ni Hipócrates ni sus descendientes disecaron cadáveres humanos, el respeto profundo que se tenía á los muertos en toda la Grecia se oponia á esta práctica. En sus escritos solo se encuentran algunas generalidades sobre la forma, volúmen y posicion respectiva de las principales vísceras; no así los huesos que están descritos con bastante exactitud, hecho que se esplica por una tradicion de que los Asclepiades de Coós tenian en su escuela un esqueleto humano para enseñar á sus discípulos. Además pudieron adquirir algunos conocimientos sobre la conformacion de las partes contenidas cuando examinaban las entrañas de las víctimas, asistiendo á los heridos que padecian heridas penetrantes de alguna cavidad y disecando animales. Segun la opinion de casi todos los historiadores, estas son las fuentes de donde han sacado sus conocimientos anatómicos los miembros de la familia de Hipócrates. Sin embargo, el autor de la *Historia de la Anatomía* niega que este haya disecado animales y que tuviera un esqueleto. Sea de esto lo que quiera, he aquí los libros en que se encuentran muchos detalles anatómicos.

De los lugares en el hombre.
De las heridas de cabeza.
El Mochilo.
Del corazon.
De las glándulas.

De la naturaleza de los huesos,

Fragmentos sobre la diseccion de los cuerpos.

A la conclusion del período que nos ocupa principió á debilitarse la preocupacion que impedía tocar los cadáveres humanos, tambien parece que empezó á estinguirse la familia de Hipócrates, puesto que desde aquella época ya no figura ningun descendiente suyo en la história de la ciencia.

La fisiología, tal como hoy la concebimos, es decir, esta rama de la ciencia que se ocupa en describir las funciones de cada aparato orgánico, no puede dar un paso sin el auxilio de la anatomía, por eso choca poco que apenas se encuentren algunas indicaciones en los libros hipocráticos. En ellos se lee que las glándulas son vísceras esponjosas destinadas á empapar la humedad de las partes vecinas, y que el cerebro, como glándula mas gruesa, aspira los vapores del interior de todo el cuerpo. Los músculos conocidos con el nombre genérico de *carnes* están destinados á cubrir los huesos; los nervios propiamente dichos, los tendones, los ligamentos y las membranas, son tenidos como análogos y con iguales funciones, es decir, que todos en comun concurren á la produccion de los movimientos. Lo general es que confunden las arterias con las venas, ó si las distinguen, es en la suposicion de que las unas contienen aire y las otras sangre. La respiracion tiene por objeto templar el calor de los pulmones y del corazon.

Pero si los fisiólogos de entonces olvidaban el estudio de cada funcion en particular, en cambio se dedicaban á especulaciones trascendentales sobre la naturaleza y asiento del principio vital. Unos le colocan en la humedad, otros en el fuego, otros en la union de dos ó de cuatro elementos. Cada uno se esfuerza en sostener su teoría con argumentos mas ó menos especiosos, cada uno aspira á la gloria de remontarse hasta los primitivos principios; las verdades aisladas, los conocimientos intermedios eran motivo de desprecio por parte de estos observadores. Esta era la direccion que daban los médicos y filósofos á sus investigaciones, y en algunos libros de la coleccion hipocrática iremos viendo muchas de estas que se limitan al conocimiento del principio motor de las organizaciones.

§. II. HIGIENE.

Al hablar de la medicina de los Hebreos, digimos que Moises habia regulado todo cuanto concierne á la conservacion de la salud. Los As-

clepiades que debian, como él, su educacion á los sacerdotes de Egipto, dieron tal y tan grande importancia á la higiene, que sus escritos son todo lo acabados que se puede esperar de los conocimientos que poseian. Estos son

1.° El tratado de *Aires, Aguas* y *Lugares* bosquejado por una mano maestra. Se espone en él con método y con ayuda de la esperiencia, el influjo de los climas, de las estaciones, del suelo, sobre la salud del hombre. Se ha censurado al autor de este libro que trate estos graves asuntos de una manera, al parecer, superficial, cosa que no es verdad, si tenemos en cuenta que no habia nacido la física esperimental sin la que es imposible tratar estas cuestiones de un modo concienzudo. Lo cierto es que no conocemos otro que encierre mas puntos de vista ni de mayor trascendencia filosófica, segun digimos al principiar el estudio de este periodo. En apoyo de lo dicho haremos notar que contiene el gérmen de dos producciones modernas tenidas con razon como obras maestras, *el Espíritu de las leyes de Montesquieu* y las *Relaciones de lo físico y lo moral del hombre por Cabanis.* (1)

2.° El tratado del *Régimen* dividido en tres libros, composicion bien concebida y mejor desarrollada á pesar de algunas digresiones y rarezas que tiene la primera parte. Su autor dice, que el hombre está formado de dos principios, el *agua* y el *fuego*, cuyo equilibrio constituye la salud. Esta teoría llena el libro primero; el segundo se ocupa en estudiar todos los modificadores higiénicos destinados á secar ó humedecer; el tercero marca el modo como debe hacerse uso de estos modificadores, teniendo en cuenta la posicion social de los sugetos, su profesion, su buena ó mala constitucion, su estado de gordura ó flacidez, las estaciones etc. En estos tratados se ve el principio de esta dicotomia á la que tanto empeño han tenido los fisiólogos de referir, bajo tan variados nombres, todas las modificaciones del organismo.

3.° El pequeño tratado de la *Dieta salubre* estracto del precedente, desprovisto de toda descripcion fisiológica, al cual haremos solo un pequeño cargo; el ser muy sucinto. Su autor recuerda en él la costumbre que tenian muchos de tomar uno ó mas vomitivos cada mes ordinario en su tiempo como un proceder higiénico. «Dice, que el que tiene la costumbre de vomitar dos veces cada mes, encontrará mas ventaja con hacerlo dos dias seguidos, que una vez cada quince dias.» (§. 7.°)

(1) Véase la octava edicion seguida de la Carta sobre *las causas primeras* con notas por L. Peisse. Paris, 1844, en 8.°

§. III. PATOLOGÍA Y TERAPÉUTICA.

Hemos dado una idea de las nociones que tenian los Asclepiades de la estructura y funciones de las diversas partes del cuerpo, así como de los médios de conservarlas su integridad. Diremos ahora algunas palabras sobre el desorden de estas mismas funciones y medios de hacerlas volver á su estado normal; nos ocuparemos, en fin, de la patología y de la terapéutica, cada una de las que se subdivide en otras ramas segun el modo de ver de sus autores y la estension de los conocimientos que poseian.

Una de las divisiones mas antiguas de la patología y de la terapéutica es la que separa en dos órdenes las enfermedades y la manera de tratarlas; uno interno ó médico, otro esterno ó quirúrgico. Nosotros conservaremos esta division, no porque sea muy filosófica, sinó porque la siguen la mayor parte de los escritores que tratan de esta materia y que todavía se sostiene en la ciencia á pesar de su poca exactitud; pero antes harmos una sola advertencia cuya importancia se irá apreciando en el curso de esta história y es, que una clasificacion científica no es mas que una colocacion artificial de hechos é ideas que sirven para formar una ciencia. Ahora bien, como cada dia se añaden nuevos hechos y nuevas ideas á las antiguas, resulta de aquí que varía el valor de una clasificacion segun el tiempo. Sirvan de ejemplo las que parecian tan buenas en tiempo de Hipócrates con la de Sauvages y tantas otras tan celebradas en el siglo pasado y tan olvidadas hoy por las nuevas y recien hechas por diversos escritores de nuestros dias. El génio del hombre no ha alcanzado á trazar un cuadro inmutable en el cual se encierren todas las ideas, todos los descubrimientos de las futuras generaciones, y el que lo intente, no hará mas que engolfarse en un laberinto donde no pueda salir; verdad es que algunos lo han intentado, pero hasta ahora no lo han conseguido. En mi juicio el mérito de una clasificacion metódica estriba en abrazar, de la mejor manera posible, la universalidad de las materias que constituyen una ciencia en una determinada época y en presentarlas de modo que facilite la memoria y el juicio, modo que se comprende debe variar con las diferentes fases de la ciencia.

Durante el período que estudiamos, el organismo era considerado como un todo casi indivisible, los síntomas como la espresion de un trastorno general orgánico, mas bien que como indicio de un desórden

particular de tal ó cual parte. En virtud de estas miras, los médicos estudiaban siempre su marcha, su gravedad, sus indicaciones generales, sin ocuparse de ninguna enfermedad en particular, por ejemplo: «se decía que era conveniente que el profesor encontrase acostado al enfermo de la misma manera, poco mas ó menos, que cuando estaba bueno, esto es, sobre uno de los lados, con la cabeza y estremidades superiores é inferiores en semiflexion, lo contrario que cuando la estension es forzada y tiene tendencia á caerse de la cama ó de correrse hácia los pies en ciertos males. (1)»

La escuela de Coós había hecho con sumo esmero desde su principio el estudio de los síntomas de un modo abstracto y general, creando una nueva rama de patología que se conoce con el nombre de *Semeyótica*.

§. IV. SEMEYOTICA.

La Semeyótica ocupa un lugar preferente en la medicina de los Asclepiades. Los dos tratados principales de esta coleccion, *los Pronósticos y el libro 2.° de las Predicciones ó Porrohéticos* estan destinados á esta rama de la patología. De lo mismo se ocupan el 1.er libro de las *Predicciones ó Prenociones coacas*, especie de colecciones que se tienen por anteriores á Hipócrates, así como el libro *de los Sueños* que es un apéndice al tratado del *Régimen*. Todos estos fragmentos reunidos forman mas de la octava parte de los escritos hipocráticos, sin contar un gran número de sentencias esparcidas en otros libros, especialmente en los *Aforismos*. Hipócrates al principio de su *Tratado del pronóstico* nos da una esplicacion precisa del sentido que antes se daba á esta palabra, al mismo tiempo que aprecia con un criterio muy elevado el gran valor de esta rama de la patología. «Dice, que, le parece ser el mas preciado Médico aquél que pronostica mejor, penetrando y esponiendo, antes de todo, á la cabecera de los enfermos, el presente, el pasado y el porvenir de sus enfermedades y poniendo á la par de manifiesto lo que ellos omiten, se convencerán de la verdad de sus conocimientos, se grangeará su confianza y harán sin vacilar cuanto les preceptúe. Dirigirá tanto mejor la curacion de un mal, cuanto que sabrá, con el auxilio de lo que vea en el momento, leer el porvenir. Todos saben que es imposible volver la salud á todos los enfermos: aunque esto valdría mas que predecir la marcha del mal. Pero una vez que muchos tienen que mo-

(1) Del pronóstico, § 3.°

rirse, unos antes de llamar al médico, víctimas de la violencia del mal; otros en el momento de haberle llamado, y los restantes despues de pasados algunos dias, sin que haya tenido tiempo de combatir con los medios del arte su enfermedad, importa mucho conocer la naturaleza de las afecciones, saber cuando son superiores à los esfuerzos orgànicos y aun indagar al mismo tiempo, si hay en ellas algo de divino. * deben tambien advertirse cuidadosamente las diferentes enfermedades epidémicas y no ha de ignorarse la constitucion del tiempo.» * De esta manera se llamará con justicia Médico y egercerá con pericia su profesion. En efecto, todo el que prediga con bastante anticipacion los accidentes que pueden sobrevenir, podrá preservar mejor del peligro á aquellos cuyos males son curables y no le deshonrarán cuando conozca y diga los que han de suceder. (1)»

Por este pasaje se vé que la palabra *Pronóstico* tenía una significacion mucho mas lata entre los antiguos que tiene entre los modernos, puesto que abrazaba al mismo tiempo este y el diagnóstico. El segundo paragrafo del mismo libro nos dice de que manera formaban su pronóstico los hipocratistas y da una idea de la gran diferencia que hay entre la medicina de su tiempo y la nuestra. «Dice que el Médico deberá hacer en toda enfermedad aguda las siguientes observaciones: primera, examinar la cara del enfermo y notar si se asemeja á las de las personas sanas, y sobre todo, si se parece á la del mismo cuando está bueno; esta circunstancia es la mejor, pues cuanto mas se aparta del parecido natural, tanto mayor serà el peligro. Las facciones llegan á su mayor grado de alteracion, cuando la nariz se afila, los ojos se hunden, las sienes se deprimen, las orejas se encogen y se quedan frias, sus lóbulos se inclinan hacia fuera, la piel de la frente se pone tirante, seca y árida, toda la cara, en fin, queda verdosa, negra, lívida ó aplomada. Si desde el principio del mal el rostro presenta estos caracteres y los demás signos no suministran indicaciones suficientes, se preguntará si el enfermo ha estado mucho tiempo desvelado, si ha tenido alguna gran diarrea, si ha sufrido hambre, porque si hubiese acontecido cualquiera de estos accidentes, deberá considerarse menos inminente el peligro. Semejante estado morboso se juzga en veinte y cuatro horas cuando las causas que acabo de indicar son las productoras de la alteracion fisionómica, pero si así no fuese, si la enfermedad no cesase en las horas prefijadas, la muerte no se hará esperar. (2)»

(1) Del pronóstico. §. 1.°
(2) Del pronóstico. §. 2.°

Mucho tiempo y muchas observaciones han sido precisas para reunir en un solo cuadro, como lo ha hecho Hipócrates, los rasgos culminantes de la descomposicion del rostro en el momento que nos abandona la vida, para referir este espantoso aparato de síntomas, unas veces á una ligera indisposicion que se juzga en veinte y cuatro horas, otras á un estado, cuya fatal terminacion nada puede impedir ni retardar. En aquella ocasion, el Médico formaba su juicio y su pronóstico sin tener en cuenta el estado de los órganos interiores, lo que indicaba una gran sagacidad, pues de lo contrario, por mucha atencion que pusiera, debería ser para él un motivo frecuente de errores. Hoy, un Médico en presencia de tal conjunto de síntomas llegaría á atribuirlos á una lesion visceral, cosa que no era posible en tiempo de Hipócrates, á causa de serle desconocida la anatomía patológica y tener que contentarse con la observacion de los fenómenos ostensibles, fundando con ellos su pronóstico y su tratamiento. El que está acostumbrado á ver enfermos, que conoce por esperiencia la variedad infinita y la inconstancia de los síntomas, es el que solo puede apreciar el tiempo, el trabajo y la paciencia que se precisa para entresacar algunas proposiciones generales de la observacion de estos, en una palabra, para trazar reglas de semeyotica como las que nos ha legado la medicina antigua, algunas de las que conservan todavia su valor. Si pensamos mas detenidamente, nos admiraremos de la perspicacia de los antiguos que en muchos casos sabian preveer los acontecimientos de las enfermedades con tanta seguridad como nosotros, que contamos hoy con medios de investigacion mas perfeccionados y numerosos. Téngase además presente, que la mayor parte de estas reglas están formuladas en sentido aforístico, circunstancia que indica la manera que fueron establecidas. He aquí poco mas ó menos como han debido proceder: cuando síntomas idénticos ó análogos se presentaban cierto número de veces, guardando el mismo órden, comprobaban el hecho de su sucesion constante con una proposicion general, cuya enumeracion pocas veces contenía escepciones, porque la esperiencia no habia puesto todavía de manifiesto ninguna de estas. Pero á medida que en lo sucesivo, se fueron viendo, se las anotó y se formaron nuevos aforismos que rectificaban los primeros ó los contradecian; mas adelante se aumentaron las escepciones de tal modo que estos axiomas perdieran parte de su valor. Los autores que despues adoptaron esta forma de enunciar sus conocimientos, fueron menos afirmativos, menos absolutos en sus sentencias, y como tal, inspiraban menos confianza, cambio que vemos operarse entre el tratado del *Pronós-*

tico y el segundo libro de las *Predicciones*. Sea el que quiera el autor de este último, se advierte que se muestra menos confiado y menos afirmativo que su predecesor. Empieza por llamar la atencion del lector contra lo maravilloso de ciertas predicciones y cita las que se atribuian á los directores de los Gimnasios. «En cuanto á mi, añade, no soy adivino, pero describiré los signos mas á propósito para poder juzgar, que enfermos podrán curarse, cuales se moriràn y cuales los que estarán poco ó mucho tiempo enfermos.» (1)

Segun algunos pasages del mismo libro y algunos fragmentos sobre los sueños que forman parte de la coleccion hipocrática, parece que los médicos de entonces acostumbraban á pronosticar un mal desde la primera ó segunda visita; costumbre que todavia subsiste en China como ya lo hemos dicho, y en Turquía como lo atestigua mi respetable amigo el Dr. Brayer, que con este motivo refiere una curiosa anécdota en la cual hizo hasta cierto tiempo el papel de adivino. (2) Costumbres como esta, recuerdan la infancia del arte; allí donde imperan la ignorancia y la supersticion, se consulta á un médico como á un oráculo, como á un hombre dotado de ciencia infusa, no como á un simple mortal que ha llegado á fuerza de estudios y observaciones á conocer la marcha natural de cierto número de enfermedades y asignar algunos caracteres por medio de los que puede en muchas ocasiones anunciar, con alguna probabilidad, el exito. Hipócrates vitupera mucho á los médicos que abandonando el camino de la verdad y de la rectitud, se convierten en Taumaturgos ante los enfermos, dan sus respuestas de una manera que se adapta bien á las mas diversas situaciones, en fin, emplean toda clase de artificios como hacen hoy los hechiceros, los juglares, los sonámbulos, para engañar á los infelices que sufren.

§. V. NOSOGRAFÍA INTERNA.

La nosografía es la clave de la terapéutica, y en tanto es esta segura y racional en cuanto que la primera es metódica y completa. Poco importa que el terapéutico tenga á su disposicion muchos y variados

(1) *Libro 3.º de las predicciones* §. I. Traducion de Gardeil.
NOTA. Mr. Littre no ha concluido todavia la traducion de las obras de Hipócrates y por esto me veré obligado á servirme para algunos libros de la de Gardeil, y tendré el cuidado de indicar esta circunstancia como acabo ya de hacerlo. N. del A.
El autor alude al tiempo en que publicó su libro, pues hoy está completa la edicion, y parte de ella, como ya hemos dicho, traducida al castellano por el Catedrático Santero. N. del T.
(2) Obra citada.

agentes curativos, si no sabe distinguir todos los casos en que su empleo es oportuno ó perjudicial. ¿Que digo? cuantos mas medios tenga á su disposicion, cuanto mas potentes y enérgicos sean, tanto mas peligrosos llegarán á ser en manos de los ignorantes. Lo que mas distingue al práctico ilustrado y juicioso del rutinario ciego y temerario, es el conocimiento de las indicaciones, dato que solo se adquiere comparando los síntomas que ve, con los observados antes y con las mas fieles descripciones nosológicas.

En muchos pasages de los libros hipocráticos se dividen las enfermedades en esporadicas, endemicas y epidémicas; distincion muy útil y fundada, que el práctico no debe perder nunca de vista, atendido á que una misma enfermedad cambia de gravedad y reclama medios distintos segun las fases y formas en que puede presentarse. Los mismos escritores las dividen en agudas y crónicas, pero lo hacen de una manera oscura, se contentan con indicar esta division, mezclan y confunden en sus libros estas dos clases, en una palabra, no observan ni guardan órden alguno. Uno solo se distingue de los demás por su método, es el pequeño *Tratado de las afecciones*, resúmen de nosografía el mas completo de la coleccion; en el están descritas segun la région que ocupan, así es que el frenesí que se le creia fijo en el diafracma, está descrito despues de la pulmonía, y cosa chocante; las fiebres lo están despues del frenesí, como si tuvieran su asiento en el estómago y la parte superior del vientre.

He aquí una lista de libros correspondientes á la coleccion hipocrática destinados en totalidad ó en parte al estudio de la nosología interna.

1.° *El tratado del régimen de las enfermedades agudas, desde el paragrafo 29 hasta 44 inclusive.*

2.° *El tratado de los lugares en el hombre, desde el paragrafo 16 hasta la terminacion del libro.*

3.° *Una pequeña monografía sobre la Epilepsia, llamada enfermedad sagrada.*

4.° *El tratado de las enfermedades, en cuatro libros.*

5.° *El tratado de las afecciones.*

6.° *El tratado de las afecciones internas.*

7.° *Un fragmento sobre las enfermedades de las mugeres en particular sobre la histeria.*

8.° *El libro sobre la naturaleza de la muger.*

9.° *El tratado de las enfermedades de las mugeres, en dos libros.*

10.° *Una monografía sobre la esterilidad.*

Todos estos libros y fragmentos están lejos de constituir un tratado completo de patología interna. La mayor parte de las enfermedades crónicas solo se citan por su nombre, algunas ni aun esto, y solo un pequeño número se describe. La omision de toda esta clase tan importante de enfermedades es debida á que se las consideraba por la generalidad de los médicos como simples incomodidades que no merecian llamar la atencion.

Hemos citado y refutado ya la opinion de Platon que censuraba á Herodico porque se empeñaba en prolongar la vida de los valetudinarios con el ausilio de la gimnasia. He aqui un pasaje de otro autor contemporáneo de este filósofo que pensaba poco mas ó menos que él. «En su tratado de las enfermedades, §. 36 dice, que «la lepra, las comezones, la sarna, las costras, las manchas blancas de la piel, la alopecia, etc. provienen de la pituita; por eso se han empleado remedios que evacuen este humor; *pero estas son mas bien deformidades que enfermedades.* (*1*).»

En segundo lugar, son tan defectuosas las descripciones que han hecho los Asclepiades de las enfermedades agudas, á pesar del grande esmero que á su estudio prestaron, que es muy dificil, por no decir imposible, citar una sola que ofrezca un cuadro algo acabado y bien ordenado de una especie morbosa cualquiera; de lo cual concluimos diciendo, que estos restos de la antigüedad médica tienen hoy poco interés bajo el punto de vista didáctico, pero si no sirven para el estudiante ó para el práctico novél, valen en último resultado para el erudito ó el filósofo, para quienes los restos de la antigüedad son como las miras que indican el camino que ha seguido antes la ciencia, y el espacio que ha recorrido.

Presumo que mis lectores no llevarán á mal que ponga aquí la descripcion de algunas enfermedades elegidas de entre las que me han parecido mejores de la coleccion hipocrática.

De la Pulmonía.

«La pulmonía aparece de la manera siguiente: El atacado se siente débil, se va de acá para allá, no sabe como tenerse, con fiebre alta, respiracion anhelosa y frecuente, dolor en distintas partes del pecho, en las escápulas, en la parte anterior, arriba, abajo ó en medio, gra-

(*1*) Traducion de Gardeil

vativo; algunas veces delira. Pulmonías hay en que el dolor no se deja sentir hasta que se tose, las cuales son mas peligrosas y de mayor duracion. Al principio del mal no arrojan los enfermos mas que cortas cantidades de una materia espumosa, la lengua se cubre de una capa amarillenta, que luego se ennegrece. Cuando esto sucede desde que la inflamacion se manifiesta, esta marcha con mas rapidéz, lo contrario que cuando el color negro se presenta despues. Entonces la lengua se pone áspera, resquebrajada y se pega al dedo siempre que se la toca, y estos cambios de coloracion y consistencia anuncian el estado de la enfermedad, del mismo modo que en la pleuresia. La pulmonía dura lo menos catorce dias, y lo mas, veinte. Mientras dura, la tos es fuerte y el pulmon se desembaraza de los materiales estraños. Al principio los esputos son abundantes y espumosos hácia el sétimo ú octavo dia; cuando la fiebre ha alcanzado su máximun, si la pulmonía es húmeda, los esputos son mas espesos; sinó, tomarán al diez y siete un color verdoso con estrias sanguinolentas. Desde el doce al catorce son muy abundantes y de carácter puriémulo. Tal es la situacion de todos los que tienen el temperamento y la constitucion de los cuerpos húmedos y cuya enfermedad es intensa, lo contrario que sucede en los de condiciones opuestas, en las cuales la enfermedad es menos grave. Cuando á los catorce dias no salen con la tos mas esputos puriémulos y el pulmon no tiene materias estrañas ó está seco, se cura; en el caso contrario, hay que cuidar si se agota el esputo desde el diez y ocho al veinte y uno; si no se agota, preguntad al enfermo si tiene sabor dulzaino, si dice que si, es prueba que supura el pulmon, entonces ya se sabe que el resultado es al fin fatal. Entonces podrá durar, cuando mas, un año, al menos que el pus no salga en cuarenta dias. Cuando diga que los esputos tienen muy mal sabor, probará que su muerte no se hará esperar.

Desde los primeros dias se puede, pues, saber á que atenerse. Cuando el enfermo arroja todo el pus podrido en los veinte y dos primeros y que no hay nuevos desgarros en el pulmon, se salvará; de lo contrario, se morirá. La primera de estas dos especies de pulmonía no deja tras sí vestigio alguno en el pulmon. Es muy importante conocer las inquietudes que siente el enfermo, y cuales son los medios de que dispone el médico para combatirlas; si los síntomas son moderados, el resultado es bueno, en este caso la pulmonía no es mortal de suyo. Luego diremos el modo de tratarla.»

DE LA PLEURESÍA. (1)

He aquí el estado de un enfermo acometido de pleuresía. Dolor en alguno de los lados, escalofríos, calentura y respiracion frecuente, tos, decúbito sentado, esputos biliosos de color de corteza de granada, cuando no hay desgarraduras, sanguinolentos, si las hay. Si no las hay y son biliosos, la pleuresia es buena; en el caso contrario, es mala y aun mortal si se presenta hipo; si con la tos sale saliva y coagulos de sangre negra, sobreviene la muerte en el dia sétimo; si llega al diez, se cura el enfermo; si al veinte, termina por supuracion y esputa pus concluyendo por vomitarle, siendo entonces muy difícil la curacion. Hay pleuresías secas, sin esputos y son muy malas; en estas los fenómenos críticos son distintos que en las húmedas; en ellas conviene dar mucho á beber á los pacientes. Las biliosas y las sanguineas se juzgan al noveno ó al onceno dia. Se curan estos males con mas facilidad cuando desde el principio son poco intensos los dolores y si se hacen agudas al quinto y sesto dia, entonces se prolonga el mal hasta el doce; si se le pasa, se cura. Cuando este ha sido moderado desde el principio, violento desde el sétimo y octavo, no se juzga hasta el catorce, despues de lo qne ha pasado el peligro.

La pleuresía de la espalda difiere de las demás en que se siente un dolor como el de una herida. Los enfermos se quejan gritando, la respiracion frecuente, esputos poco abundantes; al principio cansancio general, orinas sanguinolentas al tercero ó cuarto dia, lo comun es que muera el enfermo al quinto ó sétimo, pasado este término se cura; despues de esta fecha la enfermedad es menos grave y menos mortal, sin embargo conviene estar con cuidado hasta el catorce, pasado el cual, el enfermo se salva. Ciertos pleúriticos arrojan esputos buenos mientras que arrojan orinas semejantes al jugo que exala la carne asada; sienten dolores agudos que se dirijen de la parte anterior del pecho á las axilas; en este estado, si pasan del sétimo dia, se curan.

Cuando en las pleuresías aparecen granos pequeños en la espalda con calor en las escápulas, sensacion de peso é incomodidad en el vientre, que despide materiales verduzcos y fétidos, la muerte sobreviene al dia veinte, por consecuencia de esta evacuacion, pero si pasa del veinte, se cura.»

---

(1) Ibidem. §. 18, 19 20.

Semejantes y parecidas descripciones, como llevo dicho al principio de este capítulo, no reportan utilidad á los lectores estraños á los estudios médicos, ni á los principiantes; pero son preciosos como monumento histórico para conocer el estado de la ciencia en una época tan remota, de la que solo nos quedan algunos restos; el práctico esperimentado ve en ellos con interés muchos caracteres de enfermedades que el mismo ha observado y que prueban hasta cierto punto la exactitud de estos cuadros.

§. VI. TERAPÈUTICA.

Los mèdicos de los dos períodos precedentes, no habían emitido máxima alguna general de terapéutica, pero seguían por instinto la siguiente: «*cuando una medicacion ha curado una enfermedad cualquiera, debe curar igualmente todas las enfermedades idénticas á la primera.*» Esta máxima de una verdad incontestable, es solo una fraccion de otra mas general que abraza toda la filosofía de las causas y que se puede enunciar de esta manera: «*los mismos agentes colocados en análogas circunstancias, producirán siempre los mismos efectos.*» Pero una proposicion tan universal, que no solo corresponde á la medicina, sinó á las demas ciencias, que nada dice sobre la accion íntima de los medicamentos, pareció demasiado superficial á los médicos filósofos y demasiado vaga á los prácticos que ambicionaban tener una regla menos elástica, una regla, en fin, mas conforme con las exigencias de el arte. En consecuencia, unos y otros buscaron un principio fundamental de terapéutica, y he aquí cual fué el fruto de sus investigaciones; creyendo ver que hay siempre una especie de antagonismo entre la causa de los fenómenos morbosos y las propiedades activas de los medicamentos, ó bien entre la modificacion patológica del organismo y la impulsion curativa impresa á la economía por el tratamiento; espresaron esta ley por el siguiente aforismo: «*Contraria contrariis curantur. Los contrarios se curan con los contrarios.*»

La mayor parte de los escritores de medicina adoptáron este principio y se esforzaron en establecer el arte sobre su base; mas para ello, eran precisas dos cosas:

1.ª Conocer la causa primordial de cada enfermedad ó la lesion primitiva que la constituye.

2.ª Determinar el modo de obrar y el grado de energía de los

agentes terapéuticos á fin de que el práctico pueda elegir los mas opuestos al mal que quiere curar.

Poco á poco iremos dando á conocer los resultados de los esfuerzos intentados en diversas épocas para conseguir este doble objeto y mas de una ocasion tendremos de discutir la validez de la *hipenantiosis* ó el principio de los contrarios. Ahora solo nos basta hacer notar que este principio no ha sido, desde su aparicion, acogido por todos. El autor del libro que lleva el siguiente título *de la Medicina antigua* uno de los mas filosóficos de la coleccion hipocrática dedica muchos paragrafos á refutar este axioma (vease §. del 13 al 20 inclusive.) En el tratado de los *Lugares en el hombre* se lee que las enfermedades se curan, unas veces por los contrarios, otras por los semejantes, otras, en fin, por remedios que no tienen relacion alguna de semejanza ni oposicion (vease §. 67, 68, 69, 70, Gardeil.) Terminaremos este capítulo esponiendo un egemplo del modo como los prácticos de aquella época aplicaban los principios generales de la terapéutica al tratamiento de cada enfermedad. He aquí uno de los mejor ordenados y mas completos que contiene la coleccion.

TRATAMIENTO DE LA PLEURESIA Y DE LA PULMONÍA. (1)

Es necesario tratar de la siguiente manera las afecciones perineumonicas y de la pleura. Si la fiebre es aguda, si hay dolor en uno ó en los dos lados del pecho, si el enfermo sufre durante la espiracion, si tose, si los esputos son herrumbrosos ó lívidos ó tenues, espumosos, ó sanguinolentos ó en fin, si se diferencian algo de los que se arrojan en el estado normal; conviene obrar del modo siguiente: si el dolor se estiende por arriba hasta la clavicula ó cerca de la axila y el brazo, se abrirá la vena interna del correspondiente al lado afecto. La cantidad de sangre que se tenga que sacar ha de ser proporcionada á la constitucion del cuerpo, á la estacion, á la edad y el color del enfermo, y si el dolor es agudo, se dejará salir hasta producir desmayo, aplicando despues una lavativa. Si al contrario, el dolor ocupa la région inferior de la pared del pecho y la tension es fuerte, deberá administrarse un purgante suave, pero nada mas interin esté este obrando, despues, podrá tomar el oximiel. El purgante deberá administrarse al cuarto dia,

(1) *Apéndice al Tratado del régimen en las enfermedades agudas*, §. II. Trad. de Mr. Littré T. II. pag. 395 y siguientes.

usando en los tres primeros de lavativas y recurriendo al medicamento, como ya se ha dicho, si estas no produjesen ningun resultado favorable. Se tendrá con los enfermos mucho cuidado hasta que no tengan calentura y llegue el sétimo dia; desde esta época, si pareciere que están fuera de peligro, déseles un poco de jugo de tisana en pequeña dósis, al principio tenue y mezclada con miel. Si la convalecencia adelanta, sinó duelen los costados, si la respiracion es buena, se administrará dos veces al dia el jugo tenue de tisana aumentando poco à poco su consistencia y cantidad, pero si al contrario, la convalecencia es mediana, se les dará menos de beber y por alimento solo una pequeña porcion de jugo ligero de tisana y por sola una vez; eligiendo para dársela una hora en que los pacientes se sientan mejor, lo que se conocerá por el exámen de la orina. A los que se hallan próximos á la curacion, no debe dárseles tisana, mientras las condiciones de los esputos y la orina no indiquen la cocion; sin embargo, si se ha usado alguna purga y ha producido evacuaciones copiosas, conviene dar la tisana, pero en corta cantidad y ténue, porque sinó, la vacuidad de los vasos no les dejará dormir, ni digerir, ni aguardar las crísis; fuera de este caso, es necesario que se fundan los humores áccidos y que sea evacuada la materia morbosa y entonces nada se opondrá ya á que se alimenten. Se conoce que los esputos están cocidos cuando se parecen al pus; y las orinas cuando depositan un sedimento rojizo como el del orobo (*ervun ervilia* Linn.) En cuanto á los demás dolores de costado, nada impide que se apliquen fomentos y emplastos de cera; se darán fricciones con aceite caliente ó con manteca en los lomos y en las piernas y se cubrirán los hipocondrios hasta las mamas con cataplasmas de simiente de linaza. Cuando la perineumonía llega á su máximun, de nada aprovecha lo que se haga sinó se provoca evacuacion, y es muy malo que el enfermo tenga disnea, que la orina sea clara y acre, y que se presenten sudores al rededor del cuello y la cabeza, sudores que son fatales, por que se presentan á proporcion que el mal se aumenta, produciendo sofocacion y estertor, en cuyo caso muere el enfermo á no ser que le aparezca un flugo de orina abundante y espesa ó una espectoracion de materiales cocidos. Cualquiera de estos fenómenos que sobrevenga espontaneamente resuelve la enfermedad.

Eclegma para las perineumonías de galvano y piñones con miel atica. Otro espectorante, abrotano, (*artemisa abrotanum*) con oximiel y pimienta.—Purgante; hagase un cocimiento con el heleboro negro (*helleborus orientalis* Lin.) y desele á beber á los pleuríticos en el principio

y mientras dure el dolor; tambien es bueno en los males del hígado y en los dolores agudos que proceden del diafragma una bebida de opoponaco, (*pastinaca opoponax* Lin.) que se hace hervir en oximiel y despues se cuela. En general debe administrarse en vino y miel cualquier remedio que haya de producir evacuaciones de vientre y de orina, y si se trata, que solo obre por la cámara, se dará en mayor cantidad de agua el oximiel.

§. VII. NOSOGRAFÍA Y TERAPÉUTICA ESTERNAS Ó CIRUJÍA.

Gardeil trae la lista que sigue de los libros de la coleccion hipocrática que tratan de la nosografía y terapéutica esterna ó Cirujía.

1.° *El laboratorio del Cirujano*, en que espone la manera de hacer las curas y aplicar los vendages y aparatos.

2.° *De las fracturas*. Este tratado es tán perfecto, que parece superior á los conocimientos anatómicos de aquel tiempo.

3.° *De las lujaciones*. Este parece ser una continuacion del anterior.

4.° *Del mochilo*. Este un estrácto de los tratados de las fracturas y lujaciones.

5.° *De las heridas de cabeza*. Monografía notable por la verdad con que trata el asunto.

6.° *De los males de los ojos.* } Fracmentos de poco valor, superfi-
7.° *De las heridas.* . . . } cial.

8.° *De las fistulas.* . . . } Monografías bastante buenas.
9.° *De las hemorroides.* . } Monografías bastante buenas.

Esta lista indica lo bastante para conocer que se han omitido muchas cosas de que se ocupa la Cirujía, tales entre otras, las heridas penetrantes de pecho y vientre, las hernias, los cálculos vexicales etc. En estos libros solo se describen algunas operaciones quirúrjicas y si se esceptua el tratado de las fracturas y lujaciones y la monografía de las heridas de cabeza, puede decirse que los demás citados no hacen mas que desflorar el objeto cuyo título llevan, así que todos ellos reunidos están lejos de constituir un tratado completo de Cirujía que pueda compararse con los del período histórico que sigue; pero es probable y aun seguro que no conozcamos todas las obras quirúrjicas de los autores hipocráticos, pero lo conocido nos basta para probar que los Asclepiades habian llevado esta rama á un grado de perfeccion tan grande como el de la patología interna.

§. VIII. OBSTETRICIA.

Si hay ocasiones en que los auxilios de la medicina son muy necesarios y de una grande eficacia, lo son seguramente las que se presentan en la práctica de los partos. En estos momentos la vida de la madre, del feto ó de ambos á la vez, penden de una maniobra bien dirigida ó de una indicacion bien formada. Los deberes del comadron ó de la partera no se limitan á cuidar y favorecer el parto, sinó que alcanzan tambien al embarazo y la lactancia. No deberá chocar que los médicos se ocupen preferentemente de esta rama del arte y que los legisladores la hayan sugetado á reglamentos particulares. Los Asclepiades no la habian olvidado y publicaron los escritos que siguen.

TOMO I. DE GARDEIL.

1.° *Una monografía sobre la generacion.*
2.° *Otra sobre la naturaleza del niño.*
3.° *Otra sobre el embarazo de siete meses.*
4.° *Otra sobre el embarazo de diez meses.*
5.° *Un pequeño tratado de partos titulado,* De la superfetacion, *resúmen de Obstetricia; excelente entonces.*
6.° *Un pequeño fragmento sobre la denticion.*

TOMO IV.

7.° *El primer libro de las enfermedades de las mugeres.*
8.° *Un fragmento sobre la estraccion del feto muerto.*

*Los tratados del *Embarazo* de siete y ocho meses, aunque sucintos, son dignos de meditarse, porque revelan el modo como contaban los Asclepiades el tiempo de la preñéz y porque contienen observaciones curiosas bajo el punto de vista de la importancia que los pitagóricos daban á los números. Contaban el tiempo por meses ó cuarentenas, siendo los meses, unos de 29 dias, otros de 30. Segun ellos el feto era viable á los siete meses y no á los ocho, opinion fundada en el valor que daban á los números y en la influencia de los períodos críticos.*

*El tratado de la *Superfetacion*, que nada contiene que tenga relacion con su título, si se esceptua un solo paragrafo, es un compendio de partos que abarca todo cuanto sabian los Asclepiades, refiere algu-

nos de estos, los medios para que las mugeres se hagan embarazadas, las causas de la esterilidad, de los abortos y medios de remediarlos. *

* El tratado de la *Estraccion* del feto muerto, que se cree que no es de Hipócrates, porque en él se aconsejan sacudidas bruscas, práctica que reprueba en muchos pasajes de sus obras. En el aconseja estraer el feto en fragmentos, y describe además un procedimiento para reducir las procidencias de la matriz. (1)

El de las *Enfermedades de lamujer*, que se ocupa de la esterilidad, de los medios de remediarla, de los loquios, de la subida de la leche, de los partos laboriosos, del parto del feto muerto, de las molas, etc; constituye la transicion entre estos y las enfermedades de esta. Las muchas consideraciones que contiene acerca de los varios estados del utero, hacen mirar á esta obra lo mismo que á la que sigue, como producto de la misma escuela. Una de las mas importantes es la que se refiere al empleo de las bujias ó candelillas para dilatar el orificio de la matriz y lo que concierne al escirro y carcinoma del mismo órgano.

El de la *Naturaleza de la mujer* parece un compendio del de las enfermedades, adicionado con algunas fórmulas.

El de la *Esterilidad* es un estracto de lo que acerca de esta materia, se dice en los diferentes tratados anteriores reuniendo en él las diversas causas de la esterilidad y los remedios para que las mujeres conciban.*

El tratado de la *Denticion* es un fragmento en que se indican las circunstancias en que la salida de los dientes va ó nó acompañada de peligro, fijando la atencion en la diarrea, en la tos, en las aftas y convulsiones. La lectura de estos diferentes tratados nos prueba la importancia que daban á esta parte de la medicina y el modo preferente con que se ocuparon de ella, aunque no con la estension debida, porque en ella se advierten vacíos mas ó menos considerables.

Además en algunos puntos, como sucede en el libro primero de las enfermedades de las mugeres, se dirige á las comadres y no a los médicos, lo que hace presumir que estos solo eran llamados en los casos graves y estraordinarios, siendo aquellas encargadas de asistir en los leves y ordinarios, que son los mas frecuentes.

§. IX. CLÍNICA.

La clínica no constituye una rama particular de la medicina, sinó

(1) Obras de Hipócrates, §. 81 de Gardeil.

que abraza todas cuantas tienen aplicacion á la cabecera de los enfermos, es la mas importante de la enseñanza médica; el maestro une allí al mismo tiempo el ejemplo al precepto, la práctica á la teoria. Nada hay mas á propósito para madurar la esperiencia de los jóvenes que estas lecciones dadas á la cabecera de los enfermos, cuando el encargado de hacerlo une á una instruccion profunda, una gran probidad; y bajo esta palabra, comprendemos con un profesor moderno, el candor, la justicia, la franqueza, la humanidad y el desinterés. Mr. Bouilland insiste con fundamento sobre la necesidad de añadir estas cualidades morales á la ciencia en el ejercicio y la enseñanza de la medicina. Porque es facil demostrar que no habiendo moralidad, el arte mas bienhechor se convierte en un instrumento de decepcion, en una arma peligrosa puesta en manos débiles. Define al verdadero médico *un hombre honrado instruido en su arte*; *vir probus medendi peritus*, (1) definicion que no se sabe vulgarizarla bastante, porque manifiesta cuales son las cualidades que deben tener los encargados de curar nuestros males, y de cuidar de nuestra salud. Hipócrates fué universalmente apreciado, no solo por sus virtudes, sinó por su génio; virtudes y génio que brillan en sus observaciones clínicas; jamás se ocupó de si mismo, solo le animaba el deseo de ser útil á sus semejantes, ilustrándolos sobre los medios de conservar su salud ó recobrarla cuando la pierden. Confiesa, con una ingenuidad que ha encontrado hasta ahora pocos imitadores, sus triunfos y sus derrotas; convencido sin duda que instruye tanto á los hombres el confesar un error como el poner de manifiesto una verdad.

El libro mas antiguo de la coleccion hipocrática lleva el título de *Epidemias*. Estas afecciones impresionan tan vivamente á todos, que hasta los escritores estraños á la ciencia no se han desdeñado el trazar su historia como uno de los acontecimientos estraordinarios dignos de pasar á la posteridad. Era, pues, muy natural que al describirlas detalladamente los médicos, no lo hicieran por entretenimiento ó por curiosidad, sinó con la esperanza de encontrar algun medio que evite la vuelta de tales azotes ó que atenue sus efectos, proponiéndose para conseguir un objeto tan plausible, determinar las causas que las producen. Ahora bien, vamos á ver porqué série de razonamientos han llegado á creer que estas residen en la atmósfera. «Las enfermedades, dicen, provienen, unas del régimen, otras del aire que respiramos. Cuando

(1) Ensayo de filosofía médica París 1837, pág. 239.

muchas personas enferman á un mismo tiempo, en el mismo lugar y del mismo modo, es preciso atribuirlo á una causa general que reside en el aire que se respira. Claro es que entonces estos estados patológicos no provienen del régimen, puesto que el mal ataca á todos sin distincion, á los hombres como á las mugeres, á los borrachos como á los que solo beben agua, á los laboriosos como á los holgazanes, á los glotones como á los que solo se alimentan de pan. Así, cuando reina una epidemia, la causa no está en el régimen, sinó en el aire que nos rodea. (1)»

Esta manera de discurrir es muy absoluta, porque se han visto desarrollarse epidemias en algunos puntos por la mala alimentacion, como acontece en las poblaciones sitiadas, los buques etc.; otras por causas morales, como el miedo que sigue á una derrota, la exaltacion religiosa ocasionada por persecuciones ó predicaciones fanáticas (2). Sin embargo, no se puede negar que el aire sea el foco mas activo, el vehículo mas poderoso de las epidemias, sobre todo todo las que producen sus estragos por mucho tiempo y en una estension considerable.

Otra observacion muy importante que no se escapó á la penetracion de los Asclepiades es esta: que, mientras reina una epidemia, toman su fisonomía todas las demás enfermedades intercurrentes. Partiendo de esta doble base los escritores hipocráticos han creido deber anotar con cuidado el estado de la atmósfera antes y durante estos azotes, y describir con el mismo esmero el carácter general de las afecciones intercurrentes y de la aproximacion de los fenómenos meteorológicos observados durante una estacion, un año, con los fenómenos morbosos vistos en las mismas épocas, trazaron los caracteres de un estado particular al cual dieron el nombre de *Constitucion epidémica*, de esta estacion, este año, etc. Despues de haber descrito un gran número de estas, esperaban llegar á conocer las condiciones atmosféricas que preceden ó acompañan á tal ó cual epidemia, y si era posible en ciertos casos preveer su aparicion y prepararse contra ella.

Tal era tambien la esperanza que abrigaban Sydenham y Stoll, estos dignos émulos de Hipócrates, cuando formulaban con una paciencia admirable sus cuadros de constituciones médicas. Pocos médicos han tenido el valor de seguir sus huellas, y dichoso el mortal á quien esté reservado el honor de determinar la ley que une las enfermedades epidémicas con ciertos estados atmosféricos.

(1) Obras de Hipócrates *Tratado de la naturaleza del hombre*. §. 10 y 11. Gardeil. t. I.
(2) La ráfania, el escorbuto, las convulsiones de S. Merardo, etc.

Siete libros de la coleccion hipocrática, llevan el título de Epidemias; solo el primero y el tercero están consagrados al estudio de las constituciones y parecen ser continuacion el uno del otro, pero la costumbre de considerarlos colectivamente y de separarlos de otros, ha hecho que se les mire como pertenecientes á distinto escritor que Hipócrates. Este pinta; primero las circunstancias mas salientes de la atmósfera, segundo; el carácter general que la constitucion imprime á las enfermedades intercurrentes; y por fin, traza las historias particulares de varios enfermos. Por el estracto de algunas podremos formar una idea del talento de observacion y del método del autor.

1.ª CONSTITUCION. (1)

En la isla de Thasos, durante el otoño, hácia el equinoccio y mientras las Pléyadas permanecieron en el horizonte (es decir, en Thasos, cerca de 50 dias despues del equinoccio de otoño), hubo lluvias abundantes y serenas con vientos del mediodia; el invierno fué austral, dominaron poco los vientos del norte y hubo sequedad; en suma, todo el invierno pareció una primavera. En esta época á su vez reinaron los vientos meridionales, siendo fria y poco abundante en lluvias. El estío fué nebuloso y seco y los vientos etésios (los del Nordeste) dominaron poco, con débil intensidad y sin regularidad marcada. Habiendo sido austral y con sequedad la constitucion atmosférica, un intérvalo que hubo á principio de primavera en que las circustancias variaron, haciéndose aquella contraria y boreal, hizo aparecer algunos *causus* que la mayor parte fueron leves, hubo varias hemorragias nasales y ningun enfermo sucumbió. Se formaron en algunos sujetos parótidas en un solo lado, en otros en ambos, pero sin que tuviesen calentura ni se viesen obligados á guardar cama, algunos, sin embargo, tuvieron calor, pero en todos se disiparon sin accidente alguno y no llegaron á supurar como sucede en las que son producidos por otras causas. He aquí los caracteres que presentaban: blandas, grandes, difusas, sin inflamacion, sin dolor y en todos desaparecieron sin advertirlo. Manifestáronse en los jóvenes y adultos y sobre todo en los que se dedicaban á los egercicios gimnásticos de la palestra, habiendo sido afectadas pocas mujeres. La mayor parte de estos enfermos tuvieron tos seca, tosian y

(1) Obras de Hipócrates, trad. de Mr. Littre, t. II, pag. 599. *Epidemia*, lib. I, seccion 1 §. I.

no espectoraban y la voz se les ponia ronca. En muchos al momento y en otros mas tarde se desarrolló una inflamacion dolorosa en los testículos, ya en uno solo, ya en ambos, con fiebre en unos, en otros no, con poca incomodidad en algunos: por lo demás los habitantes de Thasos no necesitaron los ausilios de la medicina.

Tal fué la constitucion médica al concluir el invierno y la primavera. Pasa despues el autor á describir la del estío y el otoño, y despues refiere algunas historias particulares.

PRIMER ENFERMO. (1)

Filisco, que vivía cerca de la muralla, se metió en cama. *Primer dia*, fiebre aguda, sudor, la noche fué penosa. *Segundo dia*, exacerbacion general, mas por la tarde; una pequeña lavativa produjo evacuaciones favorables y la noche fué tranquila. *Tercer dia*, por la mañana y hasta el medio dia pareció haber cesado la calentura, pero á la tarde se presentó con intensidad, hubo sudor, sed, la lengua empezó á secarse, la orina se presentó negra, la noche fué incómoda, se durmió el enfermo y deliró sobre varias cosas. *Cuarto dia*, exacerbacion general, orinas negras, la noche menos incómoda y las orinas tuvieron mejor color. *Quinto dia*, hácia el medio dia se presentó una pequeña epistasis de sangre muy negra, las orinas eran de aspecto vario y se veian flotar nubecillas redondeadas semejantes á la esperma y diseminadas que no formaban sedimento. Con la aplicacion de un supositorio, evacuó una pequeña porcion de escrementos con ventosidad, la noche fué penosa, durmió poco, habló mucho y de cosas incoherentes, las estremidades se pusieron frias sin que pudieran recobrar el calor y la orina se presentó negra. A la madrugada se quedó dormido, perdió el habla, sudor frio, lividez en las estremidades y sobrevino la muerte á la mitad del *sesto dia*. Este enfermo tuvo hasta su fin la respiracion grande, rara, como sollozosa, el bazo se le hinchó y formó un tumor esferoidal, los sudores frios duraron hasta el último instante, y los paroxismos se verificaron en los dias pares.»

He aquí al menos un cuadro que dá una idea del conjunto de síntomas, aunque deja algo que desear como vemos. Esta descripcion tan magistralmente hecha no puede compararse con las raquíticas de las tablas votivas. El primero y tercer libro de las Epidemias contienen

(1) *Ibidem*, pág. 633, seccion tercera, §. 13.

cuarenta y dos historias semejantes á la que acabo de exponer; veinte y cinco terminan por la muerte y solo diez y siete por la curacion.

Ciertos críticos han tomado acta de esta espantosa mortalidad para censurar el método curativo de Hipócrates, pero no advierten que es una ligereza, pues bien podian haber tenido en cuenta que solo refiere los casos mas graves y dignos de mencionarse, deduciendo de esto que sería menor el número de los muertos si hubiera citado todos los enfermos. Esta conclusion no es una congetura, resulta con claridad de muchos pasajes de sus libros, entre otros, de esta frase incluida en la descripcion de la primera constitucion médica. «Habiendo sido austral y seca la constitucion atmosférica, un intérvalo que hubo al principio de la primavera en que las circunstancias variaron, haciéndose aquella contraria y boreal, hizo aparecer algunos *causus* que por lo general fueron leves, hubo algunas hemorragias nasales y ningun enfermo sucumbió.»

Un cargo, sin embargo, muy fundado puede hacerse al anciano de Coós, y es que nada, ó casi nada, ha dicho del régimen y tratamiento á que sometió á los enfermos, omision sensible porque coloca al lector en la imposibilidad de apreciarle, dejando un gran vacío en la historia de las enfermedades, porque es evidente que los medios terapéuticos é higiénicos empleados en el curso de una afeccion morbosa influyen en la marcha y duracion de esta, por poca eficacia que se les suponga. No es indiferente, por ejemplo, que se coloque un enfermo en una habitacion bien aireada y caliente ó en una lóbrega, fria y mal ventilada, que se le permita beber vino puro á discrecion ó que solo se le dé agua clara etc.

En los otros cinco libros de las Epidemias hay muchas observaciones clínicas espuestas sin órden y referentes á toda clase de enfermedades. Un gran número de ellas no son mas que simples notas ó reflexiones aisladas, otras son completas y redactadas con gusto abarcando el tratamiento, lo que implica un adelanto mas. Me parece que la que sigue es una de las mejores, aunque no es muy estensa. «Hinchazon edematosa durante el embarazo, ortopnea, espectoracion de una gran cantidad de materiales pituitosos, alivio.

«A la hermana de Harpalides la apareció una hinchazon edematosa en los pies hácia el cuarto ó quinto mes de su embarazo, se le abultaron los párpados y la piel del mismo modo que se advierte en las personas flemáticas. Tos seca; algunas veces disnea ó sofocacion tal que se veia obligada á sentarse en la cama para poder respirar y solo cuan-

do dormitaba podia permanecer sentada y en quietud. Por lo demás apenas tenia fiebre, hacía mucho tiempo que no sentia los movimientos del feto, solo cuando se movia, los percibia como la caida de un cuerpo. La disnea persistió cerca de dos meses pero se reponia la enferma tomando un looc de habas de Egipto (*nimphœa nelumbo* Linn.) preparadas con miel, y una infusion de cominos de Etiopía en vino, pues principió á arrojar con la tós materiales cocidos, pituitosos, blancos y cesó la disnea. Por fin parió una niña. *(1)*»

§. XI. APORISMOS.

Terminaré esta sucinta reseña de la coleccion hipocrática por el exámen de una obra que reasume las demás. Son los *Aforismos* divididos en siete libros. Ninguna obra médica de la antigüedad ha gozado de una reputacion tan grande como esta; médicos y filósofos la han venerado tanto como los pitagóricos los versos sagrados. Por mucho tiempo se han considerado los aforismos como el coronamiento del edificio científico de la ciencia, como el mas sublime esfuerzo del génio médico. Pocos años hace que la facultad de medicina de París (2) exigia á los aspirantes al doctorado que insertaran en sus tésis cierto número de aforismos, y acaso ha sido preciso nada menos que una revolucion política para acabar con estos restos de un culto anticuado. ¡Para alguna de estas proposiciones que espresan verdades generales de utilidad reconocida, ó reseñas delicadas y profundas; cuantas hay que solo contienen verdades escepcionales, reflexiones vulgares ó aun errores y contradicciones!

Bajo el punto de vista práctico, creo que nada valen estas sentencias porque no guardan ilacion alguna entre sí y solo impresionan de corrido el ánimo del lector, olvidándolas en seguida. Por otra parte, aun suponiendo que el profesor las tuviese siempre en la memoria, esto no le haría mas hábil para tratar las enfermedades; su lectura no puede producir una instruccion sólida al estudiante, solo es buena para el práctico cuyo juicio vá madurando la esperiencia, porque él solo es capáz de discernir lo que contienen de verdadero ó de falso, de bueno ó

---

(1) *Obras de Hipócrates.* Epidemias, Llb. VII. §. 6.

(2) Una cosa igual acontecia en nuestras antiguas Universidades, donde las lecciones clínicas versaban sobre una de estas sentencias y donde los graduandos tenian que disertar sobre la que les tocaba en suerte.
N. del T.

de malo en sus preceptos generales; porque solo para él contienen una multitud de nociones y observaciones diseminadas.

Así he juzgado los aforismos mucho tiempo antes que Mr. Littré hubiera publicado su traducion. Estoy seguro que aun despues de haber leido las sábias consideraciones de este comentador no he cambiado de parecer; vemos estas famosas sentencias bajo un punto de vista diferente; él como erúdito y filósofo, yo como médico. «Los aforismos, dice Mr. Littré, forman un conjunto de proposiciones yustapuestas, pero no unidas, lo cual es y será siempre una circunstancia poco favorable, pero este inconveniente se aumenta mas todavía si se les compara con las nociones que tenemos hoy de la fisiología y de la patología, pues desaparece bajo este concepto toda significacion general, y el aforismo, ya tan aislado de suyo, lo está mucho mas si se pretende introducirle en la ciencia contemporánea, donde no halla entrada ni salida. No sucede así cuando aparecen las ideas al entendimiento bajo la influencia en que fueron escritas; entonces, aun allí donde aparecen mas desacertadas, se reconoce que han estado bajo la dependencia de una doctrina comun que las abraza, lo cual satisface al ánimo, cesando de presentarse al menos por este concepto, como sentencias dictadas. (1)»

ARTÍCULO III.

Teorías y sistemas.

Despues de haber examinado el estado de la medicina de los Asclepiades de Coós bajo el punto de vista esclusivamente práctico y en cierto modo, material, nos queda examinarlo bajo el teórico é investigar el invisible lazo que une todas las partes de su doctrina y los refiere á un principio comun, como las ramas de un mismo árbol.

Se han ensañado mucho en todos tiempos y acaso mas en el nuestro, contra los sistemas. Se les ha acusado y se les acusa hoy de no ser mas que un tejido de errores, un manantial de eternas discusiones. El epíteto de sistemático aplicado á un autor ó á un libro es tenido como una espresion desdeñosa. Muchas personas quisieran desterrar de la ciencia toda teoría, y no conservar mas que los hechos, los resultados de la esperiencia. A primera vista parece este método muy cómodo y seguro, pero reflexionando un poco, es impracticable; los que mas le

(1) *Aforismos*. Argumento §. I., T. IV., pág. 405 de las *Obras de Hipócrates*.

recomiendan, se han visto obligados á quebrantarle en sus libros, como lo quebrantan todos los dias en la pràctica. Mr. Bouillaud demuestra esto de una manera perentoria y Mr. Monfalcon poco favorable por otra parte á los entendimientos sistemàticos, se vé obligado à confesar lo mismo. «Este último dice, que se ha declamado mucho y con fundamento (por cierto) contra los sistemas, nosotros los condenamos, pero no podemos pasarnos sin ellos. Todo médico instruido tiene su manera de esplicar la vida y las enfermedades, quiere darse razon de lo que hace como de lo que ve y si las doctrinas conocidas no le satisfacen, acoje para su gobierno la que le parece mas verosimil. (1) Añadiré que estos no son los únicos que tratan de interpretar los fenómenos vitales, sinó que hasta á los mas rudos le gusta esplicarlos, y no son por desgracia los menos pagados de su manera de ver. ¡Tan natural é irresistible es la inclinacion que nos conduce á querer darnos razon de todo cuanto impresiona nuestros sentidos!

Que digo? no hay ciencia posible sin teoría, sin una ordenacion sistemática de nociones parciales que tienden á un objeto comun. Observaciones clínicas recogidas con cuidado, pero colocadas sin arte, sin método, en una palabra, sin sistema; tampoco constituyen un edificio científico, como tampoco materiales amontonados sin órden, un monumento arquitectónico.

Las teorías y los sistemas hacen progresar las ciencias, uniendo artificialmente las diversas nociones de que se componen, de forma que ayuden á la memoria y ilustren el juicio. Verdad es que propagan ilusiones y preocupaciones ridículas, pero acaso son mas númerosas, mas absurdas, mas ridículas las ilusiones y preocupaciones que nacen de la ignorancia y de la barbarie, es decir, de la ausencia de toda doctrina.

Un sistema es verdadero cuando está fundado en analogías positivas, falso cuando lo está en analogías imaginarias, puede ser lo primero en ciertas partes, falso de otras, así es que hay pocos completamente erróneos. Tal es la opinion de Mr. Monfalcon «que asegura tuvieran los sistemas pocos partidarios y estuvieran llenos solo de errores y opiniones congeturales sinó descansáran en algun hecho importante, en alguna ley fisiológica bien establecida. Sus autores no hacen mas que exagerar el valor de sus principios y pretender subordinar á estos toda la ciencia, haciendo que sus secuaces no vean los objetos mas que por un solo

(1) *Diccionario de ciencias médicas.* Palabra sistema. Mr. Merat emite una opinion análoga en el art. *Teoría* del mismo Diccionario.

prisma y que confien ciegamente en la razon de un hombre. (1)» Así es que la falta mas comun de ellos no consiste en carecer de base, ni estar apoyados en ninguna verdad de observacion, sinó mas bien en exagerar unas y olvidar otras no menos importantes; de ver, en una palabra, los objetos bajo un solo punto de vista. «Lo mismo dice Bichat de todos los que tienen formada una idea general en medicina á la cual quieren subordinar todos los fenómenos. Acaso el prurito de generalizar demasiado, ha sido mas perjudicial á la ciencia que el ver cada fenómeno por sí.» (2)

Convencido de la necesidad de las teorías para armonizar las diferentes ramas de la ciencia; persuadido que sin su auxilio no podría abrazar nuestra inteligencia tan gran número de conocimientos ni elevarse á altas consideraciones; concederemos á esta importante rama de la medicina toda la atencion que precisa, sin olvidar que solo ofrece una imágen ideal imperfecta de los fenómenos y que en ningun caso puede reemplazar al estudio del mundo real ó dar lugar á la observacion directa.

§. I. Teoría de la coccion y de las crisis.

La teoría mas generalizada en los libros hipocráticos es la de la coccion y las crisis; á cada paso se la encuentra sola ó mezclada con otras, sobre todo con la del sistema de los cuatro elementos y de los cuatro humores. Forma parte integrante del antiguo *Dogmatismo* del cual es uno de los rasgos mas característicos y ha llegado hasta nuestros dias en medio del abandono universal de otras doctrinas contemporáneas. Los Asclepiades de Coós consideraban la enfermedad como un conjunto de fenómenos, resultado de los esfuerzos intentados por el principio vital con el objeto de producir la coccion de la materia morbígena. Creían que esta materia no podía espulsarse de la economía sinó despues de haberse madurado convenientemente, esto es, despues que sus elementos separados ó mezclados con los humores naturales del cuerpo, se asociaban de manera que formaban un humor escrementicio.

El principio vital encargado de este trabajo, como de todas las demás funciones fisiológicas ha recibido diversos nombres entre los antiguos segun las atribuciones particulares que le asignaban; se le llama *natura-*

(1) *Diccionario de ciencias médicas* palabra sistema.
(2) *Anatomía general. Consideraciones generales* pág. 13.

leza, cuando con esta palabra se quiere indicar el conjunto de fuerzas y de fenómenos á que da lugar; *motor, impetum faciens*, para significar la prontitud con que pone en movimiento toda la máquina; *alma, espíritu*, para espresar su esencia inmaterial y la mas noble de sus facultades, la inteligencia. La palabra *neuma, soplo*, designa mas especialmente la manera de obrar de este principio, la sustancia de donde saca su alimento y la palabra *termom, calor*, espresa uno de los efectos mas inmediatos á la vida, etc.

Una vez que la materia morbígena se aproxima al término de su maduréz, parece que la naturaleza redobla sus esfuerzos, la calentura se aumenta, el enfermo se abate ó delira, todos los síntomas se agravan y anuncian una resolucion próxima, llega en fin, el momento de la crisis ó de la terminacion de la enfermedad. El dia en que esto sucede, los signos que la acompañan ó la preceden se llaman *críticos*, signos que llaman preferentemente la atencion de los médicos, los que deben saber discernir cuando son buenos ó malos para predecir despues el resultado de la enfermedad. Si el trabajo crítico de la naturaleza marcha bien, debe respetarse, no dando remedios intempestivos y auxiliándole solo en caso de urgente necesidad. Cuando se ha verificado la coccion, lo que se conoce por el alivio de los síntomas, hay necesidad de evacuar la materia morbígena. La naturaleza misma basta las mas veces para esto y la enfermedad termina por diarrea, sudores ó evacuaciones abundantes de orina. Pero sucede con frecuencia que el principio vital cansado, agotado por los esfuerzos de la crisis tiene necesidad de ayuda y entonces se hace necesaria la intervencion del médico. A este efecto deberá empujar los materiales morbígenos al emuntorio que le parezca mas natural, esto es, dará sudoríficos, ó purgantes, ó diuréticos, segun las indicaciones de la naturaleza, (1) de la que será siempre el intérprete mas fiel. Así terminan las enfermedades en los casos mas felices. Sin embargo, puede suceder que la coccion se efectúe mal ó incompletamente en cuyo caso ocurre una de dos cosas; ó bien el principio vital dominado por el elemento morboso sucumbe y perece el enfermo, ó bien continúa entre ambos la lucha y empieza un nuevo trabajo de coccion que debe verificarse en un número limitado de dias, como el primero, ó este segundo trabajo puede tener á su vez buena ó mala solucion, completa ó incompleta y así sucesivamente.

El periodo de dias preciso para la coccion de la materia morbígena se

(1) *Obras de Hipócrates*, por Mr. Littré, t. V. *Tratado de los humores*, §. 3 y otros.

conoce con el nombre de *Crítico*. El mejor es el cuaternario ó de cuatro dias, despues el ternario ó de tres, en fin, con la adicion de estos dos se forma el setenario que ha gozado tambien de una grande consideracion. Se lée en el *tratado del Pronóstico* §. 20: «El mismo número de dias que guarda la curacion ó la muerte en las enfermedades es el que regula las crisis en las fiebres. Las mas benignas, aquellas que llevan en sí los signos mas seguros de curacion, se terminan á los cuatro dias ó antes; las mas graves, las que van acompañadas de las señales mas funestas, privan de la vida en el mismo tiempo; tal es el límite del primer periodo. El segundo alcanza al sétimo dia, el tercero al undécimo, el cuarto al catorce, el quinto al diez y siete, el sesto al vigésimo y así sucesivamente; de cuatro en cuatro dias hasta el veinte. Estos cálculos no pueden hacerse con todo rigor por dias enteros, porque ni el año ni los meses se cuentan por dias completos. Continuando mas adelante con el mismo cálculo y la misma progresion, se encuentra un primer periodo que es de treinta y cuatro dias, un segundo que es de cuarenta y un tercero que es de sesenta. Lo mas difícil que hay es diagnosticar desde el principio la terminacion feliz ó desgraciada de las enfermedades que han de tardar mucho tiempo en juzgarse, la aparicion en todas estas se parece algo, ó mas bien mucho. Preciso es observarlas atentamente desde el primer dia y examinar el estado de las cosas en cada cuaternario que vaya pasando, y de este modo no se engañará el médico sobre el giro que deban tomar. La constitucion de la fiebre cuartana está sugeta á un órden semejante. La terminacion feliz ó desgraciada de los casos en que las crisis se presentan en el mas breve plazo, es mas facil de conocer, porque los principios son muy diferentes; los enfermos que deben curarse tienen la respiracion fácil, no sienten dolor, duermen especialmente por la noche y presentan los demás signos favorables; mas los que han de morir, tienen la respiracion trabajosa, insomnio, delirio y todas las otras señales alarmantes. Puesto que estas afecciones se comportan de esta manera, se debe establecer el pronóstico segun el tiempo y segun cada periodo que se vaya aumentando en la forma dicha á medida que marchan hácia su terminacion. En las mugeres siguen las crisis la misma regla despues del parto.» (1)

Se vé, pues, que en esta escala de dias críticos cada periodo se forma añadiendo el número cuatro ó el número tres al periodo que prece-

(1) *Obras de Hipócrates*, trad. de Mr. Littré. Paris 1840, t. II, p. 169.

de inmediatamente. Para concebir bien el orígen y el sentido de esta progresion, es preciso remontarnos á lo que llevamos dicho del sistema de Pitágoras; bueno es recordar que (1) el número cuatro representa en este sistema toda sustancia dotada de facultades propias con existencia distinta de parte de los otros séres, como Dios, el hombre, una planta, un mineral; de donde se sigue que los Asclepiades herederos de la doctrina y del lenguage simbólico de los Egipcios, han debido naturalmente designar por el número cuatro la entidad morbosa llegada á su máximun de desarrollo. Por la misma razon el numero tres que representa el conjunto de propiedades esenciales de todo ser, ha podido igualmente parecer á propósito para indicar la plenitud de facultades de la entidad morbosa. Si todavía podia quedar alguna duda de la conexion que existe entre el sistema de Pitàgoras y la teoría de los dias críticos, el siguiente pasaje hará desaparecer toda incertidumbre sobre este punto. «El médico que nada olvide de todo cuanto pueda contribuir al restablecimiento de los enfermos, deberá anotar lo que les pasa cada dia. Entre los dias pares, el catorce es el mas importante, como tambien el veinte y ocho y el cuarenta y dos; algunos hacen derivar la propiedad perfecta de estos números del modo como están compuestos de otros enteros. Ahora sería muy pesado esponer las razones de tal proceder, baste decir que deben dirigir su atencion al número tres ó al cuatro. (2)»

Como la naturaleza no se sugeta nunca á nuestras limitaciones arbitrarias, sucede con frecuencia que la duracion de las enfermedades no corresponde á un número exacto de períodos ternarios ó cuaternarios; se ve pues, uno obligado á cambiar mas de una vez el modo de contar los dias críticos, circunstancia que ha hecho variar con frecuencia la opinion, aun entre los antiguos. El autor del tratado de las *Enfermedades* desenvuelve en el libro cuarto una teoría fisiológica y patológica en la que tiene por críticos los dias impares. (3) Sin embargo, todavia falta muchas veces esta regla, viéndose uno precisado á convenir que tiene numerosas escepciones; el mismo Hipócrates señala algunas. Entre otras cosas, se lee en el tercer libro de las *Epidemias* seccion tercera §. 12 lo siguiente: «verdad es que todas las enfermedades ofrecen dificultad en las crísis, faltando en muchos casos, siendo en otros de larga duracion, pero en estos se observa mucho mas frecuentemente.

---

(1) Véase pág. 60 y siguientes.
(2) Véase *el Tratado de la preñéz de siete meses*. §. 3, traduccion de Gardeil.
(3) Véase §. 9, 12, 13 y 14: Gardeil.

Pocas la tuvieron hacia los ochenta dias, en la mayor parte cesaba el mal en épocas indeterminadas.»

Apesar de la desconsoladora vaguedad que reina en la determinacion de los dias críticos, la doctrina de las crísis ha llegado hasta nuestros dias. Pinel uno de los talentos mas filosóficos de nuestra época escribía de este modo al concluir el último siglo «supongo que uno es bastante ilustrado para creer que puede suspenderse con ayuda de algunos medicamentos la marcha de las enfermedades agudas, tales como una calentura esencial ó una inflamacion, y que al contrario se empieza por contar los dias que han pasado desde su invasion para venir en conocimiento cual es su período actual. Se sabe que las fiebres inflamatorias como las gástricas duran en general uno, dos, y algunas veces tres setenarios; pero que las remitentes gástricas se prolongan con frecuencia hasta el sesto, y sétimo cualquiera que sea el tratamiento que se emplee y que pueden durar muchos meses si se las exaspera con medios muy activos. (1)»

Landré Beauvais autor de un tratado de *Semeyotica* se espresa así: «Hipócrates observador hábil y verídico historiador, ha creado la doctrina de las crísis. Asclepiades y los metodistas, prevenidos de antemano las negaron y le acusaron de haberse dejado arrastrar por los dogmas de Pitágoras sobre los números, atacando tambien á Galeno porque siguió la opinion del Médico de Coós. Asclepiades ha tenido muchos imitadores en los siglos siguientes, Celso ha sido el mas ilustre; pero no puede adoptarse la manera de pensar de los que reusan admitir las crísis cuando tan victoriosamente ha sido combatida en épocas diversas por Galeno, Dureto, Baillou, Fernel, Sydemham, Foresto, Sthal, Baglivio, Van-Swieten, Stoll, Pinel, y cuando todos los dias la observacion clínica viene á confirmar lo que tan grandes maestros sustentan.» (2)

Una opinion médica que ha llegado hasta nosotros rodeada de nombres tan respetables, merece examinarse con detenimiento; por ello debemos presumir que, hasta que se pruebe lo contrario, no es un puro juego de imaginacion y que tiene algun fundamento en la observacion de la marcha natural de las enfermedades.

Desde luego se advierte que la conexion que existe entre la doctrina de las crísis y los dogmas de Pitágoras, conexion que no se puede

(1) *Nosogr. filoso.* Introducion pág. 85 de la 3.ª edicion.
(2) *Dicion. de cienc. médicas.* Palabra Crísis, t. VII., pág. 376.

negar, nada preguzga ni en pró ni en contra de la verdad de èsta doctrina. Todo se reduce á saber, si hay enfermedades ocasionadas ó que parece lo son, por alguna sustancia deletérea, sólida, líquida, ó gaseosa introducida en la economía, provocando de parte de esta una reaccion que se manifiesta por una sucesion casi constante de los síntomas. Ahora bien, nadie duda que hay enfermedades de esta índole, ocupando el primer lugar las fiebres paludicas, tan frecuentes y tan mortíferas otras veces, que de ordinario afectan la forma periódica cotidiana, terciana ó cuartana. Tambien las eruptivas, como las viruelas, el sarampion, la vacuna, la sudamina, la miliar, que tienen períodos bien marcados de incubacion, erupcion y descamacion. Verdad es que hay autores que pretenden que estas últimas enfermedades son modernas, pero esta es una opinion muy controvertida y muy controvertible como lo probaremos en otro lugar; sin embargo, admitamos que así sea, pero no se podrá menos de convenir que si despues de Hipócrates han aparecido otras nuevas de períodos fijos, pueden haber desaparecido las antiguas, en cuyo caso habria compensacion.

Así pues ha existido y existe todavia una clase muy numerosa de indisposiciones de períodos casi fijos, sobre cuya circunstancia tan atendible ha sido fundada en gran parte la doctrina de la coccion y de las crísis. Recordaremos además una observacion que llevamos hecha, á saber, que los Asclepiades habian fijado su atencion con preferencia sobre las enfermedades agudas y entre estas, sobre las epidémicas. La mayor parte de sus historias clínicas se ocupan de ellas. Ahora bien, las afecciones febriles de períodos fijos acostumbran á reinar de una manera epidémica. ¿Cuál es, pues, el cargo que se puede hacer legítimamente á Hipócrates y á los que han adoptado su teoría de las crísis? El haberla estendido á todas siendo patrimonio de unas pocas; en una palabra; haber generalizado demasiado una idea, defecto muy comun en todos los sistemas, como ya hemos demostrado. (1)

§. II. Teoría de los cuatro elementos y de los cuatro humores.

Despues de la teoría de que acabamos de ocuparnos, la que mas domina en los libros hipocráticos, es la de los cuatro elementos ó cuatro cualidades elementales, *lo caliente*, *lo frio*, *lo seco*, *lo húmedo* y cua-

(1) Vèase pàg. 11.

tro humores cardinales, *la sangre, la bilis, la pituita y la atrabilis*. Esta teoría pasa por ser una invencion del Padre de la medicina griega; tal es el parecer de todos los comentadores, de todos los historiadores, entre ellos Galeno, que la adoptó, la perfeccionó á su manera y la hizo reinar esclusivamente muchos siglos despues de su muerte, teoría que se aviene muy bien con la anterior, de la que parece ser su complemento.

Empedocles de Agrigento de quien ya hemos hablado (1) fué el primero que introdujo en la física la consideracion de los cuatro elementos ó de las cuatro formas elementales y son *la tierra ó el sólido, el aqua ó el liquido, el aire ó el gaseoso y el fuego ó el eter*. Esta última que apenas conocian los antiguos, corresponde á lo que en física se conoce con el nombre de flúidos imponderables. El discípulo de Pitágoras, admite dos principios en todas las cosas, uno activo, inteligente impalpable que es *Dios*; otro pasivo, desprovisto de toda propiedad de forma precisa, pero susceptible de tomar todas las que el Criador quisiera darle y le llama *materia amorfa*. Esta había recibido del principio activo, Dios, cuatro modos fundamentales ó elementales de existir y que estos modos combinados de diversa manera constituian todos los cuerpos de la naturaleza, de suerte que segun este sistema, no hay ninguna sustancia material que no contenga los cuatro elementos unidos en proporciones variables. El elemento que entra en mayor cantidad á formar un cuerpo, determina su forma permanente; así la tierra domina en los sólidos, el agua en los líquidos, el aire en los vapores ó gases y el fuego en los imponderables y así esplica este filósofo las variedades de los cuerpos, conservando el dogma pitagórico de la homogeneidad de la materia. Pudiera creerse que la admision de las cuatro formas elementales ó primitivas era producto de una imaginacion exaltada; no, la observacion atenta de alguno de los mas notables fenómenos le había sugerido la idea á la que dió una apariencia de realidad. Como el agua puede pasar del estado líquido al sólido, de este al vapor sin cambiar de naturaleza, así la leña en los fenómenos de la combustion, sobre todo cuando está verde; deja escapar agua por su superficie, y exalar humo que los antiguos consideraban como un aire muy grosero y se convierte en ceniza que es el elemento tierra, y desprende calor y luz, es decir, fuego, que es el elemento mas sútil, que

(1) Véase la pág. 68.

sube y se disipa en la atmósfera. Este es el orígen del análisis químico de los antiguos.

No pasaremos mas adelante en la exposicion de este sistema, nos basta haber demostrado que no era absurdo y ridículo antes de los descubrimientos de la química moderna; añadiremos todavía que los químicos de nuestros dias, despues de haber aumentado indefinidamente el número de elementos, tienden á estinguirlos y no están muy distantes de volver á la teoría de la homogeneidad de la materia, por la teoría de los equivalentes.

Tal era en su principio la doctrina de los cuatro elementos que adoptaron Platon y Aristóteles y que la reforzaron con nuevas y muy sútiles consideraciones, como veremos mas adelante. Cuando Hipócrates apareció tenía esta doctrina toda la fuerza y todo el atractivo de la novedad y nada tiene de estraño que este médico filósofo la tomara por base y por modelo de su teoría médica; vamos á ver de que manera lo hizo. Empieza por establecer que para conocer bien al hombre, es preciso estudiarle en el estado de salud y enfermedad. Refuta la opinion de los filósofos que decían que está formado de un solo elemento, echándoles al mismo tiempo en cara su poca conformidad, cuando tratan de fijar la naturaleza de este; unos dicen que es el *fuego*, otros el *aire*, otros el *agua* y otros la *tierra*. «Todos los que parten de un mismo principio, continúa, y sacan consecuencias diferentes, dan á probar que ellos mismos no se entienden (1).»

En cuanto á los médicos, añade, unos hay que sostienen que lo está solo de sangre, otros de bilis, otros de pituita. Cada uno razona despues de la misma manera; aseguran que la sustancia es una, cualquiera que sea el nombre que se la dé, y que esta cambia de forma y de potencia, segun que es influida por el calor ó el frio.» En cuanto á mí, digo, que si el hombre estuviera formado de una sola sustancia, no sufriría incomodidad alguna. Supongamos que sufriera como sufre, hoy que sabemos está formado de muchas sustancias; entonces habría un solo remedio para curarle, cosa que no sucede, porque estamos viendo que son muchos y variados. Los que dicen que el hombre es solo sangre, deberian probar que es siempre el mismo y no cambia jamás, ó al menos, asignar una época en la vida en que solo dominára este principio, para de este modo fundar su opinion en conformidad con los principios que

(1) Tratado de la naturaleza del hombre. §. I.

sustentan. Lo mismo decimos de los que creen está compuesto de bilis, pituita, etc. etc. (1)»

«Desde luego el hombre está compuesto de sustancias diferentes y de la mezcla de estas entre dos seres de una misma especie resulta la generacion de él. Esta no tiene lugar si el calor ó el frio, la sequedad ó la humedad no se equilibrian entre sí; lo mismo acontece cuando el hombre muere, cada sustancia va á ocupar el lugar que la corresponde segun su naturaleza; lo húmedo vuelve á lo húmedo, lo seco á lo seco, lo caliente á lo caliente y lo frio á lo frio.»

«El cuerpo del hombre contiene sangre, pituita, bilis amarilla y bilis negra, esta es su naturaleza y por ella se conduce bien ó mal. Está bueno cuando cada una de estas sustancias conserva su justa proporcion en cantidad y fuerza ó cuando están bien mezcladas; enfermo cuando alguna de ellas aumenta, disminuye ó está mal mezclada. Cuando se separan una ó mas, no solo se afecta el punto donde faltan, sinó que aquel donde vayan á parar, se verá sobrecargado y sufrirá despues dolores é incomodidades.»

Segun la opinion de todos los médicos y segun lo que resulta del exámen de la naturaleza del hombre, las sustancias de que se compone son siempre las mismas; *la sangre, la pituita, la bilis amarilla y la negra;* conservan los mismos atributos y se distinguen esencialmente entre sí; la pituita en nada se parece á la sangre, ni esta á la bilis, ni la bilis á la pituita, ¿cómo, pues, confundirlas cuando á simple vista se advierte que tienen distinta coloracion? lo mismo sucede si se las toca; su calor ó su frescura, su consistencia ó fluidez las diferencian totalmente. Si damos un remedio anti-pituitoso, el enfermo arroja pituita; si anti-bilioso, bilis; si hacemos una herida, sale sangre etc. El hombre, pues, está constituido por estos cuatro humores que se ven siempre en él, y por eso no hay necesidad de discurrir sobre su existencia (2) »

El autor despues de haber planteado su doctrina mediante razonamientos y observaciones que el cree verdaderas y esentas de toda réplica, y de haber refutado las objeciones de los que profesaban una opinion contraria á la suya, continua diciendo: «la pituita se aumenta en el invierno, es el humor mas análogo por su naturaleza y frialdad á esta estacion; la sangre en la primavera, porque es mas afine por lo mismo á la constitucion caliente y húmeda de esta parte del año; la bi-

(1) Ibidem §. II. Traduccion de Gardeil.
(2) De la naturaleza del hombre. §. 3, 4, 5 Gardeil.

lis en el verano por igual razon y la atrabilis en el otoño que es cuando se presenta con mas abundancia y consistencia. (1)» Despues se ocupa el médico de Cós del modo como se engendran las enfermedades; unas veces, dice, que sucede por el influjo de las estaciones, otras por el réjimen, otras por el aire que se respira, otras por el temperamento etc., y por fin concluye estableciendo esta regla general de terapéutica; «*de que es preciso dar remedios que se opongan á las causas que han producido los males ó hecho enfermar á los hombres.*» (2)

Cualquiera que sea la opinion que se forme de este sistema bajo el punto de vista de los conocimientos actuales, se vé uno obligado á convenir que unido á la teoría de la coccion y de las crísis, con la que se asocia de buen grado, ofrece una interpretacion bastante verosímil de los fenómenos fisiológicos que mas habian llamado la atencion de los observadores de aquella época. Efectivamente estos fenómenos, sean los que quieran, no pueden provenir mas que de la accion combinada de fuerzas vitales y de fuerzas físico-químicas, que obran simultáneamente sobre la economía animal. Ahora bien, la teoría de la coccion espone las leyes segun las cuales ejerce su accion el principio vital; la de los elementos y humores, la influencia de las fuerzas brutas y las leyes segun las cuales se aplica esta influencia á los cuerpos organizados.

Estas dos teorías reunidas constituyen el *antiguo Dogmatismo*, doctrina que nació en Cós y que Hipócrates como autor principal propagó el primero. Los humores desempeñan en ella el papel de elementos fisiológicos ó secundarios, son agentes dotados de propiedades diversas ó quizá contrarias, manejados por la vida que les dirije bien ó mal, puesto que algunas veces hasta contraen propiedades deletereas por consecuencia de la accion de fuerzas esteriores no sometidas al principio vivificador.

Llevamos dicho que son de cuatro especies las fuerzas esteriores admitidas por los antiguos, el *calor*, el *frio*, la *sequedad* y la *humedad*, fuerzas que pueden reducirse sin detrimento á dos; al aumento ó disminucion del calor ó al aumento ó disminucion de la humedad. He aquí toda la física y la química de los antiguos, no conocian la composicion del aire, sus diversas mezclas, la presion atmosférica, la electricidad y sus fenómenos, los cambios químicos de la respiracion y una multitud de otras cosas y de otras influencias; no tenían mas que al-

(1) Ibidem §. 7.
(2) Ibidem §. 8, 9, 10.

gunas nociones vagas y superficiales sobre la accion del calor y la humedad con aplicacion á los humores del cuerpo, prescindían por completo de las grandes modificaciones que los sólidos esperimentan por el influjo de aquellos agentes; á los humores concedian cualidades imaginarias derivadas de los elementos que entraban en su composicion, estableciendo entre ellos y las estaciones del año aproximaciones mas poéticas que reales.

Los Asclepiades empapados en las máximas de Pitágoras, creian en la existencia de una armonía perfecta entre el universo ó el *macróscomo* y el hombre ó el *micróscomo*. Por eso habian admitido en su fisiología cuatro humores, aunque la observacion no les puso de manifiesto con claridad mas que tres: la sangre, la bilis y la pituita; el cuarto rodeado de incertidumbre y oscuridad le asimilaron, unos al elemento terrestre llamado *atrabilis*, al que atribuian propiedades muy activas y le consideraban como el autor de las enfermedades mas graves; otros al elemento líquido llamado *agua* y creian que no ejercía influencia alguna, ó al menos muy poca, en la produccion de las mismas; decian que el corazon es el reservorio de la sangre, la cabeza de la pituita, el hígado de la bilis y el bazo del agua. (1)

Si estos médicos, menos esclavizados que lo que estaban, á sus preocupaciones filosóficas, hubiesen consultado antes la observacion de los hechos, hubieran entrevisto ó descubierto las relaciones bastante manifiestas que hay entre los humores y las estaciones, hubieran notado que la accion prolongada del frio húmedo en los climas templados de la Grecia desarrollaba el humor y temperamento linfático ó pituitoso, así como los afectos catarrales; que la constitucion húmeda y caliente al concluir el invierno ó la primavera, disponía á las enfermedades francamente inflamatorias ó á las hemorragias, en fin, que el calor seco del verano y principios del otoño activaba la secrecion de la bilis y favorecía la presentacion de calenturas bilioso-inflamatorias y bilioso-pútridas, Pero entonces hubiera sido necesario renunciar á la armonía de las teorías pitagóricas de los cuatro humores con los cuatro elementos y las cuatro estaciones.

Apesar de sus errores y sus imperfecciones, *la doctrina del Dogmatismo* es la mas ingeniosa y la mas completa de todas las que registra la ciencia médica en la antigüedad; responde mejor que ninguna á

(1) *Tratado de la generacion*, § 1.—*Tratado de las enfermedades*, lb. IV, § 1, 2 y siguientes; Gardiel.

las necesidades y tendencias de la medicina antigua, fué recibida con aplauso y aun adoptada por la generalidad de los médicos y por los mas grandes filósofos. Mas adelante tendremos ocasion de volver á hablar de ella á propósito de las variaciones que ha sufrido durante su largo reinado.

¿Qué pensar ahora de los que atribuyen á Hipócrates la gloria de haber separado la medicina de la filosofía y de los que, al contrario, de haberlas unido estrechamente?; que estos mismos no se entienden, como él decia de los que no veian mas que un solo elemento en el hombre En efecto, es cierto que se habia filosofado mucho sobre la medicina antes de Hipócrates, cierto que este hizo lo mismo que sus antecesores, cierto que participaba de los errores y preocupaciones de su siglo; pero cierto tambien que su doctrina filosófica se distingue de la de sus contemporáneos por una gran sabiduría y profundidad. No cesa de recordar á todos, filósofos y médicos, esta máxima olvidada por ellos, y algunas veces por él: «*que no se puede conocer la naturaleza del hombre sin el ausilio de la observacion médica y que nada debe afirmarse que tenga relacion con ella, sinó despues de haber adquirido la certidumbre por el testimonio de los sentidos*», máxima diametralmente opuesta á los dogmas de Pitágoras, y que encierra el gérmen de toda una filosofía nueva que desconoció Platon y que solo entrevió Aristóteles como mas adelante demostraré.

Las demás teorías incluidas en la coleccion hipocrática no tienen la importancia, ni con mucho, que las precedentes; se encuentran en un pequeño número de libros, algunas veces en uno solo; pocos mèdicos las han adoptado y por esta circunstancia mas bien deben considerarse como opiniones particulares de algunos escritores, á pesar de haber entre estos algunos que han suministrado la primera idea de los grandes sistemas inventados mas tarde y por esto merecen de nuestra parte una atencion especial, porque ponen de manifiesto el orígen y encadenamiento de las ideas en los siglos pasados.

§. III. TEORÍA DE LAS FLUXIONES.

Esta teoría, una de las mas sencillas que se pueden imaginar, se considera como anterior á Hipócrates. Solo dos tratados se ocupan de ella, el de los *Lugares en el hombre* y el de las *Glándulas*. El estracto que sigue nos dará una idea de lo que es. Se lée en el primero: «el frio causa las fluxiones; la carne y las venas de la cabeza se condensan si

este obra repentinamente sobre ellas cuando tienen calor. Entonces se contraen de modo que sale todo el humor que estas partes contienen por consecuencia de la disminucion de volúmen que sufren. La contraccion de la piel hace poner derecho el cabello apretando sus raíces y los líquidos comprimidos al paso se vierten por donde pueden.»

El calor causa las fluxiones; las carnes se enrarecen por su influjo, sus poros se ensanchan, se atenúa el humor que contienen, de suerte que cede fácilmente á cualquier compresion. Cuanto mayor es el enrarecimiento, mayor es el derrame, sobre todo cuando están llenas de humores y lo que no pueden contener se escapa entonces por todas partes. Cuando estos llegan á abrirse camino, se deslizan por allí hasta que secando el cuerpo se cierra la nueva via. Cómo todas las partes comunican entre sí, las que están secas atraen hácia si la humedad, cosa fácil en aquellas que no están embebidas ni aumentadas de volumen por esta, sobre todo si son las inferiores, como sucede con frecuencia. Hay en las regiones superiores mas venas que en las inferiores y las carnes de la cabeza, que son mas blandas, tienen menos necesidad de líquidos. Así está mas fácil el camino, partes humedecidas tiendan á equilibrarse con las secas porque toda parte seca atrae la humedad. Por otra parte, no se puede negar que los humores tiendan naturalmente á buscar las regiones inferiores por lijeros que sean y cualesquiera que sea la fuerza que los ponga en movimiento (1).»

Es dificil dar una prueba en tan pocas palabras de mayor ignorancia acerca la conformacion de nuestro cuerpo, y de las leyes de la física y de la fisiología. No se espere, pues, de mi una refutacion séria de tantos y tan groseros errores acumulados en tan pocas líneas; me contentaré con decir que el cuerpo del hombre es comparado unas veces, á una esponja que absorve agua y que la deja escapar segun se la comprime mas ó menos; otras á una criba cuyos agugeros dilatados por el calor dejan paso franco á los líquidos, ó estrechados por el frio, los retienen. En cuanto á las fuerzas vitales cuyos efectos son tan patentes, tan admirables, no solo en el hombre sinó en los vegetales, tampoco se trata de saber si existen ó no!

El autor de este libro admite siete especies de fluxiones, la primera se dirije á los ojos, la segunda á las narices, la tercera á las orejas, la cuarta al pecho, la quinta á la médula espinal, la sesta á las vértebras y á los músculos y la sétima, en fin, que aparece con mas lentitud que

(1) *Tratado de los lugares en el hombre.* §§. 16 y 17. Gardeil.

las otras, engendra la ciática y el reumatismo. De este modo se dá razon del como aparecen las enfermedades. (1) Los tratamientos son dignos de tal etiología. Citaré uno solo y por el se podrá juzgar de los demás. «Para curar las convulsiones (dice en el §. 61) conviene poner un brasero encendido à cada lado de la cama, tomar una bebida hecha con la raiz de la mandragora en cantidad regular y aplicar saquillos calientes á la nuca.»

Los traductores y comentadores se han visto embarazados para dar una esplicacion razonable de este pasage, porque el método curativo mencionado está en oposicion hasta cierto punto, con sus ideas, pero no tienen en cuenta que semejante tratamiento se desprende naturalmente de la etiología indicada. Efectivamente si las convulsiones dependen de la grande humedad de la cabeza, es muy natural que se esforzáran en disminuir este esceso de humores con el calor del brasero y los saquillos calientes.

Completaré la exposicion de esta teoría con algunos estractos de la pequeña monografía de las glándulas. El autor principia así: «la estructura de las glándulas es tal como la voy á esponer; son granulosas, esponjosas, poco apretadas, de color de grasa, su tejido en nada se parece á los demas del cuerpo, tienen muchas venas, y cuando se las corta, dejan salir una sangre blanquecina y serosa, si se las manosea, parece que se toca lana sucia, y si se las comprime fuertemente con los dedos, sale un jugo parecido al aceite y su organizacion se destruye. Hay muchas dentro del cuerpo de un tamaño mayor que las que están fuera, las hay en todos los puntos llenos de sangre y humedad, unas reciben y atraen el humor que viene de arriba, otras el que corre en gran cantidad en el mismo sitio ó por el movimiento de los miembros que hacen pase á las articulaciones é impiden se deposite mayor cantidad en los músculos. Las hay tambien donde hay pelos, ¡tal es el lazo que une á ambos!; estas atraen el humor, los pelos se aprovechan de él, se nutren y crecen echando fuera el esceso. Allí donde no hay humedad no se ven estos ni aquellas. (2)»

Mas adelante añade que ciertas partes, como los intestinos y el omento, tienen solo glándulas, y esplica esta anomalía diciendo, «que en los pantanos y sitios húmedos de la tierra no germinan las semillas porque se pudren con tanta agua, lo mismo que sucedería á los pelos

(1) Ibidem §§. 18, 19, 20, 21 y 22.
(2) *Tratado de las glándulas*, §§ 1 3, Gardtel.

si salieran en los intestinos ó en el omento; el esceso de humedad no los consiente salir. (1)

Este prurito de esplicarlo todo ha hecho divagar mucho aun á los mejores ingenios; los filósofos y médicos de la antigüedad se consideraban desacreditados sinó daban esplicaciones de cada cosa y no echaban mano de toda clase de razones, por absurdas que fueran, para no quedar confundidos. Cierto es que el pequeño tratado que me sugiere estas reflexiones no es el peor de la coleccion hipocrática, al contrario, abraza su objeto con todos los detalles de que disponía la anatomía de entonces. Sin embargo, ¡cuantas divagaciones encierra!

He aquí un último ejemplo: «la cabeza tiene glándulas, el mismo cerebro se parece á una, es blanco y está dividido en porciones como ellas. Tambien aspira á obtener las mismas ventajas, descartándola de la humedad que abunda en ella, y enviándola á las estremidades mediante el derrame de los humores sobre las diversas partes. No se olvide que el cerebro es mayor que las otras glándulas, que los cabellos ó los pelos son tambien mayores que los de otros puntos. (2) Las enfermedades y la alteracion de los humores provienen del movimiento incesante de estos hacia la cabeza y de su derrame no interrumpido en las partes que los han de recibir, donde permanecen siempre en igual estado; efectos ambos que sinó se les pone remedio, pueden acabar con la vida, aunque haya grandes diferencias en los diversos grados de los males.» (3)

§. IV. Teorías fundadas en la consideracion de dos elementos.

Las cuatro formas elementales de la materia descritas en el capítulo anterior están tan bien determinadas y tan universalmente repartidas que es imposible desconocerlas, así es que ningun autor antiguo se ha atrevido á negarlas. Algunos solo conceden á dos el título de primitivas y á las demás el de secundarias.

I. En el pequeño tratado titulado *De las carnes ó del Principio del hombre* solo desempeñan el papel de elementos, *la tierra y el fuego*; este es el principio activo dotado (segun el autor) de inteligencia, sabiduría y voluntad, le confunde con el alma del mundo ó con Dios; el otro es el pasivo y de su mezcla con el fuego resultan las formas apa-

(1) Ibidem. § 3.
(2) Entre las glándulas no comprende al hígado.
(3) *Tratadode las glándulas*, § 7.

rentes de los cuerpos. La fisiología de este libro es muy estravagante como se convencerá el lector por los estractos siguientes.

Pienso que lo que llamamos *Calor* es una cosa inmortal, la principal entre todas, que todo lo conoce, que todo lo oye, que todo lo vé, y que sabe el pasado y el porvenir; que subió en gran cantidad á los cielos cuando se hizo el mundo; á este los antiguos le dieron el nombre de *Eter*. La segunda es la tierra, pesada, fria, seca, que solo entra en calor cuando se mueve con velocidad. La tercera cosa que está colocada en medio del aire tiene algo de calor. La cuarta inmediata á la tierra es húmeda y crasa. Una vez que el todo fué dotado de un movimiento circular, se trastornó, resultando mas calor en unos puntos que en otros. La cantidad fué considerable, pero el volumen pequeño. «Hacía mucho tiempo que estaba seca la tierra, y fué llenándose de mohó como vemos acontece con los vestidos, y mas adelante se quemó lo que habia graso y húmedo en esta podredumbre originaria de la tierra y resultaron los huesos.» Lo frio viscoso, aunque calentado, no pudo quemarse ni volvió á humedecerse; lo que hizo fué tomar una forma diferente de los demás y resultaron los nervios.»

Las venas se originaron del frio; la parte mas esterior de este quemada por el calor formó una cubierta densa y resultaron las membranas. El frio interior de las venas fundido por la misma causa volvió á hacerse líquido. Así se formaron tambien en el hombre y en los demás animales la garganta el estómago y los intestinos.»

Calentándose sin cesar al frio, se quemaba su parte esterior y resultaba una membrana, el frio que esta contenia en su interior no siendo craso ni viscoso volvia á humedecerse y convertirse en líquido. (1)»

Del mismo modo esplica el autor la formacion de las demás partes del organismo, su naturaleza, su crecimiento y sus diversas y variadas funciones.

Dice que el cerebro es la metrópoli del frio, la gordura la del calor (2).

Las venas del vientre y de los intestinos atraen ó se apoderan continuamente de lo mas ténue y mas líquido de los alimentos y bebidas, y despues que su mezcla ha entrado en fermentacion queda lo mas grosero y pasa á los intestinos gruesos convertido en escremento. La sustancia absorvida que va á todas partes se distribuye por cada una

(1) *Tratado de las carnes ó del principio del hombre* §§. 2, 3, 4, 5, 6, 7, Gardeil.
(2) Ibidem §§. 11 y 12.

de ellas conforme á su naturaleza, asi que bañadas por este jugo nutricio crecen por la influencia de lo caliente, de lo frio, de lo craso, de lo viscoso, de lo dulce y de lo amargo. (1)

II. *El tratado del Régimen*, del que nos hemos ocupado en el artículo *Higiene*, encierra una doctrina que tiene mucha analogía con la precedente, pero que difiere de ella en que allí ocupa el agua el lugar de la tierra y desempeña el papel de elemento pasivo. El autor empieza por preguntar cuales son los conocimientos necesarios para escribir bien sobre el régimen del hombre y coloca en primer término el conocer su naturaleza, su orígen y los elementos, y partes que concurren á formarla; dice que «si en efecto se ignora la composicion del hombre desde su principio, lo que en el domina etc. es imposible predecir lo que le conviene. (2)»

Despues de haber justificado la oportunidad de las consideraciones fisiológicas á que va entregarse, entra así en materia. El hombre y los animales reunen en sí dos principios muy distintos por su poder, pero idénticos por sus usos, á saber, el *fuego* y el *agua*. Los dos solo bastan para hacer lo que haga falta y para sostenerle, pero sin poderse separar porque de otro modo no podrian existir. Cada uno desempeña un encargo diferente; el primero es el autor de todo movimiento, el segundo el manantial de toda nutricion y tienen por consiguiente cualidades bien deslindadas ó indeclinables. El fuego es caliente y seco; el agua fria y humeda; ambos comparten entre sí sus cualidades; el primero toma la humedad del segundo y este la sequedad de aquel.»

«Nada perece por completo, ni nada se crea de nuevo, no hay mas que mezclas distintas y variadas. Los hombres creen que todo lo que nace y crece estaba muerto antes; que lo que desaparece, perece; que es necesario atender mas á los sentidos que á la razon, en lo que se engañan por cierto. Escuchemos sino á la razon misma. (3)» El autor desenvuelve en seguida este bello pensamiento, pero lo echa á perder mezclándolo y confundiéndolo en un fárrago detestable de física general y metafísica.

Llega, por fin á la generacion del hombre que esplica así.» «La mezcla de las semillas se vivifica por el movimiento y se alimenta tanto de las diversas sustancias como del soplo que entra y penetra en lo interior de la muger. Al principio esta mezcla es homogenea, despues

(1) Ibidem §. 27.
(2) *Tratado del régimen* lib. I. §. 2, Gardeil.
(3) Ibidem §§. 4 y 5.

se hincha y aumenta de volumen para en seguida desecarla el calor y el movimiento y darla mas consistencia. El fuego consume la humedad interior; lo mas sólido que hay en esta mezcla se hace mas duro y seco, de suerte que ya no puede suministrar mas alimento al fuego, endureciéndose pues tanto mas, cuanta menos humedad contiene; formándose así los huesos, los ligamentos. De este modo prepára el fuego toda la organizacion en un todo conforme á su naturaleza por medio de la humedad á la cual imprime el movimiento necesario. (1)»

A esta antropogenia algun tanto fantástica, el autor añade aproximaciones nó menos curiosas entre el calor vital y el general del mundo. «El calor del vientre, cavidad, que segun el, sirve de receptáculo á la humedad, esta bajo la influencia de la luna; el que va á la superficie del cuerpo ó á las carnes, bajo la de las estrellas; el de la admósfera, en fin, que se reparte por fuera y por dentro de los vasos egerce un poder parecido al del Sol. «Este es, continua nuestro fisiólogo, el fuego central, el que lo arregla todo segun las leyes naturales y lo hace sin ruido y sin ser visto ni oido. Hay en el, alma, inteligencia, prudencia, crecimiento, disminucion, movimiento, periodicidad, sueño y vigilia. El, pues, lo gobierna todo y en todo tiempo y lugar, no estando nunca en reposo. (2)»

Despues de haber hecho una aplicacion tan poco feliz de sus conocimientos astronómicos, pasa el mismo autor revista á los oficios mas usuales de la vida, al de adivino, de fundidor de metales, de batanero, de zapatero, de serrador de madera, de arquitecto, de músico, y otros semejantes que, segun el, tienen alguna relacion con el régimen del hombre, algun parecido con ciertos actos de la economía. Hablando por ejemplo del arte de platero, dice, «los plateros lavan el oro, le funden y le baten á un fuego suave, pues el fuerte le perjudica, y una vez que lo han dispuesto así, lo emplean para distintos usos. De la misma manera obra el hombre con el trigo, que lo desgrana, lo lava, lo limpia, lo muele y hace con ello muchas cosas para destinarlo despues á su alimentacion, sin emplear un fuego vivo. En la digestion hace sufrir una completa trasformacion á las sustancias ingeridas en el estómago por el solo calor suave del organismo. (3)»

Hipócrates y Empedocles, partieron de una verdadera observacion, cuando el primero publicó su bella teoría de la coccion y de las crísis y

(1) Ibidem, §. 7.
(2) Ibidem, §. 7.
(3) Ibidem, §. 17

cuando el segundo reducía á cuatro las formas elementales de la materia; ambos se fundaban en informes reales que habian descubierto mediante un sabio análisis, mientras que los inventores de las dos teorías precitadas han apoyado su síntesis en falsas ó triviales analogías y con la ayuda de obligadas aproximaciones. Todos han querido hacer pasar por nuevo cuanto han dicho, siendo estravagante é hipotético. Mucho mejor les hubiera sido seguir el camino conocido que echarse en brazos de una imaginacion estraviada.

III. A los sistemas físio-patológicos que solo admiten dos principios generadores de los cuerpos, corresponde la teoría patológica, segun la cual dependen las enfermedades de dos humores solamente, teoría que domina en los dos principales tratados de nosografía de la coleccion hipocrática; teoría que no deja de tener alguna mezcla de la de los cuatro humores, como puede verse leyendo lo que va á continuacion. Se lee en el 1.° de los tratados. «Todas las enfermedades, si son internas, provienen de la bilis ó de la pituita; si son esternas, de diversas causas, unas veces del calor y frio escesivos ó de la abundancia de la sequedad ó de la humedad. «La melancolía producida por la bilis negra termina en la paralisis. (1) Un poco mas adelante, se lee, todavía. Aquellos á quienes atormenta la atrabilis caen enfermos, lo mismo sucede todas las veces que la bilis y la pituita se sobreponen á la sangre. (2)»

El segundo tratado de nosografía que contiene la teoría de los dos humores, se llama *De las afecciones*. En él se encuentra la misma alianza que en el anterior, como puede verse leyendo solo los párrafos 1.° y 36.

§. V. Teoría de un solo elemento.

Los fisiólogos que solo admiten en el organismo un solo elemento no pretenden decir por esto que el hombre está formado de una sola sustancia modificada de diversos modos, sinó que quieren dar á entender que entre los elementos que entran á constituirle hay uno superior á todos los demás por su energía ó por su actividad en la produccion de los fenómenos fisiológicos y patológicos. El deseo de estos ha sido siempre referir á la unidad todas las fuerzas activas de la naturaleza, pero hasta ahora todas cuantas hipótesis han creado en este sentido no pasan de ser meras utopías.

(1) *Tratado de las enfermedades*, lib. 1.° §. 2, Gardeil.
(2) *Ibidem*, §. 29.

La coleccion hipocrática contiene dos libros que se ocupan solo de esta doctrina de un solo elemento, el uno es un tratado de embriología titulado de la *Naturaleza del niño*, bastante bueno para la época en que se escribió y que parece ser una continuacion del tratado de la *Generacion*. El otro es un opúsculo de patología general que lleva el título *De los vientos*. El aire, el soplo ó el *neuma* como le llamaban los Griegos, desempeña en ellos el papel principal, pero en el primero es menos clara y esclusiva su influencia que en el segundo. En este se lee: «lo mas importante que hay que conocer es la causa de las enfermedades, el orígen, el manantial de los males que se engendran en el cuerpo. Cualquiera que conozca bien la causa de un mal, podrá poner el remedio adecuado capaz de oponerse desde su orígen á su desarrollo, es decir que sea contrario á la enfermedad.» (1)

Una vez admitida por el autor la necesidad de remontarse al conocimiento de la causa de los males, continua: «la naturaleza de todas las enfermedades siempre es la misma, solo se diferencian por su sitio, y á juicio mio las diversas formas que afectan dependen de la diversidad de las partes que suelen ocupar, pero su esencia no varia, y lo mismo al parecer la causa que las produce.» ¿Pero cual es esta causa? Esto es lo que voy á tratar de esplicar. «El cuerpo humano se nutre de tres cosas, de alimentos, de bebidas y de aire, es decir necesita comer, beber y respirar. Hay dos especies de soplo, uno esterior que es el *aire mismo*, otro interior que se llama *viento* ó *espíritu*. El aire interior ó soplo produce los fenómenos mas importantes, y merece que fijemos en él toda nuestra atencion. Nada puede hacerse sin aire, en todas partes se halla, llena el espacio inmenso que hay entre la tierra y el cielo, sirve de sosten al fuego sin el cual este no podria subsistir; no es difícil comprender que hay aire en el fondo del mar, porque respiran los animales que hay en él, en fin no hay nada que no esperimente sus efectos. (2)» El mismo autor examina enseguida con especial cuidado la influencia de este agente en el sosten de la vida del hombre y dice que esta influencia es continua, que este se pasa mejor sin comer y beber que sin respirar, concluyendo de aquí que el aire es la cosa mas indispensable á la vida y tambien la causa de los desórdenes mas graves y mas frecuentes. Continúa diciendo que, «le parece que la causa mas principal de las enfermedades proviene de la fuerza ó devilidad del soplo, de su

(1) *Tratado de los vientos*, §. 1 Gardeil.
(2) *Ibidem*, §. 2.

estado normal ó de su alteracion por algunos miasmas. Bastará haber establecido este principio general; descendiendo enseguida á los detalles, esplicaré el como proviene cada enfermedad en particular del aire ó del soplo. (1)»

De que el aire sea una de las cosas mas necesarias á la vida, ó si se quiere la mas indispensable, no se deduce de una manera indeclinable que sea el único orígen ó al menos el mas frecuente de las enfermedades, porque aun cuando lo fuera, todavía no está demostrado. Dejaremos á un lado esta objecion y si es verdad que ante los hechos ó las observaciones mas escrupulosas se hunden la mayor parte de los sistemas, veamos como sostiene la prueba el sistema del *Neuma*, lo cual nos dispensará de nuevos y estensos argumentos. Para esplicar la fiebre consecutiva á la falta de régimen dice lo que sigue: «muchos alimentos tienen ó introducen necesariamente mucho aire, porque el soplo entra mayor ó menor cantidad en el cuerpo en proporcion de lo que se come y lo que se bebe; por esto se erupta tanto despues de haber comido ó bebido demasiado, entonces el aire comprimido y encerrado rompe las celdillas que lo contienen y sale por arriba estando el cuerpo aumentado de volúmen por su esceso. La gran cantidad de alimentos que contiene el estómago impide que pase fácilmente á los intestinos. El aire reside en todo el cuerpo y refresca hasta las partes mas calientes, enfriamiento que alcanza hasta el origen de la sangre desde donde se estiende á todo el cuerpo: de ahí provienen los escalofrios de la fiebre que son tantos mas violentos, cuanto mas fuerte parece el aire y mayor el enfriamiento *(2)*»

Basta de citas: creo que las espuestas serán bastante para que el lector se entere del valor de este sistema patológico y del modo como esplica la presentacion de los primeros síntomas febriles; sin embargo, guárdese de burlarse de los escritos de los antiguos porque contengan los errores teóricos que hemos apuntado; no olvide que en punto á teorías, los modernos, aun los mas célebres, no están exentos de ilusiones que harán reir algun dia á los que les consideren bajo distinto punto de vista que nosotros y con conocimientos superiores á los nuestros. Las faltas de la ciencia antigua solo nos deben hacer circunspectos para aceptar con reserva las aserciones de la ciencia contemporánea.

---

(1) Ibidem, §. 3.
(2) Ibidem.

§. VI. TEORÍA DE UN ESCEDENTE CUALQUIERA.

En el capítulo anterior hemos visto la síntesis llevada á su último límite, asimilados todos los fenómenos orgánicos y enlazados por una causa comun á pesar de su infinita variedad y sus enormes diferencias. Pero para llegar á este conocimiento, para no ver en la formacion del hombre, en el desarrollo de sus partes y ejercicio de sus facultades, mas que modificaciones diversas de un solo agente, tal como el fuego ó el aire, es preciso dotar á alguno de estos de cualidades imaginarias, suponerle instinto, inteligencia, voluntad, que ninguna observacion demuestra; en una palabra, es preciso torturar los hechos y crear un mundo á su antojo como el de aquellos enfermos que ven los objetos de un mismo color. Estas utopías, que, á fuerza de abstracciones, crea el espíritu en el silencio del gabinete, se desvanecen comunmente en presencia del mundo real ó de la verdad fenomenal. Basta para que desaparezcan compararlas con lo que dice todos los dias la observacion y someterlas á la prueba práctica, y esto es lo que ha hecho con gran talento el autor que vamos á examinar. El libro que la contiene se llama de la *Medicina antigua* y es uno de los mejores de la coleccion. Remontándose hasta la infancia del arte, pone en claro los principios, traza su marcha con gran sagacidad, indica el método mas conveniente para asegurar sus progresos, establece, en fin, las verdaderas bases de la filosofía médica. Los críticos y los historiadores están casi unánimes en considerar este libro como posterior á Hipócrates. Solo Mr. Littré entre los modernos, encantado de la doctrina que contiene, se le ha atribuido al mas ilustre de los Asclepiades. (1) El único documento en que se funda para opinar de distinta manera que los demás, es un pasaje de Platon en el cual este filósofo, sin citar precisamente el libro de la *Medicina antigua* parece que alude á él. Yo opino como los mas, aun despues de haber leido el pasaje y el sábio comentario con

---

(1) He aquí como se espresa con este motivo: El libro de la *Medicina antigua* tan notable por la rectitud de su juicio y la profundidad de las ideas no lo es menos por la belleza y sublimidad del estilo; de suerte que la forma en el, es en un todo digna del fondo. Los periodos, por lo general, largos, están construidos con una perfecta regularidad y sus miembros se equilibrian y redondean en ellos de tal modo, que aparecen tan gratos al oido como á la inteligencia, la espresion llena de exactitud y claridad es siempre grave y firme y sin embargo de trecho en trecho se mejora hasta el punto de dejar ver al escritor, que dueño de si mismo y del objeto se contiene en los límites trazados por un buen gusto. Es, en verdad, un escelente trozo de literatura griega y un modelo acabado de la discusion científica sobre puntos generales y elevados de la ciencia.
Obras de Hipócrates T. 1.° *De la antigua medicina* arg. pág. 565.

que le acompaña Mr. Littré. He conservado tambien en los pasajes que cito la traduccion de Gardeil porque sobre esta he calcado mi primer trabajo y que por consecuencia se adapta mejor á mi argumentacion; por otra parte, en cuanto al fondo difiere poco de la de Mr. Littré, pues basta comparar estos escritos para convencerse al instante que estos dos intérpretes espresan unas mismas ideas bajo aspectos diferentes. (1)

El autor empieza por una discusion en la cual demuestra que la medicina no ha sido fundada en opiniones hipotéticas, inciertas y oscuras, sinó en la verdadera observacion del bien ó del mal que esperimenta el enfermo siguiendo tal ó cual régimen ó haciendo tal ó cual cosa. Asegura que el mejor medio de añadir algo à los descubrimientos antiguos, no es el de arrojarse á ciegas por caminos estraviados y desconocidos, sinó en seguir con constancia el camino trillado por la esperiencia que es el único que conduce à los adelantos verdaderos.

Como de todas las hipótesis emitidas en esta época para esplicar los fenómenos de la economia animal, la de los cuatro elementos era la mas seguida, pues contaba entre sus partidarios á hombres tan respetables como Hipócrates, Platon, Aristóteles y la mayor parte de los médicos; nuestro filósofo ataca con ardor aquella hipótesis y la refuta á su manera. «Principia diciendo que, todos los que de viva voz ó por escrito se han ocupado de la medicina, se han propuesto como base de sus raciocinios la hipótesis del calor ó frio, de la sequedad ó la humedad ó de otro cualquier principio que las ha parecido, simplificando las cosas y atribuyendo las enfermedades y la muerte en el hombre á uno ó dos solos agentes como á una causa primordial y constante, engañándose claramente en muchos de los puntos que sostienen, y son tanto mas dignos de censura, cuanto que se equivocan en un arte que existe, que aplican las gentes à las cosas mas importantes y que honran particularmente en la persona de los buenos prácticos. (2)

El autor despues de señalar á la ligera lo que conviene evitar cuan-

---

(1) Indicare sumariamente las razones que me hacen pensar como la mayor parte de los Médicos. 1.° El libro de la *Medicina antigua* refuta el sistema de los cuatro elementos que era el de Platon, proclama la superioridad del método esperimental, como mas adelante veremos, es el corifeo de un método completamente opuesto. ¿Como este filósofo habria podido proponerse por modelo á un autor cuya doctrina es completamente opuesta á la suya? El pasaje de Platon considerado en si mismo parece referirse mas bien al libro de la *Naturaleza del hombre* como piensa Galeno, que al de la *Medicina antigua* como presume Mr. Littré, lo que destruye toda la argumentacion de este último. (Vease la introduccion de las *Obras de Hipócrates* por Littré, tomo 1.° pág. 294 y siguientes por una parte y por otra los párrafos primeros del libro de la *Naturaleza del hombre*.

(2) De la Medicina antigua. §. 1. Gardeil.

do se cultiva la medicina, dice al instante lo que debe hacerse, reasumiéndolo en el siguiente aforismo: «Observar con atencion lo que conviene ó daña á la salud, examinar donde reside lo malo ó lo bueno de cada cosa, pero sin sutilezas, atenerse pura y simplemente al testimonio de los sentidos.» Este método no era del todo nuevo, Hipócrates habla algo de él en su libro de la *Naturaleza del hombre*, pero no en términos tan esplícitos como el de la *Medicina antigua*. El autor de este último se esfuerza en añadir el ejemplo al precepto, y hasta cierto punto se apropia el método por la estension que le da y las pruebas en que le apoya. «Dice que el que quiera discurrir sobre el arte de curar solo debe ocuparse de cosas de cuya verdad nadie duda, en atencion que los discursos y las investigaciones de un médico no deben tener otro objeto que el estudio de los males que aqueja la especie humana. Por eso la observacion del bien y del mal es lo que ha hecho buscar y descubrir este arte, pues que se veian enfermos agravarse con el uso de los mismos alimentos que los sanos, como todavía se ve hoy.

El que se llama pues médico, el que por confesion de todos posee un arte y descubrió el régimen y alimentacion de los enfermos, parece regular que haya seguido otro camino que el de cambiar en su orígen el género de vida salvaje y brutal de los hombres, atrayéndoles al modo de alimentacion de que usamos en el dia? En mi juicio, el método es el mismo; el descubrimiento idéntico. El uno se ocupó en separar todo lo que era superior á las fuerzas de la economía humana en estado de salud, á causa de sus cualidades agrestes y poco adecuadas, y el otro en quitar todo lo que era refractario á las fuerzas de la constitucion por el estado accidental en que se hallaba. ¿En qué se diferencian ambos, sinó en que el segundo tiene mas latitud, es mas variado, exige mas habilidad, habiendo sido el primero el punto de partida?»

De esta manera es como refiere la creacion de la Medicina á los primeros ensayos intentados por el hombre para mejorar las condiciones de su existencia. Demuestra que el mismo instinto que le ha conducido de buen grado á elegir los alimentos que ha de usar, á someter unos á la coccion, otros á preparaciones de diversa índole á fin de hacerlos mas fáciles de digerir y de un gusto mas agradable, le ha sugerido tambien la idea de buscar alivio á sus dolores, de variar el régimen mientras estuviere enfermo y emplear en su curacion otros muchos medios.

Las primeras reglas de higiene y de terapéutica fueron hijas de la esperiencia y no de hipótesis alguna, concluyendo de aquí que el méto-

do esperimental es el único que hará progresar la ciencia. «Todo hombre, grita, que rechaza la esperiencia y que tomando un camino nuevo se alaba de haber añadido alguna cosa al arte, se engaña á sí mismo y engaña á los demás.» Proscribe todas las especulaciones trascendentales que se tenia costumbre de hacer en su tiempo sobre la naturaleza del hombre y sobre la esencia de las enfermedades, las considera mas bien como un entretenimiento que como una cosa formal.

«No faltan par otra parte sofistas, entre ellos algunos médicos, que dicen no es posible aprender medicina sin conocer de antemano al hombre, y que todo el que quiera ejercer con conciencia el arte de curar, debe poseer este conocimiento. Pienso que todo lo que estos escriben sobre este asunto importa mas á los literatos que á los médicos, y estoy además convencido que solo por el estudio de esta se llegará á adquirir conocimientos positivos acerca de aquella, siempre que se abrace la ciencia en su generalidad. Lo que verdaderamente importa conocer en este caso á todo médico que quiera desempeñar bien su cometido, es las relaciones que el hombre tiene con los alimentos y bebidas que usa y la influencia que cada una de estas pueda ejercer en él. (1)»

Se vé, pues, con que sagacidad refiere nuestro filósofo las cuestiones de fisiología al método esperimental, haciendo lo mismo con los problemas de patología y terapéutica. Se trata, por ejemplo, de esplicar la generacion de las enfermedades; pues no recurre á causas ocultas, tales como el fuego elemental, el húmedo radical, sinó á otras aparentes y apreciables para todo el mundo, tales como los escesos en la comida y bebida, la privacion de alimentos, la falta de preparacion ó mala cualidad de ellos. No niega que el esceso de calor ó frio, de sequedad ó de humedad no pueda llegar á ser en ciertos casos ocasion de enfermedades, pero asegura que estas cualidades primitivas no desempeñan el papel de agentes morbígenos en todas las afecciones, sinó en un pequeño número, y lo prueba con ejemplos sacados de la observacion diaria.

Supongamos, dice, un hombre de una constitucion débil, comiendo trigo tal cual se cria, carne de la misma manera y bebiendo agua; estoy seguro que debido á este régimen, esperimentará muchas y graves incomodidades, tendrá dolores, indigestiones, su cuerpo se debilitará y no podrá vivir mucho tiempo. ¿Qué remedio emplear en tales circunstancias? ¿El calor, el frio, la humedad ó la sequedad? Ciertamente que alguno de ellos, porque si una ó mas de estas condiciones

(1) De la medicina antigua, § 22.

han producido la enfermedad, es preciso remediarla con la contraria segun su propio modo de discurrir. El modo mejor y mas seguro de hacerlo es cambiar el género de vida que usaba, dándole á comer pan en lugar de trigo, carne cocida en vez de cruda y haciéndole beber vino despues de la comida.» (1)

Las sustancias que sirven de alimento al hombre estan dotadas de cualidades secundarias, tales como lo amargo, lo salado, lo dulce, lo ácido y otras mil cosas cuyos efectos son mas sensibles y persistentes que los de las primitivas, de lo cual, concluye el autor, que las primeras deben dar origen con mas facilidad á enfermedades que las segundas. He aquí como esplica la accion de los principios secundarios sobre la economía. «Hay en el cuerpo humano lo amargo, lo salado, lo dulce, lo agrio, lo acervo, lo insípido y otras mil cosas cuyas propiedades varían al infinito en cantidad y fuerza. Mezcladas todas y equilibriadas unas con otras no se hacen manifiestas, ni ocasionan mal alguno, pero si cualquiera de ellas se aisla y se separa de las demás, entonces se hace sensible y produce una alteracion grande en el cuerpo. Lo mismo sucede á los alimentos que no se apropian bien á la naturaleza del hombre y cuya ingestion le produce alguna enfermedad, cada uno de ellos tiene alguna cualidad superior á las demás, ya la amarga, ya la salada, ya la áccida ú otra cualquiera, y por esto alteran la salud, ni mas ni menos que las cualidades de nuestro cuerpo cuando se separan y aislan.» (2)

En las otras teorías no se tienen en cuenta las cualidades secundarias por que se las considera como sencillas mezclas, pero nada prueba que sea así. Ninguna observacion, ningun análisis ha probado como lo amargo, lo dulce, lo salado, lo agrio, etc. resultan de la combinacion de lo caliente, lo frio, lo húmedo, lo seco; lo mas racional era observar como se conduce cada uno de estos principios, ya se manifiesten espontáneamente en los humores, ya se introduzcan con los alimentos en el organismo. Segun este sistema, la marcha de los humores mal sanos, es, por lo general, la siguiente: «Hemos dicho mas arriba que tenemos sobre este punto datos mas fijos y mas concluyentes; por ejemplo, cuando uno padece un coriza y tiene un flujo por la nariz, este humor que llega á ser mucho mas acre que lo era anteriormente en el estado de salud, hace que se hinche esta, promueva un calor esce-

(1) Ibidem. §. 11.
(2) Ibidem. §. 12.

sivo, una sensacion de quemadura y si se urga á menudo persistiendo el flujo mucho tiempo, se encona la parte aun cuando es seca y poco carnosa. El ardor de la nariz se mitiga, no mientras dura el catarro y la hinchazon, sinó cuando se espesa el humor que se hace menos acre, mezclándose por la coccion con el líquido primitivo; solo entonces cesa esta incomodidad. Lo mismo acontece con otras tantas alteraciones producidas por la acritud é intemperancia de los humores. Otro ejemplo: Las fluxiones que se padecen en los ojos tienen intensas y variadas acrimonias, ulceran los párpados, algunas veces escorian hasta las mejillas y todos aquellos puntos por donde pasan, llegando hasta destruir la cornea. ¿Y estos dolores, la inflamacion y el calor escesivo, hasta cuando duran? Hasta el momento que la fluxion se espesa por el trabajo de la coccion y el humor que la constituye se hace purulento. Ahora bien, esta coccion se verifica por la mezcla y justa proporcion de los humores.» (1) Todavia el autor cita otros ejemplos y concluye diciendo: «Porque es preciso, sin duda, considerar como causa de la enfermedad todo lo que sostiene este modo de ser mientras existe, desapareciendo cuando se trasforma en otra mezcla. (2)

La regla establecida aquí para discernir las causas de las enfermedades no es tan segura ni tan infalible como cree el autor, puesto que segun su manera de ver, se espondría muchas veces á considerar como causa de enfermedad lo que es solo un síntoma patognomónico ó un efecto constante. Así es que en los ejemplos citados, los humores crudos que salen por la nariz afectada de coriza ó por los ojos de una oftalmia, no son mas que efectos que acompañan á estas afecciones unidos á ellas como la sombra al cuerpo. El autor se equivoca cuando considera á estos humores como causa de las enfermedades concomitantes, por lo que su regla de patologia admite muchas escepciones. A pesar de estos lunares, su teoría es mejor y se aproxima mas á la verdad que las precedentes porque pocas veces se separa de la observacion, mientras que las otras que parten solo de algunas nociones esperimentales lo hacen á menudo, para engolfarse y estraviarse despues en el campo nebuloso de las ficciones. Si es verdad que no puede asegurarse que los humores que se desprenden de los ojos ó de las fosas nasales cuando estos órganos están enfermos sean la causa primitiva de su mal, tampoco puede negarse que ocasionan algunos accidentes secundarios, tales como las ul-

(1) Ibidem. §. 19.
(2) Ibidem.

ceraciones de los párpados, de las mejillas, de la cornea, de las alas de la nariz. Son al mismo tiempo efecto y causa como todo fenómeno orgánico.

El autor del tratado que examinamos no echa en olvido á los sólidos orgánicos, se ocupa algo de ellos en los últimos paragrafos y encomia la necesidad de estudiar su estructura y configuracion.

No negaré que las reflexiones de nuestro fisiólogo son breves y superficiales, pero tengase en cuenta que en aquel tiempo estaban en la infancia la fisiología y la anatomía descriptiva, no se conocía la patológica, por la imposibilidad en que se hallaban de abrir cadáveres humanos. Por lo demás, este escritor ha hecho grandes esfuerzos para adquirir nociones positivas sobre la estructura de los órganos, trazando el camino que se debe seguir y que se ha seguido despues. Tampoco desconoce el valor de la fuerza vital ó de la reaccion orgánica sobre el desarrollo marcha y terminacion de las enfermedades; habla de ella con mas ó menos claridad en diversos puntos de su libro, especialmente cuando encarga se fije la atencion en los dias críticos y las crísis. (1)

Así pues, como ya he indicado al principio de este capítulo, el libro de la *Medicina antigua* contiene preciosas investigaciones sobre los primeros rudimentos de la ciencia, una esposicion razonada sobre el método esperimental aconsejado ya por Hipócrates, el sistema patogénico mas estenso que se habia conocido y que puede reasumirse en la siguiente proposicion: *Es causa de enfermedad todo agente esterior ó interior que afecta nuestra constitucion mas allá de ciertos límites.*

§. VII. MORAL MÉDICA DE HIPÓCRATES.

La moral médica de este Profesor se revela en la candidéz con que él mismo confiesa sus reveses y sus triunfos y la tendencia á moralizar á los médicos de aquella época en los libros que escribió destinados á este objeto, tales como *el Juramento, el Tratado del Médico, el Arte, el de la Decencia etc.* El Juramento se cree que es anterior á este autor; está dividido en dos partes, la primera se ocupa de la conducta que debe observar el discípulo con sus Maestros, haciendo resaltar el deber que tienen de ser agradecidos etc.; la segunda se ocupa de todo cuanto corresponde á la práctica, esponiendo los medios de aliviar á los enfermos y los preceptos de decoro tan necesarios al Profesor. El tratado del Mé-

(1) Vease pág.

dico destinado à darlos á conocer, contiene preceptos tan preciosos que todos ellos debieran tenerlos siempre presentes. Dice que el poco aprecio de los médicos entre sí depende muchas veces de la ignorancia de muchos de los que les juzgan. Para él, el verdadero médico debe poseer seis cosas; talento natural, buena educacion, buenas costumbres, mucha aplicacion desde el principio de su carrera, amor al trabajo y no desperdiciar el tiempo. A los que poseen estas cualidades les llama *Médicos de hecho*, no de nombre. La ignorancia, dice, es un mal fondo para los que la poseen, es el enemigo mas temible de la tranquilidad y confianza de los enfermos, y al mismo tiempo el orígen de la audacia y de la timidéz en la terapéutica. Se ocupa además del aspecto esterior que debe tener este, de sus costumbres, de sus cualidades, del modo como debe ejercer el todo de la ciencia, en especial la cirugía.

En el tratado del Arte defiende la ciencia de los ataques de los ignorantes, justificando la necesidad de ella y traza al paso la conducta de los que la practican, atribuye al alarde de su ingenio la tendencia de muchos á desacreditar el arte, y pone en evidencia á los envidiosos que incapaces de crear ni perfeccionar se ocupan solo en hacer crítica de los descubrimientos y escritos de los demás. Define la medicina el arte de curar los enfermos ó aliviar sus dolores, y dice que hay enfermedades que se conocen y curan, como las hay incurables ó difíciles de conocer, aumentando esta dificultad muchas veces la ignorancia y malicia de los pacientes al dar razon de lo que sienten. Compara la premura que se exige en las acciones del médico con el tiempo que se concede á los que profesan otras artes para resolver las cuestion ó ejecutar sus obras.

El de la Decencia contiene una moral escelente. Dice que el médico no debe ocuparse de otra cosa que hacer bien, que no sea fastuoso ni en su aspecto ni en su conversacion, que nunca falte á la verdad, que las mejores lecciones deben ser los hechos, no razonamientos, que conozca profundamente la materia médica; demuestra que el ejercicio de la medicina eleva al conocimiento de Dios y recomienda tener preparado cuanto pueda exigir cada enfermo; aconseja que las visitas sean frecuentes para aprovechar la oportunidad y que sean instruidos los discípulos y los practicantes; insiste en la necesidad de aprovechar la ocasion en los males; lo que se conoce mediante la observacion y no por el razonamiento; recomienda al médico tenga siempre presente hasta los menores detalles y las noticias mas insignificantes para un juicio mas acertado; por último, le aconseja que infunda valor á sus enfer-

mos, que huya del lujo, de los discursos pomposos, repitiendo tambien que estudie desde jóven para tener tiempo de adquirir buena práctica. *

§. VIII. RESUMEN DE LA DOCTRINA Y TEORÍAS HIPOCRÁTICAS.

La primera de las teorías, la de la coccion y de las crisis está fundada en el hecho capital de la existencia en el hombre de una fuerza que le anima, fuerza que está sujeta á intermitencias en alguno de sus actos, carácter que falta á las generales de la materia; intermitencias que se observan en algunas enfermedades en las que aparecen períodos mas ó menos regulares llamados *críticos* ó *crisis*. En otras muchas no se vé esta regularidad periódica ó es poco apreciable. Los hipocráticos antiguos cometieron una falta al querer admitir la crisis en todas las funciones patológicas. La fuerza vital es inherente á los órganos y depende en totalidad ó en parte de la constitucion de estos, siendo una cosa precisa estudiar esta constitucion, estudio que no hicieron los Asclepiades por las preocupaciones de entonces. Por otra parte, esta misma fuerza obra al mismo tiempo sobre los sólidos, líquidos y gases que forman parte de los séres organizados ó sobre las sustancias que vienen de fuera, sustancias que están dotadas de propiedades mas ó menos enérgicas, con las que modifican la accion de los órganos, viéndose obligado el médico á estudiarlas en conjunto. Esta teoría médica ha variado mucho hoy que la física y la química se han encargado de hacerla variar.

La mayor parte de los físicos admitían en la materia cuatro formas principales, de las que procedían todas las propiedades tangibles de los cuerpos. Los médicos, á su vez, admitían cuatro principios cardinales, de los cuales hacían depender todos los fenómenos físio-patológicos. Hubo, sin embargo, un pequeño número de los primeros que solo admitieron dos sustancias elementales y lo mismo hicieron algunos de los segundos, resultando de esta divergencia un conflicto que obligó á algunos hombres, mas atentos que prevenidos, á decir que no puede asegurarse que todas las sustancias materiales se originen de uno solo, de dos ó de cuatro elementos y que jamás la mezcla de lo cálido, lo frio, lo húmedo, lo seco engendran, ya lo amargo, lo ácido, lo dulce ú otra cosa secundaria. De ahí han deducido que es falsa ó al menos hipotética la division de las propiedades físicas de los cuerpos en primitivas y secundarias, admitiendo solo en la ciencia dogmas que se prueban por la esperiencia. Esto era pretender provocar una reforma para la que no

estaban dispuestos entonces los ánimos. Veremos lo que sucedió en el período que sigue; interin reasumiremos los escritos hipocráticos para que sea mas fácil retenerlos en la memoria.

OBRAS DE HIPÓCRATES.

PRIMERA SECCION.—FILOSOFÍA MÉDICA.

Seis tratados; á saber: *los Preceptos, la Regla, la Medicina antigua, el Médico, la Decencia, el Juramento.*

2.ª SECCION.—ANATOMÍA.

Siete tratados: *la Diseccion del cuerpo, la Estructura del cuerpo, la Naturaleza de los huesos, la Naturaleza de las carnes, la Naturaleza del corazon, la Naturaleza de las glándulas, el Tratado de los lugares del hombre.*

3.ª SECCION.—FISIOLOGIA.

Ocho tratados: *la Naturaleza del hombre, el Alimento, la Vida, la Dentición, la Muger, el Niño, la Generacion, los Sueños.*

4.ª SECCION.—DOCTRINAS MÉDICAS.

Cuatro tratados: *el de los Humores, el de las Crisis, el de los Dias críticos y el de las Epidemias.*

5.ª SECCION.—LOS AFORISMOS.

Estos libros contienen bajo *la forma de corolarios, los Dogmas de la ciencia y del arte.*

6.ª SECCION.—PATOLOGÍA GENERAL Ó HISTÓRIA DE LAS ENFERMEDADES.

Siete tratados: que *comprenden las cinco secciones de la patología general actual,* á saber: *la etiología, la sintomatología, la semiología, la nosología, el diagnóstico y el pronóstico.* Lo mas notable y pri-

mordial de sus estudios sobre esta rama del arte se encuentra: la *etiología*, en el *Tratado de los Aires, Aguas y Lugares*; la sintomatología en el libro de las *Predicciones ó Porrohéticos y en el del Pronóstico*; la nosología en el libro *de las Afecciones y de las enfermedades*; el diagnóstico *en el Tratado del Pronóstico*.

7.ª SECCION.—PATOLOGÍA ESPECIAL.

Seis tratados; á saber: el *de las Afecciones internas, el de las Jóvenes, el de las Mugeres, el de las Mugeres estériles, el de la Enfermedad sagrada ó Epilepsia, el de los Vientos*.

8.ª SECCION.

Tres tratados: *De la Dieta salubre*; *del Régimen*. (Libros II. y III.)

9.ª SECCION.—DIETÉTICA Y TERAPÉUTICA.

Nueve tratados; *del Régimen* (Lib. I.) *del Régimen en las enfermedades agudas, del Alimento, del Empleo de los líquidos, de las Afecciones, de las Afecciones internas, de la Naturaleza de la muger, de las Enfermedades de las mugeres, de los Medicamentos purgantes*.

10.ª SECCION.—DE LA METAFÍSICA.

Tres tratados: *de la Naturaleza del hombre, de la Causa primera de las enfermedades, de la Creacion del mundo y de los séres*.

11.ª SECCION.—CIRUGÍA.

Diez tratados: *del Laboratorio del Cirujano, de las Lujaciones, de las Fracturas, de las Articulaciones, del Mochilo, de las Úlceras, de las Fístulas, de las Hemorroides, de las Heridas de cabeza, de la Extraccion del Feto*.

12.ª SECCION.—MISCELANEA.

Seis fragmentos; á saber: *Cartas á Heráclito, á Demócrito, á Artagerges, los Discursos á Tésalo y á los Atenienses, la Oracion al pie del altar*.

CAPÍTULO V.

Escuela médica de Coós despues de Hipócrates.

La Escuela de Coós que pasa con justo título por la metropolí de la Medicina, nació en la Jonia, aquella hermosa parte de la Grecia cantada por Homero. La escuela de Coós se enorgullece con que su orígen se remonte hasta Esculapio, pero es lo cierto que no fué considerada como tal hasta el año tres mil quinientos de la creacion del mundo que la constituyó *Hipolopo*. Sus fundadores se gloriaban de haber tomado su doctrina del libro de la naturaleza y de haberla aumentado y perfeccionado con su trato con los Asclepiades de Egipto. Lo que hay de cierto en estas pretensiones es que la Escuela de Coós ha reunido en un foco comun los conocimientos de todos los siglos anteriores á ella y que los ha estendido á los que la han sucedido. En Coós los discípulos prestaban un juramento solemne de respeto á sus Maestros, los que eran para ellos un objeto de profunda veneracion. A todo neófito se le exigía una decidida vocacion, costumbres sin mancilla y talento natural, porque ante todo querian hombres dignos de la profesion médica, á la cual se la consideraba como un sacerdocio. Los discípulos como los Maestros, ejercian su oficio sin interés alguno en honra y dignidad del arte y por amor á la humanidad. Estos esplicaban en forma aforística para sacar discípulos aventajados y los hacian visitar con ellos, hermanando así la ciencia con el arte, la teoría con la práctica. Por mucho tiempo se limitaban á escuchar á sus Maestros y solo despues de dar pruebas de instruccion y habilidad prácticas, se les confiaba el cuidado absoluto de los enfermos.

El espíritu de la Escuela de Coós era eminentemente dogmático, partía del principio que la observacion razonada y dirigida al conocimiento de las leyes vitales era el fundamento de la verdad médica. Toda su doctrina que no es mas que una mezcla de vitalismo, solidismo y humorismo, descansa en dos principios fundamentales que la sirven de base; *la autocracia de la Naturaleza y su Potencia medicatriz*.

Esta escuela, rival siempre de la Cnido, opone á las sentencias de esta publicadas por Eurifon su libro de las *Coacas*, compuesto por uno de sus mas ilustres Maestros. Este libro como lo indica su nombre, Co-acta, (hechos en comun) es obra de muchos ingenios, está

formado de muchos fragmentos á los cuales se iban añadiendo otros nuevos llenos de curiosas observaciones las cuales se revisaban, se consignaban, y cuando pasado mucho tiempo se venia en conocimiento de su valor é importancia, se formulaba la ley que las unia. De esta manera es como se escribian las obras clásicas y esto es lo que ha hecho decir con mucho fundamento que la voz de Hipócrates no es la voz de un solo hombre sinó la de un gran número de siglos. La Escuela de Coós se gloría de haber producido el *Tratado de las Fracturas*, el de los *Humores* que eran como el programa de todas las cuestiones clínicas. Otros muchos se han destruido ó perdido. Esta escuela brillante hasta Hipócrates perdió despues parte de su importancia, pero á pesar de esto no faltaron secuaces que siguieron su camino y sostuvieron su antiguo brillo, tales fueron, entre otros, sus hijos Tesalo y Dracon y su yerno Polibio á los cuales se les atribuye alguno de los escritos que forman parte de la coleccion hipocrática. Tambien florecieron en la misma escuela Diocles de Caristo conocido entre los Atenienses con el nombre de segundo Hipócrates; Praxagoras de Coós, el último de los Asclepiades de que habla la história de la ciencia, pariente de Hipócrates, poseia estensos conocimientos anatómicos, creia, como Aristóteles, que las venas nacian del corazon, no las confundia con las arterias como hacian sus antecesores y hasta el mismo Hipócrates, pero decia que solo contenian aire ó espíritu vital. Se cree que disecó muchos cadáveres humanos, que fué el primero que advirtió la íntima conecsion que tiene el pulso con las alteraciones dinámicas del organismo, y que echó los fundamentos de la *Esfigmología* al ensayar dar una esplicacion de este singular fenómeno. Los libros atribuidos á Hipócrates ó á la Escuela de Coós antes de Praxágoras rara vez mencionan el pulso entre los síntomas de las enfermedades y cuando lo hacen, lo dan poca importancia. Pero despues, la observacion de este Asclepiades alcanzó á ser un manantial fecundo de indicaciones y aun llegó á exagerarse su valor como acontece siempre con los grandes descubrimientos.

Esta Escuela hacia consistir la salud en la exacta proporcion de los elementos del cuerpo y en la completa mezcla de los humores cardinales; la sangre, la bilis, la pituita y la atrabilis; y la enfermedad en el aumento ó disminucion de estas condiciones. Los humores, segun ella, se estravasan y se ponen en contacto con puntos distintos de los de costumbre y producen la enfermedad, siendo preciso que salga por medio de la coccion el humor pecante para que se restablezca el equilibrio.

Esta doctrina seguida hasta la fundacion de la Escuela de Alejandría constituye el antiguo *Dogmatismo* llamado así, sin duda, porque encierra los mas antiguos principios de la Medicina.

Entre los partidarios mas famosos de este sistsma citaremos dos filósofos cuyas opiniones han ejercido una grande influencia en la marcha general del espíritu humano y en particular en la del arte de curar. Son *Platon* y *Aristóteles*

ARTÍCULO PRIMERO.

Platon.

Platon, dotado de una imaginacion viva y brillante, reviste con los encantos del lenguage la moral mas pura del paganismo, asegurando de esta manera á Sócrates un crédito inmenso y una fama eterna. Mas aquí no vamos á estudiar al rigoroso moralista ni al elegante escritor á quien su maestro apellidaba el *Cisne de la Academia*, sinó que vamos á ocuparnos de él como físico y sobre todo como fisiólogo.

Veamos por qué se había dedicado al estudio de las ciencias físicas. «Dice en él *Phédon* que no hay nada mas racional que pensar con el pensamiento solo, desprendido de todo elemento estraño y sensible y aplicar la pura ciencia del pensamiento à la investigacion de la pura esencia de cada cosa sin el concurso de los sentidos, ni la menor intervencion del cuerpo, porque todo esto no hace mas que perturbar la sabiduría y la verdad por poco comercio ó roce que tenga con ellos. La esencia de las cosas no puede conocerse mas que por esta via. (1)...»

Es evidente, despues de lo que se acaba de leer, que Platon se dedicó al estudio de las ciencias, ateniéndose, no á la observacion y á la esperiencia; sinó á la meditacion pura, á la pura razon, á la pura intuicion mental.

El pasaje siguiente del mismo libro prueba que él aplica este método no solo à la metafísica y á la moral, sinó tambien á la física y á la fisiología. «En mi juventud, dice, tenía una vocacion irresistible por conocer la física, encontraba algo de sublime en saber las causas de las cosas; porque nacen, porque viven, porque mueren, pensando siempre si los séres animados se forman por lo frio ó lo cálido en estado de corrupcion, como algunos pretenden; si es la sangre, ó el aire, ó el

(1) Obras completas de Platon, traducion de Mr. Cousin, pàg. 207.

fuego el orígen de nuestra inteligencia ó ninguna de estas cosas, sinó el cerebro solo el productor de nuestras sensaciones, la de la vista, del oido, del olfato, las que á su vez engendran la memoria y la imaginacion, y reunidas la ciencia. Reflexionaba tambien en la corrupcion de todas estas cosas, en los cambios que sobrevienen en el cielo y la tierra, en fin, cada vez encontraba mas dificultades para esplicar lo que eran.» (1)

No habiendo dado resultado alguno positivo sus meditaciones, creyó que habia seguido un camino falso, y que el método que conduce con mas seguridad al descubrimiento de las verdades abstractas, tales como los axiomas de moral y metafísica, no era el mas á propósito para conocer las cosas materiales, las verdades de observacion. (2) Jamás Platon dudó de la excelencia de su método ni intentó ensayar otro nuevo, pero ya desesperaba de llegar al orígen de todo lo creado, de esplicar su esencia, cuando acertó á ver en un libro de Anaxágoras la siguiente proposicion: *La inteligencia es la regla y el principio de todas las cosas*: y esta idea le hiere como un rayo de resplandeciente luz, su imaginacion ardiente se inflama y engendra la célebre y fatalista teoría de las causas finales. Esto fué bastante para que el filósofo de la Academia crease todo un sistema de física. He aquí como discurrió: «Puesto que la inteligencia es el orígen de todo, ella habrá dado á cada cosa su destino; si se quiere, pues, encontrar la causa de cada cosa, como nace, como vive, ó como muere, no hay mas que averiguar su fin particular. Añade; no comprendo ni concibo todas las otras causas, pero si alguno viene á decirme porque es una cosa hermosa, porque resaltan tanto los colores, ó las formas ó cosas parecidas; abandono estos razonamientos que no sirven mas que para entorpecerme, y yo mismo digo que nada es mas bello que la belleza misma, sea la que quiera la manera de hacerse, porque ya tengo dicho; *que todas las cosas bellas lo son por la presencia misma de la belleza*.» (3) Esta razon que dá Platon de la belleza de las cosas recuerda la famosa respuesta de las escuelas de la edad media á la siguiente cuestion. *¿Por qué hace dormir el opio? Porque posee una virtud dormitiva.* Merece que el lector fije toda su atencion en el pasaje citado, porque manifiesta como se ha introducido en las ciencias naturales el principio de las causas finales,

---

(1) Obras completas de Platon, traducion de Mr. Cousin, pág. 273.

(2) No es este el lugar mas á propósito de examinar si el mismo modo de adquisicion es aplicable á todas las ramas de los conocimientos humanos como lo han pensado muchos filósofos antiguos y modernos. Esta cuestion capital vendrá mejor en otro capítulo y nosotros la trataremos con la estension que se merece.

(3) Obras completas de Platon, pág. 283.

principio que desempeña un papel importante en muchos sistemas de física y de fisiología, principio cuyas fatales consecuencias han hecho separar al espíritu humano del camino de la observacion y la esperiencia y hacerle caer en una especie de quietismo muy contrario á los progresos científicos.

Pero no anticipemos cosa alguna de los resultados que puede producir este método, resultados que veremos mas tarde; sinó que debemos contentarnos con examinar ahora el partido que el mismo Platon saca de él, para esplicar los fenómenos de la naturaleza. Como todo se dá la mano en este sistema, del mismo modo que en el de Pitágoras, me veo obligado á decir algo de su cosmogomía, antes de esponer sus ideas fisiológicas; y si alguna vez es imposible ver con claridad en las materias abstractas de que se ocupa, recordaré á los lectores que el mismo Aristóteles, el sútil Aristóteles, el mas asíduo oyente del Académico encontraba alguna vez mucha dificultad en comprender las concepciones de su maestro. En el diálogo titulado *Timeo*, el fundador de la secta académica ha espuesto el resultado de sus meditaciones acerca de los séres en general y del hombre en particular. De él hemos sacado el extracto que sigue:

«Platon geometra, á ejemplo de Pitágoras aritmético establece como principio que Dios y la materia son eternos, pero que esta carece por si de toda forma, de toda propiedad y de toda fuerza. Dios la dió desde el principio una forma triangular; despues tomando cierto número de triángulos primitivos, compuso los cuatro elementos citados mas arriba; *el fuego, el aire, la tierra y el agua*. El fuego que es el mas sútil, compuesto de un pequeño número de triángulos, representa una pirámide; el aire un sólido de doce facetas, un dodecadro; el agua de un icosaedro ó de un sólido de veinte caras; en fin, la tierra el mas grosero de los cuatro, un hexaedro, es decir, un cubo perfecto compuesto de triángulos rectángulos.

El filósofo ateniense despues de haber tomado del de Samos el dogma de la homogeneidad de la materia, se engolfa en el campo de las hipótesis porque se atreve á determinar la figura primitiva que el Criador debió imprimir á la materia amorfa. Quiere que sea triangular porque es la mas sencilla de todas y porque no hay figura alguna geométrica que no pueda descomponerse en triángulos.

Mientras la materia permanece en estado elemental no afecta de modo alguno nuestros sentidos y para que los afecte es necesario que se reunan muchos elementos y constituyan un cuerpo. Todas las sus-

tancias materiales que conocemos y á las que damos nombres especiales, resultan del conjunto de estos elementos diversos; por ejemplo, el agua que bebemos ó que tocamos, no es mas, segun Platon, que un compuesto formado por el elemento acuoso en mayor proporcion que los demás.

Este filósofo admite, como Pitágoras, espíritus creados de diferentes categorías. «Dice que Dios encargó á los dioses secundarios la creacion de los animales, que de su mano recibieron el principio inmaterial del alma humana, formando enseguida el cuerpo con los mejores triángulos; que le dotaron de dos almas, una inmaterial incorporea é inmortal, y la colocaron en el cerebro; otra corporea mortal y perecedera sitio de las pasiones violentas y funestas, la que colocaron en la médula espinal; separada de la primera por el cuello á fin de evitar el contacto de ambos, y compuesta de dos partes, una buena y otra mala, separadas por el diafragma, tabique medio carnoso, medio aponeurótico que separa el pecho del vientre. La parte buena del alma perecedera la colocaron en el pecho para que sometida á la razon y de concierto con ella, pueda contener los estravios de las pasiones é inclinaciones, cuando no quisieran estas obedecer sus mandatos. (1) La mala en la parte superior del vientre, entre el diafragma y el ombligo, porque necesitando bebidas y alimentos para sostenerse, precisa un sitio para depositarlos. (2)

Los Dioses habian previsto tambien lo perjudicial que séria el esceso en la comida ó bebida; y á fin de que las enfermedades y la muerte no concluyeran con la especie, crearon el bajo vientre para que sirviera de depósito al esceso de las bebidas y alimentos rodeándole de los repliegues de los intestinos por temor á que las sustancias nutritivas atravesaran rápidamente el canal intestinal y hubiera necesidad de renovarlas á cada paso, circunstancia que haciéndonos glotones é insaciables nos haría olvidar los trabajos intelectuales (3) y negar nuestra obediencia á lo que hay en nosotros de divino.»

De esta manera, cita Platon, las principales partes del cuerpo é imagina haber esplicado suficientemente la manera de ser de cada una de ellas, el uso para que han sido creadas, ó para servirme de sus palabras, sus causas finales. Ya he dicho el poco valor que tienen estas esplicaciones en las ciencias físicas.

---

(1) Obras de Platon. *Timeo*, traduccion de Mr. Cousin pàg. 197.
(2) Ibidem pág. 199.
(3) *Obras de Platon*, pág. 203.

Su patología es muy compendiada, pues se limita á algunas generalidades, no emite idea alguna nueva ni principio que no esté contenido en los libros hipocráticos, á escepcion de la de los triángulos elementales que busca medio de intercalar en todas partes. «Dice que la naturaleza de las enfermedades tiene algo de comun con la vida de los animales, nacen con un tiempo limitado como cada especie de estos para vivir, salvo los accidentes que puedan sobrevenir, porque los triángulos que constituyen cada animal están dispuestos para durar cierta época, pasada la cual, perece. Lo mismo sucede con las enfermedades; si las medicinas las desordenan antes del tiempo fijado, aumentan de intensidad ó dan lugar á otras muchas; conviene pues, vencerlas despacio mediante un buen régimen y no irritarlas con las medicinas. (1)»

Al dar á conocer algunas inocentadas físico-fisiológicas de Platon, estoy muy lejos de querer ridiculizar las concepciones algun tanto temerarias, pero siempre brillantes de uno de los mas hermosos génios de la antigüedad. No dejo de conocer que consideradas bajo el punto de vista de su siglo las ficciones de este filósofo no son tan escéntricas como parecen á primera vista, puesto que han sido reproducidas en muchos escritos antiguos y modernos, ya en parte ó en totalidad; solo he querido probar, por un grande ejemplo, que la introduccion de la doctrina de las causas finales en la física y en la medicina ha sido un manantial fecundo de decepciones, y que el método puramente especulativo *ó á priori*, tan exacto y tan fecundo en las matemáticas ha extraviado á los talentos mas sublimes que habian intentado por esto via la investigacion de las propiedades de la materia y la esplicacion de los fenómenos naturales.

A medida que avancemos en esta historia, resaltarán mucho mas estas verdades, y nuevos ejemplos no menos concluyentes vendrán á confirmarlas.

Dos consecuencias prácticas se desprenden de esto; primera, que es una necesidad elegir un buen método para aprender y cultivar las ciencias; y segunda, que todo sistema físico ó médico que no descanse en hechos accesibles á los sentidos, es por lo menos atrevido, porque donde no pueden penetrar estos, la imaginacion reina como soberana.

Los filósofos distinguen dos modos principales de adquisicion; el uno que se conoce con el nombre de *método lógico ó racional*; consiste en establecer desde el principio algunas proposiciones generales

(1) Ibidem, pág. 257.

para obtener mediante el raciocinio la solucion de todos los casos particulares, como sucede con este axioma de matemáticas: *dos cantidades iguales á una tercera, son iguales entre sí*; del cual se desprende el conocimiento de una multitud de problemas; lo mismo que de este principio de moral del que los casuistas deducen una porcion de preceptos particulares: *no quieras para otro lo que no quieras para ti*.

A Platon que no conocía mas método que el *á priori*, debe perdonársele el pretender derivar todo su sistema de cosmología y de fisiología de este antiguo dogma: *la suprema inteligencia lo ha ordenado todo de la mejor manera posible*.

El segundo modo de adquisicion, llamado *empírico ó esperimental*, consiste en estudiar un gran número de hechos particulares, compararlos entre sí para averiguar sus semejanzas ó diferencias; en fin, en espresar lo que tienen de comun por medio de proposiciones generales ó abstractas que constituyen axiomas. De este modo fué como Hipócrates que vió repetidas veces muchos enfermos afectados de dolores en varias regiones quejarse de una sola, estableció el siguiente notable aforismo: *Dos dolores que se presenten en distinto punto, el mayor oscurece al menor*. Tambien los físicos, al ver que el agua sube por un tubo sin aire, se apresuraron á decir que *la naturaleza tenía horror al vacío*.

Se vé, pues, que el primer metodo va de lo general á lo particular, de lo abstracto á lo concreto, del axioma al fenómeno; al contrario, el segundo, de lo particular á lo general, de lo concreto á lo abstracto, del fenómeno al axioma. Cada uno de ellos tiene sus ventajas, sus inconvenientes y sus usos propios, y lejos de oponerse entre sí, como pretenden algunos, se ayudan mútuamente, y la verdad nunca se graba mejor en nuestra mente que cuando llega á ella por estas dos vias diferentes. Ciertos ideólogos le conocen al primero con el nombre de *Método sintético*, al segundo de *analítico*. (1)

ARTÍCULO II.

Aristóteles.

Aristóteles nació el año de 384 antes de Jesucristo en Estajira,

(1) Las palabras síntesis y análisis empleadas en esta acepcion forman un contrasentido como lo han demostrado los metafísicos modernos y como mas tarde lo demostraré yo. Vease mas adelante la doctrina de Barthez sobre el principio vital.

ciudad en otro tiempo de Tracia y reunida á la Macedonia. Habiendo perdido á su padre siendo aun niño malgastó al instante su fortuna. Dedicado á la carrera de las armas, bien pronto se cansó de esta profesion, abandonándola para volver á emprender de nuevo los estudios favoritos de su juventud; *la filosofía y la medicina.*

Por entonces brillaba Platon en todo su esplendor; de todas partes venían á Atenas para escuchar sus lecciones, Aristóteles era uno de los oyentes mas constantes y mas asiduos, su aficion al estudio era escesiva, pues pasaba los dias y las noches en esta ocupacion. Obligado para sostenerse, á abrir una botica ó tienda de herbolario, daba consultas segun la costumbre de los farmacopolas de aquel tiempo. Por eso el filósofo de Estajira, el gefe futuro de la secta peripatética ó de *los paseantes*, pertenece á la história de la medicina bajo muchos aspectos; primero por su origen, pues era hijo de un médico llamado Nicomaco, del cual habia recibido los primeros rudimentos de la ciencia; segundo, por la profesion que egerció muchos años; tercero, por sus investigaciones de anatomía y fisiología comparadas; cuarto, en fin, por su doctrina filosófica que tan grande influencia ha egercido en todos los ramos del saber humano.

Cuando Filipo Rey de Macedonia, cuyo tacto político es proverbial, quiso dar un preceptor á su hijo Alejandro, entonces de quince años de edad, escribió á Aristoteles una carta muy conocida que honra tanto al Monarca como al filósofo, para que se encargara de su educacion. Nada diré aquí del héroe invencible que conquista el Asia, pero no guardaré completo silencio del amante apasionado de las ciencias y las letras, que en medio de las ocupaciones del gobierno mas grande del mundo y de las guerras intestinas, no solo mantenia con su preceptor una correspondencia científica y le suministraba los fondos necesarios para fundar el primer museo conocido de historia natural, sinó que él mismo hacia traer plantas, animales y objetos raros desde el interior del Oriente.

Gracias á la munificencia de su real discípulo, Aristóteles reunió una gran coleccion de productos naturales, mina fecunda de donde sacó su génio un inmenso número de observaciones á que la antigüedad nunca llegó en diversos puntos, siendo por esto la admiracion de los siglos. Ciertos críticos no sabiendo darse razon como un hombre ha podido escribir sobre tan gran número de objetos y derramar tanta luz sobre la mayor parte; sospechan que Aristóteles destruyó intencionalmente los escritos de sus predecesores á fin de apropiarse

sus descubrimientos, del mismo modo que acusaron á Hipócrates de haber puesto fuego al templo de Coós con el objeto de acabar con los archivos de donde sacó los materiales de sus obras: puras calumnias que caen al mas ligero examen de la historia. Mr. Littré esplica satisfactoriamente en la introduccion de los libros hipocráticos la pérdida de una multitud de libros antiguos sin recurrir á congeturas atrevidas contra las reputaciones mejor cimentadas. Volviendo otra vez al fundador de la secta peripatética, lejos de omitir los nombres de los autores que habian escrito antes que él sobre un mismo objeto, les cita con frecuencia, refiere sus opiniones y muchos de ellos deben á sus citas el no haber caido en el mas completo olvido.

Los primeros filósofos que meditaron sobre el orígen de nuestros conocimientos, sobre el modo como los adquirimos y su grado de certidumbre, se sorprendieron de los groseros y frecuentes errores que ocasionan los sentidos, mientras se maravillaban de carácter de infabilidad que tienen ciertas verdades abstractas, en particular las matemáticas. Para esto citaremos un ejemplo solo de este contraste; ejemplo que es de todo tiempo y lugar. ¿Las observaciones astronómicas aun las mas atrasadas, no nos enseñan que el Sol y la Luna son mucho mayores que lo que aparentemente manifiestan? De este y otros muchos ejemplos parecidos sacan los filósofos esta induccion general, y es que los sentidos trasmiten impresiones falsas, dudosas é ilusorias; y que el alma, para elevarse á la posesion de la verdad y de la certidumbre debe aislarse cuanto sea posible del cuerpo y discurrir ó reflexionar en si misma. Este es el orijen de aquella filosofía contemplativa que Pitágoras recomendaba en secreto á sus discípulos y que Platon enseñaba en público.

Sin embargo, los hombres que se dedicaban al estudio de los fenómenos físicos, especialmente los médicos, no podían desconocer la necesidad de la intervencion de los sentidos para obtener una imágen exácta de estos fenómenos, puesto que la esperiencia de todos los dias les ponía de manifiesto la variedad de las concepciones anticipadas del alma relativas á las operaciones de la naturaleza. Cada dia venían nuevas decepciones á hacerles desconfiar de los principios establecidos á *priori* porque estos daban lugar á consecuencias desmentidas la mayor parte de las veces por los hechos. Así que hemos visto en la coleccion hipocrática; unos autores que proclaman la urgencia de desterrar las hipótesis para atenerse solo á la observacion; otros que dicen, en los propios términos, que no hay príncipio alguno fijo de tratamiento; que la

curacion de las enfermedades se verifica, unas veces, por los contrarios, otras por los semejantes y otras de otro modo desconocido, sin que se pueda decir el como sucede esto. (1) Estas son evidentemente máximas empíricas, pero aisladas; simples reseñas que nunca constituirán ni un sistema ni un tratado.

Estaba reservado al mas grande naturalista de la antigüedad el crear la primera base filosófica del empirismo. Su famoso axioma: *todas las ideas vienen de los sentidos*; (*Nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu. Nada hay en el entendimiento que no venga antes de los sentidos*), introdujo en la ciencia un principio nuevo en contradiccion manifiesta con los dogmas revelados de Pitágoras y Platon.

Vamos á ver, como el Jefe de los peripatéticos justifica desde el primer instante este audad principio, que fué dos mil años despues el gérmen de una revolucion científica. (2) Se lée en su tratado del *Análisis*: «parece que todos los animales han recibido de la naturaleza su facultad de sentir y de pensar, y una vez producida la sensacion, unos conser- su recuerdo y otros no; estos no tienen idea alguna de las cosas mas allá de la impresion que sintieron; los otros, al contrario, razonan en virtud del recuerdo que les quedó. He aquí, pues, la memoria derivada de la facultad de sentir. El recuerdo de una misma cosa repetida muchas veces engendra la esperiencia; y la esperiencia, es decir, toda la nocion general fija en el alma relativa á lo que hay de comun entre muchas cosas, hecha abstraccian de las diferencias, es lo que constituye el principio de la ciencia y del arte. (3)»

En otro libro el filósofo Stagirita recuerda la distincion que hizo entre los animales que tienen memoria y los que no la tienen; añade que los primeros son susceptibles de educacion, los segundos solo tienen instinto; en fin, dice, que solo el hombre es capaz de instruccion y razonamiento.» Despues de esto, continúa espresándose como sigue: «El arte, pues, se constituye por un gran número de nociones esperimentales que dan lugar á una idea general.» Conocer la utilidad de un remedio que ha aprovechado á Calias, á Sócrates y otros muchos, es lo que constituye la esperiencia; mas saber que tal remedio es bueno para

(1) *Tratado de los Lugares en el hombre. Tratado de la Medicina antigua.*

(2) Este principio no era enteramente nuevo, pues que Platon alude á él en el pasaje que hemos citado (pág. 136) cuando se pregunta á sí mismo si el cerebro no es el que produce las sensaciones, las que á su vez engendran la imaginacion y la memoria, quienes tranquilamente hacen lo mismo con la ciencia. Pero Platon apenas se digna en pensar en esta opinion, mientras que Aristóteles la adopta y desenvuelve.

(3) *Aristótsles. Todas sus obras que están en griego y en latin.* Su Autor Guillermo Duval. Paris 1619. *De los analizadores que le siguieron*, lib. II. cap. XIX.

todos los individuos de la misma especie acometidos de una misma enfermedad, por ejemplo; á los que se ven molestados por la flema, la bilis, ó la calentura ardiente; (1) es decir que en esto consiste el arte.»

¿Quién no crée, al leer estos fragmentos, que están extraidos de algun capítulo de la escuela sensualista moderna? no se comprende como Condillac, uno de los corifeos de esta escuela, haya escrito las siguientes líneas: «Hace mucho tiempo que se dice que todos nuestros conocimientos provienen de los sentidos. Sin embargo, los peripatéticos estaban muy distantes de conocer esta verdad, que á pesar del talento que muchos han desplegado, nunca han sabido desenvolverla y que despues de muchos siglos el descubrimiento todavía está por hacer.... Ignoro cual fué el motivo que tuvo Aristóteles para establecer su principio sobre el orígen de nuestros conocimientos, pero lo que sé es, que no ha dejado libro alguno que le desenvuelva y que por otra parte procuraba oponerse siempre á las opiniones de Platon. (2)»

Lo mejor que puede decirse para escusar la insinuacion epigramática de la última frase de Condillac es que olvidó por completo ó no había leido los pasajes de Aristóteles que antes hemos referido. Todavía hay mas de un descubrimiento que los modernos se han atribuido y cuyo gérmen se encuentra en las obras del príncipe de los filósofos antiguos: la forma filosófica que forma una de las bases del método de Descartes indicado con claridad por Aristóteles, cuando dice «los hombres que deseen instruirse, deben de antemano saber dudar; porque la ciencia no es mas que la resolucion de anteriores dudas, pero el que no conoce el nudo, es incapaz de desatarlo. (3)» Se vé pues que la duda que aquí recomienda Aristóteles es muy diferente de la que profesaba la secta *pirronica ó zetetica*; esta la considera como la mayor perfeccion de la ciencia; al contrario, los peripatéticos no veian en ella mas que el principio de ella, una simple disposicion del alma para elevarse hasta la inteligencia, hasta la demostracion de la verdad.

Despues de haber establecido con claridad los derechos de Aristóteles como fundador de la doctrina sensualista ó esperimental, restame ver en que se ha separado despues de esta doctrina, y porque ha formulado un método diametralmente opuesto al de los sensualistas modernos. A este efecto, volveré á recordar el segundo axioma emitido

---

(1) Ibidem, *Metafísica*. Lib. I. cap. 1.
(2) *Obras completas de Condillac*. Extracto razonado del *Tratado de las sensaciones*. Edicion Honel, Paris 1798. T. II. pag 5.
(3) *Metafísica*, Lib. III. cap. I.

por este filósofo sobre la generacion de las ideas.» *Las primeras ideas, dice, que las sensaciones crean en nuestro espíritu, son ideas generales.*»

Vése, pues, aquí, á la escuela sensualista antigua separarse enteramente de la moderna; aquí empieza su antagonismo. Importa mucho examinar en que clase de consideraciones se funda Aristóteles para establecer esta màxima. Invoca en apoyo de esta proposicion el ejemplo de un hombre que viendo desde muy lejos una masa opaca, de formas vagas, indeterminadas, concibe desde luego la idea general de un cuerpo cualquiera; si se aproxima á esta masa y la vé marchar y moverse de un modo automático concibe la idea de un animal, y ya cerca de él, reconocerá, no solo la especie de animal, sinó que tambien le distinguirá de los demás individuos de su especie mediante ciertas señas y cualidades particulares y formará entonces una idea de su individualidad. Así es como, segun este filósofo, el espíritu humano marcha de lo general á lo particular y para probarlo, cita el ejemplo de un niño que llama papá á todos los hombres, y mamá á todas las mujeres, pero á medida que crece, especializa sus ideas y aprende á distinguir á su padre y á su madre de todos los demás. (1)

La argumentacion de Aristóteles es capciosa y pudiera engañar á mas de un lector. Creo, que es muy oportuno referir aquí la manera como esplica Locke, uno de los jefes de la escuela sensualista moderna, la marcha de nuestras ideas, la progresion de nuestros conocimientos. Dice este autor, «que las ideas que los niños se forman de las personas de su familia son semejantes á ellas mismas y son particulares. La idea que tienen de su nodriza, de su madre, están bien gravadas en su mente y como otros tantos cuadros fieles representan en ella únicamente sus individuos. Los nombres que los dan corresponden esclusivamente á estos; con el tiempo y con mayor conocimiento del mundo ven que hay otros muchos séres que se parecen á su padre, á su madre, y á otras personas de la familia, ó que están acostumbrados á ver, los cuales tienen su parecido y los dan como à los demás el nombre de hombre. Así van ellos formando una idea y un nombre general. Nada nuevo inventan, solo separan la idea compleja que tenian de Pedro, Santiago, María é Isabel; lo que á cada uno en particular corresponde, de lo que es comun á todos. (2)»

(1) Aristóteles. *Del análisis.* 2.ª parte, cap. II. y XIX. El mismo. *De los principios naturales,* Lib. I. cap. I. y otros diversos libros.

(2) Locke. *Ensayo filosófico sobre el entendimiento humano.* Trad. de Coste. Lib. III. capítulo III. §. 7. Vease tambien à Condillac. *Ensayo sobre el origen de nuestros conocimientos,* seccion V.

Las dos últimas citas que acabo de leer, sacada la una, de los escritos de Aristóteles y la otra de los de Locke, ofrecen el curioso espectáculo de dos metafísicos que partiendo de un mismo principio «*todas las ideas vienen de los sentidos,*» se separan inmediatamente para seguir caminos divergentes: el primero crée que las primeras ideas que se forman en nuestra mente por el intermedio de los sentidos, son ideas generales; el otro afirma que son individuales. En los ejemplos que Aristóteles cita, confunde las ideas oscuras, vagas é indeterminadas, con las ideas generales; lo que es una falta grave y apenas concebible en un lógico como él. Así, cuando digo, *el todo es mayor que la parte*; espreso una idea general muy clara, en lugar que si percibo un objeto que está muy lejos, tengo solo una idea individual, pero confusa y vaga. Esta divergencia tan ligera en la apariencia y casi imperceptible á primera vista, separa de una manera completa al filósofo estagirita del verdadero camino conduciéndole á un dédalo inestricable de sutilezas estériles. Sigámosle algunos momentos en este camino estraviado y veamos donde vá á parar en todo lo concerniente á las ciencias físicas y médicas.

Desde el instante que nuestro filósofo crée haber probado incontestablemente que las ideas generales son las primeras que se forman en el entendimiento humano, saca esta conclusion; «que el estudio de las ciencias debe empezar por las generalidades ó axiomas, que por este motivo los llama *principios ó elementos*, para pasar enseguida á las nociones individuales ó particulares; *á los fenómenos.*» Sé, pues, que asigna á nuestras ideas un orígen muy distinto del que las asignaba Platon, y sin embargo aconseja el mismo método didáctico, el mismo modo de adquisicion que él.

Aplicando este método defectuoso al estudio de la física, principia Aristóteles preguntándose cuantos principios hay en la naturaleza, espone todas las opiniones anteriores á él sobre esta cuestion tan espinosa y despues de discutirlas una á una, termina sentando la siguiente conclusion testual «*Todo el mundo conviene que los principios residen en las oposiciones* y esto con razon, porque estos no deben ni engendrarse el uno al otro ni ser engendrados por otra cosa; al contrario, todo debe provenir de ellos. Esto es lo que justamente forma la esencia de las oposiciones; siendo primitivas, no proceden de cosa alguna, siendo opuestas ó secundarias, no se engendran mútuamente. (1)» Despues

(1) Obras de Aristóteles *De los principios naturales*, Lib. I. Cap. VI.

nuestro físico prueba por una argumentacion parecida que los principios naturales son dos ó tres, á saber; la oposicion de lo cálido y lo frio, de lo seco y lo húmedo, en fin, la base ó el objeto sobre el cual egercen su energía las oposiciones primitivas, base á la cual dá en otra parte el nombre de *Eter*. (1)

Admite además cuatro elementos, el fuego, el agua, el aire y la tierra, susceptibles, segun él, de trasformarse los unos en los otros, pues hasta se atreve á formular las leyes de esta trasformacion. Por cima de estos y en lo mas elevado del cielo coloca otro quinto, dotado de movimiento circular, rápido y eterno, el primero de todos, inalterable, causa y sosten de todos los demás. (2)

Platon esplicaba todos los fenómenos de la naturaleza por la sola consideracion de las causas finales; pero Aristóteles que se preciaba de mas exacto, asigna á cada fenómeno cuatro causas, á saber: la material, la formal, la eficiente, y la final. La arcilla que emplea un alfarero para hacer un vaso, es la causa *material*; la figura la *formal*; la mano del artífice la *eficiente*, y el uso del vaso la *final*. (3) Si alguno de mis lectores encuentra demasiado tecnicos estos detalles de la filosofía peripatética, sinó comprende la utilidad que hoy pueden tener para los médicos estas distinciones sútiles y añejas; les ruego que tengan en cuenta que la mayor parte de los escritos antiguos y de la edad media están mas ó menos impregnados de ellas, que es imposible leerlas y en particular la história de la medicina sin tener una nocion, al menos superficial, de la doctrina de Aristóteles; porque ella dió orígen á la teoría médica de Galeno que ha reinado en las escuelas casi hasta nuestros dias. Despues de esta corta digresion, paso á esponer materias que se relacionan mas directamente con la medicina. Prosigamos.

Aristóteles fiel á su método de empezar por los principios aborda la fisiología por el lado mas oscuro. Lo primero que examina es la naturaleza del alma, sus facultades y sus funciones: ella constituye á su parecer, la esencia de los cuerpos vivos, es decir, de los animales y vegetales; es simple, indivisible y reside entera en cada parte del ser organizado, como se vé dividiendo una planta ó ciertos insectos que continuan viviendo despues de separados en porciones como si fueran el todo,

---

(1) Ibidem, cap. VIII.
(2) El mismo. *Tratado del cielo*, Lib. I. cap. II. y III. Lib. IV. cap. V. *Tratado de la generacion y de la concepcion*. Lib. II. cap. IV. *Tratado de los meteoros*. Lib. I. cap. III.
(3) El mismo. *De los principios naturales*. Lib. II. cap. III. y siguientes.

lo que prueba, segun él, que cada una de ellas conserva el alma en toda su integridad.

El alma tiene cuatro facultades, la nutritiva ó vegetativa, la motriz y la intelectual; las tres primeras están en todas partes del cuerpo y son inseparables; la cuarta ó sea la *intelectual ó contemplativa* que es de una especie diferente que las otras, debe tener, segun nuestro fisiólogo, sitio aparte, (1) aun cuando no le designa, pero se desprende sea el corazon por lo que se lée en muchos pasages de sus escritos. (2)»

La primera facultad es comun á los animales y vegetales, preside á la nutricion y á la reproduccion; la segunda solo á los primeros cuya esencia constituye. Los vegetales carecen de ella porque están formados de uno solo y simple elemento, mientras que el animal lo está de muchos y variados. Entre los animales hay unos que se mueven y otros no; en fin, un pequeño número de especies tienen inteligencia y razon. (3) Este fisiólogo no tenia una idea clara del aparato locomotor, confundia los tendones y los ligamentos con los nervios, y á los músculos los designaba con el nombre genérico de *carne*. (4) Coloca el principio de la facultad motriz en el centro del organismo, por la razon, dice, de que en todo objeto que se mueve, debe haber un punto fijo é invariable que sirva de apoyo á todas las partes y que las de impulso. (5)

El deseo de esplicarlo todo conduce á los talentos mas claros á emplear palabras huecas para darse razon de cosas sérias y verídicas; ya hemos visto ejemplos; todavia veremos muchos mas en él curso de esta história.

El hombre en lugar de observar atentamente los fenómenos de la naturaleza y describirlos con la mayor exactitud posible, quiere siempre llevar sus juicios mas allá de las sensaciones, siendo, para el, esta conducta el manantial mas abundante de errores en todo lo que atañe al mundo físico.

Aristóteles considera el calor y la humedad como las cosas mas indispensables á la vida; cuya duracion, dice, es proporcionada á la masa de los humores y á esto atribuye el que vivan mas tiempo los animales

---

(1) El mismo *Tratado del alma*, Lib. II. cap. II.
(2) Sprengel. *História de la medicina*, trad. por A. J. Jourdan, sec. 4.ª cap. II. T. I. página 336 y 408.
(3) Aristóteles, *Del alma*. Lib. II. cap. III. y IV. Lib. III. cap. XII.
(4) El mismo. *De la locomocion*, cap. III. En otra parte *História de los animales*, libro I. cap. I.
(5) El mismo, *Del movimiento de los animales*, cap. I. y IX.

mas grandes, regla que sufre numerosas escepciones, algunas de las que cita, pero no se detiene en esplicarlas. (1)

Desconoció el verdadero objeto del cerebro, aunque le describe mas detalladamente que sus antecesores; pues dice «que lo que se encuentra al momento de abrir el cráneo, es el cerebro, situado en la parte anterior: todos los animales que tienen sangre y aun algunos moluscos le tienen situado del mismo modo, pero el del hombre es mucho mayor que el de aquellos en proporcion á su cuerpo, y por consecuencia es mas húmedo. Le cubren dos membranas, la mas fuerte reviste la superficie interna del cráneo, y la mas débil, el cerebro; este está compuesto de dos lóbulos con independencia del cerebelo que está debajo y cuya forma, ya á la vista, ya al tacto, parece diferente de la de su vecino; aquel generalmente tiene un espacio vacio en su centro, su sustancia parece que está fria cuando se toca, jamás se encuentran venas y sangre en su interior, pero la membrana de cubierta está llena de unas y otra. (2)» Nadie habia hablado de sus funciones, el mismo Aristóteles ni aun las sospechó, puesto que como acabamos de decir, coloca en el corazon el asiento del alma y de las sensaciones. Tampoco conoció mejor las del sistema nervioso, diga lo que quiera Sprengel que le atribuye, á mi parecer sin fundamento, el descubrimiento de este sistema. (3) Júzguese por lo que dice en el siguiente estracto. «Hablemos ahora de los nervios, dice el naturalista griego. Parten del corazon, este los tiene en su propia sustancia, en la mayor de sus cavidades, y lo que se llama aorta no es mas que una vena nerviosa cuyos estremos son nervios. En los puntos donde terminan estos, hacia las articulaciones, no están huecos y son susceptibles de la misma tension; lo contrario que sucede con las venas que se distribuyen á un lado y á otro de las articulaciones y uniones de los huesos, parten de un mismo tronco, y su continuidad es aparente en los animales que tienen mucha gordura. Pero hay una diferencia entre las venas y los nervios, estos no se continuan sin interrupcion de un principio único á todas las partes del cuerpo como las venas.

Los principales nervios son, el de la corva, del cual depende la mayor ó menor facilidad del salto, enseguida otro nervio doble que se lla-

---

(1) El mismo. *De la prolongacion y de la brevedad de la vida*, cap. V. *De la juventud y de la vejez, de la vida y la muerte*, cap. IV. y V.
(2) *História de los animales*. Traducion de Camus. París 1783 Lib. I. cap. XVI.
(3) Sprengel. *História de la medicina*. Traduccion de Mr. Jourdan, París 1815, T. I. página 384.

ma el tendon, despues el estensor y el nervio de la espalda que contribuyen á la fuerza del cuerpo. A los nervios de las articulaciones no dá nombre particular porque no hay huesos articulados que estén unidos por nervios. Se les encuentra en gran número al rededor de los huesos, escepto en los de la cabeza que están pegados por sutúras. (1)»

Es evidente que en esta descripcion confunde Aristóteles los nervios con los tendones y ligamentos. Mas Sprengel funda su opinion contraria en el siguiente pasage. Hay en el intérvalo de ambos ojos tres canales que comunican con el cerebro; el mas ancho vá al cerebelo, el mas pequeño y el mas inmediato á la nariz vuelve al mismo cerebro. (2)» Deduce de estas frases que el filósofo habia entrevisto los nervios olfatorios y los ópticos en los pescados en los que efectivamente siguen la direccion marcada. Pero que haya ó no sospechado algunos nervios, no se deduce que supiera cual era su destino.

Aristóteles era demasiado instruido para que tuviera necesidad de valerse de conocimientos agenos. Ninguno en su tiempo sabia mas que él, ninguno ha introducido en la ciencia tantos hechos nuevos. Limitándonos á nuestro objeto, diremos que aunque no disecó cadáveres humanos, corrige muchos errores de los libros hipocráticos sobre la anatomía y fisiología del hombre; refuta la opinion de Polibio que dice que las venas principian en el occipucio y descienden duplicadas á lo largo de la cara anterior posterior y lateral del cuerpo; y asegura que su orígen está en el corazon; combate tambien la creencia de aquellos que suponian que van á refrescar el pulmon parte de las bebidas ingeridas. (3)

Como disecó un número considerable de animales, compara con admirable sagacidad pára su siglo, los aparatos orgánicos en virtud de los que cada animal vive, se propaga y llena las diversas funciones que le encargó la naturaleza. Señala las variedades de forma y estructura que presenta el corazon de los cuadrúpedos, los pájaros, los reptiles y los pescados, hace lo mismo con el tubo digestivo, el pulmon y los demás órganos; no reune, segun hacen los naturalistas, todos los caracteres correspondientes á una misma especie de animales á fin de distinguir unos de otros; el método que adopta es muy filosófico y fecundo en datos importantes, presenta poco á poco la história de cada aparato,

---

(1) Aristóteles, *História de los animales*, lib. III. cap. V.
(2) Sprengel, *História de la Medicina*. Traduccion de Mr. Jourdan T. I. pág. 386. Aristóteles, *História de los animales*, lib. I. cap. XVI.
(3) *História de los animales*.

de cada funcion; despues espone sus variedades, sus modificaciones en toda la escala animal; en una palabra, creó la anatomía y la fisiología comparada, y su plan es tan filosófico, que veinte siglos despues le ha adoptado Jorge Cuvier. (1)

Si bien es verdad que puede echarse en cara al fundador de la secta peripatética el haber propagado el gusto de las sutilezas escolásticas, no se puede menos de convenir que ha dado el mas palpable ejemplo de ser un observador atento y paciente de la naturaleza. Su *Historia de los animales* es un tesoro de datos curiosos sobre las costumbres y hábitos de esta clase de séres, su modo de propagacion, sus enfermedades, etc. Sus discípulos animados por su ejemplo y consejos cultivaron con esmero la anatomía, la fisiología y la historia natural. Entre ellos descuella *Teofrasto*, su sucesor, que fué el mas hábil botánico de su tiempo, y tan reputado, que un poeta satírico hace decir á Mercurio enseñándole un peripatético que quiso vender: «Este es un hombre que os dirá al momento cuanto vive una mosca, ó á que profundidad del mar penetran los rayos del Sol, cuál es la naturaleza del alma de un buitre, y aun otras cosas mas difíciles todavía, por ejemplo, como se conoce la esencia del semen, la generacion y el modo de crecer el feto en el vientre de su madre. (2)

Platon y Aristóteles fueron entre los antiguos, los propagadores mas eminentes de dos opiniones antagonistas que dividen á los filósofos desde el principio de la ciencia. El uno hace derivar todos nuestros conocimientos de la intuicion mental sin intervencion de los sentidos; el otro, al contrario, dice que todas nuestras ideas proceden de estos. Estas dos opiniones han dado orígen á dos métodos que hemos visto aumentarse y perfeccionarse, por decirlo así, al mismo tiempo; sin que ninguno de ellos haya vencido. Ambos cuentan hoy con partidarios célebres: Descartes, Leibnitz, Kant, espiritualistas; Bacon, Locke, Humé, Condillac, sensualistas.

Importa mucho estudiar y comparar en el curso de esta historia las opiniones y métodos profesados por estas dos escuelas, bien convencido por otra parte, que no es conveniente ni razonable adherirse esclusivamente á los dogmas de una ú otra antes de haberlos estudiado por separado, y si los médicos me acusan de alejarme del objeto principal porque concedo demasiado espacio al exámen de los métodos filosófico-

(1) *Historia de los animales.*
(2) *Obras* de Luciano, hácia el fin del diálogo titulado *Vitarum auctio*. Pág. 198 de la edicion de Bourdelot. Paris 1615.

médicos, les contestaré con este aforismo del mas sábio intérprete de la doctrina de Cuvier: «*La primera cuestion en toda ciencia es siempre una cuestion de método.*» (1) Platon y Aristóteles nos marcan los límites de los conocimientos naturales, ¿pero ambos no estan en un error al proclamar de una manera esclusiva, el uno la intuicion interna, la razon; el otro los sentidos, la observacion esterior; como orígen de nuestros conocimientos? Creemos que si.

RESÚMEN DEL PERIODO FILOSÓFICO.

Durante el periodo que acabamos de recorrer hemos visto á la Medicina despojarse de su velo místico y tomar de repente un rápido crecimiento. Sentadas las bases principales de su edificio, se ven aparecer como en bosquejo cada una de las partes que han de componerle; bosquejo cuyo conjunto presenta ya un aspecto un poco imponente, aunque algo confuso. «La ciencia antigua, como dice con tanta elocuencia Mr. Littré, tiene mucho parecido con la moderna; desde los primeros tiempos de la medicina, desde sus primeros monumentos se han debatido las cuestiones fundamentales y se han tocado los límites de la inteligencia humana. Dentro de estos límites la ciencia encuentra en un caudal inagotable de combinaciones los materiales que la hacen crecer.» (2) Esto es cierto hablando de la filosofía y de la medicina.

Hipócrates forma la transicion entre el periodo místico y este; pertenece al mismo tiempo á la historia y á la mitología, porque si son ciertas algunas circustancias de su vida, si son auténticas algunas de sus obras; en cambio, parecen dudosas la mayor parte. Su doctrina ha sido acogida por sus contemporáneos y por la posteridad con una veneracion parecida á un culto; menos acaso, debido á su mérito real que á su misterioso orígen. Ningun médico ha obtenido despues de él un homenaje tan elevado, tan universal y tan duradero. Despues de su muerte se introdujo la anarquía en su escuela, se propagaron solapadamente una multitud de nuevos métodos y teorías á la sombra de su nombre y autoridad, siendo imposible por eso distinguir los verdaderos escritos suyos de los que no lo son. Al cambiar de periodo la ciencia vá á cambiar tambien de aspecto. Despues de algunos años de confusion los médicos van á dividirse en tres grandes sectas que lucharán por mu-

(1) Mr. Flourens. *Análisis razonado de los trabajos de G. Cuvier. Anatomía comparada.* § I., pág. 127.
(2) *Obras de Hipócrates.* Paris 1839. Introduceion, t. I, pág. 567.

chos siglos con fortuna varia y concluirán por agruparse ó ser absorvidos por la mas poderosa. Así desaparecerán las vacilaciones que han reinado durante tanto tiempo.

PERIODO ANATÓMICO.

Abraza el tiempo trascurrido desde la fundacion de la Biblioteca de Alejandría; hacia el año 320 antes de Jesucristo: hasta el 200 de la era cristiana que ocurrió la muerte de Galeno. 520 años.

CONSIDERACIONES GENERALES.

Los sucesores de Alejandro llevaron á cabo una grandiosa idea, cuando formaron su biblioteca y reunieron en Alejandría todas las riquezas intelectuales del universo poniéndolas á disposicion de los hombres estudiosos que deseaban conocerlas para acrecentarlas y perfeccionarlas. Era entonces tanto mas meritoria esta idea, cuanto que los manuscritos eran muy raros, tenian un valor inmenso y habia pocos ejemplares de la mayor parte de ellos, de algunos uno solo; y sus dueños no los querian vender ni dejar copiar, sinó en ciertos casos. Con frecuencia la biblioteca de una familia consistia en un solo ejemplar y aun así eran muy pocas las que disfrutaban de tal beneficio.

Antes de la fundacion de esta biblioteca y la de Pergamo, solo habia dos á las que realmente se las podia dar este nombre; la de Aristóteles y la de Pericles; los pobres apenas podian instruirse por carecer de elementos y libros para ello; solo los ricos podian hacer lo que tanto ambicionaban las clases inferiores.

En semejantes circunstancias el establecimiento de una biblioteca pública era un acto de filantropía y liberalismo superior á todo elogio, era una de esas felices creaciones que inmortalizan un reinado, una época y sirven para consolidar una dinastía.

No me corresponde esponer las ventajas de semejante institucion, otros antes que yo, lo han hecho de modo que nada deja que desear; únicamente diré que tales fundaciones han egercido en los tiempos antiguos una influencia parecida á la imprenta en nuestros dias. (1)

(1) Especialmente Mr. Matter autor de una historia de la escuela de Alejandría, de la cual hemos tomado todos ó la mayor parte de los detalles que hemos espuesto acerca de esta escuela. N. del A.

El que quiera mas pormenores acerca de esta célebre escuela puede consultar el libro publicado recientemente por Julio Simon. N. del T.

Dos de sus mas famosos generales concibieron al mismo tiempo el proyecto, de suerte que es difícil asignar á uno la prioridad. Estos dos caudillos son Eudemo gobernador de Pergamo y de la Midia, y Tolomeo Lago del Egipto.

En cuanto el hijo de Filipo pagó á la naturaleza, aunque prematuramente, el tributo que la debe todo ser creado, aquellos de sus Lugar-tenientes á quienes habia confiado el gobierno de los paises conquistados, no pensaron mas que en declararse independientes, en apropiarse las tierras que conquistaban, en convertirse, en fin, de administradores en propietarios, valiéndose de las armas como el medio mas á propósito de conservar sus dominios ó de invadir tambien los comarcanos.

Entre tantos como tenia, solo los dos citados pueden considerarse como elejidos por la Providencia para dar impulso al comercio, á las artes y á las ciencias. Ambos rivalidaron en el empleo de los medios para conseguir su propósito y uno de estos grandes medios fué la fundacion de las dos primeras bibliotecas públicas: (320 años antes de Jesucristo) la de Alejandría y la de Pergamo.

Sus sucesores continuaron con mas ahinco este impulso y nada puede dar una idea tan cabal de la actividad y celo que desplegaron, como el número de volúmenes que llegaron á tener ambas colecciones. La de Pergamo reunió 200.000 y la de Alejandría 600.000 ó 700.000. Esta última estaba dividida en dos partes, la grande y la pequeña biblioteca. La primera contenía 400.000 y estaba situada á orillas del mar en el barrio llamado *Brucheyon*, cerca del palacio y del museo donde habia provisiones en abundancia; la segunda en el *templo de Serapis* ó *Serapion*, levantado en el centro de la ciudad.

Los autores están discordes en la apreciacion comparativa de los volúmenes ó rollos antiguos con los libros modernos acumulados en estos dos grandes depósitos del saber. Unos presumen que 600.000 volúmenes alejandrinos representan 200.000 de los modernos, otros 120.000 y otros 90.000. Sea lo que quiera, el resultado es satisfactorio.

Los reyes de Egipto y del Ponto conocieron al momento el valor que estos establecimientos daban á sus capitales y á sus personas; se estableció entre ellos una laudable emulacion que pronto degeneró en envidia, hasta el estremo de prohibir algunos de los soberanos de Alejandría la estraccion del Papiro, materia de que se componian los libros, á fin de no dejar sacar copias á sus émulos de Pergamo. Esta prohibicion tan bárbara y antiliberal dió un resultado contrario al que

se prometían. Pergamo privada de las cortezas del Papiro, inventó el pergamino, cuyo uso se estendió considerablemente y reemplazó con ventaja á las cortezas que prohibieron los Egipcios.

La escuela de Alejandría conservó siempre una gran superioridad sobre la de Pergamo, egerció una grande influencia sobre los estudios médicos y por esto merece una mencion especial.

CAPITULO PRIMERO.

Escuela de Alejandría.

El gefe de la dinastía de los Lagidas, Tolomeo Soter, no se contentó con una opulenta biblioteca, sinó que llamó á los hombres de mas fama por su saber y su instruccion para que la ordenaran y clasificaran sus volúmenes. Al efecto les dió alojamiento cerca de ella y decretó una pension con el objeto de que se consagraran esclusivamente al arreglo de los libros; otros, págados tambien por el Estado, se dedicaban á los estudios y trabajos de su gusto y solo se reunian en dias determinados para leer alguna cosa y discutir sobre ella. El mismo rey asistía alguna vez á estas reuniones, tomaba parte en la discusion y esponía las dificultades que entrañaban los objetos. En el reinado de Tolomeo Filadelfo, hijo y sucesor de Soter, fueron mas frecuentes estas reuniones, se las llamaba *Ludi musarum Apolinis*, luchas ó entretenimientos literarios, y *Museo* el punto donde tenian lugar las discusiones. Se señalaba con anticipacion lo que se habia de discutir y se premiaban las mejores composiciones con menciones honoríficas ó con recompensas proporcionadas á su mérito.

No todos los sábios residentes en Alejandría estaban pagados por el Estado ni vivían en la biblioteca; este honor estaba reservado á unos pocos entre los cuales se encuentran dos médicos, *Erasistrato* y *Herofilo*. El primero era nieto de Aristóteles y discípulo de Teofrasto, residió poco tiempo en Alejandría y murió en Smirna, donde fundó una escuela; el segundo, natural de Calcedonia, ciudad de la Bitinia y discípulo de Praxágoras, continuó haciendo investigaciones, sobre todo en anatomía; dejando á su muerte una porcion de discípulos célebres.

Filadelfo encargó á los sábios hebreos la traduccion en griego de los sagrados libros, traduccion estimada por mucho tiempo y que se conoce hoy con el nombre de los *Setenta*.

Un sacerdote egipcio presidía siempre las reuniones del *Museo*, de

manera que allí se asociaba la ciencia de los Hebreos y la de los Egipcios á las concepciones mas modernas de los filósofos y literatos de la Grecia. Los soberanos de Egipto enviaron muchas espediciones al interior del Africa, al Mar Rojo y hasta las Indias orientales con el objeto de hacer descubrimientos y entablar relaciones comerciales y científicas. La antorcha de la civilizacion que había alumbrado en otro tiempo las orillas del Nilo con una luz misteriosa y solitaria, volvió á brillar de nuevo con mas fuerza, gracias á las nuevas creaciones de los sábios griegos que vinieron á aumentarla y vivificarla, siendo la córte de los Tolomeos, no solo la escala del comercio griego y romano, sinó el foco científico cuyos rayos se estendieron por el mundo antiguo por espacio de diez siglos, tocándola no pequeña parte en estos adelantos á la medicina.

Por un conjunto de circunstancias que vamos á enumerar, la escuela de Alejandría eclipsó desde su fundacion á las antiguas escuelas de Cnido, de Coós y de Pérgamo; y en lo que duró, ninguna llegó á oscurecerla. En tiempo de Galeno bastaba haber estudiado en Alejandría ó haber permanecido allí algun tiempo para tener fama de buen médico. La mayor parte de los hombres célebres en alguna de las ramas del arte de curar, estudiaron en esta escuela ó se perfeccionaron en ella.

Muchas causas contribuyeron á los progresos de la ciencia médica en este establecimiento, siendo una de las principales la autorizacion concedida por los soberanos para disecar cadáveres humanos, autorizacion casi única en la antigüedad y que dió grande impulso á los estudios anatómicos, fisiológicos y quirúrgicos. Los mismos soberanos no se contentaron con entregar á los médicos los cadáveres de los criminales, sinó que ellos mismos disecaron algunas veces: ¡tanta gana tenían de averiguar los secretos de la vida! ó acaso tambien se proponían con su ejemplo hacer desaparecer la infamia á que se esponían los que se dedicaban á este género de estudios. (1) Reunieron además muchos animales y plantas raras que depositaron en su palacio con el fin de favorecer el estudio de la historia natural y de la materia médica, sin omitir gastos y cuidados para que estas colecciones fueran lo mas completas posibles, teniendo despues un gran placer en enseñárselas á los sábios y extranjeros de distincion que iban á su capital atraidos por el

(1) Plinio, *Historia natural*, t. XIX, pág. 5.—Lauth. *Historia de la anatomía*. Strasburgo, 1815, pág. 119.

crédito de estas riquezas intelectuales. Política tan hábil como liberal hizo que la ciudad de Alejandría fuese una de las mas florecientes del Imperio romano aun despues de la destruccion del reino de Egipto.

Mas la costumbre de disecar duró poco en Alejandría y en los demás paises, apenas llegó á la conclusion del siglo II. A estudios tan importantes reemplazaron las estériles discusiones sobre puntos inaccesibles á la inteligencia humana, viéndose postergadas las investigaciones naturales por los mismos que poco antes las recomendáran con empeño.

La dominacion romana fué el mayor azote para la medicina en Egipto, el pueblo rey que gozaba con ver correr la sangre, no solo en los campos de batalla, sinó en sus espectáculos públicos; este pueblo, consideraba como una profanacion horrible el contacto de un cadáver. Si por casualidad algun médico extranjero ó asociado á la persona de alguno de sus Emperadores ó generales deseaba aprovechar la ocasion que le ofrecía la guerra para estudiar la estructura de las vísceras, se veía obligado á esconderse y robar con cuidado algun cadáver abandonado á las aves de rapiña. Por eso en Roma no se conocía ningun anatómico de reputacion.

Para colmo de desgracia se han perdido la mayor parte de los trabajos de los médicos que ilustraron la primera época de la escuela egipcia; hoy solo los conocemos por tradicion y por algunos fragmentos que nos han legado escritores posteriores. El incendio de la biblioteca por la flota de Julio César, inicia la série de desastres que aquella dominacion hizo pesar sobre el Instituto alejandrino. Sin embargo, la Reina Cleópatra, tan célebre por su amor á las ciencias como por su hermosura, sus crímenes y su muerte; (1) reparó lo mejor que pudo esta pérdida, obteniendo de su esposo Marco Antonio la traslacion á Alejandría de la biblioteca de Pérgamo, pero el imbecil Caracalla, despues de suprimir los espectáculos públicos, mandó asesinar á la mayor parte de los habitantes de la ciudad y echó del museo á los encargados de su custodia.

Solo recogiendo hoy los restos que nos han trasmitido Galeno, Dioscorides, Areteo, Celio Aureliano, Celso, Plinio y algunos otros, es como podemos volver á trazar á grandes rasgos la marcha de la ciencia en este periodo. Con ellos intentaremos construir el edificio médico tal como debió existir á últimos del siglo II, empezando por esponer los

(1) *Historia de la anatomía*, pág. 117.

adelantos de cada rama del arte segun el sistema que hemos adoptado, dejando para lo último las teorías y sistemas.

CAPITULO II.

Anatomía y Fisiología.

Sería imposible componer un regular tratado de anatomía con los materiales que nos han dejado los médicos hipocráticos, porque á escepcion de los huesos, no tenían conocimiento alguno, ó á lo mas, muy poco, de los demás aparatos orgánicos. Confundían bajo una misma denominacion los ligamentos, los tendones y los nervios, no sabían distinguir las arterias de las venas; para ellos los músculos eran masas inertes destinadas á cubrir el esqueleto y servir de adorno al cuerpo; tenían una idea falsa ó muy confusa de la estructura del cerebro y funciones de los pulmones, del corazon, del hígado, de los aparatos digestivo y genital, etc. por no haber hecho bastante número de autopsías, como muy oportunamente dice el Autor de la *Historia de la Anatomía*. Mas á pesar de esto, emitieron opiniones casi absolutas sobre los órganos y sus funciones, opiniones que nadie se cuidaba de probar ni desmentir.

El único autor de esta época que ha tenido la fortuna de que se conserven sus escritos, es Galeno. En ellos encontraremos cuanto vamos á decir sobre los progresos de la anatomía y fisiología desde la fundacion de la escuela de Alejandría hasta la conclusion del siglo II de nuestra era. Este médico dejó escritas: 1.° Una *monografía sobre el esqueleto*, en la cual recomienda estudiar los huesos teniéndolos á la vista y no en los libros, y aconseja á los estudiantes á que vayan á escuchar á Alejandría las lecciones que sobre esta materia daban los Profesores, teniendo á la vista esqueletos humanos; consejo plausible y bastante para conocer que ni aun en Roma se enseñaba esta parte de la anatomía como en Egipto. 2.° Un *tratado completo sobre toda la Anatomía*, dividido en quince libros, de los que faltan seis y se titula *Administraciones anatómicas*. 3.° Un *tratado anátomo-fisiológico sobre el uso de las partes del cuerpo del hombre*, distribuido en diez y siete libros que poseemos por completo. 4.°, en fin, un *gran número de detalles anatómicos y fisiológicos*, diseminados en escritos que tratan de otras materias. De las obras, pues, de Galeno, es donde sacaremos lo que vamos á decir sobre los progresos de la anatomía y fisiolo-

gía, durante el espacio de tiempo trascurrido desde la fundacion de la Escuela de Alejandría, hasta la conclusion del siglo II de la era cristiana.

Osteología. A los conocimientos que tenian los Asclepiades del sistema oseo, añadieron sus sucesores nuevos detalles relativos á su formacion, á su estructura y á sus medios de union. Galeno al describir la mayor parte de los huesos y designarlos con los nombres con que se conocen en el dia, dice; que son unos cuerpos duros, frios, insensibles por si, pero sensibles por el intermedio de una membrana que los cubre llamada *periostio*, formados de una sustancia térrea producida por la misma semilla, la mayor parte con médula en su interior, de la que sacan su alimento y destinados á sostener todo el cuerpo. Los medios de union entre si son dos; la *sinfisis* en la que no hay movimiento y la *articulacion* que los permite moverse en diversos sentidos los unos sobre los otros. A las articulaciones rodean y cubren los ligamentos, que son blandos, flexibles, elásticos, mas duros y consistentes que las menbranas; y los cartilagos en que terminan algunos huesos ó que les reemplazan en algunas regiones, como la nariz, las orejas la traquearteria; tan duros como ellos y tan flexibles y elásticos como los ligamentos. (1)

Miología. Galeno que dió nombre á los haces carnosos que hoy, como entonces, llamamos *músculos*, no los consideró, cual antes acontecía, como masas inertes destinados á cubrir y proteger las demás partes, sinó como órganos encargados de los movimientos voluntarios. Estudió por separado la estructura, la composicion, los usos de cada uno de ellos y vió que estaban formados de fibras muy delgadas al traves de las que pasan arterias, venas, nervios encargados de su nutricion y sensibilidad. Se aseguró por esperiencias convincentes, que estos aparatos son indispensables para el cumplimiento de los movimientos voluntarios. Para hacer comprender el mecanismo de la locomocion y probar el papel activo que desempeñan, descubrió en un animal los estensores y flexores de un miembro y despues hizo ver el modo como estos haces carnosos ponian los huesos en movimiento. Segun el, son tan numerosos que es muy dificil contarlos ó algunos están tan unidos que parecen uno todo único, y solo cuando se separan sus fibras es cuando se ven los tendones que parten de ellas.

---

(1) Galeno. *De los huesos*, edicion de Chartier T. IV. *De las administraciones anatómicas*, lib. I. T. IV.

A nadie le estrañará que, despues de esta confesion, haya olvidado algunos y que los clasifique segun sus usos; método que han seguido muchos anatómicos por ser mas á propósito para llegar á conocer los movimientos egecutados por las partes, aunque no sea el mejor ni mas cómodo para su estudio. (1)

Angiología. Los Médicos griegos contemporáneos de Hipócrates confundian las arterias con las venas. Galeno las distinguió como Praxágoras; pero este autor creyó que solo contenian aire y por esto las dió el nombre que hoy llevan y que conforme á su etimología significa *Canal aereo*: opinion que adoptaron Aristóteles y Erasistrato, pero que Galeno refutó en uno de sus libros apoyándose en el hecho observado por él, y es que siempre que se hiere una artéria, sale sangre; y aduce á esta prueba esperimental muchas razones teóricas que hoy nos parecen muy oscuras é inútiles. (2) Colocó en el hígado el origen de las venas por considerarlo como un órgano de sanguificacion, y el de las arterias en el corazon. En esto da muestra de estar menos adelantado que Aristóteles que considera del órgano cardiaco como el origen comun de las arterias y las venas.

Fué el primero que comparó los sistemas venoso y arterial á dos árboles fijos al suelo por sus raices y cuyo tronco sube y se divide en muchos ramos; la vena cava es el tronco del árbol venoso, sus divisiones las ramificaciones grandes y pequeñas; las de la vena porta las raices; los ramos de la arteria pulmonal las raices del árbol arterial, la aorta el tronco y sus divisiones las ramas; admitió dos aortas, una superior y otra inferior, cuya descripcion hizo; confusa la de la primera, mas clara y exacta la de la segunda; no ignoró que es menor el número de las arterias que el de las venas (3) en atencion á que aquellas nunca dejan de ir acompañadas de venas, mientras que estas se encuentran por lo general solas. Entre las ramificaciones de la vena cava superior comprendió la vena ázigos y la mamaria interna; y entre las de la inferior, las renales, las espermáticas, las uterinas, las femorales y las safenas; mencionó tambien la vena y arterias umbilicales.

Neurología. Aristóteles coloca en el corazon el orígen de los nervios, Galeno al contrario; dice que nacen del cerebro y la médula espi-

(1) Galeno. *De la constitucion del arte médico*, cap. III. Chartier, T. II. *De las administraciones anatómicas*, lib. I. II. III. IV. V. *Del uso de las partes del cuerpo humano*, libro III. cap. X. T. IV. *Del movimiento de los músculos*, lib. I. cap. I. T. V.

(2) Galeno. *Si en las arterias se contiene sangre*, Chartier, T. III.

(3) El mismo, *De la diseccion de las arterias y de las venas*, T. IV. *Del uso de las partes*, T. 4, Lauth, *Historia de la Anatomía*, lib. V. par. I. seccion I. cap. III. §. 4.

nal y prueba que aquel y sus sucesores confundian los nervios con los ligamentos y los tendones. Distingue además dos especies de aquellos, unos blandos que salen del cerebro y trasmiten la sensibilidad; otros duros que salen de la médula y trasmiten el movimiento; nombra siete pares cerebrales que son los mismos que hoy conocemos, escepto el simpático y el motor ocular esterno, y treinta espinales, divididos en diez cervicales, doce dorsales, cinco lumbares y cinco sacros. «Mr. Daremberg advierte que Galeno admite nervios distintos para el movimiento y el sentimiento, porque ignoraba que cada uno de estos contiene fibras destinadas, unas á la sensibilidad, otras al movimiento por su orígen de los cordones anteriores y posteriores de la médula espinal.» (1) Conoció los ganglios y pretende ser el autor del descubrimiento. «Dice que la naturaleza hace una cosa admirable ignorada hasta ahora por los anatómicos y es, que rodea con un cuerpo consistente parecido á la sustancia nerviosa á todos los nervios largos y delgados destinados á sufrir el choque violento de los músculos, cuerpo que parece estar unido al nervio; pero que cuando se la diseca, se vé que se continua su sustancia con el cordon, y que por esta, que se asemeja á un ganglio, aumentan en espesor los nervios. (2)» En fin, este anatómico tuvo algunas nociones del gran simpático aunque no se formó de él mas que una idea incompleta. Para probar que la facultad motriz ó sensitiva va desde el cerebro y la médula á las demás partes por el intermedio de los nervios, aconseja que se corten estos y asegura que cesa al momento la sensibilidad y la motilidad en las partes situadas por bajo de la seccion, lo contrario de lo que acontece en las situadas por cima que conservan la integridad de sus funciones. (3)

Adenología. «Segun el autor de la *Historia de la anatomía*, Galeno no conoció ni describió las glándulas, y si muchos de los humores segregados por ellas, pero no del camino que siguen y funciones que desempeñan, pues supone que tales humores son vertidos por venas particulares, apoyando de este modo la opinion de Marino. Habla primero, de la secrecion de la próstata, despues del moco y saliva de la boca, de la bilis, de los líquidos segregados por las diversas glándulas y folículos intestinales. En verdad que choca no haya ocurrido á este gran de hombre la idea de atribuir á las glándulas la funcion especial que

(1) *Tesis inaugural*, Paris 20. de Agosto 1841 pág. 89.
(2) Galeno, *Del uso de las partes*, Lauth, *Historia de la anatomía*, lib. V. part. I. seccion I. cap. III. §. 5.
(3) Galeno, *De la constitucion del arte*, cap. III.

desempeñan, en lugar de considerarlas como una reunion de vasos emuntorios de un humor escrementicio. Mas el hecho es que despues de tanto estudio no le ocurrió esta idea. Para él la preparacion de un fluido por las glándulas fué siempre una cosa secundaria y para nosotros hoy una quimera las venas particulares que el admitía destinadas á llevar la saliva á la boca, puesto que nada tienen que ver con los conductos salivales correspondientes,» (1) uno de los que se llamó despues conducto de *Stenon*.

Esplanología. Galeno divide el interior del cuerpo en tres cabidades; la cabeza que se continua con la columna vertebral, el pecho y el vientre. Distingue en cada una de ellas partes continentes y partes contenidas; las primeras son la piel compuesta del dermis y del epidermis, el tejido conjuntivo, los músculos con sus aponeurosis, los vasos, los nervios, los huesos y algunas membranas; las segundas difieren en cada cabidad y son las que siguen:

I. *Cabeza y columna vertebral.* Esta se diferencia de las otras dos por las señales siguientes: 1.° por la caja ósea que la forma. 2.° porque la tapizan dos membranas en lugar de una sola, como tienen el pecho y el vientre; la primera gruesa, fibrosa; la segunda blanda, delgada y lisa parecida á la pleura ó el peritoneo. Nada dice de la aracnoides. Esta cabidad contiene los órganos de la facultad mas noble, *la animal*, formada por el alma racional é inmortal. Abriéndola se vé arriba y adelante el cerebro, especie de masa oval, blanda, de color gris por fuera, blanco por dentro, dividido en dos mitades llamadas hemisferios, separados entre sí por un surco longitudinal muy profundo. Debajo y detras está el cerebelo algo mas consistente y como tres veces mas pequeño que el cerebro. Ambos á dos llenan toda la cabidad, distintos y separados por membranas en la mayor parte de su estension, escepto en el centro ó base del cráneo que se unen por una porcion comun llamada *Mesocéfalo* donde principia la médula espinal y cuya sustancia análoga al cerebro y cerebelo parece una continuacion de él. Describe por separado cada una de estas tres porciones de un mismo órgano; representa su configuracion esterior y sus relaciones con las partes inmediatas; despues estudia su interior, marca su estructura íntima, la disposicion de todas sus partes, hasta las mas pequeñas, el orígen y distribucion de sus vasos, el de los nervios hasta que se pierden en la masa total. Vió al poner al descubierto el cerebro de un animal

(1) Lauth Ibidem, § 6.

vivo, este tiene durante la vida movimientos de ascenso y descenso y los comparó á los movimientos respiratorios, y supuso que se dilataba como los pulmones para absorver aire que entra al traves de la hoja cribosa del etmoides y se contraia para arrojarlo al esterior por el mismo punto, arrastrando tras sí los humores escrementicios que salen por las fosas nasales; añade que no sale todo el aire inspirado, sinó que parte de él se introduce lentamente en los ventrículos anteriores para unirse *á los espíritus vitales* que son trasportados allí por las arteriolas del plexo coroides, de cuya combinacion resultan *los espíritus animales*, agentes inmediatos del alma racional y los mas sutiles de los espíritus. Estos sufren su última preparacion en el cuarto ventrículo, donde caen gota á gota por un tubo estrecho y vermiforme (el acueducto de Silvió) para repartirse despues por todo el cerebro, el cerebelo y la médula espinal, donde permanecen quietos, como en reserva; para ser distribuidos por todo el cuerpo por el intermedio de los nervios y llevar á cada una de las partes segun las órdenes y necesidades de la facultad animal, el sentimiento, el movimiento y la energía. (1)

II. *Pecho.* Está separado del vientre por el diafragma, especie de tabique en parte membranoso y en parte carnoso. Encierra los pulmones y el corazon, órganos ambos de la facultad vital. Los primeros, muy esponjosos, que llenan toda la cabidad, son dos; uno derecho y otro izquierdo: el derecho, que es el mayor, está dividido en tres porciones llamadas lóbulos; el izquierdo, mas pequeño, en dos; todas se comunican entre sí por una série de tubos cartílago-membranosos y aquellos á su vez por uno comun llamado *traquea-arteria*, que sube á lo largo y delante del esófago hasta la cámara posterior de la boca donde termina por un agugero llamado *laringe*. Divide el acto de la respiracion en dos tiempos; uno en que se dilata el pecho para dar lugar á que entre el aire y le llama *inspiracion*; y otro en que se contrae para arrojar fuera las partes mas groseras de este fluido y lo llaman *espiracion*. Crée que estas partes crudas del agente atmosférico arrastran tras sí las fuliginosidades del corazon hasta confundirse con ellas, mientras que las mas ténues pasan á las venas pulmonales, de allí á las cabidades izquierdas del corazon para sostener el calor natural y formar los espíritus vitales y la sangre arterial. (2)

El segundo situado en medio del cuerpo, un poco á la izquierda,

---

(1) Galeno. *Del uso de las partes.—De las semillas* y de varias otras cosas.
(2) Galeno. *Del uso de las partes.—De las administraciones anatómicas.*

que descansa sobre los pulmones, como si fuera en un lecho de pluma, se parece mucho á un músculo, pero se diferencia de estos por muchos conceptos: 1.° porque es mas duro y mas resistente. 2.° porque está compuesto de fibras que se cruzan entre sí, lo que no sucede á los verdaderos que las tienen siempre en una misma direccion. 3.° porque tiene un movimiento propio, independiente de los nervios, como puede verse abriendo el pecho de un animal; entonces si se separa el corazon de las otras partes, continúa moviéndose durante algun tiempo con mucha fuerza. Por estas consideraciones crée Galeno que el corazon se diferencia y es distinto de los músculos de la vida de relacion. Este órgano es, segun él, la fuente del calor vital y de los espíritus vitales, el asiento de la cólera y de las pasiones violentas.

III. *Vientre.* Contiene los instrumentos de la facultad natural ó vegetativa que se dividen en dos séries; la primera corresponde á los de la nutricion, la segunda á los de la reproduccion. La primera série se compone de tres órdenes de órganos; el primero recibe los alimentos, los prepara y distribuye, y lo componen la boca, el esófago, el estómago, los intestinos y las venas del hígado; el segundo está encargado de separar las partículas escrementicias de las nutritivas, y lo componen el hígado, el bazo, los riñones y sus anejos; el tercero, en fin, espulsa los materiales desechados, y su espulsion se ejecuta mediante los esfuerzos de masas musculares, porque es funcion que está en parte sujeta á la voluntad. Se entretiene en sus *Administraciones anatómicas* y en el *Tratado del uso de las partes* en describir minuciosamente estos órganos, marcando su situacion, estructura, etc. (1)

El aparato reproductor se compone, en el hombre, del pene, de los testículos colocados en el escroto, del epidídimo situado en la base de cada testículo, de las vesículas seminales, de la próstata, del canal deferente, de vasos y nervios. Dice que el tenerle situado fuera es porque conserva mas calor, lo contrario que sucede en la muger que lo tiene en su interior por ser mas fria. El de esta lo forman los ovarios (*testículos en la muger*), las trompas (*conductos espermáticos*) y la matriz unida por estas á los primeros. Crée que es bilobulada y destinada; la cabidad derecha para los varones, y la izquierda para las hembras. ¿Habia examinado la matriz de la muger? Es probable que no, lo creible es que haria sus investigaciones en uteros de hembras de irracionales, porque dice que el número de mamas es igual al de cabidades

(1) Lauth. *Historia de la anatomia.* §. 6.

uterinas. El fondo de la matriz, dice, mira hácia arriba, al estómago; el cuello hácia abajo y se continúa con la vagina, canal membranoso que vá á terminar en la vulva. Supone que la semilla del macho, que tiene mas calor que la de la hembra, se mezcla en el acto del coito con la de esta que está, mas fria y resulta la fecundacion; sin que la segunda desempeñe otro papel que el de escipiente, resultando al momento membranas que se van convirtiendo en cartílagos, huesos, vasos, nervios y músculos. (1)

Este lijero bosqnejo de la anatomía y fisiológia de Galeno, representa el estado de estas dos ramas de la ciencia á la conclusion del siglo II de nuestra era y dá una idea de los adelantos llevados á cabo en este periodo; adelantos inmensos, si se tiene en cuenta que la mayor parte corresponde á los dos primeros siglos de la fundacion de la Escuela de Alejandría y principalmente á los trabajos de Herófilo y Erasistrato. Estos dos anatómicos, no solo disecaron muchos cadáveres, sinó que hicieron muchas vivisecciones, y la crónica cuenta que Herófilo no tenía reparo en abrir el cuerpo de los criminales vivos en interés de la ciencia. Ningun autor contemporáneo confirma esta opinion que la tradicion ha ido trasmitiendo de generacion en generacion. (2) Muchos no lo créen, y con razon, porque iguales rumores se han propalado en diversas épocas contra otros anatómicos.

Sea lo que quiera, las costumbres crueles de los pueblos antiguos, el poco caso que hacían de los dolores de los criminales y de los esclavos, hace creer que ha habido algunas veces hombres dispuestos á hacer esperimentos *in ánima vili* con la esperanza de descubrir el secreto de la vida y los medios de prolongarla. Tampoco es imposible que un fanático por la ciencia se haya rebajado hasta el estremo de ocuparse en esta aterradora y cruel investigacion. ¡Tan cierto es que todos los fanáticos son crueles!

Sin embargo, se enfrió pronto el celo por las disecciones y con él la esperanza de hacer adelantos en estas dos ramas del arte, siendo muy pocos los que se dedicaban á este género de trabajos y ninguno que alcanzára la fama de Herófilo y Erasistrato. El único que podía competir con ellos era Galeno, por las muchas esperiencias y descubrimientos anátomo-fisiológicos que hizo, y por sus esfuerzos para vencer la indiferencia de sus contemporáneos llenos de preocupaciones y de igno-

(1) *Del uso de las partes.*—De la semilla y de otras varias.
(1) Celso. *Tratado de la medicina.* Prefacio—Tertuliano, *Del alma*, cap. X.

rancia. Sin embargo, este autor cita todavía algunos que pudieran servir de modelo á los demás para que no se perdiera una costumbre, que encerrada en sus justos límites, es el guia mas seguro de la práctica; el uno es *Rufo de Efeso* que vivió bajo el reinado de Trájano; el otro *Marino* que escribió en los primeros años del siglo II; y el tercero *Quinto* que tuvo muchos discípulos siendo los mas notables Pelope y *Satiro*, maestros del mismo Galeno.

CAPITULO III.

Higiene.

La observacion pura del bien ó mal que advertimos con el uso de ciertas cosas fué el primer orígen de las investigaciones higiénicas como lo atestigua el pasage siguiente de un autor ya citado. Dice; «y aun remontándonos á los siglos pasados, juzgo que el género de vida y alimentacion que usamos en nuestros dias no hubiera sido descubierto, si al hombre le hubiera podido bastar para comer y beber lo que basta al caballo, al buey y los demás que le rodean: á saber; las simples producciones de la tierra, los frutos, las yerbas, el heno. Los animales se nutren con esto, crecen y viven sin tener necesidad de ningun otro género de alimento. En los primeros tiempos no tuvo sin duda el hombre otro y el que usamos en el dia me parece una invencion perfeccionada en el trascurso del tiempo, pues de una alimentacion fuerte y agreste se originaban muchos y graves padecimientos, tales como los sufriríamos hoy si continuara la misma causa; y en los que se alimentaban con sustancias crudas, indigestas ó muy activas sobrevenian fuertes dolores, enfermedades graves y una muerte pronta. Es probable que entonces padeciesen menos los hombres á causa de la costumbre; pero sin embargo, los males eran muy grandes y la mayor parte de los enfermos, en especial los débiles, perecian; los de constitucion robusta resistian mas, como sucede tambien hoy porque unos dijieren con facilidad alimentos muy fuertes, mientras los segundos lo verifican con gran trabajo y dolor. Esta, me parece, fué la causa que obligó á los hombres á buscar alimentos conformes á su naturaleza. En efecto, aprendiendo á macerar, á mondar, á moler, á cribar y amasar los granos, hicieron pan con el trigo y una masa preparada de mil modos con la cebada. Hicieron hervir, asar y componer mezclas con las sustancias

débiles y fuertes haciéndolas mas suaves para que se adaptaran mejor á la naturaleza y fuerzas del hombre. (1)»

Este método tan sencillo como seguro, pero tímido y lento á la vez, no era del gusto de ciertos filósofos, deseaban uno mas complicado, mas directo y mas trascendental. He aquí los términos en que lo describe uno de nuestros Médicos filósofos. «Sostengo que para escribir «bien sobre el régimen del hombre, es indispensable conocer de ante«mano su naturaleza, porque si desde el principio se ignora su estruc«tura, no puede saberse lo que le conviene. (2) A primera vista, tiene algo de seductora esta teoría, entraña una apariencia de exactitud y profundidad que fascina; pero si la juzgamos por los resultados, al momento nos convenceremos que es mas á propósito para oscurecer y embrollar los datos mas claros de la esperiencia, que para hacerlos evidentes, porque solo emplea medios sacados de una filosofía ideal. El mismo autor, del que hemos tomado la última cita, nos suministra una prueba; consagra, aunque sin fruto, (3) toda la primera parte de su libro á probar que el hombre y los animales estan compuestos de dos principios; *el agua* y *el fuego*; y se empeña en fundar en esta hipótesis sus máximas higiénicas. Galeno ha seguido el mismo camino, es decir, á querido entresacar de su teoría filosófica las leyes relativas á la conservacion de la salud, camino que le ha conducido á digresiones tan fastidiosas para el lector, como estériles para la ciencia. Ha escrito un libro para decir cuál es la mejor constitucion orgánica, porqué señales se la puede reconocer, y cuál es el grado de su resistencia vital; otro para esplicar lo que debe entenderse por complexion y que es lo que diferencia la buena de la atlética; un tercero en que trata estensamente esta cuestion que puede resolverse en algunas líneas. ¿La higiene corresponde á la Medicina ó á la Gimnástica?

Sus escritos sobre este asunto son muy numerosos, forman todo el tomo sesto de la edicion Chartier en fólio, pero nada perderia la ciencia con que se redujeran á una quinta parte. Los mas notables son un *Tratado sobre la conservacion de la salud*, dividido en seis libros; otro *sobre las Cualidades de los alimentos*, dividido en tres. Dá de la salud una definicion conforme á sus ideas teóricas, pero tan confusa que se vé obligado á acompañarla de largos comentarios. He aquí cual es: «la salud consiste en la justa proporcion de lo caliente, lo frio, lo

(1) Obras de Hipócrates. *De la medicina antigua*, §. 3, trad. de Mr. Littré.
(2) Ibidem, *Del Régimen*, lib. V. §. 2, Gardeil.
(3) Véase el período filosófico, pág. 142.

seco, lo húmedo, para las partes similares; y en la buena conformacion, el número exacto y magnitud conveniente para las partes orgánicas. (1)»

Divide la vida en cuatro períodos; la *infancia*, la *juventud*, la *virilidad* y la *vejéz*; insiste mas que sus predecesores en los preceptos relativos al primero y cuarto; dá sobre todo, muchos nuevos é interesantes detalles sobre la primera. Apreció mejor que nadie la influencia de los hábitos y fué el primero que dijo que debía formar parte de la higiene el arte de moderar las pasiones. En fin, quiere que todos los preceptos de esta se deriven de un solo principio formulado de esta manera: *se deben dar los semejantes en el estado de salud, del mismo modo que se dan los contrarios en el de enfermedad.* (2) Trata de justificar este axioma con la autoridad de Hipócrates, con razonamientos y con ejemplos; pero su argumentacion es capciosa, sus afirmaciones se parecen á esta regla dictada por el instinto y confirmada por la esperiencia: *comer cuando hay hambre*; *beber cuando hay sed.*

Hasta aquí alcanzan los adelantos de esta rama del arte desde la fundacion de la Escuela de Alejandría. Pero antes que Galeno se ocupase de estas cuestiones, habia reunido Celso los materiales esparcidos en los libros hipocráticos y publicado un libro lleno de consejos higiénicos. Empieza por dar algunos á las personas robustas y de buena salud, despues á las delicadas, entre las que incluye á los habitantes de las ciudades y en especial á los literatos; en fin, traza las reglas mas convenientes á las edades, idiosincrasias, estaciones y otras circunstancias; refiriéndose especialmente en sus prescripciones, á la eleccion de los alimentos y bebidas, al uso de los baños, al descanso, al trabajo, á la comida, á los egercicios gimnásticos y deyecciones provocadas con el objeto de recobrar la salud. Verdad es, que añade poco á lo dicho por Hipócrates y demás predecesores, pero al menos tiene el mérito de presentarlo con mas órden y concision. Este sería el sitio mas adecuado para hablar de los egercicios, de los baños, de las unciones que usaban con frecuencia los Griegos y los Romanos y que constituyen una parte tan importante y tan curiosa de su higiene, pero es un plan demasiado basto para emprenderlo ahora. Aconsejo al lector que quiera tener una nocion estensa de estas reglas, que lea el sábio libro de Mercurial, *De arte gimnástica*, y la *Historia de la cirujía* por Peyrilhe *(Tomo 1.° L. V, pág. 316 y siguientes.)*

(1) *De la sanidad*, lib. I. §. I.
(2) *De la sanidad*, lib. I. §. 7.

CAPÍTULO IV.

Patología general é interna.

Hemos visto la confusion que reina en los libros hipocráticos acerca de las distintas ramas del arte, con frecuencia se vé que contiene un mismo libro materias muy diversas, cosa que no sucede con los del período que estudiamos; en lo general, brillan estos por un órden didáctico mucho mas severo á causa de cuidarse mas del método en sus composiciones los escritores posteriores á Aristóteles por influencia de este. Como antes, se dividieron las enfermedades en esternas é internas, en agudas y crónicas; en locales y generales; conformándose los médicos con estas clasificaciones hechas ya de antemano. En fin, puede decirse que se exageró la cuestion de método; hubo autores como Galeno que á fuerza de querer ser metódicos, se hicieron confusos con sus distinciones mas sutiles que reales, perdiendo una de sus mayores ventajas, la claridad. El tratamiento que empleaban fué dividido en higiénico, farmacéutico y quirúrgico. Por esto mucho historiadores, entre ellos Daniel Leclerc y Sprengel han creido que la profesion estaba dividida en tres secciones correspondientes á las tres divisiones citadas; dicen que habia desde entonces Médicos *higiénicos ó dietéticos* encargados del régimen de los enfermos; *farmacéuticos*, de administrar los medicamentos, y *quirúrjicos* que hacian las curas y todas las operaciones manuales. Goulin es el primero que combatió este error y con fortuna. (1) Schulze demostró que la division de la medicina en *higiene*, *farmacia* y *cirujía* introducida por Celso debia entenderse ó referirse solo á la ciencia y no á la profesion. (2) En fin, B. Peyrilhe, despues de haber citado la opinion de sus predecesores, la corrobora añadiendo algunas otras razones. Dice «que si á estas opiniones tanto mas respetables, cuanto que parten de dos médicos profundamente versados en la história de su arte, añadimos una reflexion que no ha podido hacerse y que todavia no se ha hecho; y es, que si la division de la medicina se hubiera verificado en la profesion como se verificó en el arte, si esta hubiera sido civil como lo fué escolástica, se hubieran conocido en Roma tres clases de médicos, pero no fué así á pesar de los

(1) *Memorias literarias para servir á la história de la medicina*, año 1775, pág. 38 y siguientes.
(2) *Hist*ória *de la medicina desde su orígen*, pág. 418.

esfuerzos de algunos modernos para conseguirlo; pues no han hallado ni aun cirujanos propiamente tales. (1)»

* La patología general de Galeno no es mas que un conjunto de definiciones, de divisiones y subdivisiones sin fin sobre la enfermedad considerada en abstracto, sobre las causas y los síntomas en general considerados del mismo modo. Admite muchas clases de enfermedades, unas que se desarrollan en las partes similares, es decir, en los sistemas arterial, venoso, nervioso, oseo cartilaginoso, ligamentoso, menbranoso y muscular, á los que hay que añadir los cuatro humores; otras que invaden los órganos, como el cerebro, el corazon, los pulmones etc ; en fin, todo el cuerpo. Dice que las de las partes similares pueden originarse de intemperies ó desequilibrio entre las cualidades elementales de que se componen. Los humores pueden hallarse en esceso y constituir *una plétora*, pueden faltar ó disminuir en cantidad y producir la *anemia* ó pueden estar alterados ó viciados en su composicion y dar lugar á la *cacoquimia*. Las enfermedades de los órganos las constituyen, ó alteracion de forma, situacion, cantidad, ó de forma y número. Las soluciones de continuidad son lesiones comunes á los órganos y á las partes similares. Esto es en cuanto á la Patología general.*

En cuanto á la interna, los Asclepiades, como ya hemos hecho observar antes, consideraban los síntomas, no como la expresion de un sufrimiento particular de tal ó cual órgano, sinó como la expresion de la economía entera, como resultado de la reaccion del principio vital contra el elemento morbígeno. Por eso los sacerdotes médicos, partiendo de esta idea filosófica, habian estudiado cada síntoma por si, sin tener en cuenta para nada el estado presunto de los órganos y asi llegaron á alcanzar un exacto conocimiento de ellos, convirtiéndolos en signos que facilitaban el pronóstico, como lo consiguieron y como puede verse en muchos libros de la coleccion hipocrática. (2) A uno de ellos, en fin, se debe un importante descubrimiento que parece destinado á dar gran impulso á la semeyótica, es la *Sfigmología*. Praxágoras fué el primero que, al concluir este período, advirtió la estrecha union que hay entre las variaciones del pulso y el grado de energía de la fuerza vital y desde entonces se creyó haber encontrado el regulador ó la medida exacta de todas las vicisitudes que el principio vital esperimenta durante su egercicio. Se anotaron con gran escrupulosidad los

(1) *História de la Cirujía* de Dujardin y Peyrilhe, París 1780, lib. V. T. II. pàg. 60 y siguientes.
(2) Véase entre otros el *Tratado del pronóstico* y el libro segundo de los *Prorrohéticos*.

cambios mas insignificantes y ligeros de las pulsaciones arteriales y se empeñaron en dar un valor determinado á cada una de estas modificaciones, admitiendo en consecuencia un pulso para cada enfermedad, como la pleuresía, la tisis, las supuraciones etc.; en una palabra, pretendieron discernir mediante estas diferencias apreciables del pulso, todas las modificaciones normales ó anormales, graves ó leves de las afecciones orgánicas. Galeno ha escrito un tratado completo dividido en cuatro secciones para esplicar el valor del pulso, con cuatro libros cada una, y además muchas monografías: (1) admitiendo en el primero de la primera seccion, sesenta especies: (2) en otro espone y discute las opiniones que reinaban en su tiempo sobre la causa determinante de las pulsaciones arteriales; atribuyéndolas, unos, á la sangre que iba del corazon á los vasos; otros, al paso de los espíritus; otros, en fin, y él entre ellos, á la contraccion del corazon que trasmitía la facultad pulsativa á los vasos por continuidad de tejidos. (3)

Los discípulos de Herófilo y Erasistrato, bajo la dominacion de los sucesores de Alejandro el grande, llevaron á la India la *Sfigmología griega* que Praxágoras creó; de allí á la China, donde todavía existe, pero desfigurada y desconocida. En Europa se adoptó la teoría galénica que no sufrió variacion alguna hasta el descubrimiento completo de la circulacion de la sangre. Tras del estudio analítico del pulso y sus modificaciones durante la enfermedad, vino el de la orina, el cual adelantó poco en aquél periodo, siendo preciso llegar casi hasta nuestros dias para apreciar bien los adelantos que ha hecho y el valor de los escritos que se han publicado sobre esto.

En resúmen, si se comparan los trabajos de la Escuela de Coós sobre la semeyótica, con los de la Escuela de Alejandría; se advertirá en ellos notables y bien marcadas diferencias. En efecto, los Asclepiades reunian ó agrupaban los síntomas mas aparentes de las enfermedades y los acontecimientos que se sucedían, fundando así su diagnóstico y su pronóstico. Galeno y los partidarios de Herófilo y Erasistrato, al contrario; estudiaban un síntoma ó un solo grupo de ellos bajo todos sus aspectos, examinaban sus cambios mas delicados y buscaban con gran esmero sus causas y significaciones. Los primeros empleaban el método sintético en toda su estension y claridad, pero de un modo superficial

(1) Véase Tom. VIII. de sus *obras completas*, edicion Chartier.
(2) *Ibidem. De las diferencias de pulsos*, lib. I.
(3) Véase el libro donde él examina *si las arterias contienen naturalmente sangre*, capítulo VIII. edicion de Chartier, T. III.

y con frecuencia falso; los segundos el analítico, afectando exactitud y profundidad; pero las mas veces era mezquino, sútil, y con una multitud de detalles inútiles.

La nosografía puede asegurarse que se hallaba en la infancia al aparecer el periodo anatómico, pues los Asclepiades no siguieron una clasificacion rigurosa, segun dijimos en la página 82 y siguientes, ni distinguieron bien entre sí las especies morbosas, ni se esforzaron en presentar metódica y naturalmente los síntomas, la marcha, las terminaciones propias de cada una de ellas; pero durante este periodo se elevó á un grado de perfeccion notable, como lo demuestran los escritos de Areteo, Celio Aureliano y aun Galeno. Este abandono en el periodo anterior de una rama tan importante de la patología se esplica por las causas siguientes: 1.ª La falta de conocimientos precisos en anatomía y fisiología, que les impedía referir los trastornos funcionales à la alteracion de testura de tal ó cual víscera, es decir, localizar la enfermedad; localizacion que es una de las bases mas sólidas de toda clasificacion; 2.ª La imposibilidad que se encontraban en dar la verdadera importancia qué en sí tenían los males por la idea general que se formaban de ellos. En efecto consideraban los síntomas como la espresion de un desórden universal, mas bien que como indicio de la lesion particular de un órgano; puesto que se habían cuidado poco de indagar cual era el que estaba enfermo, cuando se presentaba tal ó cual grupo de síntomas.

Hemos dicho que la nosografía se hallaba en la infancia al principio del periodo que estudiamos y que alcanzó despues grandísima perfeccion como cualquiera puede convencerse si examina lo que nos ha quedado de los escritos de Areteo y Celio Aureliano. Estos dos autores vivian segun la opinion mas probable, en el siglo II de nuestra era: se sabe muy poco de su vida, lo único que se ha averiguado es que el primero era de Capadocia, en el Asia menor; el segundo de Sica, en la Numidia. Sea lo que quiera, poseemos de cada uno un tratado que comprende la descripcion de todas las enfermedades observadas en su tiempo; tratados que, sin disputa, son uno de los monumentos mas preciosos y mejores de la medicina antigua. Ambos á dos escritores los dividen en ocho libros, cuyos cuatro primeros están consagrados á la descripcion y tratamiento de las enfermedades agudas, y los otros cuatro á la de las crónicas. Areteo, elegante, conciso y pintoresco en su modo de decir vá derecho á su objeto, no mezcla sus descripciones con disertaciones teóricas é históricas algo prolijas, aunque siempre interesantes, como hace Celio; su obra escrita en griego le ha valido á su autor el título de

Pintor de las enfermedades. Celio no tiene tan buen lenguage, pues emplea muchas palabras bárbaras que no se comprenden con facilidad, pero su libro escrito en un mal latin encierra consejos prácticos de tal valía, que hay pocos libros antiguos que le aventajen, segun opinan la mayor parte de los críticos.

Galeno ha escrito tambien mucho sobre patología, pero sin método, todo cuanto ha dicho sobre todas las enfermedades se halla esparcido en sus obras y como ahogado entre digresiones teóricas tan difusas como inútiles, de manera que para formar juicio sobre alguna enfermedad y su tratamiento, es preciso ojear muchos de sus libros y confrontar una multitud de pasajes, difíciles algunas veces, de entender. En nosografía no puede servir de modelo á ningun autor. Sin embargo, describe estensamente y bajo el punto de vista de su sistema, las fiebres intermitentes, que segun él, son de tres especies; la cuotidiana, la terciana y la cuartana. Hace depender, la primera, de la putridez de la pituita; la segunda, de una cosa análoga, de la bilis amarilla; y la tercera de la misma alteracion pútrida de la atrabilis. Las contínuas tambien provienen de una alteracion de la bilis amarilla. Esta es toda su doctrina sobre un punto tan interesante de la patología. Los escritores de este período describen detalladamente la lepra, las demás enfermedades de la piel, la jaqueca y un gran número de afecciones crónicas que apenas mencionan los Asclepiades, sea que las tubieran por incurables, sea que, como Platon, vieran solo en ellas ligeras incomodidades que no deben llamar la atencion del práctico. Los médicos alejandrinos habian, pues, descrito muchas mas enfermedades, no pudiendo por esto comparar sus obras con las de la Escuela de Coós.

Los trabajos de estos mismos médicos han perfeccionado mucho el diagnóstico de las enfermedades agudas tan poco estudiadadas por los griegos contemporáneos de Hipócrates, como puede juzgarse comparando una enfermedad cualquiera descrita por Areteo con alguno de los libros Coacos. A fin de establecer este paralelo, trascribimos la descripcion de la pulmonía que hace este autor para que se la compare con la de la página 84 que es una de las mejores de la coleccion hipocrática.

De la Pulmonía. (1)

Dos cosas principales sostienen la vida de los animales; los alimen-

(1) Areteo. Lib. II, cap. I.—Este autor hace preceder ordinariamente á la historia de cada enfermedad algunas consideraciones anatómicas y fisiológicas de la parte donde se asienta, consideraciones que casi siempre tienen grande importancia.

tos y el aire, ó sea la respiracion; esta importa mas, porque no puede suspenderse sin que el animal perezca. Muchas partes contribuyen al desempeño de esta funcion, la nariz donde ella principia, la traquea-arteria que es su continuacion, el pulmon que es su asiento y el pecho el receptáculo de aquél. Mientras que las otras partes solo sirven de instrumentos al animal, los pulmones contienen la causa de la atraccion del aire, quiero decir, al corazon, que les anima á moverse y atraer aire fresco para refrescarle; así es que cuando este se halla gravemente atacado sobreviene pronto la muerte. Si son los pulmones y su enfermedad es leve, el enfermo, á la verdad, respira con mas dificultad, vive con mas trabajo pero no sobreviene tan pronto la muerte, máxime si se hace ó aplica algun remedio; si por el contrario, el ataque es grave, como cuando se inflaman; entonces la sofocacion, la ortopnea ponen en grave peligro su vida. Es, pues, de esta última enfermedad á la que se ha dado el nombre *pulmonía*, de la que aquí se trata. El mal principia por una fuerte calentura, con una sensacion de peso en el pecho, sin dolor, si está solo inflamado el pulmon, porque este órgano blando y esponjoso es naturalmente insensible; carece de músculos, y sus nervios pequeños y delgados no sirven mas que para el movimiento, lo que hace que no exista el dolor mas que en aquellos casos en que tambien enferman las membranas que le cubren. El aliento se hace quemante, la respiracion difícil, el enfermo cambia con frecuencia de postura con el objeto de respirar mejor y desea estar sentado, la cara se pone encarnada, especialmente las mejillas; las escleróticas blanquecinas, la nariz aplanada, las venas de la frente y las del cuello prominentes; falta de apetito, el pulso, lleno al principio, se pone blando y como vacío, mas acelerado; la piel caliente y suave; despues el enfermo siente dentro un calor acre y quemante que dá lugar al ardor del aliento, á la sed, á la sequedad de la lengua, al deseo de respirar aire fresco y á la ansiedad contínua que tiene; la tos es de ordinario seca; cuando se hace húmeda, hace salir materiales pituitosos mezclados con espuma ó bilis casi pura ó con algo de sangre ó son completamente sanguíneos. Estas dos últimas especies de esputos son peores que los demás, indican mayor gravedad. Cuando la enfermedad vá á terminar por la muerte se aumenta el insomnio, el enfermo no duerme aunque parezca que lo hace. Su inteligencia, dominada por una multitud de pensamientos incoherentes, se estravía, pero por pocos instantes: es raro que el estravío sea duradero; si lo es, no tiene el enfermo conciencia de su estado, pues si se le pregunta como se siente, dice que bien; los estremos se le

enfrian, las uñas se le ponen lívidas y encorvadas; el pulso pequeño, frecuente y apenas sensible, signos todos que indican una muerte próxima, por lo comun al sétimo dia. Cuando vá á terminar por la curacion, lo frecuente es ver que destilan las narices, que hay cámaras biliosas abundantes, espumosas, como si provinieran del pecho, ó bien orina copiosa; evacuaciones que si se verifican á un tiempo mismo se cura pronto el enfermo. Algunas veces se forman colecciones de pus en el pulmon; en este caso, lo mejor que puede suceder, es que la materia purulenta salga por los intestinos ó la vejiga, ó que haya una metastasis á la pleura, ó que se abra paso por el costado librándose así del mal, aun cuando tenga mucho tiempo abierta la herida ó úlcera resultante. Si el abceso se abre y se estiende en el pulmon, sofoca al enfermo, porque la debilidad no le permite arrojar el pus tan pronto como es preciso; ó si lo resiste, se forma una úlcera que dura mucho y concluye por producir una tisis. Es muy raro que los viejos sobrevivan á este estado, como lo es tambien que los jóvenes y adultos resistan a la violencia de la inflamacion.»

He aquí un retrato de una enfermedad en el que nada esencial falta y en el que nada sobra. Abraza todos los caracteres mas importantes de la pulmonía descritos de la misma manera que aparecen, y si despues de haber leido y meditado este cuadro nosográfico, se vé el enfermo, recordamos al momento la sintomatología del mal, conocemos su estado presente, lo que puede sobrevenir y el tratamiento mas oportuno. La coleccion hipocrática no encierra la descripcion de una enfermedad digna de compararse con esta; por ella puede juzgarse de los progresos que habia hecho esta rama de la ciencia despues de los últimos Asclepiades. Pues bien, la obra de Areteo contiene una série de descripciones de enfermedades muy parecidas á esta.

CAPÍTULO V.

Terapéutica interna.

En este período no se proclamó ningun axioma nuevo de Terapéutica, se continuó edificando el monumento médico sobre la base propuesta por los Médicos griegos, que consistia, como se sabe, en emplear remedios contrarios al mal; siendo necesario precisar en toda especie nosológica la causa que la determina ó el síntoma patognomónico, para echar mano despues de los medicamentos cuya accion fisioló-

gica fuese lo mas contrario posible á la esencia del padecimiento. Asi discurría la generalidad de los Médicos de este periodo. Sin embargo, *la Secta empírica* se opuso con todas sus fuerzas á la adopcion de este método; dice que, siendo desconocida la causa inmediata ó la lesion primitiva de las enfermedades lo mismo que el modo de obrar de los remedios, es imposible fundar las reglas del arte de curar sobre esta base quimérica y vacía. Es lo mismo que fundar sobre arena ó mas bien sobre quimeras.

A propósito de teorías, volveremos á reproducir los argumentos que alegan una y otra parte, porque algo, ó quizá mucho se adelantó con las acaloradas discusiones habidas entre las diferentes sectas médicas de la escuela alejandrina. Ahora solo quiero examinar el lado práctico de la cuestion, pues es donde se aprecian mejor los progresos que la terapéutica alcanzó en este periódo. En tiempo de los Asclepiades no se conocía la historia natural médica, ni una verdadera materia médica; en ninguno de sus libros se encuentra una descripcion metódica de las sustancias empleadas en medicina, ni ensayo alguno de clasificacion de los remedios. Aristóteles fué el primero que formó colecciones científicas de productos y objetos naturales, pero su atencion se dirigió á la Zoología, donde hizo descubrimientos que hubieran podido bastar para inmortalizar su nombre. Despues de él, Teofrasto, heredero del Liceo y del Museo, continuó cultivando el estudio de las ciencias naturales é hizo con la botánica lo que su Maestro con la Zoología. Estudió la conformacion esterior é interior de los vegetales, su manera de nutrirse, su florescencia, su fructificacion, en una palabra, creó la fisiología vegetal; describió las cualidades físicas y las virtudes medicinales de más de quinientas plantas. Todavia los reyes de Egipto siguieron aumentando sus colecciones y las pusieron á disposicion de los sábios de Alejandría, los cuales estudiaron las propiedades de un gran número de sustancias nuevas, con lo que enriquecieron la materia médica.

En Roma se hizo entonces de moda la preparacion de remedios estraños, se entronizó la polifarmacia, llegando á su colmo en los últimos años de este periodo. Entonces se aumentaron aquellos antídotos famosos conocidos bajo el nombre *Mitidrates, de Triacas*, en cuya confeccion entraban lo menos cuarenta ó cincuenta ingredientes. Se creia que cada sustancia conservaba sus virtudes en medio de esta monstruosa mezcla y que gozaba de todas y cada una de las propiedades de las drogas que ayudaban á componerla, formando asi una especie de panacea.

El conocimiento de mayor número de enfermedades que las descritas por los Asclepiades y de mayor número de sustancias aplicables á su curacion, hizo sentir la necesidad de una clasificacion patológica y de una farmacéutica. Tres autores Dioscorides, Plinio y Galeno emprendieron esta tarea desempeñada mucho mejor por el primero, cuya obra es notable por el órden, claridad y exactitud con que está escrita. En la introduccion dice que, «él es el primero que á estudiado las sustancias aromáticas y los remedios sacados del reino mineral;» divide su obra en seis libros; el primero trata de los cuerpos olorosos, tales como los aceites, las sustancias crasas, los jugos, las frutas, las gomas, las resinas y los árboles; el segundo, de los animales, de la leche, de las grasas, de la miel, de las yerbas y de las simientes; el tercero de las raices, de las yerbas, de los jugos y de las legambres; el cuarto de las yerbas y de las raices que restan; el quinto de las viñas, de los vinos y de toda clase de minerales; el sesto, en fin, de las ponzoñas y de los venenos. Por lo espuesto se vé la confusion que reina en la distribucion de las sustancias medicamentosas, lo mismo que en la determinacion de sus caracteres; pues unas veces son tan inexactos y en tan poco numero que es muy dificil reconocer un mineral ó una planta; otras, no hace mas que indicarlos y despues de limitarse á nombrar solo una sustancia, describe enseguida sus virtudes medicinales. He aquí una de las mejores descripciones de esta coleccion. «Hay dos especies de ortigas; una con hojas mas silvestres, mas ásperas, mas negras, mas anchas y con semillas parecidas á la del lino, aunque mas pequeñas; otra con hojas menos ásperas y con semillas mucho mas pequeñas. Las hojas de ambas envueltas con sal hasta formar una pasta, alivian las mordeduras de los perros, curan la gangrena, los chancros, las úlceras sórdidas, rebeldes y difíciles de cicatrizar, así como la debilidad de los miembros, los golpes, los tumores pequeños, los apostemas abiertos y las parotidas. Aplicadas en emplasto favorecen la resolucion de los infartos del bazo; mezcladas con su propio jugo y puestas en la nariz, detienen los flujos que de ella vienen; machacadas con mirra y aplicadas á la matriz en forma de pesario provocan la menstruacion, frescas, la hacen recobrar su posicion cuando está relajada. Las semillas cocidas con vino, favorecen el deseo carnal, abren el cuello del utero; mezcladas con miel curan los males de pecho, los dolores de costado, las inflamaciones del pulmon. Mezcladas con sustancias corrosivas producen efectos purgantes; cocidas con conchas producen efectos emolientes, provocan la orina, resuelven las ventosidades; en forma de tisana, ayu-

dan á los pulmones; envueltas con mirra favorecen la menstruacion; el jugo en gargarismo resuelve las inflamaciones de la garganta. (1)»

Se vé, pues, que la materia médica se habia enriquecido considerablemente con los trabajos de los médicos alejandrinos, el diagnóstico tambien se habia perfeccionado mucho, eran mas precisas las indicaciones curativas pudiendo decirse *á priori* que la terapéutica de los médicos de este período era mucho mas racional y mas eficaz que la de los Asclepiades. Tenemos por otra parte pruebas materiales de ello en los escritos de Areteo y Celio Aureliano; en ellos se detalla minuciosamente el tratamiento de muchas enfermedades crónicas desconocidas por los médicos coacos, y el de las agudas está espuesto con mas método, claridad y precision que en los libros de estos, como puede convencerse el lector comparando el tratamiento de la pulmonía espuesto por Hipócrates en la página 88 con el siguiente.

CURACION DE LA PULMONÍA SEGUN ARETEO (2).

Cuando el pulmon se inflama y se hincha; el mal es agudo y prontamente funesto, porque le sigue la sofocacion. Es un deber del médico emplear medios prontos y seguros que se opongan á los progresos del mal. Al instante mandará hacer una sangría de un brazo, ó mas bien, de ambos á la vez, (á menos que no saque mucha cantidad de una vez de uno solo) á fin de efectuar una revulsion en los humores del pulmon y se continuará sangrando hasta que cese ó disminuya la sofocacion, pero no hasta el síncope, por temor que se aumente aquella. Cuando se ve que el enfermo respira mejor, se suspenderá el sangrar para volver á hacerlo, si fuese preciso. Efectivamente, no hay cosa mejor que la sangría para quitar la causa del mal, si este procede de la sangre, lo mismo que en el caso en que la flema, la espuma ó cualquiera otro humor de esta especie hinche el pulmon. Entonces sería útil, desengurgitar los vasos y procurar un espacio libre á la respiracion. Despues de la sangría conviene purgar y dar de cuando en cuando fricciones al rededor del ano con un linimento compuesto de nitro, miel, vino y trementina líquida. Cuando no se pueda sacar sangre porque haya algo que lo impida, se echarán lavativas con sustancias es-

(1) Areteo. *De las causas y signos* de las enfermedades agudas que mas de ordinario se presentan. Nueva edicion Mr. Kuhn. Leipsic 1828, lib. II. Cap. I.
(2) Dioscorides Anazarbeo. *De la materia médica*, lib. IV. cap. 79, Traduccion francesa de Mateo Lyon 1580.

timulantes, por ejemplo; de sal con nitro, de trementina con miel, ó bien de ruda con aceite, un cocimiento de hisopo ó de la pulpa de coloquintida. Será además útil aplicar ventosas á lo largo del dorso, en los hipocondrios ó donde se pueda; eligiendo en el pecho los puntos mas carnosos por temor que compriman y molesten demasiado los bordes del vaso á la piel. Si por este medio se pueden llevar á otra parte los humores haciéndolos menos viscosos y disipar las flatuosidades que hinchan el pulmon, el enfermo obtendrá un alivio marcado; pero de todos modos es preciso atacar por todas partes la pulmonía.

Tampoco se omitirá dar medicamentos por la boca, tanto mas, cuanto que el pulmon sano ó enfermo atrae hacia si la humedad. Así que, se administrarán sustancias que tengan la propiedad de atenuar los humores, haciéndolos menos pegadizos, mas movibles y mas fáciles de ser espectorados; como el cocimiento de hisopo nitrado, ó sal mezclada con agua, miel y vinagre, ó una infusion de mostaza dulcificada con miel. No será malo, si á ello se atreve el profesor, añadir á estas preparaciones polvos de raiz de lirio ó pimienta, ó tambien hacérselos tomar por la boca bien tamizados y mezclados con miel. Si el enfermo pasa los dias y las noches sin dormir, es de temer se le presente un delirio furioso; y al menos que no se rebaje el mal por sí, se le dará algun soporífero á fin de calmar la escitacion ó prevenirla. Son muchos los remedios de esta clase de que podemos servirnos, pero es indispensable dejar de darlos cuando los enfermos corren el peligro de ser sofocados por la fluxion y morir, por temor de que diga el pueblo que se los ha matado.

Los alimentos deben tender al mismo objeto que los remedios, deben de ser un poco acres, incisivos, atenuantes y detersivos. El puerro, la raiz de una planta llamada cuerno de ciervo, la ortiga, la berza cocida con vinagre, entre las legumbres; la tisana de salvados hecha con un poco de orégano ó de hisopo, añadiéndola despues un poco de nitro ó de pimienta, en lugar de sal. Es tambien muy conveniente un cocimiento de alica (1) dulcificado con miel. Todas estas sustancias se harán hervir hasta que pierdan toda su acritud, porque esta hace mucho daño á los perineumonicos. Cuando estos no tienen fiebre, se les puede mandar un poco vino aguado y que no sea muy astringente, porque importa relajar mas bien que constriñir, á fin de facilitar la espectora-

(1) Alica, especie de cebada que empleaban los Romanos para la confeccion de ciertas bebidas y remedios. N. del T.

cion. No se les dará mucho á beber porque los pulmones son muy ávidos de la humedad y la roban de los órganos inmediatos; exófago, estómago, etc. la que siendo escesiva, les perjudica.

Se cubrirá el pecho con bayetas empapadas en aceite que tenga en disolucion nitro y sal, ó se darán, cuando convenga, unturas con aceite de Ninfa de los lagos (2) ó con un linimento de mostaza seca y cerato. En una palabra, el objeto principal que se debe proponer en esta enfermedad es arrojar fuera el humor, el calor y los gases, y bajo este punto de vista las aplicaciones de olores acres á la nariz, las diversas unturas, las ligaduras á los miembros son otros tantos medios que hay que emplear. Si despues de haberlos ensayado, el mal no cede, puede considerarse como incurable.

He aquí un tratamiento que, salvo algunas particularidades, no desdeñaría ningun autor moderno de patología. Si ahora se le pone en paralelo con las prescripciones estravagantes de los sectarios de Hipócrates, se verá que no admite comparacion. La terapéutica, pues, habia progresado mucho en los cuatro siglos trascurridos desde los Asclepiades hasta Areteo, progresos que sobrepujan, bajo muchos aspectos, pero solo con relacion á algunas enfermedades, á los que se han efectuado en los mil seiscientos años despues.

CAPITULO VI.

Patología y terapéutica esternas.

Los Asclepiades que carecían casi por completo de conocimientos anatómicos, hicieron progresar poco á la Cirujía, pero á pesar de esto, se atrevían á hacer operaciones difíciles y peligrosas sin atenerse á regla alguna, porque otra cosa no puede suceder cuando se carece de conocimientos anatómicos. Una vez que los médicos alejandrinos llegaron á conocer mejor la estructura y situacion de los órganos; la Cirujía debió tomar grande incremento como lo prueban las obras de Celso y de Galeno, las cuales son infinitamente mejores que las de Hipócrates y demás contemporáneos suyos. Probaremos nuestro aserto haciendo un breve análisis de la obra del primero.

Segun todas las probabilidades, este autor vivía á fines del siglo primero de la era cristiana, un poco antes que Galeno. Escribió de

(2) Centaura mayor. N. del T.

arquitectura, medicina, retórica, filosofía y arte militar, pero solo se han conservado sus obras médicas que son un verdadero resúmen de cuanto se sabía en la antigüedad. Principia por reseñar el orígen y los primitivos errores del arte, la historia y adelantos de las sectas en que estaban divididos los medicos de su tiempo, á los cuales juzga con bastante acierto, despues traza el régimen de los sanos y de los valetudinarios. Estas son las materias que componen los dos primeros libros del compendio. Los cuatro siguientes están consagrados á la exposicion y á la cura de las enfermedades susceptibles de curarse, ya por el régimen, ya con medicamentos; y los dos que faltan, es decir el sétimo y el octavo, mencionan los casos en los que forzosamente tiene que intervenir la cirujía y los procederes operatorios mas usados entonces. Celso ha encerrado en un pequeño espacio los conocimientos quirúrgicos de los antiguos, no solo los contenidos en los libros de la escuela de Coós, sinó algunos mas que no mencionan los escritores de esta escuela. Entre los capítulos enteramente nuevos, citaremos el de la curacion de las hernias, el de los cálculos vexicales, el de la catarata, el de las heridas penetrantes de vientre y las de los intestinos. El órden que sigue es bastante exacto y natural; empieza por estudiar los males que atacan á la generalidad del cuerpo y pasa despues á los particulares á cada region ó parte. Su obra es la única de una época tan atrasada en donde se encuentran descritos con claridad los procederes operatorios de todos los cirujanos ilustres desde la fundacion de la escuela de Alejandría hasta él. Nombra á algunos, entre ellos á Trifon, Evelpisto y Megés que es el mejor y mas sabio de todos.

No disputaré si Celso ejerció ó no la profesion, porque esto me importa poco, lo que importa es tener una idea, siquiera breve, de los progresos de la cirujía durante el periodo anatómico. Para conseguirlo, bastará comparar algunos fragmentos del autor latino con los semejantes de la coleccion hipocrática.

De la hemorragia. Hipócrates define la palabra *aimorragia* la salida de sangre con fuerza y abundancia. Cuando sale con lentitud la llama *Errisin* y *Stalagmon* cuando gota á gota. Pronostica que cuando se produce algun derrame anormal en cualquiera de las cabidades del cuerpo, la sangre se corrompe sin remedio. Empleaba la compresion y algunas veces el fuego, para contener la hemorragia de las heridas, y para curarlas, aplicaba mas veces la esponja que las hilas, práctica que ofrecía el inconveniente de separar en lugar de reunir los lábios de la herida por la hinchazon de la esponja con el agua ó con el pus; lo

que hacíadurar mas tiempo las heridas y mas dificulttusa la aproximacion de sus lábios por la presencia del cuerpo estraño en los momentos de su union. (1)

Esto es cuanto dicen los libros hipocráticos relativos á las hemorragias; veamos ahora como se espresa Celso. «Desde que se asegura uno por los signos dichos antes de ahora que la herida es curable, se hace preciso curar con esmero á los enfermos á quienes la inflamacion ó la hemorragia puede comprometer la vida, Ahora bien, esta puede ser temible por el sitio, la estension de la lesion y la fuerza con que sale la sangre. Entonces aconseja llenar la herida con hilas y colocar despues encima una esponja empapada en agua fria á la cual la mano ha de contener; y si á pesar de esto, continúa la salida de sangre, propone que se renueven las hilas, pero empapadas en vinagre. Algunos cirujanos de aquel tiempo acostumbraban á echarlo en la herida; pero el temor que este tópico suprimiese repentinamente la materia y produjera una inflamacion mayor, temor muy fundado en las heridas de partes aponeurótieas, le obligó á retraerse de su empleo; de lo cual infiere tambien que se deben en estos casos proscribir los cáusticos y los escaróticos aunque fueran buenos para contener el flujo, y si por casualidad se les emplea, quiere que se eche mano de los mas sencillos y suaves. Si la hemorragia se resiste á estos medios, aconseja practicar dos ligaduras al vaso en lo interior de la herida y cortar lo que queda entre ellos, á fin de que se consoliden y afirmen sus boquillas. De esto á practicar la ligadura de los vasos en las amputaciones no habia mas que un paso; y sin embargo, pasaron muchos siglos para que lo hicieran los cirujanos. Si la ligadura es impracticable, propone el cauterio actual, siempre que la herida haya dado bastante sangre y no haya nervios ni músculos, como en la frente, en el vértice de la cabeza, partes que el creía exentas de estos tejidos. Tambien habia, como antes, la costumbre de aplicar ventosas en puntos distantes para llamar la sangre allí, pero es claro que estos medios no tienen valor alguno en estos casos.» (2)

Con lo dicho no hay necesidad de marcar las diferencias que entrañan los consejos de Celso con los de Hipócrates; aquellos son mas metódicos, mas detallados, mas racionales que los de los escritores hipocráticos. Me contentaré con añadir un segundo ejemplo.

---

(1) Dujardin, *Historia de la Cirujía*, t. I, lib. III, pág. 210.
(2) Ibidem, t. I, lib. IV, pag. 372.

De la extraccion del feto muerto. «Si se compara, dice el mismo historiador, la manera cruel con que Hipócrates extraía el feto, con la práctica de hoy; se verá cuanto ha progresado la ciencia en este ramo. Hipócrates introducía en la matríz la mano untada de cerato, el dedo pulgar armado de un gancho que él llamaba *uña*. Cortaba desde luego el brazo de la criatura y le sacaba; introducia de nuevo la mano, desgarraba el vientre y extraía poco á poco las entrañas; despues quebrantaba las costillas para hacer que disminuyera el volúmen del cuerpo y extraerle con mas facilidad. En otra parte describe un proceder parecido. Cuando el feto muerto colocado oblicuamente en la matriz presenta la mano por la vulva, cubre previamente á la muger con un lienzo para que no vea lo que hace ò lo que va á hacer; tira de la mano hácia fuera y abajo para sacar el brazo y le desarticula por la escápula, despues abre el pecho por la articulacion de la clavícula é incinde las paredes del vientre para dejar escapar el aire; y por fin trata de coger y sujetar la cabeza para sacarla entera, y si esta tentativa no tiene éxito, la aplasta y va sacando todo por partes.» (1)

Celso obraba de la manera siguiente: Mandaba echar á la enferma, al través, en la cama, con las nalgas levantadas; introducía lentamente el dedo índice untado en aceite en la matriz cuando el cuello se hallaba relajado y se estaba quieto cuando empezaba á contraerse de nuevo, hasta que una nueva relajacion le permitiera introducir poco à poco los demás y despues la mano; casos había en que, dice, introducía las dos, pero esto no es creible. Una vez la mano en la matriz, averiguaba la posicion del feto, es decir, si presentaba la cabeza, los pies, ó si estaba atravesado, lo que á juicio de él no es difícil. Como se sabe que en esta última situacion la mano y el pie están muy distantes del orificio de la matriz, procuraba volver al niño de manera que presentara la cabeza ó los pies. Celso había notado que despues de la cabeza, eran los pies los que ofrecían una posicion mas natural y mas ventajosa para el parto, y esto era ya un gran adelanto que había hecho el arte despues de Hipócrates. Cuando la criatura presentaba un brazo, intentaba sacarle por la cabeza, si era un pié iba á buscar el otro. En este último caso se creia fácil el parto, aun con el solo auxilio de la mano. Cuando lograba sugetar la cabeza en el estrecho, clavaba un gancho romo en la órbita, en la boca, en el oido y algunas veces en la frente. El mismo autor dice, que

(1) Dujardin *Historia de la cirujía*, t. I, libr. III, pág. 291.—Obras de Hipócrates. *De la superfetacion. De la estraccion del feto muerto. Enfermedades de las mujeres*, lib. I á la conclusion.

si se tira cnando está contraido el orificio del utero, puede el gancho separar la parte que sugeta el resto del cuerpo, ir á chocar con el cuello de la matriz, ocasionar convulsiones y poner la vida de la madre en inminente peligro, por lo que encarga se tire poco á poco, con suavidad y en momentos en que esté relajado el órgano. Mientras que el operador tira del instrumento con la mano derecha, hace que la izquierda dirija el gancho y el feto.

Si este tiene una posicion de tronco y no se le puede dar la vuelta para sacarlo, debe enganchársele por el sobaco y tirar poco á poco. Como entonces la cabeza se queda detras, se la separa del hombro para sacar cada parte por separado, valiéndose para esto de un gancho igual al primero pero que tenga corte por su corvadura. Se saca, primero; la cabeza, porque si se principia por el tronco que es la parte mas voluminosa, se cree no poder extraerla, sinó corriendo un gran peligro. Sin embargo, si el operador se viera obligado á sacarla la última, se doblará una sábana y se la colocará en el vientre para irse comprimiendo con lentitud y un ayudante vigoroso ó inteligente sujetará la matriz con las manos para que la cabeza se presente al cuello del órgano, donde la enganchará el Cirujano y la sacará con mucho cuidado.»

Aunque este proceder no es muy natural, no puede menos de conocerse que es mas racional y mas metódico que el de Hipócrates, á pesar de lo raros que son los partos manuales ó instrumentales.»

Hubiera querido abreviar estas citas y otras muchas, pero despues de haberlo pensado con maduréz, he preferido dejar al pensamiento de sus autores su color y desenvolvimiento naturales, mas bien que desnaturalizarlo con indicaciones incompletas ó alterarlas al penetrar en su análisis; proceder del cual me he valido en último resultado. Mi principal objeto, al escribir esta história, es ofrecer al lector un cuadro compendiado, pero tan exacto como es posible, de las vicisitudes de la ciencia médica; poniendo á su disposicion los diversos legajos de este proceso, para que así pueda juzgar por si mismo de su valor, que no formularle yo. Son para mi tan claras las ventajas de este método que creo innecesario justificarlas mas adelante.

*El autor se ocupa solo de estudiar á Celso como cirujano, y bueno es anotar cuanto importa saber de él como médico, ya que dejó tambien en esta materia muestras de su profundo saber. Por eso nos atrevemos á ampliar los datos biográficos para conseguir dar á conocer á este escritor bajo distinto punto que lo hace el historiador francés.

«En el reinado de Tiberio, ó sea en la época en que vivia el Salva-

dor del mundo, floreció el ilustre *Cornelio Celso*, cuyo nombre, pátria y profesion ofrecen muchas dudas, dando márgen á diversas opiniones. En casi todas las ediciones de sus obras se le dá el pronombre de *Aurelio*, por haberse encontrado en todos los manuscritos el título de *A. Cornelii Celsi Artium Liber* vj; pero otro mas antiguo de la biblioteca vaticana presenta en letras romanas el de *Aulius Cornelius Celsus*, que, segun opinion de los mejores críticos, es el que mas le conviene, porque el pronombre Aurelio es tomado de la familia Aurelia, como el de Cornelio de la Cornelia; y no hay ejemplo de semejante reunion de nombres de diversas familias. Tampoco se sabe nada con seguridad respecto á la pátria de este autor: sin embargo se presume nació en Roma, aunque otros quieren sea natural de Verona.

Escribió un tratado de Medicina, dividido en ocho libros, es el cuadro mas perfecto de la medicina de los antiguos; el estilo presenta una pureza, claridad y elegancia tal, que con razon se le ha llamado el *Ciceron de los médicos*. El primer libro contiene un prefacio sobre el orígen y progresos del arte de curar, sobre las diferentes sectas de médicos y sobre sus diversas opiniones. Este prefacio ocupa la mitad del libro: la otra se reduce toda á preceptos higiénicos. El segundo libro trata de la semiótica y de la terapéutica; el tercero y el cuarto de las enfermedades en particular: en este último se encuentra un tratado de esplanología que puede darnos una idea de los conocimientos anatómicos de aquella época. En la mitad del libro quinto están descritos exactamente los medicamentos simples y compuestos; y en lo restante, y en el libro siguiente, se trata de las enfermedades que se curaban principalmente con la aplicacion esterna de los medicamentos. En fin, los libros sétimo y octavo se ocupan solo de las enfermedades y operaciones quirúrgicas propiamente dichas.

Celso ha seguido principalmente las ideas de Hipócrates y Asclepiades, traduciendo libremente un gran número de pasajes del primero, relativos al pronóstico y á algunas operaciones de cirujía; y ateniéndose por lo demás al segundo, al cual llama *buen autor*. Este ha sido el motivo de que se creyese por algunos que era metódico; pero no hay mas que leer atentamente sus obras para convencerse del poco fundamento de esta opinion.

Se burlaba con Asclepiades de los dias críticos de Hipócrates, cuyo orígen atribuia á la ciega preocupacion que habia reinado en los tiempos antiguos con respecto á los números misteriosos de Pitágoras. Dice tambien que era infundado el escrúpulo de los antiguos, que creian que

no se debia sangrar á los niños, mujeres embarazadas y viejos: quiere Celso que para el uso de la sangría, se atienda solo á las fuerzas del enfermo.

Juzgaba que debia sangrarse en los casos siguientes: en las *fiebres agudas*, cuando el cuerpo estaba *colorado* y *las venas llenas de sangre*; en la *pleuresía*, en la *perineumonia*, en la *parálisis*, *convulsiones*, *dificultades de respirar*, *privacion súbita de la voz*, *apoplejía*, *dolores fuertes*, *roturas* ó *contusiones internas*, *esputo* ó *vómito de sangre*, *caquexia*, y en fin, en todas las enfermedades agudas, cuando se creia que el enfermo tenia demasiada cantidad de sangre ó malos humores en las venas.

Con respecto al tiempo en que debe usarse el medio terapéutico de que tratamos, Celso quiere que se atienda desde luego al período de *crudeza* ó *indigestion*; en este estado, dice, no conviene la sangría, y por lo tanto debe suspenderse hasta el segundo ó tercer dia, siempre que el caso no sea muy urgente. Pero jamás deberá sangrarse despues del cuarto, porque á este tiempo la mala sangre podia haberse disipado por sí misma, ó haber hecho impresion en las partes; en cuyo caso esta operacion no haria mas que debilitar.

Cuando la sangre sale de buen color, dice que debe cerrarse inmediatamente la cisura, porque sería el remedio mas nocivo que útil. No conviene, añade, sangrar mucho de una vez, pues es mejor hacerlo repetidas veces en distintos dias, y de ningun modo *usque ad animi deliquium*.

El uso de las ventosas estaba mas en voga que en tiempo de Hipócrates. Celso habla de dos especies diferentes: unas de cobre, cerradas por la parte superior, y en las cuales se introducian unas hilas secas y se encendian antes de aplicarlas; y otras de cuerno, abiertas por ambos lados, que se aplicaban por un estremo á la parte enferma, y por el otro se hacia una fuerte succion, tapándola despues con cera.

Causa estrañeza que Celso, tan exacto en todo, nada haya dicho del modo de extraer la sangre por medio de la aplicacion de las sanguijuelas, que, segun dejamos dicho, se usaban ya en tiempo de Themison.

Al principio de las enfermedades aconsejaba la dieta; y queria que cuando los enfermos reclamasen alimento, se les fuese dando poco á poco, es decir, sin concederles mucho de una vez. En cuanto á la duracion de la abstinencia, dice, que debe arreglarse segun la *naturaleza del mal y la del enfermo*, *el clima*, *la estacion y demás circunstan-*

cias. Habla tambien del modo de promover el sudor y del uso de los baños, fomentos, etc.

La máxima mas general de Celso, y sobre la que funda la curacion de todas las calenturas, es que *la materia que ocasiona la fiebre se disipa por sí misma cuando nada se da al enfermo que pueda producirle otra nueva*; esta es la razon por la cual en su tratamiento no solia administrar purgantes ni lavativas, sino que atendia particularmente al régimen: *optimum medicamentum est oportune cibus datus.* El mejor medicamento es dar de comer con oportunidad.

Divide las fiebres en *cotidiana terciana, cuartana, hemitritea, continua, vaga, pestilencial, ardiente* y *lenta.* En esta distincion es en lo único que se ocupa, pues que, á semejanza de los empíricos, no se detiene en el exámen de las causas.

No juzgaba la calentura por el aumento del calor ni por la frecuencia del pulso, porque conocia la poca certeza de estos signos; para esto, decia, es preciso que la piel esté seca con desigualdad, que el calor esté particularmente aumentado en la frente y venga como del fondo de las entrañas; que el aliento que sale por las narices esté muy caliente; que el color de la cara varíe, poniéndose de pronto mas pálida ó mas encendida de lo que está ordinariamente; que los ojos estén cargados y muy secos ó muy húmedos; que el sudor, cuando le haya, sea desigual; y en fin, que el latido de las arterias no sea bien uniforme.

Para la curacion de las fiebres en general dice Celso que es preciso observar si el cuerpo está *estreñido* ó *relajado.* En el primer caso hay una especie de sofocacion, y es preciso aflojar el vientre y promover la orina y el sudor; algunas veces son necesarios los ejercicios violentos, la sangría, la esposicion á la luz solar, la dieta, la sed y la vigilia; despues de esto los baños, las unturas y algun alimento ligero, simple, líquido y caliente. En el segundo caso se debe contener el sudor, cuando le hay, aconsejar el reposo en paraje oscuro y prescribir un ejercicio moderado.

Celso habla igualmente del tratamiento que exigen las calenturas en particular, que consiste principalmente en la abstinencia y el régimen.

Entre las enfermedades de que trata este autor, se encuentra el *cólico,* cuya descripcion no está en las obras de Hipócrates. El nombre de *cólico* era nuevo en tiempo de Celso, pero no la enfermedad que designa, como pretende Plinio, pues que Diócles de Caristo la conoció con el nombre de *ileo.*

Celso ha gozado de gran reputacion en los tiempos antiguos y mo-

dernos; *Columella* le pone en el rango de los mas famosos médicos de su época, y Plinio le cita entre los que han contribuido á ilustrar su historia natural. Entre los modernos que le han prodigado elogios, se cuenta el célebre *Fabricio de Aquapendente*, que decía á sus discípulos: *Celso es admirable en todos sentidos, y sus secretos no deben salir, de dia ni de noche, de vuestras manos.*

CAPÍTULO VI.

Clínica.

Hemos dicho que la Clínica (página 92) no es una rama distinta de la ciencia, es la ciencia misma aplicada á la cabecera del enfermo, es el campo de batalla del médico, el teatro donde no solo despliega todos los recursos que le proporciona el arte, sinó tambien los de su génio y su conciencia. Todo práctico ademas de tener un gran talento, cualidad indispensable para el ejercicio de la ciencia, debe prestar grande y sostenida atencion para conocer el momento de obrar y no desaprovecharla, circunstancia que exige una gran presencia de espíritu, una firmeza de carácter que aleje de sí el miedo en las azarosas circunstancias en que puede encontrarse, animándole á obrar, sin que le inquieten las calumnias y las quejas injustas y sin que le importe perder su reputacion por salvar á sus enfermos. En sus conversaciones debe de decir siempre la verdad, no ocultar sus faltas, sus reveses, ni exagerar sus triunfos, porque no debe olvidar que los unos y los otros le sirven de leccion, y que en su posicion elevada, ocultar lo verdadero y publicar lo falso, es crear homicidas para lo sucesivo. Tales son las cualidades que brillan en las historias clínicas atribuidas unánimemente á Hipócrates en sus libros I y III *de las Epidemias*.

El periodo anatómico en que tanto adelantó la ciencia no nos ha dejado coleccion alguna de observaciones clínicas dignas de compararse con las de Hipócrates, sea que hayan desaparecido los trabajos de los grandes Escritores alejandrinos despues de la destruccion de las bibliotecas, sea que no haya habido en aquel tiempo un hombre que haya reunido en grado tan eminente como el anciano de Coós las cualidades que constituyen un gran práctico. Solo Galeno es el único de este período que puede parangonarse con él por la universalidad de sus conocimientos y la multitud de sus escritos, y á pesar de todo esto, no nos ha dejado historias como las de los Asclepiades. De cuando en cuando

relata la historia de algunos enfermos con el propósito de poner de manifiesto la certeza de su diagnóstico ó la escelencia de sus teorías. No se vé en sus escritos como en los del pintor de las constituciones epidémicas al escritor severo é imparcial, sinó al dialéctico prolijo y sutil que no deja pasar ningun fenómeno sin interpretarle y discutirle.

Aforismos. Muchos escritores de este periodo, y entre ellos Galeno, comentaron los aforismos de Hipócrates, pero ninguno se atrevió á escribir otros nuevos. La mayor parte no se atrevieron por temor á los antiguos oráculos, cuya reputacion era colosal, acaso entrevieron el abuso gue se hacía de este género de literatura mas pretencioso que sólido en Medicina. Sea lo que quiera, no los haremos un cargo por haberlo abandonado.

CAPITULO VII.

Teorias y sistemas (1).

CONSIDERACIONES GENERALES.

A medida que las investigaciones de la anatomía y la fisiología espe-

(1) *Escolio.* Hemos citado muchas veces las palabras *teoría, sistema, doctrina,* y todavía las citaremos muchas mas: sin embargo, nada hay mas vago que las diversas acepciones que dan los autores á cada una de ellas y sobre todo á las dos primeras. Para hacer desaparecer esta incertidumbre he recurrido á los diccionarios mas modernos y mejores y nada he encontrado que pudiera satisfacerme. Ninguno de ellos da una esplicacion racional de la sinonimia de estos términos y de los matices que los diferencian. *(a)* Algunos de los mas modernos tratan de introducir la distincion siguiente: «La teoría es una produccion del génio que vé las cosas tal cual son; el sistema un producto de la imaginacion que pinta las cosas segun crée mas conveniente. Pero vemos que semejante distincion descansa en una base incierta y arbitraria, porque cada autor y sus partidarios tienen por verdaderas sus propias opiniones y tienen por falsas las de sus antagonistas, como lo hace notar muy bien Mr. Raige-Delorme en su *Diccionario de Medicina* en 25 volúmenes, artículo Doctrina.

Mr. Bouillaud se queja altamente de esta falta de exactitud y precision en el lenguage filosófico y especialmente de la ambigüedad de las palabras *teoría, sistema, doctrina,* etc. pero no hay otro remedio *(b)*.

En mi juicio solo Mr. Coutanceau es el que ha dado una definicion clara y precisa de las palabras *teoría, sistema,* «La teoría, dice, indica las relaciones de los hechos entre sí, el órden de su sucesion y de su dependencia. El sistema (en Medicina) es una teoría general de las leyes y del mecanismo de la vida, mediante la cual se esfuerzan en referir á un pequeño número de principios, algunas veces á uno solo, todos los fenómenos de la salud y de la enfermedad» *(a)* Aunque Mr. Coutanceu ha restringido para la Medicina su definicion de sistema, mientras que es aplicable á todas las ciencias, no por eso ha dejado de marcar con mas precision que nadie las diferencias que separan estas dos palabras y las semejanzas que las aproximan, al decir que el sistema es una teoría general. Tal es el sentido que nosotros hemos dado á estas palabras cuando hemos querido diferenciarlas, así decimos, la teoría de la fiebre, de la inflamacion, el sistema de Hipócrates, de Temison, de Sthal. En fin, la palabra *doctrina* se toma en una significacion mas estensa todavía, porque significa todo lo que se dice, todo lo que se enseña sobre una materia cualquiera, abraza en su generalidad las nociones teóricas y prácticas, los sistemas, los hechos, las hipotesis. Esto es lo que debe entenderse por las locuciones siguientes que se emplean con tanta frecuencia en el lenguage médico: *Doctrina de Coós.—Doctrina de Montpeller.—Doctrina de Leyden, etc.*

(a) Consultad el *Diccionario de la Academia.*—El *Diccionario de Laveaux.*—El *Diccionario de Napoleon Landais.*—El *Diccionario de ciencias médicas,* en 60 volúmenes.—El *Diccionario de los sinónimos, por Boinvilliers. etc.*

(b) Ensayo de Filosofía médica. Paris 1836, pág. 166, nota.

(c) Diccionario de Medicina en 25 volúmenes, palabras *teoría, sistema.*

rimental han hecho progresar la Medicina, que el diagnóstico se perfeccionaba; que los adelantos de las ciencias auxiliares aumentaban los recursos de la terapéutica, se hizo mas preciso poner en órden las adquisiciones materiales de la ciencia para poderlas retener en la memoria; de encadenar los numerosos hechos antiguos y modernos que forman el tesoro de la ciencia por una teoría mas ó menos verosímil. Un gran número de filósofos partiendo de puntos de vista diferentes, intentaron esta empresa tan difícil: en efecto, los unos se han esforzado en reunir las tradiciones del pasado con las conquistas del presente sin alterar nada de los principios fundamentales de la doctrina recibida; otros, al contrario, juzgando estos principios erróneos ó insuficientes, han aspirado nada menos que ha destruir el edificio científico para reedificarle sobre nuevas bases.

Si el historiador quiere darse cuenta de las opiniones particulares emitidas sobre cada uno de los fenómenos de la economía, encontrará casi tantas teorías como autores médicos hay, porque no hay uno que no modifique por sí la doctrina que le han enseñado sus maestros. Pero teniendo solo en cuenta las diferencias radicales, las divergencias de los principios de cada uno; podemos admitir en este periodo cuatro sistemas; á saber, el *Dogmatismo*. el *Empirismo*, el *Metodismo* y el *Electicismo ó Sincretismo*.

ARTICULO I.

Del Dogmatismo.

Ya conocemos los principios del dogmatismo, su origen, sus autores y sus partidarios mas ilustres; sabemos que esta doctrina enseñada en la Escuela de Coós y sostenida por el asentimiento de Platon y de Aristóteles, dominaba en el mundo médico muchos siglos antes de la fundacion de la Escuela de Alejandria. Los primeros y mas célebres profesores partidarios de este sistema, le reformaron poco. Herófilo admitía la esplicacion de Hipócrates y de Praxágoras su Maestro, sobre los efectos que ocasionaba la mezcla de los humores, con relacion á la salud y á la enfermedad; casi seguia en la práctica el mismo camino que ellos. Además de sus grandes descubrimientos en anatomía, había hecho muchas esperiencias con los medicamentos que llamaba, *las manos de Dios*, cuando se los empleaba en momentos de estar bien indicados, ó

instrumentos del diablo, cuando faltaba la oportunidad en su administracion. (1)

Al adoptar Erasistrato la mayor parte de los dogmas hipocráticos pensaba que la fiebre y las inflamaciones provienen del paso de la sangre de las venas á las arterias. Segun él, estas solos contienen en el estado natural aire ó espíritus, pero dice, que cuando hay plenitud en las venas, el esceso de sangre se estravasa y vá á parar á las arterias, dando lugar á todos los síntomas inflamatorios y febriles. Para él, la plétora sanguínea es una de las causas mas frecuentes de las enfermedades, y sin embargo, rara vez aconsejaba la sangría para combatirla; prefería la dieta, los vomitivos, las bebidas atemperantes, los baños y el egercicio; era poco partidario de los purgantes y no creia, como Hipócrates, que ciertos remedios tuvieran la propiedad de evacuar este ó el otro humor exclusivamente. Decía que los humores ténues salen los primeros, despues los mas gruesos; de manera que, segun él, los purgantes mas débiles hacen arrojar solo el humor mas ténue, como el agua; los que son algo mas fuertes, la bilis; y los mas enérgicos la atrabilis.

Pero entre todos los partidarios del Dogmatismo, el mas fecundo, el mas hábil y mas poderoso es *Claudio Galeno*. (2) Nació en Pergamo (por los años de 128 á 131 despues de Jesucristo) ciudad del Asia menor, célebre por un templo dedicado á Esculapio, por su escuela de medicina y por su magnífica biblioteca, rival de la de Alejandría. Su padre, llamado *Nicon*, que era escultor, fué su primer Maestro; pero tuvo además otros dos muy distinguidos. El jóven Galeno aprovechó estraordinariamente las lecciones que estos tres profesores le dieron, pues á los quince años estaba apto para disputar con los mas sabios en gramática, filosofía, historia, matemáticas etc. Entonces por encargo espreso de los Dioses se decidió á estudiar medicina. Refiere el mismo con un candor admirable el modo como Apolo le había dado en sueños este consejo, el que se apresuró á seguir por no faltar á la voluntad divina. Pero sus numerosos y sábios escritos justifican mucho mejor su vocacion para el estudio de esta ciencia que todas estas reminiscencias místicas. Viajó mucho para instruirse, y visitó, entre otras muchas ciudades, la capital de Egipto, donde permaneció algun tiempo. De vuelta á su pátria, el gran sacerdote le encargó la curacion de los heridos

(1) Galeno, *De compos médicam local*. Lib. VI, cap. III. (Luler, pág. 322.)

(2) Para mayor ilustracion del lector, puede consultar la biografía de este Médico, así como las de Platon, Aristóteles y otros; en el tomo primero de las vidas de sábios ilustres de todos tiempos por Luis Figuier. N. del T.

del Circo, desplegando en el cumplimiento de este encargo su gran copia de conocimientos anatómicos y quirùrjicos. Pronto abandonó su país natal para ir á brillar en una esfera mas ámplia. Se fué á Roma á donde su génio y nombre le llamaban, y allí pronto se creó una reputacion entre los mas distinguidos personajes, porque á ello le brindaba su fácil y brillante palabra, su variada y profunda erudicion y su habilidad práctica; pero su jactancia, su desden para con los demás compañeros, su desmedido orgullo le suscitaron gran número de enemigos que le hicieron odiosa su permanencia en Roma. Es curioso el retrato que hace de los médicos de esta capital en su libro de *Prenotionœ*. (1) Les llama envidiosos, ignorantes, ladrones, envenenadores, y concluye diciendo que despues de haberlos quitado la máscara, tendrá mucho cuidado en ponerse á cubierto de sus emboscadas y maleficios, abandonando la gran ciudad, donde no se atiende mas que al que gasta mas lujo ó al charlatan mas audaz que obtiene la confianza de un público estúpido y frívolo; para irse á vivir á un punto donde todos los habitantes se conozcan y sepan cuál es el orígen, la educacion, la fortuna y las costumbres de cada uno de ellos.

En efecto, salió de Roma atravesó la Tracia, la Macedonia, visitó á Lemos y fué llamado á Aquilea donde se hallaban los Emperadores Marco Antonio y Lucio Vero en marcha contra los Marcomanos y las naciones germánicas para volver despues á la Ciudad de los Césares donde fué nombrado Médico de Commodo Antonio y Septimio Severo. En fin, se cree que murió á los 71 años de edad, hacia el 201 de la era cristiana; unos dicen que en Roma, otros que en Pergamo, y otros que en el camino para ir de una de estas ciudades á otra, y un fraile asegura que murió yendo en peregrinacion á Tierra Santa.

Galeno dice que no pertenecia á secta alguna en que estaban divididos los Médicos de su tiempo; apellida esclavos á los sectarios de Hipócrates, Praxágoras ó Herofilo. Pero no debe creérsele cuando pretende permanecer neutral en medio de doctrinas tan opuestas; lo mas probable es que fuera una distraccion disculpable en un hombre que tanto ha escrito ó un recurso oratorio para darse el aire de imparcial é independiente. El hecho es, que al momento se advierte su inclinacion por la doctrina de Hipócrates, la esplica, la comenta con estension, la adiciona, refuta las opiniones opuestas y se esfuerza en hacerla triunfar de las demás. «Yo soy el primero, dice, que he establecido el ver-

(1) *De prœnotione ad posthumum*. Edicion Chartier, T. VIII. pág. 836.

dadero mètodo de curar las enfermedades; confiese que Hipócrates me ha enseñado el camino, pero como él fué el primero, no adelantó tanto como quiso y deseaba. Su método es vicioso, omite ciertas é importantes indicaciones y no hace todas las distinciones que son necesarias; es, con frecuencia oscuro á fuerza de querer ser breve á la manera de los antiguos, habla muy poco de las enfermedades complicadas; en una palabra, solo ha bosquejado lo que otro deba acabar, ha abierto el camino, otro se encargará de ensancharle y hacerle practicable.» (1) Esta corta cita nos dá á conocer la importancia que el mismo Galeno se dá y el poco aprecio que hace de los trabajos de los médicos que han vivido desde Hipócrates hasta él.

Veamos ahora como á cumplido la mision que se impuso. Dice, que hay en el hombre tres principios, los *sólidos* á los cuales llama tambien las *partes*, los *humores* y los *espíritus*. Entre los sólidos, los unos son *simples* ó *similares*, es decir, que si se les divide, se obtienen siempre fracciones homogeneas con el todo; tales son los huesos, los músculos, los nervios, las membranas, etc. Se puede dividir una de estas partes en tantas fracciones cuantas se quiera y se obtendrán siempre partículas iguales de huesos, músculos, etc., á la del todo de que se separaron. Otras partes se llaman *orgánicas* ó *compuestas*, como el brazo, la pierna, la cabeza, el ojo, porque ejecutan los actos mas complicados, mas notables y mas perfectos, y porque están formadas de muchas partes similares; otras *simples* procedentes del esperma, tales como los nervios, las membranas, los huesos, las venas y son poco susceptibles de corromperse y reproducirse una vez destruidas; otras, por fin, *simples tambien*, que se corrompen al instante y se reproducen con la misma velocidad y facilidad, y son las que proceden de la sangre, como las carnes. (2)

Galeno refuta como Hipócrates y valiéndose de los mismos argumentos que este á los filósofos que no admiten mas que un solo elemento; tampoco piensa como aquellos que, al admitir muchos, los consideran como inmutables en su esencia. Dice que cuando se dividen las carnes, se produce calor y dolor; ahora bien, ninguno de estos efectos tendría lugar si las carnes se compusieran de un solo elemento, ó si los que entran en su constitucion fuesen inalterables en su esencia; sucedería entonces lo que sucede cuando separamos un dedo de otro; no

(1) *Método de curar*, lib. IX. cap. VIII. (Chartier, T. X. pàg. 201.)
(2) *De la constitucion del arte médico*, libro y cap. II. y siguientes. *De la semilla*, libro I. cap. V. y X.

se produce dolor ni calor. En consecuencia de este razonamiento, admite con Hipócrates y Aristóteles cuatro elementos ó cuatro cualidades primordiales, el *cálido*, el *frio*, el *seco* y el *húmedo*. Piensa que todos los cambios que sobrevienen en los cuerpos son efecto de una de estas, pero considera al cálido como el mas activo de todos y al frio como el que le sigue en efectos. El *fuego*, el *aire*, la *tierra* y el *agua* son los cuerpos naturales en donde se ponen mas en claro los elementos ó cualidades primordiales y por eso se les llama elementales, porque sirven para formar á los demás. (1)

Aquí se vé que Galeno reproduce amplificado el dogmatismo hipocrático. Lo que sigue es la continuacion del mismo objeto, pero el lector que está al corriente de la doctrina de la escuela de Coós, sabrá distinguir sin necesidad de que se lo digan, las adiciones y pretendidas mejoras que ha hecho á esta doctrina el Médico de Pergamo. Voy, pues, á proseguir sin otra interrupcion esponiendo el sistema galénico.

Existe entre las partes similares ó simples del cuerpo humano *cuatro diferencias simples y otras tantas compuestas*; que una parte esté mas cálida que otra, es una diferencia simple; que una parte esté mas cálida y mas seca, mas cálida y mas húmeda; es una diferencia compuesta. La exacta proporcion y justa mezcla entre estas cualidades simples ó compuestas producen las buenas constituciones y la salud, pero esta justa proporcion y mezcla no deja de ser mas que un tipo ideal: el hombre de mejor constitucion y mas sano no deja de sentir alguna desproporcion. Galeno admite entre la salud y la enfermedad ocho estados intermedios que llama *temperamentos ó mezclas imperfectas* compatibles con el libre egercicio de las funciones; cuatro son simples y cuatro compuestas. Un esceso de calor ó frio, de sequedad ó de humedad constituye un temperamento simple, pero si á la vez hay esceso de calor y humedad, de frio y de sequedad, de sequedad y calor, hay un temperamento compuesto. Las enfermedades, segun él, no son temperamentos, sinó intemperies. (2)

Despues de esta clasificacion un poco sutil y arbitraria espone los carácteres que los distinguen entre sí. He aquí, segun él, los que corresponden á un cerebro frio. «Los emuntorios naturales de esta viscera,

(1) *De la constitucion del arte médico*, lib. y cap. VIII y siguientes.—*Introduccion ó el médico*, cap. IX y siguientes.—*De los elementos segun Hipócrates*, lib. I, cap. I y siguientes.

(2) *De la constitucion del arte médico*, cap. IX. *Arte médica*, cap. IV. *De los temperamentos*, lib. I. cap. VIII. Véase tambien el lib. II. y III. *De la mejor constitucion de nuestro cuerpo. de la sanidad*, lib. I. cap. I. y siguientes.

es decir, el paladar, las orejas, la nariz, los ojos, suministran secreciones abundantes, el pelo es fuerte, rojo, áspero, delgado y empobrecido y difícil de doblegarse. Los que reunen estos caracteres son muy sensibles al frio y están muy dispuestos á padecer catarros y pesadéz de cabeza. La piel que rodea el cráneo está fina al tacto y pálida á la vista, las venas de los ojos apenas se advierten; en fin, estos sugetos tienen una gran propension á dormirse.» (1) Nuestro fisiólogo pasa de esta manera revista á los principales órganos y describe los signos de sus diferentes temperamentos. Espone despues los que corresponden á los humores y á los de ciertas cosas estrañas al organismo. En esto, como en lo dicho, ya se vé con claridad el dogmatismo hipocrático.

Continúa diciendo que la sangre, el aire y la primavera son calientes y húmedos; la bilis amarilla, el estío y el fuego son calientes y secos; la tierra y el otoño son secos y frios; la pituita y el invierno son frios y húmedos. Considera como indispensable la mezcla y la conconversion de unos humores en otros, del mismo modo que acontece con los elementos primitivos, porque aunque existan en todas partes mezclados entre sí y viviendo en armonía, hay, sin embargo, un órgano, una edad, una estacion en que abundan mas que otros. La sangre, por ejemplo, domina en el corazon de los jóvenes y en la primavera; la bilis en el hígado de los adultos y en el verano, etc. (2)

Además de las partes ó sólidos y de los humores hay en el organismo un tercer principio denominado *espíritus*. Estos espíritus son de tres órdenes, *naturales*, *vitales* y *animales*. Los naturales que Galeno compara á una especie de vapor sútil que se escapa de la sangre venosa, se forman en el hígado en donde se encuentra el orígen de la sangre. Los vitales brotan del corazon donde es atraido el aire de los pulmones y allí se mezclan con los naturales. Los animales que se engendran en el cerebro á donde llegan los vitales para degenerar en aquellos. Los espíritus no son mas que unos instrumentos del alma; esta es, en definitiva, el verdadero gobernador de la economía.

Galeno admite como Platon y Aristóteles tres facultades, ó mas bien tres partes en el alma, una *vegetativa*, que reside en el hígado; otra *irascible*, en el corazon, y la tercera *razonable*, en el cerebro (3). Cada facultad ó especie anímica tiene á su cargo, independientemente

(1) *Arte médico*, cap. VIII. *De los temperamentos*, lib. I. II. III.
(2) *De los humores introducidos ó sea el médico*, cap. XII. *De las opiniones de Hipócrates y Platon*, lib. VIII. cap. V.
(3) De las sentencias de Hipócrates y Platon, libro VI, cap 1, II, III.

de los espíritus, un cierto número de facultades secundarias; así la vegetativa tiene en su departamento *la facultad generatriz, la aumentativa y nutritiva*. Cada una de estas facultades secundarias tiene á su vez otras mas subalternas á su servicio; así la nutritiva, por ejemplo, que tiene su principal asiento en el estómago, tiene la *atractiva*, la *retentríz*, la *asimilatríz*, la *espulsiva*. (1) Por medio de esta gerarquía de almas, espíritus y facultades, Galeno y sus discípulos esplicaban todas las funciones con una precision admirable. Si á alguno de ellos se les preguntaba que era la nutricion ó como se ejecutaba, contestaba que era una funcion natural, á la que concurren todos los órganos, compuesta de facultades, á saber: la *atractiva*, que llama hácia sí los alimentos; la *retentríz*, que los mantiene quietos el tiempo preciso para que se cuezan; la *asimilatríz*, que los trasforma en partículas análogas á las partes de nuestro cuerpo, y la *espulsiva* que elimina y arroja fuera sus elementos escrementicios. Cuando un discípulo ó candidato daba esta respuesta, profesores y asistentes deberían darse por satisfechos porque su contestacion estaba arreglada á la doctrina fisiológica de entonces. Así era la fisiología de este Dogmático; un conjunto de entidades imaginarias y abstractas. La patología ofrece los mismos caracteres, en ella figuran tambien entidades abstractas é imaginarias, á las cuales las dota de atributos como si fueran séres reales y positivos. Vé enfermedades en los sólidos, en los líquidos y en los espíritus; las de los sólidos son de tres géneros; en el primero comprende las afecciones de las partes similares, ó sea las intemperies; estas las divide en dos especies, á saber, *intemperies simples* que provienen del esceso de una sola cualidad elemental, ya sea el calor, el frio, la sequedad ó la humedad; *intemperies dobles ò compuestas* producidas por la exageracion de dos cualidades á la vez; como un esceso de calor y sequedad ó un esceso de calor y de humedad, etc. El segundo género de enfermedades comprende las lesiones orgánicas debidas á irregularidades de conformacion, á errores de número, de magnitud ó de situacion. En fin, el tercero es comun á las partes similares y á las orgánicas, abraza todos los accidentes que originan las soluciones de continuidad. Distingue además Galeno entre las enfermedades, diversas complicaciones que constituyen otras tantas especies nuevas. (2)

El mismo dice que, la esencia de la calentura consiste en un calor

---

(1) *De las facultades animales*, lib. I, II, III.
(2) *De las diferentes enfermedades.—De las causas de las enfermedades.*

contra natural que se desarrolla, unas veces en el corazon, otras en sus humores, y otras en sus espíritus. Estos son los que mas pronto se inflaman, siguen despues los humores y por último los sólidos. Las calenturas mas largas residen en los sólidos, las de duracion mediana en los humores y las mas cortas ó rápidas en los espíritus (1). Las calenturas ardientes degeneran en héctica ó consuntivas de dos maneras: 1.ª cuando se prolongan hasta el punto de consumir toda la humedad del corazon ó de su tejido; 2.ª Cuando invaden la totalidad del órgano antes que se haya agotado toda su humedad. Las fiebres hécticas se reconocen en la temperatura del cuerpo de las arterias que es mayor que la de las partes inmediatas, diferencia que se advierte sobre todo en el momento del diastole arterial. (2)

Las calenturas dependientes de los humores son de tres géneros; el *continente*, el *contínuo* y el *intermitente*. Cada género de estos se divide en muchas especies. Las intermitentes mas comunes son las cotidianas, las tercianas y las cuartanas. Las primeras las produce la pituita; las segundas la bilis; y las terceras la atrabilis. Todavia admite otras muchas especies de calenturas, ya simples, ya compuestas. (3)

En cuanto a la marcha de las afecciones febriles, nuestro patólogo admite en ellas con Hipócrates, cuatro periodos; la *invasion*, el *aumento*, el *estadio* y la *declinacion*. Compara estos periodos á las cuatro edades del hombre, repartidos de esta manera; á la primera edad que es la de la generacion, el de invasion; á la segunda, que es la de crecimiento, el aumento; á la tercera, que es la de la fuerza, al estado; y la cuarta que es la vejez, al de declinacion. Cuando el enfermo muere, lo hace siempre en una de las tres primeras fases, nunca en la última. (4) Por lo demás nuestro autor profesa sobre la coccion, las crisis y los dias críticos, la doctrina pura de la Escuela de Coós (5)

Divide la accion de los medicamentos en *primitiva* y *consecutiva*. La primera depende de una ó de dos cualidades que dominan en la sustancia medicamentosa; así hay tal sustancia que calienta, porque predomina en ella el fuego; tal otra que refresca, porque predomina el frio; etc. Cosas hay tambien que calientan y secan al mismo tiempo y otras que calientan y humedecen á la vez. Entre los agentes terapéu-

---

(1) *De las variedades de fiebres*. Lib. I, cap. I, II, III.
(2) Ibidem. Lib. I, cap. XXIII.
(3) Ibidem. Lib. II.
(4) *De los tiempos en las enfermedades*, cap. I. V.—*De los tiempos en toda enfermedad*, cap. I. V. *De las crisis*, lib. I. cap. II.
(5) *De las crisis* lib. I. II. III. *De los dias decretorios*, lib. I. II. III.

ticos que están dotados de una misma facultad, por ejemplo, la de calentar; hay unos que la poseen en grado eminente; otros en un grado mas inferior. Así las sustancias amargas son, por ejemplo, muy calientes; las dulces menos; su calor es algo menor que el nuestro. El sabor salado proviene del esceso del elemento igneo y del terrestre. (1) Sustancias hay que producen su efecto inmediatamente, como el fuego que de repente se aviva y el hielo tratado lo mismo; otras no tan pronto, como el pelitre y el castor; y otras que enfrian á la larga, como el beleño, la mandragora y sus análogos.

Se dice que una cosa posee una facultad real ó accidental segun que esta depende de su misma esencia ó de alguna circunstancia accesoria; por ejemplo, el agua que es fria en su estado normal puede hacerse caliente por algun accidente, pero este calor prestado desaparecerá pronto, mientras que persistirá su frescura natural.

Despues de otras distinciones todavia mas sútiles sobre la manera de obrar de los medicamentos, Galeno traza las reglas mas conducentes para reconocer sus efectos, indica las precauciones que hay que tomar para no dejarse engañar por falsas apariencias. Despues pasa del ejemplo al precepto, y demuestra por una série de esperiencias y de razonamientos que el agua es de un temperamento frio y húmedo; el vinagre tambien, pero con cierta mezcla de calor producido ó resultado de su acritud. (2) La accion de un medicamento que se manifiesta despues de su efecto primitivo, del cual es una consecuencia, se llama segun el, *consecutiva*; accion que es muy variada. Remedios hay que abren los poros, otros que los cierran, otros que endurecen los tejidos, otros que los reblandecen, otros que limpian los humores, otros que los alteran, otros que favorecen su formacion, otros que calman los dolores, otros que dirigen su accion con especialidad á ciertos órganos, á ciertas funciones, tales como los vomitivos, los purgantes, los diureticos, los emenagogos etc. Galeno se empeña en averiguar la relacion que hay entre la accion primitiva y la consecutiva de los medicamentos, crée que los remedios que endurecen los tejidos son de un temperamento hrúmedo y frio; los que provocan una abundante orina, calientes y secos; los que activan la secrecion de la leche y del semen, son moderadamente húmedos y calientes etc. (3)

---

(1) *De los medicamentos simples. De las facultades de los temperamentos*, libro I. II. III. y IV.

(2) *De los medicamentos simples y facultades de los temperamentos*, Lib. I., II., III. y IV.

(3) Ibidem, Lib. V.

En cuanto á los principios que deben dirijir al práctico en la eleccion de los remedios aplicables á cada enfermedad, el Médico de Pergamo proclama el axioma de «que las enfermedades se curan por sus contrarios» ni mas ni menos que lo que decia la Escuela Coaca. Consecuencia de este modo de pensar, todas sus investigaciones, todas sus disertaciones son una constante y obstinada investigacion de la esencia de las enfermedades, una destruccion completa de todo lo accesorio, un analisis rigoroso que separa todo elemento estraño, para presentar el mal desnudo de toda complicacion y aplicarle después un tratamiento cuya accion sea diametralmente opuesta á su naturaleza. Para él, la esencia de las enfermedades consiste, unas veces en el esceso de una ó dos cualidades elementales de las partes enfermas, otras en la reaccion del principio vital, causa eficiente y primitiva de todos los síntomas. Se vé aquí su doctrina confundida con la de los dogmáticos, es el mismo dogmatismo adicionado, esplicado y elevado hasta sus últimas consecuencias. De vez en cuando se acuerda de los Metodistas y apela al *Strictum* y el *Laxum* para esplicar la naturaleza del mal y buscar el medicamento que se le oponga. En muchos pasajes guarda mucha consideracion á los empíricos para quienes el estudio de los síntomas y la esperiencia pura son las fuentes del diagnóstico y la terapéutica. A pesar de estos lunares, Galeno es, ha sido, y debe ser considerado como uno de los partidarios mas decididos del dogmatismo hipocrático.

Ha escrito mucho de patología y terapéutica, y sin embargo, es muy difícil ó quizá imposible tratar bien una enfermedad con tal guia, ¡tan vicioso es el órden que adopta, tan defectuosa es la manera que tiene de ver las cosas! No obstante, deben esceptuarse de esta proscripcion los cuatro libros del tratado de *Locis affectis* en donde dá escelentes consejos para descubrir el sitio de las enfermedades, con especialidad el de las mentales y nerviosas, Este tratado junto á los escritos de anatomía y fisiología de que ya hemos dado cuenta, constituyen un título de gloria para el Médico de Pergamo y justifican ó escusan la infatuacion que se le ha echado en cara por mas de doce siglos. Galeno es superior en cirujía á los Cirujanos de Coós y de Alejandría. Reusaba cuanto podia valerse de los caústicos, empleaba ademas los vendajes, aparatos y máquinas hipocráticas, emplastos, fomentos, ungüentos; practicó algunas operaciones quirúrjicas, en especial la sangría á pesar de la costumbre opuesta de sus contemporáneos de Roma.

Este escritor enciclopédico ha hecho importantes servicios á la historia, ha sido el único que ha dado á conocer las opiniones de un gran

número de médicos cuyos escritos han perecido, sobre todos los de los jefes de secta. Gracias á su celo sabemos algo de las luchas habidas entre los dogmáticos, los metodistas y los empíricos. Si las numerosas obras que ha publicado no sirven para los fines particulares de todo medico práctico, al menos son un arsenal en donde puede sacar el erúdito ó el dialéctico materiales ó argumentos en favor de toda clase de cuestiones médicas.

Ahora nos vamos aproximando á una época en que los médicos se mostraron envidiosos por brillar, mas por las sutilezas de su dialéctica y por el lujo de una vana erudicion, que por lo acertado de su práctica. Bien, es verdad, que los defectos mismos de Galeno contribuyeron todavia á afirmar en sus manos el cetro de la ciencia, porque por su erudicion, la sutileza en el razonamiento, nadie mas que Aristóteles puede comparársele, y al que tambien aventaja por la elegancia, la pureza y la fuerza de su estilo. Se dice que habia compuesto mas de 500 volúmenes de medicina y la mitad de otras materias. Pero es necesario tener presente que entre estos volúmenes hay un gran número que solo constan de algunas páginas.

ARTÍTULO II.

Empirismo.

Hemos visto que la época en que se fundó la Escuela de Alejandría fué una de las mas brillantes en la historia del progreso humano. El amor á las artes, á las letras y á la filosofía tan estendido en Grecia la habia dotado de obras maestras de todo género. Los compañeros de Alejandro habian llevado hasta el centro del Asia, primera cuna de una civilizacion decrépita, otra jóven y vigorosa dispuesta á reparar las faltas de la primera. La ciencia radiante y comunicativa de los Griegos vino á eclipsar en las orillas del Nilo los ya pálidos y amortiguados rayos de la antigua ciencia de los Egipcios.

Mientras que los sucesores de Platon y de Aristóteles continuaban las tradicciones de sus grandes maestros, otros filósofos creaban escuelas rivales y se esforzaban en propagar sus diversas doctrinas. Epicuro renovaba y embellecia el sistema de Leucipo y Demócrito sobre los átomos, el vacio y el movimiento perpetuo. Pirron que daba mas amplitud á las teorías de Parmenides y Zenon sobre la poca certidumbre de nuestros conocimientos y nuestros juicios, fundó la secta de los *escépticos* ó

zetéticos ó *indiferentes* en materias científicas, como hicieron los Epicureos con la moral. Por otra parte Euclides inventó el arte fútil de embrollarlo todo y de hacer callar á sus antagonistas con argumentos capciosos y estravagantes. Su secta llamada *contenciosa* se preparaba solo para vencer en las discusiones públicas entonces en moda, empleando una dialéctica ligera y quisquillosa, que se fué poco á poco propagando á las demás escuelas.

Como siempre, la medicina sufrió la suerte de la filosofía, se dividió en muchas sectas. Herofilo y Erasistrato al combatir algunos puntos de la doctrina de Coós habian respetado el fondo; pero sus discípulos, Filino de Coós, Serapion de Alejandría y otros menos célebres, dijeron que eran falsas é hipotéticas todas las teorías de los elementos y cualidades elementales, de los humores cardinales, de la coccion, de las crisis y dias críticos, de las causas próximas y ocultas, de la esencia de las enfermedades y hasta el famoso axioma terapéutico base del dogmatismo; *Las enfermedades se curan por sus contrarios*. Esto les animó á reconstituir el arte sobre nuevas bases, reconstitucion que hizo progresos rápidos y vió unirse á sus filas gran número de médicos famosos. El mas célebre fué *Heraclides de Tarento* que vivió en el mismo tiempo que ellos ó pocos años despues. El metodista Celso Aureliano, que segun el historiador Daniel Leclerc tenia la costumbre de insultar á todos los médicos de cualquier secta que fueran, habla bien de Heraclides; le llama noble, instruido, y dice que es el último y mas distinguido de los empíricos (1) Galeno, se espresa, casi lo mismo, «nunca este empírico. dice, hablaba en contra de lo que él creia cierto por solo el placer de no atentar contra los intereses de su secta, refería lo que él mismo había esperimentado y era tan bueno ó mejor práctico que ningun otro contemporáneo suyo. (2)»

Los empíricos habian escrito un gran número de obras que se han perdido y solo sabemos algo de su doctrina por lo que han dicho otros escritores de otras sectas, circunstancia que nos autoriza á pensar que no la hayan espuesto con claridad y buena fé. Estos sectarios se remontaban á la infancia del arte, referian como habian sido tratados los primeros enfermos y de allí deducian el camino que habia que seguir para que adelantara la ciencia. He aquí como, segun Celso, discurrian. Entre el número de enfermos que al principio se pasaban sin médicos, hubo unos ator-

(1) *Acutorun*, Lib. I. cap. XVII.—Ibidem, Lib. II. cap. IX.
(2) *Galeno* comentarios ó libro de las articulaciones de la coleccion hipocrática 3.—Ibidem. *De la composicion de los medicamentos por géneros*, Lib. IV. cap. VII.

mentados por el hambre, que querian comer; otros, al contrario, disgustados, no han querido tomar nada y se han encontrado mejor que los primeros, algunos han comido antes de la fiebre, otros durante ella y otros al fin, aliviándose los últimos; los primeros han comido mucho, los segundos poco; los que mas han comido se han sentido peor que los que menos. Esto, que sucedía todos los dias, hizo que algunos observadores fijaran su atencion y conocieran lo que aprovechaba ó dañaba á los pacientes. De aquí nació la medicina; á fuerza de ensayos hechos con los enfermos, unas veces con buen resultado, otras con malo, ha aprendido á distinguir las cosas dañosas de las que no lo son. Una vez en posesion de los remedios, los hombres principiaron á ocuparse de la manera como obraban. (1)»

Si comparamos este pasaje con los del libro de la *Medicina antigua* que hemos citado antes, se verá que hay entre ellos una perfecta conformidad. Mas tarde tendremos ocasion de señalar otras analogías entre la doctrina de este libro hipocrático y el sistema de los empíricos.

Tres son las bases en que fundan los empíricos su doctrina: 1.ª la observacion personal llamada tambien *autopsia*; 2.ª la lectura de las observaciones recogidas por otros prácticos ó la *historia*, 3.ª y última las inducciones que se sacaban de la autopsia y la historia y que servian para descubrir cosas ignoradas entonces, pero que se habian observado antes. A este último medio de averiguar la verdad daban el nombre de *epilogismo*, ó *razonamiento consecutivo*; otras veces le llamaron *analogismo* porque se apoyaba en analogías ó semejanzas de las cosas observadas. Estos tres orígenes de la instruccion médica; la *autopsia* ó observacion personal; *la história y el epilogismo ó analogismo*, forman *el trípode* de la doctrina empírica.

De la autopsia. Los empíricos habian comprendido todo el valor de esta máxima de Hipócrates: *la esperiencia es engañosa*: y por esos tomaban las mas minuciosas precauciones para evitar todo motivo de error á que parece estar sugeto este modo de adquisicion, el primero de todos y el verdadero fundamento del arte médico. Querian que una enfermedad se estudiará muchas veces en individuos de diferentes edades y condiciones sociales y orgánicas desde su principio hasta su fin, desde su estado mas sencillo hasta el mas grave y complicado, y que se anotara cuales de estas condiciones favorecen, retardan ó impiden su desarrollo, para despues hacer la autopsia. Tambien querian que se empleara un

(1) Celso traduccion de Ninnin, Lib. I. cap. I.

gran número de veces un mismo tratamiento en una misma enfermedad y en circunstancias bien determinadas, para que pudiera conocerse su valor en casos semejantes. No confundian el síntoma con la enfermedad; llamaban síntoma á un fenómeno aislado ó visto separadamente, tal como el dolor, la hinchazon, la coloracion, la tós y la dificultad de respirar. Daban el nombre de enfermedad á un conjunto de síntomas ó mas bien, á un concurso de accidentes patológicos no fortuitos, sinó necesarios ó que se presentaban casi siempre del mismo modo. Aunque habian desterrado de su patología lo que los dogmáticos llamaban fenómeno esencial ó constitutivo, causa inmediata ó próxima de las enfermedades no creian por esto que todos los síntomas tubieran el mismo valor y la misma significacion. Median la importancia de un síntoma, no por su pretendida esencia, que nada hay que la revele, sinó por circunstancias sensibles que todo el mundo puede apreciar: así es, que el que persistía durante una enfermedad, les parecia merecer mas atencion que el que duraba menos; el que atacaba á la vida misma ó que anunciaba una grave perturbacion en un órgano importante era á sus ojos mas peligroso que aquel que solo lo hacía á funciones secundarias ó indicaba una alteracion superficial. Pero por trascendental que fuera un síntoma, no le concedían un valor absoluto y esclusivo, sinó que le unian á los demás para apreciarlos en conjunto. Así es que, mientras habia médicos que daban una importancia exagerada al pulso, á las orinas, á otras deyecciones ó al estado de la piel para el conocimiento de ciertos males; decian que era necesario tener presente hasta donde fuera posible, todas las circunstancias y esplorar en cada enfermedad, no solo el órgano ó la funcion especial afectada, sinó tambien todas las funciones, todos los órganos, ó al menos los mas principales. Querian que se anotase el momento en que aparecen y desaparecen los síntomas, el órden con que lo hacen, su marcha, en una palahra, todas sus relaciones; sin olvidar las condiciones de edad, sexo, hábito, constitucion, clima, estacion etc.

El Médico que habia observado muchas veces la misma enfermedad desde su principio hasta su terminacion, y que conservaba un recuerdo fiel de sus síntomas, de su marcha, de sus complicaciones mas comunes y de los medios empleados para curarla, este médico poseia un *teorema*. El que conservaba el recuerdo de un gran número de teoremas poseia la esperiencia ó habilidad práctica. Asi la autopsia ó observacion clínica repetida producía un teorema; la reunion de un gran número de estos, la esperiencia; es decir, la verdad en medicina.

Un teorema empírico no era mas que una pintura exacta de todos los fenómenos ostensibles de una enfermedad colocados segun la importancia y el órden con que se presentaban, con la indicacion de sus variedades y el tratamiento que les convenia, ya separadamente, ya á todos juntos. A cada uno le daban un nombre especial que era como el símbolo ó compendio de todos los síntomas de que se compone. Este nombre se derivaba; unas veces, de la parte principalmente afectada; otras del predominio de sus síntomas; otras de alguna analogía con algun objeto estraño; tal sucedia, cuando por la palabra pulmonía designaban un conjunto de síntomas que tienen su asiento en los pulmones, con la palabra gastritis otros que se derivaban del estómago etc.; con las palabras ictericia, mania, un síntoma culminante; con las palabras cancer, elefantiasis etc.; la analogía con otro cuerpo estraño al organismo. Se ve, pues, que los empíricos daban poco valor al nombre de uua enfermedad, porque por él, decian, no se viene en conocimiento de su esencia, sinó de un conjunto de síntomas; lo esencial, para ellos, era que se describieran con exactitud estos, marcando el órden de su sucesion y despues sus irregularidades y complicaciones.

De la historia. La segunda fuente de verdad médica para los empíricos es la *historia*, es decir, el conocimiento de los hechos clínicos consignados en los libros. Con su auxilio disfrutamos de la esperiencia de los demás, rectificamos nuestras propias observaciones y llenamos un vacio; podemos en una palabra, adquirir en poco tiempo mas conocimientos y práctica que si pasáramos toda nuestra vida en recoger notas á la cabecera de los enfermos, porque es imposible que un hombre solo vea por sí todos los males, aprecie su diversidad y sus frecuentes cambios, estudie los efectos de los remedios empleados en cada caso y guarde con fidelidad en su memoria ó en sus notas los datos de tantas cosas, aun cuando viviera muchos años y tuviera bastante paciencia para emprender un trabajo tan largo y tan complicado. Sin la historia la esperiencia de los que nos han sucedido y la nuestra no tendría valor alguno para la ciencia, seria como si no existiera. Entonces la medicina, en lugar de adelantar, permaneceria estacionaria ó progresaría muy poco.

Pero para sacar todo el partido de este manantial de instruccion, es preciso hacer un buen uso de él y no admitir mas que los hechos que reunan caracteres suficientes de verdad. Ahora bien, estos pueden reducirse á los siguientes: 1.° la reputacion de un autor: esta es una cosa muy esencial que hay que tener presente. Los escritos de un médico co-

nocido y reputado se leen con avidez como sucede con los de Hipócrates que pasa por observador atento y escritor veraz, mientras que se siente lo contrario con los de Andreas, cuya exactitud y sinceridad se ponen duda. 2.° Que sean varios los observadores de épocas y paises distintos que refieran lo mismo y con idénticas circunstancias. 3.° Que lo observado por otros esté acorde con nuestras propias observaciones. Así pues, antes de creer lo que un autor dice, quieren los empíricos que se someta su doctrina á un examen crítico severo, para apreciar despues su valor en proporcion al grado de certidumbre que presenta. La historia ilustrada de esta manera, llegará á ser para el práctico un guia seguro y un repertorio de grande utilidad.

Del epilogismo ó analogismo. Puede acontecer que se tenga que tratar una enfermedad nueva ó que no haya sido descrita á pesar de conocerla, y entonces ni la autopsia, ni la historia, nos ofrecen modelos que imitar. Puede tambien suceder que se tenga que tratar otra bien conocida, y sin embargo, no tengamos á nuestra disposicion los remedios indicados para combatirla; entonces serán mas insuficientes aun la autopsia y la historia. En ambos casos hay que valerse del raciocinio y guiarse por la analogía. Si se trata, por ejemplo, de una enfermedad no observada ni descrita todavía por los autores; buscad, dicen, los empíricos, entre los hechos clínicos propios ó ajenos aquellos que mas se parezcan á la que veis y curazla de la misma manera. Así el tratamiento que se haya empleado con éxito para una erisipela, podrá emplearse para tratar otras enfermedades de la piel análogas á ella; así un remedio que haya curado nn reumatismo de la pierna curará muy probablemente uno de un brazo. Si queremos sustituir un remedio conocido pero que no está á nuestra disposicion, con otro equivalente; buscad, dicen, entre las sustancias de que podeis disponer aquella que presente mayores analogías con la conocida; podeis, pues, sustituir el jugo de níspero con el de membrillo cuando tengais que combatir un flujo celiaco, el cocimiento de simiente de lino que es suave y mucilaginoso, con el de raiz de malvavisco que es el que mas se le parece.

Mas ejemplos de epilogismo ó analogismo. Si un enfermo tiene dolores en la region hipogástrica, unas veces muy vivos, otras menos, que aparecen á intérvalos regulares y que desaparecen algunas veces por completo; si estos dolores se aumentan andando y especialmenmente por la equitacion, si el mismo enfermo sufre frecuentes interrupciones al arrojar la orina, rápidas unas, mas ó menos lentas otras; si

una sonda metálica introducida por la uretra hasta la vegiga hace percibir á lo largo de este conducto una sensacion de roce contra un cuerpo duro y rugoso: tal concurso de circunstancias autorizará al profesor á pensar que un cálculo vexical es la causa probable de todos los síntomas citados. Del mismo modo si se ven en la cabeza de un hombre que se ha vuelto loco accidentalmente, cicatrices con hundimiento de los huesos; es permitido congeturar que una herida de la misma region es la causa ocasional de la manía. En fin, si un individuo que hubiere sido mordidido por un perro, al parecer, sano; aun cuando la herida no presente caracter alguno particular; será prudente tratarla como si estubiera envenenada, porque la esperiencia nos enseña que la mordedura de un perro rabioso se parece en un todo á la de un sano, y en la duda, es mucho mejor tomar el partido mas seguro.

Definiciones de los empíricos. Estos médicos rechazaban absolutamente las causas latentes y las propiedades llamadas esenciales, elementales ó primitivas, y por consecuencia no podían admitir las definiciones de los dogmáticos, las cuales para la mayor parte están basadas en la pretendida esencia de las cosas ó en su causa próxima y oculta. Las reemplazaban con simples descripciones llamadas *hipotiposis,* que consisten en la enumeracion sucinta de las cualidades sensibles de los objetos. Definían la fiebre una afeccion que se manifiesta por un movimiento acelerado del pulso, aumento de calor, acompañado con frecuencia de sed, diferenciándose en esto de Galeno, que decía que, era un calor contranatural que tenía su asiento en el corazon; de Asclepiades, para quien era un movimiento acelerado de la sangre ocasionado por la obstruccion de los poros; de Erasistrato, una afeccion originada por el paso de la sangre de las venas á las arterias. Los empíricos decían que un hombre está bueno cuando sus funciones se desempeñan con regularidad, mientras que Galeno hacía consistir la salud en el justo temperamento de las cualidades elementales, en la exacta proporcion, número y situacion de las partes compuestas y en la perfecta mezcla de los humores.

Escolio. A propósito de estas definiciones haré notar que la doctrina de los antiguos empíricos se aproxima singularmente á la de los sensualistas modernos. Los empíricos rechazaban las causas ocultas, las propiedades llamadas esenciales ó primitivas, negaban que podamos conocer la naturaleza íntima de las cosas, es decir, las cosas mismas. Pretendían que solo podemos saber sus relaciones entre sí y con nosotros mismos, porque estas relaciones son sensaciones; y que todos nuestros

conocimientos vienen de los sentidos. Querían que nuestros juicios y nuestros razonamientos en medicina no traspasáran jamás los límites de estos órganos. En fin, reemplazaban las definiciones con simples descripciones, ni mas ni menos que lo hacen nuestros sensualistas de hoy. (1)

Anatomía y Fisiología. A los empíricos se les censura haber hecho poco caso de estas dos ramas de la ciencia de la vida, censura que á muchos parece exagerada, puesto que no negaban de una manera absoluta su utilidad, sinó que las consideraban como accesorias, posponiéndolas á la observacion clínica. Es difícil averiguar lo que hay de verdad en este punto, puesto que lo poco que sabemos de su manera de pensar se lo debemos á sus adversarios. Parece poco verosímil que los discípulos de los dos mas grandes anatómicos de la antigüedad hayan negado la importancia de los descubrimientos de sus maestros; mas sea de esto lo que quiera, si los jefes de esta secta han cometido esa heregía médica, son tanto mas culpables, cuanto que está en abierta contradiccion con el principio fundamental de su doctrina. No es posible que filósofos que hacían derivar todas sus ideas de las sensaciones, hayan desdeñado el estudio de la anatomía, la única de las ramas de la medicina que nada ó casi nada tiene que ver con el raciocinio, y que por el contrario debe todos sus adelantos á la observacion. Por otra parte, todos sabemos la necesidad de los conocimientos anatómicos para ejercer dignamente la cirujía.

Alguna mas escusa merecen el haber desdeñado á la fisiología, porque en su tiempo esta rama del arte se componía por lo general de difusas disertaciones sobre el principio de la vida, sobre los elementos que entraban en la composicion del organismo, sobre la causa primera de la generacion y un gran número de cuestiones envueltas en el misterio. Pero al lado de esta fisiología trascendental y oscura, se levantaba otra menos ambiciosa, que siguiendo paso á paso los adelantos de la anatomía, se limitaba á describir las funciones de los órganos y trazar su forma, situacion y contestura. Esta fisiología que se distingue con el nombre de orgánica para diferenciarla de la otra, es utilísima, y aun creo que indispensable al patólogo y al práctico.

Terapéutica. Llevamos dicho que en los siglos mas remotos no se conocía axioma alguno de terapéutica. Cuando un tratamiento había dado buen resultado en ciertas enfermedades, volvía á emplearse en

(1) Véase el *Arte de pensar de Condillac.* 1.ª parte, cap. VIII y X.

otros análogos, sin entretenerse en indagar en virtud de que principio obraba. La conducta de los que entonces egercian la medicina era puramente instintiva; pero reflexionando un poco, se verá que este instinto tiene por fundamento un axioma infalible que ya hemos mencionado antes y que es oportuno mencionar otra vez aqui. «*Toda medicacion que ha curado una enfermedad, curará otras análogas á la primera.* (1)

Este axioma no tiene necesidad de demostracion, su evidencia le hace igual á uno de matemáiicas. Sin embargo, Hipócrates y sus discípulos creyeron deber sustituirle con otro, no tan cierto, pero de aplicacion mas fácil en la ciencia. En consecuencia, proclamaron el principio siguiente que fué adoptado casi por unanimidad y que invocan todavía hoy muchos médicos: «*Las enfermedades se curan por sus contrarios.*» Verdad es que hemos mencionado antes dos libros de la coleccion hipocrática, cuyos autores, sin contradecir este axioma, niegan que sea aplicable á todos los casos de curacion. Estos afirman que ciertas enfermedades han sido curadas, unas veces, por sus semejantes y otras por remedios que no parecen, ni semejantes ni contrarios á la naturaleza de la enfermedad. (2)

Los empíricos fueron mas lejos; dijeron que siendo desconocida la naturaleza íntima de las enfermedades así como sus causas tambien íntimas, era imposible descubrir la razon de casualidad entre esta naturaleza y estas causas y el modo de obrar de un remedio cualquiera. Decian que la sangria curaba ciertas inflamaciones y exasperaba otras; eso nos enseña la esperiencia, ¿pero quien hubiera podido preveer este resultado? Que relacion hay entre la sustraccion de la sangre y la resolucion de una inflamacion? Una pequeña dosis de opio hace las mas veces dormir y una grande produce insomnio. ¿Qué oposicion hay entre estas dos cantidades tan desiguales de una misma sustancia para que produzcan efectos tan opuestos? El vino bebido con esceso produce un letargo á ciertos individuos y á otros ocasiona un delirio furioso. ¿Es porque es semejante á la naturaleza de los primeros y contrario á la de los segundos, ó viceversa?

Los que pretenden que es preciso conocer la esencia de una enfermedad antes de tratarla, deberian, al menos, ponerse de acuerdo para ver en que consiste esta esencia. Sin embargo, si se pregunta á alguno

---

(1) Véase el periodo mistico, Artículo *Terapéutica.*

(2) *Obras de Hipócrates.* Trad. de Mr. Littré, t. I.—*Tratado de la medicina antigua* desde el § 10 al 20 inclusive.—*Tratado de los lugares en el hombre,* § 67, 68, 69 y 70.

Nota. Todos los Médicos conocen este aforismo: *Un vomitivo cura algunas veces el vómito*

de estos médicos en qué consiste la naturaleza de un flemon, uno os dirá que es un tumor originado por el calor escesivo de la sangre, otro por la acritud de la bilis; un tercero por la constriccion de los poros, y un cuarto por la estravasacion de la sangre etc.; y si aguardamos á que se pongan de acuerdo, cosa que puede no llegar á suceder; ¿qué camino habrá que tomar para tratar un tumor de esta especie? Es seguro que no habrá otro que la esperiencia; la esperiencia que es la única que nos enseña la conducta que debemos seguir en casos tales. Todo lo que se puede decir de un tratamiento que ha sido eficaz contra una enfermedad, es que lo será igualmente en lo sucesivo, si se le emplea en idénticas circunstancias; por eso lo mas esencial, lo mas importante en estos casos para precisar lo mas posible las indicaciones curativas es observar y describir bien los fenómenos patológicos. Como los médicos de aquella misma época, no obstante la divergencia de sus teorías, empleaban poco mas ó menos los mismos remedios; los empíricos concluian diciendo que se conducian todos segun la esperiencia, que varia poco, mientras que las esplicaciones teóricas se contradicen á cada paso.

Corolario. Por lo demás la cuestion que ahora debatimos es de las mas interesantes y espinosas de la medicina. Constituye el fundamento de la terapéutica, ha sido objeto en diferentes épocas de grandes debates que tendremos que mencionar muchas veces en el curso de esta história, con especialidad cuando hablemos de las teorías modernas. Como todavía no ha llegado el momento de discutir á fondo, me anticiparé á decir que una enfermedad no es siempre el resultado de una sola y única influencia. Tomemos, por ejemplo, muchos sugetos heridos de la misma manera por un instrumento cortante y en un mismo punto del cuerpo. Tendremos, pues, aquí una enfermedad muy sencilla, y sin embargo, es casi seguro que no llevará en todos igual marcha á causa de las condiciones individuales diferentes en cada uno de ellos. Así pues, en los casos mas sencillos, una enfermedad está sugeta á muchas influencias simultáneas y sucesivas, de suerte que se la puede considerar como una resultante de muchas fuerzas. Ahora bien, para neutralizar los malos efectos de esta resultante, no es necesario aniquilarla siempre oponiéndola una fuerza opuesta y de una energía igual ó superior; se concibe que basta las mas veces moderar su intensidad ó modificar una sola ó algunas de sus partes componentes.

Origen del empirismo filosófico ó razonado. Algunos autores creen que el empirismo es una deduccion de la doctrina escéptica ó

pirrónica. Galeno opina así, cuando aconseja á un médico empírico imitar la conducta modesta de un filósofo pirrónico: ser, como este, sencillo, afable y nada ambicioso, amigo de propagar su doctrina, mas bien mediante una práctica hábil y afortunada, que no con largos discursos. (1)

Curt Sprengel es del mismo parecer que Galeno y asegura que el empirísmo en medicina es una consecuencia, una seqüela del escepticismo filosófico. (2) Sin embargo Sesto Empírico médico filósofo que vivia al principio del siglo III. de nuestra era y que ha dejado una esplicacion apologética de la doctrina de Pirron niega semejante analogía entre esta doctrina y el empirismo como muchos han llegado á comprender. (3)

Esta divergencia me obliga á echar una ojeada comparativa á los dos sistemas. 1.° El filósofo pirrónico duda de todo; para él, hay motivos iguales para admitir ó desechar todas las cuestiones; el empírico rechaza todas las esplicaciones que no se deriven inmediatamente de los sentidos, pero admite la certidumbre de los hechos, las verdades de observacion. 2.° El filósofo pirrónico reconoce que hay sensaciones que nos agradan y otras que nos repugnan; conviene por ejemplo, que la miel es dulce y que el dolor nos incomoda; pero si se le pregunta en que consiste la dulzura de esta miel y la incomodidad del dolor, confiesa con toda ingenuidad que no lo sabe: el empírico está, en esto, de acuerdo con el pirrónico, confiesa á su vez que ignora la esencia de las cosas; dice además, que es imposible conocerla, porque está fuera del alcance de los sentidos; lo contrario de lo que sucede á un dogmático que no titubea en dar una esplicacion de esta esencia. Este os dirá que el dolor proviene de la disgregacion de los elementos (4) que el sabor dulce es producido por la mezcla prudente de lo cálido y lo frio, lo seco y lo húmedo. (5) 3.° El pirronico es indolente por temperamento, jamás ve motivo suficiente para decidirse en uno á otro sentido, en medicina la espectacion es su regla práctica: el empirico es todo lo contrario, obra con actividad porque está convencido de la verdad de su arte que el cree producto de muchas y repetidas observaciones clínicas.

---

(1) *De la subfignracion empirica*, cap. VIII.
(2) *História de la medicina*, Trad. por A. J. L. Jourdan. sec. 4.ª cap. IV. Paris 1815, tomo I. pág. 469 y siguientes.
(3) Text, Empir, Pirron, Hipotyp, Lib. I. cap. XXXIV.
(4) Hipócratee y Galeno.
(5) Galeno.

Este ligero paralelo de ambas doctrinas prueba que si hay entre ellas alguna semejanza, tambien hay radicales diferencias que impiden considerarlas como producto de un mismo orígen. Por otra parte, siguiendo con atencion las fases de esta historia, se advierte que el empirismo tiene un orígen puramente mèdico: en efecto, hemos visto á los primitivos médicos seguir instintivamente este sistema; mas tarde Acron de Agrigento, contemporáneo de Pitágoras, afirma que la esperiencia es el único fundamento del arte de curar. El mismo Hipócrates al esforzarse en referir su doctrina á los dogmas pitagóricos, proclama en muchas partes la superioridad de la práctica sobre la teoría y en sus historias clínicas se muestra mas celoso de relatar con fidelidad los hechos que de justificarlos con esplicaciones. Doctrina fué esta que inspiró al principio grandísima confianza, pero que poco á poco se fué perdiendo á causa de los rudos golpes que sufrieron algunos de sus principios con los grandes adelantos que hicieron la anatomía y la fisiología en los dos primeros siglos de la Escuela de Alejandría. Entonces se echaron á volar una multitud de esplicaciones antipáticas las unas á las otras para darse cuenta de las funciones orgánicas. En medio de esta anarquía, los prácticos prudentes á quienes la esperiencia ponía de manifiesto todos los dias la utilidad de ciertos remedios, se dedicaron á buscar en esta misma esperiencia una arma contra las variaciones incesantes de los dogmáticos y la incertidumbre estéril de los empíricos.

A preguntarnos ahora á que doctrina filosófica se puede referir el empirismo médico, diremos que á la sensualista; doctrina que fundó Aristóteles, pero que luego la abandonó al instante para trazar las reglas de la metafísica y de la lógica del racionalismo. En efecto, este filósofo engañado por una observacion superficial, afirma que las ideas generales son las primeras que se forman en nuestra inteligencia por el intermedio de los sentidos y que ellas constituyen el principio de todas las ciencias. Al contrario, los filósofos modernos han demostrado que las sensaciones producen solo ideas particulares y que las generales se forman las últimas, mediante una operacion intelectual que llaman *abstraccion*, de lo que deducen que lejos de ser la base del edificio científico, son solo su techumbre, su coronamiento.

Los empíricos adoptaron la doctrina espuesta por el filósofo de Stagira, (1) pero en lugar de estraviarse como él al buscar desde luego las

(1) En un pasage citado antes, Aristóteles dice formalmente que las sensaciones engendran las ideas y la memoria de donde se origina la esperiencia, madre comun de las ciencias y las artes.

generalidades de la ciencia, malamente llamados principios; se limitaron á recojer con esmero los hechos y á describirlos con exactitud, á fin de deducir de ellos reglas prácticas. Crearon, pues, los verdaderos fundamentos del arte, pero por no haber sabido elevarse hasta las generalidades mas abstractas, hasta los axiomas mas universales; dejaron su obra imperfecta y ni aun siquiera indicaron á sus sucesores el objeto final al cual deberían dirijir sus esfuerzos.

Progresos del empirismo. La doctrina empírica se propagó con rapidéz; ya hemos citado los nombres de tres autores célebres que la profesaban en la época de su fundacion. Galeno nombra un gran número de empíricos que escribieron mucho, pero que sus obras se han perdido para nosotros. Parece que en tiempos de este escritor todavía no se consideraba injuriosa la calificacion de empírico, porque se gloriaban de serlo hombres muy respetables; habla bien de ellos, al paso que desprecia á los metodistas. Mas de una vez confiesa, al combatir el empirismo, que sus razones le convencen. (1) Ya hemos visto que el metodista Celio Aureliano se ocupa de alguno de ellos en términos muy lisonjeros; en fin, el ecléctico Celso los juzga todavía mas ventajosamente.

Los modernos que se han tomado el trabajo de profundizar las doctrinas antiguas, se han admirado del buen órden del sistema empírico. Citaré, entre otros, á los historiadores Daniel Leclerc y Curt Sprengel. Este último se espresa en estos términos en nn pasaje, que no es el único, donde hace el elogio del empirismo. «Veo en todos sus principios las pruebas mas patentes de la gran sagacidad y excelente juicio de los antiguos empíricos. Es verdad que estaban mas animados del verdadero génio de la medicina que la mayor parte de sus predecesores (los dogmáticos) dedicados á teorizar sin fruto. (2)»

Las circunstancias en medio de las cuales se proclamó el empirismo eran las mas á propósito para que se propagara; las teorías médicas habian caido en una espantosa confusion, todos los principios, todos los métodos, todas las opiniones se habian puesto en litigio. Los recientes descubrimientos anatómicos, la introduccion en la práctica de un grán número de medicamentos nuevos cuyas propiedades todavía no estaban bien estudiadas, el furor cada vez mas creciente de las disputas filosóficas, todo esto habia quebrantado los antiguos dogmas sin susti-

(1) Galeno. *De la subfiguracion empírica*, cap. XIII y siguientes.
(2) *História de la medicina*, Trad. de Mr. Jourdan, sec. 4.ª, cap. IV. T. I. pág. 476.

tuirlos con otros mejores, con algo que mereciese el asentimiento general. En medio de semejante confusion, debería ser acojida con entusiasmo por los médicos, á quienes la esperiencia de todos los dias les pone de manifiesto la inutilidad de la dialéctica para los adelantos de la ciencia, cualquier doctrina que pusiera término á las incesantes variaciones del dogmatismo, á la incertidumbre estéril del escepticismo, que solo se apoya en el conocimiento de los hechos.

Decadencia del sistema de los empíricos. Poco se tardó en conocer que el empirismo, aunque fundado en la observacion pura no había hecho cesar las disidencias de opiniones ni las incertidumbres, porque si el racionalismo que procede de lo general á lo particular, está sugeto á decepciones; el sensualismo ó el método esperimental que va de lo particular á lo general tiene tambien sus dudas. Por otra parte, los antiguos empíricos al fijarse en las cosas, sin hacer esfuerzos para remontarse al conocimiento de los principios primordiales, ó por mejor decir, á los axiomas; se parecian á los obreros que se interrumpen ó cesan á la mitad de la construccion de un edificio. En fin la mayor falta del empirismo, al decir de los antiguos, era el que no se habia afiliado á ninguna secta filosófica entonces conocida. Doctrina semejante habia podido seducir á los prácticos por su aparente sencillez, pero no puede satisfacer á las inteligencias especulativas; carece, pues, de las condiciones requeridas por el mundo sábio de nuestros dias. Así fué tan estrepitosa su caida, así el nombre de empírico ha llegado á ser sinónimo de ignorante. Sin embargo pronto le veremos rechazar con orgullo tanta humillacion, y aspirar, aunque temerariamente, á dominar todas las ciencias bajo el nombre de método esperimental, cuando los trabajos de Bacon, Locke y Condillac hayan desembrollado un poco su metafísica.

ARTICULO III.

Del metodismo.

Los empíricos habían podido arrastrar los ánimos inclinados á la práctica, y por espacio de cerca de siglo y medio hicieron grandes esfuerzos para dar á la medicina sólidas bases fundadas en sus principios. Habían recogido muchas observaciones clínicas con todo el esmero posible, trazado verdaderas historias de cada especie de enfermedad con la indicacion de los remedios que para curarlas habían dado mejores resultados. Tenían mucho gusto en multiplicar estas descripciones

modelos ó *paradigmas*. Con frecuencia se presentaban en la práctica nuevos casos que daban lugar á la formacion de nuevos teoremas, porque, en esta doctrina, cada grupo de síntomas no descrito todavía por los autores, estaba obligado á representar una nueva enfermedad. De esta manera las especies morbosas se iban multiplicando hasta el infinito, se volvia á caer en el mismo defecto que Hipócrates habia echado en cara á los Cnidianos, defecto que trae en pos de sí la confusion, en tanto que no se reunen las especies afines en un solo grupo llamado género, y los géneros análogos en otro grupo superior á ellos; es decir, en tanto que no se remonta de las generalidades secundarias á las mas elevadas. Así el empirismo puro tal como lo habian concebido sus fundadores no podía prestar servicio alguno á la ciencia, porque despues de haber echado los primeros sus cimientos, no han sabido continuarlos ni perfeccionarlos los que les han sucedido.

En este intermedio, apareció en Roma un retórico de talento despejado y fácil palabra, mas versado en la lectura de los filósofos y gramáticos que en los libros de medicina, con la intencion de enseñar allí retórica. Este era *Asclepíades de Prusa* en Bytinia. Pronto se hizo amigo de los mas célebres personages de la república romana, profesó por algun tiempo la elocuencia y adquirió gran fama en su arte sobre ciento cincuenta años antes de Jesucristo. Cicerón fué su amigo. Sin embargo abandonó la literatura para ejercer la medicina, y desde el principio rechazó todo camino conocido y se empeñó en seguir otro nuevo. Al efecto, empapado en la doctrina sensual de los Epicureos en moda entonces entre la aristocracia romana, publicó una teoría que al mérito de la novedad unia la circunstancia de estar conforme con las ideas filosóficas reinantes. Consecuente con los dogmas de Demócrito y Epicuro, Asclepiades dice que los principios de los cuerpos son eternos inmutables, indivisibles, impalpables y solo perceptibles á la razon; principios que carecen por sí de cualidades propias, que están dotados de diversas figuras y de un movimiento contínuo, á los que dá el nombre de *átomos*, Todos los fenómenos del universo, todas las cosas son debidas á este movimiento y á sus combinaciones casuales.

Cuando se pregunta á este novador como es que los cuerpos están dotados de propiedades, siendo así que los elementos que los constituyen carecen de ellas, responde que estas dependen del modo y manera con que se verifica la agregacion de los átomos. La plata en barras es blanca, reducida á polvo parece negra; al contrario, el cuerno de ciervo es negro en masa y en polvo, blanco.

Pasando de la física á la fisiología, Asclepiades dice, que el cuerpo humano está formado de tejidos permeables, es decir, llenos de agugeros imperceptibles que los dá el nombre de *poros*; al traves de los que pasan y repasan los átomos de diversas figuras y volúmenes, átomos que en su paso continuó y espontáneo por los poros, producen todas las funciones fisiológicas y patológicas; las secreciones, la sensibilidad el dolor etc. Segun él, la salud depende de la exacta proporcion de la figura y volúmen de los átomos con los poros; la enfermedad de la falta de estas condiciones. Por lo demás se burlaba de la teoría de un principio motor de la economía dotado de instinto velando por la conservacion de las partes y del conjunto, y de la de Hipócrates sobre la coccion, las crisis y los dias críticos: nada esperaba de los esfuerzos de la naturaleza; toda su confianza para curar algun mal la tenia en la pericía del Profesor. A la terapéutica prudente del anciano griego la llamaba una *meditacion sobre la muerte*.

Si las esplicaciones fisiológicas de Asclepiades no eran las mas á propósito para llamar la atencion de los buenos talentos y sobre todo de los médicos dedicados á la práctica, en cambio sus ideas terapéuticas gustaban mucho á los enfermos. Su objeto primordial en el tratamiento de una enfermedad consistía en dar mayor amplitud á los poros cuando estos estaban estrechados por la constriccion de los tejidos, ó de hacer que se estrecháran cuando estaban muy abiertos. Para conseguirlo, aconsejaba emplear remedios seguros, prontos y agradables, consecuencia de lo que rechazaba todo aquello que le parecia violento, como los vomitivos, los purgantes drásticos, las incisiones, los cauterios, rara vez apelaba á la sangría y no toleraba mas que alguna que otra operacion quirúrjica. Sus remedios favoritos los sacaba de la higiene; paseos á pié, á caballo, en litera, en barco, fricciones de diversa manera dadas; vino, puro unas veces, mezclado otras con ciertas preparaciones; etc. No hay duda que estos medios son muy útiles en muchos casos; empleados á propósito y en concurrencia con otros, prestan grandes servicios, sobre todo en las enfermedades crónicas y en las convalecencias. Pero reducir á esto solo los auxilios médicos, privarse por un capricho de otros muchos de mayor poder, es tener mas gana de suscribir á las exigencias de los enfermos, de captarse su voluntad, que de curarlos. Atento mas el Bytinio al éxito del momento que á una gloria sólida, no obtuvo, á pesar de su talento, mas que una celebridad efímera. Esta acabó cuando su vida.

Temison de Ladoicea, discípulo de Asclepiades, imbuido en las

ideas de su maestro sentó los verdaderos principios del metodismo. Dividió, como él, las enfermedades en dos grandes clases; *agudas* y *crónicas*: cada una de estas en tres géneros, el *constrictivo*, el *relajante* y el *misto*. Después fundó la distincion de estos géneros, no en la consideracion de las cualidades ocultas, como los dogmáticos; ni en la no menos hipotética del estado de los poros, como su maestro; sinó en los caracteres ostensibles observados en los enfermos. A estos caracteres sensibles los llama *comunidades* cuando son comunes á las enfermedades de un mismo género, y *conveniencias* cuando solo hay entre ellos semejanzas. Las comunidades del primer género son; la hinchazon, la tension, la dureza de las partes, la supresion parcial ó total de alguna evacuacion natural; todo aquello, en fin, que anuncia una constriccion de los tejidos. Las del segundo son; el reblandecimiento de los tejidos, la disminucion del volúmen del cuerpo ó de alguna de sus partes, el aumento de las evacuaciones ordinarias ó la presentacion de alguna nueva. Las del tercero, las que son debidas á la mezcla de las dos primeras. Temison era ya viejo cuando publicó su plan de reforma, pero se ignora qué grado de perfeccion le hizo alcanzar. Solo se sabe que *Tésalo de Tralles* y *Sorano de Efeso* hicieron en él cambios y adiciones, pero sin que sepamos cuál es la parte que corresponde á cada uno de estos autores en la creacion del sistema de los metodistas. Celio Aureliano habla de ellos en su obra, y de ella hemos sacado casi todos estos datos referentes al metodismo.

En el primer género ó sea el constrictivo; colocaba, entre otras enfermedades agudas; la apoplegía, las anginas, el letargo, las convulsiones, el ileo, la rabia, etc.: y entre otras crónicas; el dolor de cabeza, los vértigos, la epilepsia, la manía, la ictericia, la amenorrea, la polisarcia, etc. En el segundo; la pasion cardiaca, el cólera, la hematemesis, etc.: en el tercero, en fin; la pulmonía, la pleuresía, el cólico, la disentería, el asma, la paralisis, los catarros, la tisis, etc.

Como se vé, habia mucho de arbitrario en esta clasificacion. Los mismos metodistas no estaban de acuerdo en el lugar que debían ocupar algunas enfermedades; unos querían colocar á la hidropesía en el primer género, otros en el segundo; al asma, unos, en el tercero, y otros en el segundo ó en el fluxonario; y así de los demás. Pero el mayor cargo que se puede hacer á la clasificacion de los metodistas, es el haber colocado bajo una misma comunidad enfermedades tan diversas y de separar otras muy análogas entre sí. Sea lo que quiera, lo cierto es que este ensayo de clasificacion patológica fundado en los

caracteres sensibles de las enfermedades y no en las causas ocultas ó imaginarias, era un gran progreso. De esta clasificacion ó reparticion resulta que no hay para los metodistas mas que dos especies de indicaciones que llenar; relajar cuando hay constriccion; constriñir cuando hay flujo ó relajacion; y solo dos métodos curativos que admitir llamados por ellos *conveniencias ó comunidades curativas*. Todos los remedios estaban comprendidos en una de estas dos. La sangría, por ejemplo, las ventosas, las cataplasmas emolientes, las bebidas atemperantes templadas y laxantes, los sudoríficos, una suave temperatura, el sueño, el ejercicio continuado hasta producir cansancio, formaban parte de la *conveniencia ó comunidad* de la relajacion ó de los relajantes. La obscuridad, el aire frio, las bebidas acidulladas y frescas, el cocimiento de membrillo, el vino tinto puro ó mezclado, el vinagre, la agua aluminosa formaban parte de la *conveniencia ó comunidad* constrictiva ó de los astringentes. Algunos otros admitian otra tercera que llamaban *profiláctica*. Comprendia todos aquellos medios especiales empleados para prevenir ó contener los efectos alterantes de los venenos. Pero los metodistas puros como Aureliano rechazaban esta conveniencia, y no querian admitir remedios específicos como tampoco enfermedades de igual índole. Borraban de su materia médica los purgantes, los diuréticos, los emenagogos, los anodinos, los estupefacientes, y solo esceptuaban de esta proscripcion los vomitivos; que daban, no para evacuar la bilis ó la pituita como hacian los dogmáticos y los empíricos, sinó para imprimir al organismo una sacudida capaz de abrir los poros, logrando así cambiar la disposicion general.

En cada enfermedad distinguian tres períodos ó *conveniencias temporales*; el período de invasion ó aumento, el de estado y el de declinacion. Cada una de estas conveniencias reclama cuidados especiales y llega á ser motivo de indicaciones curativas. En fin, añadian á estas tres, otra cuarta llamada *quirurjica* por que comprende todas las operaciones de la Cirujía, las cuales consisten en separar del cuerpo todo aquello que le es estraño ó contra su naturaleza. Esta conveniencia la dividian en otras muchas, segun que las cosas extrañas vienen; ó del esterior, como una espina, una flecha etc., ó del interior, como un tumor, un abceso, una escrecencia, una úlcera, un labio leporino, etc.

En virtud de estas consideraciones que se refieren á los síntomas comunes á las enfermedades y á sus conveniencias curativas, se creian dispensados los metodistas de toda investigacion ulterior. No hacian caso alguno de las causas ocasionales ó próximas, porque decian que, una

vez que habían producido su efecto, es decir, la enfermedad, su principal deber era curarla; sacando las indicaciones de ella misma, de su naturaleza, de sus caracteres, de su marcha, de sus síntomas y no de circunstancias anteriores que no ejercen ya influencia alguna. Para ellos la naturaleza de los males consistía unicamente en las conveniencias ó en las comunidades: el sitio que ocupaban, la edad del enfermo, sus sus costumbres, el estado de sus fuerzas, de la estacion, del clima era una cosa secundaria ó nula. Decian que estos detalles eran superfluos ó estaban desprovistos de toda importancia para el tratamiento.

Porque segun su sistema, una enfermedad comprendida en el primer género, tal como un tumor inflamatorio, reclama constantemente los mismos auxilios, sea cualquiera el punto que ocupe, sean cualesquiera tambien, la edad del enfermo, la estacion, el clima, etc. y si alguna vez tenian en cuenta el sitio del mal, era con el objeto de aplicar los tópicos mas convenientes.

Los empíricos, queriendo librarse de los errores cometidos por sus predecesores los dogmáticos, al pretender conocer las causas próximas ú ocultas de las enfermedades ó sus principios ó elementos, habian creido que lo mejor era desterrar de la ciencia todas estas generalidades puramente abstractas; y á fin de aproximarse lo mas posible á la verdad fenomenal ó de observacion, formaron tantas especies morbosas como síntomas diferentes, tubieron ocasion de apreciar. De esto resultaron á la larga una multitud de especies que costó mucho trabajo en reconocerlas, trabajo tanto mayor, cuanto que muchas estaban separadas solo por ligeras mudanzas. Para obviar estos inconvenientes, fué preciso reunir en un solo grupo todas las especies análogas y formar géneros, que aunque fueran pocos, pudieran ser apreciados con mas facilidad, mediante caracteres bien marcados. Del conocimiento del género, la inteligencia podría descender con holgura á la determinacion de la especie. Así es como el método filosófico sirve de escudo á la debilidad de nuestro espíritu.

Los metodistas desconocieron el verdadero uso de los grupos de segundo órden, es decir, de los géneros que habian creado. En lugar de servirse de ellos para determinar con mas comodidad las especies, las desecharon como inútiles, y solo se atuvieron á sus conveniencias generales, de suerte que trataban de la misma manera y con los mismos medios, la manía, la ictericia, la amenorrea, etc., enfermedades crónicas correspondientes al primer género, el constrictivo: mientras que por otra parte, la pulmonía, los cólicos, la disentería etc., afecciones agu-

das del género mixto, reclamaban el mismo tratamiento. No habian tenido en cuenta, ni la fuerza medicatriz, ni la coccion, ni las crísis, ni otra multitud de circunstancias que hemos citado muchas veces. En fin hacian todavía menos caso que los empíricos de la anatomía y de la fisiología. Era tan grande su deseo de simplificar la práctica de la medicina que sometian á sus enfermos á un mismo régimen. Les hacian ayunar durante los dos ó tres primeros dias, los tres siguientes les concedian algun alimento, en fin, iban aumentando la cantidad de estos á cada período ternario. Su manía de *uniformacion* en ninguna parte se revela de una manera tan evidente como en el método de tratamiento que llamaban *círculo metasincrítico* ó simplemente *metasincrisis*, del cual echaban mano en las enfermedades rebeldes despues de haber agotado todos los remedios ordinarios. He aquí la descripcion de este famoso círculo metasincrítico tal como la describe Celio Aureliano en su tratado de las enfermedades crónicas. (Libro 1.º capítulo 1.º)

«El primer dia se tendrá á dieta al enfermo, al siguiente despues que le hayan paseado en litera, dado una untura y un baño corto, se le dará la tercera parte del pan que tenia costumbre de comer cuando estaba bueno. Comerá tambien carnes saladas y asadas, condimentadas con mostaza, aceitunas verdes aderezadas con sal y otras cosas parecidas, pero se abstendrá de comer puerros, ajos, cebollas y otras ensaladas que fatígan el cerebro. Se le dará á beber vino y se continuará alimentándole así dos ó tres dias, si lo puede soportar; y sinó, se añadirán á los alimentos dichos, sesos ó pescados frescos. Despues otra porcion igual de pan, verduras por tres ó cuatro dias, concluyendo por darle el resto del pan suprimido, pasando así de esta mediana alimentacion, á la que proporciona la carne de gallina. Así se continuará por un número igual de dias hasta concluir por darle tocino. Si el cambio quiere hacerse con mas frecuencia, se pueden hacer cuatro porciones del pan á fin de añadir una cada vez que se cambie de carne, es decir, que se dará una, cuando esté casi á dieta el enfermo; otra, cuando coma gallina; otra, cuando perdiz; y la cuarta cuando el tocino. Mas para que el paciente no llegue á disgustarse con comer una misma cosa muchos dias seguidos, convendrá variarla tantas veces, cuantas sea posible. El primer dia, por ejemplo, que haya empezado á comer lomo, podrá en una comida reemplazarlo con sardinas, en otra con atun. Cuando le toque comer gallina, podrá tambien comer; unas veces, tordos; otras, becafigos; otras, hortelanos ó pichones; y así sucesivamente, todo esto alternando con alguna manzana, porque mas de una

pueden implarle. Cuando tenga que hacer uso del tocino, podrá tambien hacerlo de ensaladas, pero sin cometer esceso alguno. El primer dia que tenga que variar el régimen de alimentos, tendrá mucho cuidado en beber solo agua y darse una untura, los siguientes podrá beber vino y bañarse, pero no todos los dias porque los baños tomados con frecuencia pueden renovar el dolor de cabeza. Deben tambien hacer mas ó menos ejercicio segun su estado.

Una vez terminada esta primera parte de círculo metasincrítico, se pasará á la segunda. En esta se hará vomitar al enfermo, durante cuyo tiempo se suprimirá toda alimentacion fuerte. El primer dia, despues de haberle paseado un poco, se intentará hacerle vomitar con las raices del rábano ó con otras sustancias, si estas faltan. Estas se preparan del modo siguiente: se toma como una libra de corteza de ellas, se la hace pequeños trozos, se la echa en agua dulcificada con miel (hidromel) á la cual se añade un poco de vinagre ordinario ó escilítico. Dispuesta así la corteza, se le dá al enfermo á comer un poco antes de la comida diaria, y á beber poco á poco el licor donde ha estado en infusion. Despues se le hace que se pasee con calma, que descanse, y cuando pasada como una hora, sienta malestar en el vientre, se le dará á beber solo dos vasos de agua tibia por temor de enervar el medicamento, y metiendo los dedos en la boca, se le escita el vómito. Se continúa así hasta que haya arrojado todo lo que hubiera tomado antes. En seguida se le hace tomar una gran cantidad de agua para lavarle el estómago y para estinguir los restos del fuego que el rábano habrá producido. Sobre esto se escita el vómito, vuelve despues á tomar mas agua, se vuelve á hacersela vomitar y así sucesivamente, hasta que salga del estómago tan limpia como cuando entró. Una vez que el enfermo haya concluido de limpiarse, se le ponen fomentos á la cabeza y se le hace enjuagar la boca con agua tibia. Poco despues se debe pasear poco á poco para librar á la cabeza del aturdimiento que le han causado las sacudidas del vómito, á menos que se crea mas oportuno darle fricciones en todo el cuerpo, cosa que produce el mismo efecto que el paseo y procura una traspiracion general y provechosa. Despues se le dan á beber dos vasos de agua caliente y se le mete en la cama ó se le deja que descanse, sin comer ni beber, ni aun dormir en algun tiempo, hasta que se haya calmado la agitacion producida por el remedio. Si mientras está alterado se le deja dormir, entonces se obtendrá un resultado opuesto al que se propone el profesor, porque es sabido que el sueño tiene la propiedad de producir la constriccion. Conviene además que se abstenga de

comer por temor que se corrompa la comida por el calor y aumente la irritacion que queda en el estómago á consecuencia del vómito, además de que algunas veces quedan pequeñas porciones de la corteza del rábano que pudieran mezclarse con los alimentos y corromperlos, lo que daría orígen á vapores que suben á la cabeza y aumentarían el mal en vez de disminuirle. Al dia siguiente se bañará y alimentará regularmente, y al cabo de dos ó tres dias se irán empleando los otros medios que completan el círculo comenzado. Si se vé que el enfermo se siente mejor y que tiene intérvalos de una calma perfecta despues de haberle hecho repasar el círculo *resontivo ó que dá fuerzas*, se le vuelve á hacer vomitar, y tomar despues alimentos salados (Drimifagia). Por fin se acabará con entereza lo que falte del círculo metasincrítico.»

Termino esta cita, ya demasiado larga, aun cuando no representa ni aun la mitad del círculo citado. Los que deseen conocerle por entero, pueden consultar el original ó bien la *Historia de la Medicina* de Daniel Leclerc, (2.ª parte, Libro 4.º, Seccion primera, Capítulo 11.) Pero lo que he referido basta para que el lector se convenza que esta série de pruebas algo rudas por las cuales se hace pasar al enfermo, no son, en realidad, mas que un método perturbador ordenado.

Hemos dicho que los fundadores del metodismo desconocieron el verdadero uso de los principios generales que establecieron. En lugar de considerarlos como un progreso, como una perfeccion del empirismo, como un medio de retener clasificados en la memoria los numerosos y precisos detalles que suministraron, los rechazaron: no tuvieron á cada género como una coleccion de especies que importa distinguir, sinó que creyeron que el conocimiento del género dispensaba del conocimiento de las especies. Ignoraban que tanto mas general es una idea, cuanto mas se aleja de la verdad objetiva, de la realidad fenomenal. ¿Y cómo no lo habían de ignorar, cuando el mas grande de los metafísicos de la antigüedad, Aristóteles, había dicho que las primeras ideas que se forman en nuestros sentidos son generales, mientras que dos mil años despues se ha sentado lo contrario, es decir, que son particulares?

La doctrina metódica abreviaba singularmente el estudio de la medicina, hasta el punto que uno de los corifeos de esta secta, *Tésalo de Tralles*, á dicho que podía enseñarse toda ella en seis meses. Nada tiene de estraño que prometiera enseñarla en tan poco tiempo si solo se limitaba á inculcar á sus adeptos algunas nociones superficiales sobre los caracteres mas comunes de las enfermedades y sobre las virtudes de

los medicamentos, ¡pero desgraciados aquellos que confiaran su salud y su vida á estos médicos improvisados! Porque no sabiendo distinguir las ligeras y delicadas diferencias que separan á muchas enfermedades, dejarían escapar el momento oportuno de obrar y prolongarían los sufrimientos de sus enfermos ó acabarían con su vida sin tener escrúpulo alguno de ser ellos los autores de semejante resultado.

Desde que el metodismo apareció en el mundo médico, hizo grandes progresos. Por una parte había muchos dedicados al estudio de la ciencia, deseando concluir su aprendizaje para ponerse á egercerla lo mas pronto posible y aprovecharse de su saber; por otra, favorecía una inclinacion natural que tiene el espíritu humano hacia las generalizaciones y llenaba una necesidad de la época que el empirismo no había sabido llenar; en fin, pretendía ser un intermediario entre el dogmatismo y el empirismo, porque reunía las ventajas de ambos y ninguno de los inconvenientes. El metodista dice á los dogmáticos: «admito como vosotros las verdades racionales deducidas solo de los fenómenos sensibles, no de circunstancias que estén fuera del alcance de los sentidos. Dice á los empíricos: tomo como vosotros, por guia á la observacion, pero no quiero ver al arte embarazado con una multitud de preceptos difíciles de retener y mas difíciles aun de poner en práctica. La esperiencia me sirve para deducir unas cuantas reglas basadas en indicaciones ó signos evidentes.

He aquí sin disputa un buen programa, como lo son todos los de los forjadores de sistemas; pero no sabemos que decir sobre el modo como ha sido llevado á cabo. Galeno no se dejó llevar de esta manera de pensar; pone en relieve los sofismas de los metodistas, demuestra la insuficiencia de su doctrina y las peligros que entraña su aplicacion á la práctica, los ridicula y los llama los *Borricos de Tésalo*; por alusion á la falta de instruccion literaria y médica de la mayor parte de ellos.

ARTICULO IV.

Del Eclecticismo.

Si echamos una ojeada retrospectiva sobre los sistemas que llevamos espuestos, se advertirá que en todos ellos hay verdades útiles que la razon y la esperiencia de todos los siglos confirman, pero que tambien cuentan con algun error ó alguna exageracion.

El primero y el mas antiguo de todos, el dogmatismo, llama espe-

cialmente nuestra atencion sobre los movimientos espontáneos de la economía, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad, pinta admirablemente el *consensus* de las fuerzas vitales, las simpatías orgánicas y sus esfuerzos para alejar del cuerpo toda influencia deleterea. En efecto, esta tendencia conservadora es uno de los rasgos mas característicos y mas notables de los fenómenos de la vida y que mas impresionan; tendencia casi providencial que se pone mas de manifiesto, sobre todo en ciertas enfermedades agudas. Los primeros médicos que estudiaron la marcha de estas afecciones, se dedicaron con una laudable perseverancia á describir en cada enfermedad las leyes que rijen al principio vital ó á estas fuerzas orgánicas. Este era el desideratum del dogmatismo, el que ha resistido á los caprichos de la opinion y á los progresos sucesivos.

Pero fuera de las fuerzas orgánicas, hay otras que modifican su accion, las alteran algunas veces ó aun las trastornan hasta acabar con ellas. Estas son las fuerzas físico-químicas, que obran unas veces, de una manera clara, como cuando un hombre es muerto ó herido por un instrumento ó agente mecánico, ó por un veneno violento; otras de un modo embozado, como cuando se desarrolla en el organismo una enfermedad lenta por la influencia del régimen, del aire, ó otra cosa parecida.

Los dogmáticos dividieron las fuerzas estrañas á la economía en cuatro especies; lo *cálido*, lo *frio*, lo *seco*, lo *húmedo*, que corresponden á las cuatro formas generales de la materia admitidas por los físicos de su tiempo, el *fuego*, el *aire*, la *tierra* y el *agua*. Enseguida para mas uniformidad y armonía supusieron despues en el mismo organismo cuatro humores, la *sangre*, la *bilis*, la *pituita* y la *atrabilis*, caracterizados cada uno por el predominio de una de sus cualidades elementales. Ahora bien, esta clasificacion de las cualidades elementales ó de las fuerzas inorgánicas, su presunta analogía con los humores del cuerpo, su manera de obrar en él, todo esto no tenia mas fundamento que una hipótesis, una preocupacion; todo era imaginario. Dirijian por lo tanto su tratamiento contra estas pretendidas causas, contra el esceso de una de estas cualidades ó de los humores. Este era el lado débil del dogmatismo y por él le atacaron sus adversarios.

Los empíricos objetaron con mucho fundamento diciendo que, causas ocultas é inaccesibles á los sentidos no podian servir de base á un tratamiento racional; para nosotros, dijeron, la naturaleza de las enfermedades reside en el conjunto de fenómenos apreciables por los sentidos, es decir, en el conocimiento de sus síntomas; afirmaron después que no

habia una relacion constante de antagonismo ó de semejanza entre una enfermedad y su remedio.

Los Metodistas mejoraron mucho el método empírico, al formar grupos secundarios destinados á reunir segun ciertas conveniencias los grupos primitivos ó las especies de los empíricos, esbozando así un sistema completo de nosología.

No recapitularé aquí los defectos de estas doctrinas porque debe el lector conservarlos todavía en la memoria. Presumo que he probado por completo lo que dije al principiar este capítulo, que estos tres grandes sistemas que tanto han figurado en este período histórico contienen cosas escelentes mezcladas con errores y defectos.

Muchos médicos de la antigüedad decian esto mismo; veian aunque no con claridad, que ninguno estaba en posesion de las verdades de la ciencia, pero les era imposible decir con precision como nosotros lo hemos hecho, lo que habia de bueno ó de malo en cada uno, porque todavia no se conocian los principios filosóficos que nos han servido de guia para averiguarla. Estos médicos no habiendo podido establecer regla alguna general que sirviera de base á sus juicios, decidian todas las cuestiones segun su capricho. Se llamaban *Eclécticos* ó *episintéticos* para dar á entender con este nombre que no abrazaban sistema alguno esclusivamente, sinó que tomaban de cada uno lo que les parecia mejor.

Los ecléctico no formaban una secta, porque carecian de dogmas precisos en la teoría y en la práctica. Tenian la pretension de no seguir mas que las inspiraciones de la razon y la esperiencia, lugar comun que todos los sectarios invocan y que no distingue á ninguno particularmente. El estado habitual de un ecléctico era la duda, la incertidumbre; á primera vista pudiera confundírsele con un pirrónico, pero reflexionando un poco se vé que la duda de estos es absoluta, como producto de sus principios filosóficos; la de un ecléctico no; esenta de toda base no es mas que un puro tanteo.

El eclecticismo en medicina, es la carencia de todo principio fijo, ó como tenemos dicho en nuestra introduccion; es el autocratismo individual erijido en dogma. Es como el Proteo de la fábula, no puede cogerse porque carece de forma, no puede refutarse porque no tiene principios.

Muchos prácticos se llamaban ó querian ser eclécticos porque así se evitaban discutir sobre cosas que no sentian ó no tenian inclinacion. Por otra parte abrazando esta doctrina, disfrutaban de una libertad

grande en cualquier caso, para seguir la opinion que les parecia mas aceptable. En fin un ecléctico es un hombre falto de convicciones arraigadas, se parece á un ciudadano que en medio de las convulsiones frecuentes de su país no abraza ningun partido, no tiene opinion alguna á fin de no comprometerse con nadie, y que acaso por esta indiferencia misma, es el menos competente para juzgar los actos y los razonamientos de los demás. (1)

* A este periodo corresponde el estudio de la medicina hipocrática, que si bien no presenta timbres muy gloriosos para nuestra patria, tampoco es digna del desdén con que la han mirado muchos historiadores. Sabido es que la medicina romana fué en su principio mitológica como lo fué la de los demás pueblos, que sufrió luego las modificaciones de las edades, y que desde los tiempos de *Syla* la dominó el espíritu griego. Los ciudadanos romanos se desdeñaron el ejercerla (2) y por eso no crearon escuelas, ni conocieron métodos de enseñanza y los pocos que se dedicaron á su práctica se confundieron con los médicos griegos y alejandrinos. El orgullo y vanidad de aquellos conquistadores, el deseo y aficion del vulgo á las novedades y á lo desconocido, fueron los principales motivos de su desden á una ciencia tan benéfica, y por eso la historia registra tan pocos nombres entre los médicos romanos, por eso la hija de Esculapio tan honrada en Grecia, fué entregada en Roma á los estraños, á los esclavos y á los libertos, que mas se asemejaban á los charlatanes de que nos habla Galeno, que á verdaderos representantes del Dios de Epidauro; por eso los Césares se vieron obligados á dictar leyes severas contra la negligencia ó ignorancia de los médicos, algunos de los que no hacian mas que deshonrar la profesion y com-

(1) Lo que hay aquí de vago é indeciso en la espresion de nuestro pensamiento concerniente á los antiguos sistemas de Medicina, desaparecerá completamente cuando espongamos los sistemas modernos que de ellos se derivan, porque entonces se conocerá mejor la verdadera generacion de las ideas y el modo como se han formado las ciencias físicas.

(2) Efectivamente, las leyes pertenecientes á la medicina romana, no forman sistema alguno concreto como las demas del órden civil. Ninguna corporacion consultaba á los médicos en asuntos propios de su profesion, se guiaban únicamente por lo que deducian de la lectura de las obras de Hipócrates. Sin embargo, Numa dispuso, un siglo antes que se publicasen las doce tablas, que no fuese enterrada la muerta en cinta sin abrirla primero, á fin de salvar, si era posible, la criatura, disposicion que observaron escrupulosamente los Romanos. Lo mismo hizo respecto al suplicio de una muger embarazada de condicion libre, el cual se diferia hasta despues del parto, porque el infante obtenía el derecho de ciudadano. Otra de las disposiciones importantes versa sobre el infanticidio, crimen que asimila al del abandono de los recien nacidos muertos por inanicion voluntaria. Las doce tablas que vinieron despues, se ocupan de la tutela de los enagenados por sus parientes, del divorcio, pasados tres años de estar demente uno de los cónyujes; de los castigos que se debieran imponer á los que se dedicaban á castrar á los niños, castigos que en el siglo III de nuestra era consistian en la confiscacion de bienes, el destierro y hasta la muerte; á los pederastas, á los envenenadores y á cuantos se valian de medios infames para atentar ó acabar con la vida de sus semejantes.

N. de T.

prometer gravemente la vida de sus clientes. Pero no por eso carecian de conocimientos que pudieran servir de norma á algunos de los pueblos conquistados ó dominados por ellos. Al entrar, pues, en España durante la segunda guerra punica habian de traer consigo sus costumbres, sus leyes, sus conocimientos, para imponerlos à los vencidos. La medicina española en posesion entonces de los descubrimientos y práctica de sus primitivos pobladores, de los Fenicios sus amigos y aun de los Judios, tendría por necesidad que ensanchar su dominio con los conocimientos importados por los romanos á la par que estos los suyos con las prácticas de los Españoles. La higiene pública tan floreciente entonces en el pueblo Rey empezó á llamar grandemente la atencion de los habitadores de la Península, dando lugar á monumentos cuyas ruinas atestiguan hoy sus esfuerzos en pró de los progresos de este ramo, especie de medicina social que tanto influye en la salud de las masas. Baños y fuentes públicas, cloacas para recibir y dar fácil acceso á las aguas inmundas, caminos estensos y bien acondicionados cuyos restos admiramos hoy todavia, prueban los sacrificios y esfuerzos de todo género que hizo este pueblo belicoso en pró de la salud de sus nuevos sùbditos. Todavia se leen en Antequera, en Jaen, en Tarragona, en Barcelona y en otros muchos puntos epitaficios que recuerdan monumentos levantados por los romanos; todavía el templo de la Vírgen de los Desamparados en Valencia, recuerda, uno levantado á Esculapio; todavía la iglesia parroquial de San Miguel de Barcelona otro dedicado al mismo Dios.

A los médicos ó prácticos romanos que residian en España se debe la ampliacion de la materia médica y farmacología alejandrinas, á los mismos la introduccion en Roma de los conocimientos y medios que empleaban los profesores españoles en la curacion de diversas enfermedades. Las adormideras de nuestra península, la berdolaga, el hinojo, el aspalato, las rosas silvestres, las yerbas cantábrica y betónica y otras varias conocidas mucho antes y de un valor terapéutico incontestable fueron introducidas en su terapéutica. Las adormideras por sí ó por su jugo producian escelentes efectos en muchas y grandes enfermedades, la verdolaga en las anginas, colgada al cuello á guisa de amuleto, el hinojo en las enfermedades nerviosas y en las oftalmias, las yerbas betónica y cantábrica en las lesiones del aparato digestivo, de los riñones, de la vegiga etc. Lo mismo hicieron con algunos productos animales de un uso frecuente entre nuestros profesores, como son los caracoles de las Islas Baleares destinados á curar los vómitos de san-

gre; los polvos de una víbora llamada *Caule* para las mordeduras de los perros rabiosos y por fin la adopcion de una bebida llamada de las *cien yerbas* que era una verdadera panacea para nuestros médicos peninsulares. Estos llegaron á inspirar gran confianza hasta los mismos Césares. Prescindámos de algunos Epitafios que recuerdan la gratitud de sus autores al Dios de la medicina, ó la memoria de personas queridas, como acontece con los dedicados á Cayo Allio Januario, médico natural de Béjar (antigua Pax) y á Tiberio Claudio Apolinar, de Tarragona y mencionemos á solo á Antonio Musa, médico de la misma Ciudad; que asistió y curó á César Augusto de una grave enfermedad del hígado que contrajo en sus escursiones guerreras por la Península. El César agradecido á favor tan señalado, no solo le recompensó particularmente, sinó que concedió á los médicos el uso de llevar baston y anillo como signo de nobleza, tal cual lo usaban los Caballeros romanos. Esto era una honra desconocida hasta entonces por los médicos españoles y hasta por los mismos compañeros de Roma.

La historia conserva todavía mas nombres de médicos que se distinguieron en diversos puntos de nuestro pais durante la dominacion romana, médicos que sin duda alguna recibieron su instruccion de otros á causa de no haber escuelas destinadas á la propagacion de todos cuantos conocimientos atesoraba la ciencia indígena y exótica.

Vinieron despues los Godos, los Suevos y las Vándalos á reemplazar á los Romanos, y estas hordas mas atentas á sus conquistas de territorio y á satisfacer sus instintos salvajes, poco ó nada hicieron en pro de las ciencias y en particular de la medicina. Esta se encerró en los claustros donde bajo una forma mística mantuvo siempre encendida la antorcha del saber, que algunos siglos despues había de acabar con la rudeza de los poseedores, entonces, del territorio, con los que vinieran á reemplazarlos, para ser sustituidos, por fin, por los verdaderos indígenas. *

Resúmen del periodo anatómico.

En este periodo hemos visto florecer los estudios médicos en la isla de Coó, bajo los sucesores de Hipócrates, volver á tomar nuevos brios al fundarse la Escuela de Alejandría y llegar al instante en esta Ciudad á un grado de prosperidad desconocida hasta entonces. Hemos señalado algunas de las circunstancias que concurrieron á esta feliz revolucion, tales como, la instalacion de una gran biblioteca, de un Museo científi-

co, sinó público, al menos abierto á los sábios que iban á la capital del Egipto; el permiso de hacer autopsías que en ninguna parte podían practicarse, sinó clandestinamente y con peligro. A esta reunion de circunstancias debió la celebridad que alcanzó esta Escuela, la que conservó siempre igual superioridad, á pesar de lo mucho que cercenaron los Romanos sus derechos y prerogativas. En este periodo hizo trascendentales adelantos la anatomía y la fisiología, y se perfeccionó la patología esterna y la interna. Las obras de Areteo (1) y Celio Aureliano (2) son superiores á cuantas se escribieron antes. Sin embargo, ninguna escuela conocida se elevó en este periodo á la altura que la Dogmática representada por Hipócrates, ningun médico, acaso, reune en el mismo grado que él las cualidades que constituyen nn gran práctico, la inteligencia, la sinceridad, el desinterés, el cariño á su arte y á la humanidad.

La ciencia en general adelantó tambien mucho en este periodo; en lugar de algunas tentativas, de algunos ensayos incompletos de generalizacion que se ven en los libros hipocráticos, ofrece sistemas completos cuyas partes severamente coordinadas, se adaptan mas ó menos bien á las formas diversas de las enfermedades, á los detalles de la práctica. El dogmatismo ampliado y perfeccionado representa tan exactamente como es posible, la influencia resultante de la combinacion del principio vital con las fuerzas físico-químicas. El empirismo echa las bases de un nuevo edificio científico, edificio que deja, no solo sin acabar, sinó sin que ni aun entreveé cual es su verdadero objeto. El metodismo que hubiera debido contentarse con indicar este objeto aceptando los datos esperimentales suministrados por el empirismo, los rechaza y se lisongea de reconstruir el edificio médico, empezando por la cúspide, es decir, por estudiar las propiedades generales de la materia. Este sistema seduce por su aparente sencilléz y exactitud suma, pero lo cierto es que levanta un edificio imaginario que desaparece al solo soplo de la observacion y de la práctica diaria. El eclèctico llega y no encuentra la verdad toda en los sistemas anteriores y aconseja á sus sectarios que no se adhieran á ninguno y elijan de cada cual lo que mejor les parezca, pero para que lo lleven á cabo, no dice cuál es lo mejor ni regla alguna para reconocerlo; se atiene solo á la razon y á la esperiencia individual,

---

(1) Areteo de Capadocia. *Libros de las causas y signos de las enfermedades agudas y mas frecuentes.* Nueva edicion en griego y en latin con notas por Kuhn. Leipsic. 1828 en 8.°

(2) Celio Aureliano. *De las enfermedades agudas y crónicas.* Nueva edicion. Amsterdam, 1709, en 8.°

es decir, proclama el *individualismo*, la *duda* y *el aislamiento*. En este conflicto llega Galeno apoyando el dogmatismo, ampliando su doctrina y esplicándola mas en armonía con los fenómenos de la vida. Debía, pues, triunfar, como en efecto sucedió; sus mismos errores contribuyeron á su afianzamiento porque estaban de acuerdo con las preocupaciones de la filosofía dominante.

FIN DEL PERIODO ANATÓMICO.

LIBRO SEGUNDO.

EDAD DE TRANSICION.

Empieza en la muerte de Galeno (201 de nuestra era) bajo el reinado de Septimio Severo el Africano y concluye en el renacimiento de las letras en Europa hacia el año 1400.

V. PERÍODO GRIEGO.

COMPRENDE EL ESPACIO DE TIEMPO DESDE LA MUERTE DE GALENO HASTA LA DESTRUCCION DE LA BIBLIOTECA DE ALEJANDRIA, EL AÑO SEISCIENTOS CUARENTA.

Consideraciones generales.

En la época á que se refiere, este período histórico solo dominaba en todo el mundo antiguo conocido la autoridad de un hombre. Esta era la del emperador *Septimio Severo*. Sus estados eran aun mas dilatados que los de Alejandro el Grande y su dominacion prometia durar mas que la de este. Parecia que la influencia del pueblo Rey cimentada por setecientos años de una política tan astuta como perseverante y fuerte, habia de prolongar por mucho mas tiempo su influencia en los destinos del mundo antiguo. Los pueblos vecinos á sus fronteras todavia alteraban algunas veces la paz en su vasto territorio, pero ninguno era bastante fuerte para penetrar hasta el centro y causar verdadero daño á este poder gigantesco. Habian cesado las guerras civiles ó habian cambiado de objeto; el Pueblo y el Senado, estos dos eternos competidores, no se disputaban ya el poder supremo, habian abdicado el uno en el otro; la forma monárquica era para ellos una necesidad, los ciudadanos no se alborotaban mas para cambiar la forma de gobierno, sinó para elegir su jefe.

Una revolucion análoga á la del mundo político se preparaba en el mundo intelectual. Las discusiones filosóficas tan interesantes en las escuelas de la Grecia, cuando se agitaban en ellas con la mas ámplia libertad las mas árduas cuestiones sobre física, metafísica y moral, han

perdido ya mucho de su interés y pronto tienen que cesar por entero. La supremacia de uno solo tiende tambien á dejarse sentir en todas las ramas del mundo intelectual. Ya apenas se cuestiona sobre los principios, sinó sobre el verdadero sentido de las palabras del Maestro. En moral se atenían á Platon, á Epicuro ó á Zenon; hasta que á la de estos vino á reemplazar otra mas sublime, mas pura, la de *Jesús* hijo de *María*. En física y metafísica se seguirá ciegamente á Aristóteles y en medicina á Galeno.

La historia que debe ser la imágen fiel de la humanidad se concentra en sí durante esta edad llamada con justicia de *transicion*, puesto que sirve de paso insensible de un estado social á otro. En lugar de presentar un cuadro acabado de las grandes luchas, de las grandes perturbaciones, se limita hasta cierto punto á pintar la vida íntima de las personas. Ya no se ocupará de las discusiones entre las diferentes sectas porque ya no hay mas que una y un solo método que seguir durante una larga série de siglos. La ciencia médica que retrograda con lentitud, no se verá contenida por ninguna peripecia estraordinaria; sinó que su cetro pasará de las manos de un pueblo á las de otro, y que el idioma de Avicena y de Albucasis va á reemplazar al de Hipócrates y Galeno.

El primer período de la edad de transicion solo nos ofrece el estudio de la vida y escritos de cuatro médicos discípulos de la escuela de Alejandría, cuya reputacion se sostuvo hasta la invasion de los Arabes. Aun cuando estos escritores no hayan hecho mas que compilar en gran parte las obras de Galeno y otros, han prestado, á pesar de esto, un gran servicio, presentando la ciencia bajo una forma mas abreviada y cómoda, y enriqueciéndola con algunas particularidades y sobre todo impidiendo que se apagara su brillo entre sus incultos contemporáneos.

CAPÍTULO PRIMERO.

Comentadores célebres.

§. I.

Después de Galeno; el primer autor de alguna importancia que cita la historia es *Oribasio*. Era, como aquel, natural de Pergamo y vivia en el siglo IV. Fué valido de Juliano el apóstata y le acompañó á las Galias cuando nombraron gobernador á este príncipe. El mismo lo dice

en la introduccion de una de sus obras. El Jóven César supo aprovechar los grandes dotes de Oribasio y cuando le nombraron Emperador, le hizo Cuestor de Constantinopla. Despues de la prematura muerte de este Emperador filósofo, Oribasio continuó disfrutando el favor del nuevo César, pero sus enemigos le calumniaron, le persiguieron y lograron desterrarle. El valor que demostró en esta ocasion, las curas estraordinarias que hizo y su elocuencia, le atrajeron al instante el cariño de aquellos hombres semisalvages que le empezaron á mirar como á un Dios. Su fama llegó pronto á los oidos de los Emperadores Valente y Valentiniano, que convencidos de su error, volvieron á llamarle y devolverle sus bienes y propiedades, dejándoselas disfrutar hasta su muerte. Eunapio contemporáneo suyo y médico tambien, pinta á Oribasio de una manera muy lisongera; era, dice, el hombre mas sábio de su tiempo el mejor y el mas elocuente médico.

Oribasio escribió muchas obras de las que la mas notable se titula *Coleeciones medicinales* que dedicó á Juliano, cuando aun no era Emperador; contenia sesenta y dos libros de los que solo conocemos diez y siete. He aquí algunos trozos de la introduccion que indican los motivos que tuvo para escribirlos. «Divino César, hace mucho tiempo que he terminado el resúmen de los libros de Galeno, que vos me encargásteis durante mi estáncia en la Galia citerior. Os dignasteis decirme cuan grande era vuestra satisfaccion y encargarme al mismo tiempo encerrase en un pequeño volúmen todo cuanto útil y provechoso han escrito los mas ilustres médicos sobre el arte de curar. Resuelto á complaceros con todas mis potencias, nada he omitido de cuanto ha dicho Galeno, porque es el que mejor y con mas claridad ha espuesto su doctrina, el que mejor y con mas fidelidad interpreta los sentimientos y los principios de Hipócrates. Oribasio hizo un estracto de su grande obra para su hijo, estracto que dividió en diez y nueve libros que poseemos, así como otro compendio sobre la preparacion de los remedios y la curacion de las enfermedades emprendido á ruego de Eunapio su amigo.

Como se vé, este escritor no tiene reparo en confesar que ha tomado de otros autores lo que ha publicado, especialmente de Galeno. Sin embargo, hay ciertos trozos en sus obras que no se encuentran en parte alguna, pero se ignora si son suyos ó sacados de los libros que se han perdido porque él cita muchos autores cuyos escritos no han llegado hasta nosotros, entre ellos Herodoto gefe de la secta neumática, Archigenes, Posidonio y Antilo. Sea lo que quiera, su principal mérito estriba en

haber reproducido las ideas de otros con tanta claridad, órden y precision, que sus resúmenes son preferibles á los mismos originales. Lo que ha dicho de las mugeres embarazadas, de las nodrizas y de la primera educacion de los niños ha parecido tan acabado á los escritores posteriores hasta el siglo 15 que la mayor parte no han hecho mas que copiarle á la letra. Al hablar de Pablo de Egina citaremos un ejemplo. (1)

Oribasio escribió poco de cirujía, se ocupó mucho de la anatomía copiando á Galeno. Fué tanto su aprecio á este dogmático que adoptó sin reparo sus teorías y hasta sus palabras, tanto que se le conoce con el nombre del *mono de Galeno*.

§. II.

Aecio es el segundo compilador célebre y el primero que profesó el cristianismo. Floreció á fines del siglo V y principios del VI. Nació en Amida, ciudad de la Mesopotámía; estudió en Alejandría, pasó despues á Constantinopla donde le agregaron á la corte con el empleo de Gentil hombre. Este médico es el que mas revela el carácter místico de aquellos tiempos. Al hacer la composicion de cierto ungüento recomienda recitar en voz baja las siguientes palabras. «Que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob se digne dar tal ó cual virtud á este medicamento.» En otra parte, aconseja se pronuncien estas palabras para estraer un hueso de la garganta. «Hueso, sal de la garganta como Jesucristo hizo salir á Làzaro del sepulcro ó como Jonás salió del vientre de la ballena; ó mejor todavía: hueso, yo te conjuro por San Blas, mártir de Jesucristo, para que salgas ó bajes.» Manifiesta igual credulidad por las virtudes milagrosas atribuidas por los charlatanes de su siglo á una multitud de remedios.

Sin embargo, este autor tiene para nosotros los mismos títulos de aprecio que Oribasio. Como este, ha coleccionado todo lo mas notable que ha encontrado en los escritos de sus predecesores y ha fundado un cuerpo de doctrina que nada esencial falta en él. Su obra dividida en cuatro secciones, de cuatro libros cada una, forma un tratado completo de medicina y cirujía y en él describe las regiones anatómicas que tienen relacion con las fracturas y dislocaciones. A él debemos muchos trozos de libros antiguos que se hubieran perdido por completo. Por lo demás, su terapéutica quirúrjica consiste solo en aplicaciones al es-

(1) Vèase la página 237.

terior, indica la composicion de una multitud de emplastos y ungüentos, recomienda con frecuencia el empleo del cauterio, ya actual, ya potencial. En su materia médica coloca los remedios segun al reino á que corresponden y por órden alfabético, pero no describe como Dioscórides los caracteres de las sustancias, se contenta con esponer sus virtudes medicinales, que las juzga con arreglo á la doctrina de Galeno.

§ III.

Alejandro es el tercero de los compiladores de este período. Nació en Tralles, ciudad de la Lydia, donde se hablaba el griego con correccion. Su padre que se llamaba Esteban, y era médico tambien, tenía cinco hijos, á los cuales dió una educacion muy esmerada que aprovecharon mucho, pero Alejandro fué el mas distinguido entre los cinco. Viajó por el Asia, Egipto, España, las Galias é Italia, fijándose por fin en Roma donde adquirió una estraordinaria reputacion. Viejo ya é imposibilitado para el ejercicio de la ciencia, quiso todavía ser útil á esta publicando el fruto de su larga esperiencia. Al efecto compuso un tratado dividido en doce libros, consagrado exclusivamente á las enfermedades internas. Los diez primeros tratan de todos aquellos males que tienen asiento determinado, empezando por los de la cabeza y acabando por los del vientre. El undécimo se ocupa solo de la gota, y el duodécimo de las fiebres. Segun el mismo autor, este libro deberia ocupar el primer lugar, pues tal parece ser su intencion, segun lo indica en el prólogo. «Pues qué deseas, mi querido Cosme, que esponga las medicaciones cuya eficacia é visto probada en mi larga esperiencia, me apresuro á darte gusto en recuerdo de la buena amistad con que tu padre y tú me habeis distinguido. A mi edad me contemplo feliz con complacerte y puesto que tengo fuerzas para ello, voy á consignar aquí con la mayor brevedad posible los conocimientos adquiridos en tantos años de práctica. Espero que los que lean sin prevencion mi libro quedarán sorprendidos de la verdad de mis descripciones, de la exactitud de mis indicaciones y de la claridad y concision con que están espuestas. Me he esforzado en echar mano hasta donde me ha sido posible de términos vulgares y de uso comun, á fin de que me entiendan todos cuantos me lean. Empezaré por las calenturas efémeras segun el método del divino Galeno, al cual seguiré sin reparo.»

Vemos que este autor respeta tanto al médico de Pérgamo como sus

predecesores, pero no adopta tan á ciegas sus opiniones, al menos en lo que tienen relacion con la práctica. Algunas veces opina de distinto modo; no por el deseo, dice, de contradecir á un hombre tan grande, sinó por el interés que tengo de esponer las cosas tal cual deben ser. Nada modifica ni corrige á las teorías galénicas, y sin embargo, no debe comparársele á los otros dos compiladores que llevamos estudiado. Su manera de describir y tratar las enfermedades indica que las conoció bien, cita muchas que hasta él nadie había nombrado; tal es, entre otras, la de una mujer atormentada por un hambre escesiva llamada *bulimia* que sentía tirantéz contínua en el estómago y un violento dolor de cabeza. La curó haciéndola tomar hiedra, con la que echó una lombriz de doce codos de larga. Esta es, pues, la vez primera que atribuyeron accidentes de esta índole á la presencia de lombrices en el estómago. Aconseja la sangría del pié contra los esputos de sangre; dice que es mejor que la del brazo, porque practicada lo mas lejos posible del sitio del mal, produce una revulsion mas pronta y eficaz. No se puede decir hoy una cosa mejor. En las tercianas, y con especialidad en las cuartanas, acostumbraba á dar un vomitivo antes del acceso y asegura haber obtenido excelentes resultados de esta medicacion, cosa que se concibe perfectamente antes del descubrimiento de la quina. Pero lo que apenas se concibe, lo que choca y aflije al mismo tiempo, es que un hombre tan juicioso y tan ilustrado como Alejandro, haya creido en la virtud de los amuletos y de los talismanes, pues los llega á recomendar en muchas ocasiones. ¡Tal era la preocupacion general de su siglo y era preciso que un hombre tan piadoso pagase el tributo á los errores de sus contemporáneos! Alejandro, al menos, puede escusarse de haberse dejado llevar de esta supersticion que era comun á todos, mientras que no merecen consideracion alguna muchos médicos célebres de épocas mas inmediatas á la nuestra que han cedido tambien á esta debilidad humana.

No pretendemos hacer un paralelo entre este autor y Areteo de Capadocia, pero es lo cierto que hay entre ellos un gran parecido; ambos describen un corto número de enfermedades, como unas sesenta; lo que prueba que no han querido hablar sinó de las que han visto y conocido bien. Ambos siguen un órden análogo y el mas conforme á los conocimientos de su tiempo, describen los síntomas, trazan los signos que distinguen unas enfermedades de otras de una manera casi igual, pero el estilo de Alejandro no es tan elegante ni tan correcto como el del médico de Capadocia, mas se aproxima á él por su concision, claridad y

energía. Todavía se diferencian en que, Alejandro no describe como Areteo la region anatómica donde reside la enfermedad.

El lector podrá acabar esta comparacion poniéndole á la vista la historia siguiente con la que hemos referido en la página 178.

«Llamo *pleuresía*, dice Alejandro, no á toda especie de dolor de costado, sinó á la inflamacion de la membrana que reviste las costillas, que vá acompañada de fiebre aguda por su proximidad al corazon, que sufre simpáticamente. Si pues, advertís en un enfermo una respiracion penosa, fiebre alta, tos y un dolor pungitivo, podréis asegurar que tiene una pleuresía. Las personas afectadas de una inflamacion del hígado tienen tambien fiebre y respiran con trabajo; el lado afecto está tenso y doloroso, tienen tos, pero simpática; mas no sufren ni el dolor pungitivo, ni su pulso está resistente.

He aquí como se distingue la pleuresía de la hepatitis. Los pleuríticos tienen un pulso duro que produce en los dedos una sensacion como los dientes de una sierra, cosa que no acontece con los que padecen una hepatitis. Los atacados de pulmonía tampoco sienten nada parecido, á causa de la blandura del tejido afecto. La tos es tambien diferente en la pleuresía y en la hepatitis. En la primera de estas enfermedades es mas violenta y mas prontamente seguida de esputos. Mientras dura la enfermedad, el color de estos indica cuál es el humor de donde se deriva la inflamacion. Los esputos rojos denotan que viene de la sangre, los amarillos de la bilis, los blancos y viscosos de la pituita, los negros de la atrabilis. En la hepatitis, los enfermos tosen, mas no espectoran. Sin embargo, muchas veces no hay esputos en la pleuresia, de lo cual se debiera deducir que padece el enfermo una hepatitis; pero es sabido que hay pleuresías rebeldes y de una coccion difícil, y por cierto que son las mas graves. La inflamacion puede todavía desarrollarse debajo de las costillas falsas sin estenderse hasta el pecho; puede tambien ser esterior. En casos tales, no hay espectoracion, pero los humores que ocasionan la flecmasía dan entonces lugar á abcesos, á menos que se disipen, lo que rara vez sucede. Prestad, pues, atencion á estos signos, así como al color de la cara; en los acometidos de hepatitis es de ordinario pálido; lo contrario que en los pleuríticos. De este modo se pueden discernir estos últimos. (1)»

(1) *Del arte médico*, lib. VI, cap. I.

§. IV.

Pablo de Egina, llamado así por haber nacido en la Isla de Egina, es el último compilador griego de que deberemos ocuparnos. No se sabe en que época vivió, pero la opinion mas probable le coloca á últimos del siglo VI y primera mitad del VII. Viajó mucho y despues permaneció bastante tiempo en Alejandría, ya con el objeto de instruirse, ya con el de ejercer la medicina. Su habilidad en Cirujía y sobre todo en Obstetricia le hizo célebre hasta entre los Árabes, cuyas parteras, dice, le llamaban desde puntos muy lejanos para que las ayudára en los partos difíciles. Por esto es por lo que los escritores Arabes le apellidaron el *Comadron*. Esto no quiere decir que solo ejerciera esta sola rama del arte, sinó que había adquirido en ella una grande reputacion, que concluyó por hacerle célebre.

Pablo de Egina ha compuesto un resúmen de toda la medicina dividido en siete libros; elije, imitando en esto á sus predecesores, lo que le parece mejor y aun los copia. Podríamos citar capítulos enteros tomados textualmente de Oribasio; entre otros, los relativos á las mujeres, en cinta y la primera edad de los niños. Me contento con poner un ejemplo á la vista del lector para que juzgue por sí del desenfado con que los autores de aquél tiempo copiaban á sus antecesores.

DEL RESUMEN DE ORIBASIO.

LIBRO V.

Educacion del niño.

El niño, á poco tiempo de haber sido dado á luz, debe nutrírsele, primeramente, con miel, despues con leche, dos veces cada dia ó á lo sumo tres. Cuando el niño tome esta leche con gusto y se confie en que ha de digerirlo, se le puede suministrar otro alimento, pero que no le sasisfaga enteramente. Si por ignorancia sucediese lo contrario, se hace el niño, indudablemente, mas soñoliento y perezoso; su vientre

DE PABLO DE EGINA.

LIBRO I.

Educacion del niño.

Conviene sea miel el primer alimento que se ofrezca al infante recien nacido; después leche, dos, ó á lo mas, tres veces al dia. Cuando el niño se mostrare pronto para tomarlo y hay esperanza que lo dijiera, puede ya entonces dársele otro alimento, pero que no le llene. Si por inadvertencia de quien le cuida quedase repleto, se hace al punto mas soñoliento y mas flojo; viene cierto tumor ó hinchazon

empieza á hincharse é inflamarse y la orina se vuelve mas acuosa. A la presentacion de tales síntomas no se le debe dar nada hasta que hubiere consumido cuanto tiene en el vientre. Será suficiente alimentarle con leche por espacio de dos años, y despues puede pasarse á los demás alimentos.

en el vientre y la orina se torna mas clara ó acuosa. Comprendida la hartura por estas señales, no debe la nodriza darle nada hasta que aquella desaparezca. Es bastante alimentar al niño con leche por tiempo de dos años, y después puede dársele todo género de alimentos.

Pablo no ocultaba á nadie su proceder, y él mismo lo dice en la introduccion de su resúmen. «En atencion á que es sumamente difícil, por no decir imposible, retener en la memoria los principios generales del arte de curar y los remedios aconsejados por los antiguos, he arreglado este compendio con lo que me ha parecido mejor de sus escritos. Nada de lo que aconsejo me pertenece, á escepcion de algunos detalles que la observacion y la esperiencia me han enseñado, pero he leido á todos los autores mas celebrados y he imitado á Oribasio, recojiendo de cada uno lo que me ha parecido mejor para conservar la salud.» A pesar de este desinterés, Pablo no es un escritor desprovisto de originalidad. La parte quirúrjica de su libro encierra muchas observaciones que le son propias y que prueban que era un excelente práctico, porque lejos de contentarse con los consejos de otros, sabía modificarlos con arreglo á su propia esperiencia. Con frecuencia es mas esplícito que Celso, ya en la descripcion de las enfermedades y sus indicaciones curativas, ya en la exposicion del *Proceder operatorio*. Entre otros, citaré los capítulos relativos al hidrocéfalo, á la toracéntesis y á la paracéntesis, á la extracion de los cálculos vexicales y á los aneurismas. Es el primero que ha conocido y descrito el aneurisma varicoso, la estirpacion de la glándula mamaria hipertrofiada en el hombre, etc.: tambien parece que ha sido el primero que ha ejecutado la operacion de la broncotomía segun un proceder de Antilus, el cual describe detalladamente.

Concluiré todo lo relativo á este autor por una sola reflexion y es que Fabricio de Aquapendente, famoso cirujano del siglo XVI, saca de él y de Celso lo principal de su doctrina.

CAPÍTULO II.

Organizacion médica.

En esta historia dejo dicho algo sobre la organizacion médica de

los pueblos mas célebres de la antigüedad; ahora voy á estudiar esta organizacion de una manera mas especial, describiré los cambios mas principales que ha sufrido la profesion médica á medida que ha ido avanzando la civilizacion desde la infancia de las sociedades hasta la ruina de la escuela de Alejandría; hablaré de las pocas leyes que ha poseido la enseñanza en los primeros tiempos del ejercicio del arte y pondré de manifiesto el orígen de algunas instituciones destinadas á propagar los beneficios de la ciencia en las clases inferiores de la sociedad. A la conclusion de este período volveré á repetir lo que ahora voy á decir, á fin de examinar bajo un solo punto de vista todo cuanto á él se refiere. Entonces á beneficio de este estudio comparativo podrá el lector echar una rápida ojeada sobre las modificaciones que ha sufrido la profesion médica en la antigüedad. El aniquilamiento de la influencia griega en Egipto, marca para la historia de la ciencia los límites de los tiempos antiguos con los modernos. Epoca es esta en que surje un nuevo idioma y nuevos escritores; el cetro de las ciencias y de las artes pasa de las manos de los Griegos á las de los Arabes; aquí, pues, empieza una era nueva.

Si se estudia de una manera general la organizacion de la medicina entre los antiguos, se advierten en ella cuatro fases distintas que responden cada una de ellas á una forma y á un grado particular de la civilizacion.

Primera fase. En el orígen de las sociedades, entre las tribus nómadas y pueblos pequeños, antes de la existencia de las grandes ciudades, y sobre todo antes de la invencion de la escritura, eran muy limitados los conocimientos humanos, pues bastaba la memoria de un solo hombre para tenerlos presentes. Se reducian estos á unas sencillas nociones que se trasmitian verbalmente de padres á hijos, de los maestros á los discípulos, constituyendo casi siempre el patrimonio de una familia. Entonces era frecuente que una sola persona fuera al mismo tiempo, sacerdote, jefe de la familia, y depositario de los secretos de la ciencia. Tales fueron entre los Judios; los Patriarcas Abraham, Isaac, Jacob: entre los Griegos; los héroes, tales como nos los pinta Homero; Hércules, Teseo, Jason, Aquiles, Ulises etc.: á quienes vemos despues del combate ocupados, unas veces, en curar las heridas de sus compañeros de armas; otras, en preparar su alimento; otras, un sacrificio; otras, una ceremonia fúnebre.

Hemos ya dicho que Machaon y Podaliro hijos de Esculapio; eran, al par que distinguidos capitanes, escelentes cirujanos y que la mayor

parte de los guerreros que asistieron asistieron al sitio de Troya se alababan de haber sido discípulos del Centauro Chiron. Tambien sabemos que los Egipcios atribuian la invencion del arte de curar y todos los demás artes y ciencias á muchos de sus reyes, principalmente á Hermes, autor, segun ellos, de muchos libros que contenian los secretos médicos de entonces. Lo mismo decían los Caldeos respecto de Zoroastro, los Chinos de Cinningo y Hohanti. En una palabra, la misma tradicion con algunas ligeras variantes vuelve á encontrarse en todas las naciones famosas de la antigüedad, deduciendo de esto que los primeros mandatarios de los pueblos eran al mismo tiempo médicos y sacerdotes. Por eso llamamos *patriarcal* á esta primera fase de la profesion, porque el ejercicio de la medicina constituia una especie de patronazgo, de proteccion.

Segunda fase. Cuando las tribus ó poblaciones nomados se agruparon para formar naciones, cuando principiaron á tener industria, cuando fueron acrecentando sus conocimientos, con ayuda, sobre todo, del admirable artificio que permite fijar las ideas y dar cuerpo á la palabra fugitiva, entonces ya no fué posible que un solo hombre retuviera en su memoria cuanto se sabia, ni tampoco que una sola mano dirijiera los destinos de una asociacion por pequeña que fuese. Viéronse, pues, obligados á compartir las funciones sociales segun las circunstancias, pero siempre con la particularidad de conservar en muchos paises y por mucho tiempo en una sola persona el sacerdocio y el ejercicio del arte de curar. Así sucedió en Egipto, cuyos sacerdotes en tiempo de Moisés egercían la medicina y las demás profesiones liberales; estaban divididos en muchos órdenes y cada uno aprendia solo aquello que debia practicar. El legislador de los Hebreos, educado por los sacerdotes, introdujo la mayor parte de sus prácticas entre los Judios y confió á los Levitas el culto y el ejercicio de la medicina y el de la higiene pública, la única parte de la ciencia que menciona en sus leyes.

En Grecia despues de la ruina de Troya hasta la dispersion de la sociedad pitagórica, los Asclepiades eran los únicos médicos á quien el público respetaba; sus templos se convirtieron en dispensarios donde acudian á consultar los enfermos de todas partes y aplicarse los remedios. Casi lo mismo sucedia en los demás paises; lo hemos visto entre los antiguos Galos, y los habitantes de las islas británicas, entre los Chinos, los Japoneses, los Tártaros, los Africanos y los del nuevo continente, y lo veremos aparecer en Europa, en tiempos aun mas próximos á nosotros cuando á la civilizacion romana la reemplace la barbarie de los prime-

ros siglos de nuestra era. Esta coincidencia que podría llamarse universal no debería ser efecto de la casualidad, y es fácil esplicarla, si se tiene en cuenta que en los siglos de ignorancia y supersticion, se consideraba á las enfermedades, mas bien como un castigo del cielo, una advertencia de la cólera divina ó el resultado de alguna influencia maligna, que como efecto de causas naturales. Por eso creian que era preciso conjurar esta cólera, tanto, al menos con oraciones, con espiaciones, con sacrificios, con exorcismos, como con remedios sacados de la misma naturaleza. Con esta disposicion de los espíritus era casi inevitable separar á los sacerdotes del ejercicio de la medicina, porque tambien ellos participaban de la opinion general y creian que una de sus obligaciones era el curar los enfermos. A esta fase la daremos el nombre de *sacerdotal.*

Tercera fase. El clero, sin embargo no quedó siempre en ciertos paises en posesion esclusiva de los secretos médicos, llegó tiempo en que el arte se enseñó públicamente y todo ciudadano podia dedicarse á su estudio y ejercicio. Esta resolucion se llevó á cabo primeramente en la Grecia, y hemos visto que se había manifestado hácia el principio del siglo V. antes de Jesucristo, despues de la dispersion de la sociedad pitagórica. Hemos tenido en cuenta alguna de las circunstancias que acompañaron á esta reforma, entre otras la publicacion de las doctrinas de las Escuelas médicas de Cnido y Coós: hemos dicho tambien como las familias médicas que estaban encargadas de la direccion de estos institutos y que pretendían descender de Esculapio, se asociaron de grado ó por fuerza á este movimiento intelectual, abriendo al público sus enseñanzas y divulgando sus secretos.

Es probable que mucho tiempo antes de esta revolucion, hubiera en Grecia y en otras partes, individuos que no fueran sacerdotes y que sin embargo, ejercieran el arte, pero estos no pasaban de ser unos médicos de baja estofa, verdaderos charlatanes depositarios de alguna panacea ó receta de familia; herbolarios, pero no verdaderos depositarios de la ciencia médica de su tiempo, pues solo los Asclepiades lo eran y la trasmitian únicamente á los iniciados. No sucedió lo mismo despues de la revolucion que hemos citado; entonces la ciencia pasó al dominio de todos y para ser admitido en ella, bastaba tener lugar y medios para comprar libros y pagar á los Maestros. La ciencia ganó mucho con esta trasformacion, pero la profesion decayó considerablemente en el ánimo del pueblo porque no veia desde entonces en ella mas que una especulacion. Esta reforma se estendió de Grecia, á Asia, á Egipto, penetró en Roma en

tiempo de la segunda guerra púnica, pero tardó en hacer adelanto alguno hasta que no vino en su ayuda el talento y la elocuencia de Asclepiades de Prusa, porque hasta entonces había sido allí la medicina una especie de patriarcado. El mas anciano ó mas instruido entre los parientes trataba á los enfermos de la familia como mejor le parecia, sin que los sacerdotes se entrometieran, mas especialmente, que los gefes de familia en estas funciones. Caton el censor se habia ocupado mucho de esta medicina doméstica, ha escrito un libro en el cual recomienda la berza como un remedio soberano en una multitud de casos. Veneraba el número tres como los pitagóricos y no se desdeña de trasmitir á la posteridad las palabras mágicas que el creia buenas para ayudar á reducir las fracturas y luxaciones.

Si esta medicina no es de ordinario la mas ilustrada ni la mas eficaz, en cambio es la mas suave y la mas desinteresada; por eso el viejo censor conservó hasta su muerte un odio implacable á los médicos verdaderos. He aquí los términos con que se dirije á su hijo Marco para que aborrezca como él á los médicos. «A su tiempo te diré lo que pienso de los Griegos y lo que hay en Atenas mas digno de aprecio; conviene estudiar, así como de paso, sus artes y sus ciencias, pero no profundizarlas. Yo volveré á ocuparme al fin de esta raza perversa y fiera; sin embargo, estate seguro, como si te lo digera un adivino, que tan pronto como esta nacion nos comunique sus conocimientos, echara á perder, corromperá cuanto toque, y lo hará con tanta mas facilidad y holgura, si nos trae además sus médicos Estos han jurado matar con su ciencia à todos los creyentes en ella, y todavía exijen un estipendio á cuantos prestan sus cuidados, á fin de que se fien mejor de ellos y puedan acabar con mas facilidad con su vida. Son bastante insolentes para llamarnos bárbaros como hacen con los demás, y aun nos tratan con mas desvergüenza, pues nos llaman *opicos* (1) (*Cato De re rústica.*)

Si el odio de Caton parece ciego y ridículo como todo lo que exagera, preciso es convenir por otra parte que los médicos griegos que venían á Roma daban motivo á estas invectivas. La mayor parte eran unos intrigantes, sin instruccion, sin educacion, sin mas objeto que hacer fortuna y dispuestos á cometer toda clase de bajezas con tal de conseguir su objeto. Así los retrata Galeno, como ya hemos tenido ocasion de decir en otra parte. El mismo Asclepiades de Prusia cuyo talento es indisputable y que parecía estar autorizado á ejercer con dig-

(1) Los antiguos designaban con este nombre á los habitantes de los campos. N del T.

nidad el arte, no tuvo reparo en acudir á estos vergonzosos medios, pues prometía curar á todos sus enfermos de una manera *pronta, segura y curable*. «Cualquiera, dice, que conozca bien la medicina, no estará nunca enfermo. La fortuna se encargó de confirmar este aforismo en su persona, por que dejó esta vida á una edad muy avanzada sin haber estado enfermo, pues murió de un accidente. Este ejemplo de avaricia tuvo por desgracia muchos imitadores: algun tiempo después uno entre ellos mostró una imprudencia mayor. Fué Tésalo de Tralles, hijo de un tejedor, y tejedor él mismo, muy inferior en todo á su maestro, pero mas desvergonzado que este. Se presentaba en público acompañado de una turba de discípulos, aprendices de panaderos, tejedores, cortadores, cardadores y otros oficios por el estilo, los cuales cantaban á voz en cuello las excelencias del maestro. Desde luego se advierte cuanto ruido metería una gente tan ignorante y cuanto ensalzarian á su director. Este llevó su audacia hasta escribir á Neron, diciéndole que todos cuantos médicos habían existido nada habían hecho en beneficio de la ciencia y de la humanidad; solo él era el autor del verdadero método de curar. La crónica refiere que alcanzó un éxito estraordinario ¡pero qué siglo! ¡qué príncipe!

A Roma acudían, mas que á parte alguna, muchos y malos médicos. Galeno esplica esta circunstancia del modo siguiente: «En una gran ciudad como es Roma, es muy fácil á un extranjero y á un romano ocultar su nombre, su orígen, su fortuna y su conducta. No se juzga de las personas mas que por el boato con que se presentan en público, y si por casualidad llega á saberse quien es, le basta mudar de barrio para que nadie le conozca. En un pueblo pequeño todos los habitantes se conocen, se sabe quienes son sus padres, que educacion dieron estos á sus hijos, cuál es la manera de vivir de cada uno, de suerte que es muy difícil el engaño, ó acaso imposible.»

En medio de este desbordamiento del charlatanismo, la salud de los ciudadanos se encontraba á merced del primer impostor que se llamaba médico, porque no había medio de distinguir al hombre honrado del embustero. Tal desórden no podía durar mucho y el esceso de mal dió mârgen á medidas represivas, como sucedió al poco tiempo. A esta tercera fase de la profesion la llamaremos *fase laica libre*.

Cuarta y última fase. El abuso que ocasionó la libertad sin límites del ejercicio del arte, obligó al Senado romano á intervenir y oponerse á tales escesos de una manera firme y digna. Aquí empieza para la profesion otra nueva fase que llamaré *fase laica organizada ó legal*.

El emperador Antonino Pio fué el primero que se ocupó de esto, menciona en muchos de sus decretos, inmunidades que disfrutaban los médicos de Beneficencia, de los partidos y del ejército. No es esta todavia la ocasion de compulsar las pruebas, basta con enunciarlas. (1)

Es preciso remontarse hasta los Emperadores cristianos para descubrir los primeros rudimentos de una verdadera organizacion médica. Solo entonces es cuando el título de *Archiato* recibe un carácter legal al cual son unidas ciertas funciones, mientras que antes no era mas que un título honorífico, una distincion ambicionada por la vanidad y con frecuencia usurpada. Andromaco, médico de Neron, fué el primer Archiato, porque Galeno que lo era de Marco Aurelio no llegó á conseguir llevar este nombre.

Desde el reinado de Constantino el Grande el nombre de Archiato se encuentra con frecuencia en los edictos de los Emperadores; con él designaban, unas veces, á los médicos de la córte; otras, á los de inferior categoría, como á los de las ciudades y los campos. Había, pues, dos especies de Archiatos; *los palatinos* que formaban parte de la servidumbre imperial, figuraban entre los empleados mas distinguidos de la córte, y á veces se les conferían las primeras dignidades con notables privilegios. Estos disfrutaban en el siglo V el título de condes, duques y eran los confidentes de los emperadores (2).

Los otros llamados *populares* formaban en cada ciudad una especie de colegio encargado de la higiene y policía de las poblaciones. Nadie podía ejercer la medicina en su jurisdiccion sin ser antes examinado y aprobado por ellos, y si alguno se preparaba á hacerlo sin este requisito, le echaban una multa de dos mil dragmas. El Estado pagaba á estos que gozaban tambien de muchos privilegios, pero no de tantos como los palatinos. En cambio de estas ventajas, tenían la obligacion de visitar gratis á los pobres; no así á los ricos que tenían que abonarles sus derechos de asistencia. Los que no pertenecían al colegio no tenían la obligacion primera, pero tampoco percibían sueldo del Estado ni disfrutaban de privilegio alguno; vivían del producto de su trabajo. Estos eran diez en las ciudades de primer órden, siete en las de segundo y cinco en las demás. Los municipios y las personas mas notables los elejían segun sus méritos. (3)

---

(1) *Código de Justiniano.* Lib. X. Tit. LII.—*De los Profesores y los Médicos I.—El digesto,* libro XXVII, tit. I.—*De las disculpas.*
(2) *Historia de la Cirujía.* Lib. VI, t. II, pág. 715.
(3) Digesto, lib. L, t. IX *De los decretos oficiales.*

Tal fué la primera organizacion médica destinada á acabar con la anarquía de entonces, organizacion que duró hasta la destruccion del imperio romano por los bárbaros del Norte. En este periodo, que corresponde al año 400 de la era cristiana, figuran por primera vez personas encargadas de confeccionar los medicamentos propinados por los médicos (1). Eran muy parecidos á nuestros boticarios, aunque se diferenciaban mucho por su saber y posicion social. Antes los médicos preparaban ó hacian preparar á sus discípulos y sirvientes los remedios que disponian, segun se advierte en muchos pasajes de Hipócrates y Galeno. Los farmacópolas que mencionan los escritores anteriores al siglo IV no eran mas que droguistas ó herbolarios, á quienes se dirigian los médicos para proveerse de las sustancias que necesitaban. Acaso tambien alguno de estos tenia dispuesto algunos de un uso frecuente y diario, como la triaca. (2)

CAPÍTULO III.

Instituciones accesorias á la medicina.

Comprendo bajo este título los hospitales, los hospicios, los dispensarios, todos aquellos establecimientos, en fin, donde se daban los ausilios de la ciencia á las clases menesterosas. La antigüedad pagana no nos ha legado ningun establecimiento benéfico, al menos que no se considere como tal uno de los gímnasios de Atenas llamads *Cynosargo* en el cual recogian y daban de mamar á los recien nacidos abandonados criándoles hasta que llegaren á la edad de servir á la república ó bien trabajar en los pritaneos que habian creado muchas ciudades de aquel país para alojar y entretener á los ciudadanos que habian merecido bien de la pátria. La Roma republicana ó imperial jamàs tuvo establecimientos de este género, los suplia con frecuentes repartos, ya de víveres, ya de tierras, con el perdon de las contribuciones atrasadas ó con el pago de una parte de las deudas particulares, con el permiso dado á los padres de abandonar á sus hijos recien nacidos cuando carecian de medios para alimentarlos, con la autorizacion para que pudie-

(1) Oribasio, *A Eunapio. En el premio de los Euporistos.*

(2) Dujardin y Peyrilhe, *Historia de la cirujia*, lib. V, t. II, pág. 61 y siguientes. Segun estos autores el primer ensayo de organizacion médica data desde el imperio romano en el IV y hasta en el III siglo de nuestra era, mientras que segun Cuvier no empezó hasta el VI, segun el modelo de los Establecimientos científicos fundados en Persia por los Nestonianos. (*Historia de las ciencias naturales*, por G. Cuvier, redactada por Mr. Magdalena de San Agy. Paris 1841, t. I, pág. 407.)

ran enlazarse las familias plebeyas con las patricias. El amo mantenia y cuidaba á sus esclavos como propiedad que era suya, ni mas ni menos que á sus ganados. El derecho de hospitalidad, establecido entre las familias, ciudades, villas y lugares aseguraba al viajero la subsistencia y el alojamiento.

Pero ninguna de estas instituciones se parece á los hospitales de hoy, nada de esto da una idea de estos Establecimientos. Al Cristianismo debemos la fundacion de las primeras hospederías y de los primeros hospicios. (1) Santa Paula, dama romana, al terminar el siglo V. despues de haber brillado en el mundo y dado ejemplo de las mas raras virtudes se retiró para continuar con mas libertad una vida llena de abnegacion y desinterés. Marchó á Jerusalen, cuna de la fé, teatro de las mas grandes maravillas, allí se asoció á otras mugeres animadas de los mismos sentimientos piadosos y formó con ellas bajo la direccion de San Gerónimo *(2)* una congregacion que compartía el dia en leer libros santos y en practicar obras de caridad. La multitud de fieles que venia á visitar estos lugares sagrados, los que por iguales motivos habian fijado allí su residencia, estaban con frecuencia espuestos á las mas duras privaciones y aun cuando soportasen con un valor heróico y una resignacion estoica sus desgracias, no podrían menos de impresionar á sus hermanos en Jesucristo, especialmente en los casos de verlos enfermar y sin auxilios. Crearon para estos casos asilos donde alojarlos y atenderlos en sus enfermedades, allí recibían el cariño y los cuidados de una caridad la mas ingeniosa, á la par que la asistencia médica, eran para estos desgraciados una verdadera providencia. Los que á estas prácticas se dedicaban, pensaban que este era el mejor medio de que Dios perdonara sus debilidades, todas sus imperfecciones y creencias; tales eran las mas á propósito para exaltar la compasion instintiva de un sexo eminentemente simpático.

Estas santas mujeres fundaron un hospicio para los pobres enfermos, y á fin de poner el último peldaño á esta obra de misericordia, compraron una casa fuera de la ciudad, donde enviaban á los convale-

(1) Consultar sobre esto á Percy y Willaumo. *Memoria sobre esta cuestion: «Los antiguos, tenian establecimientos públicos para los pobres, los huérfanos ó los desamparados los militares, enfermos ó heridos* ó no? Que es lo que habia de cierto. Paris 1815 en 8.°

(2) A este santo se atribuyeron las primeras noticias que nos dá la historia acerca de los hospitales. Refiere que un insigne varon llamado Occeanio gastó todas sus riquezas en fundar un lugar en el cual se recogiesen y fueren asistidos todos los enfermos de las inmediaciones y designa esta institucion con la voz de *nosocomium* que como se sabe es de origen griego y formada de *nosos* enfermedad y *comeo* curo, la cual empleó antes San Gerónimo que otro alguno. Y hablando de Sta. Paula dice que los Médicos de los hospitales la aconsejaron el uso del vino para preservarla de la hidropesía. N. del T.

cientes á respirar un aire puro y disfrutar de los encantos de la campiña tan saludables á estos. Tambien en este mismo siglo se instituyó en Etiopía una religion hospitalaria con el nombre de *San Antonio Abad* que se hizo despues órden militar, y acaso á su imitacion se creó en Francia la que en fines del siglo XII y principios del XIII se estableció con el mismo título y tuvo á su cuidado y direccion en Europa muchas casas-hospitales para los atacados de la terrible enfermedad llamada *fuego sacro, fuego pérsico, fuego de San Anton*, la cual parece no era otra cosa que el ergotismo gangrenoso bajo una forma epidémica ó por lo menos muy general, y que en los referidos siglos hizo terribles estragos en España y en las islas Baleares. Posteriormente se han creado otros asilos benéficos bajo nombres distintos en otros paises por asociaciones fundadas por el celo caritativo y verdaderamente religioso de los cristianos, que han concluido por ser verdaderos hospitales; tales son los de San Juan de Dios, del Amor de Dios, de la Misericordia, de San Vicente de Paul, etc. Despues los emperadores, los reyes, los califas, levantaron á porfía grandiosos edificios para aliviar las miserias humanas, dotándoles de rentas con que atender á sus necesidades. Crearon dispensarios, asilos de beneficencia, concluyendo por fin por convertir á estos asilos en escuelas médicas que contribuyeron grandemente á los progresos del arte.

MEDICINA HISPANO-GODA.

* Llevamos dicho en el anterior periodo, que los Godos, los Suevos, los Vándalos, vinieron en los primeros siglos á reemplazar á los Romanos en nuestro país. Estos, débiles, flacos, sin valor cívico, tuvieron que dar paso á otros menos afeminados, mas fuertes y mas ansiosos de estender sus dominios por otros paises. Huestes numerosas de habitantes del Norte acaudilladas por el soldado Constantino, proclamado Emperador por las legiones romanas sublevadas de la Gran Bretaña, ocuparon las Galias, atravesaron los Pirineos, arrollaron y acuchillaron las legiones de los generales de Honorio, último Emperador romano, y se estendieron por el territorio de la Península, destruyendo á su paso cuanto no convenia á sus propósitos de conquista y venganza. Las ciencias, no muy adelantadas por cierto entre nosotros en los siglos anteriores á los romanos y durante su dominacion, tendrían que resentirse de la oscuridad en que se hallaba envuelto el génio de los nuevos conquistadores, mas fuertes que morigerados, mas rudos que instruidos.

Estos que estaban persuadidos que los Romanos habian alcanzado aquél grado de decadencia y debilidad en el cultivo de las ciencias y de las artes, tenian horror á los sábios, á los matemáticos, á los filósofos. La ignorancia era muy grande ya en el siglo VI y llegó á su colmo en el VII. En este siglo bastaba que un eclesiástico alcanzára á salmodiar el canto llano para ser tenido por un sábio. La medicina tendría que sufrir como las demás ciencias el trabajo de destruccion comenzado en todas las comarcas romanas ocupadas entonces por aquellas razas semi-salvajes que odiaban hasta el nombre de los antiguos poseedores del territorio ibero. El nombre de *Romano* habia llegado á ser entre ellos un epíteto el mas injurioso que un hombre podía dirigir á otro. No habian, pues, de ocuparse de crear escuelas, establecer métodos para enseñar ni levantar monumentos que atestiguaran sus deseos de hacer progresar la ilustracion algo mas que lo que fué en el periodo anatómico. Así parece ser lo cierto porque no puede probarse históricamente que hubiera medicina española y verdaderos médicos españoles en aquellos siglos. No conocemos documento alguno del nombre, escritos ú opiniones de médico alguno, ni de escuelas donde se enseñara la ciencia con método. Las mismas leyes godas arrojan mucha luz para pensar de esta manera, ellas demuestran de una manera indudable que los encargados de la asistencia de los enfermos eran personas de poca ó ninguna instruccion y de conducta sospechosa. Por aquella legislacion (1) «el físico y el barbero (que les coloca en el mismo rango) no pueden curar ni sangrar una mujer sin que estén presentes sus allegados, ni visitar los presos sin que lo presencie el carcelero, porque dice la ley (2) *non demanden que les de alguna cosa con que mueran, de beber.*

(3) Los físicos contrataban la asistencia de los enfermos con la condicion de no recibir estipendio alguno si el enfermo se moria. (4) Si sangraban á alguno y este enflaquecía por la sangría, decian: *que pague el físico 150 sueldos,* y si muere, *metan el físico en poder de los parientes que fagan de él lo que quieran.*

Con leyes tan opresoras y repugnantes no es posible que existieran médicos instruidos y reglamentados, cual pretenden algunos historiadores. Ningun hombre que se apreciara en algo, podia dedicarse á su

(1) Fuero juzgo, Ley I. Euricó.
(2) Idem Id., Libro 11., Ley II. Euricó.
(3) Idem Id., Ley IV. Euricó.
(4) Idem Id., Ley VI. Euricó.
N. del T.

estudio y ejercicio con disposiciones que le hacian responder con su bolsillo y su cuerpo del éxito de la enfermedad, y no así como quiera, *sinó entregado á los parientes del difunto para que fagan de él lo que quieran.*

Otras muchas leyes hay referentes à la enseñanza, á los hechiceros, adivinos, encantadores etc., que demuestran bien el estado de ignorancia de aquellos tiempos. Hay una referente á lo primero que dice así. (1) El *físico que enseñe á un discípulo, recibirá doce sueldos por su trabajo,»* cantidad que por cierto no llega á la duodécima parte de la multa que se le imponia al maestro, por si solo enflaquecia el enfermo despues de hacerle una sangria. Se conoce por esto sin grande esfuerzo lo poco que apreciaban á la mas benéfica de las ciencias y del ningun empeño que tenian de sacarla del estado de postracion en que se hallaba. No habia pues medicina científica, ni médicos que sirvieran de intérpretes de sus adelantos y decisiones, al menos en lo que se refiere á Profesores civiles. Si algo se sabia, si algun impulso progresivo recibieron las ciencias en aquel período de descomposicion, fué debido á los Clérigos, que mejor educados respectivamente que los Seglares, habian de tener mas desenvuelta su inteligencia y mas en armonía con la educacion que recibieron, circunstancia en verdad muy á propósito para que esta clase se hiciera dueña del poder y de las creencias. Los sacerdotes encargados de conservar la pureza del dogma, de moralizar y suavizar las costumbres, se abrogaron facultades y derechos que redundaban en provecho de sus asociados y en perjuicio de aquellos que diferian en opiniones religiosas, como acontecia con los Judios. Emplearon, pues, una terapéutica mística basada mas bien en supuestos milagros, conjuros, oblaciones y exorcismos, que en verdaderos remedios capaces de hacer desaparecer las enfermedades, práctica que daba un fruto muy distinto que el que obtenian sus compañeros civiles.

El médico clérigo no vacilaba en asegurar que sus descalabros eran debidos al enojo de la divinidad, no á su ignorancia, y sus triunfos á Dios y á su ciencia; salvando de este modo su responsabilidad médica y su reputacion de las hablillas del vulgo, cosa que no acontecia á sus compañeros no clérigos que la ponian siempre á prueba y muchas veces en grave peligro. Pero por lo mismo que gozaban de mayor prestigio que sus compañeros *los físicos,* habian de cometer mas faltas en su

(1) Fuero juzgo, Libro 11, Ley VII. Vense otras muchas correspondientes à Sisenando, Recesvinto, etc.
N. del T.

primitivo y sagrado ministerio, dando así lugar á quejas y reformas de importancia. Vinieron despues los concilios, publicaron nuevas leyes que prohibieron el estenso y libre ejercicio de la profesion á la mayor parte de estos médicos regulares, quedando solo vinculado este privilegio en algunas órdenes religiosas, como las de San Juan de Dios y la Merced.

La Cirujía que no transige con la terapéutica mística y adivinatoria como su hermana la medicina, que no establece indicaciones sin un fundamento sólido y muchas veces tangible, se cultivaba entre aquellos sacerdotes médicos con bastante acierto y regularidad; contaba con el conocimiento y práctica de bastantes operaciones, entre ellas la Cesárea que hizo con felíz resultado en Mérida (Estremadura) el Médico y Obispo Paulo despues de un estudio detenido del hecho que la motivó. Ignoramos si los demás ramos del arte sufrieron algun adelanto, ó si por el contrario cayeron en un olvido lamentable por culpa de estos profesores ó por la de los Gobiernos de entonces. La historia nada nos enseña, ó si algo dice alusivo á esto, está lleno de dudas que sirven mas para confundir al que las trata de desenmarañar, que para arrojar luz sobre ellas. Lo único que parece cierto es, que los sacerdotes contribuyeron á mantener vivos los recuerdos médicos que encontraron en España y acaso á acrecentarlos algo mas que lo que ya estaban, cosa, en verdad, de grandísima importancia en un período histórico tan sugeto á controversia como es el que examinamos. Basten ahora estas indicaciones que podrán servir en lo sucesivo á los que se dediquen á desentrañar las oscuridades de la historia para resolver las dudas que abrigan hasta hoy todos los que la rinden culto.

Ocupémonos, pues, de otra medicina y de otros médicos, aun cuando para hacerlo, tengamos que alterar el órden cronológico, medicina y médicos que han impreso un carácter especial al período que sigue devido á la índole y natural disposicion de los dedicados á su estudio. Es la medicina hebrea y los hebreos sus intérpretes.

MEDICINA HISPANO-HEBREA.

Ningun historiador ha podido hasta ahora marcar la época de la venida de los Judíos á España, algunos la hacen coetánea á la de las primeras colonias que la invadieron. Cuando Roma subyugó á la Judea, muchos de los que pudieron librarse de las iras de su nuevo dueño buscaron un nuevo asilo en Oriente, en Babilonia, en Egipto y en

nuestro país. Su diseminacion hizo que carecieran de verdadera pátria y de interés para adoptarla, y que errantes por el globo, no tuvieran otro móvil que aumentar sus riquezas, para poder ser útiles á sí mismos y conservar su independencia en medio de los paises que los habian dado asilo. Por eso se dedicaron al comercio y al cultivo de las ciencias que, como la medicina, habian de acrecer su importancia é influencia para con sus opresores. Su número fué aumentando poco á poco en nuestra Península con la venida de los Romanos, de los Godos, de los Arabes y de las naciones que sucesivamente fueron ocupando el territorio.

Muchos escritores al ocuparse de la medicina hebreo-española nos hablan de obras, nos señalan escuelas públicas donde se aprendia la ciencia y donde se conferian grados que autorizaban á su ejercicio, pero lo hacen sin apoyarse en documento alguno que justifique su opinion. Verdad es que los judios españoles han desempeñado un papel importantísimo en la Historia de la medicina pátria, que han prestado verdaderos servicios á la ciencia en España, que su reconocida capacidad hacía que los Reyes y los Príncipes les eligieran para que cuidaran de su salud; pero de esto, á ser verdad que egercieron y enseñaron metódicamente la ciencia haciéndola llegar á un alto grado de esplendor en los primeros siglos de nuestra era, hay una gran distancia. Su importancia social y científica no empieza hasta el siglo XI. porque antes subyugados por las leyes bárbaras (1) de los dominadores del país no llamaban la atencion. Veamos sinó lo que dice Rodrigo de Castro en su Biblioteca de autores sabios españoles. «Las edades de las Talmudistas ó Emorain concluyen en el año 505 de nuestra era. De estos Emorain y de los sabios que les sucedieron en las Academias de Pombidita y Mehasíad en Persia fueron discípulos los judios españoles descen-

(1) He aquí algunas: Fuero Juzgo—*Ley 12*—Que ningun judio circuncide servo chistiano—Mandamos que ningun judio non compre servo christiano nin lo reciba donado, é si lo comprar ó recibir donado é lo circuncidar, pierda el precio que dió por él, é el servo christiano sea fecho libre, é el judio que circuncidar servo chistiano pierda todo cuanto há, é sea todo del rey ó el servo ó la serva que non quisier ser judios deben ser libres.

Ley 13—Que ningun judio se torne chistiano.

Ley 14—Que ningun servo chistiano se torne judio.

Ley 15—Que ningun chistiano comprase á ningun judio.

En vista de estas leyes, los judíos de Toledo hicieron una abjuracion y protestacion en tiempo del Rey Recesvinto. Posteriormente por decreto del Rey D. Juan I., dado en Sória el año 1380 y por una disposicion de las Córtes, celebradas en Toledo el año 1480, volvieron á sufrir las vejaciones que antes, vejaciones que vino á aumentar la bula espedida en Roma por el Papa Sisto IV. creando la inquisicion en España, la que despues dió varias órdenes para la estincion de los judíos que no llegó á consumarse hasta su total espulsion por los Reyes católicos. Hoy han desaparecido todas estas trabas y los adoradores de las tablas de la Ley mosáica pueden dedicarse á su culto y sus quehaceres bajo el amparo de las leyes.

N. del T.

dientes de las tribus de David y de Judá que se establecieron en España despues de la destruccion del Templo y Ciudad de Jerusalen por el Emperador Tito Vespasiano, como refiere R. Abraham Ben David, en el libro *Sedem Holam: Orden del mundo*; y fueron los mas señalados entre los de otras naciones por su sabiduría, y profunda inteligencia en la ley en las cinco edades de los sábios Rabanam, Seburae, espositores del Talmud, en las ocho de los Gueonim Maestros universales de la Yesiba ó Academia de Pombidita en la Persia y en la edad de los Rabanim en que se empezaron á erigir en España sus Academias, siendo la primera la que se fundó en la Ciudad de Córdova en el año del mundo 2708 (de Cristo 948) por R. Mosch uno de los mas famosos sábios de Pombidita. En este tiempo cesaron las edades de los Gueonim en la Persia y empezaron las de los Rabanim en España y en la primera de esta empieza la série continuada de los escritores sabinos españoles.»

El primer Médico Español judio de que se tiene noticia es *Izchag* que vivia por los años 1010 y que escribió una obra de medicina en castellano, sobre las diferentes especies de fiebres, inclusas las intermitentes, la cual se halla manuscrita en la Biblioteca del Escorial, obra que entre otras cosas dignas de notarse sobre el método mas filosófico de estudiar las fiebres es digno de llamar la atencion el pasage siguiente: «En la fiebre hay que considerar que es, é qual es, como é, «porque é, donde nace, é donde é, é como se cria, ca en demandar de «la fiebre si es, será gran sandez. Ca vemos é entendemos que fiebre «es de muchas maneras: mas comencemos á saber que es la su defini«cion, sabremos la su natural é la su sustancia cual es, ca así se de«muestra la sustancia cual es de las cosas.»

Gran sandez, dice este judio, que es creer en la esencialidad de las fiebres, calificacion que estampa tambien el fraile Rodriguez en su *Palestra Médica*, y en nuestros dias el mismo Brousseais á quien se le considera como el inventor de la idea.

Este mismo médico judio escribió un libro de *Moral Médica* que bien pudiera servir hoy de modelo á los escritores de nuestros dias. Hay en él un capítulo con el epígrafe de «*Cual debe ser el discípulo*» digno de llamar la atencion de cuantos escriban sobre el asunto. Encarga que el discípulo honre al maestro, sea obediente á sus mandatos cual si fuera su padre, que sea laborioso, que atienda lo mismo á los pobres que á los ricos, que sea prudente, reservado, continente, modesto, estudioso, humilde, caritativo y religioso, todo con el propósito de ser útil á sus enfermos.

Otro de los célebres judios que merece particular mencion es el Cordobés Moseh-Ben-Maiiemon (*Maimonides*) por otro nombre Ramban, que adquirió gran renombre literario por sus grandes conocimientos lingüisticos, por sus aforismos médicos dignos de tanta estima como los de Hipócrates, y por sus compendios de los libros de Galeno y Avicena despojados de aquellas parafrasis peripatéticas de que abundan los escritos del primero.

Maestro Alfonso, conocido entre los de su religion con el nombre de Babi-Abner, nació en Burgos el año 1270, fué médico de la Ciudad de Valladolid donde abjuro el Judaismo. Compuso varios libros entre ellos uno sobre la concordia de las leyes y dejó otros muchos manuscritos que se hallaban en el Monasterio de Benedictinos de la misma Ciudad.

Moseh-Abdalla que tradujo al hebreo y al catalan los Aforismos de Hipócrates. En esta traduccion hace ver este autor el gusto que se tenía entonces en el cultivo de la Medicina clínica á pesar de la diferencia de opiniones filosóficas entre los de su raza y los Arabes, partidarios de Galeno y Aristóteles. Contemporáneo de este Judio fué el anónimo autor de la obra de *Regia medicina prdctica Castellæ*, médico de D. Fernando IV, Rey de Castilla. En ella se ocupa de estudiar á la manera de Hipócrates la influencia de los agentes cosmicos sobre los individuos y las poblaciones, llamando seriamente la atencion de todos hácia un estudio poco cultivado hasta entonces.

Amato y Zacuto, Lusitanos, discípulos del Dr. Alderete, catedrático de la Universidad de Salamanca, dignos de recordarse por su precoz ingenio y asombrosa erudicion. El primero empezó á ejercer la Cirujía á la temprana edad de 18 años y publicó varios libros, comentó á Dioscorides, escribió un opúsculo sobre la manera de visitar los enfermos y otro sobre el modo de proceder al estudio de la Clínica médica. El segundo cultivo la medicina y escribió un libro titulado *Historia Medicorum Principum* destinado á dirijir á los jóvenes en el camino dificil y espinoso de la práctica.

Por último, y dejando á un lado otros muchos, *Himmanuel Gomez*, que además de médico, era poeta; glosó el primer aforismo de Hipócrates y encomió mucho la necesidad que tiene el médico de aprovechar la ocasion en las enfermedades, sinó quiere verse espuesto á sufrir grandes descalabros.

Los médicos hebreos fueron tambien hábiles Cirujanos, pues practicaron graves y delicadas operaciones, como la de la catarata al Rey D. Juan de Aragon, cuando ya tenía setenta años de edad, la de la ta-

lla, fístulas etc. Fueron además escelentes naturalistas y consumados orientalistas como lo confirma la eleccion que se hizo en Alfonso de Alcala, Doctor en medicina por la Universidad de Salamanca, para la traduccion de nuestra Biblia poliglota.

RESUMEN DEL PERIODO GRIEGO.

En tiempo de Galeno todavía se disecaban animales, y este mismo Profesor nos dice que hacia sus demostraciones en monos cuya organizacion se aproxima mucho á la del hombre. Muchas veces aun, los médicos que seguian á los grandes ejércitos, obtenian permiso para abrir el cuerpo de alguno que hubiese muerto en el campo de batalla; pero tal costumbre llegó á perderse por completo. Ya no se estudió mas que en los libros la organizacion humana, los cristianos tenian mas repugnancia á su estudio práctico que los mismos paganos, y los Padres de la Iglesia primitiva lanzaron anatemas contra esta profanacion de los restos del hombre.

Este abandono de la anatomía ayudó mucho á la decadencia del arte de curar, pero tambien hubo otras causas tan poderosas que contribuyeron á ello. Una de las primeras y mas principales fué la rápida propagacion del cristianismo que acabó con todas las escuelas paganas, desacreditó las ciencias profanas y concluyó con su enseñanza, reanimó ó creó de nuevo en todas las inteligencias el gusto á las disputas religiosas, pasion que hizo tanto daño á la nueva iglesia y apresuró la caida del imperio de Oriente. La segunda fué los pocos que cultivaban las ciencias profanas unidas entre si de una manera muy defectuosa, esplicaban los hechos naturales del mismo modo que los antiguos, sin atreverse á añadir nada nuevo á lo dicho por estos. Alejandro de Tralles y Pablo de Egina en el trascurso de mas de cuatro siglos parecieron algo originales; el uno con algunas observaciones que enriquecieron la patología y la terapéutica internas, y el otro perfeccionando algunos métodos y procederes en Cirujía.

Pero si el periodo que acabamos de estudiar fué perjudicial para las ciencias, no lo fué para las mejoras sociales. Principió á organizarse y reglamentarse el ejercicio del arte poniendo coto de esta manera á los escesos del charlatanismo. Se publicó una ley para refrenar estas intrusiones, la cual exigía ciertas condiciones de capacidad y crédito de parte del que quería egercer la profesion, ley que respondía á una necesidad apremiante para el buen servicio de la generalidad. En fin,

los establecimientos de caridad creados entonces se convirtieron en centros de instruccion médica.

Este periodo primero de transicion no ha sido perdido del todo para el porvenir de la ciencia, y sobre todo para el alivio de la humanidad.

PERÍODO ARÁBIGO.

Principia en la destruccion de la Biblioteca de Alejandría año 640 de la Era cristiana, y concluye al fin del siglo XIV.

CONSIDERACIONES GENERALES.

En la época en que dá principio este período no existía ya el imperio de Occidente, sus provincias habían sido ocupadas por los bárbaros salidos de las selvas de la Germania. Con sus restos formaron muchos reinos independientes, de los que mas notables fueron el de los Francos en las Galias, el de los Visigodos en España y el de los Lombardos en Italia. Justiniano fué el último Emperador romano, cuyas armas sostuvieron algo su brillo en Italia, Africa y España, gracias á la habilidad de alguno de sus generales, especialmente á la de Belisario.

El imperio de Oriente, fuerte todavía, era atacado por todas partes y cada dia perdía alguno de sus apoyos, pareciéndose á una plaza fuerte que los enemigos la tienen sitiada y vé caer poco á poco en su poder los baluartes destinados á sostenerla. Los Turcos habían principiado á recorrer las orillas del Danubio; los Persas, esos eternos enemigos del nombre romano, les hacían una guerra sin tregua, unas veces descaradamente, otras oculta. En fin, acababa de salir de los desiertos de la Arabia un adversario mas temible y que hacía sufrir entonces al imperio crueles pérdidas: este era el pueblo árabe. Allí habia un hombre legislador, profeta y conquistador á la vez, que había reunido bajo un mismo mando y bajo un mismo culto á tribus en otro tiempo divididas y rivales, con las que formó una nacion poderosa y entusiasta, animada de la sed de conquistas y del ardor del proselitismo. Este hombre era Mahoma que se dedicó á propagar su doctrina. Cincuenta años después ya ocupaban sus sectarios toda la Arabia, la Judea, la Siria, el Egipto. El año 640 ó 641 Amrou acabó la conquista de este último reino apoderándose de Alejandría, su capital. Este mismo Amrou condenó á ser pasto de las llamas la Biblioteca alejandrina, en cumplimien-

to de las órdenes del califa Omar, segundo sucesor de Mahoma. Se componía de quinientos mil volúmenes que sirvieron, segun el historiador Abulfarage, para calentar por espacio de seis meses los baños públicos, que pasaban entonces de cuatro mil. Tal fué el primer fruto del Establecimiento del Islamismo. (1)

Felizmente el ardor de hacer prosélitos duró poco entre los príncipes musulmanes y la política fué para ellos de un órden mas elevado que la religion; muchos se dedicaron á recoger los restos de la ciencia antigua escapados al fanatismo ignorante de sus antepasados. Mas tolerantes en materias religiosas que los príncipes cristianos sus coetáneos, acojian sin distincion de pais y de creencias á todos los hombres notables que se re refugiaban en sus estados, dándoles empleos y recompensas proporcionadas á su mérito. De esta manera los filósofos y los perseguidos por hereges, buscaron un asilo entre los musulmanes, llevándoles en cambio sus conocimientos y la civilizacion griega.

Entre los príncipes de esta nacion que se distinguieron por su grande amor á las letras, figura en primer lugar Haroun-al-Raschid, llamado el *Carlo-magno de Oriente*, contemporáneo y émulo en gloria del Emperador de los Francos, el héroe de tantas leyendas y poesías árabes, cuya dominacion se estendia al Asia, Africa y Europa; es decir, desde las orillas del Ganges hasta la Península Española. Embelleció mucho á Bagdad, capital de su nacion, la dotó de escuelas públicas, de mezquitas, de hospitales. Todavía Almamon, su hijo y sucesor, hizo mayores esfuerzos en favor de las ciencias y de las artes, fundó la Academia de la misma capital, que llegó á ser una de las mas célebres de la edad media, y no perdonó sacrificio alguno por atraer hácia sí á los sábios ilustres de todos los paises; encargó á sus embajadores que comprárán todos los escritos de filosófos y médicos que encontráran, y á medida que los recibia los mandaba traducir al árabe. El intérprete Honain, que por cierto era cristiano, se ocupó en esto por espacio de mas de cuarenta años, cada libro que traducía se le pagaba, literalmente, á peso de oro.

* La dominacion árabe en España durante los siglos 10 y 13 hizo progresar mucho las ciencias y las artes. Muchas ciudades tenían escuelas, Academias y bibliotecas públicas: las de Córdoba, Toledo, Sevilla y Murcia fueron célebres en todo el Occidente, y de todos los confi-

(1) Algunos críticos modernos han querido poner en duda el incendio de la Biblioteca de Alejandría por los Árabes, pero Mr. Matter ha consignado este hecho con pruebas irrecusables.

nes de Europa venían á instituirse á estos centros del saber árabe. La Biblioteca de Córdoba, capital del reino, contenía mas de 224.000 volúmenes, El cetro literario y científico había pasado de las manos de los Griegos y Romanos á la de los Arabes; la ciencia de estos estaba dividida en este periodo, entre Baydad; Córdoba y Toledo, entre Asia y España.

Los árabes abrazaron con ardor el estudio de la medicina, se empeñaron en traducir á su idioma todos los libros griegos que tuvieron á la mano y á ellos debemos la conservacion de algunos fragmentos, sin embargo de que poseemos otros que no conocieron; por ejemplo, los escritos de Areteo y muchos libros de Galeno

Los Arabes no hicieron caso alguno de los autores latinos, no conocieron á Celso ni á Celio Aureliano, tuvieron nociones mas incompletas que nosotros de la antigua medicina, aunque estuvieron mas cerca de sus orígenes.

La anatomía y la fisiología, lejos de adelantar entre los árabes, al contrario, retrogradó. Sus médicos jamás disecáron cadáveres y se atuvieron en un todo á lo dicho por Galeno, limitándose á copiar y traducír con la mayor fidelidad posible sus descripciones, trabajo que no solo había de tener las inexactitudes del original, sinó las del traductor cuando este no iba á copiar directamente á la naturaleza. Compréndese por esto que su Anatomía había de ser inferior á la de los Griegos, su modelo.* Sin embargo no faltó algun medico español de esta raza que á pesar de la terminante prohibicion del su código religioso de disecar cadáveres humanos, se propusiese estudiarla y rectificase muchos conceptos de Galeno. Estos fueron Abdalla Tif, médico de Baddad, Mohamad Algapheki y Aberroes, maestros de la escuela de Córdoba. Mohamad escribió un libro con el nombre del *Disector*, ó sea *Anatomía del cuerpo humano*, la cual distribuyó en seis partes que versaban, de los huesos, de los músculos, de los vasos, etc. Aberroes otro en que recomienda al profesor la necesidad del estudio de la organizacion como base fundamental de la ciencia; describe en él los huesos, los músculos, los vasos, los nervios y muchas vísceras. Tampoco desdeñaron ni se atuvieron en fisiología los árabes españoles á lo dicho por Galeno, pues el mismo Aberroes estampa en el capítulo 8.º de su *Coliget* las siguientes palabras que prueban á que altura se hallaban de conocimientos en fisiología, en particular en lo referente á la circulacion de la sangre: *arteriæ quæ portam sanguinem á corde et ramificatæ sunt per totum corpus ad ferendum rem ipstam*; y un poco

mas abajo dice: *manifestum est de anatomía quæ multæ arteriæ á corde mittumtur ad cerebrum.*

Conocieron el papel que la médula desempeñaba en los movimientos voluntarios, digeron que sus cordones eran los conductores de sus determinaciones, no desconocieron la sensibilidad de los órganos, de los huesos, las funciones que muchos de estos desempeñaban; describieron los temperamentos y dieron reglas para modificarlos en beneficio de la salud, en fin, señalaron una infinidad de detalles que no nos es dado indicar en este lugar.

La patología de los Arabes se enriqueció con algunas observaciones nuevas, de las que indicaremos al hablar de sus hombres mas notables. Los médicos de esta nacion fueron los primeros que empezaron á distinguir las fiebres eruptivas por sus caracteres esteriores, cosa que casi omitieron los Griegos. Los de la escuela de Córdoba emitieron ideas muy atrevidas sobre la mayor parte de estas enfermedades y especialmente sobre las fiebres en general y sobre los abcesos, diciendo que su calentura era puramente un accidente que no desaparecería ínterin durase la coleccion que la motivaba. Muchos llamaron la atencion sobre la frecuencia de las enfermedades del aparato digestivo, en particular Abenzoar que dedicó un capítulo entero á su estudio en el tratado 15 de su grande obra. El mismo nos enseña la manera de alcanzar un diagnóstico exácto de las lesiones del corazon sin valerse para ello mas que del estudio ostensible de los síntomas, pues sabido es que este médico no conocía los medios de inspeccion que hoy sirven al práctico para el perfecto conocimiento de las alteraciones de este centro.

La cirujía no se contentó con adiciones insignificantes tales como el uso de pomadas, emplastos, ungüentos; adiciones que estaban muy lejos de compensar las pérdidas sufridas por el abandono de una multitud de operaciones usadas entre los griegos; sinó que las heridas, los abcesos, los tumores, las fracturas fueron objeto de estudio y preferente atencion por los médicos cordoveses.

La terapéutica hizo grandes progresos entre estos. Su materia médica espurgada de todo el fárrago de medicamentos inútiles empezó á retener aquellos que con justicia merecían el nombre de tales. Introdujeron y retuvieron, entre otros, á los purgantes minorativos, como la casia, el maná, el sén, que reemplazan con ventaja en muchas ocasiones á los fuertes, empleados por los antiguos; mejoraron los jarabes, los espíritus, las aguas destiladas mas usuales, estudiaron los efectos de algunas sustancias empleadas como antídotos en algunos envenenamien-

tos, buscaron con afan algunos cuerpos capaces de acabar y deshacer los cálculos vexicales que tanta gravedad llevan en sí y dieron la primacia al aceite de huevos, al bálsamo natural, al de alquimeso etc. Los mismos pensaban y no sin razon alguna, que un solo individuo no podría ejercer dignamente en todo la ciencia médica sin detrimento de su propia instruccion, y al efecto convinieron en separar la terapéutica interna de la esterna. Crearon por consiguiente médicos y cirujanos encargados cada cual del ejercicio de la parte de la ciencia que se les encomendaba ó á la que tenian especial predileccion. Abenzoar Padre decia que los grandes Médicos no deben ejecutar operaciones de Cirujía si es que han de ser considerados por sus compañeros y el público; pero el hijo critica la contestacion de su padre y dice: «mi padre «ha sido uno de aquellos que ha pasado toda su vida sin hacer opera- «cion alguna y si la necesidad le hubiese puesto en el caso de hacerla, «no hubiera sabido, aun cuando hubiera querido practicarla, por no es- «tar acostumbrado. Yo aunque dotado de un espíritu apocado, he que- «rido ejercerla por recreo y por amor al arte: para conseguirlo lo «aprendí con el estudio y despues quise por esperiencia saber la com- «posicion de las medicinas. Quise tambien conocer los huesos y sus re- «laciones; todo esto quise, no solo saberlo, sinó ejercerlo y practicarlo «con mis propias manos y con toda mi voluntad; he seguido y seguiré «siempre este camino por mas vil y despreciable que parezca á los «médicos.»

Fueron, en fin, dogmáticos á la manera de Hipócrates y Galeno y sus ideas médico-prácticas están espuestas en las siguientes líneas que no se desdeñarán acoger los Profesores juiciosos y algun tanto notables de este siglo. *Sola la esperiencia es la guia fiel y la piedra de toque de una práctica racional y la que debe condenar ó absolver á los médicos, tanto en esta vida como en la otra.....que el arte de curar no se adquiere con distinciones lógicas y sutilezas sofísticas, pues solamente el largo uso, acompañado de un principio sólido es el que puede dar al hombre un talento regular.*

Vamos á ver por el conocimiento de la vida de sus hombres mas notables que fué entre ellos el arte.

CAPÍTULO PRIMERO.

Medicina de los Arabes.

§. I.

Razes ó Rasis es el primer Médico algo notable que ha escrito en idioma árabe. Era Persa de orígen y floreció á la conclusion del siglo IX y principios del X. Si se ha de dar crédito á los escritores de su nacion naturalmente inclinados á lo exagerado y maravilloso, era un hombre muy versado en todas las ciencias: en música, en astronomía, matemáticas, química, medicina etc.; lo cierto es que á los treinta años era uno de los profesores mas distinguidos de la Academia de Bagdad, y que venian de muy lejos á escuchar sus lecciones. Elejido entre otros muchos y hábiles médicos para dirijir el gran hospital de esta ciudad, desempeñó su cometido con gran celo é inteligencia hasta una edad muy avanzada. A los ochenta años dejó de visitar por haberse quedado ciego, entonces llegó su reputacion á la cumbre. En efecto se concibe que un hombre empapado en las doctrinas de los médicos antiguos y que por tantos años desempeñó un puesto tan importante adquiriera un gran tino práctico. A este tino debió el sobrenombre de *Esperimentador* con que se le conoce.

Rasis, escribió mucho de filosofía, medicina, historia, química, etc. pero la mayor parte de sus escritos se han perdido ó permanecen olvidados en alguna Biblioteca. Poseemos, sin embargo, dos tratados de medicina, de los que, el uno mas pequeño, y dedicado al Califa Almanzor contiene escelentes consejos para alcanzar á elejir un buen médico. He aquí algunos. «Informaros antes con esmero de los antecedentes de aquél á quien vais á confiar vuestra salud y la de vuestra familia. Si este hombre se distrae con cosas frívolas, si abandona el estudio de la ciencia por otras estrañas á la profesion como la música, la poesía, si es aficionado al vino, á las orgías, guardaos de poner en tales manos lo que mas se debe apreciar en el mundo, la salud. Solo merecerá vuestra confianza aquel que estudie mucho, que vea muchos enfermos, que converse con compañeros mas hábiles, que añada á la lectura constante de buenos autores sus propias observaciones, porque es imposible verlo todo, esperimentarlo todo por sí, y el saber y la esperiencia de un solo individuo comparados con el saber y la esperiencia de todos los hom-

bres, y de todos los siglos se parece á un pequeño arrojo al lado de un rio caudaloso.

El mejor libro de Rasis es el conocido con el nombre del *Continente*. Es una coleccion de lo mas notable que habia encontrado en los autores. Está dividido en dos partes que juntas abarcan treinta y siete libros, formando un resúmen algo confuso de toda la medicina y de toda la cirujía. La primera parte se ocupa de las enfermedades que invaden un solo órgano, como la cabeza etc.; la segunda se ocupa de aquellas que tienen su asiento, unas veces, en una region del cuerpo; otras, en otro; como el flemon, la erisipela, las heridas etc. como tambien de las que afectan toda la economía como las fiebres, la peste etc.

Los libros de que se compone el Continente aunque guardando cierto órden en su colocacion, no constituyen una obra ajustada á un plan uniforme en el que todas sus partes se correspondan entre sí; sinó que mas bien son un conjunto de notas, extractos y ayudas de memoria que no estaban destinados probablemente á publicarse, al menos en el estado en que hoy los conocemos; conjunto rico de hechos y citas eruditas mas interesantes bajo el punto de vista histórico que el científico, porque nada ó poco nuevo encierra que no contengan los autores griegos, á no ser la indicacion de algunos remedios nuevos introducidos por los Arabes en su materia médica, y una mencion especial de las fiebres eruptivas conocidas con el nombre de viruelas. Como los Arabes fueron los primeros que las describieron, se ha deducido de aquí que son originarias de la Arabia, pero habian sido conocidas por los médicos griegos ó latinos de la primera edad. Opinion es esta, sin duda, muy verosimil; mas antes de admitirla de una manera absoluta, veamos lo que dice el mas antiguo documento auténtico que poseemos relativo á estas enfermedades. En el Continente, en su libro treinta, Rasis se espresa así: «Galeno dice en su cuarto libro del hábito que los antiguos llamaban flemon una cosa muy caliente, como la erisipela, las viruelas, enfermedades que son producidas por la bilis. Repite esto mismo en el tratado del pulso y en el libro noveno de las enfermedades internas en estos términos: «Las materias escedentes que no se mezclan con la sangre se pudren, disminuyen con el tiempo y dan orígen á erisipelas, viruelas, etc.»

El mismo dice en el libro cuarto del pulso; «La sangre se pudre mucho en las apostemas, las viruelas y las erosiones hasta el punto de quemar la piel.» Yo mismo digo que Galeno á llamado las viruelas por su nombre, que ha trazado su tratamiento particular como puede infe-

rirse de sus espresiones, puesto que las considera como una especie de crisis.»

Claro es por esto que Rasis no consideraba las viruelas como una nueva enfermedad, ni como originaria de su pais. Su testimonio es de un gran peso en la cuestion de que se trata, pero lo sería mas si los pasajes de Galeno que cita estuvieran en las ediciones que poseemos. Confieso que no los he encontrado, y sin embargo, creo que no invalida lo dicho antes, porque los egemplares que el médico árabe tendría à la vista, diferían mucho acaso de los nuestros. Por lo demás, diré con el Doctor Bruno, sábio helenista del siglo XVII, «Esta cuestion no me parece tener tanta importancia como otras veces se la ha querido dar: ¿es acaso inverosimil que los antiguos hayan designado estas enfermedades con los nombres de pústulas, exantemas, que con frecuencia se encuentran en sus libros? (1)

El Continente, á pesar de su imperfeccion, ha sido muy estimado por los orientales y aun por los latinos. Los escritores árabes, posteriores á Rasis, han tomado de esta coleccion lo que mejor les ha parecido, limitándose la mayor parte á ordenar y redactar con mas esmero los muchos materiales en que abunda. (2)

§. II.

Haly Abbas, era tambien persa y floreció en los últimos años del siglo X, como unos cincuenta años despues de Rasis. Escribió bajo el título de *Almaleki* (*obra real*) un tratado dividido en veinte libros que forma un sistema completo de medicina teórica y práctica, calcado en gran parte sobre el Continente de Rasis. Se ha acordado en considerar este tratado como el mejor que han escrito los médicos árabes por lo que se la prefiere al *Canon* de Avicena, muy en boga entre los Orientales durante la edad media.

§. III.

Avicena, apellidado el príncipe de los médicos, nació en Bokara ciudad muy populosa del Corasán el año 980. Desde sus primeros años manifestó una disposicion estraordinaria para las ciencias y una aficion

(1) *Lexicon, médico greco-latino.*—Véase *Morbillas*.
(2) G. Cuvier piensa que el *Continente* no ha sido escrito por Rhazés; sinó que es una coleccion de lecciones orales de este médico recogidas por alguno de sus discípulos. (*Historia de las ciencias naturales*, pág. 385.)

á su estudio que pasaba los dias y las noches estudiando. Marchó á estudiar filosofía y medicina á la Universidad de Bagdad, donde no tardó en darse á conocer. Al instante le llamaron á la Córte, donde le colmaron de favores y le elevaron á la dignidad de gran Visir, pero repentinamente cayó en desgracia, le despojaron de sus dignidades y bienes, lo apresaron y amenazaron con quitarle la vida. Dos años estuvo preso, despues de los que recobró la libertad y volvió á la gracia del público y de la Córte. Viajó mucho, pero disfrutó poco su nueva posicion: el demasiado trabajo y su natural intemperancia fueron minando poco á poco su constitucion robusta y murió de una disentería á la edad de cincuenta y seis años.

Avicena, escribió muchas obras de las cuales la principal es la que llamó *Canon*, palabra griega que significa *regla, ley*. En efecto, el Canon fué por espacio de cinco ó seis siglos un libro clásico ó por mejor decir, el código médico de Asia y Europa. Los profesores de las facultades se limitaban á leerle en cátedra, á esplicarle y comentarle y á sacar extractos ó resúmenes. Ningun autor, despues de Galeno, ha gozado de tanta autoridad y prestigio como él, y aun cuando ahora no ejerza tanta influencia, presumo que nada perderemos con ocuparnos algo de un escritor tan renombrado.

Toda su obra está dividida en cinco libros: los dos primeros se ocupan de esponer los principios generales de la fisiología, de la patología, de la higiene, de la terapéutica espuestas conforme á lo dicho por Aristóteles y Galeno. Podemos decir que estos encierran la parte filosófica de la ciencia. El tercero y cuarto, de la descripcion y tratamiento de todas las enfermedades conocidas hasta entonces, y el último de la composicion de los remedios. La obra entera como todas las de este período no es mas que una compilacion parecida al Almaleki. Los fragmentos que siguen pondrán al lector al corriente de su importancia.

Definicion de la Medicina. «La medicina, dice, es una ciencia que dá á conocer las disposiciones del cuerpo humano, en tanto que este es susceptible de enmienda ó modificacion, con el fin de conservar ó restablecer la salud.» Esta es una definicion bastante oscura y alambicada, mas no es nada en comparacion del comentario con que la acompaña el autor. «Acaso no falte quien me diga que habiendo dividido la medicina en teórica y práctica, me he apresurado á darla el nombre de ciencia y de ciencia especulativa. A esto responderé que si hay artes esclusivamente teóricas, y otras esclusivamente prácticas; la medicina, lo mismo que la filosofía, es á la vez lo uno y lo otro. Cuando en una

ciencia admitimos dos ramas, una teórica y otra práctica, damos á cada una significacion diferente que el vulgo: por ejemplo, no queremos decir que una esté destinada á demostrar y otra á obrar, sinó que hay en la ciencia dos ramas; una que se ocupa de los principios, otra de la manera de aplicarlos. Así, cuando se dice en medicina que hay tres clases de fiebres y nueve temperamentos ó complexiones, mencionamos su teoría; al contrario, cuando se dice que hay que emplear los repercusivos, los refrigerantes, los incrasantes al principio de los apostemas calientes; despues los repercusivos en concurrencia alternando con los emolientes; en fin, los emolientes unidos à los resolutivos en la declinacion de la enfermedad, mencionamos su práctica. (1)»

Confieso que despues de haber leido y vuelto á leer con la atencion mas escrupulosa este pasage en la traduccion latina, me ha parecido difícil, sinó imposible, encontrar en el un sentido claro y preciso. Parece que Avicena emplea aquí un juego de palabras, aventaja en sutileza á Aristóteles y Galeno á quienes toma por modelos, pero exagerando sus defectos. Por lo demás, la enseñanza filosófica de las escuelas no consistía entonces sinó en sutilezas escolásticas; se torturaba de mil maneras el libro ò el autor que se habia adoptado por guia, contentándose luego con esponer las ideas agenas en lugar de esponer las suyas, para seguir después aquel que interpretaba mejor una palabra ó una frase. Con esta disposicion de los ánimos se llegaba á creer como sublime y trascendental lo que solo era muy oscuro ó acaso ininteligible; de suerte que la parte filosófica del Canon, la que trata de las generalidades de la ciencia y que hoy nos parece la mas defectuosa, podrá haber sido la mejor en su tiempo y la que mas á contribuido al gran éxito de la obra.

En la segunda parte, destinada á la esposicion de los preceptos prácticos, el autor se estravia mucho mas, lo que hace que su lectura sea pesada y fastidiosa; pero hay algunos capítulos consagrados al estudio de las fiebres eruptivas, que todos están de acuerdo en considerarlos como los mejores y que pueden arrojar mucha luz para la história de estas enfermedades dando á conocer la manera que tienen de presentarse. Estractaré algunos pasages.

De las viruelas. La sangre esperimenta algunas veces una ebullicion parecida á la de algunos jugos vegetales y que produce la disgregacion de sus elementos. La causa natural de esta ebullicion no es otra que los residuos de la sangre menstrual que se encuentran en la matriz en el

(1) *Canon.* Lib. I, fen. 1, doctrina I, Venetia, 1562.

momento de la impregnacion y que despues se depositan en ella: residuos engendrados por alimentos de mala calidad; de aquellos que enrarecen los elementos de la sangre y los hacen entrar en efervescencia hasta que su parte sana se separa y domina, como acontece con el vino cuando fermenta, que se purifica. (1)»

Esta teoría parecerá muy grosera y ridícula á muchos jóvenes médicos de nuestros dias, porque se diferencia bastante de las teorías corrientes hoy en las escuelas; pero si la examinamos sin prevencion, se ve que sirve para darse cuenta de lo principal que acontece en las fiebres eruptivas y en particular de las viruelas. Como son una enfermedad tan frecuente en la especie humana, se ha creido que era inherente á su naturaleza y que cada individuo hereda el gérmen de sus padres. Además la regularidad y la violencia de los síntomas febriles, la gran cantidad de materia impura que la erupcion hace arrojar al organismo de sí, todo esto parece anunciar un trabajo depuratorio, una energía vital, con el propósito de eliminar un humor ó un principio mal sano.

Esta hipótesis clara y sencilla a la vez ha sido admitida casi sin contradiccion hasta nuestros dias. Estaba tan profundamente arraigada que no han faltado teólogos que hayan proscrito la vacuna como contraria al órden de cosas establecido por Dios, y aun médicos que dicen que esta solo sirve para retener en el organismo un humor que le importa echar de sí. Pero aun cuando fuese cierta la opinion de estos pensadores, no puede sacarse la consecuencia que pretenden. En efecto, supongamos sea cierta la hipótesis, de que nosotros al nacer, contraemos el gérmen de tal enfermedad; no se seguirá de esto que estemos obligados á dejarlo crecer hasta el punto de dar lugar á terribles accidentes, siempre que poseamos un medio bueno y seguro para destruir una predisposicion tan grave.

Signos de la aparicion de las viruelas. Los síntomas precursores de las viruelas son de ordinario, el quebrantamiento general, la raquialgía, el picor de la nariz y prurito en la cara, coloracion de esta, la inyeccion de los ojos que se ponen llorosos y los espantos durante el sueño Poco despues se presentan en la piel muchas manchas que van aumentando de volumen. Sufre el enfermo pesadez y dolor de cabeza, frecuentes vahidos, respira con trabajo y la voz se le pone ronca, la saliva espesa, la boca seca, sensacion de constriccion penosa en la gar-

(1) *Canon*, Lib. IV, fen. 1, tratado IV, cap. VI.

ganta y en el pecho, pies temblorosos. Todo este aparato morboso va acompañado de fiebre. (1)»

Este cuadro sintomatológico no es tan perfecto como los que nos han legado Areteo y Alejandro de Tralles. En el no se hace distincion alguna entre los síntomas, ni en cuanto á su frecuencia, ni en cuanto á su gravedad, ni en cuanto al órden con que se suceden. El autor no nos dice si es preciso que se presenten todos juntos ó si bastan algunos para pronosticar la aparicion de las viruelas. Tampoco ha indicado la marcha, los caracteres, la duracion de la erupcion, ni las fases tan características de la calentura que llamó particularmente la atencion de los antiguos.

De las Morvilias. Los escritores de la edad media comprenden bajo este nombre todos los exantemas febriles, tales como el sarampion, la escarlatina. «Las morbilias, dice Avicena, son una especie de viruelas biliosas. Hay entre estas dos afecciones muy pocas diferencias; las morbilias provienen de la bilis ó de una cantidad menor de materia morbífica, sobresalen muy poco de la superficie cutánea y cuando aparecen no presentan eminencia alguna, ninguna cosa que exija una cura particular; mientras que, al contrario las viruelas, desde que aparecen presentan elevaciones, pústulas. Las morvilias son un poco menos graves y menos aparentes que las viruelas, pero se asemejan á estas en los signos precursores. Sin embargo la ansiedad del estómago, la dificultad en la respiracion, la inflamacion general son mas intensas en las morvilias, pero en cambio es menos vivo el dolor de los lomos, dolor que en las viruelas es producido por la gran cantidad de sangre que acude á la vena situada á lo largo de la espalda, á la cual distiende; porque las viruelas provienen de la abundancia de sangre corrompida y las morvilias de la gran fuerza con que se ha corrompido este líquido. Las viruelas aparecen casi siempre por grados, las morvilias de ordinario con rapidez.» Por lo que antecede se ve que los médicos de aquella edad dividian las calenturas eruptivas en dos géneros; el primero comprendia bajo la denominacion de viruelas; todas las erupciones con elevaciones mas ó menos prominentes, llenas de un líquido cualquiera, tales como las pústulas, las ampollas, las vegiguillas. El segundo bajo la denominacion de morvilias; las erupciones consistentes en manchas, placas y granos poco prominentes y sin contener líquido alguno. Esta era sin disputa una division muy filosófica y que la ciencia conserva todavia.

(1) Ibidem, cap. VII.

Dieron el nombre de morvilias: palabra que significa pequeña enfermedad ó pequeña peste: á todas las comprendidas en este género, porque las afecciones que abraza, hijas segun ellos de una cantidad menor de materia morbígena que las del primer género, son menos graves que las viruelas. En fin, bueno es hacer notar que los autores de este periódo colocan estas fiebres eruptivas en la clase de las pestes ó calenturas epidémicas pestilenciales.

Si nos remontamos á la antigüedad, me parece que la história de estas enfermedades ofrece tres fáses distintas. En la primera no se hace caso de la erupcion, se la considera como un epifenómeno poco importante, como una especie de crísis segun el dicho de Rasis: solo llamaron la atencion de los observadores los síntomas febriles como reguladores de las fuerzas vitales y la gravedad del mal. Los Asclepiades que no hacian caso de las afecciones herpéticas, de la lepra y de otras indisposiciones de este género, podian muy bien olvidar estas erupciones transitorias que no dejan huella alguna de su paso ó cuyas señales constituyen, cuando mas, alguna desmejora. En la segunda fase, sea que las fiebres eruptivas hayan tomado de repente un desarrollo estraordinario, sea que hayan franqueado por primera vez los límites de la Arabia, la atencion de los médicos se fijó algo mas sobre los caracteres de la erupcion y distinguieron dos géneros. En fin, en la tercera que alcanza hasta nosotros, cada género se ha dividido en muchas especies fundadas igualmente en los caracteres de la erupcion.

§. IV.

**Honaino-Ben-Isac.* Este arabe de desconocida pátria, aunque los historiadores de su nacion se inclinan á que fué Español, estudió la medicina, viajó despues mucho, permaneció en Grecia aprendiendo el idioma griego, marchó á la Siria, á la Persia, donde hizo lo mismo; visitó todas las Academias de Oriente y adquirió en estos viajes una vastísima erudicion, que le valió ser nombrado médico de cámara del Califa Motguakel, el cual le encargó tradugera al arabe las principales obras griegas de filosofía y medicina escritas en griego. La verdad con que hizo las versiones acrecentó su fama por lo que fué llamado *fuente de las ciencias* y mina de las virtudes. Trasladó al arabe gran parte de los comentarios de Galeno á los libros de Hipócrates y lo hizo del mismo testo griego segun afirma en el prólogo que puso á la obra de los siete libros de los aforismos del medico de Coós. Escribió mucho y co-

mentó la mayor parte de los libros de este autor y de Galeno. Se ignora cuando y donde falleció.

§. V.

Avicena (el cordobés), contemporaneo de Averroes, floreció en Córdoba y Sevilla muchos años despues que el médico pasade de que nos hemos ocupado. Viajó por todos los estados españoles sometidos á los Arabes y murió envenenado por sus emulos. Escribió un libro al que dió el mismo nombre que el del otro Médico persa; razon por la que es muy dificil saber lo que le pertenece. Lo mas verosimil es que sea todo cuanto no conste en el antiguo codice del Avicena de Bagdad; tales son los tratados de la Triaca, el de la Alchimia y el de la Cólica.

§. VI.

Abdel Malek-Ben-Zahr: Ern-Zorh, vulgarmente AVENZOAR.

Avenzoar, hijo y nieto de médicos, natural, segun unos, de Sevilla, segun otros de Peñaflor, pueblo de aquella Provincia; es uno de los mas ilustrados médicos arabes-españoles, acaso aun mas, que Avicena el Persa á quien se le considera como el primero entre los médicos islamitas. Se ignora la fecha de su nacimiento, y en su larga vida que se cree duró 135 años procuró instruirse mejor que ninguno y sacar gran partido de su práctica y esperiencia. Encarcelado y maltratado por Halí, preboste del Rey, á quien habia curado un hijo de ictericia, volvió á cobrar otra vez el favor real y merecido que le consultaran y encargaran comisiones por mandato de los Califas. Como desde jóven tuvo á su cargo un hospital, adquirió un tino práctico poco comun, tino práctico y esperiencia que consiguió en un libro que llamó *Taisyr* en el cual espuso las reglas mas convenientes para tratar las enfermedades y para administrar ó emplear los remedios mas adecuados á su curacion. Viajó mucho para instruirse y enfermó durante sus peregrinaciones, quedándole algunas dolencias como recompensa á sus afanes en pró de su instruccion y la de sus discípulos. El mismo refiere que en uno de los viajes principió á sentir un pequeño dolor en la parte anterior y media del pecho, que se fué aumentando y estendiendo poco á poco, con tos y calentura aguda, dolor hijo de una violenta inflamacion que terminó por supuracion y por la salida del material de la cavidad mediastina; hecho que pinta y distingue de las pleuresias por síntomas que les di-

ferencian, y al cual creyó dar por primera vez el nombre de abceso del mediastino. Describia y menciona tambien por vez primera los abcesos del pericardio que no habian conocido ó no vió descritos en ningun autor griego ni arabe; dice que esta membrana sufre además otras enfermedades debidas á su enflaquecimiento por la adicion de sustancias cartilaginosas ó membranosas, y aconseja sangrar del lado mismo del mal como el medio mejor de combatir estas alteraciones, cosa que reprueba en las pleuritis.

Espone en su libro un gran número de observaciones propias; nuevas unas, destinadas otras á combatir las teorías del Médico de Pérgamo, que atribuye las paralisis solo á la temperatura fria, estendiéndola Avenzoar tambien á la influencia de las otras cualidades del aire; concede sensibilidad á los dientes y huesos contra la opinion del jefe de los dogmáticos alejandrinos. Sus ideas sobre la causa de la vida y sobre el ejercicio regular de las funciones, á pesar de la tendencia constante que tienen los elementos orgánicos á disgregarse y descomponerse, difieren muy poco de las que profesó el célebre Sthall. Parece que este Arabe trazó el camino que algunos siglos después siguió el médico aleman y que tanto influyó en la teoría y la práctica de la ciencia desde el pasado siglo. Dice que todos los órganos son iguales ante la organizacion, todos están íntimamente enlazados para el bien comun, especialmente el corazon y el cerebro, á quienes concede igual importancia. Habla de las paralisis parciales de la misma manera que lo hacen hoy los médicos contemporáneos, y menciona para el caso una del esófago producida por una angina de mal caracter. Cuenta, por fin, el caso de una tisis curada por su abuelo con el solo uso del azúcar rosado; de otra producida por una ulceracion del estómago, la cual dice que nadie la habia descrito hasta él y asi otras muchas observaciones á cual mas interesantes.

Avenzoar no solo fué sabio en medicina, sinó tambien en cirujía y en farmacia. El mismo afirma que en los primeros años de su carrera estudió los huesos, no solo para conocerlos, sinó para practicar algunas operaciones; como la reduccion de las fracturas y lujaciones, aunque los médicos de su tiempo se avergonzaban de ello; pero jamás practicó la talla porque decia que le parecia deshonroso; abrió algunos cadáveres como lo demuestran las descripciones de algunos órganos y membranas, que como el pericardio y el mediastino le dieron motivo á estudiar y curar sus enfermedades. Conoció y describió las heridas penetrantes de vientre con lesion de los intestinos, las de las arterias, de

las venas, etc., y dió consejos útiles para su curacion que obtuvo en muchas ocasiones. Empleaba la compresion y los astringentes para curar la fístula lagrimal, decía que la catarata no era mas que un humor coagulado producido por los vapores del estómago y que para curarla no era preciso extraerla; reprobó la pretension de algunos médicos y cirujanos que querían curar las alteraciones de la inteligencia con el fuego. Aconsejó que nadie practicára operaciones de alguna gravedad sin estar bien penetrado de la situacion de las partes donde iba á operar, y aunque así fuera, ensayará primero el hacerlas en un animal. Por esto recurrió él á abrir la traquea en una cabra para poder hacer esta operacion en el hombre. En fin, recomienda muchas cosas para resolver los infartos cancerosos, los cálculos vexicales, los exotosis y otras enfermedades del dominio de la cirujía.

Dijimos que fué muy versado en farmacia y así lo acreditan las palabras que hemos referido en la página 258 y los numerosos antídotos que aconseja se empleáran en los casos de envenenamiento.

A todos estos conocimientos unía una caridad sin límites, pues distribuía entre los pobres enfermos cuanto le producía la asistencia de los ricos. Falleció, por fin, en Sevilla el año 1179 de nuestra era (557 de la Egira).

§. VII.

Aboulvalid-Mohammed Ibn-Ahmed Ibn-Mohammed Ibn-Roschd. llamado vulgarmente AVERROES.

Nació en Córdoba el año 1126 de nuestra era. Su familia que pertenía casi toda á la magistratura, gozaba de gran consideracion en el pais. Su abuelo, que era Cadí, era considerado como uno de los mejores jurisconsultos musulmanes. Recibió una educacion tan completa como lo permitía la alta posicion de su familia. A imitacion de su padre y de su abuelo, estudió, una vez que tuvo edad para ello, teología, segun los Ascaritas; derecho canónico, segun el rito Malekita; medicina, segun los preceptos de su maestro Avenzoar, y filosofía, segun los consejos de su profesor Ibn-Babja, Ibenaun. Su reputacion como legista y como filósofo se estendió con rapidéz é hizo que á la muerte de su padre le nombráran tambien Cadí y gran Sacerdote. Poco después el Sultan de Marruecos *Abd-el-Mommen* le llamó á su córte y le encargó la reforma de las Leyes y de la Jurisprudencia que mas directamente se relacionaba con la instruccion, nombrándole al paso Cadí de esta

córte con facultades de poder ejercer su dignidad en toda la Mauritania. Tan señalado favor de parte de un príncipe tan instruido unido á lo bien que desempeñó las comisiones que le dió, puesto que organizó los tribunales, los diversos ramos de la administracion y de la instruccion pública, y mas que todo esto, la libertad y franqueza con que publicaba sus opiniones filosóficas arregladas en un todo á las de Aristóteles, á quien profesaba una veneracion que rayaba en fanatismo; le crearon una infinidad de enemigos cuyas malas artes concluyeron por derribarle del alto puesto que ocupaba y envolverle en la gran desgracia en que cayó. Su decidida vocacion á la filosofía peripatética fué el pretesto de que se valieron sus enemigos para perderle y lo consiguieron, logrando que el Sultan lo degradára, le confiscára sus bienes y lo desterrára á Lucena donde todos los dias sufría insultos del populacho que le tenía por judío. Estas persecuciones eran para él intolerables y pudo al fin sustraerse á ellas huyendo á Fez donde tuvo la desgracia de ser reconocido y vuelto á encarcelar. En Fez permaneció mucho tiempo, y no hubiera salido de su prision sinó se hubiera retractado á la entrada de la gran Mezquita de aquella poblacion de los errores religiosos que se le imputaban y que habían ocasionado su caida. Poco después pasó á Córdoba, su patria, donde vivió muchos años olvidado y pobre, y allí hubiera perecido si la circunstancia de ser su sucesor un fanático ignorante y feróz no hubiera obligado al mismo Sultan á á devolverle sus honores, sus cargos y sus bienes, y mas que todo, su amistad. Porque es de advertir que Averroes fué durante su mando justo, laborioso, modesto en su trato, incorruptible, y en su desgracia benéfico para con sus enemigos, caritativo para con los pobres. Escribió de filosofía, á la cual debe mas bien su celebridad; de política, de teología, de retórica y de medicina. Su tratado que llamó *Coliget* (coleccion) lo dividió en siete libros que se ocupan de la anatomía, de la patología, de la materia médica, de los venenos, de la higiene, etc. En él sienta principios muy parecidos á los de su maestro Avenzoar, pues dice que la esperiencia es el fundamento de la medicina y que los hechos reunidos han de formar la verdadera filosofía de la ciencia. En sus comentarios al Cánon de Avicena dá buenos consejos acerca del uso que debe hacerse de los principios médicos, consejos que le han valido el renombre que tiene en las Escuelas y la preferencia que se le dá á otros escritores árabes, á pesar de ser mas teórico que práctico. En ellos anuncia por vez primera las traslaciones de sitio que sufre el reuma, tan graves en algunos casos, traslaciones que, dice, ignora co-

mo ni por donde se verifican. Averroes dió durante su vida lecciones á mas discípulos cristianos y judíos que musulmanes, á causa de pasar por poco ortodoxo entre estos últimos. Tuvo varios hijos que cursaron teología, derecho y medicina y desempeñaron cargos públicos de importancia; uno de ellos llamado Abou-Mohammed-Abdallak se distinguió como médico y escribió un libro sobre el *Método en terapéutica*, libro que no era mas que la ampliacion de las ideas de su padre sobre el mismo asunto. Murió, por fin, en Marruecos el 10 de Diciembre de 1198, segun unos historiadores, y el 1206, segun otros, y fué trasladado á Córdoba y depositado en el mausóleo de su familia.

§. VIII.

Abu-al-kasim, Khalaf-ben-Al-Abbas-Al-zahravi, vulgarmente llamado ALBUCASIS.

Este es uno de los últimos médicos árabes que mas celebridad han alcanzado en la ciencia. Nació, segun Sprengel, en Zahera, cerca de Córdoba, y segun otros, en esta misma ciudad. Como todos los escritores de esta nacion tomó mucho de sus antecesores, de los griegos, de sus mismos compatriotas, sobre todo de Rasis. Pero sin embargo, es menos plagiario que la mayor parte de todos ellos, mas juicioso, mas prudente y al mismo tiempo mas esperimentado. Escribió una obra con el título de *Al-Tassref* ó sea *Exposicion de conocimientos*. El *Al-Tassref* se divide en dos partes de las que cada uno comprende quince secciones, Lo anatomía, la fisiología, la materia médica, la dietética, la medicina interna, en fin, la cirujía, se tratan allí con la estension de que era capaz este Profesor; verdadero restaurador de la cirujía entre los árabes relegada injustamente al olvido por el consejo de Avenzoar padre y otros médicos célebres. El *Al-Tarref* que constituye una vasta enciclopedia nunca ha sido traducido por completo, solo la parte quirúrjica que constituye una décima tercera parte del original, lo ha sido por Gerardo de Cremona, é impreso en fólio en Argentorato el año 1552. En la Biblioteca de la facultad de Mompellér hay una traduccion en lengua romana que es del siglo catorce. Channing ha dado tambien otra traduccion latina con el texto árabe.

La parte traducida por Gerardo de Cremona es la mejor que nos queda de la cirujía de los Arabes. Esta dividida en tres libros; el primero trata de la cauterizacion, el segundo de las operaciones por

incision, y el tercero de las fracturas, de las luxaciones y de los instrumentos que como el *Speculum uteri*, *Forceps* etc. se precisan en determinados casos. Al libro acompañan láminas que son un testo vivo de los aparatos é instrumentos de uso entre los Arabes. Si por acaso no es la única obra antigua ilustrada con láminas, es al menos la primera que ha llegado hasta nosotros en esta forma.

Albucasis como Abenzoar hijo, reprueban la conducta de los que sin bastantes conocimientos anatómicos se atreven á hacer operaciones siquiera sean leves, y á emplear medicamentos desconocidos, pues asegura que semejante ignorancia da lugar á daños muchas veces irremediables y otras fatales; establece en su primer libro las indicaciones para poder emplear con éxito la cauterizacion con el hierro y dice que en ninguna enfermedad dá mejores resultados que en las neuraljias y en las afecciones cancerosas, en las lujaciones espontáneas y en las desviaciones incipientes de la columna vertebral; marca el sitio donde el cauterio debe aplicarse; detras de las orejas en las neuraljias faciales, en el muslo en la ciática, pues dice que un enfermo murió por haberle hecho un cirujano la cauterizacion en el tarso y quemado los tendones. Para cohibir las hemorragias producidas por cualquier enfermedad de los vasos recomienda como Rasis y Avicena, la compresion con el dedo, la cauterizacion, la division completa del vaso y si esto no basta por que sea considerable su calibre, la ligadura. Al efecto, dice que se haga, *aut ligetur cum filo ligatione forte*, palabras que espresan con toda claridad el precepto de este cirujano que sin duda alguna lo habia tomado de su Maestro Avenzoar, mas terminante en este punto que su discípulo. Dice este: *vt primum liges estringendo caput ipsius venæ quæ est usus cor et postea incides*. Parece que no debería disputarse en vista de estas citas quien era el verdadero autor del descubrimiento de la ligadura de los vasos en todas las ocasiones en que dan lugar á la salida de sangre, porque es preciso convenir que esta gloria corresponde en parte al cirujano Arabe que nos ocupa. Autor del pensamiento ó mas bien continuador y perfeccionador, no supo ó no quiso hacer aplicacion de el en las hemorragias producidas en las amputaciones. Dominado por las preocupaciones de su tiempo ó por la especie de enagenacion en que le habian sumido las virtudes secretas y casi divinas que el creia ver en el fuego, siguió cauterizando las heridas de las operaciones y dejó á otro cirujano mas ilustre ó mas favorecido por la casualidad que la empleara en estos casos y acabara de una vez con la bárbara práctica de las cauterizaciones y la peregrina idea del envene-

namiento de las soluciones producidas por las armas de fuego. De todos modos es digno de consideracion este consejo por cuanto manifiesta la inocuidad de la ligadura de los vasos en caso de necesidad.

Albucasis, describió en su segundo libro, gran número de operaciones, algunas por primera vez; entre ellas la de la abertura que debe hacerse en el cráneo en los casos de hidrocéfalo, la de la circuncision, paracentesis talla etc. (1) Dice que en el hidrocéfalo el líquido puede estar entre el cútis y el hueso en cuyo caso puede operarse, otras dentro del cráneo, entre las membranas ó en la sustancia misma del cerebro y le parece que ningun cirujano prudente se atreveria á darlo salida, pues asegura es incurable segun opinion unánime de todos los autores. Pero si alguna vez se viera obligado á hacerla, recomienda que se haga con mucha parsimonia y marca las modificaciones que tiene que tener la corona de trépano para no herir las membranas, accidente, que segun él, producirá una relajacion universal del cerebro y de los nervios y aun la disolucion de su propia sustancia. En cuanto á la circuncision, que considera como descubierta por él, no es verdad; pues antes la habian descrito Pablo de Egina y Celso. La paracentesis no es tampoco obra suya, es y ha sido en un principio obra de la naturaleza que por si ó por cualquier accidente ha dado salida al líquido ó indicado el sitio donde debe hacerse. A él solo le corresponde el modo de extraer el humor y las precauciones que hay que tomar para no producir accidentes desagradables; la invencion del instrumento que empleaba para ello que no era mas que un trocar de dos caras al cual dió el nombre de *Spatomele*. Sucede lo mismo con la litotomia que ya conocieron y practicaron Celso y Pablo, pero es el inventor de un método que llama por incision para extraer los cálculos en las mujeres, método que con-

(1) He aquí las razones que decidieron á este Cirujano á escribir este libro que es todo un Tratado de medicina operatoria. «Después de haber terminado con bastante felicidad la obra de medicina que habia emprendido para vuestra instruccion, hijos mios; he juzgado oportuno añadirla un pequeño tratado sobre las operaciones manuales, en atencion á que esta parte de la ciencia está completamente olvidada en nuestro pais y en nuestro siglo, pues no se encuentran mas que algunos vestigios. Cortas descripciones en los libros antiguos desfiguradas casi todas por la ignorancia de los libreros, los manuscritos llenos de errores y faltas que se duda á cada paso del sentido de los autores y que nadie se atreve á prescindir de ellos en el estudio de la cirujía. He aquí todo. He emprendido este pequeño trabajo á fin de volver á la vida á esta rama del arte una de las mas bellas y mas útiles; he expuesto en pocas palabras los métodos operatorios; describo todos los instrumentos necesarios y acompaño sus diseños; en fin, nada omito de cuanto pueda ser útil en la práctica. Una de las razones principales de ser tan raro encontrar un buen cirujano, es que es largo el aprendizaje de este arte y que el que á él se dedique, tiene que estar muy versado en la Anatomía. Debe, pues, conocer los órganos, su figura, sus relaciones y las funciones que desempeña, tales como los huesos, los músculos, los nervios, las arterias y las venas. Nadie debe hacer tentativa alguna en un arte tan difícil, sin tener un conocimiento perfecto de la Anatomia y de la accion de los remedios.»

siste en introducir el dedo en las partes genitales comprimir la vegiga con la mano y hacer que la piedra descienda á su fondo ó hacia el coxis y practicar despues una pequeña incision que podrá ensancharse tanto cuanto exija su magnitud, método que han seguido posteriormente algunos cirujanos, entre ellos Bruno. Tuvo especial predileccion por el estudio de las enfermedades de los ojos y sus cubiertas, describe con esmero y prolijidad los tumores de los párpados, los procederes mas convenientes para curar sus prolapso y los padecimientos de los puntos y saco lagrimal, para lo que inventó un instrumento en cuya punta habia una recedecita; menciona una aguja hueca para desmenuzar la catarata por inspiracion, método á la verdad desconocido é imposible; dice que nunca debe practicarse la traqueotomía si la enfermedad que la motive se ha estendido á la laringe y á los bronquios y y que en el caso de decidirse á hacerla, no es necesario incindir los cartilagos, sinó la membrana que los une; demuestra con hechos que no es operacion tan grave como hasta entonces se habia creido. Los partos fueron tambien una de las cosas que mas le llamaron la atencion. Conoció la necesidad de practicar la version del feto en los casos de una mala posicion, pero su proceder era muy imperfecto. Se conoce que no leyó lo que habian dicho sobre esto los Asclepiades, Celso y Pablo.

Es admirable Albucasis por su proceder en el tratamiento de las heridas traumáticas, ya símples, ya complicadas; en las enfermedades de los huesos, en los accidentes que unas y otras lesiones entrañan y mas aun por su circunspeccion cuando tenía que separar un miembro; pues dice que jamás debe practicarse su ablacion sinó está putrefacto, sea esta putrefaccion producida por causa esterna ó interna. En las fracturas simples empleaba los medios de reduccion que hoy se emplean con mas frecuencia, pero no con la suavidad que lo hacen nuestros cirujanos, y si iban complicadas con heridas, proponía, una vez cohibida la hemorragia, reducir al instante los fragmentos ó esperar aigunos dias, hasta el noveno, si había inflamacion. Si la coaptacion no podía verificarse y los fragmentos irritaban las carnes, aconsejaba la separacion de estos con la sierra.

No se sabe el año en que nació y tampoco en el que murió, pero los historiadores mas verídicos creen que murió en Córdoba el año 1105 ó el 1107 de nuestra era, aunque Sprengel lo hace subir hasta el año 1122.

De todos modos concluiremos cuanto llevamos dicho sobre este autor con un dicho de Fabricio de Aquapendente: Celso entre los latinos,

Pablo entre los griegos y Albucasis entre los árabes forman un triunvirato incomparable. *

MEDICINA DE LOS GRIEGOS DURANTE EL PERIODO ARÁBIGO.

Mientras los árabes alcanzaron un grado de ilustracion y poder que solo puede compararse á épocas próximas á la nuestra, los griegos iban decayendo de dia en dia. Su génio, su valor, todas sus antiguas virtudes se iban debilitando poco á poco y parecia inmediato el momento de su desaparicion. La historia de la medicina no encuentra un solo nombre que citar en este período de cerca de setecientos años: no solo no se encuentra un escritor célebre, pero ni discreto ni aun compilador hábil.

Actuario, cuyo verdadero nombre es Juan, hijo de Zacarias, vivió por los últimos años del siglo 13 y principios del 14. Fué empleado en la Córte de Constantinopla como lo prueba el sobre nombre de Actuario con que se le conoce y que no es mas que un título honorífico que llevaban los médicos de Palacio.

Nada se sabe de su vida, pero si que escribió mucho y que gran parte de sus escritos se han perdido. El mejor es un resúmen de medicina dividido en seis libros titulado *De la cura de las enfermedades*, calcado por completo en la doctrina de Galeno. Espone en él la teoría de los dias críticos con toda claridad apoyada en hipótesis astronómicas combinadas con mucha habilidad. Es la primera obra que menciona los nuevos medicamentos introducidos por los árabes en la materia médica, tales como los purgantes minorativos, los jarabes, los julepes y las aguas destiladas, y sin embargo olvida el citar las enfermedades que tan perfectamente describieron los escritores de esta nacion, como las viruelas, las morvilias, la espina ventosa y otras muchas.

Su tratado de los espíritus animales dividido en dos libros, es notable por el encadenamiento de las ideas; pero es, por decirlo así, la quinta esencia de la teoría de Galeno sobre este asunto. Despues de haber establecido como base que el hombre está formado de dos sustancias contrarias, *alma* y *cuerpo*; pasa á decir en que difiere el alma humana de la de los brutos. La primera es una emanacion de la divinidad, y como tal simple, inmortal, dotada de diversas facultades, inteligente, impasible por naturaleza propia, pero capaz de apreciar y sentir por si el placer y el dolor, sino por el intermedio de los espíritus que la unen al cuerpo. Siendo, pues, los espíritus el lazo de union del alma con el

cuerpo, es muy importante conocer su naturaleza, su procedencia, las alteraciones que pueden sufrir, los medios capaces de evitar su perturbacion ó de combatirla.

Actuario esplica su formacion de la siguiente manera: «El mejor «jugo de los alimentos digeridos por el estómago va á parar al hígado, «donde se forman los espíritus naturales que son los instrumentos de la «facultad concupiscible de nuestra alma. Estos marchan con la sangre «por la vena lamboidea que se divide en dos ramas; la una vá á distri- «buirse á las partes inferiores y la otra al ventrículo derecho del cora- «zon, de este al ventrículo izquierdo para sufrir una nueva trasforma- «cion y dar lugar á los espíritus vitales que las arterias distribuyen des- «pues á todo el cuerpo. Ahora bien, existe en la base del cerebro una «red admirable de vasos arteriales y venosos muy ténues que se cono- «ce con el nombre de *plexo reticular*, y en este plexo sufren los espí- «ritus vitales una tercera atenuacion que los trasforma en espíritus ani- «males, los cuales están en relacion directa con el alma, á la cual dan «cuenta de todas las sensaciones de los objetos esteriores para que esta «desempeñe las mas elevadas funciones de la vida. (1)»

No seré yo el que ponga de manifiesto los errores anatómicos y fisiológicos de esta teoría; me contentaré con decir que el plexo admirable en el cual, segun este escritor se confeccionan los espíritus, no existe en el hombre.

Pero admitiendo la hipótesis de Actuario, que es la de Galeno y de casi todos los fisiólogos de la antigüedad, no puede uno menos de confesar que nadie ha esplicado mas metódicamente que él las funciones de la economía y la generacion de las enfermedades. Dice que la salud puede alterarse de dos maneras: primera; cuando los humores abundando en el cuerpo ó estando viciados en su composicion, dejan exhalar densos vapores que alteran los espíritus, oscurecen las sensaciones del alma é introducen el desórden en sus operaciones: segunda; cuando una de las cualidades elementales, el calor ó el frio, la sequedad ó la humedad están en esceso en una parte cualquiera y produce una intemperie. Bajo este punto de vista aprecia despues nuestro fisiólogo la influencia de las diversas especies de alimentos, del sueño, de la vijilia, del ejercicio, del descanso, de las pasiones, de los remedios, en una palabra, de todos los agentes higiénicos y terapéuticos. Los consejos que dá, tienen por objeto conservar la pureza de los espíritus, favorecer la

(1) Del espíritu animal. Lib. I, cap. VI.

coccion de los humores, impedir su alteracion ó su escesivo aumento y restablecer el equilibrio de las cualidades elementales. Aquí, pues, se vé tambien un sistema perfectamente ajustado á las reglas de la lójica, pero fundado en hipótesis y errores materiales.

CAPITULO II.

Medicina de los latinos durante el mismo periodo.

CONSIDERACIONES PRELIMINARES.

Al principiar este periódo las provincias del imperio de Occidente ofrecen el mas triste espectáculo. Hordas de salvajes salidos de las selvas de la Germanía y Escandivania se arrojan sobre ellas, saquean y degüellan á sus moradores reduciéndoles á una servidumbre brutal. Todo cambia, todo sufre grandísima modificacion en el Mediodia de Europa: leyes, costumbres, idioma, instituciones, monumentos. Cada generacion vé aparecer una nueva irrupcion de gentes que vienen á exigir su parte de botin y de renombre, imprimiendo á su paso por estas comarcas, antes tan fértiles y ahora tan áridas, su huella destructora. Parece que el génio de Carlo-Magno va á dar vida por algun tiempo al imperio de Occidente; pero apenas dió el último suspiro, empezaron á separarse los elementos heterogéneos de su imperio unidos entre sí por lazos muy débiles. Los grandes dignatarios del imperio, libres del yugo de su amo y señor, se sublevaron contra su poder; despues unos contra otros, dando esto orígen durante muchos siglos á una série no interrumpida de combates, de guerras, de invasiones sin resultado alguno definitivo. El régimen feudal vino á sustituir á esta anarquía militar: nadie gozaba un momento de reposo; los pobres perseguidos, los ricos siempre con las armas en la mano ó para defenderse ó para atacar; solo algunos pocos encontraban sosiego en los conventos ó monasterios donde se dedicaban al estudio de la teología y de las ciencias eclesiásticas. Las letras como las ciencias profanas habian caido en un completo abandono. Sin embargo, al finalizar el siglo XI las cruzadas ofrecieron un nuevo elemento á las ambiciones turbulentas de los Barones cristianos, pero mientras estos se disponen á marchar al Oriente en alas de su entusiasmo religioso, empiezan á dar señales de vida los pueblos de Europa: algunos se labran su independencia, crean leyes,

renace la vida de los municipios y se aumentan los establecimientos consagrados á la instruccion. En fin, en los siglos XII y XIV empieza á descorrerse el velo que cubria la faz de los Estados católicos, aparecen en el horizonte científico algunos hombres de talento y aun de génio que empiezan á brillar entre tanto ignorante y supersticioso, como las estrellas en el firmamento antes de venir la luz del dia. Tales fueron el Dante, el Petrarca, Bocacio entre los literatos: sus escritos recuerdan la pureza y el buen gusto de los mejores siglos de la antigüedad pagana: tal fué en las matemáticas, Leonardo de Pisa, que dió á conocer el primero en Europa los caracteres árabes y algebráicos, y la manera de servirse de los primeros. (1) Tambien las ciencias físicas tuvieron en esta época sus representantes á pesar de la grandísima influencia de la escolástica y la teología. (2) Rogerio Bacon precipitó con la fuerza de su génio la reforma científica que trescientos años mas tarde habia de ponerse en práctica, tentó introducir la filosofía esperimental y se dió tan buena maña para convencer á sus ideas á cuantos le escuchaban, que estos se comprometieron á sufragar los gastos de sus esperimentos ofreciéndole la cantidad de 2000 libras esterlinas, algo mas de 100.000 francos, (380000 rs.) Esto fué sin disputa un dinero bien empleado porque sirvió para hacer descubrimientos prodigiosos para aquel siglo; así es que á Rogerio se le atribuye el descubrimiento de los lentes cóncavos y convexos, y su aplicacion para construir telescopios y microscopios. Sus observaciones astronómicas le indujeron á pedir la reforma del calendario que tres siglos despues hizo el Papa Gregorio XIII. Conoció tambien la pólvora y sus efectos; en fin, Rogerio despreció la física de Aristóteles. Tanta sagacidad y sabiduría le ocasionó algunas persecuciones; el general de la órden de los Franciscanos le condenó á prision perpétua y á sostenerse solo con pan y agua hasta que le mandó poner en libertad el año 1266 el Papa Clemente IV. Dejó un gran número de obras, muchas de las que están todavía manuscritas que no han querido publicar los Franciscanos porque las creian tocadas de magia y brugería.

(1) Cuvier atribuye el honor de esta importacion á Gerbert sabio benedictino del siglo X que despues fué papa con el nombre de Silvestre II. (*Hist des scienc natur. Paris 1841, T. 1.°*) Página 396.

(2) Los filósofos estaban divididos en dos campos, conocidos con los nombres de *realistas y nominalistas*. Los primeros siguiendo á Platon decian que las ideas tenian una existencia propia, una realidad independiente del espíritu, que son verdaderas entidades; al contrario, los segundos siguiendo á Aristóteles, dicen que las ideas generales son puras abstracciones que forma nuestro espíritu en virtud de las sensaciones y que fuera de él no tienen realidad alguna. Estas dos sectas se hacian una guerra á muerte, y como ambas reclamaban la proteccion civil y eclesiástica, resultaban persecuciones unas veces á una, otras á otra, segun el partido que dominaba en aquel instante.

ARTÍCULO I.

ORGANIZACION MÉDICA DE OCCIDENTE.

Ya hemos visto cual era la organizacion médica del imperio romano hasta el siglo VII. Archiatos palatinos agregados al servicio de los Príncipes; archiatos populares formando en cada Ciudad un colegio encargado de la policía sanitaria, de la enseñanza y exámen de los aspirantes al ejercicio de la medicina y de asistir gratis á los pobres: he aquí á que se reducen las noticias positivas que poseemos sobre esto hasta la destruccion de la escuela de Alejandría. Es probable que despues de la ruina de esta célebre Escuela, subsistiera la misma organizacion en las provincias que continuaron formando parte del imperio griego de Constantinopla.

Nosotros ignoramos que leyes y reglamentos rijieron entre los árabes para el ejercicio de la ciencia. Solo sabemos que en muchas ciudades fundaron escuelas y academias para la enseñanza y progresos de este arte, pero carecemos de datos positivos sobre el modo como se rejian estas Escuelas y estas Academias, sobre los grados académicos que se conferían en ellas y sobre el modo de comprobar la suficiencia de los aspirantes á estos. (1) Como ya llevamos dicho, estos paises gozaron poco tiempo de un gobierno ilustrado y liberal, y una vez bajo la dominacion turca perdieron la mayor parte de sus instituciones científicas que dejaron abandonadas despues: y si hemos de juzgar por lo que hoy pasa todavía en estas desgraciadas comarcas sumidas en la ignorancia y sujetas á un feróz despotismo, la mas espantosa anarquía médica reemplazó á la antigua organizacion.

En Europa siguieron un rumbo distinto las cosas: las invasiones de los bárbaros produjeron solo desolacion y ruinas. Los Estados cristianos de Occidente ofrecen durante tres ó cuatro siglos la imágen del caos; sus soberanos ocupados en preparativos para defenderse ó para usurpar á sus vecinos ó á sus parientes su herencia, se cuidaban poco de dotar á los pueblos de leyes é instituciones útiles, ó si alguno de ellos quería hacer algo en obsequio de sus administrados,

(1) El Rey árabe de Córdoba, Gehwar-ben-Muhamad-ben-Gehwar, el año 1021, mandó echar de sus dominios á los charlatanes ó curanderos ignorantes que se llamaban médicos, sin esperiencia ni conocimientos, y ordenó que un tribunal de sábios examinára á los que pretendieran ejercer la ciencia y servir en los hospitales.—N. del T.

se lo impedian un gran número de obstáculos que surgían de todas partes. En medio de estas disensiones, las escuelas eclesiásticas colocadas bajo la proteccion de los Obispos fueron las únicas que conservaron un simulacro de enseñanza literaria y científica. En tiempo de Carlo-magno los colegios de las catedrales y de algunos monasterios enseñaban algo de medicina bajo el nombre de *Física*, circunstancia que hizo que los clérigos solo fueran los depositarios de la ciencia. Vénse entonces llegar á ser médicos de los reyes, á Obispos, Abades y Sacerdotes. Los monges benedictinos del Monte Casino gozaron por mucho tiempo de gran reputacion como médicos, siendo uno de los mas notables de siglo IX Berthier, abad del citado convento; Didier que al finalizar el siglo XI ascendió al pontificado bajo el nombre de Victor III, y Constantino llamado el Africano, del cual hablaremos al ocuparnos de la Escuela de Salerno. En el número de los sacerdotes que se distinguieron por su saber en medicina desde el siglo IX al XI debemos contar á Hugues, abad de S. Dionisio, que fué médico del Rey de Francia; Didon, abad de Sens; Sigoal, abad de Epernay; Milon, arzobispo de Benevento y otros; en fin, algunas religiosas ejercieron tambien la medicina, como Hildegarda, Abadesa del convento de Rupertsberg, cerca de Bingen, la cual escribió una especie de tratado de Materia médica. (1) Desde el siglo IX hasta el XIII los judíos monopolizaron con el clero el ejercicio del arte. El conocimiento que muchos tenian de la lengua árabe por su contacto con los sarracenos, les facilitaba el estudio de las obras de Medicina de esta nacion, que marchaba entonces á la cabeza del progreso; y á pesar de los canónes de la Iglesia que prohibian á los israelitas administrar por si medicamentos, y hacer remedios á un cristiano, se veian obligados muchas veces á recurrir á ellos, no solo para enseñar, sinó tambien para asistir á los Reyes y Pontífices.

La instruccion de estos medicastros cristianos ó judios, clérigos ó laicos se reducia, por lo general, á muy poco; con frecuencia se componía de el conocimiento de algunos síntomas y de la posesion de algunas recetas: y nada mas podia ser, porque ni tenian libros ni habia profesores capaces de educar convenientemente á los aspirantes al ejercicio del arte. Podremos formarnos una idea de lo que era en esta época la enseñanza de la medicina cuando digamos que en el siglo XIII Juan

(1) Véase la *História de la medicina* por Sprengel, traduccion de Mr. Jourdan, T. II. página 315 y siguientes.

Gaddesden, el autor de la *Rosa anglicana* coleccion informe de fórmulas estravagantes era el oráculo de la Universidad de Oxford, el doctor á la moda en la Córte de Inglaterra; como Bernardo de Gordon, autor del *Lilium Medicinæ*, obra muy parecida á la *Rosa anglicana*, lo era entre los profesores de Monpeller. Guy de Chauliac juzga de esta manera la obra de Gaddesden. «Finalmente, he destapado y visto una rosa inglesa, que me ha sido enviada, muy insípida. Creí haber percibido en ella un olor agradable y no he visto mas que una cosa que se parece mucho á los cuentos del Español Gilberto y de Teodoro.» (1) M. Malgaine dice que este juicio de Guido es muy severo, pero parece que él no se muestra menos con un hombre que deshonraba su carácter sagrado y su profesion de médico con truhanerías propias de charlatanes y con ganancias ilícitas. Una de las proezas que mas risa le causaban era el haber vendido á los cirujanos barberos una receta compuesta de ranas de árbol y se gloriaba despues el haberlos engañado. (2) Ninguna confianza podrá, pues, inspirar este comerciante de remedios secretos, este charlatan para quien eran buenos todos los médicos, con tal de ganar dinero, este ponderador sempiterno de una multitud de ridículos procederes. (3)

No habia ley ni reglamento alguno que tuviera por objeto asegurarse de la capacidad de los que aspiraban al ejercicio de la profesion; cada cual podía por su cuenta y riesgo emprender la curacion de los enfermos: así que, además de los sacerdotes y de los judios que ocupaban los primeros puestos de la ciencia y de la profesion, habia una multitud de curanderos de baja estofa, como barberos, bañeros, algebristas ó componedores de huesos. La moralidad de estas gentes corria parejas con su ciencia, como lo prueban una ley de Teodorico, Rey de los Visigodos que rijió en gran parte del Occidente durante seis siglos (desde el VI al XII) y que citamos en las páginas 448 y 449.

Se vé que á falta de haber exigido del aspirante á la profesion de médico garantías suficientes de saber y moralidad, el legislador ejercía una vigilancia incesante sobre cualquiera que se mezclaba en asuntos profesionales. Como hace observar Mr. Malgaine, estas prescripciones tan severas se dirijian acaso mas contra la cirujía, que por lo general ejercían sugetos poco instruidos y de mediana educacion, que contra la medicina;

---

(1) La *Grande Cirujía de Guy de Chauliac*, restituida por Lorenzo Joubert Ruan, 1632, página 10.
(2) Freind. *Historia de la medicina*. Paris, 1728, en 4.°
(3) Freind, *Historia de la medicina*.

patrimonio casi exclusivo de los clérigos, únicos depositarios de la ciencia de aquellos siglos que gozaba de la mayor consideracion, y no parece, pues, probable, que el poder civil se entrometiera en entregar á los parientes del muerto á un médico clérigo ó protejido por el clero. (1) Es tambien probable que desde esta época, es decir desde el siglo VIII, se separase la medicina de la cirujía, separacion que anulaba las tradiciones de los mas grandes maestros y que parece en sí poco racional. Esta medida no se tomó en virtud de ninguna ley civil, sinó que fué introduciéndose poco á poco en la práctica por consecuencia de la prohibicion hecha á los médicos clérigos de verter sangre. El ejercicio solo de la medicina produjo una gran relajacion en las costumbres y la disciplina del clero, que obligó á los concilios y á los Papas á amenazar y aun castigar con penas severas à todos los sacerdotes que quebrantasen esta prohibicion, cosa que hacían con frecuencia, circunstancia que obligó á intervenir tambien al poder civil. (2)

Rogerio, fundador del reino de Sicilia y uno de los hombres mas distinguidos de su tiempo, fué el primer príncipe cristiano que se ocupó de correjir estas infracciones. En 1140 publicó unas ordenanzas por las cuales obligaba á todos los que quisieran ser médicos ó cirujanos á ser examinados por un tribunal *ad hoc* que les autorizase á ejercer la medicina bajo pena de prision y confiscacion de bienes, sinó lo hacían. Otros muchos soberanos imitaron despues á Rogerio, publicando reglamentos para regularizar la práctica de la ciencia, y por fin, se completó la educacion científica y literaria con la creacion de las Universidades y de las Facultades.

* En España penetrados tambien los pueblos de esta fatalidad; una vez que habían dejado caer en desuso lo mandado por Gehwar en el año 1021; cuidaron de sujetar á tanto aspirante á médico á alguna forma de exámen para que el perjuicio fuese menor. Cada provincia tenía sus fueros particulares obrando en punto á médicos y cirujanos segun sus leyes. En Aragon sus Reyes nombraron *Prohombres* que celaban el ejercicio del arte de curar, castigando con dos años de privacion de oficio *al que no hubiere cursado el arte de oficina, y multando con la pena de cincuenta maravedís de oro y destierro fuera del reino al físico que no hubiere sido examinado por el oficial ordinario y dos peritos de la ciudad ó uno.* En el principado de Cataluña, en el reino de Navarra

(1) Lindenbrog, *Cod. leg. antiq.* Wisigoth, Lib. XI, tit. I.—Sprengel, *Historia de la medicina*, traduccion de Mr. Jourdan, Paris 1815, t. II, pág. 349.

(2) Sprengel, *Historia de la medicina*. Trad. de M. Jourdan, t. II, pág. 350.

y en el de Galicia, habia tambien disposiciones especiales concernientes á exámenes y policía de *físicos, cirujanos, maestros de llagas, algebristas, ensalmadores, exorcistas, etc.* En el reino de Valencia había otras muchas alusivas á los médicos, cirujanos y farmacéuticos que mencionaremos al hablar de la Universidad de aquel reino. En Castilla, cada provincia y en muchas de estas, cada pueblo; tenia las suyas propias, estensivas á admitir los médicos, cirujanos y farmacéuticos puesto que estaban autorizados para examinarlos antes. El Rey D. Alfonso el Sábio para ver de cortar y castigar tanto abuso y reglar el ejercicio de la profesion, consignó en algunas de sus Partidas bastantes disposiciones encaminadas á este fin. En la 1.ª del Libro 4.º Título 16 previene «Por «cuanto muchos físicos é cirujanos no son tan sabidores como facen la «demuestra y acaesce á las vegadas que mueran por ello.» En la 7.ª Tí- «tulo 8.º Partida 7.ª que fabla de los Boticarios manda que. «Los bote- «carios que diesen á los omes á comer ó beber escamonea ó otra mele- «cina fuerte, sin mandado de los físicos; si alguno bebiéndola se muriese «por ello; deve avér el que la diese, pena de omicida. En la 8.ª del mismo «Título y Partida, se espresa así. «Físico ó especiero ó otro ome cual- «quier que vendiese á sabiendas yerbas ó ponzoñas ó algun ome que las «compre con intencion de matar á otro con ellas é gelas mostrase á co- «nocer ó á destemplar ó á dar porque mate á otro con ellas, tambien el «comprador, como el vendedor ó el que las mostró como el que las diese, «deven avér pena de homicida por ende: maguer el que las compró non «pueda complir lo que cuidaba por se le non guisó. E si por aventura «matase con ellas, entonce el matador deve morir deshonradamente, «hechandole á los leones ò á cánes ó á otras bestias bravas que lo ma- «ten.» Este mismo Rey creó en la Escuela de Salamanca un tribunal para que sufrieran de antemano y recibieran los correspondientes exámenes y grados cuantos aspiraban al egercicio de toda ó parte de la ciencia de curar. *

ARTICULO II.

ESCUELA DE SALERNO.

El orígen de esta Escuela de la edad media es algo oscuro; la opinion mas es boga la hace remontar á la destruccion por los árabes de la Biblioteca de Alejandría. Se crée que después de esta funesto acontecimiento los profesores y los médicos de aquella ciudad se dispersaron por el mundo: algunos vinieron á refugiarse á Salerno donde fundaron

la Escuela de medicina, célebre ya á fines del siglo VIII, pero que llegó á su colmo en los siglos X hasta el XIII. Muchas circunstancias concurrieron entonces á su fama: primero, el número y habilidad de sus profesores que eran los mas instruidos de la cristiandad; segundo, la posicion topográfica que la dió grande importancia con las cruzadas. Colocada en el camino por donde pasaban los que de Asia venían á Europa á descansar de sus fatigas, ofrecía hospitalidad franca á los peregrinos, asilo seguro á los heridos en los campos de Palestina y clima benigno y delicioso muy á propósito para curarse. La reputacion de esta Escuela llegó á ser tan grande, que allí iban á curarse todos los que padecían de alguna enfermedad crónica ó heridas que no habían podido cicatrizar los médicos de otros paises. Roberto, Duque de Normandia é hijo de Guillermo el Conquistador herido en un brazo en Asia, se quedó en Salerno á curarse y Juan el Milanés compuso para aquél guerrero un resúmen de los aforismos higiénicos de esta Escuela que hizo mucho ruido en el mundo médico y se publicó el año 1100 bajo el título de *Preceptos higiénicos de la Escuela de Salerno*. Muchos médicos le comentaron, siendo uno de ellos el célebre Arnaldo de Vilanova. He aquí el principio y la dedicatoria:

Anglorum regi scripsit Schola tota Salerni. (1)
Si vis incolumen, si vis te reddere sanum,
Curas tolle graves; irrasci crede profanum.
Parce mero; cenato parum, non sit tibi vanum
Surgere post epulas. Somnum fuge meridianum,
Non mictum retine, nec comprime fortiter anum.
Hœc bene si servas, tu longo tempore vives.

(Regimen sanitatis Salerni, Paris, 1493).

La historia ha conservado los nombres de muchos profesores de esta Escuela que son dignos de mencion. *Petrocello*, autor de la *Suma médica*; *Gariopontus*, compilador de las obras griegas y latinas mas en boga en aquellos tiempos. *Trotula* (médico hembra) que ejerció y enseñó con gran brillo la medicina en Salerno en el siglo XI. A esta, sin duda alguna, se refiere Oderico Otal cuando dice que Rodolfo Malatesta no encontró en Salerno (el año 1059) con quien disputar mas que

(1) La Escuela de Salerno escribió al Rey de Inglaterra lo que sigue:
Si quieres vivir sano, si anhelas la salud, aleja de tí todos cuantos cuidados graves te asedien. Ten en cuenta que es muy perjudicial el enfadarse, bebe vino con mesura, cena poco y pasea algo después de las comidas, pues esto no te estará mal. huye del sueño al mediodía, no te vi lentes para retener la orina y las heces ventrales. Si observas bien todo esto, vivirás largos años.

(Régimen de sanidad de la Escuela de Salerno.)

con una matrona muy sábia. La Maestra Trotula escribió un libro que no solo se ocupaba de las enfermedades de su sexo y de los partos, sinó tambien de las demás partes de la ciencia, y con tal acierto en algunos puntos, que nada nuevo han añadido los escritores de hoy, sobre todo, en los que tiene relacion con la alimentacion y educacion de los niños desde que nacen, hasta los siete años. *Juan Plateario*, el viejo, marido de Trotula; *Jnan Platcario*, el jóven; *Cofon* el viejo; *Constantino de Cártago*, llamado el Africano, que para instruirse viajó por la Arabia, la Persia, la India, la Etiopia, el Egipto, en fin, por donde él creia que podía aprender algo. Vuelto á su patria fué perseguido como mago y se le condenó á muerte, pero huyó y se fué á la Pulla á casa del duque Roberto de Guiscard que le nombró su secretario, luego fué agregado á la Escuela de Salerno y ejerció algun tiempo la medicina hasta que disgustado del mundo se retiró al Monasterio del Monte casino, donde se dedicó á traducir y compilar las obras de los médicos griegos y árabes, traducciones y compilaciones en estremo útiles en una época en que no se comprendían los originales y que contribuyeron poderosamente á propagar los conocimientos médicos entre los pueblos cristianos. *Archimateo* que escribió tres obras de grande importancia en la historia y práctica de la medicina: una que versa *sobre el modo como debe comportarse el médico para con los enfermos*; otra *sobre la instruccion del médico*, libro que recuerda los de Hipócrates que se ocupan de esto mismo, como la *Ley*, *Del Médico*, *etc.* y la última, *Introduccion á la práctica de la medicina* que es un verdadero Tratado de clínica calcado en las doctrinas de los médicos griegos: *Cofon*, el jóven, el *Maestro Bernardo*, el Provincial, y otros muchos que con el cirujano *Roger*, en el siglo XIII, cierran la lista de los maestros de Salerno cuyos escritos representan con bastante fidelidad la doctrina de los griegos y latinos.

En este mismo siglo Federico II, nieto de Rogerio, dió un nuevo impulso á las ciencias y á las letras, reunió las diferentes escuelas en una sola, y publicó diversos reglamentos de grande importancia, entre ellos uno que prohibía ejercer la medicina en el reino sin estar antes examinado Maestro por la escuela de Salerno. Exigía tres años de filosofía antes de dedicarse al estudio de esta ciencia; despues cinco segun Sprengel, dos segun Malgaine, (1) al menos de medicina; además uno

(1) Lindenbrog, *Constitucion de Nápoles y Sicilia*, Lib. III, cap. 34.—*Sprengel, Historia de la Medicina* Traduccion de Mr. Jourdan, sec. VII, cap. II, t. II, pág. 363.—Mr. Malgaine, obras de A. Pareo, introduccion, § 4, p. 30.

de práctica con un profesor de nota, circunstancia que parece indicar que no había *Clínicas* en los hospitales, y otro año para estudiar la *Anatomía humana* y las operaciones, si queria ejercer la medicina y otra para la cirujía. El aspirante debería acreditar antes de ser examinado, que era hijo de legítimo matrimonio, que tenía 25 años de edad, que habia seguido las lecciones de los Maestros calcadas en la terapéutica de Galeno, en el primer libro de Avicena y los aforismos de Hipócrates, y una vez aprobado, tenia que jurar ser fiel á las buenas costumbres, sumiso á los mandatos sociales, asistir gratis á los pobres y no perjudicar en nada á los boticarios. Despues recibía su diploma autorizado por el emperador ó un delegado suyo, castigando severamente y confiscando sus bienes y aun reduciendo á prision á todos cuantos faltasen á estas prescripciones. Organizacion tal hizo que fueran á Salerno muchos médicos estrangeros para instruirse en su arte. Gilles de Corveil estuvo en esta ciudad por entonces, y mas tarde Gilberto. Un aleman en su itinerario de aquel tiempo escribe los versos que siguen:

(1) Laudibus æternum nullus negat esse Salernum
Illuc pro morbis totus circumfluit orbis
Nec debet Spernii, fateor, doctrina Salerni
Sit quamvis exosa mihi gens illa dolosa.

Este mismo Emperador dió el golpe de gracia á la Escuela Salernitana, creando en Nápoles otra igual á la cual dotó con esplendidez y concedió numerosos privilegios. Despues de numerosas vicisitudes, hijas del tiempo y de las costumbres, vino á desaparecer por decreto de 29 de Noviembre de 1811, sin que nada valiera á los ojos de los que prepararon esta medida, su antigüedad, su renombre y sus grandes servicios prestados á la ciencia y á la humanidad. Queda á Salerno una Escuela secundaria de medicina muy parecida á las que hay en Francia y en otras naciones.

ARTICULO III.

ORIGEN Y CRECIMIENTO DE LAS UNIVERSIDADES.

§ I.

Dejamos dicho que en tiempo de Carlo-Magno, cada Catedrál poseia

(1) Nedie niega que la Escuela salernitana es digna de fama eterna. Allí acuden de todas partes á buscar alivio á sus dolores, remedio á sus enfermedades. Confieso que no debe despreciarse la doctrina de esta escuela, aunque aquella gente, por sus supercherías, sea para mí aborrecible.

una Escuela donde se enseñaba á leer, á escribir, á contar, canto llano, teología y algunas veces tambien medicina. El colegio episcopal de París tenia sus regentes médicos que daban consultas y curaban los enfermos en el átrio de Nuestra Señora y aun dentro de la Iglesia. Lo mismo sucedía en otras ciudades. Pero cuando la profesion médica fué declarada incompatible con el sacerdocio por algunos concilios; los Papas, á fin de conservar la alta jurisdiccion que desde tiempo inmemorial ejercían sobre los que se dedicaban al ejercicio del arte médico y de la abogacía, erigieron ciertas escuelas episcopales en Universidades para enseñar á la vez filosofía, teología, derecho y medicina, ó solo alguna de estas facultades. Así fueron creadas durante este siglo (XIII) la mayor parte de las grandes universidades de la Europa cristiana, entre otras las de Bolonia, Padua y Nápoles en Italia, las de Paris, Mompellert, Tolosa en Francia, las de Valencia y Tortosa (1) en España, la de Oxford en Inglaterra. El Papa Inocencio III espidió una bula que garantizaba de todo anatema que no fuera lanzado directamente por la Santa Sede á los profesores y estudiantes de la Escuela de París. Luego vinieron otras bulas á confirmar y ampliar estas inmunidades. Los mismos reyes de Francia consideraban como un grande honor el conceder nuevos privilegios á su Universidad. Pronto el cuerpo universitario formó una segunda capital con sus leyes, sus costumbres, su policía, sus habitantes y sus jueces distintos de los de la ciudad.

* En España aun antes que en Francia y acaso en punto alguno del globo, había Universidades que difundian los conocimientos de aquellos siglos con todo el brillo que era capaz la inteligencia de los hombres que regian los destinos de la humanidad. La de Lérida desde tiempos remotos adquirió grande preponderancia y allí florecieron las ciencias y las letras en el noveno consulado de Augusto. Pasado el tiempo sufrió las consecuencias de éste este cuerpo literario, y hubiera muerto al concluir el siglo XII, si el rey D. Jaime II de Aragon, despues de su vuelta de la conquista de Sicilia, no la hubiera restaurado, confiando su direccion á Fr. Arnaldo de Aymerich, general de la órden de la Merced, al cual ordenó que con anuencia del Papa Bonifacio se enseñasen en la Universidad las artes liberales, entre ellas la medicina, y mandando venir de todas partes los mas eminentes Profesores á quie-

(1) El autor comete una equivocacion afirmando la existencia en aquel tiempo de una Universidad en Tortosa, puesto que ni entonces ni ahora ha habido en aquella localidad centro alguno literario de esta categoría. Tampoco estaba creada la de Valencia; mas sí las que á continuacion citamos, especialmente la de Salamanca.—N. del T.

nes otorgó muchas gracias y privilegios. Pero quien atendió preferentemente al estudio de la ciencia, en especial la anatomía, mucho tiempo antes que en las demás universidades españolas y extranjeras, fué el rey D. Juan I de Aragon que con fecha 3 de Junio de 1391 espidió un decreto para que los estudiantes de medicina de Lérida y aun los Proferores de la Universidad se valiesen de los cadáveres de los condenados á muerte por los tribunales, ahogándolos por sumersion para estudiar anatomía; que está numerado con el núm. 11 de las gracias concedidas por dicho rey. Es como sigue:

Privilegio concedido á la Universidad de Lérida, (fundada en 1300) por el Rey D. Juan I. de Aragon, mandando á los tribunales que cediesen á los Profesores de la Universidad los condenados á muerte para que despues de ajusticiados ahogándolos en agua, se entregasen á los médicos para que hiciesen anatomía en sus cadáveres. Dice así.

Ex num. 11. Gratiarum. Pro estudentibus Medecinam in Studio Ilerde.

—

Nos Johanes Dei gratia Rex Aragonum et cetera. Licet interiora per exteriora judicia judicentur et etiam arbitrentur; atamem firmiora et veritati constantiora persistunt que ad occulum patent quam que probationum seu experenciarum formis ad veritatem deducuntur. Idcirco ad ingentem supplicationem pro parte Universitatis studii artis medicine generalis civitatis Ilerde et medicorum ejusdem, propterea nobis factam tenore presentis nostri privilegii cunctis temporibus valituri statuimus, ordinamus ac etiam Universitati studii predicti et medicis ac lucubrantibus in eodem presentibus et futuris concedimus quod infra annos á data presentis nostri privilegii in antea continue computandos (et ex post de trienios in trienios perpetuo bajulus vicarius et Curia seu paciarii ac probi homines ut alli quicumque officiales civitatis predicte, seu ille

Del número 11 de las gracias. Para los estudiantes de medicina en Lérida.

—

Nos, Juan, por la gracia de Dios, Rey de Aragon etc. Aun cuando por los juicios esteriores se juzguen y estimen los interiores; no obstante, los mas firmes y veraces perseveran y estan patentes, aunque se hagan manifiestos por medio de esperimentos y pruebas. Por lo cual, decretamos en vista de la reverente peticion que se nos ha hecho á nombre de la Universidad médica de la ciudad de Lérida y médicos de la misma: á tenor de las presentes letras, concedemos un privilegio valedero para en adelante á la Universidad de la facultad dicha, á sus médicos y personas estudiosas que son ó fueren en el mismo estudio que en el término de tres años que empezarán á contarse desde la data de este nuestro privilegio y de tres en tres años en adelante y perpetuamente: y ordenamos que el Sepulturero mayor, la Curia, los hombres honrados y probos y cual-

velt illi eorum ad quem, seu quos pertineat seu spectet quomodocumque cumper vos Universitatem predictam seu Medicos ejusdem requisite feceriut tradant et dent ac tradere et dare teneantur unum hominem cujuscumque legis seu estatu existat morte atamem ejus de meritis exhigentibus cun designatum vobis dictis medicis studii seu civitatis Ilerde antefacte. Sic quod quacumque manerie seu epecie mortis quem ejus demeritum occasione subire debeat minime obsistente palam coram omnibus qui eum videre sic obire voluerit per officiales nostros predictos in aqua judicialiter demengatur et inibi penitus sufocetur, quo ab hac luce modo et forma predictis sublato per junturas et partes ac arterias corporis providendum menbrorun ocultorum dispositionem intercipiatur et incidatur ad vestre omnino et ac libitum voluntatis quæ *incisio* apud medicos *anathomica* nominatur, qua quidem incisione seu mutilatione per vos facta corpus seu cadaver ipsius deffunte per vos tradatur ecclesiastice sepulture. Mandantes per presens privilegium nostrum dictis bajulo vicario et curie, pacciariis que ac probis hominibus et ceteris officialibus dicte civitates et aliis ad quos spectet presentibus et futuris quatenus hominem predictum in quolibet trienio cum per vos medicos qui nunc estis vel fuerint per tempore in dicta civitate seu per mayorem partem vestrum seu eorum requisitus seu requisite fuerint ut prefertur, tradaut, liberent *atque dent pro dicta experientia seu anathomia fienda omni dificultate cesante.* Injungentes nihil omninus inclito infanti Martino duce Montis-albi carrissimo fratri nostro in

quiera oficial de la Ciudad dicha, á quienes pertenezca ó pertenecer pueda en algun modo siempre que fueren requeridos por citada Universidad ó por sus médicos; entreguen, den y estén obligados á dar y entregar todo hombre que fuere muerto por sus deméritos ignominiosamente y lo pidieren así otros médicos de la susodicha ciudad de Lérida. Y así por cualquier manera ó especie de muerte que haya de sufrir en castigo de sus deméritos sin que de modo alguno puedan estorbarlo cuantos lo presencien, sea por nuestros antedichos oficiales judicialmente sumergido en el agua y allí mismo ahogado. Despues será sacado en el modo y forma ya dichos se abrirá y rasgará por las junturas, arterias y partes del cuerpo, como tambi n los miembros ocultos à vuestro libre arbitrio y voluntad, cuya *incision* se llama por los médicos *anatomía*. Acabada esta incision ó mutilacion hecha por vosotros, el cuerpo ó cadáver del tal difunto se llevará por vosotros tambien á la sepultura eclesiástica. Mandamos por este nuestro presente privilegio á los mencionados, Sepulturero mayor, á la Curia y hombres probos y honrados, á los demás oficiales de dicha Ciudad y á quienes ataña ahora y en adelante, que el condenado en cualquiera trienio, siempre que fuere pedido ó pedidos (como se dice arriba) por vosotros los médicos que ahora sois y los que fueren por tiempo en referida ciudad ó aun cuando se pidiese solamente por la mayor parte de vosotros, entreguen, justifiquen y den tales cadáveres para hacer dicha esperiencia ó anatomía, cesando ya toda dificultad, que hasta ahora hubiese habido. Encargamos muy especial-

omnibus Regnis et terris generali Gubernatore ceterisque universis et singulis officialibus nostris presentibus et futuris et aliis etiam ad quos spectet quatenus privilegium et ordinationem nostram huyusmodi teneant inviolabiliter et observent, tenerique et observari faciant inconcurse et non contraveniant seu aliquem contravenire permittant aliqua ratione.

Cum nos *ob utilitatem et commodum Rei publice* et cum predicta in certa Scientia fieri ordinaverimus et velimus. In cujus rei testimonium presentem vobis fieri insimus nostre Majestatis. Sigillo impendente munitam. Datum in loco daytoria tercia die junii anno á nativitate Domini, millessimo trecentessimo nonagessimo primo, Regnique nostre quinto. Joanes Dei gratia Regis Aragonum et cetera.—Rex Johanes.—Testes sunt Eymericus de Seintyllis.—Pontius de Perilionibus mayordomus.—Bernardus Margariti.—Franciscus de Garriga militis et Guillelmus de Vilarnau camerarius domini Regis predicti.—Signum Bernardi de Jonquerio secretarii dicti domini Regis qui mandato ipsius hec scribi fecit et clausit. Dominus Rex mandavit mihi Bernardus de Jonquerio.—Vicecancelarius qui eam vidi dixit fore expeditam.—Petrus Margall.

mente á nuestro muy querido hermano el inclito infante Martin, capitan de Monte-blanco, Gobernador general en todos nuestros reinos y tierras, á todos los demás y á cada uno de nuestros oficiales que son ó fueren, como tambien á aquellos á quienes incumba; que esta nuestra órden y privilegio lo guarden y cumplan exactamente y lo hagan cumplir y guardar con rigor y no lo contravengan ó permitan sea contravenido de ninguna manera, puesto que nos así lo hemos querido y mandado, atendiendo al provecho y utilidad de la república, con pleno conocimiento de causa.

En testimonio de lo cual espedimos el presente fortalecido con el sello colgante de nuestra Magestad. Dado en nuestra Dataria á 3 de Junio del año de la Natividad del Señor 1391 y quinto de nuestro reinado.—Juan, por la gracia de Dios, Rey de Aragon etc.—Rey Juan.—Son testigos: Eimerico de Cañas.—Poncio de Perilione, mayordomo.—Bernardo Margariti.—Francisco de Garriga, soldado, y Guillermo de Vilaruan, camarero del Sr. Rey antedicho. Hay la firma de Bernardo de Jonquerio, secretario de dicho Rey y Señor por cuyo mandato se escribió y rubricó este decreto.—El Rey y Señor me lo mandó á mi Bernardo de Jonquerio.—Pedro Margal, Vicecanciller que le ví, dije convenia su publicacion.

La Universidad alcanzaba entonces una envidiable nombradía, pues no solo era la principal, sinó que se la consideraba entonces por todos como el verdadero centro literario del Reino de Aragon, y así continuó hasta el año 1427, en que por causas que no son de este lugar, fué disminuyendo su crédito hasta el estremo que los de otras Universidades y regiones alternáran con los Catalanes y Aragoneses en el Rectorado

de ella, distincion que recayó por primera vez en el Valenciano Don Nicolás Monsoriú, cuyo títulos y merccimientos adquirió en aquella misma Universidad.

La de Huesca creada por Quinto Sertorio caudillo de los descontentos de nuestro territorio por las crueldades de los Prétores romanos. La fundó con el propósito de educar convenientemente la juventud para el gobierno, no solo de España sinó tambien de Roma y de preparar á los Ocenses á sacudir el yugo del pueblo Rey. Asi es que antes de ser asesinado por Perpenna, todo su cuidado despues de los asuntos de la guerra se reducia á allegar medios con que poder aumentar el poderío é influencia del establecimiento que fundó. Muerto, la juventud ocense y los demás habitantes de Huesca cuidaron que no decayera, antes fué creciendo en importancia para lo cual apeló la ciudad á arbitrios y privilegios que ayudaran á sostener el brillo que ya ostentaba en vida del capitan romano. Los Reyes de Aragon, los Obispos y los Papas, desplegaron un esquisito celo en sostenerla y así hubiera continuado si los cambios ocurridos en tantos siglos no hubieran obligado á sus protectores á modificar sus intenciones para con el establecimiento, abandonándolo por fin para dar lugar á otras creaciones mas en consonancia con el espíritu de los tiempos. Pedro 4.°, celebró Córtes en Alcañiz, y restauró la Universidad en 1354 dotándola de Reglamentos y privilegios análogos á los que poseia la que puede considerarse como la madre de todas.

Es la de Salamanca.

Alfonso VIII de Castilla en los momentos de descanso que le dejaban los asuntos de la reconquista del pais, creó á principios del siglo XIII la Universidad de Palencia, reuniendo en aquella Ciudad á los hombres mas notables de su reino por su saber y su ilustracion. La ciencia que por entonces se había refugiado á los monasterios, iba á tomar nuevo rumbo con la especie de secularizacion que recibía de parte de este Monarca y de algunos mas que se apresuraron á seguir tan civilizador ejemplo. Esto hizo Alfonso IX de Leon que estableció en Salamanca un estudio que sirviera de núcleo para otros mas estensos cuando los recursos del tiempo lo permitieran

El contacto contínuo con los árabes mas adelantados entonces que los pueblos occidentales; el ejemplo de algunas califas y soberanos musulmanes que tanto interés desplegaban por la ilustracion de sus pueblos, eran otros tantos motivos para que los monarcas cristianos pensaran en propagar en ellos la ilustracion y el saber, pero la penuria del

tesoro, efecto entonces de las guerras con los infieles, impidió que se creáran de una vez establecimientos de instruccion estables y duraderos, por lo que el fundador trató de subsanar esta falta concediendo privilegios y exenciones tanto á los maestros como á los escolares. Al efecto dispuso que dos especies de inspectores ó tasadores fijasen el precio que debían tener las casas donde se alojáran los estudiantes; que se eximiera tanto á estos como á los catedráticos (lectores entonces) de los derechos de portazgos por todos cuantos objetos formasen el equipaje personal de cada uno; instituyó jueces propios para gobierno de los estudios y para entender en todas las causas que se referían á ambos. Nadie de esto hubiera bastado para sostener su brillo si la circunstancia de haberse unido las coronas de Leon y de Castilla no hubiera atraido á este nuevo estudio á cuantos se dedicaban al cultivo de las ciencias y de las artes. Fernando III confirmó los decretos y privilegios creados por su padre en favor de la Universidad por medio de un nuevo privilegio en el cual se leen las siguientes frases: *é quiero é mando que aquellas costumbres é aquellos fueros que ovieron los escolares en Salamanca en tiempo de myo padre cuando estableció hy las escuelas, tambien en casas como en las otras cosas, que essas costumbres é essos fueros hayan.*

Como por entonces miraban con especial predileccion los árabes las ciencias naturales y exactas y con ellas la medicina, como los príncipes cristianos ocupados en dar estabilidad á sus conquistas olvidaron completamente el cultivo de esta, viéndose reducida á algunas prácticas completamente empíricas, como por otra parte muchos españoles buscaron en Córdoba remedio á sus males, valiéndose de los conocimientos de sus sábios médicos, la ampliacion de los estudios en la nueva Universidad vino á restablecer por completo los estudios médicos. Sus Maestros tradujeron al latin la obra del famoso Cordobés Avicena para que sirviera de texto en ella, estos mismos se encargaron de esplicar y comentar su doctrina por considerarse, segun dicen los escritores de aquél tiempo «como mas breve y recogida que la de Galeno» y por lo tanto mas provechosa su lectura, al menos para los principiantes. De aquí se propagaron estos estudios á otros paises que en aquella época desconocían los progresos que habían realizado en la antigüedad, aquí se despertó el gusto por los autores griegos que apenas eran conocidos en Occidente mas que por los escritores y compiladores árabes. Viene luego Alfonso el Sábio que fomentó en muchas ciudades de su reino la enseñanza, pero mereciendole gran predileccion la Universidad ya esta-

blecida y algun tanto floreciente; creó nuevas cátedras y las dotó modesta, pero decorosamente, en un decreto fechado en 1254. Dicho decreto manda crear una nueva cátedra de medicina que con la de comentos de Avicena iba á servir de núcleo á la nueva facultad médica. Además de las cátedras y Maestros oficiales nombrados por el Rey Sábio, esplicábanse otras por profesores pagados por los mismos Escolares, costumbre que se adoptó en Paris y en otras Universidades extranjeras y que solo duró en Salamanca hasta el año de 1480. No contento con esto, apeló segun costumbre de aquellos tiempos al Papa Alejandro IV para que confirmára el estudio creado por su abuelo concediéndole el nombre de Universidad. El pontífice accedió á esta peticion, y declaró además, en vista de su floreciente estado, que fuese considerada como uno de los cuatro estudios generales del Orbe, y mandó que los que una vez se examinasen y aprobasen en ella, fuesen admitidos á las regencias y á las lecturas en cualquiera otra Universidad ó Instituto de enseñanza sin necesidad de nuevo exámen (1255). El mismo Rey autorizó á los escolares que pudieran establecer por sí mismos *un Rector* ó *Mayoral* al cual obedezcan en las cosas convenibles, circunstancia que induce á suponer que á él es debido la creacion de este nuevo poder dentro del Establecimiento. Con los privilegios y donaciones hechos por este mismo monarca, prosperó de un modo notable y en pocos años la Universidad siendo grande la concurrencia de escolares españoles y extranjeros, como tambien de Maestros, que siendo anuales, se disputaban la honra de leer algunas asignaturas en aquella escuela. Por desgracia este estado lisongero duró poco. Cuando el mismo Alfonso X á causa de su aspiracion al trono imperial de Alemania vió agotados los recursos de su reino, desatendió la Universidad llegando hasta el estremo de tener que acudir al ausilio de sus sucesores y de algunos Obispos y Pontífices si no se queria que concluiria el esudio. Con las nuevas rentas quedó asegurada la Escuela y dispuesta á crear nuevas cátedras y á mejorar sus locales que ya no podian contener el gran número de escolares que acudian á ella por la gran fama que iba adquiriendo, fama que hizo que los Sumos Pontífices y los Reyes otorgaran al establecimiento honrosas distinciones entre ellas el «que los graduados de doctores ó maestros por Salamanca gocen, así como sus descendientes del caracter y exenciones de los hijo dalgos quedando libres de toda carga y el de estar dispensados los procuradores del estudio de prestar pleito homenage á los monarcas cuando subian al sólio.» Se señalaron además salarios mas crecidos á algunas cátedras, entre ellas las de teo-

logía y medicina que hasta entonces habian sido pobremente dotadas. Por este motivo (1334) el Rey Alfonso XI, el Rector y la Universidad, pidieron al Papa Juan XXII que el Maestre-escuela de la catedrál, que desde muchos años antes era Juez ordinario de aquellos estudios y de los estudiantes, fuese además Canciller y tuviese la prerogativa de conferir grados de Licenciado y Doctor en todas las facultades, cargo que disfrutó hasta la casi completa emancipacion de la Universidad de la autoridad de los Papas. Así que el Emperador Cárlos V, celoso por las prerogativas de la corona, no dejó de enviar sus inspectores ó reformadores de cuando en cuando para que no caducase esta costumbre establecida por los Papas. El año de 1538 nombró reformador de la Universidad á D. Juan de Córdoba, Dean de la cátedral cordobesa, el cual con acuerdo del Claustro creó dos nuevas cátedras de medicina en las cuales debia leerse á Galeno, que unidas á las otras algun tanto descuidadas por las diferencias entre las dos potestades, completaban la facultad. En esta época florecía grandemente la Escuela médica, los discípulos que de ella salian eran considerados como los primeros de España y ningun rey ni magnate consideraba segura su vida sin la asistencia de un Doctor salmantino. Asi continuó mejorando hasta el reinado de Felipe II en que empezaron á decaer los estudios por consecuencia de los sistemas y escuelas, que separándose hicieron variar completamente la enseñanza. El silogismo, la envidia, la prevaricacion y otras pasiones ruines reemplazaron al órden, claridad y templanza con que se esponían antes todas las doctrinas, dando lugar á que se formaran dos bandos conocidos con el nombre de *Canistas* por ser su jefe el célebre teologo y catedrático Melchor Cano, y de *Carrancistas*, por serlo de este el Arzobispo de Toledo, D. Bartolomé de Carranza. Este embrollo ocasionó las prisiones de Fr. Luis de Leon y el Brocense, la huida de otros muchos, las disputas entre los Rectores y Maestre-escuelas, la desmoralizacion de los estudiantes que daban su voto á los opositores á cátedras, sufriendo por ello un golpe mortal todas las ciencias, especialmente la medicina que vió desaparecer de sí á su hermana la cirujía creada siglo y medio antes, y suprimida el año 1577. (1) Consecuenciá de esta disposicion se cerró el Teatro anatómico que estaba situado en la hermita de San Nicolás, perjudicando con esta medida á

(1) Todavía se conserva en esta escuela como prueba de la importancia que tenía entonces la cirujía, el maniquí para práctica de los vendajes, mandado hacer en aquellos buenos tiempos de la enseñanza de la anatomía y cirujía (1570) y renovado dos siglos despues (1765) para iguales efectos é iguales necesidades.—N. del T.

muchos jóvenes pobres que se dedicaban á este arte y haciendo infructuosos los desvelos del Dr. Zumel, judio converso, de Gomez Pereira, Juan Bravo y otros laboriosos Cirujanos que tanto habian enaltecido la escuela quirúrgica Salmantina. Pasó tiempo y con él Monarcas débiles que prepararon la especie de muerte á que la condujo Cárlos II. Nuestros sábios de entonces se ocupaban en frivolidades, mientras que los extranjeros cultivaban con ardor las ciencias exactas y naturales. Despues ha sido lo que ha querido el tiempo y han aceptado los hombres. (1)*

Toda la ciencia, dice Malgaine, estaba vinculada en el clero; y la enseñanza para salir del Claustro, tendría tambien que continuar siendo católica. Estos nuevos sacerdotes, aunque fuera del claustro, unidos al Papa por sus juramentos y por sus privilegios componian una Milicia potente y vigorosa. Por el clero propiamente dicho, los Papas reinaban en las conciencias; por los nuevos sacerdotes universitarios reinaban en las inteligencias. Con tales elementos, á nadie deberá chocar que ellos estuvieran impacientes por no poder concentrar en sus manos todos los otros poderes.» (2) Sin embargo, es preciso hacer justicia á los Papas, á los monges y al clero católico en general, porque ellos han sido casi los únicos que han preparado el movimiento intelectual de la Europa moderna. Las Universidades, al contribuir á que se relacionaran los sábios, les ofrecian la ocasion y los medios de conocerse y de ilustrarse mutuamente, escitando su emulacion con recompensas y honores, concurriendo así con eficacia á elevar la civilizacion á una altura mayor que en los tiempos del paganismo.

Verdad es que no se conocieron al instante los resultados de estos Establecimientos, se precisaron muchas generaciones para sacar las consecuencias, y ver madurar sus frutos. Por eso es, porque al concluir este período histórico, menos bárbaro que al principiar; no conocemos mas que algunos escritores dignos de mencionarse. Los que gozaban de alguna reputacion en las ciencias y en particular en la medicina, brillaron mucho menos, por lo que escribieron, que por el deseo de instruirse y por el celo con que procuraron propagar la instruccion. Hoy que abundan los buenos libros, podemos formarnos una idea, aunque no sea mas que aproximada, del trabajo que emplearon nuestros antepasados;

---

(1) El que quiera mas pormenores acerca de esta célebre Escuela, puede consultar la notable memoria escrita por el Sr. D. Alejandro Vidal, ayudante de la clase de primeros de la Biblioteca de la Universidad.—N. del T.

(2) *Obras de A. Pareo*, introduccion §. 4, pág. 28.

sacrificios de todo género, viajes largos y penosos para proporcionarse un manuscrito ó para oir á un profesor célebre, y todo sin esperanza de remuneracion. Tal fué la conducta de la mayor parte de los autores cuya vida y trabajos vamos á referir con brevedad.

Gerardo de Cremona (Lombardia).

Este es el primero que figura en este período por órden de antigüedad. Malgaine dice, que es en vano buscar el nombre de Gerardo en ningun Diccionario de medicina ni en otros muchos de distinta índole, pero es lo cierto que hay pocas ciencias que no le sean deudoras de algun adelanto. Piadoso y aplicado habia leido cuanto contenian los libros latinos, mas no habiendo podido proporcionarse en Italia el *Almagesto de Tolomeo* se fué á Toledo donde se proporcionó un ejemplar en árabe, idioma que no sabia, pero que la aprendió; y tradujo el libro, como tambien cuantos se proporcionó. Entre el gran número de sus traducciones se cuentan las de algunos tratados de Hipócrates y de Galeno, la obra de Serapion, los libros de Rasis y Almanzor, el Canon de Avicena y el tratado de Cirujía de Albucasis. Murió en Cremona el 1187, á los sesenta y tres años de edad y legó todos sus libros al convento de Sta. Lucia donde fué enterrado. (1)»

Guillermo de Saliceto tuvo una vida mas pacífica. Nació en Plasencia en los primeros años de aquel siglo. (13) Fué profesor, primero en Bolonia, despues en Verona. Jamás salió de la alta Italia. Escribió sobre medicina y cirujía, pero fué mas cirujano que médico. Fué el primero que en este período de ignorancia se valió de su esperiencia personal y no siguió á ciegas la opinion de sus maestros. Murió en 1277 ó 1280.

Arnaldo de Villanueva, (2) el de la pátria dudosa; fué fanático por

---

(1) Alguno que otro de nuestros cronistas afirma que este Médico fué andaluz, natural de Carmona á quien le llamaban el *Honain* de los Españoles. Tambien dicen lo mismo algunos eruditos extranjeros, entre ellos el célebre Villebrune. Este autor en la edicion que hizo en Paris de los Aforismos de Hipócrates en 1779 en una nota del prólogo página 14 dice lo siguiente. «In hoc viaticum comentarium Scripsit Gerardus Carmonensis Hispanus, non Cremonensis italus. Obiit Toleti ann. 1180 vir omni genere doctrinæ claru qui sexaginta ferme volumina arabicæ in linguam latinam transtulit. Sin embargo en la traduccion que hizo en Toledo de la Cirujia de Albucasis se titula Cremonensis y no Carmonensis.
N. del T.

(2) A. Arnaldo le hacen francès los franceses fundados en un dicho del mismo. Dicen que, se dice nacido súbdito de Roberto Rey de Nápoles y Conde de Provenza. Pues que ni la Cataluña ni el Languedoc habian nunca pertenecido á Roberto y que este era Conde de Provenza, para ser Arnaldo sùbdito suyo, debería ser *Provenzal*. Esto dicen los franceses. Los Españoles le hacen español fundados tambien en otro dicho del mismo. En su libro de *Vinis* destinado al Rey de Aragon D. Jaime, hermano de D. Fadrique, Rey de las dos

las ciencias; hijo de padres pobres y de humilde cuna, debió nacer hacia el año 1250, segun las mas probables congeturas. En sus primeros años se dedicó al estudio de las lenguas latina, árabe, griega y hebrea en la ciudad de Barcelona y despues pasó á Paris á estudiar filosofía, aunque no falta tampoco quien dice (El Sr. Morejon) que la estudió tambien en Barcelona. Una vez iniciado en estos conocimientos marchó á Mompellert en cuya célebre Universidad estudió la medicina y la cirujía con el Dr. y Profesor, Juan de Casamida. Concluido este estudio marchó á Salerno, mas no se sabe el tiempo que permaneció allí y despues regresó á Barcelona donde se fijó para ejercer la profesion. Poco tardó en darse á conocer y sobrepujar á los demás compañeros y por eso le llamaron para asistir á D. Pedro III rey de Aragon, enfermo de gravedad en la villa de Villafranca del Panadés en los primeros dias del mes de Noviembre de 1285, y el cual murió el ocho del mismo sin haber dejado sucesion, proclamando los Aragoneses como su sucesor á su hermano D. Jaime á la razon en Sicilia. Trasladado este á Aragon eligió por su médico á Arnaldo permaneciendo á su lado hasta la proclamacion como Pontífice de Bonifacio VIII, que nombró á Arnaldo su médico ordinario por el gran concepto que le merecia su ciencia difundida por él desde su cátedra de París. Entonces empezó á publicar alguno de sus muchos escritos, pero los teólogos de aquella escuela envidiosos de su gloria, lo persiguieron y se vió precisado á emigrar á Sicilia y pedir amparo á su Rey D. Fadrique. La muerte del Papa Bonifacio contuvo algo las iras de sus perseguidores y le proporcionó los medios de volver á Barcelona, pero en la travesía sufrió las consecuencias de una horrorosa tempestad y fué á parar á las costas de Africa en cuyo punto se dedicó al mejoramiento de los vinos. Cuatro años permaneció en Africa, despues de los que volvió á Barcelona, donde se dedicó de nuevo á la práctica de su arte y á la publicacion de algunos escritos llenos de ideas religiosas algo atrevidas para aquel tiempo. Esto dió lugar á que los inquisidores de Cataluña y Aragon, reprodujeran las quejas de los teólogos de la escuela de París, y Arnaldo se viera otra vez perseguido y condenado como herege, condena que desatendió completamente el Papa Clemente V.

Sicilias, dice así: *Audivi quedam nostræ terræ*, palabras que espresan con toda claridad que Arnaldo es español como lo eran los Reyes sus amigos. ¿De donde era? Los franceses dicen que de Villanueva Loubet (Var) ó de Villanueva, pequeño pueblo á dos leguas de Mompeller. Los Españoles de Cervera (Cataluña), fundad s en un manuscrito de un religioso de Barcelona llamado Fornet, escrito en el siglo XV. que se conserva en la Biblioteca nacional de Madrid.—N. del T.

No por esto se desacreditó Arnaldo, antes mereció mas atenciones del Rey de Aragon D. Jaime. En efecto este Rey mas ilustrado que los acusadores de su médico, le comisionó cerca de las personas de los Pontífices Benedicto VI y mas especialmente Clemente V para arreglar algunos negocios muy interesantes y lo hizo á satisfaccion de ambas partes. Fué tambien amigo de los Reyes de Inglaterra, Jerusalen, Sicilia y Francia. Este mismo Papa envió á Arnaldo el año 1309 para que intercediese con el Rey D. Jaime, que asediaba entonces á Almería con el propósito de restablecer la paz entre Roberto electo Rey de Sicilia y su hermano D. Fadrique, comision que dió por resultado el arreglo de sus diferencias.

Arnaldo tuvo una hija que tomó el hábito de religiosa en Valencia y despues de viudo se hizo sacerdote, y el Arzobispo de aquella ciudad lo destinó á un pueblo segun se colige de la sentida pastoral que este buen Prelado dirigió á sus sufragáneos, á fin de indagar la causa de su muerte y el paradero de muchos de sus escritos. Arnaldo tendría lo menos 55 y 60 años de edad cuando recibió las órdenes. Por último, su muerte se cuenta de diversas maneras pero generalmente se crée que acaeció el año 1313 en la travesía de Sicilia á Aviñon al ir á visitar al Papa Clemente V que estaba enfermo. Arnaldo es el primer médico que estudió en Mompellert y que se atrevió á desviarse de la rutina seguida hasta entonces de ser todo escritor un compilador servil de los árabes y de los griegos del bajo imperio. Sus obras, aunque muy numerosas, son la mayor parte muy cortas; son mas bien memorias ó consultas que verdaderos tratados, y tan interesantes y nuevas algunas, que prueban el talento y el deseo de saber que le animaba. En el tratado de *venenis* dice que el *oropimente* (Súlfuro de arsénico) *produce la escoriacion de los intestinos*, y como para apreciar esta lesion, que por cierto es real, se precisa apelar á la autopsia; prueba que este médico abrió cadáveres contra las preocupaciones de su tiempo. Las mas importantes son un tratado sobre los vinos en el que dá señales de ser un excelente químico y naturalista. Enseña á sus contemporàneos el modo de preparar el alcohol, los aceites esenciales, como el de trementina, los éteres, los vinos medicinales, etc.; dos de higiene, dedicado uno al Rey de Aragon, con el título de *Liber de regimini sanitatis*. El libro de las parábolas *secundum institutum veritatis eternæ*, escrito bajo la forma aforística y digno de meditarse por todos los médicos que se dedican á la práctica. Vamos á citar algunaporque de ellas se despnden ¿verdades que deberían tenerse siempre

presentes para provecho de los enfermos y enseñanza de los médicos.

Toda curacion dimana de Dios.

El que aprende, no para saber, sinó para ganar, se hace abortivo en la facultad que elije.

Cuando el enfermo precise de auxilio alguno especial, conviene que el médico lo aplique por sí.

Conviene que el médico sea eficaz ó ejecutivo en el obrar, no hablador ó charlatan, porque las enfermedades no se curan con palabras, sinó con remedios.

Toda curacion progresa si se usa lo que aprovecha y se evita lo que daña.

Antes de conocerse la especie de enfermedad y su causa próxima, debe regirse el enfermo solo con remedios inocentes.

El médico sábio y piadoso cuida mas de curar una enfermedad por la dieta que por los medicamentos.

Es embustero é ignorante el médico que echa mano de medios usados y raros, pudiendo socorrer al enfermo con los comunes y sabidos.

Y así otros muchos referentes al régimen de los enfermos y convalecientes. El libro de *Regimine de omnibus febribus ad instanciam papæ Clementis V*, *El Tesoro de los Pobres*, coleccion de recetas y preceptos médicos muy en boga en la edad media, y *Los comentarios á los aforismos higiénicos* de la escuela de Salerno, dedicados al Rey de Inglaterra, y sobre todo un *Tratado de moral Médica* cuyo contenido, segun nuestro Diego Alvarez Chacon, debiera tener siempre presente el médico joven para que con arreglo á sus preceptos dispusiera su corazon antes de entrar en en el ejercicio de la medicina. Quiere que todo Profesor sea *estudioso, cauto, circunspecto, diligente y benévolo con el paciente, fiel en sus promesas, ambiguo en sus pronósticos, firme cuando tenga necesidad de obrar, parco en emplear remedios heróicos siempre que pueda disponer de otros mas suaves, aunque retarde algo la curacion y opuesto á esperimentar en los enfermos por temor de hacerles daño*. El médico, dice, que siguiere estos preceptos será el mas perfecto y Dios guiará su juicio.

Raimundo Lulio, ó el *Dr. iluminado*: es otro de los Españoles célebres que ilustraron aquella edad. Nació en Palma, capital de la Isla de Mallorca, cuando en 1231 el Rey D. Jaime I de Aragon convocó las Córtes para dar á conocer su propósito de espulsar los moros de la Isla. Raimundo Lulio, padre del *Doctor iluminado*, se presentó para for-

mar parte de la Espedicion en la que se distinguió por su valor. Conquistada la Isla, compró muchas tierras, estableciéndose allí y desempeñando honrosos y lucrativos empleos, adquirió una gran fortuna, lo cual hizo que llamára á su esposa que estaba en el continente, la que hasta entonces estéril, dió á luz un niño en 1235. Los padres favorecidos por su posicion se esmeraron en dar una educacion brillante á su hijo que desde sus primeros años daba muestras de gran capacidad é inteligencia. Su génio turbulento, sin embargo, hizo que aprendiera muy poco y que empleara la mayor parte del tiempo en disipaciones y orgías. Inquieto su padre por la vida ociosa y desarreglada de su hijo le hizo, aun siendo bastante jóven, contraer matrimonio con una heredera noble y rica llamada Catalina Labots, de la que tuvo dos hijos y una hija. Contra lo que generalmente sucede Lulio no modificó en nada su conducta y tenía ya 30 años y sus desórdenes iban en aumento. Para colmo de su intranquilidad se apasionó entonces de una señora genovesa de estraordinaria hermosura, llamada *Ambrosia di Castello*, que se había establecido en la Isla con su marido, á la cual dedicó un soneto que mereció elogios de la dama, al mismo tiempo que un consejo para que abandonara una pasion que degradaba su nobleza, segun resulta de la carta que le dirigió con tal motivo. Raimundo, sin embargo, no se dió por satisfecho, antes redobló su empeño para conseguir que Ambrosia correspondiese á la pasion que le inspiraba. Asombrada esta de la tenacidad de Lulio concertó, de ocuerdo con su marido, escribir al jóven citándole en su casa. Al entrar en ella no pudo el amante dominar su gran emocion causada, no solo por la presencia de la muger á quien amaba, sinó tambien por la solemnidad y cierto aire de tristeza que observó en ella. La dama rompió el silencio y preguntó á Lulio cual era el motivo del encarnizamiento con que la perseguía, á lo cual respondió el jóven que le era imposible dejar de adorar á la muger mas hermosa del Universo, y volvió á elogiar los encantos á que había dedicado sus versos; entonces Ambrosia se decidió á curarle radicalmente de su loca pasion, enseñándole aquello que había celebrado en sus sueños. Descubrió su seno devorado casi en su totalidad por un cancer, diciéndole despues: «considerad, señor, lo que ansiais con tanto furor, ved la podredumbre que alimenta vuestra pasion, cambiad, pues, de amor y en vez de amarme á mí, amad á Dios que es completamente bueno é incorruptible.» Enseguida dejó Ambrosia solo á Raimundo entregado á sus reflexiones.

Vuelto á su casa, permaneció inmovil, como herido del rayo, pen-

sando solo en el pecho lacerado de su amada, y desde entonces tomó la resolucion de renunciar al mundo. Al efecto abandonó á su muger y á sus hijos, distribuyó la mayor parte de sus bienes entre su familia y los demás á los pobres, hizo un viaje á Santiago de Galicia y vestido despues con el sayal de San Francisco de Asis partió solo á una propiedad que se habia reservado en el *Monte de Randa*, donde fabricó una choza para guarecerse de las injurias del tiempo. Allí permaneció nueve años consagrado á la oracion y á la penitencia; allí en aquella *celda de Randa* formó el proyecto de trabajar activamente en la conversion de los infieles, particularmente de los sectarios de Mahoma, para cuya consecucion se dedicó á estudiar su lengua. Familiarizado que fué en ella leyó cuantos libros árabes tuvo á la mano y alcanzó una erudicion prodigiosa que luego le habia de servir para llevar á cabo sus propósitos. En marcha para Africa corrió el riesgo de ser asesinado por un mozo que habia tomado á su servicio, el cual no tardó en comprender los deseos vehementes de su amo. Dió una puñalada á Lulio en el pecho, el instrumento resbaló sin penetrar en el interior, y este tuvo valor para desarmarle y entregarle á los tribunales. Despues que hubo recobrado la salud partió para Roma el año 1286 á fin de conseguir llevar á cabo el proyecto de crear muchos monasterios donde los monjes se dedicáran al estudio de las lenguas orientales y se preparáran por su método ó *Arte magna* para predicar el Evangelio en los paises habitados por los infieles. Desgraciadamente al llegar á la Capital del mundo cristiano murió el Pontífice Honorio IV, varon piadoso é instruido en quien él habia fundado todas sus esperanzas; pero no por esto se desanimó, pues en vez de esperar en Roma el nombramiento de un nuevo Pontífice aceptó la invitacion que le hizo el Canciller Bertrand de la Universidad de París (1287), donde se trasladó y enseñó su *Arte magna*, primera forma que dió al método que habia inventado para coordinar, afianzar y facilitar las diversas operaciones de la inteligencia. Pronto la fama de sus lecciones se estendió por toda Europa, y dos años despues (1289) se trasladó á Mompellert donde á la sazon se hallaba el rey de Aragon y de Mallorca y allí enseñó públicamente su *Arte inventivo* que no es mas que su *Arte magna* bajo otra forma. En 1291 marchó de Mompellert á Roma, pero con la intencion de pasar por Génova y detenerse allí algun tiempo, como en efecto lo hizo y tradujo en árabe su *Arte general*. En Roma espuso al Papa y al Sacro Colegio su deseo de establecer escuelas para el estudio de las lenguas orientales, pero el Pontífice y los grandes Dignatarios preocupados con las noticias de

los desastres de Tierra Santa, no prestaron atencion á los proyectos del sábio mallorquin.

No desmayó su celo con una negativa muy parecida al desprecio y así intentó hacer por sí solo lo que en vano habia esperado ayudado de otros. Volvió á Génova con ánimo de embarcarse para Africa, ajustó el viaje, pero luego se arrepintió y volvió á entrar en la ciudad, donde fué objeto de burla del populacho. Tanto le afectó este acontecimiento que cayó enfermo (1291) de gravedad y le trasladaron á un convento de Padres Predicadores, donde hizo testamento y recibió los sacramentos. No restablecido aun, se embarcó en un buque destinado á Tunez, y allí se detuvo para disputar con los Doctores musulmanes acerca de los dogmas de su religion. Al instante se creó muchos prosélitos que le protegieron y proporcionaron tranquilidad bastante para componer su *Tabla general de las ciencias*. Pero su sosiego duró poco; acusado ante el rey de Túnez de que atentaba contra el culto de Mahoma, le mandó prender condenándole enseguida á muerte, y allí hubiera concluido si un Santon ó sacerdote islamita prendado de la profunda instruccion y escelencia de carácter del sábio mallorquin no hubiera intervenido en su favor. Recibió, pues, la órden de salir inmediatamente de la ciudad, lo cual hizo, no sin correr el riesgo de ser muerto á pedradas por el populacho. Lulio tenia ya 57 años; volvió á Génova, punto obligado de sus espediciones, descansó allí algun tiempo en el que se entretuvo en perfeccionar su método; pasó despues á Nápoles, donde dió lecciones públicas de su *Arte magna*. Allí (1293) volvió á encontrar á su amigo y maestro Arnaldo, á quien conoció largamente en París y Mompellert; allí adquirió los conocimientos prácticos que le faltaban, ya que los teóricos los aprendió en su retiro de *Randa* con la contínua lectura de los libros árabes; allí llegó el misionero á ser tan hábil químico como su maestro. Sin embargo de estos nuevos estudios de una importancia secundaria para él, pero que á nuestro juicio son sus mejores títulos, no descuidó su proyecto favorito, y al efecto volvió á Roma (1294) esperanzado en que el Papa Celestino V ó su sucesor Bonifacio VIII se ocupáran de su proyecto y contribuyeran á realizarlo.

Estos Papas ocupados mas en estender su poder temporal en Italia que en pensar en misiones, recibieron con desden á Lulio que aburrido marchó á Milan, donde se dedicó al estudio de la química con mas ardor que hasta allí. Pero tales ocupaciones no eran mas que un descanso para volver á sus tareas favoritas, puesto que volvió á Mompellert á ocu-

parse de nuevo y enseñar su doctrina filosófica. Allí contrajo amistad con Raimundo Gauffredy General de los Franciscanos, el cual dió cartas para que los superiores sometidos á su jurisdicion permitiesen al *Doctor iluminado* enseñar en sus conventos sus doctrinas. Semejante favor dió grande autoridad á su método contribuyendo poderosamente á juzgarlo. No contento con esto, volvió á Génova, de allí á Francia, Sicilia, Mallorca y la isla de Chipre para exhortar á los cristianos á combatir el islamismo; y á sus príncipes á que crearan las escuelas, pero todo fué en vano; la indiferencia y el desden fueron el pago de sus desvelos. De Chipre (1300) pasó á la Armenia, recorrió aquellos países, volvió á la Palestina y allí como en todas partes exhortó á los cristianos á combatir á los turcos, y por fin volvió á Génova escala de sus peregrinaciones, despues á Mompellert en cuyas dos ciudades compuso varias obras sobre puntos diversos: entre otras una con el título de *Brevis práctica artis generalis*, nueva modificacion de su método de pensar y razonar. De allí marchó á París, disputó con Juan Scoto llamado el *Doctor sútil* pasó á Leon, Mompellert y á Aviñon donde se hallaba el Papa Clemente V, á quien volvió á renovar su peticion, pero en vano. Cansado de tanta repulsa volvió á Mallorca, puso en órden sus negocios y los de su familia y volvió á Africa á intentar por tercera vez la conversion de los infieles. En efecto marchó á Bugía tocando á su paso en Roma y Argel, donde lo apresaron y condenaron á muerte, pero le conmutaron esta pena con la de destierro. Siguió su camino y en Bugía predicó publicamente el Evangelio y confundió á los doctores musulmanes que rabiosos de su derrota quisieron matarle y lo hubieran conseguido sin la intervencion de unos mercaderes genoveses que lograron se le apresara solo y se le guardara alguna consideracion. En su prision que duró seis meses le visitaron los sábios árabes empeñados en atraer á sus doctrinas al sabio extranjero, pero no pudiéndolo conseguir lo soltaron y le mandaron salir de la poblacion como perturbador del órden público. Mucho sintió abandonar la ciudad en los momentos en que empezaba la guerra intelectual que por tanto tiempo deseó entablar con los sarracenos. Al efecto se embarcó en un buque genovés que naufragó á la vista de Pisa pereciendo casi toda la tripulacion, escepto él y algunos marineros que se salvaron en una tabla. Allí enfermó y fué recojido y asistido por los religiosos de Sto. Domingo y apenas restablecido, empezó á predicar por la ciudad su cruzada, que por cierto hizo gran mella en el ánimo de los Pisanos. Estos redactaron una peticion al Papa que residía en Aviñon y encargaron su presentacion á Lulio que á su paso por

Génova para ir á Francia hizo lo mismo que en Pisa y con igual resultado.

Gozoso con el entusiasmo que habia escitado en las dos ciudades de Italia llegó triunfante á la Córte pontificia y se apresuró á ofrecer al Papa los testimonios de su celo religioso que habia recojido en Pisa y Génova, pero el Papa y el Sacro Colegio preocupados con otras promesas desdeñaron las de Lulio, el cual piadoso y sencillo no sobrellevó con tanto valor esta injuria como los malos tratamientos de los turcos y los peligros del naufragio. Resentido marchó á Paris, donde despues de haber combatido con grán éxito á los filósofos que defendian las doctrinas de Averroes, tuvo la satisfaccion de que aquella Universidad aprobase su *Grande arte* por un gran número de votos. Esto le hizo olvidar los desaires de de Roma y que su doctrina se esparciera por toda Europa. La aprobacion de la Universidad acrecentó mucho la celebridad del *Doctor iluminado* y todos los Soberanos deseaban verle y tratarle. Entre los que mas interés tuvieron en ello fueron los Reyes de Inglaterra, y Escocia, Eduardo II y Roberto Bruce. Lulio que tenia ya 77 años y que soñaba todavía con su conquista de la Tierra Santa y su conversion de los infieles, accedió à los deseos de estos potentados; porque se figuró ver en ellos nuevos y poderosos instrumentos para la consecucion de sus propósitos. Fué á Londres donde lo encerraron en la Torre del mismo nombre para ver mejor los resultados de sus esperimentos sobre la trasmutacion de los metales: idea dominante en el ambicioso Eduardo. Luego que concluyó tan importante trabajo y pudo Lulio volver á sus estudios habituales conoció el misionero que su habitacion de la Torre era una prision y que el Rey le retenía para satisfacer su codicia y proyectó escaparse como lo hizo en una barca del Támesis que lo trasportó á un buque que se dirijía á Mesina en cuya ciudad compuso su tratado de los *Esperimentos*. De Mesina fué á su pueblo donde, despues de haber compuesto varias obras, formó la intencion de volver á Africa á predicar de nuevo el Evangelio y ver á sus discípulos. Desembarcó en Egipto, llegó hasta Jerusalem y de allí volvió á Túnez donde vió á sus amigos y los exhortó á que prosiguieran en su fé, despues continuó su camino á Bugía donde empezó á predicar publicamente el Evangelio. En cuanto le vió el populacho, le llenó de injurias y empezó á maltratarle hasta que hubo satisfecho su rabia. Llegó la noche y todavía se hallaba tendido en la playa, cuando unos Genoveses se acercaron con una lancha y lo llevaron á un buque que se hizo á la vela para Mallorca con el objeto de restituirle á su pátria, pero po-

co duró el resto de la vida que aun conservaba el mentor, y hallándose el buque á la vista de la Isla, exhaló el último suspiro el 29 de Junio de 1315 á los 80 años de edad.

Raimundo escribió muchas obras: algunos las hacen subir á cuatro mil, otros mas prudentes á trescientas, y aun parecen muchas. Por ellas se deduce que el sábio mallorquin se ocupó de todas las ramas de la filosofía natural; de geometría, de física, de astronomía, de historia natural, de química, de medicina, de metafísica, de teología, etc. Rogerio Bacon, en el órden físico, valido de la observacion y de la esperiencia echó las bases de la *ciencia positiva;* Raimundo Lulio en el órden metafísico valido de la dialéctica y de la ilacion de las ideas generales y de toda clase de relaciones, creó la *la unidad de la ciencia.*

Su principal obra por la cual se le ha considerado como profundo pensador es su *Arte magna*, que no es mas que en el fondo el método sintético ampliamente concebido y poderosamente aplicado; un método de enseñanza completo para la inteligencia de su autor, pero de escaso ó ningun valor despues de su muerte. Este suele ser el destino de la mayor parte de las obras de la inteligencia; el inventor rara vez consigue el objeto que se propone. Raimundo pasó la mayor parte de su vida ocupado en asuntos religiosos y teológicos, la perdió por atacar la religion islamita y ganó la corona del martirio. Pues bien, la posteridad ha olvidado todo esto. Hoy solo se conoce y considera á Lulio por el lado mas débil, hoy no se vé en él mas que al químico. Él aprendió esta ciencia en los libros árabes, él tuvo empeño de hacer las aplicaciones prácticas que los mismos indicaban. Pues bien, Arnaldo, su amigo y semi-paisano, le enseñó en Mompellert y en Nápoles el arte de las manipulaciones. Desde entonces se dedicó con ardor al estudio práctico de la química, como es fácil ver por las obras que se le atribuyen. Lulio describe y marca perfectamente la composicion del agua fuerte, cuya preparacion había indicado ya el Arabe Gheber, y otras muchas manipulaciones químicas para obtener cuerpos ya conocidos, pero que su obtencion era mas facil con sus métodos. En su *Potestas divitiarum* indica un instrumento que tiene mucha semejanza con el aparato de bolas de Liebigt, recien inventado por este, y destinado á recoger el ácido carbónico cuando se analizan sustancias orgánicas.

Tambien se le considera algo como médico. Su *Ars de principiis et gradibus medicinæ* destinado á demostrar la certeza así como la superioridad y utilidad de la ciencia es digna de recordarse: tambien lo es *Liber de regionibus infirmitatis* destinado á poner de manifiesto lo

dificil que es el ejercicio de la ciencia por los muchos conocimientos que precisa el Profesor. Escribió además cuatro libros de medicina práctica, uno de semeyótica y otro de filosofía médica y de ideología clínica; libros tanto mas meritorios, cuanto que fueron los primeros que se conocieron. En fin, Lulio fué un verdadero enciclopedista como lo eran todos los sábios de la edad media. Abarcó todos los conocimientos, tanto para obedecer á las inclinaciones de su inteligencia, cuanto para elaborar su método de enseñanza general que nos ha marcado en su *Ars magna* y su *Ars brevis*, todo lo que le recomendará solo á la posteridad sábia. *

Lanfranc, natural de Milan y discípulo de Saliceto ejerció la cirujía en lo mas recio de las disensiones de los Güelfos y Gibelinos. Vencido su partido, el jefe del partido vencedor, Mateo Visconti, lo desterró. Marchó á Francia, se detuvo en Leon algunos años y allí escribió su *Pequeña Cirujía*. En 1295 fué á París á instancia de Juan Passavan, Decano de la Facultad de Medicina, y dió un curso de cirujía obteniendo un gran triunfo. Entonces acabó su grande *obra de Cirujía* que publicó enseguida. No se sabe cuando murió, pero el modo con que habla de él en 1306 Enrique de Mondevil hace presumir que ya no vivia. «Mr. Malgaine dice que la cirujía principió á decaer en tiempo de Lanfranc, menos sin duda por su falta que por la de su tiempo. Hemos visto que desde el tiempo de Bruno los barberos sangraban y practicaban las escarificaciones. (1) Cuando Lanfranc vivía, aplicaban las sanguijuelas y hasta los cauterios y tampoco faltaban mujeres que hacían la competencia à los barberos. Los cirujanos laicos estaban en abierta oposicion con los cirujanos clerigos. Lanfranc que había heredado el odio de su Maestro había luchado muchas veces con ellos, y si bien no sabían tanto como èl, en cambio eran mas atrevidos. Los cirujanos clérigos empezaban á ver las operaciones como cosa indigna de ellos. Lanfranc que deplora estos pretestos y que dice que ha sangrado algunas veces de la mano, no quería practicar la paracentesis, ni la catarata, ni la quelotomía, ni la talla, etc.» (2)

Juan Pitard era en 1306 cirujano de Felipe el Hermoso, Rey de Francia y primer jurado del Chatelét. No escribió cosa alguna, pero se le tiene por el fundador del Colegio de cirujanos de San Cosme y San Damian tan celebrado en los anales de la cirujía francesa. En 1311 este colegio no era mas que una pequeña asociacion de cirujanos, cuya

(1) Bruno egercia la profesion en Padua en 1250.
(2) *Obras de Ambrosio Pareo*, Paris 1840, t. I, introduccion §. 6, pàg. 46.

importancia fué acreciendo insensiblemente por las luchas que sostenían de una parte contra la facultad de medicina, de otra contra los cirujanos barberos. Mr. Malgaine que ha estudiado con una paciencia verdaderamente alemana el orígen y los títulos de esta sociedad, prueba lo mucho que han exagerado su influencia muchos historiadores. (1) Despues examina estas largas querellas por su aspecto mas feo y lo hace con la vis cómica de un *Aristofanes* y la gracia de un *Lutrin*.

Guido de Chauliac, el Cirujano mas célebre de la cristiandad durante este periódo, nació en un pequeño pueblo de la diócesis de Mende en Gevandan. Dezeimeris dice que era ya clérigo y tenía al menos 25 años el año 1325, así es que puede fijarse la época de su nacimiento al finalizar el siglo XIII. Creese que estudió las humanidades en el colegio de la Catedral de Mende que entonces gozaba de gran celebridad, pasó despues à Mompellert á estudiar medicina bajo la direccion de Raimundo de Molieres, Pedro de Tolosa, Pedro de Horlac ó de Aurillac y el maestro Bartolomé ó Bartomeco, llamado tambien Bertran ó Bertucio en los ejemplares impresos de la Cirujia de nuestro autor. Es probable que Guido estudiara algunos cursos en París, porque él mismo cuenta la manera como curó á un zapatero un callo de un pie. Lo mismo hizo en Bolonia donde practicó algunas disecciones. El mismo historiador dice que poco satisfecho con lo que entonces se enseñaba en las escuelas, se familiarizó con los libros de los antiguos y adquirió una instruccion mucho mayor que la de todos sus contemporáneos. Ejerció su profesion en muchos puntos, especialmente en Lion, fué médico del Papa Clemente VI que residia en Aviñon donde se habia trasladado la silla pontificia; creese ademas que fué tambien médico de Inocencio III y despues de Urbano V su compatriota, nombrado Papa en 1362, el cual nombró á Guido su capellan comensal ó lector de su capilla. No se sabe cuanto tiempo gozó de esta dignidad, todo cuanto sabemos de él es por sus escritos y parece que nada escribió despues del año 1363, época en que publicó su grande obra de Cirujía. (2) Malgaine dá una lista de las obras que escribió, pero la única que merece atencion es su *Grande Cirujía* que él llama *Inventario*, para significar, como lo hace, que contiene todo cuanto se habia enseñado hasta entonces de esencial sobre cada parte del arte. En su capí-

(1) *Obras de A. Pareo*, Paris 1840, t. I, introduccion, §. 6, pág. 120 y siguientes.
(2) Mr. Dezeimeris. *Diccionario de Medicina*, palabra Guido de Chauliac.

tulo singular, *Capitulum singulare*, que le sirve de introduccion, echa una rápida ojeada á la historia y progresos de la cirujía desde Hipócrates, nombra un gran número de autores árabes, griegos, latinos, y en esta enumeracion cita á Celso y Areteo á pesar de que no conocemos sus obras y hasta muchos médicos árabes que hoy permanecen en la oscuridad. Nadie ha sabido mejor que él guardar el respeto que se merecen los antiguos y hacer justicia á los modernos. «Las ciencias, dice, se forman por aumentos sucesivos, un mismo hombre no puede echar los fundamentos y perfeccionarlos, somos como los niños llevados á cuestas por un gigante, vemos lo que ellos han visto y aun algo mas.» En el mismo capítulo, al trazar el carácter del cirujano, dice, «que sea instruido, esperimentado ingenioso de buenas costumbres, es decir, segun la interpretacion que el mismo dá á esta frase: *que sea atrevido en todo aquello que sea posible hacer, prudente en los peligros, que huya de las malas curas ó prácticas, sea amable con los enfermos, bondadoso con sus compañeros, prudente en sus pronósticos, casto, sóbrio, piadoso y compasivo, no sea ambicioso ni avaro, cobre con moderacion su salario segun su trabajo y la posibilidad del enfermo, el buen ó mal resultado de la cura y su dignidad.* Jamás,» dice Malgaine, la medicina desde Hipócrates habia empleado un lenguage tan noble y dicho en tan pocas palabras.

Todo el *Inventario* está dividido en siete libros. El primero consagrado á la anatomía, nada nuevo contiene, es la misma de Galeno. Guido proclamó en él la necesidad de disecar; dice que en Mompellert se acostumbraba á disecar animales, y propone servirse tambien de los cadáveres de los ajusticiados. Habla de láminas que representan las partes del cuerpo humano dibujadas bajo la direccion de Enrique de Hermondaville ó Mondeville. Estas son las primeras de este género que hace mencion la historia.

En cuanto á su Cirujía propiamente dicha, es un extracto de lo mejor que escribieron Galeno, Oribasio, Pablo de Egina, Rasis, Avicena, Albucasis, Royer, Roland y otros muchos. En este libro discute, escoje, juzga y reasume las opiniones y los métodos. Mas á pesar de esto era un libro muy útil por el espíritu que habia reinado en la eleccion y el buen criterio del autor. «En esta época, dice Dezeimeris, un inventor no hubiera prestado servicios tan importantes como un compilador juicioso. Entonces eran muy raros los libros y tan caros que no podia comprarlos mas que un corto número de cirujanos. Refundirlos en uno solo reuniendo en él lo mas importante, era poner la ciencia al nivel de

todas las fortunas, instruir á cuantos carecian de libros, y crear, no la cirujía, sinó cirujanos.»

En el segundo libro que trata de los Apostemas, nuestro autor dá à esta palabra una estension mucho mayor que la damos hoy. Designa con esta palabra, todo tumor, escrecencia ó hinchazon general ó parcial. «Los grandes apostemas, dice, son, segun Galeno, grandes tumores que se desenvuelven en las carnes; los pequeños son, segun Avicena, eminencias, pústulas, granos que aparecen en la piel.» Despues divide los apostemas en calientes y frios: los primeros provienen, unas veces de la sangre, como el flemon, el antrax, el estiomeno ó gangrena, las pústulas; otras de la bilis como la erisipela, las vegiguillas, las efervescencias. Entre los frios, coloca el edema, la timpanitis, las escrófulas, el escirro, el cancer, etc.

La práctica de Guido, aunque tímida, era mas atrevida que la de Lanfranc; tampoco él practicaba la talla, la dejaba para los operadores ambulantes, la describe segun el método de los Arabes y como la habia visto ejecutar; incindia el vientre en la ascitis, no se atrevia à desbridar una hernia, habla de la catarata que él prácticó en un cirujano. (1)

La peste que durante el siglo XIV concluyó con la cuarta parte de los habitantes del globo, se presentó dos veces en Aviñon en tiempo de este cirujano. El mismo confiesa con ingenuidad que de buena gana hubiera huido como otros de aquel lugar de desolacion, pero que no se atrevió: *Et ego*, dice, *propter infamiam non fui ausus recedere*. Permaneció por fin en su puesto visitando á los enfermos y consolándolos, á pesar de la poca eficacia de los remedios. Se contagió y todos le abandonaron creyéndole muerto. En tan terrible trance conservó bastante sangre fria para estudiar los progresos de su enfermedad, analizar sus sufrimientos y dar una descripcion de ella digna de Hipócrates.

Aquí concluye la lista de todos los escritores médicos mas notables durante el período arábigo. La obra de Guido llegó á ser bien pronto el código médico de toda Europa, se la comentó, se la tradujo á todas las lenguas, se la reprodujo bajo distintas formas, fué clásica por mucho tiempo, y hoy conserva el mismo interés que entonces. Por otra parte, está escrita en un latin correcto, claro y hasta elegante; muy superior al empleado por la mayor parte de los escritores de aquel tiempo.

---

(1) Mr. Malgaine, *Obras de A. Pareo*. Introduccion §. 9.

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

*En el período que estudiamos se multiplicaron prodigiosamente los Establecimientos de Beneficencia, tanto entre los Arabes como entre los cristianos. Al lado de cada mezquita ó cada catedrál habia un hospital ó una escuela, dotadas mas ó menos por los Emperadores, los Califas, los Reyes, los Obispos, los Cabildos ó los particulares que esperaban redimir con dinero sus pecados, para asegurar la salvacion. Entonces se fundaron muchas órdenes religiosas para la asistencia de los pobres enfermos. Las principales fueron las de Sta. María, San Lázaro, la de los Caballeros de San Juan de Jerusalen y la de las hijas de Dios. Algunas de estas órdenes faltaron á su instituto, se hicieron bastante ricas y díscolas y escitaron la codicia de los reyes, obligando á estos á suprimirlas ó reformarlas. Pero los primeros hospitales no se crearon en Europa para la curacion de las enfermedades ordinarias y esporadicas, sinó que se establecieron para contener los espantosos estragos de la lepra, para el tratamiento de los apestados y de otros enfermos atacados de las mortíferas y frecuentes epidemias que como consecuencia natural de la ignorancia y el descuido de las reglas de la higiene, de las guerras y sequias, sufrieron todos los pueblos. Los hospitales para los leprosos son sin disputa los de una fecha mas remota. Parece que Lázaro resucitado por el *Salvador* habia muerto de esta terrible enfermedad y los primeros cristianos entusiastas por el engrandecimiento y observancia de las prácticas de Jesucristo se entregaron con evangélica caridad á la asistencia de los leprosos y fundaron una hermandad con el título de *San Lázaro*, dedicada á tan piadoso objeto, la cual existía ya en el siglo IV. y pasó despues á ser órden militar. De aquí el nombre de *Lazaretos* ó hospitales de San Lázaro que se dió á los erigidos para los leprosos y cuyo número ascendia en Europa á muchos millares en el siglo XII. Sin embargo, estos establecimientos mas bien que verdaderos hospitales, eran localidades situadas fuera del recinto de las poblaciones y destinadas á la secuestracion de los leprosos, puesto que en dicho siglo XII casi todas las naciones de Europa de comun acuerdo ordenaron separar estos enfermos del resto de los hombres segun estaba ya consignado en la lejislacion de Moises para el pueblo hebreo. Nunca como en esta época fué tan ferviente el cuidado de los enfermos: los Papas, los Obispos, los Reyes, dieron ejemplo de un valor heróico curando por si mismos las úlceras de los leprosos, á pesar de creerlas contagiosas. La importada de Oriente por los Cruzados se habia propagado con espantosa rapidez; la miseria, el desaseo, la carencia de auxilios habian multiplicado hasta un estremo inconcebible

las enfermedades de la piel, la ignorancia y el temor agravaban mas el mal, confundiendo con la lepra otras enfermedades cutaneas mas benignas, de suerte que solo en Francia en el siglo XIII se contaban cerca de dos mil leprosos y diez y nueve mil en toda Europa. Se publicaron multitud de ordenanzas contra estos, á cual mas severas, por el terror que inspiraba esta asquerosa enfermedad, prohiviéndoles entrar en los pueblos, haciéndoles que no tocasen con nadie, si la casualidad hacia que encontraran gentes á su paso, porque creian que el aliento solo podia propagar el mal. Se secuestraba á todo aquel que hubiera tocado alguno ó alguna de sus ropas, y el que infringia estos mandatos, se le castigaba con penas muy severas y hasta con la muerte.

Ruiz Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, general de las tropas de D. Sancho II. fundó el año 1067 en Palencia el primer hospital de leprosos. Esta ciudad era entonces una de las mas importantes de los reinos de Castilla y de Leon y cuna de la primera Universidad que se conoció en España. Un siglo despues (XII) se instituyeron en Zaragoza uno para peregrinos, el de San Bartolomé, el de la Seo, el de San Pablo y otro para leprosos; en Cuenca el Real de Santiago (1182) á cargo de los Caballeros de la misma órden y poco despues otro de San Anton, otro en Leon para peregrinos. En el siglo siguiente (XIII) se crearon muchos para los atacados del *fuego sacro* ó de *San Anton*, entre los cuales figura como el mas antiguo el de Castrojeriz, Provincia de Búrgos, cuyo comendador de la órden hospitalaria de San Anton tenia á su cargo otros varios en las Castillas, Portugal y Andalucía; otro en Mallorca por el Rey D. Jaime; el de San Julian de Zaragoza que con otros se refundió en el de Ntra. Sra. de Gracia en 1425; otro en Burgos titulado del Rey á cargo de las Huelgas y desempeñado por comendadores de la órden de San Anton; dos en Barcelona, uno para leprosos y el de Sta. Cruz, otro de San Anton en Madrid, otro de leprosos en Sevilla, cuya fundacion se debe á Alfonso el sábio (1) y dos con el título de San Anton y la Caridad; otro en Salamanca para leprosos y tres mas, uno del Estudio llamado de los Judios donde enseñaba ana-

(1) He aquí la carta escrita por este al príncipe D. Sancho con este motivo:
«Que no permita que ningun tocado de esta enfermedad pueda ser recogido ni amparado, ni curado en casa alguna, so graves penas, y perdimento de bienes, que luego se ejecuten en la una y en la otra parte, sin otra licencia de poder estar en otra que esta casa, atinando en todo á que de su comunicacion y trato no se le pegase á otro el mal y gafedad, y que le fuesen en todo y por todo guardadas estas libertades, entre los demás, al mayoral, de poder ejecutar todo esto, y poner en la casa á los tales malatos, sin que en lo tocante á este particular le pueda ir á la mano alguna justicia eclesiástica ni secular, escepto solamente su consejo real, etc.»

tomía el Dr. Zumel (1) judio y profesor de aquella Universidad y los otros dos para enfermos de todo género; seis en Valladolid, con los nombres de San Lázaro, situado al otro lado del Puente del Pisuerga, de Sta. María de Esgueba, de todos los Santos, de San Pedro Martir, de D. Pedro Miago y de D. Nuño Perez. En el siglo que sigue (XIV) de funesta memoria por la terrible epidemia que con el nombre de *Peste negra* desvastó todo el mundo conocido entonces, se fundó por los Médicos y Cirujanos de Sevilla el hospital de San Cosme y San Damian, el cual en 1587 pasó á ser el conocido con el nombre de hospital de las bubas; el de San Lázaro en la Coruña y muchos otros. Basta con los citados para comprendar el inmenso poder de la caridad cristiana en aquellos siglos y lo mucho que hizo en los siguientes en favor de estos asilos benéficos.*

Otra de las instituciones que habia de dar tambien escelentes resultados para la curacion de las enfermedades de la piel eran los baños. Los establecieron en casi todas las ciudades y su número se aumentó tanto que en el siglo 15 formaban los propietarios de estos Establecimientos en París una compañía poderosa (2). Santiago Despars, Médico de Cárlos VII. y uno de los Profesores mas celebrados de la Facultad, se pronunció abiertamente contra el abuso de los baños públicas y viose por ello obligado á abandonar la Capital por temor á las persecuciones de esta corporacion.* En España fueron los baños de uso comun desde el tiempo de los romanos, los cuales construyeron sòlidos y comodos edificios para ellos, cuyos vestigios y minas se ven aun en varios puntos de la Península. Los árabes conservaron este mismo gusto, mas el abuso que cometian las gentes que iban á bañarse y mas que todo la creencia que llegó á tener Alfonso VI. Rey de Castilla de que enervaban el vigor de los soldados, le indujo á decretar su estincion y hasta la destruccion de los edificios. Existen dos fracmentos poéticos que pintan las causas morales y politicas que obligaron al Rey á tomar esta medida. El uno es del autor de las respuestas á las cuatrocientas preguntas del Almirante D. Fadrique; el otro de nuestro célebre poeta Castillejo que escribió dos siglos despues; lo que prueba que las cau-

(1) Se cree que este Profesor fué el primero que esplicò metodicamente anatomía en la Escuela de Salamanca.

(2) Véase P. S. Gerard. Investigaciones sobre los Establecimientos públicos de baños de Paris, desde el siglo IV. hasta el presente. (*Anales de hijiene pública y medicina legal*, París 1832, T. VII. pàg. 5 y siguientes).

sas de vedar los baños susistieron nueve siglos hasta él. He aquí la composicion de cada uno de ellos:

¿Si es pecado entrar en los baños?

Solian usar en Castilla
Los señores, tener baños,
Que mil dolencias y daños
Sanaban á maravilla;
Y pues hay tan pocos de ellos,
Y pocos vemos tenellos;
Queria de vos saber
Si por salud ó placer
Es pecado entrar en ellos.

Respuesta del autor.

Solian siempre hacellos
En ciudades principales,
Y por bienes comunales
Guardallos y sostenellos;
Los sanos se recreaban,
Y los dolientes sanaban,
Y otros bienes muchos mas
Que dice Santo Tomás
Que en los baños se encontraban.

Mas tambien hay grandes males
Que del mucho uso resultan,
Que los que en ellos se juntan
Hacen pecados mortales.
Que se hacen lujuriosos,
Delicados y viciosos
Con achaque de salud,
Quedan flacos, sin virtud,
Cobardes y temerosos.

Y por quitar estos daños
Fué provechoso y honesto

Que el rey D. Alfonso sesto
Hizo destruir los baños.
Que los sábios le dijeron
Que los suyos se perdieron,
Porque en baños ocupados
Como hombres acobardados
De la batalla se huyeron.

Que los baños pueden ser
Al enfermo beneficio,
Mas quien lo toma por vicio
Tórnase medio mujer.
Y el que así vive al revés,
Sin parar mientes quien es,
Es como hombre de manteca,
Que mejor le está la rueca
Que la lanza ni el arnés.

La segunda de Castillejo es

Estando en los baños.

Si quereis saber señores
Que es la vida de estos baños,
Es sabor de sinsabores,
Por un placer mil dolores,
Por un provecho mil daños.
Es un dulce desvarío
Con que se engaña á la jente,
Do combaten juntamente
Lo caliente con lo frio,
Lo frio con lo caliente.

Vienen de todos estados
Tras estos locos placeres,
Muchos mal aconsejados,
Frailes, clérigos, casados,
Hombres varios, y mujeres;
Caballeros y señores,

Hidalgos y cortesanos,
Mercaderes, ciudadanos,
Oficiales, labradores,
Muchos mancebos y ancianos.

Las mujeres á manadas,
Mozas y viejas barbudas,
Muchachas, amas, criadas,
De placer regocijadas
Solo por verse desnudas.
Vienen por mil ocasiones
Casadas y por casar,
Pero las mas á ganar
Los muy devotos perdones
De parir ó de empreñar,

Andamos allí mezclados
En el agua á todas horas,
Despues de una vez entrados
Los amos con los criados,
Las mozas con las señoras.
Es forma de purgatorio
Do cada cual comparece,
A pagar lo que merece,
Sin ser á nadie notorio
Lo que el vecino padece.

Unos de mal de riñones,
Otros sarna y comezon,
Catarros é hinchazones,
Y otras diversas pasiones,
Que no sufren relacion.
De las cuales con la gana
Que llevan de verse buenos,
Van todos de placer llenos,
Y aunque el baño no les sana,
Encúbrelos á lo menos.

Hay buena conversacion

Entre los ya conocidos,
Los que mas y ménos son
Dejan la reputacion,
A vueltas de los vestidos.
Cuentan cuentos de placer
De lo que acaso se ofrece,
Y por el mundo acontece,
Mas los mas son de beber,
O cosa que lo parece.

Por consiguiente, los cuentos
De las mujeres caseras,
Son segun sus pensamientos
Desposorios, casamientos,
Vientres, partos y parteras.
Cuantos hijos tiene Marta,
Y como empreña Rodrigo,
Lo que ella pasa consigo
Cuando sin tiempo se aparta
Del contorno del ombligo.

RESUMEN DEL PERIODO ARÁBIGO.

Tres grandes hechos dominan en la historia de este período que reasumen en cierto modo la marcha del espíritu humano.

1.° La nacion árabe, hasta entonces desconocida y casi estraña á los progresos de la civilizacion, pasa rápidamente de un estado semisalvaje á ocupar el primer rango en las naciones civilizadas. Despues de haber impuesto su religion à los paises conquistados, abrazó con entusiasmo el culto de las letras, reparó cuanto pudo los estragos que hizo y recojió los restos de los monumentos científicos y literarios de la Grecia. La Medicina fué una de las ciencias que los árabes cultivaron con mas ardor, y sin embargo añadieron poco á los conócimientos que habian recojido de los Griegos. Bien pronto un pueblo mas bàrbaro y mas desconocido salido de las selvas de la Tartaria subyuga á su vez á la nacion árabe, la envilece hasta hacerla descender á su primitivo estado de ignorancia.

2.° La nacion griega que marchaba despues de tantos siglos á la cabeza de la civilizacion, se deja arrancar uno á uno los florones de su

antigua corona. Poder, virtud, valor, génio, independencia, todo lo va perdiendo lentamente, desciende, al fin, á ocupar el último lugar entre los pueblos modernos. Durante este período, solo un Médico merece una mencion por parte de la historia, y sin embargo, sus escritos, nada nuevo contienen, como no sea algunos remédios que tomó de los médicos árabes sin nombrarlos.

3.° El Occidente aherrojado por los bárbaros del Norte, cae en una espantosa ignorancia desde los primeros años de este período, pero sus habitantes, al perder la libertad é independencia que disfrutaban bajo la dominacion romana, conservaron todo su valor. Su raza se mezcló con la de los rudos hijos del Norte. Al momento cayeron como un torrente sobre los Sarracenos que ocupaban todo el mediodía de España. Tranquilos en cuanto á estos, volvieron sus armas contra ellos mismos y se destrozaron durante muchos siglos. Animados por el fanatismo, como en otras ocasiones los Mahometanos, se dirijieron en tropel al Asia menor, á la Siria, al Egipto ocupados hacia muchos siglos por los Sarracenos. Estas empresas lejanas y llenas de aventuras, el aspecto de una civilizacion nueva, inspiraron á los Francos el gusto por la poesía y las artes liberales muy en boga entre los Arabes. Durante los siglos XIII y XIV los Gobiernos europeos se regularizan, se consolidan, se crean instituciones liberales, despierta poco á poco el génio occidental, y á la conclusion de este período se vislumbra alguna civilizacion en Europa. La medicina participa de este movimiento progresivo; desde el XIV la vemos figurar dignamente en Italia, en Paris y sobre todo en Mompellert. Sin embargo los médicos se mantienen todavia bajo la tutela de los Arabes, apenas algunos se han atrevido á hojear los libros griegos.

Aquí concluye para nosotros la edad de transicion ó la edad media, y se abre otra mas gloriosa que saludaremos con el poeta: *Ya empieza para la humanidad una nueva série de siglos famosos.*

Magnus ab integro sæculorum nascitur ordo.
VIRG. EGLOG.

HISTORIA DE LA MEDICINA.

LIBRO TERCERO.

EDAD DE RENOVACION.

Se estiende desde el principio del siglo XV hasta nuestros dias.

VII. PERIODO ERUDITO.

COMPRENDE LOS SIGLOS XV Y XVI.

Consideraciones generales.

Esta edad que no abraza sinó un espacio de tiempo algo mayor de cuatrocientos años, es decir, como la tercera parte de lo que duró la edad precedente; ofrece, sin embargo, á la historia de las ciencias en general y á la de la medicina en particular, los materiales mas numerosos, mas variados y mas interesantes. El espíritu de los pueblos occidentales largo tiempo sumido en una especie de estupor, despierta poco á poco y parece haber adquirido por el descanso un vigor extraordinario. Rompiendo rápidamente sus góticas ligaduras se lanza en todas direcciones con un ardor juvenil; unos se remontan á estudiar los siglos pasados para poder hallar los restos de la ciencia antigua, restaurarlos y darlos una especie de culto; otros se esfuerzan en asociar las ideas antiguas con las modernas y levantar sobre esta doble base el monumento científico universal; otros, en fin, mas atrevidos ó mas temerarios rompen con el pasado, rechazan las tradiciones y pretenden construir el edificio científico únicamente con materiales de nueva formacion.

Ya llevo anunciado algunas de las circunstancias que prepararon el despertar del pensamiento en Europa, tales como, la disminucion de las luchas intestinas entre los Príncipes y sus vasallos, una mejor organizacion social, la creacion de establecimientos á propósito para difundir

la nuevas luces, etc.; mas aquí añadiré que este despertar fué considerablemente favorecido por algunos descubrimientos industriales de una importancia capital. La invencion de la brújula, por ejemplo, haciendo los viajes largos marítimos menos peligrosos y mas frecuentes, abrió à la cosmografía y á otras muchas ciencias un ancho campo; con la ayuda del telescopio, el astrónomo pudo apoderarse de algunos rayos estraviados en la inmensidad de los cielos, calcular con mas exactitud las revoluciones de los cuerpos celestes, asignar á nuestro globo su verdadera forma, restituir al Sol sus dimensiones gigantescas y su legítimo lugar en el centro del sistema planetario. El ojo de los naturalistas armado del microscopio penetró en el mundo de lo infinitamente pequeño y apercibió en él una multitud de fenómenos que los antiguos ni aun habian sospechado. El grabado en cobre, multiplicando casi á voluntad las obras maestras de la pintura y escultura, permitió añadir á la descripcion verbal de los objetos su representacion gráfica, y por decirlo así, viviente; tantas veces cuantas pareció necesario.

Pero de todos los descubrimientos que han inaugurado la edad moderna y la han ilustrado desde su principio, ninguno ha arrojado tanto brillo, ninguno ha egercido tan grande influencia en el desarrollo y propagacion de las ideas como la imprenta. Después de la escritura, nada se ha encontrado hasta el presente tan favorable á la trasmision del pensamiento como el arte tipográfico. Este arte cuyos primeros ensayos tuvieron lugar entre los años 1435 y 1440, alcanzó desde su origen un grado notable de perfeccion por el concurso de tres industriales llamados Guttemberg, Fusth y Schæffer. Gracias á sus ingeniosas combinaciones la palabra reproducida un número indefinido de veces, pudo estender las ideas y la luz hasta los rincones mas oscuros y los rangos mas humildes de la sociedad. Desde entonces se aseguró en el mundo el triunfo de la razon y de la inteligencia, desde entonces pudo entreverse en un porvenir mas ó menos lejano el fin del reinado de la fuerza bruta; porque, mediante este feliz artificio, el pensamiento es ahora imperecedero, como su principio.

Al principiar este periodo dominaba todavía en las escuelas médicas la literatura árabe, no se invocaban mas autoridades que las de Rasis, Haly-Abbas, Avicena. Santiago Despars, uno de los profesores mas distinguidos de la facultad de París, se hizo célebre en la primera mitad del siglo XV por sus compilaciones de los libros de Avicena y Mesué. Sin embargo, empezaba à introducirse el gusto de la literatura griega en algunas universidades de Italia, gusto, que al fin, prevaleció y

se estendió rápidamente en las otras universidades de Europa despues de la toma de Constantinopla en 1483 por Mahomet II, emperador de los Turcos. Este funesto acontecimiento que parecia deber dar un golpe mortal á la lengua y á las letras griegas, al contrario, apresuró su resurreccion en Occidente. Presa la ciudad del pillaje y del saqueo, se espatriaron muchos sábios llevando consigo los manuscritos que pudieron salvar. La mayor parte se refugiaron en Italia, donde encontraron protectores ilustrados y celosos de la instruccion; tales fueron los Médicis de Florencia, los Pontífices romanos, Alfonso de Aragon, soberano del reino de Nápoles y Sicilia. Estos fugitivos dieron á conocer á sus patrocinadores las obras maestras de la antigüedad griega por tanto tiempo olvidadas, pagando así á su pátria adoptiva los favores que de ella recibian, estendiendo en ella los modelos de la buena literatura. Entre los extranjeros que mas contribuyeron á popularizar las obras griegas, cita la historia con entusiasmo los nombres de *Teodoro de Gaza, de Agirófilo y Lascaris*. Entonces se difundió por toda Europa el gusto por los libros, las bibliotecas y por instruirse. Los monumentos de la antigüedad griega y latina fueron buscados con un ardor y una paciencia infatigable y publicados despues: sus obras traducidas y comentadas con un cuidado estremo, siendo todavia muy estimados hoy muchos de estos escritos y comentarios. Se discutió con gran sagacidad la autenticidad de estos manuscritos, la pureza de los textos, se hicieron grandes esfuerzos para purgar las nuevas ediciones de las faltas, vacios é interpolaciones que contenian, ya por el trascurso del tiempo, ya por la ignorancia ó la ambicion de los copistas. Sábios de primer órden se dedicaron á esta tarea tan penosa como ingrata, pero eminentemente útil; ellos allanaron á sus sucesores el camino de las ciencias; ellos le han limpiado de las espinas y abrojos que encontraban á su paso. Démosles por tanto celo las gracias. La ciencia en España cobijada en aquel tiempo en la Universidad Salmantina, continuó entregada á sus tareas desde el siglo XIV bajo la proteccion de los Reyes y Pontífices que á porfia favorecian su propagacion por todo el mundo, puesto que acudian á sus aulas de todos los puntos de Europa. Muchos y grandes hombres brillaban en el siglo XV en aquel emporio del saber, y muchos de ellos fueron á estrangeras tierras á difundir las luces que adquirieron en la Universidad castellana. Brillaron Pedro Ciruelo, que despues marchó á París á esplicar Matemáticas; Bartolomé Ramos, profesor de música y descubridor del *bajo contínuo*, que fué á Bolonia con igual objeto; Juan de Segovia y Alfonso de Madrigal (llamado el

Tostado); Antonio de Nebrija; Fray Alonso de Espina, judio converso que llegó á ser Rector; Zamora, primer catedrático de Hebreo; Pablo Coronel, comentador de la Sagrada Escritura, y Alfonso de Alcála, teólogo profundo y doctor en medicina. En ella se educaron el Cardenal Gimenez de Cisneros, fundador de la Universidad de Alcalá; Fr. Bartolomé de las Casas, el infatigable compañero de Colon en sus atrevidos viajes.

En el XVI además de los citados y de otros muchos que aquilataron la honra de la ciencia dentro y fuera de España, cuéntanse médicos tan insignes como Antonio Zamora, catedrádico de Astronomía; Enrique Hernandez, de Medicina; Agustin Vazquez, Francisco Lopez de Villalobos, Andrés Laguna, de los cuales haremos especial mencion; Benito Bustamante, comentador de Hipócrates; Blas Alvarez Mirabal, teólogo y médico; Cristóbal Orozco, Cristóbal Perez de Herrera, Francisco Sanchez de Oropesa, Alderete y Porcel, maestro y discípulo; Fernando Pinciano, Nuñez de Oria, Juan Bravo, Luis de Lemus, Rodrigo de Castro, y mas que todos Pedro Ponce, inventor del método para enseñar á hablar á los sordos-mudos; y cirujanos como Andrés Alcazar que describió la operacion del trépano antes y mejor que Vidi Vidius.

No solo corresponden á este siglo tan insignes médicos y otros que no citamos, sinó la creacion entre nosotros de otros centros literarios, descubrimientos importantes, invenciones útiles y curiosas y trascendentales observaciones clínicas. En él se fundaron por órden del Supremo Gobierno nuevas universidades, nuevas cátedras de anatomía y ciencias auxiliares; provistas las primeras de teatros anatómicos dotados de medios suficientes para elevar esta parte de la ciencia á la altura merecida y importancia que alcanzó en aquellos tiempos, se aplicaron los conocimientos médicos á la resolucion de gran número de cuestiones judiciales desprovistas antes de los datos que la medicina pudiera proporcionarlos; se introdujeron en la materia médica el guayaco, la zarzaparrilla, la china, el sasafrás y otras muchas sustancias; se perfeccionó el método de administrar el mercurio en la sífilis, se inventaron las candelillas para curar las estrecheces de la uretra, el modo de desalar el agua del mar y hacerla potable. Andrés Laguna vislumbró el valor de los órganos generadores de las plantas para su clasificacion, que muchos años despues sirvió á Linneo para establecer su sistema sexual. Desde este siglo data el principio del estudio de la clínica, los esfuerzos hechos por muchos médicos célebres para darse razon del como se verificaba la circulacion de la sangre, la publicacion de monografías sobre diversos puntos de la

ciencia, especialmente del croup, de la calentura petequial, vulgarmente llamados *garrotillo* y *tabardillo*, de la peste bubonaria, etc. De este mal se ignoraban todos los datos necroscópicos hasta que Porcel se atrevió á introducir el cuchillo en los cadáveres de los apestados y describir sus lesiones. Y para que nada faltase al deseo de saber de nuestros médicos de aquellos siglos quisieron inventar estátuas anatómicas, grabar en bronce láminas que representasen fielmente objetos de historia natural, especialmente de botánica, cuyo objeto consiguieron J. Valero de Tovar y Alfonso de Herrera. Por fin, ninguna de las observaciones clínicas que registra la historia médica desde los tiempos mas remotos hasta entonces, puede compararse con las hechas por Mercado acerca de las calenturas intermitentes. Este médico logró fijar sus caracteres, de benignidad unas veces, de malignidad otras, con una precision que nada nuevo han añadido después los médicos posteriores y manifestando que estas enfermedades tenian la particularidad de revestirse con síntomas propios de otras.

Hablaremos de estas fundaciones, de estas creaciones, de estos descubrimientos, mas antes vamos á echar una rápida ojeada á los trabajos de algunos de los laboriosos críticos que han vuelto á la vida los monumentos de la medicina antigua.

El primero que se presenta á nuestro exámen segun el órden cronológico es *Nicolas Leoniceno*. Nació en Lonigo cerca de Vicenza el año 1428; estudió en Padua la medicina y la ejerció en Ferrara por mas de sesenta años. Sus lecciones y sus escritos contribuyeron eficazmente á propagar el gusto de la sana literatura. Fué el primero que tradujo directamente del griego al latin los aforismos de Hipócrates y otros muchos libros de Galeno. Disfrutó de una salud inmejorable y de una lucidez estraordinaria de espíritu durante su larga carrera; raras y preciosas ventajas que debió á su templanza y pureza de costumbres y á la tranquilidad de su alma. Murió por fin á la edad de ochenta y seis años, llorado por los sábios y por el pueblo. Leoniceno combatió con tenacidad la inclinacion de sus contemporáneos por los Arabes y los Arabistas y consiguió por fin que tuvieran por modelos á los autores griegos y latinos. Sus cartas sobre los errores de Plinio el naturalista y algunos otros médicos están escritas con una elegancia y una pureza desconocidas hasta entonces; son el primer ejemplo de este siglo de una crítica imparcial de los antiguos; demuestra que el enciclopedista romano, al cual tributa una profunda veneracion, ha cometido un gran número de contradicciones é inexactitudes por no com-

prender bien los autores griegos que compila, cargo que hace tambien á los escritores árabes, aunque con mas severidad: «Estos hombres dice, jamás conocian las plantas que describian, las tomaban de los autores que les habian precedido traduciéndolas mal, resultando de estas diversas denominaciones y descripciones, cada vez mas defectuosas, un verdadero caos. ¡Desgraciado el enfermo que toma medicamentos aconsejados por el médico que descansa en la fé de Mesué ó de Serapion!» (1)

La crítica de Leoniceno es siempre cortés y prudente, sobre todo cuando se ocupa en combatir las opiniones de sus contemporáneos. En la carta que acabamos de citar escribe á Policiano lo siguiente. «Me he propuesto contestar en una carta, no en un libro á las razones que espones para justificar á Plinio de haber confundido la yedra con la jara, porque no quiero hacer públicas mis discusiones literarias con un hombre que es íntimo amigo mio y á quien quiero de todo corazon, pero la cuestion exije mas amplias consideraciones que las que yo imaginé.» (*Ibidem.*)

El segundo es *Tomás de Linacro, de Cantorbery*, contemporáneo de Nicolás, aunque algo mas jóven que él. Despues de haber hecho sus primeros estudios en la Universidad de Oxford, partió el año 1484 para Italia con el objeto de perfeccionar su instruccion. En Florencia asistió á las lecciones de Demetrio Chalcondylo, uno de los refugiados griegos de que ya hemos hablado. Protejido por Lorenzo de Medicis á causa de su modestia y de sus felices disposiciones, este príncipe le propuso se encargara de la educacion científica de sus hijos, que tenian por preceptor á Angel Policiano, el mismo á quien Leoniceno se dirijia tan afectuosamente en la carta que hemos citado. El jóven inglés aceptó con júbilo la oferta de Lorenzo, oferta que tanto le honraba y le proporcionaba la ocasion de satisfacer su pasion por el estudio: aprovechó, pues, tambien las lecciones de sus maestros que poco tiempo despues les llegó á aventajar. Dueño de todo cuanto se sabia en su tiempo, volvió á su pátria donde fué dignamente recibido y apreciado. Nombrado médico ordinario de Enrique VIII y de la princesa María, reina despues de Inglaterra, Linacro se mostró digno de su alta posicion por el celo que desplegó durante su vida por su instruccion, fué el primer Inglés que habló con pureza la lengua latina, tradujo muchas obras de Galeno, traducciones que hoy se estiman todavia mu-

(1) Carta á Policiano.

cho, creó de su bolsillo dos cátedras, una en Oxford, otra en Cambridge, cuyos profesores deberian esplicar las obras de Hipócrates y Galeno. Pero lo que mas le recomienda á la consideracion de su pais es la creacion del Colegio de Londres.

Para apreciar con exactitud la importancia de tal creacion y el mérito de su autor, es preciso recordar las circunstancias que le rodearon y los obstáculos que tuvo que vencer. En esta época solo los Obispos estaban autorizados para permitir el ejercicio de la medicina en sus diócesis, resultando de esto que la práctica estaba confiada á los Monges y á los empíricos. Linacro tuvo que valerse de su crédito y de su influencia en la corte para hacer desaparecer tales abusos y logró conseguirlo gracias á su perseverante celo; alcanzando que se publicara un edicto para que nadie pudiera ejercer la medicina sin estar antes graduado en alguna de las Universidades del reino ó sufrido un exámen ante el Presidente y tres profesores del Colejio. La recompensa que obtuvo por tan laudables é inteligentes esfuerzos fué el considerarle como el verdadero restaurador de la medicina en su país. (1)

*El tercero que se presonta á nuestro exámen fué el Español *Antonio Gomez Pereira*. Castellano segun unos (de Medina del Campo) Gallego segun otros (del Obispado de Tuy) estudió la medicina en Salamanca y la ejerció en la ciudad donde se cree que fué natural. Insigne humanista, filósofo y médico, sentó por máxima *que en las ciencias humanas á ningun autor se le ha de dar fé, sinó prueba lo que afirma*, máxima quele valió tal reputacion y nombradía, que logró sinó oscurecer, al menos anublar la fama de Bacon, de Descartes, de Cardan, de Giordano, de Gasendo, de Neuton, de Leibnitz y de tantos otros. Fué el primero que se reveló contra Aristóteles y Galeno, publicando un nuevo sistema de física contrario al del primero, y descubriendo las faltas de su filosofía. En él sentó nuevos principios opuestos á la materia y formas sustanciales que hasta entonces habian dominado en las escuelas, quitó el alma á los brutos, sesenta años antes que lo hiciera Descartes, para convertirles en puras máquinas como el filósofo francés. Galeno, aristotélico tambien, habia imperado en medicina por el largo espacio de catorce siglos y nadie se habia atrevido á contradecir sus doctrinas hasta que Pereira lo hizo acabando con las opiniones del médico de Pergamo, en escritos llenos de sólidas y luminosas ideas que forman los eternos cimientos de esta tan dificil como importante ciencia, igua-

(1) Fréind, *Historia de la medicina*. Palabra Linacro.

lándose en esto á los primeros y mas célebres médicos griegos. Con su audacia é independencia, con su talento eminentemente filosófico, concluyó con la tiranía del Galenismo que por tantos siglos habia aherrojado á todos los médicos de Europa. Todo cuanto espone en sus obras sobre las fiebres, sobre las flecmasias, sobre la calentura hectica, el tifo y las viruelas está copiado de la misma naturaleza.

Sydemham ha sido hasta ahora considerado como el primero que definió la fiebre de la siguiente manera: *la fiebre es un instrumento de que se vale la naturaleza para estirpar los males y restablecer la salud*, definicion que le ha valido los elogios de Boherhaave y Stoll. Pues bien, un siglo antes escribió nuestro español lo que sigue: «*febrem non in alium usum naturæ gignit, quam ut per ejus vim superflua, quæ corpus humanum malè afficiunt diffluntur, aut concoquantur: et cococta per sensibiles corporis meatus patentissimos redditos ob febrilem calorem excernantur et alia naturæ humanæ incommoda resartiantur*. (Tomo II, página 52 y siguientes de su obra *Antoniana Margarita*, impresa en Medina del Campo;) palabras que revelan lo infundado de los elogios tributados por su definicion al médico inglés que no ha dicho tanto ni tan bien como el médico de Medina. Decimos lo mismo de la teoría de Stahal sobre el mismo asunto. Antes que el médico de Viena estableció Pereira como causa próxima de la calentura al alma racional, y se maravilló que no se hubiese conocido antes esta idea que después adquirió tanta voga por haberla apadrinado el médico aleman. Pereira, pues, debe de figurar dignamente al lado de los dos anteriores sin que baste el tiempo á ofuscar su nombre, como por desgracia ha sucedido con otros sábios profesores que como él se separaron de las doctrinas griegas y árabes seguidas sin exámen por la mayor parte de sus compañeros.

El cuarto es *Luis Mercado*, varon, no solo ilustre por su cuna, sinó tambien por sus virtudes y ciencia. Nació en Leon, antigua y primitiva capital del reino de este nombre, hácia el año de 1536. Sus padres le proporcionaron una educacion acomodada á las condiciones precitadas haciéndole que estudiara filosofía, donde ya reveló su talento esquisito y privilegiado y su predileccion al estudio de la medicina, predileccion que favorecieron y secundaron mucho llevándole á Valladolid, córte entonces y emporio de las Españas, cuando apenas contaba diez y seis años de edad, donde principió á estudiarla con afán alcanzando el grado de Licenciado á los veinte y tres, y el de Doctor á los veinte y seis con el objeto de poder hacer oposicion á cualquiera vacante de Cá-

tedra en su facultad. En aquella sazon desempeñaba la de *Prima* de Avicena el Doctor Fernan Rodriguez, pero muerto este el año 1572 y sacada á oposicion su cátedra, firmó Mercado la contienda, teniendo por competidor á su compañero y amigo el Doctor Juan de Peñaranda, temible adalid, mas esperimentado que el jóven leonés, pero no mas instruido. Mercado triunfó y fué presentado para la cátedra vacante cuando tenía treinta y seis, cargo que desempeñó por espacio de veinte años con aplauso general y aceptacion bien pública y merecida. Su disertacion, curiosa por demás, versó sobre el punto siguiente: «*De vento septentrionale*, eleccion que revela el profundo estudio que había hecho de los libros de Hipócrates para alcanzar á dominar el conocimiento de las topografías médicas tan indispensables para quien con el mayor descargo de conciencia y con el mejor acierto desee ejercer la medicina. Ya catedrático Mercado pronto se dió á conocer por sus esplicaciones, que admiraban á la Universidad y á la córte en términos de tenerle parangonado con los primeros sábios médicos de la época. En prueba de la justicia de estas apreciaciones, díganlo, por una parte sus escritos, cuyo mérito es superior á todo elogio; por otra, la misma Universidad que le nombró jefe del claustro de la facultad, segun se vé en el título de una de sus obras y eternizó su memoria postuma haciendo gravar en una aula de medicina (núm. 4) la siguiente incripcion y en la misma forma que á continuacion la trasladamos:

El DR. D. Luis DE
Mercado, Catedráti-
co de Prima de Avi-
cena-Proto-Médico
General de estos Reinos,
Médico de Cámara de los Se-
ñores Felipe II y Fe-
lipe III y Famoso
Escritor,

por otra, la distincion y deferencia que le dispensó el monarca Felipe II, nombrándole uno de sus Profesores de Cámara el año 1578, á pesar de tener ya á su lado médicos tan sábios y virtuosos como lo fué el Doctor Francisco Valles de Covarrubias, del que nos ocuparemos en seguida, y encargándole la direccion del Proto-Medicato general de sus reinos para que por sí y ante sí ordenase y recopilase las instituciones para la enseñanza de la medicina. Catorce años contaba nuestro leonés al servicio de su Rey y Señor y veinte de Catedrático, cuando creyó

demasiado pesado para su edad, no demasiada por cierto, el desempeño de ambos cargos; pidiendo la jubilacion de la cátedra que el Rey se la concedió gustoso con todo el haber y consideracion á ella anejas, colocando en su puesto en clase de sustituto hasta su muerte al Doctor Pedro de Sosa. Muerto Felipe aquél mismo año, su hijo, el III de este nombre y heredero del vencedor de S. Quintin, le hizo continuar desempeñando su cometido cerca de su persona, dispensándole iguales deferencias de atencion y respeto hasta su muerte que ocurrió en Valladolid por el año de 1608 á los 72 años de edad.

Como hombre de ciencia Mercado no solo rivalidó con su compañero Valles, sino que ha merecido que algunos escritores, entre ellos nuestro célebre y erudito escritor D. Nicolás Antonio, dijera de él que «*los que en España atribuyen la primacia y miran á Valles como el mas sobresaliente de los médicos, deben tener entendido, que si este sobrepuja en la agudeza de filosofar y en el arte teórico de la ciencia; en la profundidad de conocimientos, de tesoros prácticos encierra Mercado mas tesoro*. Mr. Jourdan al ocuparse del mismo en su diccionario bibliográfico, dice que *Mercado fué el médico mas célebre del siglo XVI y que sus obras, aunque frecuentemente citadas, son poco leidas, siendo así que merecen serlo mucho mas*.

Como jefe de familia supo inculcar á sus cuatro hijos las máximas morales y religiosas que le habian servido en sus primeros años de base á sus buenas prendas y cualidades. Mercado escribió muchas obras que se hallan reunidas en tres tomos en folio con el título de *Opera omnia*, de las cuales se han hecho varias ediciones en Valladolid 1605, 1611, 1613, Francfort 1608, 1614, 1620, Venecia 1609. En ellas trata de la ciencia en toda su estension y lo hace con tal acierto que en muchos tratados no han hecho innovacion alguna los escritores posteriores, viniendo á justificar las palabras de Jourdan en su diccionario citado. Digalo sinó el tratado de *febrium esentia differentiis, causis, dignotione, et curatione*, impreso en Valladolid el año 1586 en 8.º en el cual se ocupa de las diferencias de cada una de las fiebres en especial de las intermitentes que dividió en benignas y malignas ó perniciosas, pintándolas con tal acierto que nada nuevo han añadido los autores de hoy á lo dicho por el catedrático de Valladolid; el de *faucium et gulturis anginosis et lethalibus ulceribus*, en el que despues de establecer los signos que diferencian las anginas ordinarias benignas de las malignas ó *garrotillo*, segun lo llama el vulgo, discurre con sumo acierto sobre el modo de curarle, ni mas ni menos que lo ha-

cen hoy los modernos escritores; el libro cuarto de las enfermedades propias de la muger titulado, *De puerperarun et nutri cun affectionibus* del cual se hicieron ediciones en Valladolid, Francfort, Venecia etcétera; libro único en su género entonces, y en el cual pinta Mercado con la maestría que le era habitual las afecciones á que están espuestas las mugeres durante la gestacion y el puerperio; y en fin otros muchos dignos de estudio por cuantos se interesen por los adelantos de la ciencia y el esplendor de la medicina española. Mercado, pues, merecia de nuestra parte un recuerdo mas estenso, pero la necesidad de ser lo mas breves posible, nos obliga á ocuparnos de su compañero y contemporáneo Francisco Valles, digno como el de eterno renombre.

Francisco Valles (1) es el último y mas esclarecido de los prohombres que combatieron el arabismo y resucitaron las doctrinas de los médicos griegos. Nació en Covarrubias, villa de la Provincia de Burgos, de cuya ciudad dista siete leguas y recibió el agua del bautismo el cuatro de Octubre de 1524. Sus padres D. Francisco Valles y D.ª Brianda de Lemus, debieron ser personas distinguidas, porque así lo hace creer el *Don* que llevaban y la calidad de los padrinos del recien bautizado. Hijo, segun parece, de médico, empezó en edad temprana á dedicarse á las letras para trasladarse despues á la célebre Universidad que tanto enalteció el nombre de Valles. Ignórase la fecha que sucedió esto, unicamente consta que fué colejial en el Colejio mayor ó Trilingüe de la misma, y que desde 1544 en adelante hizo sus estudios médicos y fué recibiéndo los grados de Bachiller, Licenciado y Doctor, alcanzando esta última dignidad á los veinte y nueve años, no sin haber tenido que sostener un pleito con el claustro de doctores de la Universidad Complutense, que negaban á Valles el derecho á estos grados bajo el pretesto de no haber llenado las condiciones reglamentarias en sus estudios. A pesar de este primer obstáculo en su carrera no desmayó Valles en su propósito, antes alcanzó un triunfo que completó dignamente con su elevacion al Magisterio en el mismo lugar donde habia sufrido oposicion tan ruda. Valles era Catedrático de *Prima* un año despues de haberse graduado de doctor, puesto que prueba el mérito que tempranamente descollaba en él. Su cátedra era la principal de la facultad y en el desempeño de ella se levantó á tan gran altura desplegando tanto

(1) Tomamos esta nota de la escelente memoria del malogrado Sr. Oliver premiada con el accesit por la Academia de Medicina de Madrid. Pueden registrarse otras muchas biografías premiadas tambien, pero la que esponemos nos ha parecido la mejor y mas adecuada á nuestro objeto.—N. del T.

ardor y talento y tan profundo saber en la esposicion de la doctrina Galénica que llegó á ser designado comunmente con los títulos de *Alma de Galeno, de Galeno Español*. A la par que su reputacion como catedrático y médico práctico creia, sucedía lo mismo como escritor. Mientras daba sus lecciones, pedia licencia al Rey para imprimir su primera obra: *Controversiarun Medicarum et philosophicarum libri decem*, Enero 1555; la mas meritoria de todas cuantas escribió y lo hacia cuando solo contaba treinta años, dedicàndosela a los médicos y ofreciéndoles para en el caso de aceptar sus doctrinas otros nuevos trabajos, ofrecimiento que tardó poco en cumplir y con largueza. Dos años despues (1558) vió la luz pública en Alcalá su libro titulado: *Commentar, in quator libros meteorologicorum Aristotelis*; al siguiente en Lyon el de *Commentaria in Galeni de locis patientibus libros sex*: y la de *Tractatus medicinalis* que abrazaba: *I De urinis Compendiaria tratactio: II De pulsu libellus; III, De febribus Commentarius; IV Methodi medendi libri quator*. En 1561 en Alcalá: *In Aphorismos Hippocrates simul et in libellum de alimento Commentaria*: En 1562, *Octo librorum Aristótelis de Physica doctrina versio recens et Commentaria* dedicada al Rey Felipe II. En 1567 *Commentaria in Prognosticum Hippocrates*. En 1569, *In libros prænotionum, in libros de ratione victus Commentaria*.

Contribuyeron á acreditar mas y mas su reputacion los comentarios y varias traducciones de obras del gran médico de Pergamo publicados por el mismo; como son los de *Temperamentis etc.* comentarios y traducciones que le valieron un cargo de parte de aquellos que le creian entusiasmado con las doctrinas de aquel médico oscurecidas y desfiguradas entonces: cargo injusto, dirigido, no á Valles, sinó á aquella época de restauracion, de conciliacion, de reflexion y de sutileza, como era el renacimiento. No podia presentarse entonces como cimiento de la futura ciencia médica otra doctrina superior á la hipocrático-galénica y no podia, sin borrarse muchas páginas de la historia, arrancarse esta doctrina de la inteligencia de los médicos. Valles entusiasta de Galeno no creia sin embargo à ciegas en su autoridad, ni tampoco en la de Hipócrates, Avicena y otros: observador atento de la naturaleza se acomodaba á las tendencias de esta en cada caso sin someterse á los principios generales ni á los preceptos de sus antecesores, conducta que le hizo llevar con justicia el título de médico hipocrático ó Hipócrates Español, con que sus contemporáneos le glorificaron y la posteridad le ha confirmado. Su fama traspasó bien pronto los estrechos límites de

la Escuela en que brillaba: sus escritos, que se imprimian y leian en toda Europa, sus curaciones divulgadas por la admiracion y gratitud de las gentes, sus numerosos discípulos difundidos por toda la Península, estendieron la fama de su talento, de su ciencia y tino práctico por todo el mundo civilizado. No bien tuvo noticia de tantas raras dotes el Rey cuya salud estaba algo quebrantada, llamó á Valles á la Córte y le nombró su Médico ordinario de cámara. Absorto á la espansion de su ingenio y á la práctica del arte que tan magnificamente poseia, allí en aquel nuevo teatro se iban desplegando de un modo sorprendente las cualidades de nuestro médico y allí habria de alcanzar en presencia de la Córte el sobrenombre de *Divino* con que se le conoce. Cuéntase la siguiente anécdota que dió orígen al sobrenombre. Hallábase un dia el Rey Felipe cruelmente atormentado por la gota y Valles le aconsejó que metiese los pies en un barreño de agua tibia, segun la mayor parte de sus biógrafos, de leche tibia segun el P. Feller. El consejo valió al Rey un pronto alivio de sus dolores y al dia siguiente escitado por la gratitud al presentarse Valles en la cámara, le saludó diciéndole. ¡Ay divino Valles lo que te debo! palabras que repitieron los cortesanos, el pueblo despues, que, considerando justa esta calificacion, dió en nombrar en lo sucesivo al médico de Felipe II el *Divino Valles*.

Si favores y mercedes debía á su Real cliente su médico, consuelos inefables y en cierta ocasion hasta la vida debía aquel al segundo. El Rey enfermó de gravedad y Valles lo administró un purgante al quinto dia contra la opinion de sus compañeros que esperaban ó temian la muerte del enfermo al sesto, guiados de aquella sentencia de Galeno: *Qui in quarto ad pejorem statum recidunt, plerique sesto moriuntur.* El enfermo curó y por tan señalado beneficio le otorgó muchas mercedes y preeminencias y le regaló 6000 doblones. El mismo Valles cuenta el suceso en el cap. II. del libro IV. de su *Methodus medendi*, suceso que pone de relieve el tino práctico y la independencia de sus opiniones médicas. Primer médico de cámara Valles utilizó el favor del monarca para realizar los altos pensamientos que alimentaba en su espíritu, y para llevar á cabo las reformas que en la profesion y en la enseñanza médica consideraba necesarias. Felipe II le nombró Proto-médico general de los reinos y señoríos de Castilla, cargo el mas elevado de la Profesion en España. Valles correspondió á esta nueva prueba de confianza, dictando y proponiendo medidas para regularizar y perfeccionar la enseñanza, dar el esplendor debido á la profesion y proporcionar buena asistencia á las poblaciones. Ya en sus comentarios al libro de

los Aforismos de Hipócrates, había hecho una triste pintura del estado de la enseñanza médica en España, lamentando el descuido de exigir las certificaciones auténticas de los cursos privados, la frecuencia con que estas se presentaban falsificadas, la tibieza de los exámenes; en una palabra, la facilidad estrema con que cualquiera obtenía el título para ejercer la profesion médica, sin que la creacion de los Proto-médicos hubiese servido de correctivo á tan graves abusos. Para poner remedio á tanto mal instituyó Valles el exámen por el Protomedicato de todos los laureados en las diversas escuelas antes de espedírseles la licencia para egercer la medicina en las ciudades y en los pueblos: señaló las reglas que convenía seguir, ya por parte de los farmacéuticos para las preparaciones medicinales, ya tambien por parte de los médicos; en la adopcion de los pesos y medidas que debían usarse en el arte de recetar; porque unos adoptaban las árabes y otros las romanas: en un libro que de órden del Rey escribió con este título: *De las aguas destiladas, pesos y medidas que los boticarios deben usar por nueva ordenanza y mandato de S. M. y Real consejo, hecho por el Doctor D. Francisco Valles, Proto-médico general de todos los reinos y señoríos de Castilla.* Valles á pesar de las graves ocupaciones de su destino, no disminuyó en nada su amor á la ciencia, concluyó su vida de escritor con dos obras que tanto por la importancia y gravedad del asunto como por su mérito, parecían reservadas para darse a luz en los años de maduréz. Tales son los *Comentarios de los libros de las epidemias de Hipócrates*, cuya publicacion fué recibida con inmenso aplauso y afirmó todavia mas la reputacion de él y la *Philosophia sacra, sive de iis quæ scripta sunt phisicé in libris sacris*, obra enciclopédica, de la cual no pudiera darse mejor idea ni hacer mas cumplido elogio que escribiendo en la portada y titulándola *Rerum divinarum humanarumque notitia*. El Rey satisfecho y convencido del mérito de su médico, le eligió juntamente con los sábios Arias Montano y Ambrosio de Morales para formar la gran biblioteca que quiso establecer en el Escorial, logrando así que tambien contribuyeran los hombres de ciencia á la creacion de aquel monumento, gloria de aquel reinado y maravilla del mundo.

Valles no solo atendió á los cuidados de su Real Cliente, sinó que se acordó de su pátria y familia en momentos supremos para ella. En su pueblo natal se declaró una epidemia, que diezmaba sus habitantes, Valles pidió y obtuvo permiso para ir á socorrer á sus paisanos y una de las medidas adoptadas por él para poner coto á los estragos del mal

fué el derribo de las murallas que rodean el pueblo. Por tan oportuno remedio y para recordarlo mandó su Ayuntamiento dar el nombre del Divino Valles á una calle de la poblacion.

Valles estubo casado cuarenta y dos años con D.ª Juana de Vèra; de la cual tuvo seis hijos que ocuparon puestos distinguidos. Con sus bienes y los de su muger fundó en 1587 un mayorazgo; primero, sobre la casa en que habitaba en la calle de Santiago de la dicha ciudad de Alcalá, despues sobre una hacienda llamada Serafin ó Jerafin que todavia se conoce con este nombre, para sus descendientes y en caso de que faltasen, para el Monasterio de la Concepcion Gerónima de Madrid, el Colejio de la compañía de Jesus de Alcalá y la Universidad de la misma, asignando á esta última la casa que habitaba en la espresada calle determinando *que fuese señaladamente para el Catedrático que á la sazon y adelante fuese de la Cátedra mas principal ó mas antigua de medicina en dicha Universidad; por manera, que el tal Catedrático mientras lo fnese sea usufructuario de ella, haciendo la Universidad la memoria y aniversario que en favor de los fundadores creyeren que es razon y ordenaren*:

Valles anciano ya, con el cuerpo debilitado, pero con la misma energía de espíritu que siempre, sentia acercarse su fin. Admitió, pues, la oferta que el Colegio mayor de San Ildefonso de la Universidad le hizo en 30 de Julio de 1589 de permitir se le enterrase juntamente con su mujer y un hijo en una de las capillas del colegio y de poner piedra y señal en su sepultura, pero la Providencia que tan prodiga en toda clase de bienes habia sido con él en toda su vida, no se dignó concederle este postrer consuelo. En 1592 determinó el Rey pasar á Burgos y llevar consigo á su médico á pesar de la negativa y súplica de este para no salir de Alcalá, pero el Rey le instó de nuevo á que le acompañara como lo hizo, pero suplicándole que en caso de fallecer habia de ser conducido á Alcalá y enterrado su cadáver en la sepultura del colegio. Llegó la Córte á Burgos y à poco tiempo hubo de retirarse Valles al Convento de Agustinos (hoy colegio de sordo-mudos de Castilla) situado extramuros de la Ciudad, donde acabó sus dias el Domingo 20 de Setiembre de 1592 á los 67 años, 11 meses y 15 dias de su nacimiento. El Rey cumplió fielmente su promesa. Mandó conducir los restos de su médico con toda pompa y suntuosidad á Alcalá y darlos sepultura en la capilla de colegio segun expresa la voluntad del finado que es la segunda del lado de la Epístola, cinco dias despues de su muerte. A solicitud de sus hijos D. Francisco y D. Gabriel, se abrió ante el corregidor de la ciudad el

testamento cerrado que, el yá difunto, habia escrito por sí en Madrid el 20 de Mayo del mismo año. En él se descubre el alma profundamente religiosa del esclarecido médico, siendo notable, por lo espontánea, la protesta de fé católica con que principia.

Cumplidas las disposiciones testamentarias del finado y cerrado su sepulcro colocaron en la losa la inscripcion que sigue, que revela el elevado concepto de ingenio, saber y virtudes que había dejado al morir Francisco Valles.

D. O. M.

Francisco Vallesio, Philippi II Hispaniarum et Indiarum Regis catholici Dignissimo Proto-Médico Philosophis in Academia complutensi.

Parente magno, virtutes in Hesperia Magistro,
Carissimo et optimo
in phisicis primus, nulli virtute secundus, in
Medicis certum, est non habuisse parem,
et tamen hic magnus toto Vallesius orbe en
perit et parvo clauditur in tumulo.
Ast animo æthereas habitat novus
Incola sedes, nimiram Has sedes qui Bene
Vixit habet.

Valles como escritor abarcó de una sola vez las cuatro fuentes del saber del siglo XVI: la Biblia, Aristóteles, Hipócrates y Galeno. Empezó por purificar los textos griegos, devolviéndolos su significacion natural alterada y oscurecida por tantas versiones, los ilustró con comentarios hijos de sus propias observaciones, espuso cuanto nuevo se había dicho despues de ellos y concluyó por examinar con detenimiento todo lo que los libros sagrados contienen relativo á la ciencia de la naturaleza. Pero dejemos al filósofo con sus ideas sobre la eternidad de la materia, el alma humana y la naturaleza del fuego y demos á conocer al médico.

Ocupándose de las cualidades y conocimientos que considera indispensables á todo médico, dice, que son tantas las que Galeno exige en el verdadero imitador de Hipócrates, que aun cuando nos dediquemos esclusivamente al estudio de la verdad y despreciemos las riquezas y la vanagloria, parece cosa insuperable el llegar a reunirlas. En efecto, exige la cosmografía y la astronomía para que se tomen de los lugares y los tiempos las indicaciones necesarias para las prescripciones médicas, la filosofía llamada natural, la ciencia anatómica como la única

que puede indicar el sitio del padecimiento. Exige además otra filosofía llamada *Etica*, pues esta sirve para calmar las perturbaciones del ánimo, que son, como sabemos, causas tan poderosas de enfermedad; exige por último, la retórica *quæ mœrtos ægrotantes timentes animare, iratos placare, furentes coercere possit.* A todos estos conocimientos es indispensable añadir el de los idiomas, porque hoy no tenemos en el nuestro escritos los monumentos de los mas insignes médicos, sinó la mayor parte en griego, otros en latin y los demás en árabe.

Al hablar de la edad como condicion del buen médico en el libro VIII de sus controversias dice lo que sigue: Partiendo del principio de que el arte de curar reposa sobre dos bases, la esperiencia y la razon: *ars médica duobus quasi cruribus incedi)* niega que la juventud sea impropia para constituir al buen práctico y que solo las canas pueden dar ciencia y esperiencia. «El que envejece forjando sofismas, dice, es el mas inútil de los mortales para el arte médico. Así hay hombres que son jóvenes siempre, es decir, inespertos á pesar de sus canas. No se puede ser buen médico sin el saber, la reflexion y la prudencia, y todas estas cualidades no van unidas á las canas, algunos las poseen antes y otros ni aun después de encanecer. *Itaque non sunt in canis hæc omnia contingunt nonnulis ante canos, nonnulis ne post canos quidam.*»

Los caracteres especiales del verdadero médico, del médico hipocrático, son rechazar el dogmatismo, reconocer en la naturaleza humana un principio de actividad espontánea que mantiene la salud y es el oculto movil de la marcha de las enfermedades; sentar, en consecuencia, como base del arte la observacion de la naturaleza, precepto admirablemente espresado con la frase célebre de Baglivio: *Medicus naturæ etc*, y atenerse en la práctica á un empirismo mas ó menos racional, á un verdadero eclecticismo hijo de la duda, ó mejor dicho, de la ignorancia, sobre los fundamentos reales y positivos de las indicaciones terapéuticas. Todo esto dice Valles y todo esto y aun algo mas es preciso para llevar con honra el nombre de médico.

Examina la enfermedad y la define del modo que sigue en sus controversias, cap. I, lib. IV. «Conócese, dice, que la esencia de la enfermedad no consiste en la alteracion ó lesion funcional (*in læsa operatione*) en que cuando un individuo está enfermo, aunque cese la alteracion durante el sueño en cuyo tiempo no opera ó funciona bien ni mal; la enfermedad, sin embargo, subsiste. Así, pues, la enfermedad no está en la alteracion funcional (*in læsa operatione*) sinó en la dis-

posicion por la cual es producida esta lesion (*sed in ea dispositione per quam lœditur.*)

Su definicion de la enfermedad es la que á la letra dice así: *Affectus præter naturam qui lædit operationes per se et primo ita ut noxa sentivi possit.* Sus términos los esplica el autor en seguida y lo hace con tanta claridad que no queda duda alguna del valor de ellos y de la opinion del espositor. Verdad es que hubiera podido definirla, el esceso, la falta de proporcion ó la carencia de alguno de los humores, ó imitando á su contemporáneo Fernel, fijar esclusivamente toda su atencion en la lesion anatómica; pero cualquiera de estas teorías conduce á una terapéutica esclusiva ó sistemática opuesta á la enseñanza de Hipócrates que Valles seguía y respetaba. La idea espuesta acerca de la enfermedad la corrobora al tratar de las causas que la producen en las siguientes palabras: «no hay causa final en las enfermedades, porque siendo estas una imperfeccion, no cabe que existan causas á fin de producirla; deben, sin embargo, esceptuarse las enfermedades provocadas por el arte, las cuales llevan un fin determinado. La causa de la enfermedad no es material porque esta no es sustancia, sinó accidente; no es efecto directo de las causas estrañas al organismo, sinó un movimiento preternatural, pero activo y reaccionario. Sigue estudiando las cualidades de los alimentos y medicamentos y su distincion y dice: «las cualidades del alimento son dobles; unas, como inherentes á su propia sustancia, otras, á su manera de comportarse. A la primera corresponde el ser de fácil ó difícil digestion, tener jugos crasos ó ténues, buenos ó malos, de mucho ó poco nutrimento, de facil ó difícil descenso. A la segunda el ser cálidos ó frios, húmedos ó secos, astringentes ó laxantes, debilitantes, aperitivos ó *facienti contraria.* La primera cualidad depende de que como alimento es pasivo, la segunda de lo que tiene de activo. Las cualidades de los medicamentos son dobles tambien; una mecánica ó físico-química que se comporta á la manera que lo harían en un cuerpo inorgánico; y otra virtual no directa, que provoca en el organismo por una especie de afinidad vital, efectos enteramente especiales y esclusivos de la vida, poniendo en juego la sensibilidad orgánica, propiedad esclusiva de los cuerpos vivos.

Los preceptos terapéuticos de Valles se hallan en consonancia con su idea de enfermedad. Encargaba mucho respetar los movimientos naturales en ellas, observar su marcha con esmero y no perturbarla sino en los casos en que la razon y la esperiencia unidas imponen la necesidad de obrar sin demora. Valles, hipocrático siempre, decia:

«que no es posible lograr una curacion del todo exacta, es decir, sujeta á reglas fijas establecidas á priori, porque las indicaciones son en estremo numerosas y variadas. El médico prudente debe, pues seguir el justo medio entre las medicaciones empíricas y las racionales. Su axioma terapéutico era el mismo que estampa Hipócrates en su libro *De veteri medicina*. «Las enfermedades se curan unas veces por sus contrarios, otras por sus semejantes, otras con remedios cuya accion no es contraria ni semejante, pero que no se sabe como obran. No hay en este punto regla fija.» Lo contrario que su contemporáneo Fernel que afirma ser una verdad el *contraria contrariis*, sin cuya circunstancia no puede obtenerse verdaderas curaciones.

Valles trataba de encaminar el arte médico por la via esperimental apartándola de los sofismas que hasta entonces habian guiado en la práctica á la mayor parte de los médicos de su tiempo. En el libro IX de sus *Controversias* inculca la necesidad de estudiar las virtudes de los medicamentos, se lamenta de la comun ignorancia sobre este punto y combate los escesos de la polifarmacia.

Concluyamos, por fin, estos datos diciendo que los que deseen conocer á este célebre médico, que estudien su patología en los *Comentarios de los libros de las Epidemias;* su semeiología en su *Tratado del pulso y de las orinas;* su terapéutica en su *Methodus medendi;* sus celebradas *Controversias* y su *Sacra Philosophia*, donde podrán admirarle á un tiempo como crítico profundo, como historiador filósofo, médico y naturalista, hábil y poderoso dialéctico, escritor correcto y elegante, en fin, como un genio vastísimo, asombroso, digno de ser llamado *Divino.*

Los cinco personajes cuya vida y escritos acabamos de trazar y cuya influencia sobre sus compatriotas fué tan grande, pertenecen á este periodo. Merecian una mencion especial, no solo por el valor de sus trabajos literarios, sinó porque fueron de los primeros médicos que abrazaron el culto de los clásicos griegos y contribuyeron á propagarle con eficacia. Otros muchos le siguieron distinguiéndose tambien; tales fueron, Goutier de Andernach, Santiago Houlier, Luis Dureto, etc.

No es posible consignar aquí todos los sábios que consagraron su vida á restaurar los monumentos de la medicina antigua; me basta con haber señalado la tendencia general de las inteligencias hácia las investigaciones bibliográficas en esta época de regeneracion intelectual, tendencia que denota una necesidad profundamente sentida, debida á la nueva direccion que comenzaban á tomar los estudios. En efecto, des-

de el momento en que se empezó á apreciar la mayor superioridad de los autores griegos sobre los comentadores árabes, se empeñaron en remontarse al origen de lo bello, buscando con avidéz cuantos estaban olvidados en el polvo de las bibliotecas. Las obras griegas eran entonces muy pocas y estaban estropeadas por el abandono en que habian testado durante tantos siglos; era pues una necesidad sacarlas de aquella oscuridad, depurarlas, coordinarlas y propagarlas por medio de la imprenta. Este trabajo, poco costoso hoy, exigia entonces muchos y variados conocimientos, una gran sagacidad, y sobre todo, una paciencia y un desinterés admirables. Los hombres mas sábios no se desdeñaron en hacerlo, y á esta espontaneidad es debido el epíteto de *Erudito* que caracteriza este periodo.

Anucio Foés publicó entonces una edicion completa de las obras de Hipócrates que él mismo tradujo al latin. «En medio de la escaséz de buenos manuscritos, dice un historiador moderno, de la defectuosidad de los textos, de las numerosas alteraciones introducidas sucesivamente por los copistas, era de necesidad una edicion griega y exacta de las obras de Hipócrates que en vano se había esperado despues de tanto tiempo. En 1595 se publicó en Franfort sobre el Mein, un volúmen mucho menos notable por su tamaño que por el tiempo, aplicacion y sacrificios de toda especie que debió costar su composicion á su docto y laborioso autor: «Foes era un práctico distinguido, pero pobre, que vivía de su trabajo y de la plaza de médico titular de la ciudad de Metz. Consagró á este gran trabajo todos los ratos de soláz y vigilias que tuvo durante cuarenta años. Su nombre marcha unido al de Hipócrates como la yedra á la encina de cuya savia participa.

Tampoco debo pasar en silencio otra publicacion que data tambien de la última mitad del siglo XVI, tan importante como la anterior bajo el punto de vista médico en la cual ha desplegado el autor una erudicion casi increible; es el tratado de la *Gimnástica de los antiguos por Gerónimo Mercurial*, obra clàsica no menos precisa para el historiador que para el anticuario.

Despues de haber rendido un justo homenaje á los trabajos bibliográficos que contribuyeron á la restauracion del buen gusto en Europa, llega el tiempo de examinar en detall los adelantos de cada una de las ramas del arte en este periodo.* Antes, sin embargo, haremos una reseña de los principales cuerpos científicos españoles, cual hemos dicho; creados en aquellos siglos, para de este modo conocer la verdadera

constitucion de la ciencia y su influencia en la marcha general de la humanidad.

CAPÍTULO PRIMERO.

Universidades.

Las Universidades en las edades anteriores á nuestra era y mas atrás aun, no fueron mas que escuelas memorables fundadas ó dirigidas por eminentes pensadores. La libertad que entonces disfrutaba la ciencia dió lugar á atrevidas é importantes teorías, pero tambien á delirios intelectuales, á turbaciones y hasta desgracias para los paises donde tales escuelas se fundaron. Sin imprenta, sin papel, sin nada de cuanto hoy atesora el arte tipográfico, todas las cuestiones se agitaban de viva voz entre los maestros y los discípulos ó entre los mas aventajados de estos. Nadie se cuidaba de poner coto á las exageraciones de los unos, á los delirios de los otros, á la intolerancia de todos, de suerte que era imposible dar cuerpo á los esfuerzos aislados de tantos cultivadores de la inteligencia, durando casi hasta nuestros dias las acerbas disputas que representaban el estado de las sociedades. Son célebres las fundadas por Pitagoras, Platon, Aristóteles, Epicuro y Zenon y tantos otros. De las dos primeras han tomado su punto de partida las escuelas idealistas modernas y de la del tercero la enseñanza en general de nuestros cuerpos científicos modificada por los adelantos que las ciencias han ido alcanzando en la larga série de siglos trascurridos desde que la fundó el Jefe de los *Paseantes*. Estos cuerpos científicos fueron creados en la Europa moderna para responder á necesidades intelectuales imperiosas por causa del atraso á que se había llegado en todo género de estudios y por la civilizacion mayor que habia seguido á las victorias de la reconquista. En efecto, las Universidades levantaron bandera para todo aquel que amante de la ilustracion quisiera alistarse como voluntario y fuera á difundir por todo el orbe conocido los progresos de las ciencias y las artes amortiguadas por el espíritu agreste é inculto de los invasores germánicos.

Al siglo XIII, como hemos dicho en la página 292 se remontan las mas antiguas de España que son las de Palencia y Salamanca; en el siguiente se restauran las de Lérida y Huesca, se crean las de Murcia y Valladolid; en el XV las de Barcelona, Zaragoza y Gerona como complemento de las de Aragon; las de Luchente, Sigüenza, Avila en Castilla y en el XVI toman grande incremento estos cuerpos literarios y se fundan en la primera mitad Valencia, Sevilla, Santiago, Alcalá, Toledo, Granada, Lucena, Tortosa, Oñate, Gandia, Osuna y Osma; y

en la segunda mitad Almagro, Oropesa, Irache, Baeza, Orihuela, Tarragona, Oviedo y Vich. Desde entonces decrece el generoso impulso de nuevas creaciones, pues solo aparecen en todo el siglo XVII la de Pamplona, la de Palma, y en el XVIII la de Cervera, y en el actual la de Madrid que responde al espíritu centralizador de nuestra época.

No se entienda que tan crecido número de Universidades coexistiese nunca en España: la de Palencia, poco despues de creada la de Salamanca, y sus estudios llevados á Valladolid, las de Murcia, Luchente, Lucena, Gandia y Oropesa duraron poco: las de Barcelona, Gerona, Lérida, Huesca, Tarragona y Vich, se fundieron en la de Cervera y en diferentes épocas de nuestro siglo fueron suprimidas muchas de ellas por disposiciones de los Gobiernos que se han sucedido A mas, muchas de las citadas no abrieron cátedras de medicina que sirvieran como de complemento al compromiso que contrageron al adoptar el nombre de Universidad, y otras lo hicieron con tanta parsimonia, con tan premeditado miedo que no son acreedoras á un estudio especial que ponga de relieve los grandes servicios que desde su fundacion prestaron á la ciencia médica en España. Nuestras investigaciones se limitaran á las que con justo título han creado escuelas médicas y han impreso carácter á las doctrinas que aun hoy propagan algunas con brillo. Son las de Valladolid, Zaragoza, Barcelona, Valencia, Alcalá, Granada y Santiago.

VALLADOLID. La Escuela palentina trasladada á Valladolid, residencia predilecta de la reina Doña Berenguela, por su hijo el rey Don Fernando el Santo, en el mismo siglo, fué la primera que se creó dirigida por el Obispo y Canónigos de aquella Santa Iglesia. Mas en los primeros años de este siglo XIII, el rey D. Alfonso VIII, celoso de la instruccion de sus vasallos, é informado del crédito y merecida reputacion con que se sostenian los estudios en Valladolid, determinó, á propuesta del Arzobispo D. Rodrigo, dar el carácter de Universidad á aquella Escuela para que la juventud se dedicase con mas facilidad al estudio de las ciencias. Al efecto llamó á los más sábios Profesores de España, Italia y Francia, que atraidos por las prerogativas y crecidos estipendios que se les ofrecian, empezaron á difundir sus conocimientos al gran número de alumnos que concurrian de todas las partes del Reino, llegando á adquirir una gran celebridad durante el reinado de este Rey que miró con singular predileccion al establecimiento que por decirlo así, restauró y aumentó. Pero en el tormentoso reinado de don Enrique I de Castilla, fueron decayendo estos estudios á causa de ha-

berse apoderado el ambicioso D. Albar, tutor del Rey de las tercias que estaban consignadas para el pago de los Profesores. El Rey prometió pronta reparacion de este agravio, reparación que no se verificó hasta el reinado de D. Fernando III su sucesor. Este Rey que por muerte de su Padre Alfonso IX, reunió en si las coronas de Leon y de Castilla, llevó á Salamanca los Profesores de mas reputacion que habia en la Escuela palentina con cuyo motivo concluyeron mas pronto los estudios en ella y se resintieron los de Valladolid hasta el estremo de acudir Hernando, Obispo de aquella Santa Iglesia á la Santidad de Urbano IV para que concediese algunas inmunidades y prerogativas con el fin de evitar su completa ruina, como en efecto concedió por un Breve espedido en Civitavecquia en 14 de Mayo de 1262 á los Doctores y estudiantes de aquella Universidad los mismos privilegios, indulgencias, libertades y preeminencias que gozaban los Maestros y estudiantes de Paris ó de Bolonia, ó de cualquiera otro punto donde hubiera estudio general. A medida que la estancia de la Córte se fué haciendo mas permanente, todos los Reyes se esmeraron á porfia, enriqueciéndola con cuantiosas donaciones y exorbitantes privilegios. D. Alonso XI sucesor de su padre D. Fernando IV, creido por algunos fundador de esta Universidad fué uno de los mas solícitos y decididos protectores de ella; por su intercesion el Papa Clemente VI por bula espedida el año 1336 la hizo Universidad pontificia, mandando que en adelante fuese canciller de ella el Abad de la Santa Iglesia Colegial. En su oríjen contaba esta Universidad solo siete cátedras, pero en el siglo diez y seis llegó á tener hasta veinte y seis, la mayor parte creadas en este y en el anterior siglo por el claustro, entre ellas la prima de Avicena, creada en el 1534, la de Visperas en 1540, la de Cirujía establecida por Felipe II en 1594 donde se estudiaba anatomía práctica á imitacion de lo que sucedía en Bolonia y Mompeller. El primer catedrático de anatomia en esta Escuela fué el célebre Alonso Rodriguez de Guevara, cuyo solo nombre atrajo á la Escuela gran número de alumnos y Profesores encanecidos en la práctica como el Dr. Oñate y el insigne Montaña de Monserrat que siendo de edad de 70 años, y habitualmente imposibilitado de la gota, se hizo conducir en una silla de manos para oir las esplicaciones del sàbio Guevara, siendo de notar que este primer curso, contra lo comunmente establecido, duró veinte meses, dando lugar la exactitud de las esplicaciones de Guevara, que Monserrat dijera que el «*Cirujano que quiera ser esperimentado en anatomía, vaya á aprender á Bolonia en Italia, á Mompeller en Francia y á Valladolid en España.*»

La traslacion de la Córte á Madrid hizo perder á esta ciudad mucha de su importancia y por consecuencia se resintió bastante su Universidad pero no por eso se descuidó su enseñanza; antes por el contrario, en los siglos XVII y XVIII se ampliaron los estudios creando nuevas cátedras, entre ellas la de prima de Hipócrates, que desempeñó y creó en 1618 D. Miguel Polanco, catedrático jubilado de filosofía y médico de cámara del Sr. D. Felipe III; la de Método que ya existía en 1620, la Academia de medicina práctica, fundacion del Claustro á instancia del Profesor de medicina D. Lorenzo Pinedo, y el Colegio de médicos de S. Rafael, debido al mismo Sr. Polanco en 1628 con real aprobacion del Sr. D. Felipe IV. Así continuó el estudio de la medicina hasta casi nuestros dias en que la necesidad de unificar la ciencia obligó á suprimir las cátedras de las Universidades para crear otras en determinados puntos que abrazasen todos los ramos de la ciencia y dieran orígen á Profesores que reunieran en sí los conocimientos divididos antes y por tantos años en dos secciones, dando lugar por ello á distinciones que perjudicaban á la clase por las diferencias que parece entrañaba el estudio de una ó otra parte de la ciencia; la *medicina* ó la *cirujía*.

ZARAGOZA. Segun la opinion de algunos historiadores, la existencia de esta Escuela general data de algunos años antes de la era cristiana cuando la ciudad fué restaurada. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que se dió amplitud á estos estudios ó se crearon de nuevo dos siglos despues en que principia la gloriosa tradicion de la venida de la Virgen á Zaragoza, los que la alcanzaron gran concepto hasta en paises lejanos por las singulares dotes de sus jefes los Obispos. Fundadores éstos de estos estudios, solo admitian un limitado número de alumnos para la enseñanza de las letras humanas y la filosofía, ya que las demás ciencias no tenian el desarrollo necesario para poderse inculcar en el ánimo de los destinados á cultivar las primeras. Los establecieron en la misma parroquia del Pilar, segun se dice en una escritura del archivo de aquella, y allí permanecieron y siguieron su curso natural acrecentando su importancia segun iba propagándose el cristianismo, hasta la dominacion de los árabes, que parece debiera destruirlos, pero no fué así; antes los árabes hicieron ostentacion en sus conquistas de tolerancia política y religiosa, pues permitieron el culto cristiano en torno de la capilla ó parroquia del Pilar bajo la vigilancia de un Alcaide moro Al amparo de aquella tal cual benignidad que mantuvo á los cristianos, aunque no sin angustias, en cierta independencia y unidad: los estudio.

citados fueron creciendo segun consta de documentos, procedente unos, de los mismos dominadores, otros de donaciones hechas por los Reyes á alguno de los que dirigian los estudios.

La vida claustral que el reducido pueblo cristiano se veia obligado á hacer en el barrio en que vivia, la inevitable emulacion que no podia menos de producir la cultura árabe en tan íntimos vecinos habia de influir en ellos y hacer que florecieran sus escuelas, como florecian las de los islamitas. En efecto, estos hijos de estrañas tierras llevaron mucho tiempo la bandera de la ciencia y estendieron sus conquistas intelectuales á mayor distancia que las materiales, objeto preferente de su ambicion en los primeros momentos de su establecimiento en nuestro pais. Insignes maestros y escritores eminentes salieron de esta escuela creada por los nuevos dueños, é insignes preceptos y consejos importantes estamparon en sus escritos para que fueran poco despues patrimonio de los reducidos á casi esclavitud. De la escuela árabe de Zaragoza salieron los islamitas *Obaidallah ben Aliben*, médico y filósofo; *Moyamad Altáminco*, fundador en Córdoba de una cátedra de poesía y gramática; los *hermanos Ibu Fnertes*, comentadores del Coran; *Abdalla ben-Joseph*, filósofo y médico que fué á enseñar á Córdoba lo que en Zaragoza aprendió, y otros muchos que honraron la Escuela Aragonesa con su ingenio y producciones. Su fama animó al Rey Alfonso el Magno á enviar á sus hijos á estudiar allí las ciencias naturales, ejemplo que siguieron otros grandes impelidos por el mismo deseo del Rey, y tambien las escuelas cristianas que ampliaron sus estudios á la sombra protectora de los árabes.

Estas, tímidas por la crítica situacion en que se hallaban, continuaron cultivando la ciencia casi en el misterio y hubieran corrido muchos mas años si Alfonso el Batallador no hubiera reconquistado la Ciudad el año 1118. Este monarca puso en gran gobierno la Ciudad recuperada, convirtió en catedral la mezquita mayor y dió su proteccion á las Escuelas cristianas trasladándolas al sitio donde se ostenta hoy la Universidad. Creciendo esta en importancia en los siglos posteriores, confiriendo grados mayores en todas las facultades, bajo la Jurisdicion estensa del Maestro mayor, en adelante Rector; fué declarada Universidad el 13 de Diciembre de 1474 á instancias del Arzobispo D. Juan de Aragon por el Papa Sisto IV que espidió una Bula facultándola para seguir confiriendo todos los grados y dotándola de preeminencias como la de Salamanca y Paris. Esta bula fué seguida de otra dos años despues en la cual se nombraba Canciller al Arzobispo de Zaragoza,

con la condicion de que le sustituyera en sus funciones el Maestro mayor ó Rector, que lo era el célebre D. Pedro de la Cabra, Doctor en medicina; de suerte que estos dos documentos no hacen mas que revestir de autoridad pontificia á la Universidad ó estudio anterior. La aprobacion de estas bulas recayó en 25 de Enero de 1477 mediante un privilegio de D. Juan II, y el 6 de Marzo del mismo año se procedió á la redaccion de los Estatutos en que intervinieron el Rector, Pedro Arbues, (poco ha canonizado) y el notario Alfonso Francés. Desde esta fecha hasta el privilegio otorgado por el Emperador Cárlos V publicado en las Córtes de Monzon el 10 de Setiembre de 1542 y confirmado en 6 de Agosto de 1554 y 26 de Mayo del año siguiente por los Papos Julio III y Paulo IV en que quedaba instituido el estudio general de todas las facultades con cuantas prerogativas tuvieran todas las Universidades del mundo, se pensó en reconstruir y ampliar el edificio del estudio, así como dotar mejor á los Profesores, contribuyendo á estas mejoras el Municipio que logró hacer coadyuvar á su propósito al Arzobispo y demás dignidades eclesiásticas. En tan celosa y noble tarea les auxilió algunos años despues el Rector Sr. D. Pedro Cerbuna, Prior de la Seo, despues Obispo de Tarazóna y lo hizo con tal ahinco que dicen, puede considerársele como el fundador ó el que dió mayor lustre á aquel cuerpo literario. Durante su administracion que duró desde el privilegio de las Córtes de Monzon hasta su muerte, no hubo necesidad que no fuera satisfecha, ni previsien que no se cumpliera, ni reforma que no se llevara á cumplido término, pues que formó nuevos Estatutos, organizó convenientemente el Rectorado, reconstruyó el edificio, aseguró para el porvenir la vida moral y material de la Universidad y buscó los mas eminentes profesores que educaran en sus aulas á otros que los reemplazaran con aplauso de los alumnos. Tanto es así, que la facultad de medicina en representacion elevada al Consejo Supremo el año 1672 decia, que los Catedráticos de medicina de la Universidad «con sus vigilias, estudios y calificados escritos la han ilustrado y engrandecido sobre todas las Universidades de Europa, siendo envidia de todas las naciones por el ejercicio y práctica universal que tienen en todo género de curacion.» Cerbuna, que llegó á reasumir en sí los poderes de la Ciudad, de la Corona, de la Diputacion, del Arzobispo y del Cabildo por acuerdo del Municipio tomado en 1587, estableció veinte y seis cátedras, amplió las de medicina, planteadas con regularidad cuarenta y un años antes, distribuyéndolas en, una de tercia y cuarta, otra de aforismos, otra de

anatomía y otra de cirujía á cargo de los Doctores Gerónimo Gimenez, Juan Valero de Tobar, Juan Sanz y Pedro Gerónimo Portoles, los cuales formaban el tribunal destinado á conferir los grados académicos en la propia facultad, reemplazando al oficial ordinario y algunos peritos encargados de autorizar con su acuerdo el ejercicio del arte antes de la creacion de la Cofradía de San Cosme y San Damian, compuesta de médicos y farmacéuticos comisionados para esto desde el año 1391 y cuya aprobacion en dicho cargo fué confirmada por D. Juan de Navarra lugar-teniente del Rey Alfonso V en 1455. Cincuenta y tres años despues concedió á dicha cofradía Fernando el Católico grandes privilegios (1) la Audiencia acordó la continuacion de su goce en 1531 y el Emperador Cárlos V. en 1530 confirmó lo que las anteriores prerogativas y la costumbre habian creado, es decir «de no poderse egercer la medicina sin estar colegiado en dicha cofradía.»

A determinacion tan justa de parte del Rector Cerbuna, de asumir en la Universidad las facultades del Colejio para que solo bastasen los grados universitarios para el egercicio de la profesion y no los del Colegio como hasta allí, nada tuvo que oponer este; pero conservó una grande ojeriza contra este acuerdo del célebre Rector que le servia de pretesto para desahogarse por entonces, pero que un siglo despues dió lugar á una cuestion ruidosa que terminó por una concordia firmada en 1657 y copiada como suplemento en los Estatutos de 1753, por la cual

(1) Privilegio concedido el año 1488 por Fernando el católico al Colegio de médicos de Zaragoza para la enseñanza de la Anatomia patológica.

Primer mandato. «Que placia á la magestad del Sr. Rey otorgar privilegio perpetuo á la cofraria de Sanct Cosme y Sanct Damian de la ciudad de Zaragoza de las cosas infrascritas. Primo que toda vegadá que por los Metges y Cirugianos de la dicha cofraria, ó por los Metges y Cirugianos que visitaran en el Spital de Santa Maria de Gracia, será deliberado obrir ó anatomizar algun cuerpo muerto en el dicho Spital, lo pueden obrir ó anatomizar todo ó en parte, agora sea de hombre, agora de mujer, tantas cuantas veces en cada un any á ellos será visto; sin ser incorrer en pena alguna. Empero que la tal obra, ayan de ser clamados los Metges y Cirugianos de la dicha cofraria, para que hi sean los que hi quieran ser, y contribuir si algunos gastos acerca de aquello se auran de facer; y que en la tal anatomizacion ninguna persona, de cualquier estado, ó condicion sea, no presuma, ni ose poner empacho alguno, so pena de mil sueldos aplicaderos....etc....».

Segundo mandato. «Item que daqui adelante, cualquiere persona que en la dicha ciudad de Zarogoza, términos y barrios de aquella querra practicar y usar de....Cirugia sei hayan de examinar por dos Metges y dos Cirugianos eleidos por la cofraria, presentes los Mayordombres ó el uno de los mayordombres á todo cargo de sus conciencias, y si al tal examinado le fallaran suficiente segun sus conciencias, le otorgen licencia para dicha ciudad, términos y barrios de aquella, valedera y patente con sello de la dicha cofraria, segun por ella será visto y ordenado. E si alguno se fallara tan temerario de cualquier grado, stado ó condicion sea, que presuma y goze usar, y practicar directamente ó indirecta, asi de medicina como de cirugia sin su licencia y ecsamen, encorra por cada vez, en pena de cuatro cientos sueldos....etc....»

Tercer mandato. «Que ningun especiero ni cirugiano no ose dispensar, ni dar medecinas ningunas ordenadas por cualquier persona, que por la dicha cofraria no sea aprobada..., etc. Assimismo que ningun especiero ni cirugiano no pueda ordenar, ni dar xaropes, ni medecinas, nengunas laxativás, menos de ordenacion de Metges; y si el contrario de todo lo sobredicho se fallara en aquel tal speciero ó cirugiano encorra en pena de trescientos sueldos....etc....»

se determinó que el egercicio de la medicina exigiera cuatro años de estudios universitarios y dos de práctica segun lo consignado en el fuero del Colegio de 1592. El tribunal, desde la inclusion de la concordia en el Reglamento, tenia que componerse de seis jueces por parte de la Universidad y siete por el Colegio, continuando así hasta una época cercana á la nuestra en que la Universidad absorvió por completo á aquella creacion cesando de vivir por consecuencia de las reformas hechas en este siglo.

VALENCIA. (1) Esta ciudad como la de Zaragoza, tiene la pretension de ser la primera que abrió tienda de las ciencias en España y que en ella muchos centenares de años antes del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo se estableciera una de las mas antiguas Universidades del mundo. Esto dice Escolano, aunque no se cuida de probarlo. En Valencia no hubo Estudio general ó Universidad como hoy se dice, hasta fines del siglo XV, ó mejor dicho, hasta principios del XVI en que á peticion del municipio y del clero se estableció por el Papa Alejandro VI y que confirmado por el católico Rey D. Fernando. Lo que parece probado es, que antes de esta época la instruccion estaba encomendada á unos monjes de un Monasterio de la Orden de S. Basilio titulado del *Santo Sepulcro*; (hoy Parroquia de S. Bartolomé) allí instruían á todos cuantos conservaron viva la llama de la fé cristiana, al lado y aun bajo la opresion de los fanáticos hijos del Profeta. Estos mismos monjes, una vez conquistada la ciudad y todo el Reino valenciano en 1238 por el Rey D. Jaime el *Conquistador*, le escitaron á establecer un Estudio general «que no solo al nuevo reino, como dice un breve de Inocencio IV, sinó á todos los países y provincias vecinas fuera por estremo útil y saludable.» Pero apesar del breve que acabamos de indicar, parecieron difíciles de realizar los deseos del Rey y del Pontífice por la inquietud de los vencidos y el mucho trabajo de los vencedores, que les impedia mantenerse en paz, viéndose obligados á encomendar al privado celo y á la iniciativa particular la enseñanza que tuvieron intencion de asegurar r uniéndola en un solo centro. Por estas cuasas concedió esta libertad en uno de sus fueros que dice así: «*Atorgam que tot Clerque ó altre hom puxque francament, e seus tot servi e tribut, tenir Studi de gramamita é de totes altres arts e*

(1) La reseña de esta Universidad procede de la erudita memoria del Sr. Velasco y Santos, Archivero Jefe del reino de Valencia. La de la anterior de la del Dr. y Catedrático Sr. Borao.

»*de fisica*, (de medicina) *é de dret civil e canonich en tot loch per to-*»*ta la Ciutat.*» Este segundo acuerdo dió por resultado el que se abrieran cátedras de arabe y hebreo en diversos puntos de la ciudad, el cual sin duda corresponde al inclito martir S. Pedro Nicolas Pascual, Doctor parisiense y natural de esta ciudad, que leyó públicamente la teología y otras ciencias por espacio de muchos años. Así mismo tambien pertenece al famoso teólogo Fr. Bernardo Oliver, agustino, Doctor parisiense, predicador del Rey D. Pedro de Aragon.

Así las cosas y pasado el primer siglo de la reconquista de Valencia empiezan á cultivarse las letras y las ciencias con ardor. Al efecto en 30 de Marzo de 1345 el Obispo D. Raimundo Gaston, de acuerdo con su cabildo instituye en la Catedral una *lectura pública de teología*, en la casa llamada de la *Almoina* y trece años despues, en la Sala capitular; que desempeñaron los religiosos dominicos durante un siglo, sobresaliendo el famoso Fr. Juan Monzon y el no menos famoso y venerado S. Vicente Ferrer. A los sucesores del Obispo y canónigos sucedieron otros que abrieron en sus casas estudios de otras ciencias y artes apoyados por las personas de mas valía del suelo valenciano, con especialidad del Ayuntamiento ó Magistrado público, que ya entonces empezó á dar muestras de aquel acendrado celo y vivísimo interés que mas tarde habia de desplegar por el lustre y esplendor de la enseñanza universitaria. La lucha entablada tambien entre el Magistrado y el Cabildo, hizo retardar algo la reunion de estos estudios en un centro comun hasta que el Consejo general de la ciudad insistió por segunda vez, (la primera 4 de Marzo 1373) en 1389 (28 Setiembre) en hacerlo, sometiendo al exámen y aprobacion de dos juristas, dos médicos, cuatro notarios y algunos prohombres de la ciudad ciertos Estatutos que para el réjimen de las mismas acababa de ordenar Pedro Figuerola, Maestro en artes y en medicina. Desde entonces se unen las varias cátedras de la ciudad, tomando al menos la apariencia de *Estudio general*. Nuevos esfuerzos y nuevas decisiones de parte del Cabildo, del Magistrado y de las personas mas doctas, ampliaron los Estatutos de Figuerola que fueron aprobados el 5 de Enero de 1412 para que rigieran el nuevo estudio, aunque todavia sin las aprobaciones Real y Pontificia. Escuela de artes y de Gramática es lo que verdaderamente habia en Valencia á principios del siglo XV y para ella se hicieron los Estatutos de 1412.

Lo que es un hecho que en 28 de Febrero de 1410 la ciudad recomienda á todos cuantos han intervenido en el arreglo de los Estu-

dios á que se pongan de acuerdo sobre lo que hay que hacer sobre dichas escuelas, sobre los hombres, los salarios etc. y un hecho tambien que en 7 de Octubre del año siguiente proveyó segunda vez el Consejo la reunion debida de todas las cátedras en cierta casa que habia sido de Mosen Pere Vilaragut y á la sazon pertenecia á los *obreus de murs y valls*, dando por consecuencia estos acuerdos que el 5 de Enero de 1412 se leyeran ante el Consejo y fueron aprobados los primeros y definitivos estatutos del nuevo Estudio que algunos suponen inspirados por S. Vicente Ferrer, tenida cuenta los grandes esfuerzos que hizo para conseguir la reunion de los estudios dispersos.

Ya reunidos, poco pudieron adelantar en los reinados de Alfonso V de Aragon y de su sucesor D. Juan II á causa de los deplorables sucesos de que fué teatro el país en estos reinados. Harto harian con sostenerse ó ir creciendo con lentitud para dar á Valencia no escasos frutos de ilustracion y aun de gloria. En efecto, á mediados del siglo XV, reinando los Reyes católicos, vemos un hecho que viene en apoyo de esta presuncion, sinó es realidad; en la adopcion de la imprenta primero que las demás ciudades españolas, medida que seguramente no se hubiera realizado á no hallarse preparado de antemano el terreno y á no ser vigorosa y fecunda la semilla arrojada por los que enseñaban, ya en el Cabildo, ya en los mas célebres conventos, ya especialmente en las aulas del Estudio. Lícito es inferir que los que á ella llevaron tal y tan prodigioso invento encontraron al llegar magníficos elementos para establecerla y plantearla sin necesidad de ir á otras capitales universitarias como Salamanca que era considerada como el verdadero centro de la vida científica y literaria de la Península en aquella época. Allí se imprimieron muchos libros que por su importancia habia de venirse en conocimiento de la vida propia que ya por entonces (1474 á 1485) gozaban aquí en Valencia las ciencias y las artes. Cuanto, en efecto, habian creado y prosperado dichas Escuelas en el último tèrcio de este siglo puede inferirse tambien del siguiente dato tomado del *Manual de Consell*. En 1.º de Abril reconocen todos lo mezquino y estrecho que es ya el edificio en que estaban instaladas las cátedras, por lo cual resuelven comprar, como compraron, por 15000 sueldos que pagó el tesoro de la Ciudad á cierta Isabel Saraño, una casa con dos patios y dos huertos contiguos con el ánimo de agregar la mayor parte á la antigua casa de Mosen Pere Vilaragut y reservar acaso el resto, para construir en el mas tarde la Casa rectoral, segun se indica en uno de los papeles del Archivo del municipio. Pocos años des-

pues asciende al Pontificado su Arzobispo D. Rodrigo de Borja, natural de Játiva (1492), bajo el nombre de Alejandro VI el cual espidio con fecha 13 de Octubre de 1502 la tan deseada bula de creacion del Estudio en Universidad y su inauguracion oficial se hizo haciéndolo saber, junto con el privilegio confirmatorio del Rey Católico, el Magistrado público á son de trompeta á todos los habitantes de la ciudad y su reino para que en lo sucesivo no tubieran que mendigar en lejanas tierras el pan del alma. Valencia al fin vió realizadas sus antiguas aspiraciones, no sin haber vencido grandes dificultades que hasta habian hecho infructuosos los esfuerzos de su Magistrado y hombres doctos. Todo en efecto se presentó bien al principio. El trece de Mayo de 1503 se hizo la eleccion de catedráticos ó lectores y de Rector, recayendo en Micer Gerónimo Dassio, que reemplazó al Maestro Gerónimo Boix. En los años sucesivos, á la par que ensanchaba el estrecho círculo de sus enseñanzas, trataba de organizarse con mas perfeccion y esmero. Así es que en 1520 trataron de reformar los Estatutos de 1499 que ya eran insuficientes para el Gobierno interior del establecimiento. Al efecto se nombró una comision de doctores de todas las facultades para què auxiliados por el Rector y su lugar-teniente se encargaran de revisar los referidos Estatutos, de estudiar con detencion las presentes necesidades, y sin perder de vista las bulas y el privilejio del Rey Catolico, proponer *ad referendum* las reformas que juzgase mas convenientes. Pero malos tiempos corrian para llevar á cabo reformas semejantes: las Comunidades de Castilla por una parte, y las Germanías por otra eran motivo bastante para que no progresara el Establecimiento. Añádase á lo dicho la falta de rentas propias con que sostenerse y se vendrá en conocimiento de las dificultades que tenia que superar la Universidad para su sostenimiento y brillo. Marchaba así con fortuna varia, ya impetrando de la Santa Sede por conducto de su Rector Salaya una bula de indulgencia plenaria en favor de cuantos con limosnas ó donaciones contribuyeran al sostenimiento del estudio universitario ó ya con rentas propias y permanentes, como sucedia con la de Salamanca y alguna otra. Por un momento creyó la ciudad ver realizadas sus esperanzas y verse libre de semejantes apuros fundada en la esperanza de que la Duquesa de Calabria diera á la Universidad 2500 libras de renta en cambio de algunas concesiones y privilegios que la Universidad cediera á aquella señora, deseo que parece que no se llevó á efecto por causas que no se han podido averiguar. Ello es que la ciudad siguió nombrando sus profesores como lo habia hecho

anteriormente y llevando sobre si el sostenimiento del establecimiento, convencida que los gastos de esta índole son siempre reproductivos. Este celo de la Municipalidad valenciana, fue sin duda mas eficaz, desde que por concesion de la Santa Sede á sus ruegos otorgada y á sus ruegos confirmada por el Rey Católico, se agregaron à la Universidad 500 ducados de renta anual sobre la Mensa episcopal de Orihuela. Entonces llegó á alcanzar á ser una de las primeras Universidades de España y una de las mas conocidas de Europa por el gran número de estudiantes que acudian á sus aulas atraidos por la reputacion de sus maestros y por el número de sus enseñanzas. Desde entonces pierde su carácter local y se confunde en parte con la de otras Universidades. Vemos ya que el Magistrado de la ciudad tenia que costear de sus propios fondos la primitiva adquisicion y los ensanches posteriores del edificio y visto ya el compromiso formal de sostenerla, pero contando con los 500 ducados de la Mensa episcopal de Orihuela y con los cuantiosos bienes de la Pavordia de Febrero, en tiempo de Sixto V.

Veamos cual fué su organizacion ó sea el gobierno interior de la misma. En la bula del Papa Alejandro confia la direccion del nuevo Estudio á un Canciller que habia de serlo el mismo Arzobispo de Valencia con facultad de delegar, al Rector y varios canónigos doctos, encargados de la enseñanza y de la formacion de las leyes ó Estatutos porque se habian de seguir, negando la participacion que debieran tener á los Jurados de la ciudad pero que la conservaron á pesar de esta prohibicion como sostenedores que eran del Establecimiento. El canciller era pues el jefe, pero el Mayoral ó Rector el director. A este acudian Maestros y estudiantes á dirimir todas sus diferencias; este amonestaba y aun castigaba con multas á los primeros y con reclusión en el *Cepo* ó carcel del Estudio á los segundos, cuando por díscolos ó revoltosos lo mereciesen; á este se sometian á exámen las doctrinas vertidas en las cátedras, examinaba las obras de texto y las tesis que Maestros ó estudiantes intentaban sostener en público para su aprobacion. El Rector no tenia á su cargo cátedra alguna, para de esta manera dar mas autoridad y prestigio y mas independencia al que habia de ser jefe y cabeza de Maestros y escolares, acuerdo que no se llevó á rigor en los años sucesivos. Este cargo que conferia la ciudad lo era solo por tres años, si es que el Jurado estaba satisfecho, sinó lo hacia cuando mejor le parecia, llevando este derecho á un grado tal que en 1525 nombraron Rector vitalicio al célebre Juan de Salaya, Doctor parisiense y natural de la ciudad, con la obligacion de dar to-

dos los dias dos lecciones de teología y con el sueldo de 200 libras anuales. A la muerte de Salaya volvió á ser trienal el cargo de Rector, con el sueldo de 75 libras y demás emolumentos y los mismos cargos, y con la condicion de que el nombrado fuera un canónigo ó dignidad de la Santa Iglesia, segun lo dispuso Sixto V. Del propio modo que la ciudad nombraba el Rector, lo hacia con los catedráticos. Todos los años de Mayo á Setiembre se reunian en consejo, el Racional, el Síndico y Jurados de la ciudad con el Rector para hacer la eleccion que recaía en sugetos de reconocida capacidad y cuyo sueldo no era fijo, sinó acomodado al estado mas ó menos próspero de los fondos del municipio y á la importancia de la asignatura que tuvieran que desempeñar. El nombramiento era anual, pero lo comun era que conservasen en sus puestos á todos aquellos que daban pruebas de su saber y de su exactitud en el cumplimiento de su deber, de suerte que se contaban Profesores que llebavan 50 años esplicando su asignatura. A estas justísimas medidas era debido que la Escuela valenciana desde mediados del siglo XVI tuviera un profesorado eminente en casi todas las facultades, en medicina sobre todo y en lenguas griegas y hebrea, en Artes y en Bellas letras quizá en mayor número que las demás Universidades. Los electores que eran trece, á saber: el Racional, seis Jurados, los cuatro Abogados de la ciudad, el Médico y el Escribano del Consejo, designaban los Catedráticos de comun acuerdo; pero de este modo de nombrar producía muchas veces desavenencias y en 1311 acordó que se pusieran en bolas ó papeletas arrolladas los nombres de los electores todos para que el designado por la suerte hiciese la eleccion de los catedráticos y el Rector segun su conciencia, jurando antes que no miraría á mas que el provecho y adelantamiento del estudio general. Pero el remedio era insuficiente para evitar los disgustos, y por ello acordaron en 1538, que en adelante se hiciese la eleccion por mayoría de votos, continuando así por mucho tiempo. No se exigían grados para el desempeño de las cátedras aun cuando buscaban siempre los que á su capacidad reunían grados de Doctor ó bachiller, al menos á los de lenguas y Artes. Habia además Profesores libres que pedian permiso al Rector para esplicar ó leer públicamente un autor ú obra cualquiera distinta de la del catedrático oficial, siempre que lo hiciese á distinta hora que éste. De este modo decian que esto sería un estímulo para los titulares y un escelente medio para acreditar los libros, su talento é instruccion que frecuentemente los llevaba al desempeño de las titulares. A mas de los Catedráticos ó lectores habia otros que se llamaban *Examinadores de*

Grados, los que nombraba la ciudad. Su número varió segun los tiempos; primero fueron ocho, luego seis, mas dos Jurados y los cuatro Abogados de la ciudad. Su encargo se reducia á examinar privadamente al graduando y darle ó no su aprobacion para tomar puntos y ejercitar despues en el Teatro. Estas *Examinateras* tenian el caracter de vitalicias y solo por graves motivos se desposeia á los que las desempeñaban que por lo regular eran Doctores ancianos ya, de gran prestigio y ciencia.

Tal era la organizacion del Cuerpo universitario de Valencia durante todo el siglo XVI ó desde el año 1499 ó desde el 1502 que se inauguró como Universidad, pues hasta entonces habia sido solo Estudio general mas ó menos incompleto. Tambien habia ya dos Cátedras para cada facultad, entre ellas una que llamaban *Cirogismes* cuyo Profesor habia de leer la *mitat del tamps als cirurgians é laltra mitat als apothecaris*. El Profesor elegia el autor ó autores que pensaba esplicar ó leer, fijando el Rector la hora y sitio de la leccion, despues esponia y fijaba con la posible lucidéz lo que se llamaba la *mente del autor*. De esta manera de obrar se desprende la necesidad é importancia de las disputas escolásticas, verdadero campo en que mejor ostentaba el escolar sus dotes intelectuales, á la vez que demostraba mayor suma de conocimientos adquiridos. Así sucedia en efecto, todas las Facultades sin esceptuar siquiera á la medicina estaban obligadas á tener durante el año, reparaciones y conclusiones; particulares, para los que se graduaban de Bachilleres; públicas y solemnes para los grados de Doctor y Maestro etc. Respecto al número de años y materias que en esta Universidad se exigian para aspirar á los diferentes grados en cada ciencia y facultad, no se especificaron hasta que la enseñanza fué adquiriendo mas desarrollo y se aumentaba el número de Cátedras. Solo la medicina, como profesion que exige su inmediato ejercicio y cuya pràctica mas ó menos acertada y habil puede tener grave trascendencia social, creó la institucion de los *Médicos Examinadores* que nombraba el Consejo municipal en el principio de cada Juradería y los cuales debian, prévio el conveniente exámen, autorizar ó prohibir el ejercicio de su profesion á cuantos pretendian dedicarse á la ciencia ó al arte de curar. Establecida despues la Universidad, desplegó igual celo la ciudad por los adelantos de esta Facultad. Todas fueron atendidas con singular esmero; pero la medicina y cuanto á ella se refiere fué promovida con mayor celo y perseverancia y con grande y piadoso celo vigilada. Ya en 1409, por el tiempo mismo en que, bajo el nombre de Estudio general, iban á organizarse aquí las Escuelas de Artes;

el tiernísimo y perspicaz sentimiento de caridad, encarnado en el buen Giliberto Jofré se habia adelantado á las prescripciones de la ciencia estableciendo un Hospital ó asilo para los pobres *enahenados*. Y por cierto que, tanto el celoso Padre mercenario, como los demás que le ayudaron en esta santa empresa, bien lejos estarian de pensar que al llevarla á cabo, no solamente hacian una buena obra, sinó que proporcionaban con ella á su pátria una gloria que muchos habian de envidiar un dia: la que á Valencia resulta de haberse en ella planteado de un modo permanente el primer *Maniconio que hubo en el mundo*; el primero al menos que se tenga noticia hasta hoy.

Pero si la caridad le diò orígen, preciso es reconocer tambien y confesar que su conservacion y las mejoras que sucesivamente recibiera luego, que la buena distribucion de sus piezas y su magnificencia, que la organizacion admirable en fin, de un establecimiento, que de simple Maniconio ó *casa dels folls* ha llegado á ser un Hospital general de los mejores de España; no ya tan solo de la caridad es obra, sinó tambien de la sábia direccion y réjimen facultativo que ha tenido siempre, y estos, á su vez, del estraordinario celo con que desde antiguo y en esta Universidad se han promovido y cultivado los estudios médicos. En efecto, cúpoles la suerte á los valencianos de que entre ellos viese la luz del dia un varon insigne y de los mas entusiastas por este género de estudios, el Dr. Pedro Gimeno, discípulo de Brachielio de Lobaina, del famoso galenista Silvio de París, y en Pavia de Andres Vesalio, el mas grande de aquellos dos. Hallábase realmente al nivèl de la ciencia mèdica en Europa este ilustre valenciano, cuando regresó á su ciudad natal que se apresuró à darle una cátedra en su Escuela. Efectivamente, fué secundado entonces en la enseñanza por Miguel Gerónimo de Ledesma Juan Almenar y Juan Calvo, que tambien aquí por entonces florecian. El primero, que era helenista consumado y buen conocedor del árabe, escribió un tratado de *Prima primi cánonis Avicen, sectio*, en 8.° Valencia 1547, y otro de *Pleuritide comemtariorum*. El segundo es autor del notable libro y apreciabilísimo para aquella época *De lue venerea sive de morbo gallico aliisque affectibus corporis humani*, del cual se han hecho en el extranjero ocho ediciones.

Despues viene el insigne Luis Collado, el Valles de la Escuela valenciana que debia sazonar en breve la sana y robusta semilla que arrojaban estos hombres en el alma de la juventud del país, de suyo tan inclinada á este género de conocimientos. La influencia de estos hombres fué tan grande, que no habiendo mas que tres cátedras de me-

dicina cuando en ella entró de profesor Pedro Gimeno; (1548) veinte y seis años despues, habia las siguientes: 1.ª *una de Principiis*, 2.ª *de Simples*, 3.ª *de Prácthica* (práctica general) 4.ª *de Hipocrates*, 5.ª *de Cirugía*, 6.ª *de Anathomia*, 7.ª de *Herbes*, (Yerbas) *ó simples*, 8.ª *de Prathica aplicada*. Esta última acababa de erigirse á instancia de Collado y otros que dijeron ser muy necesaria para que los estudiantes ya Bachilleres ó antes de serlo, pudieran perfeccionarse y fijar mejor sus idea para *saber de la manera que han de curar les malalties é quina sort de medecines han de aplicar en aquelles*. Todavia se añadieron dos regencias ó catedrillas el año 1584 y en 1590 una nueva cátedra de *Remediis morborum secretis et eorum usu*. No estará demas añadir que no ya tan solo en el número de cátedras sinó en todo se echa de ver el interés y predileccion del Magistrado de la ciudad por la facultad y enseñanza de la medicina. De cuantos artículos encierran, por ejemplo, los Estatutos de 1561, ninguno con mas esquisita prevision dictado que cuantos se refieren á esta enseñanza. No solo prescriben allí las *materias que necesariamente debian oir* los estudiantes en cada curso; no solo se manda que tales materias *se lean sin interrupcion* por el catedrático respectivo y en su defecto por un *sustituto que sea dels doctors mes habils y doctes* que hubiese en la Universidad, sinó que se escrupuliza mas que en las demás facultades la asistencia á las clases y la probanza de los años escolares. Y teniendo además en cuenta, que no pocos estudiantes, apenas recibían el grado de Bachiller, íbanse á ejercer la profesion en villas y lugares donde podrían causar gran daño sinó llevaban mas que conocimientos teóricos, se prohibe que ninguno pretenda dicho grado sin probar antes de un modo indubitable y seguro *haber practicado seis meses* cuando menos, en compañia de un Doctor que ejerciese la facultad, pero esto no antes ni al propio tiempo, sinó despues de terminar los tres años del curso que para el grado se exigian. Todavía hubo de parecer insuficiente esta práctica de medio año, pues por el artículo 15 de las Constituciones de 1581 se mandó que practicasen durante año entero. Ahora bien, lo establecido en los Estatutos de 1561 y la cátedra de práctica creada á ruegos de Collado, que otra cosa, en realidad es, sinó la *clínica médica* que dos siglos despues habrá de plantearse de nuevo como una de las principales y mas precisas materias ó asignaturas de esta enseñanza?

Por otra parte, al crear los Jurados en 1590 la cátedra *De remediis morborum secretis et eorum usu*, diéronsela al Dr. Lorenzo Cozar con el encargo de *mostrar á totes les persones de la manera que se han*

de fer y de aplicar dits remeys (los secretos) Este médico había publicado un libro de *Medicinæ fonte*, que tiene por objeto probar cuan preciso es para un médico el conocimiento de la Química y que auxilios tan poderosos pueden sacar de ella para la curacion de las enfermedades. El libro de *Medicinæ fonte* revela la cátedra de *Química medica*, siquiera sea en estado rudimentario, circunstancia que prueba que la Escuela valenciana iba por este tiempo al frente ó quizá llevándolas no poca ventaja á todas las demás de España. Por desgracia de la medicina, se vió como las demás ciencias envuelta en vagas nebulosidades é inútiles cuestiones escolásticas, dando lugar á un olvido casi completo de su enseñanza práctica que con tanto empeño inauguró Collado.

Pero la misma se defendió mejor y con mas brio de aquél universal contagio en este y en una gran parte del siguiente siglo. Díganlo las notables obras que dieron á luz sus mas ilustres representantes; las severas medidas que sucesivamente adoptara el municipio con el fin de hacer eminentemente práctica y eficaz la enseñanza médica. Desde el año 1563 en adelante, apenas hay eleccion y nombramiento de maestros, en la cual, espresamente, y bajo graves penas pecuniarias, no se recomiende á los de medicina el cumplimiento exácto de sus deberes respectivos; en que al de anatomía, en particular, no se le exija que haga el número de disecciones *generales* y *particulares* que marcaban los reglamentos formados al efecto, y que no se mande al de *Simples* ó *Yerbas salir todos los años á hervorizar durante un mes* por las montañas vecinas. Esta escuela fué, pues, una de las que mejor cumplían con los estatutos en punto á trabajos anatómicos. De ella salieron á enseñar y practicar la anatomía en Alcalá y Salamanca los Doctores Medina, Gutierrez y Salat (Jaime Garcia) discípulo de su padre; en ella florecieron el referido Luis Collado y antes Pedro Gimeno, á los cuales Chinchilla los consideraba como los representantes del gran Vesalio acá en España, y por tanto como los primeros y mas fervientes propagadores de los conocimientos anatómicos y de la aficion al arte operatorio entre nosotros los españoles.

La enseñanza llevaba en esta Escuela cierto sello de originalidad que la distinguía de las demás empeñadas en varias disputas, de suerte que, si no era la primera en España en el último tercio del siglo XVI, fué al menos una de las que mas contribuyeron á los adelantos de la ciencia, de las que mas alto crédito y merecida fama alcanzaron en nuestra patria y fuera de ella durante aquél siglo y gran parte del siguiente. Entonces se esmeraban todos en comentar la medi-

cina griega y en penetrarse de su espíritu, en fomentar el estudio de la botánica general y aplicada, en plantear hasta donde era posible entonces la enseñanza clínica y en propagar los conocimientos anatómicos y quirúrgicos que á tanta altura habían elevado ya Gimeno, Collado, Segarra, Salat, Calvo, García, etc.; de algunos de los que se dice conocían la circulacion de la sangre. De tales maestros y de enseñanza tan esmerada salieron discípulos tan notables como Miguel Vilar, Catedrático de anatomía de esta escuela; de Prima de medicina después en Nápoles y proto-médico general de aquél reino y médico al fin de los Reyes católicos D. Cárlos II y Doña Mariana de Austria; Vicente Moles, médico que fué de Felipe IV que publicó dos obras muy singulares una titulada *Philosophia naturalis sacrosancti corporis J. Christi*, y otra de *Morbis in sacris literis Pathología*, impresa en Madrid el año 1642; Miguel Gil Pruñonosa, García, Segura, Tordera y Oribay de Monreal todos catedráticos de esta escuela; el Dr. Benavente, catedrático de *Prima* en Salamanca y médico de cámara de los Reyes católicos y Domingo Brian que por los años de 1730 lo era del Emperador de Austria. Este médico durante su larga y gloriosísima carrera, logró ponerse al nivel ó quizá por cima de propios y estraños, pues aun en vida era públicamente aclamado «*sens agravi de tercer, Parè de la medicina y Mestre universal de casi tots los doctors aisi de la Universitat del Studi general de la present cuitat como de totes les demés de España et extra en dita facultat*, al que los Jurados le confiaron la cátedra *dels Simples y herbes* sin necesidad de hacer oposicion y le asignaron el lugar mas próximo al Rector en todos los actos académicos; el que en la Universidad de Paris presidía en efigie unas célebres conclusiones que merecieron al sustentante su discípulo Ranchino el título de médico del Rey Cristianísimo. El simpático y venerable Melchor de Villena, llamado el *Tobías de su siglo* por tantos oficios de caridad como hacía ordinariamente á los enfermos pobres y desvalidos que imploraban su asistencia. Su panegirista Ballester afirma que en los 95 años que vivió, fueron tantas las obras que escribió, que por ellas merecería muy bien llamársele el *Tostado de la medicina*.

Estudiando con atencion los libros y escritos de los más célebres médicos de esta Escuela durante este periodo se advierte en ellos la perniciosa influencia de los sistemas nuevos que vinieron á perturbar la magestuosa marcha y desenvolvimiento de la medicina hipocrática y el maléfico influjo que sobre ellos ejerciera aquél furor dialéctico de que estaban poseidos. Pero al través de formas indigestas y mal coor-

dinadas puede verse en los mas un severo juicio y un fondo nada escaso de sólida doctrina; aun por ejemplo la obra de Matías García: *De motu cordis*; *De motu arteriarum*; *De motu sanguinis*; tratado el mas completo que se escribió en España sobre la circulacion de la sangre, probará que no en vano habían enseñado aquí los célebres anatómicos Collado y Gimenez. Aun el estudio hipocrático-galénico de Oribay de Monreal sobre las *fiebres pútridas*, y el de Domingo y Ramon sobre las *viruelas*, aun los escritos de Lloret y Marti y de su científico adversario Gilabert en pró y en contra de la medicina escéptica, proclamada por el madrileño Martin Martinez con tanta elocuencia y poderoso ingenio, y aun, sobre todo, las obras de Nicolau, de Cerdan y de Seguer prueban que la enseñanza de la medicina estaba muy lejos de haber perdido aquí su verdadero rumbo. Se vé, pues, que á pesar de esta influencia, jamás abandonaron los médicos valencianos su antigua pasion por la medicina griega, antes bien, continuó siendo la base y fundamento de la enseñanza médica de su escuela.

Los estudios anatómicos ya tan arraigados aqui á principios del siglo XVII, tomaron asimismo mas incremento cuando en 1630 se elevaron al número de 20 las ocho disecciones que por costumbre ó por estatuto había solido hacer antes todos los años el Catedrático de anatomía, aficion que no disminuyó en lo sucesivo, puesto que bajo la direccion de los Profesores de esta escuela se intentó en 1680 por un pintor valenciano, *Crisóstomo Martinez*, la formacion de un curso completo de anatomía por medio de láminas de gran marca y primorosamente dibujadas y esculpidas; obra notable que á no haberla interrumpido la inesperada muerte del autor habría dado á España y al mundo una gallarda muestra del brillante estado de la enseñanza de la anatomía en Valencia. Por esta circunstancia llamó en 1730 el Sr. Laiseca y Alvarado, Decano de la real Cámara y protector de los reales hospitales al valenciano Vicente Gilabert que había sido muchos años director y catedrático de anatomía para que dirigiera la construccion de un anfiteatro anatómico que hemos conocido en nuestros dias.

Para terminar, en fin, la reseña histórica de la enseñanza médica en aquella escuela, réstanos añadir que si algo dicen en favor de una Universidad determinada los grandes hombres que de ella salen y en ella se crearon, dificilmente podrá ninguna competir con la que albergó en su seno, primero como discípulo, y después como maestro á D. Andrés Piquer, al médico ilustre que por su vastísima erudicion, profundo talento, esquisito tacto médico y pasmosa laboriosidad se

atrajo la admiracion de España y la atencion de Europa, mereciendo bien el dictado de Hipócrates español del siglo XVIII.

Posteriormente à esta fecha fué decayendo la enseñanza médica en todas las demás escuelas, sin que pudiera por entonces remediarse un mal que amenazaba concluir con ella. Fué necesaria toda la influencia que gozaba el entonces Rector D. Fray Vicente Blasco en la ciudad y en la córte para sacar de la postracion en que yació la enseñanza universitaria. Al efecto escribió un nuevo plan de estudios que presentó al Consejo y fué aprobado por una Junta especial y confirmado por S. M., el que mandó se observara en esta Escuela con fecha 20 de Marzo de 1787. En él se encuentra perfectamente organizada y repartida la medicina, á la cual agregó las cátedras de física y química, restauró las Clínicas casi olvidadas ya en todas las escuelas españolas, probó la necesidad de crear por segunda vez un Jardin botànico (primera 1632), un Gabinete de Física, un Laboratorio químico y un observatorio anatómico con cuyas medidas obtuvo magníficos resultados. Allí aparecieron entre otros muchos en diferentes ramos del saber, los médicos Blasco y Torró, Gasco, Barcachina catedráticos de aquella escuela; allí se educó el célebre Orfila, que tanta gloria alcanzó en tierra estraña con mengua y desdoro de aquella en que nació. El mismo Señor Blasco logró que se hiciera escepcion única á favor de esta Universidad de la enseñanza de *Clínica médica* mandada suprimir en todas las Universidades al terminar el año 1795 para llevarla à la corte, siempre que se formara para esta enseñanza un plan ó reglamento semejante al que en la corte regía (condicion de la Real órden de 25 de Setiembre de 1796,) reglamento que en efecto, oyendo al Claustro de medicina, redactó el mismo Sr. Rector y aprobado en fin por S. M. en 30 de Agosto de 1797 se publicó en el propio año con el título de *Ordenanzas para el gobierno de la Cátedra de medicina práctica establecida por S. M. en la Universidad de Valencia*, privilegio en verdad, por ser único, notabilísimo; pero que merecia una Escuela que marchaba constantemente delante de las demás en la enseñanza referida, como ya llevamos dicho.

Pero las ventajas de este último privilegio quedaron pronto anuladas con la supresion que decretó el gobierno de la enseñanza médico-quirúrgica en todas las Universidades el año 1799, contra cuya medida representaron el Rector y claustro de Valencia, pidiendo se les concediese establecer aquí un *Colegio mayor* de esta Facultad como el concedido á Salamanca, peticion que no dió resultado para ninguna escuela hasta

el año 1801 en que con el restablecimiento del Protomedicato quedaron las cosas como estaban antes. El plan de Blasco duró hasta 1807 que fué reemplazado por otro hasta 1811 que volvió á reaparecer para morir tres años despues y ser sustituido por otros mas reaccionarios haciendo que la ensañanza se convirtiera en una verdadera tela de Penelope. Con esto y con la reclamacion que la Direccion general de estudios hiciera á favor del Monarca para nombrar Rector y catedráticos, en 1827 quedó definitivamente en poder del Gobierno la enseñanza pública dejando desde entonces de patrocinar el Estudio el municipio de la ciudad.

He aquí lo que ha sido la Universidad valenciana en punto á medicina; tal y tan importante papel ha sabido desempeñar en la marcha literaria y científica de España en los cuatro siglos que casi lleva de existencia.

Hoy además de la nativa aptitud que muestran tener los valencianos hácia este estudio, á mas de las imperecederas glorias y tradiciones de le escuela que tampoco dejan de servir de estímulo, tiene hoy museos anatómicos bien surtidos y abundantes en piezas ó figuras de todo género que facilitan mucho el estudio de la anatomia y fisiología un instrumental completo y numeroso para las clínicas y disecciones, Gabinetes farmacolojico y toxicológico muy provistos, y sobre todo un Hospital donde radica la enseñanza clínica, con sus cátedras correspondientes. Con tales elementos puede confiarse al claustro el satisfacer las necesidades intelectuales que exigen los hijos de aquel país privilegiado y al que tienen derecho por su aptitud y por sus esfuerzos de siempre en pró de la instruccion general.

BARCELONA. Esta Universidad se fundó en 1430 y existió hasta 1714 en que Felipe V la estinguió para reunir en una sola (en la de Cervera) todas las del Principado. En dicho año el Magistrado de la Ciudad, para evitar que los hijos de aquella capital fuesen á educarse en Tolosa, Perpiñan, Bolonia, Lérida y otras Universidades, estableció en ella un Estudio general dotado al principio con fondos municipales, mas faltándole la validez necesaria, los Conselleres se dirijieron al Rey Alonso V para obtenerla, lo que consiguieron prévia la correspondiente bula del Papa Nicolás V, autorizando á la Universidad para enseñar teología, derecho canónico, filosofía, artes liberales y medicina y rodeándola de todos los privilegios inmunidades y exenciones que tenian los demás

cuerpos literarios establecidos en España. Prosperó poco la nueva escuela, pues en 1459 se hallaba en la mayor decadencia y esto obligó á pensar en su organizacion, á cuyo efecto el Consejo de los ciento nombró á cinco Conselleres para que formaran otros Estatutos, los que publicaron el 1560 en dialecto lemosin.

La organizacion que la dieron desde aquella fecha fué muy parecida á la de las demás. Nombraron un Rector con el esclusivo objeto de cuidar de la administracion del establecimiento; un Vice-rector, de la disciplina de los estudiantes y de la puntual asistencia de los catedràticos y de todo cuanto concernia al cuidado del buen nombre de la escuela reformada. A todo esto, el municipio fué siempre el protector y moderador de ella y el que tenia el encargo de cuidar con preferencia de los medios mas á propósito para sostener el estudio conforme á los nuevos estatutos. Asi que pagaba seis Cátedras de teologia, otras seis de cánones, cinco de *medicina*, seis de filosofía, cuatro de gramática, una de retórica y dos de *anatomía* y *cirujía*. Mas antes de estas creaciones de cátedras de medicina y cirujía, existian en todo el Principado leyes particulares que autorizasen el ejercicio del todo ó parte de la ciencia, las cuales, casi al mismo tiempo que en otras, fueron reemplazadas por las atribuciones concedidas al Colegio de mèdicos y farmacéuticos pára espedir tales permisos en el ejercicio y práctica médico-quirúrgica. Creadas por los estatutos de 1560 las cátedras dichas se suscitaron graves desavenencias entre el Colegio y la Universidad, resultando de esto una avenencia hecha entre uno y otro cuerpo con fecha 16 de Marzo de 1565 para que los jurados de ambas creaciones alternaran en la constitucion del tribunal que habría de conferir los grados necesarios para poder practicar la medicina. La Universidad, sin embargo, decaía y hubo necesidad de reformar las disposiciones reglamentarias y abrir de nuevo, en virtud de estas nuevas reformas, las cátedras; de las cuales, seis correspondieron á *medicina*; tres mayores y tres menores y una de cirujía, con la obligacion tambien de hacerse en ella, al menos, dos discusiones cada mes. De las tres mayores, una era de Hipócrates, otra de Galeno, y la tercera de práctica: de las tres menores; una de la *naturaleza humana* y de los *temperamentos*, otra *de las causas y diferencias de las enfermedades* y la tercera de *anatomía* y *simples*. Continuó mejorando la Universidad y alcanzando muchos lauros por espacio de siglo y medio hasta que fué trasladada á Cervera por mandato de Felipe V por odio á la ciudad que sostuvo obstinadamente la causa del Archiduque. El año 1837 fué restablecida sin que

hasta ahora haya sufrido contratiempos dignos de mencion. En la traslacion á Cervera solo llevaron las cátedras de medicina quedando instalado en Barcelona desde entonces un Colegio de cirujía médica que ha durado hasta la reunion de las secciones la facultad.

ALCALÁ. El Arzobispo de Toledo D. Gonzalo García Gudiel, solicitó de D. Sancho el Bravo, privilegio para fundar en Alcalá una Escuela con las mismas franquicias y exenciones que gozaban los Estudios de Salamanca y Valladolid, mas no parece que tuvo efecto este proyecto cuya ejecucion se retardó mas de medio siglo en que el Arzobispo don Alfonso Carrillo renovó la peticion de erigir algunas cátedras en la misma ciudad, á la cual accedió Pio II por la bula espedida en Mantua el 16 de Julio de 1459. Aquél prelado estableció por este privilegio, tres cátedras de humanidades, nombrando un Rector encargado de hacer cumplir las constituciones que él mismo habia dado. Vino despues el Cardenal Gimenez de Cisneros y sobre estos débiles cimientos trazó la grande obra de su Universidad, procediendo con gran aparato el 14 de Marzo de 1498 á colocar por su propia mano la primera piedra del edificio. Al año siguiente recibió la sancion pontificia por dos bulas espedidas el 15 de Abril por Alejandro VI, aprobando; con la una, la creacion de aquél cuerpo literario y con la otra, autorizándola para conferir grados mayores y menores. El Cardenal no tuvo la satisfaccion de ver concluido el edificio cuya primera piedra colocó, pero luego sus sucesores llevaron á cabo el propósito de la manera que hoy se vé. En los trece primeros años se ocupó en ampliar los estudios de Carrillo unidos al nuevo colegio Universidad y en redactar las nuevas constituciones que habian de servir para el régimen del estudio, las que mandó leer en la capilla el 23 de Marzo de 1513. Por ellas tenian que rejirse para elegir Rector y demás cargos propios del establecimiento y por ellas nombrar los catedráticos que mediante oposicion debieran ser elejidos, como así las regencias que tenian que durar tres años y cuatro meses. El edificio se concluyó el año 1559 y ya contaba entonces la Universidad con cuarenta y dos cátedras de diversas materias, de las que cuatro correspondían á *medicina* y dos á *anatomía* y *cirujía*. El Cardenal por sí nombró los primeros Profesores que desempeñáran estos cargos y lo fueron el Doctor Tarragona, Pedro de Leon, Antonio de Cartagena y Juan Reinoso. Después fueron sucediendo á estos otros aun mas célebres que honraron la ciencia de una manera parecida al gran-

de Hipócrates y hubiera continuado hasta nuestros dias brillando como en aquellos tiempos, si causas que no debemos enumerar no la hubieran hecho decaer y desaparecer por fin para llevarla á la Capital de la Nacion. En efecto, desde casi la mitad del siglo pasado principió á perder su importancia y poderío, y entonces se cercenaron sus gastos de una manera poco conforme á su importancia y al decoro de sus profesores, de suerte que hubo momentos de tener muchas cátedras abandonadas que invadían despues algunos regulares por tener ya asegurada la subsistencia. El Claustro, sin embargo, trabajaba por levantar la Universidad, pero sus esfuerzos repetidos por espacio de casi medio siglo no pudieron alcanzar su reforma y hacer desterrar los muchos abusos que por tanto tiempo habian coadyuvado à su sostenimiento: circunstancias todas que concluyeron por acordar casi en nuestros dias, su traslacion á la Córte como en efecto sucedió el año 1836. Aquí con los grandes elementos que procura el centro del poder, con las agregaciones que se le han hecho, con el estenso desarrollo que se dió á sus estudios en los planes de 1843 y 45, ha venido á ser la primera de España y una de las mejores de Europa.

SEVILLA. La creacion de Estudios en esta ciudad data desde tiempo muy lejano, pues de ellos se conservan algunos vestigios en la iglesia de San Salvador, unos relativos á escuelas antes de nuestra era, otros á las creadas por los árabes. Mas estando en Burgos el Rey Alfonso el Sàbio, dió á favor de Sevilla un privilegio con fecha 18 de Diciembre de 1256 en que facultaba al Magistrado popular, abrir un estudio y escuelas de latin y árabe y no contento con esta concesion solicitó del Papa Alejandro IV permiso para el establecimiento de un estudio general, como, en efecto, lo consiguió por bula dada el 29 de Junio de 1260, en la cual concedia exencion de residencia por tres años á todo maestro y estudiante que gozase alguna prebenda ó beneficio fuera de Sevilla.

Las desgracias que acibararon los últimos años de Alfonso, no le permitieron cumplir sus deseos y durante los turbulentos reinados de sus sucesores no se pensó en dotar á Sevillla de las escuelas proyectadas, quedando reducido el estudio á humanidades, filosofía y artes liberales. Así continuaron los estudios en dicha Ciudad hasta el próspero reinado de los Reyes Católicos en que el Ayuntamiento, el Arzobispo Fr. Diego de Deza y el Arcediano Rodrigo Fernandez de Santaella, les suplicaron les otorgase las licencias competentes para poder fundar

escuelas de Estudios generales como en otras partes del reino, licencia que les fué concedida por cédula espedida en la misma ciudad el 22 de Febrero de 1502. (1) Santaella que fabricaba una casa para fundar Universidad consiguió por su parte del Papa Julio II una bula para erigir su escuela; y por otro lado, el Arzobispo ganó otra fechada el 22 de Noviembre de 1516 para establecer un colegio eclesiàstico donde se leyera latinidad, artes y teología, confiriéndose los grados académicos. El Ayuntamiento que debiera haber completado la obra desistió de su idea y cedió el privilegio á Santaella que dió á su casa el nombre de colegio bajo la advocacion de Sta. María de Jesús, en contraposicion del Ayuntamiento que dió á su creacion el nombre de Universidad. El Arzobispo se propuso atender solo á las necesidades del clero; el Arcediano á humanidades, pero con la cesion del privilegio municipal, á todas las demas ciencias, inclusa la *medicina*. Santaella gastó cuanto tenia para concluir de planta su colegio y apesar de sus esfuerzos y su celo no tuvo el gusto de verlo concluido, pues falleció el 20 de Enero de 1509 cuando apenas tenia concluidas las constituciones que dictó para él. Con la cesion del privilegio del Ayuntamiento quedó de hecho considerado como patrono y director de ambos Establecimientos el Arcediano, de lo cual resultaron grandes males á la enseñanza universitaria, pues queriendo sujetar á iguales reglas ambos establecimientos, á hacer innovaciones favorables á los colegiales y completamente ilusorias á los doctores y catedráticos de la Universidad, resultó un desórden que obligó al Rey á comisionar á D. Luis Paredes, Alcalde de casa y Córte á hacer una visita al colegio y Universidad y propusiera lo conveniente. Cumplió el comisionado su encargo y formó unos Estatutos que examinados por el Consejo de Castilla fueron aprobados por Real cédula espedida el 21 de Abril de 1621, con los cuales alcanzó el claustro universitario á tener atribuciones propias y verdadera jurisdicion académica hasta entonces absorvida por los colegios del Arzobispo y de Santaella, ó sea, de Sto. Tomás y Maese Rodrigo.

La Universidad, desde entonces, completó sus enseñanzas y se pre-

(1) D. Fernando y D.ª Isabel, por la gracia de Dios etc.

Nos por hacer bien é merced tuvimos por bien, é por la presente os damos licencia é facultad para que podais hacer é hagais el dicho estudio general en que haya las cátedras que á vosotros pareciere. Y es nuestra merced y mandamos que todos los maestros, doctores, licenciados, bachilleres que se graduasen en dicho estudio, gocen y les sean guardadas todas las honras y franquicias, de que segun las leyes de nuestros reinos. Y en cuanto á las dichas constituciones é ornanzas que el dicho estudio ha de tener, vos mandamos que las hagais, é las envieis ante Nos para que las mandemos ver é confirmarlas, é enmendarlas, é proveer cerca de ellas, de lo cual vos mandamos dar esta nuestra carta, firmada de nuestros nombres, sellada con nuestro sello, fecha en la M. N. ciudad de Sevilla, á 22 de Febrero, año 1502.—Yo el Rey.—Yo la Reina.»

paró á sostener sus derechos contra las pretensiones del colegio seminario. Este apoyado en ciertas cláusulas de la concesiou pontificia otorgada à Santaella negaba al estudio de Santa Maria de Jesus las prerogativas de Universidad, y publicaba edictos convocando alumnos á sus aulas. Llegó el conflicto á tal estremo que el Claustro general acordó, con fecha 11 de Junio de 1656, á luchar hasta conseguir se le respetara sin condiciones. Desde entonces principió á dar razonados frutos como lo atestiguan los muchos varones ilustres en todas las facultades que han brillado en aquella Universidad. Hoy su escuela médica reside en Cádiz, después de muerte del colegio creado por el catalan Virgili.

GRANADA. Estando en esta ciudad el emperador Carlos V el año 1526 convocó una gran junta de personas notables con el objeto de acordar los medios mas conducentes para estirpar de raíz los vicios y males que habia dejado la no todavia distante dominacion musulmana. Entre los que se propusieron fué la fundacion de un Colegio donde se formáran hombres sábios que enseñáran á los hijos de los moriscos los principios de la verdadera religion y se indicó á la par la idea de una Universidad ó Estudio general para el mismo objeto. El Emperador adoptó la idea y en real cédula espedida en Granada el 7 de Diciembre de 1526, encargó al Arzobispo la fundacion del Colegio y señalando fondos al efecto. Al mismo tiempo se dirigió al mismo Pontífice impetrando bula para la creacion de la Universidad y Clemente VII la espidió en 1531 con las mismas condiciones que á las demás. Seis años despues facultó la Emperatriz Regente al Arzobispo para que ordenara los Estatutos y constituciones que habian de regir el naciente cuerpo literario, lo cual ejecutó haciendo además la eleccion de los cargos inherentes al buen régimen de las facultades creadas, entre ellas la *medicina*. Contaba desde su principio con escasos fondos y los estudios no pudieron prosperar como en las otras Universidades, teniendo que acudir á que desempeñáran las Cátedras los que por razon de su oficio ó posicion podia hacerlo sin estipendio. Sin embargo, continuó dando las enseñanzas hasta nuestros dias. Hoy es una de las universidades y una de las Facultades de medicina que honran mas á nuestro país.

SANTIAGO. Tambien en esta ciudad había antes del siglo XV un Estudio de humanidades cuyo origen debía ser muy remoto, el cual creciendo en importancia obligó á algunas dignidades eclesiásticas, en-

tre ellos el Sr. D. Diego Muros, Obispo de Canarias á otorgar una escritura de fundacion de otro nuevo estudio (18 de Julio de 1501) con el nombre de Universidad, á cuyo efecto impetraron autorizacion pontificia y la obtuvieron el 19 de Diciembre de 1504 del Papa Julio XI concediéndola todos los privilegios y exenciones que á las demás Universidades. En virtud de esta autorizacion, el Obispo Muros y los demás firmantes de la escritura ampliaron los estudios cediendo aquel su casa y terrenos que le pertenecían para construir el nuevo edificio. Faltábale, sin embargo, la sancion real y esta la obtuvo en cédula firmada por Fernando el Católico en Valladolid á 1.° de Setiembre de de 1509, y confirmada por Doña Juana y D. Cárlos I en Madrid el 24 de Octubre de 1516. Despues de Muros vino á patrocinar la nueva Universidad el Arzobispo de Toledo D. Alfonso de Fonseca, que cedió al estudio gran parte de su patrimonio y rentas que la Iglesia tenía y empleaba en otros objetos. Mas á pesar de sus buenos oficios, no alcanzó vida bastante para formar las constituciones de la Universidad, encargando á su testamentario que lo hicieran. Al efecto, dos de ellos se reunieron en 1551 para llevar á cabo lo dispuesto por el Sr. Fonseca, limitándose solo á nombrar los catedráticos por la proximidad del curso. Así hubiera permanecido tal estado de cosas si el Gobierno Supremo no hubiera intervenido directamente por primera vez el 1553 por consecuencia de la apatía de los encargados de cumplir las prescripciones del Arzobispo que habían dejado llegar á un lastimero estado al Establecimiento. Así es que el Emperador Cárlos V envió al Dr. Cuesta, catedrático de la Universidad de Alcalá, con poderes para llevar á cabo las reformas necesarias lo que hizo sin el concurso de los patronos, segun resulta de la Real carta espedida en Valladolid el 26 de Enero de 1557 por el Rey Felipe II. Del arreglo de Cuesta resultaron tres cátedras de gramática y latin, tres de artes, cuatro de teología, una de cánones y tres de medicina en 1645; una de *Prima*, otra de *Vísperas* y otra de *Método*.

Así continuó el estudio hasta el año de 1751 en que se crearon dos mas, una de *Anatomía* y otra de *Cirujía* y sucesivamente ha sufrido esta Escuela iguales vicisitudes que las demás, quedando en algunas reformas reducida á la nulidad su Facultad de medicina y eso que no faltaron médicos que llevaron su nombre á lejanas tierras y que la honraron en vida, como hoy la honran en muerte. En estos dias conserva las mismas prerogativas que las demás Universidades y su Escuela medica se vé concurrida por un considerable número de alumnos.

MALLORCA. Esta isla tuvo tambien por algun tiempo su Universidad. Fundada sobre las escuelas que Raimundo Lulio creó en la ciudad de Palma, fomentadas despues por los esfuerzos de D.ª Beatriz de Pinos y D.ª Inés Puxte y Quint, por los años de 1478 y 1481 vinieron á formar el *Estudio general y Luliano* que los Reyes de Aragon favorecieron con amplios privilegios, alcanzando gran boga en el país. Mas á pesar de su importancia, no tenia la facultad de conferir los grados académicos, por lo que sus sostenedores acudieron impetrando de Fernando el Católico un privilegio para ello, el que le otorgó en Córdova el 31 de Agosto de 1483 con las mismas condiciones que á las demás Universidades, privilegio confirmado por el mismo Rey en 27 de Febrero de 1503, por Carlos I en 11 de Marzo de 1526, por Felipe II en 24 de Octubre de 1597. No tuvo, sin embargo, cumplimiento hasta el 28 de Abril de 1626 en que se estableció por completo el Estudio. Faltábale la sancion pontificia y obtuvo esta por intervencion de D.ª María de Austria, Gobernadora del Reino el 17 de Abril de 1673 mediante una bula espedida por Clemente X que autorizó al Obispo de Mallorca para formar los Estatutos. Veinte y cuatro años tardaron en aprobarse estos, y á su aprobacion contaba la Universidad con veinte y cinco cátedras, cinco de las que correspondian á *medicina*. Las materias que se leian, eran: *de las indicaciones*; *de los afectos*; *de la manera de purgar*; *de las orinas*; *del pulso*; *de las fiebres*; *de las crisis*; *de la naturaleza del hombre*; *de los temperamentos y de las facultades naturales de Galeno*. La mayor parte de estas cátedras eran de patronato del Ayuntamiento ó de los Jurados de la ciudad ó reino, otras eran de particulares. Como las rentas eran escasas, continuaba languideciendo la Universidad si Carlos III no hubiera aplicado á su sostenimiento algunas de la Compañía de Jesus; pero restablecida esta volvió á su anterior estado de languidez, hasta el año 1829 que quedó reducida á seminario incorporado á la Universidad de Cervera.

Esta ligera reseña que hemos hecho de las Universidades que mas han hecho en pro de la medicina, nos manifiesta que la mayor parte nacieron desde los últimos años del siglo XV hasta fines del siguiente, es decir durante los reinados de los Reyes Católicos y Felipe II, periodo de prosperidad y de grandeza en el cual la medicina alcanzó su edad de oro, para volver á decaer en el Reinado de Carlos II tan diferente de los citados. ¡Tan cierto es que las ciencias marchan á la par del estado político de las naciones y que su progreso y decadencia están sujetas á las mismas causas y efectos que el de las sociedades!

CAPITULO III.

Anatomia y Fisiologia.

Hemos visto á la anatomía casi olvidada por los romanos y por los árabes y aun por los cristianos de los periodos de la edad media, pues tenia en contra de su estudio práctico, no solo las preocupaciones del vulgo y de los sábios, sinó las mas severas prohibiciones de los Príncipes y de los Papas, viéndose obligados los médicos á estudiar esta parte de la ciencia en restos de animales como lo hizo Galeno en los monos. Pero el año 1315 se atrevió Mondini, profesor en Bolonia, á disecar dos cadáveres de mujer y poco tiempo despues publicó una obra con láminas grabadas en madera que obtuvo un éxito maravilloso y sirvió por espacio de mas de dos siglos de guia en las demostraciones anatómicas juntamente con los escritos de Galeno y de los árabes. Mondini, sin embargo, no dijo nada nuevo, se contentó con indicar, mas bien que describir las partes. Lauth al ocuparse de este autor se espresa en estos términos: «Mondini puede ser considerado como un anatómico que ha examinado atentamente los cadáveres que ha disecado; pero es preciso leer su esplanología para conservar tan favorable opinion.» El mismo se espresa de esta manera cuando quiere estudiar los músculos profundos de las estremidades. «Despues de las venas del antebrazo se notan muchos músculos y cordones largos y gruesos; (tendones); este estudio no debe hacerse sobre los cadáveres frescos como yo lo he hecho ahora, sinó en uno puesto á secar al sol por espacio de tres años como yo lo he hecho otras veces al esplicar el número y la anatomía de la estremidad superior é inferior.» Aconseja para descubrir los nervios, macerar en agua fresca las carnes, práctica perjudicial y contraria al buen método de diseccion. (1)

En esta época y mucho tiempo despues aun, se tenia costumbre de hacer las demostraciones anatómicas en los cerdos ó en otros animales, y fué por esto una grande audacia por parte de Mondini hacerla en restos humanos. Era tan general la preocupacion que se oponia á esta clase de disecciones en el hombre, que, durante mas de un siglo, nadie se atrevió á volver á hacer, al menos de una manera ostensible, la tentativa del profesor boloñés; el mismo conservaba algun escrúpulo de lo

(1) *Historia de la Anatomía*, Strasburgo, 1815, tit. I lib. V parte IV secc. II pag. 203.

que habia hecho, porque no quiso abrir la cabeza por temor de cometer un pecado mortal. Para comprender su escrùpulo y el de sus contemporáneos, basta saber que el Papa Bonifacio VIII habia dado una bula el año 1300 que impedia abrir el vientre y cocer los muertos. Y verdad es que esta prohibicion, no tenia por objeto, dice Holfinx, sinó abolir el absurdo uso introducido por los cruzados de descuartizar y cocer los cuerpos de sus allegados muertos en los paises infieles y enviarlos á sus familias, á fin de que los inhumaran en tierra bendita; pero es lo cierto que la misma bula fué interpretada sin ó con razon, como contraria á las disecciones anatómicas, pues que vemos que el año 1482 acudió la Universidad de Tubinga à la autoridad del Papa Sixto IV para obtener el permiso de disecar cadáveres humanos. (1)

A fines del siglo XV y principios del XVI fué decayendo semejante preocupacion; los mismos Papas que marchaban entonces à la cabeza del movimiento científico, se apresuraron á anular todas las disposiciones contrarias al estudio de la anatomía humana, y las Universidades de de Italia dieron el primer ejemplo. Achilini, Benedeti, acaso tambien Santiago Berenger disecaron antes del año 1500 en Bolonia, en Padua y Pavía. Pronto se propagó esta práctica á otras naciones. Por aquel tiempo Dubois, mas conocido con el nombre de Silvio, siguiendo la moda de su tiempo se hizo célebre en París enseñando anatomia por espacio de cuarenta años, contribuyendo á vulgarizar el gusto por esta ciencia. Disecó un gran número de animales y cuantos cadáveres pudo proporcionarse, lo que no era cosa fácil, como luego veremos. Sin embargo, subordinó todas sus investigaciones á la autoridad de Galeno, de tal manera que no quiso admitir nada que le contrariase, á no ser que fuese causa de una derogacion de las leyes de la naturaleza ó un resultado de la degeneracion de la especie humana.

* En las Universidades españolas tambien se cultivó la anatomia. No volveremos á recordar el privilegio concedido por D. Juan II de Aragon á la Universidad de Lérida segun dijimos en la página 289 para disecar los cadáveres de los muertos por mandato de la justicia, ni lo que llevamos dicho que acontecia en las Universidades creadas en estos siglos; especialmente en las de Salamanca, Valladolid, Zaragoza; sinó lo que sucedía en el monasterio de Guadalupe (Estremadura). Habia en nuestro país desde el año 1322 un santuario y un hospicio con este nombre, destinado á dar hospitalidad á los muchos

(1) *Historia de la Anatomia* Strasburgo 1815, tit, I lib. V parte IV seccion II pág. 298.

peregrinos que iban de todos los puntos del reino á visitar este santuario. Allí levantaron sus primeros cenovitas un hospital para atender á las necesidades de estos, que dotaron con suficiente número de médicos y practicantes, con la condicion de que los Profesores nombrados no solo enseñaran á sus peculiares sirvientes, sinó á los que vinieran de fuera. Estos mismos alcanzaron del Papa un privilegio para abrir los cadáveres con el laudable objeto de averiguar las causas de su muerte, circunstancia que aprovecharon para rectificar muchos de los errores de las descripciones de Galeno y de los Arabes y para llamar la atencion sobre las lesiones encontradas despues de la muerte, con el fin de darse razon de los fenómenos anormales habidos durante la vida. Hay mas; el cultivo de esta interesante parte de la ciencia era tan esmerado en los siglos que estudiamos que el Consejo supremo á instancia de Rodriguez de Guevara, catedrático de anatomía en la Universidad de Valladolid consultó á la de Salamanca y Alcalá, sobre si convenia estudiaran esta asignatura los cirujanos. Ambos cuerpos literarios contestaron afirmativamente, diciendo que no solo era necesario á estos, sinó tambien á los médicos, apresurándose en su virtud el Consejo á ordenar su enseñanza en las demás escuelas generales que todavía no habian planteado esta mejora.*

Los demás anatómicos seguian la misma marcha viciosa que Silvio, ninguno se atrevia á contradecir abiertamente las aserciones del oráculo de Pergamo, hasta que al fin, apareció un hombre de génio y animoso preparado para toda clase de discusiones por profundos estudios, en una palabra, un verdadero reformador. Este es Andres Vesalio. Nació en Bruselas el año 1514, de una familia ya de antiguo ilustre en medicina, estudió humanidades en Lobaina, bajo la direccion de Guintier-ó Gontier de Andernach, catedrático de lengua griega. Desde sus primeros estudios se conoció la inclinacion del jóven escolar por la anatomia. En sus ratos de ocio se ponia á disecar ratones, topos, perros etc. Se apoderó del cuerpo de un criminal espuesto todavía en el sitio de las ejecuciones en Lobaina, cuerpo á quien las aves de rapiña le quitaron la carne dejándole tan solo los huesos sostenidos por sus ligamentos, separando primero las estremidades, pero cuando quiso llevarse el tronco, estaba tan fuertemente atado al palo por cadenas de hierro que precisó toda la noche para arrancarlo. En seguida Vesalio fué á Paris atraido por la celebridad de Silvio. Allí, no se contentó con escuchar las lecciones del Maestro, quiso por sí mismo observar á la naturaleza, y al efecto, se vió obligado muchas veces á disputar á las fieras los res-

tos de los ahorcados depositados en el cerro de Moufaucon, ó introducirse furtivamente en los cementerios á desenterrar cadáveres, aun á riesgo de ser acusado de crimen de sacrilegio. Sus progresos fueron tan rápidos como su ardor por el estudio. A los veinte años daba lecciones á sus condiscípulos y les ponia de manifiesto las válvulas semilunares de la aorta, que Silvio no habia encontrado. A los veinte y tres fué nombrado profesor de anatomía en la Facultad de Padua por el Senado de Venecia y a los veinte y nueve publicó su grande obra de anatomía con láminas, muy superior á cuanto nos habia trasmitido la antigüedad. (1)

El año siguiente, Vesalio, no menos célebre como práctico que como anatómico, pasó á Madrid llamádo por el Emperador Carlos V que le nombró su médico de Cámara y abandonó para siempre su cátedra y su aficion á las disecciones.

Vesalio fué el primero que se atrevió á contradecir á Galeno, refutó muchos de los errores de su anatomía y dijo que la mayor parte de sus descripciones estaban tomadas de los monos. Semejante audacia levantó contra él numerosos contradictores, entre los que se encontraba su maestro Silvio, el mas valiente pero mas exausto de razon; pero como esta estaba de parte del jóven reformador, concluyó por triunfar. Sin embargo, á pesar de las muchas y repetidas disecciones que habian servido de base á su anatomía, no estaba al abrigo de la censura. Colombo y Eustaquio le dijeron con fundamento que los ojos, los músculos de la laringe, los de la lengua etc. no habian sido descritos, conforme los datos que arrojan las autopsias. Mas como en esta ocasion, dice Lauth, «las irregularidades, las lagunas de su obra no destruyen su gloria, solo resulta que el camino abierto por él era á propósito á conducir todavia despues á otros muchos sábios á la celebridad» (2)

Por lo demás, los espíritus estaban maduros para la revolucion que Vesalio inició, lo que prueba que apenas hubo el apelado de las decisiones de Galeno á la observacion de la naturaleza, se apresuraron una multitud de anatómicos á seguir su método. Ya hemos citado á su discípulo Colombo, su colaborador y sucesor en la cátedra de Padua. B. Eustaquio, profesor en Roma que comparte con el anatómico de Bruselas la gloria de haber fundado la anatomia humana y haberla dotado de maravillosos descubrimientos; Falopio, discípulo y consecuente amigo de Vesalio que egerció en Ferrara, Pisa y Padua, arrebatado prematuramente á la ciencia que cultivaba con tanto ardor y éxito, y

(1) *De la fábrica del cuerpo humano, siete libros*, Bale 1542. Con láminas grabadas en madera.
(2) *Historia de la anatomia* pág. 373.

cuyo nombre debe marchar unido al de Vesalio en la história de la anatomía moderna, como los de Herofilo y Erasistrato en la antigua. Todos estos anatómicos sostuvieron el espíritu de reforma y acabaron con la anatomía galénica. Lauth hace el siguiente juicio de los trabajos de este anatómico. «Falopio es tan respetable por lo castizo de su lenguage como por sus talentos anatómicos. Bajo el modesto título de observacion, ha publicado un tesoro de descubrimientos sobre todas las partes de la organizacion, y cuando se ve obligado á corregir á Vesalio dulcifica su crítica, pero sin que perjudique á la verdad; de suerte que los escritos de Falopio, son un escelente comentario de los de Vesalio (1).»

Las investigaciones de Gerónimo Fabricio, sobre la formacion del huevo y del feto, sobre las valvulas de las venas y de las visceras, tienen igualmente una importancia capital: estaban destinadas á formar un tratado completo de anatomía humana y comparada que su autor no tuvo tiempo de concluir. Mas nombres célebres pudieran tener aquí cabida, pero los paso en silencio por ser del dominio de la historia particular de anatomía.

*Durante este período pudiéramos citar algunos anatómicos españoles, si bien es cierto que no hicieron descubrimientos que consten en la historia. Tales son Andres Laguna, reputado como el descubridor de la valvula ileo-cecal y autor de un libro de anatomía cuyo título es *Methodus anatómica*. Luis Vasseo, (catalan) discípulo de Silvio que escribió de lo mismo con el objeto de recopilar lo dicho por Galeno, en su libro de *vsu partium;* Luis Lovera de Avila que escribió una *Declaracion breve de la maravillosa* composicion del *microscomo*, en forma de sueño; Pedro Gimeno (valenciano) que disputa á otros el descubrimiento y descripcion del *estribo*, pequeño hueso del oido: autor de un *Breve diálogo de cosas médicas*, entre las cuales hay una referente al estudio de la organizacion muy necesaria á todos los que se dediquen al estudio de la medicina; Andres de la Plata: (manchego), Bernardino Montaña de Monserrat, otro que trata de la *Fábrica y compostura del hombre* en un libro *ad hoc*; Juan Valverde (castellano viejo) que se ocupa de lo mismó en su libro *Historia de la composicion del cuerpo humano*. Todos estos estudiaron la generalidad de los órganos, pero algunos lo hicieron solo de algunos de ellos, como de los huesos los doctores Cespedes, Collado y Rodriguez de Guevara. Y como si esto

(1) Ibidem pág. 377.

no bastara para patentizar la alta estima en que eran tenidos en España los estudios anatómicos en los siglos XV y XVI, bastará recordar que algunos cirujanos de aquel tiempo como Calvo y Fragoso, dedicaron gran parte de su cirujía universal al estudio de esta rama importante del arte y otros pusieron á prueba su ingenio para ver de lograr una copia fiel de los órganos que constituyen la estructura humana. Tal fué Juan Valero de Tobar, primer catedrático oficial de anatomía en Zaragoza, que inventó unas estatuas anatómicas hechas con seda, sustancia que en manos de este anatómico desempeñaba igual papel que hoy la cera, el carton piedra, el lino, el cáñamo y tantas otras materias que se emplean en la construccion de piezas anatómicas.*

Una vez destruidas las preocupaciones, se introdujeron muchas mejoras en las facultades de medicina, se empezó á establecer anfiteatros permanentes de diseccion; porque hasta entonces los anatómicos habian disecado en su casa ó en alguna sala provisional. El estado se encargó de pagar las cátedras nuevamente creadas y en algunas ciudades no solo permitieron disecar los cadáveres de los criminales, sinó de los fallecidos en los hospitales. Los Pontífices fueron los primeros en introducir esta mejora y esto esplica el grán número de cadáveres que Eustaquio tuvo á su disposicion en lugar de los tres ó cuatro de que podia Vesalio disponer cada un año. El escalpelo vino á reemplazar en las salas de diseccion á la incómoda navaja de afeitar.

Este concurso de circunstancias elevó prontamente á la anatomía á un grado de perfeccion á que nunca habia llegado en la antigüedad. No contentos con disecar y describir los órganos, los reprodujeron con el grabado, perfeccionando la idea de Mondini que tan buena acojida tuvo. Se separaron los nérvios por completo de los tendones y ligamentos, se les siguió desde su orígen hasta donde se pudo, hasta sus ramificaciones mas ténues; y se aseguró que las fibras musculares no eran producto del espesamiento de la sustancia nerviosa. Los vasos linfáticos ó absorventes solo fueron sospechados.

Pero donde se hicieron descubrimientos capitales fué en el sistema capilar. Los antiguos creian que habia huesos en el tejido del corazon, que los tabiques que separan sus cavidades no eran porosos, sinó compactos, resultando de esta conformacion que la sangre no puede pasar de una á otra cavidad al traves de estos tabiques; en fin, el exámen atento de las válvulas condujo al descubrimiento de la circulacion pulmonal. Miguel Servet, el mismo que pereció en la hoguera por odio de Calvino, fué el primero que sospechó este importante hecho fisiológico.

Observó que la sangre no podía pasar directamente de las cavidades derechas del corazon á las izquierdas à causa de la impermeabilidad de su pared divisoria, y que era preciso que este líquido pasara por el pulmon donde se impregnara del espíritu vital contenido en el aire para ir despues á la auricula izquierda. Esta conjetura de Servet estaba confirmada por la disposicion de las válvulas de la arteria y venas pulmonales. Además, el calibre de la arteria parecia muy desproporcionado para la cantidad de sangre que necesita el pulmon para su alimento, lo que hacía probar que el destino de este vaso no era el que se habia creido hasta entonces. Por el mismo tiempo descubrió Fabricio de Aquapendente las válvulas de las venas y mas tarde Colombo y Andrés Cesalpino, esplicaron con mas exactitud la circulacion pulmonal. Todos estos descubrimientos eran un paso inmenso hacia el descubrimiento de la circulacion de la sangre cuyo hecho se le disputan encarnizadamente muchos autores.

* Nuestros historiadores los Sres. Morejon y Chinchilla, se empeñan en hacer á nuestros médicos de los siglos que estudiamos los primeros descubridores de la circulacion grande y pequeña. Aparte de esta, cuya gloria corresponde por completo á nuestro desgraciado Miguel Servet, del cual hablaremos y cuyas palabras copiaremos; la primera solo les debe esfuerzos de ingenio que no sirvieron para descubrirla, sinó para ayudar á hacerlo. Pasajes de los escritos de Fray Vicente de Burgos, Juan Sanchez Valdes de la Plata, Bernardino Montaña de Monserrat, Juan Calvo, Bartolomé Hidalgo de Agüero, Andres de Leon, Francisco de la Reina, Jaime Perez de Valencia, Andres Laguna, Luis Lovera de Avila, Pedro Gimeno y Francisco Matias Marti, les sirven de apoyo á su opinion. Copiaremos todos ellos para que cada cual juzgue del valor de los juicios de tan respetables historiadores.

FRAY VICENTE DE BURGOS.

....«El corazon á dos concavidades: la una á la parte derecha, y la otra á la parte siniestra, y son llamadas los pequeños vientres del corazon. *Entre estos dos vientres ha una abertura que algunos llaman la vena ó la via hueca; y esta abertura es ancha contra el costado derecho, y estrecha contra el costado izquierdo, y esto es asi necesario por facer la sangre mas sotil y mas delicada. la cual viene del vientre izquierdo al derecho, y porque el espiritu vital se engendrase en la parte izquierda muy mas sotilmente*: ca segun San Agustin

dice en el libro de la diferencia y del espíritu y del ànima, en el vientre derecho hay mas de sangre; mas en el izquierdo hay mas de espíritu y por esto es ende principalmente el espíritu vital engendrado, y por unas venas y arterias sotiles es por todo el cuerpo estendido en todo lugar, y dilatado. *La parte siniestra del corazon ha dos pequeños forados, el uno dentro de las arterias y venas que traen la sangre del corazon al pulmon: el otro es por do sale la gran arteria, que es la forma de todas las otras arterias del cuerpo, por la cual viene el pulso especialmente en el costado izquierdo por la causa sobre dicha. La parte derecha del corazon ha asi mismo dos agujeros: el uno es dentro de la vena hueca que trae la sangre del figado á la diestra parte del corazon, y por el otro forado sale la vena que cria el pulmon. Estos dos agujeros son cubiertos de dos pequeñas pieles que se abren cuando la sangre ó el espíritu sale de fuera, y despues se cierran por que no puedan dentro despues de salidos entrar. En cada uno de los pequeños vientres del corazon ha una pieza de carne que parece una oreja, y por esto son llamadas las orejas del corazon, y aquí son las venas y las arterias fundadas y fuertemente firmadas.* El corazon ha en su longo una manera de huesos tiernos que son nombrados la silla del corazon. *El corazon es cercado de una pelleja que se llama la caja del corazon, y es atada con las pieles del pecho. Esta pelleja no es muy junta al corazon, á fin que su movimiento no sea empachado, el cual movimiento es necesario al corazon como fundamento del calor de que el cuerpo del animal es engendrado*: esto todo es de los dichos de Constantino en el XXI cap. del 4.° libro de pantegui.»

....Hablando en el capítulo 61 *de las propiedades de las venas* dice: Las venas son así llamadas porque son las vias de la sangre que en ellas nada, y se esparce como rio por todo el cuerpo, por la cual todos los miembros son ruciados y criados, segun dice Isidoro. Las venas, segun Constantino, comienzan en el hígado, y las arterias en el corazon, y los nervios en el cerebro.»

....«*Estas venas ó arterias comienzan en la siniestra parte del corazon, de la cual salen dos, y la una de piel muelle, y es llamada la vena tocante, y es asi nescesario por portar gran cantidad de espíritu y sangre al pulmon, y para recibir el aire, y mezclar con la sangre para refrescar el corazon. Esta vena entra en el pulmon, y ende se divide en muchas partes. La otra arteria es mayor que esta, y saliendo del corazon y subiendo arriba, se parte en dos; la una*

va alto, y lleva la sangre y el espíritu de vida al celebro, porque ende sea el espíritu vital guardado y nudrido. La otra parte vá mas bajo á la diestra y á la siniestra delante y detras, y parte en muchas maneras.»

JUAN SANCHEZ VALDES DE LA PLATA.

....«Las venas, dice, se llaman así, porque son las vias de la sangre que en ellas nada, y se esparce como un rio por todo el cuerpo; por la cual todos los miembros son rociados y criados, segun dice Hipócrates; y dice mas; que las venas comienzan en el hígado; y las arterias en el corazon, y los nervios en el cerebro. Las venas son necesarias al cuerpo porque son los vasos de la sangre por la traer del hígado á cada una parte del cuerpo para lo criar. Las venas son mas muelles y de mas tierna natura que los niervos, por mejor mudar la sangre que viene en ellas del hígado, del cual son vecinas. Cuanto á la natura todas las venas son hechas de una túnica, y no de dos como las arterias; porque las arterias reciben el espíritu y lo guardan; mas las venas que salen del hígado como de la madre, maman el nutrimento de la sangre, y lo dan despues á cada un miembro por sí, segun su necesidad. Ellas son estendidas por todo el cuerpo, y sirven las unas à las otras muy sutilmente, segun el gran artificio de naturaleza. Entre las otras venas hay una llamada arteria que es necesaria á natura para atraer el calor natural del corazon á todos los miembros.»

....«Va prosiguiendo en su esplicacion, y hablando de la aorta ascendente y descendente dice: «*La una vá alta y lleva la sangre y el espíritu de vida al cerebro, porque allí sea el espíritu animal guardado y mantenido. La otra vá abajo á la diestra y á la siniestra, delante y detrás, y se parte en muchas maneras, y así parece como la vena; es hueca para recibir la sangre, y por llevarla de una vena á otra; y es la que guarda la sangre y la vida del animal, y contiene en sí los cuatro humorés sanguíneos apurados, de las cuales todas las partes del cuerpo son mantenidas.*»

BERNARDINO MONTAÑA DE MONSERRAT.

....Este dice que «la utilidad del corazon, como hemos dicho principalmente, es para que de la sangre que lleva del hígado, se engendre en él la sangre arterial y de la sangre arterial se engendren tambien en él

esplritus vitales, y por esta razon tuvo necesidad de los dichos ventrículos; el derecho para que recibiese la sangre del hígado mediante la vena cava; y el izquierdo para que hiciese en él la sangre arterial, y de la sangre arterial los espíritus vitales.

Sigue después queriendo trazar el camino que lleva la sangre y dice: ....«El camino por donde pasa esta sangre del un ventrículo al otro es la *misma sustancia del corazon*, la cual, mediante *sus poros*, dá lugar al dicho paso: que la vena arterial vá á los livianos y se esparce por su sustancia para que la parte carnosa de dichos livianos se mantenga de aquella sangre que le envía el corazon por la dicha vena: que por la arteria venal entra *al corazon el aire fresco del pulmon* para refrescar el corazon: el cual corazon tambien envía por la dicha arteria sangre artérial y espíritus vitales, y que devuelve al pulmon el aire que se ha calentado y algunos espíritus fuliginosos que allí se originan.»

/Libro de la anatomia del hombre, pàg. 116 en adelante./

JUAN CALVO.

Dice que «el corazon tiene tres géneros de fibras: unas rectas que sirven para atraer à sí la sangre de la vena cava *como el aire de los pulmones*; otras trasversas que aÿudan *para echar los escrementos que en él se engendran* y otras oblicuas que ayudan á la retencion: que el corazon tiene trabazon con el pulmon mediante la arteria venal, por la cual el corazon les envía sangre arterial:» «que en el corazon se halla un septo con *muchos horados* para que pudiese pasar la sangre que entra por el derecho vientrecillo al izquierdo.»

/Tratado primero de anatomia, pág. 486, col. 1.ª y 2.ª/

BARTOLOMÉ HIDALGO DE AGUERO.

Dice que «El corazon tiene dos ventrículos y entre ellos un *septo horadado* por donde se comunica la sangre y espíritus el uno al otro:» que «la vena arteriosa se esparce en los pulmones llevando sangre elaborada:» que «la arteria venosa lleva aire del pulmon al corazon:» que «el corazon tiene dos movimientos (sistole y diastole) que el primero sirve para espeler los vapores escrementicios y fuliginosos y son evacuados del siniestro ventrículo por la artária venosa y mucho mas por la arteria magna:» que «en medio de estos dos movimientos hay un intérvalo que llaman *quies* y es para que el aire atraido lo goce el corazon.»

El corazon tiene tambien cuatro bocas ó agugeros. Al primero del vientrecillo derecho corresponde la mayor vena del cuerpo, que es la cava y lleva la sangre al corazon. Del segundo nace la vena arterial que lleva sangre al pulmon. En el vientrecillo izquierdo están los otros dos agugeros. Del primero nace la arteria venal por do se comunica la sangre espiritual desde el pulmon al vientrecillo izquierdo, y por el otro sale el mayor tronco de la mayor arteria que hay en el cuerpo.»

(Tesoro de la verdadera cirujia.)

ANDRÉS DE LEON.

«Hállanse en el corazon dos ventrículos, uno diestro y otro siniestro situados á la larga: el siniestro está en medio del corazon y el otro á la parte derecha y este sirve de recibir la sangre que viene del hígado para prepararla al siniestro: que el pasaje de un ventrículo á otro es por los poros que hay en la sustancia del corazon: que no es de las partes del cuerpo, sinó del *hígado* de donde viene la sangre por la vena arterial, la cual sirve para la nutricion del pulmon: que el ventrículo siniestro sirve de apurar la sangre que viene del derecho y *allí se hace* la sangre arterial de que se mantienen los miembros sólidos y tambien los espíritus vitales para lo restante del cuerpo.....

Prosigue diciendo: Háse de notar que las obras mas principales del corazon son la dilatacion y compresion que habemos dicho; porque mediante la dilatacion recibe sangre del hígado y aire fresco de los livianos; y mediante la compresion envía espíritus vitales y sangre arterial y espele el aire caliente y los malos humos que llevó misturados: y así mismo envía á los livianos del ventrículo derecho la sangre que le sobra de la sangre arterial, porque de ella se mantienen.»

(Lib. I de anatomía, cap. XXII, fol. 38 y 40.)

FRANCISCO DE LA REINA.

«Si te preguntaren. Que por qué razon quando gobiernan un caballo de los brazos, ó de las piernas, sale la sangre de la parte baxa y no de la parte alta. Responde. Porque se entienda esta cuestion aveis de saber, que las venas capitales salen del hígado y las arterias del corazon: y estas venas capitales van repartidas por los miembros en esta manera: en ramos y miseraycas por las partes de fuera de los brazos y piernas, y van al instrumento de los vasos: y de allí se tornan estas mi-

seraycas à infundir por las venas capitales que suben dende los cascos por los brazos á la parte de adentro. *Por manera que las venas de las partes de fuera tienen por oficio de llevar la sangre para abajo y las venas de las partes de dentro tienen por oficio de llevar la sangre para arriba.* POR MANERA QUE LA SANGRE ANDA EN TORNO Y EN RUEDA POR TODOS LOS MIEMBROS, *y unas venas tienen por oficio de llevar el nutrimento por las partes de fuera y otras por las partes de dentro hasta el emperador del cuerpo, que es el corazon, al cual todos los miembros obedecen.*»

(Cap. XCIV de su libro.)

JAIME PEREZ DE VALENCIA.

«Et ideo est dicendum conformando cum sacra scriptura, quod sicut ille sapientissimus architector omnipotens Deus, in principio creationis disposuit faciem terræ elevando montes, et declinando campos, et deprimendo valles infimas in quibus congregantur omnes aquæ á montibus per campos decurrentes, ut dictum est; ita pariter, taliter disposuit interiores et viscerales partes terræ quod in ea fecit venas et meatus subterraneos penetrantes totam terram; per quas venas continue serpunt aquæ, ut manifeste videmus. Nam in profundo cujuslibet maris fiunt multæ submersiones aquarum, et per venas supra dictas serpunt penetrantes partes terræ, et dulcorantur ex frigiditate. Et per equilibrium emerguntur et ebulliunt ex radicibus, et lateribus montium oppositorum, et fiunt flumina fluentia et decurrentia per faciem terræ usque ad maria. Ex quibus sequitur primo, quod aqua quæ decurrit supra faciem terræ, primo serpit et intercurrit per venas, et conductus, et meatus in visceribus terræ, *sicut sanguis continue movetur per venas animalis*

«Y por lo tanto, debe decirse, conformándose con lo expuesto en la sagrada escritura, que así como aquél Dios omnipotente, sapientísimo arquitecto, dispuso en el principio de la creacion la haz de la tierra de la manera que hoy la vemos, con montes elevados, planicies estensas y valles profundos donde van á reunirse todas las aguas de los montes y los campos como está dicho; así, de igual manera, hizo con las partes interiores y orgánicas de la tierra que la dotó de venas y conductos subterráneos al través de la misma por las cuales corren sin cesar las aguas, como todos los dias vemos. Pero en lo profundo de cualquier mar ocurren muchas sumersiones de las aguas que corren por las venas arriba dichas, penetrando en las entrañas de la tierra y templándolas segun su frialdad. Y mediante su equilibrio aparecen en la superficie y saltan ruidosamente de las profundidades y lados de las montañas opuestas, resultando de su conjunto los rios que corren por la superficie de la tierra hasta los mares. De lo cual se sigue, primero: que la que corre por la superficie

quia homo dicitur microcosmus, id est, mundus parvus factus ad instar mundi magni. Et hoc videmus manifeste. Nam in quacumque parte fodimus terram semper reperimus venas aquarum transeuntium per víscera terræ, et non solum per viscera terræ, sed etiam per víscera rupium reperiuntur aquæ transeuntes, et penetrantes rupes per venas. In quibus rupibus fiunt putei, ut ego oculis pluries vidi in diversis partibus.»

«*Unde sicut in homine reperiuntur venæ per quas discurrit copia sanguinis, et reperiuntur miseraicæ per quas discurrit modicus sanguis, ita pariter in visceribus terræ, et in hoc manifestatur summa sapientia Creatoris.*»

de la tierra, lo hace primeramente por las venas y conductos hasta sus entrañas, *del mismo modo que la sangre se mueve sin cesar por las venas animales, porque el hombre se llama* micróscomo, *es decir*, mundo pequeño, *hecho á la manera del mundo grande*, y esto lo vemos con toda claridad. Pero en cualquiera parte de la tierra que cabamos, siempre encontraremos venas que conducen agua á sus entrañas, y no solo por estas, sinó tambien por las de las rocas y venas que las penetran, rocas que forman pozos, como yo he tenido ocasion de ver en muchas partes.

De la misma manera que hay venas en las entrañas de la tierra asi las hay en el hombre, unas que llevan gran copia de sangre, otras llamadas meseraicas, *por las cuales corre una menor cantidad, y en esto se pone de manifiesto la gran sabiduría del Criador.*»

ANDRÈS LAGUNA.

...«mediam thoracis regionem ipsum cor occupabit, tametsi vergere in sinistrum alterum latus magis magisque videatur, ob illam sinistri specus frecuentem palpitationem, quæ sinistrum quam dextrum latus magis ferire videtur. Unum et item alterum habet duntaxat ventriculum; dextrum, scilicet, et sinistrum. Nec scio quid eorum ænigma velit, qui tertium etiam cordi ventriculum addunt, nisi forsam perillum, poros eos qui in *septulo* sunt intelligunt. Verum enim vero cor, ut quod ex sé sanguinem nullum habeat, per auriculam dextri ventriculi á vena cava illum accipit mutuo. Ex quo transumpto in sinistrum cordis spe-

El corazon ocupará la region media del torax, aun que parezca se inclina mas y mas al lado izquierdo por aquella frecuente palpitacion que parece hiere mas á este lado que al derecho. Tiene solamente dos ventrículos; á saber, uno derecho y otro izquierdo. No sé en que pueda fundarse la opinion de aquellos que añaden tambien al corazon una tercera cavidad, á no ser que entiendan como tal aquellos poros ó durezas prominentes que hay en el tabique. Pero en realidad de verdad, el corazon como que de suyo no tiene sangre alguna, la recibe recíprocamente de la vena cava por la aurícula del ventrículo derecho,

cum, vitales spiritus conficiuntur: qui tandem per arterias in universum corporis habitum relegati, frigidas quidem partes calefaciunt, calidas autem impense sua flabellatione refrigerant. Quum igitur cor principalissimum totius corporis organum sit, quodque prius vivat, tardiusque moriatur, aliqua ex-parte condonandum est Aristoteli, qui putarit principem animæ vim non alibi quam in corde esse locatam.

Interim tamen adverte circa artificium opusquæ naturæ. Nam quum duo solummodo vasá á corde in pulmones produceret, alterum quidem quæ vena est, arteriosum; alterum vero quæ arteria, venosum; hoc est unica tunica fabrefactum, compegit. Verum ecce nom vulgaris controversia suboritur. Quum enim ex corde in pulmones, duo tantummodo vasa explantentur, alterum vena arteriosa per quam defertur sanguis subtilis ad nutritionem eorum, alterum arteria venosa, per quam in cordis systole (ut et Galenus ipse fatetur) vitales spiritus relegantur, quæstio inquam oritur, quando, aut per quem locum excrementa fuliginosa á sinistro cordis ventriculo ad pulmones ipsos peliuntur. Non per venam arteriosam: solus enim sanguis per eam emittitur. Dices forsam, per arteriam venosam. Sed quód nec per eam, facillimum est probare. Nam aut in diastole: nam cum tunc temporis cor dilatetur trahit quidem benignum aer; non autem mittit. Non in systole, dum contraitur, tunc siquidem mittit vitales spíritus ad pulmones. Igitur numquam. Iccirco existimandum est aera frigidum prius in pulmonibus accuratissime elaborari, quam ad cor ipsum perveniat.

de donde trasportada á la cabidad izquierda del mismo se confeccionan los espíritus vitales, los que pasando por fin, por las arterias á todo el cuerpo, van á calentar las partes que están frias y á refrigerar diligentemente á las cálidas con este aireo ó especie de aireacion. Siendo, pues, el corazon el órgano mas principal de todo el cuerpo, el que primero empieza á vivir y el que mas tarde abandona la vida, debe concederse algo de certeza á la opinion de Aristóteles que decia que, el asiento principal del alma estaba en el corazon y no en otro sitio.

Parate, empero, á reflexionar ahora acerca del artificio y obra de la naturaleza. Como solo haya dos vasos que van desde el corazon á los pulmones, uno que es la vena, arterioso: otro que es la arteria, venoso: este formado de una sola túnica; se unen. Mas he aquí surge una controversia nada vulgar. Porque como del corazon á los pulmones solo se dirijan dos vasos; por el uno llamado vena arteriosa va la sangre sútil para la nutricion de estos; por el otro, arteria venosa: los espíritus vitales cuando se contrae el corazon (segun confiesa el mismo Galeno). Originase, digo, la cuestion de cuando y porque sitio se arrojan los escrementos fuliginosos desde el ventrículo izquierdo del corazon á los pulmones. Por la vena arteriosa no van, puesto que por ella solo pasa sangre. Dirás, acaso por la arteria venosa? Pero es fácil probar que tampoco por esta. O bien en el diastole, pero en el tiempo que el corazon se dilata atrae ciertamente aire benigno, mas no le envia despues. No el sistole ó cuando se contrae, puesto

que entonces envia á los pulmones los espíritus vitales. Nunca, pues por lo tanto, habemos de creer que el aire frio se elabora muy cuidadosamente en los pulmones antes que llegue al corazon.

LUIS LOBERA DE AVILA.

«Cordis substancia est dura quasi lacertosa, in se habens duos ventriculos, alterum dextrum, et alterum sinistrum et in medio foveam ut dicit Galenus in secundo teg. in quibus distinguntur sanguis nutrimentalis veniens ab hepate et efficitur subtilis et spiritualis, et propterea in eodem sunt duo orificia, per destrum ingreditur ramus venæ ascendentis et portantis sanguinem ab hepate superius, et ab eodem ingreditur una vena quæ dicitur vena arterialis et vadit ad nutriendum pulmonem, et reliquum remanens ascendendo ramificatur in multis partibus aliis ramis ut dictum est. Et ab orificio sinistro egreditur vena pulsatilis, cujus pars una vadit ad pulmonem, quo dicitur arteria venalis portans *caprinosos vapores* ad pulmonem, et aër introducens ad ipsum cor refrigerandum. Et alia pars ramificans inferius et superius, sicut dictum est de alüs venis. Et super ista duo orificia sunt tres pelliculæ aparientes introrsum sanguinis et spiritus tempore convenienti, et juta ipsa sunt due auriculæ per quas ingreditur et egreditur aer sibi preparatus á pulmone.»

«La sustancia del corazon es dura y como correosa; tiene en si dos ventriculos, uno derecho y otro izquierdo y en medio una cavidad (en el segundo tegumento, como dice Galeno) en los cuales se distingue la sangre nutritiva que viene del hígado y se hace sùtil y espiritual y por lo tanto hay en él dos orificios; por el derecho entra el ramo de la vena que trae y lleva la sangre desde el hígado á la parte superior, y del mismo parte una vena que se llama arterial y se distribuye para nutrir los pulmones, y la parte que queda y asciende, se divide en otras ramas para repartirse en muchas partes, como queda dicho. Por el izquierdo sale una vena pulsatil, cuya una parte de la cual va á los pulmones y se llama por esto arteria venal, encargada de llevar á estos órganos los *vapores caprinosos* y dar paso al aire para refrigerar al mismo corazon y la otra se ramifica por arriba y por abajo como se ha dicho de otras venas; y sobre estos dos orificios hay tres películas ó tetillas que se abren y cierran para dar paso á la sangre y los espíritus al tiempo conveniente, y yustapuestos á ellos dos auriculas por las cuales sale y entra el aire preparado así por los pulmones.»

PEDRO GIMENO.

Duos sinus seu ventriculos obtinet, quorum alter in dextro latere constitit, amplior, rariori, tenuiorique cordis substantia obductus visitur, ac cavæ venæ orificium seu principium ad hunc pertinet, cui tres membranulæ introrsum ductæ veluti januatrices preficiuntur. Dein vas, arteriæ constans corpore fungens vero tamen venarum officio, eaque ratione arterialis vena appellatum: ab illo ventriculo egreditur in ipsius orificio tres perinde exigens membranas, extrorsum tamen espectantes. Secundus ventriculus sinistro latere repositus ac crassa precipuaquæ cordis substancia circundatus, duobus tamtumdem donatur orificiis quorum inferius vasis cujusdam est, arterii usum prestantis *quod aërem spectat*. Cæterum, venæ corpore efformatim ac proinde venalis arteria appellati, in cujus orificio duas tamtum membranas natura præfecit, introrsum conniventes. Elatius vero orificium arteriæ magnæ principio dicatur, cui etiam tres membranas natura elargitur extrorsum respicientes. Cor enim hunc spiritum attrahens, atque in sinistrum ventriculum magnam sanguinis copiam á dextro exhauriens, ex vapore ejus sanguinis halituoso, etillo aëre, propia virtute suæ substantiæ spiritum conficit, quem concomitatum sanguine subsiliente, impetuque ruente, ac fotum, per magnam arteriam universo corpori distribuit. Ad spíritum igitur conficiendum cor utitur aere quo fervidus calor illius attemperetur. Porro quidquid in ac spíritus elaboratione fuliginosum minusquæ aptum est perfi-

El corazon tiene dos senos ó ventrículos, de los cuales uno está colocado en el lado derecho, es mas ancho y se halla como cubierto de la sustancia mas delgada y ténue de este órgano y á él corresponde el orificio ó principio de la vena cava, dentro de la cual hay situadas tres membranitas que se abren hácia adentro y hacen el oficio de porteras. Despues el vaso formado del cuerpo de la arteria, haciendo en realidad, por fin, el oficio de vena, por cuya razon se la ha llamado arteria venal; de aquél ventrículo parten igualmente tres membranas en su orificio que miran hácia afuera. El segundo ventrículo colocado en el lado izquierdo, rodeado de la mas crasa y principal sustancia del corazon, tan solo está dotado de dos orificios, de los cuales el inferior corresponde á cierto vaso que presta el servicio de arteria, *el cual aspira el aire*. Por lo demás, el vaso formado de una manera irregular del cuerpo de la vena, y que por esto se llama vena arterial, tiene tambien en su orificio dos membranas dirijidas hácia adentro. El orificio mas alto es en realidad el principio de la gran arteria, á la cual la ha dotado tambien la naturaleza de tres membranas que se abren hácia afuera. El corazon, pues, atrayendo este espíritu y vertiendo gran cantidad de sangre del ventrículo derecho al izquierdo, confecciona por su propia virtud del vapor halituoso de su sangre y *con aquél aire* el espíritu de su sustancia el cual acompañado y fomentado de la sangre que salta y se precipita con violencia, vá á distri-

ciendo spiritui, per venalem arteriam in pulmone trudi, adque hinc cum aëre, qui in pulmone reliquus erat, compreso thorace excerni; omnibus anatomicis est visum adèo sanè ut cor indefessa ipsius distentione sanguinem in dextrum ipsius ventriculum á cava vena attrahat ut is partim in sinistrum ventriculum ducatur, partim vero ni idoneum pulmonis nutrimentum ab ipso ventriculo preparetur, atque contracto corde per arterialem venam pulmoni offeratur.

buirse por todo el cuerpo mediante la gran arteria. Consecuencia de esto, el corazon, al confeccionar el espíritu, se vale del aire para que modere su escesivo calor. Y á la verdad, como esta entraña es muy poco á propósito para purificar el espíritu por la elaboracion de la parte fuliginosa, la espele con fuerza por la arteria venal al pulmon y con los restos de aire que en este queda, se purifica, una vez que se comprime el pecho. Todos los anatómicos opinan que el corazon en su incesante movimiento de dilatacion atrae la sangre desde la vena cava á su ventrículo derecho, para que este envie parte de ella al ventrículo izquierdo, y la restante sea preparada por el mismo ventrículo para el conveniente nutrimento del pulmon y contraido el corazon se la ofrezca á aquél órgano por el intermedio de la vena arterial.

FRANCISCO MATIAS MARTI.

«Cor in duas veluti partes divisum apparet: dexteram et sinistram: cuilibet earum auricula et ventriculus respondent: quorum motus inæqualiter et alterne fiunt: primus ex auricula dextra ortum ducit: dum hœc contraitur, sanguinem ex vena cava venientem, in ventriculum dextrum pelit. Dum hic comprimitur sanguis ad arteriam neumonicam transit, ex hæc ad pulmones. Hinc cum aère per tracheam in inspiratione ducto mistus, purus, ruberrimusque efficitur: ex arteria pneumonica ad venam pulmonalem transit sanguis, ex qua iterum ad cor, ad auriculam sinistram irruit. Ec. hæc compresa ad ventriculum delabitur; qui, ad aortam; et per ejus ramos estre-

«El corazon aparece como dividido en dos partes: derecha é izquierda. A cada una de ellas corresponde una aurícula y un ventrículo, cuyo movimiento se verifica con desigualdad y de una manera alterna. Lo primero que se mueve es la aurícula derecha y cuando esta se contrae, vierte en el ventrículo derecho la sangre procedente de la vena cava. Comprimida por el ventrículo la sangre, pasa á la arteria pulmonal y de esta á los pulmones. Mezclada en estos con el aire, que mediante la inspiracion pasa por la traquea, se vuelve pura y muy roja. De la arteria pulmonal pasa la sangre á la vena del mismo nombre, de esta al corazon, en cuya aurícula izquierda se

mas corporis partes irrigans in *Venas Intromititur* earum curriculum sequens ad venam cavam ad auriculam dexteram *Et ita in deinceps motus giratorius.*»

precipita, la contraida, la hace pasar al ventrículo izquierdo, de este á la arteria aorta y por los ramos de esta regando las partes mas lejanas del cuerpo *pasa á las Venas* por cuyos conductos corre hasta buscar á la vena cava y desagüar en la aurícula derecha y *así sucesivamente el movimiento giratorio.*»

De lo espuesto en las anteriores citas resulta que los médicos españoles tuvieron una idea muy confusa de la grande circulacion, si no es contradictoria y errónea siempre; pues aunque algunos como Francisco Matias Marti, parece que siguieron el procedimiento esperimental antes de describir el como se verificaba el paso de la sangre de las arterias á las venas; este autor es desconocido á todos los bibliógrafos é historiadores, esceptuando al Sr. Chinchilla que lo cita y apunta la descripcion circulatoria de la manera que acabamos de ver, pero cuya buena fé en estas y otras cuestiones debe ponerse en duda. Así como este erudito médico se empeña en atribuir el perfecto invento al escritor desconocido, el Sr. Morejon mas erudito que él y cuya buena fé es proverbial cuando se trata de asuntos históricos, se lo atribuye al albeitar de Zamora *Reina*.

Empeño vano el de este celebrado historiador de nuestas glorias médicas el querer hacer pasar la descripcion de la circulacion hecha por Reina como modelo de exactitud, pues esta seria escelente y la entenderia cualquier discípulo de Galeno si fuese exacta la parte anatómica y por ende la fisiológca.

No hay en el hombre ni en los animales venas capitales que salgan del hígado, ni vena alguna que del hígado se reparta por los miembros; que los ramos y meseraycas que van repartidas por las partes de fuera de los brazos y piernas, y van al instrumento de los vasos, y de allí se tornan á infundir por las venas capitales que suben desde los cascos por los brazos á la parte de adentro, son un magnifico entretejido de vasos imaginarios, cuya descripcion no podian entender los lectores, pero el autor tampoco.

Hasta aquí la parte anatómica pura: en cuanto á la fisiológica, no puede ser mas clara, en verdad, la idea del autor. «Por manera, dice, que las venas de las partes de fuera tienen por oficio de llevar la sangre para abajo, y las venas de las partes de dentro tienen por oficio de llevar la sangre para arriba.» De todo lo cual infiere el autor «que

la sangre anda en *torno* y en *rueda* por todos los mienbros:» pues esto es lo que saca de los antecedentes, el segundo «*Por manera*» del profesor veterinario.

«Ahora bien; como el primer antecedente, el anatómico, es un enorme despropósito que traslada las famosas venas miseraycas ó mesaraicas desde el mesenterio por el hígado á los miembros, unas por las partes de fuera, y otras, continuacion de estas, por las partes de dentro de aquellos; y el segundo antecedente, el fisiológico, es otro despropósito de igual enormidad, cuando menos: pues supone una marcha de la sangre en los mismos miembros de arriba abajo por las venas de las partes de fuera, y de abajo arriba por las venas de la parte de dentro; es evidente de toda evidencia que aquellas palabras del albeitar: «*Por manera que la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros,*» son un tercer desatino fisiológico, que supone lo que dicen textualmente las mismas palabras, que la sangre anda alrededor de los miembros; á saber: de arriba á bajo por las venas de fuera, y de abajo arriba por las de dentro. Y por si algo faltaba para el complemento de esta teoría *sui generis*, añade luego el autor: «Y unas venas tienen por oficio de llevar el nutrimiento por las partes de fuera y otras por las partes de dentro hasta el emperador del cuerpo, que es el corazon, al cual todos los miembros obedecen.»

De suerte que, segun el albeitar Reina, el emperador del cuerpo que es el corazon, recibe desde su asiento muy tranquilamente el nutrimiento que le llevan las venas, unas por las partes de fuera de los miembros, y otras por las partes de dentro; pero no se dice en este singular sistema que el corazon envie el *nutrimiento* á las demas partes del cuerpo, sino que manda como señor á todos los miembros, pues que todos los miembros le obedecen.

Si, pues, los médicos españoles solo hicieron grandes y laudables esfuerzos para alcanzar el triunfo en cuestion tan importante, una cosa igual acontece con algunos extranjeros émulos de la gloria del ingles Harveo.

Colombo y Andres Cesalpino esplicaron de una manera mas esplícita, pero no concluyente, el mecanismo de la circulacion general de la sangre y este último se espresa de esta manera:

Illud sciendum est; cordis meatus ita á naturâ paratos esse, ut ex venâ cavâ intromissio fiat in cordis ventriculum dextrum; undè

Debe tenerse presente que la naturaleza ha dispuesto de tal modo las comunicaciones del corazon que la introduccion ó paso (de la san-

patet exitus in pulmonem: ex pulmone prætereà alium ingressum esse in cordis ventriculum sinistrum, ex quo tandem patet exitus in arterian aortam, membranis quibusdam ad ostia vasorum appositis, ut impediant retrocessum: sic enim perpetuus quidam motus ex venâ cavâ per cor et pulmones in arteriam aortam, ut in quæstionibus peripateticis explicavimus. Cûm autem in vigilia motus caloris nativi fiat extra, scilicet ad sensoria: in somno autem intra, scilicet ad cor: putamdum est in vigilia multum spiritûs et sanguinis ferri ad arterias; indè enim in nervos est iter. In somno autem eumdem calorem reverte ad cor, non per arterias: ingressus enim naturalis per venam cavam datur in cor, non per arteriam. Indicio sunt pulsus qui expergiscéntibus fiunt magni, vehementes, celereres et crebri cum quâdam vibratione: in somno autem parvi, languidi tardi et rari, (3 *De causis pul* 9 et 10. Nam in somno calor nativus minus vergit in arterias: in easdem erumpit vehementiûs, cum expergiscuntur.

«Venæ autem contrario se modo habent: nam in somno fiunt tumidiores, in vigilia exiliores, ut patet intuenti eas quæ in manu sunt. Transit enim in somno calor nativus ex arteriis in venas per osculorum communionem, quam anastomosim vocant; et inde in cor. Ut autem sanguinis exundatio in superiora, et retrocessus in inferiora, instar Euripi, manifesta est in somno et vigilia; sic non obscurus est hujusmodi motus, in quâcumque parte corporis vinculum adhibeatur, aut aliâ ratione occludantur venæ. Cûm enim tollitur permeatio, intumescunt rivuli quâ parte

gre?) se verifica desde la vena cava al ventrículo derecho; de este á los pulmones, de estos al ventrículo izquierdo, de este á la arteria aorta en la cual se encuentra como presa é imposibilitada de volverse atrás mediante unas membranas (las valvulas?) colocadas en su embocadura. De este modo se sostiene sin cesar el movimiento entre la vena cava, los pulmones, el corazon y la arteria aorta, segun ya dijimos en las cuestiones peripatéticas. Como por otra parte, el calor natural se dirija hacia afuera durante la vigilia, á saber, á los órganos de la vida de relacion, ó sea á los sentidos; lo contrario que en el sueño, que va al corazon, debe pensarse que en la vigilia gran parte de los espiritus y de la sangre van á las arterias y de estas á los nervios. En el sueño, por el contrario, vuelve el mismo calor al corazon, no por las arterias, sinó por la entrada natural de este órgano, por la vena cava, no por la arteria. Señal de que esto sucede son las pulsaciones que, en los que despiertan se hacen grandes, vehementes, aceleradas y frecuentes, y con cierta vibracion; cosa que no sucede mientras se duerme, que son pequeñas, lánguidas, tardas y raras. (*3 De las causas de las pulsaciones 9 y 10.*) En el sueño, pues, el calor natural acude en menor cantidad á las arterias; distinto de lo que acontece poco tiempo despues de haber despertado que llega con vehemencia y en mayor proporcion.

No sucede lo mismo con las venas, estas se comportan de diverso modo: durante el sueño se entumecen, en la vigilia se aligeran como puede verse observando las de las manos. Pasa pues el calor na-

fluere solent. Forté recurrit eo tempore sanguis ad principium, ne intercisus extinguatur.» (Andreæ Cæsalpini *Quæstionum medicarum*, lib. II quæstio XVII Venetiis, apud Juntas, 1571).

tural de las arterias á las venas por las comunicaciones directas que tienen entre sí mediante sus boquillas terminales que los anatómicos llaman *anastomosis* y de allí al corazon. Pero si en el sueño y la vigilia se hace notoria la inundacion ó aflujo de la sangre hacia las partes superiores y su retroceso á las inferiores, al tenor de las aguas de Euripo: (1) no es menos notorio este movimiento en cualquiera parte del cuerpo que se ligue ó ate fuertemente ó siempre que por cualquiera otro medio se obstruyan las venas. Pues cuando se impide el paso, se entumecen los arroyuelos por cima de la parte que acostumbran á desagüar. Quizá al mismo tiempo vuelve la sangre á su primer punto de partida para que así no se estinga el movimiento.» (Andres Cesalpino, cuestiones médicas, lib. II. Cuestion XVII, Venecia, Casa de Juntas 1571).

Observemos, desde luego que este pasaje encierra todos los elementos necesarios para llegar al conocimiento de la circulacion de la sangre. El autor dice en ella de una manera clara que este líquido no puede refluir hacia el corazon por las arterias á causa de las membranas que cierran la entrada de la aorta; añade que la vena cava es el único vaso que la permite llegar á dicha víscera: habla de la anastomosis de las arterias con las venas y hace notar que si se pone una ligadura al rededor de un miembro, las venas se hinchan por debajo de la ligadura. Parece que aquí solo falta que el autor pronunciara la palabra circulacion, mas no lo hace; al contrario, compara el movimiento de la sangre al flujo y reflujo de las aguas del Euripo como hace Aristóteles. Se vé, en esto, que tortura su inteligencia por conciliar cosas inconciliables: la opinion de los antiguos sobre el movimiento de la sangre con los descubrimientos recientes de la anatomía. Así es, que la gloria de Harveo queda incólume en esta discusion, como veremos con evidencia en otro lugar.

(1) Geografía antigua. Euripo. Estrecho del Negroponto. N. del T.

En cuanto á la pulmonal podemos atribuir por completo la gloria á nuestro compatriota Miguel Servet segun vamos á ver en sus palabras. Pero antes digamos algo de su vida, toda vez que su fama como médico, su manera de espresarse como fisiólogo en la cuestion que debatimos le hace acreedor al reconocimiento de la Historia.

El siempre infortunado y despues medico Miguel Reyes Servet, fué natural de Villanueva de Aragon, en donde nació por el año 1509 y por cuya circunstancia, tomó, como era costumbre en aquellos tiempos, un tercer apellido: el de *Villanovano* que significaba y recordaba el pueblo de donde era oriundo. Su padre que, segun todas las probabilidades históricas perteneció á la curia en clase de notario, le dedicó desde bien niño al conocimiento y estudio de las lenguas, habiendo hecho progresos en la griega, latina y hebrea. Con estos preliminares tan necesarios é indispensables en aquella época para aprender cualquiera ciencia; estudió la filosofía, aprendió las matemáticas y recibió algunas nociones de historia sagrada; las cuales habrian de serle tan funestas á lo mejor.

En medio de lo borrascoso de la vida de nuestro médico y de los motivos poderosos que debiera tener la historia para conservar todos los detalles correspondientes á la existencia de Miguel Servet, aparecen en tinieblas sus primeros años posteriores á los, en que se dedicara á los estudios mencionados. No obstante, resulta como un hecho innegable que, orientado nuestro Servet en los conocimientos preliminares precisos para emprender cualquier carrera, se trasladó de su pátria á la vecina de Francia y en esta á la ciudad de Tolosa con el propósito de seguir la carrera de la jurisprudencia. Mas fuese por inclinacion natural, fuese porque esa era la tendencia del siglo, lo positivo fué que Miguel Servet, en vez de estudiar á Justiniano y comentar á Heinecio, estudió á Santo Tomás y comentó á Lnnense con tal acierto y maestría que, no tardó en sér consumado en materias y cuestiones teológicas.

En medio de esta verdad histórica, se tocan con mil dificultades para señalar el itinerario en la vida de Servet, lo mismo cientifica que pública, siendo en esta parte tantos los dictámenes cuantos han sido sus historiadores, pudiòndose comparar en este estremo á la biografía de Arnaldo de Villanova en lo que concierne al verdadero lugar del fallecimiento de este.

Consumado en el conocimiento de las lenguas orientales y geografía, nada mas natural que concebir la razon que asistiria á Servet, para

multiplicar sus conocimientos por medio de los viajes; al mismo tiempo que, profundo en la teología y no con los suficientes bienes de fortuna para subvenir á los cuantiosos é indispensables gastos, habria de proporcionarse arrimo en algun personage notable. He aquí pues porqué nuestro Miguel Servet, siendo muy jóven y sin duda estudiante todavía, se sometió al servicio de D. Francisco Quintana, confesor del emperador Carlos V y I en España, en compañía de cuyo prelado viajó por Bolonia, Lombardia y Alemania.

Apenas Servet contaba de edad veinte años, que su reputacion como teólogo era conocida en Francia y fuera de ella, llamándole su inspiracion adversa, á tomar parte en las cuestiones religiosas que entonces se promdvieron. A su virtud, confereció en Basilea, en Strasburgo y en Zwingle con los principales protestantes, viéndose en la dura precision de defenderse publicando en 1531 la obra sobre la *triple esencia de Dios*, lo cual habria de ser una de las causas que le condujesen á las llamas, á los 22 años de publicada.

Abrumado nuestro Servet con el peso de tantos sinsabores como le produjera la publicacion de su obra, por haberse mostrado en ella ostensible contra el protestantismo, y en especialidad contra su jefe principal Lutero; se trasladó á París hacia el año de 1531 en el mismo en que se publicó su obra referida.

Residente y avencindado en París, conoció los disgustos que le atraeria el teson que habia mostrado en las cuestiones religiosas, por lo cual tomó nueva direccion en sus estudios, dedicándose á los medicos en la universidad de aquella capital bajo la direccion de los conocidos catedráticos Silvio y Fernelio. Pocos años fueron precisos de estudios médicos á Servet, para que su talento descollara sobre el de sus condiscípulos en tal manera que, á los dos cursos escolares, planteó escuela pública bajo su direccion. Y como si le persiguiera la escritura cual una adversa estrella, su obra sobre *la Naturaleza de los jarabes* le proporcionó disgustos tales con la misma facultad de París, que en 1536 se vió precisado á sostener un ruidoso litigio, el cual, sin embargo de haber sido sentenciado á favor suyo, con la circunstancia de prevenir con reprension á la parte contraria, *Trátese con mas decoro y humanidad al español Servet*, no dejó de causarle mil disgustos. Por fin terminada su carrera, recibió el grado de Doctor en la facultad de medicina.

Los sinsabores y los malos ratos que sufriera, merced á los litigios sostenidos contra la Facultad de París, le obligaron á salir de esta populosa capital el año de 1538, despues de haber conocido y conferen-

ciado con Calvino el cual, se mostró desde la primera entrevista, orgulloso adversario del talento de nuestro Miguel Servet.

Su primera direccion fué á Lyon en donde para sostenerse, se vió precisado á servir de corrector de una imprenta, cuyo propietario era un tal Frellon. Al poco tiempo marchó de esta ciudad á la de Avignon; regresó despues á Lion, y escaseando de recursos falto de proteccion, y precisado á mal vender sus producciones científicas á los libreros, para peor pasarla, se fijó como profesor de medicina en el año de 1540 en Charlieu, villa situada á 12 leguas de Lion en la cual permaneció tres años ejerciendo la facultad de medicina. Durante ellos, sobre no haber podido reunir una mediana fortuna con que atender á sus necesidades, tuvo que resignarse á nuevos disgustos, los cuales le hicieron por fin abandonar la poblacion de Charleu hácia el año de 1543.

No obstante su capacidad y su carrera científica de médico, Servet hubiera perecido en la indigencia, si una alma caritativa y una mano protectora no le hubiesen ausiliado algunas veces en sus necesidades. El religioso cuanto virtuoso prelado Pedro Parmier, arzobispo de Viena en aquella sazon habia sido y era su constante protector, cuya dignidad eclesiástica apreciando en su justo mérito la inteligencia de Servet, y como dice con bastante fundamento Morejon: «*tan bondadoso por naturaleza como amigo y protector de los hombres de ingenio é ilustracion; le obligó á pasar á Viena en cuyo palacio arzobispal encontró aquella obeja descarriada del redil, un alojamiento acomodado á la persona que le dispensaba.*»

Otro que nuestro aragonés, reflexionando sobre los sinsabores y disgustos que la lectura, meditacion y escritura relativas á cuestiones teológicas, le habia acarreado en el trascurso de su azarosa vida, hubiera abandonado un camino que, naturalmente le conducia á la ruina y perdicion, y habria despues de dar gracias al Altísimo por el beneficio que recibiera del prelado Parmier; dedicado esclusivamente al ejercicio de la medicina en Viena, en cuya carrera hubiese podido lucir con brillantez sus dotes intelectuales.

Mas él, monomaniaco por ideas religiosas, se empeñó en oponerse á algunas de ellas sin prevision y sin cautela, publicando al efecto las suyas en abierta oposicion á ciertos dogmas religiosos, admitidos por todo el cristianismo como otras tantas verdades.

En medio de este precipicio por el cual caminaba Servet, es casi seguro no le hubiese conducido á su fin trágico, si, probablemente, envidioso de las glorias de Calvino, no hubiese soñado mas de una vez

en eclipsarlas. Su primer paso para conseguirlo fué, el ponerse en relacion, si se quiere, amistosa ó cuando menos confidencial, con el heresiarca del siglo. Pero este, mas astuto y previsor que el español, llevaba á otro terreno las cuestiones, las trataba con suavidad mas aparente y siempre que contestaba á su émulo, lo hacia con refinada política, bien penetrado sin duda, que el carácter impetuoso y fuerte de Servet romperia de una manera tal, que proporcionase méritos para vengarse de una manera inaudita y atroz.

Asi sucedió en verdad y por desgracia, pues sabedor Calvino de que Servet estaba imprimiendo, aunque en secreto, varias obras en apoyo á sus doctrinas, busca y encuentra medios de adquirir algunos fracmentos de ellas y los remite juntos ¡que infamia! con la correspondencia particular de Servet, á las autoridades de Viena y con la mas pérfida delacion, pidiendo la prision y horroroso castigo de su adversario.

Quien de los mortales, hubiese alcanzado los últimos tiempos de la inquisicion y los que por la lectura, tuviesen una idea del *Santo oficio*, comprenderán lo que en el siglo XVI era el fanatismo y que tan instantánea sería la prision de nuestro compatricio, que digo, como la llegada á Viena de los documentos remitidos por Calvino. En efecto, delatado por este á los tribunales católicos, fue en vista de la fundada acusacion, preso el dia 4 de Abril de 1553.

Nunca tribunal alguno, ni aun casi los llamados en estos tiempos *comisiones militares*, sustanciaron una causa criminal con mas velocidad que la seguida contra el desgraciado aragonés Miguel Servet. Cada momento que trascurria se le hacia un año á el inhumano Calvino, quien para si, habia jurado la perdicion de Servet. Trece dias fueron suficientes para que el tribunal pudiese sustanciar la causa y solas las pruebas presentadas por Calvino, abonadas para conjeturar que el fallo del proceso seria la sentencia de muerte. Y de que manera? De una inquisitorial y atroz, pues segun las mayores probabilidades, Servet debia ser quemado por hereje y enemigo de la religion de Jesucristo.

Mas, su angel tutelar que todavia no habia perdido la gracia de velar por la conservacion y la vida de nuestro preso, hizo llegasen á su noticia estas tan tristes nuevas y que en medio de su encarcelamiento hallase medios de fugarse en la época mas oportuna y crítica: el dia diez y siete del mismo abril, cabalmente á los trece de haber sido arrestado y preso.

Errante, fugitivo y guiado únicamente por su fatal destino, despues de vagar por un país enemigo por espacio de tres meses, se internó

en la Suiza, cometiendo la imprudencia de pasar á Ginebra, en cuya ciudad vivia su enemigo encarnizado.

Cometido el primer error, fácilmente se concibe un segundo y un tercero: de lo contrario no sabria esplicarse la permanencia de Servet en Ginebra mucho mas tiempo que el suficiente, á que Calvino supiese su fuga de Viena y su arrivo á Ginebra; bien es verdad, que atendido su carácter particular y á ser cierto lo que la *Union* asegura, pensó Servet hallar un fundamento de su razon y una prueba para su acrisolacion, en aquello mismo que sirvió para martirizarle.

Cerciorado positivamente Calvino, merced á las pesquisas de sus satélites, de que Servet residia en Ginebra, proyectó de nuevo su delacion y de manera que, no pudiera librarse, valiéndose al efecto de un francés criado suyo, llamado Mr. Nicolás Lafontaine, el cual instruido minuciosamente por Calvino hizo la declaracion ante los competentes magistrados con una acusacion que abrazaba 38 artículos, teniendo el valor ó la resignacion de sujetarse hasta la prueba de ella, á prision con el acusado y á sufrir la pena de Talion, en caso de no probarla.

Presentada la acusacion contra Servet en toda forma, fué preso el dia 13 de Agosto del mismo año de 1553 y á los dos dias, en el 15, se le tomó declaracion ante el Consejo. Durante la audiencia, mostró nuestro acusado la mayor serenidad y la mayor virtud; la primera, en la manera de esponer los hechos y de patentizar en ellos la declaracion injusta dimanada de un odio personal de Calvino; y la segunda en la veracidad y exacta narracion, sin omitir cosa alguna ni retractarse de lo que á sabiendas le perjudicaba. Suspendida la vista de la causa en aquel dia, se siguió en el siguiente 16, á la cual asistió Colladon como abogado defensor del acusador; mas, ora fuese por el interés que presentaria el proceso, ora por el mucho tiempo que durase la audiencia ó por otras causas que no se han podido investigar; la sesion se prorogó para el siguiente dia 17 de agosto. Entre los medios naturales de defensa propia, demandó ó suplicó Servet al Consejo, que en razon á ser extranjero é ignorante de las costumbres del pais, se le permitiese á un procurador en su defensa. Esta demanda justísima segun las leyes de Ginebra, alarmó á Calvino, quien para conjurarlo y prevenir en su favor los ànimos de los jueces, quienes pudieran (tales como el presidente Berthelier) inclinarse á favor de Servet; se presentó en la audiencia el dia 17 acompañado de algunos sacerdotes de la misma cofradia. El resultado del momento no podia ser dudoso, pues que indefenso Servet y sin facultades para pulverizar los infundados razonamien-

tos de su perseguidor, tuvo que resignarse á ver desestimada su demanda, á que su acusador fuese puesto en libertad y á que él, fuese doblemente custodiado y vigilado.

En libertad el acusador de nuestro médico, este apareció naturalmente á los ojos poco escrutadores, como verdadero reo y lo único que podria desear de los demas trámites del proceso, era la minoracion de la pena, de la que acaso hubiese sido absuelto, si otro que el feroz Calvino hubiera sido el verdadero delator. Viendo este que la influencia del partido de los *libertinos* podia favorecer la causa de Servet, se constituyó en director de los debates y en consultor del proceso á las iglesias de Berna, Zurich, Schaffousse y Basilea con las cuales era su ascendiente grande, y las que unánimes, reconocieron la culpabilidad del encausado.

Mientras tanto esto, preso de la manera mas impia y del modo mas cruel, sufria lo que es inesplicable, no tanto por la privacion de lo mas necesario para conservar su mísera existencia, cuanto por ser su calabozo un foco de infeccion permanente: baste decir que, á su estancia en él y á su falta de ventilacion (pues las ventanas estaban tapiadas) se atribuyó la perturbacion en que se encontraron sus facultades intelectuales.

Sustanciada la causa en el corto espacio de dos meses, amanece por fin el dia 26 de Octubre víspera de su muerte, y el destinado para fallar la causa. Amied Perrin presidente del tribunal conociendo desde luego la inocencia de Servet y la perversidad de Calvino, se esforzó en libertar al acusado, pero todo fué en vano, pues ni aun pudo conseguir *dulcificar* el suplicio con una muerte mas humana; sino que, hubo de resignarse á oir el fallo del consejo que condenó al fuego á Servet acusado como herege.

Buen calculador Calvino del resultado que habria de tener su acusacion, quiso hacerla aparecer mas justificada con la retractacion del reo y para ver de persuadirle en el último trance de su vida hizo venir á Ginebra desde Lausana á el *célebre* Tarel, quien en clase de sacerdote y ausiliar deberia acompañar á Servet.

Preparado todo de esta suerte y concluido el último consejo celebrado el dia 26, como se ha dicho y de la manera que se ha manifestado, se leyó á Servet la sentencia de morir quemado por herege, la cual le aterró y horrorizó sobre manera, suplicando de ella la conmutacion de tan atroz castigo con el de la decapitacion. Mas, como sino fuese todavía bien amargo el acibar, que alimentaba su tristísimo cora-

zon á virtud de una acusacion la mas atroz é inícua; quiso su pérfido delator hacerle apurar todo el caliz de su tosigo infernal. Al efecto aconsejó á Tarel, inclinase el ánimo de Servet á que pidiese la gracia de tener una entrevista con Calvino asegurándole que de su arrepentimiento y retractacion, dependia el que se le conmutase la pena en una muerte mas instantánea y menos aterradora. Pero como Servet era mas religioso que el hipócrita de su encarnizado enemigo, rehusó con indignacion y entereza tan viles proposiciones, lo cual ante los ojos de un tribunal justiciero debió haber significado lo bastante para la absolucion, ó cuando menos minoracion del castigo.

Acabemos lo mas antes posible una narracion histórica que despedaza el corazon y martiriza el alma mas estoica.

Amaneció por fin el último dia de su vida (el 27 de octubre de 1553) y Ginebra presenció uno de aquellos más atroces é inhumanos actos que pueden discurrirse hasta para martirizar las bestias. Servet, fué conducido á la hoguera en donde pereció á los 44 años de edad dejando á la posteridad consignado un horroroso hecho de inaudita venganza, y á la historia de la medicina española unas páginas del más triste recuerdo

Consignemos, pues, para probar nuestro aserto las palabras relativas á la descripcion que hace del paso de la sangre á traves del corazon y los pulmones: son las que siguen.

«Ut autem intelligatur quomodo sanguis est ipsissima vita, prius cognoscenda est substantialis generatio ipsius vitalis spiritus, qui ex aere inspirato, et subtilissimo sanguine componitur, et nutritur. Vitalis spiritus in sinistro cordis ventriculo suam originem habet, juvantivus maxime pulmonibus ad ipsius perfectionem. Est spiritus tenuis, caloris vi elaboratus, flavo colore, ignea potentia, ut sit quasi ex puriore sanguine lucens vapor, substantiam continens aquæ, æris, et ignis. Generatur ex facta in pulmone commixtione inspirati æris cum elaborato subtili sanguine, quem dexter ventriculus sinistro communicat.

Fit autem communicatio hæc,

Mas para que se entienda de que modo es la sangre la mismísima vida, es preciso conocer de antemano la generacion sustancial del mismo espíritu vital.

....«El espíritu vital se compone y se nutre del aire inspirado y de una sangre sutilísima... Este espíritu es producido por la mezcla que se hace en los pulmones del aire inspirado con la sangre sútil elaborada que el ventrículo derecho del corazon comunica al izquierdo. Más esta comunicacion *no se hace por el tabique intermedio*, como vulgarmente se crée, sinó que la sangre sutil es trasportada con grande artificio *desde el ventrículo derecho del corazon, siguiendo un largo camino por los*

non per parietem cordis medium, ut vulgo creditur; sed magno artificio á dextro cordis ventriculo, longo per pulmones ductus, agitatur sanguis subtilis, á pulmonibus præparatur, flavus efficitur, et á vena arteriosa in arteriam venosam transfunditur: deinde in ipsa arteria venosa inspirato aeri miscetur, et expiratione á fuligine expurgatur. Atque ita tandem á sinistro cordis ventriculo totum mixtum per diastolem atrahitur, apta supellex, ut fiat spiritus vitalis.

Quod ita per pulmones fiat communicatio, et præparatio, docet conjunctio varia, et communicatio venæ arteriæ cum arteria venosa in pulmonibus.

Paullo infra: ille itaque spiritus vitalis á sinistro cordis ventriculo in arterias totius corporis deinde transfunditur; ita ut qui tenuor est, superiora petat, ubi magis elaboratur, præcipue in plexu retiformi sub basi cerebri situ, ubi ex vitali fieri incipit animalis, ad propiam rationalis animæ rationem accedens.»

(Servet, *De Trinitate Divina*, lib. v, *in quo agitur de Spiritu Sancto*, páginas 169 y 171.)

pulmones: es elaborada por los pulmones.. y se trasfunde *desde la vena arteriosa* (hoy arteria pulmonar), *á la arteria venosa* (hoy equivalente á las venas pulmonares). Despues en la misma arteria venosa se mezcla con el aire inspirado, y por la espiracion *se purifica del hollin* que contiene. Y así, por último, toda la mezcla (de aire y sangre) es *atraida por la diástole* (dilatacion) *al ventrículo* izquierdo del corazon. Manifiestan que se hacen por los pulmones esta comunicacion y esta preparacion, *las varias conjunciones y comunicaciones de la vena arteriosa con la arteria venosa en los pulmones, etc... Por el mismo artificio con que se hace en el hígado la trasfusion desde la vena porta á la vena cava por la sangre, se hace tambien en el pulmon la trasfusion de la vena arteriosa á la artéria venosa* por el espíritu...»

«Así que, *aquel espíritu vital despues se trasfunde desde el ventrículo izquierdo del corazon en las arterias de todo el cuerpo.*»

Así, el que es mas ténue, busca las partes superiores donde se elabora mejor, especialmente en el plexo retiforme situado bajo la base del cerebro, acercándose á la propia naturaleza del alma racional.

(Servet, *De la Trinidad divina en la cual se trata del Espíritu Santo*. Pág. 169 y 171.

De esta esposicion aparece claramente que Miguel Servet conoció y descubrió mas de las tres cuartas partes de este círculo, cuyo descubrimiento reservaba la Providencia divina para la gloria del modestísimo y sapientísimo varon, el inmortal Guillermo Harvey.

Mas si la ciencia no debe á nuestros médicos de los siglos XV y XVI, el descubrimiento de la circulacion de la sangre, tal cual Harveo la describió; en cambio mucho á los esfuerzos de ingenio de una muger incomparable la cual dió á conocer ó adivinó un suco nervio en los actos funcionales orgánicos y de la vida de relacion del hombre.

Esta es D.ª Oliva Sabuco de Nantes Barrera, que nació en Alcaráz, provincia de Albacete, hacia el año 1560. Nada se sabe de sus primeros años y ninguna noticia se tenia de su existencia hasta que publicó sus obras veinte y siete años despues, que por cierto sufrieron un minucioso espurgo de parte del Tribunal de la inquisicion. El título de la principal es:

NUEVA FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA DEL HOMBRE, NO CONOCIDA NI ALCANZADA DE LOS GRANDES FILÓSOFOS DE LA ANTIGUEDAD: QUE CONTIENE:

«*Coloquio del conocimiento de si mismo ó de la naturaleza del hombre.*

Tratado de la compostura del mundo como está.

De las cosas que mejoran este mundo y sus Repúblicas.

Diálogo de la vera medicina.

Dicta brevia circa naturam hominis est.

Vera philosophia de natura mistorum, hominis et mundi antiquis oculta»

El título solo de la obra y la indicacion de su contenido hace pensar en que trató con suma claridad y energía y enlace, de cuestiones capitalísimas, y sin género de duda, trascendentales, de *Antropología, Cosmología y Política*. Entre las primeras hay una tratada por la ilustre escritora con brillantez, siglos antes que Ingleses y Franceses lo enseñaran. Su original pensamiento sobre la *esencia y caracteres* del flúido nervioso y su participacion é influjo en la vida del hombre, ora bajo el punto de su actividad material, ora bajo el de su actividad moral y psicológica está sustentado con brio y con razones tan sólidas que poco ó nada nuevo han dicho los que posteriormente han tratado de admitir y estudiar las cualidades de este fluido.

Oliva se afana en esplicar y concertar en armónica relacion la vida del cuerpo con la del alma y satisfacer la curiosidad que á todos nos asalta por descubrir como llegan á la mente las nociones de los objetos físicos y de que modo espíritu y materia forman y componen un todo armónico y vario con identidad; sabedor de su orígen, conocedor de su destino y, por tanto, libre, responsable, inteligente y probido.

Vénse aquí y en otros puntos de sus obras, no solo las bases de la fisiología moderna, sinó el asunto capital de los estudios psicológicos tan controvertido hoy en academias y ateneos, y el influjo que en el desarrollo de estos fenómenos egerce el órgano cerebral. De buena gana copiaríamos algunos de sus diálogos para comprobar lo dicho, pero

sería algo fuera del propósito que nos hemos formado. Oliva dice que este órgano *tiene como colgada el alma racional y sus acciones: que es la causa y oficina de los humores; de las sensaciones y movimientos; de la vida y la muerte; del hambre, de la sed, del gusto y de toda clase de recreacion; de la concordia y discordia del alma, es decir, de la alegría y tristeza*; y en la médula del mismo *la animal*, porque allí es el asiento y morada del ánima que ejecuta sus acciones mediante las especies que entran por cinco puertas que tiene y se asientan en el jugo y blandura del cerebro, mayor y menor, miembro apto este solo para las especies, el cual siente todas las sensibles y á sí mismo no se siente... El entendimiento, razon y voluntad, que es el ánima, tiene su asiento allí, sin estar situada en órgano corpóreo.»

Mas claro aun se manifiesta el ingenio de nuestra docta escritora en el estudio que hace de nuestros instintos y afectos, pues que logró esponer un tratado nuevo y original de fisiología de las pasiones, de donde plagiaron á placer y sin escrúpulo Encio, Warton, Cole Charlepton y otros: tratado segun Morejón, muy superior atendido al tiempo, al que algunos siglos despues escribió Alibert sobre el mismo tema. En otros asuntos se ostenta atrevida, galana y docta la imaginacion de D.ª Oliva, que deja muy atras á muchos de nuestros contemporáneos, dando cabida á ideas grandes que no podian surjir en aquellos tiempos, aun con el carácter de vaga espontaneidad, sinó de talentos que salen de la comun esfera y poderosos á romper la tradicion rutinaria, como consiguió nuestra doctora.

CAPITULO III.

Higiene.

La higiene es otra rama de las mas descuidadas en la edad media. Los gobiernos atentos preferentemente á mantener y estender su dominacion se cuidaron poco en preparar medidas concernientes á la salud pública. En las mismas capitales de los Estados europeos no se tomaba precaucion alguna, no se publicaba ningun reglamento para mantener limpias las calles y las casas, la libre circulacion del aire y las personas, la venta de buenos alimentos, la propagacion de hábitos higiénicos. Los fundadores de hospitales, hospicios ó monasterios no lo hacian impulsados por un deseo de mejoras sociales, sinó por un sentimiento de caridad cristiana ó por temor del infierno. Nada habia previsto tampoco

en los establecimientos de instruccion para ver de alcanzar el perfeccionamiento físico del hombre, no se concedia á la salud de los discípulos mas que cuidados los mas urgentes y vulgares. Era una opinion general y casi un artículo de fé que la mortificacion del cuerpo, era el medio mejor de desarrollar la inteligencia y aumentar el predominio del alma. Los estatutos de la mayor parte de las órdenes religiosas no tenian otro objeto. El clero colocado á la cabeza de la enseñanza y de las profesiones liberales, estaba profundamente imbuido en esta preocupacion, lo que esplica su indiferencia por la educacion física de la juventud. Durante muchos siglos no se conoció otro código de higiene que las máximas dietéticas de la Escuela de Salerno, cuya gran reputacion nada hay que justifique.

Al renacimiento de las letras la atencion de los médicos se dirijió con frecuencia al estudio de los medios de conservar la salud y prevenir las enfermedades. Pero no hicieron mas que compilar con mas ó menos tino las indicaciones de los antiguos acerca de este objeto. El primer escrito original sobre esta materia en la segunda mitad del siglo XV, pertenece á un hombre estraño á las nociones de la medicina.

*Aquí antes de la época que se cita y que parece considerarse como el momento de aparecer esta rama del arte se cultivó la higiene á la par que la anatomía y la fisiología y apenas hay un escritor que no trate en sus obras de no dar reglas para la conservacion de la salud, aun cuando no fuera aqueste el objeto primordial de sus escritos. Alfonso Chirino, Francisco Lopez de Villalovos y el Bachiller Cibdarreal en el siglo XV, sentaron preceptos higiénicos que hoy dia puedan servir de norma á los que se dedican á propagarlos. El primero en su libro *Menos daño en medicina*, se dedica á estudiar la índole de los agentes que por su accion pueden modificar el modo de ser y comportarse de los órganos, empezando por los del aparato digestivo y concluyendo por los del centro de percepcion, sin olvidar en este largo catálogo los baños, la perniciosa influencia de las aguas corrompidas y sus emanaciones: el segundo se empeña en hacer ver lo perjudicial que es el uso de la Venus á la senectud en los siguientes versos:

Y por qué nunca escarmienta
un viejo cano arrugado?
Por qué anda enamorado
faltándole la herramienta?

Por qué se casa de gana
un viejo con mil dolores
y que sufra sus hedores
una moza limpia y sana?
Cuando refrenar presume
el vicio que es del demonio,
por consumir matrimonio
su misma vida consume.

Y el tercero dice en su epístola duodécima que «la sobriedad ó la quietud de ánimo llevan la causa de la correccion, y que las reglas del buen vivir son mas sábias que las de Avicena.» En el siguiente (XVI) cuenta nuestra literatura con tratados como el de Alfonso Lopez, (de Corella) de Pedro de Cartagena, (de Sagunto) de Luis Lovera, (de Avila) de Juan Valverde, (de Amusco) de Bartolomé Morales y otros muchos, pero principalmente de el de Blas Alvarez de Mirabal, del cual, segun el historiador Morejon, podria sacarse un compendio de higiene física y moral de lo mejor que se hubiera publicado.

La higiene pública, tampoco fué olvidada por nuestros compatriotas. Ellos instalaron por vez primera en la isla de Mallorca (1471) las primeras morberias ó *cuarentenas*, para librarse de las pestes que por entonces afligian á diversos puntos de la isla, nombrando, al efecto, una junta de salubridad compuesta de cinco individuos, uno de cada clase social mas afecta á estas precauciones sanitarias, entre ellas un médico y un cirujano. Ellos mejoraron las disposiciones higiénicas que regian en los establecimientos de mancebias que un siglo despues se convirtieron en un reglamento para la buena gobernacion de sus repúblicas. En estos se mandó que se diera á las mujeres que á ellos acudiesen cuanto necesitasen, pero prohibiendo su entrada sin ser antes reconocidas por los profesores para saber cual era su estado de salud, especialmente si tenian bubas, multando al facultativo en el caso de ordenar se las admitiese en este estado. (1) Tambien se arrancó por enton-

(1) En las ordenanzas de Salamanca, título XXXV, del libro V que trata de, *oficios mecánicos*, se lee lo que sigue relativo á mancebias:

«El padre de la mançebia sea nombrado por el Consistorio desta Ciudad, y jure que guardará las ordenanças della, y no pueda alquilar á mujer alguna ropa de cama, ni quedar por fiador della, ni de cosa que compren, pena la primera vez mil marauedís, y las repas de que fuere fiador se repartan entre cámara, juez y denunciador, y la segunda la pena doblada, y doscientos açotes, y destierro desta Ciudad, por cuatro años, y la misma pena á cualesquier personas que alquilaren, ó fiaren, ó quedaren por fiadores de lo sobre dicho, por las dichas mujeres, ni pueda recibir mujer alguna en empeño sobre su cuerpo, aunque ella lo consienta, y diga quien es para curarse, ó otra necesidad. Pena la primera vez dos mil marauedís, y perdido lo que ansi prestare, y segunda la pena doblada, aplicado, como dicho es, y mas cien açotes, y diez años de destierro.

ces de manos del Clero la direccion de los nùmerosos establecimientos destinados á la curacion de la lepra, poniendo en otras mas inteligentes su gobierno. Al efecto fueron nombrados (3 de Marzo de 1477) para este objeto médicos que se llamaban *Alcaldes* de este mal, los cuales tomaron precauciones para impedir su propagacion, tal cual desgraciadamente acontecía en aquellos dias de supersticion é ignorancia. *

Luis Cornaro, noble veneciano es el autor del libro publicado en la primera mitad del siglo que estudiamos. Delicado siempre, habia pasado hasta los treinta y cinco años con bastantes penalidades, mas desde entonces se agravaron considerablemente sus indisposiciones. Tenia dolores de estómago y de costado, sin apetito, ataques de gota cada vez mas frecuentes, sed inestinguible y fiebre lenta y continua. Durante cinco años consecutivos hizo uso de un gran número de remedios, pero sin obtener alivio alguno; al contrario, cada dia empeoraba mas y no tenia otra cosa en perspectiva que la muerte precedida de largos sufrimientos. En fin, los médicos le dijeron que no tenia otro recurso, si que-

---

Cualquiera mujer pueda salir de su mal estado, no embargante que sobre si deba dineros, y no pueda ser detenida por ellos.

Los dichos padres de la casa publica no vendan, ni den á las dichas mugeres, ni á otra persona dentro, ò fuera de la dicha casa cosa alguna de comer pena de seiscientos marauedis por la primera vez aplicado como dicho es, y seis dias de cárcel, y por la segunda la pena doblada, y dos años de destierro.

Haya cirujano que cada ocho dias visite, y mire las dichas mugeres: y las que no hallare sanas dé quenta dellas á los diputados del Consistorio, para que las embien á los Espitales.

El dicho padre de mançebia no reciba muger que no esté visitada por el cirujano, ni consientan muger enferma, y en estándolo alguna den quenta á los dichos diputados, para que hagan lo que conuenga pena la primera vez mil marauedis repartidos como dicho es, y mas treynta dias de cárcel, y la segunda vez pena doblada. Por todo el aparejo que les alquile, que es cama de dos colchones, y una sabana, y dos almoadas, y una manta, voti-ca, silla, candil, estera, y lo demas, lleuen de alquiler vn real cada dia, y no mas so la dicha pena.

Las voticas, y tiendas de la dicha mançebia guarden lo sobre dicho.

Del Consistorio se nombren dos Diputados de quatro en quatro meses, y no salgan juntos, sino alternatim, y den quenta en él de lo que se deua remediar.

En dias de Fiesta, Quaresma, quatro temporas, y vigilia, no esten las dichas mugeres ganando en la dicha mançebia, pena de cien açotes, y el dicho padre no las consienta só la dicha pena.

Las dichas mugeres traygan mantillas amarillas, cortas sobre las suyas,....., (Era costumbre adornar esas sayas y sobresayas de color amarillo, que fácilmente se tornaba pardo, con festones y picos de caprichosa variedad. De ahí la frase de *irse, ó andar, á picos pardos*)..... y no otro auito pena de perdido, y mas trescientos marauedis, aplicado en la forma dicha.

En dando la oracion luego antes que anochezca se recojan las dichas mugeres á la dicha casa, y en ella esten toda la noche sin salir á otra parte alguna, pena de cien açotes. y el dicho padre lo haga cumplir ansi só la dicha pena.

No reciba en la dicha mançebia mugeres casadas, ni que tengan padres en esta Ciudad, ni mulatas, ni para que sirban en las dichas mançebias, pena de mil marauedis por cada vna, y mas diez dias de cárcel.

Haya tabla de lo sobredicho en los lugares y partes de la dicha mançebia, y los padres della la tengan pena de dos mil maruedis, y ocho dias de cárcel.

Los criados de los Iuezes no tengan mugeres en la dicha mançebia, pena la primera vez cien açotes, y quatro años de galeras, y la segunda los açotes doblados, y galeras perpetuas, y si el Iuez á quien si uiere fuere sabidor dello, y lo consintiere sea priuado de oficio Real, y pague cien mil marauedis aplicados Camara, Iuez y denunciador.»

Todo esto mandó el rei Felipe II que se guardara y cumpliera en Castilla, en 13 de Marzo de 1570, por ante Ioan Gallo de Andrada, Escribano de Cámara.»—N. del T.

ria salvarse, que renunciar á sus hábitos de intemperancia y adoptar un régimen de vida enteramente sóbrio, el cual no debiera nunca abandonar, Cornaro tomó una resolucion firme y la cumplió. Se dedicó al instante á estudiar las diversas especies de alimentos que convenian á su estómago y la cantidad que debiera tomar para que no le hicieran daño. Despues de algunos tanteos, se fijó en la cantidad que debiera tomar: doce onzas de alimento sólido, compuesto de pan, yemas de huevo, carne, pescado etc.; catorce de líquido. Por las mañanas hacia pesar su racion de todo el dia. Este régimen le probó tambien que, al cabo de un año se puso bueno, pues recobró el apetito, la alegría, el buen humor, la aptitud para el estudio y trabajos corporales. Despues vivió sin molestia hasta la edad de cien años.

Toda la vida de Cornaro nos ofrece un ejemplo estraordinario de los efectos de la sobriedad; pero he aqui un rasgo que pone de manifiesto el poder del hábito: á la edad de setenta y ocho años, vencido por los ruegos de sus amigos y parientes para que abandonara algun tanto el rigorismo de su régimen, consintió en añadir dos onzas de alimento sólido y otras dos de líquido á las doce que tomaba: pues bien, su estómago se alteró al momento, perdió el apetito, el buen humor, en fin, cayó gravemente enfermo, próximo á morir, durante reinta dias, y no se restableció hasta que no adoptó su antiguo régimen. En su discurso sobre las ventajas de la sobriedad, goza con enumerar los felices efectos que ha obtenido con su manera de vivir. Refiere que á los ochenta y tres años compuso una comedia llena *de honestas y delicadas galanterias* y escrita con bastante *vis cómica*. A esta edad montaba bien á caballo, subia solo y sin agitarse las cuestas mas elevadas y conservaba siempre su buen humor. A rudas pruebas estuvo sujeto en su ancianidad, de las cuales se libró con honor, gracias á la feliz disposicion de cuerpo y espíritu que su régimen le habia deparado. En una ocasion, entre otras, tuvo que sostener un proceso terrible que ocasionó la muerte á su hermano, pero su salud no se alteró ni se quebrantó su energía, y de todo salió victorioso. A pesar de esto, el entusiasmo del prudente anciano no le hace creer que el mismo régimen conviene á todo el mundo, solo asegura que si los hombres no traspasasen nunca el límite de la necesidad en el comer y beber, evitarían un gran número de afecciones y prolongarían su vida mas allà del término en que acostumbra á estinguirse. (1)

(1) *De la sobriedad y sus ventajas*. Traduccion nueva de Lesio y de Cornaro por M. de la Bonardiere. Paris 1701.

«La historia de Cornaro, dicen Hallé y Nysten, puede ser colocada en el número de las mas bellas esperiencias que se hayan hecho en higiene y por consecuencia que mas hayan contribuido á fijar y hacer adelantar los principios del arte. (1)»

Nada diré de la memoria del jesuita Lesio sobre lo mismo, porque no es mas que una parafrasis del discurso de Cornaro: pero aquí debo mencionar el tratado de la *Gimnástica* de Gerónimo Mercurial. Esta obra, cuyo mérito literario he apreciado ya, no encierra ninguna nocion nueva, es verdad: pero llama la atencion de los médicos y del vulgo sobre los medios higiénicos despues de tanto tiempo abandonados y olvidados, y debe por consecuencia contribuir á la restauracion de la higiene.

CAPITULO IV.

Patología general.

Estudiado ya el hombre en el estado normal, vamos á hacerlo lo mismo cuando está enfermo. La patología y la terapéutica serán las dos ramas que nos corresponde estudiar, las que dividiremos antes, en internas y esternas. Por irregular que parezca esta division, estamos obligados á conformarnos con ella, pues asi lo hacen todos los escritores de este periodo. La patología presenta un campo tan dilatado y tan variable que es imposible establecer una clasificacion perfecta y por eso es preciso contentarse con la que parezca mas exacta. No olvidemos que una clasificacion, por viciosa que sea, es mejor que ninguna; porque esta falta es el caos, es la negacion de toda idea general, de toda ciencia. La division de las enfermedades en agudas y cronicas subsistió antes y subsiste en la actualidad, marchan juntas en todos los libros de patología, se considera el estado agudo y crónico como dos formas de la misma entidad morbosa, no como dos especies distintas. La etiología de este periodo fué tratada con mucha sutileza conforme á la doctrina peripatética, así que la dejamos para cuando hablemos de los sistemas. En fin, veremos echar en este siglo los primeros fundamentos de la *anatomía patológica*, nueva rama del arte destinada á adquirir una importancia capital en los tiempos modernos. (2)

(1) *Diccionario de ciencias médicas* en 60 volúmenes. Palabra Higiene.

(2) De los muchos escritos de patología publicados en aquella época en España solo tres merecen especial mencion por ocuparse de asuntos referentes á lo que consideramos como dominio de la general. Son la titulada *Aggregatio de causis quarundam ægritudinum per modum summæ*, de Gabriel Tarrega; de *Contagione*, de Juan Bravo y los comentarios á algunos libros de Galeno por Fernando de Mena y Francisco Valles.

CAPITULO V.

Patologia interna.

§. I. Semeyotica.

Despues de Galeno, hizo pocos adelantos esta rama de la patologia, y poco añadieron tambien los árabes, escepto en algo que concierne á las fiebres eruptivas. Los médicos de la edad media no hicieron mas que copiarse los unos á los otros. En el renacimiento de las ciencias se ocuparon algunos en reunir los descubrimientos de los siglos anteriores, de sacarlos del olvido en que habian caido la mayor parte, de aclararlos y ponerlos en órden. Se hizo, para valernos de las palabras de Guy de Chauliac, el inventario de los conocimientos antiguos. Efectivamente, esto fué lo mejor que pudo hacerse entonces: antes de innovar y reformar, era preciso saber lo que existía para estar de este modo al corriente del estado de la ciencia.

Los sabios del siglo XV y XVI se dedicaron á este género de investigaciones y si no hicieron muchos descubrimientos, prepararon el camino para sus sucesores, rejuveneciendo las invenciones antiguas caidas en desuso. Los escritos de Valesio, Próspero Alpino, Lomio, Tomas Fyems y sobre todo de Fernel contribuyeron á ilustrar la semeyotica. Este ultimo ha hecho en el segundo y tercer libro de su *patología* un resumen muy claro de las nociones é ideas de que se componía la ciencia de los signos entre los antiguos. Define primero el signo y síntoma, la manera de distinguirlos, despues describe los signos de las diversas especies de pletora, como la sanguínea, la biliosa, la melancólica, la pituitosa y la acuosa y consagra enseguida todo el tercer libro al exámen del pulso y de las orinas. En él se vé que la sfigmología y la uroscopia forman la base de todas las indicaciones; no se presta agrupar los síntomas para formar una enfermedad segun el método sintético de Hipócrates en su libro del *Pronóstico*, sinó que examina cada signo por separado, le descompone, se empeña en buscar la verdadera causa del mal á fin de establecer la medicacion, método que seguian Aristóteles y Galeno.

Fernel dice que el pulso y la orina suministran los datos mas seguros para conocer la gravedad de las enfermedades, (1) el primero

(1) *Patología* lib. III cap. I.

dando á conocer el estado del corazon y de las arterias, la segunda poniendo de manifiesto el estado del hígado y las venas, porque estos órganos dominan toda la economía. El pulso demuestra con claridad la energía que goza la fuerza vital, así como todo el cuerpo. La orina, la de las cualidades de los humores, el estado del hígado, y nos ilustra acerca de las enfermedades que de ellos se derivan, pero muy poco en cuanto al vigor de los movimientos vitales y de las fuerzas. Todo el libro tercero no se ocupa mas que del desarrollo de la proposicion que se acaba de leer, es decir, la esposicion de la teoría del pulso y de las orinas.

§. II. Anatomía patológica.

A la conclusion del periodo que estudiamos, la patología se se enriqueció con una nueva rama, destinada á arrojar gran luz sobre el diagnóstico de las enfermedades, rama que establece además una línea divisoria entre la medicina antigua y la moderna. La idea de estudiar las señales tangibles que la enfermedad deja sobre nuestros órganos despues de la muerte, comenzó á germinar en el cerebro de los médicos al concluir el siglo XV. Antonio Benivieni, profesor en Florencia parece haber sido el primero, ó cuando menos, uno de los primeros que comprendieron todo el partido que puede sacarse de la abertura de los cadáveres hechas con el objeto de comprobar el sitio y causa de las enfermedades.

Mr. Malgaine ocupándose de este profesor se espresa de esta manera: «Un elogio que debe hacérsele sin reserva, que no debe compatir con nadie y que no se le habia hecho hasta nuestros dias, que los historiadores de la cirujía han rejistrado á la ligera en sus preciosos orígenes es que, es el primero en quien ya llegó á ser un hábito, una necesidad y que ha dado un sutil ejemplo á sus sucesores, de investigar en el cadáver, segun el título de su libro, las *Causas ocultas* de las enfermedades (1). Benivieni no se limitaba á abrir sus propios enfermos, buscaba ocasiones de hacer autopsias con el mismo ardor que podria tener en ello un anatómico moderno; en fin, esploraba hasta los cadáveres de los ahorcados, sin la esperanza de poder referir las lesiones á los síntomas que él habia podido observar, es verdad, pero pensando siempre en encontrar en el cadáver algo, y dirigiendo entonces sus

(1) *De algunas causas ocultas y dignas de tener en consideracion de las enfermedades y su curacion*, obra impresa despues de la muerte de Benivieni por su hermano Jerónimo. Florencia, 1507.

investigaciones en provecho de la anatomia descriptiva y de la fisiología (1).

Despues de este, uno de los que manifestaron mas interés por las investigaciones cadavéricas, fué Bartolomé Eustaquio. Se le deben observaciones preciosas sobre la estructura, las funciones y las enfermedades de los riñones y sobre otras diversas materias; fué tambien uno de los primeros en los tiempos modernos que intentó ilustrar la anatomía y fisiología del hombre por la comparacion de sus partes con las de los animales.

Despues de Eustaquio, Remberto Dodoens y Marcelo Donato son los que mas se distinguieron en el cultivo de esta rama de la ciencia. He aquí como refuta este último la preocupacion que se oponía en su tiempo en muchas partes á la abertura de los cadáveres. «No conocen lo mal que obran los que se oponen á las autopsias. Cuando la causa de una enfermedad es oscura, el oponerse hacer la diseccion de un cadáver que vá á ser pronto pasto de los gusanos, no hacen bien alguno á esta masa inanimada y causan grave daño á los vivos, porque impiden que los médicos adquieran un conocimiento que hubiera sido de una grande utilidad para el tratamiento de individuos acometidos de una afeccion semejante. No merecen perdon aquellos profesores perezosos ó melindrosos, que por temor al mal olor de los cadáveres olvidan las disecciones, queriendo mejor permanecer en la mas completa ignorancia que escudriñar con algun trabajo la verdad, sin tener en cuenta que obrando así, se hacen culpables para con Dios, para consigo mismos y para con la sociedad entera. (2) »

* Prescindamos de los estudios hechos por los médicos del monasterio de Guadalupe, por el colegio de profesores de San Cosme y San Damian de Zaragoza en virtud del privilegio que se les otorgó; por los mismos de Barcelona que siguieron el ejemplo, y detengàmonos en los esfuerzos hechos por Juan Tomás Porcel, discípulo del Dr. Aldereto, catedrático de *Prima* de la Universidad de Salamanca para ver de encontrar la relacion de lo que vió en los muertos de la peste bubonaria de Zaragoza el año 1564, con los síntomas que presentaron durante la vida. Este profesor à instancia de los Jurados de dicha ciudad fué el primero que se atrevió á interrogar al cadáver el porqué de lo que sucedía mientras el padecimiento y consignó en un libro, titulado: *Informacion y curacion de la peste en Zaragoza y preservacion de la*

(1) Introduccion á las obras de Pareo, pág. 119.
(2) Marcelo Donato, *De la historia médica*, lib. VI.

peste en general, cuanto anormal pudo observar en cinco autopsias que hizo, todo para conocer el orígen del mal, porque «*una vez conocido, dice, se pudiese aplicar los remedios adecuados*. Muchos despues siguieron en España su ejemplo, aun cuando no tantos como fuera de desear.* A pesar de esto la anatomía patológica no tomó una estension considerable en este periodo. Pocos la cultivaron con asiduidad y el conjunto de los datos que atesoraron no constituye todavía los elementos de una doctrina; pero sus esfuerzos merecen la atencion del historiador como indicando una tendencia nueva que forma época en la historia.

§. III. NOSOGRAFIA.

El mejor tratado de patología que se publicó en aquel periodo, pues llegó á ser clásico en Europa, es el de Fernel. Es, en efecto, el resúmen mejor y mas completo de las doctrinas galénico-arabicas que se enseñaban esclusivamente entonces en las escuelas. Se puede, leyendo este libro, venir en conocimiento del estado de la ciencia de aquel tiempo y de la manera como consideraban las enfermedades. Por esto merece que hagamos un corto análisis de él.

Fernel ha encerrado toda la patología en siete libros; los tres primeros tratan de las generalidades mas abtrusas, como la esencia de las enfermedades, sus causas, sus síntomas y sus signos. Esplica cada cosa de estas con mucha minuciosidad y traza las reglas, que él cree infalibles para llegar á su conocimiento en todos los casos. Las materias contenidas en estos tres libros abrazan todas las cuestiones relativas á la etiología y á la semeyotica, ellas forman como un tratado de patología general.

En los cuatro últimos describe y clasifica cada enfermedad por separado; es su nosografía propiamente dicha. Las divide en generales ó de asiento indeterminado (*morbi incerte sedis*) y en particulares ó que residen en una parte ó en un órgano esclusivamente. En las primeras, las generales, comprende solo las fiebres; que divide en tres géneros, á saber, el *simple*, el *pútrido* y el *pestilencial*; cada uno de estos se subdivide en un pequeño número de especies ó tipos, para cuya descripcion consagra el cuarto libro.

Las segundas, las especiales; las divide tambien en tres órdenes: 1.°, enfermedades que afectan una parte situada por cima del diafragma: 2.°, enfermedades que afectan una parte situada por debajo del diafragma: 3.° en fin, enfermedades esternas ó quirúrjicas.

La descripcion de *especies morbosas* comprendidas en estos tres ordenes ocupa los tres últimos libros; es decír, el V, VI y VII.

Apesar de sus defectos, esta clasificacion que acabamos de esponer, era muy superior á todas las que la precedieron, era mucho mas clara y precisa que ellas, cualidad esencial en un trabajo de este género. Considerada bajo el punto de vista de la ciencia actual, abraza sin esfuerzo todas las alteraciones de la salud. Semejante division de las enfermedades podria bastar en aquel tiempo, pero hoy es muy defectuosa á causa de lo mucho que ha progresado la ciencia. Yo no me detendré en señalar sus defectos, lo haré tan solo de uno demasiado grave y que el autor habría podido y debido evitar.

La condicion capital de toda nosografia es la de hacer la mas exacta descripcion de las especies morbosas, de trazar los caracteres de cada una de ellas, de tal modo que ningun médico pueda confundir una con otra.

Ahora bien, el libro del nosólogo francés adolece de este defecto, sus descripciones son incompletas, muy cortas, á veces nulas. No menciona las fiebres eruptivas, como tampoco otras muchas afecciones nuevamente observadas, como el escorbuto, la coqueluche, la rafania ó convulsion cereal etc. Solo nombró la sifilis entre las afecciones nuevas y de ella hace una pintura bastante exácta, pero sucinta. En cuanto á las enfermedades de antiguo conocidas, en lugar de tomar por modelo los cuadros de Areteo, Celio Aureliano y Alejandro de Tralles, adopta con bastante servilísimo las ideas y el método de Galeno. Mas las descripciones que dá son algo inferiores en mérito que las de los autores que acabamos de citar, como cualquiera puede juzgar por la siguiente:

«La pulmonía, dice Fernel, es una flecmasia del pulmon, la que participa unas veces de la forma flemonosa y otras de la erisipelatosa. El enfermo respira con gran dificultad, sus megillas toman un tinte rosado vivo, los ojos parece que los tiene hinchados y salientes. Si la inflamacion es flemonosa, el paciente esputa sangre, segun dicho de Hipócrates, á menos que no sea estremada la crudeza de la materia. Siente al mismo tiempo una opresion en los hipocondrios y en todo el pecho, y un gran peso tras del esternon y en la espalda. A pesar de estos síntomas tan graves, la fiebre es mediana. Cuando la inflamacion es erisipelatosa, arroja el acometido con la tos esputos amarillos mezclados con un poco de sangre, la opresion del pecho y el peso son menores, pero la fiebre es mas alta.

Estas dos formas de pulmonía aparecen, unas veces primitivamente,

otras secundariamente, despues de una angina ó de una pleuresia, cuando el humor se dirige de repente de la garganta ó del costado. Segun Hipócrates la pulmonía que procede de un lado es mala, porque si en una pleuresia violenta cesa de repente ó disminuye considerablemente de igual modo el dolor, lo ordinario es que haya hecho metastasis al pulmon, y de ahí que aumenten la tos y la sofocacion y se declare una pulmonía, en la cual espute el enfermo sangre, capaz de matar á casi todos los que la sufran. Cuando la pulmonía es primitiva, es decir, que no depende de otra afeccion, es producida por una sangre ténue y biliosa que el ventrículo derecho del corazon lanza con violencia y en demasiada cantidad en los pulmones. Entonces la sangre, no solo llena las venas y arterias del órgano, sinó tambien el mismo parenquima, le distiende mucho, allí se condensa y se pudre dando orígen á la inflamacion, que no está limitada como en otras circunstancias, sinó estendida por toda la víscera. No obstante, la verdadera pulmonía es en estremo rara. Hipócrates la atribuye á la embriaguéz, al uso de carnes de pescado cuya pastosidad es contraria à la naturaleza del hombre, como el sargo y la anguila, á la costumbre de comer mucha carne y al cambio de aguas. Algunas veces cae en abundancia un humor acre y ténue al pulmon y provoca calor y la fiebre.

Muchos dan el nombre de pulmonía á esta especie de afeccion en la cual la tós, la disnea y la fiebre consumen al enfermo sin ulcerar el pulmon y sin espectorar sangre. Si á esto se llama pulmonía, preciso es convenir que difiere mucho de la pulmonía legítima por la naturaleza de la causa y por la gravedad de los síntomas. (1)»

Como se vé, este cuadro es inferior al que Areteo ha trazado de la misma enfermedad y que hemos referido on la pág. 178.

A últimos del siglo XVI y principios del XVII Felix Platero, médico suizo que ejercía la profesion en Bale, publicó un compendio de medicina en el cual clasifica las enfermedades de un modo nuevo, hasta entonces desconocido. (2) En el primer lugar coloca las lesiones funcionales, que las divide en lesiones del sentimiento y lesiones del movimiento; en en segundo los dolores, de los cuales solo admite un solo género; en fin, trata de los vicios, que él divide en vicios del cuerpo y vicios de las escreciones. Esta es una clasificacion nueva pero llena de defectos, la cual no debemos despreciar, porque es el primer paso en un camino

(1) Fernel, *Patalogia*, Lib. V. Cáp. X.
(2) *Tratado del diagnóstico y curacion de las enfermedades que incomodan al hombre*. Basile, 1602, 3 vol. en 8.°

en donde empieza una nueva era para la nosografía. El autor no clasifica las enfermedades segun el estado presunto del interior del cuerpo, es decir, segun los fenómenos íntimos que se cumplen ó tienen que cumplirse en la profundidad de los órganos, sinó segun el conjunto de sus síntomas aparentes.

*La doctrina griega representada por Hipócrates con todos los conocimientos de que la ciencia médica disponia entonces, fué la aceptada por nuestros médicos del siglo que estudiamos, porque era la que mas garantía proporcionaba en la práctica, la que con mas desembarazo podia oponerse á las ambiciones de los sistemas adormecidos, pero prontos á despertar y ocasionar muchos obstáculos á la marcha general de todas las ramas del arte. El estudio profundo que hicieron de los preceptos consignados en las obras del médico de Cóos, la ampliacion que los dieron, la perfecta armonía en que los colocaron por consecuencia de los progresos incesantes debidos á escuelas y médicos anteriores hizo brotar de su mente nuevas ideas que hoy sirven todavía de mucho á grandes elucubraciones. Modificaron la teoria hipocrática sobre las fiebres, combatieron las doctrinas galénicas y árabes sobre lo mismo, anunciando nuevos puntos de vista para la consideracion y estudio de estas enfermedades, como tambien para su terapéutica. Pereira dijo de ellas lo que llevamos consignado en la página 326. Doña Oliva anunció otra teoría para esplicarlas diciendo que *el humor linfático que desciende del cerebro bajaba al corazon y le difundia por todo el cuerpo produciendo la fiebre* y otros muchos en dias mas inmediatos á nosotros se ocuparon del mismo asunto emitiendo proposiciones que pasan para muchos, como inventiva de los extranjeros.

Pedro Mercado se atrevió á hacer una clasificacion de enfermedades, admitiendo, como Fernel; unas que no tenian por entonces asiento determinado y que formaban la primera clase, las fiebres: á las cuales las dividió tambien en cinco géneros, *el transitorio*, *el simple*, *el pútrido*, *el pestilente* y *el compuesto*, dividiendo despues cada uno de estos en especies caracterizadas por la naturaleza de los elementos predominantes. Hizo una descripcion exácta de lo que hoy llamamos calentura tifoidea, conocida entonces con el nombre de *tabardillo*; tarea en que tomaron parte Luis de Toro, Alonso Torres, Alfonso Lopez (de Corrella) Luis Mercado, Juan de Carmona, Francisco Perez, Pedro Baez, Miguel Martinez de Leiva, Nicolás Bocangelino y otros muchos y con tal tino que en tiempos posteriores y hasta en nuestros dias no se ha hecho mas que reproducir lo dicho por todos estos y seguir

sus ideas terapéuticas. Pero en donde mas brillaron nuestros médicos fué en el conocimiento y descripcion del garrotillo, de la peste y de las intermitentes reputadas hasta entonces como benignas, apoyados en el axioma hipocrático: *Febres quomodo cumque intermiserint, bonum.* Hasta entonces se habia considerado infalible y como tal, incapaz de poderse contradecir este axioma; mas la atenta observacion de nuestros compatricios, en particular la de Luis Mercado vino à echar abajo lo consignado por el médico griego y á establecer otra doctrina mas conforme con la verdad práctica. Este eminente profesor probó con los hechos que todos los dias se repetian, que las intermitentes podrian ser lo mismo *malignas* que *benignas* y que en el primer caso comprometian casi siempre la vida de los enfermos: verdad que han confirmado los prácticos, que han sancionado los siglos. Mercado, como todos los innovadores, trató darse una esplicacion del como se verificaba ó desarrollaba la perniciosidad en tales calenturas y acudió á culpar à los humores de esta fatal disposicion que acababa rápidamente con la vida de los enfermos, pero nada provechoso consiguió. No sucedió lo mismo con la descripcion de los accidentes que las hacen perniciosas, pues con solo verlos una vez y compararlos con lo que dijo, se viene en conocimiento del estraordinario talento clínico del Catedrático de Valladolid. Renunciamos á citar los signos que él espone, porque cada uno puede verlos en sus obras ó en las que hoy sirven para el estudio de la patología interna.

Así como este estudió y describió todos estos fenómenos que modificaban las ideas habidas en cuanto á la gravedad de estas fiebres, otros muchos antes que èl, trataron de buscar la causa que los sostenía; el porqué y como de su intermitencia, y los medios mas á propósito para curarlas. Tales fueron el maestro Chirino y Francisco Lopez de Villalobos. El primero dijo que la mayor parte de las veces, especialmente las cuartanas, estaban sostenidas por *pasion del bazo*» «que la purga es la obra de mas *dubda* y de mayor peligro en su curacion» y otros preceptos encaminados a poner de manifiesto sus recelos é inquietudes en cuanto á estas fiebres. El segundo plantea en el metro 1.° de su tratado 3.° el siguiente problema fisiológico-patológico para ver de averiguar el porqué viene y porque intermite el mal de la manera que lo hace, problema que aun hoy, que la ciencia parece pretender decir la última palabra, no ha sido resuelto; y es probable que continuemos en la misma ignorancia por la imposibilidad de llegar á conocer el mecanismo de la propia causa productora de estos fenómenos que

para nuestros sentidos parece que intermiten, pero que en realidad no debe suceder así.

¿Por qué viene la terciana
sencilla al tercero dia:
y responde la cuartana
al cuarto con gran porfía?
Y en la huelga ya quitada
do se fué? do se escondió?
y después cuando volvió
quién la mostró la posada?

El garrotillo que entonces reinó en algunas localidades de una manera epidémica fué objeto de especiales tratados de parte de célebres médicos españoles de los siglos XV y XVI. Descrito fué por ellos con tanta exactitud y claridad que nos es de estrañar sirviesen de guia sus descripciones á cuantos posteriormente han intentado reseñar alguna otra epidemia acaecida hasta en nuestros dias. Nada olvidaron de cuanto ostensiblemente puede apreciarse en un mal tan grave, y nada tampoco de cuanto pudiera ilustrar el diagnóstico, la anatomía patológica; parte importante en la historia de un mal hasta entonces no descrito con fidelidad.

Miguel Martinez de Leiva, Cristóbal Perez de Herrera y Alonso Nuñez fueron los primeros que llamaron la atencion de una epidemia de *esquinancias gangrenosas* ó *garrotillo* en escritos que todavia merecen respeto profundo á todo práctico ilustrado: siguiendo su ejemplo Luis Mercado que estudia esta misma dolencia en la consulta 24.ª Este primer aviso de parte de los médicos citados sirvió para que otros estudiaran el mismo mal cinco años despues, segun atestigua el Dr. Villarreal en su preciosa obra sobre el mismo asunto. Disputas serias produjo este estudio por los primeros años del siglo siguiente, las cuales terminaron con la publicacion de escritos llenos de juicios distintos, sin valor algunos, altamente notables otros. Tal fué el publicado en Plasencia por el Dr. Alonso Nuñez, médico del obispo de la Diócesis en que firma y fecha el libro, Siguieron á Nuñez, los Dr.ˢ Gonzalez de Sepúlveda, Perez Cascales, Juan Alonso de los Ruizes Fontecha, Juan de Villarreal, Juan de Soto y otros muchos que comentaron lo dicho por los primeros observadores y ampliaron los datos que bajo una forma semiaforística espusieron.

De todos los escritos publicados en aquellos siglos, los de los dos

últimos autores citados son los que encierran mas bellezas, mas originalidad en sus juicios, mas órden y criterio mas elevado para resolver las cuestiones que entraña una dolencia que segaba en flor un gran número de existencias. El Dr. Villarreal se ocupa en el capítulo I de su obra, pág. 4 del nombre de la enfermedad, y despues de consignar las muchas dificultades que se oponian sobre este punto, se decide por la denominacion de *garrotillo* en atencion que acontece á los niños que mueren de este mal una cosa parecida á lo que con la cuerda á los ajusticiados en la horca. En el capítulo II, página 18 marca los caracteres de esta enfermedad de una manera desconocida hasta él, diciendo «*que la caracteriza la presencia de una costra blanca ó declinando a livida en la garganta, de consistencia de pergamino, que constriñe esta é impide la entrada del aire, elastica en alto grado*», caracteres que dice ha podido observar, no solo en los pedazos que los enfermos arrojaban, sinó en los que él recogió en las autopsias que hizo. El capítulo 5.° lo dedica todo al estudio de los signos que caracterizan la enfermedad diciendo en la página 77 «*que podemos imaginar que dos géneros de signos convienen á la enfermedad sofocante, unos comunes á todas las anginas, otros propios y patognomónicos de esta especie de anginas*; sigue luego estableciendo las diferencias para venir á fijar las correspondientes al mal de que se ocupa. En lo demás se entretiene en continuar la historia para venir á parar al tratamiento que le parece mas adecuado. Villarreal dá una gran importancia á los síntomas locales, al contrario que el Doctor Soto, que principia á entrever el gran papel que desempeñan los síntomas generales para la presentacion de fenómenos que no pueden esplicarse por las lesiones vistas en la garganta. Unas veces, dice este, la gravedad de estas lesiones era suma y sin embargo la fiebre era muy blanda; otras esta era muy intensa, el calor elevado y los síntomas locales de mediana intensidad. Esto le hizo pensar en modificar el tratamiento que emplearon otros antes que él, no sin hacerse cargo de los distintos pareceres que sobre el particular existían, modificacion que hoy constituye una de las conquistas mas dignas de aprecio de la medicina española.

La peste es otro de los males estudiados con detenimiento por nuestros médicos de los siglos citados que ya contaban con escritos de algunos árabes y judíos. Luis Alcanis y Diego de Torres se ocuparon, el primero en 1477, del *Régimen preservativo y curativo de la pestilencia*; el segundo en 1485, *De las medicinas preservativas y curativas de la pestilencia*. En el siglo siguiente hubo una muchedumbre de

autores que trataron de este mal, siendo los mas notables Pedro de Cartagena, Luis Lucena, Antonio de Cartagena, Lovera de Avila, Rodrigo de Molina, Gabriel de Ayala, Juan Porcel, Rodrigo de Castro, Luis Mercado y Andrés Laguna. Este médico en su *Discurso sobre la curacion y preservacion de la pestilencia*, describe la peste de Metz acaecida el año 1543 y dice que la primera indicacion en males de esta índole es vital y por eso aconsejaba acudir à los cardiacos, tanto al interior como al esterior; porque decía «*que las fuerzas se hallan disminuidas y que es preciso ayudar á la naturaleza para que no desfallezca*» prohibiendo siempre abrir la vena por temor de debilitar mas al paciente.

Luis Mercado escribió muy bien de esta enfermedad, y por cierto que en el principio de su libro traza las siguientes palabras que no debieran borrarse de la memoria de nadie. «Dos cosas han sido siempre en las enfermedades pestilentes y contagiosas, causa de mayores daños y de menos beneficio con los remedios, y de mas duracion y recaidas. La primera, la duda ó ignorancia de ser peste; la segunda, si es ó no contagiosa. De esta vacilacion ha dimanado la poca guarda y providencia en las repúblicas, y el poco recato en las singulares personas, unas entre otras, y así el mal ha hecho sus efectos con mas eficacia en algunos lugares, destruyendo casi la mayor parte de los ciudadanos, y en otros durando tanto que con justo temor se debe pensar puede venir á hacer lo mismo.» Del olvido del valor de estas palabras han surgido siempre males sin cuento, como todos habrán podido observar en nuestros dias.

Otras enfermedades, á mas de las referidas, fueron estudiadas con igual detenimiento por nuestros profesores, siendo una de las que mas llamaron la atencion, la rabia, cuya historia trazó en un libro titulado, *De hidrofobiæ natura causis et affectionibus*, Juan Bravo de Piedrahita.

Admiradores, pues, nuestros médicos de las doctrinas de Coos y Alejandría se pusieron á comentar los escritos de sus jefes (Hipócrates y Galeno) y modificarlas en todo aquello que no estaba conforme con las nuevas observaciones. Nada menos que cincuenta y cuatro comentaristas de las obras de estos sectarios cuenta nuestra literatura, algunos anteriores á los siglos que estudiamos (XV y XVI) y otros casi contemporáneos nuestros. Todos han respetado el sello práctico que entrañan tales escritos, todos han tenido por guia de sus trabajos la observacion y la esperiencia. Sin estas firmes bases de la ciencia poco ó

nada hubieran añadido á lo dicho por aquellos grandes médicos, y ahora nos encontraríamos à la misma altura de adelantos que en la antigüedad.

CAPITULO VI.

Terapéutica interna.

En la medicina todo se refiere ó debe referirse á la terapéutica. *Ars medica est id quod est propter terapeuticen:* Tal es el axioma que jamás debieran perder de vista los escritores modernos. Anatomía, fisiología patología, en fin, todas las ramas de la ciencia deben converger á la terapéutica como á un centro comun, cada una de ellas no tiene mas utilidad efectiva sino en proporcion de los ausilios que cada una presta en el tratamiento de las enfermedades. Esta es una verdad palpable que no necesita demostracion, basta solo con enunciarla; sin embargo muchos talentos de primer órden la han olvidado ó desconocido algunas veces; además, se han visto muchos partidarios del autocratismo hacer consistir la perfeccion del arte en conocer de antemano y predecir la marcha, las crisis, el éxito probable de una enfermedad, limitando en cierto modo el papel del médico á la *contemplacion pasiva* de los sufrimientos del enfermo. Se ha visto á los ciegos creyentes de estas dos escuelas dar tan gran importancia á las lesiones anatómicas encontradas despues de la muerte que olvidaban de todo punto el tratamiento ó solo decian alguna que otra palabra para ocuparse esclusivamente de las alteraciones halladas en el cadaver. Hay! á estos celosos de la honra de su escuela se les puede aplicar con justicia esta sentencia de Asclepiades. *Vuestra medicina no es mas que una completacion sobre la muerte.*

Qué son, á los ojos de los prácticos encanecidos y desilusionados por las fastuosas promesas del anatomismo; qué son, dígo, el diagnóstico y pronóstico si sus conocimientos no sirven para perfeccionar un tratamiento, para hacerle mas eficaz? Para el verdadero práctico, como para los enfermos, la terapéutica es el coronamiento de la ciencia, el criterio del progreso del arte. Por esto merece una especial atencion y presumo que interesarán al lector los detalles que voy á esponer, á fin de que encuentre en esta historia, algo mas que una vana satisfaccion de curiosidad.

Se sabe que el renacimiento marca el límite entre la edad media y la moderna. Los médicos de aquella época famosa, se ocuparon mas en

restaurar los conocimientos antiguos, que en crear nuevos métodos de tratamiento; se empeñaron en conciliar los Griegos con los Arabes, á Galeno con Avicena, en estudiar sus escritos, esto es, conversar todavia con los clásicos antiguos. Esto será, pues, como una última ojeada que vamos á echar sobre las doctrinas de los padres de la medicina, un juicio definitivo que haremos sobre las reglas que nos han trasmitido, antes de pasar á esponer los cambios que los modernos los han hecho sufrir.

De todos cuantos escritores ha habido en este periodo, ninguno se ha empapado tanto en el valor de las teorias griegas como Fernel, nadie ha sabido mejor que él referir á ellas los hechos prácticos de su tiempo, nadie en fin, ha enlazado con tanto arte como él, las teorias antiguas con los descubrimientos modernos, de manera que ayuden á formar un cuerpo de doctrina completo y poner de manifiesto los principios que dirijian á sus contemporáneos en el tratamiento de las enfermedades. En sus escritos encontraremos pues, estos principios y las consecuencias que de ellos se desprenden.

Fernel á dividido la terapéutica en siete libros, como hizo con la patología; parece que en estos dos tratados sigue un plan análogo sinó uniforme. Primero espone las generalidades ó como él dice, los principios; despues pasa á las particularidades de la práctica y esplica la manera como cada una está comprendida en las generalidades. Procede en esto constantemente como Aristóteles y Galeno, de lo general á lo particular; como verdadero peripatético que era.

Principia por asentar el axioma fundamental de la terapéutica, el eje al rededor del cual deben girar todas las reglas particulares de tratamiento y este axioma no es otro que la famosa ley de los *contrarios*, de la que ya dimos cuenta á nuestros lectores y aun discutido, pero que tambien les prometimos someterla á un exámen nuevo mas profundo. Ahora ha llegado la ocasion de hacerlo, en atencion á que ningun autor antiguo ó moderno ha apuntalado este axioma con tan numerosos, tan sútiles y tan especiosos argumentos como Fernel. Principia diciendo, que «*toda enfermedad debe combatirse con remedios contrarios*» porque se llama remedio á todo lo que arroja fuera una enfermedad: ahora bien, todo lo que de esta manera obra es violento, y la violencia es una oposicion; luego el remedio es opuesto siempre á la enfermedad y ninguna curacion se obtiene sinó en virtud de los contrarios. (1)

Esta argumentacion á pesar de su aparente exactitud y su forma si-

(1) Juan Fernel. *Terapéutica universal ó método de curar*, lib. I, cap. II.

logística ó escolástica encierra claramente una peticion de principio. Se reduce á lo siguiente: *Deben combatirse los males con remedios contrarios, en atencion á que todo lo que cura una enfermedad, la es ontrario.* Pero no vé Fernel que alega como razon, como prueba la misma cosa que se empeña en probar? Afirma que todo lo que cura una enfermedad la es contrario, y esto es lo que precisamente tiene que probar. Su razonamiento me recuerda, si no me engaño, las palabras que un autor cómico pone algunas veces en boca de uno de sus mas ridículos personajes, cuando le hace decir: vuestra hija es muda, porque no habla. (1) Tal es el sofisma que ha engañado á Fernel, una de las mas elevadas inteligencias del siglo XVI, con la mejor buena fé y que la ha impuesto al mundo médico. No se contenta, sin embargo, con esta argumentacion sútil y árdua, porque demasiado sabe que un principio médico debe ante todo comprobarse en la practica. En su virtud, trata de demostrar que cada caso particular de curacion entra necesariamente en la ley de los contrarios. Sigámosle en sus razonamientos. Dice que son contrarios, no solo todas las cosas compuestas de cualidades elementales opuestas, como el calor y el frio, la sequedad y la humedad, sinó tambien las que se diferencian en algo, ya por su número, ya por la situacion, ya por la figura etc. Lo duro y lo blando, lo denso y lo flojo, lo grande y lo pequeño, lo mucho y lo poco, lo alto y lo bajo, lo lleno y lo vacío, lo puro y lo impuro, lo entero y lo roto; esto es, segun Fernel, lo que debe entenderse por *contrarios*.

He aquí, diré yo ahora, á que argucias se vé obligado á descender un talento superior como Fernel, cuando parte de un principio falso. Segun su lenguage, una gota de agua es la antítesis de una de leche, un gigante de un enano, un cántaro vacío de uno lleno, una montaña de un valle, etc. ¿Quién no vé al primer golpe de vista que estas son oposiciones propias de un pintor, de un poeta ó de un retórico, es decir, contrastes; y de ningun modo verdaderas oposiciones fundadas en el antagonismo de las fuerzas ó propiedades elementales, tal como las entienden los físicos, los filósofos y los matemáticos? En el lenguage de estos, se llaman contrarios, ya las cualidades que se neutralizan, como el calor y el frio, la sequedad y la humedad, ó ya las fuerzas que obran en sentido opuesto, como el viento Norte y el viento Sud, la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga.

Nuestro terapeutista, al dar una estension tan grande á la palabra

(1) Moliere en la comedia del *Médico á palos*.

contrario, la confunde ó la hace sinónima de la palabra *diferente*; pero entonces, el famoso precepto de tratar las enfermedades por medios contrarios, no significa otra cosa que emplear unos que difieren de la misma enfermedad ó de su causa, lo que es casi una simpleza. Un axioma por el estilo no merecería la pena de ser mencionado, y ciertamente, creo es este el sentido que le dieron los primeros que le pusieron en boga, tales como Hipócrates, Galeno y sus innumerables partidarios antiguos y modernos. Cuando estos aconsejan dar en cada afeccion remedios contrarios al mal, quieren hablar de aquellos cuya propiedad ó virtud curativa está en oposicion real y directa con el principio ó la causa oculta del padecimiento. De esto resulta que Fernel, para justificar el dogma fundamental de la terapéutica, se vé obligado á torturar el sentido de las palabras, despues de haber torturado la lógica.

Y sin embargo, á pesar de la estension exorbitante que á dado á la palabra *contrarios* temiendo todavía que su axioma terapéutico no abrace todos los casos posibles de curacion, se apresura á contestar á todas las dudas y objeciones que pudieran hacérsele de la manera siguiente: «Hay muchos que se imaginan que ha caducado nuestro axioma de los *contrarios*, el principio soberano de la terapéutica, cuando oyen decir que muchas enfermedades se curan con los semejantes, pero no reflexionan que semejantes remedios, aunque identicos á la misma enfermedad, son opuestos á la causa que los produce; por eso destruyendo la causa cesa el mal; asi es que el ruibarbo, aunque caliente, estingue la fiebre purgando la materia que la sostiene. Un purgante cura la disenteria evacuando las materias pecantes que la engendran y sostienen.» (1)

Decididamente, Fernel interpreta el axioma de los contrarios de una manera tan ámplia y tan elástica que es imposible que deje de comprenderse en él un solo caso de curacion. Ordenar un remedio que os guste, emplear un proceder que os ocurra; si este remedio, si este proceder curan, será siempre, segun este nosógrafo, por el proceder de los contrarios, aun cuando hubiera identidad entre la causa de la enfermedad y el remedio, como cuando cesa el dolor de una pequeña quemadura aproximando unos momentos la parte al calor mismo ó cuando se frotan las manos con la nieve para calentarlas.

Pero dejemos estas vanas argucias que no han hecho abanzar la

(1) *Método de curar*, lib. I, cap. II.

ciencia ni una *J.* y dediquémonos á esplicar como es que tantos hombres y tan eminentes se han contentado con él durante tantos siglos. Al poner en claro este fenómeno psicológico para un solo individuo, servirá despues para todos los demás. Fernel era un buen lógico; antes de estudiar medicina, se había ya distinguido por sus descubrimientos en la astronomía y matemáticas. Cuando emitía un principio que él creia cierto lo apuraba hasta lo último, como hacen todos los talentos de su temple. Ahora bien, en su educacion filosófica y médica conservó una profunda veneracion hácia los antiguos, y no podía persuadirse que fuera falso un principio adoptado casi por todos los mas sublimes médicos de la antigüedad; por Hipócrates, Galeno, Aristóteles y otros muchos, como base de la física y de la medicina. Dudar de la infabilidad del axioma de los contrarios, era lo mismo que minar los fundamentos de las teorías elementales de Platon y Aristóteles, así como lo terapéutica de Galeno. Un hombre solo no era capaz de semejante resolucion, de tan gran esfuerzo; era preciso pasáran muchas generaciones, como veremos mas adelante.

Fernel admite el principio de los contrarios como un artículo de fé y en lugar de discutir con una completa independencia de espíritu se dedica solo á buscar razones para convencerse de su realidad y para convencer á los demás. Podia èl presumir, que antes de un siglo esta famosa ley de los *contrarios*, por la cual los físicos esplicaban entonces la agregacion de los elementos y demás fenómenos naturales sería desterrada del dominio de la física y de la química y reemplazada por la ley de las afinidades; es decir, que ahora no se esplicaria mas la composicion y descomposicion de los cuerpos, su formacion y su distincion, sino por las afinidades mas ó menos grandes de sus elementos materiales? ¿Podía él presumir que los químicos sustituyeran un dia el análisis esperimental al análisis mental de los filósofos, que se aumentara de una manera indefinida el número de elementos y que las cualidades de estos no presentasen entre sí este pretendido antagonismo imaginado por los antiguos? Fernel no ha hecho mas que creer y repetir un viejo error que estaba sancionado por el tiempo y parecia estar al abrigo de toda discusion, pero ha tenido la ventaja sobre la mayor parte de los que tenian la misma fé que él en medicina, de haber querido penetrar en el fondo de las cosas y de haber procurado rodear su creencia de algunas pruebas, que vamos á refutar ahora.

Objecion. Dirá cualquiera, si habeis echado por tierra el dogma fundamental de la terapéutica, si pretendeis que los remedios no curan

las enfermedades por sus propiedades contrarias, decidnos, en virtud de cuales curan? es por sus propiedades semejantes á las de la causa morbífica ó solamente por las diversas? Porque los medicamentos solo pueden obrar de tres maneras, ó por *antipatía*, ó por *homeopatía* ó por alguna otra virtud que no sea antipática ni homeopática, sinó tan solo diferente, es decir *alopatica*. Cual, pues, de los tres modos de accion es preciso escojer en el tratamiento de las enfermedades?

Hipócrates á quien con tanta frecuencia se invoca vá à responder por mí. Se lee en su libro de la *Medicina antigua*: «Las enfermedades se curan, unas veces con los contrarios, otras con los semejantes y otras con remedios cuya virtud desconocemos. No hay, pues, regla fija en este asunto, El mismo autor dice en su tratado de las *Enfermedades* lo siguiente: «No hay un principio en terapéutica que abrace todos los casos de curacion.» Libro 1.° § II (traduccion de Gardeil.)

Si no hay regla fija para elegir los medicamentos, replicará nuestro censor; la medicina no es ya un arte, el tratamiento de las enfermedades está sujeto al capricho del medico y su curacion depende únicamente del azar, no de la observacion de las reglas terapéuticas.

He aquí una acusacion muy grave hecha hace mucho á nuestra ciencia. Presumo que mis compañeros no llevarán á mal que dé una respuesta perentoria á la siguiente pregunta. Cómo se trataban los enfermos antes que hubiera médicos, antes que se hubieran descubierto las propiedades de los medicamentos? Trataban cada caso segun su capricho ó su instinto ó segun los consejos de algun transeunte ó de algun pariente que tampoco sabia mas que ellos y que no habia tenido mas guia que una esperiencia bastante sospechosa. Pero cuando reiterados ensayos vinieron á comprobar la eficacia de ciertos remedios contra determinadas enfermedades, se principiaron á emplear los mismos remedios en cuantos casos idénticos se presentaban.

La esperiencia dió pues á conocer muchas sustancias para otras tantas afecciones nuevas y los hombres formaron con estos conocimientos un cuerpo de doctrina, constituyendo entonces la ciencia y el arte, y principiando á discurrir sobre la esencia de las enfermedades y la manera de obrar de los medicamentos.

Estos razonamientos podian contribuir á los progresos y perfeccionamiento de la ciencia, pero no la constituyen, no forman su base. Las observaciones recojidas de tiempo en tiempo, serán y son todavía el verdadero fundamento de la medicina práctica, de las que resulta que tal ó cual tratamiento cura ó alivia tal ó cual especie de enferme-

dad mas eficazmente que ningun otro medio conocido. Si ahora se pregunta en virtud de qué principio racional y práctico se dispone á obrar, cuando rechaza el axioma de los contrarios y el de los semejantes, responderá: en virtud de este principio incontestable é incontestado, *que deben tratarse las enfermedades con aquellos remedios que la esperiencia ha comprobado como los mas eficaces.*

Que mas se puede exigir á un mèdico llamado á visitar á un enfermo sinó que conozca bien la enfermedad que tiene ante su vista, valiéndose para ello de todos los datos que le proporcionen las circunstancias conmemorativas y presentes, y que se valgan de todos los medios curativos que la observacion de todos los siglos consignada en los escritos de los maestros del arte y confirmada, en caso de necesidad, por la suya propia, demuestren haber tenido mas eficacia en casos semejantes. Todo esto puede exigírsele: por lo demás poco importa al enfermo que se le cure por la via antipática, homeopática ó alopática; lo esencial para él es que le trate por el método que la esperiencia le haya enseñado ser el mejor.

Así pues, al despreciar el dogma de los *contrarios*, no se mina por eso el edificio de la ciencia ni se rompe la cadena tradicional, sinó que se vuelve á colocar la práctica médica sobre su base real; *la esperiencia*; y se la remonta á las primitivas tradiciones que habian oscurecido las ficciones de los filósofos. En este sistema; por que el empirismo es uno y de los mas racionales, como yo probaré cumplidamente á medida que avancemos en esta historia; en este sistema, digo, no principia á contarse la ciencia desde Hipócrates, Diocles, Herófilo, Serapion etc, sinó desde su origen. Tampoco conduce á la siguiente conclusion que yo he leido con espanto y que un distinguido profesor de la facultad de París ha dejado caer de su pluma, acaso por inadvertencia; «Bichat ha dicho con razon, dice este profesor, que todos los sistemas médicos van á converger á la terapéutica, y como estos han sido tachados de falsedad, la terapéutica, que era, por decirlo así, la consecuencia ó por mejor decir, la conclusion; ha debido ser igualmente falsa, es decir, mala, dañosa Sin duda que es una gran desgracia inevitable, pero que durará hasta tanto que tengamos ideas justas sobre la naturaleza de las enfermedades, á menos que las tratemos sin tener en cuenta esta circunstancia, lo que seria un absurdo. (1)

El empirismo conduce lógica é históricamente à una conclusion me-

(1) Bonillaud, *Ensayo de filosofía médica*: 3.ª parte, cap. VI art. I.

nos absoluta, mas consoladora y mas verdadera, Hela aquí; Otras veces se conocían mal muchas enfermedades y sin embargo se sabían curar, hoy conocemos mejor y mayor número de ellas y las curamos tambien mejor; los que nos sucedan, conocerán mas y las curarán con mas seguridad. En esta doctrina no se dice: nuestros predecesores tenían una idea muy equivocada de la naturaleza de las enfermedades, es decir, del conjunto y correlacion de los fenómenos que las originan; sinó que se dice: nuestros predecesores tenían un conocimiento mas restringido que nosotros sobre la naturaleza de las enfermedades, y à medida que adelanta la humanidad, es probable que cada vez se aumenten y se perfeccionen mas y mas estas nociones, porque cada dia se descubren nuevos fenómenos en las enfermedades ya conocidas y nuevos medios de curarlas ó de aliviar algunos de sus accidentes. Existen, pues, ó han existido desde un tiempo inmemorial reglas de medicina práctica, fundadas en la observacion pura y simple de los fenómenos, independientes de toda interpretacion verdadera ó falsa, racional ó estravagante de estos mismos fenómenos, es decir, despojados de toda especulacion sobre la esencia de las enfermedades y sobre la accion interna de los medicamentos. Estas reglas no son invariables, pero se cambian y perfeccionan á medida que se descubren mediante un exámen mas delicado y atento nuevos objetos desapercibidos ú olvidados antes; tampoco son arbitrarias, porque es preciso que hayan sido sancionadas por la esperiencia; al que se conforma con ella, no se le puede acusar de aturdido, porque de antemano sabe las probabilidades de éxito que ofrece, y su terapéutica no puede tacharse de mala ó de buena, porque es la mejor, la mas bienhechora que se ha conocido hasta entonces.

Había concluido la refutacion del axioma de los *contrarios*, cuando he leido en la traduccion de las obras hipocráticas por Mr. Littré, el extracto de un trabajo publicado en Alemania sobre el mismo asunto. Como no está demás rodearse de cuantos datos vengan á propósito cuando se trata de condenar una opinion abrazada casi unánimemente en la antigüedad y sostenida todavía en nuestros dias por respetables autoridades, me he encantado con la lectura de este trabajo, y ver que conduce á la misma conclusion que el mio, aunque escrito bajo un punto de vista distinto y presentado bajo otra forma. He aquí, por lo demás, este notable fragmento tal como lo cita textualmente Mr. Littré. «Creemos poder sostener, dice Mr. F. W. Beker, que la hipenantiosis ó sea el principio *contraria contrariis curantur*; no está exento de

hipótesis; que su orígen descansa en la manera mecánico-química con que se representa la vida, representacion que la hace caer en las hipótesis. Cuando parece existir una oposicion entre la enfermedad y la curacion es solo aparente. Procuraremos demostrarlo con ejemplos sacados de los diferentes métodos.»

«Vemos todos los dias que la dieta cura un malestar que se siente en el estómago, cuando se sobrecarga de alimentos; que una enfermedad de la piel engendrada por suciedad, desaparece con la limpieza; que un hombre fatigado por escesivos esfuerzos se alivia con el descanso. Al primer golpe de vista parece que hay aquí una oposicion entre la enfermedad y el tratamiento, pero el hecho es, que la curacion es el resultado, no de una verdadera oposicion, sinó del alejamiento de la causa que produce ó que hace temer la agravacion ó el restablecimiento del organismo en una situacion favorable al libre ejercicio de su actividad medicatriz. Se observa además que se obtiene el mismo resultado despertando ó escitando con remedios tópicos una actividad abolida ó disminuida. Los evacuantes curan la constipacion, los ungüentos estimulantes las úlceras atonicas, una fiebre grave con pulso filiforme se cura con el vino. Estos son fenómenos que se ha tratado de subordinarlos al principio *contraria contrariis curantur*: pero es fácil de probar que en ninguno de estos casos ó en otros en quienes se aplica el método escitante, se aumenta de una manera absoluta la actividad vital. Todos estos tratamientos descansan, no en la oposicion de la enfermedad con el medicamento, sinó en un dato esperimental completamente fisiológico y muy importante, á saber; que cuando se provoca en el organismo una accion, se producen al mismo tiempo y por su causa otras muchas semejantes ó idénticas.

Me parece que cuando aumenta una actividad de una manera morbosa, debe efectuarse la curacion por la disminucion de esta actividad, y aquí se encuentra todavia la hipenantiosis. Pero en el estado de enfermedad, todas las actividades estan sujetas á un tratamiento deprimente sedativo, no por que se pasen de la regla fisiológica, sinó unicamente porque pueden dar lugar á otras enfermedades que acabarian con el órgano ó el organismo. El opio contiene una diarrea, porque las evacuaciones intestinales son mas frecuentes ó mas abundantes que en el estado de salud (porque muchas diarreas se curan por sí solas ó por medio de evacuantes) pero se dá este por temor que las evacuaciones se prolonguen y produzcan una debilitacion del organismo y acaben con él. No se administra solo la dijital para contener y debilitar el pulso,

sinó porque hay casos en que el choque violento de la sangre hace temer un desórden en la circulacion ó en la testura del corazon, en los grandes vasos ó en los pulmones.

Además de las tres clases de métodos indicados hasta aquí, el *dietético*, el *escitante* y el *deprimente*, todos que se refieren directamente á la actividad, vital hay todavía otros dos, á saber, el que obra inmediatamente sobre la masa y movimiento de la sangre, (emision, infusion, trasfusion, hemostasis, ligadura etc.) y el que cambia la forma de los sólidos (propiamente llamado método operatorio). El axioma en cuestion se aplica menos á estos que á los métodos precedentes, porque se trata siempre de casos completamente particulares producidos por acciones inmediatas sobre los sólidos ó líquidos del organismo.

Si pues el principio *contraria contrariis* no está fundado en la esperiencia pura, si solo toma una apariencia verdad á los ojos de aquellos que desconocen la verdadera relacion entre la enfermedad y la curacion; cómo es que no solo ha sido reconocido desde el origen de la ciencia hasta Paracelso, sinó que á pesar de la victoriosa refutacion de los reformadores de los tiempos pasados haya tomado en nuestros dias una autoridad tan general? ¿Creemos encontrar la razon de esto hecho en la ilacion necesaria que tiene la hipenantiosis como principio terapéutico, con la manera mecánica y química como se representan los objetos en fisiología y en patología. Este modo de darlos á conocer, aunque refutado ya de diversos modos en su forma primitiva y grosera, y remplazado por el organicismo, se reproduce con frecuencia en la historia de nuestra ciencia bajo otras apariencias menos decisivas, pero á juicio mio, mas científicas; la hipenantiosis que le acompaña constantemente debe conservar bastante influencia, y es preciso creer que esta influencia no quedará abolida, sinó cuando se sepa de una manera general y precisa el sitio que ocupan en fisiología la mecánica y la química. (1)»

Otra razon que hace que el principio *contraria contraris curantur* haya conservado y conserve todavia una gran parte de su autoridad, á pesar de las refutaciones mas ó menos victoriosas que se han podido hacer en diversas épocas, es que los adversarios de él no le han sustituido con otro que pudiera ocupar su lugar. Ahora bien, en una ciencia de aplicacion diaria y urgente como lo es la medicina, no basta probar

(1) *Berliner med Zeitung*, 1834 pág. 15.—Obras de Hipócrates T. IV de Mr. Littré, página 420, *Aforismos* Argumento §. 13.

que una doctrina es dudosa ó falsa ó incompleta, sinó que es preciso, sustituirla inmediatamente con otra, mas segura, mas verdadera y mas general; y esto es justamente lo que nadie ha hecho hasta ahora, ni aun el autor del trozo que hemos citado, que cree que la hipenantiosis no perderá su influencia, sinó cuando se esté de acuerdo *sobre el lugar que debe ocupar la mecánica y la química en la fisiología*, es decir, probablemente hasta *las calendas griegas*.

Los animistas, los vitalistas, orgánicos ó hipocráticos de hoy han ensayado sustituir al axioma *de los contrarios* la teoria de la coccion y las crisis ó sea el autocratismo de la naturaleza, pero en el periodo reformador demostraremos que la teoria del autocratismo está muy lejos de abrazar todos los casos de curacion, todos los modos de tratamiento; y propondremos otro axioma de terapéutica mas seguro, mas evidente, mas general que ninguno de los que se han propuesto hasta el dia.

Hecha esta digresion algo larga pero necesaria, vista la importancia del objeto, volvamos al exámen de la terapéutica de Fernel.

El segundo precepto que da este autor se refiere á la medicina espectante y me parece digno de toda aprobacion en lo que circunscribe al empleo de este mètodo curativo á sus justos límites. Dice que cuando no se conozcan bien una enfermedad ó no sepa el médico distinguir con claridad su especie, que no se apresure á mandar remedios, que deje obrar á la naturaleza si no hay peligro, por que esta ayudada por el régimen la curara, la dará á conocer, la desenmascarará. Una medicacion dudosa ó tímida daña casi siempre, en fin, si se decide á hacer algo, que lo haga con circunspeccion, de manera que no perjudique de una manera grave al enfermo. Otra circunstancia en la cual insiste mucho Fernel es, en que se separe la causa de la enfermedad antes de atacar la enfermedad misma. Esta circunstancia forma uno de los puntos principales de su terapéutica y la apoya con las siguientes consideraciones: «No se desarraigará una enfermedad en tanto que subsista la causa que la produce, y mientras subsista esta se reproducirá sin cesar, lo contrario que sucede despues de la destruccion de la causa: la enfermedad se estingue por sí misma cuándo no es demasiado inveterada.

Prosigue diciendo que hay muchas afecciones, producidas por mas de una causa que es preciso destruir por su órden genésico, es decir, empezando por la primera ó la mas antigua y concluyendo por la ultima ó la mas reciente. A esto llama Fernel curar con método ó hacer

una cura, que no consiste únicamente en el empleo de tal ó cual remedio, sino en la manera y órden en que se le emplea! (1)

En el mismo capítulo cita muchos ejemplos de este método curativo de entre los cuales, extraigo el siguiente que es uno de los mas sencillos. Supongamos que se engendra en el estómago un quilo acre á consecuencia de la ingestion de alimentos fuertes, que llevado al hígado produce en él una gran cantidad de bilis y humores viciosos y que estos pasando al torrente circulatorio se corrompen al instante y producen una fiebre. Ahora bien, para curarla, es preciso evacuar la materia pútrida que la ha ocasionado y para eliminarla hay que principiar por limpiar el origen de donde nace, es decir, el hígado; que engendra el esceso de bilis y humores acres. Para conseguirlo se suprimiran; 1.° las causas evidentes que dan lugar á un mal cambiando de alimentos: 2.° espulsar los humores viciados que tan propensos están à podrirse: 3.° estinguir el esceso de calor preternatural que todavía queda, ya en los humores, ya en los sólidos (2).

Cuantas causas hay que destruir, cuantas medicaciones hay que llenar para curar una sencilla fiebre! ¿Qué será cuando haya necesidad de tratar una enfermedad un poco complexa ò muchas enfermedades á la vez? ¿Cómo desembrollar este laberinto de causas desconocidas o inaccesibles á la observacion? Para volver al ejemplo citado por Fernel, yo preguntaré á este patòlogo; ¿Por qué série de investigaciones ha podido llegar á conocer que todo este conjunto de fenómenos que pinta, como si los hubiera visto, sean debidos á la putridéz de los humores. Ha seguido la marcha y el desarrollo de estos fenómenos en el interior del organismo, ó, al menos, á vuelto á encontrar las señales incontestables en el cadáver? Nada menos que eso.

Algunos fisio-patólogos de los mas notables de la antigüedad se han figurado que las cosas pasaban así y los que los han sucedido se han contentado con esta esplicacion á falta de otra mejor. De esta manera se ha edificado la doctrina de las causas ocultas y de la esencia de las enfermedades, doctrina que la abrazaron la mayor parte porque era hija de la filosofía dominante y porque lisonjea el orgullo de la inteligencia humana. En efecto, parece que nos inicia en los misterios de la economía animal, pero en realidad, no nos ofrece mas que ficciones.

En este ejemplo, Fernel, no tiene en cuenta mas que una sola órden de causas, mientras que en su patología admite un número verda-

(1) *Método de curar* lib. I cap. IV.
(2) Ibidem.

deramente increible. Dice que, segun los filósofos, hay cuatro especies de causas, la *material*, la *eficiente*, la *formal* y la *final*. El organismo es la causa material de toda enfermedad; la forma sintomática ó la manera como se presenta y que determina su especie es la formal; la terminacion de esta en la salud ó la muerte ó un estado crónico es la final; en fin, la eficiente, que es la que mas importa que conozca el médico, no es otra mas que la fuerza que modifica el cuerpo y le hace pasar del estado de salud al de enfermedad. El autor divide, en seguida, una multitud de causas de otras maneras que seria largo enumerar, pero las mas importantes de todas estas subdivisiones corresponden á la causa eficiente. Helas aquí:

I. Causa eficiente se divide en congénita ó accidental.

II. La congénita en natural ó contranatural.

III. La accidental en interna y esterna.

IV. La accidental esterna en antecedente y continente.

V. La causa eficiente produce su efecto, unas veces al instante, es decir, por sí misma; otras, pasado algun tiempo, de una manera consecutiva ó por accidente.

VI. En fin, la causa eficiente se divide en principal, coadyuvante é indispensable. Por ejemplo, cuando se administra un drástico, la causa eficiente principal de la purgacion es la virtud purgativa del medicamento; la coadyuvante son las diversas sustancias que van unidas á la principal y las preparaciones que se las hace sufrir: y la indispensable, el calor natural del cuerpo, sin el cual sería nula la virtud del remedio (1). Qué baturrillo ¡No parece sinó que han trabajado á destajo para sobrecargar la ciencia con observaciones ociosas, á fin de hacerla mas ininteligible y ridícula! ¡Desgraciados los enfermos que caigan entre las manos de doctores recien fundidos á quienes la esperiencia clínica no les ha hecho ver todavía el poco valor de la gerga aprendida en las escuelas! Lo mejor que puede decirse de los médicos de aquel tiempos es que al instante abandonaban su gerga teórica para tratar los enfermos conforme á la esperiencia, sin acordarse de las abtrusas especulaciones de su patogenia, dejando este pretendido fatrago científico para los discursos oficiales ó para los libros. Concluiremos diciendo, que solo se puede justificar la práctica médica de los siglos pasados á los ojos de la generacion presente, admitiendo que los médicos seguían en el tratamiento de sus enfermos, no las ilusorias indicaciones de sus teorías fisiológicas, sinó los datos positivos de un empirismo razonado.

(1) *Patología*, lib. I, cap. XI y XII.

Este patólogo reduce sus modos de curacion á tres: 1.° *evacuar* el escedente de los humores. 2.° *purgar*, es decir. *purificar* estos humores. 3.° *alterar*, esto es, *volver* á su estado normal las partes que han sido viciadas en su temperamento y composicion. Examina minuciosamente ó en detall los efectos de cada una de estas medicaciones y las diversas maneras de obtenerlas.

I. *Primer modo ó medicacion evacuante.* Hay dos modos de evacuacion, dice Fernel, uno general y otro particular; el sudor, las evacuaciones de sangre, el vómito y las cámaras pertenecen á la primera porque descargan los humores del cuerpo; (1) las evacuaciones locales de la nariz, de la cámara posterior, de la boca, de la traquea, de las almorranas, del utero, de los riñones, de los exutorios, pertenecen á la segunda.

Dice que la sangría es la mas poderosa de todas las evacuaciones artificiales, porque saca la sangre venosa que es la que contiene los cuatro humores principales, la bilis, la pituita, la atrabilis y la sangre arterial. Conviene en todos los casos de plétora simple ó acompañada de cacoquimia. A propósito de la sangría plantea el autor las cuestiones siguientes: 1.ª Cuáles son sus efectos inmediatos ó secundarios? 2.ª Cómo obra, por revulsion ó derivacion? 3.ª Cuales son las enfermedades que reclaman su empleo? 4.ª Cuándo ofrece mas ventajas, antes ó despues de la invasion? 5.ª Qué vena conviene elegir en ciertos casos? 6.ª Por qué signos se conocerá la necesidad de sacar sangre, así como la cantidad? 7.ª En qué período del mal deberá sangrarse, en qué dia y en qué hora? 8.ª Cómo se ha de preparar el enfermo? 9.ª qué conducta debe seguir el médicó durante y despues de la operacion (2)?

Derivacion y revulsion. La cuestion de las sangrías miradas como un recurso de revulsion ó derivacion, ha suscitado disputas acaloradas entre los médicos, pero ha perdido mucho de su interés después del descubrimiento de la circulacion de la sangre. Hoy se emplean como sinónimas las palabras revulsion y derivacion ó al menos solo se distinguen por ligeras señales. «La verdadera distincion entre las sangrías derivativas y revulsivas, dice Mr. Guersant, padre, es una sutileza escolástica que ha nacido entre los dogmáticos que se alejaban cada vez mas de la observacion de la naturaleza» Un poco mas adelante añade: «Estas distinciones entre la revulsion y la derivacion son pura-

(1) *Método de curar*, lib. II. cap. II.
(2) *Método de curar*, lib. III.

mente sistemáticas y abstractas y no se diferencian esencialmente.» No se puede admitir una distincion esencial entre palabras, que teniendo una misma etimologia, deben considerarse como sinónimas.» (1) Al contrario, los antiguos daban una significacion distinta á estas palabras, fundados en los errores de anatomía y fisiología que apadrinaban, pero que hoy han desaparecido.

Hipócrates y Galeno habian recomendado la sangría del brazo del lado enfermo hasta el síncope en la pleuresia y la pulmonía, práctica que se fué perdiendo poco á poco en proporcion que se fuéron debilitando las buenas tradiciones de la doctrina griega. En fin, los Arabes aconsejaron todo lo contrario: sustituir la sangria del brazo con la del pié y que la sangre saliera gota á gota en lugar de á chorro. Este método prevaleció en Europa hasta principios del siglo XVI, pero habiendo sobrevenido una especie de epidemia de pleuresias, un médico de Paris llamado Pedro Brisot, disgustado de ver perecer la mayor parte de sus enfermos y nutrido en la lectura de los libros griegos volvió á la sangria del brazo tal como la recomendaban, Hipocrates y Galeno. En vista del extraordinario éxito que obtuvo, se apresuró (2) á publicar los resultados y la práctica de los griegos volvió á ocupar de nuevo el lugar de la de los Arabes.

Se originaron con esta innovacion muchas y encarnizadas disputas entre los médicos, cada bando contaba con partidarios decididos y entusiastas, publicáronnse escritos de una y otra parte que no sirvieron ni persuadieron á nadie. Los arabistas dijeron que era un escándalo, una herejía y poco faltó para que no se hiciera un auto de fè en España (3) para salir á la defensa del método arábico; mas, á pesar de esto, triunfó el método griego, acaso debido menos á la observacion á la cabecera de los enfermos que al prurito de ir de la Arabia á la Grecia. Sea lo que quiera, la cuestion estaba casi juzgada ya en el tiempo en que Fernel escribia, pero todavia conservaba algo de la práctica arábiga. Por eso este autor la discute de una manera muy profunda conforme á las ideas

(1) *Diccionario de Medicina* en 21 volúmenes. Palabra *Derivacion*.

(2) *Apología en la que enseña porque sitio debe sacarse sangre en las inflamaciones de las visceras, en especial de la pleuresía*. Pa is 1525 en 4.°

(3) El autor exagera bastante lo ocurrido en nuestro pais. Verdades que dió lugar á disputas entre los Galenistas y Arabistas, pero se alcanzó de ellos un acuerdo que revelaba ya la influencia que en nuestros médicos egercia ya el cási conocimiento de la ci culacion de la sangre. Luis Lovera de Avila, Nicolás Monardes, Jorge Gomez de Toledo y Miguel Ge ònimo Ledesma, en sus respectivos t atados se ocupan de las discordi s de opinion que desde los árabes habian dividido á los Médicos, en esta cuestion...sobre el lado que en se debe hacer la sangria en la pleuritis..... procurando concordar los varios pa eceres y acabando por decir que es indiferente se sangrase en este mal del lado derecho ó del izquierdo. Ni mas ni menos que lo que decimos hoy.

N. del T.

de su tiempo. Vamos á esponer lo mas importante de sus escritos.

Cuando la sangre acude de repente en mayor cantidad á una parte, el mejor medio de impedir su empuje consiste en dirijirla en sentido opuesto, es decir al punto mas distante, porque el curso mas natural de los humores es marchar en línea recta, sobre todo en las venas, cuyas fibras longitudinales tienen la propiedad de atraer los líquidos. Ahora bien, las venas del lado derecho del cuerpo se continúan por el brazo correspondiente y las del izquierdo por el suyo. Asi pues en la pleuresia y en la pulmonia deben abrirse las venas correspondientes, como aconseja Hipócrates y dicta la razon. En la hepatitis se sangra siempre del brazo derecho.

No sucede lo mismo con los miembros inferiores, estos se comunican entre si por las venas; asi, cuando se inflama la pierna derecha se sangra del pié izquierdo y reciprocamente. Esto es una revulsion. La derivacion consiste en separar el humor del punto enfermo para llevarla á otro inmediato. Para conseguirlo se abre la vena de la parte misma que conduce unas veces el jugo nutricio, otras el humor picante que sostiene el mal. Entonces el esceso de humor sale por la abertura hecha y descarga la parte enferma, sobre todo, si antes se ha tenido cuidado de moderar la impetuosidad de la fluxion con una sangria revulsiva. Pero si la hinchazon es tal que no sale el humor como acontece en todas las inflamaciones crónicas próximas á degenerar, no se debe intentar mas la derivacion con la sangria, sinó con aplicar fomentos y emplastos emolientes y digestivos. (1)

Por lo dicho puede juzgarse el modo que tenia Fernel de resolver la cuestion de las sangrias revulsiva y derivativa; que él, á pesar de los errores, oscuridad y falta de conocimientos anatómicos de su libro la consideraba completamente resuelta. Vemos aquí un ejemplo que sirve para probar la facilidad con que los mejores talentos se pagan de esplicaciones que no comprenden.

En el mismo libro habla de los efectos de la sangria local por medio de sanguijuelas ó escarificaciones, ya con ventosas, ya sin ellas; espone aunque con brevedad los efectos fisiológicos de la dieta, del ejercicio, de los baños, de las estufas, de las unturas y de las fricciones, que, segun él, sirven tambien para evacuar indistintamente todos los humores del cuerpo.

II *Medicacion purgante.* El tercer libro lo destina á tratar de esta

(1) *Método de curar* lib. II cap. V.

especie de medicacion. Por ella entiende la espulsion por cualquier via del humor pecante. Los vomitivos, los catárticos, los léquicos son los medicamentos purgantes. En este sentido, purgar es purificar la economía desembarazándola de los humores dañinos, la bilis, la atrabilis, la pituita etc.

Se concibe cuanta importancia debe tener esta especie de tratamiento en un sistema en que se consideran todas las enfermedades como producidas por un esceso ó modificacion viciosa de alguno de los humores. Por eso no deberá chocar que nuestro terapeutista hable de ella tan detalladamente. Opina en esto como Hipócrates y Galeno, que pretendian, que ciertas sustancias tienen la propiedad de atraer tal ó cual humor, opinion que desenvuelve con mucha habilidad y la apoya con razones mas sútiles que sólidas.

III *Medicacion alterante.* El libro cuarto trata de esta medicacion, es decir, de los medicamentos capaces de modificar la constitucion del individuo. Fernel llama medicamento á todo lo que tiene la facultad de cambiar la constitucion natural del cuerpo de una manera cualquiera. Ahora bien, las sustancias medicinales están dotadas de tres facultades, la *primitiva* la *secundaria* y la *terciaria.* La primitiva depende de la preponderancia de uno ó de dos elementos, por ejemplo, aquellas en que solo domina el fuego, son calientes solo; las en que el fuego y la humedad, son calientes y humedas; y así de las demás. A esta facultad se la consideraba como la constituyente del temperamento. La secundaria resulta de la union de la primitiva con la mayor ó menor densidad de la materia. Con arreglo á esta densidad, una sustancia puede ser tenue ó espesa ó un término medio. Las diversas combinaciones de densidad con los temperamentos ó cualidades primitivas de los cuerpos producen las secundarias, y las principales son: las incisivas, las atenuantes, incrasantes, detersivas. inviscantes, emplásticas, dulcificantes, aperitivas, obturadoras, dilatantes, constrictivas, rarefacientes, condensantes, laxantes tónicas, atractivas, digestivas, disolventes, repulsivas, emolientes, astringentes, madurativas, supurativas, sépticas, aglutinantes, ulcerativas ó vexicantes, escaróticas, cáusticas y epulóticas etc.

Todas estas cualidades se anuncian por sabores acres, ácidos, dulces, amargos, insípidos, salados, austeros, mucilajinosos, grasientos. El sabor acre, por ejemplo, tan marcado en la pimienta, en el pelitre y en el enforbio indica la tenuidad de la materia unida á un temperamento seco y cálido, porque todo lo que es acre y mordicante participa

de la naturaleza del fuego. Así esplica Fernel las relaciones que hay entre los sabores y las cualidades secundarias. Finalmente las cualidades terciarias dependen de la sustancia y de la forma, se anuncian por los resultados, y por ello se las dá el nombre de ocultas propiedades. Estas no se reconocen ni por el sabor ni por otra cualidad sensible, sinó por la esperimentacion. Por esta se sabe que muchas tienen la propiedad de provocar una secrecion particular y se las llama diuréticas emanagogas, diaforèticas, errinas, emeticas, drásticas alexifarmacas etc.

Si quisiéramos comparar la ciencia antigua con la moderna diríamos que la division primitiva de las facultades de los medicamentos correspondia ó era análoga á lo que los modernos llaman propiedades físicas, químicas y fisiológicas. Pero la clasificacion antigua de la mayor parte de las cualidades primitivas y secundarias es una ficcion, una confusion; porque es mas bien una clasificacion filosófica, que no esperimental. Las terciarias son mas positivas y sus nombres se han conservado en la ciencia, porque están fundadas en la observacion. Hoy no se duda que hay medicamentos que producen un aumento de secrecion de orina, de saliva, de flujo intestinal, pero que precisan circunstancias determinadas en el individuo para producirle. Lo mismo sucede con otras propiedades medicinales que son puramente condicionales, por cuya razon no se las puede clasificar y darlas nombres. Así es que cualesquiera que sean las teorías fisio-patológicas dominantes, será siempre permitido admitir sustancias catarticas, diureticas, emenagogas, sialagogas, errinas etc.

Al abstenerse los antiguos de dar esplicaciones sobre la naturaleza y origen de estas facultades, diciendo que esto solo compete á la esperiencia, se han acreditado de mas prudentes y circunspectos que de costumbre; han emitido sobre esta parte de la ciencia una opinion razonable que ninguna revolucion científica ha quebrantado hasta ahora.

Lo único que se les puede censurar en su poca exactitud ó falta de severidad en la critica de sus esperimentos á la cabecera de los enfermos, de haber atribuido con demasiada ligereza á muchas sustancias virtudes admirables que la observacion ulterior no ha confirmado. Así antes de colocar una sustancia en sus formularios asignándola tal ó cual virtud, debieran haberla sometido á repetidos ensayos clínicos, conformándose ó siguiendo en esto los escelentes consejos dados por los empíricos de la escuela de Alejandria.

En el mismo libro espone Fernel las razones que pueden motivar en muchos casos el empleo de remedios compuestos y traza las reglas

segun las que debe procederse á la mezcla de las diversas sustancias. Cita las formas farmacológicas y magistrales de que él se valia para administrar los medicamentos y las ventajas de ellas; entre otras, habla de las aguas destiladas, de los aceites esenciales, de las infusiones, de los cocimientos, de los extractos, de los jarabes, de los polvos, de las conservas; en una palabra, de casi todas las preparaciones usadas hoy en medicina.

Los tres últimos libros de su obra contienen la materia médica propiamente dicha y un pequeño formulario. Los medicamentos están colocados segun su modo de obrar en el organismo, colocacion que hubiera sido muy buena, si se hubiera apreciado bien su accion á la cabecera de los enfermos; pero desgraciadamente hemos visto que las dos facultades, primitiva y secundaria eran puramente hipotéticas; la tercera únicamente se fundaba en la observacion, aunque por desgracia las observaciones que habian servido para establecer esta facultad, no habian sido en todas las ocasiones hechas con el cuidado conveniente. Así pues, entre las vírtudes atribuidas à las sustancias medicamentosas en los antiguos formularios, la mayor parte deben ser consideradas como hipotéticas ó exageradas ó falsas.

El juicioso Fernel conocia bien estos defectos, aun cuando se engaña á sí propio en el prefacio de su libro quinto cuando dice que; no admitirá en su materia médica sinó aquellos medicamentos de virtud probada, prefiriendo pocos y bien estudiados á muchos de virtudes dudosas. Apesar de esta protesta, asigna á bastantes, virtudes desconocidas, porque para evitar esta falta dice, hubiérale sido preciso refundir toda la ciencia; lo que es obra de los siglos, no de un solo hombre. No menciona las sustancias minerales introducidas recientemente en la materia medica, como el mercurio, el antimonio, el oro y el cobre; entonces se conocian poco los efectos de estos ajentes tan enérgicos y que tan señalados servicios prestan á la medicina, apenas los manejaban los médicos; solo los charlatanes, los barberos, los alquimistas los administraban sin conocimiento de las indicaciones, produciendo su uso mas males que bienes. Debe aprobarse, pues, la circunspeccion de Fernel al escluir de su formulario medicamentos tan heróicos y tan poco conocidos entonces, porque su libro, destinado á la instruccion de la juventud, se hizo clásico en Europa desde su aparicion. Estos medicamentos que no harian daño manejados por médicos instruidos, producian mas fatales efectos en los enfermos en que se empleaban que las mismas enfermedades, por la ignorancia y temeridad de los medi-

castros que los tenian como una panacea dispuesta á resolver todas las dificultades que encontráran en su camino.

CAPITULO VII.

Patologia y terapéutica externas.

Siempre han adelantado mas estas dos ramas de la ciencia que sus compañeras la terapéutica y patología internas; es una ley encarnada en la natnraleza misma del objeto. Las enfermedades esternas son mas fáciles de conocer que las internas, se puede apreciar mejor su principio, seguir su marcha, sus fases y diversas modificaciones. Los remedios pueden aplicarse inmediatamente sobre la parte afecta y apreciar con exactitud sus efectos. Todas estas ventajas en favor de la cirujía hacen que esté menos sujeta á estraviarse que la medicina, que sus progresos sean mas constantes y mas ciertos.

Sin embargo, parece como invertida esta ley de progreso durante la edad media, porque entonces ejercian la medicina los hombres instruidos, mientras que la cirujía era cultivada por charlatanes, barberos, bañistas y matachines. A tal estado de infamía y degradacion habian llegado los hombres que se dedicaban á practicar operaciones, sobre todo en el Norte de Europa, que hasta exijían los artesanos á los aprendices una especie de limpieza de sangre, haciendoles probar que no eran hijos de barberos, bañistas, pastores y matachines. Estos hombres fueron los únicos cirujanos en la mayor parte de las ciudades de Alemania á mediados del siglo XV y en casi todo el resto de Europa. En Italia y España la cultivaron en los siglos XIII y XIV algunos profesores, y en Francia la dieron algun brillo Lanfranc y Guy de Chauliac.

Si hoy se pregunta como es que un arte tan útil como el del cirujano cuya practica exije conocimientos tan estensos y tan variados, una sagacidad, un valor y desinterés estraordinario, un arte cuya necesidad se dejaba sentir en aquellos tiempos tan calamitosos en que solo se ocupaban los hombres en destruirse y cuyos servicios son mas precisos que los de la terapéutica interna, fuera abandonado por aquellos que debieran conocer su importancia y utilidad; por los doctores en medicina: contestaremos con el recuerdo del estado social de aquella època y especialmente con el de la profesion médica ejercida por el clero á quien se le tenia prohibido derramar sangre.

Entonces la sociedad se dividia en tres clases; la nobleza que lo abarcaba todo y estaba ocupada en sus contiendas; el clero, que ejercia ó disponía de los cargos públicos y era el depositario de la ciencia; y el pueblo que desempeñaba todos los oficios mas ínfimos, pagaba los impuestos y no poseia ningun privilegio. En esta division, el ejercicio de la medicina correspondia de derecho al clero, pero ya hemos dicho que por una disposicion canónica les estaba prohivido derramar sangre bajo pena de escomunion. Así es que los mas entendidos abandonaron su practica pasando á ser patrimonio de los laicos ignorantes y atrevidos. Otra razon tan valedera alejaba á estos doctores clerigos del ejercicio de la cirujía y era la falta completa de conocimientos anatómicos detallados y precisos, conocimientos tan indispensables al médico como al cirujano, pero mas aun á este. Verdad que es todos carecian de estos conocimientos, pero los cirujanos prácticos que no pertenecian al clero no eran tan ilustrados y no conocian tanto la necesidad y por consecuencia se cuidaban poco de comprometer su posicion social, mas humilde de suyo que los doctores. La mayor parte de estos operadores eran ambulantes, andaban de pueblo en pueblo buscando enfermos para operarlos y solo se detenian cuando encontraban que hacer alguna cura. Generalmente estaban dedicados à la práctica de una ó dos operaciones, como la catarata, la talla, las hernías, y empleaban procedimientos que solo ellos poseian y trasmitian á sus descendientes. La historia nos conserva los nombres de los mas célebres; tales son Branca y Norsini en Italia y Colot en Francia.

El arte, pues, no podia progresar entregado como estaba á manos tan inhabiles. Pero una vez cultivada la anatomía, aunque con timidéz por los mas instruidos de los siglos XV y XVI brotaron los cirujanos célebres en todas partes, especialmente en Italia, entre los que figuran los Benivieni, los Berenguer de Caspí, los Vesalio, los Falopio, los Fabricio de Aquapendente y otros.

Mientras que los doctores clèrigos querian descender al rango de operadores, los cirujanos querian ser médicos. Esta trasformacion se verificó en Francia, único pais que tuvo un colegio especial de cirujanos. (1) Se llamaba colegio de S. Cosme y S. Damian y estaba en lucha abierta con la Universidad y los barberos. Una vez vencedor y otra vencido, pero jamàs sometido, lo cierto es que al fin hizo las paces con la Universidad que se hermanó con él, disfrutó de los mis-

(1) Esto no es exácto, puesto que ya hemos dicho que tambien lo hubo en España.

mos privilegios é inmunidades que esta; haciendo al mismo tiempo que los barberos aumentasen y perfeccionasen sus estudios. Esto pasaba el año 1515. «Desde este momento, dice Mr. Malgaine, comenzó una nueva era para la cirujía de Paris. Los barberos estudiaban en la facultad un curso de anatomía y cirujía que les aproximaba insensiblemente á los cirujanos del colegio y se les espedia el título de barberos cirujanos, resultado que obtuvieron mediante la concesion de algunos de sus privilegios y un exámen ante el médico y los dos cirujanos del Rey ó Chatelet, además del que recibian para graduarse de barberos. En cambio de su sumision á la facultad, los cirujanos tenian mas preeminencias que los barberos; en sus conferencias olvidaban las antiguas divisiones preparando otras nuevas de mejores resultados: barberos que llegarian á ser cirujanos, del colegio y cirujanos que fueran doctores y catedráticos de la facultad de medicina. (1)»

En este periodo se advierten los progresos de la cirujía; por un lado se asocia como profesion á la medicina de la que no se volverá á separar, y por otro se perfecciona como arte. A los nombres que contribuyeron á engrandecerla y que ya hemos citado, hay que añadir los Juan de Vigo, los Fabricio de Hilden, los Maggi, los Pedro Franco, los Feliz Wurz, los Jaime Guillemeau, *los Daza Chacon, los Juan Frogoso, los Bartolomé Diaz Hidalgo de Agüero y otros; * pero ninguno brilló, ninguno hizo dar á la ciencia pasos tan aventajados como Ambrosio Pareo, que de simple barbero, sin haber estudiado latin, llegó á fuerza de estudio y de génio á ser el primer cirujano de su siglo.

La vida de este profesor está tan íntimamente ligada á los progresos de la cirujía que citandola se retratan en parte sus progresos. Creo por esto que no me separo de mi objeto si saco de su biografía algunos pasajes que mas relacion tienen con la historia del arte.

Ambrosio Pareo. nació en Labal, hácia los años 1510 al 17, de padres pobres que no pudieron educarle convenientemente. Fué primero cirujano barbero en su pais, despues pasó á perfeccionar sus estudios á Paris por los años 1532 á 33. Asistió tres años en el Hotel Dieu de aquella ciudad donde supo grangearse la confianza de sus maestros, los que llegaron hasta permitirle operar alguna vez. Pareo gozaba con referir lo que le habia ocurrido durante su permanencia en el Hospital general, lo consideraba como uno de sus mejores títulos; lo que hace presumir que esto solo se reservaba para los jóvenes distinguidos.

(1) Introducion a las obras de Pareo TI. p. CLIII.

Sépase, dice él, en su prólogo, *que he permanecido tres años en el Hotel Dieu de Paris, donde he tenido ocasion de ver y palpar todas cuantas enfermedades aflijen al cuerpo humano; que allí he examinado muchos cadáveres y aprendido cuanto se sabe de anatomía, que he hecho pruebas públicas de suficiencia en las facultades de medicina.* Y en su apología, cuando un médico de Milan se maravilla del saber del jóven cirujano, advierte con cierto orgullo: *pero el buen hombre no sabe que he estado tres años en el Hotel Dieu viendo y tratando enfermos (1).*

No sabemos cual eran las funciones de estos aprendices barberos en los hospitales y que clase de instruccion recibian, porque no tenemos documento alguno que lo esprese; pero es probable que estuvieran encargados de las curas, las sangrias, las autopsias, de asistir á las operaciones y acaso de suplir al maestro en los casos urgentes; poco mas ó menos como hacen hoy los internos de hospitales. Aprendian mirando lo que hacia el profesor y escuchándole cuando este se dignaba dirijirles la palabra en la visita, tenian frecuentes ocasiones de hacer autopsias, pero no habia verdadera enseñanza clínica; las comunicaciones entre el maestro y los discípulos dependian absolutamente del capricho del primero. Poco tiempo después de su salida del Hospital es cuando Pareo hizo su primera campaña, hácia el año 1636. Siguió en calidad de cirujano al mariscal de Montegan jefe de la infanteria francesa en el ejército de Francisco I, que iba á la Provenza á impedir la invasion de Carlos V. Jamás habia visto ni curado ninguna herida reciente hecha por arma de fuego y no sabia de esto mas que lo que habia leido en Juan de Vigo. No repetiré aquí lo que el mismo dice relativo à este asunto; es preciso leerlo en su primer discurso ó en el *libro de las heridas por arcabuz* y en su grande apología, como seguia las huellas de los demás cirujanos, cauterizando las heridas con aceite hirviendo despues de la batalla del Pas de Suze. El aceite se le acaba y quedan una porcion de heridas sin cauterizar y el sensible cirujano pasa la noche sin dormir pensando en la suerte que espera á aquellos desgraciados, pero vé con asombro que estaban mejor los heridos no cauterizados. La casualidad le habia colocado en el buen camino, bastó para su génio este resultado, y al momento el jóven cirujano sin nombre, sin autoridad y sin instruccion se opone abiertamente á la cauterizacion de las heridas por el aceite hirviendo á pesar

(1) Introduccion à la obra de Pareo TI. p. CCXXXII.

de tener que luchar con una doctrina generalmente admitida y sostenida por los mas eminentes cirujanos de la época. (1)

Los primeros autores que se habian ocupado de las heridas por armas de fuego las consideraban como venenosas ó complicadas con quemadura; en su consecuencia aconsejaban cauterizarlas con el aceite hirviendo ó con el hierro candente, y al mismo tiempo dar alexifarmacos con el objeto de contener los progresos del veneno. Juan de Vigo, médico del papa Julio II, asegura que la gravedad de estas heridas dependia de la forma de los proyectiles, del calor que arrastraban y de las cualidades venenosas que las comunicaba la pólvora. La consecuencia de esta teoría fué la adopcion del método incendiario que se empleaba hasta que Ambrosio Pareo se atrevió á protestar. En los tres años que duró la campaña, perdió á su maestro y volvió à Paris donde se casó con la hija del oficial encargado de preparar el lacre de los sellos de la Cancillería de Francia. En 1543 vuelve al ejército de Perpiñan á las órdenes de Mr. de Rohan, duque de Bretaña y allí dió tambien muchas pruebas de su gran penetracion. «Presumo, continua Mr. Malgaine, que despues de esta campaña tuvo Silvio empeño de conocerle atraido por su reputacion entre los soldados y gefes. Pareo refiere que en la conversacion que tuvo con él, insistió mucho en la necesidad de colocar los heridos en la posicion que tenian antes de serlo para extraerles los proyectiles, precepto especial y completamente nuevo, el cual habia puesto en práctica Mr. Brissac, entrevista que honró mucho á ambos. Silvio, cuyas lecciones eran tan concurridas como las de Fernel, invitó á comer al jóven cirujano y escuchó con religioso silencio las observaciones y esperiencias que habian servido á Pareo para establecer su doctrina sobre las heridas de arcabuz y le chocó tanto que le suplicó que la escribiera y la publicara. Pareo obedeció á la grande autoridad de Silvio, preparó el libro y lo publicó con láminas el año 1545, en Paris casa de Vivaut Gaulterot, librero de la Universidad, con este título: «*Nuevo método de tratar las heridas de arcabuz y otras armas de fuego, y de las de flechas, dardos y otros instrumentos semejantes, así como las quemaduras hechas por la pólvora, compuesto por Ambrosio Pareo*, maestro barbero cirujano de Paris. (2)»

Hacia poco mas de un mes que Pareo habia publicado la segunda edicion de su libro en el cual recomendaba todavia el cauterio actual

(1) Obras de A. Pareo pag. CCXXXIV.
(2) Ibidem pàg. CCXXXVI.

para contenér la hemorragia, cuando se puso á disputar sobre esto con Esteban de la Riviere y Francisco Rasse, cirujanos de San Cosme, sometiendo á su buen juicio el valor de la siguiente idea. «Puesto que se aplica la ligadura á las arterías y venas de las heridas recientes, porqué no hemos de hacer lo mismo con las amputaciones? Los dos compañeros encuentran aceptable su parecer y solo esperan la ocasion de ponerla en práctica, lo que no se hizo esperar. Pareo amputó la pierna á un ayudante de Mr. de Rohan, herido de un tiro de culebrina en el sitio de Damviliers; no le aplicó el cauterio y tuvo el gusto de salvarle sin martirizarle. Este descubrimiento era tan importante como el primero; era por decirlo así, su complemento. Desde aquel momento el jóven cirujano, libró á los heridos y amputados de las torturas del fuego y del aceite hirviendo.

La cirujía militar, que hasta entonces habia estado torturada, dió un gran paso debido al génio de un barbero cirujano. (1)»

Esto sucedia el año 1552. En el mes de Octubre de aquel año el Duque de Alba, uno de los mas famosos generales del Emperador Cárlos V, puso sitio á Metz, á donde tambien vino este á animar á su ejército el 20 del mes siguiente. «El Duque de Guisa, que tenia á sus órdenes siete príncipes y gran número de ayudantes, defendia la ciudad, sufriendo al mismo tiempo los ataques del enemigo, las fatigas del sitio y los rigores de un crudo invierno. El jefe sitiado habia establecido dos hospitales, uno para los soldados, otro para los prisioneros y habia obligado á los cirujanos de la ciudad à que asistieran á los heridos dándoles dinero para que proporcionaran lo necesario para ellos; pero su ignorancia era tan grande que no podian luchar con un conjunto de circunstancias tan desfavorables, así que todos los heridos se morian y la palabra envenenamiento circulaba entre las tropas. El duque envió ai Rey uno de sus ayudantes llamado Tomás Delvêlche para decirle que la plaza podia sostenerse todavía dos meses pero que necesitaba algunos cirujanos y medicamentos. El rey envió á Pareo, le dió cien escudos, le encargó tomára los medicamentos que creyera necesario y le mandó á las órdenes del mariscal de S. Andres que mandaba en Verdun. El mariscal y Mr. Vieille-Ville que estaban á sus órdenes, sobornaron à un capitan italiano que se obligó por 1,500 escudos á introducir á Pareo, su ayuda ó su *hombre*, en la ciudad y al capitan enviado por el Duque. La espedicion no dejaba de ofre-

(1) Ibidem pàg. CCXLVI.

cer peligro, y *á la verdad*, dice el cirujano, que *hubiera estado de mejor gana* en Paris; sin embargo entraron el 8 de Diciembre en Metz á media noche por la puerta del Mosella. Todos lé conocian porque llevaba seis años de campaña y era reputado como el mejor cirujano Al dia siguiente el jefe de los sitiados le presentó en la brecha á todos los principes y ayudantes que le abrazaron y le recibieron con gran contento. Desde aquel dia principió á curar la pierna de Mr. Mañan que hacia cuatro dias estaba confiado á un charlatan que le hacía sufrir horribles dolores. Al siguiente trepanó à Mr. Bugueno que recibió una pedrada en la cabeza y hacia catorce dias que habia perdido el conocimiento. Ambos curaron: resultados que aun la cirujia moderna puede considerar como extraordinarios y que vienen á confirmar la confianza que Pareo inspiraba a los heridos. (1)

La pequeña cofradía de S. Cosme y S. Damian, erijida de nuevo en colegio, no omitió medio alguno para poseer un hombre de tan gran reputacion y tan querido por el Rey, decidiendo que se admitiera á exàmen al barbero cirujano, aun cuando no habia estudiado latin segun lo prevenian los estatutos: y cosa chocante, le admitieron gratis. En el año 1554 Ambrosio sufrio todas las pruebas y obtuvo los grados de Bachiller, de Licenciado y de Doctor. Siempre conservó igual favor en la corte a pesar de la rectitud y firmeza de carácter. Fué cirujano de cámara de Enrique II y Francisco II, primer cirujano de Carlos IX y Enrique III; lo que ha hecho decir que los reyes de Francia le trasmitian á sus sucesores como una dotacion de la corona. En medio del barrullo de los campamentos y de las numerosas ocupaciones de su clientela, tuvo tiempo para leer cuanto se publicaba sobre su arte y escribir un gran número de libros. Perfeccionó y aun enriqueció con algun descubrimiento todas las ramas de la cirujía, publicando al instante cuanto inventaba, en lugar de guardarlo como un secreto, como sucede hoy con bastante frecuencia. «Dice en el prologo de su grande obra de cirujía, *que siempre ha hecho á todos el bien que ha podido y que por ello no se ha rebajado, así como en nada disminuye la candela, sinó que todavia vienen muchos á inflamar sus resplandores.*

La doctrina de este cirujano sobre las heridas de armas de fuego se estendió rápidamente: desde el año 1550 la siguió Bartolomé Maggi, cirujano en Bolonia, y la apoya en esperiencias decisivas, pero no

(1) Ibidem pág. CCXLVII.

nombra á Pareo: hace observar que ningun herido de arcabuz habia sentido calor al serlo ni tenia la ropa quemada, el mismo la sacaba ilesa de entre la pòlvora. Juan Lange la dió á conocer en Alemania. Leonardo de Botal célebre médico de Turín fuè tambien uno de los primeros que salió á su defensa, pero callando tambien, como los anteriores, el nombre del inventor.

*En España Dionisio Daza Chacon, Bartolomé Diaz Hidalgo de Aguero, Juan Fragoso, Juan Calvo y algunos otros. Estos cirujanos, especialmente el primero, rechazaron la funesta doctrina de Juan de Vigo y aun de los Arabes y aceptaron la corriente de Pareo, pero no tomada de este, sinó de la de un italiano llamado Micer Bartolomé que no hacia otra cosa que tratar las heridas por armas de fuego de una manera sencilla, como contusas. Veremos mas adelante lo que dice Daza; verdadero representante de la cirujía militar en nuestro pais, al cual debe la historia el siguiente recuerdo biográfico: acerca del porque aceptó la práctica sensata y cuerda del profesor italiano sin tener en cuenta lo dicho por el profesor francés.

DIONISIO DAZA CHACON, que bien en breve habia de eclipsar como cirujano español las glorias del gran Vesalio; nació en Valladolid sobre el año de 1503. Destinado por la inclinacion de sus padres, y acaso por una disposicion incomprensible de la Divina Providencia á la carrera de las letras; se inició en la Universidad de su pueblo natal, en los ramos preliminares pero indispensables á toda ciencia; son á saber: en la gramatica latina y en la filosofía. Con la base de estos conocimientos cardinales, estudió la cirujía y habiéndose trasladado á la Universidad de Salamanca con el objeto de practicar aquella al lado y bajo la direccion de Ponce el Chico, célebre catedratico entonces de la Universidad salmanticense, se dedicó al mismo tiempo á la medicina, cuya carrera terminó completamente. Luego que la hubo concluido y recibido el competente grado de profesor, aprovechando la buena proporcion que nuestras guerras en Flandes le presentaban para sus adelantos en las ciencias de curar, con especialidad en la cirugia, á cuyo ramo se dedicó esclusivamente por ser apasionadísimo; entró al servicio del Emperador y en el ejército español en clase de cirujano militar.

Si como se debe en toda narracion histórica, hemos de tener en cuenta hasta las mas mínimas circunstancias á fin de señalar con el mayor acierto posible los hechos biograficos; debemos suponer con todo fundamento que nuestro Castellano viejo permaneció algunos

años en la clase de cirujano al servicio de nuestro ejército peninsular puesto que, segun el Sr. Chinchilla, perteneció á él tan luego como terminó la carrera de la medicina, cuyo cronologista conteste con el Sr. Morejon asegura no pasó á Flandes hasta el año de 1543, esto es, á los 40 de edad, y suponiendo en un término prudencial que recibiera la investidura de profesor á los 23 años, hallamos que cuando pasó á Flandes contaba 20 de ejercicio y practica; á cuya circunstancia es preciso atribuir el que el Emperador Carlos V teniendo por su dicha y fortuna de la nacion española en aquella época memorable, tan esclarecidos profesores y tan aventajados como amaestrados operadores, destinase á nuestro DAZA, de cirujano al ejército espedicionario de Flandes y de Italia.

Aprestada toda la armada á la cual pertenecia como cirujano nuestro DIONISIO DAZA, se dió á la vela para Flandes bajo las inmediatas órdenes de D. Pedro de Guzman el año de 1543 en el puerto de Laredo, desde donde, despues de haber arribado y desembarcado en la Inclusa. marchó con toda la espedicion destinada à formalizar el sitio de Landresí. Sus estensos conocimientos en la cirujía le dieron bien pronto á conocer, no solo entre el ejército español, sino tambien en el anglo-borgoñés, mandado por el general flamenco Duque de Ariscoct; de modo que sin pretenderlo y solo por su merecida reputacion y nombradia, era consultado y buscado para asistir á todo lo mas principal de ambos ejércitos y en los casos mas àrduos y mas desesperados; reuniendo á su saber, á su pericia y á su maestría, la bella cualidad de un carácter llano y afable. Cuarenta años contaba bien cumplidos, y aun se creia mozo para dirigir la curacion en casos arriesgados...! ¡ y todavía aseguraba, que al visitar á lo principal, era por que no habia muchos de quienes echar mano, como diciendo, que mas bien le obligaba la necesidad, que le animaba el convencimiento que tuviera de sus luces...!

Aun no se habian trascurrido dos meses desde que se formalizó el sitio de Landresí, cuando esta espedicion reunida al ejército del César despues de haberse posesionado de la plaza de Durá, se retiró á Valenciennes en cuyo punto se estableció por disposicion del mismo Emperador, un hospital quirúrgico, quedando á su cuidado como cirujano primero y por órden espresa de S. M. nuestro DAZA CHACON. Para calcular cuales serian sus resultados operatorios, cuales sus desprendimientos, cuales sus virtudes como ciudadano y como cirujano en el desempeño del cargo que se le encomendara, baste decir, que el

tiempo de tres meses único que permaneció al frente, fué bastante para que el Emperador desde Bruselas, donde á la sazon se hallaba, le nombrase atendidas estas circunstancias y cualidades, su cirujano de cámara con el salario de tal mientras la guerra; honor y distincion justa, pero que bien pocos han alcanzado despues. Un profesor de su clase y de su mérito no podia quedar arrinconado en tan apuradas circunstancias, y en las cuales, suelen los profesores de la ciencia de curar prestar mas servicios á su patria que un escuadron de guerreros, pues si estos con su arrojo alguna vez sorprenden y conquistan, es siempre destruyendo; cuando el profesor castrense lleva consigo la vida y el consuelo á los infelices heridos y moribundos, quienes sin un socorro pronto, acertado y eficaz, perecerian indudablemente y en el instante, víctimas de un enemigo cien veces mas temible que los proyectiles del cañon, que el acero cortante de una espada; asi que, determinado por el Emperador el sitio de San Disier, no solo llevó consigo á Daza, su cirujano de cámara, sino que le encargó el cuidado de 500 heridos de nuestro ejèrcito al asaltar la plaza. Sus medidas y la direccion que para las curaciones diera á otros ocho profesores que quedaron á sus inmediatas órdenes, fueron tan acertadas que en el término de cuatro meses y en medio de la escasez y penuria de toda clase de utensilios, despachó con altas á la corte del Emperador completamente curados mas de 400 de aquellos infelices, no habiendo perdido sino dos de todos los restantes. Al siguiente año (1544) habiendo enfermado gravemente Juan Vazquez, primer secretario del despacho de S. M., dispuso este, que para la completa curacion se trasladase Vazquez á Madrid, asistido y cuidado por dos de sus profesores de cámara, el Dr. en medicina Aguilera y nuestro cirujano DAZA, el cual, no bien hubo desempeñado su comision, cuando sin descansar de tantas fatigas intelectuales y materiales, regresó á Bruselas donde le llamaba el cuidado del ejército y del César. Asuntos interesantes y acaso de familia le hicieron regresar á España y á fijarse en Valladolid, en cuya ciudad permaneció CHACON, hasta el siguiente (1547) que por espreso mandato de Carlos V, despues de haber vencido al Duque de Sajonia, marchó á la ciudad de Augusta en Alemania.

Si hubiéramos de creer en la predestinacion, nuestro Emperador debió tenerla acerca del azote mas temible que todas las guerras y que tan de cerca amenazaba á la ciudad de Augusta, pues apenas habia llegado nuestro VALLISOLETANO, cuando se desarrolló en la ciudad una fiebre tan mortífera, que se vió obligado el César, á disponer, que

todos los españoles contagiados se reunieran é incomunicaran en una casa extramuros de la poblacion. Esta circunstancia aciaga para el vecindario y ejércitos, dió motivo á nuestro cirujano DAZA CHACON para que pusiese á toda prueba su filantropía médica y su patriotismo cívico admitiendo y recibiendo gustoso el nombramiento de profesor de aquel lazareto, precisamente en la ocasion (segun confiesa él mismo) que todos ó los mas lo rehusaban.

Ajustados los esponsales entre el príncipe Maximiliano primo hermano de nuestro primogénito infante D. Felipe II con la infanta D.ª María, hermana de este é hijo del César augusto, á principios del año 1548 tuvo la honra nuestro DIONISIO DAZA, no solo de formar parte del cortejo festivo y nupcial que debiera acompañar á Maximiliano desde Alemania á España, sinó tambien, la de haber sido elegido por el César, cirujano de cámara del príncipe novio, en prueba del alto aprecio y distincion que de sus conocimientos en la ciencia tenia de él Carlos V; en cuyo servicio continuó, hasta que habiendo partido para Alemania el príncipe Maximiliano y su familia, fué trasladado al de la cámara de la princesa D.ª Juana, hermana tambien de Felipe II é hija de Carlos V.

Poco tiempo fué necesario para que esta princesa satisfecha de las virtudes de su cirujano DAZA, y confiada en su ciencia y profundos conocimientos, le hiciera seguir en su servicio y comitiva cuando marchó á Lisboa para contraer nupcias con el padre del que habia de ser su hijo, del niño é infante don Sebastian, heredero á los tres años del reino de sus antepasados, por defuncion, primero de su padre, y al poco tiempo de su abuelo D. Juan de Portugal.

Viuda la princesa D.ª Juana hácia el año de 1554, ó 55, regresó á Valladolid, y en su acompañamiento nuestro DAZA siempre estimado y favorecido de tan alta y esclarecida persona. Á los dos años sobre poco mas ó menos de haber regresado de Lisboa la escelsa viuda doña Juana, esto es, en el de 1557, queriendo dar á su cirujano DAZA una nueva prueba de su aprecio y distincion; le confirió la plaza de cirujano del hospital real y militar de la corte (Valladolid) vacante por la defuncion de Herrera. Mas apenas hubo tomado posesion de su nuevo destino, cuando acudieron á su alteza en queja los procuradores de la ciudad por no haberse contado con ellos para la provision segun costumbre y fueros. Quejas hasta cierto punto tan fundadas, no podian ser desatendidas de quien como S. M. solo queria la equidad y la justicia, al propio tiempo que el mejor acierto en negocio

tan trascendental: en su consecuencia, despues de haber oido el dictámen del consejo real, se determinó proveerla por oposicion pública, fijando al efecto edictos convocatorios en todas las principales poblaciones de la monarquía, en los que se señalaba en recompensa, al que la obtuviera, habitacion de valde y el sueldo anual de ochenta mil maravedises. Advertidos los mas de los 15 opositores, que se contaba en este número nuestro DAZA CHACON, desistieron de su propósito á escepcion de los Sres. Victoria y Diez doctores por la universidad de Alcalá y del licenciado Torres. Para la mas completa justificacion fueron censores todos los médicos y cirujanos de cámara, asistiendo tambien obligatoriamente los Sres. del Consejo, los Alcaldes de casa y córte y muchos grandes títulos de Castilla. Los ejercicios se redujeron á dos, uno teórico sostenido por un opositor y rebatido por los demás y otro práctico acerca de una dolencia dada, siendo el resultado de todos, reponer en su destino á nuestro DAZA por cuatro votos contra dos. Un resultado tan brillante debido únicamente á su mérito científico patentizó la justicia con que procediera S. A. la princesa D.ª Juana al agraciarle con la plaza, y para demostrarla y hacerla pública, mandó que todos los médicos, cirujanos, alcaldes y títulos que habian presenciado las oposiciones, acompañasen en el paseo público, como en cortejo á su cirujano, dando con esta satisfaccion pública, una leccion bien dura pero merecida á quienes se habian quejado por la gracia que concediera á su cirujano CHACON al presentarle la plaza del hospital de la corte. Seis años desempeñó este destino nuestro DAZA, el cual tuvo al fin, que renunciar, no tanto por el mucho y penoso trabajo, como por habérselo así ordenado el príncipe D. Cárlos á cuya cámara se hallaba destinado como cirujano; sin que por todas estas circunstancias perdiera la gracia de la princesa, quien por su parte le señaló la cantidad de veinte mil maravedises para aumentar la renta anual de ochenta mil que disfrutaba por el príncipe.

Elegido D. Juan de Austria, capitan general de nuestras galeras; dispuso el emperador que el cirujano DAZA dejase el servicio del príncipe D. Carlos y de la princesa D.ª Juana para atender al cuidado de su hijo; lo que se verificó en el año 1569 y á los 63 de edad embarcándose con el mismo príncipe en nuestro puerto de Cartajena. De allí, despues de corridas las costas de Berbería y hecha escala en el Peñon, en Melilla y en Oran; vino con toda la tripulacion á desembarcar en Barcelona desde cuyo punto se trasladó á Madrid. Apenas era llegado, recibió una carta autógrafa del rey

mandándole trasladarse inmediatamente al cuartel general del otro D. Juan de Austria que se ocupaba en el sitio de Granada; y nuestro DAZA sin estorbo alguno por los años, ni por los trabajos, cumplió las órdenes soberanas del Emperador, poniéndose á las de D. Juan el año de 1570.

Á juzgar como biógrafos, nos es lícito creer que nuestro DAZA era destinado á los ejércitos como un gefe superior facultativo, como un verdadero inspector, pues de otro modo no se esplica, ni su corta permanencia en un punto, ni su inesperada traslacion á otro y á otros. Que esto fuese asi, lo indica naturalmente el estado belicoso que en aquella época memorable en los fastos de nuestra historia patria, ostentara nuestra nacion magnànima. En las mas de las extranjeras tremolaba la bandera española y con ella marchaban sus hijos victoriosos. Sus ejércitos no estaban reconcentrados en un solo terreno; dominaban á muchos y estendian por ellos, su religion, sus leyes, y sus costumbres.

Admitidos estos hechos, esplican aquella congetura y dan razon del porque, al año siguiente ó sea en el de 1571, le volviese á mandar S. M. trasladarse á Lepanto, bajo las órdenes de D. Juan de Austria que se ocupaba en hacer la guerra al Turco. En obediencia á esta soberana disposicion se embarcó de nuevo en Cartagena, corrió la derrota del mar Mediterráneo por el peligroso llano de Valencia, aportó á Barcelona, y de aquí, tambien por mar, arribó á Génova, desde donde marchó á Nápoles y Sicilia, y por último á Corfú en cuyo punto se hallaba S. A. Don Juan de Austria. Al lado y servicio de este príncipe, y bajo sus inmediatas órdenes, permaneció dos años, desempeñando con el mayor lucimiento todos sus cargos hasta el año de 1573; terminada la jornada de Lepanto, regresó á su patria y á la villa de Madrid, tocando primero y desembarcando en el puerto de Peñiscola.

Negocios diplomáticos dieron en aquella sazon motivo á que el rey D. Felipe II concertase con D. Sebastian de Portugal una entrevista en Nuestra Señora de Guadalupe; y su primera diligencia fué hacerse acompañar de su médico-cirujano DAZA, á quien, por último, despues de la jornada, se dignó jubilar en el mismo Guadalupe, con todo el sueldo que en activo servicio disfrutaba y con la libertad de poder elegir para su domicilio y descanso, el pueblo que mejor le acomodase; atendida su avanzada edad, teniendo en cuenta sus reiterados y buenos servicios, y acaso tambien presente, que no pudiera soportar las fati-

gas anejas al desempeño de la Medicina castrense en la próxima jornada que para la guerra de Portugal iba á empeñarse.

En medio de su vida activa y laboriosa; sin embargo de las privaciones, consiguientes al servicio de los ejércitos durante unas hostilidades como las que sostenian entre los nuestros y los extranjeros; el castellano viejo DAZA, gozó siempre de una salud robusta y en tal estremo, que á los 71 años, se creia con fuerzas todavía suficientes para seguir la espedicion de Portugal.

Estas son las palabras que en su obra de Cirugía dice al fin del prólogo con referencia á esta opinion nuestra.

Fué la merced doblada por dos razones: (habla de la jubilacion). *La primera por ser yo el primero, á quien S. M., y el Emperador, su padre, de gloriosa memoria, jubilaron de esta Facultad. Y la otra por ser ocho dias antes que S. M. partiese para la guerra de Portugal, donde habia mas necesidad de mi servicio.*

Sus virtudes, su cortesanía y su caballerosidad, están bien significadas con reparar, que siempre en su dilatada carrera de 37 años por lo menos, estuvo al servicio de las personas reales y á la cabeza en nuestro ejército, como profesor. Fué el primero entre todos sus compañeros que alcanzase la distincion de ser jubilado y con el sueldo del Erario, y el primero tambien, que sin las injusticias tan frecuentes ahora, obtuvo por su saber y pericia en rigorosa oposicion, una plaza del hospital de la córte.

Sensible es por cierto no saber á punto fijo el año ni la edad en que muriera nuestro DIONISIO DAZA, aunque es de presumir fuese cumplido el de 1580 y á mayor edad que la de 77 años, puesto que en este mismo (1580) está censurada la obra de Cirugía que dió á luz en Valladolid siendo mas que probable viviese en aquella época; al menos esto se infiere de su prólogo.

Tambien la circunstancia de haberla escrito en su pueblo despues de jubilado, es una razon convincente para creer moriria en él, pues no debe inferirse que á su edad avanzadísima y habiendo visto tanto y tan bueno, hubiera tenido otros nuevos deseos.

Conservó íntimas relaciones con los primeros profesores tanto nacionales como extranjeros, con tal aceptacion en Cirugía que baste asegurar, se honraba el gran Vesalio de la compañía de nuestro paisano y compatricio, cuando tenia que tratar asuntos practicos. Séanos permitido tributar á sus manes el mas grato recuerdo, la mas justa veneracion. ¡Dichoso él, que contára sus dias en una época médica mas

justificada y justiciera!... ¡y dichosa su memoria, que en la historia de nuestra medicina patria ocupa las páginas correspondientes á épocas cuyo carácter principal era la probidad!.. (1)

Daza resolvió mucho antes que Pareo las cuestiones propuestas por este á Silvio y á los cirujanos de S. Cosme. En la primera el cirujano francés se ocupa de la situacion que ha de tener el herido para extraer el proyéctil causa de su herida. A esto Daza dice lo que sigue: «lo primero que hay que hacer es poner y colocar al herido en la misma postura que estaba cuando fué acometido, porque si le poneis ó situais de otra manera, los músculos toman otra postura y sitio y así se cierra el orificio de la herida ó se hace mas angosto, de manera que no podeis sacar ninguna cosa de las que necesariamente se han de sacar.»

En la segunda marca las condiciones que debe tener el cirujano, lo que debe entenderse por cosas estrañas en las heridas y la manera que se han de sacar y los instrumentos necesarios para ello en las palabras que siguen: «que para sacarlas es necesario cirujano docto y muy esperimentado, como muy largamente tengo tratado en el libro 1.°, cap. X,: que los que no lo son, luego entran cortando y dislacerando con los dedos, y con herramientas con una crueldad terríble; que si lo cometiesen á naturaleza, escusarian muchos accidentes que vienen, y acaban los heridos, y ella lo viene á echar por espacio de tiempo sin lesion ni daño ninguno, así que esto se ha de hacer con mucha discrecion. Y como dijo Hipócrates, ninguna cosa se ha de hacer atrevidamente, ni dejarse cuando conviene, ni todas las heridas se han de ampliar, ni todas las balas se han de sacar, y menos abriendo por la parte contraria, sino hacerlo cuando convenga, y cuando aproveche y sea muy necesario, que malos accidentes que le han de sobrevenir, como cuando la pelota comprime algun nervio que por su gran sensibilidad sobrevienen grandísimos dolores, ó cuando entra en la cabeza, ó en el pecho, ó en las tripas, aunque las de la cabeza tienen muy mayor peligro que otras ningunas: á estos es mejor sacarselas en la

(1) Ademas de los cirujanos escritores, que como Pedro Arias de Benavides, Francisco Arceo, Francisco Diaz y los que en adelante citaremos, habia otros que sostenian muy alto el crédito de la ciencia quirúrgica en España. Tal era el cirujano Angulo, titular de la ciudad de Búrgos, gran conocedor del tratamiento de las heridas de arcabuz, que fué llamado el 19 de Febrero de 1534 por mandato expreso del Emperador Cárlos V segun carta fechada el mismo dia, mes y año en Vitoria y dirijida al Consejo de la ciudad, para asistir y curar en Pamplona al Capitan D. Fadrique de Acuña, herido en el sitio de Fuenterrabia, *sin que durante su ausencia de dicha ciudad se le descontase nada de su salario*. En el archivo de dicho Consejo hay muchos documentos médicos pertenecientes á dicho Rey dignos de publicarse.

primera cura si fuera posible, que no diferirlo, porque como la pelota es pesada, algunas veces muda el lugar, y así se halla con mas dificultades.»

«Téngase cuenta con que algunas veces suelen venir grandes flujos de sangre, y con la codicia de sacar la pelota no atienden los imperitos á él; y es un accidente á quien se ha de echar el ojo por ser tan peligroso. Si hubiere fractura, y algunos pedacillos de hueso estuvieren pegados con el periostion, si se pueden sacar sin peligro, sacarlos, sino dejarlos, porque la naturaleza hace mayores milagros que sacarlos; que aun las balas se suelen echar hasta el cuero, de donde con facilidad se sacan, como yo he sacado muchas.»

Algunos instrumentos hay para sacar las pelotas, y los más de los que pintan no aprovechan: y si quereis os diga una verdad con juramento, que de infinidad de estos heridos que he curado, muchos mas sanaron de los quedaron las balas en el cuerpo, que no á los que se las saqué, y así, si se las podia sacar con facilidad las sacaba, y si no las dejaba, porque de dejarlas nunca tuve mal suceso, y de sacarlas muchos. Dígoos esto, porque no penseis que toda la felicidad está en sacar la pelota para el buen suceso de la cura, aunque os digo que es grandísimo alivio para el herido ver que le han sacado la bala, porque le parece que viéndola queda seguro de todo. Y luego meter el dedo por la herida, porque en fin, como tiene tan gran sentido, mejor se percibe con él lo que está dentro que no con la tenta, y si con esta no lo hubieres de hacer por estar la bala muy metida, mira que ni sea muy gruesa, ni muy delgada, sinó que tenga el medio, y siendo de esta manera no se os esconderá nada ni penetrará mas de lo necesario, y así ha de tener la punta redonda y obtusa: pero todavía aconsejo que si se pudiere hacer con el dedo, que no se haga con la tenta; y si por el orificio que hace la bala no pueden salir las cosas estrañas que están dentro de la herida, lo primero que habeis de hacer es ampliarla un poco, como la ampliacion que hiciereis no sea peligrosa.»

Una vez que ha dado estos consejos Daza, espone los motivos que tuvo para desechar la práctica de Juan de Vigo y Alfonso Ferreo, seguida hasta entonces por el y por Vesalio, diciendo.

«Sacadas las cosas estraneas, las que con mucha comodidad se pudieren sacar; hareis la primera cura, no de la manera que hacian Ioanes de Vigo, y Alfonso Ferreo, que estos como tenian por muy cierto que estas heridas eran venenosas, entraban cauterizando, ó con cauterios actuales ó con potenciales, y así embutian las heridas de lechi-

nos muy empapados en tormentina y aceite de sahuco muy hirviendo; y esta manera de curar usamos el año 44, estando la Magestad del Emperador Carlos V de gloriosa memoria, sobre Landresi, y esta usaba el doctísimo Vesalio, con la cual manera de cura, no solo los heridos eran infestados con grandísimos dolores, y otros accidentes perniciosos, pero las llagas se hacian consordidas, y putridas que no nos podiamos averiguar con ellas. Estando luego adelante la Magestad Católica con su ejército sobre Sandesier, vino al campo un Cirujano italiano que se llamaba Micer Bartolomé, muy docto y de mucha esperiencia, y comenzó á curar estas heridas muy de otra manera que nosotros las curávamos, que era como si curara una herida contusa, con lo cual ganaba muchos escudos y mucho crédito, que como no martirizaba los heridos, como nosotros lo haciamos, con los cauterios, todo le sucedia bien, y curava en brevísimo tiempo, en respecto de lo que nosotro nos duraban las curas. Visto y entendido el negocio, por los buenos sucesos (determinamos de seguir su parecer, y con él tuvimos muchos y buenos sucesos, á lo menos quedando yo en aquella fuerça por mandado de su Magestad con quinientos heridos por nomina, sanaron tantos de ellos, que en diversas veces fueron á la Corte, que se tuvo por muy buen suceso, y todos se curaron de la manera que curava el Italiano. Y tengo por cierto, que si le curaran de la otra, perecerian muchos. Acertó tambien en aquella sazon venir al ejército el Dr. Laguna, el que comentó á Dioscorides, y nos aprovó la cura de Micer Bartolomé, y que en Italia principalmente en Roma, se usaba aquella práctica.»

En la tercera Pareo se propuso acordar lo conveniente para contener las hemorragias, concluyendo por aceptar la ligadura, no aplicada aun en los casos de amputacion. Nuestro cirujano dice que son cinco los medios para atajar en estas heridas la sangre cuando esta sale en cantidad, ya para debilitar el organismo y poner en grave peligro su accion, ya para impedir la cicatrizacion: el primero es coser la herida como lo manda Galeno y Avicena en los capítulos 5.° de su *Método de curar* y 17 del *Cánon*. El segundo el quitar la sutura, abrir la herida y espolvorearla muy bien con algunos de los polvos ya dichos. (1) El tercero, atravesar la vena ó arteria y cortarla del todo al través. Porque Galeno da razon de esto en su *Método de curar* cap. 3.° y en el 8.° de las

(1) Estan compuestos, de incienso, almaciga, tierra foliada y bol arménico, mirra, acíbar, harina fina. Todo esto mezclado ó batido con clara de huevo hasta darlo consistencia de miel.

Administraciones anatómicas diciendo que como se corta la vena ó arteria, se retiran las partes de la vena y se meten debajo de la carne y esta misma la aprieta tanto, que no deja salir la sangre. El cuarto se hace laqueando la vena ó la artería y así lo dijo Galeno en el capítulo 3.º del libro que primero hemos citado, que á su vez y juntamente con otros lo tomó de Hipócrates en su libro de las *Enfermedades vulgares* cuando poniendo las maneras como se habia de atajar el flujo de sangre: dijo *Deligatio*: entiendo por la laqueacion y la ligadura. El quinto es la aplicacion de remedios que tengan la fuerza del fuego y cuando estos no la presentasen, aplicar el mismo fuego.

Daza aconseja la amputacion de los miembros estiomenados por la parte sana y á distancia (1) sin emplear cuchillo rusiente como era de practica, pero diciendo que se cauterice despues todo, menos el círculo del cuero encargado de cubrir la solucion de continuidad. Esclavo aun en esto de los consejos de los Arabes, principalmente de Albucasis, no supo ó no se atrevió á sacudir su yugo y continúo en perpetua contradiccion consigo mismo siempre, puesto que tal error lo estampa en otras ediciones posteriores de su libro.

Fragoso viene despues sosteniendo la misma doctrina de Dazá, pero adelantándose á decir algo mas que este acerca de los medios mas conducentes para adormecer la intensidad de los dolores, no solo en los casos de contusion, sinó en todas las ocasiones en que se tenia gran dolor. Se pregunta que debe hacerse y como se hace para adormecer la sensibilidad y contesta, «*que usando el zumo de beleño, cicuta, mandrágora y adormideras y que estos zumos se envuelvan en una esponja nueva, la cual despues de seca al sol, se meta en agua caliente para que la huela el enfermo hasta que se duerma.*» Esto no es mas que la anestesia moderna menos perfecta y acabada y mas rodeada de peligros, pero verdadera y original cual correspondia al eminente cirujano que la describe: anestesia que estendió á cualquiera parte del cuerpo que tuviera que sufrir los efectos de algun instrumento cortante, puesto que dice se apliquen á ella los polvos de la *Piedra mephieres «para que no se sienta cortar.»*

Pero quien hizo progresar mas la terapéutica quirúrgica en lo que tiene relacion con las heridas de arcabuz fué Bartolomé Diaz Hidalgo de Agüero, con su nuevo método de la via particular y su empeño en desterrar la práctica violenta y martirizadora de quemar y mutilar.

(1) Libro 2.º pág. 180 y siguientes.

Este cirujano principia por sentar una série de proposiciones hijas de su esperiencia, que contienen toda su doctrina, reducida á unir todas las heridas por primera intencion, valiéndose para ello de la sutura sangrienta; fundado en que con esta no se marcha tan facilmente el calor nativo que es para Agüero el *todo* en la curacion de esta clase de heridas. Si en la doctrina de este profesor no reinara cierto esclusivismo que rechazan de consuno la razon y la esperiencia y que ya Fragoso llamó la atencion del mismo autor; hubiera sido, acaso, la última palabra que pronunciara la cirujía en esta clase de cuestiones, pero esta circunstancia disminuye bastante el mérito del profesor sevillano y hace que los que le sucedieron no acogieren su doctrina con el interés que inspira una verdad tan grande como la que estampó en su libro. Los demas cirujanos de este siglo, especialmente Juan Calvo, volvieron á incurrir en casi los mismos errores que Juan de Vigo, debido á la tibieza con que en un principio los partidarios de Agüero sostuvieron las opiniones de su maestro, para volver despues á la práctica conservadora, como diremos en su lugar. Es pues cierto que nuestros cirujanos del siglo XVI habian modificado la práctica mutiladora de Juan sin tener en cuenta lo que hacia el cirujano barbero de París, cual pretende el autor de este libro, y que ya por sí, ya imitando la práctica del cirujano italiano que hemos mencionado, concluyeron con tantas preocupaciones y errores como contenia la doctrina del cirujano de Julio II. *

Me he estendido algo sobre la teoría de las armas de fuego porque este género de lesiones desconocidas de los antiguos habia adquirido entonces una grande importancia que se aumentó de dia en dia, por la creacion y adopcion de esta especie de instrumentos. No tengo tiempo para descender á pormenores relativos á los adelantos de las demas ramas del arte; estos encontrarán su oportunidad en el periodo siguiente cuando echemos una ojeada retrospectiva sobre cada una de las principales operaciones quirúrgicas.

CATITULO VIII.

Obstetricia.

Ya tengo dicho y no veo inconveniente el repetirlo, que la obstetricia es una rama de la cirujía que á causa de su importancia, merece ser estudiada por separado. Ya he llamado la atencion sobre la circunstancia de que, con bastante frecuencia, la vida de dos individuos de-

pende de una maniobra hábil, de una indicacion bien hecha. Los grandes cirujanos del siglo XVI sintieron esta verdad y no olvidaron un arte tan bienhechor, pero ninguno de ellos se ocupó de una manera tan especial como Jaime Guillemau discípulo y comensal de Ambrosio Pareo. A él se deben los primeras mejoras que los modernos han llevado á cabo en este arte. Citaré como una de las hechas, el terminar artificialmente el parto en los casos de hemorragía considerable y de convulsiones. Guillemau apoya este precepto en la autoridad de Hipócrates y lo que es mejor todavia en un gran número de hechos que prueban cuan útil es esta práctica y cuan peligroso es faltar á ella cuando está indicada.

La operacion cesarea habia sido conocida de los antiguos Griegos y Romanos, pero durante la edad media habia sido abandonada como tantas otras, Algunos cirujanos de aquel tiempo trataron de rehabilitarla, entre otros Francisco Rousset médico del Duque de Saboya que lo recomienda con calor. Refiere nuevos y muchos casos de buen éxito para la madre y para el hijo. El mas notable de todos es el de una mujer de Milly seis veces operada y muerta á la sétima por ausencia del cirujano que la habia salvado antes. Desgraciadamente estos hechos no tienen todas las garantías de autenticidad.* Nuestros profesores Damian Carbó (de Mallorca) y Luis Lovera (de Avila) se ocuparon con esmero de esta parte de la cirujía y con bastante criterio. El primero escribió un libro con este título: *Libro del arte de las comadres ó madrinas y del regimiento de las preñadas y paridas y de los niños*, dividido en dos partes. En la primera despues de encomiar la necesidad del estudio del arte de partear y de las circunstancias que deben tener las comadres, pasa á describir los organos de la generacion, los signos de la preñez, la conducta que durante ella deben observar las mujeres, los síntomas del aborto y otras particularidades anejas á la funcion gestadora. Despues esplica lo que es y como se efectúa el parto, el cual está, segun su juicio, subordinado al mayor ó menor crecimiento del feto, teniendo por esto como cosa natural un parto antes de los nueve meses ó despues de ellos; la facilidad ó dificultad de él y de los medios que debe emplear el comadron en el caso de carecer de vida el producto concebido, concluyendo con dar consejos para la extraccion de la placenta y el régimen que ha de seguir la parida. En la segunda espone cuanto es preciso poner en práctica para remediar los accidentes del puerperio y concluye con un tratado acerca de la dificultad de la generacion, así en el hombre como en la mujer. El se-

gundo, otro cuyo título es: *Libro del régimento de la salud y de la esterilidad de los hombres y las mujeres y de las enfermedades de los niños* y *otras cosas utilísimas*, en cuyos capítulos 3.°, 4.°, 5.°, 6.° 7.° 8.°, 9.°, 10, 11, 12 y 13 se ocupa de los medios de impedir el aborto, de las señales que demuestran haber muerto el feto, del aborto y sus síntomas, de las señales del parto, del que es natural y el que no, del que se efectúa con facilidad ó lo contrario, de los medios mas á propósito para hacerle fácil y de los que convienen en los difíciles; concluyendo con aconsejar la conducta que el comadron y las parteras deben seguir en los casos de retencion de la placenta y los medios mas conducentes para impedir ó corregir la série de enfermedades á que estan espuestas las paridas en el puerperio. Los capítulos hasta el 42 los dedica al exámen y descripcion de las enfermedades de los niños recien-nacidos, á los medios curativos y preservativos de ellas sin que en semejante tarea omita nada de cuanto se sabia en el tiempo que escribió su libro.

CAPITULO IX.

Clínica.

Hemos dicho ya que la clínica es una rama de la ciencia médica; es la ciencia enseñada á la cabecera de los enfermos; es la teoría puesta en presencia de la realidad. En vano es que el jóven médico se alimente de los preceptos de los mas grandes maestros, en vano que escuche por un gran número de años á los mas sábios profesores y grabe en su mente sus lecciones, sinó las comprueba á la cabecera de los enfermos: su doctrina y el conocimiento de ella será imperfecto. Podrá poseer entonces nociones generales bastante estensas, pero ignorará una porcion de detalles que no pueden describirse con la palabra y que solo viéndolos se pueden aprender. Será acaso muy apto para discurrir sobre las mas arduas cuestiones de la ciencia, para arrancar aplausos de los que le oigan, pero no será todavía mas que un mediano práctico que se aturdirá ante una enfermedad grave y complicada y que no sabrá distinguir entre una multitud de síntomas, los que debieran servir para formar la primera indicacion, de aquellos que son accidentales; que no tendrá, en fin, resolucion para obrar con prontitud y energía en un caso en que corre riesgo la vida del enfermo: porque decision semejante no se adquiere sinó con el uso. De esta manera si el discípulo no practica por sí, ve al menos practicar al

maestro y adquiere la esperiencia sin ningun peligro para los enfermos. En una palabra, la enseñanza clínica es el complemento indispensable de toda educacion médica.

En los tiempos primitivos, cuando la medicina solo se componia de un pequeño número de nociones fáciles de retener en la memoria, cuando estas solo se perpetuaban por la tradicion, no habia otro modo de enseñar la ciencia que la clínica, las lecciones de entonces consistian mas en ejemplos que en preceptos, el discípulo se asociaba al maestro en calidad de ayudante ó de adjunto; bajo su direccion se habituaba á ver enfermos y distinguir los males, á preparar y administrar los medicamentos. Mas tarde se continuó lo mismo, cuando el ejercicio del arte medico era peculiar de los sacerdotes; las obras de Hipócrates están llenas de historias admirables para el tiempo en que se escribieron. Pero despues de la fundacion de la escuela de Alejandría no habla nada la historia de la enseñanza clínica de la medicina. Las historias trazadas con arreglo al modelo de las escuelas asclepiadeas se fueron haciendo muy raras, porque se paraban poco en observar á los enfermos, gustaba mas á los profesores disertar sobre la naturaleza del hombre, la esencia de las enfermedades, la accion primitiva de los medicamentos, que observar con paciencia los síntomas y describirlos con sencillez, tales como los presentan los sentidos.

La invasion de la filosofía en el dominio de la medicina fué una de las principales causas del abandono de la observacion clínica. Estos hombres estraños á la práctica se imaginaron y persuadieron á los demas, que no era necesario, para esplicar la naturaleza, detenerse en apreciar los fenómenos sensibles, sinó que se debia penetrar por la inteligencia mas allá de estos; investigar la constitucion íntima de los séres, sus principios elementales é invariables, de donde dependen, segun dicen, las formas aparentes ó movibles que impresionan nuestros sentidos. En su opinion, este era el único medio de asentar en sólidas é inmutables bases la ciencia, mientras que del otro modo no puede crearse nada con estas condiciones.

Esta filosofía sofística estravió á los médicos hasta el estremo de querer remontarse al conocimiento de la vida con solo algunas nociones anatómicas y fisiológicas, de conocer su mecanismo, de determinar la manera de formarse las enfermedades ó sus causas ocultas y de dirigir la accion de los agentes terapéuticos contra estas afecciones rudimentarias. Sustituyeron con hipotesis abtrusas los sencillos resultados de la observacion y creyeron haber levantado el edificio científico sobre

una base inquebrantable, porque le habian establecido sobre un fundamento inaccesible á los sentidos, y por lo tanto, al abrigo de sus ilusiones y de su instabilidad.

En esta doctrina pierde la observacion clínica toda su importancia, no es ya el rayo de luz que debe iluminar todos los pasos de la ciencia y hacerla progresar; es solo una luz débil é incierta que no sirve mas que para dirigir al artista en la aplicacion de las reglas fijas descubiertas por la inteligencia, no sin haber iluminado antes la ruta de la razon humana y haber servido de punto de partida á la inteligencia para elevarse á las verdades mas sublimes.

En vano algunos sábios desilusionados por la esperiencia del poco valer de las teorias se esforzaron en volver á los médicos al estudio de los fenómenos proclamando que nuestros conocimientos sobre la naturaleza de las cosas no van mas alla de las sensaciones, en vano afirmaron que el único medio de aumentar nuestros conocimientos consiste en añadir nuevas observaciones á las ya conocidas; no se les escuchó; porque el espíritu humano no se aviene bien con esta lentitud, y la imaginacion goza con adelantarse mas que el tiempo.

Prefirieron la ciencia basada en dogmas que creyeron fundados en la esencia de las cosas, al estudio penoso, incesante é inagotable de los fenómenos sensibles. La pereza y la vanidad encontraron escelente acogida en esta última doctrina. Sin embargo no se perdió por completo la costumbre de observar los hechos y describirlos tal como se presentaban á la observacion. Los empíricos fueron fieles á su bandera y la tradicion refiere que habian recogido desde los primeros tiempos de la Escuela Alejandría un numero considerable de histórias clínicas, que perfeccionaron despues Areteo, Celio Aureliano y otros, sin que hayan tenido que añadir cosa notable los modernos.

Despues de la muerte de Galeno, durante el trascurso de tiempo que hemos nombrado la segunda edad de la medicina, los príncipes de la ciencia, aun en medio de su esterilidad habitual, solo nos han trasmitido un pequeño numero de hechos clínicos interesantes, algunos de los que hemos ya citado, tales los que corresponden á las fiebres eruptivas cuya descripcion completa hicieron los Arabes, pero que no pueden considerarse como hijas de la esperiencia clínica.

Mucho tiempo despues del renacimiento de las letras en Europa, estaba olvidada la enseñanza clínica tan útil á los progresos de la ciencia y tan indispensable á los jóvenes médicos. Esta circunstancia ha hecho pronunciar á Pinel las siguientes palabras que parecerán

algo severas: «Me parece que las primeras ediciones de los libros griegos, al principio del siglo XV debieron aconsejar la restauracion de los estudios clínicos, como la mejor garantía de una sólida instruccion y de los progresos ulteriores de la ciencia; pero esta idea feliz tardó en ponerse en práctica mas de dos siglos, porque solo se ocupaban los médicos de disputar sobre asuntos de ninguna importancia, alejándose del verdadero camino para hacer progresar la ciencia; cual es el estudio de las enfermedades á la cabecera de los enfermos.» (1)

Me parece que este célebre nosólogo no aprecia, con la justicia que debiera, los servicios prestados á la ciencia por los médicos de este periódo. Verdad es que no tubieron la buena idea de fundar la enseñanza clínica tal como hoy existe en nuestros hospitales; verdad es que se ocuparon mas de investigaciones filosóficas que de la observacion de la naturaleza: pero qué otra cosa mejor podian hacer que volver á despertar al espíritu humano tan dormido durante tantos siglos; que restaurar la ciencia griega en toda su pureza, tarea penosa é ingrata, pero necesaria, que debia preceder á su reforma? Y sin embargo los médicos del siglo XV no olvidaron por completo, como mas arriba se afirma, el estudio de los fenómenos sensibles y la descripcion de las enfermedades. Principiaron á describir epidémias por el estilo de las de Hipócrates, dignas de figurar al lado de ellas, observaron una multitud de enfermedades nuevas, inventaron medios terapeúticos desconocidos de los antiguos; en fin, en el siglo XVI algunos médicos llevaron el espíritu reformador hasta un estremo abusivo, como veremos mas adelante. Se conquistaron, pues, un nombre histórico como clínicos Nicolás Masa de Venecia; Juan Crato de Craftheim; Remberto Doodens, Juan Schenck, Felix Platero, Pedro Foresto, Marcelo Donato, Luis Dureto, en fin Guillermo Baillou, digno por sus conocimientos y carácter de figurar á la cabeza de la reforma médica que comenzó en el siglo XVII.

Nada prueba mejor los adelantos que hizo el arte de observar y descubrir los fenómenos patológicos en la época del renacimiento que el gran número de enfermedades nuevas á las ya conocidas que mencionan los médicos. Por primera vez se ven en sus escritos los nombres de sifilis, coqueluche ó tos ferina, escorbuto, plica polaca, rafania.

No puedo creer que todas estas afecciones, algunas de las que alteran profundamente la economía hayan aparecido al mismo tiempo

(1) *Diccionario de ciencias médicas* en 30 vol, palabra Clínica.

en Europa, ni tampoco es verosimil en que las relaciones políticas y comerciales, el descubrimiento del nuevo mundo, la frecuencia de los viajes marítimos, en una palabra, las modificaciones en la higiene pública y privada por consecuencia de tantos acontecimientos hayan dado origen á tantos males desconocidos. Lo provable es, diré casi seguro, que la mayor parte de estos males existian ya, pero que no los habian descrito minuciosamente hasta entonces.

Los médicos modernos no estan de acuerdo sobre el origen de una de estas enfermedades, es decir, sobre la sifilis: los unos opinan que se presentò espontáneamente en Europa al terminar el siglo XV; otros creen que ha sido importada del Nuevo Mundo á Europa; otros, en fin, y es el mayor número, no ven en la sifilis mas que una de tantas degeneraciones de la lepra. Vamos á discutir cada una de esta opiniones y elegir la que nos parezca mejor.

I. La primera tiene en su apoyo á los mas antiguos historiadores de la sifilis, que la consideran como una especie de peste (lué venerea) desarrollada bajo la influencia de una constitucion epidémica particular. Dicen que apareció casi al mismo tiempo en toda Europa; en Berlin, Halle, Brunswick, en la Lombardia, en la Pulla, en la Auvernia etc., y por eso creen que es imposible que se haya propagado tanto y con tanta rapidez por los solo efectos de un comercio impuro. Mas están muy discordes en la apreciacion de las causas que dieron ó han podido ocasionar esta constitucion. Leoniceno las considera como producidas por las grandes inundaciones que hubo en muchos puntos de Italia al finalizar el siglo XIV. El calor del sol secó la tierra y los pantanos sobrevenidos en los terrenos bajos, hicieron desprender miasmas que dieron origen á la enfermedad venerea y apoyaba su dicho con la autoridad de Hipócrates y Galeno. En efecto, estos autores, dicen, que en tiempo humedo, cuando solo reina viento Sud ó que no hace aire sobrevienen flujos, constipaciones de la nariz y las orejas, úlceras en la boca, pústulas y supuraciones en los órganos genitales.

Otros atribuian su presentacion á la influencia de los astros, tal es cuando se verifica la conjuncion de Saturno con el signo Aries ó la del Sol, Mercurio, Júpiter ó Marte con el signo Libra. Muchos rechazan estas esplicaciones curiosas y solo ven en el mal un castigo de Dios por su libertinaje. Van-Helmont veia en la sifilis el resultado de la copula de un hombre con una burra llena de lamparones. Andrés Cesalpino el producto de la mezcla que habian hecho los Españoles de su sangre con el vino. Gabriel Falopio un veneno que los pérfidos

Napolitanos habian echado en los pozos donde sacaban agua los Franceses.

Semejantes estravagancias no merecerian la pena de ser referidas, sinó pintáran gráficamente el espíritu del siglo y no pusieran de manifiesto hasta que grado arrastraba á los hombres mas ilustrados el amor á lo maravilloso.

Fernando Gonzalez de Oviedo, intendente general del comercio del Nuevo Mundo, bajo el poder del emperado Cárlos V, autor de una *Historia de las Indias orientales* impresa el año 1545 fuè el primero que dijo que el mal era originario de America. Dice que habiendo vuelto Cristóbal Colon de su segunda espedicion el año 1496, la mayor parte de los marineros y soldados que le acompañaron marcharon á las órdenes del gran Capitan Gonzalo de Cordoba á combatir á los Franceses que habian invadido el reino de Nápoles: añade que estos fueron los que contajiaron á los Franceses y Napolitanos el mal que habia traido de la Isla de Sto. Domingo, donde asegura que es endémico entre los naturales del país. La mayor parte de los médicos admitieron como buena la relacion de Oviedo sin tomarse el trabajo de examinarla, viniendo depuess Astruc á apoyar la opinion del intendente Fernando con la publicacion de su libro sobre el mismo mal.

Desgraciadamente para la veracidad del historiador español consta por testimonios auténticos que el mal apareció en Nápoles al concluir el año 1493 ó principios del 94, es decir, dos años antes de la llegada de la flota española. En un decreto del Parlamento de Paris relativo á los venenos se lee lo que sigue: «Porque hoy 14 Marzo (1496 ó 1497) hay en esta ciudad de Paris muchos enfermos de cierta enfermedad contagiosa llamada sifilis que hace dos años hace muchos estragos, tanto aquí como en otros puntos.» Si hubiera necesidad de otras pruebas para invalidar la opinion de Gonzalez de Oviedo, añadiriamos otras muchas partes de su obra en la que deja entrever una grande animosidad contra los habitantes del Nuevo Mundo; los asemeja á los Cananeos, y á los Españoles con el pueblo de Dios, á fin de vestir con la apariencia de una verdadera justicia las atrocidades que cometió con los pobres indios durante su mando.

La opinion que atribuye á los soldados y marineros que acompañaron á Colon en su primera tentativa la traida del mal, cae tambien, como la precedente, ante un exámen serio. Se sabe que este atrevido navegante, al volver de su primer viaje fué á desembarcar á Lisboa por efecto de una gran tempestad que le obligó á refugiarse

allí, donde el Rey D. Juan II le obsequió esplendidamente. De Lisboa hizo rumbo al Puerto de Palos donde desembarcó en uno de los dias del mes de Marzo del año 1493. De aquí fué por tierra á Barcelona acompañado de ochenta y dos hombres y nueve indios, donde á la sazon se encontraban los Reyes Católicos: allí permaneció algunos dias, marchando despues á Cadiz para preparar su segunda espedicion. Pues bien, la enfermedad no se conoció hasta despues de muchos años en todos los puntos que tocó en su viaje ó que permaneció con los que le acompañaban, mientras que en el mismo año ó del año siguiente de su llegada á Europa se presentaban numerosos enfermos de venereo en Italia, Francia Alemania y otros puntos.

Los escritores de esta época que sostienen el origen americano de la sifilis insisten mucho sobre el valor de la consideracion siguiente: «Dicen que el Omnipotente ha colocado el antídoto al lado del veneno; ahora bien, la corteza del guayaco que se puede considerar como el mas precioso específico contra los accidentes sifilíticos es originario de las Indias, de donde se sigue que la afeccion que tiene que combatir debe haber nacido allí tambien.» Esta manera de discurrir ha perdido hoy toda su fuerza.

III. La opinion que la sifilis es una degeneracion de la lepra ó una de las numerosas formas de esta afeccion parece mas antigua que las anteriores. Al paso que ha ido envejeciendo ha ido ganando terreno y hoy es la mas acreditada entre los médicos. Para apreciar su verdadero valor y el fundamento en que se apoyan sus partidarios, es preciso hacer un paralelo de los principales síntomas atribuidos antiguamente á los que hoy presentan estas dos enfermedades.

Los primeros que escribieron de la sifilis dicen que por lo comun principia por pùstulas anchas que se manifiestan desde luego en los órganos genitales ganando enseguida todo el cuerpo, de donde la ha venido el nombre vulgar *de mal venereo*. Estas pústulas no iban acompañadas de fiebre como en las viruelas, jamás llegaban á una perfecta madurez, pero se convertian en pústulas adherentes á la piel ó en úlceras serpiginosas. Pronto se dejaban sentir dolores en los miembros que se aumentaban por el calor de la cama. Despues sobrevenia al cabo de unos dias, alguna vez muy pocos, otras muchos; el temible cortejo de los accidentes consecutivos, bubones, úlceras en la boca, la nariz, los ojos; las vegetaciones ó escrecencias de todas

formas, la alopecia, las manchas, los exotosis, la necrosis etc. Los flujos, tan conocidos hoy, y que muchas veces constituyen solos el mal, no los conocieron sinó veinte años despues como un síntoma de mismo. Se admitió tambien que la mayor parte de los accidentes llamados consecutivos ó constitucionales podian presentarse, aunque rara vez, al instante; es decir, sin haber sido precedidos de ningun otro síntoma de infeccion.

Asombrados algunos observadores de la rapidéz con que se propagaba desde su principio, creyeron que el contagio podia efectuarse con solo respirar el aliento de los enfermos. Sin embargo, la mayor parte opinaron que era preciso el contacto inmediato con las partes ulceradas ó con los flujos del derrame, opinion que se hizo pronto general. Tales son en resúmen los caracteres que presenta la sífilis á su aparicion.

Veamos ahora los que los antiguos atribuian á la lepra. En los libros sagrados de los judíos se lee:

«El hombre en cuya piel ó carne apareciese color diverso ó postilla ó alguna cosa como reluciente parecido á la llaga de la lepra, será llevado al sacerdote Araon ó á alguno de sus hijos.

....«El hombre que sufre una enfermedad estraña al uso del matrimonio será impuro. Se juzgará que sufre este accidente cuando á cada instante desprenda un humor. Todos los puntos donde duerma ó donde se asiente serán impuros. (1)»

Hipócrates, Areteo, Galeno, Celso y los médicos árabes, hacen mencion de flujos gonorróicos ó derrames de semen; hablan de pústulas, de úlceras; de flemones, de escrecencias, de verrugas, que tienen su asiento en los órganos genitales y partes circunvecinas. Los satíricos latinos, Horacio, Juvenal y otros designan accidentes de este género como el fruto de una vergonzosa lubricidad. Los escritores de la edad media son mas esplícitos en esto que los de la antigüedad; Guillermo de Saliceto que vivia en el siglo XIII, es decir, 200 años antes de la esplosion de la epidemia sifilítica dice, que sobrevienen con frecuencia bubones despues de un coito impuro, *qûum accidit homini in virgâ corruptio, propter concubitum cum fâdæ muliere, aut ob aliam causam.* Lanfranc habla mas claro todavia. «Las úlceras del miembro provienen, unas veces de pústulas inflamatorias que se abren, otras de la acritud de los humores, otras del comercio con una mujer que habia sido infectada de antemano del mismo modo. Si se quiere preservarse

(1) *Levítico* cap. XIII vers. 2 cap. XV vers. 2, 3, 4. Traduccion de Le Maistre de Sacy. —Véanse tambien los prolegómenos del *Tratado de higiene* de Mr. Lévy. Paris 1844 II.

de la infeccion, conviene tan pronto como se tenga concubito con una persona sospechosa, labarse con agua y vinagre despues del acto, (1)» Juan Ardern habla de orinas quemantes, vulgarmente llamadas *purgaciones*, que eran con frecuencia producidas por ulceraciones de la uretra ó por flujos.

No puede negarse, dice un escritor moderno, de grande autoridad en la materia, que es tan grande el parecido entre las enfermedades de la piel conocidas en los primitivos tiempos con las de los modernos, que es imposible, en muchos casos decidir, si es ó no venerea una afeccion. La única razon que se puede alegar en contra de la identidad, es que los antiguos no creian en el contagio de estas enfermedades, si se esceptúan algunos herpes, algunas úlceras corrosivas y la lepra. Además una enfermedad puede suceder á otra sin que deba presentar los mismos síntomas, basta que la última se parezca algo á la precedente para que la domine y la haga desaparecer. No es esto lo que ha sucedido al concluir el siglo XV y principio del XVI? En este tiempo eran frecuentes la lepra y la elefantiasis: habia hospitales especiales para estos enfermos, pero poco á poco se quedaron desiertos y los destinaron á otra cosa. (2)»

La aparicion súbita y simultánea de la sifilis en Europa, aparicion que los primeros historiadores han referido como una cosa estraordinaria y casi milagrosa, persuadidos como estaban que la enfermedad era nueva, esta especie de subita ubiquidad, se esplica bien cuando se mira á la sifilis como una degeneracion de la lepra, enfermedad en estremo comun en aquella época. Se concibe, en efecto, que desde el instante en que los médicos comenzaron á establecer una linea de separacion entre los accidentes de la lepra y los de la sifilis, principiaron á disminuir los primeros en la misma proporcion que parecian aumentar los segundos.

Todos los escritores de aquel tiempo marcaron la gran semejanza que existe entre los síntomas de estas dos enfermedades, y aun dicen que una de ellas se puede trasformar en la otra y así reciprocamente. Se tomaron contra la propagacion de la sifilis las mismas precauciones que contra la lepra; los reglamentos de las leproserias sirvieron de modelo á los de los lupanares, porque la sifilis inspiró desde el principio casi el

(1) Lib. III cap. II.
(2) Cullerier *Diccionario de ciencias médicas*. Palabra Sifilis.—*Diccionario de medicina y cirugia* art. sifilis t. XV pág. 176.—Mr. Lagnean profesa la misma opinion sobre este punto de doctrina.—Véase el *Diccionario de medicina* en 21 volúmenes, palabra Sifilis.

mismo horror que la lepra y este horror no se disminuia sinó á medida que se hallaban medios cada vez mas eficaces para curarla.

Así, pues, la opinion que considera la sifilis tan antigua como el mundo, reune las mayores probabilidades y si no la han adoptado al momento, consiste sin duda en que lisonjeaba poco el gusto de un siglo apasionado por lo maravilloso.

Sanchez, médico portugués, fué uno de los primeros que combatieron la opinion del origen americano de la sifilis y recuerda cierto número de pasajes que autorizan á pensar que esta enfermedad habia comenzado en Italia y propagádose á casi toda la Europa. (1) Somete a una crítica severa y luminosa el libro de Astruc y lo refuta victoriosamente, crítica que apenas dió fruto, pues permaneció casi olvidada hasta que Hensler volvió á hacerla diez años despues apoyado con minuciosas investigaciones que llamaron la atencion de la Europa entera y echaron por tierra mas de una conviccion. (2) Mr. Jourdan que ha examinado minuciosamente todas las opiniones concluye, con Hensler que todos los accidentes que se han atribuido hoy á la sifilis datan desde la mas remota antigüedad, pero que no han empezado à ser mirados como procedentes de un mismo origen, (un coito impuro) hasta el fin del siglo XV. Esta última opinion es la adoptada en nuestros dias; sin embargo de que no están conformes todos los sifiliógrafos, entre los que citaremos á Mr. Gibert cuya autoridad es de mucho peso en esta ocasion. (3)

* La antigüedad de la sífilis ha sido puesta en duda por respetables historiadores y sifiliógrafos que la dan solo la fecha del descubrimiento de la América por Cristobal Colon y sus compañeros de viaje. Para el objeto primordial del médico poca importancia tiene esta averiguacion, pero no es lo mismo para el historiador que está obligado á poner en claro los sucesos, á asignarlos fecha y á sacar de ellos las consecuencias que entrañan para enseñanza de las generaciones venideras. Bajo el punto de vista histórico es de necesidad apuntar ciertos datos que pongan al investigador en camino de resolver las dudas que abrigue ó que los demás le hagan abrigar por consecuencia de la diversidad de opiniones que reinen en la ciencia sobre un punto determinado.

(1) *Disertacion sobre el origen del mal venereo*. París 1752.—*Exámen histórico sobre la aparicion de la enfermedad venerea en Europa*. Lisboa 1774.

(2) Geschichte der Lustseuche die zu Ende des XV Jatirhunderts in Europa ausbrach. Altona 1783, 1794, 2 vol. en 8.°

(3) Véase el principio de su memoria sobre las sifilides, inserta en las *Memorias de la Academia de Medicina*. Paris 1843 tom. X, pag. 503 y siguientes y sus *Investigaciones históricas sobre la lepra* insertas en la *Revista médica* cuadernos de Julio y Agosto de 1840.

Es sabido por cuantos cultivan la ciencia de Esculapio que cada órgano tiene un modo de sentir especial y un modo tambien especial de padecer, tanto mas manifiesto cuanto mas se le hace exagerar sus actos. Es sabido además que los mismos órganos, cuando enferman, irradian sus efectos á mayor ó menor distancia haciendo que participen de su malestar otros vecinos ó mas ó menos distantes. Triste verdad es por cierto que los hombres ponen á prueba con sus escesos sus órganos reproductores y los hacen caer en inercia desgarradora ó enfermar de una manera especial, cual acontece cuando á alguna parte de ellos mina el mal conocido con el nombre gráfico de sifilis (*amor sucio*). Nada, pues, tiene de estraño que estas condiciones estraordinarias, unidas á muchas especiales en que se colocan los mismos órganos por consecuencia de la repeticion incesante de actos generadores hayan dado lugar al mal cuyo origen se trata de averiguar. Llenos están los libros sagrados de citas que atestiguan la presencia del mal gálico, llenos los autores griegos y árabes de textos que evidencian la presencia desde los tiempos mas remotos del mal corroedor de muchas existencias ó acaso, segun opinion de eminentes profesores, el promovedor de cuantas lesiones crónicas aqueja la humanidad. En Castilla era mas antigua su existencia que el descubrimiento del continente americano segun testimonio de algunas personas notables y principalmente del bachiller Fernan Gomez de Cibdad-Real, médico del Rey D. Juan II. Este médico asistió del mal de bubas al anciano Almirante de Castilla D. Alonso Enriquez, escribiéndole despues la siguiente trova en el tono zumbon que apreciará el lector, como censura á su atrevimiento y poca precaucion.

El viejo que quiere mozo
é sobrado con mugeres
Parecer,
El gozo le cae en pozo;
Cá mas duelos que placeres
Va á tener.

Bien lo sentís vos, señor,
Ca no han pasado seis dias
Que bebistes,
Aquel maldito licor
Que con falsas correntias
Lo volvistes.

E del fedor de las heces,
Que alcanzó en su celda á oler
Mal pecado
Predicando Villacreces
Os lo dió bien à entender
Disfrazado.

No es solo el bachiller Fernan el que escribió antes de este suceso sobre el morbo gálico, lo hicieron tambien los Valencianos Pedro Pintor, Gaspar Torrella, Juan Almenar (1) y nuestro Castellano Villalovos, que siendo aun estudiante en Salamanca, escribió un libro con el título *Sumario de la medicina con un tratado en verso de las pestíferas bubas*, (Salamanca ,en folio 1498) poema muy superior á los demás publicados posteriormente por otros profesores y tan lleno de verdad que nada nuevo han dicho los sifiliógrafos modernos acerca del mal, objeto del poema. Apuntaremos algo de lo que Villalobos espone en alguno de sus metros; pero antes hablaremos de su vida, toda vez que su reputacion exige un puesto en la historia de la medicina y en especial, en la española.

Es desconocido el pueblo de su naturaleza, pero atendida la costumbre de los autores de aquel tiempo que ponian como apellido el nombre del lugar donde nacieron, se cree es de Villalobos, pueblo de la provincia de Zamora, partido judicial de Benavente. Nació el año 1474, fecha que guarda relacion con la que publicó sus problemas en Zamora y se dedicó desde muy jóven al estudio de la medicina por consejo de su padre, mèdico tambien, muy reputado en el país donde nació Villalobos. Estudiante era aun, y dedicó sus ratos de ocio á escribir de asuntos médicos, entre ellos el poema sobre las bubas ó bubones pestilenciales, con lo cual acreció grandemente su reputacion para no decrecer despues á pesar de las grandes vicisitudes de su vida profesional. Médico por la Universidad que entonces llevaba la bandera civilizadora, se dió á

(1) El primero escribió un libro con el siguiente titulo. *De morbo fœdo et culto his temporibus affligente.* Roma, en folio 1500. En él aconseja emplear el mercurio mezclado con la saliva para dar fricciones en el sobaco. Este libro, acaso único ejemplar en Europa segun dice nuestro popular anatómico Sr. Gonzalez Velasco, se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Nàpoles guardado en una caja. Al dueño de él, le costó una peseta y lo vendiò al establecimiento por cien duros. El segundo otro denominado, *Tractatus cnm consilüs contra pudendagram sive morbum gallicum* Roma en 4.º 1499.— *Diálogus de dolore cum tractatu de ulceribus in pudendagra evenire solitis* Roma en 4.º 1500. El tercero otro con este mote, *Libellus ad evitandum et expellendum morbum gallicum ut numquam revertatur* Venecia en 4.º 1502. Este médico fué el primero que se opuso á la salivacion mercurial diciendo: *nocumentum in ore nullum accidere permitas:* idea que se han querido apropiar otros.

conocer por su talento, alcanzando á serlo de Fernando el Católico, del Emperador Cárlos V y de su hijo Felipe. Burlon y caustico por su edad y complexion no le faltaron enemigos que lo hacian aparecer como encantador y hechicero, acusándole por esto á la inquisicion que lo prendió y tuvo encarcelado por espacio de ochenta dias sin dejarle ver durante ellos á su familia, hasta que convencido el tribunal de su inocencia le puso en libertad. Tantos contratiempos y tantas amarguras le infundieron el deseo de abandonar la Córte, porque mas atento á su independencia que á hacer fortuna no podia fingir ni disimular nada que estuviera fuera de la rectitud de sus intenciones. Hizolo, en efecto, y marchó á su país donde permaneció poco tiempo ocupado en redactar otras obras que pronto le habian de obligar á encargarse de aquello mismo que dejó por consecuencia de la mal querencia de algunos de sus émulos. Volvió á su puesto de médico de Felipe II, y en el permaneció casi hasta su muerte que acaeció el año de 1560.

Villalobos empieza su poema con una invocacion à Esculapio. Dice que mientras surjía un nuevo mundo, una epidemia desgarradora, cruel, contagiosa y desconocida, á la cual nada resistía, se estendía como un azote destructor sobre todos los pueblos.

«Mal villano que principia, dice, por el punto mas villano de nuestro cuerpo

Es muy gran bellaca
Y así ha comenzado
Por el mas béllaco lugar que tenemos.

Se ocupa despues de las causas que la han producido y haciéndose eco de los dichos de algunos teólogos afirma que no son verdad sus apreciaciones y lo prueba diciendo que lo mismo son acometidos los justos que los pecadores. Otros teólogos mas sensatos dijeron que la epidemia era una consecuencia de la depravacion de las costumbres y que por eso empezaba casi siempre por los órganos de la generacion, fundándose en que no enfermaban los que guardaban continencia. Villalobos espresa estas opiniones en los siguientes versos.

Algunos dijeron la tal pestilencia
venir por lujuria en que hoy peca la gente
y muéstrase propia y muy justa sentencia
cual es pecado la tal penitencia.
La parte pecante es la parte paciente,
etc.

Sigue pasando revista á las demás opiniones que como la de los astrólogos achacaban la epidemia á una conjuncion de Saturno y de Marte; y por fin á la de los médicos que dicen, es un producto de un esceso de flema y humor melancólico, unido á un calor y sequedad escesiva del hígado debido á la intemperie del aire y á las costumbres disolutas de los que recadaban.

Pasa despues á dar nombre, á indicar como principia, á clasificar y tratar la enfermedad y lo hace de la siguiente manera:

Debemos nombrarla la sarna egipciaca
Que así es tan perversa como ella y bellaca
Enviada de Dios por castigo y por pena.
. . . . . .
Mas cuando en tal miembro esta buba ó llaguita
Mayormente si es sin dolor y esta dura
Dolor de cabeza y color negrecita
Espaldas cargadas y el sueño se quita.
y aquello que sueña es en loco y no cura
en labios y en párpados de ojos negrura
y en su trabajar perezoso y aflito,
y tiene la vista turbada y oscura
á tal como á este si tienes cordura,
dirás que le viene la sarna de Egipto.

Esto es ni mas ni menos que lo que hoy se llama sifilis constitucional dicho sin tanta figura retórica como se acostumbra, con el único fin de escribir un tomo para darse la importancia de autor original.

El mal enseñoreado del organismo causa grandes estragos que todo el mundo conoce ya. Villalobos para pintarlos se espresa así.

Mas cuando ya vienen las negras postillas
Da luego un dolor de junturas terrible
primero en los hombros, despues en rodillas
y de ellas desciende á las espinillas
y en sus telas hace un dolor impasible
y de contraparse el humor en aquellas
gastando lo que es mas sútil, la calor;
unos durujones se hacen en ellas.
la frente y cabeza padece como ellas
de secas y nodos de aquel grueso humor.

Estudia despues las modificaciones y formas que hoy conocemos con el nombre de sifilides y pasa despues á esponer las opiniones del vulgo y de algunos médicos acerca del tratamiento. Unos aconsejan una alimentacion reparadora, otros la dieta, otros los purgantes. Pues Villalobos da razones, por cierto bien singulares, al ménos contra estos métodos de tratamiento. Se revela contra los que emplean las fricciones mercuriales, pues dice. que si bien es cierto que con este medicamento se curan los dolores articulares, en cambio apagan y aun destruyen la sensibilidad de la parte enferma diciendo

Mas otros curaban aquesta pasion
que siempre habian sido de albardas maestros
haciendo de azogue y de unto una uncion
que daba al dolor gran mitigacion.

Pero á continuacion decia,

que como el azogue es mortificativo
quitaba el dolor destruyendo el sentido.

Dice que si la sensibilidad vuelve á aparecer

Porque como natura de noche y de dia
de esprito vital á este tal provenia
vuelve con ella los dolores.

No cree en la conveniencia de provocar al principio grandes sudores porque dice que con ellos solo se espulsa la materia mas tenue, mientras que queda dentro la mas crasa y espesa. En su lugar aconseja que se vea si hay algun vicio en la sangre y si le hay

Sángrese luego de basílica vena
de parte contraria si un hombro dolió
si duelen los dos juntamente, mandó
sangralle ambos brazos el nuestro Avicena
y el de fumo-terre jarope le dad
que es muy apropiado en humores adustos
y do hay flema salso es estremo en bondad
dos onzas de un golpe sea su cantidad.
etc.

Unido esto á lo espuesto en las estrofas siguientes completan el tratamiento mas adecuado para curar el mal á juicio del médico poeta.

Prosigue esponiendo el modo de administrar una porcion de remedios, diciendo que si lo que manda se hace con órden conseguirá su propósito el enfermo=*porque este es camino de pronto sanar.* Y para concluir encarga al mismo que no altere el régimen, que no vuelva á pecar, que abandone los malos pensamientos y que tenga mucha calma.

Se, pues, por lo que antecede que este poema contiene de una manera clara y precisa una descripcion del mal venereo tal cual hoy se conoce. Para escribirlo con tanta precision y verdad. emplearía Villalobos algun tiempo y veria muchos enfermos, aquí, en el mismo punto en que lo escribió é imprimió, y no contaria para nada con los descubridores del nuevo mundo á quienes se les culpa de ser tambien los autores del conocimiento de la enfermedad sifilitica.

Los partidarios de la importacion americana del mal venereo se apoyan en lo dicho por Oviedo y cuyo valor ya hemos visto en las palabras del autor, y en lo que espone el Dr. Rodrigo Ruiz Diaz de Isla, en su *Tratado llamado de todos los Santos contra el mal serpentino (1) venido de la Isla española*, tratado impreso cerca de medio siglo despues de la espedicion de Colon y lleno defectos que invalidan la opinion que quiere sostener. Lo que no puede negarse á este autor es el haber marcado con verdadera precision el método de usar moderadamente el mercurio, pues si bien Pintor, los hermanos Torrella y Juan Almenar lo habian hecho, sus consejos no tenian fundamento tan práctico como los de Isla. Y sin embargo, pronto fué desacreditándose el remedio por haberse apoderado personas impéritas de él, ya por sí, ya por la célebre autorizacion espedida en Sevilla por los Reyes Católicos á fines del siglo XV para que le empleasen cuantos quisieren, dando lugar á un gran desorden y á males incorregibles por abuso del enérgico remedio. Esto hizo que algunos gobiernos tomasen medidas coercitivas contra los que sin título alguno abusaban de las fricciones por temor á los estragos que producian, medidas que vino á sancionar por el momento la circunstancia de haber traido algunos Españoles los leños sudoríficos con los que en Haiti y otros puntos de América se curaban los indios sus dolencias reumáticas y otras muchas: *guayaco, zarzaparrilla, la raiz de china y el sasafras* y con los cuales se curaron algunos que habian tomado un gran número de veces las fricciones de azogue. Hoy sabemos á que atenernos en cuanto al valor de los primeros y en cuanto al del metal liquido. La esperiencia de

(1) Llamale serpentino por que compara la fealdad de la serpiente con lo espantoso del mal.

tantos siglos ha confirmado lo dicho por el escritor andaluz y ha hecho sentar otros nuevos preceptos que hacen sea el mercurio un poderoso remedio para curar el mal de bubas y los leños sus ausiliares en todos aquellos casos que ofrecen resistencia al poder modificador del cuerpo metálico y sus compuestos.

CAPITULO X.

Ciencias naturales.

No solo el cultivo de la medicina fué objeto de nuestros médicos de los siglos XV y XVI, sinó tambien de las ciencias que mas ó menos directamente se rozan con ella. La astronomía, la física, la química, la zoología, la mineralogía, y especialmente la botánica en sus aplicaciones agrícolas y médicas, fué el campo donde desplegaron su ingenio dando á conocer gran número de plantas y sus virtudes; y estos conocimientos, imperfectos como lo eran entonces, fueron trasmitiéndose de unos á otros para sujetarlos á un exámen mas sério y dar ocasion á su aumento, como en efecto á sucedido.

Dejaremos á un lado los antiguos conocimientos astrológicos, que originarios de Egipto, dieron pábulo á las investigaciones que hoy constituyen la ciencia astronómica, porque tienen poca importancia bajo el punto de vista médico; haremos lo mismo con aquellos de nuestros compatriotas árabes ó judíos que cultivaron esta parte de la ciencia de la naturaleza con gran provecho para los adelantos que hoy palpamos, y detengámonos ahora en lo dicho por algunos de los muchos naturalistas españoles posteriores á los árabes en el momento en que la Europa empezaba à sacudir el perezoso letargo de la ignorancia en que por tantos siglos habia estado sumida, creando gran número de cuerpos científicos con el mismo fin de propagar á la par las doctrinas médicas y quirúrgicas de entonces, que las accesorias y necesarias para el complemento de la intruccion médica. Italia fué el primer país que dió ejemplo de este deseo de adelantos, creando el año 1544 un jardin botánico, á cargo de los profesores Lucas Ghini, Cesalpino y Leoni; siguieron este camino otros pueblos italianos que pronto habian de elevar las ciencias naturales á un grado de perfeccion estraordinaria y dejar muy atrás en conocimientos á sus vecinos los franceses y alemanes. Los españoles dueños de los legados de los árabes se contentaron con comentarlos y ampliarlos, y poco mas hubieran hecho si

el descubrimiento de las Américas no hubiera puesto á su disposicion un grandioso teatro donde desplegar su ingenio en el estudio de una nueva y potente vegetacion, de una nueva fauna y de un nuevo suelo que revelaba á sus ojos cataclismos naturales que hacian diferenciar el país encantador que pisaron los primeros, de el de aquel donde nacieron. Muchos ilustrados médicos abandonaron su hogar y su patria, para ir á conocer esclusivamente las producciones de aquellos climas y preparar los mas escojidos materiales que algun dia les sirvieran para fundar una nueva historia natural desconocida hasta entonces de los demás pueblos. Antonio de Nebrija, Gabriel Alfonso de Herrera, Alvaro de Castro, Juan Jarava y mas que estos Andrés Laguna se ocuparon de esta clase de estudios, comentando, unos á Dioscórides; escribiendo otros tratados especiales sobre asuntos varios concernientes á esta parte de la filosofía natural. El último de estos, sobre todo, ilustró sus comentos al libro del botánico griego con doctrinas propias suyas, con figuras de innumerables plantas, presentando la sinonimia de ellas en diez idiómas diferentes, vislumbrando en este prolijo trabajo el sistema sexual que muchos años despues habia de inmortalizar el nombre de Linneo. Botánico y mèdico á la vez, mereció grandes atenciones de parte de los poderosos de la tierra y aun de los humildes que recordaban sus servicios de los campos, en los pueblos, en las ciudades, dejando señales de su génio médico en la célebre obra póstuma que con el título de *Discurso breve sobre la cura y preservacion de la pestilencia escribió siendo médico del Papa Julio III y mandó imprimir su madre en Salamanca el año 1567*, obra escrita en los momentos de descanso que le dejaba la asistencia de una horrorosa epidemia que afligia por entonces todos los estados del Bravante y que amenazaba estenderse por todo Flandes: *que no se contenta, dice con llevarse á barrisco los hombres; despacha tambien las bestias, las moscas, los peces de los rios y las aves del cielo ¡tan capital es el odio que tiene á todo ser viviente!* Por esto merece de nuestra parte una mencion especial en este libro, ya que otra cosa no podamos ofrecer á su génio y virtudes.

Andres Laguna nació en Segovia por los años de 1494 al 99, de padres en ambos conceptos nobles: nobles los dos, por el orígen de su cuna; noble además su padre por la profesion de médico que ejerció con mucho concepto y con el prestigio de aquella época en la misma ciudad. Se llamaba este Diego Fernandez Laguna, y su Sra. esposa, madre de nuestro Andrés, Catalina Velazquez; de suerte que el verda-

dero nombre debiera ser Andres Fernandez Velazquez y no Laguna, que tomaria sin duda por alguna circunstancia particular; acaso por ser menos vulgar y no tan conocido.

Sus primeros estudios limitados al conocimiento de las lenguas latina y griega, los hizo en su mismo pueblo, bajo la direccion de Juan Oteo y de Sancho Villaveses, á quienes tributó el homenage tan justamente debido á los segundos padres, esto es á los maestros, consagrando á los suyos una memoria en su libro de *Virtutibus*.

Satisfechos los padres de nuestro Laguna de las naturales y buenas dotes intelectuales de su hijo para la carrera de las letras, le enviaron á la Universidad de Salamanca, tan insigne y brillante entonces, como oscurecida ahora; y en ellas estudió las humanidades, filosofía y dialéctica, bajo la direccion del Dr. Portugués Anriquez.

Inclinado por un instinto natural nuestro Laguna, al estudio de las ciencias médicas, y aun cuando lo hubiera sido muy fácil iniciarse en ellas en alguna de nuestras universidades, especialmente en la de la misma Salamanca ó en la mas cercana que era la de Valladolid, eligió la de París para alcanzar á un mismo tiempo dos objetos; el estudio de la ciencia y el conocimiento de los hombres. Tan cierto es que para completar, no solo una educacion esmerada, sino una científica, y mas que todas la medicina, es preciso viajar. Era tan limpio y despejado su entendimiento y fué su aplicacion tan continuada, que baste manifestar, no habia cumplido 40 años cuando ya habia recibido en París la investidura de doctor en medicina, para poder optar á una cátedra de la misma facultad; advirtiendo que entonces y en las ciencias médicas, la edad de 40 años era bien corta, porque las borlas y las cátedras andaban de otro modo que en nuestros dichosos tiempos.

Deseoso de ver su pátria, regresó á ella por el año de 1536 y era tal su fama científica y literaria, que gustosas nuestras universidades de adquirir la gloria de contarle en su seno, le buscaron ansiosas; alcanzando la primacia, como dice Morejon, la de Alcalá de Henares en la cual obtuvo y desempeñó una cátedra. Médico tan esclarecido y eminente no podia estar olvidado del emperador Cárlos V, quien le hizo marchar desde Alcalá á Toledo por el mes de Abril de 1536, para que asistiese al parto de S. M. la emperatriz. Al poco tiempo y en el mismo año de 1539, recibió el grado de doctor en medicina por la universidad de aquella capital y alcanzado el correspondiente permiso de S. M. el emperador, se trasladó á Segovia con el único y esclusivo objeto de abrazar á sus ancianos y virtuosos padres. Poco tiempo habia que

disfrutaba este placer ineficable, cuando su fama y su crédito europeo, porque en aquellos tiempos el crédito y la fama eran buscados donde quiera se hallasen; decidieron á nuestro emperador á elegir por uno de sus mèdicos á D. Andrés Laguna. Nombramiento tan inesperado, que recibió en su casa paterna al poco tiempo de permanecer en ella, le obligó á separarse y no sin lágrimas de sus queridos padres, para trasladarse á la ciudad de Gante á donde habia partido precipitadamente el emperador desde su corte, lo que verificó nuestro Laguna á fines del mismo año de 1539; habiéndose embarcado en un puerto de Vizcaya desde donde llegó á Londres y de esta capital á la ciudad de Gante, atravesando por la de Midelburgo en Holanda.

No bien hubo arribado á Gante nuestro esclarecido médico segoviano, cuando la república de Metz en los dominios de Alemania, estimando en todo lo que valian las cualidades notables y científicas del español Laguna, y como presagiando lo que habia de ser para el consuelo de sus aflicciones y para su conservacion; le instó y rogó á que se trasladase á ella, á cuyos honoríficos deseos satisfizo muy cumplidamente como esclarecido médico y como buen caballero. Este hombre tan político como religioso, y tan religioso como médico este genio singular, (de aquellos que aparecen rara vez en un siglo), llevó á los habitantes del ducado de Lorena, la ventura, la paz y la salud. A su sabiduria y á su caracter debieron los de Metz la conservacion de todos sus derechos; nuestra religion católica su victoria en los dominios de Alemania contra la secta de los protestantes calvinistas; y nuestro emperador la fineza que se merecieran sus mas decididos defensores.

Y no se crea que la categoria en que sus conocimientos y virtudes le habian colocado, le hacian olvidar sus sagradas obligaciones como médico. Al contrario, la república de Metz, le vió mas de una vez correr impávido tras la muerte por los años de 1540 al 42, en los cuales una fiebre en el generoso corazon de nuestro castellano hubiese la predileccion entre el rico y el pobre, entre el señor y el plebeyo, acudiendo y asistiendo á todos con igual cariño, con el mayor esmero y sin otra distincion que la emanada de la urgencia, de la necesidad. Asuntos de alta consideracion por otra parte le obligaron á trasladarse á Colonia en donde ya eran conocidos sus méritos y sus virtudes, y fué tal el aprecio y la distincion con que le trataron, que en retribucion se vió obligado á componer y leer un discurso en aquella Universidad en el cual combatió con tanta maestria y tino los errores dominantes, por el influjo de las sectas luteranas y calvinistas contra la silla apos-

tólica y el trono; que bastó su elocuencia y fuerza de raciocinio para deshacer la tempestad que tan de cerca amenazaba á las dos primeras y principales testas coronadas; sin que estas repetidas distinciones hubiesen adormecido su aficion al estudio y á la visita, entre cuyas tareas compartia los ratos que las altas obligaciones le dejaban en hueco. Una aura tan popular y tan bien merecida, no podia estar reconcentrada en las solas ciudades de Metz y de Colonia, ni en sus escasos radios.

En todos los ángulos de Italia resonaron los ecos de su sabiduría, se apreciaron las prendas de sus virtudes, recibiendo la mayor prueba de su justipreciacion con el diploma de doctor y título de maestro con que le regaló y honró la universal escuela de Bolonia, en la cual desempeñó el cargo de profesor hasta que el emperador le llamó para sí al tiempo de partir á Roma. Apenas nuestro Andrés Laguna pisó en el año de 1545 los umbrales de la antigua capital del mundo, cuando á porfia se apresura la universidad á brindarle con una de sus primeras cátedras que acepta y desempeña con general aplauso. El papa Pablo III tambien por sí, quiso premiar el mérito y el saber, poniendo al cuidado del médico, el de su salud, distinguiéndole con los títulos de *soldado de S. Pedro, caballero de la espuela de oro y conde Palatino*; títulos que pertenecian á una órden de caballeros instituida por Leon X en 1520. Su prestigio no era limitado á personas determinadas, ni tan efímero que se concluyese con la vida de sus admiradores, así es que, habiendo fallecido Paulo III y sucedídole en el pontificado Julio III, este no solo le nombró su médico de cámara en el año de 1550, sino tambien su secretario privado sin que por tan alta mision, dejase de prestar como médico sus auxilios á las otras clases de la sociedad, de invertir algun tiempo en el estudio y escritura, ni tampoco en la enseñanza pública. De Roma, despues de la muerte del papa Julio III acaecida por el año de 1555, se trasladó á Amberes, en los Estados flamencos, en cuya ciudad se espuso con toda la serenidad y firmeza de ánimo, al influjo de las causas mortíferas que desenvolvieron una enfermedad pestilencial, acudiendo á todas partes y visitando á todos con un entusiasmo é interès dignos de admiracion.

Terminada la epidemia en los estados de Flandes, nuestro Laguna sin duda para concluir el resto de sus dias con el estudio de la ciencia, regresó en 1557 á España y á Sego via en donde todavía tuvo la ventura, aunque por poco tiempo, de abrazar ásus padres. No bien habia empezado á saborearse de la compañía paterna y de los goces puros que proporciona la vida tranquila y sosegada en pueblos pacíficos y poco ó

nada tumultuosos como Segovia, cuando tuvo que abandonarla por tercera vez para acompañar al señor Duque del Infantado comisionado para recibir en Francia á su princesa Isabel de Valois, quien fué despues la esposa de nuestro rey D. Felipe II.

Terminada su mision y con licencia de S. M. Felipe II, se retiró á Segovia en donde apenas tuvo tiempo para descansar de tantos afanes, puesto que acometido de una afeccion hemorroidal pasó su alma á mejor vida, y su cuerpo á disfrutar de un descanso positivo, á principios del año 1560, cuya pérdida llorada universalmente, fué sentida por todos los amantes del saber humano.

Murió pobre y esta es la mejor prueba de civismo y de sus virtudes médicas cuyas cualidades no se hermanaron muy bien ni se hermanarán jamas con la escesiva opulencia, que bien pudo adquirir habiendo sido médico de un emperador, de un rey, de dos pontífices, de cardenales, duques etc., despues de haber sido profesor de las universidades de París, Alcalá, Toledo, Bolonia y Roma, despues de haber sido privado de algunos potentados y premiado por otros, despues de haber viajado al lado de los emperadores y de los grandes...pero era *virtuoso*. Su cadáver se depositó en el mismo panteon que contenia los restos de el de su padre y á todos estos acompañaron bien pronto los de su señora madre doña Catalina Velazquez. Un canónigo de aquella iglesia catedral mandó inscribir sobre el sepulcro de don Andres Laguna el siguiente epitafio:

D. O. S.
HIC JACET, IMMENSUMQUE BREVIS JAM TERRA LACUNAM
ABSORBERE VALET: SI TAMEN ULLA VALET.
ADTTIC: QUI EXAUSIT: FUSO QUI JURA GALENO
ADDIAIT: HISPANUM PEDACIUMQUE DEDIT.
PHARMACA DUM PROMIT: MEDICAS DUM FERRE TIARAM,
USQUE MANUS INCTBAT, OCCUBUIT.
AD BONUS IN PORTUM DEDUXIT SPIRITUS ILLUM,
QUO TRANSGRESSA LACUM, LIBERA, NAVIS ERIT
ANNO M. D. L. X.

Siguieron á Laguna en su cultivo de la ciencia accesorias á la medicina otros muchos que, bien comentando los escritos, árabes ó griegos, bien pasando al nuevo mundo las hicieron progresar y ayudaron á fijar los caracteres bajo los cuales habian de hacerse con el tiempo las clasificaciones metódicas que hoy admiramos. Gonzalo

Fernandez de Oviedo, García de Orta, Nicolás Monardes, Cristobal de Acosta y mas que todos estos Fray José Acosta, apellidado el *Plínio del nuevo mundo* y Francisco Hernandez, fueron los que mas trabajaron en este sentido. Este último comisionado por el Rey Felipe II empleó cerca de siete años en formar la historia completa de los minerales animales y plantas de aquellos paises y lo hizo con tal verdad que hoy puede decirse sin temor de ser desmentido que ningun pueblo de Europa puede presentar una obra tan completa y tan estensa como la del médico Fernandez. Otras tres espediciones hechas casi en nuestros dias con igual objeto (en el reinado de Fernando VI) dieron resultados satisfactorios para sus autores y para su pátria, y mas se hubiera aprovechado el trabajo de tan distinguidos naturalistas si las guerras intestinas, las preocupaciones del tiempo no hubieran contribuido á entorpecer la propagacion de conocimientos tan útiles á la humanidad. Esto ha hecho que pasen desapercibidos para muchos de los que se dedican al cultivo de la inteligencia los nombres de Juan Plaza, Simon Tobar, Jaime y Juan Salvador, Melchor Villena, José y Juan Ortega, Miguel Barnades, Simon Rojas Clemente, Gregorio Bacas, Gaspar Casal, José Antonio Cavanilles, José Mutis, José Pabon, Mariano Lagasca, José Demetrio Rodriguez, Donato García y tantos otros como han ilustrado la ciencia de la naturaleza con sus trabajos y desvelos.

CAPITULO XI.

Medicina legal.

Hoy han desaparecido las dudas sobre la importancia de esta parte de la ciencia médica, hoy nadie cree en la posibilidad de prescindir de la medicina para ilustrar á los tribunales en cuestiones que se relacionan con esta, hoy está fuera de toda discusion la intervencion del médico en muchos de los asuntos en que la justicia tiene que intervenir para evitar errores que la falta de conocimientos fisio-patológicos hace cometer á las personas estrañas al arte. Esta necesidad no es de hoy sentida, viene sintiéndose desde los tiempos mas remotos y ha sido preciso crear leyes y disposiciones que favorecieran la solucion de las muchas cuestiones civiles y criminales que todos los dias se suscitan en este sentido sobre cosas y personas.

Llenos están los archivos de nuestras audiencias de hechos porten-

tosos que atestiguan la necesidad de conocimientos médicos para resolverlos, y sin los que se hubiera castigado á mas de un inocente ó se hubiera absuelto á mas de un criminal. La *Ley Aquilea*, *El Fuero Juzgo*, *Las Partidas* consignan cierto número de leyes concernientes á medicina legal, oscuras é imperfectas todavía, pero que revelan la necesidad de sus disposiciones para regularizar la aplicacion del premio ó castigo á los que dieron lugar á su redaccion. Fueron estas leyes médico-legales como el núcleo, como el principio de unos conocimientos cuya necesidad empezaron á vislumbrar los legisladores al traves de algunos conocimientos fisio-patológicos y accesorios que poseian, pero que no llegaron á formar un cuerpo de doctrina completo y acabado como lo es hoy. S. Luis Rey de Francia, encargó á los cirujanos de S. Cosme y S. Damian, que ilustrasen á los jueces del antiguo tribunal del *Chatelet* en asuntos que exijieran su intervencion, pero sin sujetarlos á reglamento alguno que les guiara en el laberinto de cuestiones que todos los dias se originaban y fué preciso que pasaran muchos años para que esto sucediera. En efecto el emperador Carlos V fué el que por primera vez estableció estas leyes reglamentadas bajo el nombre de *Constituciones criminales* que comprenden numerosos artículos que son otras tantas cuestiones encomendadas al perito.

Desde entonces puede decirse que la medicina legal principió á formar parte de la enseñanza médica y así lo comprendieron nuestros médicos, recogiendo observaciones, perfeccionando su estudio y destinándolas á servir de punto de partida, á los escritos que publicaron despues. Luis Lovera (de Avila) escribió un libro en latin *sobre la esterilidad de los hombres y las mujeres* digno de leerse por todo aquel que quiera profundizar la materia aneja á este asunto; Juan Alfonso Fontecha otro sobre *los diez privilegios de la mujer preñada*; otro Alfonso de Villabragima, otro el sabio jurisconsulto Alfonso Carranza y otro Juan Fragoso que llama *Tratado segundo de las declaraciones que han de hacer los cirujanos acerca de diversas enfermedades y muchas maneras de muerte que suceden*. Este tratado merece que lo lean todos los que por obligacion ó deber tengan que servir á los tribunales y en él verán á qué altura rayaban nuestros médicos del siglo XVI en conocimientos médico-legales. Veinte y seis capítulos abraza y en el, estudia las heridas en general y en particular bajo el punto que debe hacerlo el médico legista, su distincion de, si han sido hechas en vida ó despues de ella, etc.; las asfixias, las cuestiones que puede ofrecer el matrimonio, contra la honestidad, las del aborto y par-

to, delitos el género de muerte á que ha sucumbido un sugeto y otras muchas que hoy figuran con justicia en todo libro de práctica médico-forense y que cada cual puede ver en el del célebre decano de la Facultad de medicina de la Universidad de Madrid.

En este libro se resuelven, con la conciencia que exije la recta administracion de justicia y la copia de datos con que cuenta la ciencia, todas cuantas cuestiones entraña esta, y que tan bien ha sabido aunar el eminente profesor, que hace tantos años se consagra á difundir estos conocimientos por donde quiera haya necesidad. Ha logrado con su publicacion satisfacer una necesidad imperiosa que se sentia desde el tiempo de Fragoso, pues si bien antes que él no ha faltado quien haya ocupado sus ocios en escribir sobre estas cuestiones médico-judiciales, ninguno lo ha hecho como el catedrático Mata, pues ha conseguido que su libro reuna las condiciones que deseaba nuestro celebrado historiador Morejon.

CAPITULO XII.

Moral médica.

Un sabio aleman del siglo pasado decia *que es un profano y prostituye su ministerio y ha entrado en él sin vocacion si la única mira de su ejercicio es el interés*: y esto mismo debemos de ser hoy, que desgraciadamente van adquiriendo una sancion práctica las palabras del profesor germánico. Nuestros médicos no desconocieron estos preceptos y el valor de estas frases y por eso algunos se dedicaron á recopilar todas las que deben tenerse presentes para hacer que se gravaran con caracteres indelebles en el corazon de los encargados de realzar su valor en la práctica del arte. Arnaldo de Villanova, Diego Alvarez Chanca, Juan Alfonso Ruiz de Fontecha, Alfonso Miranda y Enrique Jorge Anriquez, se ocuparon de esto. Este último en su *Retrato del perfecto médico*, da importantes máximas que no deben pasar desapercibidas por nadie, toda vez que tienen y tendrán su aplicacion precisa. Su libro está escrito en forma de diálogo y lo divide en cinco, cuyos títulos, del primero, son como siguen;

De la verdadera amistad y cuan útil sea tener á un médico por amigo.

De las condiciones que ha de tener un buen médico: que sea teme-

roso de Dios, muy humilde, no soberbio ni vanaglorioso, que sea caritativo, manso, benigno, afable, no vengativo.

Que guarde secreto, que no sea lenguaráz, ni murmurador, ni lisonjero, ni envidioso.

Que sea templado, prudente, y no demasiado osado.

Que sea continente, honesto, recojido, dado á las letras y ciencias, que trabaje en su arte y huya de la ociosidad: que imite á los doctos barones, qne no sea dado á la sofisteria y que no huya de las disputas sobre cosas de su ciencia.

Funda el primero de sus preceptos en que así se desvelará el profesor por la salud de su amigo, le visitará á menudo, y si tiene capacidad suficiente para desempeñar la profesion, ha de caer en cuenta de la enfermedad antes de que eche raices.

Funda el segundo, en la necesidad que tiene el médico de conservar su conciencia pura para que pueda alcanzar los preceptos de la medicina, pues que ella no se manifiesta sinó á los virtuosos sin que el daño y la afliccion le saquen del camino recto. «El médico, dice, que tiene su alma inquieta, distraida y anda embebido en vanos pensamientos. no tendrá misericordia ni piedad, y solo le ocupará la arrogancia y una avaricia sin término. La soberbia, añade, *es la enfermedad de miserables y locos y la madre de todos los vicios*: etc.

Funda el tercero en que la mayor parte de los males que han sobrevenido á los médicos ha sido por no haber sabido callar un secreto. Reprende á los que traen siempre en la punta de la lengua donaires cuentecillos, hablillas y unos *testecillos* que directa ó indirectamente siempre los hacen caber. La sabiduria de tales, dice que es *aparente.*

Funda el cuarto en que la prudencia es una virtud necesaria al médico y al que la posea, siempre le pareceran nuevas las cosas.

Funda el quinto en los mismos consejos anteriores y añade que le hace mas falta sobra de imaginacion que la carencia de ella. «El médico dice, que tenga imaginacion, atinará las cosas que no se pueden decir ni atender ni hay arte para ellas. Entre las varias señales que espone para conocer si la tiene, es que sea irascible, que no tenga el espíritu descansado; porque los hombres necios y faltos de imaginacion viven mucho mas descansados, no tienen pena ni enojo ni piensan que otros les aventajan en saber: *la mucha suavidad y blandura nace de la necesidad.* Concluye este primer diálogo manifestando *los daños qne hacen los imperitos y vulgares que usaban del arte y como debian ser castigados. Muestra el poco cuidado de la justicia en cas-*

tigar á los malos profesores y lo mal que hacian en premiar al médico indocto siendo esta la causa porque no floreciese la medicina y hubiere tan pocos sabios.

En el resto de sus diálogos recomienda que el médico vaya decente y limpio, que sepa *latin, griego y árabe* que sea buen *anatómico*, prudente y cauto en el pronosticar, que mande los sacramentos á los enfermos graves, que no sea jugador, que viaje, que lea y que tenga algun recreo honesto, como lo música ó la poesia. Con tales dotes, concluye diciendo, se hará apreciar del vulgo y de sus compañeros.

Creemos con fundamento que las obras modernas de moral médica no dicen mas y mejor que lo espuesto por el catedrático de filosofía de la Universidad de Salamanca.*

CAPITULO XIII.

Teorias y Sistemas.

La teoría dominante en este período histórico era una mezcla de arabismo y galenismo. No se profesaba otra en las Universidades de Italia, Francia Alemania, Inglaterra y España. Los hombres colocados á la cabeza de la ciencia, ya por su enseñanza, ya por su práctica, empleaban toda su pericia en fundir en una sola las doctrinas antiguas, en poner de acuerdo á Platon con Aristóteles, á Hipócrates con Galeno, á Razis con Avicena. A todos se les puede considerar como verdaderos conciliadores con ligeras escepciones. Entre ellos Fernel ocupa el primer lugar y merece una mencion especial de nuestra parte.

Juan Fernel apellidado el *Galeno moderno*, nacio en Clermont de Beauvoisis, y desde muy niño dió pruebas de una aptitud estraordinaria y de una aplicacion impropia de su edad. Era ya muy conocido como literato, filósofo y matemático cuando abrazó el estudio de la medicina. Su historiógrafo G. Plancy, dice, que se graduó de Doctor en 1530 con aplauso de la facultad de Paris, circunstancia que segun él, no le autorizaba para abandonar el estudio, antes redobló sus esfuerzos, consultó nuevos autores, al reves de lo que hacian otros jóvenes infatuados con su erudicion juvenil; escuchaba con gran interés las lecciones de sus maestros, robando al sueño y al descanso sus mejores horas, y cuando sus amigos alarmados por su salud le ha-

cian presente sus escesos intelectuales y le aconsejaban descansase, les respondia las siguientes palabras:

Longa quiescendi tempora fata dabunt

La muerte me proporcionará el descanso quedecis

El rey de Francia Enrique II le nombró su médico de cámara, cargo que él rehusó diciendo que le correspondia de derecho á Bourgeois médico del difunto Francisco I. Poco despues de la muerte de Bourgeois no tuvo mas remedio que aceptar. En medio de las numerosas ocupaciones que le ocasionaba su nueva posicion y numerosa clientela emprendió la tarea de reunir todos los conocimientos médicos esparcidos en los libros griegos, árabes y latinos y formar con ellos un cuerpo de doctrina completo. Al efecto entresacó lo que le pareció mejor de cada autor, despues lo arregló segun mejor pudo, dándolo una forma apropiada al gusto de aquella época, formando un conjunto regular considerado por sus contemporaneos como la espresion mas completa y justa de la ciencia médica de entónces Su obra escrita con toda pureza y una elegancia ciceroniana, presenta una fusion en estremo hábil de los dogmas mas acreditados en la antigüedad. Ya hemos espuesto algo de esto, pero nos queda mas que decir respecto á su ilacion y encadenamiento.

Fernel principió por emitir su opinion sobre el origen de nuestros conocimientos y sobre el mejor método que hay que seguir en el estudio y enseñanza de la medicina. A este fin trata de conciliar las doctrinas de Platon y Aristóteles, que parecen inconciliables, pues mientras el uno afirma que nuestras ideas proceden de nuestros recuerdos, el otro contesta que son hijas de las sensaciones en nuestra alma.

«Cuando nuestro espíritu, dice, queda libre de las ligaduras que le unen al cuerpo, percibe distintamente las esencias, posee la vista intuitiva de la naturaleza de las cosas, pero interin está retenido en su prision material, un velo espeso lo cubre y lo hace caer en una profunda ignorancia. Sin embargo conserva todavia una ligera idea de su destello divino y esta suave reminiscencia de las cosas celestes llega á ser para el como una chispa que inflama su deseo insaciable de aprender y de saber. De ahí procede ese celo ardiente y esa constante aplicacion que emplea para recobrar por medio de impresiones sensitivas una multitud de conocimientos olvidados. Se dedica, pues, desde luego á observar los objetos que hieren nuestros sentidos despues y sabe por el pensamiento los que son solo accesibles á la inteligencia. Este es el proceder que ha servido otras veces para establecer los verdaderos

principios de las ciencias y hacer que alcanzaran un grado de perfeccion estraordinario.» (1)

La teoría filosófica que acabamos de citar, agradable mezcla de verdades y ficciones que los progresos de la ciencia han disipado, habia sido la mas apropósito para inculcar á los jóvenes el amor al estudio y consolar á los sabios de las fatigas y privaciones que han sufrido.

«Los filósofos, continúa Fernel, deseosos de asentar sus doctrinas sobre fundamentos sólidos, de enlazarlas mediante pruebas rigorosas han echado mano del análisis. Tal fué el método que adoptó Euclides en la exposicion de la geometría y la aritmética, Tolomeo en la astronomía, Aristóteles en su filosofía con el cual levantó los cimientos de tantas verdades incomprensibles al vulgo y que tanto llaman todavia la atencion.» (2)

¿Qué hubiera dicho el metáfisico Condillac si hubiera conocido este pasaje; el, que creia que el análisis era un método científico de invencion moderna? Ya hemos visto cuanto se habia reido de Aristóteles, acaso por no haberle leido ó comprendido. Veremos mas adelante que Barthez, uno de los jueces mas competentes de nuestra época, tacha de errónea la descripcion que este filósofo hace del método analítico.

En otro libro añade Fernel. «Puesto que no tiene valer alguno el conocimiento particular de los objetos, empiécese por estudiar sus generalidades, método que me parece mas racional y seguro.» (3) Como se, ve, este mètodo está en perfecta consonancia con la doctrina de Aristóteles que hemos dado á conocer y cuyo artificioso sofisma hemos desentrañado ya. (4) «Seriamos muy dichosos, dice Laromiguiere, si estas proposiciones generales cuya estension y aplicaciones parecen no reconocer límites y que se han considerado como la base de las ciencias fueran tan útiles como se ha dicho: bastaria empaparse bien de algunos axiómas para conocer á fondo cuanto es posible saber. Pero yo pregunto: estos principios encerrados ó reducidos á formulas tan precisas y tan espéditivas ¿han sido establecidos para los sabios ó para los ignorantes? Creo que para los primeros. Porque ¿quién se atreveria á sostener lo contrario? Ahora bien, sinó son mas que la espresion concreta de las ideas adquiridas, no son mas que resultados, no alcanzan á ser principios» (5) De estas reflexiones concluye nuestro filósofo, que las pro-

(1) Fisiología, lib. I, cap. I.
(2) Ibidem.
(3) Patología, lib. I, cap. I.
(4) Véase la pàg. 141 y siguientes.
(5) *Lecciones de filosofía* edicion de 1826 1.ª parte 5.ª leccion.

posiciones generales, los axiómas que ha tenido la costumbre de colocarlos á la cabeza de la mayor parte de sus escritos pudieran haberlo estado mejor al fin. Esto no es el mayor y mas grave inconveniente de este método vicioso; hay otro mas capital y que ya hemos indicado, pero que no volveremos á mencionarlo: consiste en que los axiomas de física y medicina proclamados por los antiguos, estos pretendidos principios sobre los cuales querian asentar el edificio de nuestros conocimientos, en lugar de ser el resultado de repetidas observaciones, son el fruto de opiniones preconcebidas, de juicios aventurados sobre cosas imperceptibles á los sentidos: por esto es por lo que cuando se comparan los principios con los hechos particulares se encuentran las mas veces en desacuerdo los primeros con los segundos, deduciéndose de aquí que los referidos principios son falsos ó insuficientes en la práctica, como ya lo habian comprobado los mismos antiguos. Fernel no puede menos de confesar que, «á pesar de su prevencion en favor de estos principios, nadie puede alcanzar á saber mucho por el simple conocimiento de las generalidades, sin conocer á fondo los hechos particulares.» (1) Un viejo adagio consagra de una manera muy esplícita el antagonismo de este método filosófico con la observacion cuando positivamente dice: *Buen teórico, mal práctico.* Estas palabras son una condenacion formal de los principios teóricos de la antigüedad.

Fernel divide la ciencia médica en tres grandes secciones ,á saber; la fisiología que comprende la descripcion anatómica de las partes, la patología y la terapéutica. Cada una de estas secciones contiene siete libros.

I La primera es la misma teoría de Galeno sobre los elementos, los humores, el calor innato, el húmedo radical; sobre la formacion de los espíritus animales, vitales y naturales; en una palabra, sobre todas las funciones de la economía, tales como las consideraba el médico de Pergamo. En ella da una esplicacion de los misterios mas oscuros del organismo con una firme conviccion y conforme á las ideas de su siglo.

Quiere alguno saber en qué consiste el sexo de los recien nacidos? Fernel apoyado en la autoridad de los antiguos, contesta, que depende de las cualidades de la semilla del padre y de la madre. Si el calor y la sequedad predominan, resultará varon; si el frio y la humedad hembra. Preguntadle enseguida en qué consisten las semejanzas ó desemejanzas que se observan entre los hijos, y sus progenitores y os contestará que en la imaginacion de la madre.

(1) *Patología* lib. IV Prefacio.

II La segunda seccion, es decir su patología contiene disertaciones abtrusas sobre la esencia, las causas, los síntomas de las enfermedades. En ellas espone el autor las diferencias específicas é individuales que distinguen unos males de otros y con este motivo se impone á sí mismo un programa difícil de cumplir, «En cuanto á mí, dice, no creo tener jamás un conocimiento profundo de una enfermedad cualquiera si no sé positivamente, como si lo viera, cual es el sitio donde tiene su asiento, que lesion de testura la constituye, de donde proviene, si es idiopática ó sintomática ó simpática ò si esta sostenida por una causa orgánica. El que pretenda hacer una medicina racional, obrar con razon; debe conocer á fondo todas estas cosas y discernirlas mediante signos ciertos.» (1)

¿Quién es el patólogo que se atreveria hoy á resolver todas estas cosas con relacion á todas las enfermedades? Ninguno. Solo Fernel las consideraba resueltas mucho tiempo antes y no aspiraba á otra gloria que á conocer bien el sentido de las soluciones dadas por los fundadores de la doctrina y referirlas con toda fidelidad.

He aquí algunas proposiciones de su patología que se puede decir están sacadas de los escritos de Galeno.

La fiebre es un calor contranatural que se propaga desde el corazon á todo el cuerpo, En esto es en lo que consiste la esencia de la fiebre, la cual, estando en oposicion con el calor innato, se arroja sobre él como sobre un enemigo, le altera y trastorna todas sus funciones. (2)

La calentura efemera reside especialmente en el principio vital, cuyo gran depósito es el corazon. Ahora bien, siendo el principio vital tan sútil, resulta de esto que esta fiebre es la mas fugaz de todas. (3)

La sinoca ó continente tiene su asiento en los humores del corazon y de los grandes vasos. (4)

La hectica en la sustancia misma del corazon. (5)

Las proposiciones citadas, que hoy nos parecen tan estrañas, pasaban en tiempo de Fernel por verdades inconcusas. En esta época el escepticismo era tan raro en filosofía y medicina como en religion; se creia en la infalibilidad de Aristóteles, de Hipócrates, de Galeno y Avicena como en la de S. Pablo y S. Agustin. Un axioma filosófico, un

(1) *Patología* lib. V. Prefacio.
(2) *Ibidem* lib. IV cap. I.
(3) *Patología* cap. III lib. IV,
(4) *Ibidem* lib. IV cap. IV y siguientes.
(5) *Patología* lib. IV cap. XVI.

aforismo médico sentado por los antiguos se admitia sin exámen como un dogma teológico consagrado por la sancion de un concilio. Esto esplica el porqué se han enseñado y sostenido errores por hombres de gran inteligencia con una fé tan profunda.

III. En su seccion tercera ó en su terapéutica espone los fundamentos de esta y la mejor manera de aplicarlos. Me contentaré con citar algunos ejemplos de curacion que no pueden esplicarse ni por la regla de los contrarios ni por la de los semejantes, circunstancia que completará la crítica que he hecho de estas dos reglas y probará cada vez mas la necesidad de desterrarlas del lenguage terapéutico.

Primer ejemplo. A un hombre que haya tomado inadvertidamente ó por gusto una disolucion ,concentrada de sublimado corrosivo se le hacen tomar algunas claras de huevo para neutralizar el veneno. ¿Cómo esplicará un químico la accion anti-venenosa de este medicamento? Dirá que la fuerza de la albumina oponiéndose á la del veneno le equilibra y le neutraliza. ¿No, dirá que la sal mercurial es descompuesta por la albumina y la convierte en protocloruro, sustancia insoluble y mucho menos deletérea que el sublimado. En esta esplicacion se ve que no hay ninguna idea de antagonismo ni de semejanza entre el veneno y el antidoto.

Ejemplo segundo. Una jóven padece una clorosis, su sangre contiene menos fibrina y menos globulos rojos que en el estado normal, menstrua mal ó no menstrua. Se la aconsejan las preparaciones de hierro, el ejercicio á caballo, una alimentacion reparadora. Al cabo de cierto tiempo de este régimen, la enferma recobra la salud. ¿Qué semejanza hay ó què oposicion entre el estado patológico de esta enferma y el tratamiento empleado. Es preciso ser un lince para ver en cosas tan discordes la menor analogía, ó el mejor antagonismo. Todo lo que puede decirse es que los órganos enfermos se han puesto en contacto con los nuevos modificadores, con cuya ayuda han vuelto á recobrar su estado normal.

Ejemplo tercero. Un viajero aterido por el frio se le lleva á una posada. Se tendrà buen cuidado de no arrimarle á un fuego fuerte, mas bien se empezará por darle fricciones con nieve. En este caso el remedio tiene mucha analogía con la causa morbifica, Los ejemplos de esta especie son raros y sin embargo han bastado para dar paso al estravagante sistema homeopático: tanta es la tendencia del génio del hombre á generalizar los hechos aun mas escepcionales!

Ejemplo cuarto. Que un individuo se disloque el femur por un ac-

cidente cualquiera. Para volver el hueso á su sitio normal, el cirujano deberá obrar en un sentido contrario al de la fuerza que ha ocasionado la dislocacion. En este caso hay oposicion manifiesta entre la enfermedad y el agente curâtivo.

Estos ejemplos bastan para demostrar palpablemente que ni la ley de los contrarios ni la de los semejantes bastan por sí para erjirse en ley general en terapéutica. Si se desea establecer un axioma que abracen todos los casos de curacion, es menester buscarlo en otro órden de ideas, como ya lo hemos indicado mas de una vez y como lo demostraremos formalmente en el periodo que sigue.

CAPITULO XIV.

Ciencias ocultas.

La doctrina que he espuesto en los últimos capítulos reinaba casi universalmente en el mundo médico durante los siglos XV y XVI. Era la única que se profesaba en las escuelas y la que parecia la ortodoxa de los mèdicos de aquel tiempo. No faltaron, sin embargo, algunos que protestaron contra ella é intentaron trastornar el edificio de la filosofía y de la medicina. Su voz no tuvo mas que un eco transitorio, no pudo arrastrar á sí mas que algunos espíritus descontentos que no venian á sustituir doctrinas con doctrinas, sinó á hacer ensayos informes, elucubraciones indigestas. La mayor parte de estos disidentes eran genios turbulentos, como siempre ha habido, que soportaban impacientes el yugo de la autoridad y que mejor confiados en sus propias fuerzas no querian recibir la ley sinó de ellos mismos. A algunos no les faltaba sagacidad, ni imaginacion, ni audacia, pero la mayor parte carecian de fijeza en las ideas, de conveniencia en el lenguage y de dignidad en su conducta. Profetas ó demonios vivian solos y se distinguian de la generalidad por sus estravagancias, por sus caprichos y aun por sus desgracias. En lugar de ser los mas razonables, eran por el contrario, los primeros que dieron la señal de oposicion contra las creencias admitidas y hubieran acabado con ellas, si el mundo no se hubiera apercibido de sus locas intenciones.

En sus escritos, sin embargo, se ven algunas verdades útiles confundidas con un fárrago de estravagancias: ellos no han fundado doctrina alguna digna de la solicitud del filósofo, pero, por sus declamaciones, han obligado á los verdaderos sábios á separarse de la rutina

del pasado, revisar los principios de nuestros conocimientos y dar margen con ellos á una admirable reforma científica. (1)

I El primer partidario de la cabala que menciona la historia de la medicina es *Cornelio Agrippa*. Oriundo de una familia noble de Colonia, habia recíbido una educacion esmerada y poseia muchos y variados conocimientos, pero su natural inconstancia y su mordacidad, que le acarrearon muchos enemigos, le impidió fijarse en parte alguna: andaba errante; lleno de favores unas veces, en una estrema miseria otras. Entró en una ocasion propicia al servicio del emperador Maximiliano I, que le nombró su secretario y le llevó á sus espediciones guerreras, donde se distinguió por su bravura valiéndole el ser nombrado caballero. Disgustado pronto de este servicio, le abandonó para estudiar jurisprudencia y medicina, ciencias con las que dividió su tiempo. Su pluma intemperada y atrevida le acarreó bien pronto quejas y persecuciones; en Dóle riñó con los Franciscanos, en París y en Turin con los teólogos, en Metz con los jacobinos por haberse opuesto á la opinion muy en boga entonces que daba tres esposos á Santa Ana.

Sus estravagantes y continuadas controversias le obligaron á andar errante de país en país; fué á Alemania, á Inglaterra á Suiza, de allí á Lion donde residia entónces Luisa de Saboya Madre de Francisco I y regente del reino, que le nombró su mèdico, pero Agrippa creyó que aquel destino era superior á su rango y lo renunció pronto. Una vez se atrevió á predecir á la supersticiosa princesa los reveses que iba á sufrir y le desterró, marchando de allí á los Paises bajos donde lo metieron preso por haber escrito un libro sobre la *Vanidad de las ciencias y desu filosofía oculta*. Libre se atrevió á volver Lion y fué preso de nuevo por un libro que publicó contra su antigua protectora; en fin, terminó su vida aventurera eu un hospital de Grenoble en 1535 á la edad de cincuenta años. La obra mas importante que escribió, la que mas descuella por su mordacidad y desgarrador esceptismo es la que dió el título *de la Incertidumbre de la vanidad de las ciencias* en la cual se propuso demostrar que «no hay cosa mas perniciosa y perjudicial á la vida, nada mas pestilencial á la salud de las almas que las artes y las ciencias «paradoja resucitada y sostenida con mucha elocuencia en el siglo último por I. I. Rousseau.» Agrippa trata esta cuestion con mas amplitud que el filósofo de Ginebra. Empieza, segun se acostumbraba entónces, por establecer su proposicion sobre testos

(1) Eusebio Salverte. *Ciencias ocultas ó Ensayo sobre la magia, los prodigios y los milagros* Paris 1843 en 8.°

sagrados: en seguida la apoyo con el testimonio de autores profanos, despues de los que pasa revisa á las diversas ramas de los conocimientos humanos, los diversos estados, las distintas profesiones y concluye que cada una de ellas proporciona al hombre mas males que bienes. Cortesanos, guerreros, magistrados, sacerdotes, proletarios, todos comparecen á su tribunal, todos son juzgados y condenados. No absuelve mas que á los gañanes y á los pastores, los cuales, dice, nos proporcionan las cosas necesarias á la vida desde el tiempo de Adam.

De la alquimia objeto de sus estudios, dice lo que sigue: He perdido el tiempo y el dinero que V. me ha enviado, y estoy achacoso, viejo, muerto de hambre, vestido de harapos, sucio y paralítico, por estar andando siempre con mercurio, asqueroso arrojando por la nariz mocos; en suma, soy tan desgraciado que venderia á V. de buena gana la vida y hasta el alma.» (1) A los médicos y los abogados los trata de este modo. «Los jurisconsultos y los médicos se disputan la preferencia: proceso es este que falló un magistrado en vista de las preguntas y respuestas de las partes. Cual es, pregunta el juez, la costumbre de llevar los reos al suplicio y en que órden marchan el reo y el verdugo? Respondieron que, primero marcha el ladron, detras el verdugo y en estos datos fundó la sentencia siguiente: Que los abogados vayan los primeros y los médicos despues, queriendo denotar por esto los grandes latrocinios de los primeros y los temerarios homicidios de los segundos.» (2)

Igual galantería gasta con el bello sexo. «Las mujeres, dice, tienen en lo general, los mismos vicios. Las hay bellas, graciosas, bonitas, esbeltas, elegantes, lujosas, pero si las vieramos desnudas! cuántas deformidades no encontrariamos! Luciano, por eso, las ha comparado á los templos de los Egipcios, que eran hermosos y ricos por fuera, construidos con piedras preciosas y adornados con trabajos primorosos, pero si se preguntaba por los dioses que habia dentro se veia que eran una cigüeña, un mono, un macho cabrio, un gato ó otro animal ridículo.» (3) Terminaremos los estractos de este martirólogio por el pasage siguiente relativo á las sectas monásticas: «Allí van á parar para que los mantengan todos los bribones sin conciencia y sin temor á las leyes puesto que no se encuentran seguros en parte alguna, des-

(1) *Paradoja sobre la incertidumbre, vanidad y abuso de las ciencias*, por Agripa. Traduccion francesa de 1608, cap. XC.
(2) *Ibidem* cap. LXXXIII.
(3) *Ibidem* cap. LXXI.

pues de haber disipado su patrimonio en las casas de prostitucion, los garitos y las tabernas, y estar llenos de deudas. Este es el gran mar en que viven en compañía de otros pescados, Behemet y Leviatan, monstruos enormes y estraños reptiles cuyo número es infinito,» (1)

La moralidad de semejante obra es digna de un adepto de la filosofía oculta. «Dice que si alguno desea ser sabio, no á la manera de que lo son los hombres; que rechace todas las doctrinas humanas, todas las curiosidades y discursos de la carne y de la sangre, que se recoja en si mismo y allí encontrará lo que desea, pero si no puede ver las cosas tan claras como ambiciona, como sucede á los Santos... que acuda à Moises, á los Profetas, á Salomon, á los Evangelistas, á los Apostoles... porque todos los secretos de Dios y de la naturaleza, la razon y el fundamento de todas las leyes y costumbres, el conocimiento de todas las cosas presentes pasadas y futuras, todo está contenido en las santas escrituras, en la Biblia. (2)»

La última conclusion que saca Agrippa de su libro no parecería tan estraña entonces á sus contemporáneos como nos parece hoy. Mucho tiempo antes que el escribiera, sabios de primer órden, tales como Besanori, Pic de la Mirandola, Angelo Policiano, Marcelo Finicio habian intentado introducir las ideas de Platon en la física. Pensaban con este filósofo que el mejor medio de aprender y alcanzar la verdad, consiste en reflecsionar por si y en si, aislandose lo mas posible de toda sensacion esterna; admitian ademas, una estrecha simpatía ó antipatía entre los cuerpos celestes y los de nuestro globo. Estaban persuadidos que un gran número de fenómenos y de acontecimientos de este mundo tienen su origen en los astros.

De este sistema á las estravagancias de la cabala no hay mas que un paso y este era fácil de franquear en un tiempo de preocupaciones supersticiosas y de exaltacion religiosa. En efecto, los cristianos ascéticos tienen creencias que se parecen mucho á las de los platónicos. Atribuyen una multitud de acontecimientos y fenómenos, no á la influencia de los astros, sinó á la intervencion directa de Dios ó del demonio. Tambien, segun estos, el camino mas seguro para saber y ser prudente consiste en unir su alma á Dios por la meditacion, la oracion y el retiro.

He aquí ahora el resúmen de la teoria cabalística: todos los sucesos de la vida, todos los fenómenos de la naturaleza provienen de la in-

(1) *Paradoja* cap. LXII.
(2) *Ibidem* cap. CIII.

fluencia que Dios ó los demonios ó los astros ejercen sobre el *archetipo*, es decir sobre el espíritu esencial de las sustancias. ¡El que sepa estraer este espíritu y unirle á otros cuerpos posee la facultad de crear nuevos seres, puede fabricar oro á su voluntad! El dia y la hora de nuestra venida al mundo, está bajo lo dominacion inmediata de un astro; ademas que cada una de nuestras principales partes corresponde á un planeta de cuya constitucion participamos, Tal es el fundamento de la filosofía oculta, que se divide en cuatro ramas, á saber: la *teurgía* ó *teosofía* á la cual se llega por medio de la oracion, la meditacion, el extasís que dá facultad para producir fenómenos sobrenaturales por la intervencion de Dios, como hacian los santos; la *mágia* ó el arte de domar los demonios y de imitar por su mediacion los verdaderos milagros; la *astrología* ó el arte de leer en los astros los acontecimientos futuros, de predecir la suerte de las naciones, el destino de los hombres, el resultado de los males; en fin, la *arquímia* que enseña el medo de estraer la quinta esencia de las sustancias, llamada por otro nombre *la piedra filosofal*, mediante la cual se pueden transmutar los metales, fabricar el oro y curar multitud de enfermedades. Tantos errores científicos, tanta preocupacion, tanto fanatismo, ambicion tanta favorecieron la propagacion de las locuras de la filosofía cabalistica al salir de la edad media; jamás se vió tanto hechizado, tanto poseido, tanto astrólogo, tanta alquimista y tanto adivino como entonces, jamas fueron tan frecuentes las profecias, las visiones, los prodigios de toda especie, no ocurria acontecimiento alguno que llamara algo la atencion, que no se dijera habia sido anunciado de antemano. ¡Cuantas veces la conclusion del mundo anunciado en un término breve, no puso en conmocion á pueblos enteros y llevó el terror y la desesperacion á los palacios de los reyes y á las chozas de los pobres!

Pero en ningun país se propagaron los delirios cabalísticos con tanta rapidez como en Alemania donde el misticismo le ayudó á conservarse largo tiempo El mismo Lutero parecia inclinado a estas creencias y contribuyó mucho á su propagacion; habla con frecuencia de sus luchas con el diablo, refiere qne se le aparecia bajo la forma de un Monje que le arguia de una manera capciosa, se irrita contra los médicos que atribuyen á causas naturales muchos enfermedades de que el demonio es solo el autor.

La historia de este periodo nos ofrece en todas partes el espectaculo de la lucha de la luz con las tinieblas con fuerzas casi iguales y contrabalanceadas.

II. *Cardan.* Gerónimo Cardan es la segunda figura de este periodo. Nació en Pavia el primer año del siglo XVI. Su vida está llena de peripecias, como la de Agrippa, su caracter es estravagante tambien. En vano intentó su madre, mientras le llevó en su seno, hacerle salir antes de tiempo, pero despues de nacer le cobró tal cariño que le cuidó con gran esmero, porque su estado de debilidad no podia sufrir descuido alguno. Su padre jamás le quiso, mientras sinó le trató peor que á un estraño, le hizo trabajar rudamente Su madre se empeñó en llevarle á estudiar y lo consiguió aprendiendo el joven Gerónimo la gramática latina y la lógica, despues las matemáticas, la filosofía y la medicina.

Hizo tan ràpidos progresos en sus estudios, que á los veinte años se hallaba dispuesto á hablar en público sobre cualquier materia y á los veinte y dos recibió el grado de Doctor. Ejerció la medicina en distintos puntos hasta los treinta y tres años, època en que fué nombrado profesor de matemáticas en Milan, plaza que desempeñó dos años, despues de los que se marchó á viajar por Alemania, Francia é Inglaterra; volvió á Italia, en Bolonia fué preso por deudas, y por fin se fijó en Roma donde obtuvo una pension del Papa y allí murió el año 1576.

Dezeimeris forma de él el siguiente juicio: «Cardan puede figurar á la cabeza de los escritores del siglo en que nació por su vasto saber, su privilegiada inteligencia, por su gran libertad de pensar, por su estilo, en lo general vigoroso y elevado. A tantas y tan buenas cualidades unia algunas estravagancias; era muy crédulo, acariciaba mucho á las paradojas y á los milagros, muy orgulloso y se envanecia en serlo.» (1) Leibnitz que le aventaja en mérito y en talento dice que Cardan era un grande hombre y que sin sus defectos no hubiera tenido rival.

Escribió un gran número de obras de filosofía, matemáticas y medicina. (2) Unas veces admite sin examen los cuentos mas ridículos, las visiones, los sueños, los sortilegios de toda especie y los esplica por las teorías de la cabala; otras, dice, que no es aficionado al arte mágico, truena contra los que lo ejercen y ridiculiza á los que creen en él, se burla de los que creen en los sortilejios, las apariciones, los prodigios etc.

En uno de sus libros sienta los principios siguientes relativos á la quiromancia. En el dedo pulgar consagrado á Marte, se encuentran los

(1) *Diccionario histórico de la Medicina.* Palabra Cardan.
(2) Obras de Gerónimo Cardan, publicadas por Carlos Sponi. Lion 1663. 10 vol. en folio.

signos de la fuerza, el valor y la voluptuosidad, en el índice consagrado á Jupiter, los de los honores y dignidades tanto civiles como eclesiásticas; en el medio consagrado á Saturno, los de la capacidad para la magia, los disgustos, la pobreza, las inquietudes, las fiebres cuartanas y la pérdida de la libertad; el anular consagrado al Sol, los de la amistad, los honores, el poder; el auricular á Venus, los de los hijos, las mujeres hermosas y los placeres de los sentidos; Mercurio ocupa el triángulo de la palma de la mano, allí se ven las señales de la instruccion, de la delicadeza, del robo etc. (1)

El mismo escribió su biografía, tan curiosa como sus obras; algo cínica. En ella relata sus faltas, sus debilidades, sus vicios y de todo esto echa la culpa á los astros. Le gusta mucho ocuparse de sí mismo dá muchos detalles innecesarios, dice cual era la figura de su escritorio, cuanto le costó su cortaplumas, que color tenia su pelo cuando nació, á qué edad se le cayeron los dientes y otras bagatelas por el estilo. Apesar de esto, ni el gran número de sus escritos ni la versatibilidad de su carácter bastan á esplicar sus dilaciones, sus muchas repeticiones y sus contradicciones frecuentes, si no se supiera que escribió solo por necesidad y eso de priesa, sin cuidarse de mas que de terminar su encargo.

III. El tercero y mas notable de los adeptos de la cabala es *Paracelso* que no tuvo motivo para quejarse de su suerte ni de los demás adeptos como Cardan. Nació en Marien-Eisieldeln, pequeño pueblo de la Suiza á dos millas de Zurich. Durante su vida metió mas ruido y alcanzó mas celebridad que otros muchos de mas talento que él y despues de muerto un lugar en la historia. Su padre, que era médico, le enseñó los primeros rudimentos, le mandó viajar segun la costumbre de los estudiantes de aquella época para que visitára las Universidades y escuchàra á sus profesores mas célebres. Paracelso. en lugar de aprovechar el tiempo en el estudio, lo gastó con mujeres de poca moralidad; con barberos, algebristas, mágicos, alquimistas, y otros por el estilo, de cuyas resultas adquirió un gran número de recetas admirables. Amigo desde entonces de la cabala, de la nigromancia y la holgazaneria, confiesa que no á abierto un libro desde hace diez años y olvidó hasta tal punto lo que le enseñó su padre, que apenas podia espresarse en latin, idioma entonces de uso frecuente entre los sabios. A los veinte y cinco años se aficionó al vino y era tanta su degradacion que concluyó por perder sus fuerzas y su razon.

(1) Cardan. *De la variedad de las cosas.* lib. XV cap. LXXIX.

He aquí como se espresa su discípulo, confidente y secretario Oporino al hablar de la pérdida casi total de las facultades intetectuales de su maestro: «En los dos años poco mas ó menos que he vivido con Paracelso, siempre le he visto casi borracho, principalmente despues de su partida de Bale para la Alsacia, lo que no fué obstáculo para que todo el mundo le tubiera por un segundo Esculapio. Borracho y todo no dejaba de dictar en la posada alguna cosa de su filosofía; muchas veces sucedia que se levantaba à media noche de la cama, cojía su sable que decía habia sido de un verdugo y empezaba á dar tajos y mandobles en todas direcciones, estando temblando yo á cada instante que me rompería la cabeza.» (1)

Paracelso tendria entonces de 33 á 35 años, es decir, la mejor edad de su vida: sus escritos en los cuales refiere con enfasis una multitud de curas milagrosas al estilo de los charlatanes, llenos de arcanos que solo el conoce, para curar los males; habian llamado la atencion pública y hicieron que se le llamase para que desempeñara en Bale una cátedra de física y de cirujía. Acudieron á escuchar sus primeras lecciones anunciadas, no en latin sinó en lengua vulgar, gran número de curiosos, entusiastas y vagos. El taumaturgo, para deslumbrar á su auditorio, empezó por quemar las obras de Galeno y de Avicena, despues se puso á leer y ampliar sus propios escritos interrumpiéndose de cuando en cuando por aclamaciones de este género, Aprended médicos, decia; mi gorro de dormir sabe mas que vosotros, mi barba tiene mas esperiencia que vuestros académicos. Griegos, Arabes, Latinos, Franceses, Italianos, Indios, Cristianos, Musulmanes, seguidme sin replicar porque soy vuestro monarca y la soberania me pertenece.» (2)

Su crédito, como profesor, duró poco; á los dos años no tenia mas discípulos que los bancos. Como práctico sucedió lo mismo. Ciertas cuestiones le obligaron á marchar precipitadamente de Bale y nadie sintió su marcha. Tomó entonces la vida aventurera tan de su gusto y continuó viviendo así hasta su muerte. Se le encuentra en Alsacia en 1528, en Nuremberg en 1529, en San Gal, en 1531, y así sucesivamente. En fin, en 1540 en Mindelheim y en 1541 en Salburgo en cuyo hospital de S. Esteban murió á la edad de 48 años.

Hay pocos hombres, entre los médicos, de quienes se haya hablado

---

(1) *De la vida y costumbres de Paracelso, carta de Oporino su discípulo á Solenando y Wier.* Libro de Semerto. *Del convenio y discurso de los químicos* con motive de la doctrina de Aristóteles y Galeno.

(2) Prefacio del libro titulado *Paragrama y en otra parte.*

tanto y en tan diversos sentidos como de Paracelso, siendo por eso difícil formar de él una opinion justa y razonable. Si consultamos el testimonio de sus contemporáneos se vé que están poco acordes entre sí y aun muchas veces en oposicion; si se pretende examinar lo que se desprende de sus escritos es mayor la confusion. Todos cuantos han intentado analizar sus doctrinas han tenido que abandonar su empresa despues de muchos é inútiles esfuerzos. «Es una empresa imposible, dice un historiador moderno, sistematizar los escritos de Paracelso: ideas sueltas, observaciones que se contradicen, frases incoherentes hacen que desfallezca la atencion del lector mas atento. Figuraros un hombre que, en ciertos momentos da pruebas de una penetracion admirable, que en otros desbarra de la manera mas lastimosa, un hombre que interesándose unas veces por los progresos de la ciencia, proclama la esperiencia como una autoridad lanzando los mas violentos anatemas contra las teorías de los antiguos, y otras, como un enagenado, parece que habla con los diablos y cree en su poder; un hombre, en fin, que por la mañana en ayunas y por la tarde borracho apunta en un libro todo cuanto le viene á la mente: este es Paracelso cuyo nombre completo es: *Aurelio Felipe Teofrasto Paracelso Bombasto de Hohenheim.*

Ninguno niega la influencia que ha ejercido Paracelso en su siglo, influencia inmensa que hizo olvidar por algun tiempo á los sábios verdaderos ¿Porqué? Cómo? Es porque, como algunos pretenden, amalgamó la medicina y la química con las doctrinas místicas de la cabala. Otros mas sábios lo habian hecho antes: todos los partidarios de la filosofía hermética. Es porque, segun otros, era hasta cierto punto, el representante de los alquimistas? Pero en la edad media, y no en el siglo XVI es donde es preciso buscar este representante, porque á partir de la época de Paracelso se iba eclipsando la alquimia para dar paso á la verdadera ciencia química. Hubiera pues ejercido una influencia retrograda en lugar de ser progresiva. Por otra parte los verdaderos alquimistas de aquel tiampo no reconocían por jefe á Paracelso ni aun le mencionan.

«Vamos á ver si podemos poner en claro la verdadera influencia de este hombre en aquellos tiempos. Antes diremos de una vez y para siempre, que Paracelso se dirijia á los médicos y no á los alquimistas, pues en lo que atañe á la alquimia, nada nuevo dijo que no contubieran los escritos de los teosofos alejandrinos, de los Arabes, de Alberto el grande, de Rogerio Bacon, de Raimundo Lulio etc.» (1)

(1) F. Hoéfer. *Historia de la química* Paris 1843, 3.ª época, sec. I, § 3, t, II, pág. 9.

Ved, pues, al taumaturgo despreciado de los químicos, á los que decia pertenecer; cuyas lecciones y libros se alaba haber estudiado y cuya doctrina no cesa de ensalzar; porque si él desdeña la ciencia de Hipócrates, de Galeno y de los Arabes, si no hace caso alguno de lo que ha aprendido en las Universidades, en cambio ha tomado mucho de lo que contienen los escritos y los experimentos de los alquimistas. Cita con enfasis los nombres de estos últimos, con quien él ha conversado y cuyas lecciones ha seguido ó cuyas obras ha estudiado.» He estudiado, dice, bajo la direccion de maestros excelentes muy versados en los mas recónditos secretos de la filosofía, de esa filosofía que ellos llaman *adepta*. Ahora bien, el primero ha sido mi padre (Guillermo Hohenheim) que se ha esmerado en mi educacion y despues otros muchos que nada secreto han tenido para mi. Pero yo además he leido los escritos de los mas grandes personages lectura que me ha servido de gran provecho, como es, la de los Schet Obispo de Setigach, de Erasdo Levantal, del obispo Nicolas de Ipona, de Mateo Schacht sufraganeo de Freisinguen, del Abad Spanheim y los de muchos otros grandes químicos; he aprendido muchos esperimentos, entre los cuales nombraré al muy noble Sigismundo de Fuger de Schwats, el cual ha enriquecido mucho á la química y sostenido con su dinero á muchos que le han ayudado.

No citaré mas por temor de ser difuso.» (1) Puesto que vemos que Paracelso merece ser borrado de los que han contribuido á los progresos de la química aun cuando se alabó de haberla perfeccionado, veamos cual ha sido su influencia como médico. Tomemos la mejor ó al menos la mas mala de sus obras, la que contiene cosas mas sensatas y menos estragantes. *La grande cirugía*. Malgaigne que ha querido estraer la quinta esencia de esta obra, para servirme de una espresion familiar de Paracelso, nos cita como un trozo admirable el pasage que sigue, el único, por lo demas, en el que ha encontrado algunos rasgos de una filosofía razonable. «Hay dos caminos ó senderos, ó dos métodos y maneras para llegar al conocimiento de las artes. El uno conduce y enseña la verdad, el otro la mentira. Los discursos ligeros y vagamundos del entendimiento y la razon son causa de error, lo que sucede cuando se confía uno á ellos. La esperiencia, el buen sentido, lo que nos enseña la naturaleza y lo que produce tales acciones, es causa de verdad y certidumbre.» (2)

(1) *Grande Cirujía* Traduccion francesa de Dariot, lib. III, 3.ª parte, cap. I.
(2) *Grande cirujía* traduccion francesa de Dariot lib. II, trat. II, cap. I.—Introduccion á las obras de Pareo 2.ª parte, § V, pág. CCXV.

El capítulo entero á que corresponde este fragmento está consagrado á demostrar que las artes en general y la medicina en particular se forman y perfeccionan por la esperiencia y no por el razonamiento; *porque la naturaleza solo puede y quiere ser conocida por el intermedio de los sentidos sin que sienta la necesidad del razonamiento, como no conocemos por la razon lo que está oculto en lo interior de una montaña y si por los sentidos que lo ven y nos dicen lo que hay* (1)» Malgaigne está tan maravillado de la doctrina de este fragmento que no titubea en llamar á Paracelso, el precursor de Francisco Bacon, el gran reformador de la filosofía de las ciencias físicas; como si fuera la primera vez que se habia sentado tal doctrina, como si el mismo Aristóteles no hubiera dicho ya que todas nuestras ideas provienen de los sentidos y que las ciencias son producto de la observacion y de la memoria. Fernel tan respectuoso para con los antiguos, decia tambien que todas nuestras ideas provenían de las sensaciones. Esta doctrina no ha impedido á Aristóteles, ni á Fernel, ni á Paracelso, ni á Bacon, ni á otros muchos dejar á un lado el testimonio de los sentidos para echarse en brazos de la imaginacion. ¿Quién mas que Paracelso ha hecho mentir á la esperiencia?» Abrid sus libros por donde se quiera, no se encontrará un capítulo, una página que no esté en desacuerdo con ella. «Malgaigne, que se esfuerza por lo tanto en justificarle; dice: proscribe, destierra de la medicina los cuatro humores sobre los cuales, despues de Galeno, habia calcado sus esplicaciones, pero no reemplaza una hipótesis con otra, y toda su teoría que descansa sobre esta deleznable base caerá á su vez cuando se someta à la comprobacion de este juicio supremo que el mismo à invocado, *la esperiencia*. He aquí por lo demás en que consiste esta.

«El cuerpo humano, como el gran mundo del cual es una imágen, está compuesto de cuatro elementos, el *fuego*, el *aire*, la *tierra* y el *agua*. El fuego en el hombre es su alma; la tierra las sustancias sólidas, el agua, los líquidos; y el aire ó el gas, el vacio; cuatro elementos que pueden causar por sí las enfermedades. Pero si abandonamos este minucioso análisis para llegar al conocimiento de elementos aun mas inmediatos, el cuerpo del hombre se compondrà de *mercurio ó licor, de azufre y de sal*; cosas todas demostradas por la alquimia: hay pues en el cuerpo líquidos y es el *mercurio;* sólidos que pueden quemarse y es el *azufre* que arde; y sus cenizas ó resíduos *la sal*. Doctrina es esta

(1) *Ibidem*.

que no pertenece á Paracelso, ya se encuentra en Basilio Valentin y aun se dice, que en otro alquimista anterior á Paracelso, Isaac Holando.» (1) Todo esto es lo mas razonable que se lee en los escritos de fisiología de este pretendido reformador. En cuanto á la anatomía no dice una palabra por la razon convincente que nada sabia, así es que la trata con el mas soberano desden. Sin embargo recomienda prestar mucha atencion á la correspondencia que existe entre ciertas regiones *del gran mundo* ó del universo y ciertas partes del *pequeño mundo* ó del cuerpo humano. Quiere que el médico tenga siempre presente lo que *es la cola de dragon, el signo Aries, la estrella polar, el meridiano, el oriente y el poniente, etc. etc.* (2)

La patología de Paracelso está repartida en la mayor parte de sus escritos. Malgaigne que solo ha leido su *Grande cirugía* no se ha ocupado mas que de las úlceras, porque en este género de lesiones es donde pasa por mas esperto el médico de Zurich. Hé aquí lo que dice respecto á estas: «Todas las úlceras provienen de la corrupcion de la *Sal* que hay en nuestro cuerpo, cambian de naturaleza segun las variaciones que sufre esta misma sal. Consecuencia de esto, Paracelso propone llamar *úlceras de nitro* á las escrófulas; *úlceras de sal gemma* á las que tienen por lo comun su asiento en el pliegue del brazo ó de la pierna y son indolentes; *úlceras vitriolo*, á las profundas y fagedénicas de las piernas; *ulceras de alumbre* á las gangrenosas y fetidas; *úlceras de regalgar* á todas las malignas etc. etc.» Dejo á un lado, añade Malgaigne, cuanto ha dicho de otras especies de úlceras que provienen de la influencia de los astros, ó de la propia constitucion de las partes ó de fluxiones especiales comparables á los manantiales que brotan de la tierra, ó del caos, es decir, del aire que respiramos ó por encantamiento; en una palabra, es una doctrina informe, estravagante, difícil de comprender en globo y que hace dudar si su mismo autor la entendia.» (3)

Puesto que del exámen de la mejor obra de Paracelso no es posible sacar una doctrina patológica algo sensata, que seria si las examináramos todas ó solo la mayor parte? Caeriamos sin duda en un laberinto sin salida, en una confusion inextricable. Unas veces dice que todas las enfermedades tienen dos orígenes, el uno que el llama *ex cagastro*, el otro *ex iliastro*. Las enfermedades del 1.er orígen provienen de una simiente na-

(1) Obras de Pareo, Introducion cap. I tit. CCXV.
(2) Paragra. Tratado II *Del origen de las enfermedades* lib. IV y véase Daniel Leclerc. *Ensayo de un plan para servir á la continuacion de la Historia de la medicina* pág. 806.
(3) Introduccion á las obras de Pareo. París 1840, tit. I p. CCXVII.

tural, como las manzanas, las peras y otras frutas; estas son la hidropesia, la gota, la ictericia etc. Las del 2.° se forman por la corrupcion de alguna cosa; son la peste, la pleuresia, la fiebre etc. Admite unas veces cinco causas de enfermedades á las cuales las dá el estraño nombre de *seres morbíficos*. La primera es la divinidad misma, *ens Dei*; la segunda *los astros*, *ens australe*; la tercera los vicios de la naturaleza, *ens naturale;* la cuarta los errores de la imaginacion, los maleficios, los encantamientos, *ens spirituale ó pagoycum;* la quinta, en fin, el *ens veneni* que abarca los venenos, ya naturales ya artificiales. En otras partes invoca otra etiologia; el mercurio, el azufre y la sal desempeñan en ella el papel de agentes nosogénicos universales. Asegura por ejemplo que el mercurio existente en los cuerpos vivos puesto en contacto con el que está en el esterior engendra por su grande divisibilidad la mania, los dolores contusivos, los temblores etc. y si esta misma divisibilidad es estrema ó si ella goza de acrimonía, dá lugar á la mania, la frenitis, la locura etc.; si al contrario, el mercurio se condensa, ocasiona los temblores de las manos, de las piernas ó solo de la cabeza, la letargía, las contorsiones de la boca, de los ojos etc.

El azufre es causa de diversas clases de fiebres, de apostemas, flemones, ictericia etc. Cuando se separa de la sal, ocasiona la pleuresia, la gastritis, la hepatitis, las oftalmias, las neuralgías dentarias y auriculares etc.

La sal produce cólicos, dá lugar á que se formen cálculos, que aparezca la gota en los piés y en las manos, la ciática etc. Cuando quiere resolverse, causa flujos de vientre; cuando se coagula, produce obstrucciones, infartos; si se volatiliza demasiado, úlceras, sarna, comezones, erisipelas, canceres, fuego pérsico etc. (1)

Todavía falta mucho para conocer todas las fases de esta nolosogía fantástica, y no quiero cansar mas al lector, ya que no pueda ofrecerle cosa alguna buena en premio de su paciencia. Paso á la terapéutica en donde acaso veremos algun pensamiento útil, alguna indicacion ingeniosa, porque este autor no cesa de repetir que el médico debe darse á conocer por sus obras, no por sus palabras; es decir, que cure á todos aquellos que se confian á su cuidado. Enseguida se alaba de haber curado á muchos enfermos reputados por incurables por otros médicos, sin embargo de haber testigos que atenuan el valor de las curaciones de que se alaba. Entre ellos Andres Livabio, gran químico y médico-

(1) Daniel Lecler. Ensayo de un plan para servir á la continuacion de la *Historia de la medicina*, pags. 809 y 810.

director del Gimnasio de Coburgo, casi contemporáneo de Paracelso: dice que ha engañado á muchos diciendo que los curaba y no lo ha hecho; que ha matado á otros ó puesto peor que estaban; en fin, que él mismo no ha podido desembarazarse de la tos, de la gota, y de la cojera que padecia (1).» Oporino, su ferviente discípulo, refiere que «cuando llamaban á su maestro á tratar enfermos de medicina por algun tiempo, nunca permanecia mas de un año en aquel lugar porque decia no debia ejercerse por mas tiempo la profesion en un mismo sitio.» (2)

De estos testimonios resulta que si este hombre obtuvo algunas veces algunas curaciones, en cambio sucedia lo contrario en las mas, siendo, en definitiva, su práctica mas perjudicial que útil.

Este pretendido reformador, que para nada cuenta con los escritores mas recomendables, que no quiere referirse mas que á su propia esperiencia, ¿habia en realidad consultado esta misma esperiencia? cuando uno se propone saber como un escelente medio para descubrir las virtudes específicas de los remedios, que designan los partidarios de la cabala con el nombre *de signatura de las cosas*? Por esto, los adeptos de las ciencias ocultas designan ciertas señales, ciertas variaciones de color ó de figura que se vé en ciertas sustancias, y que indican, á creerles, las propiedades esenciales de estas sustancias. Así la pequeña mancha amarilla que se ve en las flores de la eufrasia y que la comparan á la pupila del ojo, era, segun su sistema, un indicio de la virtud curativa de esta planta contra los males de los ojos; así la simiente de granada y los piñones que tienen algun parecido con las muelas y los dientes, les parecen á propósito para calmar los dolores de estas partes; la pulmonaria por su tejido esponjoso y manchitas negras en sus hojas para las enfermedades del pulmon; los limones por su figura y su color escelentes cordiales. Para mas pormenores sobre una multitud de otras *signaturas* vèase la escelente obra de Oswald Croll, titulada *Basílica química.*

Paracelso se alaba mucho de haber hecho uso de medicamentos químicos ó espagíricos. Cierto es que él no los ha inventado porque se conocian antes que él, pero ha contribuido á vulgarizarlos, mérito que nadie se atreverá a disputarle. ¿Pero este mérito era tan considerable y sobre todo tan provechoso á los enfermos como él dice? Esto es lo que vamos á examinar brevemente.

(1) *Consejos nuevos de Paracelso en los cuales se defiende la antigua medicina de los ataques de G. Amiwald cuyo libro es producto de la panacea.* Franfort 1594 en 8.°

(2) Daniel Lecler. Ensayo de un plan et., pág. 803.

Desde luego costará poco conceder que cuanto mas enérgico es un medicamento, mas circunspeccion y discernimiento se precisa para emplearlo. Ahora bien, todo el mundo sabe que las preparaciones químicas recomendadas por Paracelso, tales como las sales de oro, de antimonio, de mercurio etc. en general, son muy enérgicas. Si pues demostramos que él las administraba con una temeridad ciega, sacaremos en conclusion que deberian producir en sus manos y en las de sus discípulos muchos mas males que bienes. Es además un hecho averiguado y cuya prueba puede verse en los escritos de este autor, que aconseja administrar muchos y muy enérgicos medicamentos sin obedecer á indicacion alguna determinada, sin precisar las dosis y la manera de prepararlas, omision tanto mas punible, cuanto que empleaba medicamentos poco conocidos todavía. Cada una de estas recetas no era nada menos que su secreto admirable para curar todas ó casi todas las enfermedades, recetas cuya preparacion solo él sabia y que describe de un modo que nadie lo entiende. Véase sinó lo que dice de la *tintura de los filósofos, del oro potable*: de la tintura de antimonio, de la de corales y de otras. Un solo ejemplo bastará para demostrar cuan poco cuidado ponia en precisar las indicaciones. «Dice que es preciso saber, que así como el antimonio purga el oro solamente y que consume todos los otros metales; así es el único capaz de purgar al cuerpo humano y no á los otros, porque en cuanto á fuerzas y á perfeccion el hombre tiene una gran semejanza con el oro, de lo cual resulta que el antimonio atrae solo al oro y al hombre para hacerle alcanzar un grado sumo de perfeccion y de pureza, y daña, consume y corrompe todos los demás. Este antimonio obra, pues, como purgante; sin embargo, no hace echar las heces ni los escrementos, porque superior á los demas secretos, hace salir solo las impurezas y todo cuanto es motivo de enfermedades y de úlceras, reduciendo al hombre á un grado máximo de salud.

Ahora bien, los mas grandes filósofos se han empeñado en prepararle, pero en vano; solo yo lo he hecho. Este es, pues, el gran secreto por el cual es preciso comenzar todas las curaciones, porque con él se evitará la ruina ó perdicion de muchos producida ó llevada á cabo por medicos ignorantes (1).» En seguida describe la manera de preparar la *muy noble, muy preciosa y tan divina esencia de la flor de antimonio que cura todos los males.*

(1) *Grande Cirujía*, lib. III cap. V.

Cuando se reflexiona acerca la enerjía de un gran número de preparaciones espagíricas, cuando uno para la atencion en que muchas de ellas son venenos violentos, en lugar de censurar la prudente circunspeccion con que la mayor parte de los médicos las han admitido en la práctica, no se sabria aplaudir bastante esta circunspeccion, sobre todo en una época en que no se conocian medios capaces de comprobar la pureza de estas composiciones ni tampoco su uniformidad. Espanta solo el pensar los estragos que debia producir la administracion intempestiva ó exagerada de estos medicamentos heróicos. Hoy que se conocen mejor sus efectos, hoy que se obtienen en un estado de pureza y uniformidad irreprochables ¿quién es el que se atreveria á generalizar su uso? Quién se atreveria á proclamar como una panacea á una sal de oro ó de antimonio? Nadie mas que un charlatan sin vergüenza ó un médico ignorante. Así pues los elogios escesivos que los paracelsistas daban à ciertas preparaciones químicas, el empleo ciego y abusivo que hacian de ellas, los accidentes tan frecuentes como temibles á que daba lugar su administracion intempestiva ó ciega, lejos de recomendarlas á los ojos de los prácticos prudentes é ilustrados, debian, al centrario, desacreditarlas y hubieran, á no dudarlo, tardado en ser incluidas en la materia médica, si esperimentadores sensatos, pacientes y habiles no hubieran trabajado para conocer y llenar las verdaderas indicaciones que precisaba la administracion de estos medios tan heróicos, pero peligrosos. Así que, ya se considere á Paracelso como fisiólogo, ya como patologo ó como terapéutista, siempre se advertirá que su influencia ha sido dañosa para él y para los enfermos.

Sin embargo, si se pregunta como es que en un siglo eminentemente erúdito, un hombre sin instruccion ni pericia práctica ha podido ejercer una influencia tan grande sobre sus contemporáneos y adquirir fama imperecedera, contestaremos con las siguientes palabras de Sprengel que ha consagrado la mitad de un volúmen de su historia de la medicina, á resolver esta pregunta. «Una revolucion dice el historiador aleman, que tiene por base el misticismo, encuentra fácil acceso en la generalidad de las gentes, que la que es hija del buen sentido; porque todas las quimeras se presentan á nuestros ojos con colores mas subidos y ponen al espíritu mas pronto en juego que las severas conclusiones de la fria razon. En el siglo XVI la Alemania habia alumbrado á la Europa entera con su espíritu de reforma; el gran genio de Lutero hizo á sus contemporáneos y á la posteridad, aun la mas remota, el inapreciable servicio de dar un golpe tan funesto al misticismo que el catolicismo

y la teología quedaron para siempre abatidos. (1) Paracelso adoptó el mismo plan, pero las circunstancias siguientes se opusieron á que su sistema encontrará una acojida tan favorable y tan general como la que alcanzó el reformador de la teología.

«1.° La medicina es una ciencia esperimental, y es preciso estudiarla para comprenderla: sus principios estan calcados en la razon y deducidos por la observacion. Por consecuencia una doctrina que rechaza el testimonio de la razon y que dice que la esperiencia es una cosa inútil, no podrá tener gran éxito entre los médicos. 2.° El sistema de Paracelso estaba basado, no solo en el misticismo, sinó mas todavia, en el fanátismo mas grosero. Verdad es que la supersticion reinó en todo el curso del siglo XVI; pero querer dar á estas mismas preocupaciones la apariencia de una doctrina científica, era apadrinar una idea que chocaba demasiado con el buen sentido para que la generalidad la aceptase. 3.° En fin, Paracelso no era hombre apropósito para asegurar el éxito de su sistema, era un bárbaro, un ignorante, que despreciaba todas las ciencias por la sola razon que no las conocia. Aunque habla mucho de Dios, origen de toda ciencia; sus costumbres y su vida errante dan á conocer que hacia poco caso de esta creencia.

Su doctrina, sin embargo, encontró sobre todo en Alemania mas partidarios que los que él esperaba. Segun mis cálculos resulta que las tres cuartas partes de los sucesores, partidarios conocidos de este taumaturgo, son Alemanes; la mayor parte gentes sin educacion, sin cultura, que se echaron en brazos del misticismo porque era el sistema que mejor podia encubrir su ignorancia. (2) Los otros conocedores de los medicamentos y secretos del maestro, procuraban conciliar su teoría con el sistema de Galeno, ó al menos depurarla, perfeccionarla y hacerla mas admisible. En fin, la sociedad de los *Rosa Cruz* la aplicó de una manera mucho mas exacta, que la habia hecho hasta entonces, á la filosofía y á la teología.» (3)

Este pretendido reformador que prescindia de la razon y la esperiencia, contaba solo con la imaginacion, con la supersticion. El misticismo, que pretende formar un sistema, no es mas que un conjunto informe de proposiciones discordantes á propósito para favorecer la pereza y la ignorancia y á hundir á la inteligencia humana en las tinieblas de la barbarie de la cual apenas habia salido. Su escuela no es otra cosa que

(1) No olvidemos que es un protestante el habla.
(2) *Historia de la medicina* sec. IX traducion francesa de Mr. Jourdan t. III pág. 333.
(3) Pág. 1804, t. II. p. 343, véase tambien mi folleto sobre el charlatanismo en la medicina inserto en la *Revista medica*, cuaderno de Abril 1839.

la impericia misma, la decepcion, la jactancia; en una palabra, es la negacion de la ciencia médica: escuela representada en la antigüedad por Tésalo de Tralles, en la edad media por Juan de Gaddesden y resucitada despues por Paracelso. (1)

Hay sin embargo dos paracelsistas á quienes no debe echarse en olvido, siquiera por el modo especial y charlatanesco con que ejercian su ciencia. El uno es Leonardo Thurneysser-zum-thurn y Jorge Amwald. El primero era hijo de un platero de Bala (Suiza) que se escapó de casa de su padre por haber querido vender cobre dorado por oro puro. Fué despues soldado, director de minas, cofrade de la órden de santa Catalina en el monte Sinaí y por fin médico afiliado á las doctrinas de Paracelso, Aprendió lo poco que sabia del médico de su pueblo y á pesar de esto, adquirió pronto una fama fabulosa con la curacion de la esposa del Elector de Brandeburgo. Thurneysser era un verdadero Dulcamara, llevaba siempre consigo medicamentos de nombres muy bonitos, como oro potable, tintura de oro, magisterio de sol y así otros muy apropósito para las beatas, para las melindrosas, las hipócritas y las semi-mujeres que pretenden curarse con bendiciones, caramelos, merengues, etc., en lugar de hacerlo con verdaderos medicamentos. Alcanzó, pues, una gran fortuna, pero pronto le desenmascaró Gaspar Hoffiman y le hizo perder la gracia del Elector marchándose á Colonia donde murió entregado á sus estudios sobre la piedra filosofal. El segundo, tampoco era mèdico, era jurista. Hacia una panacea que aplicaba en pequeñas cantidades en la punta de la lengua de sus enfermos y acto continuo hacia desaparecer la enfermedad que hasta entonces habia sido refractaria á los remedios de los médicos, sobre todo, galenistas. Tuvo este paracelsista tambien gran aceptacion y fama y fué necesario que Andres Livabio, el Hoffman de su compañero, revelara el secreto de su panacea que no era mas que el cinabrio comun, (un compuesto de azufre y mercurio.) Con este curaba á los príncipes y elevados personages de sus enfermedades refractarias á los remedios comunes por aquello que dice Mercurial *que cuando una enfermedad se resiste à la terapéutica ordinaria no se olvide que puede tener algo ó todo de específica, como entonces* sucedia con las formas de la sifilis estendida ya por Europa en aquella época.

Conclusion de todo el capítulo. Los hombres cuya pintura acabamos de bosquejar, forman con sus sectarios una clase separada de mé-

(1) Véase el retrato de Paracelso por Francisco Bacon citado por Toustelle en su *Historia filosófica de la medicina.*

dicos que abandonando la marcha lenta de la razon y la observacion se lisongeaban de llegar á la omniscencia de repente, sin esfuerzo ni casi estudio alguno, por solo la intervencion de Dios ó del diablo ó por los arcanos de la magia ó de la alquimia. Estábamos, pues en la obligacion de decir algo de ellos por la importancia que tuvieron durante muchos siglos, pero creeríamos alejarnos de nuestro objeto si nos ocupáramos en esponer todos sus estravios mas propios de las enfermedades mentales que de las trasformaciones de la ciencia. Si algunos de estos iluminados eran falsarios y trapaceros, en cambio la mayor parte eran desgraciados hipocondriacos, especie de monomanos víctimas de sus propias alucinaciones, Se han visto algunos tan apegados á sus sortilegios y á sus estravagancias que se decian inspirados de Dios ó del demonio y tan convencidos de la realidad de sus visiones que las llevaban al suplicio y las sostenian hasta el último suspiro.

CAPITULO XV.

Ensayos parciales de reforma.

Mientras que los partidarios de la cabala se esforzaban en derribar por completo todo el edificio científico de la antigüedad, otros reformadores menos atrevidos, pero mas sensatos, sin atacar en globo el viejo monumento, se ocupaban en hacer ensayos parciales de reformas, preparando así el camino á una completa y radical. Sin repudiar en masa, como los precedentes, todas las tradiciones de los médicos antiguos, tampoco las querian admitir de una manera ciega, sinó despues de haberlas sometido á un exámen serio, y aceptando solo las que le parecia estar conformes con la razon y la esperiencia ó rechazando las otras, haciéndolas sufrir las modificaciones que creian necesarias. Estos eran, por lo general, hombres ilustrados y libre-pensadores, amigos del progreso formal, no del trastornador que produce siempre atraso, aunque sea momentáneo. Fueron en este siglo muy pocos y nada formal escribieron, pero sus esfuerzos contribuyeron á entrever y abrir un camino nuevo á las generaciones venideras, animándolas á renovar por completo la ciencia.

A la cabeza de estos reformistas del siglo XVI colocaremos á *Juan Argentier* de Castel-Nuovo en el Piamonte, que fué profesor en Nápoles, en Pisa y en Turin. En el discurso de apertura que pronunció en la Universidad de las dos Sicilias, dividió los médicos en dos clases; los

unos, dice, que estan persuadidos que nada hay que borrar de lo que dijeron los antiguos limitándose solo á estudiarlos y á interpretar el sentido verdadero de sus escritos, sin añadir ni quitar cosa alguna; los otros convencidos igualmente de la necesidad de leer y meditar los clásicos antiguos piensan que no debe admitirse sin exámen todo lo que dijeron, sinó que es permitido hacer algunos cambios en su doctrina, modificarla y perfeccionarla.

Argentier no se atreve a revelarse contra los diversos puntos de la doctrina de Galeno y combate á los que la han aceptado sin exámen, como Fernel y otros muchos. Pretenden, por ejemplo, que todas las partes del cuerpo saquen su alimento de la sangre y niega que haya parte alguna que lo haga por la sencilla prueba que las cualidades secundárias de los cuerpos, tales como la dureza, la blandura, la pureza ect. no dependen de las cualidades primitivas ó elementales. Rechaza la multiplicidad de espíritus que admitian los galenistas; no admite mas que una clase, las demás las cree una quimera, en especial los animales, por la razon de no existir en el hombre el tejido reticular encargado de prepararlos. (1) Por desgracia estas ideas nuevas y sanas están como ahogadas en un número de palabras tan ligeras como fùtiles, con frecuencia acontece que emplea gran sutileza y mucha palabreria para refutar una opinion de Galeno y la reemplaza con otra tan oscura y tan dudosa como la que refuta. Consagra siete planas en fólio para discurrir sobre esta proposicion del primer aforismo de Hipócrates «La vida es corta». En suma, despues de sus pretensiones de reformador se declara partidario de las ideas de Hipócrates, Galeno y Aristóteles, esplicándolas, comentándolas y discutiéndolas con mucha prolijidad, limitando su reforma á algunas definiciones y divisiones que nada nuevo llevan á la practica.

Botal (segundo reformista,) con menos pretensiones que el primero, fué acaso mas reformador de hecho que el profesor de Nàpoles. Antes que él se sangraba poco, Botal emprendió la tarea de generalizar la sangria, ó al menos emplearla en una multitud de afecciones que no se empleaba. Hemos visto que Brissot alcanzó despues de una larga lucha á sangrar algo mas en la pleuresia. Botal no solo aumentó esta práctica en esta enfermedad, sinó que la llevó á la pulmonia, á la esquinancia y á la apoplejía, y mas todavía á la gota, á la disentería, á las calenturas pútridas, no solo en los jóvenes y robustos, sinó en

(1) *Comentarios de Galeno al arte médico.*

los niños, en los ancianos, las mujeres en cinta, los cacoquímicos. Llega hasta el estremo de decir que un anciano, aunque esté delicado, debe sangrárse cuatro ó seis veces al año y que es muy bueno sangrar cada seis meses á los que están sanos. Botal, piamontés tambien como Argentier (de Asti) sirvió en calidad de cirujano de las tropas francesas, fué despues médico de los Reyes de Francia Carlos IX y Enrique III.

Su posicion deberia haber garantido sus opiniones, pero no fué así; la Facultad de París condenó su método como herético y peligroso. Compuso muchas obras de las que la mas notable es una memoria titulada, *De la curacion de las enfermedades por las sangrias*. En este libro esplana sus ideas paradojicas sobre la utilidad de las sangrias repetidas. «La sangre, dice, está destinada á alimentar y sostener el cuerpo no á dañarle y ahogarle y solo puede cumplir su cometido cuando guarda la proporcion conveniente. Si traspasa la medida justa ó si peca por alguna de sus cualidades, de suerte que incomode, es necesario ponerla un correctivo, cosa que se obtiene con seguridad con la sangria segun testimonio de Hipócrates, Galeno; y sobre todo, como lo demuestran los felices resultados de esta practica.» (1)

Si la teoría de Botal es muy contestable, en cambio no lo son tanto los hechos en que la apoya. No puede negarse que obtuvo resultados sorprendentes por las emisiones sanguíneas, pero como él no cita mas que los favorables, debe creerse que omite los adversos. Es preciso tambien tener en cuenta que este médico recojió sus observaciones en los campos de batalla, que las hizo en suegtos jóvenes y vigorosos y que á estas circunstancias es probable sean debidos los sucesos lisonjeros obtenidos con esta pràctica desde su principio; en fin, puede decirse para su satisfaccion que, si él exagera el empleo de las sangrias, sus contemporáneos han exagerado el proceder opuesto, de lo cual se sigue, compensándolo todo, que su doctrina podia ser muy bien tan ventajosa y aun mas que la de sus émulos.

El escrito de Botal es superior à cuantos se escribieron en aquel tiempo, tanto por la forma, como por el fondo. No hay, como en otros, argumentos capciosos y largas divagaciones teóricas: dice apenas algunas palabras y en seguida refiere gran número de hechos. Invoca con frecuencia y sobre todo, á la observacion; sin que por esto desdeñe la autoridad de los antiguos, que algunas veces le sirve de punto de

(1) *De la curacion de las enfermedades por la salida de la sangre. En las obras médicas y quirúrgicas.* J. Van Horme Leiden 1660 en 8.° *Comparaz las cartas de G. de Patin.* Nueva edicion per J. H. Reveille-Parise. París 1846 tom. I, páginas 353 375.

apoyo; en fin, reune à la independencia y energia de caracter la elegancia y pureza de estilo.

El último pensador que vamos á citar es *Lorenzo Joubert*, canciller de la universidad de Mompeller y médico consultor del Rey de Francia Enrique III. En sus adiciones á los libros de Galeno combate unas veces y aprueba otras la doctrina de este autor. Entre otras opiniones nuevas emite esta; la de que nunca se pudren los humores en el cuerpo vivo y que solo hay efervescencia en las fiebres pútridas. Su tratado de los *Errores populares* tuvo un éxito estraordinario para la época en que se publicó; en menos de seis meses se vendieron 4,600 ejemplares, número que parecerá prodijioso si se tiene en cuenta el pequeño número de personas que sabian entonces leer. La circunstancia de estar escrito en lengua vulgar, sembrado de cuentos y anecdotas que amenizaban la aridez de su contenido; ciertos y estraños detalles técnicos sobre la generacion y la parturicion de que la gente se apodera aguijoneada por la curiosidad, fueron las circunstancias á las cuales debió el favor que el público dispensó al libro. Su estilo, por otra parte, lijero, paradójico y agridulce, y su respeto profundo á la religion y á las buenas costumbres ayudaron á su lectura. En el prólogo justifica lo mejor que puede la franqueza de algunas de sus descripciones y para ponerse á salvo de algunas censuras, dedica su libro á la *muy alta, muy escelente y estudiosa Margarita de Francia muy ilustre Reina de Navarra, hija, hermana y madre de Rey*.

No quiero analizar una obra llena de tantas cosas incoherentes y con frecuencia disparatadas, solo separaré algunos fragmentos por los cuales se vendrá en conocimiento de la intencion y estilo en que parece está escrito. El autor principia por una cuestion de alta filosofía que discute con recto criterio y entera libertad.

«Hay dice, una gran divergencia entre la opinion de Aristóteles y Platon sobre la condicion del alma racional, que ambos la creen de origen divino, inmortal y capaz de poderse separar del cuerpo. Platon, sin embargo, dice, que ella es la que todo lo sabe y la que todo lo olvida èn el momento en que se confunde con el cuerpo, si bien vuelve á recobrar esta misma condicion á medida que el cuerpo se va secando poco á poco, porque dice que lo que llamamos *aprender* no es mas que *recordar*. Aristóteles, por el contrario, afirma que el alma, alentrar á confundirse con el cuerpo, nada sabe, pero que es capaz de aprender cuanto es posible al instante; la compara á una tabla rasa en la cual nada se vé grabado, pero dispuesta á recibir cuanto se quiera, opinion

que han seguido la mayor parte de los mas grandes filósofos. Porque si alcanzó sabiduria por la sola desecacion del cuerpo, de ahi se seguira que es preciso enseñarla y que el error no podria entronizarse en ella (toda vez que los sentidos estuvieran buenos y sanos) que son dos condiciones notoriamente absurdas.» (1)

No seguiremos mas adelante á este autor en la ampliacion de su tesis, solo nos contentaremos con hacer observar, como Fernel, que no procura conciliar las opiniones de estos filósofos, sinó que se declara partidario de la que le parece mejor. En esto se ve que es un pensador independiente é ilustrado, que no desprecia ni rinde culto á los antiguos, sinó que elige de ellos lo que le parece mejor. Despues de haber apoyado la conclusion que acaba de emitir mediante una argumentacion hábil, Joubert esplica los motivos que le han obligado á emprender su obra y el objeto que se propone.

«Señora, esclama con gran respeto: dejo por ahora á los teólogos que arreglen las relaciones del alma con la fé para que encarne antes en ella la piedad, la bondad de la doctrina, el perfume de los olores agradables á Dios y al prójimo, que hacen sea una vida santa y ejemplar conforme á la doctrina, y procediendo de la piedad que tiene su apoyo mas firme en la fé. Este no es mi objeto, el mio es el cuidar al cuerpo humano para que conserve la salud y devolvérsela cuando la pierda, mediante la gracia de Dios que ha creado la medicina y instituido los médicos para auxiliar al hombre en sus enfermedades. Veinte años por lo menos hace que estoy ocupado en este trabajo y lo hago por dos razones: 1.ª por instruir de palabra y por escrito á los jóvenes en esta ciencia con toda sinceridad y esmero, dándoles las primeras nociones los mejores preceptos, enseñándoles la composicion de los secretos mas aplaudidos y ejercitándoles en la teoria y la práctica. 2.ª Estinguir y acabar con muchas opiniones falsas y errores muy en boga por mucho tiempo en la medicina, la cirujía y la farmacia, es decir, entre los profesores de las tres ramas. Pero esto es todavía muy poco cuando se trata de errores populares que tienen relacion con la medicina y la higiéne, pues son tantos y tan groseros que la mayor parte merecen mas risa que reprension.

Muchos hay, sin embargo, que son muy perjudiciales á la vida de los hombres y creó que no se les debe despreciar ó dejar pasar, sinó que por el contrario, debe llamarse la atencion del vulgo hácia los ma-

(1) *Errores populares en asuntos médicos é higiénicos* por Lorenzo Joubert Paris 1587 Prefacio de la primera parte.

les que ocasionan y trazarle el camino que ha de seguir; porque él no lo hace con malicia ó con intencion de dañar, sinó que le parece que su camino es el mejor. Toca, pues, á los médicos remediar este mal á cuya curacion me he dedicado hace mucho tiempo, haciéndoselo presente á muchos, consejo que me ha servido de muy poco, porque la mayor parte son unos ignorantes. Me he resuelto, en fin, á poner de manifiesto al pueblo sus errores de esta manera, y formar de ellos un juicio nada apasionado pero capaz de servir para juzgar y condenar tales abusos. Ahora bien, despues de haber meditado mucho sobre el valor de mis apreciaciones, me ha parecido oportuno ponerlas bajo la proteccion de V. M., porque Señora, creo que sois la mas acreedora á esta distincion, por vuestras virtudes, por vuestro carácter angelical, por vuestro talento, por el deseo de saber que os anima, como tambien, por haber elejido semejante pasatiempo, que os servirá de solaz algunas horas del dia, oyendo y examinando las razones que alego en contra de los errores populares. A los envidiosos no les parecerá bien lo que digo y propongo á V. M. porque algunas veces me veo obligado á establecer proposiciones que parecen algo picantes y obscenas, pero guardo el decoro debido cuando me ocupo de todas las funciones del cuerpo como de las partes de él por mas secretas y ocultas que estén, porque procuro tener siempre presente lo que dice Dios de la virtuosísima princesa romana Livia, mujer del Emperador Augusto, la cual libró de la muerte á muchos condenados á ella apesar de presentarse desnudos á su pies diciendo que, para las mujeres púdicas, aquellos séres no diferian en nada en tal estado de las estàtuas. Por lo tanto creo que con tales razones y con vuestro apoyo no me hará mucho daño la lengua de los maldicientes.» (1)

Estas citas nos dan á conocer 1.° que Joubert, al escribir este libro, se propuso un objeto serio y útil: el de combatir las preocupaciones no menos perjudiciales que ridículas de entónces. 2.° El justificar bastante bien la libertad con que escribió y la razon de dedicar obra semejante á una mujer. Por lo demas la muy estudiosa reina de Navarra imitó la conducta de la Emperatriz romana, dignàndose aceptar la dedicatoria del canciller de la facultad de medicina de Mompeller.

La sola enunciacion de alguna de las cuestiones de que se ocupa el libro es bastante para picar la curiosidad, no digo de una princesa sinó de la generalidad de las gentes. He aquí algunas de ellas que sirven de epígrafe á cada un capítulo.—«Que hay muchos mas médicos que de

(1) *Ibidem.*

ningun otro oficio:—que no redunda en provecho de un enfermo tener muchos médicos de cabecera sinó uno solo y que este sea celoso.—Si una mujer puede concebir sin tener las reglas.—Contra los que no cesan de darse abrazos para tener hijos y contra los que hacen poco caso de esto á fin de no tenerlos.—Porqué se aconseja á una mujer gruesa llevar la mano atras si no puede satisfacer su apetito.—Si es bueno que una mujer se asiente sobre el culo de un caldero caliente ó debe ponerse en la barriga el gorro de su marido para que para mejor y cuales son los mejores medios para conseguirlo.—Si es cierto que una mujer pare hijos cuando hay luna llena é hijas cuando es nueva.—Exortacion á todas los madres para que crien sus hijos.—Supersticiosa y falsa creencia de las mujeres que dicen pierden la leche si se calientan.—Si es cierto que las trufas, las alcachofas y las ostras hacen al hombre mas alegre para el apetito venereo etc.»

Joubert trata estos asuntos tan delicados de una manera digna, entremezclando en sus descripciones sérias, algunas anécdotas, pero graciosas. Ridiculiza la pretension de muchos en meterse á médicos sin saber una palabra de medicina y cuenta ante algunos de estos la siguiente aventura: «Alfónso de Este, Duque de Ferrara preguntaba muchas veces en tono familiar cual era el oficio que contaba con mas representantes; uno decia que el de zapatero, otro que el de sastre, otro que el de carpintero, otro el de marinero, otro el de pleitistas, otro el de trabajadores etc. Gonelle, famoso bufon, dijo que de médico; y apuesta con el Duque, que rechaza la idea del bufon, á probárselo antes de veinte y cuatro horas. Al dia siguiente por la mañana Gonelle sale de su habitacion con su gorro de dormir y un pañuelo à la cara, el sombrero y la capa, después á la calle para ir á palacio. El primero que encontró le dice: ¿qué tienes Gonelle? y le contesta que dolor de muelas. Hay amigo mio, yo tengo una receta escelente para curar ese mal; y se la dice. El bufon la apunta en su libro de memorias juntamente con el nombre de su donador. Dos pasos mas allá encuentra á un grupo que le hace la misma pregunta y cada uno le dice su remedio. Hace lo mismo que con el primero y así con todos cuantos encontró hasta llegar á palacio. Entra en el patio y como todos le preguntan por su mal, le dan cada uno su remedio. Les da las gracias y anota tambien sus nombres. Cuando por fin entra en la habitacion del duque le pregunta al instante lo que tiene y responde el bufon muy compunjido; dolor de muelas. Y él duque le dice al momento: no tengas cuidado Gonelle, yo se de un remedio que te calmará el dolor aun cuando es-

té gastada la muela. Mesmer Antonio Musa Brasavolo no ha conocido nunca otro mejor. Haz esto y lo otro y al momento quedas curado. Gonellese quita al momento su venda y grita; ¡Hay Señor, vos sois tambien médico! Ved aquí los que he encontrado á mi paso por la calle de los Angeles, mas de doscientos: y no he pasado mas que por una calle; si corriera toda la ciudad, apuesto á que encontraria mas de diez mil. He acertado pues, dice Gonelle. La verdad es que todo el mundo se mete á médico y muchos pretenden saber mas que ellos.» (1)

Me he estendido algo mas en el exámen de esta obra porque bajo una forma ligera y sin pretension alguna tiende á un objeto eminentemente útil; la de desterrar una multitud de errores perjudiciales á la ciencia.

Ilustrar al vulgo ¿nó es trabajar en pro de las buenas doctrinas? Y sin embargo todavia se encuentran en el libro de Joubert teorías erroneas todavia reinantes cuando le escribió, defecto inevitable porque un autor no puede combatir las preocupaciones mas que echando mano de los conocimientos de su tiempo.

CAPITULO XVI.

Organizacion médica é instituciones accesorias.

La separacion de la medicina del sacerdocio iniciada ya al concluir el periodo anterior, se completò durante este con grandes ventajas para ambas profesiones, porque si el sacerdote pagano pudo ejercer el arte sin faltar á los deberes de su otra profesion, el católico tenia que infrinjir las reglas canónicas, descendiendo à una multitud de detalles impropios de su estado, pero necesarios para el que queria ejercer la medicina. Desde el siglo XVI cesó de ser obligatorio en Francia el celibato á los médicos; pero dejaron de obtener destinos eclesiásticos. Al mismo tiempo la cirujía separada hacia mucho tiempo de la medicina se volvió á unir, y de esta union resultó gran provecho para la ciencia. Desde entonces los cirujanos del colegio de San Cosme se consideraron iguales á los profesores de la Universidad y gozaron de los mismos privilegios. En fin se multiplicaron los establecimientos de instruccion y se mejoraron los existentes, abriéronse nuevos anfiteatros de diseccion, hospitales, dispensarios, en una palabra, establecimientos consagrados al cuidado de los enfermos, se publicaron reglamentos de policía médica é hijiene resultando una gran mejora sanitaria para los pueblos.

(1) *Errores populares*. Primera parte, lib. I, cap. IX.

RESÚMEN DEL PERIODO ERUDITO. (1)

El período histórico cuyo cuadro acabamos de bosquejar, ofrece uno de los espectáculos mas interesantes. Hemos visto á la inteligencia humana largo tiempo sumida en un sueño letàrjico, despertar gradualmente y marcar sus primeros pasos con descubrimientos de la mas alta importancia, generalizar el amor al estudio á medida que se multiplicaban los medios de instruirse. Secularízase la ciencia encerrada en los claustros durante la edad media como en tiempo de Platon, Aristóteles é Hipócrates, pero contando con mas y mas poderosos medios de propagacion que entonces. El primer movimiento de las inteligencias fué llamar la atencion del mundo sábio hacia los orígenes primitivos de lo bello y lo verdadero, se exhumaron los restos de los libros griegos envueltos en el polvo de las bibliotecas de los conventos, que sustituyeron poco á poco á la literatura de los árabes, hijos degenerados de los primeros. Pronto no alcanzaron los restos de la ciencia antigua á satisfacer la curiosidad y la ambicion siempre creciente del espíritu humano; estos monumentos sometidos á una crítica cada vez mas ilustrada y severa, dejaron entrever bastantes defectos que debilitaron mucho el respeto que se les tenia.

No faltaron entonces espíritus impacientes y ávidos de aventuras que intentaron derribar por completo el edificio de todos los conocimientos humanos y volver á levantarle algun dia, pero su pretension, fruto de una inteligencia enferma, sin apoyo de la razon y la esperiencia, se desplomó ante la luz de la discusion, como caen los sueños de una noche agitada al aproximarse el dia. No faltaron, sin embargo, algunos que intentaron amalgamar las antiguas doctrinas con las nuevas, porque convencidos que es mejor reformar que destruir, no quisieron hacer cambio alguno sin que este no encarnase ningun adelanto: así es que se contentaron con añadir algo á las antiguas doctrinas, no para aniquilarlas, sino para perfeccionarlas.

(1) Concluye en España este período, con la creacion por Felipe II de un tribunal especial médico, con autoridad esclusiva é independiente y con la misma gerarquía que los de los de la Córte. Sus facultades no se limitaban al exámen de médicos, cirujanos y boticarios, como sucedia desde el tiempo de D. Juan I, sinó que se estendian á la administracion de justicia. (Ley 7.ª de la pragmática de 1588.)

VIII. PERÍODO REFORMADOR. (1)

COMPRENDE LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

Consideraciones generales.

Acabamos de ver á los sistemas de Aristóteles y Galeno resistir á los ataques anticipados de los partidarios de la cabala, y que los adoptaban la mayoria de los sábios, mediante algunas modificaciones parciales reclamadas por los innovadores mas sensatos y prudentes. La larga duracion de estos sistemas, su adopcion casi unánime por los grandes hombres de la antigüedad y de la edad media, formaban un precedente de los mas respetables que todavia la generalidad no se habia acostumbrado á desdeñar No choca pues que hombres eminentes les hayan preferido á las teorias estravagantes y mal pergeñadas de los fautores de doctrinas cabalísticas, de espíritus inquietos, caprichosos y soberbios que pretendian abrogarse el cetro de las ciencias sin tomarse el trabajo de atemperarse á un plan de reforma científica, cuya prudencia y grandiosidad justificasen á los ojos de los hombres ilustrados sus altísimas pretensiones. El dominio, sin embargo, de las ciencias naturales se estendia de dia en dia despues de dos siglos de observacion; se habian enriquecido con una multitud de hechos nuevos que cuadraban ó no con las doctrinas corrientes, y que hacian sentir la necesidad de una reforma radical en casi todas las ramas de los conocimientos humanos. Se ven aparecer hombres cuya ciencia iguala á su genio, capaces de ponerse al frente del movimiento intelectual que se iniciaba para sustituir á las viejas teorias otras mas recientes, mas potentes y mas en armonía con los nuevos hechos. Al culto de los antiguos va á sustituir un deseo exa-

(1) La fórmula de este período en nuestro pais puede reducirse á las siguientes palabras. «Ninguna pérdida, pero ningun adelanto.» Sin embargo, hasta tal punto se fué amortiguando el deseo de saber y comentar los clasicos, que fué preciso nada menos que una pragmática de Felipe III para que los Maestros y discípulos volvieran al sendero de la medicina hipocratica. Sus disposicios son estas:

1.º «A volver á esplicar á Hipócrates, Galeno y Avicena.

2.º A evitar las lecciones por cuadernos.

3.º A prohibir los grados de bachiller en Irache, Santo Tomás de Avila, Osma, y otras universidades semejantes, donde no se leia medicina.

4.º Prohibir á los proto-médicos examinar á semejantes bachilleres.

5.º Que ningun proto-médico examine al que no traiga aprobados dos años de práctica, como lo previenen las leyes de estos reinos.

6.º Que se les examine por las doctrinas importantes de Hipócrates y Galeno, sin necesidad de aprender de memoria las instituciones de Mercado, como antes se hacia, con otras providencias relativas á la mejor policía de la profesion, aumentando las pena á los que curaban sin licencia, mandando examinar los títulos para ver si eran falsos, y obligando á sufrir nuevo exámen, aun á los legítimamente examinados, despues de haber estado dos años fuera de Madrid cuando volvian á establecerse de nuevo en la corte.»

gerado de sacudir su yugo, de vengarse hasta cierto punto de su larga tiranía. Por eso se ha dado á este período el epiteto de *reformador*, que caracteriza, si no me engaño, la tendencia general de los espíritus para nuevos horizontes, pensamiento dominante y primordial de aquella época.

Desde el principio de este período, Vicente Galileo, noble florentino uno de los mas grandes génios de los tiempos modernos se puso á la cabeza de la reforma de las ciencias físicas. Sin mas guia que su inteligencia, abandonó el camino de las sutilezas para seguir únicamente el de la observacion, reuniendo asi una coleccion escogida de verdades sorprendentes capaces cada una de inmortalizar un nombre. Fué el primero que calculó la ley de la caida de los graves, descubrió el peso del aire y dijo que la tierra se movia al rededor del sol y sobre si misma. Nada, pues, faltaba á su gloria mas que el ser perseguido y encerrado en la inquisicion, como asi sucedió, por el grave delito de hacer brillar á los ojos de sus contemporáneos una luz demasiado brillante. Al mismo tiempo Keplero abria el camino del cielo á Neuton con sus hipótesis tan felices como atrevidas. Mientras los astrónomos, sin pretender leer en los astros el destino de los reyes y de las naciones, cual lo hacian los astrólogos, determinaban con maravillosa exactitud las leyes de armonía, los movimientos de los cuerpos celestes; los naturalistas armados de su microscopio descubrian un nuevo mundo que no habian siquiera sospechado los antiguos. Su ojo percibia en una gota de liquido miriadas de seres organicos que viven y mueren en este pequeño espacio como en un inmenso lago. Los químicos abandonaron tambien las manipulaciones groseras y vanas de los alquimistas y hicieron un gran número de descubrimientos tan útiles como inesperados. En lugar de razonar como los filósofos acerca de la naturaleza, la forma, las combinaciones de los elementos materiales, se dedicaban á su estudio de una manera práctica, esperimental, aprendiendo así á modificarlos ó gobernarlos á su antojo, hasta el estremo de dotar, hasta cierto punto, al hombre de una segunda potencia creadora. La filosofía antigua no ha tenido adversarios mas temibles que ellos y sus trabajos contribuyeron mas que ninguno de los otros hombres de ciencia á abatirla. Bernardo de Palisy (1) de simple alfarero de Agen y Andres Libavio Doctor en medicina de Hall (en Sajonia) fueron durante el siglo XVI los verdaderos representantes de la química, los precursores de la doctrina esperimental del canciller Bacon.

1. Véanse obras de Bernardo de Palisy por Mr. Cap, Paris 1843 en 12.

Tambien la medicina hizo en la misma época numerosas y grandes conquistas que produgeron frecuentes revoluciones en su teoría. La verdad de este aforismo *experientia fallax, judicium difficile*: nunca fué mas evidente que entonces, pues acabó con el Galenismo y con todos los demás sistemas médicos conocidos que habian tenido hasta entónces la pretension de estar fundados en la esperiencia y sostenidos por hombres de un mérito superior. Pero, como veremos en el curso de esta historia, todos estos sistemas cometieron la falta de no considerar los fenómenos de la economía mas que por una de sus fases y olvidar otras no menos importantes; todos cometieron la gran torpeza de traspasar en sus abstracciones los límites de los objetos sensibles. Por eso han desaparecido ó sido profundamente modificados, despues de haber alcanzado una voga mas ó menos efímera. Vamos, segun nuestra costumbre, á esponer los adelantos de cada rama principal de las ciencias; enseguida, las variaciones mas importantes de las doctrina. Sin embargo, nos sucederá mas de una vez, como ya nos ha sucedido, que despues de haber referido un hecho, una observacion, tener que añadirle una teoría cualquiera; porque es á veces imposible ó al menos poco cómodo separar un hecho de su teoría.

CAPÍTULO PRIMERO.

Anatomia y Fisiologia.

Los anatómicos del siglo XVI habian descrito las partes esteriores y facilmente accesibles del cuerpo con una exactitud tan escrupulosa que poco ó nada habian dejado que hacer á sus sucesores bajo este punto de vista. En consecuencia llevaron sus investigaciones à otra parte. La anatomia microscópica, la comparada, la fisiología esperimental, ofrecieron vasto campo á verdades nuevas, hasta entonces poco esploradas, y à esta clase de conocimientos dirigieron sus esfuerzos, que mas de una vez fueron coronados del mas brillante éxito.

Circulacion de la sangre. Antes de esponer las investigaciones que han inmortalizado el nombre de Harvey, conviene recordar cual era el estado de los conocimientos que sus antecesores tenian de esta funcion de la economia. El hígado pasaba desde tiempo inmemorial, por el órgano de la sanguificacion, se creia que las venas partian de èl y que solo ellas contenian sangre, se figuraba á este fluido en movimiento ondulatorio muy parecido al flujo y reflujo del mar. Las arte-

rias no contenían en el estado normal mas que aire ó espíritus vitales de los cuales el corazon era su gran depósito, pero se admitia que en ciertos estados patológicos la sangre podria pasar á las arterias. Tal era el modo de pensar de los Asclepiades y en particular de Erasistrato. Galeno le modificó demostrando que las arterias contienen sangre siempre: tampoco ignoraba que este líquido lo vierten en las cavidades derechas del corazon los grandes vasos, pero creia que solo pasaba una pequeña cantidad del ventrículo derecho á los pulmones por la arteria pulmonal, mientras que la mayor parte pasaba directamente al ventrículo izquierdo por los poros de la pared interventricular. Esta opinion prevaleció hasta que Miguel Servet en la mitad del siglo XVI se atrevió á negar esta opinion. Este infortunado, victima de la envidia de Calvino, dijo que la sangre que llega á las cavidades derechas del corazon, pasa toda por la arteria pulmonar para distribuirse por el pulmon y volver despues al ventrículo izquierdo por las venas pulmonales. Esta era una idea luminosa y un gran paso à la verdad.

Poco tiempo despues R. Colombo demostró anatómicamente la conjetura de Servet y dió á conocer el verdadero uso de las válvulas del corazon. A. Cesalpino se aproximó algo mas á la verdad, y dá la misma esplicacion que Colombo acerca del curso de la sangre al través de de los pulmones, adelantándose ademas á decir que las últimas ramificaciones arteriales comunican con las venas, que la sangre y los espíritus vitales pasan de las arterias á las venas durante el sueño, lo que parece probado por la hinchazon de las venas y la disminucion del pulso en los que están dormidos. Conocia como Colombo la existencia de las válvulas en las venas, sabia que ligando una arteria cesaba de correr la sangre por bajo de la ligadura y de percibirse la pulsacion tambien, lo contrario que sucedia si se ligaba una vena, que se aplanaba por cima de la ligadura y se hinchaba por bajo.

Tal era el estado de la ciencia al principiar el siglo XVII, no habia que dar mas que un paso para encontrar el verdadero camino de la sangre, paso difícil, pero posible, como así aconteció. Guillermo Harvey, natural de Folkstone, en el condado de Kent, hizo sus primeros estudios en su pátria, viajó despues para instruirse por Francia, Alemania, Italia, permaneciò en Padua cuatro años para oir las lecciones del célebre Fabricio de Aquapendente; volvió á su país con el grado de Doctor y se estableció en Londres en 1602. Poco tiempo despues fué nombrado miembro del Colegio de medicina y en 1613 regente del mismo. Entonces principió á dar á conocer su doctrina sobre la cir-

culacion de la sangre, pues hasta el año 1628 no publicó el resultado de sus investigaciones, no sin haberlas sujetado por espacio de quince años á pruebas y contrapruebas de toda especie.

El mismo pinta de la siguiente manera los obstáculos que encontró para llegar al descubrimiento de la verdad:

«Estando empeñado en conocer bien el uso y utilidad de los movimientos del corazon en los animales, mediante un gran número de vivisecciones, he encontrado desde el principio tantas dificultades que hace bastante tiempo que pienso como Fracastor, que este conocimiento está reservado solo para Dios. No podia distinguir ni de qué manera se verifica el sistole y diastole, ni en qué lugar, ni en qué instante se efectúan la dilatacion ni la contraccion á causa de la celeridad de los movimientos del órgano central, que en la mayor parte de los animales se ejecutan en un abrir y cerrar de ojos, como un relámpago. Estaba, pues, indeciso, sin saber que hacer. Redoblando, por fin, mis cuidados y atencion, multiplicando y variando mis esperiencias, comparando los diversos resultados que obtenia, creo haber encontrado la verdad y haber salido de este laberinto, conociendo el verdadero valor y uso del corazon y las arterias. Desde entonces no he titubeado en comunicar mi opinion á mis amigos, ya en mis lecciones, ya privadamente.» (1)

Mr. Dezeimeris aprecia de la manera que sigue el descubrimiento del fisiólogo inglés:

«La obra de Harvey sobre la circulacion de la sangre es tan buena en el fondo como en la forma. El autor marca perfectamente el camino, limpio ya de los errores de la antigüedad, despues describe el movimiento del corazon en el vivo, manifiesta su estructura igual á un músculo, las contracciones alternas de los ventrículos y de las aurículas, su influencia para arrojar la sangre con fuerza en las arterias determinada por el mecanismo de las válvulas; en fin, describe toda la circulacion. Termina su libro por observaciones originales sobre la diferencia de estructura en los diferentes animales y en los diferentes periodos de la vida. (2)»

Tanto cuidado y tanta circunspeccion en la investigacion de la verdad, tanta modestia y seguridad en su demostracion, tanta claridad y método en el desarrollo de sus ideas, debian prevenir en favor de la doctrina de Harvey; pero no fué así: su teoría sobre una funcion has-

(1) Guillermo Harveo. *Ejercitacion anatómica del movimiento del corazon y de la sangre.* Cap. I.
(2) *Diccionario histórico de la medicina.* Palabra Harvey.

ta entonces desconocida casi en su totalidad, sorprendió vivamente al mundo médico y produjo de parte de algunos una viva oposicion. Esta teoría que hoy nos parece tan natural y sencilla, que nos cuesta trabajo en creer que se haya tardado tanto tiempo en conocerla, era nada menos que una revolucion en fisiología. No me detendré en describir las fases por que pasó la lucha, me bastará decir que duró lo menos 25 años y que no hubo uno que tuviera la pretension de saber algo de anatomía y fisiología, que no tomara parte en este palenque científico. Los mismos naturalistas y filósofos tomaron parte en ella. Renato Descartes fué uno de los primeros que se declaró partidario de la teoría de Harvey, prestándola decidido apoyo con la autoridad de su nombre y con algunos esperimentos; Juan Walœus, célebre anatómico y profesor de la universidad de Leyden, la confirmó con nuevas observaciones; en fin, Plempio de Lovaina, uno de los mas ardientes adversarios de esta teoría, cediendo á la fuerza de la verdad, pasó con toda espontaneidad y públicamente á ser uno de los defensores de la opinion del fisiólogo inglés. Esto sucedia el año 1652 época del mayor triunfo de Harvey, porque la opinion del profesor de Lovaina, arrastró á sí la mayor parte de los contradictores, acabando casi del todo con las disputas.

En todo este largo y penoso curso del debate, la conducta del descubridor fué digna y y firme, solo tomó parte en la polémica que su descubrimiento habia suscitado para añadir nuevas esperiencias á las que habia publicado. Uno solo de sus adversarios obtuvo de él una respuesta directa; este fué Juan Riolano, profesor de la Facultad de medicina de París y uno de los mas grandes anatómicos de su siglo. Harvey daba mucha importancia á la opinion del médico francés y para convencerle, le habla siempre con la mayor deferencia, le llama muchas veces el príncipe de la ciencia. En efecto, la opinion de Riolano tenia un valor inmenso à los ojos de sus contemporáneos, pero este profesor, ya por el respeto que le merecian los antiguos, ya por envidia á los modernos, combate con tanta violencia como obstinacion los dos mas bellos descubrimientos de su tiempo, el de Harvey y el de Pecquet. (1)

Harvey tuvo la satisfaccion de ver admitida su teoría sobre la circulacion, antes de morir. Dejó además interesantes observaciones so-

(1) Véanse *Cartas de G. de Patin*. Nueva edicion aumentada con notas por Mr. Reveille-Parise.

bre la generacion en el hombre y en los animales, sobre el parto, sobre la estructura y sobre las enfermedades del utero.

Los progresos ulteriores de la ciencia no han hecho mas que comfirmar la doctrina de la circulacion de la sangre. En 1661 Malpijio profesor de la Universidad de Bolonia demuestra por la vez primera con ayuda del microscopio la marcha de los glóbulos sanguineos en los vasos capilares, comprueba la realidad de la comunicacion que decian no existia entre las arterias y las venas y dió á conocer las anastomosis de sus últimas ramificaciones. En 1690 Antonio de Leeuwenhoek naturalista de Delft llegó á ver con su microscopio perfeccionado la marcha de la sangre hasta en los vasos mas ténues y puso por testigos á muchas personas importantes. Senac publicó en 1749 su grande obra sobre la *Estructura del corazon, su accion y sus enfermedades*; dejando muy atrás con esto á sus antecesores R. Lower y J. S. Lancisi. En su prólogo emite algunas máximas de filosofía médica marcados con el sello de una sabiduria consumada, entre las cuales citaremos las siguientes: La teoria reducida á las solas consecuencias deducidas de los hechos es la luz de la práctica... Pero siguiendo el camino que traza la naturaleza valiéndose de la observacion y la esperiencia, se llega pronto á los límites en que la inteligencia se abandona así misma; saliéndose de sus límites no puede alcanzar mas que congeturas en las cuales es inevitable el estraviarse... Mientras que los unos elevan la fuerza del corazon hasta el peso de tres millones de libras, otros la reducen á diez onzas. Un rival de Neuton y de Leibnitz ha sido mas prudente: (Mr. d' Alembert) dice que eran unos insensatos los que pretendieron medir la fuerza del corazon.» (1) Apesar de esta crítica tan severa para con los que han intentado aplicar el cálculo á la medicion de las fuerzas vitales, Senac en el curso de su obra emite una conjetura sobre esta cuestion. Habiendo visto que las pulsaciones de la arteria pédia levantaban un peso de cincuenta libras, evalua aproximadamente la fuerza del corazon en doscientas. Describe con gran cuidado la estructura del corazon, dice que está compuesto de fibras carnosas, que tienen una direccion oblicua las esternas, espiral las mas internas y que estas tienen su origen en las columnas carnosas del ventrículo izquierdo (1) Entre las causas mas lejanas de los movimientos del corazon coloca á los espiritus animales que vienen del cerebro y la médula espinal por el intermedio de los nervios, espíritus compuestos de un

(1) *Tratado de la estructura del corazon, su accion y sus enfermedades* 2.ª edicion publicada por A. Portal, Paris 1774, t. I, Prefacio pág. 52.
(1) El mismo, lib. 1.º

fluido en estremo sutil puesto en accion por el choque de la sangre sobre el tejido delicado del órgano. En seguida la vena cava por sus contracciones alternas hace entrar la sangre en las auriculas que estimuladas por la presencia de este liquido se contraen á su vez y la hacen pasar á los ventrículos, estos se contraen tambien en seguida y arrojan la sangre que han recibido. Así es como van obrando estas tres máquinas animadas por el liquido que contienen, en tanto que el espíritu vital subsiste en el tejido del cerebro y de los nervios. (1) El corazon es el primer movil, la causa determinante y condicional del movimiento de la sangre, pero su fuerza no es bastante para producirle por sí, es preciso contar con la elasticidad de las paredes arteriales, y sobre todo con la accion de sus fibras y sus nervios. (2)

En cuanto á las enfermedades de este órgano que constituyen la última parte del libro de Senac está llevado el diagnóstico á un grado de perfeccion tal, que no es posible ir mas allá antes del descubrimiento de la auscultacion y percusion. (3) Esta obra en que el analisis está llevada hasta sus últimos limites, hizo una gran sensacion en el mundo médico. Sus contemporáneos la admiraron; Morgagni la cita para dar á su autor el epíteto *de grande*; sin embargo ha perdido mucho de su valor desde que la auscultacion y percusion perfeccionadas han llevado el diagnóstico de las enfermedades torácicas á un grado de perfeccion inesperada. Senac fué médico de Luis XIV despues de Chicoyneau y obtuvo la confianza de su soberano.

De la respiracion. Vamos á convencernos que si las investigaciones relativas á la respiracion no dieron resultados tan prontos y decisivos, tampoco fueron infructuosos, como cualquiera puede convencerse, comparando las nociones que nos han trasmitido los antiguos con las que se tenian al concluirse el siglo anterior.

Los anatómicos antiguos describieron en breves palabras la configuracion esterior de los pulmones, su situacion, su consistencia esponjosa, así como la estructura cartilago membranosa de la traquea-artería y las primeras divisiones de los bronquios. Aun no habian llevado sus investigaciones mas adelante. Pero pensaban que las terminaciones de los ramos bronquiales se anastomosaban con las raicillas venosas pul-

(1) El mismo, lib. II.
(2) El mismo, lib. III.
(3) Para conocer este punto importante de la ciencia que no entra en mi plan de estudio, remito al lector á las obras de R. J. th. Laënec. (*Tratado de la auscultacion mediata y de las enfermedades de los pulmones y el corazon*. Paris 1819, 2 vol. en 8.°, cuarta edicion aumentada con notas por M. G. Andral. Paris 1836 3 vols. en 8.° fig): de Mr. Bouillaud (Tratado clinino de las enfermedades del corazon Paris 1836 2 vols. en 8.°. Segunda edicion aumentada Paris 1841, 2 vols. en 8.° tig.

monales y por eso las llamaban venas arteriosas, es decir, venas que llevaban el aire de los pulmones al corazon.

Sobre estos datos inseguros, vagos y en parte erróneos habian levantado la siguiente teoría. El aire atraido al pecho por el calor del corazon, receptáculo de los espíritus animales, entra en los pulmones por la traquea-arteria y los bronquios y penetrando en las últimas ramificaciones, se sutiliza. La parte mas ténue pasa á las venas pulmonales para ir al corazon, donde ayuda á formar los espíritus vitales, la parte mas grosera sale al esterior mezclada con las fuliginosidades del mismo. Segun esta teoria, la respiracion tiene dos usos; uno refrescar el pulmon, que siendo de una naturaleza porosa é inflamable, correría, sin esta circustancia, el riesgo de un incendio por su vecindad con el corazon, foco del calor animal; otro suministrar el *neuma* ó el *eter* que emplea el corazon en la fabricacion de los espiritus vitales.

Tales eran las ideas que los antiguos se habian formado del mecanismo y objeto de la funcion respiratoria, ideas que reinaron sin sufrir modificacion alguna importante hasta el siglo XVIII.

El descubrimiento de la grande y pequeña circulacion de la sangre, minaron una de las bases de esta teoría, porque probaron que las venas pulmonales no llevan mas que sangre al corazon y que ninguna sustancia sea líquida ó gaseosa puede refluir de las cavidades aorticas á los pulmones. En 1661 Malpigio demostró la estructura celulosa de estos órganos y anunció por primera vez que las ramificaciones bronquiales se terminan en vexículas tapizadas por una red vascular y que se comunicaban las unas con las otras.

Por aquel tiempo se examinó con mas cuidado que se habia hecho hasta entonces, cual era el modo y cual la potencia por la cual se efectúan los movimientos del pecho. J. A. Borelli, Adriano Helvétius y otros muchos, entre los cuales se encuentra Alberto Haller, el infatigable esperimentador; hicieron interesantes observaciones y delicados esperimentos, de los cuales dedujeron las verdades siguientes: 1.° durante la inspiracion se agranda en todos sentidos la cavidad torácica por la accion del diafragma y los músculos intercostales, á los cuales vienen á ayudar ó añadir su accion los músculos del cuello, de la espalda, de la cabeza; en una palabra, de todos los de la parte superior del pecho: 2.° durante la espiracion se disminuye la misma cavidad por la relajacion de todos estos músculos. De ordinario basta que las potencias inspiradoras cesen de obrar para que el torax vuelva á tomar su capacidad normal. En otros casos el músculo triangular del esternon, los addominales, los

dorso-lumbares, en una palabra; cuantos se atan á los lados del pecho y à la parte inferior del tronco, á escepcion del diafragma, concurren á la espiracion: 3.° nunca hay espacio vacío entre el pulmon y las paredes que lo contienen, el órgano sigue los movimientos de la parte que lo encierra, se dilata cuando ellas se dilatan, se contrae cuando ellas se contraen: 4.° el aire no entra en el pecho atraido por el calor que hay en el seno, sinó por la tendencia que tienen los fluidos gaseosos á conservar el equilibrio. Cuando la cavidad se agranda por la accion de los músculos que la revisten ó sea los inspiradores, el aire que contiene se enrarece mas que el esterior y pierde el equilibrio, lo que le obliga á precipitarse y pasar á los pulmones al través de la traquea verificándose de este modo la inspiracion. Espuesto esto, diferentes teorias neumáticas fueron á su vez adoptadas y abandonadas. Las mas notables son las siguientes: los yatro-mecánicos pretendieron que no se mezcla ningun átomo de aire con la sangre en la respiracion, que los movimientos alternativos de elevacion y depresion del pecho tienen por efecto dividir. atenuar las moléculas de la sangre venosa, de mezclarlas con la linfa y el quilo y cambiar así el resultado en sangre arterial. Pensaban además que la deplecion de los vasos pulmonales durante la inspiracion tenia por objeto favorecer el curso de la sangre al traves de los pulmones.

Algunos médicos volvieron á dar à luz la teoria de los antiguos, pero modificada; pensaron que el aire inspirado era mas frio que el espirado, que tenian usos distintos; el primero estaba encargado de moderar el calor del corazon y la efervescencia de los elementos constituyentes de la sangre, que la impresion de este sobre las paredes de las vexiculas pulmonales, bastaba para condensar la sangre venosa y convertirla en roja, arterial, sin adicion de ningun otro principio nuevo.

Todas estas teorias no podian sostenerse teniendo una vez un conocimiento exácto del cambio que sufre el aire en los pulmones. Esperimentos rigorosos vinieron á decir que el aire introducido en el pecho en la inspiracion, pierde su oxígeno y que es reemplazado por una cantidad casi igual de áccido carbónico y vapor acuoso. Mayow habia entrevisto estos cambios en 1668, cambios que fueron perfectamente comprobados por observaciones sucesivas. Siempre se habia advertido que la sangre que se extraia de una vena cuando se practicaba una sangria se volvia roja al contacto del aire y observaciones de igual índole vinieron á decir que una cosa parecida sucedia en la que atravesaba los vasos pulmonales durante la vida.

Goodwyn fué el primero que habiendo abierto el torax de una rana vió llegar á la sangre con un color negro á los pulmones y aparecer roja despues de haber pasado al traves de ellos. Hassenfratz llenó una vejiga fresca de sangre venosa, la sumergió en una atmósfera de oxígeno y vió que el color negro del contenido iba cambiando en rojo hasta completarse. (1)

Pero Lavoisier en los últimos años del siglo pasado, en vista de los hechos que llevamos citados, propuso una teoria muy sencilla. Este célebre cuanto desgraciado sábio dice, que cuando el aire llega hasta las vexículas pulmonales, una parte de su oxígeno atraviesa sus paredes y va á unirse al esceso de carbono y hidrógeno de la sangre venosa para formar el áccido carbónico y el vapor acuoso que sale con el aire espirado. Despojada así la sangre venosa de esceso de carbono y de hidrógeno, adquiere instantáneamente el hermoso color rojo que distingue la sangre arterial y constituye á los ojos de muchos fisiólogos la hematosis.

Esta teoría asimila la funcion respiratoria á la combustion de una lámpara, en la cual el carbono y el hidrógeno del aceite, al combinarse con el oxigeno del aire, producen accido carbónico y vapor. Durante esta doble descomposicion y combinacion se desprende una gran cantidad de calórico que Lavoisier consideraba como el origen del calor animal. Una ley bastante general de zoología parecia confirmar esta interpretacion. Se ha observado, en efecto, que en los animales provistos de pulmones, la temperatura natural es tanto mayor cuanto mas complicado es el aparato respiratorio, porque absorve así mayor cantidad de aire.

Todos los sàbios acogieron con entusiasmo la teoría química de Lavoisier, parecia que arrojaba una gran claridad sobre dos de los mas grandes fenómenos acerca de los cuales no se habia dado hasta entonces esplicacion alguna satisfactoria. Sin embargo, se tardó poco en conocer que estaba sujeta á muy graves objecciones, de las cuales citaremos tan solo las dos que siguen. Si, en primer lugar, se dice, ser cierto que el pulmon es el foco del todo calor animal, su temperatura debe ser mayor que la de las demás visceras; las observaciones sin embargo dicen lo contrario; la temperatura de aquel órgano no difiere sensiblemente de la de los demas. En segundo lugar, en esta teoria se hace abstraccion completa de la accion propia del pulmon y de la influencia

(1) Todavia no digo cosa alguna de las esperiencias de Bichat que pertenecen al siglo XIX por la fecha de su publicacion.

nerviosa, influencia que se pudiera admitir á *priori*, porque las esperiencias ulteriores la han puesto fuera de duda de una manera satisfactoria. (1)

Sistema linfático. El descubrimiento de los vasos linfáticos y de su uso no es menos notable que el de la circulacion. Sinó llamó tanto la atencion es porque no fué, como esta, obra de un solo hombre, sinó que llegó á su perfeccion por una gradacion lenta. Nuestra inteligencia como nuestros ojos, solo se deslumbra cuando la luz la hiere súbitamente. Parece que Herófilo y Erasistrato entrevieron algunos vasos blancos en el mesenterio de algunos animales que se dirijian á las glándulas de este, y les tomaron por arterias que estaban llenas de aire. Galeno que no tuvo ocasion de verlos, dijo que era una quimera la opinion de estos dos anatómicos alejandrinos, creyó que las venas del mesenterio absorven el quilo en los intestinos y lo llevan al hígado donde se convierte en sangre. Opinion fué esta que reinó en la ciencia hasta mitad del siglo XVII. Sin embargo desde el año 1563 habia descrito Eustaquio el canal toracico de un caballo sin sospechar su uso. En 1522 Gaspar Aselli profesor de anatomia en Milan descubrió los vasos lacteos ó quilíferos en un perro que mató momentos despues de haber comido. La casualidad hizo que descubriera estos vasos, y el mismo lo refiere asi. «He visto sobre las membranas intestinales y en los repliegues del mesenterio filamentos blancos muy ténues que tomé al principio por filetes nerviosos, pero habiendo picado uno inadvertidamente vi salir por la herida un liquido blanco, gomoso. Me chocó lo que veia y traté de esplicar este fenómeno inesperado á los que lo veian, entre los que se encontraban dos médicos distinguidos, Luis Settala y Alejandro Taddini.»

Los dias sucesivos Aselli repitió los esperimentos en otros perros y con igual éxito y se convenció que los filetes blancos eran vasos que tomaban el quilo de los intestinos. Observó que tenian válvulas, pero creyó que ihan á parar al pancreas para ir de allí al hígado considerado siempre como el organo de la sanguificacion. En fin en 1647 Juan Pecquet, que todavia era estudiante de medicina en Mompellert descubrió el receptáculo que lleva su nombre, receptáculo formado por la reunion de todos los troncos linfáticos de los miembros inferiores y de los organos contenidos en la cavidad addominal. (2)

---

(1) Veánse las investigaciones de Dupuytren, Ch Dumas, M. Blainville y otros sobre los efectos de la seccion de los nervios neumogastricos.

(2) Pequet: *nuevos esperimentos anatómicos*. París 1654 en 4.º

Este reservorio situado entre la segunda y tercera vértebras lumbares constituye el orígen del canal torácico, el cual unas veces sube derecho, otras flexuoso; otras es único, otras múltiple para ir á abrirse en la vena subclavia izquierda. Pecquet siguió este canal hasta su desagüe, le ligó y vió que se hinchaba por debajo de la ligadura y quedaba vacío por cima; estudió con mas cuidado que se habia hecho hasta entonces la direccion de los vasos lacteos y se convenció que ninguno iba á parar al hígado, sinó al receptáculo descubierto por él Tal descubrimiento acabó por completo con la teoria de la sanguificacion en el hígado y confirmó la doctrina de Harvey sobre la circulacion, descubrimiento que tambien suscitó graves contiendas.

Si chocó mucho ver figurar á la cabeza de los adversarios de Harvey á Juan Riolano, chocará mucho mas ver al ilustre inglés formar causa comun con el célebre decano de la Facultad de medicina de París, para combatir á Pecquet. Desde entonces muchos anatómicos se dedicaron á estudiar con detenimiento los vasos y glándulas linfáticas. Entre los que mas contribuyeron con sus trabajos á descorrer el velo que encubria el conocimiento y funciones de estos órganos, debemos nombrar á Juan Vesling, profesor de la universidad de Padua, que descubrió el canal toracico, casi al mismo tiempo que Pecquet, al célebre T. Bartoliuo, á Ruischió, Olaüs Rudbeck, W. y J. Hunter Hewson, Cruikshank y sobre todos, P. Mascagni que describió por primera vez todo el aparato. (1)

Desde entonces se averiguó que los vasos linfáticos diseminados en número infinito en todo el cuerpo y de una manera muy variada, muy irregular, forman como dos planos, uno superficial y otro profundo; que con frecuencia son interrumpidos en su continuidad por pequeños cuerpos redondeados, oblongos, llamados glándulas conglobadas ó mejor dicho, ganglios, que están encargados de llevar al torrente circulatorio: 1.° el quilo que toman de los intestinos, 2.° la linfa repartida por todo el cuerpo, especie de líquido trasparente, incoloro ó ligeramente rosado, con muy poco olor y sabor.

Sistema nervioso. Hemos visto ya que Hipócrates y todos los sucesores de él en la escuela de Cós, tenian nociones poco precisas del sistema nervioso: que confundian bajo la denominacion de *neura*, nervios, á los tendones, los ligamentos, las membranas y los verdaderos nervios. Aristóteles poco mas adelantó en estas investigaciones que los Ascle-

(1) *Historia é iconografía de los vasos linfáticos del cuerpo humano*, Viena 1787 en fólio.

piades, consideró el cerebro con una masa inerte y privada de sensibilidad, pensó que los nervios nacian del corazon y que estaban encargados de dar vigor á las articulaciones y hacerlas mover. Sprengel atribuye sin razon el conocimiento de estos órganos al filósofo de Stagira, (1) y mas adelante y con mas razon lo atribuye á Herófilo (2).

En efecto, segun las tradiciones mas verosímiles, parece que el médico de Calcedonia fué el primero que puso en claro las funciones del sistema nervioso. Rufo de Efeso, que vivió en tiempo del emperador Trajano, refiere que Herófilo distinguió tres clases de nervios: los primeros, encargados de las sensaciones y los movimientos voluntarios, traen su origen del cerebro y de la médula espinal, como ramillos; los segundos y los terceros de unir los huesos entre sí y á los músculos con los huesos. Este pasaje indica que Herófilo no habia prescindido todavia de la preocupacion que confundia los tendones, los ligamentos y las membranas con los nervios. El mismo Galeno participaba de esta preocupacion como puede cualquiera convencerse por la siguiente reseña que hace del sistema nervioso.

Despues de haberse ocupado de la dura madre y de la aracnoidea, membranas que envuelven el cerebro, indica la gran division de la masa encefálica, en cerebro y cerebelo; describe cada una de estas partes, su posicion respectiva, su volúmen, su consistencia, las dos sustancias que entran en su composicion, blanca la una, gris la otra, los surcos, las anfractuosidades que tienen en su superficie, sus ventrículos etc. Cree que el cerebro es el asiento del alma razonable y el origen de los nervios sensitivos, mientras que el cerebelo y la médula espinal que dependen de él, dan origen á los nervios encargados de los movimientos, los cuales parece que tienen mas consistencia que los otros. Galeno, para probar que los nervios son los primeros agentes de la sensibilidad y de la mobilidad cita la esperiencia siguiente: si se corta un cordon nervioso ó se le liga al instante, dejan de sentir y de moverse las partes situadas debajo. Conoció los movimientos de ascenso y descenso del cerebro, los considera análogos á los de los pulmones, da al gran simpático el nombre de nervio intercostal y le hace derivar de los nervios vagos, que forman en su clasificacion el sesto par, conoció tambien los ganglios que se encuentran en su trayecto, pero ignoró sus usos. Parece despues de esto, que debió distinguir bien los nervios de los tendones y de los ligamentos, y sin embargo no

(1) Sprengel *Historia de la medicina*, t. I pág. 384.
(2) *Ibidem*, t. II pág. 125.

es así; dijo que las estremidades de los nervios se estendian en forma de membranas, de ligamentos y de tendones. Colocó el sentido del tacto en las membranas que envuelven los músculos y que se conocen con el nombre de aponeurosis, á causa de su pretendido orígen nervioso.

Los anatómicos del siglo XVI describieron con mas exactitud que Galeno las diversas ramificaciones del sistema nervioso, distinguieron mejor cada parte, siguieron mas lejos la distribucion de los vasos y de los nervios y corrigieron algunos errores en que habian caido los antiguos sobre esta materia.

Aseguraron, por ejemplo, que los nervios del cerebro, cerebelo y medula espinal, están encargados á la vez del sentimiento y del movimiento. No obstante esto, subsistian todavia la mayor parte de las preocupaciones de los antiguos relativas á los organos de la sensibilidad y de la motilidad, así como la manera como se cumplian estas funciones. No se habian hecho bastantes esperimentos para formar una opinion razonada acerca de esto, no habia mas que congeturas mas ó menos verosimiles. Tanto era lo que se dudaba que A. Cesalpino pudo, sin tenerlo por paradoja, resucitar el error de Aristóteles, que colocaba en el corazon el origen de las sensaciones y el asiento del alma. Mucho despues al concluir ya el siglo XVII Baglivio publicó una teoria que hacia depender los movimientos vitales de dos principios, el corazon y la dura madre. Supuso que esta está en una continua agitacion, que se trasmite á la cubierta membranosa de los nervios y de allí á las demás partes. (1) Quedaba, pues, que hacer al principio de este periodo una gran cosecha de descubrimientos sobre el sistema nervioso en general, así como de cada una de sus divisiones en particular. Los progresos de la anatomia comparada, las esperiencias sobre animales vivos arrojaron mucha luz sobre esta rama de la ciencia durante este periodo. A la conclusion del siglo último era ya conocida la organizacion vascular de la sustancia gris, ya no se disputaba al encefalo su facultad de ser á la vez órgano del sentimiento y del movimiento voluntario, el asiento del alma racional. Las bellas investigaciones de R. Vieussens, de Haller, de J. F. Meckel, de Vig-d'-Azyr, de A. Scarpa, de S. Th. Sœmmerring y otros muchos fisiólogos lo habian puesto fuera de duda, habian demostrado que la dura madre no recibe nervio alguno, que está desprovista de sensibilidad y que no podia ser el principio de movimiento alguno. Tambien resulta de observaciones rigorosas que todos

(1) *Todas las obras de Baglivio.* Lion 1745. pàg. 241. Miscelanea de los cuatro libros. De la fibra motriz y morbosa.

los nervios coinciden y vienen à reunirse á la base del encéfalo, á esta parte que se conoce con el nombre de protuberancia anular: de donde podria concluirse con algun viso de verdad que esta es el centro sensitivo del animal, el lugar que recibe en definitiva las impresiones y de donde parten las determinaciones. Hay, sin embargo, otros observadores y otras observaciones que tienden á probar que el encéfalo es un órgano múltiple, cada una de cuyas divisiones está encargada de una funcion especial, como mas adelante veremos.

En esta época Francisco Javier Bichat propuso dividir el sistema nervioso en dos grandes secciones muy distintas, aunque unidas entre sí por un gran número de comunicaciones. La una de estas compuesta del encéfalo, médula espinal y sus anejos esta destinada, segun este fisiólogo, á las operaciones del entendimiento y la voluntad, es por decirlo así, el órgano principal de la vida de relacion: la otra formada por el gran simpático, sus ganglios y sus plexos, está destinada á desempeñar los actos de la vida orgánica ó individual, actos en virtud de los cuales un individuo trasforma en su propia sustancia las moléculas nutritivas y rechaza las que no sirven para su aumento. Esta division que ha sido el blanco de una crítica juiciosa y fundada, á dado á su autor motivo para esplanar importantes consideraciones. En este tiempo desapareció la antigua preocupacion de ser las membranas una ampliacion de las ramificaciones nerviosas. Disecciones muy delicadas probaron que los nervios, lejos de convertirse al terminar, en aponeurosis, al contrario, se despojan de su neurilema, y solo conservan la pulpa medular, concluyendo de aquí que esta recibe inmediatamente las impresiones de los objetos y las trasmite al cerebro por el intermedio de los filetes nerviosos. De esta manera es como se esplican las funciones de los sentidos que hoy conocemos, la vista, el oido, el olfato, el gusto y el tacto. ¡Cuánta distancia hay de esta esplicacion tan sencilla basada en la disposicion anatómica de las partes á las hipótesis imaginadas por los antiguos y aceptadas por los modernos hasta los primeros años del siglo XVII! Empedocles parece haber sido el primero que, para darse cuenta de las impresiones sensitivas, supuso una afinidad elemental entre los objetos esteriores y los órganos de los sentidos. Pensó que hay en cada uno de nuestros órganos un elemento que domina y que atrae las moléculas similares de los cuerpos estraños en naturaleza. El ojo por ejemplo, que es de naturaleza resplandeciente, saca, dice, las moléculas luminosas de los cuerpos; el oido, de naturaleza aerea, las moléculas sonoras; la nariz de naturaleza vaporosa, las olorosas; la lengua, de naturaleza

húmeda, las sapidas; y el tacto, de naturaleza terrea, las propiedades duras y asperas. A esta teoría de los sentidos solo añadieron Aristóteles Galeno y sus sucesores modificaciones insignificantes: la añadieron la consideracion de los espíritus que eran segun ellos tantos y tan distintos como los sentidos, espíritus segregados por el cerebro y trasmitidos á todo el cuerpo por los nervios. Los espíritus visuales iban á parar á los ojos para ponerse en comunicacion con las partículas luminosas de los cuerpos, los auditivos con el oido para hacer lo mismo con las partículas sonoras y así de los demás.

Desde el principio del siglo XVII el célebre matemático Keplero anunció que el cristalino no era, como se habia creido hasta entonces, el sitio de la vision, sinó que estaba encargado de rofractar los rayos luminosos y observó que la imágen de los objetos se pintaba en la retina. El Jesuita Scheiner confirmó estas observaciones, las dió mas estension y demostró que la espansion del nervio óptico es la parte esencial del órgano de la vision. Otros muchos sábios, médicos sobre todo, sometieron á un exámen atento las diversas membranas y humores del ojo, de suerte que este órgano tan maravilloso y tan complicado llegó á ser el mejor conocido.

Las investigaciones del gran Neuton sobre la luz y los colores contribuyeron tambien à perfeccionar la teoría de la funcion visual. Al mismo tiempo, Caserío y otros anatómicos estudiaron el oido y describieron los huesecillos del oido interno, sus pequeños músculos y los canales semicirculares, siguieron al nervio acústico en sus revueltas y ramificaciones. Duverney publicó una notable monografía, en la cual, valiéndose de las luces de la anatomía comparada, rectifica muchos errores en que habian incurrido sus antecesores y añade nuevos detalles á los que ya se conocian. R. Viensens estableció el verdadero asiento de la audicion en la membrana que tapiza la caja del tambor y el laberinto. En fin los Cassebonhm, los Valsalva, los Morgagní, los Geoflroy, los Lecat, los A. Comparetti, los Scarpa, perfeccionaron mucho las nociones de sus predecesores (1) sobre los órganos de los sentidos.

Los modernos han emitido muchas congeturas, han hecho muchas investigaciones, intentado muchas esperiencias para esplicar las funciones del sistema nervioso. Los unos han visto en los nervios unos tubos muy delicados llenos de un fluido muy sutil encargado de reci-

(1) Despues de estos diversos trabajos se consultarà con interés las bellas investigaciones hechas en estos últimos tiempos por G. Breschet sobre el órgano del oido y la audicion en el hombre, los mamiferos, los pàjaros y los pescados.

vir la impresion de los objetos y trasmitirla al cerebro, otros, cordones que van á parar a un centro comun. Carlos Bonnet renovó la hipotesis de Hartley, segun la cual el nervio está obligado á tener tantas fibras diferentes como sensaciones tiene que recibir; por ejemplo, el ejo debe tener tantos filetes nerviosos como colores, el gusto tantos como sabores etc. Tomas Willis fué uno de los primeros que consideró al cerebro como un conjunto de aparatos distintos y asignó á cada uno de ellos distintas funciones. Colocó en los cuerpos estriados el sentido comun, en el cuerpo calloso la imaginacion, en la sustancia cortical la memoria etc.

Cabanis para esplicar y darse razon de la influencia de lo físico sobre lo moral del hombre, comparó las funciones del encéfalo á las de algunas otras vísceras, dijo que el cerebro produce todas las operacione del entendimiento de la misma manera que el estómago é intestinos dijieren los alimentos, el hígado segrega la bilis, los riñones, la orina etc. (1) El discurrir de este modo, no es abusar de la induccion al querer establecer una semejanza perfecta entre un trabajo material que se ejerce con sustancias visibles y palpables como lo es el bolo alimenticio, cuyas diversas trasformaciones podemos estudiar y la elaboracion del pensamiento, resultado inmaterial, abstracto, de una funcion cuyo mecanismo no nos revela ningun sentido?

Hasta aquí no hemos referido mas que hipótesis; las opiniones siguientes parecen menos congeturales pues son el fruto de observaciones muy atentas. P. Camper comparando un gran número de cabezas de hombres y de animales notó que á medida que se desciende en la escala animal, la frente se hace cada vez mas aplanada y mas agudo el hocico (2) y creyó que la mayor ó menor abertura del angulo facial, era el signo mas cierto de la inteligencia. Acaso à esta apreciacion es debido que los escultores griegos dieran á sus estatuas una frente elevada y prominente.

Pinel y otros patólogos habian ya observado que en los diversos estados de mania, de delirio ó de vesanias parciales, quedaban abolidas ó suspendidas ciertas facultades mentales, tales como la memoria, la atencion. el juicio, la imaginacion, la voluntad etc., mientras que las demás conservaban su integridad ó adquirian mas energía, infirien-

(1) *Relaciones de lo físico y moral del hombre*, octaba edicion con adiciones por M. L. Peisse. París 1844, pàg. 593 y siguientes.

(2) *Disertacion sobre las diferencias que presentan los rasgos fisiognomónicos en los hombres de distinta edad y país.* Utrech 1791 en 4.° fig.—*Discurso sobre los medios de representar de una manera segura las diversas pasiones que se manifiestan en la cara.* Utrech 1792 en 4.° fig.

do de aquí que cada una de estas facultades debe de tener en el cerebro un sitio á parte, es decir, un órgano especial que la determine.

Gall creyó, despues de una serie de observaciones tan pacientes como ingeniosas, poder emitir las siguientes proposiciones: 1.ª El desarrollo de las facultades mentales está en proporcion del volumen del cerebro. 2.ª Cada facultad tiene una porcion de este organo distinta é independiente que la sirve de asiento. 3.ª Puesto que la caja osea se amolda bastante bien á la configuracion del cerebro, se puede determinar por la sola inspeccion de esta bóveda cual es el volumen de ciertas partes del encéfalo y por lo tanto, que facultades faltan ó dominan en el individuo sometido á nuestro exámen.

*Lo mismo creyó nuestro esclarecido médico Juan de Dios Huarte, (1) y por las mismas razones que Gall, pero con la diferencia de haberlas establecido 235 años antes que el fisiólogo aleman. Dijo: 1.º que las disposiciones son innatas á las escuelas, cuales modificar algo la educacion, pero nunca agotar lo que la naturaleza creó para un objeto determinado. 2.º Que si un muchacho no tiene ingenio y habilidad que pide la ciencia que quiere estudiar, por demás es oirla de buenos maestros, tener muchos libros ni trabajar toda la vida. 3.º Que si es verdad que cada obra requiere particular instrumento, necesariamente allá dentro en el cerebro ha de haber órgano para el entendimiento, órgano para la imaginativa y otro diferente para la memoria, porque si todo el cerebro estuviere organizado de una misma manera, ó todo fuera memeria, ó todo imaginativa, ó todo entendimiento y vemos que hay obras muy diferentes; luego forzosamente ha de haber variedad de instrumentos. 4.º El cerebro es el asiento principal del alma racional, y ya ningun filósofo niega en esta era que el cerebro es el órgano que la naturaleza ordenó para que el hombre fuese sàbio y prudente. 5.º Es necesario que en el cerebro haya cuatro ventrículos separados y

(1) Juan de Dios Huarte natural de S. Juan del pié del Puerto (antigua Navarra, hoy territorio francés), debió estudiar los primeros años en su pueblo natal, despues pasó á Huesca en cuya universidad se licenció. Nadase sabe del dia y año en que nació, ni cuando se matriculó en el estudio ocense, sólo si que estaba en Granada ejerciendo su arte, segun consta de la oferta que este médico hizo al Rey y que este aceptó, de cortar una peste que se padecia en Baeza, lo que por cierto logró, por cuya razon el Ayuntamiento de aquella ciudad, agradecido á este singular servicio represen ó á S. M. para que le autorizase para señalar al Dr. Huarte una renta anual de doscientas fanegas de trigo sobre el pósito, todo con el fin de que permaneciese en la ciudad, como en efecto residió muchos años y acaso murió allí. Huarte fué casado y tuvo un hijo lejítimo llamado Luis, que fué el que publicó una edicion de la obra de su padre despues de muerto este; el año 1591: pues la primera se dió á luz á espensas del Sr. Conde de Garcés, el año 1575 por que el autor era pobre, en casa de Juan Bautista impresor en Baeza. Leyendo este ingenioso autor el libro de Galeno. *De la relacion que tienen los temperamentos y las costumbres, de Ingenios* la cual contiene con anteriodad de 235 años las proposiciones que sienta Gall y que ponemos á continuacion de lo dicho por este.

distintos, cada uno puesto en su sitio y lugar. 6.° Las facultades están en razon directa de la organizacion cerebral. 7.° y último, Huarte se limitó á dar una nocion general de Craneoscopia, sin engolfarse en detalles minuciosos como Gall, en lo cual, á nuestro juicio, obró con mas cordura que este, porque es casi imposible en la mayoría de las veces alcanzar por la sola inspeccion de la bóveda osea las facultades del entendimiento y las inclinaciones. Bastan estas citas de lo escrito por el médico español para que cada cual juzgue de la originalidad de las proposiciones del fisiólogo del Rihn. Cierto es que Gall ha descrito minuciosamente el cerebro y cuanto á él atañe, pero tambien lo es que por mas que se estudien cerebros y se mire su estructura, esto nada añadirá segun su discípulo Spurzeim á la manera de esplicar los fenómenos intelectuales. Poco se saca con saber la materialidad de lo que constituye el órgano contenido en la cabeza; el problema es mas alto que él saber todo esto, y por consecuencia Huarte sin tanto detalle pudo decir y dijo tanto ó mas y mejor que el médico á quien se le tiene como el primitivo conocedor de la fisiología del cerebro.* Gall clasificó de una manera completamente original las facultades intelectuales, pero la manifestacion completa de su doctrina y su propagacion pertenece al siglo actual. (1)

De la generacion. La generacion en los animales vivíparos como el hombre puede dividirse entre períodos; *impregnacion ó fecundacion, gestacion y parto.* Solo nos ocuparemos aquí del primero porque los otros dos corresponden al capitulo de obstetrícia. Esta materia ha ocupado siempre á los mèdicos y á los filósofos que por falta de datos positivos, se han entretenido en levantar hipótesis más ó menos ingeniosas. Galeno describe con bastante exactitud los organos genitales del hombre, observó que la artería y la vena espermatica del lado derecho nacen de la aorta y de la vena cava, mientras que la artería y vena del lado izquierdo nacen de la artería y vena renales. Igual disposicion se advierte en la mujer tocante á las arterias y venas ovaricas. Este mèdico creyó que habia una perfecta semejanza entre los órganos genitales del hombre y la mujer, con la sola diferencia que en el hombre han sido colocados fuera por su temperamento ardiente y en la mujer dentro por su frialdad natural. Llamaba à los ovarios los testículos de la muger y pensó que en el acto del coito segregaban un licor análogo al esperma del hombre, pensó tambien que la matriz esta-

(1) *Anatomía y fisiologia del sistema nervioso*, Paris, 1810 - 1819, 4 volumen en 4.° y attas en folio.—*Sobre las funciones del cerebro y sobre cada una de sus partes.* Paris 1825, 6 volumen, en 8.°

ba dividida en dos cavidades, lo que prueba de no habia examinado este órgano mas que en las hembras de los irracionales. Sobre estos datos anatómicos en parte exactos y en parte inexactos, fundó la esplicacion que sigue sobre los actos generadores. La matriz, dice, recibe en el acto del coito la semilla del hombre y la de la mujer, las cuales se mezclan, pero la de la mujer no tiene mas objeto que alimentar la del hombre y producir una de las membranas que envuelven el feto. En cuanto á la semilla del macho, al instante de depositarse en la matriz se convierte en membranas, de las que unas permanecen siempre en el mismo estado; otras se endurecen, se espesan y se trasforman poco à poco en cartilagos, en huesos que sirven despues de sosten al cuerpo; otras se pliegan, se ahuecan, se alargan y forman conductos que dan lugar á los vasos arteriales y venosos; otras, en fin, se estienden formando cordones que dan origen á los nervios. Una vez formado el cuerpo del animal, cada parte asimila para sí lo que cree necesario. Galeno opina como Hipócrates en lo relativo á la procreacion de los sexos. Enseña este que el testículo derecho del hombre suministra el germen masculino, el izquierdo el femenino, que el embrion macho se desarrolla siempre en la cavidad derecha de la matriz y el hembra en la izquierda.

Tales son, en resumen, las indicaciones que la antigüedad ha dejado á la edad media sobre funcion tan importante y que han llegado sin ninguna modificacion hasta el siglo XVI. Solo entonces se principió á rectificar algunos errores materiales de Galeno sobre la conformacion de los órganos genitales de la mujer; se llegaron á convencer, por ejemplo, que la matriz no tenia mas que una cavidad.

Fabricio de Aquapendente fué el primero que hizo varios esperimentos para poner en claro el papel que cada parte de los órganos sexuales desempeña en la funcion generadora, mató gallinas despues que habian sido fecundadas y vió que entre las pequeñas granulaciones redondeadas, amarillas y arracimadas que forman los ovarios, habia una mas gruesa, en la cual se advertian vasos y que se iba desprendiendo para caer en el oviducto y en la cloaca, y salir despues fuera en forma de huevo. Despues Harvey repitió las mismas observaciones en animales superiores y obtuvo idénticos resultados. Dijo que la materia suministrada por la hembra en el acto de la generacion es un germen: emitió por primera vez y generalizàndola demasiado la opinion de que todo animal proviene de un huevo. De Graaf hizo sus esperimentos en los conejos y obtuvo todavia datos mas precisos,

describió los órganos genitales do la mujer, estudió su testura y reemplazó con el nombre de ovarios la inconveniente denominacion de testículos con que hasta entonces se habian conocido. Hizo además los siguientes esperimentos con el objeto de apreciar la verdad que encerraba la proposicion de Hipócrates y Galeno sobre la facultad que cada testículo tenia de suministrar los gérmenes masculinos y femeninos: quitó primero à un conejo el testículo derecho, hizo que se uniera á una hembra y vió que producia seres de ambos sexos, hizo lo mismo con el izquierdo y vió que el animal daba gérmenes masculinos y femeninos. Del mismo modo para saber si cada ovario suministraba ovulos de ambos sexos ó de uno solo, ligó la trompa derecha de una coneja y la izquierda de otra. Ambas produjeron á la vez pequeñuelos machos y hembras, concluyendo de aquí que la teoría emitida por Hipócrates, adoptada por Galeno y sus sucesores, no pasaba de ser una ficcion.

No tenemos gana de mencionar aqui tantas hipótesis como se han inventado para esplicar el misterio de la generacion. Diremos tan solo que pueden reducirse á dos grandes sistemas; el de la *epigenesis* y *el de la evolucion*.

En el primero se sienta que el nuevo individuo está formado de muchas piezas constituidas por la aproximacion de las moléculas mas afines colocadas de una manera análoga á la cristalizacion de un cuerpo. Una fuerza especial llamada, unas veces naturaleza, otras neuma, alma, arqueo, fuerza plástica, forma esencial, formatriz etc., preside á la aproximacion y á la coordinacion de las moléculas, imprimiendo al nuevo ser su forma, su caracter y sus propiedades. En el segundo sistema se admite que el embrion preexiste bajo una forma cualquiera y que vivificado por el acto de la fecundacion, empiezan desde entonces una serie de crecimientos que dan lugar á un indivíduo semejante al que le procreó. Los partidarios de este último sistema se dividen en dos sectas, los *ovaristas* y los *animalculistas*. Los primeros dicen que la hembra suministra un huevo que contiene el germen de nuevo ser, mas una sustancia destinada á la nutricion y á los primeros crecimientos del embrion. Este sistema se funda en lo que se ve en los animales ovíparos; en efecto, en estos la hembra suministra un huevo que, aun en muchas especies, sale al esterior antes de la union de los sexos y se fecunda despues. Los animalculistas pretenden que el nuevo individuo proviene de un animalillo contenido en el semen del macho.

Leeuwenhoek fué el primero que con ayuda del microscopio advirtió en el licor prolífico de los machos un estraordinario número de cuerpos diminutos que se movian en todas direcciones. Observaciones posteriores han confirmado la opinion de este fisiólogo, dándoles el nombre de animalillos espermáticos, porque existen siempre en el esperma recientemente eyaculado, y no se encuentran análogos en ningun humor del cuerpo: que difieren en cada especie animal pero que son idénticos en la misma especie. No aparecen mas que en la edad en que el animal está acto para engendrar y faltan antes y despues. Su número es tan prodigioso que se calculan en cincuenta mil los que contiene una gota de esperma de un gallo cuyo volúmen nunca llega al de un grano de arena fina. Si por un proceder cualquiera, tal como la electricidad, la destilacion etc., se hacen perecer todos estos ó se despoja de ellos al esperma, cesa al instante su virtud prolífica. Tales son, en resúmen, los hechos sobre los cuales descansa el sistema de los animalculistas. El gran Buffon adoptó este sistema, pero con modificaciones y le popularizó ayudado de su estilo encantador. En cuanto á nosotros, para espresar en dos palabras nuestra opinion sobre el valor de estos sistemas de generacion imaginados hasta aquí, diremos trasladando de la gramática á la fisiología una sentencia de Horacio

Grammatici certant et adhuc sub judice lis est.

Los filósofos disputan sobre esto desde el principio del mundo y todavia esta la cuestion indecisa.

De las propiedades vitales ó organicas. Hemos visto que los antiguos admitian en los cuerpos brutos dos órdenes de propiedades, las unas elementales, correspondientes á nuestras propiedades químicas procedentes de los elementos que se creia entraban en la composicion de toda sustancia material. Ya se sabe que estos elementos eran cuatro, el fuego, el aire, el agua y la tierra. De su mezcla resultaban ocho variaciones en los cuerpos; así un cuerpo podia ser simplemente caliente, frio, seco ó humedo, ó bien caliente y seco al mismo tiempo, ó caliente, y humedo, ó frio y seco ó frio y humedo.

El segundo órden de propiedades admitido por los antiguos comprende la dureza, la elasticidad, la porosidad etc. en una palabra lo que llamamos propiedades fisicas. Creyeron que estas dependian de la figura, número y colocacion de los átomos que constituyen los cuerpos. Con estos dos órdenes se lisongearon de darse razon de todos los fenómenos de la naturaleza inanimada. Pero en cuanto á los seres vivos, al hombre,

por ejemplo; era imposible, no ver en el ejercicio de sus funciones tales como la generacion, nutricion, locomocion, la inteligencia etc. mas que un simple juego de las cualidades físicas ó químicas de los cuerpos. Los mas grandes filósofos y los mas reputados fisiólogos de todas las edades están de acuerdo en admitir en cada individuo la existencia de una fuerza primitiva, intrínseca, llamada unas veces esencia, otras naturaleza, otras alma, espiritu, neuma; etc. la cual preside con un instinto admirable al cumplimiento regular de todas las funciones, á menos que no se lo impida algun obstáculo material.

Hubo médicos atentos sobre todo á los efectos de esta fuerza intrínseca y mas aun á estudiar con esmero sus tendencias y á seguir con rigor sus indicaciones. A estos se les conoce con el nombre de *hipocráticos:* Otros principalmente al conocimiento de las cualidades elementales de los humores y se les conoce con el nombre de *humoristas* de los que Galeno es su mas genuino representante; otros á conocer las cualidades físicas de los sólidos y en particular su porosidad, pues que creian que solo debia apreciarse en ellos la facultad de contraerse y dilatarse, y se les conoce con el nombre de *metodistas*; otros en fin desdeñaban toda esplicacion, se atenian solo al resultado de los hechos, y se les daba el nombre de *empíricos.* A pensar así, obraban mal porque en una ciencia tan complicada y tan difícil como es la medicina no se puede prescindir de acudir á las luces que proporcionan las demas ciencias. Hubieran obrado con cordura ó acaso estado en lo cierto, si hubieran dicho á las otras sectas: vosotros no ignorais que los fenómenos de la economía animal son el producto de tres órdenes de fuerzas, y sin embargo cada uno de vosotros no tiene en cuenta mas que uno de estos órdenes ó al menos en poco á los otros dos; estais, pues, en un error, Tomad, por ejemplo, una funcion cualquiera, la secrecion de la saliva. ¿No es claro para todos que en esta funcion las fuerzas vitales, las propiedades físicas, las elementales ó químicas concurren juntas á su desempeño? claro es que si. Ahora bien, ¿quién de vosotros podrá designar la parte que á cada órden corresponde en el cumplimiento de esta funcion? Ninguno. Luego es imposible formarse una idea exacta de esta funcion, en tanto que se pretenda separar mentalmente las fuerzas que concurren á producirla. Preciso es estudiarla tal cual se presenta á nuestra observacion, es decir, sintética y esperimentalmente.

Al renacer las ciencias, volvieron á aparecer los antignos sistemas fisiológicos bajo formas diversas; los yatro-matemáticos por una parte,

los quimitras, los hipocratistas por otra, creyeron entronizar su doctrina y hacerla servir de norma en las escuelas. Los primeros estudiando las fuerzas físicas tenian la pretension de esplicar las funciones de la economía animal por las leyes de la mecánica, no veian en las secreciones, en la circulacion, nutricion etc. mas que los efectos de la elasticidad de los tejidos, del calibre de los vasos, del roce de los liquidos etc. Los segundos apreciando solo la mezcla de los elementos químicos, no hablan mas que de humores accidos ó alcalinos, de gases, de sales, de fermentaciones. Los últimos, por fin, escudados con la fuerza intrínseca de los cuerpos vivos encomendaban á ella el cuidado de curar las enfermedades y con esto creian abarcar y conocer todos los fenómenos que vemos desarrollarse en nuestro organismo.

Hácia la mitad del siglo XVII Francisco Glison, profesor de la universidad de Oxford admitió en los sólidos una propiedad particular que llamó irritabilidad, y que consideraba como la *última ratio* de todos los fenómenos vitales. Decia que todos los tejidos están dotados de esta fuerza, aunque en grados diferentes, y propuso dividirla en *natural, animal y vital* segun que se manifiesta por movimientos mas ó menos aparentes con el concurso de la voluntad.

Las opiniones de Glison llamaron poco la atencion del mundo médico y hacía ya mas de sesenta años que estaban olvidadas cuando Juan de Gorter, anatómico holandés las volvió á dar á conocer, pero no distinguió bien la irritabilidad de la elasticidad á pesar de sus numerosas esperiencias, siendo preciso que lo hiciera Alberto Haller mediante una série de ingeniosos esperimentos que elevaron la teoría de Glison á la categoria de verdad.

Bajo el modesto título de *Primæ lineæ physiologiæ* publicó en 1747, el resultado de sus inmensas investigaciones, obra en la cual trazó por vez primera los verdaderos caracteres que distinguen á los tejidos vivos de los muertos. En ella espone su opinion sobre la contractilidad vital que la diferencia perfectamente de la contractilidad de los tejidos, es decir, de la elasticidad; prueba que esta se observa en todas partes, en los tendones, en las membranas, en los músculos y que subsiste despues de la muerte, mientras que la contractilidad solo se encuentra en los músculos y eso durante la vida; cree que esta última proviene de la influencia nerviosa, porque dice, que una vez irritados los nervios y la médula espinal, los músculos que los reciben entran en convulsion aun estando muerto el animal, que una vez ligado ó cortado el nervio de un músculo no vuelve á moverse y su nutricion disminuye; quitada

la ligadura, el músculo recobra la contractilidad; en fin el peso que un músculo levanta durante la vida es bastante para separar ó desgarrar este mismo músculo despues de la muerte. (1)

Diez años despues (1757) publicó este mismo autor el primer tomo de su grande de fisiología bajo el título de *Elementa phisiologiæ corporis humani* obra cuya publicacion no terminó hasta el año 1766 un año antes de la muerte del autor. Era, perdóneseme esta espresion poética, *el canto del cisne*, el coronamiento de toda una vida consagrada á la ciencia y à la humanidad. Haller procedió en toda su obra con su circunspeccion acostumbrada no sentando cosa alguna que no hubiese probado antes, dando poca tregua á las hipótesis. Rico con una multitud de observaciones que le eran propias, muy instruido, levantó á la ciencia un monumento imperecedero. Desde entónces tuvo la fisiología una existencia propia, independiente de la fisíca y de la química, demostró que la vida tenia sus leyes, sus formas especiales que era preciso estudiar segun un método particular.

Las nuevas verdades que Haller proclamó escitaron vivamente la curiosidad de los sábios; en todas partes se apresuraron á respetar sus esperimentos y á intentar otros nuevos para confirmar ó invalidar las aserciones del fisiólogo inglés. El célebre naturalista Feliz Fontana fué uno de los mas celosos y mas hábiles defensores de la doctrina de la irritabilidad. Haller procurando determinar la estructura á la cual era inherente la contractilidad muscular, creyó reconocer que esta propiedad vital dependia de la gelatina combinada á un principio terreo, creyó tambien que hay estimulantes que obran sobre ciertos órganos y no tienen accion alguna sobre otros; el antimonio, por ejemplo, que irrita el estómago aun á pequeñas dosis, y provoca el vómito, no parece ejercer influencia alguna sobre el corazon; de allí la idea de la irratibilidad específica.

Teófilo Bordeu aplicó esta idea à la teoría de las secreciones. En su *Tratado sobre la situacion de las glándulas y su accion*, combate todas las esplicaciones químicas admitidas hasta entonces y atribuye las diversas secreciones á la actividad propia de las glándulas que tienen, dice, cada una su sensibilidad específica. Emite una congetura que ha podido ser el punto de partida de las investigaciones de Galeno sobre la fisiólogia del cerebro; dice que todas las funciones empiezan por esta viscera la cual está dividida en tantos departamentos como órganos

(1) Haller *Elementos de fisiología*, Cap. XIII, § CDXI, traducion de Bordenave, Paris 1769.

hay en el cuerpo. El cerebro comunica su impulsion á los órganos por el intermedio de los nervios; sin embargo, añade este escritor, esta materia es tan oscura que es necesario multiplicar las esperiencias para conocer el encéfalo y el uso de sus diferentes partes. (1)

Pedro Antonio Fabre, profesor de la facultad de París, fué el primero que aplicó la doctrina de la irritabilidad á la patología. Refutó la teoría mecánica de Boerhaave sobre la inflamacion y probó que esta proviene, no de la obstrucion de los vasos capilares, sinó de la exaltacion de su irritabilidad. Haciendo observaciones microscópicas sobre las ranas se apercibió que la sangre marchaba en todas direccienes al traves de los vasos capilares, concluyendo de aquí, que en estos vasos el movimiento de los fluidos no está bajo la dependencia del corazon, sino de la irritabilidad. (2) Haller solo habia admitido la irritabilidad en la fibra muscular, pero sus discípulos la ampliaron para otras partes como acabamos de ver; restaba aun probar esta propiedad esperimentalmente en todos los tejidos, era preciso ver bajo qué formas se manifiesta en cada uno de ellos, en una palabra, se necesitaba sistematizar la teoria de las propiedades vitales, cosa que hizo y llevó á cabo el célebre Bichat. Este hombre cuya vida ha sido tan corta y cuya carrera tan brillante empieza por marcar bien los caracteres que distinguen las fuerzas vitales de las físicas: las unas, dice, siempre varian en intensidad, en energía, en estension, pasan ràpidamente del último grado de postracion al mas alto de exaltacion, se acumulan y se debilitan alternativamente en los órganos y sufren bajo la influencia de la causa mas mínima mil diversas modificaciones. El sueño, la vigilia, el ejercicio, el descanso, la digestion, el hambre, las pasiones, la accion de los cuerpos que rodean al animal etc., todo las espone á cada momento á numerosas alteraciones. Al contrario las físicas, siempre fijas, invariables, constantes, dan orígen á fenómenos de la misma índole. Compárese la facultad de sentir con la atractiva, dice, y se verá que está siempre en razon directa de la masa mientras que la otra cambia sin cesar de proporcion en la misma parte » (3)

Bichat reduce á dos especies las facultades vitales, á la de sentir y á la de contraerse, es decir, á la sensibilidad y á la contractilidad: en

---

(1) Bordeu *Investigaciones anatómicas sobre la situacion de las glándulas y sobre su accion.* Paris 1751 § CXXX.

(2) *Investigaciones sobre diferentes puntos de fisiología, de patología y terapéutica.* París 1783-1 81 2 vol. en 8.°

(3) Bichat *Investigaciones fisiológicas sobre la vida y la muerte*, 1.ª parte, art. VII, §. I.

cada una admite diferentes grados y divisiones, la sensibilidad órgánica y animal. La primera consiste en la facultad de recibir una impresion, es comun á los animales y á las plantas, al zoofito como al mamífero. La segunda en la de recibir una impresion y trasmitirla á un centro comun, facultad reservada á los animales que tienen un sistema nervioso. La contractilidad en lo mismo, en orgánica y animal, segun que depende ó no del cerebro, como la del corazon, los intestinos, las glándulas etc. ó que depende de la voluntad, como en la locomocion, el funcionar de los músculos, en la voz etc. (1)

En una obra posterior, el mismo fisiólogo dice que las propiedades son no solo susceptibles de exaltacion y disminucion, sinó que pueden ser alteradas, perturbadas de su marcha natural, y funda en esta consideracion la utilidad de los medicamentos específicos. En fin, reconoce una especie de vitalidad en los fluidos de la economía, pero al mismo tiempo confiesa su impotencia al determinar su naturaleza. Su existencia, dice, no es menos real por esto y el químico que quiere analizar los líquidos no tiene mas que el cadáver, como el anatómico los sólidos cuando quiere anatomizarlos.» (2)

No olvidemos que en esta época un cirujano de Londres hizo numerosas y bellas investigaciones á fin de determinar las propiedades vitales de uno de los líquidos mas esenciales á la vida. Es Juan Hunter, autor del libro *sobre la sangre y la inflamacion*, el que puso fuera de duda que la sangre, mientras que circula, goza de ciertas propiedades que pierde en el momento que se la saca de los vasos ó que cesa de vivir el animal. Una de las propiedades vitales de la sangre y sobre la cual insiste mas el autor y á la cual considera como el principio de la mayor parte de los fenómenos inflamatorios es la aptitud de este líquido á coagularse espontáneamente, es decir, sin la adicion de ningun agente químico. (3)

En fin, á los autores que llevamos citados como promovedores de los progresos ds la anatomia y fisiología en este periodo, añadiremos los nombres de Winslow, de Bernardo-Sigefroy, Albino, de los dos Monró, de Santiago Douglas, Vig-d'-Azyr y otros.

---

(1) El mismo *Ibidem* §. 1 y siguientes.
(2) El mismo *Anatomia general*. Consideraciones generales §. 2 y 4.
(3) *Obras completas de Hunter*, traducidas en francés por Richelot: consideraciones generales sobre la sangre. Vease sobre todo el §. 6 titulado *del principio vital de la sangre*. Paris 1841 t. III pag. 126 y siguientes.

CAPITULO II.

Higiene.

Esta rama de la ciencia tomó durante el último periodo histórico un aumento considerable. No solo los médicos, sinó los filósofos, los sábios, los administradores públicos, los hombres de estado se esforzaron en mejorar las condiciones físicas de los pueblos é inspirar los hábitos mas saludables. Considerada bajo el punto de vista mas elevado, la higiene abraza el estudio de la naturaleza entera y de la industria, porque nada hay en el mundo que no pueda ser util ó perjudicial á la salud del hombre. Los limites de esta obra y mas que todo los de nuestros conocimientos, nos obligan á encerrarnos en un círculo muy estrecho. Hoy se acostumbra á dividir la higiene en dos grandes ramas segun que estudia el hombre ya en sociedad, ya aislado; division que nos servirá de guía para nuestra reseña.

§. I. De la higiene pública.

Hemos visto en las páginas 9, 10 y siguientes con qué prevision el legislador de los hebreos habia mezclado gran número de reglas higiénicas á los preceptos de la moral para que sirvieran de norma á su pueblo y al clima que habitara, ejemplo que siguieron antes que él los soberanos de Egipto. Los fundadores de ciudades en Grecia sacaron de este código gran parte de sus ritos religiosos y de sus costumbres higiénicas, que perfeccionaron algo: entre otras cosas crearon gimnasios y llevaron el arte gimnástico á un grado tal de perfeccion á que hoy todavía no ha llegado. Sus ejercicios no se limitaban solo á dar fuerza al cuerpo, sinó tambien agilidad, flexibilidad y gracia. Entre los griegos no se consideraba el temperamento atletico como el mejor; en Esparta donde no pensaban en mas que en formar buenos soldados, los ejercicios no tenian otro objeto que disponer el cuerpo á las fatigas de la guerra.

En Roma, la gimnástica se abandonó á los gladiadores, á los esclavos, únicos que combatian en los circos; los baños bajo el mando de los emperadores, se convirtieron en un objeto de lujo mas bien que de salubridad, pero á pesar de esto, sus legisladores no abandonaron la salud pública hasta el estremo que sucedía en la edad media y aun en el dia; construyeron fuentes, acueductos, alcantarillas, publicaron

reglamentos de policia, colocaron los cementerios fuera del recinto de las poblaciones. Dígalo sino el respeto profundo que se tenia à los encargados de la limpieza de la ciudad. Vitruvio, arquitecto del emperador Augusto, merece consultarse, no solo bajo el punto de vista de la perfeccion de los edificios, sinó bajo el de la salubridad. Siguiendo á Hipócrates, dá escelentes consejos para la edificacion de las poblaciones, recomienda situar al Norte los depósitos de mercancias en atencion á que su esposicion al Sud es poco favorable á su conservacion; nos dice que los antiguos consultaban las vísceras de los animales, como el hígado, para juzgar despues de la naturaleza de su país y de la bondad de sus alimentos, de tal suerte que la inspeccion de las entrañas de las víctimas por los sacrificadores, en lugar de presentarse á nuestros ojos como un monumento de ridícula supersticion, es mas bien un medio muy racional para descubrir la influencia de las aguas, de los aires y lugares sobre los seres.

Entre las naciones modernas, solo los turcos mezclan á sus practicas religiosas algunas reglas higiénicas, tales como las abluciones legales, la abstinencia de ciertas cosas y en particular del vino, pero la prohibicion de este liquido que entre los sectarios del Coran tiene por objeto el evitar la embriaguez, ha hecho nacer entre ellos una costumbre mas perjudicial todavia; el tomar opio. La cuaresma de los musulmanes no debe contarse entre las instituciones higiénicas bien ordenadas, como tampoco la de los cristianos, porque sus resultados me parece estan en oposicion con el verdadero objeto de la higiène. El Dr. Brayer pinta en los términos siguientes el efecto que la observacion de la primera produce en los creyentes. «Conociendo, dice, la repugnancia de todo buen musulman á estar por la tarde fuera de casa no me costaba trabajo seguir su ejemplo. Pero cuando era mas condescendiente era en el Ramazan, mes durante el cual todo verdadero creyente no puede tomar nada desde que sale el sol hasta que se pone, ni se permite fumar, ni tomar café, ni aun una gota de agua. Este ayuno, pesado para un rico, lo es mas aun para un trabajador, sobre todo cuando se verifica, como yo he visto, en los dias mas largos del año, así es que los marineros para no gastar tanto sus fuerzas reman con mas lentitud. ¡Cuàntas veces he encontrado en diversos puntos de Constantinopla á muchos, que robustos y fuertes al principiar la cuaresma, se hallaban despues débiles flacos y tan llenos de arrugas que sin mi dragoman no los hubiera podido reconocer! (1)

(1) *Nueve años en Constantinopla*, Paris 1836 t. I. pàg. 149 cap. I, sesta excursion.

La Iglesia cristiana que se propone elevar al hombre al mas alto grado de perfeccion moral y de libertarle de la influencia de las pasiones no ha introducido en su disciplina regla higiénica alguna, pero à causa del íntimo enlace que hay entre la higiéne y la moral, sucede con frecuencia que las máximas de la Iglesia son escelentes reglas de higiéne. Los gobiernos de la edad media nos han legado reglamentos concernientes á la secuestracion de los leprosos, y á los baños gratuitos para los pobres. Preciso es decir todavia que apesar de estos esfuerzos en pro de la limpieza de las masas, eran tan mal apreciados que muchas veces los baños eran unos focos de enfermedades contagiosas; la sifílis, despues que reemplazó á la lepra, fué reglada por una gran parte de las ordenanzas de los leprosos.

Casi hasta el siglo XVII, es cuando los gobiernos se han ocupado seriamente de todo cuanto atañe á la salud pública. El Lazareto de Marsella el primer establecimiento fundado para impedir la comunicacion de la peste de Oriente, es de esta época. A su creacion acompañaron reglamentos sábios y rijidos que despues han servido de modelo á los demás, fundados posteriormente en los otros puertos del Mediterraneo.

La primera idea del establecimiento de los Lazaretos en Europa se debe á los comerciantes franceses establecidos el en Cáiro y Alejandria. Habiendo observado estos que los monges coptos aislados en sus conventos llegaban á preservarse de la peste se aislaron en sus casas en tiempo de epidemia, no comunicando con sus vecinos mas que por las ventanas ó terrados, alcanzando de este modo la preservacion que dió lugar á crear los sitios de aislamiento. El barrio de los franceses en Constantinopla se ha preservado muchas veces de este azote por una secuestracion exacta, mientras que los turcos escudados aun con el dogma de la predestinacion, olvidan toda medida de prudencia y son víctimas de su ceguedad.

Hoy el comercio reclama sin cesar contra este rigor y sobre todo contra las cuarentenas; la mayor parte de los médicos opinan por reformar los reglamentos y no faltan tampoco hombres que quieren suprimir estos establecimentos por creerlos innecesarios. (1) Sin embargo, comparando los estragos que la peste ha hecho en Europa despues de su creacion, con los que hizo antes, es casi imposible negar su impor-

(1) Desde que el autor escribió estas lineas hasta la actualidad, ha variado completamente la opinion de los profesores y casi son contados los que tienen en poco el rigor del aislamiento.

N. del T.

tancia y la eficacia de las medidas preventivas. Desde 1476 á 1649, es decir, en menos de doscientos años ha sido invadida diez y seis veces Marsella de la peste. Ahora bien, hasta la mitad del siglo XVII no se pensó formalmente en el contagio de la peste y en los medios de prevenirle; hasta entonces se habian considerado las epidemias como un castigo de la Providencia que ningun esfuerzo humano podia contener y para el cual no se tomaba precaucion alguna como hacen todavia los musulmanes; pero desde 1649 época de la creacion de los lazaretos, la peste ha invadido una sola vez á Marsella, es decir, pasados dos siglos. (1) Creemos que en la institucion de las cuarentenas se han traspasado algunas veces los límites convenientes, pero esto no es bastante para declararlas completamente inútiles como pretenden algunos. (2)

Seria muy pesado enumerar todo cuanto se ha hecho en los dos últimos siglos para el saneamiento de las ciudades, de los campos, de los campamentos, de los buques, de los cuarteles, de los talleres, de las cárceles, de los hospitales etc. Podria citar trabajos, no solo de médicos, sinó de químicos, físicos, filósofos, gobernantes, capitanes, navegantes etc. porque la higiene pùblica se relaciona con todas las ciencias, con todas las artes, ya para echar mano de sus luces, ya para ilustrar y hacer conocer cuanto atesoran para el bienestar de los pueblos. La abundancia de materiales es para nosotros un obstáculo para su estudio y apreciacion y es imposible discernir el valor de cada uno de ellos, porque es facil omitir algunos de mas mérito que otros, que ya hemos mencionado y analizado, y dificil á la par esponer todos los esfuerzos que los gobiernos, los municipios, los particulares, las sociedades sabias han hecho en estos últimos años para mejorar la condicion física del hombre. La apertura y ensanche de las calles, la vertiente dada á las aguas estancadas, la traslacion de las inmundicias, de los cementerios y de las industrias insalubres lejos de los centros de la poblacion, el desecamiento de las lagunas, el estudio analítico del aire, de las bebidas, de los alimentos, á fin de determinar cuales son buenos para conservar la salud, la investigacion de los medios mas convenientes á la conservacion de las mercancias, los reglamentos de

(1) La peste de 1520 es la última que ha hecho sus estragos en esta ciudad, pues aunque se haya observado mas veces se ha limitado al Lazareto.

(2) Véase el *Dicionario de ciencias medicas* art. Higiene por Hallè y Nysten artículo Lazareto por Foderé.—Véase sobre todo el notable é importante informe dado por la Academia real de medicina sobre la peste y las cuarentenas *(Boletin de la Academia.)* Paris 1846, t. XI.

policia sanitaria; todo esto ha sido parte de lo mucho que ha ocupado á los sabios y los hombres de Estado.

La Sociedad real de medicina dió mucho impulso á estos trabajos, por sus temas puestos á concurso, por los informes de sus corresponsales, por su correspondencia con los médicos de todos los paises que la remitian sus observaciones sobre la epidemias, las topografías y en general sobre todo cuanto tiene relacion con la higiene pública. John Howard es, acaso, el primer hombre que no ha viajado ni por su salud, ni por ventaja alguna, ni por interés personal, sinó únicamente por amor á la humanidad. Los hospitales, los lazaretos, las cárceles fué lo único que llamó su atencion; dedicó su existencia y su fortuna al mejoramiento de la suerte de los desgraciados acojidos en aquellos sitios.

A. A. Parmentier se distinguió tambien por su celo para con los pobres, ocupándose con éxito de mejorar y aumentar su alimentacion. Thompson Conde de Rumford, ilustró é hizo apreciar su administracion en Baviera por los establecimientos benéficos que fundó, algunos de los que estaban dedicados á proporcionar trabajo y pan á las clases menesterosas. Guyton Morveau propuso escelentes medios de desinfeccion, que todavia se emplean en algunos casos. La salud de los soldados y los marineros llamó tambien la atencion de muchos observadores y produjo gran número de escritos entre los cuales se distinguen los de Rouppe, de Lipd, de Poissonnier-des-Perrières, de Pringle, de Donald Monró, de Van-Swieten, de Colombier, de Gilbert, de Desgenettes. Pero entre las conquistas que ha hecho la higiene pública en estos últimos tiempos hay una que merece una mencion especial; la vacuna.

La viruela hacia sus estragos de cuando en cuando en ambos mundos; cada año morian en Europa al menos cuatrocientas mil almas y mutilaba ó desfiguraba otras tantas. Verdad es que una mujer fuerte, Lady Wortley Montagne, habia importado de Constantinopla la práctica de la inoculacion que no deja de tener mérito, pero que no está libre de algun reproche, porque es sabido que espone á un peligro tan grave como el contagio; pero tambien lo es que hasta que Jenner descubrió este preservativo, no se podian contener los estragos de las epidemias variólicas. Este médico que nació en Barkley, pueblo del condado de Glocester, oyó decir ó habia notado que la enfermedad conocida en las provincias occidentales de Inglaterra bajo el nombre de viruela de las vacas (cow pox) se pegaba á los pastores que las ordeñaban y que esta inoculacion tan inocente preservaba á los que la sufrian

de ser invadidos de la viruela natural. Principió á pensar en este hecho estraño, se inoculó él mismo directamente de la teta de las vacas y tuvo la feliz idea de hacer lo mismo con sus hijos. Al cabo de tres, cuatro ó cinco dias, vió desarrollarse en los puntos de la piel que habia picado, unas pústulas semejantes á las del cow-pox que seguian creciendo, que se abrieron y dieron salida al pús que contenian, que este se desecó y formó una pequeña costra que se desprendió dejando una cicatriz. Advirtió que todo esto medió sin haber calentura, que los niños continuaron jugando y comiendo como de costumbre, en una palabra, que no esperimentaron accidente alguno. Pues bien, ninguno de estos niños fué acometido de la viruela. Jenner despues de haber repetido un millon de veces sus esperiencias, despues de haberse asegurado de la inocuidad del virus vacuno y de su virtud preservativa, convencido, en fin, de la realidad é importancia del descubrimiento, se decidió á hacerle público y lo hizo en un volúmen que publicó en Lóndres el año 1798. (1) Todo el mundo quedó sorprendido con anuncio semejante; nadie se figuraba que un azote tan antiguo y tan temible como la viruela, pudiera vencerse con un proceder tan sencillo como benigno.

No faltaron incrédulos que opusieron su veto al descubrimiento del médico de Barkley, pero tampoco defensores, dando lugar á una polémica muy agria. No espondrè aquí los rasgos característicos de esta lucha olvidada ya y cuyo resultado definitivo ha sido la adopcion del nuevo específico en todas las partes donde ha penetrado la civilizacion europea; solo haré observar que despues de la victoria se han querido disputar á Jenner la gloria del descubrimiento; se fué á desenterrar del polvo de las bibliótecas algun pasaje ambiguo de algun arrugado pergamino, se empezó por resucitar ciertas tradiciones populares de alguna oscura provincia para encontrar allí el germen del admirable descubrimiento del médico inglés: como si toda idea, toda invencion nueva no fuera la consecuencia de alguna otra antigua! Mas cosa es esta, que no disminuye en nada la gloria del inventor, cuando el desarrollo dado por él á las ideas antiguas es grande por sí mismo y eminentemente útil por sus resultados. Ahora bien, cuando yo pienso en la sagacidad, la paciencia y juicio delicado de que este hombre ha dado pruebas en sus estudios esperimentales, cuando considero el inmenso beneficio que ha hecho á la humanidad con su descubrimiento,

(1) Jenner *An Inguiry into the causes and effects ofthe variolæ vaccinæ*. Londres 1798 en 4.°

no disputo mas acerca de su genio; solo tengo palabras para alabarle y bendecirle.

§. II. HIGIENE PRIVADA. (1)

Entre los escritos originales é importantes con que la higiene se enriqueció durante este período colocaremos en primer lugar el libro de Santorio titulado, *Aforismos de medicina estática*. Le compuso de este modo: queriendo averiguar la cantidad de humor insensible que se exhala cada dia del cuerpo humano y determinar las relaciones que enlazan esta funcion con los diversos estados de la economía, tales como, la digestion, el ejercicio, el descanso, la salud, las enfermedades, las edades, las estaciones, etc. tuvo la idea de disponer el platillo de una balanza de manera que pudiera colocarse cuando bien le viniera, antes y despues de la comida, antes ó despues de dormir, antes ó despues de orinar ó defecar, en una palabra cuando queria. Continuó todos los dias sus esperiencias durante treinta años y consignió los resultados obtenidos en un pequeño volúmen, bajo la forma aforística. He aquí algunos de los aforismos.

«Todas las enfermedades del hombre provienen de un esceso ó de un defecto de traspiracion. Si el encargado de velar por la salud de los hombres, no se cuida mas que de la alimentacion y de las evacuaciones sensibles sin tener en cuenta las insensibles, como la traspiracion; no es digno que le confien su salud.» (1.ª *section aphor* 2.º traduccion de Lebreton Paris 1722.)

Orinar mucho, mover el vientre con esceso, sudar con abundancia y traspirar poco, es estar enfermo, (*Ibidem, apho. 14.*)

¿Porqué es conveniente el desfallecimiento en las fiebres graves? Porque se suda y se traspira mucho «*(Ibidem, apho. 98*).

Un hombre sano evacua tanto en un dia por la traspiracion como en quince por el vientre aun cuando todos los dias haga una buena y consistente deposicion» *(3.ª seccion apho. 10.*)

---

(1) Una vez que desapareció aquellla especie de adoracion que nuestros médicos tenian en el siglo anterior á los escritos de Hipócrates, en especial á los relativos á higiene, los publicados en este periodo ofrecen poco ó ningun interés. Solo el que escribió Sorapan de Rieros, nos parece digno de mencion y del cual entresacamos algunos de los muchos proverbios vulgares que contiene: —Si quieres vivir sano—hazte viejo temprano.... De hambre á nadie vi morir—de mucho comer á cien mil...La teja sobre la oreja.... Carne de pluma -quita del rostro la arruga.... Agua que corre—nunca mal coje...etc. concluyendo con aconsejar que se huya, en tiempo de peste, de las signientes cosas. *Fames, fatigatio, fructus, fœmma, flatus* y eche mano de estas otras cinco para preservarse de ella. *Flebotomia, focus, fuga, fricatio, fluxus.*—N. del T.

Si por la noche hace esceso en la bebida y que ni por la cocion ni la indigestion, el cuerpo no recobra al dia siguiente su peso ordinario, los versos que siguen tienen aquí su verdadera aplicacion.

El que enferma en la mañana
Por beber mucho de noche
Se le lleva á la taberna
Y con vino se repone

(*Ibid aph. 78*)

El que duerme traspira doble que el que vela; de ahi el axióma siguiente: Dos horas de descanso en la vigilia valen una hora de sueño.» (*4.ª section, aphorismo 18.*)

La publicacion de Santorio fué acojida como una revelacion del dios de la medicina, como un verdadero código de leyes higiénicas. Saludaron á su autor con el epíteto del segundo Hipócrates y pusieron sus máximas al nivel ó por cima de las del anciano de Cós. El Senado de Padua decretó que conservara el título de profesor de la universidad, despues de su marcha para Venecia; cuya ciudad le erijió una estátua despues de su muerte acaecida el año 1630.

Sin embargo, si se somete á una crítica severa el trabajo de Santorio, se advierte que tiene muchos y graves defectos. Sus conclusiones son, desde luego, demasiado generales, demasiado absolutas, porque saca deducciones para todas las personas y para todos los climas de esperimentos hechos en un solo sugeto y en un solo clima. Hay, en segundo término muchas causas inevitables de error en sus cálculos, tales como los dos que siguen: el no haber tenido en cuenta ni la exhalacion y absorcion pulmonal, ni tampoco la cutanea; en fin, los resultados tan variables que obtuvieron otros esperimentadores: de lo cual se infiere que no hay cosa mas variable que la traspiracion cutanea y que querer determinar su cantidad es una cosa tan quimérica, como dice Bichat, como querer especificar los volúmenes de agua reducida á vapor por un foco de calórico que variase á cada paso de energia. La única conclusion general que puede sacarse de estos numerosos esperimentos, es que en el estado de salud esta escrecion es de ordinario muy abundante, que disminuye en la vejez y que siempre debe merecer la atencion del médico y del fisiólogo. Si pues los afórismos de Santorio no son lo bastante á justificar el entusiasmo por su autor, tampoco merecen el abandono en que hoy se les tiene. H. Boerhaave cuyo juicio tiene bastante valor, dice, que ningun otro libro de medicina ha sido escrito tan bien y Lorry le ha añadido nuevos comenta-

rios dignos de ser leidos y meditados por los médicos de todos los tiempos. (1)

Cheyne médico de Lóndres se hallaba enfermo de gravedad por los muchos escesos que cometió. Engordó mucho y pronto principió á fatigarse, á dormirse, á no querer moverse y á sentir otras muchas molestias. Consagró muchos años á curar aquél estado y tuvo la fortuna de restablecerse por completo con la permanencia en el campo, la dieta lactea y vegetal, el ejercicio y las aguas de Bath, de tal modo que pudo volver á dedicarse de nuevo al ejercicio de la profesion hasta los setenta y dos años de edad en que murió. Como práctico habia gozado de gran reputacion y dejó muchas obras de las cuales la mas estimada es una monografía sobre el arte de conservar la salud y prolongar la vida de las personas valetudinarias. En ella dá preceptos que todavia se leen con fruto, exagera el régimen con el cual recobró su salud, à la manera de Cornaro cuya história hemos referido ya.

Entre los demas escritos que contribuyeron al perfeccionamiento de la higiene durante el último siglo todavia citarè los siguientes: las monografías de J. B. Fischer y de M. T. Robert sobre la vejez y sus enfermedades; la de Ramazini, sobre las enfermedades de los artesanos que Fourcroy enriqueció con notas (2) los escritos de Lorry de Junckier, de Bebdoes, de J. Arbuthnot, de Hallé; los de Tissot que han gozado de una gran popularidad: en fin, los tratados generales de Tournelle, de Moreau de la Sarthe, el *Tratada de policia médica* de J. P. Frank, *el Código de la salud* de John Sinclair etc.

CAPITULO III.

Patologia general. (3)

En este periodo se estudió la patología bajo diferentes aspectos que

(1) *Aforismos de medicina estática*, Paris 1770 en 12.
Santorio habia evaluado en la proporcion de *cinco á tres* la cantidad de traspiracion comparativamente à la de la orina y las heces. Dionisio Dodard médico de Paris encontró, que la traspiracion estaba en relacion con las otras secreciones como *doce es á quince*. Sauvages en el mediodia de Francia y Gorter en Holanda obtuvieron resultados análogos. Santiago Keill que hizo sus esperimentos en Inglaterra que es mayor la cantidad de orina que la de la traspiracion, en la relacion de *treinta y ocho á treinta y uno*. Linning, que observó en la Carolina meridional, que la traspiracion es superior à la orina durante cinco meses del año, lo contrario que en los siete restantes. Se ve que hay tantos resultados como esperimentadores y que la reflexion de Bichat es muy justa.

(2) Una nueva edicion del *Tratado de las enfermedades de los artesanos*, con adiciones considerables ha sido publicada por el doctor Patissier. Paris 1822 en 8.°

(3) Publicaron nuestros médicos algunos tratados sobre esta rama del arte. Los mas notables son los de Pedro Garcia Carrero, Juan Navarro, Vicente Molés, José Zamora y Llaveria, Juan Lazaro Gimenez y Gaspar Caldera de Heredia; que cada cual puede ver en nuestros historiadores.—N. del T.—

no haremos mas que indicar sumariamente, en atencion que lo haremos en otra parte con mas estension, en particular en los capítulos consagrados á la esposicion de las teorias y los sistemas.

Unos hicieron desempeñar el primer papel á los humores en la generacion de los enfermedades conforme á la doctrina galénica modificada, ó bien siguiendo los principios de la nueva química; otros no vieron mas que una alteracion de los sólidos; otros, en fin, prescindian de todas las causas y fenómenos que no caen bajo el dominio de los sentidos queriendo que solo se atengan á los resultados de la observacion pura. De esta diferencia en el modo de considerar las enfermedados han surgido clasificaciones patológicas muy variadas, y por fin, un conocimiento mas profundo y mas completo del estado morboso.

CAPITULO IV.

Patologia interna.

§. I. Semeyotica.

Un gran número de médicos se dedicaron à estudiar los síntomas por separado, esforzándose en precisar su valor verdadero porque estaban persuadidos que cada uno de ellos tenia una significacion propia é independiente de los demàs y se empeñaron en determinarla.

Ya hemos visto á Santorio empeñado en atribuir á la mayor ó menor traspiracion insensible durante el dia los caracteres de una buena ó mala salud, y á otros lisonjearse y encontrar en las modificaciones del pulso los signos mas ciertos para conocer el sitio de las enfermedades, su marcha, su gravedad y su resultado mas ó menos probable.

El primero que se dedicó á este genero de investigaciones fué el español Solano de Luque. (1) Cursaba la medicina en Granada y hecho bachiller siguió la pràctica de D. José Pablo Fernandez, partidario acerrimo de Galeno y enemigo inseparable de las nuevas doctrinas á

(1) Solano de Luque nació el año 1685, en Montilla ciudad inmediata à Córdova y alli estudió humanidades pasando despues à Granada á estudiar la medicina donde se graduó de Licenciado en 1709 y mas tarde de Doctor, yendo despues á ejercer la ciencia en varios puntos y principalmente en Antequera, verdadero teatro de sus portentosos descubrimientos sphigmicos. Poco ó nada hubiera adelantado, aun con la publicacion de su libro, *Lapis Lydos Apolinis*: si personas estrañas no se hubieran encargado de propagar los datos semeyológicos que Solano estampó en su libro y que pronosticó en presencia de doctos médicos estranjeros, en especial del profesor irlandes Jaime Nihell verdadero amante de la ciencia y de la gloria de Solano. Despues de muerto Solano (1738), se encargó de dar á conocer de nuevo sus doctrinas el Dr. D. Manuel Gutierrez de los Rios médico en Cádiz, en un libro que publicó con el titulo de *Idióma de la naturaleza*.—N. del T.

favor de las cuales no admitía reflexion alguna, cuando observó el pulso dicroto ó *bis pulsans*, llamado así porque se sienten dos rápidas pulsaciones y luego un intervalo de reposo. Chocándole este fenómeno, preguntó á su maestro á que estado del cuerpo correspondia aquella especie de pulso y le contestó la siguiente tonteria: *todas estas insignificantes modificaciones son producidas por el vapor fuliginoso contenido en las arterias:* Solano poco satisfecho con semejante esplicacion, redobló sus cuidados y creyó reconocer que el pulso dicroto es un indicio constante de epistaxis. Tambien observó que á los sudores críticos precedia una modificacion no menos notable del pulso consistente en que, á la primera pulsacion siguen otras tres que van en aumento hasta la última, como parece que sucede con las olas del mar que se estrellan á la orilla. En seguida empieza otra serie de cuatro pulsaciones de las cuales la primera es siempre la mas debil. A esta especie de pulso le da el nombre de *inciduo* porque á la cuarta pulsacion de la primera serie, que es la mas fuerte, sucede la primera de la segunda que es la mas debil; de suerte que el pulso parece disminuir ó cesar, al pasar de una serie de cuatro pulsaciones á otra. Es además, de ordinario, depresible, blando, y en este caso anuncia como hemos dicho, el sudor; pero si va acompañado de dureza es el precursor de la ictericia.

El pulso intermitente es aquel en el cual se nota despues de un cierto número de pulsaciones un descanso mas largo que los precedentes. Segun la opinion de Solano este pulso anuncia por lo comun diarreas criticas; si blando, abundante escrecion de orina; si muy duro, vómitos. Tales son las especies de pulso en que Solano fijó su atencion para hacer sus observaciones que consignó en un grueso volúmen, ahogadas en un mar de sutilezas. No llamaron la atencion del mundo médico, hasta que un profesor ingles llamado Santiago Nihell, las dió á conocer juntamente con lo observado por él.

La esfigmica adquirió despues grandísima importancia con las investigaciones de Teofilo Bordeu. Este observador cuya sagacidad hemos tenido ocasion de apreciar, se empeñó en referir todos los cambios de la salud y de las enfermedades á determinadas variaciones de pulso; tomó desde luego por tipo el pulso de un adulto bien constituido como el mas natural y perfecto y traza sus caracteres de la siguiente manera: «Este pulso es igual, sus pulsaciones se pareceu por completo, guardan igual distancia, blando, flexible, ni frecuente ni lento, fuerte sin violencia.» (1)

(1) Bordeu, *Investigaciones sobre el pulso con relacion á las crisis*. Cap. III.

Escudado en este tipo, describe una innumerable cantidad de especies y variedades que se distinguen en poco. Distingue, por ejemplo, un pulso particular á cada órgano, para la nariz, para la boca, para el pecho, para el estómago, para los intestinos etc., admite una diferencia especial entre el pulso que corresponde á las partes situadas por cima del diafragma de las que están por bajo y entre los que corresponde à los órganos de la parte derecha y de la izquierda y por fin las modificaciones que le imprimen las pasiones, las enfermedades, así como ciertas medicaciones.

No seguiremos á este autor en este dédalo de distinciones mas sutiles que reales. Aun cuando fuera verdad, teóricamente hablando, que cada acto fisiológico, patológico, y aun sicológico, se manifiesta por una mudanza en el pulso ¿qué tacto tan ejercitado, tan fino no se precisa para conocer estas mudanzas con frecuencia imperceptibles é instantaneas como el pensamiento? Qué luz puede sacarse de estas variaciones en estremo delicadas y fugitivas del pulso cuando estas mismas, aun las mas notables, no tienen mas que una significacion equivoca y se enlazan con estados de salud muy diversos? La intermitencia del pulso no tiene muchas veces consecuencia alguna, otras es muy grave. El método analítico como método de invencion ha sido muy preconizado en estos últimos tiempos y con razon; pero todo método tiene sus escollos y tendremos ocasion de observar con frecuencia que el análisis llevado hasta sus últimas consecuencias degenera en sutileza engañosas. Un gran número de médicos repitieron las observaciones de Bordeu, ya para confirmar, ya para enmendar su doctrina, y sus trabajos reunidos hicieron alcanzar á la esfigmologia, hacia mitad del siglo pasado, un alto grado de perfeccion.

Casi al mismo tiempo un modesto práctico aleman Leopoldo Avembrugger, dotaba á la semeyotica de un medio nuevo de investigacion destinado á adquirir mas adelante una importancia mayor. Este nuevo medio era la *percusion; Método nuevo para reconocer las enfermedades internas del pecho;* segun decia en el título de la obra que publicó en Viena el año 1761. (1) Descubrimiento fué este que se apreció poco, aun en Alemania, á pesar de haberlo empleado y elogiado Stoll. Sprengel habla de él en los términos siguientes: «Debo todavía hacer mencion de otro signo descubierto por Leopoldo Avembrugger y que este médico asegura ser el mas importante de todos los que com-

(1) *Nuevo invento para conocer mejor las enfermedades del interior del pecho mediante la percusion de sus paredes.* Viena 1761.

ponen la semeyología patológica: es el sonido que da el pecho cuando se le golpea. Es imposible desconocer que cuando se hace esto en el pecho con los dedos ó con la palma de la mano, resuena de distínta manera cuando los pulmones están sanos que cuando enfermos. Avenbrugger desarrolló bien esta idea en su libro, pero lo hace con bastante sutileza, porque apenas es creible que haya podido reconocer las diversas enfermedades de los pulmones y del pecho por solo la percusion de esta cavidad. Sin embargo, merecen leerse sus observaciones, que en gran parte han sido confirmadas por Isemflamm.» (1)

Rosière de la Chassagne tradujo al francés la obra de Avenbrugger, pero su método de esploracion era casi desconocido en Francia, hasta que Corvisart lo vulgarizó con sus lecciones, su traduccion y los comentarios con que la enriqueció. (2) Mas adelante veremos las mejoras que sufrió por la adicion de un proceder no menos ingenioso, cual es la *auscultacion*. En los libros hipocráticos se encuentra un proceder que tiene algun parecido con la percusion. Consiste en imprimir à la espalda del enfermo una sacudida mediante la cual se pueda oir el ruido que hace un líquido derramado en la cavidad pectoral. Este proceder grosero llamado *sucusion*, parece haber sido abandonado por los sucesores de los Asclepiades, por ser muy infiel y de un uso muy incómodo.

§. II. ANATOMIA PATOLÓGICA.

La anatomia patológica que nació en la mitad del periodo anterior, aumentó con rapidez y formó bien pronto una rama muy importante de la patología. Desde el principio del siglo XVII se dedicaron muchos médicos al exámen de los cadáveres y reunieron un gran número de datos que pronto sirvieron para formar un cuerpo de doctrina. Los que mas se distinguieron en esta clase de trabajos, fueron Tomas Bartolino, Nicolas Tulpius, Domingo Panaroli, Juan Santiago Wepfer, Federico Riuschió, Juan Conrado Peyer, Esteban Blancaerd.

Teofilo Bonet, se encargó de la tarea de reunir y clasificar cuanto habian notado los demás y escribió un libro, especie de repertorio de anatomía patológica, al cual dió el nombre de *Sepulcretum sive anatomia pràctica*, dividido en cuatro partes. En la primera se ocupa de to-

(1) Sprengel *Historia de la medicina*. Traduccion francesa de Mr. Jourdan, seccion XVI, cap. III, art. V, t. VI, pàg. 27.

(2) El mismo *Invento nuevo* de Avenbrugger, traducido al frances del latin por J. N. Corvisat. Paris 1808.

das las enfermedades de la cabeza, en la segunda de las del pecho, en la tercera de las de vientre, en la cuarta de todas aquellas cuyo asiento es desconocido y que pueden afectar indiferentemente á diversas regiones del cuerpo, como las fiebres, la gota, la sífilis, los tumores, las heridas etc.

Para escribir su repertorio no disimuló las dificultades que entrañaba ni las muchas imperfecciones inherentes á un primer trabajo de este género; al contrario, las aprecia con justicia cuando dice: «Tanto es lo que debe dudar el lector del valor de esta obra cuanto son los cuidados y vijilias que su composicion me ha costado; por que me he lanzado sin guia por un camino desconocido donde no se apercibe huella alguna del hombre; y emprendo con temeridad el recorrer un trayecto tan largo como rudo y difícil. Ya se lo distante que estoy del objeto, pero me consuela algo el saber que he sido el primero en preparar el camino en una materia eminentemente útil.» (1)

Citaremos un ejemplo que ponga de manifiesto el gran número de materias que abarca esta coleccion. La seccion octava de la parte segunda está consagrada á la esposicion de las causas de las palpitaciones y del dolor del corazon. He aquí, pues, la enumeracion de estas causas segun las observaciones necroscópicas referidas en este capítulo: un tuberculo, un abceso, la intemperie caliente, la plétora sanguinea que produzca la obstruccion, las lombrices, una evacuacion rápida, el embarazo, la inflamacion, una coleccion de serosidad ó de otro cualquier humor pútrido, una infeccion miasmática ya venga de fuera, ya de dentro, ciertas adherencias preternaturales. Estas causas existen, unas veces, en las cavidades ó en las arterias, otras en puntos mas lejanos, como el útero, el higado, el bazo, el estómago. Para cada uno de estos casos refiere el autor una ó muchas observaciones clínicas acompañadas de los signos necroscópicos; trae al menos cuarenta concernientes á los dolores y palpitaciones del corazon. Se ha dicho que la mayor parte de estas observaciones carecen de suficientes detalles, que algunos no son bastantes auténticos, que otros son considerados como causa de enfermedad, siendo así que no son mas que resultados ocurridos despues de la muerte. Estos cargos son fundados y preciso es convenir que esta enorme compilacion brilla mas por el trabajo y paciencia que por la invencion y el método; pero tal cual es, constituye una época en la história de la anatomía patológica, ha servido de punto de partida á las observaciones ulteriores y

(1) Se pulcretum ó sea anatomia patológica. Ginebra 1700 t. I, prefacio al lector.

principalmente á las que un siglo despues publicó el inmortal Morgagni. En efecto, este no se propuso otra cosa, al escribir sus cartas anatomo-patológicas, que aumentar y refundir en cierto modo la obra de Bonet. Aprovechando las riquezas que la ciencia habia adquirido en este intèrvalo y sobre todo las que habia aglomerado el maestro Valsalva; reuniendo á una instruccion inmensa, una crítica severa, estableció órden y claridad en donde solo habia dejado Bonet oscuridad y confusion. Fué original sin querer, al contario de otros que no lo son y quieren aparecer, apadrina cuanto le parece bueno, proceda de los vivos ó de los muertos, pero no así el método y la crítica à que sugeta todos los datos. Persuadido que la ciencia médica no debe marchar sinó con el apoyo de la observacion, evita con escrupulosidad engolfarse en interpretaciones á fin de librarse se le aplique este pensamiento de Homero que él mismo recuerda en su introducion. «Ha dicho mucho que no es cierto, al decir cosas verosímiles. (Odysses liv. XIX.) Heaquiun pequeño trozo que pone en claro su manera prudente y circunspecta de discurrir. «El gran Senac en su carta 23 pone en duda los ejemplos de falta del pericardio, y por el contrario, confirma con muchas observaciones su adherencia y el lugar que el órgano ocupa cuando ella causa ó impide las palpitaciones; no oculta tampoco el gran cuidado que hay que temer cuando hay al mismo tiempo otras causas aun mas graves acaso que la adherencia, que causen las palpitaciones y advierte que por lo general en bastantes, casos se encuentran todas reunidas y no es posible determinar el valor de cada una de ellas ni las de todas juntas.» (1)

Morgagni publicó su obra el año 1762, despues no han faltado otros que se han ocupado en hacer nuevas investigaciones y añadir observaciones nuevas á las ya conocidas. Citaremos como los mas notables á Th. Walter, á P. Barreré, Santorini, Eduardo Sandifor, Andres Bonn, G. Hunter, Juan Ernesto Greding, Juan Bautista Palleta. Lieutaud, Antonio Portal, y mas que todos à Javier Bichat que uniendo á un génio eminentemente generalizador, un admirable talento analitico y de observacion, esparció una luz muy viva, no solo sobre la anatomía patológica, sinó sobre toda la patología. Sus trabajos han servido y sirven de guia á sus sucesores.

La idea de descomponer el cuerpo humano en tejidos elementales que tienen en todos los puntos donde se les encuentra la mismas propiedades y estár sujetos á las mismas alteraciones, ha sido una idea madre que ha

(1) Carta 25 anatómico-médica, traducion del Dr. Destonet, Paris 1820.

servido desde hace cincuenta años de base á las investigaciones de los patólogos. Bichat comprendió bien toda su importancia y todas sus consecuencias y las espone con tanta claridad como exactitud. «La química dice, tiene sus cuerpos simples que forman por sus diversas combinaciones los cuerpos compuestos; tales son el calórico, el lumínico, el hidrógeno, el oxígeno, el carbono, el azoe etc. Del mismo modo, la anatomía tiene sus tejidos elementales que combinados entre sí cuatro á cuatro, seis á seis, ocho á ocho etc. forman los órganos. Estos tejidos son el *celular*, *el nervioso de la vida animal*, *el de la vida orgánica*, *el arterial*, *etc.* Estos son los verdaderos elementos organizados de nuestros órganos. Cualesquiera que sean los casos en que se encuentren, siempre conservan su naturaleza, como sucede en química que no varian los cuerpos simples, cualesquiera que sean los compuestos que concurran á formar. La idea de considerar así en abstracto los diferentes tejidos de nuestras partes no es una concepcion imaginaria, tiene verdaderos fundamentos y creo que ejercerá sobre la fisiología como sobre la práctica una grande influencia. En efecto, por cualquier punto de vista bajo el cual se consideren estos tejidos, no se parecen en manera alguna. Es la naturaleza y no la ciencia la que ha marcado una línea de separacion entre ellos. (1) Un poco mas adelante añade: »Divido en dos grandes secciones la anatomía patológica. La primera abarca la história de las alteraciones que son comunes á cada sistema, cualquiera que sea el órgano que entren á formar y cualquiera la region que ocupe. Preciso es despues de mostrar las diversas alteraciones de los tejidos celular, arterial, venoso, oseo, nervioso, múscular, etc. examinar el medio como se inflaman, supuran, se gangrenan cada uno de por sí, hablar de los tumores variados que en ellos pueden desarrollarse, de los cambios de testura que pueden esperimentar etc.

Despues de haber indicado así las alteraciones propias á cada sistema, sea el órgano que quiera en que se encuentren, preciso es descender al exámen de las enfermedades propias á cada region, como las de la cabeza, pecho, vientre, miembros etc. Esta es una manera muy natural de simplificar su estudio aun cuando no pueda abarcar todos los casos que ocurren en la práctica, porque no es fácil que las divisiones que el hombre haga, se ajusten perfectamente á lo que se vé en la naturaleza.» (2)

(1) *Anatomía general*, consideraciones generales, edicion de Beclard y Blandin. Paris 1844, t. I § VI pág. LXVI.—Comparaz J. Henle *Tratado de anatomía general*, traducion por A. J. L. Jourdan, Paris 1843, 2 vol. en 8.

(2) *Anatomía general*, § VII.

Se ve en esto, que á pesar de pintar tan perfectamente las ventajas de las innovaciones que propone, no disimula ni las dificultades ni los abusos. «No exageremos, dice antes, esta independencia en que se hallan los tejidos de un órgano entre sí, con relacion á les enfermedades, porque la práctica nos dejaría mal. Veremos con frecuencia al tejido celular, no solo servir de medio de comunicacion de un tejido á otro, sinó de un órgano á otro. Así es como se alteran poco á poco en muchas enfermedades crónicas todas las partes de un mismo órgano y así es como en la autópsia parece afectado el mismo órgano en su totalidad, ann cuando en su principio lo fuera uno solo de sus tejidos. En el cancer del pecho solo advierte el dedo un pequeño infarto de alguna glándula, poco despues se confunden en una masa comun todas las demás, el tejido celular y hasta la piél. Lo mismo acontece con el cancer del estómago, los intestinos etc.» (1) No quiero prolongar mas estas citas porque ya bastan para demostrar el verdadero camino que debe seguir la anatomia patológica y al mismo tiempo prueban que esta rama de la ciencia no podria separarse de la observacion clínica, sin perder gran parte de su importancia y de su utilidad.

§ III. NOSOGRAFIA.

No es posible formar un cuadro completo de todas las enfermedades ni aun de un pequeño número sin adoptar antes un órden cualquiera, una especie de clasificacion patológica. Hemos ya visto que hay algunas trazas de esto en los libros de los Asclepiades. En efecto en ellos, unas veces están divididas las enfermedades en esporádicas, endémicas y epidémicas, otras en agudas y y crónicas; pero los primeros autores que hicieron estas divisiones no se atuvieron à ellas con todo rigor, al menos por lo que se puede juzgar por los fragmentos que forman parte de la coleccion hipocrática. Fué preciso llegar hasta despues de la fundacion de la escuela de Alejandria y por consecuencia dominados por la filosofía peripatética, para que los sabios en general y los médicos en particular se dedicaran á disponer de una manera mas reglamentaria las materias de que se habian de ocupar.

La generalidad de los antiguos nosógrafos adoptaron el órden llamado anatómico, es decir, aquel que consiste en clasificar una enfermedad segun la parte del cuerpo que afecta. Habian, pues, tenido la costumbre de dividir las enfermedades en internas y esternas ó lo

(2) Ibidem § VII.

que es lo mismo, en médicas y quirúrgicas; division viciosa que todo el mundo censura, pero que todavia subsiste en la mayor parte de los tratados y que por consecuencia nos hemos visto obligados á conservar. Despues las enfermedades internas las dividieron en generales y particulares. La primera clase comprende todas aquellas que parecen afectar toda la economía ó que no tienen asiento alguno determinado, como las fiebres llamadas esenciales, la gota, la sifilis, los envenenamientos etc. La segunda aquellas cuyo asiento està en alguna de las tres cavidades esplánicas, la cabeza, el pecho ó el vientre. Todavía existe otra clasificacion, famosa en la antigüedad; la de los metodistas: la cual hemos espuesto con bastante estension y en la cual no conviene insistir. En fin, algunos autores han dividido las enfermedades, segun las edades ó sexos ó climas etc.; pero estas divisiones solo han sido adoptadas en tratados especiales ó bajo puntos de vista particulares, de los cuales no nos ocuparemos en este momento. Aquí solo se trata de clasificaciones seguidas en los tratados generales que abrazan la totalidad ó una gran parte de las enfermedades conocidas.

Ya hemos dicho algo sobre la clasificacion propuesta por Felix Platero, al concluir el siglo XVI. Parécenos que ha ejercido poca influencia, puesto que hemos visto mucho tiempo despues á todos los escritores médicos, tales como Sennerto, Riviére, Morgagni y otros seguir todavía el método antiguo. Sin embargo, en los últimos años del siglo del siglo XVII un ilustre práctico inglés, Tomás Sydenham espresa el deseo de que se componga una historia de las enfermedades desprovista de toda hipótesis, en la cual se limitaran á trazar únicamente con exactitud los fenómenos sensibles, y á distinguir las especies morbosas por sus síntomas esenciales y constantes En esta época todas las ramas de la história natural habia tomado un gran vuelo y adquirido una precision hasta entonces desconocida, gracias al perfeccionamiento de las clasificaciones sistemáticas introducidas en esta ciencia. Los naturalistas llegaron à distribuir los seres que forman el cuerpo de su doctrina, en clases, órdenes, familias, géneros y especies, separados los unos de los otros por caracteres bien claros é invariables, mediante los que podian distinguir cada especie de la que es diferente, no obstante su gran número. Juzgaron por esto los médicos que si seguian igual proceder, alcanzarian á diágnosticar las enfermedades con la misma precision, la misma certidumbre que un botánico reconoce y nombra un vejetal.

Boissier Sauvages médico de Montpellert, apenas de 24 años de

edad, concibió el plan de una nosografía calcada en este procedimiento. Confió su plan al gran Boerhaave que le aprobó, no sin desconfiar de su ejecucion. Pero el jóven profesor mas animado por lo favorable de un voto tan respetable, que espantado por las dificultades de su ejecucion prosiguió su proyecto y algunos años despues, en 1732, publicó su primer bosquejo bajo el título: *Nueva clasificacion de enfermedades dispuestas en un órden análogo al de los botánicos.* Este ensayo hizo poco efecto; mas 30 años despues, publicó bajo el título de, *Nosología metódica* el mismo trabajo enteramente refundido y considerablemente aumentado, que escitó vivamente la atencion de los sábios de Europa. La reputacion de Sauvages, ya considerable, llegó á su colmo; y lo que prueba mejor todavia la voga estraordinaria así como el estraordinario aprecio de que alcanzó á gozar el libro del jóven nosologo, es que el sábio Linneo no siguió otras doctrinas en su cátedra de la Universidad de Upsal por mas de 20 años.

Cualquiera que sea el descrédito en que hoy ha caido este género de composiciones, la *Nosología metódica* de Sauvages, será siempre acreedora á las atenciones de cuantos deseen seguir la marcha y desarrollo de una ciencia tan dificil como la patología. Ella forma además, el primer eslabon de una serie de producciones interesantes; ofrece tambien la mas completa coleccion de enfermedades descritas hasta entonces y de observaciones recogidas en todas partes. He aquí un estracto tal, cual lo traen Chaussier, Pinel y Bricheteau. (1)

Sauvages dividió las enfermedades en 10 *clases*, 44 *órdenes*, 315 *géneros* y como 2.400 *especies*.

1.ª clase: *Vicios*: Afecciones superficiales, cutaneas, la mayor parte son de poca importancia y capaces de curarse por los medios locales y mecánicos.

2.ª clase: *Fiebres*; Al principio escalofrio seguido de calor, de sudor, con frecuencia de pulso, dolores generales, debilidad, postracion ú opresion de fuerzas.

3.ª clase: *Inflamaciones*; Flegmasia local. con fiebre sintomática.

4.ª clase: *Espasmos*; Enfermedades convulsivas, contraccion permanente ó alterna de los músculos de la locomocion.

5.ª clase: *Anhelaciones*; Dificultades de respirar, espasmos del pecho con poca fiebre.

6.ª clase: *Debilidades*; Imposibilidad de sentir distintamente de

(1) Véase el *Diccionario de ciencias médicas*. Palabra Nosografía: así como el *Cuadro de métodos nosológicos de Chaussier*.

obrar, de egecutar los movimientos, las funciones con la energia acostumbrada.

7.ª clase: *Dolores*; Ansiedad general ó local que no puede referirse á flegmasia alguna.

8.ª clase: *Vesanias ó Locuras*: Lesiones mas ó menos profundas de las facultades intelectuales.

9.ª clase: *Flujos*; Escrecion accidental mas ó menos considerable de fluidos de colores diversos.

10 clase: *Caquexias*; Depravacion ó alteracion en la forma, el color y el volumen de las partes.

Apesar de la veneracion que profesa Sauvages á Sydenham, á quien tiene por una gloria británica, el sol de nuestro arte; no ha seguido estrictamente el consejo de este médico, de escribir la historia de las enfermedades desprovista de toda esplicacion teòrica, de toda hipótesis. La teoría que aquel procura hacer prevalecer es una mezcla de las ideas de Boerhaave y Stall, de las que nos ocuparemos mas adelante. Lo que ahora quiero hacer notar es la inclinacion de los escritores médicos à desterrar todas las teorias anteriores, á demostrar su falsedad y peligros para despues proponer la suya como la mas racional.

«Sauvages, dice que hasta aquí no ha habido conexion alguna entre la teoría y la práctica, esta se adquiere por la tradicion; y nadie está bastante seguro de los principios teóricos para seguirlos á ciegas cuando se trata de la vida de un hombre. Las tres principales leyes de la nosología dictadas por la prudencia misma son, el hacer una division exacta y puramente histórica de las especies y géneros de las enfermedades, de distinguir la teoría filosófica ó las hipótesis de la historia; de establecer los caracteres de las enfermedades en síntomas invariables.» (1)

Un poco mas adelante, despues de haber puesto de manifiesto la diferencia que existe entre el conocimiento filosófico, que él llama tambien *etiología*, y el conocimiento puramente histórico ó descriptivo, da la preferencia al primero en estos términos: «el conocimiento filosófico ayuda al histórico, prepara al conocimiento matemático y llena al alma de una dulce voluptuosidad ¡Feliz aquel que alcanza á conocer las causas de las cosas! La nosología filosófica es, pues, útil á los médicos y preferible á la historica. Distingue á los dogmáticos de

(1) *Nosología metódica*. Prolegomenos §§ 7, 26.

los empíricos, cuya ciencia consiste únicamente en el conocimiento histórico. Pero si la nosología filosófica fuese errónea y estuviera fundada en principios falsos, valdria entonces preferir la simple nosología histórica, porque es mejor carecer de toda etiología, que tener una falsa, la cual serviria solo para hacer caer á los médicos en errores funestos.» (1)

Ahora bien, despues de lo dicho, no se concibe que haya médicos que se empeñen en investigar las causas próximas de las enfermedades, que uno se atreva á proseguir esta quimera, á aventurarse en este camino. y sin embargo, tal es la inconsecuencia de Sauvages y de casi todos los escritores médicos. Pensándolo bien, si alguna cosa interesa hoy en la obra del primero de los nosologistas, no es ciertamente la parte etiológica que tanto ha variado despues, sinó mas bien la parte descriptiva, la cual ha cambiado poco, á pesar de los adelantos de la ciencia.

Cuando el entusiasmo y admiracion escitados por la novedad de este método de composicion fueron enfriándose algo, vino la crítica á tomar parte en la cuestion. Se apercibió que eran demasiados los géneros y las especies, número que dificultaba mucho el diagnóstico, tanto mas cuanto que muchas veces solo estaban separados por síntomas ligeros, variables y pocos distintos. Se vieron despues otros muchos defectos mas ó menos reales. Entonces un gran número de médicos se dedicaron á trazar otras clasificaciones que creian mas perfectas, pero que todavía no habian sufrido la prueba de la crítica. Cada profesor quiso tener la suya y darla su nombre, pero como la mayor parte de estas producciones no difieren entre sí mas que en algunas variantes, me creo dispensado en esponerlas; solo lo haré con la de Cullen que apareció en 1772 y que constituye un verdadero progreso.

La nosología de Guillermo Cullen, profesor en la Universidad de Edimburgo, contiene 4 clases, 19 órdenes, 230 géneros y menos de 600 especies.

1.ª clase: *Pirexias*; Frecuencia de pulso, escalofrios, aumento de calor, debilidad de las funciones animales.

2.ª clase: *Neuroses*; Afecciones nerviosas, lesiones del sentimiento y del movimiento, sin calentura ni enfermedad local.

3.ª clase: *Caquexias*; Depravacion del habito natural de todo el cuerpo ó de una gran parte, sin calentura primitiva ni desórden de inervacion.

(2) Ibidem § 120.

4.ª clase: *Enfermedades locales*; Afecciones de una parte del cuerpo, afecciones locales de los autores. Esta última es, al decir del autor, la menos regular de todas y puramente quirúrgica.

Como se vé, en esta clasificacion, los órdenes, los géneros, las especies, se encuentran notablemente reducidas; por otra parte se distinguen entre sí los unos de los otros por caracteres mejor definidos y menos variables. Resulta, pues, una mejora positiva comparada con la de Sauvages: así es que obtuvo una voga universal que se sostuvo hasta el año 1799, fecha en que se publicó la *Nosografía filosófica* de Felipe Pinel.

Esta eclipsó á todas las anteriores y al instante se hizo clásica en Europa. Seis ediciones sucesivas en el espacio de veinte años atestiguan su importancia y en este largo período ha sufrido algunas reformas, de las cuales diré poca cosa, porque pertenecen á la historia del siglo XIX. Solo me haré cargo ahora de la primera edicion.

Todos los nosólogos anteriores á Pinel habian abrazado en sus clasificaciones las enfermedades internas y esternas, pero solo comprendian por pura forma estas últimas y daban de ellas una descripcion muy abreviada, muy insuficiente, á la cual no se cuidaban de referirse los cirujanos. Pinel se separó de esta costumbre y no quiso comprender en su clasificacion mas que las enfermedades internas, aun cuando no disimula cuan vaga é inexacta es la línea de separacion que se pretende establecer entre las enfermedades médicas y las quirúrgicas. Confiesa que hay gran número de enfermedades que pueden llamarse médico-quirúrgicas, cuya colocacion es difícil de determinar, por no decir imposible. No obstante, de este defecto, cree oportuno conservar la division de la patología en interna y esterna. Consecuencia de esto, divide las enfermedades internas en 6 clases, 21 órdenes y 84 géneros, de la manera que sigue:

1.ª clase: *Fiebres*; Frecuencia de pulso, aumento de calor, alteracion de la mayor parte de las funciones, duracion determinada et.

2.ª clase: *Flegmasías*; Dolor, calor y rubicundez locales, con ó sin fiebre, terminacion por resolucion ó paso ó la supuracion, á la gangrena, ó induracion.

3.ª clase: *Hemorragias activas*; Exalacion de sangre por la superficie de las membranas mucosas y de algunos otros tejidos.

4.ª clase: *Neuroses*; Lesiones del sentimiento y del movimiento sin inflamacion ni alteracion de testura.

5.ª Clase: *Enfermedades de la piel y del sistema linfático*:

6.ª Clase, llamada *indeterminada*; comprende géneros que no tienen entre si bastante trabazon para formar órdenes regulares. (1)

El historiador Curt Sprengel que escribió al principiar el siglo XIX habla de la *Nosografía filosófica* y de su autor en los siguientes términos: «Fiel á la naturaleza y á la esperiencia, como Hipócrates, á quien constantemente toma por modelo y formado por el estudio profundo de las mejores obras médicas publicadas en todas las épocas, Pinel ha ocupado puesto entre los mas hábiles y mas sabios médicos de nuestros dias. Su libro es una verdadera obra maestra, tanto á causa del escelente plan que ha adoptado, cuanto en razon de la profundidad é imparcialidad de sus juicios.

La nosografía de Pinel ofrece numerosas diferencias con la de Cullen: he aquí las mas importantes:

El nosológista escocés, á reunido en la misma clase, bajo la denominacion de pirexias, las fiebres, las inflamaciones, las hemorragías, mientras que el francés ha hecho de todas ellas tres clases. El primero distingue las fiebres segun su tipo ó segun sus causas próximas; el segundo considera el conjunto de sus síntomas y los órganos que parece afectan con predileccion. En su consecuencia admite un órden de *fiebres angiotenicas* ó inflamatorias que él cree originarias de la escitacion primitiva de las fuerzas orgánicas del sistema vascular: otro de *meningo-gástricas ó biliosas*, ocasionada por una afeccion de las mucosas de las primeras vias etc. En cuanto á las flegmasias ó á las hemorragias, Pinel las divide igualmente segun los tejidos donde tienen su nacimiento, lo que era una innovacion importante y una idea feliz, que fecundada, como antes hemos dicho, por el genio de Bichat en su *Anatomia general*, ha derramado una luz muy viva sobre la patología y un órden completamente nuevo.

Entre las nosologías que aparecieron al concluir el siglo XVIII y de las cuales vamos á dar cuenta, citaremos, solo como recuerdo y siguiendo el órden cronológico. 1.º La de Linneo que se parece mucho á la de Sauvages y que publicó veinte años despues. 2.º *Las prelecciones para conocer y curar las enfermedades que afectan con mas frecuencia al cuerpo humano*, por R. A. Vogel profesor en Gotinga. 3.º La clasificacion de David Macbride médico irlandes en su *Introduccion metódica á la teoría y práctica de la medicina*. 4.º la Melchor Sagar calcada casi por completo sobre la de Sauvages. 5.º El cua-

(1) En la sesta edicion, sus dos últimas clases han sido reducidas á una sola bajo el título de *lesiones orgánicas*.

dro nosológico de Luis Vitel que se encuentra en su *Tratado de materia médica*. 6.° La nosología de Erasmo Darwin publicada bajo el título de *Zonomía* y que brilla por la orijinalidad, la brillante y poética imaginacion de su autor, mucho mas que por la severidad, analisís y la exactitud de observacion. 7.° En fin. el ensayo de una clasificacion de enfermedades presentada por Selle á lo último de su *Piretogía metódica*, ensayo que no corresponde á la reputacion de su autor, y al cual este no dió la última mano.

Sauvages, despues de haber examinado estensamente en sus prolegomenos cual debe ser la base de una buena nosología, concluyó segun juzga Sydenham, que esta base no deberá ser otra cosa mas que los *fenómenos constantes y los caracteres sensibles de las enfermedades*. Este nosólogo, no une, sin embargo, el ejemplo al precepto, como hemos dicho un poco mas arriba; porque incurre en el error de investigar los principios ó las causas que constituyen la *esencia* de cada enfermedad. He aquí, por ejemplo, lo que dice con motivo de la fiebre: la causa de la fiebre es la distribucion del fluido nervioso ó de las fuerzas en mayor proporcion en los nervios del corazon que en los demás. Esta distribucion desigual se hace para destruir los obstáculos que se oponen á la circulacion de la sangre en los vasos capilares, para desembarazar los vasos sanguineos y abrir su paso á la sangre. (1) El corazon y las arterías son los principales instrumentos de la fiebre.» Los demás nosólogos, sin esceptuar al sábio Pinel, han incurrido en la misma inconsecuencia, es decir, que despues de haber censurado altamente la teoría de las causas ocultas han caido en el mismo defecto bajo uno ó otro pretesto.

Acaso uno solo formó escepcion á esta regla; este fué José Lieutaud médico de Luis XVI y autor de un libro de anatomía patológica del cual ya hemos hablado. Dezeimeris se espresa con motivo de su tratado de medicina práctica de esta manera: «es la primera obra del último siglo y casi la única hasta una época aproximada á la nuestra, en el que se vé á un autor desprovisto de todo sistema consultando mejor los documentos suministrados por la observacion á la cabezera del enfermo y en los anfiteatros, que las opiniones espuestas en los libros; huyendo siempre de llenar con hipótesis los vacios que la esperiencia ha dejado aparecer y conservarse en la ciencia. La mayor parte de los defectos de esta notable obra son debidos á su poca estension; el autor, queriendo

(1) *Nosología metódica*, Traducida en francés por Nicolás, Paris 1770, t. 1. pág. 337.

ser breve es con frecuencia truncado, incompleto y oscuro para el lector poco instruido. Estos son los mismos defectos y llevados todavia á un grado relativamente mas grave, que hacen perder á la obra de este autor su utilidad, objeto seguramente el mayor y mas importante que se pudo proponer en el último siglo: quiero hablar del tratado de anatomía patológica en el cual Lieutaud trató de reunir todo cuanto se habia dicho hasta entónces acerca del sitio y causas de las enfermedades para poderlo esplicar por los resultados necroscópicos. El lo ha quedado incompleto porque queda tambien casi siempre lo mismo el estudio sintomático de las enfermedades, insuficiente la mayor parte de las veces la descripcion necroscópica de los órganos y porque no se puede con facilidad llegar á llenar estas lagunas por falta del conocimiento de los orígenes de donde se han tomado los hechos. (1)»

En su *Compendio de medicina*, Lieutaud ha seguido el órden anatómico, tanto como le ha sido posible porque dice que hay muchas enfermedades en que nada enseña la abertura de los cadáveres y es bueno estar prevenido, á fin de no tomar por omision el silencio que guarda en algunos artículos. (2) En cuanto á la investigacion de las causas ocultas ha tenido el buen sentido de no ocuparse de ellas, y espone, para sincerar su conducta, la siguiente razon que nos parece escelente: «No he querido que figure en este libro ninguna hipótesis, no me he detenido en estudiar las *causas próximas é inmediatas* espuestas tan pomposamente en los libros, aun cuando no se entiendan, pero no he olvidado mencionar las llamadas *evidentes ó lejanas* que pueden aclarar con menos ambigüedad el carácter de las enfermedades.» (3)

Mr. Bonillaud ha escrito recientemente un libro (1846) con el nombre de *Tratado de Nosografía médica*, dividido en doce clases, cada una de las cuales representa una de enfermedades. He aquí todas.

Clase I. Fiebres é inflamaciones ó pirexias.

Clase II. Afecciones dependientes de una falta de escitacion vital: y por *apéndice*, de esceso ó falta de hematosis.

Clase III. Ataxias de los centros nerviosos.

Clase IV. Enfermedades miasmáticas y virulentas.

Clase V. Heterotrofias, heterocrinias y heterogenias de origen no inflamatorio.

Clase VI. Derrámenes en general y derrámenes de sangre ó hemorragias en particular.

(1) *Diccionario histórico de medicina*, palabra Lieutaud.
(2) *Compendio de medicina práctica*, Introduccion.
(3) Ibidem.

Clase VII. Soluciones de continuidad ó comunicaciones anormales.

Clase VIII. Cambios de posicion y de direccion ó dislocacion y desviaciones.

Clase IX. Cambios de estension, de volúmen y de capacidad.

Clase X. Cuerpos estraños.

Clase XI. Cambios relativos á la configuracion, número y existencia de los órganos y de sus partes constituyentes.

He aquí unos principios dignos de seguirse siempre y que no se alabará demasiado á los autores que permanezcan fieles á ellos. Pero en una nosología, no basta evitar las hipótesis, es preciso además, y esto es capital, hacer descripciones exactas y detalladas de cada especie morbosa: demasiada brevedad en esto causa oscuridad, que es, despues de el error, el mayor defecto en trabajos de este género. Las clasificaciones pueden variar al infinito, porque dependen de la manera que cada autor mira el objeto y que las enfermedades siendo objetos muy complicados, pueden ser estudiadas bajo distintos puntos de vista; pero las descripciones de cada especie morbosa cuando están bien hechas, conservan su valor independientemente de todos los cambios de clasificacion y de sistema: esto es lo que sucede á algunas histórias de Hipócrates de Areteo, de Alejandro de Tralles y de todos los grandes observadores.

CAPITULO V.

Terapéutica interna.

En el período anterior he examinado el axióma de la terapéutica antigua: *las enfermedades se curan por sus contrarios*. De la discusion á que se le ha sujetado, resulta que este axióma no aclara nada, no esplica nada en muchos casos y que en otros está en flagrante contradiccion con los hechos. De esto he concluido, que debia borrarsele de la terapéutica, al menos, como axióma general, si se quiere asentar esta ciencia sobre una base sólida cuya veracidad y certidumbre nadie pueda negar. Durante el período actual, el mismo principio reaparecerá bajo nuevas formas; al mismo tiempo, serán proclamados otros en concurrencia con èl, los unos refiriéndose á antiguas doctrinas, los otros á modernas; pero como estos principios generales de terapéutica se deriven, sin escepcion, de algun sistema físico-patológico contemporaneo, los espondremos en union de ellos y entónces los someteremos á un exámen prolijo. Consecuencia de esto, no hablaremos de

ellos en este capítulo, lo haremos por el momento de un pequeño número de conquistas materiales de la terapéutica, de algunas mejoras introducidas en el tratamiento de ciertas enfermedades, mejoras evidentes cuya utilidad nadie pondrá en duda y cuyo mérito es independiente de toda teoría.

Tratamiento de la sífilis. Hemos visto á esta enfermedad suceder á la lepra de la edad media, estender sus estragos con una espantosa rapidez y causar en las poblacione un terror casi igual al que ocasionaba su primo-genita. Los médicos erúditos buscaron en vano en los autores griegos los medios de combatir este azote, los que en ellos encontraron eran de una eficacia desconsoladora, para nada servian. Los cirújanos, al contrario, que habian tomado de los Arabes ciertas preparaciones mercuriales que empleaban contra algunas enfermedades de la piel, hicieron ensayos de estas preparaciones en las enfermedades pustulosas de índole venerea. El éxito que obtuvieron les animó á persistir en su empleo.

El célebre anatómico Berenger de Caspi fué el primero (1) que prescribió con discernimiento las fricciones con mercurio, que estudió sus efectos y hizo con este método curas maravillosas. Antes que él, Conrado Gilino habia dado á conocer desde el año 1497 la composicion de una de la que el mercurio formaba la décima cuarta parte y el sublimado la veinte y ocho. Gaspar Torrella médico del Papa Alejandro VI y de su hijo Cesar Borgia, al cual dedicó su obra sobre el galico en 1498 menciona igualmente un ungüento mercurial.

El ungüento de mercurio fué la primera preparacion usada en medicina y por mucho tiempo no se conoció otra. (2) Una antigua preocupacion se oponia á que se administrase cualquiera composicion en la cual entrase la plata viva en cualquiera proporcion, porque se tenia al metal como un violento veneno. Acaso Paracelso fué el primero que se atrevió á administrarlo. Dice que no considera á este cuerpo como antivenereo sinó se le dá por la boca, pues que entonces es inofensivo y realmente eficaz: y entre los numerosos arcanos que él recomienda se ha creido reconocer al sublimado corrosivo. Por lo demas, bajo cualquier forma y por cualquier via que se de, su empleo exige precauciones que aun todavía no se conocen por completo. Por

(1) Veáse lo que hemos dicho en la página 464 y en la nota correspondiente y lo que puede verse en las obras de aquellos españoles. Cualquiera se convencerá no ser cierto lo que dice el autor.—N. del T.

(2) Guy de Chanliac da la fórmula de un ungüento en el cual entra una décima parte de mercurio.

eso cuando se abusa en él se vé con frecuencia aparecer en las personas que lo usan acidentes temibles, tales como disenterias, tialismos que agotan las fuerzas de los enfermos, convulsiones, paralisis, consunciones mortales.

Tan graves inconvenientes inherentes á un tratamiento mercurial, disgustaron á la mayor parte de los médicos que se valian de esta sustancia, cayendo por ello en manos de charlatanes hambrientos, medicastros ignorantes, alquimistas, que empleándole á su capricho, sin precauciones, segun aconseja Paracelso acabaron de desacreditarlo. (1)

Al mismo tiempo se creyó haber encontrado otros muchos medios menos peligrosos y no menos seguros. El cocimiento de la corteza de güayaco produjo muchos y buenos efectos en muchos enfermos que habian abusado de las preparaciones hidrarjíricas. Cuéntase que el caballero Ulrico de Hutten, despues de haberse saturado de mercurio, se encontraba en un estado deplorable, hizo uso de un cocimiento del palo dicho y recobró la salud. Lleno de gozo y reconocimiento escribió un libro para referir las maravillas de este soberano específico. (2)

Fracastor consagró á su elogio la mejor parte del tercer libro de su poema sobre la sifilis publicado en 1530. Prácticos de primer orden le recomendaron, tales como Nicolas Masa, que fué tambien un grande anatómico y Musa Brasavolo, condecorado por cuatro Papas con el título de archiatro y con el de consultor de tres reyes, de Carlos V, Francisco I y Enrique VIII de Inglaterra. Merece admiremos á la divina Providencia, que habiendo creado este arbol precioso en el país mismo donde se cree originaria la sifilis, haya querido colocar, se dice, el remedio del mal. Pronto la zarzaparrilla (nombre tomado de las espinas que tiene, y del español Parrillo, que fué el primero que la dió á conocer) la china, dividieron con el güayaco su reputacion antisifilítica.

Mas despues de medio siglo decayó considerablemente el crédito de estos vegetales exóticos. Cada vez fueron siendo mas raras las curas hechas por estos medios y se llegó á conocer que ellos por sí solos tenian poca eficacia y que en nuestros climas producian buenos resulta-

(1) Tal sucedió con el permiso que dijimos en la pàg. 468 otorgaron en Sevilla los Reyes Católicos para que cualquiera, aunque no estuviera examinado, pudiera curar la enfermedad venerea. Allí se entregó á un tejedor de mantas llamado *Gonzalo Diaz*, el hospital de S. Salvador para que diera fricciones á los enfermos que allí acudian á curarse. Sucedió entonces lo que dice el autor.—N. del T.

(2) Nuestro ya conocido poeta Castillejo, escribió con igual objeto unas preciosas rimas en *alabanza del palo de las Indias, estando en la cura de él*. Cualquiera puede verlas en nuestros historiadores patrios.—N. del T.

dos cuando eran ayudados por cualquiera preparacion mercurial. Los médicos químicos no habian dejado de emplear el mercurio, pero atendiendo siempre á remediar las consecuencias peligrosas por toda clase de combinaciones. Una preocupacion hija de las teorias reinantes se oponia al perfeccionamiento del tratamiento mercurial; se estaba en la creencia que el virus venereo debia espulsarse ya por sudores, ya por la salivacion, ya por cualquier otro emuntorio: solo á este precio se creia obtener una curacion radical. Ricardo Wiseman, apellidado el *Pareo de Inglaterra*, menciona el número de preparaciones usadas en 1676: el sublimado corrosivo disuelto en agua de fuente y tomado al interior á dosis suficiente para escitar el vómito ó para hacer salivar.

Nicolás Pechlin y Francisco Chicoyneau, fueron los primeros que se levantaron contra esta preocupacion al principiar el siglo XVII. Esta rebeldia fué la señal de un gran progreso. En 1750 Van-Swièten, discípulo de H. Boerhaave y médico de la reina Hungria, mandó que todos los médicos de los hospitales civiles y militares del imperio austriaco prescribiesen el mercurio en la sifilis, segun el método cuya eficacia è inocuidad le habia enseñado una larga esperiencia. Consistia principalmente en hacer tomar cada dia como un tercio de grano de sublimado disuelto en seis onzas de vehículo. Todos los informes fueron favorables á este ensayo, y los elogios que públicamente se hacian, hicieron adoptar á muchos médicos el licor de Van-Swièten. Pringle le introdujo en los hospitales de la Gran Bretaña y los cirujanos del ejército inglés le elogiaron mucho.

Como era de esperar, la dósis y fórmulas prescritas por el profesor austriaco, fueron modificándose segun las circunstancias, para satisfacer asi indicaciones particulares. Se continuó asociando el mercurio á los sudoríficos, algunas veces al opio, dándole unas veces en licor, otras en píldoras, otras en fricciones etc. Desde esta fecha, el arte de curar pudo gloriarse de poseer un remedio heróico contra los accidentes sifilíticos, un especifico casi infalible, que manejado con circunspeccion, nunca ó rara vez da malos resultados.

Tratamiento de las enfermedades periódicas. Bajo esta denominacion se comprenden hoy una multitud de afecciones en estremo frecuentes y variadas. Constituyen dos géneros bien distintos, segun que se presentan bajo una forma febril ó sin ella. El conocimiento de las primeras, que son las mas frecuentes y las mas graves, data desde los tiempos mas remotos; están descritas por los antiguos médicos, bajo el título de calenturas intermitentes ó remitentes. Las segundas, es

decir, las periódicas sin fiebre, han sido observadas atentamente desde la mitad del siglo XVIII, época en la cual Casimiro Medicus las asimiló por primera vez á las pirexias intermitentes.

Los antiguos no conocian tratamiento alguno específico contra esta enfermedad. He aquí lo que prescribe Hipócrates en las fiebres intermitentes de diversos tipos: «Cuando uno está atormentado de la bilis, dice, todos los dias tiene fiebre, que aparece al medio dia y que continua despues.....En este estado, se le dará un purgante al noveno dia. Si el enfermo no tiene repugnancia en la boca, es preciso hacerle evacuar por abajo, mas si está debil se le echarán lavativas. Cuando la fiebre persista, se le hará tomar por la mañana hydromel, antes de darle el purgante. En los dias siguientes se le hará beber tanta agua pura cuanta pueda tomar mientras dure la fiebre. Desde que parezca que esta ha cesado, se le dará una tisana cremorizada, despues un poco de leche y de vino blanco aguado. 2.° En las tercianas es necesario administrar un purgante despues del cuarto acceso. Cuando el profesor crea que no debe purgarse al enfermo, se le hará tomar como dos onzas del jugo del quinquefolio en agua, si esto no le calma, un baño y en seguida el jugo del sylfio (*ferula tingitana Linn*) con trebol, en partes iguales de vino aguado. Se mandará acostar y tapar al enfermo para que sude. Mientras sude, si tiene sed, se le dará á beber agua que tenga algo de harina disuelta. Por la tarde tomará un poco de crema de mijo y despues vino. Hasta la completa curación buenos alimentos. 3.° En las cuartanas se empezará por purgar la cabeza. despues por producir evacuaciones por abajo. Durante los dos primeros dias de apirexia se le dará un baño y á beber vino en el cual se haya infundido algunos granos de beleño y mandragora con una dracma del jugo de sylfio y de trebol. Cuando el estómago esté repleto, se administrará un emético. Despues del acceso siguiente, á la salida del baño caliente se le cubrirá hasta que el sudor aparezca y se le dará un segundo vomitivo. Si la calentura no cesa, se purgará de nuevo la cabeza y se dan al enfermo alimentos suaves y amargos, se continua despues dándole baños tibios en los dias de apirexia.» (1)

Poco ó nada se hizo mas que lo que manda Hipócrates para curar estas calenturas hasta la mitad del siglo XVII de la era cristiana. Las que eran de naturaleza benigna y reinaban esporádicamente, se curaban bastante bien despues de una duracion mas ó menos larga, mas las que aparecian bajo una constitucion epidémica perniciosa, hacian

(1) Hipócrates *Tratado de las enfermedades*, lib. II, §§ 36, 38, 39 y los que siguen.

grandes estragos matando á los enfermos al tercero ó al cuarto accceso. Un buen número, aun las que eran de naturaleza benigna, despues de haber resistido à todos los remedios degeneraban en obstrucciones viscerales, en hidropesias, en tisis, que conducian lentamente á la tumba á los enfermos.

En 1638 la condesa de Chinchon, esposa del Virey del Perú padecia una calentura que nadie podia curar. Un español; algunos dicen que era el gobernador de Loja: conocedor por los naturales del país de las virtudes antifebrífugas de la quina aconsejó á la condesa que la tomara. Esta, despues de muchos temores, se resolvió á tomarla y recobró, como por encanto, la salud. Tal fué, segun la version mas acreditada el orígen de la grande reputacion de esta corteza; sin embargo M. A. de Humbolt, pone en duda parte de esta historia. Asegura que los habitantes de los alrededores de Loja, como tambien los de otras provincias de la América meridional en que son muy frecuentes las fiebres intermitentes, lejos de sospechar la virtud febrífuga de la quina, se dejaban muchas veces morir antes que tomarla. Creian que los Europeos solo buscaban esta corteza para la tintoreria. Humbolt infiere de aquí que es poco probable que los Indios enseñasen á los Españoles las propiedades febrítugas de la quina.

Sea lo que quiera, está fuera de duda que el año 1639 la condesa de Chinchon y su médico Juan Lopez de Vega trajeron à España cierta cantidad de corteza reducida á polvo y la distribuyeron á diversas personas. Pero hasta diez años despues no fué introducida en el comercio por los Jesuitas de Roma que habian recibido una cantidad considerable. En España se la conocia bajo el nombre de polvos de la Condesa, en Italia bajo el de los Jesuitas ó del Cardenal. Como al principio se vendia muy cara, no tardaron en falsificarla, en mezclarla con otras sustancias, llegando á ser muy dificil proporcionarse una pura y de buenacalidad.

El azár habia puesto en manos de los médicos un remedio precioso, pero quedaba á la ciencia una inmensa tarea que cumplir. 1.ª Determinar los carácteres botánicos de la planta que suministraba la corteza á fin de reconocerla doquiera se encontrara. 2.ª Distinguir los elementos componentes de la quina buena, á fin de prevenir ó de poner en claro las sofisticaciones de que era objeto y de separar, si era posible, su principio activo de los otros que entraban en su formacion. 3.ª En fin, comprobar sus propiedades curativas, fijar las indicaciones que estaba llamada á llenar, la manera mas ventajosa de administrarla y las dósis mas convenientes.

La Condamine fué el primero que dió una descripcion bastante completa del árbol de la quina. Este ilustre geómetra enviado á América, para medir algunos grados del meridiano de Quito, se vió en medio de los sitios donde crecen estos árboles. Describió muchas especies, dió precisas indicaciones respecto á las cualidades de su corteza, á su grosor, trazas de los árboles, lugares donde se encuentran etc. Su trabajo impreso en las memorias de la Academía de ciencias el año 1869, sirvió de base á Linneo para trazar los carácteres del género, al cual dió el nombre de Cinchona, en recuerdo de la Señora que por primera vez trajo el polvo à Europa. Otros muchos sábios se ocuparon en completar la história natural del género Cinchona, dando á conocer un gran número de especies nuevas que se encontraron, ya al norte, ya al mediodia del ecuador, en latitudes diferentes. Entre ellos citaremos en primer lugar á Celestino Mutis á quien se debe la descripcion de las riquezas botánicas de Nueva Granada y en particular, de muchas especies de Cinchona desconocidas hasta entónces: á Ruiz y Pabon autores de la flora de Chíle y del Perú; à los Sres. Humbolt y Bonpland, cuyo viaje á las regiones ecuatoriales ha arrojado una luz vivísima sobre todas las partes de las ciencias físicas y de história natural.

Un gran número de químicos han intentado penetrar en el conocimiento de la constitucion íntima de la quina, (1) Poulletier de la Salle fué el primero que publicó un importante estudio sobre el estracto alcóholico de esta sustancia; en lugar de considerarla, segun la opinion general, como una resina, observó que la disolvia el agua y la designa con el nombre de materia resiniforme, en atencion que los carácteres resinosos le parecieron mas pronunciados que los gomosos. Citaré ademas como importantes para conocer la constitucion interna de esta corteza, los análisis de Buquet y de Cornette encargados por la sociedad real de medicina de Francia en 1779 de examinar unas muestras enviadas de Sta. Fé de Bogóta; el de Fourcroy en 1781; el del doctor Westring consignado en las memorias de la academía de Stockholmo los años 1800 1801. Este último dirijió sus investigaciones à un objeto eminentemente útil; se propuso determinar cual era el principal de los elementos constituyentes del vegetal quina, al cual debiera atribuirsele la virtud curativa. Sinó tuvo la gloria de alcanzar un objeto tan plausible, tuvo al menos el mérito de indicarle. Veremos mas adelante, con

(1) Merat y Delens. *Dicionario de materia médica y terapéutica*. Paris 1833, t. V. pàg. 615 y siguientes.

este motivo, los trabajos de dos químicos franceses coronados del mejor éxito.

Sin embargo, las cuestiones mas importantes y mas difíciles de resolver con relacion á este medicamento no eran de la incumbencia de la botánica ni de la química, sinó mas bien de la medicina práctica. A esta es á quien correspondia decir la última palabra sobre el valor de las propiedades curativas atribuidas á esta sustancia, sobre su manera de administrarla, sobre sus dósis y sobre las circunstancias patológicas que podian indicar ó contraindicar su empleo.

El primero que ha escrito sobre las virtudes medicinales de la quina es un médico español llamado Pedro Barba, médico de Cámara de Felipe IV y catedrático de Valladolid. Consiguio sus observaciones en un libro que tituló *Vera praxis de curatione tercianæ stabilitur etc.* impreso en Sevilla el año 1642, ayudándole además en esta tarea sus compañeros Pedro Miguel de Herédia, Bravo de Sobremonte, Caldera de Herédia, Tomás Fernandez y otros.

Demostró la eficacia del polvo de quina contra las calenturas tercianas y contestó á las objecciones del principal impugnador de las virtudes del árbol americano, que lo fué el descontentadizo Dr. D. José Colmenero catedrático de Salamanca, el cual negaba en un folleto que dió á luz lo dicho por Barba y sus cólegas. Morton habla de una breve instruccion redactada en 1651 por los médicos de Roma que fijaban la dósis del polvo en dos drácmas y recomendaban se diera antes un laxante. Despues de administrado encargaban á los enfermos guardasen el sudor que habia la costumbre de provocar, sin recurrir á ningun otro remedio.

Hácia la misma época se introdujo el uso de la quina en Inglaterra, pero no tardó en caer en descrédito, porque se ignoraba el verdadero modo de administrarla. Muchos enfermos perecieron por haber hecho un uso intempestivo de ella, entre ellos el senador Underwood y el capitan Potter, lo que disgustó mucho á los prácticos ingleses y obligó á otros, entre ellos á Sydenham, á buscar un método mejor de administrarla.

Un charlatan llamado Talbot ó Talbor aprovechó el descredito en que habia caido esta sustancia para administrarla despues como un secreto. Despues de haber llamado la atencion en Lóndres por las muchas curas que hizo, se fué á Paris donde obtuvo resultados no menos brillantes; entre otros, curó al Delfin una fiebre intermitente que los médicos de cámara no habian podido curar. El Rey hizo comprar su secre-

to por dos mil luises de oro y una pension vitalicia de dos mil francos. Despues de la muerte de Talbot el gobierno francés le publicó, cuyo principal ingrediente era la quina mezclada con otras sustancias.

A la cabeza de las personas que contribuyeron á progagar el empleo metódico de la corteza del Perú debemos nombrar á Sebastian Badio ó Baldies cuya disertacion publicada en 1663, tenia por principal objeto refutar los ataques de Chiffet y Plempius contra este medicamento; Ricardo Morton célebre práctico de Lóndres, cuya *Piretología* impresa en 1692 ha gozado por mucho tiempo de una reputacion grande; y por cima de estos Francisco Torti profesor de medicina en el Gimnasio de Modena, autor de un tratado clàsico sobre las calenturas perniciosas. (1) Nadie habia puesto en claro todavia con tanta lójica y razon la superioridad de la quina sobre los demás remedios en esta clase de enfermedades, nadie habia refutado de una manera tan concluyente las objeciones de sus adversarios. Escribió en los primeros años del siglo XVIII y desde esta época pudo considerarse como fuera de toda discusion la causa de la quina. Despues de él, vino Werlhof, con sus nuevas observaciones que confirmaban las hechas por el profesor modenés; demostró la futilidad de los argumentos fundados en datos teóricos. Sus escritos son un modelo de urbanidad, de elegancia y sana erudicion. Despues de haber probado cuan destituidas de razon eran las controversias suscitadas con motivo de la esencia y causas próximas de las fiebres; refiere entre otras, la siguiente anècdota: «El empírico Talbot fué llamado un dia para curar un enfermo crónico. Los médicos que hacia mucho tiempo le asistian sin alcanzar alivio alguno, admitieron al curandero en consulta, no sin grande repugnancia, y tan pronto como estuvieron reunidos, el decano de los consultantes sometió á Talbot la cuestion siguiente. Qué es fiebre? «La fiebre, responde sentenciosamente el curandero, es una enfermedad que no sé definir, pero que sé curar; vosotros que acaso la podias definir, ignorais como se cura.

En la segunda mitad del siglo XVIII Casimiro Médicus asimiló, hasta cierto punto, las afecciones periódicas sin fiebre á las calenturas intermitentes y empleó el mismo tratamiento y con igual èxito. Este feliz empleo de la quina contra un nuevo género de enfermedades, aumentó mucho mas que estaba, el crédito de este medicamento exótico.

(1) *Terapéutica especial de las fiebres periódicas esenciales.* Modena 1712 en 4.º Nueva edicion por los cuidados de Tombeur y Bribbe. 1821 2 vol. en 8.º

Tratamiento de otras diversas enfermedades. Hemos hecho mencion del tratamiento profiláctico de la viruela en el capítulo *Higiene*, es decir, que hemos apreciado los servicios prestados á la humanidad por la prática de la inoculacion y sobre todo por el descubrimiento de la vacuna: no volveremos á ocuparnos de ellos. Pero además de estas mejoras capitales fueron introducidas otras menos notables, pero que no dejan de tener su utilidad. La terapéutica trató de apropiarse una respetable cantidad de sustancias nuevas ó poco conocidas de los antiguos, tales como algunos gases, la electricidad, el galvanismo, el tártaro estibiado proscripto por un decreto del Parlamento de París, (1) la hipecacuana, la belladona, la dijital etc.

En suma, el periodo que acabamos de recorrer á efectuado mejoras imperecederas en la terapéutica: los estragos de la viruela aniquilados, por decirlo así, en su orígen: los de las fiebres periódicas y enfermedades que á ellas se parecen detenidas en su aparicion; la repugnante propagacion y contagio de la sífilis que amenaza à la especie humana de una degeneracion creciente por su transmisibilidad hereditaria, desenmascarada y vencida en la mayor parte de sus metamorfosis; en fin una multitud de mejoras secundarias introducidas en el tratamiento de otras muchas enfermedades sin contar los tan notables perfeccionamientos de la cirujía y de la obstetricia, de los cuales daremos cuenta pronto. He aquí, sin duda, títulos valederos al reconocimiento de todas las generaciones, y si los cuadros recientes de mortalidad no son erróneos, si es una realidad la duracion mayor de la vida media, como todo parece conducir á hacer creer: qué ciencia puede revindicar una parte igual en tan felíz resultado á la que corresponde á la medicina?

Una consideracion importante hay que tener en cuenta con motivo de todos estos adelantos, y es que se han llevado á cabo, no en virtud de teorias dominantes sinó por falta de ellas: porque estos son el mas grande obstáculo que hayan tenido que superar para establecerse.

La teoría galénica tiene la culpa de que la medicacion mercurial se haya llevado hasta la salivacion, es decir, hasta producir efectos dañosos que la hacian temible. Desde que por ella estaban persuadidos que el virus sifilitico circulaba con los humores del cuerpo, se hizo necesario provocar una evacuacion cualquiera para espulsar este virus. ¿Qué cargo hacian los adversarios de la quina á este medicamento?

(1) Véanse *Cartas de Guy de Patin*. Nueva edicion con notas, por Mr. Reveille Parisse. Paris 1846, t. I, pág. 190.

que no procuraba ninguna evacuacion sensible: ahora bien, en su opinion, fundada en la autoridad de Hipócrates, de Galeno y otros, las causas próximas de las fiebres intermitentes no eran otras que la bilis ó pituita viciada; así pues, un medicamento que no espulsara ni la bilis ni la pituita, no podia, segun su doctrina, curar radicalmente tales fiebres. Los stalianos hacian una objecion todavía mas especiosa al empleo de la quina; decian que la fiebre era un esfuerzo natural y saludable del alma, para desembarazarse de una materia nociva, y que suspender ó continuar los accesos, era contrariar la tendencia del principio vital y producir en definitiva mas mal que bien. Si la misma vacuna ha encontrado tantos tercos, no es, sobre todo, por que los Arabes, que habian sido los primeros en describir las viruelas, habian al mismo tiempo propagado la opinion que el principio de esta enfermedad es innato en el hombre; de lo cual concluyeron diciendo, que impedir su presentacion espontanea, era oponerse al voto de la naturaleza. era como encerrar al enemigo en la plaza.

Todo el mundo cree que la terapéutica debe sus adelantos al método esperimental puro, es decir, al empirismo: no al empirismo ignorante y ciego de los charlatanes, medicastros y farmacopolas que se contentan con saber el nombre de una enfermedad, y sin mas datos mandan sus drogas, sinó al empirismo ilustrado y metódico que no olvida las indicaciones posi ivas de la fisiología, de la patología y ciencias accesorias· al empirismo de Sydenham, Morton, Torti, Werlhof, Berenger de Carpi, Van-Swieten, Lieutaud. Stoll, Jenner y otros prácticos de estó talla, al empirismo cuya apología ha hecho muchas veces Curt Sprengel, especialmente en los capítulos 2.° y 3.° de la seccion XVI de su *Historia de la medicina*.

CAPITULO VI.

Patologia y terapéutica esternas.

Hemos visto en las páginas 433 y 434 que la cirujía despues de haber sido desdeñada y despreciada por los clérigos médicos de la edad media, se fué levantando poco á poco y señaló su resurreccion en Europa por descubrimientos y adelantos del mayor interés. El siglo XVI habia producido algunas reputaciones colosales; el XVII fué menos fecundo en ilustraciones de este género: durante mucho tiempo, Severino Pinau y Juan Bienaise son casi los únicos representan-

tes de la cirujía francesa, Marco-Aurelio Severino y Pedro Marchetti sostienen todavia algo el brillo de la escuela italiana que se estinguió despues de ellos para no volver á florecer hasta la conclusion del siglo XVIII, la Alemania no vió surjir ningun digno sucesor de Fabricio de Hilden; en Suiza nadie reemplazó á Felix Wurz; la Holanda solo contaba con Juan Horne, y la Inglaterra, que hasta entónces era uno de los paises mas atrasados en cirujía, contaba con un hombre que le apellidaban el *Pareo inglés*. Este era Ricardo Wiseman. Su coleccion de tratados tendrá siempre grandísimo interés como uno de los monumentos mas preciados de la cirujía inglesa.

España contaba con los nombres de Juan Bautista Arellano, Juan del Castillo, Manuel Porres, Pedro Lopez de Leon, José Escamilla y Pedro Ferrer que con mas ó menos acierto seguian las huellas de Daza y sus contemporaneos.

Al finalizar el siglo que hemos dicho y en todo el XVIII esta rama del arte de curar salió de nuevo de su letargo y tomó un desarrollo desconocido en la história. Entre las causas que contribuyeron á darla en Francia tan grande impulso citaremos en primer lugar la creacion de cinco plazas de demostradores de anatomía y cirujía instituidas en el colegio de S. Cosme por decreto de Setiembre de 1724. G. Mariscal, primer cirujano de Luis XV y Lapeyronie su amigo y cólega, á quien estaba reservado la supervivencia de su cargo, fueron los que aconsejaron esta medida. Lapeironie la completó añadiendo á los cinco demostradores reales un sesto para la cátedra de partos y seis adjuntos pagados de su bolsillo. Este ilustrado filantrópo no limitó sus beneficios á la capital; obtuvo para Monpeller el nombramiento de cuatro profesores y cuatro suplentes que abrazaran en sus lecciones la cirujía entera, pero faltaba un anfiteatro y se habian olvidado señalar sueldo á los nombrados. Lapeironie venció la dificultad pagando á estos como á los otros. En fin, aseguró el porvenir de estas instituciones legando en su testamento rentas para su sosten. La Francia debe todavia á Mariscal otra fundacion que ejerció por mas de medio siglo una gran influencia en los progresos de la cirujía en Europa.

La Academía real de cirujía creada en 1731 fué desde su origen un foco al cual fueron á converger los trabajos de una multitud de cirujanos franceses y estrangeros. Recibió, entre otras, las comunicaciones de Juan Luis Petit, de Ledran, de Garengeot, de Lafaye, de Cesar Verdier, de S. Morand, de Quesnay, de Hévin, de Fabre, de Lecat, de Puzos, de Bordenave, de Sabatier, y sobre todo de A. Luis. A estos

nombres como pertenecientes á la Academia, hay que añadir los de Lamotte, Ravaton, hermano Cosme, Maestro Juan, Antonio Petit, Pouteau etc. que brillaban al mismo tiempo que los académicos y que enriquecieron la ciencia con sus escritos: despues sucede en la história del arte la escuela pràctica de cirujía establecida por decreto del consejo en 1750. Allí es donde F. Chopart enseñaba con tanto celo y donde su amigo íntimo P. J. Desault, se estrenó como profesor de clínica. Esta clínica, la primera como modelo en Francia, conquistó bien pronto una reputacion europea, hasta el punto que las naciones vecinas enviaban á Paris estudiantes pensionados para seguir las lecciones de Desault. De esta clinica salieron Antonio Dubois, A Boyer y tantos otros que seria largo enumerar.

Mientras que por un feliz concurso de circunstancias, la cirujía francesa ocupaba el primer lugar en el mundo, las naciones vecinas seguian sus huellas sin quedarse atras. La Inglaterra podia nombrar con orgullo los Cheselden, los Douglas, los dos Monro, los Sharp, los Cowper, los Pott, los B. Bell, los J. Hunter etc.: la Italia, los Molinelli, los Bertrandi, los Guanatti, los Mostací, los Scarpa; la Holanda, los Deventer y los P. Camper; la Alemania y los paises mas al norte de Europa, los L. Heister, Juan Zacarias Platner, Stein, Roderer, Brambillá, Acrel, Callisen, Theden, Augusto Richter * y España Diego Antonio Robledo, Martin Arredondo, el Padre Fray Matias de Qnintanilla, Suarez de Rivera, Martin Martinez, Morraba y Roca, Belmonte, José Lopez, Gregorio Arias Gonzalez, Francisco Puig, Diego Velasco, Domingo Vidal, Villaverde, Canivel, Gimbernat, Queraltó, Ibarrola, Pelaez y otros muchos.*

Por el concurso de estos hombres célebres y de un gran número de otros, la patologia y terapéutica esteruas se elevaron à un grado de perfeccion desconocida. La cirujía se mostró digna de marchar á la par que la medicina, de suerte que en 1795 se decretó su union para no volverse á separar.

Para dar una idea de los numerosos adelantos obtenidos en la patología y en la terapéutica esternas durante el periodo reformador, vamos à echar una rápida ojeada sobre la historia de algunas de las principales cuestiones y operaciones de Cirujía.

Heridas de cabeza. Entre las operaciones á que estas heridas dan lugar, una de las mas delicadas es sin contradiccion la del trépano, que con frecuencia se cita en los libros hipocráticos. La manera de ejecutarla, los casos en que està indicada, los peligros que entraña,

las precauciones que exije, todo esto está trazado con una exactitud que prueba que los Asclepiades hacia mucho tiempo tenian la costumbre de practicarla. Los cirujanos de la escuela de Alejandria, á pesar de la superioridad de sus conocimientos anatómicos, añadieron poco á los preceptos de los hipocráticos. Celso añade tan solo algunos detalles acerca de la mayor seguridad del manual operatorio y mejor forma de los instrumentos. (1) Los médicos griegos y latinos abandonaron las grandes operaciones y curaron las heridas de cabeza con ungüentos, cataplasmas y otros epitemas que decoraban con el título de vulnerarios. Entre los árabes, solo Albucasis parece que empleó el trépano; entre los médicos de la edad media Guy de Chauliac. Desde esta época no cayó en desuso la trepanacion. Se modificaron de diverso modo los instrumentos antiguos, se curaron mucho de marcar bien las indicaciones; pero que en suma, ninguna mejora capital ha sido introducida por los modernos en esta rama de la cirujía.

Enfermedades de los ojos. De la catarata. Los antiguos tenian ideas muy confusas sobre la naturaleza y sobre el sitio de esta afeccion Celso es el primero que habla de ella en los siguientes términos: «Frecuentemente, á consecuencia de un golpe ó de una enfermedad, el humor colocado en el espacio vacio que he dicho existe detras de la cornea y del iris, se concreta, se endurece poco á poco y pone un obstáculo á la vision, resultando una enfermedad que unas veces se cura y otras no.» (2)

El enciclopedista romano enumera despues los casos en que puede intentarse la operacion con esperanza de éxito y aquellos en que parece que está formalmente contraindicáda. A su parecer estos son mas numerosos. En cuanto al método operatorio describe el conocido con el nombre de método por *depresion*. Sin embargo se sabe que el de por *estraccion* era ya conocido de los Griegos. Rasis que da de el una descripcion detallada, asegura que Antylus, célebre cirujano que vivia en los primeros años del siglo II de nuestra era, la habia practicado.

Pablo de Egina y Albucasis siguieron el método de Celso; los médicos clérigos de la edad media no conocieron otro, y los del periodo erudito no se atrevieron á inventar otros, no obstante los progresos de la anatomía. Durante todo este trascurso de tiempo, el mètodo por estraccion fué completamente abandonado por los cirujanos mas nota-

(1) Libro VIII, cap. III, edicion de Ameloveen, Amsterdam 1713.
(2) Libro VIII, cap. VII § 14.

bles. Solo se atrevian à ponerle en práctica algunos operadores ambulantes, pero los profesores le rechazaban porque hacia, decian, salir el humor contenido en las cámaras, accidente para ellos muy temible.

Hasta el fin del siglo XVII no se formaron ideas sanas acerca de la naturaleza y sitio de la catarata. Se llegó entonces á conocer que no provenia ni de un humor condensado, como habia dicho Celso, ni de una pelicula estendida por delante de la pupila, como se creia en la edad media; sinó que consistia en la opacidad del cristalino ó de su cápsula. Este fué un gran paso dado hacia el descubrimiento de un tratamiento racional de esta enfermedad. Desde entonces, se distinguieron dos especies de cataratas, à saber, la *cristalina* y la *capsular*, y se marcaron los síntomas que distinguen la una de la otra. Igualmente se llegó á saber que el humor de las cámaras es susceptible de regenerarse, lo que tranquilizó el ánimo de los cirujanos acerca del temor de su derrame. Consecuencia de estos nuevos datos, se fijaron mucho mejor que lo estaban las indicaciones que conducian á practicar ó no las operaciones en muchos casos y á preferir este ó el otro proceder operatorio.

De la fistula lagrimal. En la obra de Celso se encuentra la primera descripcion de esta enfermedad que los Griegos llamaban *ægilops*.

«La ulceracion, dice, corroe algunas veces el hueso unguis y penetra hasta las narices. Cuanto toma la forma carcinomatosa, seria no solo inutil, sinò hasta peligroso el tocarla. Si al contrario es mas reciente y está poco estendido, puede esperarse la curacion. Para obtenerla se coje con un gancho la parte superior de la úlcera y se incinde hasta el hueso. En seguida se prenetra al traves del canal oseo con un hierro candente, despues de haber cubierto antes el ojo y las partes adyacentes para librarlas y garantirlas del contacto del cuerpo rusiente. Algunos quieren emplear con frecuencia los cáusticos, como la caparrosa verde ó azul, pero estos remedios obran de una manera lenta y variable.

Los árabes añadieron á este mètodo otros tres, á saber, la *comprension*, las *inyecciones* y las *mechas*. Rasis llamó la atencion el primero acerca del valor de una compresion continua acompañada de fricciones, diciendo que basta para curar ciertas fístulas lagrimales: habla tambien de inyecciones que pueden echarse mediante pequeñas canulas. Avicena aconseja introducir en el canal un hilo untado con algun depurativo, hilo que todos los dias se saca ó se corre hasta que haya concluido la obstruccion. Por esto se viene en conocimiento

que los árabes conocian casi todos los métodos usados por los modernos contra esta enfermedad.

Los latinos de la edad media emplearon solo los escaróticos y el hierro candente.

Los del período erúdito hicieron casi lo mismo, pero en los siglos XVII y XVIII fueron resucitados casi todos los procederes de los Arabes y perfeccionados considerablemente; determinando al paso las ventajas é inconvenientes de cada uno de ellos.

De la Synezisis ó synechia. La pupila está espuesta á sufrir una estrechez morbosa ó á cerrarse por completo lo que constituye una afeccion llamada *sinezisis*. Esta oclusion rara vez es congenita; sin embargo, alguna vez se la ha observado en los reciennacidos por consecuencia de la persistencia de la membrana pupilar. Estos individuos nacen ciegos, aun cuandos sus ojos estén perfectamente organizados: La synezisis accidental es mucho mas frecuente y reconoce causas muy diversas: unas veces sobreviene á consecuencia de la operacion de la catarata, otras de una inflamacion violenta del ojo, otras se ha atribuido á una repercusion de un vicio morboso cualquiera, tal como el dartroso ó gotoso etc. otras, en fin, se manifiesta sin causa aparente.

Los antiguos no oponian medicacion alguna á esta enfermedad y los desgraciados que la padecian quedaban ciegos para siempre. En 1732, Guillermo Cheselden publicó la história de una operacion de esta naturaleza que habia hecho con buen éxito en un enfermo que la precisaba. Esta operacion consiste en practicar una abertura artificial en la pupila ó céntro pequeño del iris. La misma tentativa repetida despues mas veces dió casi siempre malos resultados, consecuencia de lo que fué tenido el proceder de Cheselden como defectuoso. Otros cirujanos le perfecionaron y obtuvieron mejor éxito en sus tentativas. Desde entonces se introdujo esta operacion en la terapéutica y tomó su puesto entre los descubrimientos de la cirujía moderna.

Enfermedades de la naríz Polipo nasal. Los libros hipocráticos mencionan cuatro especies ó variedades de esta enfermedad y indican para cada una un método curativo. Si el polipo es blando y está adherido por un pediculo delgado aconsejan arrancarle; si es duro, cauterizarle con un hierro al rojo; si en blando y de pediculo ancho ligarle; si duro de consistencia lapidea, escindirle. En todos estos casos la curacion se termina por los cateréticos y emolientes. (1)

(1) *Tratado de las enfermedades*, lib. II, § 29, 30, 31 y 32.—*Tratado de las afecciones*, § 8.

Los Griegos de los siguientes siglos poco ó nada añadieron á estos preceptos. Los Arabes y los Latinos de la edad media, solo conservaron la ligadura y los causticos, pero en la época de la restauracion de las ciencias en Europa fueron examinados y puestos en práctica todos los procederes antiguos. Se estudiaron con cuidado los efectos de cada uno y sus indicaciones. Gabriel Falopio y Andrés Levret fueron los que mas ilustraron el diagnóstico y terapéutica de esta enfermedad.

Rinoplastia. Este nombre lleva una operacion que tiene por objeto restablecer en todo ó en parte la nariz. Pedro Rauzano obispo de Lucerna es el primero que la menciona en su tratado de *Anales del mundo*. Segun este historiador, vivia en Sicilia, por los años 1442. una familia llamada Branca, la que practicaba esta operacion, restableciendo ademas algunas otras partes de la cara mediante un colgajo del brazo. De Sicilia pasó esta práctica á Calabria, donde la hizo la familia Vianco ó Bojano en los primeros años del siglo XVI. Alejandro Benedetti célebre médico de aquel tiempo nos dá indicaciones precisas sobre el modo como practicaban la operacion los Calabreses. (1) Pero al concluir el mismo siglo, no se hallaba en el pais ningun recuerdo de Bojano ni de la rinoplastia. Gaspar Taglicozzi profesor de cirujia en la Universidad de Bolonía, era entonces el único que la practicaba, ya que la inventase el, ya que hubiera imitado à los descendientes de Vianco. Ambrosio Pareo, cuenta la história de un caballero de S. Thoan, que despues de haber llevado por mucho tiempo puesta una nariz de plata, fué á que el profesor italiano le pusiera una de carne completa y bien conformada. En 1597 Taglicozzi publicó un tratado sobre el arte de restaurar la nariz ó las orejas destruidas ó mutiladas. (2)

Tomas Fyens, que hizo un estracto de esta obra, asegura haber visto él mismo muchas personas operadas felizmente por su autor. (3) Fabricio de Hilden, refiere que un cirujano de Lausana, llamado Griffon, habiendo tenido conocimiento del proceder de Taglicozzi reparó tan bien la nariz de una joven que á los diez años apenas se podia distinguir la cicatriz. (4) En fin, Juan Bautista Cortesi, contemporaneo del profesor bolonies y su colega de universidad, ha dado una descripcion de una rinoplastia hecha por él.» (5)

Apesar de estos testimonios irrecusables, el arte de restaurar las

(1) *Asuntos médicos Anatomía*, lib. IV. cap. XXXIX, Basilea 1539.
(2) De la cirujia de los judios, Venecia 1587 en fol, nueva edicion hecha por Troschel, Berolini 1831 en 8.° con laminas.
(3) *De las principales disputas del arte quirúrjico*, lib. XII.
(4) Cont. III, obs. 31.—Y la epistola 67.
(5) Miscelan *Med. dec.* III.

narices cayó otra vez en el olvido, durando este mas de doscientos años, hasta el punto que á fines del siglo último muchos médicos ponian en duda que se hubieran hecho algunas, y así hubiera marchado esta creencia si un diario que se publicaba en Madrás en 1794 no hubiera publicado una operacion hecha con éxito en un indio por un proceder muy antiguo conocido en el país. Este proceder consiste en sacar de la frente un colgajo que debe reemplazar á la nariz destruida, en lugar de arrancarle del brazo como hacia Taglicozzi. La misma operacion se hizo despues en Francia, Alemania y otros puntos con diversas modificaciones y resultados varios de manera que no se dudó ya de su existencia.

Enfermedades de la boca. Labio leporíno ò labios hendidos. Esta deformidad de ordinario congenita y algunas veces accidental no ha sido descrita por ningun autor griego. Celso que es el primero que hace mencion de ella lo hace de una manera muy compendiada así como su tratamiento. (1)

Los escritores árabes no son mas esplícitos, á escepcion de Albucasis que lo hace mas detalladamente y con mas exactitud que sus predecesores. Aconseja unas veces canterizar los bordes de los labios de la deformidad para escitar la supuracion, otras escindirlos y reunirlos cubriendo despues la herida con el ungüento de dátiles. (2) Despues de este, Pareo fué el primero que describió el labio leporino y la operacion que exije. (3) Se servia para aproximar los bordes incindidos de agujas de acero, al rededor de las cuales rodeaba un hilo encerado, en forma de ∞. Pedro Dionis, probó que la reseccion es siempre mas pronta y segura que la cauterizacion, opinion que adoptaron y que todavía se respeta. Ejecutaba la escision con tijeras, otros prefieren el bisturí, pero cosa es esta que no constituye una diferencia digna de tenerse en cuenta. Se han reemplazado las agujas de acero, que tienen el inconveniente de enmohecerse, con las de plata ú oro, que se sacan con mas facilidad sin desgarrar las carnes.

Enfermedades de los dientes. El arte del dentista formaba entre los antiguos egipcios, como sucede hoy entre nosotros, una rama particular de la cirujía ejercida por hombres mas ó menos estraños al resto de la ciencia. Sin embargo tambien los médicos se han ocupado de ella desde los tiempos mas remotos. Erasistrato habla de un *odontagogo* de plomo (instrumento para sacar las muelas) colgado en el templo de

(1) Lib. VII cap. VII.
(2) *Cirujia*, lib. 1, fen. 18 y 26.

Delfos, para indicar que no deben sacarse mas que los dientes muy quebrantados. (1) Hipócrates aconseja lo mismo. «Arrancad, dice, los dientes careados y rotos, pero cuando no estén ni descarnados ni movibles y que á pesar de esto produzcan diversos dolores, preciso es aplicarlos el fuego, (2)» Celso opina de igual modo; y entra en muchos mas detalles con motivo de las operaciones que se acostumbran á ejecutar entre los dientes. «Algunas veces dice, los dientes vacilan porque son cortas sus raices ó porque las encias están blandas y fungosas; en uno ó otro caso se tocan estas con un hierro candente... aun cuando el diente estuviese careado, no debe apresurarse su estraccion á menos que no se vea uno obligado á ello. Es mejor añadir á los remedios anteriores composiciones todavia mas eficaces para calmar el dolor, como el opio, la pimienta, vitriolo blanco machadados juntos é incorporados con galbano para aplicarlo despues al diente... si no alcanzan los medicamentos á calmar el dolor y se juzga necesario sacar el diente, se debe antes descarnarle y removerle para que salga mejor, porque es peligroso sacarle repentinamente cuando esta encerrado en su alveolo. Cuando los dientes están negros y cubiertos de tartaro, se quitan estas manchas con la escofina y se les frota con una opiata compuesta de hojas de rosas machacrdas y mezcladas con una cuarta parte de una nuez de agallas y mirra. Celso recomienda tambien asegurar los dientes rotos con hilos de oro atados á las partes vecinas. Cuando en los niños sale un diente antes de haberse caido el otro, es mejor sacar el viejo y empujar todos los dias el nuevo para que ocupe el puesto que le corresponde. (3)

Albucasis es el primero que ha hablado de la protesis dentaria, sustituye al diente que falta, otro, ya natural ya artificial, el cual fija mediante un hilo de oro ó de plata. (4) Los médicos clérigos de la edad media abandonaron esta parte del arte. Guy de Chauliac se queja mucho que se abandone la avulsion de los dientes, (esta parte tan importante) á los barberos, á los bañistas y á otros por el estilo, operacion, dice, bastante notable para que no se desdeñe un médico en hacerla, al menos, en asistir á ella. (5)

A Pareo añadió al arsenal del dentista muchos instrumentos, algunos de los que se parecen á los que hoy se emplean. Es el primero que refiere un ejemplo autentico de un diente arrancado, que colocado inmediatamiente en su sitio, volvió á consolidarse.

(1) Celio Aureliano. *enferm. croni.* lib. 2 cap. IV.
(2) *De las afecciones*, § 7.
(3) Lib. VI cap. IX, Lib. VIII, cap. XII.
(4) *Cirujía*, lib. II, seccion 36.
(5) *Grande cirujía*. Tratado VI doctrina 2, cap. II.

En todo el siglo XVIII el arte de dentista se elevó á un grado de perfeccion considerable. Muchos cirujanos de París, Pedro Fauchard, (1) Anselmo Jourdain, (2) Bunon, Bourdet, (3) contribuyeron, sobre todo, á sus progresos, tanto por una práctica habil como por sus escritos. Dotaron á la higiene de la boca y de la cirujía dentaria de una multitud de sabios preceptos é invenciones útiles.

Enfermedades de la lengua, de la bóveda palatina y de las amygdalas. Las operaciones que precisan estas enfermedades, consisten en escarificaciones, escisiones y cauterizaciones. Los libros hipócráticos las mencionan mas ó menos esplícitamente. (4) Celso las describe con mas ó menos detalles, es el primero que habla de la escision del frenillo y del tratamiento de la ranula. (5) Pablo de Egina añade algo á lo dicho antes que él (6) pero los árabes no hicieron mas que copiar á los griegos en esta parte.

Los modernos con sus adelantos han hecho las operaciones mas faciles y menos peligrosas. Han descrito, además, algunas enfermedades que los antiguos no mencionaron, tales como las fistulas salivales tan frecuentes en la práctica. Bartolomé Saviard describió el primero la del conducto de Stenon y el método que empleaba para curarla. Refiere este cirujano que un tal De Roy habiendose atravesado la mejilla con un hierro candente con ocasion de una fistula, se cicatrizó la abertura esterior y la interior quedó en el estado natural. (7)

Enfermedades de la oreja. Los antiguos solo conocian entre las afecciones capaces de hacer perder la audicion, la oclusion del conducto auditivo esterno, ya congenita ya accidental. Pablo de Egina es, entre los antiguos, el que suministra mayor número de indicaciones y mas racionales sobre estos males. (8) Nada nuevo hicieron los posteriores á el y hubo que llegar á la época en que Valsalva hizo sus estudios y descubrimientos sobre la estructura del oido interno para dar una nueva direccion á la terapéutica de las afecciones del oido.

Este ilustre anatómico fué el primero que reconoció que la sordera procede con frecuencia de la obstruccion de la trompa de Eustaquio. Se apercibió tambien que la caja del tambor comunica con las celulas

(1) Fauchard. *Tratado de los dientes.* Paris 1746 vol. 12.
(2) Jourdain. *Nuevos elementos de odontología* 1756 en 12. *Tratado de los depósitos en los senos maxilares.* Paris 1760. *Ensayo sobre la formacion de los dientes* 1766. *Tratado de las enfermedades de la boca.* 1778.
(3) *Investigaciones sobre el arte del dentista.* Paris 1786, 2 vol. en 12.
(4) *Tratado de las enfermedades* lib II § 27 28. *Tratado de las afecciones* § 6.
(5) Lib. VI. cap. X, XII, XIV lib. VII, cap. XII, § 2, 3.
(6) Lib. VI cap. XXIX XXX y XXXI.
(7) *Nueva coleccion de enfermedades quirúrgicas.* Paris; 121 observacion.
(8) Lib VI, cap. XXIII XXIV.

mastoideas y lo alcanzó en la ocasion que hacia inyecciones à un enfermo afectado de caries en esta eminencia osea, en la cual vió que el liquido inyectado salia por la garganta. (1) Cheselden observó que la sordera se curaba con la perforacion de la membrana timpánica. (2)

Estas diversas observaciones contribuyeron al descubrimiento de muchos procederes ingeniosos para curar la sordera producida por alguna afeccion del oido interno. Antonio Petit fué el primero que recomendó las inyecciones por la trompa de Eustaquio para que fueran á la caja timpánica. Despues hicieron lo mismo Juan Douglas y otros cirujanos del siglo XVIII. Jasser cirujano del ejército prusiano intentó curar la sordera debida à la oclusion de la trompa de Eustaquio traspasando la apofisis mastoides y inyectando por sus celulas el líquido que llega perfectamente á la trompa por este sitio. En fin Astley Cooper tuvo la idea de perforar el timpano para reemplazar la trompde Eustaquio cuando está obstruida; y esta operacion ejecutada tres vea ces en el vivo tuvo féliz éxito. (3)

Obturacion de las vias aereas. Cuando el conducto aereo se encuentra cerrado por algun obstáculo, la angustia es estrema, la asfixia inminente y el enfermo no tarda en perecer sinó se le socorre á tiempo. Esto ocurre á veces en una intensa angina tonsilar, pero es mas frecuente en la membranosa llamada *croup* en los niños. En este trance, los libros hipocráticos aconsejan por todo remedio introducir un puerro ó un tubo elastico en la garganta del paciente, pero medio es este de una aplicacion muy dificil, por no decir imposible y dudo yo que haya sido empleado utilmente. (4)

Asclepiades de Bitinia tuvo la idea de abrir un paso al aire, incindiendo la parte anterior del cuello hasta la laringe ó la traquearteria: pero los autores que dicen esto no describen el proceder operatorio que siguió en esta ocasion. Despues nadie se atrevió á practicar la traqueotomia hasta que Antylus que la practicó muchas veces trazó las reglas para su ejecucion. Pablo de Egina conservó este fragmento donde Antylus describe su método. Los árabes y latinos de la edad media faltos de conocimientos anatómicos, exageraron los peligros de esta operacion y sin condenarla absolutamente en teoría, se abstuvieron de practicarla. Antonio Benivieni, médico de Florencia, salvó la

(1) Del oido humano, pag. 10, 1707.
(2) Anatomia del oido humano, pag. 306, 1741.
(3) *Transaciones filosóficas*, 1801 part. 11, pag. 435.
(4) *Tratado de las enfermedades*, lib. 8.° § 13.

vida á un enfermo abriéndole la traquea y dando salida al pus de un absceso que se habia formado en el interior. (1)

Este es el primer ejemplo de traqueotomía que se encuentra despues de una interrupcion de mas de doscientos años, pero su autor no dió á conocer la manera de como habia procedido y no pudo generalizarse su método.

Fabricio de Aquapendente es el primero entre los modernos que ha dado una descripcion detallada de esta operacion. Prueba que se puede ejecutar sin herir ningun órgano importante y que por ella vuelve á reanimarse el individuo pronto á perecer. Se le atribnye la invencion de la canula que se acostumbra á dejar por algun tiempo en la abertura artificial de las vias aereas. (2)

Enfermedades del pecho. Empiema. Segun su etimología, esta palabra significa una coleccion de pus formado en una parte cualquiera del cuerpo. Muchos autores la han empleado en esta acepcion tan estensa, asi es que han dicho, empiema del cerebro, del seno maxilar, de las articulaciones etc. Pero un número, no menos respetable, sobre tódo, entre los modernos, se han servido de esta palabra en un sentido mas limitado y por ella han asignado una coleccion purulenta ó acuosa encerrada en una parte de la cavidad toracica. Tal es la significacion que la daremos nosotros; en consecuencia, entenderemos por la operacion del «empiema una abertura practicada á través de las paredes del pecho para dar paso à un líquido contenido en su cavidad.»

Cuando se leen los libros hipocráticos, choca mucho ver la seguridad con que aconsejan abrir la cavidad toracica para dar salida al empiema. De su lectura se deduce que nada hay mas facil que reconocer la presencia y sitio preciso de un líquido contenido en el pecho. Sin embargo, los síntomas de semejante afeccion no siempre son los mismos: asi que el autor del *Tratado de los lugares en el hombre*, asegura *que el enfermo afectado de empiema arroja esputos purulentos*, mientras que el de *Las afecciones internas* pretende que no hay pus ni en los esputos, ni en los vómitos. Dice en un pasaje del libro 2.° de las enfermedades que *el enfermo no* se *puede echar sinó del lado enfermo* y en otro pasage *que no se puede echar sino del lado sano.*

A parte de estas pequeñas contradiciones que debemos achacárse-

(1) *De las causas ocultas de las enfermedades*, cap. LXXXIII Basilea 1529.
(2) *De las operaciones de cirujía*, parte I, cap. XLV.

las á los copistas; he aquí cuales son, segun los mismos autores, los signos de un derrame toracico: cuando á consecuencia de una pleuro-neumonia crónica ó de una herida penetrante de pecho ó de una fluxion persiste la fiebre con tos, esputos y opresion, que el enfermo siente dolores en los lados ó los vacios, debilidad estrema, sudores generales, alternativas de calor y frio, que sus piés se hinchan y sus uñas se encorvan hay todas las apariencias de que se forma un empiema. Para asegurarse mejor y para reconocer el lugar preciso de la coleccion, se debe mandar sentar al enfermo sobre un punto sólido, que le tenga las manos un ayudante, despues cojerle el mismo profesor por las espaldas y hacerle sacudidas, escuchando al paso con cuidado á fin de conocer de qué lado viene el ruido, la fluctuacion. Se esperimentará entonces una sensacion análoga al choque de dos líquidos entre sí. Cuando falta este signo, lo que sucede con frecuencia, ya por la cantidad del líquido, ya por su viscosidad, se examina si un lado del pecho está mas abombado que el otro y en este caso caso se practica una abertura un poco por bajo y detras del tumor, lo mas bajo que se pueda sin esponerse á herir el diafragma. En fin, si no se tiene por guia, ni la fluctuacion ni el tumor y sin embargo existen los síntomas del empiema, es preciso estender sobre una tira de lienzo un poco de arcilla de alfarero deshecha y amasada con agua tibia para aplicarla sobre el pecho, despues con un pincel mojado en un líquido colorante, marcar el punto de la piel donde la arcilla se haya secado mas pronto: este será el sitio del depósito, el punto por el cual se deberá penetrar en la cavidad del pecho.

Se procede á la paracentesis torácica de la manera siguiente: despues de haber incindido la piel con el escalpelo, se prepara una lanceta (envolviendola hasta su punta con una tira de lienzo) ó un hierro candente y se hace penetrar el instrumento hasta el foco purulento dejando solo correr al principio una pequeña cantidad. Se cubre enseguida la abertura con un sindon sostenido por un hilo para poderlo separar cuando convenga y el todo se mantiene con un vendaje de cuerpo. Dos veces por dia se hace la cura dando salida cada vez á una pequeña cantidad de liquido. Cuando este va sensiblemente disminuyendo, se inyecta por la herida un poco de aceite y vino tibios, para impedir que se seque demasiado el pulmon acostumbrado à tanta humedad. Se continúa curando dos veces al dia, vaciando por la mañana la inyeccion de la tarde y vice-versa. Cuando el foco supura poco, se introduce por la herida una sonda curva de estaño y cada dia se saca al-

go. Algunas veces en lugar de incindir el espacio intercostal es preferible trepanar una costilla porque así se hace el taponamiento con mucha mas facilidad. Galeno cita la história de un niño á quien trepanó el esternon para dar salida al pús de un abceso. (1)

Despues de este autor fué cayendo cada vez mas en el olvido semejante operacion: ni los médicos griegos de los siglos siguientes ni los árabes ni los latinos de la edad media la practicaron mas que alguna vez en casos escesivamente raros; fué preciso que llegara el siglo XVI para que volviera á reabilitarse. Fabricio de Aquapendente la recomienda como el único recurso que el arte tiene para curar los derramenes producidos por inflamaciones neumonicas ó pleuríticas, abcesos internos, heridas penetrantes etc., en una palabra, en todos aquellos casos en que no puede desaparecer el derrame por la tos, la orina ó deposiciones. Entusiasta partidario de los antiguos, se queja que en su tiempo no se practicara la toracentesis con tanta frecuencia como en los mejores dias de los Asclepiades. (2) ¿Pero, acaso á estos últimos se les puede censurar el que la hubieran prodigado?

Los progresos de la cirujía no están en relacion con el mayor número de las operaciones, sinó al contrario, son el mejor medio de evitar las que son inútiles ó muy peligrosas. Hoy que el diagnóstico del empiema ha llegado á un grado de precision mucho mayor que entre los antiguos, por consecuencia de los descubrimientos recientes de la auscultacion, percusion, mensuracion etc.; la toracentesis es mucho menos frecuente que en tiempo de Hipócrates.

Enfermedades de los órganos contenidos en el abdomen. Heridas del vientre y de los intestinos. Celso es el primero que ha trazado reglas para la sutura de las paredes del vientre y de los intestinos: he aquí como se espresa: «Cuando se hace una herida penetrante de vientre lo comun es que salgan al traves los intestinos. Antes que todo, es preciso examinar si las tripas estàn heridas y si conservan su color natural. ¿Está herido el intestino delgado? no hay remedio; pero se puede intentar curar una herida de un intestino grueso cosiendo sus labios.» (3)

Este autor menciona un método muy complicado para practicar la sutura de las paredes addominales y como Galeno describe otros dos

---

(1) *Método de curar*, lib. V.
(2) *Operaciones de cirujía* pa. I cap. XLIV.
(3) *De las cosas médicas*, lib. VIII cap. XVI.

diferentes, esto ha hecho que se conozcan tres métodos de gastrorrafía empleados por los antiguos. (1)

Durante la edad media nada se adelantó en la curacion de las heridas addominales é intestinales. Algunos médicos intentaron introducir en los intestinos heridos, antes de reunir sus bordes, un tubo de madera de *sauco* á fin de impedir la salida de las heces fecales, pero este proceder tan raro, y otros, todavía, mas increibles, tales como la mordedura de hormigas, fueron abandonados con justicia desde la restauracion de la cirujía. Volvieron á resucitarse los antiguos métodos, pero modificándolos ventajosamente al mismo tiempo que se creaban otros nuevos. Así es como Stalpaart van der Wiel inventó el método de establecer un ano artificial para la curacion de las heridas de los intestinos gruesos y Pedro Dionis le generalizó.

Paracentesis adominal. Tanto como los Asclepiades se apresuraban á aconsejar la paracentesis torácica, tanta mas era la repugnancia por la abdominal. Esta no está recomendada mas que en un solo pasage de los libros hipocráticos, pero de una manera muy sucinta: el autor se contenta con decir que la puncion se hace junto al ombligo ó en los vacios. (2) Un aforismo prescribe no dejar correr sinó poco á poco y en veces cuando se quiere vaciar, sea por el hierro, sea por el fuego un abceso interno ó una hidropesía. (3) Esto es todo lo que se encuentra en esta coleccion antigua relativo á esta operacion.

Al contrario, resulta de un gran número de pasages que la hidropesia ascitis era considerada por los médicos de aquella época como una enfermedad superior á los recursos del arte y casi siempre mortal; por eso sin duda, rara vez recurrian à la operacion, porque la consideraban mas perjudicial que útil, (4) en estos casos.

En cuanto á otras especies de hidropesías, la anasarca, los tumores del higado y bazo aconsejaban tratarlas por lo general, mediante cauterizaciones y picaduras. Celso es mucho mas esplicito en todo cuanto concierne, ya al diagnóstico, ya al tratamiento de las hidrópesias; de las que distingue tres especies à saber: la timpanitis, la lencoflecmasia ó anasarca y la ascitis.

Despues de haber espuesto los caracteres y la manera de curar cada una de estas tres especies, dice, con motivo de la última, que si

(1) *Método de curar*, lib. VI.
(2) *Tratado de las afecciones*, § 24.
(3) Obras de Hipócrates, t. *IV* Aforismos lib, *VI* 27.
(4) *Tratado de las enfermedades*, lib. II § 69 y lib. IV § 25. *Tratado de las enfermedades*, §§ 21 y 24.—*Tratado de las afecciones internas* § 24.

los remedios empleados para desecar el vientre y agotar el humor no producen el resultado que se espera, es preciso evacuar el liquido por un camino mas certo, haciendo la puncion. (1) En seguida describe en otro libro, la manera de ejecutar esta operacion. Quiere que se incinda el addomen sobre el ombligo mismo ó á cuatro dedos de distancia en el lado izquierdo con un bisturí de hoja estrecha y que se introduzca por la abertura una canula que tenga un borde vuelto y saliente. Despues se deja salir una buena parte del liquido, y concluido se cierra la canula con un tapon y se mantiene aplicado todo con un vendage de cuerpo. Los dias sucesivos se evacua poco á poco el resto del liquido. Añade, que hay cirujanos que retiran la canula desde el primer dia y que colocan sobre la abertura un pedazo de esponja empapada en vinagre. Al dia siguiente vuelven á colocar la canula y acaban de vaciar el agua. (2)

Despues de Galeno, nada se perfeccionó el método aconsejado por Celso, antes retrogradó hasta el tiempo de los Asclepiades, es decir, que se prefirieron á la paracentesis, las cauterizaciones y las picaduras. Fue preciso que llegara el siglo XV, para que volviera á adquirir el favor que en tiempo de Celso. Mondini no queria que se practicase la punciou en la linea alba, porque, decia, que la naturaleza tendinosa de esta parte hace muy dificil la cicatrizacion y produce con frecuencia accidentes espasmódicos. (3) Fabricio de Aguapendente cree que el ombligo es el punto dondo puede practicarse con menos peligro, Juan Palfyn elejía la parte media de una linea tirada desde el ombligo á la espina anterior superior de el yleon izquierdo y hoy es todavia el punto de eleccion, á no ser que lo impida alguna circunstancia particular que obligue á buscar otro. (4) Al mismo tiempo se ocupó en perfeccionar los instrumentos de que se servian para practicar la operacion. Santorio inventó uno que llamó mas la atencion por haberlo reservado para sí mucho tiempo. Era una aguja redonda metida en una canula muy parecida, como se ve, á nuestro trocar actual. En fin, se debe á los cirujanos modernos, en particular á los del siglo último, el conocimiento de la hidropesía enquistáda que no habian descrito los antiguos. H, F. Ledran, fué el primero que trazó de una manera precisa el diagnóstico y tratamiento de esta enfermedad. (5)

---

(1) Lib. 3.° cap. XXI.
(2) Lib. VII Cap. XII.
(3) *Anatomía* Folio 5.°
(4) *Anatomía quirúrgica* con notas. Nueva edicion por A. Petit. Paris 1753. T. II.
(5) *Tratado de las operaciones quirúrgicas*. Paris 1742, pág. 162.

Hernias. Esta palabra, en su primitiva y vulgar accepcion, no es mas que un tumor formado por la salida de una víscera del vientre. Aunque los tumores de esta especie puedan presentarse en casi todos los puntos de la superficie abdominal, los antiguos mencionan solo las que se observan en el ombligo ó en las ingles. Estas últimas las han estudiado con cuidado, ya porque son mas frecuentes, ya por que es con bastante frecuencia oscuro su diagnóstico y muy dificil su tratamiente. Celso, que es el primero que ha descrito la hernia inguinal se espresa de este modo: «el peritoneo que separa los intestinos de las partes situadas por debajo de las ingles está espuesto à romperse, ya porque se inflame, ya por un golpe violento; entonces el epiploon ó el intestino arrastrado por su propio peso se introduce al traves de esta abertura separando despues poco á poco las tùnicas nerviosas del testículo.» (1) De este modo esplica el enciclopedista romano la formacion de la hernia inguinal. Los demás escritores antiguos y de la edad media no cambiaron en nada esta esplicacion; ha sido preciso llegar así hasta nuestros dias para poner de manifiesto el error, como veremos mas adelante.

En cuanto á la curacion de esta enfermedad, Celso aconseja intentarla sin recurrir al bisturí, pero no dá regla alguna para practicar la taxis. Se contenta con decir que es preciso, una vez reducida la hernia, sostenerla con un braguero, lo que provoca con frecuencia la adherencia de las membranas, sobre todo en los niños de poca edad. Cuando no hay mas remedio que recurrir al instrumento cortante se procede del modo siguiente: una vez incindida la piel, se disecan con cuidado las cubiertas del testículo para no herirle, se separan las partes dislocadas y se las introduce en la cavidad abdominal al traves de la abertura del peritoneo, que se agranda si hay necesidad. A medida que se incinden los tejidos, es necesario ligar con cuidado los vasos de algun calibre, despues se reunen los labios de la herida con algunos puntos de sutura y se dejan los hilos que caen por sí mismos tan pronto como se establece la supuracion. (2)

Como se ve, Celso encarga respetar el testículo lo mas posible. Pablo de Egina confirma este precepto y los escritores árabes no hicieron en esto mas que copiar à los griegos; pero se abstuvieron de practicar la operacion á causa de su natural repugnancia por el empleo de instrumentos cortantes, fortificada en esta ocasion por un pu-

(1) Celso, lib. vii cap. xviii.
(2) Celso, lib. VII, cap. XIX y XX.

dor mal entendido, limitándose en la curacion de este mal al empleo de emplastos aglutinantes y astringentes. ¡Los cirujanos de la edad media aconsejaron la absurda idea de ligar siempre el cordon testicular y de quitar el testículo!

Ambrosio Pareo estableció ideas mas sanas para el tratamiento de la hernia inguinal, proscribió la ablacion del testículo, escepto en los casos de gangrena ó sarcocele. (1) Pedro Franco refutó el error de los antiguos relativamente á la ruptura del peritoneo, probó que lo ordinario es que esta membrana acompañe á las vísceras fuera del vientre, sin desgarrarse. (2) Desde entonces el diagnóstico y terapéutica de las hernias adquirieron una precision que no habia tenido, gracias á los trabajos de un gran número de cirujanos de los siglos XVII y XVIII, entre los que citaremos á Juan Luis Petit, G. Arnaud, H. Leblanc, P. Camper, Samuel Sharp, A Luis, Percival, Potit, Augusto Richter, Antonio Gimbernat, A. Bonn.

Enfermedades de las vias urinarias. Entre las variadísisimas operaciones á que han dado lugar las enfermedades de estos órganos, las mas graves son sin contradiccion, la *nefrotomía* y la *cistotomia.* La primera está recomendada en los libros hipocráticos, pero en ninguno de ellos se halla su descripcion. La segunda, aunque menos peligrosa, se menciona en una de las piezas de la coleccion para poscribirla. Se lee en el *Juramento* de Hipócrates: «juro no practicar la talla en ninguno que padezca mal de piedra, abandonaré esta práctica á los curanderos que se dedican á hacerla.»

¿Por qué los Asclepiades, que no reparaban en aconsejar la talla del riñon, tenian tanta repugnancia por la de la vegiga, operacion menos difícil y con frecuencia menos funesta que la primera? (3) Sea lo que quiera, la preocupacion que escluia la cistotomia del dominio del arte, se estinguió ó al menos se debilitó considerablemente en los buenos tiempos de la escuela de Alejandria, pues que Celso nombra con entusiasmo dos litotomistas célebres de esta escuela, *Ammonio y Megés,* cuyos procederes operatorios dá á conocer, así como sus intenciones y la manera de hacer las curas.

«Algunas veces, dice, se vé uno obligado á emplear los auxilios de

(1) *Obras completas.* Paris 1840, t. I pág. 405.
(2) *Tratado de las hernias.* Lion 1561.
(3) Mr. Littré que ha examinado esta cuestion con la escrupulosidad que le es propia, no encuentra una solucion razonable y satisfactoria, á menos de introducir en el testo una correccion que el mismo indica pero que no se atreve á hacerlo. (Obras completas de Hipócrates por Mr. Littré. Paris 1844, t. IV pág. 615. El *Juramento.* Argumento, § IV.

la mano, no solo en los hombres, sino en las mujeres, para hacer salir las orinas detenidas, ya por la obstruccion de la uretra á consecuencia de la edad, ya porque alguna piedra ó coagulo de sangre tape la abertura ó que una ligera inflamacion, como sucede muchas veces, se oponga á ello. Al efecto se emplean sondas de metal, y todo cirujano debe de tener por lo menos tres para los hombres y dos para las mujeres, á fin de echar mano de ellas en todos los casos, en personas grandes ó chicas.

Puesto que ya que hemos hecho mencion de la vegiga y los cálculos, parece que es oportuno hablar aquí de la operacion que muchas veces hay que practicar en los que padecen mal de piedra cuando se han agotado los demás medios para hacerle desaparecer. No debe ejecutarse en todo tiempo, en todas las edades ni en todos los casos, sinó solo en la primavera y en niños de nueve á catorce años, cuando el mal es tan violento que no habiendo cedido á todos los remedios, amenaza acabar con la vida del enfermo.

Despues de haber establecido asi las indicaciones mas precisas para operar, Celso describe detalladamente el único proceder conocido en su tiempo y conocido por los modernos con la denominacion de *pequeño aparato*. Su descripcion es un modelo al que los escritores que le han seguido, sean griegos, árabes ó latinos no hicieron modificacion alguna hasta una época próxima á la nuestra. Durante la edad media, la cistotomía cayó en desuso entre los profesores y solo la practicaban charlatanes que iban de ciudad en ciudad á abrir los *calculosos* segun se decia entónces. Guy de Chauliac, parece ser el único cirujano de esta edad que se atrevió á intentar ó aconsejar semejante operacion y siguió al pié de la letra el método del enciclopedista romano. (1)

En los primeros años del siglo XII, Juan de Romani cirujano de Cremona y el napolitano Mariano Santos de Barletta hicieron algunas modificaciones al método antiguo; añadieron algunos instrumentos de su invencion á los ya conocidos. Mariano dió á conocer estos cambios en una memoria que publicó *ex professo* y el nuevo método fué llamado de Mariano (nombre de su autor) *ó el gran aparato* á causa de su complicacion y del gran número de instrumentos de que hacia uso. La familia Colot á dado á Francia muchos litotomistas hábiles que se han hecho célebres por el empleo de este método.

(1) Véase *Grande cirugía*, Doctr. III. trat. 311 cap. VIII.

Casi al mismo tiempo que Mariano publicaba su método, otro cirujano de origen francés y residente en Lausana se vió obligado á descubrir otro mas importante nombrado por *el, alto aparato*. Dejemos á el mismo que refiera las circunstancias que le obligaron, mal de su grado, á abrir un camino nuevo. «Contaré, dice, lo que una vez me sucedió: queriendo sacar una piedra á un niño de dos años, vi que tenia el volúmen de un huevo de gallina poco mas ó menos, hice lo que pude para sacarla por abajo, y viendo que no lo conseguia à pesar de mis esfuerzos, que por cierto martirizaban mucho al niño, y viendo además el deseo de los parientes que querian mas ver al paciente muerto que con tal sufrimiento, unido á que no se me hiciera un cargo por no haberla sacado; (que era en mi una gran locura) consulté con los padres y amigos del enfermo sobre si debia abrirle por cima del pubis, ya que la piedra no queria salir por la primera abertura, lo que aceptado por ellos practiqué una incision sobre aquella region en el punto mas inmediato al calculo que de antemano tenia cojido con los dedos, mientras que un ayudante comprimia la region púbica por cima del cuerpo estraño y de esta manera salió, curando la herida que no tardó en consolidarse (no obstante la mucha gravedad en que llegó á verse el enfermo.)» (1) Apesar de este resultado, el método descubierto con tanta fortuna por Pedro Franco, permaneció olvidado hasta el año 1580 en que trató de resucitarlo Francisco Rousset sosteniendo que no presenta tantos inconvenientes como los otros y si muchas mas ventajas. Sin embargo de esta apología, no dejó de considerarse la talla subpubiana como el método ordinario, dejando la opuesta solo para ciertos casos. Juan Douglas célebre cirujano del siglo XVIII, fué el primero que empleò habitualmente el alto aparato con preferencia á los demás métodos (2)

El nombrado Baulot ó Beaulieu mas conocido con el nombre del hermano Santiago y que carecia de todo conocimiento anatómico, dotó á la ciencia de un proceder de cistotomía mejor que ninguno de los anteriores y que se le conoce con el nombre de *método lateralizado*. El holandés Raw, iniciado por el mismo Santiago en la práctica de este proceder, se sirvió de él con un éxito estraordinario, pero se deshonró con no darle á conocer á persona alguna llevando su secreto à la tumba. Despues de su muerte, muchos cirujanos deseosos de volver á encontrar el secreto, se dedicaron á investigaciones que no

(1) *Tratado de las hernias*, Lion 1561, pág. 139.
(2) *Litotomia Douglasiana*, Lóndres 1719.

fueron estériles; de un lado, Guillermo Cheselden resucitó el método lateralizado y despues de haberle mejorado, le aseguró una duracion perpétua con la descripcion que publicó; (1) de otro, Pedro Foubert inventó un nuevo proceder conocido en la ciencia con el nombre de *método lateral* y que Tomás cirujano mayor de Bicetre lo adoptó haciendo algunas modificaciones. (2) Así pues, al único método de cistotomía que conocian los antiguos, han añadido los modernos otros cuatro, antes de la conclusion del siglo último, y cada uno presenta ventajas é inconveniente particulares, de manera que el cirujano puede echar mano, unas veces, de uno, otras de otro segun las indicaciones. (3)

Enfermedades de los órganos genitales del hombre. Del Hidrócele. Celso es el primer autor antiguo que ha hablado de esta enfermedad, la que describe muy imperfectamente bajo el nombre de hernia acuosa. Aconseja escindir los órganos para evacuar el liquido y lavar despues la herida con agua salada ó nitrada. Galeno empleaba el sedal para curar la misma enfermedad cuyo diagnóstico le es tan oscuro como á Celso. Leonidas de Alejandria describe este mal mucho mejor; ensayó de fijar los caracteres que lo distinguen del sarcocele, del epiplocele y del enterocele, Pablo de Egina fué el primero que distinguió la hidrópesia de la túnica de la infiltracion de el tejido celular; una y otra las trató con la escision ó la cauterizacion, Albucasis prefiere el hierro candente á la escision y tambien describe la manera de evacuar el liquido con un trocar ó de escindir el saco cuando falta este.

En la época del renacimiento se conocian, pues, cuatro métodos de tratamiento para el hidrocele, el *sedal*, la *escision*, la *cauterizacion* y la *puncion*. Los modernos han añadido el quinto; las *inyecciones estimulantes* despues de la evacuacion del líquido, medio que menciona por primera vez Alejandro Monró. Por otra parte, estos precisan mucho mejor el sitio, los caracteres y las diversas especies de la enfermedad.

Del sarcocele. El sarcocele ó cancer del testículo es la única enfermedad para cuya curacion es preciso estirpar el órgano, pero esta terrible operacion fué mas frecuente en tiempos anteriores. Celso, que

(1) *Tratado sobre la operacion de la talla*, Lóndres 1723 en 8.° trad. al francés por Noguez. Paris 1724 en 12.

(2) Veanse las *Memorias de la Academia Real de cirujia*, vol I pág. 661 y vol. 3.° página 653.

(3) No hay obra mas completa sobre el asunto que el libro de F. J. Deschanyes. *Tratado histórico y dogmático de la Talla*, Paris 1796, 4 vol. en 8.° con un suplemento por L. J. Begin, Paris 1826, 4 vol. en 8.°

es el que primero que la describe, nombra tres especies de tumores que necesitan su empleo, á saber: el *cirsocelo* ó la dilatacion varicosa del cordon espermático, el *sarcocele* y la *inflamacion sobreaguda* del testículo. En lo sucesivo, no se limitó la necesidad de la castracion á estos tres casos, se estendiò á la curacion de las hernias como ya dejamos dicho y tambien se recurrió á ella para curar la elefantiasis, la lepra, la gota y aun la enagenacion mental. Hubo tiempo en que la ignorancia y la avaricia reunidas parecian haberse conjurado para acabar con los órganos reproductores del hombre. Pretendidos curanderos recorrian los pueblos y por una cantidad insignificante quitaban los testes á los niños bajo el pretesto de curar las hernias que no tenian ó que podian curarse con esta odiosa mutilacion. Llegó el abuso hasta tal estremo que la Sociedad real de medicina se conmovió y en su virtud nombró en 1776 una comision para que informara sobre esto y espusiera reglas para impedir esta clase de mutilaciones. Probó que en la Diócesis de S. Paponl solamente, habian sido mutilados por estos charlatanes mas de quinientos niños á los que hacian pagar 35 libras por cada operacion. Haller asegura que en los cantones suizos habia en su tiempo muchos hombres privados de un testículo por la misma causa. Felicitemos á la cirujía moderna por haber reducido el uso de la castracion á casos escesivamente raros.

Aunque nos hayamos debido limitar á presentar la historia de esta operacion bajo el punto de vista médico, justo es recordar que mucho tiempo antes que la ciencia se hubiese servido de este remedio estremo contra una enfermedad que ella creia incurable, las pasiones humanas, la política, la envidia, la venganza habian intentado este medio tan cruel y lo habian empleado en grande escala. Los eunucos eran conocidos en Egipto, en la Asiria y en otras comarcas de Oriente, aun antes de Moises, siendo así que no se ha empleado la castracion como medio terapéutico hasta despues de Hipócrates. ¡Las pasiones no tienen en cuenta los sufrimientos y la vida de los hombres cuando se trata de conseguir sus fines! No hemos visto mantener esta bárbara costumbre en Italia, en que padres ambiciosos llevaban á sus hijos á sufrir esta mutilacion bajo el pretesto de conservar mejor el timbre de su voz, haciendo caso omiso de los castigos que imponia la religion y las leyes? (1)

(1) El venerable y santo anciano que hoy gobierna la iglesia, se ha visto obligado á dar un decreto para acabar con esta bárbara práctica en sus estados, donde por las razones que espone el autor, todavía llevan algunos padres á que mutilen á sus hijos.—N. del T.

Enfermedades del anò. Una sola de estas, *la fístula*, reclama los auxilios quirúrgicos. Choca, en verdad, cuando se lee el pequeño tratado hipocrático que habla de esta enfermedad, la exactitud con que está trazado el tratamiento; allí se mencionan la mayor parte de los remedios y medios aconsejados en nuestros dias, circunstancia que hace que este trozo de los libros antiguos constituya una verdadera monografía que honra á la cirujía griega.

Enfermedades de los miembros. Aneurismas esternos. Los aneurismas pueden existir en todas las partes del cuerpo, pero cuando residen en un miembro, exijen, para curarse, una operacion quirúrgica: en este sentido, es como nosotros lo miramos. Antes de los descubrimientos anatómicos de la escuela de Alejandria, solo se tenian ideas erróneas acerca de los aneurismas, puesto que confundian las mas de las veces bajo una misma denominacion las arterias y las venas, y aun despues de distinguidas, creian que las arterias solo contenian aire. Celso no ignoraba que las arterias contenian sangre, porque asegura que herida una arteria no se cicatriza la abertura y deja escapar este liquido con mucha violencia; (1) pero no hace mencion alguna de la dilatacion morbosa de este órden de vasos. Filagrio es el primero que ha hablado é indicado el modo de remediar este accidente. Este atrevido cirujano pasaba una ligadura por cima y debajo del tumor, despues le escindia y dejaba supurar la herida. (2) Antilo empleaba tambien la doble ligadura, pero en lugar de escindir el tumor, se contentaba con vaciar los coagulos de sangre y llenar el saco con sustancias propias para hacerle supurar. (3) En fin, en el siglo XV Juan de Vigo tuvo la idea de tratar los tumores aneurismáticos por la compresion graduada y los estipticos. (4) Despues no se ha añadido ningun método nuevo de tratamiento á los que acabamos de enumerar; al contrario, se ha suprimido la escision como inútil y muchas veces peligrosa, pero se ha perfeccionado mucho la manera de ejecutar la compresion y la ligadura, así como todo lo referente al diagnóstico de la enfermedad.

De la amputacion de los miembros. Una multitud de circunstancias pueden obligar al cirujano á practicar la amputacion de un miembro para salvar la vida del enfermo, y á pesar de esto solo se mencio-

(1) Lib. II cap. X.
(2) Aecio. *Tretrabilion*, lib. XV cap. X.
(3) Razis *Continente*, lib. XIII, cap. VII, fen. 270. Pablo de Egina, lib. VI cap. XXXVI. Albucasis *Cirnjia* lib. II, seccion 118.
(4) *Practica quirúrgica copiosa*, lib. IX, tratado VII, cap. VI folio 123.

na semejante operacion una sola vez en los escritos hipocràticos. He aquí como se espresa el autor: «cuando por una fractura viene repentinamente una gangrena, todo el cuerpo decae. Si los huesos han sido interesados, las carnes que deban caerse, se separan al instante; pero si los huesos están sanos, aunque las carnes caigan al instante, poco á poco se esfoliarán en la parte que quede al descubierto. Se debe quitar, despues de la articulacion, todo lo que está por debajo de la gangrena, teniendo cuidado de no tocar á lo vivo, porque si se toca y corta un punto que todavia tiene vida, se espone á que el enfermo tenga dolores que le produzcan congojas frecuentemente mortales.» (1) Se vé, pues, uno obligado ó inclinado à creer por este mismo pasaje, que la amputacion completa de un miembro rara vez la practicaban los Asclepiades ó quizá jamás; porque ellos no ignoraban ya, por la esperiencia que tenian, que son menos los enfermos que mueren por los dolores que por hemorragia é inflamacion. Pero lo que prueba mejor el poco hábito que tenian de practicar la amputacion es que no hacen mencion de este medio quirúrgico ni aun en las circunstancias mejor indicadas.

Es probable que los cirujànos de Alejandría fueran los primeros que se atrevieran á practicar semejante operacion. Celso la aconseja en los casos de gangrena total de un miembro sin haber acometido todavia al tronco, aunque confiesa el grave peligro que hay en llegar allí: «pero, añade, que cuando no hay mas recurso, debe emplearse; cualquiera que sea el resultado que dé.» Por lo demás, quiere que se ampute entre la parte muerta y la viva, de suerte que interese mas esta, pero siempre à cierta distancia de la articulacion. Cuando se ha llegado al hueso, recomienda serrarle lo mas arriba posible á fin de que quede mas carne para cubrir el muñon. (2)

El método de las grandes amputaciones sufrió pocas reformas en los siglos de decadencia que siguieron. Como el peligro mas inmediato en estos casos, es la hemorrajia; se imaginó para evitarla, cauterizar el muñon, unas veces con el hierro candente, otras, con la pez hirviendo, ó con otras sustancias escaroticas. Como es de presumir, resultaban de esta práctica dolores atroces, inflamaciones espantosas que debian acabar con la mayor parte de los enfermos y disgustar á los operadores; por eso Guy de Chauliac daba el precepto de dejar caer la parte por si misma mas bien que recurrir á la amputacion. (3)

(1) *Tratado de las articulaciones*, § 24.
(2) Lib. VII cap. XXXIII.
(3) *Cirujia*, tratado VI doctrina I, VIII.

Una era nueva comenzó á lucir para esta rama de la cirujía cuando Ambrosio Pareo sustituyó la ligadura de las arterias á la cauterizacion en la primera cura. (1) Desde esta época fué perfeccionándose el manual operatorio y el tratamiento consecutivo, discutiéndose además el valor de las amputaciones mediatas ó inmediatas. A la cabeza de los cirujanos que tomaron parte en esta honrosa lucha, citaré á D. Anel, Juan-Luis Petit, H. F. Ledran, Antonio Luis, Ulric Bilguer, Brasdor, Benjamin Bell, Pedro-José Dessault, J. Hunter.

De la ortopedia. Nicolás Andry es el primero que ha escrito un tratado sobre esta parte de la cirujía, que tiene por objeto prevenir ó correjir las deformidades del cuerpo en los niños. Esta definicion, conforme con su etimolojía, es clara, y nos parece precisa muy bien el objeto que se propone en esta parte del arte contentemonos, pues, con ella. En los libros mas antiguos de medicina se encuentran algunos indicios de este ramo, especialmente en el tratado de las *Articulaciones* de la coleccion hipocrática en donde se lee, entre otras cosas, el pasaje siguiente: «Hay algunas luxaciones congenitas en que el desviamiento es pequeño y por consecuencia fáciles de reducirse, sobre todo las del pié. El pié de piña congenito es curable en la mayor parte de los casos á menos que no sea muy grande la desviacion ó que los niños sean grandes. Lo mejor es tratar lo mas pronto posible esta enfermedad, antes que los huesos hayan sufrido una grande modificacion y antes que las carnes se hayan disminuido mucho. Hay muchas especies de piè de piña, la mayor parte no son luxaciones completas, sinó desviaciones del pié hácia adentro retenido por una fuerza cualquiera de un modo permanente. He aquí los puntos que es preciso tener presentes para el tratamiento. (2)» El autor traza aquí detalladamente el método curativo de estas deformidades.

Todas las obras de cirujía que se han escrito despues contienen algunos fragmentos relativos á esta materia, pero estos documentos diseminados en muchos capítulos, no forman en parte alguna un cuerpo separado de doctrina. Antes del siglo último, nadie se habia cuidado de reunir en un solo libro todo lo relativo á la ortopedia, era pues una idea luminosa llamar la atencion de los hombres del arte hàcia este objeto especial, que tarde ó temprano debe contribuir á la perfeccion física del hombre. Aunque la obra de Andry, la mas importante que se ha publicado en todo el siglo XVIII se resienta de algunas im-

(1) Obras completas de A Pareo. Paris 1840, t. II pág. 224.
(2) Obras de Hipócrates trad. de Mr. Litre t. IV pág. 268; *Tratado de las articulaciones*, § 62.

perfecciones propias de un primer ensayo, no carece, hoy todavía, de mérito; en ella se encuentran consejos juiciosos, observaciones llenas de sagacidad, al lado de muchas preocupaciones y ridículos errores. (1) Indicaremos, todavía, como dignas de ser consultadas las obras Levacher de la Feutrie, de J. Venel, de Ant Portal, etc.

CAPITULO VII.

Obstetricia.

Hemos visto que el arte de los partos estaba muy atrasado con relacion á las demás ramas de la cirujía, á pesar de los laudables esfuerzos de algunos cirujanos para sacarle del estado de abyeccion en que vegetaba. (2) Pero una causa especialísima se oponia á sus adelantos: la mayor parte de mujeres eran asistidas en sus partos por matronas ignorantes que apegadas á su vieja rutina la seguian sin variacion alguna desde tiempo inmemorial, é impedian toda innovacion. Los comadrones solo eran llamados en casos estraordinarios, es decir, en los casos graves y urgentes y no podian por eso adquirir sinó con mucha dificultad los conocimientos capaces de inspirar útiles reformas. Apesar de esto, fué desapareciendo poco á poco la preocupacion que los mantenia alejados de la práctica de este ramo y una nueva era se abria para la obstetricia.

Desde el principio del siglo XVII una matrona, Luisa Burgeois, conocida con el nombre de Boursier, matrona de Maria de Medícis, publicó una serie de observaciones (3) en las cuales se encuentran algunas ideas nuevas. (4) En fin el arte de los partes dejó de ser una rutina para tomar un aspecto verdaderamente científico basado en principios racionales, cuando Francisco Mauriceau, comadron en gefe del Hotel Díeu de París, publicó su tratado de las enfermedades de las mujeres embarazadas y recien paridas, tratado que comprende una serie de observaciones metódicamente dispuestas, debidas á sus predecesores y las que recojió en su práctica.

---

(1) *La ortopedia ó el Arte de prevenir y corregir en los niños las deformidades del cuerpo.* Paris 1741, 2 vol. en 12 con láminas.

(2) Véase *Ensayos históricos criticos y literarios sobre los partos*, por P. Sue. Paris 1779, 2 vol. en 8.°

(3) *Observaciones diversas sobre la esterilidad perdida del fruto, fecundidad, parto, enfermedades de las mugeres y niños recien nacidos.* Paris 1609 ó 1626.

(4) Citamos como una escepcion á la regla general en estos últimos tiempos dos parteras cuyos trabajos son hijos de una sana observancia: Madama Lachapelle, partera en jefe de la casa de partos de París. (*Práctica de los partos*, Paris 1825, 3 vol. en 8.°) Madama Boivin de la casa Real de Salud. *Memorial del arte de los partos.* 4.a edicion. Paris 1836.—*Tratado de las enfermedades del utero.* Paris 1833, 3 ediciones en 8.°

La primera edicion de esta obra, apareció en 1668, y fué traducida á casi todas las lenguas de Europa, contribuyendo poderosamente á vulgarizar las sanas doctrinas de obstetricia. Una vez abierto el camino, se lanzaron una multitud de competidores á engrandecer su campo con sus trabajos, distinguiéndose en este número, Pablo Portal, Deventer Peu, Amand, Delamotte, contemporáneos todos y que forman la transicion de los siglos XVII y XVIII.

Hácia la misma época los Chamberlayne, familia de médicos ingleses que se dedicaba á la práctica de los partos, inventaron un instrumento para extraer la cabeza cuando esta encuentra algun obstáculo á su paso. El uno de los dos, Hugues, vino á París á hacer el ensayo de su instrumento, pero no habiendo dado buen resultado en un caso difícil, pasó á Holanda, donde obtuvo mejor éxito. Dos comadrones de este país, Roonhuysen y Ruyschio, compraron su secreto que le guardaron con escrupulosidad, sin duda por honrar la memoria del inventor ó por la humanidad. Pero en 1721 un cirujano de Gante, Juan Palfyn, deseando descubrir el secreto de los Chamberlayne, tuvo la idea de construir un tira-cabezas compuesto de dos cucharas de acero, empeñándose despues en darlo á conocer, por cuya circunstancia se le considera como el primer inventor de este instrumento. Su tira cabezas ventajosamente modificado por Smellie en Inglaterra y Levret en Francia, à tomado su puesto, bajo el nombre de *Forceps*, entre los descubrimientos mas útiles de la cirujía moderna. Esto ha hecho que se empleen con menos frecuencia los ganchos y otros instrumentos mortíferos y aunque ha tardado casi un siglo en hacerse frecuente su uso, puede decirse sin exageracion, que ha salvado la vida á una multitud de mujeres y de niños.

Durante el siglo XVIII se elevó la obstetricia hasta cierto punto á un grado de perfeccion parecido á las ciencias exactas por el concurso de un gran número de cirujanos distinguidos que se ocuparon de ella de una manera especial. Me es imposible citar aquí los nombres de los que mas servicios han prestado á este ramo del arte: solo lo haremos de los mas notables, como Smellié y Levret, despues siguen Puzos, Burton, Rœderer, Denman, Stein, Deleurye, Saxtorph, Solaires y su discípulo Baudelocque, el mas célebre entre estos últimos. (1)

(1) Baudeloque no solo fué el comadron mas célebre del último siglo, sinó el mas agradecido para con sus maestros. He aquí los términos en que se espresa:

«Si muchos hombres, dice, han hecho grandes servicios á sus semejantes con sus escritos en el arte de los partos, hay otros muchos cuyo saber, por decirlo así, ha pere-

Al mismo tiempo que se perfecionaba el arte, se multiplicaban los establecimientos donde se enseñaba. En todas las capitales de Europa y en otras ciudades se establecían escuelas prácticas en donde se educaban una multitud de discípulos de ambos sexos. Estos jóvenes comadrones y estas nuevas parteras se repartian por las ciudades y los campos y llevaban allí los conocimientos que habian adquirido, combatiendo de paso las preocupaciones existentes. Para apreciar mejor los progresos efectuados en la práctica de la obstetricia durante el período de que hablamos, vamos á examinar por su órden algunos de los puntos capitales de esta parte de la ciencia.

I. De la preñez. Para reconocer los antiguos el estado de preñez habian admitido una multitud de señales insignificantes y prácticas ridículas, en medio de las que hay algunos síntomas de verdadera significacion, tales como el aumento de volúmen del cuello, los movimientos que siente la mujer en el vientre, la cesacion de las reglas, el desarrollo de las mamas, la secrecion de la leche. Este conjunto de síntomas constituye, sin duda alguna, una presuncion fuerte para la existencia del embarazo, sinó su certidumbre; pero es raro encontrar todas estas señales reunidas en una misma mujer; de manera que en la mayor parte de los casos, no podian llegar los antiguos sinó á alcanzar una probabilidad mas ó menos grande. Los modernos han añadido á estos síntomas otros por los cuales se llega mas pronto y con mas seguridad al conocimiento de la preñez: estos signos son: 1.° el tacto vaginal, 2.° los que suministra la auscultacion, medio empleado en nuestros dias.

II. Del parto natural. Los antiguos ignoraban por completo las relaciones que deben existir entre la cabeza del feto y la pelvis de la madre para que el parto se terminara por los solos esfuerzos de la naturaleza; tampoco tenian mas que ideas falsas ó vagas sobre el mecanismo de esta funcion y sobre los verdaderos agentes que concurren á producirla. Creian, por ejemplo, que la salida del feto era solo debida á los esfuerzos que el hacia para desembarazarse de sus cubiertas, mientras que hoy esta bien demostrado que en el acto del parto el feto

---

cido con ellos, á los cuales la sociedad no hubiera sido menos agradecida si sus muchas ocupaciones y una muerte prematura no hubiera impedido publicar el fruto de sus trabajos y esperiencia. Uno de estos cuyo recuerdo perpetuará siempre nuestro sentimiento y nuestro reconocimiento al que nos consideramos obligados, es Solayrès. Le conservamos en la memoria no menos por la estimacion que nos tenia, sinó por su profundo saber en el arte de los partos que ejerció toda su vida con la mayor distincion. Lo que yo haya podido recojer de su doctrina no disminuirá en nada el precio de su pérdida, porque el hombre no ha podido trasmitir su génio con los conocimientos que poseia» *El arte de los partos* introduccion, pág. X, 3.ª edicion, 1798.)

solo desempeña un papel pasivo y que su espulsion del claustro materno es producida por la contraccion del útero y de las paredes abdominales. Los antiguos tambien se figuraban que la cabeza encajaba en la pelvis y la atravesaba conservando siempre la misma posicion; ahora bien, el mas sencillo exámen de las partes basta para convencerse que las cosas no pueden pasar asi. En efecto, es preciso que la cabeza, á medida que avanza en la escavacion de la pelvis, ejecute un movimiento de rotacion que forme un cuarto de círculo á fin que sus diámetros mas pequeños correspondan exacta y constantemente à los diámetros de este canal osteo membranoso. El conocimiento de estas particularidades y de otras muchas, no es, como pudieran figurarse las personas estrañas al arte, un conocimiento puramente especulativo; no: es un conocimiento indispensable para que el comadron esté al corriente de los progresos del parto y para que en cada una de sus fases pueda apreciar con exactitud la naturaleza de los obstáculos que retardan ó detienen el cumplimiento de esta funcion.

III. Del parto laborioso. La muerte del feto en el cláustro materno ó su estrema debilidad, constituye á los ojos de los antiguos un accidente muy grave que consideraban como un obstáculo imposible de vencer para la terminacion natural del parto, debido todo á la opinion errónea que tenian de que este dependia de los esfuerzos del feto. En consecuencia en esta coyuntura, no titubeaban echar mano de los ganchos para extraer el feto, operacion siempre funesta para él, aun en el caso de conservar todavia algo de vida y que tampoco dejaba de ser peligroso para la madre. La esperiencia y una teoría mejor del mecanismo del parto han demostrado que la muerte del feto no es un gran obtáculo para el cumplimiento de este acto, puesto que no hace mas que retardarlo algo, y que ella por si misma jamás podria dar lugar al empleo de instrumentos mortíferos.

Hipócrates considera tambien la presentacion de los pies como muy peligrosa y aconseja recurrir en estos casos á diversas maniobras que tiendan à colocar la cabeza en el estrecho, maniobras casi siempre infructuosas y con frecuencia perjudiciales. (1) Moschion, célebre comadron del siglo II de la era cristiana, Celso y Pablo de Egina apreciaron mejor los inconvenientes de esta presentacion, y á la verdad, la consideraron como mucho menos ventajosa que la de la cabeza, pero no como constituyendo un obstáculo insuperable á la terminacion espontanea del

(1) *Tratado de la superfectacion.—Tratado de las enfermedades*, Lib. I.

parto. En las presentaciones de espalda y otras partes del tronco, los mismos comadrones establecen en principio que es preciso tentar al instante el colocar la cabeza en el estrecho y que si esto no es posible, que se busquen los piés y sacar de este modo el feto. (1)

Los modernos convencidos de la dificultad de colocar la cabeza en el estrecho y de los peligros que entrañan tales maniobras, tanto para el feto como para la madre, han dado el precepto formal de ir á buscar los piés en todas las presentaciones de tronco y terminar el parto con la mano. Aconsejan obrar siempre de la misma manera todas las veces que una hemorrajía á las convulsiones imponen la necesidad de terminar el parto.

Cuando la cabeza colocada en la escavacion de la pelvis no puede subir ni bajar por consecuencia de la inercia del utero ó por la considerable disminucion de las fuerzas de la madre, el forceps es el mejor medio de salvar á este, sin comprometer la vida de los dos, mientras que antes de la invencion de este instrumento, se reducia la maniobra á partir ó horadar el cráneo y sacarlo con un gancho. Todavia se podia recurrir en este caso á la sinfisiotomía, si las dimensiones del estrecho inferior de la pelvis. no permitiesen obrar con libertad el forceps. En fin, aunque la operacion cesarea se cenozca desde la mas remota antigüedad, parece que no fué practicada en el vivo en aquellos tiempos. Era un recurso estremo empleado en las mujeres muertas durante el parto: así una ley romana atribuida á Numa Pempilio. (*Lex regia*) prescribe abrir á toda mujer en estado de embarazo á fin de salvar al niño si era posible. El primer ejemplo auténtico de histerotomía ejecutado sobre una mujer viva no pasa mas allá del siglo XV como ya tenemos dicho. Cuando un vicio de conformacion de la pelvis ó el volúmen estraordinario del feto, hace imposible el paso de este al través de los órganos maternos, los antiguos no conocian otro medio que hacerle pedazos y sacarle de este modo. Los modernos se han atrevido, en casos semejantes á hacer la operacion cesarea y algunas veces han logrado salvar á la madre y al hijo. (2)

IV. *Del alumbramiento ó salida de la placenta.* Los Asclepiades habian conocido la mucha importancia que tiene este último tiempo del parto; sus libros hacen mencion de el en muchos puntos, y en medio de una multitud de remedios raros é inútiles que recomiendan

(1) Pablo de Egina, libro III, cap. LXXXVI.—Aecio. Tetr. IV. serm. 4, cap. XXIII.—Celso lib. VI, XXIX.

(2) Véanse las observaciones de los profesores. Stoltz. *Memorias de la Academia real de medicina*. Paris 1836, t. V, pág. 91;—P. Dubois. *Boletin de la Academia real medicina*. T. III, pag. 694: t. V pág. 25.

como capaces de hacer salir á la placenta, solo merece describirse el siguiente proceder:

Colocad, dicen, á la mujer en una silla agugereada ó si está muy debil, echarla en una cama muy inclinada; poned despues el niño sostenido por su cordon sobre lana recien cardada y blanda, á fin de que su peso haga salir la placenta con suavidad y sin sacudidas, ó bien tenez juntos dos pellejos llenos de agua, cubrirlos con la lana y colocad encima el niño, despues de lo que hareis un agujero en los pellejos de manera que salga el agua y el peso del feto arrastrará la placenta. (1)

Celso, para llenar la misma indicacion lo hace de una manere mas sencilla y mas racional. «El médico, dice, debe dar el niño á un ayudante, despues ejercer atracciones moderadas sobre el cordon con la mano izquierda, de suerte que no le rompa. Si esto no basta, llevará la mano derecha á lo largo del cordon hasta la placenta, la separará de las adherencias vasculosas y membranosas que la unen con la matriz y la sacará, así como los coagulos que pueda haber dentro del utero.» (2)

Los comadrones posteriores han seguido el consejo de Celso, y los modernos lo han completado, precisando los casos en que es indispensable estraer las secundinas ó en los que conviene aguardar, indicando la conducta que se se debe observar cuando la placenta está enclavada ó el cordon unbilical roto.

CAPITULO VIII.

Medicina legal.

Si se define, con Foderé, la medicina legal la aplicacion razonada de todos los conocimientos físicos, naturales y médicos á la confeccion de las leyes, á la administracion de justicia y la conservacion de la salud pública; nadie duda que la história de los pueblos antiguos nos ofrece pocos ejemplos de esta especie de medicina. Hemos indicado tres muy notables en la lejislacion de los hebreos, egipcios y otras naciones célebres de la antigüedad. Las antiguas leyes romanas atribuidas á Numa Pompilio conocidas con el nombre de *Leges regiæ* contienen tambien una aplicacion importante y muy juiciosa de los conocimientos médicos y físicos de su época; en muchas de sus disposiciones relativas á los testamentos, al divorcio, á la nulidad del matri-

(1) *Tratado de la superfetacion* § 8. Véase el libro de la *naturaleza de la mujer* y el primer del *Tratado de las enfermedades de las mujeres.*

(2) Lib. II, cap. XXIX.

monio, al aborto. á la supervivencia etc. Paréceme que esta definicion abraza muchos objetos y que la ciencia médica considerada, como acabamos de decir, en todas sus aplicaciones al gobierno del Estado y á la salud de los pueblos, ha sido llamada con mas propiedad por escritores modernos, *Medicina política.*

En consecuencia, definiremos la medicina legal con algunos médicos legistas de una gran reputacion, *el conjunto de conocimientos físicos y médicos propios para ilustrar á los magistrados en la administracion de justicia.* (1)

La costumbre de llamar á los médicos á los tribunales de justicia, para ilustrar á los jueces sobre ciertas cuestiones que exijen conocimientos médicos y físicos no es muy antigua. Foderè, de quien tomamos lo mas importante de este capítulo, dice que comenzó bajo los primeros emperadores cristianos y que debió su orígen á la influencia de la autoridad eclesiástica.

Carlomagno confirmó despues lo que habia mandado Justiniano: ordena en sus capitulares que, *en las cuestiones que tengan relacion con la naturaleza humana, los jueces se apoyen en el pareeer de los médicos, y que las visitas así como los informes sean hechos por maestros examinados y no sospechosos, por jurados científicos y conocedores de tales cosas.* El tribunal de Chatelet, parece ser el primero que comprendió la necesidad de tener en cuenta la opinion de los médicos espertos, cuyas luces invocaba todas las veces que tenia necesidad. Un edicto de Felipe el Hermoso de 1311 califica al Maestro Juan Picard, con el título de cirujano jurado del Chatelet.

Sin embargo, en esta época la medicina legal se hallaba en su infancia; solo se componia de un pequeño número de nociones diseminadas en los tratados generales de medicina y cirujía y obscurecidas por algunas preocupaciones. Habia tambien matronas juradas como los médicos. Lorenzo Joubert cita en su *coleccion de errores* populares, tres informes de matronas relativos á actos de violacion y estupro. Estos informes dados uno en Paris, otro en el Bearnes, otro en Carcasona convienen entre si para considerar ciertas lesiones como indicios seguros de violencia y atentado al pudor. De donde concluye el autor que la opinion de los espertos de su tiempo era unánime; mas el no titubeó en combatir esta opinion, discutiendo uno á uno los signos indi-

(1) Vease Prnulle. Discurso pronunciado en la Facultad de Monpeller, 1814.—M. Orfila. *Lecciones de medicina legal*, t. I, seccion primera.—Marc *Diccionario de medicina* en 21 volúmenes. Palabra medicina política.

cados en estos informes: y demuestra, apoyado en las autoridades mas respetables de la medicina, que son muy ligeras ó falsas.

La constitucion publicada por el emperador Cárlos V en 1552, dió una grande importancia á la medicina legal, estendiendo y precisando mucho mejor que se habia hecho hasta entónces sus atribuciones. Este lejislador trata en detall las cuestiones de infanticidio, de heridas, de envenenamientos, de aborto, y menciona los medios de comprobar esta clase de crímenes. Quiere que los hombres empiecen por establecer de una manera positiva el cuerpo del delito y traza las reglas para la redaccion de las declaraciones periciales. El artículo 147 de esta constitucion prescribe examinar, antes de todo, cuando una herida grave á sido seguida de muerte; si esta es efecto de la herida ó si proviene de alguna otra causa tal como el descuido, la impericia en el tratamiento etc. Muchas ordenanzas de los reyes de Francia contienen disposiciones análogas, especialmente la de Enrique III, fecha 1670. (1)

En los primeros años del siglo XVII Fortunato Fidelis reunió cuanto se habia escrito sobre esta materia y publicó el primer tratado especial de este ramo. Desde entonces tuvo la medicina legal una existencia propia, distinta, que produjo un aumento rápido en sus doctrinas. Pablo Zacchias, médico del Papa Inocencio X contribuyó mucho á su propagacion, publicando sus cuestiones médico-legales que gozaron por mas de medio siglo de una reputacion universal, y hoy todavia conservan, á pesar de los rápidos progresos de las ciencias naturales, gran parte de su interés. (2)

La medicina legal no constituye, matemáticamente hablando, una rama particular de la medicina, no es mas que la aplicacion especial de los conocimientos que esta suministra para el esclarecimiento de ciertas cuestiones judiciales. Pero esta especial aplicacion exige, para ser bien dirijida, un tacto, una costumbre que todos los prácticos no pueden adquirir y ademas un conocimiento de las leyes al cual son con frecuencia estraños. Por eso muchos reyes de Francia, Enrique IV y Luis XIV, entre otros, habian creado en todas las corporaciones y ciudades principales, *médicos Jurados* encargados de ilustrar á los tribunales de justicia. «Este establecimiento, dice Fodèré, no hizo todo el bien que prometia, porque fué acometido desde su origen de una enfermedad mortal; la venalidad de los cargos.» Sin embargo, es-

(1) *Cuatro libros de relaciones de los médicos* en los cuales se tratan con estension de todas las cuestiones que tratan estos en las causas públicas y forenses. Palermo 1602.
(2) *Questiones médico-legales*, 1.ª edicion completa. Amsterdam 1651.

te escritor tan filósofo, no titubea en querer restablecer en nuestros dias una institucion parecida, despojàndola del vicio orijinal que censura.

Entre los médicos legistas del siglo XVIII cuyos escritos han contribuido mas á los adelantos de la ciencia, citaremos con preferencia à Juan Bolm, profesor en Leipsick; Miguel Bernardo Valentin, profesor de la Universidad de Hallé, uno de los sectarios mas distinguidos del Stalianismo; Herman Federico Teichmeyer profesor de la Universidad de Jena, que tuvo por discípulo y por yerno á A. Haller; Olivier Mahon, profesor de la escuela de París; Juan Daniel Metzger, profesor de la Universidad de Kænigsberg, J. P. Frank y otros muchos; pero sobre estos, el sábio que nos ha proporcionado estos datos.

CAPITULO IX.

Clínica.

Hemos dicho ya que se podian distinguir dos modos de enseñanza clínica, la *oral* y la *escrita*. En la primera los discípulos ven los enfermos, los examinan, aprecian por sí mismos los síntomas, el curso y la terminacion de las enfermedades, así como los remedios prescritos por el profesor: es la enseñauza clínica propiamente dicha, tal como se practicaba entre las familias sacerdotales de Egipto y la Grecia dedicados al culto de Esculapio y tal como existe hoy en todas las facultades y escuelas de medicina. El segundo modo de enseñanza clínica, consiste en las observaciones ó las historias de las enfermedades recojidas á la cabecera de los enfermos, con todos los detalles del tratamiento y publicadas despues para instruccion de los discípulos y los progresos de la ciencia. Esta especie de repertorios clínicos tienen, en efecto, una grande utilidad: el nosólogo puede y debe sacar de ellos los caracteres naturales de las especies morbosas que describe, el terapéutico encuentra modelos de tratamiento para cada enfermedad y de ellos deduce las reglas generales y particulares de su arte. Así los hechos de la práctica diaria observados con atencion y descritos con fidelidad, sirven para constituir la ciencia, para aumentarla á su vez, presentando en fórmulas abreviadas el resúmen de la esperiencia de todos los siglos, dirijiendo al práctico con una certidumbre cada vez mayor y ahorrándole infinitos tanteos y errores deplorables.

§ I. De la enseñanza clínica oral.

Ya sabemos el porqué este modo de enseñanza, la mas eficaz y mas propia para formar escelentes prácticos, se sostenía en las familias de los Asclepiades, particularmente en la de Coós, hasta la funda cion de la escuela de Alejandría, y porque habia sido abandonada despues para no volver á aparecer hasta una época inmediata á la nuestra. Algunos erúditos han creido encontrar rastros de esta clase de enseñanza en la historia de las universidades árabes y citan en apoyo de esta opinion un pasaje de Ali-Abbas en el cual ásegura este autor haber recojido á la cabeza de los enfermos la mayor parte de las historias que refiere, y otro en donde recomienda á los médicos jóvenes la asistencia á los hospitales. Pero la asistencia de algunos discípulos á las visitas y á las consultas de escuela de hospital, no constituye tampoco una enseñanza clínica; como tambien la costumbre adoptada por algunos prácticos de la antigua Roma de llevar tras si por las calles y á las casas de sus clientes un gran número de personas de todas clases, que los decoraban con el título de discípulos.

El primer ensayo oficial de enseñanza clínica de que hace mencion la historia de la medicina, despues de la caida de las escuelas asclepiadeas, tuvo lugar en 1578 en el Hospital de S. Francisco de Padua. Los encargados fueron los profesores Alberto Dottoni y Marcos Oddo; el uno visitaba hombres, el otro mujeres. (1) Se ignora si despues continuo esta enseñanza, lo que si es creible que sufrió algunas interrupcion porque no se menciona ningun sucesor. En los primeros años del siglo XVII Otton de Henn profesor de medicina práctica en la universidad de Leyden introdujo la costumbre de dar lecciones á la cabezera de los enfermos. Francisco de Leboë conocido con el nombre de Sylvio, su sucesor, adoptó la misma costumbre; sus lecciones clinicos obtuvieron un éxito brillante; atrajeron gran número de oyentes desde el año 1658 hasta 1672; lo que á hecho que se le considere como el fundador ó restaurador de esta enseñanza.

Apesar de la importancia de esta innovacion y de su indisputable utilidad, los sucesores de Sylvio la olvidaron casi por completo. Esta enseñanza no volvió á darse por mas de cuarenta años, hasta la época en que Hermann Boerhaave investido de grandes facultades por la universidad de Leyden fué encargado de la cátedra de medicina. El ilustre profesor comprendió al instante las ventajas que semejante

(1) Comparetti. *Relacion de la escuela clínica del hospital de Padva*. pág. 6,—Tomasio *Del ginnasio paduano*, lib. IV, pág. 420.

institucion produciria á los discípulos si se hacia ante ellos y á la cabecera de los enfermos la aplicacion práctica de los principios teóricos.

Aunque el hospital de Leyden ofrecia pocos medios para la enseñanza práctica por el pequeño número de camas que contenia, Boherhaave supo sacar partido con tanta habilidad, que bien pronto vinieron oyentes de todos los puntos de Europa. Su reputacion, que ya era muy grande, porque habia publicado sus dos mejores obras, las *Instituciones* y los *Aforismos*; llegó á su colmo. Venian á consultarlo de los paises mas lejanos, le escribian muchos soberanos y el mismo Papa, á pesar de ser protestante. En fin, en una circunstancia memorable recibió un testimonio público de simpatía de sus conciudadanos; fué que habiendo caido enfermo é interrumpido durante seis meses sus lecciones iluminaron la ciudad espontánea y libremente el primer dia que se levantó. Ahora si nos dedicamos á darnos cuenta de los verdaderos títulos que recomiendan á este hombre ilustre á la admiracion de la posteridad, los encontraremos muy justificados en el pasaje siguiente de uno de sus biógrafos: «Boherhaave, dice, ha influido grandemente mientras vivió y despues de muerto sobre la medicina. Inferior en génio á sus contemporáneos, Federico Hoffmam y Stahl, tuvo mas reputacion que estos y sus doctrinas han prevalecido mucho mas tiempo que las de sus rivales. Debió esta ventaja al brillo de su enseñanza y á las brillantes cualidades de su talento. Dotado de una actividad y de una facilidad raras, adquirió los conocimientos mas variados y estensos que entónces se conocian, formó un sistema uniforme en todas sus partes y le espuso en sus cursos y en sus libros con una precision y claridad que revelaba una facilidad de accion poco comun, bastante para arrastrar tras si todos los votos, como sucedió. Su sistema que puede considerarse como un verdadero eclécticismo, se compone de algunas ideas de Themison y de los antiguos metodistas, de otras de la quimatría de Leboë, y mas, que todo, de teorías mecánicas de los yatro-químicos, á los cuales se inclinaba por gusto y por la aficion que tenía á las ciencias matemáticas. Dominan pues estas teorías en su sistema, por lo que le han colocado entre los médicos mecánicos. Lo mas sensible es que apesar de su génio, se dejase arrastrar, contra sus propias convicciones, por el espiritu de sistema y de las hipótesis.

Comenzó por predicar con entusiasmo el método de Hipócrates y concluyó por seguir el ejemplo brillante, pero inseguro, de Galeno.» (1)

(1) *Diccionario histórico de medicina* de M. Deze. Palabra Boerhaave.

El prodijioso éxito de la clínica de Leyden fué decisivo en favor de este método de enseñanza. Desde el año siguiente 1715, el soberano Pontífice fundó en Roma una cátedra igual dirijida por el célebre Lancisi; pronto hacen lo mismo Edimburgo en Escocia, Viena en Austria, Pavia y otras ciudades de Italia, Alemania é Inglaterra y mas tarde Francia, que abrió en París la primera cátedra de esta enseñanza (1765) siendo Corvisar y Leroux los encargados de ella. En fin, en el siglo XVIII llegó á establecerse en todas las escuelas de medicina de Europa y en algunas del nuevo mundo.

Despues que murió Boerhaave, decayó mucho la enseñanza clínica en la universidad holandesa. La de Edimburgo y sobre todo la de Viena, ocuparon el primer lugar, no teniendo rival por mas de medio siglo. La cátedra de Viena fundada en 1733 por Van-Swieten, bajo la proteccion de la emperatriz Maria Teresa, fué desempeñada sucesivamente por Antonio de Haën, Maximiliano Stoll y Juan Pedro Frank, que la desempeñaba á principios del siglo actual, despues de haber sido una de las glorias de la universidad de Pavia. Así que despues de una interrupcion de mas de mil años, la enseñanza clínica se levantó mas brillante que lo habia estado hasta aquí. (1)

§ II. Coleccion de observaciones clínicas.

Hemos visto que los médicos del periodo erudito que observaron y describieron con mas cuidado que los de la edad media las enfermedades, habian descubierto un grau número de especies morbosas que se habian escapado á la penetracion de sus predecesores, tales como la sífilis, el escorbuto, la rafania etc. Todavia se aumentó mas el número de observadores en el periodo reformador, pero estos se dedicaron, menos á describir especies nuevas, que ha determinar mejor los caracteres de las ya existentes, á formar descripciones y clasificaciones

(1) En este párrafo hemos bosquejado la historia de la enseñanza clínica, pública y oficial. En cuanto á la privada y libre, todo conduce á creer que ha existido siempre, pero cuya marcha no podemos trazar con seguridad. Es casi seguro que haya habido en todos tiempos médicos que hayan llevado consigo jóvenes á visitar á los hospitales ó casas particulares formando su práctica con esto ó con los consejos del profesor. Así es como los archiatos populares erigidos por los edictos de los emperadores romanos, estaban encargados de instruir y examinar á los aspirantes á médicos, así es como fueron instituidas temporalmente algunas clínicas en Persia y otros paises sometidos á la dominacion árabe; así es como desde el año 1780 L. Deshois de Rochefort, (nacido en Paris el 9 de Octubre de 1750 y muerto el 26 de Enero de 1786,) daba sus lecciones clínicas en el hospital de la ciudad á las cuales acudian gran número de oyentes. (Véase para mas detalles la tesis inaugural de Mr. Brutileida en 1805 en la Facultad de medicina y el discurso preliminar de M. A. Gauthier, ha puesto á la cabeza de su traduccion de la *Medicina práctica* de J. Val-Hildembrand.) Paris 1824, 2 vol. en 8.°

mas exactas, mas metodicas, como dejamos dicho en el capítulo *Nosología*. Durante este periodo se estudió con preferencia la influencia de los climas, de las estaciones, del réjimen de las constituciones epidémicas. Era, en efecto, un ramo olvidado desde mucho tiempo y que prometia una gran cosecha de descubrimientos, porque los progresos de la física y la química ofrecian á los hombres del arte medios de comprobar con una precision desconocida por los antiguos las variacienes de temperatura, las cualidades del aire, de los alimentos, de las bebidas, en una palabra, la influencia de los agentes higiénicos. Bajo este punto de vista es como únicamente vamos á considerar los resultados de las observaciones clínicas recojidas durante los dos últimos siglos.

Hipócrates habia legado á sus sucesores un brillante bosquejo de topografía médica en su tratado de *Aires, aguas, y lugares*; de la misma manera que dejó en los libros 1.° y 3.° de las *Epidemias* algunos cuadros de constituciones epidémicas dignas de figurar y servir de modelo á la época en que fueron trazadas. Pero los médicos posteriores se ocuparon poco de esto, á pesar de su reconocida utilidad, porque exije observaciones continuadas por muchos años y para lo que, es preciso, una paciencia, una abnegacion, una constancia, raras por cierto, entre los médicos; despues de la desaparicion de las escuelas asclepiadeas.

§ III. DE LAS CONSTITUCIONES EPIDÉMICAS.

La médicina hipocrática principió á preferirse al fin del siglo XVII y obtener la preferencia sobre el Galenismo cuando este se puso á estudiar la influencia del aire, del réjimen, de las constituciones epidémicas. Guillermo Baillou, fué el primero, entre los modernos, que se distinguió por sus investigaciones sobre esta materia. Este médico por su educacion, por su talento, por sus escritos, como por el tiempo en que vivió, forma la transicion del período erudito al reformador y presenta el paso insensible del galenismo de Fernel al hipocratismo de Sydenham y de Stoll. Profundamente versado en la lectura de los clásicos griegos y latinos, fácil para la réplica, sutil y elocuente en la argumentacion, fué apellidado en su juventud el *azote de los bachilleres*. Por sus cualidades pertenece á la clase de los médicos ergotistas y eruditos que marchaban por el mismo camino de Galeno; pero, cosa extraordinaria: á esta vivacidad de génio, acompañaba una dulzura de caracter y una modestia que se hacia querer por sus compañeros

tanto como era honrado por su talento. Estos le dieron una prueba irrecusable de su estimacion confiriéndole dos veces *por unanimidad*, el título de decano. Amigo de la independencia, pero mas amigo aun de la humanidad se le veia prodigar sus cuidados y su bolsillo en todo tiempo y lugar á los pobres y reusar al paso los cargos de la córte. Al concluir su decanato Baillou se dedicó por completo á la práctica de su arte y en ella desplegó un talento de observacion, una sinceridad y una exactitud, que sus cuadros epidémicos no tienen rival despues de los de Hipócrates. Así conquistó una gloria que ha hecho se le coloque á la cabeza de los hipocratistas modernos. (1) Baillou observó y describió las constituciones epidémicas que reinaron en Paris desde el año 1570 hasta el 1580.

He aquí el cuadro que traza de una de estas constituciones: «El año de gracia de 1573 fué el tiempo muy variable; durante él, jamás se vieron mayor número de enfermedades, particularmente calenturas cuartanas y lo mas chocante era que las calenturas afectaban este tipo desde su orígen. Los médicos viejos aseguraban que 20 años antes habia reinado un tiempo igual y habian perecido un número considerable de personas de cuartanas.

En la autopsía se encontraba el bazo blando é infiltrado, la bilis espesa y en corta cantidad en la vejiga cística. Los invadidos de cuartanas dobles ó de fiebres complicadas ó que intentaron curarse con remedios, casi todos sucumbieron. En los primeros dias de Enero, la fiebre cambió de carácter, en los unos se convirtió en doble terciana, en los otros en continua benigna. Despues una infinidad de personas sufrieron comezones, pústulas ardientes, llamaradas y dolores articulares; principalmente aquellos á quien la fiebre los habia dejado flacos y sin fuerzas. Los sudores que tenian algunos febricitantes, dependian de la sequedad del higado ó de la disposicion general del cuerpo?» (2)

Al cuadro general de cada epidémia acompaña las histórias particulares de algunos enfermos y los comentarios á que dan lugar, confirmando y esplicando los principales rasgos de la descripcion general. He aquí una de las histórias que he elejido á propósito entre las mas notables y cortas: «A la esposa del consul Lysseus, embarazada de siete meses la ha acometido un flujo como disentérico, con tenesmo. En seguida se presentó una fiebre contínua, bajando á deponer, pero sin

(1) Nació en Paris en 1538 y murió en 1616. La mejor edicion de sus obras ha sido publicada con este título. *Todas las obras médicas*, editor Th. Tronchin Ginebra 1762, 4 vol. en 4.°

(2) *Efemérides epidémicas*, lib. I, constitucion tercera.

resultado, mas de treinta veces durante la noche, y temia abortar. El mal estaba sostenido por un esceso de humores desprendidos, al parecer, de la rejion hepática. Se la dió ruibarbo y casia sucesivamente, así como se la echaron diferentes lavativas; dos veces se la sangró y se la dieron anodinos para prevenir el aborto. La enferma se restableció. (1) Cómo se vé, esta observacion clínica la misma que el cuadro que la precede, brilla, por la claridad y la concision que distinguen los escritos lejítimos de Hipócrates. Acaso podria culparse á Baillou como á su modelo, la falta de muchos detalles, pero es necesario recordar que el Hipócrates francés á acostumbrado á unir á sus histórias una esplicacion.

Una advertencia curiosa hay que hacer en el curso de este periodo histórico, y es, que ha medida que se engrandece la autoridad de Hipócrates, disminuye proporcionalmente la de Galeno. Sin embargo, hasta la terminacion del siglo XVI se habian confundido estos dos principes de la medicina en un culto comun, y el mismo Baillou les cita indiferentemente en sus comentarios. Pero despues de él, se hizo general la reaccion contra el galenismo, nadie se atrevió á invocar mas la autoridad del médico de Pergamo, mientras que casi hasta nosotros, hombres de tanta reputacion como Baglivió, Sydenham, Stahal, Pinel, se han honrado con el título de hipocratistas.

¿Qué diferencia hay, pues, entre el galenismo ó el dógmatismo de Galeno, de Oribasio, de Avicena, de J. Fernel y el hipocratismo derno? Nadie se ha cuidado de decirlo, acaso ninguno tenga formada de él una idea clara y precisa. Vamos, pues, á tratar de contestar á su silencio y trazar la línea que separa estas doctrinas.

Con este motivo, recordaremos aquí lo que tenemos dicho antes alusivo al dogmatismo, á saber, que se compone de dos teorías distintas, que son, la de la *coccion, las crisis* y la de los *cuatro elementos ó cuatro humores primordiales*. Galeno y sus sucesores abrazaron esta doctrina en totalidad, la estendieron, comentaron y se esforzaron esplicar por ella todos los fenómenos de la naturaleza humana. Pero los progresos de la física y la química en el siglo XVI demostraron la falsedad de la teoría de los cuatro elementos y hubo necesidad de renunciar á esta parte del antiguo dogmatismo para no atenerse mas que á la otra. Entonces se formó la secta de los hipocráticos modernos, los cuales solo han conservado de la doctrina de Hipócrates el dógma de

(1) *De los consejos medicinales*, lib. III, história VII.

la coccion y de las crísis, fundado en la existencia de un principio ó una fuerza intrínseca inherente al organismo y presidiendo ó al menos cooperando á todos los fenómenos, sea fisiológicos, sea patológicos que se desenvuelven en él. La consecuencia de esta teoría es considerar toda alteracion de la salud como un esfuerzo de la naturaleza ó del principio vital que tiende á desembarazarse de los obstáculos que se oponen al libre ejercicio de las funciones, de donde se desprende este aforismo; *que el médico es el ministro de la naturaleza*; que debe estudiar sus tendencias, respetarlas mientras no sean claramente nocivas y en fin no dar remedios, ínterin sean bastante las fuerzas naturales para conseguir la curacion, ya estèn aumentadas, ya disminuidas. Uno es hipocratista, en el lenguaje moderno, desde el momento que admite la autocracia de la naturaleza ó de las fuerzas vitales; importando poco que se incline al humorismo como Sydenham, al animismo como Stalh, ó hacia el solidismo como Pinel etc. Como se vé, hay en nuestros dias, una gran latitud en la calificacion de hipocrático y muchos médicos á quienes se dá este nombre ó que lo han tomado ellos mismos, han profesado doctrinas diferentes.

Sea lo que quiera, no vamos á examinar aquí el axioma fundamental del hipocratismo moderno. Este exámen vendrá bien en el capítulo de *Teorias y Sistemas*. Basta, por ahora, haber puesto de manifiesto esto que difiere del antiguo dogmatismo, es decir del galenismo.

Sydenham, que vivió á mediados del siglo XVII mereció el sobrenombre de Hipócrates inglés, tanto por las doctrinas que profesaba como por el profundo estudio que hizo de las constituciones epidèmicas. Partidario de la filosofía de Locke, del que fué contemporáneo y amigo, es uno de los primeros que llamaron la atencion de los médicos al estudio de la observacion pura y simple de los síntomas, cuyo ejemplo habia dado Hipócrates y consignado en alguno de sus libros.

Recordaremos aquí algunas máximas sacadas de las obras de Sydenham que nos parecen reasumir la filosofia médica de su autor. «En primer lugar, dice, conviene reducir todas las enfermedades á especies precisas y determinadas con el mismo cuidado y la misma exactitud que los botánicos lo han hecho con las plantas... En segundo lugar, el que quiera hacer una historia de las enfermedades, debe renunciar á todo sistema de filosofía, á toda hipótesis y marcar con precision los mas pequeños síntomas, imitando en esto á los pintores, que en sus retratos, tienen gran cuidado en representar hasta el me-

nor detalle de la persona que quieren representar....En tercer lugar, conviene, al describir una enfermedad; esponer por separado los síntomas propios ó esenciales, de los estraños ó accidentales; en fin, debe marcarse con cuidado la estacion que favorece mas la presentacion de un gènero de males. No son solo estas cosas las que es preciso tener presentes al escribir la historia de los males, pero si las principales.» (1) Estas son, pues, en patología las ideas de Sydemham.

En cuanto á la terapéutica se espresa de la manera siguiente: El grande Hipócrates, despues de haber establecido como un sólido fundamento del arte, este incontestable axioma; á saber, *que la naturaleza cura todas las enfermedades*, ha espuesto con claridad los síntomas de cada una de ellas, sin recurrir á hipótesis ni sistema alguno, como se vé en sus libros: ha dado tambien reglas para el tratamiento, fundadas en la marcha que sigue la naturaleza en la curacion y en la produccion de las enfermedades. He aquí poco mas ó menos en que consiste la teoria del padre de la medicina: ella no obliga á obrar al práctico mas que cuando la naturaleza es impotente, cuando se estravía y sale del círculo en que debe permanecer....Es absolu amente imposible que un médico conozca las causas morbosas ocultas, ó que no están al alcance de los sentidos, pero este conocimiento no es tampoco necesario.» (2)

En esta esposicion de principios es facil reconocer la doctrina de un hipocratista moderno, pero se encuentran en ella muchas de las máximas tomadas de los empíricos antiguos, tales como esta. «Es preciso describir los síntomas tales como se presentan, sin recurrir á hipótesis alguna y reducir las enfermedades á especies precisas y determinadas como hacen los botánicos con las especies vegetales.....Es absolutamente imposible que un médico conozca las causas morbíficas ocultas...» La primera de estas proposiciones recuerda los grupos sintomáticos ó los teoremas de los antiguos empiricos; la segunda escluye el conocimiento de las causas llamadas ocultas, contra la cual estos medicos filósofos han protestado siempre. Pero sin duda, algunos escritores, entre ellos Curt Sprengel, han colocado á Sydenham entre los empíricos, pero se distingue de estos por muchos aspectos, principalmente en que no se conforma con las sàbias máximas que hemos enunciado, sinó que al contrario, las desprecia y las contradice á cada paso. Podria citar una multitud de contradicciones, pero me conten-

(1) *Obras de medicina práctica.* Prefacio del autor desde el § VII hasta el XII inclusive. Traduccion de Jault.
(2) Ibidem del § XV al XX esclusivamente.

taré con las dos siguientes: «Toda enfermedad específica, dice nuestro autor, es una afeccion que proviene de una exaltacion ó de una alteracion específica de alguno de los humores del cuerpo.» (1) Por otra parte, queriendo esplicar la generacion de las calenturas de primavera, razona de este modo: «En invierno los espíritus concentrados por el frio, se fortifican en seguida; el calor de la primavera los hace mover, y como se encuentran mezclados entre los humores viscosos que la naturaleza durante el invierno ha acumulado en la masa sanguínea (aunque estos humores estén todavía menos viscosos que los desecados y espesados por el calor del estio, causen las calenturas de otoño) los espiritus, digo, encontrándose de esta manera embarazados y confundidos con los humores viscosos, hacen esfuerzos para desprenderse y por esto producen la efervescencia que ocasiona las calenturas de primavera. De la misma manera que si se arriman al fuego botellas de cerveza que han estado espuestas por mucho tiempo al frio, el licor principia á fermentar al instante y hace lo posible por escapar.» (2) Pienso que no tengo necesidad de hacer notar cuanto difieren ó traspasan los límites de los fenómenos sensibles las esplicaciones que se acaban de leer muy á proposito para estraviarse en el laberinto de las hipótesis; cuanto se oponen á las sabias máximas proclamadas mas arriba; que el autor habia tomado, acaso á propósito, de la doctrina quirúrgica.

Sydenham, despues de haber estudiado con una paciencia admirable durante quince años consecutivos la influencia de las constituciones epidémicas, emite con tal motivo la siguiente teoría: «Hay diversas constituciones que no dependen ni del calor, ni del frio, ni de lo seco, ni de lo humedo; sinó, mas bien, de una alteracion secreta é inesplicable ocurrida en lo interior de la tierra. Entónces el aire está saturado de exhalaciones perniciosas que causan tal ó cual enfermedad en tanto que domina aquella constitucion. En fin, al cabo de algunos años cesa esta y dá lugar á otra que produce un mal que la es propio y que sin ella, jamás vuelve á presentarse. Por eso se llaman á esta clase de calenturas estacionarias ó fijas.» (2)

«Lo que me parece sobre todo dificil, dice mas adelante el mismo autor, es conocer desde el principio de una constitucion la clase de fiebre que va á reinar, porque hasta entónces no se ha visto ninguna.... Pero por dificil que sea distinguir con seguridad la especie de una

(1) Prefacio § XVIII.
(2) *Historia y curacion de las enfermedades agudas.* Seccion 1.ª, cap. V, § 100.
(3) Historia y curacion de las enfermedades agudas. Seccion 1.ª, cap. 1.º § 5.

nueva fiebre que no hace sinó principiar, y aun cuando se suponga esto enteramente imposible, al menos tenemos siempre el recurso de dirijir el tratamiento, segun lo que nos parezca útil ó dañoso. Por este medio podemos curar nuestro enfermo, puesto que vamos tanteando sin engolfarnos demasiado; porque á mi parecer, no hay nada mas perjudicial que esta precipitacion, ni nada que haga perecer mayor número de febricitantes » (1)

No es raro ni dudoso ver desarrollarse con frecuencia epidémias cuya produccion no puede atribuirse ni á los cambios admosféricos, ni á las cualidades del régimen, ni à ninguna otra causa conocida. Igualmente esta probado que cuando llega una epidemia á su mayor grado de intensidad, imprime su carácter a todas las demás enfermedades intercurrentes que obliga á cambiar ó modificar su tratamiento, circunstancia que los observadores han tenido presente y que los médicos de Paris lo vieron durante la epidemia colérica de 1832.

Pero pretender que existe siempre una constitucion epidémica ò fiebre estacionaria, independiente de la influencia del réjimen y de las variaciones atmosféricas, constitucion que cambiará el carácter natural de los males y precisará hacer profundas modificaciones en el tratamiento, es generalizar una observacion particular, es, erijir un hecho escepcional en regla general. Semejante teoría, si pudiera admitirse, quitaría toda estabilidad à los preceptos de la terapéutica y trasformaria la práctica médica en un tanteo continuo, consecuencia que no niega el mismo Sydenham en el último párrafo que hemos citado y que ella sola bastaría para rechazar su doctrina. Sin embargo, sus pretensiones cuentan con gran número de sectarios entre los que figuran en primer término Maximiliano Stoll, y Felipe Pinel. El célebre profesor de Viena cuyo talento de observacion nadie niega, se esforzó, con un celo mas laudable que feliz, de ordenar la teoría de las constituciones epidémicas, pero, aun cuando se espresa sobre este punto con mas claridad que ningun otro, no ha podido disipar la oscuridad que la cubre, porque tambien el ha entendido de otra manera la idea de fiebres estacionarias, como es fácil de convencerse por el siguiente párrafo:

«La calentura estacionaria, dice, está encerrada en el curso de un cierto número de años; se aumenta poco á poco, llega á su apogeo, decrece despues, cediendo el puesto á otra que la suceda ¿Vuelven las mismas de una manera segura y cierta despues de un determinado

(1) Ibidem. seccion IV, cap VI, § 469 y 70.

número de años? Son en número limitado ó bien aparecen algunas otras nuevas? No puede asegurarse esto, á causa de la falta de observaciones hechas durante una larga serie de años y sin interrupcion por médicos hábiles, en un mismo lugar y comparadas con observaciones hechas en otros puntos. Por esto se ignora todavia la naturaleza, el número, la estension, los períodos de las fiebres estacionarias. Solo esta probado despues de las observaciones de Sydenham y las mias que la fiebre estacionoria estiende su influjo sobre todas las demás enfermedades febriles de una manera absoluta, y que las somete á sus mandatos, sea que dependan de los cambios de estacion, sea que provengan de una causa cualquiera, siendo tambien cierto que la referida fiebre ejerce un poderio estraordinario sobre las enfermedades crónicas, febriles ó no.» (1)

Independientemente de esta fiebre, especie de proteo que presente en todos los lugares y tiempos se mezcla con las demás enfermedades reviste todas las formas, sin tener una que la sea propia, los mismos autores admiten otras que llaman, unas veces, esporádicas ó intercurrentes, otras anuales ó cardinales. (2) Segun Stoll, hay cuatro clases de fiebres anuales á saber, *la inflamatoria* que reina en pléno invierno y al principiar la primavera, la *biliosa* que produce sus estragos en el verano, y entrada del otoño, *la pituitosa* que se desarrolla al concluir dicha estacion, al principio del invierno y paso de este á la primavera, en fin la intermitente que aparece en la primavera y en el otoño. Las fiebres anuales toman las mas veces su nombre vulgar de algun síntoma dominante; así se las llama, pleuríticas, miliares, petechiales, reumáticas, morbiliosas, variólicas etc, cuando van acompañadas de pleurésias, erupciones miliares ó petequiales, de reumas etc.

Apesar del respecto que me inspiran observadores como Sydenham Stoll y Pinel, siempre consideraré estas fiebres estacionarias como ilusorias, como una atopia que se parece mucho al *quid divinum*, de los antiguos, espresion con la cual acostumbraban á designar la causa desconocida de todo fenómeno estraño, inesplicable. En cuanto á las fiebres anuales ó esporádicas, no hay nadie que niegue su existencia, porque cada una tiene sus síntomas evidentes, palpables, y que le son propios. Así pues, la fiebre inflamatoria es muy distinta de la biliosa, cualesquiera que sea por otra parte, la opinion que se tenga sobre el orígen

(1) *Aforismos sobre el conocimtento y curacion de las fiebres* §§ 27, 28, 29, 30 y 31. Traduccion de J. S.—Corvisart, Paris año 5.º en 8.º

(2) La fiebre estacionaria dice Stoll, se presenta con frecuencia y bajo diversas formas. Imita diferentes enfermedades, aunque en el fondo sea siempre la misma y el mismo en todos los casos el método de tratarla. (Afori. 39).

y ilacion reciproca de estos dos estados; así tambien, la fiebre pleurítica ó la pleurésia se distingue bien de la miliar, del reumatísmo, de la viruela etc, cuando, con todo eso no existen estas diversas afecciones, no se complican en el mismo sugeto.

§ IV. De la topografia médica.

El estudio de la topografía médica, está intimamente ligado al de las constituciones epidémicas, ambas ramas de la ciencia deben marchar unidas; se ilustran la una á la otra y se completan mútuamente: asi principiaron á cultivarse ambas al mismo tiempo; es decir, á mediados del siglo XVI. Próspero Alpino se ocupó de los primeros de esta clase de estudios; (1) escribió un libro lleno de juiciosos informes sobre la história natural del Egipto, sobre las enfermedades de sus habitantes, sobre la medicina antigua y moderna de este país. Santiago Bontius, recojió observaciones interesantes sobre las producciones naturales de las indias orientales y sobre las enfermedades que reinan habitualmente en aquellos paises; Guillermo Pison, sobre el Brasil y reunió despues su libro y el de Bontius bajo el título de *Historia natural y médica de las Indias orientales*. El célebre viajero Kœmpfer acopió una multitud de observaciones de medicina y botánica en los diez años que empleó en recorrer la Persia, la Armenia, el Japon, el reino de Siam y otras comarcas de la Asia oriental.

J. B. Poupé Desportes en su *Historia de las enfermedades de Santo Domingo* describió la topografía médica de la isla y las constituciones epidémicas que reinaron en los años de 1732 hasta el 1747. Gregorio Cleghorn, estudió con gran cuidado y penetracion por espacio de 13 años las afecciones epidémicas y endémicas de la isla de Menorca, las costumbres de sus habitantes, las condiciones de su admósfera, la naturaleza de su suelo y sus producciones. (2)

Hay entre las enfermedades de este país y las descritas por los antiguos una grande analojía que atribuye á la conformidad del clima de la Grecia con las referidas islas.

(1) Nuestros médicos de los dos siglos anteriores tampoco descuidaron este ramo importantísimo del arte. Aficionados siempre al estudio de los fenómenos naturales, se ocuparon en trazar detalladamente las condiciones de las localidades donde ejercieron y las enfermedades mas comunes con las modificaciones que las imprimen las condiciones meteorológicas.

Un judío médico de Fernando IV, escribió la topografía de Castilla, Juan de Avignon la de Sevilla, Castellano Ferrer la de Murcia y otros la de otras localidades. Aun en el siglo que estudia el autor tan escaso en producciones en nuestro país tenemos la de Méjico escrita por Diego Cisneros y otros muchos capítulos ad hoc en obras diferentes.

(2) *Observations en the epidemical diseases di Minorca frons* 1744-1749. Londres 1779 en 8.°

Lind publicó un escelente *tratado sobre las enfermedades de los Europeos en los paises cálidos* y sobre los medios de conservar la salud de las tripulaciones en los viajes largos. (1)

Guillermo Hillary hizo observaciones médicas y meteorológicas en las Barbadas. (2) Leon Charmer escribió sobre el clima y enfermedades del Sud de la Carolina. Bajon remitió á la Academia de ciencias de París muchas memorias (3) que merecieron la aprobacion de este cuerpo sábio, concernientes á la topografía médica de Cayena y la de Guayana francesa, *el mal rojo* de Cayena y los efectos del clima sobre los europeos recien llegados á aquellos paises.

Grande impulso recibieron estos estudios en Europa; las Academias pusieron siempre á concurso cuestiones relativas á la topografía médica de los lugares en que estos cuerpos residian; muchos médicos publicaron espontáneamente el resultado de sus observaciones sobre los paises donde ejercian; los aspirantes al doctorado, tomaron como objeto de sus tesis la descripcion de las localidades donde pensaban ejercer su arte. No hubo provincia ni ciudad alguna importante que no fuera objeto de una ó muchas monografías topograficas. (4)

En fin se emprendió reunir todas las observaciones que habian sido publicadas sobre esta materia en todo el mundo y de componer una geografía general, para uso de los médicos, en la cual fuesen descritas las enfermedades propias de cada clima, de cada pais, con las causas probables de su desarrollo y método para curarlas. Guillermo Falconer publicó el primer ensayo de este gènero bajo el título de *Consideraciones sobre la influencia del clima, de la situacion geográfica de la naturaleza, del suelo, de la poblacion, de la cualidad de los alimentos, del género de vida, de las disposiciones, de los temperamentos, de las costumbres, de los hábitos, de la inteligencia, de las leyes, de las formas de gobierno y de la religion.* Pero la ejecucion de esta obra tan pomposamente anunciada estuvo lejos de corresponder

(1) Traduccion del ingles por Thion de la Chaume. Paris 1785 2 vol. en 12.°

(2) *Observations on the Change ofthe air aud the concomitant epidemical deseases in the Islaud of Barbades.* Londres 1759 en 8.°—Comparaz J. Hendy *Memoria sobre la enfermedad glandular de las Barbadas. Memorias de la Sociedad médica de Emulacion.* Paris año X t. IV, pág. 44, y Alard. De la inflamacion de los vasos absorventes linfáticos dermo ideos y sucutaneos etc. París 1824 en 8.° con laminas.

(3) *Memoria para servir á la historia natural de Cayena y la Gnejana francesa.* Paris 1777 2 vol. en 8.°

(4) Topografías médicas dignas de ser consultadas se han publicado en las *Memorias de la Sociedad real de medicina* Paris 1779—1790, 10 vol. en 4.°. Ver tambien la *Coleccion de observaciones de medicina de los hospitales militares*, por Richart de Hatutesierk, Paris 1766—1772, 2 vol. en 4.° *El diario de medicina militar*, publicado por Dehorne. Paris 1782—1788, 7 vol. en 8.°; la *Coleccion de memorias de medicina, cirujia y farmacia militar*, publicada por órden de Gobierno, Paris 1815—1846, 58 vol. en 8.°

á las promesas del autor. Algunos años despues, Leonardo-Luis-Finek publicó una geografía general de medicina práctica, compilacion incompleta é indigesta; pero mas rica en hechos y observaciones exactas que la de Guillermo.

Para dar una idea de la multitud de objetos que abraza la topografía médica de un pais, trascribo aquí el programa que habia redactado la sociedad real de medicina de Paris al proponer como objeto del premio, el exámen de la situacion geográfica de esta capital y sus alrededores.

«De terminar la naturaleza de las montañas ó de las cuestas que forman ó concurren á formar el recinto de Paris y de sus alrededores, cual es su estension, su forma, su elevacion sobre el nivel ordinario del Sena; su posicion relativa á los cuatro puntos cardinales del horizonte, su distancia respectiva, sus relaciones entre los ángulos salientes y los entrantes, su situacion, su direccion con relacion á la ciudad, cual es su composicion interior, la naturaleza de su suelo, el de los valles que forman, en fin la estension y direccion de estos, la direccion, posicion y estension de los jardines, de los bosques de los alrededores, su distancia de la ciudad, la cualidad de su suelo, la especie y la altura mas comun de sus árboles.»

«Cuales tambien las aguas corrientes ó estancadas de los alrededores constantemente ó solo en ciertas épocas del año; cuales, son, sin contar con las aguas del rio, las que se destinan á beber y los cambios que esperimentan en las diferentes estaciones; cuales son los vientos que reinan mas constantemente, los obstàculos ó desviaciones ó modificaciones que esperimentan por los bosques, montañas ó valles; en fin, cuales las producciones para uso de los hombres y de los animales que proporcionan las comarcas.

Como se vè, este programa, solo encierra una parte de los documentos de que se compone una topografía médica; para completarlos era preciso describir la constitucion física de sus habitantes, sus gustos, sus inclinaciones, sus costumbres, su alimentacion, sus vestidos, su estado civil y político etc. y una reseña general de las plazas, calles, edificios públicos y particulares, de su poblacion etc.; en fin trazar el cuadro de sus enfermedades endémicas y epidémicas. (1)

Cuadro tan vasto no es facil llenar para una ciudad tan grande co-

(1) La Academia real de medicina en uso de las atribuciones que tenia, ha publicado: la instruccion relativa al estudio y descripcion de las epidemias: informe general sobre las epidemias que han reinado en Francia desde el 1771 hasta 18 6 *(Memorias de la Academia de medicina* t. I pág. 245; t. III pàg. 377; t. VI pàg. 1 y siguientes.)

mo Paris, y todavia menos para una provincia ó un reino. Semejante tarea exije muchos y variados conocimientos, una inmensa cantidad de verdaderas observaciónes, un talento analítico para descomponer los hechos e investigar sus elementos: otro sintetico para unirlos segun sus analojías y deducir despues consecuencias generales ¿qué seria si se quisiera comprender en un trabajo de este género una de las cuatro grandes divisiones del globo terrestre ó el mismo globo entero? La vida de un hombre no bastaria por grande que fuera su capacidad, y solo se comprende que semejante tarea la emprenda un cuerpo sabio que cuenta con tiempo y el concurso de hombres especiales diseminados en todas las partes del globo.

CAPITULO X

Teorias y Sistemas.

Reflexiones preliminares.

El sistema filosófico de Aristóteles y el médico de Galeno habian resistido a los ataques mas violentos que hábiles de los innovadores del siglo XVI. Mediante algunas modificaciones de detall, estos sistemas habian parecido suficientes á la mayoria de las inteligencias para darse razon de los fenómenos observados, tanto en el órden intelectual, como en el moral y el físico. Los mismos que los encontraban defectuosos ó insuficientes bajo estos puntos de vista, les preferian todavia á la mayor parte de las hipótesis, mas brillantes que sólidas, de los platónicos modernos y á las informes elucubraciones de los sectarios de las ciencias ocultas. Acaso la doctrina de las escuelas se sostenia, menos por su propia fuerza que por la debilidad de sus adversarios, porque estos nada mejor oponian hasta entonces á lo que ya se sabia. No faltará quien diga que en esta alternativa es mas prudente dudar ó aguardar sin decidirse por parte alguna, mas á este consejo añadiré solo una objecion y es que, es inejecutable. Cada uno puede permanecer en la duda frente á verdades especulativas y aguardar sin inconveniente alguno: así es que puede dudarse perpetuamente si hay muchas especies de espíritus en la economia, como dice Galeno, ó si no hay mas que una como pretende Lorenzo Joubert; pero ante verdades prácticas la duda y sobre todo el esperar es imposible. Que un médico sea llamado á visitar á un enfermo, es preciso que mande ó no alguna cosa; si nada

manda, toma de todos modos su partido y obra tan bien como si mandara algo: razon por la que el práctico no es ni puede permanecer indiferente en vista de los diversos métodos terapéuticos; pues de grado ó por fuerza, con ó sin conviccion, está obligado todos los dias y á cada instante á adoptar uno de ellos. Importa, pues, que los estudie, que los compare con calma, á fin de adoptar el mejor ó si se quiere, el menos defectuoso, el que ofrezca mas garantías. Diferir este examen, no tomar consejo en cada hecho práctico sinó de la inspiracion del momento, es mostrarse indigno del sacerdocio médico, es jugar *á pares ó nones* la vida de sus semejantes.

Se aproxima, pues, el momento en que verdaderos hombres de genio van á demoler el antiguo edificio de los conocimientos humanos para volverle á levantar sobre nuevas bases. Ya Martin Lutero, el mas audaz de los innovadores del siglo XVI habia proclamado el libre exámen y arrastrado tras sí á la mayor parte de los sabios de Europa. Copernico y Galileo habian abierto el camino que habia de seguir Neuton, cuyo nombre habia de inmortalizar con sus concepciones casi fabulosas. La historia natural, la física, la química, la medicina se enriquecian sin cesar con hechos nuevos que estaban en abierta contradiccion con las teorías reinantes. La necesidad de una reforma general de las ciencias se hacia sentir mas cada dia, la antigua doctrina filosófica no podia sostenerse en medio de aquel derrumbamiento de ideas que la habian servido de sosten. Así es que en este periodo han aparecido, no bosquejos de sistemas como los que hemos indicado en el periodo anterior, sinó sistemas concebidos y preparados por verdaderos génios, sistemas que han ejercido una marcada influencia en la marcha del espíritu humano y en particular en la medicina, sistemas que es preciso dar á conocer, siquiera sea de una manera ligera, á fin de comprender y apreciar mejor las teorías médicas modernas.

ART. I.—RESEÑA HISTÓRICA DE LA FILOSOFÍA DURANTE LOS SIGLOS XVII Y XVIII.

§ I. *Consideraciones retropectivas.*

Los magos de Oriente, los sacerdotes de Egipto y los filósofos mas antiguos de la Grecia estaban persuadidos que para hacer grandes progresos en la ciencia, como para saber mucho, no habia un medio mejor que alejarse del bullicio del mundo, para meditar solo y por si sobre

las grandes verdades que constituyen el verdadero saber y la verdadera felicidad.

Tal fué objeto de las instituciones que Pitágoras fundó en Italia, el silencio que imponia á sus discípulos; tal era el consejo que Platon heredero de la doctrina de Sócrates daba á sus oyentes. Dice, que el quiera llegar al conocimiento de la verdad, precisa que se aisle, que se desembarace lo mas posible de las impresiones de los sentidos á fin de que su alma separada por el pensamiento de los lazos que la unen al cuerpo, se lance con entera libertad hacia el infinito de donde emana; porque allí está el orígen de toda luz, solo allí encontrará la ciencia y el descanso, porque se aproximará á su celeste orígen

Este método que llamamos *intuitivo ó reflecsivo* condujo á los primeros filósofos al descubrimiento de verdades morales y religiosas que son la base de todo órden social. Por él se elevaron al conocimiento de un Dios único, eterno, infinito, árbitro de los destinos humanos, al de la inmortalidad y espiritualidad del alma, al de las ideas de justicia, de virtud y de la vida futura. Por él se han descubierto los axiómas de matemáticas, axiómas que nos encantan por su infabilidad; de los cuales se desprenden una infinidad de teoremas cada vez mas admirables. Esta misma infabilidad de los teoremas matemáticos hizo que los filósofos aplicaran este método á todas las ciencias, se lisongeaban que siguiendole con toda exactitud, adelantarian estas con rapidéz, dando asombrosos resultados. En efecto, parece muy natural querer generalizar un método de adquisicion científica que habia dado tan elocuente testimonio de su importancia desde que apareció, y no debe censurarse á Platon, cuando buscó con solo el apoyo de la intuicion mental, con ideas puramente abstractas, el secreto de la creacion del mundo y la esplicacion de los fenómenos naturales, cuando estableció un sistema cosmogónico basado unicamente en abstracciones geométricas, computando, por ejemplo, el número de triángulos primitivos que deben constituir cada uno de los elementos que entran à formar la materia.

Sin embargo, los filósofos que hicieron un estudio especial del universo, como Democrito, Hipócrates, Aristóteles no dejaron de entrever que no era bastante la intuicion que aconsejaba Platon para llegar al conocimiento de todas las verdades relativas á la materia en general y al cuerpo en particular, que no era bastante meditar y aislarse para alejar de sí lo mas posible las impresiones de los sentidos, sinó que, por el contrario, era preciso tener presentes estas impresiones y tomarlas por base de nuestros juicios en lo que tiene relacion con las cosas

tangibles. Hipócrates fué uno de los que primero proclamaron la necesidad da la observacion, sobre todo en medicina; para vencer así la imposibilidad de descubrir las causas de las enfermedades, su naturaleza, su marcha, sus efectos por otro camino que por la observacion. Vino despues Aristóteles, qne generalizando, acaso mas que lo debido, el pensamiento de Hipócrates, afirmó que todos nuestros conocímientos provienen de las sensaciones; *nihil est in intellectu quod non prius fuerit in sensu*. Mas con esto no queria decir que todas nuestras ideas vinieran de los sentidos; solamente queria decir que las primeras ideas que nacen en nosotros y que sirven de fundamento á las demás nos llegan por esta via. Aristóteles, aunque de opinion diametralmente opuesta á la de Platon sobre el orígen de nuestros conocimientos, estaba de acuerdo en admitir con este que las primeras nociones que se forman en nnestros espíritus son nociones muy generales, ideas madres, principios. Ahora bien, esto es, como ya hemos demostrado en las páginas 148 y siguientes, una gran herejía filosófica que condujo á estos dos filosofos y á sus sucesores á un laberinto inestricable de sutilezas y contradicciones. Por espacio de dos mil años ha sido una obligacion indeclinable, una especie de ley el colocar á la cabeza de todos los escritos científicos los axiomas generales llamados muy impropiamente principios, para deducir despues de ellos una serie de consecuencias mas ó menos lógicamente unidas; cuando se dignaban consultar á la observacion no era mas que para levantar los primeros fundamentos del edificio: el razonamiento debería hacer lo demás.

Tal fué, con ligeras escepciones, la manera de proceder de todos los escritores y en particular de los filósofos al concluir el siglo XVI. En aquella época, la observacion pura habia penetrado por partes en algunas ramas de los conocimientos humanos, tales como la física, la química, la astronomía y habia dado brillantes resultados que quebrantaron grandemente á la escolástica. No faltaba ya para acabar con ella mas que apareciera un talento profundo y generalizador que se atreviera á sondear los cimientos de los sistemas filosóficos conocidos y encontrara un mètodo menos defectuoso que los empleados hasta entonces para averiguar el origen de nuastras ideas y la manera como se forman. Aparecieron, pues, casi al mismo tiempo, dos cuyo carácter y génio eran muy diferentes, pero á propósito para intentar tan árdua empresa. El como lo consiguieron lo veremos en el estudio que de cada uno iremos haciendo. El primero, es Francisco Bacon; el segundo, Renato Descartes.

§ II. Del sensualismo moderno y del razonamiento por induccion.

Bacon, versado desde muy jóven en el manejo de los hombres y de las cosas, dotado de un talento delicado y positivo, cultivando con preferencia las ciencias naturales, la física, la química, fué uno de los primeros que puso de manifiesto los defectos del método seguido hasta entonces: *de colocar al principio de cada ciencia los axiomas mas generales.* «Dice, que puede haber y hay en efecto, dos caminos ó métodos para averiguar la verdad, uno que partiendo de las sensaciones ó hechos particulares se lanza del primer salto hasta los principios mas generales; otro, que partiendo tambien del mismo punto, lo hace con lentitud y de una manera gradual, y sin dar salto alguno, llega por fin á las proposiciones generales. Este método es el verdadero, pero nadie le ha seguido hasta ahora.» (1)

Este pasaje es muy importante y merece que fijemos en él nuestra atencion, porque establece de una manera clara y precisa la diferencia que existe entre el sensualismo moderno y el de Aristóteles. En efecto, recordemos el sofisma en estremo sútil por el cual el filósofo de Macedonia pretende probar que las primeras ideas que se forman en nuestro espíritu por el intermedio de los sentidos son ideas muy generales, concluyendo de aquí que todas las ciencias deben empezar por los axiomas mas principales. (2) Bacon sin ánimo de desatar el nudo de este sofisma, se contenta con sentar una regla completamente opuesta que consiste en pasar de las sensaciones á los hechos particulares, de estos à nociones un poco mas estensas y así sucesivamente, elevándose gradualmente de los hechos individuales á nociones cada vez mas generales hasta llegar á los axiomas mas universales que forman el coronamiento, mas no la base de las ciencias naturales.

A Bacon se le ha considerado como el restaurador del método de observacion, pero ya muchos antes que el lo habian proclamado con insistencia y habian sacado de el escelente partido para hacer grandes descubrimientos. El atribuirle ese honor depende del nuevo giro que le ha dado, diciendo el primero que las ideas particulares son la base de la pirámide científica, los axiomas la cuspide. En efecto, esta era una innovacion radical de gran porvenir y cuya importancia comprendió

(1) *Organum novum* lib. I, § 19 y cap. V § 103. —Vèase tambien el *Tratado de la dignidad y acrecentamiento de las ciencias*, pág. 45 del prefacio del autor. Traduccion de Lasalle.

(2) Página 143 En este sofisma Aristóteles confunde á su antojo las ideas generales con las ideas confusas, lo que es muy diferente. De ahí su error y de los que le han seguido.

perfectamente Bacon, porque la recuerda muchas veces, habla de ella hasta con entusiasmo y la exagera como un descubrimiento sin análogo. «Dice que todavía no ha parecido un hombre de un talento bastante sólido y bastante tenaz para imponerse la ley de olvidar por completo todas las teorías y nociones mas comunes, y empezar de nuevo á aplicar su inteligencia vírgen á la interpretacion de los hechos particulares. Si pues apareciese uno de edad madura, que dotado de buenos y espeditos sentidos y de una inteligencia libre de preocupaciones, aplicara de nuevo su entendimiento á la esperiencia ¡hay!... de hombre semejante habria que esperarlo todo! Ahora bien, por esto es porque no nos atrevemos aspirar á la fortuna de Alejandro el Grande.» (1)

En otra obra el metafísico inglés queriendo caracterizar mas y mas su mètodo y diferenciarle del antiguo, se espresa de esta manera: «nos proponemos como último fin de la ciencia, inventar hechos, no argumentos; no cosas conformes á los principios, sinó los principios mismos; no probabilidades, sinó indicaciones de nuevos procederes. Ahora bien, la naturaleza y aun el órden de las demostraciones se apropia á un fin semejante, porque en la lógica vulgar todo el trabajo tiene por objeto el silogismo. En cuanto á la inducion, parece que apenas han pensado en ella los dialécticos, no hacen mas que tocarla como de pasada, apresurándose á llenar las fórmulas que sirven en las disputas. Por lo que á nosotros toca, rechazamos toda demostracion que proceda del silogismo, porque solo produce confusion y hace que la naturaleza se nos escape de las manos; pensamos que esta forma de discurrir, *la inducion*, es la que garantiza á los sentidos de todo error, que sigue de cerca á la naturaleza, que es vecina de la práctica y llega hasta casi mezclarse con ella. (2)

Desgraciadamente no hay forma alguna de argumentacion, no hay método lójico que ponga al hombre al abrigo de razonamientos falsos. El mismo Bacon nos suministra la prueba en su *Organum*, en esta misma obra que el creia destinada á dirigir el espíritu humano con toda seguridad al descubrimiento de la verdad. Efectivamente, despues de haber espuesto este filósofo su método, queriendo poner de manifiesto su aplicacion y probar su escelencia con ejemplos, ensaya resolver por èl muchos problemas, de los cuales uno de los primeros es el que sigue. ¿Cuál es la naturaleza del calor? Despues de muchas esclusiones y rodeos sin cuento llega á la siguiente conclusion: «el calor es un movi-

(1) *Organum novum*, lib. I cap. V. §. XCVI y VI, § 123.
(2) *De la dignidad y crecimiento de las ciencias*, prefacio, pág. 43 y 44.

miento espansivo, reprimido en parte con cierta fuerza en el interior de las partes, pero con dos modificaciones. 1.ª Que este movimiento del céntro á la circunferencia esta acompañado de otro de abajo arriba. 2.ª Que este movimiento, este esfuerzo en el interior de las partes no es ni debil ni lento, sinó, al contrario, fuerte, vivo y algo impetuoso, es como una especie de torbellino.» (1)

Dejo á otros mas hábiles la tarea de esplicar esta definicion así como las primeras que la han dado orígen; dudo yo que se encuentre una mas oscura, mas alambicada entre las que nos han trasmitida la antigüedad.

El mismo Bacon, un poco mas adelante, al querer determinar la naturaleza de los cuerpos tangibles se espresa así. «Todos los cuerpos tangibles encierran un espíritu invisible é impalpable al cual sirven como de envuelto ó vestido, resultando de esto tres géneros ó modos de accion, que son el triple orígen de los poderosos efectos del espíritu sobre la materia tangible. Cuando el espíritu desaparece, el cuerpo se contrae y se seca; si se mantiene en él, se ablanda ó se licua y si por fin, ni se marcha ni se queda por completo, forma entonces la figura del cuerpo, los miembros, y desempeña las demás funciones de asimilacion, de evacuacion y crecimiento... Pueden distinguirse tres especies ó modos de accion del espíritu simplemente ramificado y distribuido en diferentes celulas ó pequeñas cabidades. El primero corresponde á todos los cuerpos inanimados, el segundo á los vegetales, el tercero á los animales.» (2) Esta descripcion no es, á la verdad, tan oscura como la definicion del calor; pero está mas conforme con la observacion? No vá, el autor mas allá de los datos que le suministra la esperiencia para hacer la descripcion de los cuerpos tangibles, datos que debieran ser los únicos que le sirvieran de base?»

Se ve, pues, que la induccion, como el silogismo, tampoco pone al abrigo del error, y el mérito del cambio introducido por el filósofo inglés en el modo de cultivar las ciencias no consiste, como él se imajinaba y como otros muchos han creido despues, en la sustitucion de la forma inductiva á la forma silogística; sinó en la emision y propagacion de esta verdad fundamental enunciada mas arriba; «que nuestra inteligencia apoyada en las sensaciones y en los hechos particulares no debe pasar de repente y de una vez á los axiomas mas generales, sinó que debe ir elevándose gradualmente de las nociones particulares trasmitidas por los sentidos á otras cada vez mas generales.»

(1) *Organum novum*, lib. II, cap. § 19.
(2) Ibidem, lib. II, sec. I, cap. II, § 40.

Esta sola proposicion contiene el gérmen de toda una revolucion filosófica, porque desde el momento que se ha admitido en principio que las primeras ideas que se forman en nuestra inteligencia son ideas particulares que se refieren á objetos particulares tambien, no á ideas generales que abarcan muchos objetos á la vez, se derrumba el antiguo edificio filosófico y se hace preciso volverle á levantar sobre una nueva base; la observacion atenta de los hechos.

Bacon se habia propuesto describir todas las formas, todas las variedades de la esperiencia, como hizo Aristóteles con todas las del razonamiento. pero su empresa, considerada en conjunto, no tiene el valor que la del filósofo griego, es mas defectuosa, mas vana, porque nadie habia hecho uso de la nueva lógica de Bacon, mientras que la de Aristóteles lo ha sido por espacio de mas de veinte siglos y aun lo es hoy algunas veces. Júzguese de la gran confusion que reina en la obra del filósofo inglés por el fragmento que sigue, que forma parte de la conclusion:

«Para concluir, diremos que nuestro *Organum* es solo un tratado de lógica, y no uno de filosofía positiva. Siendo, sin embargo, el objeto de esta lógica dirijir el entendimiento y de enseñarle, no aferrarse, por decirlo así, à vanas abstracciones y perseguir quimeras como hace la lógica vulgar, sinó en estudiar y analizar los hechos naturales, en descubrir las verdaderas propiedades de los cuerpos, las acciones reales y bien determinados de la materia que los constituye, en una palabra, á describir una ciencia que no estudie solo la naturaleza de espíritu, sinó tambien la de las cosas. Por eso no debe chocar ver esta obra sembrada y enriquecida con observaciones, esperiencias y puntos de vista que solo pertenecen á la naturaleza misma y que, al ilustrar nuestros preceptos, son como otros tantos modelos de nuestra tarea filosófica. Ahora bien, hemos visto que estas prerogativas de hechos ó ejemplos están indicados con los veinte y siete nombres siguientes, á saber: los ejemplos *solitarios*, los ejemplos de *migracion*, los ejemplos *ostensivos, clandestinos, constitutivos conformes, monádicos*; los ejemplos de *deviacion*, de *limite*, de *potencia*, de *acompañamiento* ó de *esclusion*, los ejemplos *sujuntivos*, los ejemplos de *alianza*, de *la cruz*, de *divorcio*, de la *puerta*, de *la cita*, del *camino ó del pasaje*, del *suplemento*, de *la diseccion*, de la *radiacion*, del *curso*; los puntos *de la naturaleza*, los ejemplos de *lucha* ó de *predominio*, los ejemplos de *indicacion*, los ejemplos *polycrestos*, en fin, los ejemplos *mágicos* »(1) Bacon despues de haber hecho llegar á su colmo la teoria

(1) *Organum* lib. II, parte II, seccion II, cap. II, § LII.

del sensualismo, cae en el caos, pero ha abierto el camino è indicado una teoría nueva aunque algo confusa, que otros van á despejar y amplificar mucho mejor que él.

Juan Locke nació en Wrington, cerca de Bristol, el año 1632, seis años despues de haber muerto Bacon. En su juventud se dedicó al estudio de la medicina, pero lo delicado de salud lo alejó de su ejercicio. Se puso, pues, á leer á Descartes y de su lectura resultó el gusto que despues tuvo por los estudios filosóficos. Rechazó, sin embargo, la doctrina de este sobre las ideas innatas, abrazó el principio peripatético renovado por Bacon; el que todas las ideas vienen de los sentidos y de la reflexion, es decir de las operaciones propias del espíritu ó del entendimiento sobre las sensaciones. «He aquí, dice, los dos únicos oríjenes de todos nuestros conocimientos: la impresion que los objetos hacen en nuestros sentidos y las peculiares operaciones del alma concernientes à estas impresiones, sobre las cuales reflexiona, como sobre los verdaderos objetos de sus contemplaciones.» *(1)* Así es que, partiendo de la simple percepcion, es decir, de la conciencia que nuestro espiritu tiene de las impresiones de los sentidos, nos conduce nuestro filósofo gradualmente hasta las operaciones mas complicadas y mas abstractas de la inteligencia. Dice como nacen las ideas, como se multiplican, como se componen y se encadenan en nuestro cerebro, como llegamos á dar vida à estas mismas ideas por medio del lenguaje, cual es el valor real de las palabras, cuales son los abusos de estas y á que errores nos vemos arrastrados por el hàbito que insensiblemente vamos contrayendo al considerar las abstracciones de nuestro espíritu como participantes de una existencia propia é independiente de nosotros ó del cuerpo.

Bacon habia comprendido y enseñado que las primeras ideas que se forman en nuestra mente por intermedio de los sentidos deben ser ideas particulares, debidas á objetos ó hechos particulares; protestó con energia contra la costumbre de enseñar las ciencias principiando por las generalidades, los axiomas. Locke, analizando con una rara sagacidad las funciones de nuestro entendimiento, desde la percepcion mas sencilla hasta las mas elevadas abstracciones, demostrò lo que Bacon no habia hecho mas que nombrar, y destruyó, sin atacarlo directamente, el famoso sofisma de Aristóteles, y espuso de una manera tan clara como persuasiva la doctrina del sensualismo ó empirismo,

(1) *Ensayo filosófico sobre el entendimiento humano* cap. I, § 22. Traduccion de Coste.

doctrina que se estendió con rapidez por Francia é Inglaterra. Los mas grandes filósofos y naturalistas de estos dos paises la adoptaron, la estendieron y sacaron de ella consecuencias mas ó menos lejítimas.

Esteban Bonnot de Condillac, que nació en Grenoble el 30 de Setiembre de 1714 y murió cerca de Beaugency el 3 de Agosto del año 80 en su tierra de Flux y que abrazó el estado eclesiástico, fué uno de los mas distinguidos representantes de este sistema y el que mas contribuyó á simplificarle y á vulgarizarle para poder adaptarle despues al estudio de las ciencias. Condillac se propuso demostrar que todos nuestros conocimientos derivan de la facultad de sentir, que no son otra cosa mas que una sensacion trasformada; redujo á una sola todas las reglas del razonamiento, la identidad entre las proposiciones, quiso reducir à uno todos los modos de adquisicion y demostracion, al análisis. Los escritos de este filósofo llegaron á ser clásicos en Francia y de ellos vamos á sacar algunas máximas generalmente admitidas hoy como incontestables en las ciencias que se ocupan del estudio del mundo sensible, tales como la física, la química, la história natural, la medicina atc.

Aforísmos de filosofía particularmente aplicables á las ciencias físicas. (1)

I. Las ideas que nos formamos de los objetos sensibles no son en su principio mas que la conciencia de las impresiones que estos objetos dejan en nuestros sentidos; ahora bien, como en la naturaleza no hay mas que individuos, de aquí se sigue necesariamente, que solo tenemos desde el momento de la impresion ideas individuales relativas á tal ó cual objeto.

II. No hemos imaginado nombres para cada individuo; solo hemos distribuido los seres en diferentes clases que distinguimos con nombres especiales y estas clases son las que llamamos ó nombramos, géneros, especies etc.

III. Formar una clase con ciertos objetos no es otra cosa que designar con un mismo ó comun nombre á todos los que nos parecen semejantes. Pero nos engañariamos groseramente si imaginaramos que hay en la naturaleza géneros y especies, porque asi lo creamos, segun nuestro modo de ver y de concebir.

(1) Los partidarios esclusivos de la doctrina sensualista hacen derivar del mismo orígen las verdades morales y meta físicas, pero la lejitimidad de este orígen está vivamente puesta en tela de juicio por otros filósofos.

IV. Cuanto mas se perfecciona nuestro juicio, mas pueden multiplicarse las clases, porque no hay dos individuos iguales. Pero si importa mucho hacer divisiones, acaso será mejor no hacerlas en número considerable. ¿Se quiere saber hasta que límite conviene llevar la division y subdivision de las ideas? Responderé á esto ó mas bien la naturaleza responderá por mi; hasta que haya el número suficiente para satisfacer nuestras necesidades.

V. No siendonos conocidos los objetos sensibles mas que por las impresiones que hacen en nuestros sentidos, nuestro espíritu no percibe nada mas de ellos que lo que se desprende de las sensaciones que escitan en nosotros Así cuando preguntamos cual es la naturaleza ó esencia de un cuerpo no podemos decirlo mas que anunciando las cualidades sensibles de este mismo cuerpo.

VI. Todas las cualidades de un ser considerado en sí mismo son igualmente esenciales, porque todas pertenecen á su naturaleza ó à su esencia, pero todas no son esenciales en igual grado con relacion á nosotros y á la idea abstracta que nos hemos formado de este ser; de manera que lo que se llama *esencial* ó no *esencial* en una cosa cualquiera lo es solo con relacion á nuestras ideas.

Desde ahora pueden considerarse estos aforismos como matemáticos, porque no solo se desprenden de la teoría del sensualismo sinò que tambien han sido confirmados por los partidarios de una teoría opuesta á aquella como lo vamos á ver en el párrafo que sigue; pero antes es preciso que refutemos dos errores propagados por el mismo Condillac, errores que gozan de gran crédito en todas las escuelas filosóficas pero que son mas á propósito para retardar los progresos de las ciencias de observacion que para aumentarlos.

Primera paradoja. Dice este filósofo, que el arte de razonar se reduce á un idióma perfecto y todas las ciencias serian exactas si hablaran una misma lengua.

El célebre ideólogo apoya esta proposicion en argumentos especiosos fundados particularmente en la certidumbre y facilidad de los razonamientos en matemàticas, ventajas que el atribuye á la perfeccion y sencillez del lenguage algebraico. Para probarlo cita el problema siguiente: si un hombre que tenga tantos repartidos en sus manos, hace pasar uno de la derecha á la izquierda, tendrá los mismos en una mano que en otra; si al contrario, hace pasar un tanto de la mano izquierda á la derecha, tendrá doble número de tantos en esta. Pregunto ¿Cuàl es el número de tantos que tiene en cada una?

El filósofo sensualista resuelve enseguida este problema por el lenguage ordinario; despues dice que es tanto mas fácil obtener esta solucion cuanto mas se aproxima al idióma algebraíco: concluyendo de aquí que si hay ciencias poco exactas, es porque su lenguage no es sencillo y perfecto, falta que por lo general no se echa de ver ó que no se sabe corregir. «A nadie debe causar sorpresa, dice, que no se sepa discernir bien cuando el lenguage de las ciencias no es mas que una gerigonza compuesta de muchas palabras, unas vulgares sin sentido alguno determinado, otras estrañas, barbaras, que se comprenden con mucha dificultad. Todas las ciencias serian exactas si conocieramos el lenguage de cada una.»

Despues de esta argumentacion parece que la exactitud de las ciencias depende y se reduce á un simple trabajo gramaticál, cosa que es una paradoja que cae al mas ligero exámen del sentido comun. Nadie se atreveria á sostener que los progresos modernos de la física, la química, la história natural etc. son debidos única ó principalmente á las modificaciones introducidas en su lenguage; al contrario todos convienen que estos adelantos son el resultado casi esclusivo de la observacion y la esperiencia. Todos los dias vemos á hombres rudos ó poco instruidos que hacen descubrimientos vedados á los sábios.

Aun la proposicion del metafísico de Grenoble es falsa con relacion á las matemáticas: no es cierto que el lenguage algebraíco haya dado á los razonamientos en matemáticas mayor certidumbre ó evidencia; sus cálculos eran tan exactos antes como despues de la creacion de este lenguage, solo que eran mas pesados, menos fáciles y estaban al alcance de menor número de personas. Los Romanos con sus cifras tan defectuosas, calculaban tambien como los árabes que las tenian mas perfectas, pero si que lo hacian con mas lentitud y con menos comodidad.

Así que, si Condillac se hubiese limitado á decir que la perfeccion del lenguage hace mucho à la claridad, á la facilidad y á la estension de los razonamientos y por consecuencia favorece notablemente los progresos de las ciencias, hubiera estado en lo cierto; pero traspasa sin advertirlo, los límites de lo verdadero cuando afirma que todas las ciencias serian exactas si poseyeran un lenguage perfecto: toma en esta ocasion, la sombra por el cuerpo, la imágen por la realidad y por esta especie de equivocacion, desvia, en cuanto de él depende, el espíritu humano del camino que conduce á los descubrimientos en las ciencias de observacion. La proposicion de este filósofo seria mas exacta si se la volviera por pasiva; podria decirse, sin que fuera una para-

doja, que cuanto mas se aproxima una ciencia á la exactitud ó á la verdad, tanto mas perfeccion adquiere su lenuage; lo que recuerda este axioma del legislador del Parnaso francés.

Ce que l'on conçoit bien s'enonce clairement,
Et les mots, pour le dire. arrivent aisément. (1)

Segunda paradoja. El análisis es el único método para adquirir conocimientos. Tal es la proposicion que Condillac desenvuelve en muchos capítulos y que se esfuerza basarla en razonamientos que él cree indestructibles. Vamos á ver hasta que punto lo ha conseguido.

Segun este filósofo, el análisis consiste en descomponer al momento el objeto que se desea conocer á fin de estudiar por separado cada una de sus partes ó cualidades, así como sus relaciones mútuas; despues reunir todas estas cualidades segun su órden natural para con templar de nuevo el objeto en toda su integridad. A este propósito cita el siguiente ejemplo: «Supongo una casa de campo donde la naturaleza se ha apresurado en repartir la variedad y donde el arte ha sabido aprovechar las situaciones para variarla y aprovecharla mas. Llegamos de noche á esta casa, abrimos por la mañana las ventanas al tiempo de salir el sol y las volvemos á cerrar inmediatamente. Aun cuando no hayamos visto la campiña mas que con esta rapidez, es lo cierto que hemos visto cuanto encierra. Pero aquel instante no es suficiente para conocerla en detall, es decir, para conocer los objetos que contiene; por esta razon, cuando las ventanas se cerraron, ninguno de los que se asomeron hubiera podido dar razon de lo que vió. Esto prueba que se pueden ver muchas cosas sin aprender nada. En fin, ábranse las ventanas para no cerrarse interin el sol esté en el horizonte y entonces podemos volver á ver despacio lo que ya habiamos visto. Pero si continuamos con insistencia, cual un estático, viendo en conjunto esa multitud de objetos diferentes no habremos aprendido mas, llegada la noche, que lo que sabiamos cuando las ventanas, que acababan de abrirse, se cerraron repentinamente. Para adquirir, pues, un conocimiento de esta campiña, no basta vérla toda de una vez, es mejor hacerlo por partes y examinar con detencion cada objeto de por sí en lugar de abarcar con una sola mirada el todo. Esto lo es lo que nos enseña la naturaleza... se empieza por los objetos primordiales, se observa uno despues de otro, se les compara, para ver despues sus puntos de contacto, y cuando se ha averiguado su situacion respectiva, se hace lo mis-

(1) Todo aquel que bien concibe—se espresa con claridad,—Y las palabras le vienen —con mucha facilidad,

mo con los demás que le rodean y se les compara con el primitivo que está mas inmediato y se determina su posicion. Entonces se distinguen los objetos cuya forma y situacion se ha determinado y se les abarca con una sola mirada. Ahora si reflexionamos sobre el modo como adquirimos los conocimientos con la vista, advertiremos que un objeto complicado como lo es una campiña, se descompone en algun modo, pues que no la conocemos hasta que sus partes vienen una tras otra à colocarse con órden en el alma.

Ya hemos visto como y con qué órden se verifica esta descomposicion. Los objetos mas principales vienen á gravarse instantaneamente en el nuestro espíritu; despues los que ocupan el segundo termino y se coordinan segun las relaciones que tienen con los primeros. Esta descomposicion la hacemos al instante, porque nos basta este tiempo para estudiar los objetos y los volvemos despues á su verdadero estado y cuando se han adquirido estos conocimientos, las cosas, en lugar de ser sucesivas, ocupan en el alma el mismo órden que tienen fuera, órden en el cual estriba el conocimiento que tenemos de ellas, porque sinó pudiéramos representarlas en conjunto, tampoco pudiéramos juzgar de sus relaciones y las conoceríamos mal.»

Si, como pretende Condillac, el análisis consiste en descomponer un objeto y volverlo despues á su primitivo estado ¿qué se hace en la sintesis? La respuesta á esta cuestion me parece difícil; en vano la he buscado en los escritos de este filósofo, nada he encontrado en ellos de claro ni satisfactorio. «La sintesis, dice, es un método tenebroso, que principia siempre por donde debiera concluir. No daré una definicion mas precisa, ya porque no la comprenda, ya porque no sea posible comprenderla. Es tanto mas difícil definirla, cuanto que saca todos sus caracteres de las inteligencias que quieren valerse de ella y sobre todo de las inteligencias muy secundarias.» (1)

P. J. Barthez, del cual hablaremos estensamente mas adelante, ha comprendido y definido mejor la síntesis, aun cuando lo haya hecho de una manera incidental. He aquí sus palabras: Condillac ha dado en diversos puntos de su arte de pensar tanta estension al análisis que incluye en ella la *síntesis* ó la recomposicion de los cuerpos analizados. La denominacion de método analítico es por esta misma estension tan vaga que puede decirse que se emplea en todas las operaciones cuya tendencia es hacer algun descubrimiento en la filosofía natural. El mé-

(1) *Lógica*, parte I cap. VI § V.

todo que Condillac llamá analítico no tiene en realidad nada que se le parezca, sinó es la descomposicion que desde luego se hace de las cualidades ó elementos del objeto que nos proponemos conocer.» (1)

Este pasage de Barthez es muy importante, porque no solo nos dice en que consiste la síntesis, sinó mas todavía, el motivo del embarazo en que se halla Condillac al hablar de este método. Este metafísico, habiendo comprendido bajo el nombre de método analítico, la *análisis* y la *síntesis*, es decir, la descomposicion y la recomposicion del objeto que se quiere estudiar, nada le queda que decir despues cuando quiere definir el método sintético. Por eso se entretiene en puras declamaciones.

Segun Barthez y segun la etimología de la palabra *síntesis*, esta no consiste mas que en la recomposicion del objeto que se ha descompuesto por el análisis, es el complemento de este, es su prueba. Asi cuando un químico ha descompuesto una sustancia, una agua mineral, por ejemplo, y que ha estudiado por separado sus elementos para reunirlos despues y volver al agua, si es posible, á su primitivo estado ha hecho su *síntesis* y ha probado con esto la exactitud de su *análisis*. Este es un brillante ejemplo de la satisfacion que lleva al espíritu la union de la síntesis con el análisis: si despues de haber dejado penetrar un rayo de luz solar en una cámara oscura, se le recibe ó se le interpone un prisma de cristal, este rayo irá á formar al estremo opuesto una imágen prolongada y con colores diversos que constituyen la luz desde el rojo hasta el violeta. Si enseguida interponemos una lámina con siete agugeros entre la imágen y el prisma llamado espectro solar, se obtendrán detras de ellas siete imágenes circulares con los colores, rojo, naranjado amarillo, verde, azúl, índigo y violeta. Despues para asegurarse que los colores obtenidos de este modo constituyen en realidad la luz solar, se reunen en un solo grupo por medio de espejos reflectores y aparece de nuevo la luz blanca.

Convengo con Condillac que lo mejor es que vayan unidas la síntesis y la análisis, mas diré, es el único método para adquirir conocimientos en el órden físico: lo malo que ha hecho es confundir bajo una misma denominacion cosas tan distintas; confusion que le ha hecho incurrir en muchos errores. Cuando el por ejemplo, dice que los antiguos y entre ellos Aristóteles no han conocido el análisis, se engaña groseramente; porque no solo este se ha valido de el con frecuencia sinó

(1) *Nuevos elementos de la ciencia del hombre.* Paris 1806, tit. I. discurso preliminar, seccion primera, nota 4.ª

que hasta ha llegado á abusar. El único cargo que se puede hacer al filósofo de Estagira y á los demás filósofos de la antigüedad, es no haber comprobado por la síntesis los resultados de sus análisis ó de haberse contentado con un análisis mental allí donde era preciso emplear uno material. Así cuando ellos afirman que todos los cuerpos de la naturaleza están formados de cuatro elementos, el fuego, el aire, la tierra y el agua, deberían haber probado materialmente la existencia de estos cuatro elementos en los cuerpos y reconstituirlos despues. (1)

Me he estendido demasiado con el objeto de poner de manifiesto los errores de Condillac sobre el método analítico y la influencia que él dá al lenguage, porque la doctrina de este filósofo ha reinado sin rival en Francia toda la segunda mitad del siglo pasado y principios del presente y aun todavía hoy se siente su influencia, porque seduce por su claridad, su sencillez y por el encadenamiento de sus deducciones, resultando de aquí la necesidad de preparar á las inteligencias contra las ilusiones que tiende á propagar.

§ III. DEL RACIONALISMO Ó DEL RAZONAMIENTO POR DEDUCCION.

En el razonamiento por inducion, nuestro espíritu reune un número de hechos particulares unidos entre sí por ciertas analogías de las cuales se saca una conclusion mas ó menos general. Pongamos un ejemplo; echemos en el agua carbonato de potasa y se disolverá en ella, volvamos á echar del mismo modo un sulfato, un nitrato, en una palabra, una sal cualquiera de base de potasa y sucederá lo mismo. De tales hechos repetidos cuantas veces se quiera, podremos sacar la siguiente conclusion general: todas las sales de base de potasa son solubles en el agua. En el razonamiento por deduccion sucede todo lo contrario, se parte de un hecho único ó de una simple proposicion, y de él ó de ella se saca una serie de proposiciones que se enlazan tan perfectamente unas con otras que parece dependen de la primera como de su propio orígen. Pongamos otro ejemplo: el triángulo es una superficie limitada por tres líneas rectas, definicion que sirve para que los geómetras deduzcan una multitud de teoremas tan curiosos como útiles.

---

(1) Hemos visto en los libros hipocráticos un principio de la prueba material de la existencia de los cuatro elementos. El autor de este libro cita el ejemplo de un palo verde que se echa á la lumbre; ve el elemento igneo en la llama que levanta, el elemento aereo ó gaseoso en el soplo que se escapa algunas veces de una manera rapida, el elemento acuoso en el agua que exhala, en fin el elemento terreo en las cénizas que resultan. Pero á este análisis grosero le faltaba la prueba sintética. El autor cometia tambien la falta tan comun de marchar de un hecho particular á uno general.

El razonamiento por inducion y el razonamiento por deduccion, ó por mejor decir, el método inductivo y el deductivo tienen cada uno sus ventajas y sus inconvenientes particulares que les hace mas ó menos apropiados á tal ó cual ciencia. Los físicos, los químicos los médicos; se inclinan mas al método inductivo y sacan de él escelentes reglas para la práctica; pero no deben echar en olvido que una sola observacion mal hecha, un solo esperimento basta para hacer viciosa una conclusion general. Los metafísicos, los moralistas, los matemáticos discurren casi siempre por deduccion, método al cual debemos los mas bellos preceptos de la moral y de la religion natural, base de toda sociedad; debémosle tambien la invencion y perfeccionamiento de las matemáticas. Pero no debe perderse de vista que si la primera proposicion no es de una evidencia incontestable, ó se desliza el menor error, el menor vacio entre las proposiciones que la siguen; cae por su base todo el edificio.

Renato Descartes, nació en el año 1596 en el Haya en Turena y desde jóven dió pruebas de un genio independiente y creador. Era ya conocido por sus muchos conocimientos en astronomía, en física, y sobre todo en matemáticas, cuando intentó hacer una reforma en filosofía contando solo con la razon, fórmula opuesta al empirismo; tentativa que dió los resultados mas brillantes y sorprendentes que admiró el mundo sábio y dió margen á una oposicion tenaz.

Descartes empezó como habian empezado Aristóteles y Bacon, por hacer caso omiso de todos los conocimientos adquiridos. «Para encontrar la verdad, dice, es necesario desconfiar, al menos una vez en la vida, de todas las opiniones que nos han precedido, y volver á levantar de nuevo desde el cimiento todo el sistema de nuestros conocimientos.» (1) Este precepto por antiguo que sea pareció una temeridad que hizo gran ruido en el mundo sabio: tanto era lo que se había perdido el hàbito de la duda metódica, particularmente en filosofía!

El atrevido metafísico no limitó su reforma al método, sinó que concluyó de una vez con todo el armazon de la lógica peripatética tan sutilmente elaborada por Aristóteles, ajuar pedantesco muy á propósito para detener el vuelo del espíritu humano, pero incapaz de impedirle caer ó estraviarse. «Dice, que al hacer el exámen de las cosas, conviene ponerse en guardia contra la lógica; sus silogismos y la ma-

(1) Esta sentencia está repetida de diversas maneras en una multitud de pasajes; véase especialmente el *Discurso sobre el método* segunda parte, § 2, la primera *Meditacion* § 1. Los *Principios de filosofía* primera parte, § 13. *En busca de la verdad* § 22, 2 ª. *Obras filosóficas* de Descartes, publicadas por Garnier, Paris 1835 introduccion cap. II, § I.

yor parte de sus reglas sirven, cuando mas, para enseñar á otro lo que ya se sabe, ó aun, como el arte de R. Lulio, á hablar sin discernimiento de los que se ignora, mas bien que de aprenderlo.» (1) Reemplazó esta lógica tan complicada con una regla tan sencilla como segura, cuyo contenido es el siguiente: «El espíritu puede afirmar de una cosa todo lo que está encerrado en la idea de esta misma cosa, ó bien la evidencia es la verdadera y única señal cierta de la verdad de nuestros juicios.» (2)

Descartes despues que limpió el terreno de toda clase de preocupaciones y creado un método facil para la colocacion de los materiales de la inteligencia, ensayó volver á levantar el edificio de nuestros conocimientos partiendo de este fenómeno de la conciencia. *Yo pienso—luego existo.* De esta proposicion se elevó por una série de deducciones á las verdades mas sublimes del órden moral: pero yo no le seguiré en esta region porque no cumple á mi objeto, y paso sin detencion al estudio de los fenómenos del órden físico. Descartes toma por base de su cosmogonia esta proposicion de la filosofía pitagórica: *la materia es inerte y carece de forma y de energía.* Posible es que en el fondo sea verdadero este principio, pero si consultamos la observacion que debe ser el punto de partida de todo razonamiento en física, es preciso convenir que es contrario al principio cartesiano. Hasta el presente la química no ha podido descubrir ninguna sustancia completamente inerte, es decir, privada de toda propiedad y susceptible do adquirir todas las que se las quiera dar; porque esto seria encontrar la piedra filosofal; la materia primitiva tan deseada por los alquimistas.

No seguiré ahora en sus brillantes ficciones al ilustre filósofo de la Turena, colocado desde el primer momento fuera del mundo real, me contentaré con presentar á mis lectores un pequeño trozo de su fisiología para que comprendan cuan poco conforme está con la observacion: «Supongo, dice, que el cuerpo no es otra cosa que una estátua ó máquina de tierra que Dios formó espresamente para hacerla lo mas semejante posible á nosotros, de manera que no solo le ha dado por fuera el color y la figura de todos los miembros, sinó que tambien la ha dotado de todas las piezas que en el interior se necesitan para que marche, coma, respire, en fin, para que imite todas aque-

(1) *Discurso sobre el método* segunda parte, § 6
(2) Condillac ha precisado de antemano esta regla haciendo ver que la evidencia consiste en la identidad de las proposiciones que se suceden.

llas funciones que pueden imaginarse proceder de la materia y no depender sinó de la disposicion de los órganos.» (1)

He aquí una máquina humana perfectamente organizada con todas las condiciones materiales para funcionar y que sin embargo, al decir de nuestro fisiólogo, no desempeña todavia funcion alguna. Esta hipótesis está aun en oposicion con la observacion diaria y con el sentido comun. Cuando nace un niño bien conformado, es decir, con todas las condiciones precisas para la vida, cuesta trabajo el creer que no viva y si por casualidad nace muerto, al instante se vé uno forzado á preguntar la causa de su muerte, el obstáculo material que le ha impedido vivir. Sin embargo sigamos la hipótesis de Descartes para ver á donde nos conduce. «Si alguna vez habeis tenido la curiosidad de ver de cerca los órganos de nuestras iglesias, habreis comprendido como depositan los fuelles el aire en ciertos receptáculos, que segun creo, les conocen con el nombre de porta-vientos, y como este aire entra en los diversos tubos segun la manera con que el organista mueva con sus dedos las teclas. Ahora bien, comprendereis tambien que el corazon y las arterias que depositan los espíritus animales en las concavidades del cerebro, son como los fuelles de estos porta-vientos y que los objetos esteriores, que, segun los nervios que ponen en movimiento, hacen que los espíritus contenidos en estas cabidades entren aquí y allá en algunos de sus poros, son como los dedos del organista que segun las teclas que tocan, hacen que el aire pase de los porta-vientos á algunos tubos; como la armonia de estos órganos no depende de esta colocacion de los tubos que se ven desde fuera ni de la figura de los porta-vientos ú otras partes, sinó solo de tres cosas, á saber; del aire que viene de los fuelles, de los tubos que producen los sonidos y de la distribucion de este aire en ellos: de la misma manera os diré que las funciones de que se trata, de ningun modo dependen de la figura de las partes que vemos en el cerebro ni de sus concavidades, sinó solamente de los espíritus qne vienen del corazon, de los poros del cerebro por donde pasan y del modo como estos espíritus se distribuyen por estos poros, si bien que tengo necesidad de esplicaros aquí por su órden todo lo mas importante que hay en estas tres cosas.» (2)

Aquí se vé que es mayor todavia la tendencia de nuestro filósofo á prescindir por completo de los fenómenos del mundo físico; para el estudio del hombre, considerado físicamente solo le parecen necesarias

(1) Parte filosófica del *Tratado del hombre*. § 84.
(2) Ibidem § 56.

tres cosas, los espíritus que nacen del corazon, los poros del cerebro que les dan paso y la manera como se distribuyen por estos poros, cosas todas imposibles de colocarse bajo el dominio de los sentidos Por otra parte, concluye por completo con los estudios anatómicos cuando afirma que el ejercicio de los órganos no depende de manera alguna de su conformacion esterior. Dudo que muchos naturalistas y médicos de nuestro tiempo admitan semejante proposicion.

Este ejemplo nos enseña cuan peligroso es esplicar los fenómenos del mundo físico por la via del pensamiento puro, porque esta via que profesan tanto cariño los talentos especulativos nos conduce casi inevitablemente á mundo imaginario que nos hace perder de vista la observacion, la realidad. Remontarse al hecho primordial de nuestra existencia, á deducir de él todos los demás por un enlace riguroso de las proposiciones tal ha sido en todos tiempos la utopia de las mas ardientes imaginaciones, de los génios mas trascendentales. Muchos grandes talentos antes y despues de Descartes han tropezado en este camino, y muchos otros tropezarán todavia. Pero Descartes ha hecho un gran servicio á la filosofía desembarazándola del aparato escolástico, y reemplazando las reglas tan complicadas de la lógica peripatética con una sola tan sencilla como infalible.

Leibniz génio universal y eminentemente generalizador que comparte con Neuton la gloria de haber inventado el cálculo diferencial concibió desde la edad de diez y seis años el proyecto de un alfabeto universal que representára todas las fases del pensamiento humano con la misma precision y la misma generalidad que los caracteres algebràicos representan las relaciones de los números. «Dice, que solo se ocupará de volver á buscar ciertos términos ó formas de enunciacion de las proposiciones metafísicas que sirviesen como de conductor en este laberinto, para resolver las cuestiones mas complicadas por un método parecido al de Euclides, conservando siempre esta claridad ó esta distincion de ideas que no entrañan los signos vagos é indeterminados de nuestras lenguas vulgares » Dedicó toda su vida á este gran problema, y murió sin haber encontrado su solucion, aunque con la conviccion de ser posible llegar á alcanzarla. (1) Descartes tuvo tambien esta misma creencia porque escribe en una de sus cartas. «Podrá inventarse una escritura ideológica para todas las inteligencias como se ha hecho con los números y la música, pero para esto era preciso hacer

(1) *Obras de Leinitz* t. II. pàg. 19 y 49.—Historia y recomendacion de la *lengua característica universal,* (obras postumas reunidas por Raspe) pág. 585.

un análisis de todas las ideas primitivas y darlas á conocer con signos que imitasen en sus combinaciones las de nuestra inteligencia;» (1) Estos dos grandes hombres se imaginaron que perfeccionando el lenguage de la metafísica llegaria á alcanzar esta ciencia la misma precision que las matemáticas. Cometieron pues un error que Condillac renovò mas tarde, aun cuando adoptó un método filosófico diametralmente opuesto, error que ya hemos refutado suficientemente. (2)

Leibnitz que conocia ya las objeciones que habia provocado el sistema de Descartes y las fútiles consecuencias que habian sacado de una parte el espiritualista Malebranche y de otra el materialista Spinosa, creyó ponerse en guardia contra estos diversos inconvenientes, eligiendo por base de su teoría cosmogónica una hipótesis diametralmente opuesta á la del filósofo francés. Este habia partido de la opinion generalmente adoptada en su tiempo, de que la *materia es homogenea y completamente inerte*; el filósofo aleman tomó por punto de partida este hecho observado tantas veces *que no hay en la naturaleza mas que individuos* y que cada uno difiere de los otros en alguna cosa. Para esplicar esta diversidad infinita supone que jamás perecen los gérmenes de los séres vivos creados ya por toda la eternidad, que no hacen otra cosa que crecer y hacerse tangibles cuando nos figuramos que nacen, que disminuyen y cesan de ser tangibles cuando nos figuramos que mueren. A estos gérmenes imperceptibles y simples les dió el nombre de *monadas*. He aquí, por lo demás, como él mismo desarrolla su hipótesis. «Hay personas muy esperimentadas, dice, que dudan hoy si existen, aunque en pequeño, los animales en la semilla antes de la concepcion, como tambien las plantas. Admitida esta doctrina, es muy lógico creer que lo que no empieza á vivir, tampoco tiene que morir y que la muerte como la generacion no es mas que la trasformacion del mismo animal, que unas veces aumenta, otras disminuye. Lo que nos pone á la vista las maravillas del Artífice divino, en lo que jamás se habia pensado, es que las máquinas de la naturaleza, que lo son hasta en sus menores detalles, son indestructibles á causa de la envoltura de una pequeña en una mas grande hasta llegar al infinito. Así es que se vé uno obligado á sostener al mismo tiempo, la preesistencia del alma como la del animal, y la subsistencia del animal como la del alma. Por esto

(1) Carta XLVI.
(2) Godofredo Guillermo Leibnitz, nació en Leipsick en 1646 es decir 4 años despues que Neuton. Cuvier, dice, que es sin comparacion, el espíritu mas eminentemente enciclopédico que ha habido despues de Aristóteles.

se vé que no solo el alma sinó tambien el animal deben subsistir siempre en el curso ordinário de las cosas.» *(1)*

El lector debe haber comprendido ya la gran semejanza que hay entre este sistema y el de Pitágoras sobre la trasmigracion de las almas. En vano Leibnitz niega esta semejanza, las mismas sutilezas de que se vale para hacer palpables sus desemejanzas prueban que el parecido existe, sinó es identidad. El sistema de la metempticosis nos es muy poco conocido, ha sido muy desfigurado en las tradiciones sucesivas porque ha pasado para que hoy nos pongamos á formar un juicio decisivo sobre su homogeneidad mayor ó menor con tal ó cual sistema de las *monadas*, seria, al contrario, su mejor recomendacion, porque hacia remontar su orígen casi al principiar el mundo. Lo mas opuesto á esta hipótesis de las *monadas* es que no la sirve de base observacion alguna y que choca con el sentimiento general.

El historiador Tennemann dice que Leibnitz se vió obligado a crear su sistema por el profundo estudio que hizo de los mas célebres y su comparacion con ello. Lo puso en relacion con las necesidades de su época ayudado con su imaginacion fertil en hipótesis ingeniosas y llenas de buen sentido, así como por los medios de reforma y conciliacion de que disponia, en fin, por sus grandes conocimientos matemáticos. Su objeto era rehacer la filosofía para ver si podria gloriarse de hacerla alcanzar la misma precision que las matemáticas y poner un término á todas las disputas de las diversas escuelas, hasta la teología que podria cobijarse tambien bajo su manto. Se cuidó principalmente en perfeccionar el método y en plantear algunos principios positivos, en la esperanza de poder alejar las causas de las disidencias entre las sectas contrarias; en suma piensa que la filosofía debe ser tratada como las matemáticas y por esto se inclina al método demostrativo ó al sistema racionalista tal como lo habian concebido Platon y Descartes.

Leibnitz no ha espuesto en conjunto toda su doctrina, cada una de sus partes está mas ó menos separada del todo; se ha ocupado á la ligera de la filosofía moral. Pero la mayor parte sus ideas son el resultado de un cierto espíritu analítico de combinacion, de un sábio artífice que quiere amalgamar la teología con la filosofía y de un exámen esclusivo é incompleto de la facultad de conocer. Preocupado con la idea de que con solo el pensamiento se puede llegar á conocer la realidad de las cosas, se atiene solo al entendimiento, como habia hecho Locke con la sensibilidad para descubrir el principio absoluto del ser y del conoci-

(1) Consideraciones sobre los principios de la vida.

miento; algunas veces confunde la posibilidad y la actualidad lógica con la realidad positiva, intelectualiza los fenómenos y desconoce la parte que toma la observacion en la adquisicion de nuestros conocimientos. Sin embargo su filosofía llena de hipótesis atrevidas y puntos de vista de grande alcance ha hecho dar nuevos pasos á la ciencia, ha echado á volar un gran número de ideas nuevas con tanto más éxito cuanto que se ha valido de la lengua francesa para darlas á conocer.» (1)

Creo haber dicho lo bastante, apoyado en la autoridad de Descartes y de Leibnitz á los cuales puede asociarse la de Platon y de otros muchos autores que llevamos citados sobre los perjuicios que irroga á las ciencias físicas el método deductivo, lo mucho que tiende á alejarnos de la realidad material, de la observacion de los fenómenos. Para nosotros está demostrado que este método nò es tan seguro ni con mucho como el de la induccion para el estudio de este órden de conocimientos.

Kant mas circunspecto que sus antecesores, dirijió sus investigaciones hacia otro punto; en lugar de buscar el orígen de las cosas mismas, se propuso determinar cual es el modo como las comprende el espíritu humano y cuales son los límites de esta comprension. Para conseguirlo, se dedicó con una paciencia germánica á un exámen profundo de esta cuestion y despues de cuarenta años de meditaciones, publicò los resultados que obtuvo, diciendo como la última palabra relativamente al conocimiento que podemos adquirir de las cosas sensibles que: *la razon se nos ha dado para formar la esperiencia: y nuestro espíritu queriendo traspasar los límites de las sensaciones en los fenómenos del órden material desconoce sus derechos, así como su poder.*» (2)

Esta consecuencia de sus pacientes estudios es sumamente notable y merece que fijemos en ella nuestra atencion, porque nos presenta bajo otra forma la confirmacion de los aforismos de la filosofía sensualista que ya hemos citado. (véase la pág. 632) Así que Kant que parte del idealismo, del polo opuesto que Locke, llega á la misma conclusion que este relativamente á lo que corresponde al conocimiento de los objetos sensibles, se mantiene en el mismo límite que él... en lo que se refiere à las sensaciones... sobre el terreno de las ciencias físicas. Este

(1) *Manual de historia de la filosofía*, Traduccion del aleman por Tennemann por V. Coussin. Paris 1839, t. I, pág. 151, 160, 3.º período, 1.ª época, cáp. IV, §. 355, 659.
(2) *Crítica de la razon pura*.

es un hecho que importa comprobar y que debe darnos una completa confianza en los aforismos citados. (1)

§ IV. CONCLUSION.

Esta rápida è incompleta reseña de la historia de la filosofía durante los dos últimos siglos nos pone de manifiesto dos sectas filosóficas que van en busca de la verdad por caminos diferentes. La una mas inclinada que la otra al estudio del mundo físico refiere todas nuestras ideas á *las sensaciones*, pretendiendo deducir de este solo origen el conocimiento de todos los objetos sensibles y tambien las verdades morales y religiosas, tales como la existencia de Dios, el libre alvedrio del hombre etc. Su manera favorita de razonar es la *induccion*, pero tambien echan mano del *silogismo*. A los sectarios de este sistema se les llama *sensualistas* porque tienen á las sensaciones como la emanacion de todos nuestros conocimientos; *empíricos* porque todas sus reglas tienen por objeto dirijir la esperiencia y porque fundan su base esclusivamente en la observacion. Su método es el mas favorable á los adelantos de las ciencias naturales propiamente dichas, ha sido adoptado por los mas grandes físicos y naturalistas de la antigüedad y de los tiempos modernos, tales como Aristóteles, Galileo, Neuton, Linneo, Cuvier; él debe obtener la preferencia en medicina; segun él es como se han establecido los aforismos ó axiomas filosóficos que van á guiarnos en la apreciacion de las doctrinas médicas.

La otra secta mas atenta á los fenómenos del pensamiento puro ó de la conciencia, quiere estudiar el mundo material por este mismo camino; quiere estudiar los fenómenos del mundo físico por las leyes del pensamiento. Se la conoce con el nombre de *idealista* porque pretende derivar todos los conocimientos de las ideas; *racionalista* porque las reglas que traza tienen por objeto dirigir la razon. Procede de ordinario por el método deductivo ó silogístico, método que ya hemos dicho lo perjudicial que es para el progreso de las ciencias físicas, co-

(1) La reforma introducida por Kant se dirije principalmente á la moral y á la metafísica á las cuales no ofrece la doctrina de Locke una base sólida. Kant nació en Kœnigberg en 1724 y murió en 1804 siendo profesor en la misma ciudad. Tennemann dice que fué un segundo Sócrates, que por un método que inventó reanimó el espíritu de investigacion, le enseñó á orientarse é hizo á la razon entrar en una nueva vida científica, enseñandola á estudiarse á sí misma. Su raro talento cultivado y desarrollado con esmero le hicieron digno de tal vocacion. Su caracter moral y religioso le impidió seguir el camino de la especulacion pura y aun alteró el caracter de su doctrina. Un amor constante á la verdad, unido á las mas puras disposiciones morales era el alma de su genio filosófico, que reunia una gran originalidad, la fuerza, la profundidad y la sagacidad necesaria:» (*Man l'histoire de la philosophie* t. II pág. 225.)

mo que su tendencia es separarnos cuanto le es dable del mundo real para llevarnos á otro ficticio. Sin embargo, el metafísico de Kœnisberg ha llegado por este camino á encontrar la confirmacion de los aforismos de los sensualistas; lo que prueba que no hay método alguno que conduzca directamente al error ó directamente á la verdad en un órden cualquiera de conocimientos. No obstante es mejor el método deductivo en todo cuanto tiene relacion con las ciencias morales y metafísicas; por lo general los grandes moralistas y profundos pensadores de todos los tiempos como Platon, Descartes, Pascal, Leibnitz, Kant etc. lo han preferido.

Casi todos los filósofos de uno y otro siglo encantados de la infabilidad de los axiomas matemáticos, se han esforzado en imitar el método de razonar de estos hombres de ciencia esperando llegar á alcanzar por el demostraciones completamente convincentes y al abrigo de toda controversia, ¡vanos esfuerzos! Proseguian una quimera que no es dado á ningun hombre hacer real; la esencia de las cosas no se cambian por fórmulas del lenguage y del razonamiento. Si hubieran reflexionado bien sobre la índole de las proposiciones matemáticas, se hubieran convencido que su certidumbre no estriba ni en los signos ni en el mètodo que emplean los matemáticos, sinó en la naturaleza misma de estas proposiciones que llegan á nuestra inteligencia por las vias de la razon y la esperiencia, lo que hace que se graven en ella de una manera indeleble, sin dejar ningun resquicio abierto á la duda, á la vacilacion. Que un geómetra mida, por ejemplo, la altura de una torre por un proceder trigonométrico, que deje caer enseguida un hilo de plomo desde el vértice á la base, encontrará, por ambos métodos los mismos resultados que confirmarán en su cerebro los teoremas trigonométricos. Despues de tantos siglos se verifican las predicciones astronómicas sobre la aparicion y duracion de los eclipses con una puntualidad tal que esta misma circunstancia debe inspirarles plena confianza en la verdad y exactitud de sus teorías y cálculos. Se dirá que la prueba esperimental nada añade de nuevo á la certidumbre de las demostraciones teóricas de la geometría, cierto; pero la prueba esperimental se une á la conviccion del espíritu, llama la atencion del ignorante como del sabio, previene la duda, disipa la oscuridad.

No sucede lo mismo en otras ciencias: al examinarlas con atencion se ve que ninguna de ellas goza del privilegio de encastillarse en nuestra inteligencia por las vias de la razon pura y de la esperiencia como las matemáticas. Las verdades morales y metafísicas, por ejemplo, no

son susceptibles de ninguna demostracion esperimental; solo mediante la razon se prueba la existencia de Dios, sus atributos infinitos, la inmaterialidad del alma, la belleza de la virtud etc. al contrario que sucede con las verdades físicas que solo pueden demostrarse esperimentalmente. Así la propiedad que gozan las accidos de unirse con los álcalis para formar sales, no ha sido probada ni puede probarse de otro modo que por la esperimentacion, así solo la observacion ha hecho que se descubra y pruebe cada dia que el abuso de las bebidas alcoholicas debilita las funciones cerebrales; pero nuestra inteligencia por si no sabria comprender la trabazon precisa que hay entre estas causas y sus efectos respectivos. Sucede lo mismo con los demas fenómenos del órden físico que no son del dominio de las matemáticas; estos fenómenos asi como las leyes que los rigen solo pueden probarse esperimentalmente.

Hubiera querido ahorrar á mis lectores esta digresion en el terreno de la filosofía, pero me ha parecido indispensable y espero que no será infructuosa. Desde luego nos ha proporcionado la ocasion de elejir un método con conocimiento, despues nos ha puesto en claro los límites de nuestra facultad de conocer los fenómenos sensibles, en fin hemos establecido algunos aforismos que semejantes á renuevos plantados sobre el camino que vamos á recorrer, nos servirán de guia en el exámen de las doctrinas médicas y abreviarán considerablemente nuestro trabajo.

ART. II. ORIGENES DEL ANIMISMO Y DE LA QUIMATRIA.

Entre los hombres que mas contribuyeron á desacreditar las doctrinas antiguas y á introducir el gusto de las novedades en medicina, citaremos en primer lugar á Juan Bautista Van-Helmont señor de Merode y de muchos otros lugares. Desde jóven se distinguió por su aplicacion por su piedad y por la independencia de sus opiniones. A la edad de diez y siete años le ofrecieron el título de Doctor en filosofía, pero le rehusó diciendo, que á su edad, solo se tenia llena la cabeza de palabras y por eso no queria ser maestro en una ciencia cuando todavia no era mas que un estudiante. Habiendo renunciado las dignidades académicas, dejo de asistir á las escuelas donde solo se enseñaban cosas de poco valer para dedicarse con toda la independencia de su caracter á la investigacion de la verdad, leyendo primero los escritos paganos que le hicieron tomar aficion á la doctrina estoica, despues los de Tomás Kempis y Juan Taulero que le decidieron á abrazar el

misticismo. «Veo, dice, que toda verdad y toda sabiduría vienen de Dios, al cual se aproxima el hombre por la contemplacion, la oracion y las buenas obras:» Desde entonces se dedicó á arreglar su conducta á la de Jesucristo, y á fin de aproximarse á su divino modelo para él alivio de las miserias humanas, resolvió estudiar la medicina, estudio que abrazó con el ardor de un entusiasta y la tenacidad de un fanático; al cual se consagró por espacio de 30 años y despues de haber leido, anotado y estractado mas de 600 autores griegos, árabes ó latinos se encontró en estado de disputar con los mas hábiles médicos que admiraban su instruccion. Entonces recibió el título de doctor y se puso á recorrer la Italia, la Francia, la Inglaterra, la España, en una palabra, la Europa entera, á fin de iniciarse por si mismo en todos los secretos de la alquímia. De vuelta á Bruselas su patria, dividió el tiempo entre la práctica de la medicina y la del laboratorio, donde permanecia algunas veces dias enteros haciendo tales descubrimientos que le asegurarón un distinguido lugar en la história de la química: pero nosotros solo nos ocuparemos aquí de las opiniones médicas.

Van-Helmont proscribe enteramente la sangría como dañosa en todos los casos, emplea con parsimonía los purgantes. Sus remedios favoritos eran el opio, el vino, y algunas composiciones que él mismo preparaba, en las cuales hacia entrar con frecuencia, á imitacion de Paracelso y otros médicos químicos, sustancias sacadas del reino mineral. (1) Con sus preparaciones curaba muchas enfermedades que se habian resistido á los medios ordinarios; pero tambien habia algunas que se agravaban por el uso intempestivo de remedios todavia pero conocidos.

Sus escritos estan llenos de palabras nuevas y de ideas estravagantes que hacen cause su lectura; en ellos hay capítulos enteros incomprensibles, de suerte que parece que forman el transito natural de las divagaciones de Paracelso á las sábias teorías que pronto tendremos que examinar. Sin embargo no debe parangonarse Van-Helmont con el tanmaturgo suizo, al cual es superior bajo todos los puntos de vista y al cual profesaba el mas profundo desden. Instruido como pocos el médico belga, sabe sacar buen partido de su instruccion para acabar con las preocupaciones de escuela; nunca es tan claro ni tan preciso como cuando quiere poner en relieve la insulsa palabrería de la física de Aristóteles ó de la filosofía de Galeno. Pregunta, por ejemplo, en que fundan las escuelas que siguen á Aristóteles el porque el aire es

(1) Veance *Cartas de G. de Patin* nueva edicion con notas por Reveille Parisé. Paris 1846, t. I, pag. 355.

humedo á los 8.° y caliente á los 4.°, como y mediante que esperimento prueban que el aire condensado se convierte en agua y sirve despues de un alimento perpetuo para las fuentes. Al mismo tiempo cita en apoyo de la opinion contraria, la esperiencia en la cual se comprime el aire en un cañon de fusil sin poder hallar la menor particula de agua, cualquiera que sea el grado de condensacion que se la haga sufrir.» (1)

Pero cuando abandona el papel de crítico y se pone á crear un sistema conforme con la naturaleza, se confunde de tal modo que es imposible que podamos dar siquiera una idea de su doctrina; lo mas que podemos hacer es mencionar aqui algunas de las proposiciones que le sirven de base.

Van-Helmont admite dos principios materiales que le sirven para formar las cosas, el uno es el *agua* como representante de la materia el otro, el *fermento ó soplo seminal* que representa la forma. Otras veces, dice, que los dos elementos que entran á constituir los cuerpos son el aire y el agua porque conservan siempre su ser sin convertirse el uno en el otro. Creo que la tierra procede del agua mediante una formacion secundaria; el archeo es un gas muy sutil que dá impulso á la semilla fecundada por medio del fermento. Como hábil arquitecto que es, regulariza todos los movimientos de que estan dotados los cuerpos de la naturaleza y permanece en ellos hasta su descomposicion; sin el ningun ser organizado adquiriria la forma que le corresponde, todo seria confusion, caos. (2)

Ademas del archeo y los fermentos admite otro tercer motor que denomina *blas*. Este es doble, uno produce los movimientos naturales, otro los de relacion. Los astros tienen tambien su doble *blas*: el primero los dirije en el espacio, el segundo es el autor de las revoluciones íntimas á que está sujeta la materia. El *blas* de las estrellas y el de el hombre se relacionan entre sí de manera que se pueden predecir ciertas revoluciones atmosféricas por las molestias que aflijen muchas veces al cuerpo del hombre y todavia mejor por las que acontecen á algunos irracionales por la circunstancia de haber sido criados antes que aquel.

Si de las nociones generales de este autor descendemos á las particulares de cada parte del cuerpo, encontraremos que concede al estómago y al bazo un poder omnímodo sobre todo el organismo, poder que caracteriza con la espresion pintoresca de *duunvirato*.

(1) Veanse *Principios de física*, 1.ª parte, cap. XI.
(2) Barchusen, *Del origen y progresos de la medicina*, disertacion XX, §§ 24, 25 y 26.

El archeo ó el alma orgánica resida en una ú otra víscera y mas especialmente en la region pilórica. Desde este sitio dirije todas las demás funciones, vela por la integridad de cada una y mantiene entre ellas la armonia.

Admite seis digestiones, la primera en el estómago ayudada del elemento áccido que le envia el bazo; la segunda en el duodeno en donde la bilis mezclándose con el bolo alimenticio cambia su áccido en una sal volatil; la tercera en las venas meseráicas en donde el quilo se convierte en sangre venosa, por otro nombre *cruor;* la cuarta en el corazon por medio del calor, de la agitacion y de un fermento particular que hacen convertir la sangre venosa en arterial; la quinta en el cerebro en donde se estrae el espíritu vital de la sangre arterial; en fin, lo está en el trabajo de asimilacion que cada parte ejecuta, apropiándose por su propia virtud el alimento que la conviene. No admite la séptima porque la naturaleza guarda el sábado y la toca descansar. Esta es su fisiologia.

Ahora reseñaremos su patología. Cuando algun agente peligroso ó desagradable ofende al archeo, este se enfada ó se asusta obligándole á hacer movimientos desordenados y la idea que el mismo se forma de su alteracion se convierte en la levadura de la enfermedad. Hay tantas especies de enfermedades como variedad de semillas morbosas, y el sitio donde se asientan es en la túnica mucosa del estómago, residencia habitual del archeo. Las causas morbíficas son de dos especies, unas que vienen de fuera, como las miasmas productores de epidemias, los venenos, los virus, los alimentos y las bebidas mal sanas, las violencias etc.; las otras están dentro de nosotros y consisten en alguna materia escrementicia no arrojada á tiempo.

La fiebre es el resultado de los esfuerzos estraordinarios que hace el arqueo para desembarazarse de la idea morbosa que le perturba; de ahí los intervalos de agitacion y de laxitud que se suceden; el frio indica el estado de sobresalto ó aniquilamiento del órgano; el calor, la violencia de los esfuerzos y de sus movimientos.

Los cálculos vexicales se forman por la combinacion acccidental de tres clases de espiritus que existen aislados en la orina normal; de uno salino volatil, de otro de un caracter áspero é inflamable y de otro terreo. Las concreciones tofaceas de los gotosos son producto de la sinovia, especie de licor trasparente destinado á lubrificar las articulaciones, el cual, haciéndose áccido, pierde su parte acuosa, se deseca y endurece.

Por fin su terapéutica exije que la primera condicion para que un medicamento sea bueno es que sea agradable al arqueo, despues que se administre en dosis y tiempo oportuno. Su actividad reside, segun el médico belga, con especialidad en el olor al cual considera como el símbolo del fermento seminal y la causa de todas las trasmutaciones que se verifican en el cuerpo humano. Por lo demás, tenia fé en la eficacia de ciertas oraciones así como en los amuletos y talismanes, creia en la existencia de un remedio universal que llamaba *alkaest*, *ens primum*, *primus metallus etc.*

Van-Helmont no tuvo en realidad discípulos, no fundó escuela alguna, pero muchas sectas modernas se apoderaron de sus ideas. La escuela química le debe sus fermentos, la animista ó vitalista del alma orgánica ó principio vital formado sobre el modelo del arqueo. Los tanmaturgos, los rosa cruz, los magnetizadores, le cuentan en el número de sus adeptos ó al menos pretenden encontrar en sus doctrinas algunos rasgos de las suyas. Los escolásticos jamas tuvieron un adversario mas terrible. «En una época, dice Littre, en que todavia reinaban las doctrinas de la edad media, en que se interrogaba con temor à la naturaleza por creer que no encerraba mas que cosas misteriosas y sobrenaturales, no deberian chocar las ideas místicas de Van-Helmont, sus estasis donde se aparecia su alma, sus sueños que le daban la clave para resolver los problemas mas abtrusos.

Los hombres de aquel tiempo se encontraban en frente de las cuestiones resueltas ahora por nosotros en la misma condicion que nos hallamos hoy con las que no podemos resolver con los actuales medios de investigacion. ¿Cuántas teorias no se han inventado para esplicar el como se curan las fiebres intermitentes por el sulfato de quinina, cual es el orígen de la vacuna y como destruye esta el germen de la viruela natural? Quien es el que no ha intentado hacer un esfuerzo supremo para arrojar algun rayo de luz en esta oscuridad, para traspasar este horizonte que hoy nos circunda? Pues bien, volvamos los ojos sobre este pasado que fué porvenir, sobre esta luz que fué tinieblas y nos representaremos los resplandores falsos, los tanteos de nuestros antecesores tanto mas espuestos á cometer errores cuanto que no conocian como nosotros una brújula en el método de observacion y que á falta de hechos echaban mano de las hipótesis.» (1)

---

(1) Mr Littré. *Semanario de medicina*. Paris 1830, t. VI, pág. 513.

ART. III. YATRO-QUÍMICA.

Francisco de Leboé, conocido con el nombre de *Silvio* fué el primero que pretendió esplicar los fenómenos de los cuerpos vivos por las leyes de la química. A los cuarenta y cuatro años de edad se le consideraba como el mejor médico de Amsterdam desde donde fué á la universidad de Leiden á enseñar la medicina práctica. Antes que él, los profesores se contentaban con leer y comentar en cátedra en presencia de los discípulos los autores mas celebrados. Leboe tuvo la feliz idea de hacerse acompañar por sus discípulos á la visita de los enfermos del hospital y tomar por tema de sus lecciones los mismos enfermos. Así creó la enseñanza clínica que hoy es su mas bello título de gloria. Cultivó con igual éxito la anatomia y la química, fué uno de los primeros que se declaró partidario de la doctrina de Harvey, apoyándola con nuevas pruebas esperimentales cuando todo el mundo parecia enmudecido; en fin, recomendaba con frecuencia el estudio de la anatomía, la química y la clínica que para él eran las verdaderas bases de la instruccion medica. Murió cuando solo tenia 58 años, el año 1672.

Silvio declaró desde el principio que en medicina no debe tenerse por verdadero mas que lo que confirmen los sentidos, opinion conforme á nuestro quinto aforismo filosófico. Vamos á ver si su teoría filosófica está siempre conforme con esta sabia máxima.

Fisiología. Silvio describe el acto de la digestion de esta manera. En la boca se trituran los alimentos, se impregnan de saliva, liquido dotado de una gran virtud fermentativa; de la boca bajan al estómago y allí vuelven á encontrar restos de la digestion anterior, especie de levadura muy favorable á la fermentacion estomacal, mediante la cual sufren una segunda preparacion, despues de la que pasan al intestino delgado bajo la forma de un humor glutinoso y blanquecino. En este punto sufre el alimento una tercera fermentacion bajo la presion tambien de la bilis y del jugo pancreático. Entonces la parte mas pura, mas fluida, se separa de la mas espesa y grosera, esta pasa al intestino grueso, donde toma la forma y el nombre de heces fecales: mientras que la otra despegada de toda materia escrementicia toma el nombre de quilo y marcha por las venas lácteas al canal torácico donde se une y mezcla con la linfa, resultando de esta union un humor nuevo que va á parar á la vena caba superior, á mezclarse con la sangre, don-

de adquiere su facultad nutritiva. Restaurada así la sangre venosa llega á las cavidades derechas del corazon, de allí atravesando los pulmones á las izquierdas. En su paso al través de estos órganos sufre una última efervescencia que la hace alcanzar el mas alto grado de perfeccion. (1)

Esta descripcion de la funcion digestiva se distingue de la de Van-Helmont por una exactitud anatómica muy grande y por la no intervencion del arqueo. La saliva, la bilis, el jugo pancreatico, desempeñan allí solo un papel activo, papel que Silvio distingue con el nombre de *triumvirato*. La bilis, dice, que desempeña el principal papel por su energía debida á una sal alcalina atemperada por un espíritu aceitoso volatil. La saliva la debe al accido y al espíritu volatil que entran con el agua á componerla; el jugo pancreatico á un espíritu volatil bastante fuerte.

Los espíritus animales proceden de la sangre que va al cerebro y cerebelo por las arterias carótidas, sangre que al penetrar en los vasos capilares, se despoja de la parte acuosa que se filtra al través de los poros y adquiere un carácter que la aproxima mucho al espíritu divino. La sed es producida por los eruptos salados, que vienen desde el intestino delgado al estómago y á la garganta, donde producen una sensacion como de sequedad. Estos eruptos nidorosos son hijos de la mezcla de la bilis y jugo pancreatico que produce efervescencia. El hambre natural, de la fermentacion producida en el estómago por la mezcla de los residuos alimenticios con la saliva que sin cesar tragamos, fermentacion que desarrolla un *halitus* de un sabor accido agradable que titila insensiblemente el orificio superior del estómago y produce el deseo de comer. (2)

Patología. Las fiebres continuas reconocen por causa inmediata un vicio de la bilis ó de la linfa, vicio muy á propósito para escitar en el ventrículo derecho del corazon un aumento de efervescencia que es la causa de la fuerza continua del pulso.

La escesiva acrimonía del jugo pancreático produce las fiebres intermitentes; por su mezcla con la bilis y la pituita este jugo provoca una fermentacion anormal que ocasiona un frio mas ó menos vivo, hasta que la bilis corriendo á su vez con abundancia, desarrolla un aumento de calor en las cavidades derechas del corazon y hace que se reemplace así el frio con el calor. Por lo demás, de cualquier modo que esto suceda, parece fuera de duda que el período algido en todas las fiebres pro-

(1) Nueva idea de práctica médica por Silvio, cap. X, § 2, 3, 4.
(2) Ibidem, cáp. I y II.

viene de la acidez del jugo pancreatico ó de la linfa, mientras que el del calor de la bilis, cuya sal alcalina unida al aceite conserva y desarrolla con gran fuerza el (1) principio del fuego.

Terapéutica. En estas y otras hipótesis funda Silvio sus indicaciones terapéuticas; da los purgantes en las enfermedades que provienen de la efervescencia de la bilis; pretende corregir la acritud de este humor por el opio y otros narcóticos; da con profusion las sales volatiles, los diaforéticos, unas veces con el objeto de combatir la acidez de la linfa ó del jugo pancreatico, otras con el fin de sacudir la pereza de los espíritus vitales y favorecer las secreciones; en una palabra, emplea una medicina incendiaria basada en una teoría ficticia que el cree de buena fé ser la espresion de la verdad.

Pero si juzgamos esta teoría á la luz del principio filosófico que el mismo ha planteado al empezar, y que consiste, como ya sabemos, en no considerar por verdadero en medicina mas que lo que digan los sentidos, encontraremos que està muy lejos de llenar esta condicion. En efecto, de los tres humores que constituyen su *triunvirato fisiológico* uno solo, la bilis, posee en un grado muy débil la cualidad alcalina que le atribuye; los otros dos, la saliva y el jugo pancreatico no parece estan dotados de la accidez que el les atribuye y de la cual hace derivar su cooperacion en el acto digestivo así como en la generacion de las enfermedades. Todavia se podria preguntarle en que observaciones se fundo para afirmar que los espíritus animales son segregados en los tubos capilares del encéfalo de un modo análogo á lo que sucede con el espíritu de vino, para decir que la acidez de la linfa ó del yugo pancreático produce el escalofrio de la fiebre y que el calor es debido á la acritud de la bilis. En fin, el sistema adolece de un vicio capital y este solo es bastante para tenerle por insuficiente y erróneo; para nada tiene en cuenta el estado de los sólidos y su accion en el organismo.

Preciso es, sin embargo, decir en honra de un práctico tan renombrado como Silvio, que prescindia bastante de sus teorías á la cabeza de los enfermos, que recordaba entonces esta sentencia que él mismo ha emitido: *muchas cosas especiosas y verosimiles en teoría son vanas y falsas en la práctica.* (2)

Su doctrina se estendió con rapidez por Alemania é Inglaterra, gozó de menos favor en Francia y en Italia en donde la hicieron una oposicion tenaz los partidarios del antiguo dogmatismo. La novedad de

(1) Ibidem cáp. XXVII.
(2) Ibidem lib. III, cap. VII, § 19 y siguientes, cap. X, § 64.

los fenómenos en los cuales se apoyaba, el reducido número y la claridad de sus principios, la facilidad de su aplicacion en el tratamiento de las enfermedades, todo era muy á propósito para seducir á las inteligencias ávidas de novedades. Por otra parte, las circunstancias eran las mas á propósito para toda tentativa de innovacion en medicina, porque por todas partes batian en brecha el antiguo edificio médico.

Tomas Willis. Contemporáneo de Leboë y todavía mas célebre anatómico que él, contribuyó mas que otro alguno á propagar el gusto de las esplicaciones químicas entre los médicos. Despues de haber profesado la filosofía natural por espacio de seis años y ejercido con aplauso la medicina en Oxford, abandonó su cátedra para ir á Londres donde al poco tiempo llegó á ser uno de los prácticos mas distinguidos y buscados. Agregado al colejio de médicos de esta capital, pronto se conquistó el aprecio de sus colegas por la rectitud de su juicio y dulzura de caracter, cualidades dignas de aprecio, como tambien por sus estensos conocimientos.

El sistema de este yatro-químico, aunque fundado en consideraciones de un mismo órden que el de Leboë, difiere notablemente de él. Willis sienta como base que si se funde una sustancia cualquiera, se reduce á partículas espirituosas, azufrosas, salinas, acuosas ó terrestres, deduciendo de aquí que hay cinco elementos, los espíritus, al azufre, las sales, el agua y la tierra. Escluye de los cuerpos elementales el aire y el fuego por la razon de no ser visibles ni palpables. «Porque, añade irónicamente, tengo la inteligencia obtusa y mi razon no alcanza mas allá que mis sentidos.» Se ve que la mayor parte de los médicos de este periodo aceptaban, al menos en principio, los aforismos de la filosofía sensualista, pero se habian cuidado poco de ajustar á ellos sus teorias médicas; así los espíritus que Willis pone á la cabeza de los elementos no me parecen en manera alguna ni mas visibles ni mas palpables que el aire y el fuego ¡Habria olvidado tan pronto la máxima filosófica que le servia de divisa? Esto es lo que vamos á ver ahora.

Segun este médico, los espíritus son una sustancia etérea, en estremo sutil, una emanacion del soplo divino que la bondadosa naturaleza ha colocado en este mundo sublunar para imprimir el movimiento y la vida á todas las cosas. El azufre es un principio de algo mas consistencia, se evapora con mas dificultad que los espíritus, y tiene menos actividad; el calor la forma, la hermosura de los cuerpos así como el color, el olor, el sabor de ellos dependen de la proporcion de este elemento. La sal es mas fija todavia; da solidez y apoyo á las

sustancias, es el principio de su duracion y de su reproduccion: El agua es el vehículo de los espíritus y del azufre, cuya mezcla se favorece con la sal, los demás principios no pueden unirse si se les priva de este disolvente. La tierra llena los poros de los cuerpos sólidos, evita el contacto demasiado intimo de los elementos activos, impide que se rocen demasiado, retiene por su misma viscosidad los que son mas volátiles, en fin, proporciona á los cuerpos su masa, su volúmen. (1)

Verdaderamente que las cualidades y las funciones que concede Willis à sus elementos tampoco son mas reales y mas positivas que las que los antiguos concedieron á los suyos. Tampoco hay mas razon para decir que el calor, la hermosura, la forma, el color, el olor y el sabor de los cuerpos provengan del azufre, como para decir que el aire es húmedo á los 8° grados y frio á los 4.° Todo esto es igualmente ficticio, imaginario, en esto está Willis mas estraviado que los antiguos porque se pone en abierta contradiccion con sus principios filosóficos.

Ahora continuemos el exámen de su teoria con aplicacion á los fenómenos de los cuerpos organizados, en particular á la economía animal, y como aquí la fermentacion desempeña un papel tan importante, digamos antes lo que entiende por esta palabra. La fermentacion, dice nuestro químico, es un movimiento incesante de las particulas elementales de un cuerpo cualquiera, teniendo por objeto la perfeccion de este cuerpo ó la trasformacion en otra sustancia, trasformacion que puede verificarse tanto en los minerales enterrados en las entrañas de la tierra como en los animales y vegetales, y que unas veces es artificial y otras natural. (2)

Fisiología. El espíritu traza el primer boceto de la vida en el corazon; esta viscera cuyos rápidos movimientos son visibles á la vista nos ofrece la imágen de un punto que fermenta *(puntulum (fermentescens.)* El espíritu se escapa de este punto culminante (*punctum saliens*) como de una prision, pero la sangre que le sirve de vehiculo se opone á su paso y le obliga á volver atras, de suerte que el espíritu yendo y viniendo sin cesar del centro á la circunferencia y vice-versa, penetra y llena las arterías y venas que llevan la sangre á todas las partes del cuerpo. El quilo sale de los alimentos por la coccion que se verifica en el estómago con la ayuda de un fermento acido.

Willis continua diciendo, que hay algunos que dicen que este fer-

(1) *De la fermentacion ó del movimiento de los cuerpos inorgánicos* cap. I y II.
(2) Ibidem cap. III.

mento viene del bazo, pero la anatomía no ha descubierto hasta aquí comunicacion directa entre este y el estómago. Sea lo que quiera, el quilo adquiere un color lechoso por la coccion de las partes azufrosas y salinas mezcladas con el fermento de que ya he hablado. (1) Por el intermedio de un fermento tambien se separan los espíritus de la porcion sulfurosa, la mas pura de la sangre, en la sustancia cortical del cerebro y del cerebelo. Pero aun cuando sea algo oscuro el proceder por el cual se verifica esta secrecion, parece, sin embargo, demostrado que el encéfalo cubierto con su bóveda ósea provisto de sus apéndices nerviosos, desempeña el mismo papel que un chapitel ó alambique de vidrio que contenga una esponja para la rectificacion del espíritu de vino. En definitiva, cada aparato orgánico posee un fermento particular, indispensable al ejercicio de sus funciones; de modo que nuestra vida, puede decirse, que empieza y se sostiene por la intervencion de los fermentos. (2)

Patología. Si los fermentos son el orígen y el sosten de nuestra vida, son igualmente la causa de nuestra muerte, porque segun Willis, contienen los gérmenes de todas las enfermedades. Unas veces, dice, que la parte azufrosa y espirituosa de la sangre exaltándose hasta el esceso entra en ebulicion en sus vasos, á la manera del vino que fermenta en los que le contienen y produce las afecciones febriles de todas clases; otras hace lo mismo á la parte salina y comunica á la sangre una cualidad ácida, áspera ó acre que la obliga á coagularse de diversas maneras, originándose de ahí la mayor parte de las enfermedades crónicas, como el escorbuto, las hidropesías, la lepra, etc. (3)

Un esceso de jugo digestivo no asimilado produce las calenturas intermitentes. Este, al circular con la sangre, provoca una ebullicion que dura hasta que la materia morbífica es espulsada; solo entonces se restablece la calma, y á la agitacion febril sucede una interrupcion mas ó menos prolongada. Viene despues una nueva cantidad de jugo nutritivo mal elaborado y suscita un nuevo acceso y así sucesivamente. (4)

Las fiebres continuas se producen del modo siguiente: cuando se agita ó calienta la porcion espirituosa de la sangre produce una fiebre efemera ó sinoca legítima; si la fermentacion se estiende á las moléculas azufrosas, una calentura pútrida; en fin cuando un miasma venenoso se introduce en la sangre, no solo provoca en ella la efervescencia de

(1) Ibidem, cap. V.
(2) Ibidem, cap. V.
(3) Ibidem, cap. V.
(4) *De las fiebres*, cap. III.

las moléculas espirituosas y azufrosas, sinó que desune sus elementos y dá lugar á putrideces, á coagulaciones estrañas; sobreviniendo entonces síntomas alarmantes, estraordinarios, que entrañan un gran peligro y que caracterizan las fiebres malignas, la peste, las viruelas. (1)

El frenesí consiste en la irritacion de los espíritus del cerebro, los cuales al entregarse á movimientos confusos y desordenados, trastornan las funciones de alma, pero cuando estos espíritus esperimentan algun otro género de alteracion, cuando, por ejemplo, su sustancia cambia de naturaleza, que se hace amarga, acre ó insípida, de salino-espirituosa que era; entonces digo, que engendran otras especies de locuras, tales como la melancolía, el idiótismo, etc. (2)

Terapéutica. Los fermentos ayudan á curar las enfermedades; y el oficio de médico, dice este autor, tiene entonces muchos puntos de contacto con el encargado de cuidar que la fermentacion del vino se haga con regularidad, que separe toda sustancia capaz de alterarla. Los remedios dirijen desde luego su accion sobre los espíritus ó sobre los humores, diminuyen, aumentan ó cambian de mil modos su movimiento fermentativo y por eso, producen toda clase de efectos sobre el cuerpo, cuyos sólidos modifican, aunque de una manera secundaria. (3)

Tales son los principales caracteres de la doctrina de Willis. El lector ha debido notar, como ya lo dije al principio, que se parece mucho á la doctrina de Leobë bajo ciertos puntos de vista, pero que difiere bajo otros muchos. El sistema de Willis, mas vasto, mas complicado, mas espiritual que el de su compañero, está menos al alcance de las inteligencias vulgares y deberia ofrecer ventajas á los talentos especulativos, pero en el fondo tiene los mismos defectos y merece los mismos cargos. El nosólogo inglés no ha hecho mas caso de los sólidos y de su constitucion que el de Leyden, tampoco cumple la promesa de no traspasar los límites de los fenómenos sensibles; al contrario, saca una multitud de deducciones puramente ficticias que colocan la mayoría de los objetos fuera del alcance de los sentidos. Me veo obligado para legitimar á los ojos de la posteridad su reputacion de gran práctico, repetir aquí lo que ya he dicho de Silvio y de tantos otros, á saber, que prescindia de sus teorías á la cabecera de los enfermos. Tengo tanto mas motivo para pensar de que Willis obraba así, cuanto que dice, con ocasion de la administracion de la quinina, cuyo modo de obrar contraría sus opiniones, que es mejor atenerse siempre á lo que enseña la observacion.

(1) Lo mismo, cap. VIII y siguientes.
(2) Lo mismo. *Del alma de los brutos* parte 2, cap. X y XI.
(3) Lo mismo *De la fermentacion*, cap. V. y *de la farmacia racional*, cap. I.

Los discípulos de estos dos célebres médicos hicieron sufrir á sus sistemas algunas modificaciones, aunque poco importantes, cuyo análisis no haremos aquí. En su virtud vamos à pasar á estudiar otra clase de teóricos.

ART. IV. YATRO-MECÁNICA.

Consecuencia de los progresos de la química, nació entre los médicos la idea de esplicar los fenómenos de los cuerpos vivos por las mismas leyes que lo hacen las combinaciones íntimas y elementales de los cuerpos brutos, y por la misma causa de los progresos de la física esperimental, de la mecánica y de las matemáticas les sugirió la idea de aplicar el cálculo á los fenómenos de la economía. Se abrigó la esperanza de llegar à determinar con una precision matemática las menores alteraciones de la salud, así como los medios de remediarlas y se dedicaron con este motivo á investigaciones tan pacientes como ingeniosas.

Santorio fué el primero que trató de apreciar esperimentalmente la cantidad de traspiracion insensible que exhala el cuerpo humano en un tiempo dado. Como todas las funciones orgánicas tienen entre sí tal trabazon que si una sola entre ellas se altera las demás participan de esta alteracion, pensaba que cada variacion en la cantidad de fluido exhalado indicaria una mudanza en el estado general del cuerpo. Esta opinion no tenia en su favor mas que ser muy verosimil y hasta real; sin embargo, las observaciones intentadas por este médico y otros muchos de mayor mérito han producido resultados mas curiosos que útiles y han concluido por abandonarlos á causa del poco fruto que de ellos sacaba el arte.

Alfonso Borelli Profesor de matemáticas en la Universidad de Pisa, miembro de la Academía del *Cimento* fundada en 1657 por Leopoldo gran Duque de Toscana con el objeto de propagar la doctrina yatro-mecánica, leyó por vez primera en el seno de esta corporacion sus ensayos sobre la mecánica de los animales. Disgustado de Pisa marchó poco despues á Mesina donde permaneció poco tiempo por motivo de los disturbios políticos que agitaban la Sicilia, en fin, se fué á Roma donde le acojió y protegió Cristina ex-reina de Suecia á quien dedicó su famoso tratado de mecánica animal. Esta obra fruto de la paciencia y del génio creó una nueva rama de la medicina. En efecto, hasta entonces, no se tenian mas que ideas vagas ó erróneas sobre la suma de fuerzas gastadas por los animales en sus movimientos y sobre el modo de emplearlas.

Partiendo de este principio, de que la naturaleza tiende á sus fines por el camino mas corto y por los medios mas sencillos, se habia creido hasta allí que el hombre y los animales estaban constituidos de modo que pueden ejecutar grandes movimientos y sostener grandes pesos empleando la menor suma de fuerzas posible. Borelli refutó esta preocupacion con razones fundadas en la anatomía y en las leyes de la estática, comparó los huesos movidos por los músculos á palancas movidas por cuerdas, probando así que el hombre gasta una enorme cantidad de fuerzas cuando se mueve. Si se le ata, por ejemplo, á una mano un peso de 26 libras estando el brazo en estension; para doblarle, necesita emplear una potencia que no bajará de 1160 libras. (1) Lo mismo que un mozo de cordel que lleve á su espalda un fardo de 129 libras, necesitará emplear una suma de fuerzas igual á 17,366 libras cuando se sostenga sobre un solo pié. (2)

Sea lo que quiera de la exactitud de estos cálculos, los que aceptamos como á título de inventario, está plenamente demostrado que el hombre despliega en sus movimientos una energía muscular incomparablemente mayor que el peso que levanta, verdad que se estaba lejos de sospechar antes de los descubrimientos de Borelli. Su libro contiene además, una fabulosa cantidad de observaciones tan delicadas como nuevas sobre los diversos modos de estacion y progresion de los animales, tales como las actitudes de pié, sentado, andando, corriendo, saltando, nadando, volando etc. Para no citar mas que un ejemplo, entre los muchos que contiene, lo haremos solo del que se refiere á la manera como se sostiene un pájaro en un pié cuando duerme en una debil rama que se mueve sin cesar por el viento. (3) Es una esplicacion tan ingeniosa como verdadera. Con mucha razon escribe este autor á la cabeza de su libro lo que sigue: «Voy á hablar de la mecánica de los animales, cuestion árdua que han tratado de abordar un gran número de antiguos y modernos, pero que no han hecho mas que desflorar. Ninguno de ellos habia sospechado siquiera los numerosos é interesantes problemas que entraña su estudio, habiendo permanecido bien lejos de resolverlos por medio de rigorosas demostraciones » Enseguida espone el plan de su obra en los siguientes términos. «Divídese este tratado en dos partes; en la primera me ocuparé de los movimientos visibles de los animales, movimientos que ejecutan mediante la flexion y estension alternas de sus miembros; en la segunda, trá-

(1) *Del movimiento de los animales*, parte 1.ª cap. X proposicion 35.
(2) Ibidem cap. XII, proposicion 62.
(3) Ibidem, cap. XIII proposicion 150.

tase de indagar la causa de todos los movimientos que se verifican en el interior, tales como el paso de los líquidos por los vasos y las vísceras.» (1)

Por lo dicho podrá juzgarse que la primera parte es lo mas perfecto que permitian los conocimientos de aquel tiempo y es digna de todo elogio; la segunda no ha obtenido un aplauso tan unánime, aun cuando, segun el autor, es la mas importante, la mas esencial y que le ha debido costar mas sacrificios, mas cálculos, y mas investigaciones que la primera. (2) Contiene una teoria fisiológica completa de la cual vamos á dar un resumen.

Uno de los teoremas fundamentales de esta teoría es aquel por el cual esplica Borelli el mecanismo intimo ó la causa inmediata de la contraccion muscular; hay, segun él, un flujo continuo de sangre y fluido nervioso en las celulas esponjosas de los músculos.

Ahora bien, cuando el alma sensitiva que reside en el cerebro quiere poner en accion la facultad motriz, imprime una sencilla conmocion á los nervios, ó mas bien envia á lo largo de los tubos de estos un fluido sutil que se llama espíritu animal. En un abrir y cerrar de ojos entra en ebullicion la sangre y el jugo nervioso que impregna las vesiculas musculares y al dilatarse, se hincha, distiende los músculos obligando à aproximarse las estremidades. Nuestro autor dedica tres largos capítulos á dilucidar este teorema que es la piedra angular de su edificio fisio-patológico. Compara el efecto del espíritu animal sobre la mezcla del jugo nervioso y la sangre que llena las areolas de los músculos, unas veces á las chispas que se desprenden de una piedra que choca con un eslabon, otras á la combustion resultante del frote de un palo con otro, otras al vapor que se desprende cuando se apaga cal viva, ó á la efervescencia que producen ciertos ácidos cuando se les vierte en una disolucion alcalina etc. (3)

Pero en vano acumula metáforas y sutilezas; todos los artificios del lenguage no bastan á convertir una hipotesis en una verdad perfecta. Ahora bien, no hay observacion alguna que compruebe que pase un humor cualquiera por las estremidades de las fribillas nerviosas, ni mas razon, para creer que este humor mezclado con la sangre en las

(1) Ibidem Proemio.

(2) Esta cuestion ha sido estudiada de nuevo por el ilustre P. J. Barthez en su obra *Nueva mecánica de los movimientos del hombre y de los animales*. Carcasona 1798 en 4.°, despues por los hermanos G. y E. Weber en su obra: *Tratado de la mecánica de los órganos de la locomocion* traducido del aleman por Jourdan. Paris 1843 en 8.° con un atlas de 17 láminas en 4.°

(3) *Del movimiento de los animales*, parte 2, cap. III,

celulas musculares entre en efervescencia al ponerse en contacto con el espíritu animal. ¿Qué, pnes, debemos pensar ahora de los cálculos que pretende establecer el autor sobre la fuerza espansiva de las molécnlas nervioso-sanguíneas encargadas de llenar los vacios de las celulas musculares?

No debe chocarnos, que partiendo de este dato ficticio haya llegado á obtener resultados tan ridículamente exagerados como el que sigue: El corazon, dice, soporta á cada contraccion una resistencia equivalente á 180000 libras de peso. (1)

Considera la digestion estomacal como una simple trituracion que es facilitada alguuas veces por el concurso de un fermento corrosivo; esplica de una manera completamente mecánica la nutricion ó la asimilacion. Los humores, dice, así como los sólidos dejan desprender moléculas de su sustancia que se evaporan por la traspiracion, formándose pequeños vacios en los puntos donde se desprenden, vacios que vienen á llenar los glóbulos sanguíneos que envia el corazon y las arterias, glóbulos que van á ocupar cada uno el puesto que su configuracion exige; así los oseos van à parar á los huesos, los carnosos á las carnes, los membranosos á las membranas etc., de suerte que cada tejido apoderándose del alimento que le es propio, se nutre y repara sus pérdidas. (2)

Del mismo modo que hemos visto esplica la nutricion, lo hace con las secreciones. He aquí la manera como, dice, se forma la orina. La sangre arrojada con fuerza por las arterias emulgentes viene á chocar, por una parte contra los orificios de los tubos capilares sanguíneos, por otra contra los orificios de los canales urinarios: de repente sus moléculas unidas por simple aposicion se separan como si pasaran al traves de los agujeros de una criba; los globulos acuosos de la orina pasan por los tubos renales propiamente dichos cuya configuracion es análoga á ellos, los glóbulos sanguíneos á las venas cuyos orificios están tambien dispuestos á recibirlos y no permiten el paso á los glóbulos urinarios. Ciertamente, grita nuestro fisiólogo mecánico, tanto valdría dar fé á los sueños y á los médios de que se valen los embaucadores como admitir la existencia de una virtud magnética ó de un fermento particular dotado de un discernimiento muy sútil y colocado exprofeso en el riñon para separar ó entresacar las moléculas urinarias de las sanguíneas y depositar cada una de ellas en el lugar que las corresponde (3).

(1) Ibidem parte 2, cap. III, proposicion 29, cap. V, proposicion 66, 67, 73.
(2) Ibidem cap. XVI proposicion 201.
(3) Ibidem, cap. IX proposicion 139, 140.

Este mismo autor, dice que la respiracion no lleva á la sangre un principio nuevo, sinó que tiene por objeto moderar los ímpetus del espíritu vital poco mas ó menos del mismo modo que lo hace un péndulo de un reló que regula el movimiento de toda la máquina por sus oscilaciones alternas; tiene además el encargo de volver á dar á los glóbulos sanguíneos la forma que tenian antes de ser alterados á su paso por las diversas partes del cuerpo. (1).

Patología y terapéutica. Borelli se ocupa poco de estas dos importantes ramas del arte de curar, se encuentran en su libro, tanto solo como recuerdo. Este sectario atribuye todos los dolores á una comezon ó irritacion de las extremidades de los nervios, la fiebre á la acritud ó fermentacion del jugo nervioso que se reparte por el corazon, y añade que esta acritud del jugo nervioso proviene unas veces de la irritacion, otras de la obstrucion de las raicillas nerviosas que se distribuyen en las glándulas, principalmente en las del mesenterio. Segun el mismo, la fiebre disminuye cuando la sangre que choca con fuerza en las glándulas, lava completamente y arrastra las molèculas glutinosas ó corrosivas que obstruyen las raicillas nerviosas. Pero despues de un tiempo mas ó menos largo los resíduos escrementicios depositados en los órganos glandulares, ocasionan un nuevo depósito de materiales viscosos y acres que provocan un segundo parosismo; siendo este el motivo de la fuerza de los accesos febriles (2). La cura radical depende de la eliminacion completa del elemento febrígeno, eliminacion que se efectua por la traspiracion insensible, por el sudor, por las orinas ó por algun otro emuntorio.

Si la fiebre es benigna, se cura lo mismo, sea cualquiera el método que se emplee para curarla; si es maligna, cualquier tratamiento será impotente contra ella; así que el mejor partido en todos los casos es estarse quietos á no ser que la necesidad nos obligue á ser activos. Pero si nos parece conveniente hacer alguna cosa, preciso es tener presente que la indicacion principal en las pirexias consiste en disipar las obstrucciones de los vasos escretores y en atemperar la acrimonia del fermento febrígeno administrando una sal de naturaleza contraria. (3)

Si todavia no sabemos lo que debemos pensar de una doctrina médica basada en un teorema hipotetico, nos bastará apreciar la pobreza de las indicaciones curativas que de ella se desprenden para declararla insuficiente, errónea. No me detendrè á hacer resaltar todo el contra-

(1) Ibidem, cap. XVII, XVIII y XXII.
(2) Ibidem, cap. VIII prop. 116, 128, 129.
(3) Ibidem cap. XXII y XXIII ó último.

sentido y las contraindicaciones que contiene, solo me contentaré con preguntar ¿Por què serie de esperiencias ha comprobado este médico la óbstruccion de las raicillas nerviosas, obstruccion que es la causa de todas las enfermedades? ¿Como es que despues de haberse burlado de todos aquellos que admiten un fermento particular en cada glándula secretoria, haya recurrido á la intervencion de un fermento febrígeno para esplicar la generacion de la fiebre etc. etc.

Esta teoria aun cuando tan poco fundada como la de los yatro-químicos, tiene una apariencia científica mucho mas aceptable. Se apoya en consideraciones de anatomía y de hidráulica en estremo delicadas, en cálculos que es difícil comprobar y por lo tanto de contradecir; lo que la hace tener un aire de precision matemática á que no ha podido llegar ningun otro sistema médico. El ha vuelto á dar vida á las ideas ingeniosas de Asclepiades de Bytinia sobre los átomos, su figura, su paso continuo por los poros y los obstáculos que les detienen algunas veces; apoya estas ideas con observaciones microscópicas recientes que simulan verdaderas demostraciones. En fin, hace concebir la esperanza que algun dia se podrá representar con fórmulas algebráicas todas las combinaciones de la fuerza vital y todas las reglas del arte médico. Ilusion lisongera que debia seducir y en efecto seduce à muchos talentos eminentes, entre los cuales citaré al italiano Lorenzo Bellini contemporáneo de Borelli y miembro como el de la Academia del *Cimento*: á Jorje Baglivio conocido con el sobrenombre de Hipócrates romano, á José Doncellini; al francés Boissier de Sauvages, el primero de los nosólogos; á J. Senac; á quien casi nunca nombra Morgagní, sin darle el epiteto de grande: al holandes Hermann Boerhaave, el propagador de la enseñanza clínica; á Juan Bernouilli, que divide con Neuton y con Leibnitz la gloria de la invencion del cálculo diferencial; al inglés Archibal Pitcairn, que se propuso nada menos que resolver este vasto problema: *dada una enfermedad encontrar el remedio:* á Santiago Keill, que juntó la atraccion neutoniana con los principios mecánicos de Borelli; á Juan Freind, el historiografo continuador de Daniel Lecler; á Ricardo Mead, célebre por la bondad de su caracter, como por la variedad de sus conocimientos.

Los límites de esta obra no me permiten indicar todos los cambios que la doctrina yatro-mecánica ha sufrido bajo la pluma de tantos hombres de talento; por otra parte, estos detalles han perdido bastante de su interés desde que se abandonó por completo esta doctrina. Bastará

solo indicar aquí las principales fases porque ha pasado durante su corta y brillante duracion.

Jorge Baglivio, natural de Ragusa, huérfano desde muy niño, fué recogido por uno de sus parientes que era médico el que le enseñó los primeros rudimentos. Recibió el grado de Doctor en la universidad de Salerno ó de Padua; viajò después por Italia para oir á los profesores mas famosos; en Bolonia estudió anatomía siendo catedrático el ilustre Malpigio; en fin, fué á fijar su residencia en Roma donde empezó á ejercer la profesion y pronto adquirió un renombre por su tino. Al instante el Papa Clemente XI le confirió la cátedra de medicina teórica en la Sapiencia (universidad de Roma) despues la de anatomía y cirujía que Lancisi acababa de dejar para desempeñar un destino mas elevado. Baglivio, aunque jóven, se mostró digno de suceder á su predecesor y sostuvo el brillo de la enseñanza. Su crédito, ya europeo, se fué aumentando cada vez mas, hasta que en lo mas brillante de su carrera le sorprendió una larga y dolorosa enfermedad que lo arrebató á la ciencia el 17 de Junio de 1707, á los 38 años de edad.

Baglivio se empeñó en completar la teoría de Borelli, aplicándola á la patolojía y á la terapéutica, que este no habia hecho mas que desflorar. Al instante comprendió que los médicos de su tiempo, fuesen galenistas ó yatro-químicos, olvidaron demasiado el estudio de los sólidos; en consecuencia, se propuso llamar la atencion de sus contemporàneos hácia su estudio, demostrando que los sólidos tienen una gran preponderancia sobre los humores en todas las funciones orgánicas, ya sea en el estado de salud, ya en el de enfermedad. «Satisfecho de lo que digo, dice, me he dedicado á observar los sintomas durante la vida, las lesiones anatómicas despues de la muerte, y me he convencido que la influencia de los sólidos es mayor que la de los líquidos, aun en la generacion de las enfermedades. (1)» Admite solo dos especies de afeccion en la fibra simple ó primitiva; la una dependiente de un esceso de relajacion ó de blandura, la otra de tension ó de rigidez, hipótesis renovada por Temison, de donde, en definitiva, se originan todas las teorías solidistas que pretenden remontarse mas allá de los fenómenos sensibles. Distingue dos especies de fibras; la carnosa que parte del corazon y constituye los músculos, los tendones, los ligamentos, los huesos; la membranosa que parte de las membranas del cerebro y constituye las membranas, los vasos, las glándulas y otros tejidos. Ad-

(1) Muestra de los cuatro libros acerca de la fibra motriz y morbosa. *Enemistades á la doctrina antigua*. §. 5.

mite tambien dos principios motores en la economía animal; el corazon que dá impulso a las partes carnosas, enviándolas un líquido sin el cual sus fibras no pueden ni moverse ni crecer, y el encéfalo cuyas cubiertas imprimen el movimiento y la vida á todas las membranas, á todas las visceras.

La manera como concibe Baglivio la influencia de las membranas del encéfalo, aun cuando le pertenece, no tiene mérito alguno, y no merece, á mi juicio, la pena de que se le dispute la invencion. Este fisiólogo, comparando la estructura y las funciones de la dura madre con la estructura y funciones del corazon, encuentra entre unas y otras una perfecta analojía. Del mismo modo, dice, que el corazon envia la sangre á todas las partes del cuerpo por las arterias, del mismo modo tambien la dura madre abraza y comprime al cerebro en sus movimientos de ascenso y descenso y segrega un fluido que envia por los nervios hasta los puntos mas lejanos. Da una esplicacion no menos vacia de sentido de los fenómenos simpáticos: segun el, las oscilaciones de la dura madre se estienden por continuidad de tejidos á los nervios, á las membranas, á las vísceras en general y al mismo corazon; á su vez, los movimientos particulares de cada órgano marchan por el mismo camino y en cierto modo se reflejan sobre el cerebro, resultando de ahí una simpatía universal, una ondulacion constante del céntro encefálico á la periferia del cuerpo y viceversa. Una simple observacion ha concluido con este artificio; se ha averiguado que la dura madre no tiene movimiento alguno que le sea propio; los que en ella se notan, provienen ya del impulso del corazon y de las arterías, ya de la influencia de la respiracion y de la circulacion venosa en el cerebro. Además la pretendida continuidad de las meninges ó de su tejido con las otras membranas, los vasos y las vísceras es una pura ilusion.

Si á Baglivio le atendieramos solo por sus elucubraciones teoricas acaso no nos hubieramos ocupado de él, pero tiene demasiados títulos à nuestra atencion. Su tratado de medicina práctica brilla por cualidades poco comunes en la época en que se escribió. En el aconseja sin cesar tomar á la observacion por guía, de sacrificar los argumentos teóricos á las prescripciones de la esperiencia. En el se vé á un hombre al cual estraviaron algunas veces las preocupaciones de su educacion mèdica, pero que la fuerza de su razon, la profundidad de su genio le hacian volver al camino de la verdad. En esta obra no se manifiesta partidario esclusivo del solidismo; dice, que reconoce de buen grado que las

afecciones crónicas pueden provenir de una cacoquimía ó de un vicio de los humores; se inclina á creer que las fiebres que reinan en Roma durante el estio provienen de una actividad alcalina, por la circunstancia que son con frecuencia yuguladas por las bebidas ácidas; se opone á la costumbre de muchos médicos de su tiempo que prescriben soluciones alcalinas, tinturas, sales volàtiles en las enfermedades agudas. Toda esta clase de anti-ácidos aumenta segun él, la impetuosidad y acritud de la sangre, la aridez de la lengua, la sed, el insomnio, los dolores de cabeza, el calor general; en una palabra, exaspera todos los sintomas de las inflamaciones.

Juzga con gran tino á los antiguos y á los modernos. «He visto, dice, en algunas academías hombres tan prevenidos contra los antiguos que temian rebajar la magestad de su inteligencia si consagraban algunos ratos á leer de ligero las obras de los escritores galenistas. Prefieren atormentar servilmente á su espíritu á fin de inventar algo nuevo, desconocido; y si por casualidad lo encuentran, creen haber merecido bien de la ciencia y haber hecho lo bastante para su gloria. Otros por el contrario, están tan apegados á las opiniones de los antiguos, que no cesan de criticar los descubrimientos modernos, por buenos y útiles que sean.» (1)

En otra parte, dice: la medicina no es una produccion salida de repente del genio del hombre, sinó que es hija del tiempo. Antiguamente se creyó que era una inspiracion de los dioses, pero lo mas cierto es que, es el fruto de los numerosos hechos recojidos en el trascurso del tiempo. Me parece que divagan todos aquellos, tanto los racionalistas como los empíricos que dicen que la esperiencia y la razon se oponen la una á la otra. (2) Esta última sentencia es un rasgo de génio, un rayo de luz cuyo rastro abandona al instante el autor, pero que nosotros no debemos perder de vista. No, la razon y la esperencia no son dos autoridades enemigas que una repruebe lo que la otra aprueba; y toda doctrina médica que no abarque hoy estos dos modos de adquisicion, se declara por esto mismo imperfecta. Baglivio desesperando resolver tal problema, es decir, de poner de acuerdo la teoría con la práctica, ensayó marcar entre ellas sus límites asignando à cada una el lugar que la corresponde, empresa loca de parte de un hombre que habia declarado que la razon y la esperiencia ó lo que es lo mismo, la teoría y la práctica deben marchar siempre juntas. «El teórico necesita, dice, darse razon de los

(1) *Todas las obras médicas de Jorge Baglivio.* Prefacio del autor.
(2) *De la práctica médica* libro 1, cap. 1, §§ 7 y 12.

fenómenos sensibles de las enfermedades, de comparar las circunstancias pasadas con las presentes, de indagar las causas ocultas de los males y el verdadero orígen de estos, de desarrollar, en fin, todo lo que se refiera á este objeto á fin de que el médico marque con claridad y precision las indicaciones. Mas al práctico corresponde redactar las histórias de las enfermedades, de decidirse sobre la oportunidad de los remedios y las indicaciones que tenga que llenar, de juzgar á la luz de la esperiencia todo cuanto tenga relacion con la curacion de los males. El que obre de distinta manera y pretenda someter la práctica á la teoría no conseguirá cosa buena en el tratamiento de los enfermos.

Nadie podria contradecirse mas abiertamente que lo hace Baglivio, si tenemos en cuenta las frases dichas; pero esto no nos debe chocar, antes al contrario, debemos aguardar á ver con frecuencia repetidas estas mismas contradicciones, porque desde el momento que un talento lógico se desvia del verdadero camino, le cuesta mucho trabajo volver á él y el encadenamiento le lleva siempre al laberinto en que se ha metido. He aquí otro ejemplo aun mas notable de las contradiciones de este autor en la pintura que hace de la secta empírica. «Esta secta que desdeña todas las teorias y todos los razonamientos, no tiene ni quiere otro guia en la curacion de las enfermedades que la esperiencia; no una esperiencia guiada por la razon y por pruebas multiplicadas, sinó por una esperiencia estúpida hija de la casualidad y digna de los embaucadores. Esta secta ha introducido tantos absurdos en la ciencia que así hubiera continuado si desde el primer siglo de la era cristiana, Galeno no hubiera puesto un dique al torrente de errores y asentado con tanto valor como prudencia la secta racional sobre bases indestructibles» (2).

Mas adelante emplea un lenguaje completamente distinto. «La secta racional odia á la empírica, la llama vil, indigna de un hombre ilustrado y buena, cuando mas, para la chusma. Yo pensaria lo mismo, si llamaran empirismo á aquella esperimentacion estúpida, ciega, no sujeta á numerosas pruebas, no madurada por la reflexion; en una palabra, que no sirviera de base sinó á inducciones falsas, á preceptos monstruosos. Pero yo opinaria de distinta manera si su empirismo era razonado, fruto del método, no del azar, dirigido, fecundado por la inteligencia, elevándose á las mas altas verdades por la observacion atenta y perseverante de los fenómenos sensibles. Empirismo semejante ha obtenido la aprobacion de los hombres de ciencia que se han esforzado por en-

(1) Ibidem cap. XI § 5.
(2) Ibidem lib. 1, cap. XI, § 6.

grandecerle como un modo de adquisicion conforme á nuestra naturaleza.» (1).

Todavia en otros muchos pasajes el Hipócrates romano emite una opinion favorable al empirismo; solo citaré el que sigue: Segun dice Plinio, ignoramos la causa de nuestra vida, pero si yo me atrevo á emitir mi parecer, diré que ignoramos mucho mas todavía lo que nos hace enfermar; porque esta cosa infinitamente pequeña que da el primero é inmediato impulso á la enfermedad nos es completamente desconocida. ¿De donde, pues, podemos sacar las indicaciones terapéuticas? Confieso que de tal conflicto solo los sentidos pueden sacarnos, ó en otros términos; es indispensable averiguar con calma cual es el proceder que emplea la naturaleza en la produccion de las enfermedades, como opera la coccion y separacion del humor pecante, para fundar despues sobre esta base un método curativo, que siga paso á paso á la naturaleza y no pierda jamás de vista los efectos buenos ó malos de los remedios. Ahora bien, es preciso que para esto, la razon tan encomiada por los médicos se someta al empirismo, á este empirismo que la instruccion ha pulimentado. que han confirmado una larga série de observaciones y que la inteligencia vivifica con sus rayos. porque los auxilios que nos promete la teoria engrien nuestra esperanza para dejarnos despues en la mayor perplejidad.» (2)

Hermann Boerhaave dotado de un talento tan vasto como penetrante, profundamente empapado en las doctrinas de los antiguos y de los de su tiempo, emprendió reunir en un cuerpo de doctrina todas las ramas de la ciencia y conciliar todas las teorias dominantes entonces. Era ecléctico á la manera de Galeno y Fernel, pero como en sus escritos dominan las esplicaciones mecánicas, ha sido colocado entre los mecánicos del mismo modo que Galeno y Fernel entre los dogmàticos. Imitando á estos divide sus instituciones médicas en cinco partes; que son la fisiología, la patología, la semeyotica, la higiene y la terapéutica. La primera constituye las dos primeras partes de su obra, las otras cuatro ocupan un pequeño espacio y solo contienen una rápida reseña de aquello de que tratan.

Como la fisiología es la parte mas acabada de su curso, vamos á echar una ojeada rápida sobre ella. Al hablar del papel que el estómago representa para con los alimentos dice: «Si se tiene en cuenta que los alimentos se mezclan sin cesar con la saliva que cae de la boca

(1) Ibidem lib. III cap. II § 1.
(2) Ibidem cap. X § 1.

y del esófago en el estómago y por el humor que segrega este; que se mezclan y agitan con el resto de los alimentos que allí quedan de otras digestiones, que sus partes mas ténues se mueven por el aire que contienen en sí ó que ellas han arrastrado y que todo esto se aumenta por el calor del órgano; se concebirá que la cara interna de la membrana mucosa llena de vellosidades, tiene el encargo de diluir, macerar, disminuir, producir un principio de fermentacion, de putrefaccion, de rancidéz, de disolver los alimentos y hacerles apropósito para renovar los humores del cuerpo. Por esto solo no se comprenderá todavia como el estómago digiere los alimentos sólidos que no han sido bien triturados, pero para comprenderlo recuérdese su estructura musculosa y se vendrá en conocimiento de como se verifica. En muchos animales la digestion solo se hace por el movimiento contractil del estómago, movimiento que es tan considerable en ellos que se oye y se manifiesta por efectos sensibles.» (1)

Aquí se vé una amalgama muy hábil de los conocimientos de la anatomia, de la física, de la química. Todo el resto de la doctrina de este médico ofrece esta misma amalgama, por lo que no multiplicaré estas citas. Solo mencionaré la siguiente para que se vea que hasta los hombres mas ilustrados estàn espuestos à engañarse en lo que concierne á la teoria, y considerar como una verdad demostrada las mas lijeras conjeturas: «Dice, que el movimiento incesante del corazon y de las arterias hace que el fluido filtrado al traves de la sustancia del cerebro y cerebelo vaya á los canales nerviosos para distribuirse por el cuerpo, circulacion tan real y tan constante como la de la sangre y la de la linfa; fluido que por su ligereza y simplicidad se le ha dado el nombre de espíritu nervioso, el cual se divide en natural, vital y animal. Su secrecion jamás se interrumpe, siempre se está rehaciendo para reparar las pérdidas que sufre. Los espíritus que llenan por completo su cometido pasan de los últimos filamentos nerviosos á las pequeñas venas linfáticas, de ahí á otras algo mayores, despues á los verdaderos vasos linfáticos y por fin al corazon por las venas. Así es como circula este fluido por el cuerpo, imitando en esto á los demás humores.» (2)

En sus escritos de medicina práctica, Baglivio abandona la teoria ó la tiene en poco y aconseja atenerse solo á la esperiencia pura. Boerhaave por el contrario, se aferra mucho á sus especulaciones teóricas que él cree que son exactas y se esfuerza en referir á ellas todos los fenóme-

(1) *Instituciones de medicina* de Hermann Boerhaave, traduccion francesa de Lamettrié § 78, 79, 80, 84.
(2) Ibidem §§ 286, 291, 292.

nos de las enfermedades, todas las reglas del arte, en lo cual dá pruebas de ser un dialéctico mas refinado, pero mucho menos observador que el Hipócrates romano. Este me parece tener mas intuicion, mas genio, con frecuencia se sobrepone á las preocupaciones de su siglo y de su educacion médica y arroja mucha luz en medio de sus contradicciones. El otro tiene una inteligencia mas superficial, pero mas clara; es mas erudito, cree en la indicaciones de sus maestros como si fueran problemas matemáticos y parece que su ambicion se reduce á querer conciliar, coordinar y componer un sistema completo de medicina. En uno de sus primeros aforismos dice, que el estudio de la patología debe empezarse por las enfermedades mas sencillas, por aquellas que se conocen y curan mejor y cuyo conocimiento es indispensable para comprender otras mas graves; ahora bien, las afecciones de la fibra primitiva son las que, segun él, llenan estas condiciones en el mas alto grado. Veamos como lo comprende.

«La fibra primitiva, dice, se compone de partículas pequeñas, simples, terrestres, separadas del fluido contenido en los vasos, y unidas entre sí por las fuerzas orgánicas, de tal suerte que las causas perturbadoras que se encuentran en los cuerpos vivos apenas pueden cambiar ó alterar su naturaleza. Es porque cada molécula por si no está sujeta á padecer enfermedad alguna conocida, pero la mas pequeña fibra que resulta de su union lo está á las siguientes: á un esceso de blandura ó relajacion ú otro de tension ó elasticidad.» (1)

El profesor de Leyden quiere prescindir de las afecciones de las moléculas por la sencilla razon de no haberlas visto y tratado médico alguno; no así de las de las fibras que las describe con minuciosidad, si bien se desprende que no las ha estudiado en todas sus fases; solo que como nadie antes ni despues que el ha dicho que ha observado esta clase de enfermedades, es preciso admitir que Boerhaave ha visto las maravillas que cuenta con un microscopio particular ó mas bien con los ojos de la fé.

Dejemos, pues estas enfermedades microscópicas sobre las cuales es imposible discurrir, y ocupémonos de las tangibles, de la inflamacion, por ejemplo. Si definimos la inflamacion, con los cirujanos, una enfermedad caracterizada por el calor, dolor, rubor, tumefaccion, alteracion de nutricion casi constante, y alguna secrecion anormal, no habrá nadie que al instante no se forme una idea clara de lo que es una in-

(1) *Aforismos* desde el 16 al 34.

flamacion. No necesitará hacer un grande esfuerzo de imaginacion para figurarse que este conjunto de fenómenos que se conoce con el nombre de inflamacion, de flogosis ó de flegmasia, puede desarrollarse, tanto en los órganos internos como en los esternos, conjetura que se convertirá en probabilidad en ciertas afecciones de los órganos internos, como el estómago y los intestinos, si siente el enfermo los mismos ó parecidos fenómenos que los que se advierten en las flegmasias esternas, y todavia aumentará la probabilidad si se altera la secrecion natural de los órganos que sufren, ya aumentando, ya disminuyendo. He aquí, me parece, como puede procederse de lo conocido à lo desconocido, de los fenómenos aparentes á aquellos que solo lo son en parte ó que están enlazados con otros fenómenos sensibles.

De esta manera procede Boerhaave, como cualquiera puede convencerse por los estractos que hemos dado de algunos de sus escritos y como por los que vamos á añadir. «La inflamacion consiste, dice, en que la sangre arterial estancandose una vez en los vasos pequeños, es agitada, empujada por el resto de las demás, cuya fuerza y empuje aumenta la fiebre. Puede desarrollarse en las estremidades de las arterias ó en los vasos linfáticos ó en otras arterias mas pequeñas todavia, las cuales no pueden hacer que pasen los globulos rojos ó otras partes groseras de los liquidos que circulan por ellas. Los vasos capilares que apenas se ven, aumentan de volúmen y forman con la sangre que los dilata un tumor rubicundo, sus paredes formadas de fibras muy tenues se rompen, dando orígen á los dolores lancinantes, los sólidos y los humores obrando los unos sobre los otros producen la dureza y la resistencia; en fin los globulos liquidos marchando por los vasos no osbtruidos vienen á chocar contra el tumor, de ahí la compresion reciproca de unos y otros que dá lugar al calor: la cocion etc. (1) Quien es el que comprende estas esplicaciones trascendentales? Yo confieso que no las entiendo, ó mas bien veo que son puras ficciones sobre las cuales cada uno puede pensar y escribir todo lo que le plazca.

Si de la inflamacion considerada en general, es decir, hecha abstraccion del tejido en el cual se desenvuelbe pasámos al exámen de una particular, á la del pulmon por ejemplo; volveremos á encontrar siempre los mismos defectos en las descripciones de este autor. Nos conduce sin cesar al campo de las hipótesis abandonando la observacion. «Cuando los vasos del pulmon, dice, se inflaman, esto se llama pulmonia. Los

(1) *Aforismos* 371, 372 y 382.

que la flogosis puede invadir son las arterias bronquiales, las pulmonales y los linfaticos que las rodean. Asi es que pueden concebirse dos clases de pulmonias, una que tiene su asiento en las estremidades de las arterias pulmonales, y otra en las bronquiales (1)»

Sin duda que pueden distinguirse intuitivamente estas dos especies de pulmonía y algunas mas, pero es seguro que ningun observador las ha distinguido ni en el vivo ni en cadáver. Y entonces yo le pregunto ¿de qué sirve para la práctica una division puramente ideal que nunca pueden ver los sentidos? Recordemos nuestro cuarto axióma filosófico, que dice entre cosas que, si importa hacer distinciones, importa aun mas no hacerlas, porque no deben hacerse mas que las precisas para arreglar las cosas relativas á nuestras necesidades; ahora bien, claro es que la distincion de dos pulmonias admitidas por este médico no solo es inutil, sinó incomprensible en la práctica.

Despues de muerto el profesor de Leyden, la doctrina yatromecánica decayó rápidamente. Hoy solo se conoce por la historia y por algunas partes de la fisiología. Otras la sucedieron para desaparecer tambien pronto ó sufrir notables modificaciones, ¡tan rápida ha sido la renovacion de ideas durante este período histórico!

ART. V. ANIMISMO Y VITALISMO.

Mientras que la enseñanza del profesor Leiden proyectaba una luz muy viva sobre el mundo médico llevando su influencia hasta los confines de Europa, otros dos profesores menos célebres que él, menos instruidos, pero observadores mas atentos y mas fieles intérpretes de la naturaleza echaban los fundamentos de teorias nuevas que habian de reemplazar á la suya. El uno se llamaba Federico Hoffmann, el otro Jorje Ernesto Sthal. Ambos á dos condiscípulos en la universidad de Jena, se encontraban siendo compañeros en la naciente escuela de Halle en la cual llamaron durante medio siglo la atencion del mundo sabio.

Sthal, del que hablaremos primero, pertenece tanto á la historia de la química como á la de la medicina por sus descubrimientos y por sus escritos, pero en este artículo solo nos ocuparemos de sus opiniones médicas. Era médico en la corte de Veimar en 1694 cuando fué llamado para la universidad de Halle por recomendacion de su condiscípulo Hoffmann que puso de manifiesto en esta circunstancia toda la ge-

(1) *Ibidem* 820, 821, 822.

nerosidad de su alma, pues no ignoraba que acercaba así un rival cuya doctrina diferia mucho de la suya y cuya reputacion podia hacerle sombra. El nuevo elegido correspondió perfectamente al concepto que de él se tenia formado, dedicándose con un celo y una exactitud al desempeño de sus funciones de profesor que no desmintió jamás. Mas inclinado á observar y á meditar que á leer, manifestó un desden algo ficticio por la instruccion clásica, aun cuando él procuraba encubrir su ignorancia en literatura por algunas citas de autores antiguos y por la intercalacion de palabras griegas en sus periodos latinos. Puede perdonársele haber tenido como suyas ideas de otros teniendo en cuenta su poca instruccion, pero esto no es bastante para justificar el menosprecio que hacen de él sus adversarios científicos. Su principal título de gloria en medicina es haber llamado la atencion de sus contemporáneos sobre las tendencias naturales de la economia, sobre la reaccion de las fuerzas vitales ó del alma en las enfermedades, reaccion y tendencias que las doctrinas físico-químicas habian olvidado demasiado.

«Dice que lo que conviene saber primero es; que es la vida, cual es su esencia, donde reside, para que sirve y cual es su destino final. Despues en qué consiste la salud, los signos que la dan á conocer á fin de poder discernir en que circunstancias son útiles ó necesarios los auxilios del arte.» (1) La define, pues, diciendo que la vida no es otra cosa que la conservacion de los humores del cuerpo en perfecto estado de integridad y mezcla, á pesar de su tendencia manifiesta á disgregarse y podrirse, una vez fuera del dominio de la fuerza vital. Véase como, segun Sthal, el cuerpo vivo se distingue del muerto ó de la simple mistion. «Es necesario, dice mas adelante, no perder de vista esta disposicion segun la cual la mezcla de los líquidos precede á la estructura de las partes, si bien no hay en la economía órgano ni tejido alguno que no suponga de antemano esta mezcla de las partículas fluidas cuya reunion á servido para formarle.» (2)

Hemos visto á los yatro-químicos considerar á la fermentacion como el fenómeno esencial y primitivo de la vida, á los yatro-mecánicos á la contraccion muscular y á este al estado de integridad y perfecta mezcla de los humores. Otros vendrán que partiendo de un punto de vista nuevo concederán la primacía á otros fenómenos. Olvidan todos, tantos como son, esta sentencia de Hipócrates, confirmada por Baglivio:

(1) *Teoria médica* parte 1.ª *Fisiología* seccion 1.ª, *De la vida y la salud.*
(2) *Ibidem* seccion 1.ª, miembro 2. Del *hábito material del cuerpo para la vida.*

«El cuerpo humano no está desde el principio formado, cada una de sus partes constituyentes puede ser considerada como la primera ó la última, porque en un círculo que se trace es imposible encontrar el principio y el fin.» (1) Tampoco se acuerdan mas de esta sentencia que forma nuestro IV aforismo filosófico. «Lo que se ha llamado *esencial* ó no *esencial* se refiere únicamente á nuestras ideas, á nuestras necesidades. Todas las cualidades de cada individuo considerado en sí, le son igualmente esenciales, en el sentido que dimanan de su esencia, de su naturaleza, y no hay exactitud cuando se dice que tal ó cual de sus atributos es mas esencial que otro. (2)

Despues de definir á su manera la esencia de la vida. diciendo que consiste en la perfecta mezcla de los humores, el profesor de Hallé se pregunta cual es el principio ó agente primitivo de este acto fundamental, y se esfuerza en probar que no puede haber otro que el alma racional ó inmaterial. Emplea, para probarlo dos argumentos; el primero lo saca del destino final del cuerpo que, segun él, ha sido creado para servir de instrumento al alma. «Preciso es tener en cuenta que el alma humana no sabria desempeñar por sí sola en este mundo su cometido sin el concurso del cuerpo, cometido que consiste en adquirir conocimientos y en tomar determinaciones. No puede ponerse en relacion con el mundo esterior ni tener por consecuencia idea alguna sin la ayuda de los órganos materiales, tampoco puede poner de manifiesto y poner en ejecucion sus determinaciones sin el apoyo de los mismos. Por otra parte, está probado que el cuerpo se halla bajo el imperio del alma, porque esta le emplea á su antojo ya para adquirir conocimientos, ya para llevar á término los mandatos espontáneos de su voluntad.» (3)

Todavia es mas sutil el segundo argumento que emplea Sthal. «El acto mediante el cual, dice, se sostiene la vida y desempeña el alma sus funciones repugna absolutamente á la materia y está en perfecto acuerdo con la naturaleza del espíritu, acto, que la observacion nos dice, es el movimiento por el cual se conserva íntegra la mezcla de los humores, y por el cual obra tambien todo movimiento. A hora bien, todo movimiento es un acto inmaterial que no puede tener por principio sino una sustancia inmaterial.» (4) Aquí nuestro fisiólogo se apoya sin

(1) Hipócrates. *De los lugares en el hombre* § 1 y otros.—Baglivio. Libro 1, de su ensayo. *De la fibra motriz.*
(2) Locke. *Ensayo filosófico del entendimiento humano*, lib. III, cap. VI.
(3) *Teoria médica*, parte 1 fisiología, seccion 1 miembro 1 de fin del cuerpo t. 1 pàrgina 231.
(4) Ibidem.

saberlo, al menos sin decirlo, en un axioma de Descartes, que no concede á la materia mas propiedad que la estension y que exige para que se produzca un movimiento cualquiera, el impulso directo ó indirecto de un agente especial.

Sthal, al suponer con Descartes que todo movimiento necesita el concurso de su motor espiritual, afirma una cosa que la observacion vulgar desmiente á cada paso. En efecto, vemos cada momento producirse al rededor de nosotros movimientos que nadie se ha atrevido á atribuirlos á un agente inmaterial. Por otra parte, esta bien demostrado que nuestros conocimientos en el órden físico no van mas allá de nuestras sensaciones; pues bien, las sensaciones no pueden enseñarnos nada que tenga relacion con la ausencia ó presencia de un principio inmaterial.

Así, considerada en si misma, la opinion de Sthal sobre el primer motor de la economía animal tiene todo el valor de una hipótesis, pero comparada con las opiniones emitidas antes que el sobre el mismo objeto, tiene la ventaja de ser la mas sencilla y la menos inverosimil. Tambien puede decirse literalmente que triunfa el fisiólogo de Hallé cuando pone en paralelo su hipótesis con las de sus predecesores.

«Los primeros que asignaron, dice, al corazon humano otros principios activos ademas del alma racional, imaginaron otras dos mas dotadas cada una de cierto grado de discernimiento, mediante el cual estaban obligadas á egecutar sus funciones con órden, medida y oportunidad. Dieronla á la una el nombre de *vegetativa* á la otra de *sensitiva*. Los que se atenian á la opinion aun mas antigua de no admitir en el hombre mas que una sola alma inteligente y razonable, de una especie superior á la de los brutos, encargada tanto de las funciones secundarias como de las principales, por la razon plausible del que puede lo mas puede lo menos; aquellos desfiguraron esta doctrina, muy sensata por cierto, con una multitud de energías ó facultades abstractas que las trasformaban mediante un lenguage figurado en otras tantas entidades reales, egecutando ciertas funciones especiales bajo la direccion del alma. Tal fué el orígen de las facultades digestiva, atractiva, plastica, asimilatriz etc. que desempeñan un papel tan importante en la fisiólogia galénica.

«Lo peor de todo fué que estraviados algunos por este absurdo axióma de que no puede existir relacion alguna entre una sustancia inmaterial y la materia, crearon un ejército de espíritus, especies de seres estremadamente sutiles destinados á servir de intermediarios entre el alma y el cuerpo. Aun cuando una ficcion tan grosera sea impropia

hasta para engañar á los niños, adquirió sin embargo favor, pues se consideró á los espíritus como á los servidores ó emisarios del alma; se comparó su rapidez con la de la luz y dando cada vez mas cuerpo á esta ficcion, se concluyó por decir que los espíritus son una sustancia luminosa. Van-Helmont, reemplazó los espíritus por el arqueo ó los arqueos, pero mientras que se disputaba al alma su valor, se concedia á estos espíritus ó arqueos el conocimiento de las funciones que les estaban prohibidos y el poder de desempeñarlas.» (1)

Despues de haber probado que ni los fermentos ni la forma de las moleculas líquidas ni la configuracion de los orificios vasculares bastan para esplicar la diversidad de secreciones, añade. «Debemos decir otro tanto de esta invencion de algunos modernos, que quieren que las particulas destinadas á ser segregadas, egerzan una irritacion especial sobre los órganos secretorios, de suerte que cada uno de estos, al contraerse, esprima, y rechace el humor que segrega. Pero además de lo chocante de esta ficcion, que nos representa á instrumentos mecánicos como capaces de irritarse, esta la esperiencia que la contradice: asi la orina—despues de haber bebido mucho—sale con mas abundancia y frecuencia y al mismo tiempo mas clara y mas tenue, mientras que cuando está mas cargada de sales, es decir, cuando es mas *irritante*, se arroja en menor cantidad, lo que es contrario á la suposicion anterior.» (2)

Otros han hecho ver mejor que Sthal la influencia del físico sobre el moral del hombre, pero nadie ha descrito mejor que él la influencia de la moral sobre lo físico; refiere cosas muy curiosas concernientes á la influencia que el hábito y las pasiones egercen sobre los actos vitales, esplica con mucha sencillez los signos del nacimiento *(nevi materni)* por la simpatía que existe entre el alma ó la imaginacion de la madre y el alma del feto. En fin, concluye de todas estas consideraciones fisiológicas, ya generales, ya particulares, que el alma es la que preside por sí á la organizacion del cuerpo desde el momento de la fecundacion del gérmen y que continua dirijiendo hasta la muerte todas sus funciones.

Apresuremonos á repetir una sentencia que ya hemos proclamado: todas estas especulaciones trascendentales de los fisiólogos antiguos y modernos sobre el destino final del hombre, sobre su primer motor ó sobre el fenómeno primordial que dá principio á la vida animal, no han hecho adelantar ni una línea al arte médico, ¿qué digo? no hay

(1) Ibidem.
(2) Ibidem miembro VII. *De la secrecion y escrecion*, t. I, pàg. 281.

una hipótesis de estas que no conduzca á consecuencias prácticas absurdas ó perjudiciales.

Este es el motivo de la justificada repugnancia que tienen los prácticos á todos los sistemas fisiológicos que toman su punto de partida de puntos distintos del mundo sensible; he aquí porque rehusan esplicarles de otro modo que echando mano de las conclusiones prácticas que de ellos se desprenden, imitando con esta conducta á los matemáticos que dicen, que cuando los datos de un problema les conducen por necesidad á una solucion absurda, concluyen diciendo que estos datos son insuficientes, ó estan mal planteados.

Veamos, pues, cuales son las consecuencias prácticas del animismo. Sthal las reasume en estos terminos: «Si los movimientos del organismo se separan algo del verdadero camino, entonces el médico debe comprender que su deber es el suavizarlos, ó escitarlos ó sostenerlos ó comprimirlos, en una palabra, de dirijirlos conforme á las miras de la naturaleza. Importa mucho tener siempre presente esta sinerjia natural del alma, á fin de ser mas bien ministro de ella que ser gobernador; en otros términos, el médico debe dedicarse á conocer los movimientos é inclinaciones de la naturaleza mas bien que creerse autorizado á intentar alguna cosa sin conocer esas tendencias.» (1)

Semejante máxima erigida en regla fundamental de la terapéutica y observada con rigor, no es otro cosa que la negacion absoluta de la intervencion activa del médico en el tratamiento de las enfermedades, es la limitacion del papel del hombre del arte y su conversion en una espectacion peligrosa de los sufrimientos del enfermo. Si fuera verdad como dice Sthal que toda enfermedad es el resultado de la reaccion del alma contra el principio morbigeno, si el conjunto de sus síntomas no es mas que la sucesion regular de los movimientos vitales suscitados à propósito por un agente de razon con el objeto de curar, ¿qué cosa mejor puede hacerse que ser mero espectador de una lucha en la cual no podemos intervenir sin correr el riesgo casi seguro de perturbar las sabias combinaciones del regulador supremo de la economia?

No se me culpe de exagerar las consecuencias del axióma terapéutico del stalianismo: muchos filòsofos y médicos, antes que yo, les han deducido en términos parecidos; muchos han aconsejado permanecer quietos en la mayor parte de las enfermedades, de aguardar paciente-

(1) Ibidem, capitulo último.

mente á que la naturaleza venza el mal, consejo mas fácil de dar que de seguir y que muy pocos ponen en práctica, aun de aquellos mismos que mas proclaman su escelencia. Lo único que segun estos méd cos, pued hacer el profesor y los asistentes, es dar al enfermo lo que pida, á proporcionarle cuantos medios conduzcan á satisfacer su instinto que el que está obligado á marcar las tendencias del organismo ó ser el grito de la naturaleza. Los que así discurren, olvidan que el arte ha sido inventado por las faltas, por los frecuentes errores de este instinto y que precisa que el profesor venga en su ayuda por su misma insuficiencia para volver al organismo el equilibrio que perdió. Este es un hecho admitido por todos los historiadores de la medicina y del que yo me he ocupado estensamente en las páginas 36 y 37 para que se le considere como nuevo en la ciencia. (1) Sin embargo, hay muchas enfermedades que se curan por los solos esfuerzos de la naturaleza; entonces las funciones del médico deben limitarse á prevenir las imprudencias, á impedir que se haga algo que sea intempestivo.... Los yatro-químicos y los yatro-mecánicos habian casi olvidado esta verdad que Sthal vino á poner en relieve, aunque exagerandola.

La doctrina del animismo se estendió rapidamente por Alemania pero muy poco por los demás paises; en Francia se prefirió la teoría del principio vital que tiene mucha analogía con la precedente, pero que difiere de ella en muchos puntos importantes, porque el principio vital de los modernos se parece mucho mas al alma sensitiva de los antiguos ó al los arqueos de Val-Helmont que al alma inmaterial de los stalianos. Barthez, el fundador, ó al menos el elocuente defensor de la doctrina del principio vital la hace remontar á la filosofía de Platon y aun á los dogmas de Pitagoras; la vuelve á hallar en los escritos de Bacon y mejor aun en los de Van-Helmont; segun él, este es el que entre los modernos el que ha anunciado mayor número de signos para probar la existencia en el hombre de un principio distinto del cuerpo y del alma pensadora y dotada, sin embargo, de sentimiento y percepcion (2)

Si preguntamos á Barthez cual es la naturaleza del principio vital, contesta. «Que no es, ni una materia muy sutil, término medio entre el alma y el cuerpo, ni un espiritu puro, ni una simple modalidad de la materia organizada, «Federico Hoffmann, dice, y otros autores célebres han pretendido que el principio vital que anima al hombre es de una naturaleza intermedia entre el alma y el cuerpo, pero este ser interme-

(1) Véase el periodo primitivo de esta historia.
(2) *Nuevos elementos de la ciencia del hombre*, 2.ª edicion, Paris 1808, cap. II, § 24.

dio no es un ente de razon, porque no se puede pasar sinó por gradaciones del cuerpo á el alma inmaterial, y la naturaleza esencial de estas sustancias hace que se escluyan por necesidad. El principio vital que dirije las funciones de la economía debe de ser distinto, debe concebirse de distinta manera que lo hacemos del cuerpo vivo y del alma pensadora.» (1)

Sin embargo, cuesta trabajo admitir la existencia de un principio activo que no sea ni espíritu ni materia, ni una sustancia intermedia entre el alma y el cuerpo, ni un simple atributo ó propiedad de la materia. A creer lo que Barthez dice, no es ninguna de estas cosas, pero tiene un poco de cada una; es un ser anfibológico inconcebible, algo menos que una hipótesis, porque es una duda. Escuchemos como el célebre profesor desarrolla esta singular doctrina. «Solo pueden asentarse aserciones negativas, dudas y conjeturas sobre la naturaleza del principio vital del hombre. Conviene poner en claro el escepticismo de estas consideraciones para dirijir con mas seguridad el estudio de las fuerzas y de las afecciones de este principio.» (2) Un poco mas adelante, añade: «Observo ante todo que es inútil discutir, como puede hacerse si se sigue el camino conocido ya, si el principio vital del hombre es ó no una sustancia porque me parece imposible dar un sentido claro y preciso á la palabra *sustancia* aun cuando se emplea con frecuencia este término en metafísica. Lo que debo proponerme solo en esta cuestion es averiguar si este principio tiene una existencia propia é independiente ó si está unido al cuerpo al cual vivifica. Despues de la ley general establecida por el autor de la naturaleza, se puede sin inconveniente admitir una facultad vital dotada de fuerzas motrices y sensitivas, anterior á la combinacion de la materia de que está formado el cuerpo, y que por ella puedan esplicarse los movimientos necesarios á la vida del animal mientras viva, y tambien puede ser que Dios uniera á la materia dispuesta para cada animal un principio de vida, independiente y diferente del alma pensadora del hombre.» (3)

Lo digo con sentimiento: no pueden decirse mas absurdos en menos líneas. Qué ¡Decís que no quereis discutir si el principio vital del hombre es ó no una sustancia; pero que quereis examinar bien si tiene una existencia propia é individual ó si es ó no inherente al cuerpo humano! Hay¡ no veis que es la misma cuestion aunque en términos diferentes? Cómo se resuelve despues esta cuestion? Diciendo que podia

(1) Ibidem, cap. II, § 25 cap. III, § 27.
(2) Ibidem cap. III § 26.
(3) Ibidem § 35.

hacerse del principio vital una modalidad de la materia, como podria hacerse del mismo modo que tuviera una existencia independiente. Esta es una solucion que nada absolutamente resuelve y sin embargo Barthez rechaza el papel de escéptico para escribir despues dos volúmenes que contienen facultades, actos y lesiones del principio vital; ya no habla de él como de un ser equívoco é hipotético, sinó como un ser real y muy activo dotado de fuerzas propias y susceptibles de distintas modificaciones que las del alma y el cuerpo. (1) A la conclusion hace vanos esfuerzos por parecer nada escéptico segun lo habia anunciado desde el principio; su inclinacion por la realizacion del principio de la vida se deja ver al través de frases de significacion dudosa. «La muerte en el hombre produce la disolucion del cuerpo, la estincion de sus fuerzas vitales y la separacion del alma. Tan manifiesta como es la trasformacion de la materia del cuerpo, tan oscura es la suerte reservada al principio vital. Ahora bien, si este principio no es mas que una facultad unida al cuerpo; à la disolucion de este debe entrar en el sistema general de las fuerzas de la naturaleza. Si es una cosa distinta del alma y del cuerpo que anima, puede perecer despues de la estincion de las fuerzas y tambien puede pasar á vivificar otros cuerpos por una especie de metamorfosis. Cuando un hombre muere, su cuerpo vuelve á la tierra de donde vino, su principio vital vuelve al general del universo, y su alma vuelve á Dios que se le ha dado y que le asegura una vida inmortal.» (2)

Si hecha abstraccion del vicio radical que desde su orígen tiene el sistema de Barthez seguimos su desarrollo en las aplicaciones particulares que de él hace, al momento nos convenceremos que ningun otro ha dado hasta ahora esplicaciones mas verosímiles sobre la mayor parte de los fenómenos de la economia, ya en el estado de salud ya en el de enfermedad; nadie se dá mejor razon de las simpatías fisiológicas y patológicas que se ven en muchos sujetos, simpatias algunas muy raras, otras estravagantes, pero siempre dignas de estudiarse por el médico. Pero en donde Barthez se muestra superior à todos los teóricos antiguos y modernos, es en la terapéutica, esa piedra de toque de todas las doctrinas. Antes que él solo se conocian los dos axiomas siguientes, de medicina práctica. «*Las enfermedades se curan por sus contrarios.—El médico es el ministro de la naturaleza.—Debe disponerse á seguir sus indicaciones, sus tendencias.*»

(1) Ibidem cap. III, IV, XIII, XIV y XV ó último.
(2) Ibidem cap. XV § 816 y 817.

En virtud del primero de estos axiomas, los yatro-químicos empleaban las bebidas accidulas para correjir las acritudes alcalinas de nuestros humores, las alcalinas ó espirituosas para las acritudes ácidas; los yatro-físicos, los incisivos ó aperitivos para desgurgitar los vasos y desobstruir los poros. En virtud del segundo, los hipocratistas ó animistas observaban las crisis y preconizaban el método espectante. El fisiólogo de Montpeller reemplazó con un lenguage mas filosófico y mas preciso á estos axiomas, de los cuales el uno es falso, como ya hemos dicho en otra parte y el otro susceptible de muchas interpretaciones.

He aquí como Lordat, depositario é intérprete habil de la doctrina terapéutica de Barthez, se espresa con este motivo. «Los métodos terapéuticos conocidos pueden reducirse á tres clases, la primera que comprende los llamados *naturales*, la segunda los *analíticos*, la tercera *los empíricos*.

I. Los métodos naturales están encargados de favorecer, acelerar ó regularizar la marcha de las enfermedades que tienden a una terminacion feliz; su nombre alude al objeto que se propone el profesor con ellos; de secundar á la naturaleza haciendo que sus operaciones sean mas seguras, ya retardándolas, ya cambiando la proporcion de los actos elementales de que se componen.

II. Los analíticos son aquellos que, despues de haber descompuesto una enfermedad en las afecciones elementales que entran á componerla ó en aquellas que la complican, atacan directamente á estos elementos con los medios proporcionados á sus condiciones de fuerza y de influencia. Estos métodos, como de los que nos ocuparemos en el artículo siguiente, deberán emplearse en todos aquellos casos en que la naturaleza sea impotente para el bien, cuando su influencia sea tan pequeña que produzca pérdidas y cansancio al organismo; en fin, cuando sus esfuerzos vayan á hacer que la enfermedad se agrave.

Barthez, para descomponer una enfermedad, como por ejemplo un catarro periodico, encuentra los siguientes elementos: 1.° un esceso de humores serosos: 2.° un movimiento fluxionario que se dirige particularmente à la mucosa de la nariz y de los pulmones: 3.° una modificacion de la vitalidad de estas membranas que las pone en armonía con los otros actos elementales y las hace concurran al mismo fin, es decir, á la escrecion de los materiales sobrantes, pero que pueda dejenerar en irritacion escesiva ó atonia. Nunca en los métodos analíticos se atacan á la vez todos los elementos y cuando se hace esto, no se emplean para cada uno de ellos los mismos y enérgicos remedios. La gran cuestion está en elegir

cuales convienen para que desaparezcan y cual debe ser el órden en que se deben atacar.

III. Los empíricos son aquellos cuya eficacia ha comprobado la esperiencia, pero cuyos efectos inmediatos ó primitivos no tienen relacion alguna con la medicacion ó al menos no se conoce. El autor admite tres especies, que distingue con los nombres de *imitadores*, *perturbadores* y *específicos*. (1) Diferéncianse, pues, de los naturales y de los analíticos, en que en estos se concibe perfectamente la relacion que hay entre la indicacion y la enfermedad y los resultados obtenidos por los medios que se emplean.

Esta es una manera nueva y fecunda de considerar la enfermedad, puede decirse que plantea las verdaderas bases de la filosofía de esta ciencia y que encierra el germen de una revolucion en las ideas y en el lenguage. Los métodos que Barthez ha descrito tienen una grandísima importancia para que nosotros los admitamos antes de sugetarlos al crisol de una severa crítica. Vamos, pues, á examinarlos cada uno por separado con toda la atencion de que somos capaces.

A. *Método natural.* Barthez dice que este método tiene por objeto favorecer, acelerar ó regularizar la marcha de las enfermedades que tienden à una terminacion feliz. Cuando el médico vé que una enfermedad se cura por sí sola, nada mas tiene que hacer que observar su marcha, á fin de corregir los cambios imprevistos que pueden sobrevenir ó de impedir las imprudencias que los enfermos ó asistentes pueden cometer. El epiteto de *natural* dado esclusivamente à este método, no me parece rigorosamente exacto, porque dà á entender que se llenan mejor con el las indicaciones de la naturaleza que por otros metodos, cosa que sin duda alguna no quiere decir el autor y que de seguro seria un error. En efecto, no existe método alguno de tratamiento que no se apoye ó no pretenda apoyarse en las indicaciones de la naturaleza, en el conocimiento de sus síntomas, de su marcha, de sus tendencias. El método particular de que hablamos merece mejor el epiteto de *espectante* que muchos escritores le han dado, calificacion que espresa con mas precision el papel que el médico desempeña en este caso y nada desfavorable prejuzga contra los otros métodos curativos que él cree debe emplear cuando lo exijan las indicaciones. El método este conviene en las afecciones que tienden á curarse por sí;

(1) M. Lordat. *Esposicion de la doctrina médica de Barthez*. Paris 1818 pág. 294 à 305.

en las nuevas y poco conocidas: método que ha sido recomendado particularmente por los hipocratistas y los animistas.

B. *Método analítico.* Lordat ha definido y esplicado perfectamente este método; dice, que consiste en descomponer una enfermedad en las afecciones elementales que la componen ó en las mas sencillas que la complican, á fin de atacar por separado cada uno de los elementos con medios proporcionados á su fuerza ó influencia. De él se echa mano en todas las enfermedades que no tienden á terminar por sí mismas, y en las que no puede obtenerse la curacion sino por una medicacion especifica.

A estas consideraciones añadiré una y es que este método es el mas difícil de aplicarse, el que exige un trabajo mayor que los demas y el conocer perfectamente la enfermedad para descomponerla en sus elementos constituyentes. Mas como á consecuencia de esta descomposicion parece que nuestro espíritu adquiere un conocimiento mas íntimo de mal y penetra mucho mas en las operaciones secretas de la naturaleza, sucede que muchos escritores le han dado el nombre de *racional*, denominacion muy impropia, porque con ella se da á entender que los demás mètodos escluyen á la razon ó que se echa mano de ella mucho menos que en este. Estos escritores miden la exactitud de nuestros juicios por el trabajo que les cuesta en escucharnos, se parecen á un matemático que se imaginara que se razona mucho mejor en geometria trascendental que en aritmética.

C. El tercer método que Lordat describe es el *empírico*, pero es preciso confesar que todo cuanto se ha dicho de este método es inexacto: hasta el nombre. En efecto, la palabra empírico unida al sustantivo método significa la manera de tratar las enfermedades conforme á las indicaciones de la esperiencia. Ahora bien, pregunto yo ¿hay algun método, que no se funde á la vez en la esperiencia y la razon? Que los que tal nieguen recuerden esta sentencia de Baglivio que ya hemos citado: *los que pretenden que la razon y la esperiencia se oponen la una á la otra, divagan*; se concluirá que nada hay mas absurdo que querer distinguir un método curativo de otros, con epítetos, de *racional* de *empírico*. El mismo Lordat á sentido la impropiedad de esta denominacion cuando mas adelante dice. «En rigor todos los métodos de tratamiento considerados en sus efectos inmediatos sobre las afecciones elementales son medios empíricos, porque los resultados de su modo de obrar nunca podrian haberse previsto. (1) Pero en lugar de rechazar

(1) Obra citada, pág. 302.

una denominacion que el tambien considera impropia, trata de justificarla con un sofisma.

¿Cómo es que Barthez, al sospechar y admitir la existencia de un método curativo fundado en el análisis ó la descomposicion de una enfermedad en los elementos que la constituyen, no haya siquiera sospechado tambien otro fundado en la síntesis esto es, en la consideracion del conjunto de los síntomas? Esta era una consecuencia muy natural y á la que me parece deberia haberle conducido las reflegsion mas sencilla, pero el génio dormita á veces; *aliquando bonus dormitat Homerus*. Basta solo fijar un poco la atencion en lo que pasa en nuestra inteligencia cuando vamos á tratar ciertas enfermedades, para convencerse que muchas veces, despues de haber examinado cada síntoma de por si, los unimos todos para formar la idea de una sola enfermedad. Por ejemplo, que se presente un sujeto con pequeñas úlceras en el prepucio, de fondo lardaceo, sordido, con un pequeño abultamiento en la ingle, prolongado, sin tumefaccion, pero duro y algo sensible, que este sujeto, diga, que unos quince dias antes tuvo relaciones íntimas con una mujer sospechosa: todas estas circunstancias reunidas y aun algunas mas que pudiera haber, harán que formemos la idea de una afeccion única denominada *Sífilis*, al cual trataremos en conjunto con medios que por esta sola circunstancia los llamaremos antisifilíticos.

Ignoro como una pequeña canttdad de mercurio cura el mal de una manera tan rápida en muchas ocasiones, ¿Pero qué importa? Lo esencial para el médico y para el enfermo es que sepa que esto sucede y en que condiciones sucede; no se ocupa mas de ningun otro fenómeno terapéutico aun cuando muchos autores nos hayan dado desde hace tres mil años esplicaciones muy sabias sobre la mayor parte de estos fenómenos. Verdad es que sus esplicaciones tienen el inconveniente de diferir las unas de las otras y aun muchas de contradecirse y por eso es muy prudente suspender el juicio hasta que las partes se pongan de acuerdo y se atengan á una sola exenta de toda interpetacion.

A los médicos que andan en busca de esplicaciones de los hechos terapéuticos y á los que pretenden haberlos encontrado para un cierto número de casos, me contentaré con citar las siguientes palabras de Barthez. «Hume á dicho con razon; me parece que no hay operacion alguna corporal, ni accion alguna del alma sobre sus propias facultades ó sobre sus ideas que pueda hacernos concebir la fuerza creadora de las causas ó la relacion necesaria que estas tienen con sus efectos. Nada hay en la sucesion de los fenómenos naturales que nos de á conocer la idea de

causalidad ó la ilacion necesaria de la causa con el efecto; pero cuando la sucesion de un fenómeno es constante, el espíritu humano que lo observa con avidez y que aun con frecuencia puede preveerlo, es conducido á creer que estos fenòmenos están enlazados los unos con los otros.» (1)

Así es que yo emplearia el mercurio, la quinina, me valdria de la vacuna para prevenir la viruela en todos aquellos casos en que me parecieran indicados, sin buscar la razon del por qué cada uno hace desaparecer los males, de la misma manera que emplearía la sangria contra una flegmasia. A este método de tratamiento le daré el nombre de *método sintético.*

No diré como muchos teóricos que este método no es racional; al contrario, diré que es mas ó por lo menos tanto como los precedentes: racional y empírico á la vez. Desde luego sostengo que es racional porque la mejor *razon* que se puede dar del empleo de un remedio es la seguridad de que cura; ahora bien, segun opinan casi todos, la medicina no posee remedios cuya eficacia sea mas constante que la de los que hemos citado; digo lo mismo en cuanto á ser empírico, es decir, que está fundado en la esperiencia, nadie le ha negado esta cualidad. Pero lo singular que hay en esto es que al dar á este método el epiteto de *empírico* se tenga la intencion de rebajarle y escluirle del número de los métodos admitidos por la ciencia. ¡Vano empeño! No se concibe que los teóricos pretendan desterrar de la ciencia el proceder artístico, el mas precioso, el mas eficaz, en una palabra, el que constituye la mayor gloria del arte. Cuando una doctrina conduce á semejante conclusion hay que hacer poco caso de ella, ella misma se juzga y se condena.

D. Plugiera á Dios que la medicina poseyera un gran número de remedios llamados específicos de los cuales nos sirvieramos en el modo de tratamiento que hemos llamado *sintético* y así no seria con tanta frecuencia acusada de impotencia! Los específicos verdaderos son muy pocos; por eso hay que recurrir muchas veces à los otros mètodos de resultados menos seguros. Muchas veces acontece que ninguno de ellos basta, entonces el práctico se vé obligado á hacer ensayos, á intentar alguna esploracion, pero aun en estos casos no camina al azar, sinó guiado por ciertas analogías mas ó menos aproximadas. Su conducta no deja por eso de ser racional. A este método, pues, le llamamos *método perturbador* ò *esplorador*, método que sin disputa es

(1) *Discurso preliminar* 1.ª seccion, nota primera.

el peor, el mas imperfecto de todos: la ciencia debe restringir todo lo mas posible su uso y ensanchar el campo de los otros, principalmente del sintetico.

«Barthez, dice uno de sus biógrafos, poseyó en alto grado todas las facultades del espíritu, sobre todo las que constituyen el genio de las ciencias; una memoria prodijiosa, una vasta comprension de los hechos, una paciencia increible para estudiar todas sus fases, una grande inteligencia para descubrir sus relaciones y una grande disposicion para formar y seguir el enlace de las ideas abstractas. Aprendió todo lo que quiso, leyó mucho, sabia una multitud de idiomas que le facilitaron relacionarse con los filósofos y los sabios de todos los tiempos y paises, y á pesar de todas estas cualidades, sus trabajos y su doctrina apenas se estendieron fuera de la escuela en que la enseñó. Muchos se han limitado á condenarlos, sin conocerlos algunas veces.» (1)

Si la influencia de Barthez en el mundo médico no ha sido tan general como podia esperarse, débese á muchas circunstancias tales. como la anfibología en que descansa, mas propia para inflamar la imaginacion y adquirir prosélitos que para buscar la verdad, la forma abstracta de sus demostraciones que no está al alcance de muchas inteligencias, y por fin, la época en que escribió que coincide con las grandes convulsiones políticas que pusieron á la Francia al borde del abismo é hicieron enmudecer á Europa: época la menos oportuna para la propagacion de un sistema científico.

ART. IV. DINAMISMO ORGANICO.

Mientras que Sthal lójico severo é innovador atrevido, llevaba su análisis hasta sus últimos límites y pretendia no solo determinar la funcion esencial y fundamental de la vida, sinó remontarse hasta su orígen, que èl decia que era el alma racional é inmaterial; otro reformador mas tímido y razonador menos profundo, Federico Hoffman, se limitó á averiguar cual es el fenómeno primordial y fundamental de la vida sin ocuparse para nada sobre su naturaleza. Esta conducta significaba el deseo de simplificar la cuestion ó hacerla bajar un grado, pero aun el problema reducido á estos términos es todavia insoluble, como puede inferirse de antemano de nuestros aforismos filosóficos y despues de la certidumbre adquirida por la inutilidad de los esfuerzos intentados hasta el presente con este objeto.

(1) M. Dezeimeris. *Diccionario histórico de medicina. Palabra Barthez.*

En vano los yatro-químicos y los yatro-mecánicos habian ensayado esplicar las funciones de los cuerpos organizados por las leyes generales de la materia; sus teorias mas ó menos sutiles, mas ó menos brillantes habian seducido solo á una parte del público médico, muchos espíritus rectos y observadores las habian rechazado. Estos habian visto que los cuerpos están dotados de fuerzas particulares distintas de las generales de la materia bruta, de lo cual concluyeron que los fisiólogos deben sacar las leyes vitales ú orgánicas de la observacion directa de los fenómenos órgánicos, del mismo modo que los físicos, los químicos, lo hacen de las leyes generales ó inorgánicas por la observacion directa de las leyes de la materia inorgánica.

Los Hipocratistas, los animistas, los vitalistas, habian proclamado ya esta verdad, pero todos ellos habian supuesto la existencia de un principio distinto de los órganos que daba el impulso al cuerpo y dirijido sus actos con un objeto y plan preconcebidos, principio que los unos llamaban naturaleza, los otros alma, archeo ó principio vital, pero esto importa poco, porque es la misma idea aunque con diversos nombres. Algunos fisiólogos modernos han dicho que las fuerzas vitales son inherentes á la materia órgánica cuyo modo de obrar deberia estudiarse ahí á fin de descubrir sus leyes, sin ocuparse de principio organizador, de la misma manera que hacen los físicos y químicos con las leyes de la materia inorgánica. A esta clase de fisiólogos debe dárseles el nombre de *órgano-dinamistas* para indicar que no separan las fuerzas (*dynamis*) del órgano en que residen.

Federico Hoffmann entresacó de la filosofia los fermentos y las acritudes de los químicos, las consideraciones de los mecánicos sobre la fuerza contractil del corazon, sobre la capacidad de los orificios de los vasos y sobre la forma de las moléculas líquidas, en fin, las conjeturas de los animistas sobre la esencia del alma ó principio vital. Con estas supresiones adquirió su doctrina gran sencillez que constituye su principal mérito. Por otra parte, su esposicion es tan clara, tan elegante, que hace que su lectura agrade á todos. Por desgracia la traduccion francesa que me sirve para entresacar lo que sigue no brilla por estas cualidades.

«Hoffmann, da por base de todos sus razonamientos sobre la teoria y la práctica de la medicina la definicion, de vida. Ahora bien, lo que sigue es lo que entiende por esta palabra. La vida no consiste mas que en la circulacion de la sangre y de otros humores producida por la contraccion y dilatacion del corazon, ó por mejor decir, de todos los va-

sos y de todas las fibras, circulacion sostenida desde luego por la sangre y espíritus y que mediante las secreciones y escreciones, preserva al cuerpo de toda corrupcion y sostiene las funciones. En efecto, la circulacion es un movimiento vital que impide que el cuerpo se disuelva, cosa á la cual se inclina este sin cesar; de ella dependen el calor, la agilidad, las fuerzas, la firmeza, la tension; de ella dependen las diferentes inclinaciones de los hombres, sus costumbres, su inteligencia, su prudencia ó su estravio. Garantir al cuerpo humano de la enfermedad, del dolor, de la tristeza, no es otra cosa que auxiliarle convenientemente, y sobre todo prescribirle un regimen adecuado para mantener la circulacion y las escreciones en el estado en que deban permanecer. Tratar las enfermedades no es mas que hacer volver al órden acostumbrado á la sangre y á los líquidos que se han separado de él. Siendo tan evidentes las ventajas de la circulacion y no debiéndose solo á ella el movimiento, natural es buscar la causa que le produce; investigacion que no es una mera curiosidad, porque quien conozca mejor las causas de la circulacion puede conocer mejor lo que le favorezca ó dañe; dos puntos cuyo conocimiento sirve de base á la medicina.

Despues de haber visto que las causas de la circulacion son la contraccion y dilatacion de las partes sólidas del cuerpo y que de ellas depende el movimiento de los humores que contiene, no se puede menos de remontarse las causas de la contraccion y dilatacion. Ahora bien, yo no veo otra causa mas que la sangre, porque no solo está compuesta de principios sólidos y liguidos, sinó tambien de una materia sulfurosa susceptible de moverse con rapidéz, de aire, de una especie de eter que se segrega en parte en el cerebro con una línfa muy delicada que le sirve de vehículo.

Examinemos ahora como la sangre y el jugo nervioso distribuido en las partes orgánicas produce en ellas la contraccion y dilatacion: todas las fibras de que se componen tienen naturalmente mucha fuerza, mucha elasticidad, las cuales estando sugetas por los humores, no solo se contraen y permanece en el mismo estado, sinó que pasan de un punto de encogimiento muy considerable al que deben tener en el estado normal.

El diastole es pues siempre la causa del sistole y así reciprocamente. Así el corazon es la verdadera máquina que representa el movimiento continuo buscado en vano por tanto tiempo, porque la sangre mueve el corazon, este á la sangre y por este mecanismo se produce un efecto que es la causa misma de su reproduccion. (1)

(1) Medicina razonada de Hoffmann traducida por Bruhier, Paris 1739, t. I, prefacio del autor. Desde la página 58 á la 66 inclusive.

Como ya llevo dicho, esta teoria fisiológica no puede ser mas sencilla, pero preciso es convenir que no brilla por la fuerza del razonamiento. No me detendré á poner en relieve uno á uno los errores que contiene, llamarè solo la atencion del lector sobre la proposicion final que es como el coronamiento de toda la doctrina, *la sangre mueve al corazon que á su hace vez mover á la sangre*; y he aquí, grita el autor, el movimiento continuo por tanto tiempo buscado! Sin embargo el lector debe haber advertido que las esplicaciones de Hoffmann giran en círculo vicioso y que en definitiva nada dicen.

Vamos ahora á ver las consecuencias practicas que se desprenden de esta teoria. «Todas las enfermedades no son otra cosa que la consecuencia de los movimientos naturales, pueden pues, como todos los movimientos vitales referirse á dos clases, el sistole y el diastole, es decir, la contraccion y la dilatacion; si la contracion es muy fuerte ó muy prolongada produce el espasmo, si la dilatacion es escesiva ó dura mucho produce la atonia. Ahora bien ¿qué trastornos no produce la alteracion del uno ó del otro movimiento en la circulacion? En el primero se rompe la igualdad, en el segundo sufre mucho la libertad (1).

Puesto que los movimientos solo pecan por esceso ó por defecto ó sea por aumento ó disminucion, preciso es admitir la necesidad de dos clases de remedios, los unos que calmen los movimientos convulsivos llamados en las escuelas remedios sedativos ó antiespasmódicos, los otros que vuelvan á las partes flojas y relajadas su tension natural, llamados confortativos ó tónicos.» (2)

El ilustre decano de la universidad de Halle nos recuerda con esto la dicotomia patolójica y terapéutica de los antiguos metodistas, dicotómia insuficiente en la práctica y que descansa en una hipótesis contraria á la observacion, á saber, que solo hay dos especies de modificaciones en la economía animal.

La argumentacion de Hoffmann, es algo devil y superficial, no hace mas que tratar las cosas á la ligera, jamás lleva un principio hasta sus últimas consecuencias, lo que denota un genio mas observador que lójico. Este juicio que nosotros formamos á *priori* al leer su *medicina razonada*, está corroborado por sus biógrafos. Hoffmann, dicen gozó durante su vida de la reputacion de ser el práctico mas grande de Europa; el mismo Boerahave parece le rindió un testimonio de admiracion en una ocasion memorable; habiéndole consultado el Rey de Prusia

(1) Ibidem, cap. LXX.
(2) Ibidem, pàg. LXXVI.

Guillermo 1.° le contestó que lo mejor que podia decirle era que llamara á Hoffmann. Un práctico tan consumado debia subordinar la teoría á la práctica, es, decir, estimar á la primera, en razon de los servicios que presta á la segunda y juzgar de la verdad de una doctrina por su mayor ó menor concordancia con los hechos patológicos y terapéuticos. Así es que Hoffmann establece la siguiente regla para apreciar el valor de una doctrina mèdica. «El caracter, dice, de una teoria verdadera y sólida es que se adapte bien á la práctica, es decir, que sirva para esplicar todas las circunstancias de las historias de las enfermedades en el órden en que aparecen, de poder sacar consecuencias ventajosas para la práctica y de poder dar consejos razonables y provechosos.« (1)

Como ninguna de las teorias que entonces reinaban llenaba cumplidamente estas condiciones, tomó de cada una lo que le pareció mejor, sin cuidarse de justificar el motivo de semejante conducta, obrando en esto como lo haría cualquiera que fuera elijiendo á su antojo lo que le pareciera mejor; en una palabra fuè eclectico como dice el mismo, y hace el elogio de esta doctrina ambigua. Sin embargo, se inclina algo al solidismo, al cual despeja solamente de los cálculos con que le habian erizado los yatro-mecánicos. «Dice, no se puede menos de alabar á un médico que se vea libre de la esclavitud de toda secta ó hipótesis, que pese con sumo esmero todos los datos y que no adopte mas que aquellos que están conformes á la razon y à la esperiencia.» (2) Bravo! Con que nada mejor que adoptar la razon y la esperiencia? Lo dificil es separar la una de la otra; porque hasta el presente no hay teoria alguna de las que llevamos citadas, sin esceptuar la de Hoffmann que haya resistido á la prueba de esta doble base. Acaso seremos mas felices en lo sucesivo, acaso encontremos una doctrina fisiológica que se dé razon completa de los fenómenos del organismo, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad.

Vamos á entrar en un órden de ideas completamente nuevo; la antiguedad no nos presenta modelo alguno de ellas al cual la teoria que acabamos de estudiar le sirva como de introducion. Hasta aquí se han considerado los movimientos orgánicos de los sólidos como producto de la elasticidad: el mismo Hoffmann lo espone así en los diversos pasages que llevamos citado, pero cuando el grande Haller huvo demostrado por numerosas esperiencias que la contractilidad de las fibras

(1) Ibidem prolegomenos, cap. II § 14.
(2) Ibidem cap. xv, § 1.

musculares y de otros tejidos es una propiedad particular de los sólidos esencialmente distinta de la elasticidad, desde entonces se empezó á sospechar que esta facultad recientemente descubierta, á la cual se dió el nombre *de irritabilidad*, podria ser el signo característico de la organizacion, el orígen de todos los fenómenos de la vida.

Cullen autor de una clasificacion muy notable de nosología de la que ya hemos hablado, (1) fué el primero que ensayó fundar una doctrina médica basada en los fenómenos de la irritabilidad. Talento frio y observador, desde luego comprendió que considerando esta propiedad como base de las funciones de la economía no debia llevar sus investigaciones mas allá de esta, pero sí admitirla como un hecho primordial cuyos motivos de ser se escapan á nuestra penetracion, á fin de no caer en el círculo vicioso en que cayó Hoffmann y tantos otros, que despues de haber tomado como punto de partida la circulacion de la sangre ó cualquiera otro fenómeno para esplicar las funciones vitales, habian hecho depender enseguida este hecho primordial de alguna otra funcion. Sin embargo, incurrió en algunas contradiciones, porque cuando uno adopta un principio falso, nos es imposible prescindir de las consecuencias que se desprenden de él; somos, pues, apesar nuestro, arrastrados de deduccion en deduccion, como por una corriente mas poderosa que nuestra voluntad.

Cullen ha hecho bien en decir que no siendo la irritabilidad un hecho primitivo, no era necesario averiguar su orígen y sus causas; un poco despues toma su defensa y dice que la irritabilidad es puesta en juego por sus fluido en estremo sutil que segrega el cerebro y los nervios llevan á todas las partes. Si despues se le pregunta cual es el origen de este fluido, nos dirá que proviene de la parte mas sutil de la sangre y de la linfa que va al cerebro por la contraccion de las arterias y del corazon. De manera que segun Cullen la irritabilidad del corazon es sostenida por el fluido nervioso, el cual á su vez sostiene la irritabilidad de aquel. A este resultado llega y apercibiéndose que cae en el mismo círculo vicioso en que han caido sus antecesores concluye por confesar, como ya lo habia hecho los mas grandes fisiólogos, que los fenómenos vitales forman un círculo y que era indiferente elejir un punto de el que sirviera como punto de partida ó de terminacion. Por eso no nos choca oirle decir, unas veces que, la circulacion de la sangre es el principal autor de las funciones orgánicas, otras que el sistema nervioso es el mas importante de los aparatos orgánicos, el que primero recibe las

(1) Véase página 560.

impresiones de los cuerpos que luego trasmite á los demás aparatos, en una palabra, es el que dá impulso á todos los organos. «Adoptamos, dice, al principio de su *Curso de materia médica*, esta maxima; *los remedios no obran en el cadáver*, porque su accion no depende ni de las leyes de la materia ni estas del movimiento, sinó del principio de la vida; este es, pues, el punto de partida que debe ser el objeto de nuestras investigaciones: forman por decirlo así el círculo del que no debemos salir para no perdernos.» Cullen no se toma el trabajo de probar el porque la circulacion de la sangre es para él, el primer motor de la vida, se contenta con decir que así opinaba Boerhaave. Sin embargo, nosotros le veremos mas adelante conceder la primacia al sistema nervioso.

Dejemos ahora la discusion de los principios generales y pasemos á la aplicacion que hace el autor de ellos á la patología y terapéutica. Empieza por declarar que la autocracia de la naturaleza, adoptada de cualquier modo por diferentes sectas á perjudicado la práctica de muchos médicos desde Hipócrates hasta Sthal. Se declara tambien adversario del método empírico y de los remedios específicos cuyo número trata de disminuir tanto como le es posible. «Podria, dice, ir mas lejos y demostrar los daños que la *autocracia* de la naturaleza adoptada bajo una forma cualquiera por diferentes sectas ha hecho á la práctica de todos los médicos desde Hipócrates hasta Sthal.» (1)

En sus *Instituciones de medicina* proscribe de una manera absoluta los específicos; sin embargo se vé obligado á darlos cabida en su *Tratado de materia médica* y con este motivo hace la declaracion que sigue digna de ser rejistrada.» En otra parte, he atestiguado mi repugnancia por los med camentos específicos, pero acaso me veré obligado á conservar muchos, aun cuando haré lo posible por disminuir su número tanto como sea posible. (2)

Cullen rechaza el método espectante, el único que debe emplearse en muchas ocasiones y el método sintético llamado comunmente *empírico*, el mas eficaz de todos! Asegura que la curacion de las enfermedades debe fundarse particularmente y casi de una manera única en el conocimiento de sus causas próximas (3) es decir, que él no admite como método curativo racional, sinó al analítico, método con frecuencia falso, pero que nos seduce por su apariencia ilusoria de profundi-

(1) *Elementos de medicina práctica*, traduccion del inglés por Bosquillon edicion revisada por Delens. Paris 1819 prefacio del autor, t I, pág. 48.
(2) *Tratado de materia médica* Paris 1790, tit. II, art. XV.
(3) *Elementos de medicina práctica*, introduccion, § 1.

dad. Por lo demás, este autor maneja el análisis con gran sagacidad, ya que quiera esplicar la generacion de los síntomas, ya que quiera justificar el empleo de tal ó cual método ó medio curativo. He aquí dos ejemplos de la aplicacion de este método, á dos de los casos mas importantes y mas difíciles de la patología.

I. Nuestra doctrina de las fiebres, dice este autor, se reduce á los principios siguientes: las causas lejanas son ciertas potencias sedativas aplicadas al sistema nervioso, que disminuyendo la energía del cerebro producen como consecuencia la debilidad de todos las funciones y particularmente de la accion de los pequeños vasos de la superficie. Sin embargo, tal es al mismo tiempo la naturaleza de la economía animal, que esta debilidad ó atonia (causa próxima de la fiebre) llega á ser un estimulante indirecto para el sistema sanguíneo; estimulante que con ayuda del acceso de frio y del espasmo que le acompaña, aumenta la accion del corazon y de los grandes vasos y subsiste así hasta que llega á restablecer la energía del cerebro, comunicar esta misma fuerza á los vasos pequeños, reanimar su accion y sobre todo destruir por este medio su espasmo, que una vez disipado, hace que se presenten otra vez el sudor y todos los demas signos de la relajacion de los conductos escretores.»

II. *Segundo.* Todos los fenómenos de la inflamacion concurren á probar que la impetuosidad de la circulacion de la sangre se aumenta en la parte afectada; pero en este caso, la accion del corazon no siempre está aumentada; en consecuencia puede presumirse que la aceleracion de la circulacion de la sangre en la parte afecta es debida especialmente á la accion aumentada de estos vasos de la parte misma. El espasmo de la estremidad de las arterias que sostiene el aumento de accion de la sangre que allí se deposita, debe considerarse como la causa próxima de la inflamacion, al menos en aquellos casos en que esta no es producida por la aplicacion directa de estímulos y aun puede sospecharse que estos ocasionan un espasmo en la estremidad de los vasos.»

No tengo necesidad de indicar aquí los puntos de contacto de esta doctrina con la de Hoffmann: en ambas se admiten dos causas generales de enfermedad, *el espasmo* ó el *aumento de tension*; *la atonia* ó la *relajacion*. Solo que el patólogo escocés coloca el punto de partida de los síntomas en las fibrillas nerviosas que están obligadas á recibir siempre la primera impresion de los agentes morbíficos y comunicarla directamente á las raicillas arteriales; mientras que el patólogo aleman considera el aflujo escesivo de sangre como el primer motor de los

anormales en las partes; como la causa primitiva de la tension ó relajacion alternativa de las fibras.

Cullen era, lo mismo que Hoffmann, un práctico prudente y un observador muy hábil, mas bien que un profundo dialéctico; no vacilaba en abandonar su teoría siempre que le parecia estaba en desacuerdo con la esperiencia. Así que, apesar de su repugnancia por los específicos no tiene dificultad en admitir un buen número en su materia médica; à pesar de su inclinacion al solidismo admite remedios que se encarguen de obrar sobre los humores, tales como los atenuantes, los antiacidos, los antialcalinos etc. No le censuraremos por esto, al contrario, le alabaremos por haber planteado en muchos casos con gran claridad las indicaciones curativas segun los fenómenos ostensibles de las enfermedades sin inquietarse si estàn ó nó conformes con las esplicaciones teóricas. Por ejemplo, en las fiebres continuas, reconoce tres indicaciones generales que llenar: 1.ª moderar la violencia de la reaccion, 2.ª disipar las causas y prevenir los efectos de la debilidad, 3.ª detener ó correjir la tendencia de los flúidos á la descomposicion. En las intermitentes recsnoce otras tres indicaciones 1.ª prevenir la vuelta de los paroxismos, 2.ª dirijir estos para obtener una crisis perfecta del mal, 3.ª destruir ciertas complicaciones que pudieran impedir el cumplimiento de las primeras indicaciones.

Si se consulta las obras de medicina mas recientes, se verá que las indicaciones curativas en las enfermedades que nombra Cullen son poco mas ó menos las mismas, de suerte que bajo el punto de vista terapéutico las nociones generales de tratamiento han variado poco desde él. Por otra parte, como para llenar estos vacios emplea poco mas ó menos los mismos medios que nosotros, aun cuando sea distinta la manera de considerar las enfermedades y la accion de los remedios, prueba esto que la mayor parte de las reglas prácticas están fundadas en la observacion pura, é independientes de toda interpretacion teórica ó prestándose al mismo tiempo à una multitud de interpretaciones diferentes: verdad consoladora que solo puede poner en evidencia la historia y que justifica á nuestro parecer la práctica de los siglos pasados, no obstante las frecuentes variaciones de la teoria, como justificará á los ojos de nuestros sucesores nuestra práctica actual. Cullen tuvo el sentimiento de ver nacer y hasta en su propia casa una doctrina que, apenas bosquejada, fué para la suya un adversario muy terrible.

Juan Brown, hijo de padres pobres, nacido en un pequeño pueblo del condado de Berwik, en Escocia, se distinguió desde muy jóven por

su aptitud extraordinaria para las lenguas y por su decidida inclinacion por las disputas escolásticas, un tono y maneras pedantescas y sobre todo por su conducta desarreglada. Abandonó la teología por la medicina y fué á establecerse á Edimburgo, donde escuchó á los profesores de aquella escuela, dando despues repasos á sus condiscípulos por una cantidad que le asignaban; traducia en latin las tésis de los que no estaban familiarizados con este idióma y componía muchas sobre distintos objetos para aquellos que no querian molestarse en componerlas. Cullen le protejió y le nombró preceptor de sus hijos, siendo amigos por espacio de doce años á pesar de la diferencia de caracter de estos dos hombres; ayudando á su protector en sus trabajos y elogiandole á cada paso. Pero motivos frívolos por parte de ambos dieron lugar á disgustos profundos y cambiaron la antigua amistad en un odio irreconciliable. Rompieron pues hacia el año 1778 y poco tiempo despues Brown, publicó sus *Elementos de medicina*. Los elogios que hicieron de la obra y los ruegos de sus amigos le determinaron á hacer de ella la base de un curso público en el cual dió á su teoría una grande estension. Entonces empezó entre el maestro y el discípulo una lucha á muerte que ajitó durante muchos años toda la Universidad de Edimburgo, lucha poco interesante para la posteridad, porque la vanidad y el interés personal desempeñaron un papel mas considerable que el interés por la ciencia.

Brown, cuyo orgullo exaltado por algunos triunfos no respetaba á nadie, llenaba de impropedios á todos cuanto no participaban de sus opiniones y concluyó por fin con indisponerse con los profesores de la Facultad que se empeñaron desde entonces en poner obstáculos á su enseñanza. En vano el celo apasionado de algunos amigos suyos y el caracter fiero que tenia se interpuso para hacer frente á la tempestad, se vió obligado á ceder ante el número siempre creciente de sus enemigos. En 1786 se embarcó para Lóndres, objeto de su ambicion, donde murió dos años despues, 1788, á los cincuenta y dos años de edad, víctima de su intemperancia y de sus ilusiones médicas.

Brown se aprovechó de algunas ideas de su maestro para edificar su doctrina médica, mucho mas sencilla en apariencia, pero fundada solo en abstracciones, doctrina en donde todo parece previsto para la discusion y nada para la práctica. Cullen habia dicho que el sistema nervioso recibe la primera impresion de los escitantes y la trasmite enseguida á los otros órganos con el movimiento y la vida: pues bien, Brown traduce este pensamiento como sigue: «*La vida se sostiene solo por la incitacion: esta es el resultado de la accion de los incitantes sobre la*

incitabilidad de los órganos.» (1) Cullen consideraba la atonia de los vasos capilares como la causa próxima de las fiebre, Brown fijándose y dando cuerpo á esta hipótesis solo admite, aunque con algunas escepciones, enfermedades hipostenicas. Tales son las analogías que existen entre estas dos doctrinas congeneres; en lo demas difieren ó son completamente opuestas. La una es la obra de un práctico consumado que se separa lo menos que puede de la observacion ó que se apresura volver á ella cuando sus razonamientos lo han alejado, queriendo renunciar mejor á su teoria que al testimonio de los sentidos; la otra es obra de un talonto lójico en estremo y de una imaginacion volcánica, pero observador mediano que se distrae y no percibe los objetos sinó al traves del prisma de sus preocupaciones y de sus ideas.

«Brown dice, que no sabe lo que es la incitabilidad, ni como es afectada por las potencias incitantes; pero sea lo que quiera, ello es que todo ser que empieza á vivir está provisto de cierta cantidad. La ignorancia en que estamos sobre la naturaleza de esta facultad, la pobreza del lenguage ordinario, la novedad de esta doctrina me han obligado á recurrir á locuciones particulares.

Diré que lo comun es que la incitabilidad abunde cuando se aplica poco estímulo, que otras veces falte; que se agote ó consuma cuando el estimulo es muy violento. Aquí como en otra parte es preciso atenerse á lo verdadero. Evitemos con cuidado, porque son casi incomprensibles, la peligrosa cuestion de las causas, esa serpiente venenosa de la filosofía. Que no se me crea, pues, lo que acabo de decir con relacion á la naturaleza de la incitabilidad; que pretenda decidir si es una materia y que por consecuencia que se aumenta ó disminuye, si es una facultad inherente á la materia que se exalta unas veces, que languidece otras; porque no quiero resolver de modo alguno una cuestion tan abtrusa. Estas investigaciones han hecho casi siempre mucho daño á la ciencia.» (2)

Brown emplea aquí el mismo artificio que Barthez: para evitar las objecciones que se le podrian hacer, si afirma que la incitabilidad es una sustancia ó bien una facultad inherente á los órganos; se queda dudando. Por este medio se reserva la ventaja de poder considerar esta sustancia de una manera equívoca, unas veces como distinta de todas las demás partes del cuerpo, como teniendo una existencia propia, otras como unida á los órganos de una manera inseparable. Pero la duda

(1) *Elementos de medicina.* Traduccion de Fouquier. París 1805 1.ª parte, cap. II.
(2) Ibidem cap. III § 18.

de Brown no es mas que un ardid de sofista; en lo restante de su libro no se vuelve á encontrar el menor rasgo de scepticismo, es siempre dogmático, siempre afirmativo. Cuando la considera como un ser distinto del organismo la atribuye hasta facultad de formar los órganos. «La causa primera, dice, de la formacion de los sólidos y el único medio que los sostiene es la incitacion.» (1)

Como se ve, hemos andado mucho en poco tiempo. Este filósofo timorato, que no se atrevia á decir nada tocante á la naturaleza de la incitabilidad, que queria desterrar de su doctrina *la serpiente venenosa* de las causas, ahora no titubea en decir que la incitabilidad es *la causa primera de la formacion de los sólidos;* que es la que *crea y determina* el estado de los sólidos simples y de los humores. (2) El escepticismo que el afecta al principio de su libro no pasa de ser un artificio oratorio para hacer admitir sin discusion su principio fisiolójico. Al cabo este principio no puede resistir á un exámen sério, porque desde luego puede hacérsele la siguiente objeccion que es concluyente: se le puede preguntar, si la causa primera de la formacion de los sólidos es la incitacion; ¿sobre qué ejerce su accion esta incitacion antes de la formacion de ellos? No hay contestacion posible á esta pregunta en un sistema completamente solidista como el de que tratamos.

Ya que hemos puesto de manifiesto la fragilidad, la nada de la base sobre la cual descansa todo su sistema, vamos á seguir un poco su desarrollo. El fisiólogo escocés admite solo dos estados patológicos: un esceso de incitabilidad, al cual denomina *diatesis estenica*; un defecto ó agotamiento de esta al cual denomina *diatesis astenica*, estados ambos, segun Brown, que afectan toda la economía, no una parte ó un órgano en particular. Rara vez le parece que la atencion del médico deba fijarse en una afeccion particular, casi nunca se ocupa mas que del estado general, apoyando su opinion en un cálculo singular. «Que la afeccion principal, dice, sea como seis y la afeccion menor de cada parte como tres; siendo el número de partes ligeramente afectadas como 1000, la afeccion parcial estará en relacion con la afeccion general del cuerpo en proporcion de seis á 3000» concluyendo de esto que en una afeccion general, toda lesion local, por temible que sea, debe considerarse como la primera, y los remedios no deben dirijirse á la parte principalmente afectada, sinó al organismo en general. (3) Este extra-

(1) Ibidem 1.ª parte cap. VI § 62.
(2) Ibidem cap. VI, § 62.
(3) Ibidem cap. IV §§. 50, 56.

vagante cálculo no es fruto de la observacion, lo es solo de la imaginacion ardiente del autor y esta en flagrante contradicion con los resultados que dá la observacion diaria. Brown despues de haber reducido las enfermedades á solo dos géneros y de haber descartado de la patología las enfermedades locales, se empeña mediante una argumentacion muy sútil á restringir mucho el número de las enfermedades estenicas, de manera que las astenicas lo sean casi en totalidad. Segun esta teoría, un médico debe engañarse pocas veces mandando á sus enfermos remedios escitantes. Cuando yo digo siempre, exagero; porque podría engañarse tres veces sobre ciento, lo que constituye una bella probabilidad en los resultados prácticos. (1)

Jamás desde Tesalo (de charlatanesca memoria) se habia simplificado tanto la práctica del arte de curar; aun se puede decir mas, el patólogo escoces deja muy atras al médico de Neron. A este atractivo tan á propósito para seducir á los estudiantes y á los prácticos reune esta doctrina la ventaja de estar escrita en un estilo valiente, lleno de imágenes que facilitaron su propagacion. Pero por seductora que sea en su esposicion esta doctrina, por facil que sea en su aplicacion, es una de las mas desastrosas que el hombre ha podido imajinar, porque tiende á propagar el abuso que se ha hecho de los estimulantes difusivos á los cuales sirven de base licores espirituosos, abuso esencialmente perjudicial á la salud en general y á las facultades intelectuales en particular, abuso al cual espontaneamente se inclina el hombre, abuso que acaso los sofismas de Brown hayan contribuido á que se propague su uso en todas las clases de la sociedad inglesa. (2)

Se queda uno parado cuando lee la larga lista de enfermedades en las cuales el patólogo escoces no vacilaba en dar los escitantes mas enérgicos. He aquí una muestra sacada del cuadro de Linch. «La peste, las viruelas confluentes, la apoplejía, las paralisis, la esquinancía gangrenosa, la calentura sinoca, el tifus, el hidrotorax, la tisis, la disenteria etc.; tales son las enfermedades que este teórico terco aconseja combatir con la electricidad, con el opio, el eter, el alcohol y otros estimulantes como este, empleados á dosis crecientes á medida que el mal crecia. «Ningun sistemático, dice Mr. Contanceau ha conocido

(1) He aquí como se expresa con este motivo un ferviente intérprete de la doctrina brouniana. «Sea lo que quiera, como por lo general las enfermedades que precisan los estimulantes están con relacion á las que reclaman los evacuantes en la proporcion de 97 á 3 es muy probable que la medicina alexifarmaca sea en lo general mas provechosa que el método antiflojistico ó evacuante. *Nonvelle doctrine de Brown*, traducido del italiano por Lafont-Gouzi introduccion pág. 125 Paris 1807.

(2) *Semanario de medicina* 27 Febrero de 1830.

menos que Brown el conjunto y los detalles de la ciencia médica y al leer cualquiera de las pàginas de su libro, choca la imperturbable seguridad con que ajusta los hechos particulares á las exigencias de su teoria. Como nosógrafo es inferior á todos los demas; yo no conozco un tratado de medicina popular que no tenga historias de enfermedades muy superiores á las suyas. Aun cuando no cesa de hablar, como es costumbre, de la inmensidad que abonan su doctrina, al instante se conoce la falta completa de observacion y de juicio sólido. Nada se advierte en el para pensar que haya leido mas que estudiado á la naturaleza misma, ó si á leido, lo ha hecho á la ligera; pocas veces cita ni combate teoria alguna y cree haber destruido á las demás por el solo hecho de haber publicado la suya. Sin embargo, aconseja á sus discípulos, *estudiar anatomia, abrir cadáveres y leer al ilustre Morgagni.* Si el hubiera hecho esto hubiera encontrado en cada página su propia condenacion. (1)

Apesar de sus defectos, el sistema del médico escocés se propagó rápidamente, con especialidad en Alemania y en Italia. Cuesta poco creer en estos progresos, porque este sistema favorece grandemente la pereza del médico reduciendo la ciencia y el arte á una estrema sencillez, cosa que alaga mucho al enfermo, porque tolera su intemperancia. Añadir á esto el atractivo de la novedad, el lenguage apasionado pero seductor que dispone á la conviccion y se comprenderá que no es preciso mas ni tanto para adquirir proselitos y entusiastas. En Italia sin embargo tardó poco en sufrir importantes modificaciones que cambiaron totalmente sus bases.

Rasori, al admitir dos órdenes de enfermedades fundadas en el esceso ó defecto de incitacion invirtió su proporcion numérica: segun e las afecciones astenicas son raras, las estenicas muy frecuentes.

Brown quiere dar siempre estímulos, Rasori no; emplea con frecuencia contraestímulos, es decir, debilitantes, calmantes. Ademas la escuela italiana no juzga de la virtud de los remedios por lo que en si arroja la teoria, sinó por lo que la esperiencia dice en cada objeto determinado.

El Brounismo fué acojido tambien friamente en Francia, debido sin duda á la direccion de los estudios hacia el anatomismo en la escuela de Paris y á la influencia del vitalismo de Barthez en Montpeller. Sin embargo, empezaba á introducirse y ganar terreno cuando apareció un fogoso y potente adversario, que manejando alternati-

(1) Biografia médica. Palabra Brown. Paris 1820.

vamente las luces de la observacion y las armas de la dialectica, le desafió cuerpo á cuerpo, le atacó por todas las partes y no dejó rincon que no mirara para poner, como lo hizo, al descubierto todos sus vicios y peligros. Brown se habia fijado en esta observacion superficial y vulgar; *que hay en todas ó en la mayor parte de las enfermedades una disminucion general de fuerzas* y sin cuidarse de la susceptibilidad de los órganos, se habia apresurado á concluir que es preciso en casi todos los casos administrar los tonicos, los estimulantes. Broussais yendo mas adelante que Brown en la observacion de los síntomas demostró que la debilidad general de las enfermedades coincide frecuentemente con una exaltacion de la sensibilidad de los órganos. diciendo que lejos de aumentarla con estimulantes mas fuertes que los de costumbre, era, al contrario, preciso disminuir la energía del estímulo habitual, es decir, emplear los debilitantes, los calmantes. (1)

Si al patologo francés se le puede censurar el haber conservado la mezquina base del patologo escocés, al fundar su clasificacion nosológica en el esceso ó defecto de irritacion; no es menos cierto que ha hecho un verdadero servicio à la ciencia y á la humanidad, dando el precepto de proporcionar el grado de estimulacion á la susceptibilidad de de los organos mas bien que al estado de las fuerzas, en atencion que en el mayor número de casos, una gran debilidad va acompañada de una gran irritabilidad, es decir, de una receptibilidad, de una tolerancia muy pequeña para los estimulantes.

ART. VII. EMPIRISMO.

El empirismo no ha sido profesado abiertamente por ningun médico de alguna reputacion desde Galeno hasta casi nuestra época. Esta doctrina esplendorosa en la escuela de Alejandría, cayó en tan gran descrédito que no hay un solo escritor de la edad media ó del renacimiento que se haya atrevido á declararse en su favor. El nombre de empírico sinonimo de inepto ó charlatan implicaba entonces la carencia absoluta de nocion alguna razonada del arte de curar. Un empírico era un hombre que mandaba remedios sin conocer su modo de obrar, ni las enfermedades que los precisaban. Ya hemos espuesto las causas de su caida en aquel tiempo y el menosprecio unido

(1) Véase el *Exámen de las doctrinas médicas*. Paris 1816 en 8.°, 1.ª edicion, Paris 1829, 4 vol. en 8.°

á su nombre; hemos demostrado que la principal estribaba en la oposicion de este sistema con las ideas filosóficas que entonces reinaban. En efecto, todos los antiguos filósofos, fuera la que quisiera la secta á que pertenecieran, convinieron en decir que debe empezarse el estudio y la esposicion de una ciencia cualquiera por los principios; ahora bien, esta palabra significa, unas veces, una proposicion general que dá origen á un cierto número de otras particulares como de un manantial, *á fonte*. Por ejemplo, la siguiente proposicion: *dos cantidades iguales á una tercera son iguales entre sí*, es un principio ó axióma matemático del cual se desprenden una multitud de teoremas. Unas veces esta misma palabra designa una sustancia simple, indivisible ó considerada como tal, que concurre á la formacion de las sustancias compuestas; asi es como el aire, el fuego, el agua y la tierra eran consideradas como los elementos ó principios de los cuerpos. En fisiología la palabra principio designa algunas veces el primer rudimento del cuerpo organizado, la fibra elemental ó mejor todavia esta fuerza intrinseca y natural que reside en los seres vivos y concurre en union de los agentes esteriores á la produccion de todos los fenómenos de su existencia. En fin, segun la etimología y segun la costumbre, principio es sinónimo de empezar.

En consecuencia se hubiera creido marchar al reves del sentido de la generalidad, si se hubiera empezado el estudio de una ciencia por otra cosa que los principios: en física se empezaba por la teoria de los elementos, por la de los átomos etc., en una palabra, por el examen de todas las teorías cosmogónicas posibles; esto es decir, que desde el principio se engolfaban en cuestiones insolubles, origen de interminables disputas. En fisiologia ocupaba el primer lugar la investigacion del principio de la vida y de los elementos del cuerpo humano; en patolojía, ante todo, la esencia, la causa próxima, ó por mejor decir, el principio de las enfermedades.

Los empíricos vinieron à decir que todas estas cuestiones eran ociosas ó insolubles y que todas las especulaciones de los filósofos y médicos que se referian á este objeto no eran mas que locuras. Atrevidos reformadores, querian trastornar por completo el órden didactico establecido y empezar el estudio de las ciencias por los hechos particulares mediante la observacion y la esperiencia pura: pretendian que el razonamiento no debiera ir mas allá que del estudio de los fenómenos sensibles. Como se vé, esto era socavar por su base el edificio científico, era trastornar todas las ideas admitidas. Las inteligencias no estaban

dispuestas todavia para admitir una reforma tan radical: debia, pues, chocar. Los filósofos amenazados por el empirismo en lo que les era mas querido, en sus teorias, en sus sistemas, en lo que constituia la mejor parte de su equipaje científico, rechazaron la nueva doctrina como contraria á todo linaje de saber; la desdeñaron, la consideraron como una locura, como una estupidez. Tal es la historia compendiada del empirismo hasta el siglo XVII de nuestra era, en el que empieza el periodo reformador.

En esta época apareció una nueva secta de filósofos que demolió el antiguo monumento de la filosofía platónico-peripatética y le redificó bajo nuevas bases. Tomando las sensaciones como punto de partida de nuestros conocimientos, demostró que las primeras ideas que se forman en nuestro espíritu con motivo de las impresiones, son ideas particulares y probó, *al menos para las ciencias físicas*; que las ideas generales, los axiomas, lejos de ser el principio, la base de toda pirámide científica, son su terminacion, su cúspide. Quiere que nuestro entendimiento no traspase los límites de los hechos que observa para no caer en el vacio de las hipótesis. Esto como se ve, es lanzarse con velas desplegadas en los errores del empirismo: así que se llamó á la nueva filosofía, *esperimental*, y á los que la cultivaban *sensualistas* ó mejor dicho, *sensitistas*; porque hacian derivar todas nuestras ideas de las sensaciones. Estos filósofos procedian por inducion, es decir, de los hechos particulares á los generales.

Por otra parte, los partidarios de una doctrina opuesta á la empírica, á los cuales se les conoce hoy con el nombre de *racionalistas ó espiritualistas*, porque admiten, ya ideas innatas, ya modos de adquisicion propios á nuestro espíritu, é innatos con el; conservaron el antiguo método, el que vá de lo general á lo particular, que procede por deduccion; pero modificaron su doctrina diciendo *que en lo relativo á las cosas sensibles*, la razon no debe traspasar los límites de la esperiencia sin desconocer sus derechos y su poder.

Un cambio tan profundo en la filosofía y al mismo tiempo tan favorable al empirismo, debería abrir los ojos á los médicos y hacerlos desistir de sus prevenciones contra él. Pero la medicina es una ciencia tan abtrusa, es tan difícil de discernir en ella la verdad, es tan engañosa la esperiencia, que las preocupaciones dañan hace mucho tiempo á los adelantos de la ciencia y costará mucho trabajo el desarraigarlas. Vemos, pues, á los médicos mas notables de este periodo embarazados con el empirismo, insultando unas veces á sus sectarios,

otras pintándoles con rasgos menos desfavorables y aun elogiándolos, otras rechazando sus máximas, otras acojiéndolas. Esta conducta es para los escritores de los dos siglos últimos un manantial de perpétuas contradiciones.

Hemos citado ya los pasages en que Baglivio, despues de haber arrojado á las gemonias á la secta empírica, se arrepiente un poco mas lejos y habla bien de ella. Recordaremos solo las últimas reflexiones hechas con este motivo. «Dice, que no pensaría lo mismo, si se tratase del empirismo razonado, del empirismo sàbio, fruto del método, no de la casualidad, dirijido, fecundado por la inteligencia, y elevándose á las mas altas verdades por la observacion atenta y perseverante de los fenómenos; empirismo que siempre ha obtenido la aprobacion de los hombres mas ilustrados que se han esforzado en ampliarlo y considerarlo como un modo de adquisicion conforme á nuestra naturaleza.»

¿Qué otra especie de empirismo podian pues, tener á la vista estos sábios médicos de Alejandría á quienes Galeno elojia tanto, que desdeñando el título de hipocratistas, herofilianos, erasistratianos y cualquiera otra denominacion tomada de algun nombre propio, se llamaron simplemente esperimentadores? Ciertamente que no es el empirismo de encrucijada lo que tales hombres podian profesar.

Zimmermann, este eloquente apologista, aunque algo prolijo, del método esperimental no se muestra ni mas equitativo ni mas justo con la secta empírica, de la cual hace dos retratos que parecen hechos por distinta mano. He aquí el primero: «un empírico en medicina es un hombre que, sin cuidarse de las operaciones de la naturaleza, signos, ó causas de las enfermedades, indicaciones y métodos, y sobre todo, sin atender á los descubrimientos de las diferentes épocas, pregunta el nombre de una enfermedad, administra al azar los remedios, ó los distribuye á su antojo, sigue su rutina, y desconoce su arte. La esperiencia de un empírico siempre es falsa, porque este hombre ejerce su arte sin conocerle, se vale de las prescripciones de otros sin examinar el motivo, la intencion y el fin. (1)»

He aquí el segundo que apenas se parece al primero: Serapion y sus sucesores no querian que se entrase en la investigacion de las causas ocultas y no iban mas allá de lo que impresionaba los sentidos. En esto tenian alguna razon: á la anatomia estaba reservado el conocimiento de las causas ocultas, pero como en tiempo de Serapion esta rama de

(1) *Tratado de la esperiencia*, lib. I. cap. II. Introduccion de Lefebvre de Villebrum. Montpellert. 1824 T. I.

la ciencia estaba en su infancia, no podia descorrerse el velo que ocultaba estas causas mas que por medio de la filosofía de aquel tiempo, de suerte que era muy fácil caer en muchos errores en medio de aquella oscuridad tan grande. Se ve, pues, que los autores de la secta empírica tenian un laudable deseo en si mismo, se atenian solo á lo que caia bajo el dominio de los sentidos, pensando con esto que no se precisaba mas que de estos y de la memoria para poder dedicarse á la práctica de la medicina. Si admitian algun razonamiento, era tan sencillo que no era posible evitar que lo hicieran y tan natural que parecia se presentaba espontaneamente. Proscribian los razonamientos, en todos aquellos casos que tenian por base un principio falso, cuando se hubiera juzgado à la naturaleza en virtud de estos razonamientos mal fundados. Serapion y Filino, no son pues, dignos de censura si sus sectarios ó sus sucesores se han separado de su manera de pensar, ó si han condenado la erudicion, la anatomía, la fisiología y la filosofía, que es el alma de la medicina. Los fundadores del empirismo buscaban la verdadera esperiencia y sus estúpidos sucesores se contentan con la falsa. (1)»

Fácil me seria comprobar con otros muchos egemplos que existen las mismas contradicciones con motivo del empirismo y los empíricos en la mayor parte de las obras de los prácticos mas célebres y de los nosologos mas renombrados del período actual; veánse sinó los escritos de Torti, Sydenham, Stoll, Morgagni, Sauvages, Cullen, Borsieri, Barthez, Ph. Pinel, I. P. Frank y otros; en todos se encuentran máximas de la filosofía esperimental, adoptadas, proclamadas, y despreciado y echado por tierra el nombre de empírico.

La tendencia de los médicos hacia el empirismo llega á marcarse cada vez mas al concluir el siglo XVIII, Sprengel, lo habia notado ya y la da por cuna á la Gran Bretaña, siendo segun el sus principales causas, de una parte, la propagacion de la filosofía de Bacon, Locke Hume, de otra, el descubrimiento de muchos medicamentos nuevos cuya administracion estaba en contradicion abierta con todos los sistemas adoptados hasta entonces, y cuya manera de obrar no podia conciliarse con ninguna de las teorías conocidas ó reinantes. (2) A Inglaterra siguen despues la Francia, la Alemania y por fin la Europa entera. «En general, dice, todos los médicos que escribieron durante los diez últimos años del siglo pasado parecen dispuestos al empirismo. No se inclinan hacia una ciega rutina, sinó que se esfuerzan en conciliar sus

(1) Ibidem, lib. I, cap. III.
(2) Historia de la medicina, seccion XVI, cap. II, T. V y VI de la traduccion de Jourdan.

opiniones con la esperiencia y no traspasan en sus razonamientos los límites asignados por la observacion. Se inventaron pues, muchas teorías nuevas sobre la naturaleza del principio vital ó sobre la esencia de las enfermedades, pero despues de dadas á luz, fueron recibidas con indiferencia y desapareciendo sin dejar huella alguna de su paso. (1)» Sin embargo, fueron pocos los escritores que se inclinaron á este sistema, la mayor parte siguieron mezclando con sus máximas de filosofía empírica, elucubraciones, ya sobre el principio vital, ya sobre la propiedad fundamental y primitiva de los cuerpos vivos, ya sobre la causa próxima de las enfermedades, su esencia ó su naturaleza íntima; en una palabra, sobre una multitud de objetos que se escapan á la apreciacion de los sentidos. Al criticar las opiniones de sus predecesores acerca de estos puntos tan abstrusos, no vacilaban en emitir su opinion sobre ellos, sin tener en cuenta que sustituian hipótesis á hipótesis. Así es que Borsieri de Kanifeld, profesor de medicina práctica en la universidad de Pavia desde el año 1770 al 1785, escritor erúdito y gran observador, queriendo dar una idea de la inflamacion, empieza por describirla en estos términos: «cuando se advierte un aumento de calor no natural en alguna parte del cuerpo, que se pone rubicunda, tensa, dolorosa, con pulsaciones que molestan, se dice que la parte está *inflamada ó flogoseada*, porque en ella se siente algo parecido á una quemadura. Si todos estos accidentes ó la mayor parte están reunidos, constituyen una enfermedad llamada *inflamacion* y por los Griegos *flogosis*, enfermedad cuya causa próxima es muy oscura, por no decir oculta, como lo prueban la variedad y divergencia de las opiniones emitidas sobre este punto. (2)

He aquí una descripcion clara al alcance de todo el mundo: no hay estudiante que despues de leerla y aprenderla de memoria si tiene algun, hábito clínico; no esté en el caso de distinguir una inflamacion esterna de cualquiera otra enfermedad, á una cierta fase de esta inflamacion; porque hay que tener en cuenta que la flogosis, como cualquiera otra modificacion morbosa, no presenta los mismos caracteres en todas las fases de su existencia. De la misma manera que describen los botánicos una planta, los químicos una sal, un mineral. ¿Porqué los médicos cuando, quieren hacer conocer una enfermedad, no obran del propio modo, es decir, no pintan sus síntomas, su marcha, sus terminaciones, en una palabra, to-

(1) Ibidem, seccion XVII, cap. I, T. VI, pág. 151.
(2) *Instituciones de medicina. De la inflamacion* §. V Leipsit 1826, T I, pàg. 2. Comparad la obra de J. Rasori, *Teoría de la flogosis*, Traduccion del italiano por Pirondi, Paris 1832 vol. en 8.°

dos los fenómenos sensibles y conocidos, tales cuales se presentan en los diversos períodos? ¿Porqué quieren siempre en sus especulaciones ir mas allá de lo que arroja de si la observacion? Porque no estan bien empapados de este axióma que domina toda la filosofía de las ciencias físicas: *La razon se nos ha dado para formar la esperiencia; y nuestro espíritu, al querer traspasar los límites de las sensaciones, desconoce sus derechos, así como su poder.*

Borsieri despues de haber descrito la inflamacion en los términos que lo ha hecho y de haber dicho que la causa próxima de esta enfermedad es casi impenetrable, espone una veintena de teorías diversas y algunas contradictorias, emitidas por los autores mas recomendables desde Hipócrates hasta Boerhaave y Haller sobre la causa próxima de la inflamacion. Borsieri en vista de lo que dice, deberia haberse abstenido de toda otra teoria nueva sobre lo mismo, pero no ha obrado así; ha dado una nueva esplicacion mas ó menos parecida á las otras, no solo sobre la flogosis en general, sinó sobre cada uno de sus síntomas. (1)

Cuando se ocupa de la fiebre, comete una inconsecuencia parecida y mas chocante todavia, porque principia á hacer congeturas sobre la causa próxima de esta y sobre el modo de generacion de cada uno de los fenómenos febriles, que antes dijo que era imposible determinarla. (2) Borsieri no era, por lo visto, ni un exaltado ni un entusiasta; al contrario, era un práctico prudente y un teórico muy comedido que no apadrinaba ningun sistema, sinó que elejía de los demás lo que le parecia mas conforme á la razon y á la esperiencia; en una palabra, era ecléctico. Por este y otros muchos ejemplos que pudieramos citar, se ve que no hay un escritor médico que no haya traspasado en sus elucubraciones los límites de los sensible, es decir, que no haya sido hipotético, pero en ninguna parte de la ciencia se ha dejado sentir la influencia perniciosa de las opiniones médicas mas que en la terapéutica. Un autor contemporaneo ha indicado en los términos siguientes lo ridículo de esta manía.» *La quina cura las calenturas intermitentes.* Centenares de volúmenes se han escrito para esplicar el modo de obrar de este maravilloso remedio y por cierto que semejante cumulo de escritos no va mas allá de esta proposicion: *contra la calentura intermitente es preciso dar la quina.* El opio produce el sueño: para esplicar el como, se han escrito tambien muchos volúmenes;

(1) Ibidem *de la inflamacion*, § XXXI y siguientes.
(2) *Ibidem* de la calentura primordial, XXI y XXXII.

pues bien, no se sabe mas que lo que dijo Moliere en las palabras que siguen; *Opium facit dormire, quia in eo est virtus dormitiva.* Que no se tome esto como una crítica de la ciencia, porque ella es el arte de curar, no el arte de esplicar las curaciones. Una nocion práctica bien comprobada no es menos digna de atencion que un principio científico.» (3)

Sin embargo, algunos médicos hicieron á fines del siglo último laudables esfuerzos para desterrar las hipótesis de la ciencia: tales fueron Werlhof primer médico del Rey de Inglaterra en la córte de Hannover y Lieutaud primer médico de Luis XV rey de Francia. El primero ha dejado un gran número de escritos que se distinguen por el espíritu de observacion que en ellos reina, y por su estilo elegante y puro. Profesa un prudente esceptísmo sobre la causa próxima de la fiebre y sus síntomas, sobre el modo de obrar de los medicamentos y con este motivo refiere una anécdota que ya hemos mencionado.

El segundo ha sido mencionado ventajosamente en este libro por su *Historia anatòmico-médica*, una de las mejores obras del siglo último y por su *Compendio de medicina práctica*, comprendió muy importante bajo muchos aspectos, pero sobre todo por el cuidado que el autor ha puesto en dejar á un lado las hipótesis, las interpretaciones sutiles y arbitrarias. Es tan grande su atencion en este punto que no solo se abstiene de toda congetura sobre la causa próxima de las enfermedades sinó que evita el dar definicion alguna ni descripcion de ningun género, ya de la fiebre, ya de la inflamacion. Esta obra está calcada en la filosofía de Condillac, pero la ausencia de definiciones y generalidades entraña alguna confusion y oscuridad sobre el conjunto de materias que abarca, de suerte que el juicio de Cullen, aunque severo y aun en parte inexacto, no deja de tener algun fundamento. «Es, dice, una coleccion de hechos sin razonamiento alguno sobre las causas. Confusion, indecision, he aquí los resultados de su colocacion. Por otra parte, esta obra no deja de tener razonamientos que el autor pretende evitar.»

Cullen se engaña cuando acusa á Lieutaud de haber querido evitar toda especie de razonamiento: lo que este á querido evitar, son las discusiones sobre los objetos, que estan fuera del dominio de los sentidos, como es el principio vital, las propiedades de los cuerpos, las causas próximas de las enfermedades; pero por lo demás, lejos de abstenerse de razonar, lo hace, por el contrario, con estension; resultando que su libro es mas

(3) *Vistas prácticas sobre mejoras agrícolas...* por M. Dezeimeris insertas en el *Diario de agricultura práctica*. Número de Junio 1845 tirada á parte, 1.ª memoria, parte tercera.

bien crítico que didáctico. Acaso por esto se le aprecia poco, porque no ha cumplido lo que prometió, como puede juzgarse por la lectura de algunos de sus trozos.

Desde el siglo XVIII, es decir, desde el principio de la reforma filosófica, se ve progresar al empirismo, aunque con diferentes nombres. Unos con Sydenham, lo llaman método natural; otros método de observacion, esperimental, ecléctico etc,; algunos hay que se atreven á llamarle por su verdadero nombre, poniéndole un correctivo para quitar á esta palabra el desden con que le trata el vulgo de los médicos. Se dice con orgullo, el empirismo racional, el sabio empirismo de los Baglivio, los Sydenham, los Stoll, los Van-Swietén, los Pinel etc., cuando se quiere dar á entender que en muchas ocasiones estos grandes médicos prescindian de sus teorías para no seguir mas que la esperiencia.

Si quisiéramos reseñar la historia de la medicina durante la primera mitad del siglo XIX, veríamos como el empirismo ha ido ganando cada vez mas terreno á pesar de la propagacion del brownismo y de otros sistemas nuevos, entre los cuales se cuenta el de la irritacion, el primero en importancia; veríamos á la estadística médica invocada por todos los corifeos de las sectas, como el supremo *criterium* de la terapéutica. Ahora bien, la estadística no es mas que empirismo puro, es la negacion de toda teoría preconcebida. Los matemáticos jamás echan mano de ella para probar sus teorias, les basta la evidencia de la razon; pero en terapéutica en que esta evidencia no existe, se ve uno obligado á recurrir á la estadística para juzgar cual es el mejor modo de tratar las enfermedades. Los adversarios mas pronunciados del empleo del cálculo en medicina convienen, sin embargo, que este empleo es lejítimo y aun necesario para formar un juicio sobre los métodos terapéuticos; solo se paran en la contemplacion de las numerosas causas de error y las grandes dificultades de su aplicacion. (1)

Sí; el empirismo bajo cualquier punto de vista que se le mire es escesivamente difícil, diremos mas, es el mas difícil de los sistemas médicos en su aplicacion racional, lo que resaltará del desarrollo que

(1) J. J. Double que ha puesto tan de manifiesto estas causas de error y estas dificultades no niega en definitiva que la estadística no sea el mejor y al mismo tiempo el único medio de juzgar del valor relativo de los diversos medios de tratamiento usados contra tal ó cual enfermedad. (véase pag. XXXI y siguientes de la introduccion de su *Tratado de medicina práctica* de J-P Frank traducido al frances Goudareau Paris 1812).—Enfin, si quiero formular aforisticamente sobre este punto no diré con un autor contemporáneo: *No solo se han de numerar, sino tambien examinar exactamente las observaciones*; sino que diré; *Primero se han de pesar las observaciones, despues pesarlas y volverlas á pesar; y por fin, anotar su número.*

vamos á darle á continuacion. De esto resultará que lejos de favorecer la pereza y la ignorancia, como algunos han creido ó lo han hecho creer, exige, por el contrario, los conocimientos mas estensos, la atencion mas constante. Es en gran parte un recurso para evitar las dificultades que se presentan el haber inventado una multitud de otros sistemas que han sido alternativamente abandonados, vueltos á resucitar con ciertas modificaciones para abandonarlos de nuevo como falsos ó insuficientes. Solo la doctrina empírica ha conservado incolumes sus principios fundamentales, ha marcado desde su orígen los verdaderos límites en que el espíritu humano puede detenerse, ha trazado el camino que debe seguirse en las ciencias físicas. Es la mas comprensible de todas las doctrinas médicas, porque abarca todos los casos que ocurren en la práctica, ella se vale de la anatomia, de la fisiología, de la patología, de la química, de la física, con mas seguridad y mas estension que las demás doctrinas; como cualquiera puede convencerse leyendo el capítulo siguiente.

*Puesto que no somos nosotros partidarios de ninguno de los sistemas ó doctrinas precedentes y aborrecemos de todas veras todos estos puntos de vista que parcialmente imponen sus autores, no gustamos que los médicos españoles se afilien á uno ó otro de estos vários bandos que con tanto acierto reseña el autor de esta historia. Queremos un sistema fundado en la consideracion de los elementos componentes del organismo, no en uno solo que deje sin representacion á los demás que se disputan la primacia desde la constitucion doctrinal de la ciencia médica. Todos los principios acostumbrados á vivir bajo la direccion de sus patrocinadores en una admósfera de esclusivismo y aparente grandeza, adulterada siempre con las deducciones sacadas por sus sectarios, deben ceder el puesto á otros mas dispuestos á cumplir con el mandato que la naturaleza á impuesto á los organismos para que cumplan los fines para que fueron creados. La fórmula hipocrática rodeada de todos los medios con que cuenta el organismo, modesta hasta el punto de conformarse con todas las apreciaciones que de ella han hecho los médicos posteriores al anciano de Larisa, sin ánimo de desdeñar á ninguna por estravagante y absurda que sea, dispuesta á ànimar á todos con su sencillez encantadora, á proteger con su influjo y proteccion poderosa á cuantas puedan sobrevenir en lo sucesivo, es la que ha servido siempre de bandera á nuestros médicos que á su sombra han hecho progresar la ciencia sin encontrar en su camino los graves escollos que otros extraños encontraron, por querer aplicar sus exclusivas miras científi-

cas al conocimiento del organismo, tanto en el estado de salud como en el de enfermedad. El Doctor D. Andres Piquer, encarnacion viva del hipocratismo en España en el siglo que reseñamos, es el que mas sabiamente ha proclamado este sistema, ha auyentado todos los temores, designando aquellos momentos peligrosos que habian creado las disputas é indiferencias en que cayeron los médicos españoles del siglo XVII y ha hecho que se unan estrechamente para prestar à las ideas hipocráticas fuerza bastante para castigar á todos los ilusos que impulsados por una desatentada ambicion de nombre, detienen la marcha progresiva de la ciencia. Reseñaremos á grandes rasgos su vida, digna por tantos títulos de ser imitada por cuantos aprecian convenientemente el honroso nombre de médico.

El Dr. D. Andrés Piquer nació en Fornoles, provincia de Teruel el 6 de Noviembre de 1711. Hijo de honrados padres y de reconocida nobleza, lo dedicaron desde muy niño al estudio de las humanidades en el cual empleó seis años, durante los que adquirió cumplidos conocimientos para aplicarlos despues á la comprension de la filosofía que estudió en Valencia en compañía de un hermano suyo, médico ya, que á la sazon se hallaba ejerciendo allí el arte. Concluidos estos conocimientos preliminares, y teniendo ya diez y nueve años, empezó á estudiar medicina y cuatro años despues se graduó de bachiller en esta facultad y en filosofía. No contento Piquer con lo que escuchó y aprendió en la escuela, salió de ella y se dedicó á aprender por sí cuanto se tenía en las aulas por subersivo ó poco adicto á las doctrinas galénico-arábicas reinantes entonces, y una vez empapado en los nuevos adelantos, se fuè dando á conocer por medio de varias oposiciones y concursos literarios, en los que dió muestras de su profundo saber y selecta erudicion. Recibió aquél mismo año (1734) el grado de Doctor, haciendo despues oposiciones en el mismo hospital y aun en la universidad, donde poco despues le nombró el claustro, *Académico público* de medicina. Ya entonces se atrevió á introducir el uso de los autores modernos y á poner en claro los errores de las doctrinas profesadas por la mayor parte de sus maestros, para lo cual compuso su primera obra de *Medicina vetus et nova*, que le valió el título de Académico honorario de la Acadèmia médico-matritense, teniendo solo 23 años de edad. Casado ya por entonces con una hija de uno de los doctores mas acreditados de la ciudad adquirió, clientela bastante para cubrir con holgura sus atenciones y para conseguir se le diera la cátedra de Anatomía (1742) despues de una oposicion lucida. Desde entonces Piquer fué encargado

del desempeño de puestos importantes, nombrado miembro de muchas academias nacionales y extranjeras y por fin médico de cámara supernumerario con el encargo especial de estar prevenido por si S. M. precisaba sus servicios, como, en efecto, aconteciò repetidas veces. Los disgustos profesionales, y mas que todo, el ímprobo trabajo que le ocasionaron las obras que escribió, fueron minando poco á poco su salud, haciendo permanecer muchos años achacoso y agravarse por fin sus males hasta el estremo de acabar con su vida el 3 de Febrero de 1772 á los 60 años y meses de edad. Numerosos son los escritos de Piquer, algunos de ellos no publicados todavía; pero los mas importantes son los que versan sobre los de Hipócrates, pues ponen en claro el carácter y tendencias del profesor que con su fama llenaba, no solo el suelo pátrio, sinó tambien el extranjero. A ellos remitimos al lector si quiere formar un juicio acertado de las tendencias de nuestra medicina en el siglo pasado.*

CAPITULO XI.

Empiri-metodismo ó alianza del empirismo con el método filosófico.

La misma causa obrando en condiciones idénticas produce siempre los mismos efectos: Este es un axioma que domina toda la filosofía de las causalidades, que preside à todas las determinaciones de la voluntad humana, á pesar nuestro unas veces, á sabiendas otras, al cual prestamos nuestro asentimiento de buena ó mala gana, como á una verdad matemática. Si queremos hacer aplicacion de él á la medicina, traduciéndole en lenguage terapéutico, se convierte en la siguiente proposicion que ya he citado en otra parte. *Un tratamiento que ha dado por resultado la curacion de una enfermedad cualquiera, curará del mismo modo todas las enfermedades que se la parezcan ó que sean mas homogéneas con la primera.*

Llevo dicho que los médicos de los tiempos primitivos no tenían otra regla de terapéutica, sea que la siguieran por instinto, sea que se conformasen con ella por convencimiento; entre otras pruebas he citado el uso establecido entre muchas naciones de la antigüedad de esponer á los enfermos á las puertas de las casas, invitando á los transeuntes á examinarlos y á indicar los remedios que habían visto emplear en casos semejantes. He hecho ver que la aplicacion de esta regla,

la única en terapéutica de una aplicacion general, ofrece dificultades estremas que han dado origen á todas las ramas del arte con las numerosas divisiones y detalles sin número que contienen.

Voy, pues, á volver á ocuparme de este objeto y á plantear por una série de proposiciones evidentes la doctrina empírica con la estension de que es capaz. Ruego al lector que no olvide que la aplicacion de nuestro axioma terapéutico estriba en tres condiciones rigurosas: primera, *homogeneidad de las enfermedades*; segunda, *identidad de los medios curativos*; tercera, *conocimiento de un tratamiento aplicable á cada especie morbosa*. Ahora bien, para llegar al cumplimiento, sinó absoluto, porque esto es imposible, al menos aproximado de estas tres condiciones, son indispensables todos los recursos que proporciona la ciencia, como vamos á probarlo.

Primera condicion.—Homogeneidad de las enfermedades. No hay ejemplo en que un práctico haya visto en su vida dos enfermedades absolutamente iguales y acaso la naturaleza no produzca nunca una cosa igual. Es, pues, indeclinable que el médico se contente con una aproximacion mas ó menos grande. ¿Pero con qué grado de aproximacion debe contentarse el médico, ó cuáles son los signos que le puedan servir para conocer esta semejanza en dos enfermedades, de las cuales sea solo una la que vea y la otra la hayan visto otros antes, para tratar la segunda con los mismos medios que la primera? En su principio se contentaban con una semejanza superficial, bastaba que un enfermo presentase uno ó dos síntomas parecidos á los del otro para que se emplearan los mismos medios. Todavía sucede que bajo esta grosera apariencia se atreve el vulgo á aconsejar el uso de remedios y criticar muchas veces los que ha ordenado el médico. Pero los verdaderos observadores no tardaron en convencerse cuán falsa y peligrosa era esta manera de juzgar; en consecuencia, se esforzaron en establecer con mas precision los caracteres distintivos de las especies morbosas.

Desde luego se pensó, no sin razon, que dos enfermedades se parecen tanto mas, cuanto mayor es el número de síntomas semejantes que presentan; por consecuencia, solo se consideraron como homogeneas aquellas que ofrecían una multitud de síntomas análogos, mientras que bastan pocas diferencias para considerarlas heterogeneas. Este método muy sencillo y seguro en apariencia no dá, á pesar de esto, buenos resultados. Los médicos de Cnido que lo habían adoptado, aumentaron indefinidamente el número de especies morbosas, aumento que les censuraba Hipócrates; su patología era confusa y su te-

rapéutica sucinta. Se comprendió que no bastaba contar los síntomas de una enfermedad para tener un conocimiento exácto de ella; sinó que era preciso elegir los mas culminantes para colocarlos en primer término; en segundo los menos notables; y olvidar despues todos los demás que carecian de valor alguno: tal fué el método que adoptó Hipócrates en la redaccion de sus historias y sus epidémias, manera de describir las enfermedades preferible á la de los Cnidianos y que prevaleció en lo sucesivo. Desde entonces toda la dificultad ó al menos la mayor de la nosografía consistia en la eleccion de los síntomas, en su clasificacion. El problema que habia que resolver era, cuales eran los síntomas que habian de ocupar el primer lugar, cual es el segundo y cual es el tercero y así de los demás, y cuales debian despreciarse. La ciencia hasta entonces habia marchado lentamente, sin ruido y á pasos contados. Pero en esta época los filósofos encargados de la educacion se disputaban desesperadamente el cetro del mundo intelectual, se dividian en sectas rivales que pretendian esplicar el enigma del universo y decir la última palabra de la ciencia al querer interpretar los fenómenos de la naturaleza.

Los médicos quisieron tambien, siguiendo á los filósofos, esplicar los fenómenos de la economía, remontarse al orígen de la vida, á la causa próxima, al fenómeno inicial de las enfermedades y deducir despues un método invariable de tratamiento; quisieron decir, por fin, la última palabra de la patología. Sin embargo, la observacion nada nos dice de las causas primitivas ó fenómenos primordiales, nos demuestra en todas partes un enlace entre ellos que son alternativamente fenómenos y causas, pero sin indicarnos nunca donde se halla el primer anillo que los contiene.

La naturaleza, como dice Blaglivio, como lo ha dicho antes que él Hipócrates y otros muchos, es un círculo en que el ojo del hombre no sabe donde está su principio y su fin, ignorancia que hace sean inútiles todos los esfuerzos que se hagan para conseguirlo. Aquí nos hallamos en el caso de decir con Meibomio y Werlhof: *no empeñarse en conocer lo que nos ha vedado el Hacedor Supremo, es una docta ignorancia.* Pero la mayor parte de los filósofos y de los médicos no pudiendo determinar por la observacion directa la causa próxima de las enfermedades, abandonaron, lo mismo que los filósofos, el camino de la esperiencia pura y se lisonjearon de resolver el gran problema que ellos proseguian por medio de hipótesis. Entonces se ignoraba que en el órden físico el hombre no podia traspasar los límites traza-

dos por los sentidos y que mas allá de estos límites no hay mas que ficcion, hipótesis. Dos mil años lo menos se han precisado para que el espíritu humano se convenza de esta verdad, para que consienta no traspasar los límites impuestos por el Creador supremo; límites que humillan su orgullo y ponen un freno á su desmedida ambicion de saber.

Los filósofos y los médicos han entrado en el verdadero camino, no sin haber antes ensayado todas las hipótesis imaginables, haber divagado lo mas posible, volviendo á reconocer que la inteligencia no debia ni podia ir mas allá de las sensaciones, de las cosas materiales; pero las imaginaciones jóvenes, inespertas y entusiastas están siempre dispuestas á franquear esta esfera que les parece mezquina, para caminar sin brújula por los campos del infinito, como sinó fuera bastante dejar á esta facultad que se nombra la *loca de la casa* reinar como soberana en las artes de pasatiempo y en los caprichos de la moda, para que todavia se le permita usurpar el papel del buen sentido y de la esperiencia en la investigacion de los medios propios para mitigar los dolores y conservar la salud. ¡Cuántos errores no se han acreditado en patología! Citemos los mas principales y mas recientes: las enfermedades del arqueo, del alma ó del principio vital, las producidas por un esceso de efervescencia en la sangre, de una acritud ácida ó alcalina, las originadas por la obstruccion de los vasos capilares ó deformacion de las moléculas de los líquidos, las debidas á un esceso ó defecto de incitacion. Posible es que en lo sucesivo aparezcan otras hipótesis sobre la ciencia de las enfermedades debidas acaso á nuevos descubrimientos hechos en la composicion de los humores y de los sólidos.

Pero mientras que una multitud de teóricos se empeñaban en proseguir esta quimera, llamada, unas veces, causa próxima; otras esencia; otras fenómeno príncipe; reemplazando una ficcion con otra: prácticos guiados por el simple buen sentido y llenos de esperiencia se limitaban á describir los síntomas ostensibles con las causas evidentes de toda afeccion morbosa y fundaban sobre caracteres sensibles la distincion de las especies y géneros nosológicos. Tal fué la marcha seguida, no sin alguna desviacion, por los nosógrafos mas célebres de la antigüedad y de los tiempos modernos, marcha que Torti, Werlhof, Lieutand, se empeñaron en devolverla toda su pureza, siguiendo en esto las huellas de Filino, Serapion y otros empíricos famosos de la escuela de Alejandria. Estos, como se recordará, no hacian consistir la homogeneidad de las enfermedades en una conformidad ideal de un síntoma único colocado

fuera del alcance de los sentidos y llamado causa próxima, esencia etc., sinó en una conformidad evidente; es decir, en el concurso uniforme del mayor número posible de circunstancias semejantes: circunstancias anteriores, sintomas concomitantes, fenómenos consecutivos, en fin, todo cuanto estaba sujeto á la observacion por la circunstancia que para ellos el conjunto de todas estas condiciones constituia la verdadera esencia de las enfermedades.

Es imposible, sin embargo, que en el exámen ó descripcion de toda enfermedad se tenga en cuenta todo cuanto esté bajo el dominio de la observacion, porque entonces se cae en la confusion que Hipócrates echaba en cara á los de Cnido. Entonces la nosografía no ofrecería ya una sucesion metódica de cuadros mas ó menos fieles, mas ó menos á propósito para reconocer una en fermedad sinó un conjunto abigarrado de colores y rasgos hechos *ad libitum* en el papel, que tampoco dejarian en la mente mas huellas que las nubes que atraviesan el horizonte brumoso de nuestros climas durante los dias tan variables de la primavera y el otoño. La patología homeopática es un modelo incomparable de este género; la oscuridad, el caos, la estravagancia de Paracelso es nada comparada con la de Samuel Hahnemann, lo que no impide al inventor del *polvo de oro homeopático* que haya encontrado en nuestro siglo partidarios entusiastas, como los encontró en el suyo el fabricante de *oro potable*. Pero dejemos á un lado recuerdos que pertenecen á la historia antigua y de los cuales no se acuerda nuestro tiempo y veamos cuales son las reglas por las que se puede juzgar de la importancia, de la gravedad de una enfermedad, hecha abstraccion de lo que es el principio vital, el fenómeno primordial ó radicalmente esencial.

Los antiguos empiricos tenían en cuenta diversas consideraciones para apreciar el valor de un síntoma ó de una circunstancia patológica. Unas veces se atenían á su duracion é intensidad, como sucedía con el delirio que decían era mas grave cuanto mas duraba y viceversa, un dolor que nada bastaba á calmarle, mas malo que uno que desaparecía al momento con un pequeño sedante, otras, la importancia del órgano cuya funcion estaba alterada; tal sucedia con una dificultad en la respiracion que les preocupaba mas que una dificultad en los movimientos de un miembro; un reumatismo de la cabeza, mas que un reumatismo de piè; siendo, por otra parte, iguales en naturaleza. Algunas veces tomaban en consideracion la causa ocasional ó determinante de la enfermedad, cuando habian observado que era producto de una causa especifica; por ejemplo, si tenían que tratar à un enfermo mordido por una

serpiente, se informaban primero si era venenosa ó no, porque la esperiencia ha demostrado que esta circunstancia influye mucho en las heridas de este género; en fin estaban persuadidos que el valor de un síntoma podía variar de una época á otra por consecuencia del progreso de las luces y del cambio de las ideas. La historia de la medicina nos ofrece notabilísimos ejemplos de esta clase de variaciones; solo citaré la que sigue: antes del descubrimiento de la quina y aun despues, la periodicidad no habia llamado la atencion de los observadores mas que en las pirexias, porque en ellas era sumamente notable, periodicidad que se apreciaba poco en estas enfermedades porque no daba lugar á indicaciones especiales. Pinel, por eso, no separó las calenturas intermitentes de las contínuas, porque tenia á la periodicidad como un síntoma secundario que no cambia la naturaleza de la enfermedad. ¿Quién es hoy el patólogo que no las coloca en sitio separado? Ninguno.

Pinel no hubiera cometido esta herejía filosófica si hubiera tenido presente nuestro aforismo V. sacado de la doctrina de Locke y Condillac: «no conociéndose los objetos sensibles mas que cuando impresionan nuestros sentidos, nuestro espíritu no percibe nada en estos objetos mas allá de las sensaciones que escitan en nosotros. Así cuando se pregunta cuál es la *naturaleza ó esencia* de un cuerpo, no podemos hacer mas que anunciar las cualidades sensibles de él.» Segun este axioma cuando se quiere saber cuál es la naturaleza ó esencia de una enfermedad, no podemos responder de otra manera que anunciando las circunstancias conocidas de esta enfermedad: ¿cómo, pues, podrá decirse entonces que una circunstancia tan importante como es la periodicidad, que es el fundamento de una medicacion especialísima, no corresponde á la naturaleza de la enfermedad? Todavia hace pocos años que se hacia poco caso de las cualidades de la sangre en las enfermedades ó al menos no se sacaba de ellas ninguna indicacion curativa, mientras que hoy estas mismas cualidades mejor estudiadas suministran signos preciosos para el diagnóstico de muchos estados patológicos muy notables, estados que en escritos recientes se les ha designado con los nombres de *hyperemia, polyemia, hypemia, anemia, hydroemia* y que en la antigüedad se les daba los de *pletora sanguínea, clorosis, empobrecimiento de sangre.* (1)

Al concluir el periodo que estudiamos, los principales caracteres que constituian la naturaleza de una enfermedad, aquellos por los cua-

(1) *Ensayo de flematología patológica* por Mr. Andral, y el *Tratado de nosografía médica* de Mr. Bonillaud, en el capítulo titulado *Apéndice á las dos primeras clases de enfermedades.*

les se distinguen una de otra mediante la sola apreciacion de los fenómenos sensibles eran: 1.° las circunstancias anteriores, lo que comprende las predisposiciones ó diatesis, las causas determinantes ú ocasionales, como él contajio, los miasmas, los venenos etc. 2.° el sitio anatómico de la enfermedad, es decir, la designacion del órgano ó tejido principalmente afectado, y algunas veces, aunque raras, la indicacion de un vicio en los humores. 3.° el modo y grado de esta alteracion orgánica en el vivo. 4.° los trastornos funcionales idiopáticos y simpáticos, su marcha regular ó irregular, continua ó intermitente. 5.° en fin, las lesiones cadavéricas encontradas en los que habian sucumbido á enfermedades de la misma especie.

Se ve por esta enumeracion sumaria de circunstancias, lo que la doctrina empiri-metódica ó empírico-racional toma en consideracion para clasificar las enfermedades; se vé, digo, que lejos de olvidar como han dicho algunos, los datos que la anatomia, la fisiología, la anatomia patológica y las otras ciencias accesorias suministran á la patología; al contrario, hace un frecuente y saludable uso de ellos, no rechazando de la anatomia mas que sus especulaciones sobre la fibra elemental y los elementos primitivos del cuerpo; de la fisiología las suyas sobre el principio vital, la causa próxima, el principio inicial de la vida; en una palabra, no rechaza de cada ciencia mas que las especulaciones que no están plenamente confirmadas por el testimonio de los sentidos.

Segun esta doctrina, la esencia de las enfermedades consiste en el conocimiento de la totalidad de los fenómenos conocidos; dos enfermedades se reputan homogèneas, es decir, de la misma especie y á las cuales hay que curar del mismo modo, cuando presentan una gran semejanza en sus síntomas ostensibles. Así es que para los empiri-metodistas la esencia de la inflamacion consiste en el conocimiento de los síntomas, calor, dolor, rubor y tumefaccion; con la condicion de que estos cuatro síntomas no constituyen mas que una fase de la enfermedad, pues bien puede presentar otros en otros periodos de su existencia. Al contrario, los dogmáticos. cualesquiera que sea la secta á que pertenezcan, sean galenistas, yatro-químicos, animistas, yatro mecánicos, dinamistas, etc.; los dogmáticos, digo, hacen consistir la esencia de las enfermedades en la forma primitiva, la causa próxima, el fenómeno initial, de la cual resultan todos los accidentes consecutivos, todas las formas aparentes. Segun los yatro-químicos, la inflamacion es producida por una acritud ácida ó alcalina que irrita la parte donde aparece; segun los animistas por la reacion del principio vital contra la causa

morbígena; segun los yatro-mecánicos por la obstrucion mecánica de los vasos; segun los dinamistas por la reaccion de la fibra orgánica contra un principio irritante ó un obstáculo mecánico, etc. Por esta reseña se viene en conocimiento del porqué ha parecido siempre muy superficial y sujeta á variaciones la nosolojía empírica: superficial porque se atiene á lo aparente, lo sensible; móbil porque no abarcando mas que los síntomas ostensibles debe variar como ellos varian. La nosología dogmática, por el contrario, en cualquiera forma en que se la considere siempre parece mas profunda, porque ha traspasado por medio del razonamiento los límites de las sensaciones; mas estable, porque con su pretension de llegar al conocimiento de la vida, pensaban que fuera de este conocimiento no hay mas allá. Pero la superficialidad aparente del empirismo es la prudencia, *erudita inscitia*; la profundidad especiosa del dogmatismo, una ilusion, un error de optica. Por fin la movilidad del empirismo ha sido menor y menos chocante que la del dogmatismo, porque la nosografía empírica solo ha variado en los detalles, al contrario de la dogmática que de edad en edad ha ido perdiendo hasta sus fundamentos. (1)

(1) La idea general que los médicos se forman de la enfermedad puede representarse por una fórmula algebráica de la siguiente manera: Sea A la suma de nociones adquiridas sobre una enfermedad cualquiera por la observacion directa: E la causa próxima, el fenómeno primitivo, que, al decir de los dogmáticos, constituye la *esencia mórbosa*, especie de germen cuyas evoluciones sucesivas están dispuestas á dar orígen á todos los fenómenos sensibles.

Para los dogmáticos de una época ó de una secta cualquiera, la idea de una enfermedad M se compone de la suma A de nociones adquiridas por los sentidos, mas el fenómeno esencial E que la inteligencia debe percibir con ayuda del razonamiento. Será pues la fórmula patológica general de esta doctrina; M. la idea de la enfermedad, igual á A, la suma de nociones suministradas por los sentidos, mas E el fenómeno esencial.

$$M=A+D.$$

Para los empíricos de todas las edades la idea general de la enfermedad M. se compone de la suma A de nociones obtenidas por la observacion directa, la cual en suma es la misma para los empíricos que para los dogmáticos ilustrados de la misma época, mas el fenómeno esencial ó la causa próxima que los empíricos miran como inaccesibles á la penetracion del hombre y que por consecuencia tiene á sus ojos un valor desconocido X. Vamos á esponer la fórmula patológica general de esta doctrina: M ó la idea de la enfermedad igual á A la suma de nociones suministradas por los sentidos, mas X el fenómeno esencial.

$$M=A+X.$$

Estas dos fórmulas no difieren sinó en el valor de E que los dogmáticos se imaginan conocen y que los empíricos consideran como inaccesible al entendimiento y hasta los sentidos. Ahora bien, hasta el presente los dogmáticos no se han puesto de acuerdo entre ellos sobre el valor de este fenómeno esencial ó primordial que todos se figuran tener.

Por otra parte, es evidente que no llegarán jamás á conocer este valor si es que se puede tener alguna confianza en el gran axióma de toda la filosofía moderna: *La razon ha sido dada al hombre para que con su ayuda forme la esperiencia, y nuestra inteligencia queriendo traspasar los límites de las sensaciones en las cosas físicas, desconoce sus derechos, así como su poder.*

Concluyamos de aquí que la fórmula patológica del empirismo, aunque en apariencia menos completa y menos profunda que la del dogmatismo, es en realidad y será siempre mas verdadera, mas exacta.

No diré yo con Condillac que la traducion de nuestro razonamiento en lengua algebráica le dá mas certidumbre; no: solo diré que le dará mas claridad y precision para con aquellas personas á quienes es familiar este lenguage.

Segunda condicion. Identidad de los medios curativos. Esta condicion aunque menos mala de llenar que la primera, no deja de presentar en ciertos casos sérias dificultades. 1.° Porque su cumplimiento no depende solo de la habilidad del médico, sinó tambien de la docilidad del enfermo, de la exactitud y fidelidad de las personas que concurren de una manera cualquiera á la egecucion del tratamiento. 2.° Porque no siempre es posible colocar al enfermo en condiciones higiénicas favorables. Apesar de estos obstáculos, es el arte aquí mas potente y llega á alcanzar en la mayor parte de los casos una aproximacion suficiente. Para llegar, sin embargo, á este resultado, es preciso que el médico posea nociones bastantes estensas de historia natural, de física, de química, de materia médica, de farmacología. Así pues, cuanto mas nos engolfamos en la doctrina empiri-metódica, mas pruebas adquirimos que la aplicacion de esta doctrina exije muchos y variados conocimientos, una atencion sostenida y una gran perspicacia.

Tercera condicion. Conocimiento de un tratamiento aplicable á cada especie morbosa. No basta saber distinguir una especie morbosa de otra, ni disponer de escelentes remedios; preciso es todavia, y en esto consiste la habilidad del médico, saberlos emplear á tiempo, porque no es tanto el remedio el autor de la curacion, como la oportunidad de emplearle. Esta última condicion es el *desideratum* de la medicina, el *coronamiento del arte.* La terapéutica anhela siempre este desideratum. Ahora bien, es preciso confesar, que el axioma fundamental del empirismo no suministra luz alguna para dirijir nuestra inteligencia en tales investigaciones, no indica en manera alguna el camino que hay que seguir para llegar á descubrir los medios curativos; los supone conocidos y se limita á trazar la manera de aplicarlos. *Administrar en cada caso, dicen los empíricos, los remedios que han probado mejor en otros semejantes.* Estos médicos filòsofos que no querian mas guia que la esperiencia razonada, no podian contentarse con un axioma tan vago, sentian la necesidad de añadir á este axioma, algunas reglas propias para dirijir los remedios en sus esperimentaciones. En efecto, la historia nos dice que trazaron reglas muy sábias sobre esto, pero antes de esponerlas, examinemos un poco el verdadero valor de este axioma en sí mismo.

Los filósofos y los médicos mas notables de la antigüedad y de la edad media le han censurado amargamente, le han tachado, no de falso y erróneo, porque esto es imposible, sino de estúpido. A oirles; em-

plear un remedio por el solo hecho que ha curado en casos análogos, esto es obrar *sin razon*! Segun ellos, era preciso además decir, porqué medio, porqué propiedad oculta, curaba. En cuanto á mí, me admira y asombra la precision con que los corifeos del antiguo empirismo han marcado los límites en que debe detenerse nuestra inteligencia en la investigacion del modo de obrar de los remedios. Dos mil años hace que vislumbraron los descubrimientos de la filosofía moderna: esto era dar pruebas de verdadero génio, sus contemporáneos no podian comprenderles; les calumniaron.

Los dogmáticos y los metodistas no han merecido, lo reconozco, los cargos que se hacen à los empíricos; aquellos se han esforzado en esplicar la accion íntima de los medicamentos, y han caido en aberraciones tan ridículas que su galimatias pretencioso ha sido comparado al desorden inmundo de las cuadras de Augias. Bichat, uno de los teóricos modernos mas famosos pinta de la manera que sigue la oscuridad, el desórden, la incoherencia de lenguage de la terapéutica de las escuelas. «A cuantos errores dice, no nos han arrastrado el empleo y la denominacion de los medicamentos? Se han creado los desobstruentes cuando estaba en voga la teoría de la obstrucion; los incisivos cuando á esta teoría se asoció la del espesamiento de los humores; los diluyentes, los atenuantes nacieron en la misma época en que predominaban estas ideas. Cuando habia necesidad de acabar con las acritudes se crearon los inviscantes, los incrasantes etc.; cuando de relajar ó poner tensas las fibras ó sea el *laxum y strictum*, los relajantes los astringentes. Cuando el calor escesivo ó su ausencia era causa de los males, los refrigerantes los calefacientes. Medios idénticos han recibido nombres diferentes segun la manera que creian, obraban; desostruyendo unas veces, relajando otras, refrigerando por fin la última vez: el mismo medicamento ha sido alternativamente empleado bajo distintos puntos de vista y á veces aun opuestos: ¡tan cierto es que el espíritu del hombre marcha sin brújula cuando no tienen fijeza sus opiniones! *Apartad los medicamentos cuyo efecto ha puesto en claro la observacion*, como los evacuantes, los diuréticos, los sialagogos, los antiespasmódicos etc., los que, en fin, obran sobre una funcion determinada.»

He aquí, à que estrañas divagaciones nos ha conducido la medicina antigua por el empeño de explicar la accion íntima de los remedios. Pero lo que no ha apercibido el génio de Bichat,—sin duda porque no estaba madurado por una larga esperiencia—es que todas estas divagaciones tienen por principio y por resúmen final el axioma de terapéu-

tica generalmente admitido todavía en su tiempo: las enfermedades se curan por sus contrarios, *contraria contrariis curantur*. En efecto desde el instante en que se admitió este axioma, era indispensable determinar el modo de accion de la causa morbígena y el modo de accion del medicamento, á fin de establecer el pretendido antagonismo que se suponía existir entre estas dos potencias.

En otra parte he demostrado de una manera perentoria la falsedad de este axioma, la imposibilidad de su aplicacion; este es un hecho demostrativo en la ciencia, sobre cual creo inútil volver á insistir. Pero en nuestros dias ha aparecido otro que se ha propuesto sustituirle y cuya falsedad todavia es mas palpable, mas evidente. En efecto, todos los argumentos que hemos aducido en contra de la regla de los contrarios se aplican igualmente á los semejantes que se mencionan ya en los libros hipocráticos y que un médico aleman á tratado de generalizar. Este médico, habiendo visto por la esperiencia, como lo han visto siempre todos los observadores atentos y no preocupados, el error del axioma terapéutico de los contrarios, se imaginó que para ponerse en lo cierto no habia mas que echar mano de la antitesis del *contraria* y proclamó como consecuencia que la ley suprema de todas las curaciones era esta: *las enfermedades se curan por sus semejantes*: (1) Para su demostracion creyó que habia bastante con un pequeño número de hechos mal observados y mal interpretados. Esto le bastó para escitar su entusiasmo y hacer emprender una série de esperimentos dignos de una suerte mejor. Era, á pesar de esto, imposible que las esperimentaciones hechas de buena fé no demostrasen á un talento juicioso la falsedad de la ley de los semejantes. Tal parece haber sido el resultado de las primeras esperiencias homeopáticas. Pero el autor parece que se encariñó con su pretendido descubrimiento, como un soberano con su corona, un poeta con sus versos, un avaro con su tesoro; habla de el con una admiracion religiosa, lo coloca por cima de todos los descubrimientos antiguos y modernos y llega hasta creerse digno de la veneracion y reconocimiento de la posteridad. Cuando ilusiones de esta especie llegan á penetrar en la cabeza de un hombre, es dificil que salgan; mas bien este hombre cerrará los ojos á la evidencia que renunciar à ellas y llegaria hasta ser martir si fuere necesario.

(1) La redaccion de este principio no pertenece á Hanhemann, sino al Dr. D. José de Casalete, catedrático de *Prima* de la Universidad de Zaragoza, en la cual defendió una conclusion redactada en las mismas palabras diez y nueve años antes que naciese el Dr. aleman. Dicha conclusion esta inserta en el libro primero de la obra del Dr. Tomas Lonyar intitulada. *Enchiridion novæ et antiquæ medicinæ dogmaticæ pro curatione febris malignæ*. Zaragoza, 1609.

Hahnemann, pretendido autor del descubrimiento, que sin cesar llama en su apoyo á la esperiencia, la esperiencia pura; cuando quiere convencer á cualquiera de la falsedad del axioma de los contrarios, rechaza esta misma prueba y aun la anula cuando se pretende aplicarla á su doctrina ¿porqué no es anular la observacion cuando se trata de hacerla sobre objetos inapreciables á los sentidos? Quién es el que puede comprobar la exactitud de las observaciones de un homeópata? Por ejemplo cuando Hahnemann nos asegura, que la cuadrillonésima parte de un grano de oro mezclado con cien granos de un polvo inerte, basta solo olerlo algunos momentos para calmar el furor de un maniaco ¿que es lo que nos puede asegurar si es ó nó verdadero el hecho? Nadie. Si repite alguno la esperiencia del apostol de la homeopatia y obtiene un resultado diferente como era de esperar, de seguro que le contestaria que no ha empleado la cantidad exacta de un cuadrillonesimo de grano. ¿Cómo probará Hahnemann que se ha mezclado exactamente un cuadrillonesimo de grano de oro con cien partes de un polvo inerte ó de azucar en el frasco que emplee para la olfacion? De ninguna manera, esto es de toda imposibilidad.

Es, pues fisicamente imposible como tengo dicho, comprobar la exactitud de una esperiencia en homeopatia. El mismo Hahnemann lo afirma cuando dice: «que es dificil complacer á muchas personas que me han pedido publique algunas curaciones hechas por la ley de los semejantes, porque aun cuando lo hiciera, sacarian poco provecho de su lectura.

A Hahnemann se le tacha de empírico, pero no hay nada quo tenga menos fundamento que esta calificacion: porque sin cesar nos habla de la naturaleza íntima de las enfermedades, de la accion espiritual ó atómica de los remedios; nos dice que las moléculas medicamentosas van á buscar *exprofeso* á las moléculas enfermas, en una palabra, nos lleva fuera del mundo fisico para conducirnos á la rejion de las quimeras. Como se vé, este es el dogmatismo puro, pero un dogmatismo que difiere del antiguo en que los homeópatas atribuyen á la semejanza de accion de la enfermedad y del remedio los efectos curativos que otros atribuyen al antagonismo. Lo que engaña y seduce á los lectores superficiales y lo que hace creer que la homeopatía se aproxima al empirismo es el elogio que sin cesar hace Hahnemann de la esperiencia, á ella apela siempre, pero lo hace *pro fórmula*. Ya sabemos cuan poco caso debemos hacer de las decisiones de la esperiencia y cuanto se ha hecho para aniquilarlas.

Si todavía queda alguna duda en el ánimo de nuestros lectores acerca de la falsedad ó nulidad, ya del axioma de los contrarios, ya de los semejantes nos bastará para convencerles para siempre, recordarles esta sentencia de Hume que ya ha sido citada por Barthez y sobre la cual están hoy de acuerdo todos los filósofos. «No parece que haya operacion corporal alguna, ni accion del alma sobre sus propias facultades ó sobre sus ideas que pueda hacernos comprender la fuerza con que obran las causas ó la relacion necesaria que tienen con sus efectos. En la sucesion de los fenómenos naturales nada nos enseña la idea de causalidad ó de trabazon de la causa y efecto; mas cuando la sucesion de un fenómeno con otro es constante, la inteligencia que lo observa con esmero y que aun muchas veces lo prevee, se vè obligada á creer que estos fenómenos se suceden porque esté enlazados entre sí.

Así, pues, cuando se emplea un remedio en tal ó cual enfermedad y produce siempre ó casi siempre la curacion, decimos que es el autor de este resultado, pero nuestra inteligencia no sabe distinguir el enlace que une estos dos hechos el uno con el otro. No podemos, pues, afirmar el como ha tenido lugar la curacion, si por antagonismo ó por semejanza ó por otro motivo; lo único que podernos decir, lo que la observacion nos enseña es que la curacion de una enfermedad sucede de una manera mas ó menos constante cuando se emplea tal ó cual remedio;--curiosa cosa que importa saber;--la mejor razon que podemos dar del valor de un agente terapéutico, es la certidumbre ó la gran probabilidad que curará. En verdad que los teóricos que pidan mas, son bien exigentes ó bien poco razonables; y los empíricos, tanto los antiguos como los modernos, han hecho bien en no averiguar nunca el como curan los remedios, sinó en el de saber si curan siempre, las mas ó las menos veces ó nunca, en cuales circunstancias curan y en cuales no. Ellos son los únicos que han marcado los verdaderos límites en que debe contenerse nuestra inteligencia, tanto en patología como en terapéutica. Ya he dicho, que han presentido los descubrimientos de la filosofía moderna y pronunciado de antemano la condenacion de las estravagancias de la homeopatía, de la antipatía, de la alopatía, espresiones tan refractarias al génio de la buena medicina como á la sana etimología.

Segun la doctrina empírica, nadie debe preguntar el porque hace dormir el opio, el porque cura la quina las intermitentes etc. sinó si es cierto que el opio hace dormir, si lo hace constantemente, en que condiciones de salud lo hace y cual es la dósis que le produce; debe

hacer lo mismo con la quina, etc. para de esta manera saber à que atenerse. Si los autores de medicina, en lugar de ocuparse, como lo han hecho, de cuestiones pueriles, lo hubieran hecho de cuestiones parecidas á las que hemos planteado, las únicas verdaderamente útiles, las únicas capaces de una solucion razonable, no se hubieran estraviado en un dédalo de interpretaciones sutiles convertidas en ridículas, no hubieran proporcionado tanta materia á la palabra ó la intencion satírica de nuestro gran cómico, (Moliere) no hubieran opuesto sus tonterias teóricas á la admision de los remedios mas eficaces, como son la quina, el mercurio, la vacuna etc. Porque esta doctrina no escluye de una manera absoluta ningun proceder curativo, solo lo hace con los que se tienen por ineficaces y aplaza la admision de aquellos cuya eficacia parece dudosa ó espuesta á la crítica. Para el médico empiri-metódico todo medio que cura es racional, y mas aun el que mejor cura; el no rechazaria ni los globulos ni los pases del magnetizador, si se le probara con observaciones dignas de fè, que estos medios curaban constantemente una clase determinada de enfermedades.

La esperiencia es la única base de la terapéutica de que se valen los empíricos para apreciar el valor de los remedios y acabamos de ver que no hay otro medio mejor de apreciacion que ella; de ahí procede que se hayan dedicado con empeño á perfeccionarla. En efecto, esto es lo que hicieron, como ya hemos visto anteriormente cuando espusimos la antigua doctrina empírica. He aquí el resúmen de sus reglas: Todo medicamento debe esperimentarse un gran número de veces en enfermedades análogas, por diferentes personas capaces de discernir la homogeneidad de las afecciones morbosas. Cuando un tratamiento ha sufrido estas pruebas y dado constantemente buenos resultados, entonces la esposicion de este tratamiento constituye un teorema. La coleccion de teoremas así comprobados constituye el arte de curar y aquel que los guardaba fielmente en la memoria llegaba á ser un verdadero empírico.

Hace mas de dos mil años que se formularon estas reglas y que no han sufrido un cambio notable hasta la época en que Barthez propuso su famosa clasificacion de los métodos curativos. Preciso es confesar que esta clasificacion penetró mucho mas allá de lo que lo habia hecho hasta aquí cualquiera otra en el mecanismo de las operaciones intelectuales en la terapéutica, pero no se ha completado ni está exenta de error, como ya he demostrado. Barthez no hizo mas que entrever la verdad, pero no la conoció ni la puso de manifiesto; casi al instante

la dejó escapar porque le habia estraviado su teoria errónea. Al modificar su clasificacion terapéutica de la manera que tengo dicho, hubiera llegado á alcanzar una perfectibilidad fuera de toda crítica, sin falta alguna para la época en que apareció; modificacion que á haberla hecho, seria todavía hoy, sino me engaño, lo mejor que hubiera sobre la materia; abarca perfectamente todo el espíritu de la doctrina empírico-racional, es la consecuencia directa, el desarrollo natural del axióma terapéutico de esta doctrina. Por esto debe tener lugar aquí su exposicion.

DEL MÉTODO EN TERAPÉUTICA Ó CLASIFICACION DE LOS MODOS GENERALES DE TRATAMIENTO.

Cuatro métodos generales de tratamiento se conocen hoy en la ciencia, á saber: el *sintético*, el *analítico*, el *espectante* y el *perturbador* ó *esplorador*.

Método sintético. En este método nuestro espíritu considera juntos todos los síntomas de una enfermedad formando un todo indivisible, una sola entidad morbosa, y contra esta dirije una medicacion que puede llamarse específica, medicacion que cuando se emplea á tiempo es la mas segura, la mejor de todas. Pero por desgracia la ciencia posee pocos remedios específicos bien comprobados, tales como el mercurio, la quina, la vacuna, que cembaten y curan una clase determinada de enfermedades; posee sí un gran número de específicos de funciones, tales como los diferentes ecoprópticos, los sialagogos, los diuréticos, los emenagogos etc., los cuales sin estar dotados de una especificidad tan notable como los anteriores, no dejan de prestar buenos servicios á los enfermos cuando se les emplea con discernimiento: condicion precisa para que toda medicacion de resultados. Este método, no solo es el mas eficaz, sinó el mas natural, es decir, aquel al cual nos inclinamos instintivamente. En los primeros tiempos de la ciencia solo se empleaban medicamentos específicos ó tenidos como tales; desde que una sustancia ó una preparacion medicinal se habia visto que daba buen resultado en una enfermedad, se la designaba con el nombre que recordaba esta circunstancia; de ahí vinieron, pues, las denominaciones de vulneraria, escabiosa, pulmonaria, teriacal etc. No habiendo en lo sucesivo justificado una observacion mas atenta é ilustrada la justicia de estas denominaciones, se fué perdiendo poco á poco toda la confianza en ellas y por una exageracion muy frecuente, se envolvió en esta pros-

cripcion al método curativo que la habia dado orígen. Se le desterró de la ciencia á favor de una teoria mentirosa; se le tachó de irracional, pero no pudo desterrársele de la práctica, porque es en realidad, el mas eficaz y el mas natural. Ha llegado, pues, el tiempo que se le restituya mediante una teoría mas verdadera, el distinguido lugar que debe ocupar en la pràctica por los servicios que todos los dias presta á la humanidad.

II. *Método analítico.* Este método es el único y el que mejor ha descrito y bautizado Barthez. Consiste en descomponer una enfermedad ó un conjunto de síntomas en sus elementos, es decir, en muchos grupos secundarios contra los cuales dirije una medicacion apropiada, sea simultanea, sea sucesivamente. Por ejemplo, puede en una bronquitis convulsiva ó coqueluche combatirse la congestion sanguínea si es considerable, por la aplicacion de sanguijuelas; la congestion linfática con los emeto-catarticos á pequeñas dosis; el elemento nervioso con los estupefacientes, como la belladona, el opio, la dijital. Esta manera de tratar estas enfermedades en que no puede aplicarse ningun específico, es ademas, de aplicacion mas difícil, porque exije de parte de nuestra inteligencia una operacion muy complicada, cual es el análisis de los síntomas; así que en el ejemplo anterior puede suceder que un médico dé la preferencia al elemento nervioso, otro al sanguineo, otro al seroso, por la circunstancia que siendo la eleccion un hecho puramente mental, es muy difícil decidir cual de los elementos preponderá. Sucede entonces que el práctico se deja llevar en la eleccion por ideas preconcebidas ó preocupaciones sistemáticas; el animista ve en todas partes el error del alma ó del espíritu vital, y nada mas; el químico la acritud; el físico un obstáculo mecánico á la circulacion de los líquidos; el vitalista la alteracion de alguna propiedad vital; resultando que este análisis es no solo de aplicacion difícil en la terapéutica, sinó que tiene tambien mucho de hipotético y hasta peca en arbitrario.

Hemos tenido muchas veces la ocasion en el curso de esta historia de hacer ver que el análisis es un método engañoso, que ha dado orígen á muchos errores en medicina, cuando se le ha separado de la síntesis. Se me permitirá añadir como á la ligera que este mismo método aplicado á la moral ha producido errores cien veces mas funestos todavia. Que si se echa mano de él para evitar las ilusiones de nuestro espíritu, no tarda, bajo una apariencia de exactitud, de verdad, de profundidad, de secar nuestro corazon, de sofocar en nuestra alma todo gérmen de

virtud, todo arranque imperioso de magnanimidad, de desinterés, para sustituirlo con la frialdad, la aridez, el egoismo, el desencanto de la vida, el desprecio de sí mismo y de los demás. (1)

III. *Método espectante.* Cuando una enfermedad, tiene un curso rápido y determinado, como una calentura efémera, un sarampion benigno, una varioloide, una hérida simple; cuando, aunque grave, no presenta desórden ni síntoma alguno alarmante y parece que tiende á terminar por si sin auxilio de los remedios, como sucede á una calentura inflamatoria sin localizacion alguna, cuando se anuncia de una manera oscura, pero sin nada que sea urgente; basta colocar al enfermo en condiciones hijiénicas ventajosas, de evitar que cometa alguna imprudencia, de asignarle un método á propósito para obtener la curacion. Entonces la naturaleza parece encargarse de la medicacion; el medico no hace mas que observar, esperar, á fin de reprimir en caso de necesidad los escesos de ella, de escitar ó moderar sus movimientos, de sostener sus fuerzas, en una palabra, de favorecer sus propias indicaciones. El papel del hombre del arte ha sido comparado en este caso unas veces al de un servidor ó de un ministro qne aguarda para obrar que se lo mande su jefe, otras el de un espectador ocioso; pero es evidente que en este caso la ociosidad del médico no es mas que aparente y la denominacion de medicina inactiva empleada para designar este modo de tratamiento me parece muy impropia.

Considerada en este mètodo la enfermedad como un esfuerzo natural del organismo para restablecer su equilibrio, importa mucho no trastornar su marcha sin una necesidad reconocida. Hipócrates fuè el

(1) Véase en la novela de M. Alfredo de Vigni, titulada *Cinq-Mars ó una conjuracion en tiempo de Luis XIII:* véase digo, la conversacion del padre José, alma condenada de Richolieu, con Cinq-Mars preso, aguardando la muerte (Tomo II, pág. 352 de la 5.ª edicion).

Leed por completo la deliciosa creacion de M. Xaintine, titulada: *Picciola*, de la cual tomo el fragmento que sigue.

«Una profunda tristeza tiene el conde de Charney. El análisis filosófico, à pesar de todos sus esfuerzos para desecharle de si, dominaba à todas horas su inteligencia y mezclàndose à sus miradas, empañaba, humillaba ó apagaba los placeres y el lujo en medio de los cuales vivia. Los elogios de sus amigos, las caricias de sus preceptores no eran ya otra cosa para él que la moneda corriente con la cual pagaba la parte que tomaba de su fortuna, atestiguando al paso la necesidad de vivir à sus espensas. Descomponiendo todo cuanto estaba à su alcance, reduciendo à sus primitivos elementos por este mismo afan de análisis, fué acometido de una singular enfermedad. En el tejido fino de su vestido creia advertir el olor infecto del animal que habia suministrado la lana; en la seda de sus colgaduras pasearse el gusano que lo habia hilado: sobre sus muebles elegantes, sus alfombras, sus encuadernaciones, sus piquetes de nacar y marfil no veia mas que restos y despojos, la muerte, la muerte revestida, vivificada por el sudor de un artesano. La ilusion estaba destruida, la imaginacion paralizada.» (P. 13 edicion de 1836.

Es preciso concluir de este abuso de análisis que este modo de adquisicion al cuál por otra parte debe el espíritu humano tantos descubrimientos, deba proscribirse? no en verdad! No es esta nuestra intencion; hemos hecho resaltar sus peligros, sus decepciones à fin de que no se tenga en semejante método una fé ciega; de la misma manera que los antiguos empiricos habian asignado límites al razonamiento, no para proscribirle, como se les à acusado, sinó para impedir que se abuse de él.

primero que discurrió así y los que le siguieron fueron conocidos con el nombre de *hipocratistas ó naturistas*. Era muy bueno este modo de discurrir en la infancia del arte, en una época en que no se conocian verdaderos específicos, en que no se sabia hacer un uso ilustrado del método analítico. Este hace al práctico circunspecto y atento, cosa que viene en abono del enfermo y es hoy aplicable todavia á un gran número de enfermedades, ya agudas, ya crónicas.

Es evidente que el método espectante no constituye todo el arte de curar, que el sintético es el mas pronto y mas seguro cuantas veces se pueda emplear; que el analítico merece tambien en ocasiones la preferencia. Querer generalizar hasta el esceso el método espectante bajo el título de método hipocrático ó método natural, es desconocer los progresos de los conocimientos y querer encadenar el génio de la medicina al lecho de Procusto.

IV. *Método perturbador ó esplorador*. Es muy frecuente que se presenten en la práctica casos ambiguos que nuestra inteligencia no puede referir de una manera precisa á una especie morbosa conocida; entonces el médico procura frecuentemente no alcanzar, sinó por eleccion, un método que haga resaltar los caracteres de la enfermedad, que ilustre el diagnóstico. Su conducta, en esta ocasion, se parece á la de un químico que echa mano de un reactivo para reconocer la naturaleza de una disolucion salina. En otros casos, por desgracia demasiado numerosos, el hombre del arte, despues de haber agotado todos los médios racionales que la ciencia pone á su disposicion sin obtener un resultado satisfactorio por consecuencia de una idiosincrasia ó otra circunstancia desconocida, el hombre del arte digo, recurre á un tratamiento indirecto, por el cual se propone imprimir al organismo un sacudimiento ó solo á la parte enferma, à fin de producir una perturbacion ventajosa y curativa. Tal era el objeto que se propusieron los antiguos metodistas cuando inventaron su círculo metasincrítico; tal es el objeto que se proponen hoy los médicos cuando aconsejan baños de mar, viajes, aguas minerales, la hidroterapia etc. En estas ocasiones el médico no se conduce á ciegas, tiene en cuenta los hábitos, la edad, el temperamento del enfermo, el curso de los síntomas. Por eso damos todavia nosotros á este tratamiento el título de racional, por eso le colocamos en el número de los métodos admitidos por la ciencia, pero ocupa el último lugar entre ellos y cada vez mas ha de restringirse su uso con los progresos de la ciencia.

El método perturbador y el esplorador, aunque reunidos aquí, significan dos cosas diferentes y podian haber constituido paragrafos separados.

Mas he creido conveniente reunirlos, porque ambos representan una especie de tanteo y que ambos anuncian en el ánimo del que los emplea la misma incertidumbre, la misma vacilacion. Sucede con frecuencia que en una misma enfermedad se ve el práctico obligado á emplear distintos tratamientos ó aun todos, ya juntos, ya separados. Sirva de prueba el siguiente egemplo: hace como unos doce años que asistía à un zapatero como de treinta y cinco de edad, pequeño, grueso, de temperamento, al parecer, sanguineo. La primera vez que le ví se quejaba de falta de apetito, de una debilidad general y de una soñolencia insoportable; no tenia sed, su lengua, sus escreciones alvinas y urinarias, sus digestiones, su pulso, su respiracion, sus funciones cerebrales no presentaban cosa alguna anormal. Le mandé unos pediluvios sinapizados, estar á media dieta, un ligero purgante y pasear despues de comer. Pasaron tres ó cuatro dias sin que el estado del enfermo sufriera modificacion alguna, si no es una ligera agravacion de la debilidad y la soñolencia. Le mandé que le practicaran una sangría de 300 á 350 gramos, le prescribí la continuacion de los pediluvios, la media dieta y un ligero catartico al dia siguiente. Ninguna mejoría se advertia en los primeros dias sucesivos, al contrario, cada vez era mayor la debilidad. Pregunté de nuevo al enfermo, que me dijo, entre muchas cosas que no hacian al caso, que el momento de su mayor soñolencia era como á las tres de la tarde. Al dia siguiente le ví á aquella hora, estaba tumbado, con la cara un poco animada, sin frecuencia de pulso ni calor estraordinario en la piél; cuando le preguntaba, abria los ojos, respondia con lentitud à mis preguntas y volvia á caer despues en el mismo estado. Entonces ví que aquella propension á amodorrarse le aparecia desde las once de la mañana hasta las seis ó siete de la tarde y que nunca se habia iniciado con escalofrío ni seguido de sudor. Le prescribí entonces una dósis de 30 centígramos de sulfato de quinina para que le tomara por la tarde y otra por la mañana á las nueve. Al dia siguiente, fué menor la soñolencia y menos graduada la postracion. La continuacion del sulfato hizo desaparecer por completo la presentacion de los accesos soporifesos y la debilidad.

Si ahora se quiere á analizar la conducta que he observado durante el curso de esta enfermedad, se encontrarán tres periodos distintos; en el primero; el empleo de la espectacion; en el segundo el análisis he cuidado mucho de la congestion que me parecia dominar todos los demás fenómenos; el tercero la síntesis, he tratado en conjunto todos los síntomas hasta hacerlos desaparecer con el sulfato de quinina.

Si ahora se ensayara el hacer de la misma manera el análisis de otro cualquiera tratamiento, ya sencillo, ya complicado, sea médico, sea quirúrgico; seria facil convencerse que cada parte de este tratamiento se refiere á uno de los modos generales espuestos ya. Supongamos, por ejemplo, que se trata de un tumor de una mano cuya estirpacion se crea necesaria; claro es que en este caso se procede por el método sintético, porque se ataca la enfermedad en masa, como formando un todo indivisible. Se aproximan despues los bordes de la herida y se sostienen aproximadas con tiras de emplasto aglutinante, se hace una cura sencilla y se prescribe la quietud y un régimen conveniente, esto es, se emplea la espectacion, es decir, se deja que la naturaleza concluya con la curacion. Pero pueden, durante la cicatrizacion, sobrevenir algunos accidentes, como una calentura; entonces se recurre al método analitico, atacando el elemento sanguíneo, con sangrias, con la dieta y con bebidas acidulas y mucilaginosas. Si aparece la podredumbre de hospital, se emplearán tópicos, catereticos y ácidos con el objeto de cambiar la ulceracion de mal aspecto por otra de buena índole, es decir, que emplearemos el método perturbador, en atencion á que no contamos todavia con medios seguros para detener los efectos de esta complicacion. Asì es que por variados que sean los medios empleados en terapéutica, por diversos que sean los puntos de vista de que se valga el pràctico, es evidente que todo esto entra naturalmente en alguna de las categorias que llevamos mencionadas. Ademas nuestra clasificacion terapéutica presenta una graduacion regular de modos generales de tratamiento, desde el que ofrece las menos esperanzas de exito hasta la que se reputa casi como infalible. Indica con mucha mas claridad, que lo que se ha hecho hasta aquí, el objeto que se debe proponer la ciencia; el elevar el tratamiento de una enfermedad al mayor grado de perfeccion posible, al mas seguro, es decir, á emplear el método sintético, en contra de la opinion de muchos teóricos que falsean el arte y desvian los espíritus del verdadero camino, calificando á este método con un epiteto que creian injurioso.

Concluyamos diciendo que el sistema empirí-metòdico ó empirico-racional cuya descripcion acabamos de hacer, abarca todos cuantos conocimientos atesora la ciencia médica, los mantiene unidos por un lazo natural, apoyado en la razon y la historia. Todos los autores ó casi todos han buscado el apoyo de sus sistemas en la fisiología, de la cual deducian despues su patología y su terapéutica. Preciso es confesar que en rigor esto era llevar un órden inverso al que la naturaleza y la

razon indican: no choca, pues, que estos autores, por grande que fuese su inteligencia se hayan estraviado mas ó menos. En efecto, si consultamos la historia, vemos que las primeras investigaciones médicas convergian á la terapéntica; aun antes de la existencia del arte el instinto conducia á buscar remedios. Si consultamos la razon, esta nos dice que la terapéutica es la rama mas importante de la medicina, el centro al cual se ven converger todos los conocimientos de las demás partes. Razonable era, pues, buscar en esta el fundamento real de un sistema médico. Esto es lo que hicieron con tanto talento como perspicacia los médicos filósofos de la escuela de Alejandria que se apellidaron los primeros, *empíricos*. Esto es tambien lo que he tratado de ejecutar ayudado con los débiles restos que la doctrina de aquellos, la razon y la historia, los de la filosofía actual y la práctica me han proporcionado. Hemos visto como de este axioma tan natural, tan incontestable, «*Preciso es tratar cada enfermedad por los remedios que han probado mejor en casos semejantes*», hemos deducido la necesidad de echar mano de todos los datos de la anatomia, la fisiología, la física, la química etc.

Seria tener demasiada presuncion el creer que nuestro sistema es el único verdadero, el único completo, el que debe seguirse en medicina. Se han engañado muchos hombres de talento para que yo tenga esta pretension. Nada, pues, afirmo; aguardo con confianza el fallo de mis compañeros y en particular de los prácticos á quienes corresponde decir en último resultado la última palabra sobre el valor de todo sistema médico.

CAPITULO XII Y ÚLTIMO.

Resúmen general.

La historia de la medicina considerada en globo desde su principio hasta nuestros dias, nos presenta tres fases que hemos designado con los nombres de *edad de fundacion, edad de transicion* y *edad de renovacion*.

Durante la primera fase que termina á la muerte de Galeno, hacia el siglo II de nuestra era, hemos visto que el arte de curar había nacido en todos los pueblos de una manera parecida, sentido que no era una pura invencion del génio del hombre, sinó una necesidad instintiva que le condujo á buscar un alivio á sus dolores y medios para evitarlos, una necesidad social que nos anima á aliviar á nuestros semejantes sus sufrimientos.

La esperiencia, el azar, el instinto fué el orígen de los primeros remedios, pero tan pronto como se reunió un número respetable de ellos, se vieron en la necesidad de clasificarlos para hacer mas facil y segura su aplicacion. Desde este momento el razonamiento ó la filosofía debió aliarse á la esperiencia para concurrir al perfeccionamiento del arte. Así el instinto, el azar, la observacion, sirvieron para echar los primeros fundamentos del edificio científico, ó mejor dicho, proporcionaron los primeros materiales, viniendo despues la razon á pulir, á ordenar estos materiales y dirijir la observacion en la investigacion de los hechos nuevos. Hasta aquí la razon habia marchado detrás de la esperiencia ó á la par, haciendo el oficio de censor y de arquitecto, pero no adelantaba ni pretendia, sobre todo, por si sola reunir los materiales que deberian servir para la construccion del edificio médico. Pero los filósofos le abandonaron pronto porque su marcha era lenta, y sus indicaciones vagas, limitadas y muy variables; hicieron lo mismo con la esperiencia, porque creyeron que podian alcanzar mas pronto el objeto que se proponian mediante la intuicion. La certidumbre é invariabilidad de los axiomas de matemáticas, el esplendor y belleza de las verdades morales y naturales--descubrimientos admirables--base de todo órden social, que se creian hijos de percepciones puras de la conciencia y de la inteligencia; fueron los motivos, bien escusables sin duda, sobre los cuales se apoyaron para despreciar la observacion y buscar con ayuda de la conciencia las leyes que rigen los fenómenos físicos. Los médicos de entonces se propusieron determinar la causa próxima, el principio, la esencia de la vida y las enfermedades, la accion íntima de los medicamentos y con estos datos pretendieron levantar el monumento científico.

Cuanto mas refractarios eran estos objetos á los sentidos esteriores, tanto mas á propósito los juzgaban para fundar de una manera sólida la ciencia, fundamento que estaría al abrigo de las fluctuaciones de la esperiencia, de este modo de adquisicion que Hipócrates habia calificado de faláz, *experientia fallax*; dando orígen con estas pretensiones á un gran número de sistemas desde él hasta Galeno. Se lisongeaban evitar la incertidumbre, los tanteos de la esperiencia, y cayeron en un dédalo de especulaciones imaginarias que dieron ancho campo á la controversia. Los médicos, como los filósofos, se dividieron en sectas rivales, cuyas disputas cesaron con los acontecimientos políticos, con las revoluciones sociales. En estos intérvalos fué cuando el médico de Pergamo recojió lo mejor que encontró en los escritos de sus predece-

sores y compuso un cuerpo de doctrina conforme con las ideas reinantes en el cual se encuentra un poco de todas las opiniones de entonces, pero dominándolas siempre el dogmatismo hipocrático. Constituido así el edificio médico, atravesó á la segunda edad sin esperimentar cambio alguno de consideracion. Las teorías de Galeno dominaron muchos siglos, sus sucesores no aspiraron á mas gloria que á interpretarlas y añadir algunos hechos particulares, algunas observaciones de detall á la herencia que la antigüedad les habia legado. Se sentó, no sabemos en que época, una opinion estravagante, pero saludable; que establecia una línea de separacion, una especie de antagonismo entre la teoría y la practica, entre la razon y la esperiencia. «*El teórico, dice, debe proceder segun la lógica, el práctico segun la observacion.* Este singular espediente ó mas bien ficcion ha hecho que se conserven por muchos siglos teorias falsas, una ciencia sin verdad, sin estraviar demasiado la práctica; el médico á podido perorar mucho, sin hacer gran daño á sus enfermos, sin privarse de las luces de la esperiencia.

Tal es el aspecto que presentaba la ciencia médica al principiar la edad de renovacion y mucho tiempo despues. Hemos visto que en esta época el espíritu humano que se hallaba adormecido, señaló su despertar con un grán número de descubrimientos y perfeccionamientos. La astronomía, la física, la química, la historia natural sufrieron una completa trasformacion debida á la observacion directa de los fenómenos y á la adopcion de un metodo lógico usado poco antes que se llamó, *inductivo*. Los Matemáticos siempre seguros de la verdad de sus especulaciones y de sus descubrimientos hechos por la razon; adoptaron distinto modo de raciocinar que llamaron, *deductivo*; modo que conservaron siempre con religiosidad los espíritus meditativos mas bien que observadores.

Los filósofos se dividieron en dos bandos; los unos tales como Descartes, Leibnitz, Kant y sus discípulos consideraron al alma como el orígen de los conocimientos y de los actos morales; se llamaron, pues *espiritualistas*, y permanecieron fieles al antiguo sistema de discurrir, la *deduccion*; despues de arrojado de sí todo el aparato pedantesco de las escuelas. Los otros, como Locke, Condillac, Bacon y sus sectarios, creian que el alma era puramente pasiva y hacen derivar todos sus actos, todas sus facultades, todas sus impresiones de los sentidos: á causa de esto fueron nombrados *seusitistas* ó *sensualistas*, y adoptaron como método general de discurrir la *inducion*, que se esforzaron en introducir en las ciencias.

Si me atreviera á emitir mi opinion sobre este asunto tan delicado diría que los primeros han demostrado mejor las verdades morales è intelectuales, los segundos, los fenómenos de la materia ya inorgánica ya orgánica y haber comprendido mejor sus leyes. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que la mayor parte de los médicos adoptaron el método *inductivo*, es decir, el *sensualista*. Todos tomaron por base de sus razonamientos las sensaciones, pero todos ó casi todos traspasaron en sus especulaciones los límites de estos fenómenos: en lo cual violaron este axioma de la filosofía moderna comun al sensitismo y al espiritualismo. «*La razon se nos ha dado para formar la esperiencia y nuestro espíritu queriendo traspasar los límites de las sensaciones desconoce sus derechos y su poder*. De ahí proceden las quimeras y la instabilidad de las teorías modernas, de ahi la necesidad de prolongar indefinidamente el divorcio de la teoría y la práctica, de la razon y la esperiencia, divorcio que los mas grandes prácticos de los últimos siglos han sostenido, divorcio cuya inconveniencia señaló Baglivio, el primero, y que le siguieron Werhof, Morgagni, Lieutaud, y otros muchos para ver de hacerle cesar, pero que no desaparecerá por completo hasta que todos los médicos no se penetren de esta verdad, *de que fuera del empirismo racional, no hay para la ciencia mas que ilusion, hipótesis*.

Hemos demostrado que todo sistema médico debía tener por fundamento la terapéutica, lo que está en oposicion con la opinion comun; porque todos los fundadores de secta, desde Hipócrates hasta nuestros dias, todos digo, escepto los empíricos, se han esforzado en fundar sus sistemas en las leyes fisiologicas. Aun el último entre ellos, Broussais, ha querido caracterizar su doctrina con el epíteto de *fisiológica*, título que no estamos dispuestos á rehusarla como tampoco á ninguna de las que la han precedido. Si: la teoría de la irritacion es un reflejo de las ideas fisiológicas de su autor, la teoría de la incitacion de las de Brown sobre las funciones orgánicas; la del animismo de las Sthal; la teoría de los cuatro elementos y de los cuatro humores de las de Galeno y así de las demás: cada una de ellas es una deduccion de alguna idea fisiológica. Los autores de estas teorías se han hecho el siguiente razonamiento: para tratar bien una enfermedad es preciso conocer su naturaleza, no siendo, pues, la enfermedad otra cosa que una alteracion del estado normal del organismo, necesario es saber en que consiste la salud y su alteracion para apreciar esta bajo las diversas formas en que se presenta. Este razonamiento, que parece tan racional y tan lógico á primera

vista, no es en el fondo mas que un bello sofisma que la esperiencia clínica desmiente á cada paso: hay un gran número de enfermedades cuya naturaleza y origen está fuera del alcance de nuestras investigaciones y que curamos perfectamente; hay otras por el contrario, mejor conocidas y cuya curacion es mas difícil. Si, además nos remontamos á la infancia del arte vemos que se han encontrado muchos remedios, sin haber echado mano del razonamiento, ya para conocer la naturaleza íntima de las enfermedades, ya el principio que anima á los séres orgánicos, en fin, si seguimos la historia de todos los sistemas que se han sucedido desde el origen del arte hasta hoy, vemos que han sufrido grandes modificaciones y que con frecuencia se contradicen los unos á los otros, mientras que ha sucedido lo contrario con la manera de curar los males. De estos hechos hemos sacado la consecuencia que la terapéutica no debe tener por base las leyes fisiológicas, sinó que debe ser independiente de ellas.

A los que pretendieran deducir de alguna opinion ó esperiencia fisiológica las reglas generales de terapéutica, les recordaremos este axioma filosófico invocado ya por nosotros mas de una vez: *en la sucesion de los fenómenos naturales nada nos enseña la idea de causalidad ó de trabazon necesaria de la causa con el efecto. Pero cuando la sucesion de dos fenómenos es constante, el espíritu humano que le observa con esmero y que muchas veces aun le prevee, está obligado á creer que se suceden estos fenómenos, porque están enlazados entre sí.* Así cuando la curacion de un órden de enfermedades sigue constantemente al empleo de una medicacion, estamos obligados á considerar esta medicacion como la causa de la curacion que la sucede, pero nos es imposible comprender la razon fisiológica de este resultado, é inútil, por consecuencia, el que la busquemos.

La fisiología debe limitarse á describir las funciones orgánicas sin pretender conocer la causa que las determina. Cuantas veces se empeñe en conocerla, cuantas veces no se limite á pintar los fenómenos de la economía tal cual la observacion nos los presenta, cuantas se lisongee de poder determinar por el análisis el *fenómeno príncipe* ó *esencial por excelencia de los séres vivos*, otras tantas desconoce sus derechos y su poder; se parece al perro de la fábula que deja escapar la realidad por cojer una sombra; olvida que la vida es un círculo tan bien trazado que no se conoce ni el principio ni el fin. Pues bien, un hombre que se empeñe en resolver semejante problema da mas pruebas de ser un loco ó un ambicioso que de talento. Lejos de determinar este fenómeno

príncipe objeto de tantas y tan varias investigaciones, los fisiólogos tadavia aun no han podido decir á pesar de muchas y delicadas observaciones, si la vida empieza en los sólidos ó en los líquidos, por que en todas partes se encuentra, en los unos en los otros, en ambos à la vez: y sin esta combinacion no podemos concebirla. (1)

El fisiólogo, pues, debe limitarse á describir los fenómenos normales, el patólogo los anormales, sin que ninguno de ellos aspire á penetrar el mecanismo primitivo de ellos; de la misma manera el terapéutico debe basar la eleccion de los medicamentos, no en las analogías perceptibles por solo la inteligencia, sinó en las materiales y sensibles.

Tal es el resúmen de la doctrina empiri-metódica á la cual se inclina de una manera manifiesta nuestra generacion, no obstante algunas divergencias. No es preciso ser gran profeta para preveer que antes de mucho tiempo todas las opiniones vendrán á fundirse en esta doctrina. Vemos ya multiplicarse el número de medicamentos específicos; en nuestro siglo se han descubierto algunos agentes de curacion y se han perfeccionado muchos otros, tales como la propagacion de la vacuna, ampliacion de la administracion de la quina á todas las afecciones periódicas á despecho de todas las teorías fisiológicas, la introducion del yodo y sus compuestos en el tratamiento de las enfermedades escrofulosas y la sífilis constitucional, el empleo del centeno-cornezuelo contra la inercia de la matriz y las hemorragias que siguen al parto, el uso del tártaro estibiado contra cierta clase de pulmonias etc. etc. Todos estos resultados hablan mas en favor de ciertos remedios que los sofismas y la elocuencia de los escritores que se esfuerzan en arrastrar los espíritus por otro camino. y tachan de irracional un método de tratamiento unánimemente reconocido por el mas eficaz y el mas bienhechor. Es preferible ya para algunos modernos el estudio de las causas predisponentes ú ocasionales—llamadas evidentes por los antiguos empíricos—que el de las llamadas íntimas, constitutivas, fisiológicas, esenciales. Todos estos datos nos conducen à preveer que está cercano el triunfo del empiri-metodismo, por otro nombre llamado *empirismo racional ó filosófico*.

Pero sea lo que quiera, soy el primero entre los modernos que habré reabilitado el nombre de la gran escuela empírica de Alejandria, que la ha vuelto à la vida y hecho brillar ataviada con sus bellos títulos de gloria olvidados ó desconocidos despues de dos mil años, y no

(1) Veanse entre otras obras el *Manual de fisiología de Muller*, traducido por Jourdan: artículos *Formas de la materia orgánica, Propiedades orgánicas de la sangre.*

me he contentado con reproducir su doctrina, sinó que la he ensanchado y consolidado, reconstituyéndola sobre dogmas filosóficos nuevos de una evidencia incontestable, y apoyándola en pruebas históricas propias á llevar la conviccion á los talentos mas refractarios.

El empirismo, comprendido y ampliado así, es el único de todos los sistemas que nos da la razon suficiente de las reglas del arte de curar observadas en los tiempos pasados y en los presentes, el solo que se aplica á todas las ramas del arte y aun de las ciencias accesorias, él solo, en fin, que da la solucion de este problema capital buscado en vano por Baglivio y tantos otros ilustres médicos: *la concordancia de la teoría con la práctica, de la razon con la esperiencia.* Verdad es que este sistema roba á nuestro espíritu muchas ilusiones que lisongean nuestra vanidad y que llegan á ser un obstáculo para su propagacion rápida, porque el mundo es un escelente viejo, y el hombre siempre un niño que las ficciones le engañan. Pero en una ciencia como la medicina no son siempre inocentes las ficciones, en todos tiempos han hecho mucho mal, dañan mucho mas á los adelántos que la duda y la ignorancia.

Bajo el punto de vista profesional la historia de la medicina presenta cuatro fases distintas.

1.ª Una fase patriarcal que corresponde al orígen de las sociedades, á una época en que una familia ó su gefe reunia en sus manos toda la autoridad, era depositario de todas las tradicciones.

2.ª Una fase sacerdotal que ha reinado por mucho tiempo en Egipto, que ha florecido en Grecia desde la guerra de Troya hasta Hipócrates, que ha reaparecido en la Europa cristiana durante la edad media.

3.ª Una fase laica libre, la peor de todas, con relacion á la dignidad y moralidad de la profesion.

4.ª Otra fase laica organizada y legal, la mas perfecta de todas las formas profesionales conocidas hasta el dia, la mas apropiada al estado actual de Europa, la mas favorable á los progresos de la ciencia y el arte.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE VOLÚMEN.

Página.

Cuatro palabras para justificar la traduccion de este libro. . . V
Introduccion. XI
Cuadros sinópticos de las edades y periodos de la historia de la medicina. XXIV

LIBRO PRIMERO.—EDAD DE FUNDACION.

Comprende desde el origen de las sociedades hasta la conclusion del siglo II de nuestra era. 1
I. PERIODO PRIMITIVO, de una duracion variable en los diversos pueblos. . . . . *Ib.*
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
Cap. I. Medicina de las naciones antiguas. 2
§ I. Medicina de los Egipcios.. . . . . *ib.*
§ II. Medicina de los Hebreos.. 9
§ III. Medicina de los Indios orientales. 12
§ IV. Medicina de los Chinos y los Japoneses. 14
§ V. Medicina de los Españoles. 23
§ VI. Medicina de los Griegos. 25
Cap. II. Medicina de algunos otros pueblos del antiguo y nuevo mundo. 32
Cap. III. Origen y utilidad de la medicina durante el periodo primitivo.. 33
Ressúmen del periodo primitivo. 39
II. PERIODO MÍSTICO, abraza el espacio de tiempo trascurrido desde la guerra de Troya el año 1184 antes de Jesucristo, hasta la dispersion de la sociedad pitagórica el año 500 antes de la era cristiana.. 40
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
Cap. I. Ejercicio de la medicina en los templos.. 42
Cap. II. De los sueños. 46

Cap. III. Terapéutica. 48
Resúmen del periodo místico. 55
III. PERIODO FILOSOFICO, comprende el espacio de tiempo trascurrido desde la dispersion de la sociedad pitagórica el año 500 antes de Jesucristo hasta la fundacion de la escuela de Alejandria, el año 320. 56
Consideraciones generales —Filósofos anteriores á Hipócrates. . *ib.*
Tales de Mileto. 59
Democrito de Abdera. . . . . *ib.*
Eraclito de Efeso. 60
Pitagoras. . . . . *ib.*
Cap. I. Doctrina de Pitágoras. 62
Almeon de Crotona. 67
Empedocles de Agrigento. 68
Acron. 69
Anaxagoras de Clacomene. 70
Gimnasiarcas.—Icos de Tarento.—Herodico de Selimbria. . . . . *ib.*
Cap. II. Escuelas Asclepiadeas. 71
Art. 1. Hipócrates. 72
Art. 2. Coleccion hipocràtica. 74
§ I. Anatomia y fisiología. 75
§ II. Higiene. 76
§ III. Patología y terapéutica. 78
§ IV. Semeyótica. 79
§ V. Nosografía interna. 82
De la pulmonia. 84
De la pleuresia. 86
§ VI. Terapéutica. 87
Tratamiento de la pulmonia y pleuresia. 88
§ VII. Nosografía y terapéutica esternas ó cirujía. . . . 90
§ VIII. Obstetricia 91
§ IX. Clínica. 92
Primera constitucion. 95
Primer enfermo. 96
§ X. Aforismos. 98
Art. 3. Teorias y Sistemas. 99
§ I. Teoría de la cocion y de las crisis. 101
§ II. Teoría de los cuatro elementos y de los cuatro humores. 106

§ III. Teoría de las fluxiones. 112
§ IV. Teorías fundadas en la consideracion de los dos elementos. 115
§ V. Teoría de un solo elemento. 119
§ VI. Teoría de un escedente cualquiera. 122
§ VII. Moral médica de Hipócrates. 128
§ VIII. Resúmen de la doctrina y teorías hipocráticas. . . 130
Obras de Hipócrates. 131
CAP. V. Escuela médica de Cóos, despues de Hipócrates.. . . 133
Art. 1. Platon.. 135
Art. 2. Aristóteles. 140
Resúmen del período filosófico.. 152
IV. PERIODO ANATÓMICO.—Comprende el espacio de tiempo trascurrido desde la fundacion de la biblioteca de Alejandría (como al año 320 antes de Jesucristo,) hasta la muerte de Galeno, año 200 de la era cristiana. 153
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
CAP. I. Escuela de Alejandría. 155
CAP. II. Anatomía y fisiologia.. 158
CAP. III. Higiene.. 166
CAP. IV. Patología general é interna.. 169
De la pulmonia.. 173
CAP. V. Terapéutica interna. 175
Curacion de la pulmonía segun Areteo. 178
CAP. VI. Patología y terapéutica esternas. 180
Celso. 184
CAP. VII. Clínica.. 188
CAP. VIII. Teorias y Sistemas.. 189
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
Art. 1. Del Dogmatismo.. 190
Art. 2. Del Empirismo. 200
Art. 3. Del Metodismo. 213
Art. 4. Del Eclecticismo.. 222
Medicina hispano-romana. 325
Resúmen del período anatómico. 227

LIBRO II.—EDAD DE TRANSICION.

Empieza en la muerte de Galeno (201 de nuestra era) bajo el reinado de Septimio Severo el Africano y concluye en el renacimiento de las letras en Europa hacia el año 1400. 230

V. PERIODO GRIEGO.—Comprende el espacio de tiempo desde la muerte de Galeno, hasta la destruccion de la biblioteca de Alejandría: el año 640. . . . . *ib.*
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
Cap. I. Comentadores célebres. 231
§ I. Oribasio. . . . . *ib.*
§ II. Aecio. 233
§ III. Alejandro de Tralles. 234
§ IV. Pablo de Egina. 237
Cap. II. Organizacion médica. 238
Primera fase. 239
Segunda fase. 240
Tercera fase. 241
Cuarta y última fase. 243
Cap. III. Instituciones accesorias á la medicina. 245
Cap. IV. Medicina hispano-goda. 247
Cap. V. Medicina hispano-hebrea. 250
Resúmen del período griego. 254
PERIODO ARÁBIGO.—Principia en la destruccion de la biblioteca de Alejandría el año 640 de la era cristiana y concluye al fin del siglo XIV. 255
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
Cap I. Medicina de los Arabes. 260
§ I. Razes ó Rasis. . . . . *ib.*
§ II. Hali-Abbas. 262
§ III. Avicena. . . . . *ib.*
§ IV. Honaino-Ben-Isaac. 267
§ V. Avicena (el cordobés). 268
§ VI. Avenzoar. . . . . *ib.*
§ VII. Avarroes. 270
§ VIII. Albucasis. 272
§ IX. Medicina de los griegos durante el período arábigo. . 276
Cap. II. Medicina de los latinos durante el mismo período. . . 278
Consideraciones preliminares. . . . . *ib.*
Art. 1. Organizacion médica de Occidente. 280
Art. 2. Escuela de Salerno. 284
Art. 3. Origen y crecimiento de las Universidades. § I. . . 287
Paris. 288
Lérida. . . . . *ib.*

Huesca. 292
Salamanca. . . . . *ib.*
Comentadores de este período. 297
Gerardo de Cremona. . . . . *ib.*
Guillermo de Saliceto.. . . . . *ib.*
Arnaldo de Villanueva.. . . . . *ib.*
Raimundo Lulio. 300
Guido de Chauliac.. 308
Resúmen del período arábigo. 317

LIBRO III.—EDAD DE RENOVACION.

Se estiende desde el principio del siglo XV hasta nuestros dias.. 319
VII. PERIODO ERÚDITO, comprende los siglos XV y XVI. . . *ib.*
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
CAP. I. Médicos humanistas.. 323
Nicolas Leoniceno. . . . . *ib.*
Tomas de Linacro. 324
Antonio Gomez Pereira. 325
Luis Mercado. 326
Francisco Valles (el Divino). 329
CAP. II. Universidades. 339
Valladolid. 340
Zaragoza.. 342
Alcalá. 361
Sevilla. 362
Granada.. 364
Santiago. . . . . *ib.*
Mallorca. 366
CAP. III. Anatomía y Fisiología. 367
Opiniones de algunos médicos españoles y extranjeros sobre la circulacion de la sangre.. 363
Fray Vicente de Burgos. . . . . *ib.*
Juan Baldes de la Plata. 375
Bernardino Montaña de Monserrat. . . . . *ib.*
Juan Calvo. 376
Bartolomé Hidalgo de Agüero. . . . . *ib,*
Andrés de Leon.. 376
Francisco de la Reina.. . . . . *ib.*
Jaime Perez de Valencia.. 378

Andres Laguna.. 379
Luis Lobera de Avila. 281
Pedro Gimeno. 382
Francisco Matias Marti.. 383
Colombo y Andres Cesalpino (extranjeros). 385
Miguel Servet. 388
D.ª Oliva de Sabuco de Nantes.. 396
Cap. IV. Higiene.. 397
Cap. V. Patología general. 402
Cap. VI. Patología interna. 403
§ I. Semeyotica. . . . . *ib.*
§ II. Anatomia patològica. 404
§ III. Nosografía.. 406
Cap. VII. Terapéutica interna. 414
§ I. De la medicina evacuante.. 427
Derivacion y reconvulsion. . . . . *ib.*
§ II. Medicacion purgante. 429
§ III. Medicacion alterante.. 430
CAp. VIII, Patología y terapéutica esternas. 433
Ambrosio Pareo. 435
Dionisio Daza Chacon.. 440
Cap. IX. Obstetricia. 451
Cap. X. Clínica. 453
De la sifilis como una enfermedad nueva. 457
De la sifilis originaria de América. 458
De la sifilis degeneracion de la lepra. 459
Villalobos como sifiliógrafo. 464
Cap. XI. Ciencias naturales., ... 469
Andres Laguna.. 470
Cap. XII. Medicina legal. 475
Cap. XIII. Moral médica. 477
Cap. XIV. Teorias y sistemas. 479
Fernel.—Su doctrina. . . . . *ib.*
Cap. XV. Ciencias ocultas. 485
I. Cornelio Agrippa. 486
II. Cardan. 490
III. Paracelso. 491
IV. Leonardo Thurneysser y Jorge Amwald. 502
Conclusion de este capítulo. . . . . *ib.*

Cap. XVI. Ensayos parciales de reforma.. 503
Reformadores.—Juan Argentier de Castel-Nuovo. . . *ib.*
Leonardo de Botal.. 504
Lorenzo Joubert. 506
Cap. XVII. Organizacion médica é instituciones accesorias. . . 510
Resúmen del periodo erudito. 511
VIII PERIODO REFORMADOR, comprende los siglos XVII y XVIII. 512
Consideraciones generales. . . . . *ib.*
Cap. I. Anatomia y Fisiologia. 514
Circulacion de la sangre. . . . . *ib.*
De la respiracion. 519
Sistema linfático. 523
Sistema nervioso-Gal-Juan de Dios Huarte. 524
De la generacion. 531
De las propiedades vitales ó orgánicas. 534
Cap. II. Higiene. 540
§ I. De la higiene pública. . . . . *ib.*
§ II. Higiene privada. 546
Cap. III. Patología general. 548
Cap. IV. Patología interna. 549
§ I. Semeyotica. . . . . *ib.*
§ II. Anatomía patológica. 552
§ III. Nosografía. 556
Cap. V. Terapéutica interna. 565
Tratamiento de la sífilis. 566
Tratamiento de las enfermedades periódicas. 568
Tratamiento de otras diversas enfermedades. 574
Cap. VI. Patología y terapéutica esternas. 575
Heridas de cabeza. 577
Enfermedades de los ojos.—De la catarata. 578
De la fístula lagrimal. 579
De la sinequia. 580
Enfermedades de la nariz.—Polipo nasal.. . . . . *ib.*
Rinoplastia. 581
Enfermedades de la boca.—Lábio leporino ó lábios hendidos. . 582
Enfermedades de los dientes.. . . . . *ib.*
Enfermedades de la lengua, de la bóveda palatina y de las amigdalas. 584
Enfermedades de la oreja. . . . . *ib.*

Obturacion de las vias aereas. 585
Enfermedades del pecho.—Empiema. 586
Enfermedades de los órganos contenidos en el abdomen.—Heridas del vientre y de los intestinos. 588
Paracentesis abdominal. 589
Hérnias. 591
Enfermedades de las vias urinarias. 592
Enfermedades de los órganos genitales del hombre.—Del hidrocele. 595
Del sarcocele. . . . . *ib.*
Enfermedades del ano. 597
Enfermedades de los miembros.—Aneurimas externos. . . . . *ib.*
De la amputacion de los miembros. . . . . *ib.*
De la ortopedia. 599
Cap. VII. Obstetricia. 600
§ I. De la preñez. 602
§ II. Del parto natural. . . . . *ib.*
§ III. Del parto laborioso. 603
§ IV. Del alumbramiento ó salida de la placenta. . . . 604
Cap. VIII. Medicina legal. 605
Cap. IX. Clinica. 608
§ I. De la enseñanza clinica oral. 609
§ II. Coleccion de observaciones clinicas. 611
§ III. De las constituciones epidémicas. 612
§ IV. De la topografía médica. 620
Cap. X. Teorias y sistemas.—Reflexiones preliminares. . . . 623
Art. 1. Reseña histórica de la filosofía durante los siglos XVII y XVIII. 624
§ I. Consideraciones retrospectivas. . . . . *ib.*
§ II. Del sensualismo moderno y del razonamiento por induccion. 627
Bacon. . . . . *ib.*
Locke. 631
Condillac. 632
Aforismos de filosofía particularmente aplicables á las ciencias fisicas. . . . . *ib.*
Primera paradoja. El arte de razonar se reduce á un idióma perfecto. 633
Segunda paradoja. El análisis es el único método para adquirir conocimientos. 635

§ III. Del racionalismo y del razonamiento por deduccion. . 638
Descartes. 639
Leibuitz. 642
§ IV. Conclusion. 646
Art. 2. Origenes del animismo y la quimatria. 648
Van-Helmont. . . . . *ib.*
Art. 3. Yatro-química. 653
Leboë llamado Sylvio. . . . . *ib.*
Tomas Willis. 656
Art. 4. Yatro-mecanica. 560
Alfonso Borelli. . . . . *ib.*
Jorge Baglivio. 666
Hermann Boerhaave. 670
Art. 5. Animismo y vitalismo. 674
Sthal. . . . . *ib.*
Barthez. 680
Art. 6. Dinamismo orgánico. 688
Federico Hoffmann. . . . . *ib.*
Cullen. 693
Juan Brown. 696
Art. 7. Empirismo. 702
Werlhof. 709
Lieutaud. . . . . *ib.*
Piquer (hipocrático.). 712
Cap. XI. Empiri-metodismo ó alianza del empirismo con el método filosófico. 713
Axioma universal de terapéutica. 714
1.ª condicion sacada por la aplicacion de este axioma. . *ib.*
2.ª condicion. 721
3.ª condicion. . . . . *ib.*
Del método en terapéutica ó clasificacion de los modos generales de tratamiento. 727
Cap. XII. Resúmen general. 733

ERRATAS

QUE MAS IMPORTA CORREGIR.

Pàginas.	Línea.	DICE.	LEASE.
13	22	este	arte.
35	34	Tradicional	racional.
225	8	Hipocrática	romana.
395	43	nervio	nerveo.
414	28	Completacion	contemplacion.
478	37	necesidad	necedad.

Las demás lo hará el buen juicio del lector.